

UNIVERSIDAD DE GRANADA

Facultad de Filosofía y Letras



TESIS DOCTORAL

**BIZANTINOS, SASÁNIDAS Y MUSULMANES.
EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO Y EL INICIO DE
LA EDAD MEDIA EN ORIENTE. 565-642.**

I

Doctorando: José Soto Chica

Directora: Dra. Encarnación Motos Guirao

Editor: Editorial de la Universidad de Granada
Autor: José Soto Chica
D.L.: GR 2140-2012
ISBN: 978-84-9028-019-5

A mis padres, Juan y María, a quienes debo el saber valorar lo que realmente es esencial; a mi mujer, Adela sin la que nada tendría sentido ni sería posible, y a mis hijos, Ciro Alejandro y Darío Ulises, que hacen hermoso lo posible.

PRÓLOGO

A lo largo de estos siete años he disfrutado de la ayuda y colaboración de muchas personas y entidades, sin cuyo concurso esta tesis no hubiera podido llevarse a cabo. He de citar en primer lugar a la Dra. Encarnación Motos Guirao, directora de esta tesis y que no sólo me ha prestado la habitual tutela y ayuda que este tipo de empresa suele requerir, sino que también me ha otorgado una amplia libertad, un apoyo infatigable y su confianza y amistad. Por si todo lo anterior fuera poco, la Dra. Motos me facilitó también su traducción al español, aún inédita, de la *Historia Breve* del Patriarca Nicéforo, así como la traducción y aclaración de no pocos pasajes y términos procedentes de diversas fuentes bizantinas. También el Dr. Moschos Morfakidis Filactós tradujo para mí varios pasajes de obras bizantinas y sobre todo ha velado siempre porque pudiera llevar a cabo mi trabajo con los mejores medios y condiciones posibles y ambos, Encarnación Motos Guirao y Mochos Morfakidis Filactós, como responsables del “Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas” de Granada, al cual me honro pertenecer, pusieron a mi disposición los numerosos recursos materiales y humanos con que cuenta y sin los cuales no hubiera podido culminar mi trabajo.

Jorge Juan Soto Chinchilla, doctor en química analítica, científico humanista y vivamente interesado por la historia y geografía del mundo antiguo y medieval, se ha ocupado a lo largo de estos siete años de facilitarme el soporte informático necesario para dar cima a mi empresa. Además, ha sustituido a mis ciegos ojos a la hora de buscar el escenario geográfico exacto de tal o cual batalla, hecho o circunstancia histórica, ha logrado abrirse paso por entre la maraña impenetrable de mi biblioteca y ha trazado, siguiendo mis indicaciones, los numerosos mapas con que cuenta esta tesis. Su ayuda, que sobrepasa con creces la que debe de esperarse de un sobrino y amigo, ha sido, pues, impagable.

Impagable ha sido también la ayuda que me ha prestado Juan José Sánchez Guerrero, Jefe del Centro de Coordinación y Gestión de la Biblioteca Universitaria de Granada. Juanjo, de cuya amistad me honro y disfruto, siempre estuvo dispuesto a rastrear el paradero de todos los libros y trabajos que este doctorando le pedía. Llegaron así a mis manos numerosas obras y artículos procedentes de los más dispares puntos de Europa. A él y al servicio de préstamo interbibliotecario del Hospital Real de Granada les quedo, pues, sinceramente agradecido.

Muchos miembros del “Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas” de Granada me prestaron también su ayuda. La doctoranda Isabel Cabrera, que gestiona la biblioteca y administración del centro, ha sido una compañera y amiga solícita siempre dispuesta a encontrar el documento o reseña que precisaba; al profesor Gonzalo Espejo le debo el haberme facilitado su espléndida traducción al español de los poemas de Jorge de Pisidia antes de que esta pase a ser publicada por el *C.E.B.N.Ch.* de Granada. He quedado así mismo en deuda con la profesora Ana Gámez, a quien debo el haber podido acceder libremente a su traducción al español de los fragmentos de Menandro el Protector, un trabajo inédito, varios de cuyos fragmentos aparecen reproducidos en mi tesis; al doctorando Andréas Halastanis, a las doctoras Panaiota Papadopoulou y Maila García, les debo la traducción del griego al español de varios pasajes de fuentes bizantinas y la aclaración de no pocos términos griegos.

He de agradecer igualmente, la ayuda que me prestaron el “Centro de Estudios Patristicos”, del patriarcado de Constantinopla en Tesalónica (Grecia) y la Universidad Aristotélica de la misma ciudad, quienes durante los meses de mayo-julio de 2006 pusieron a mi disposición los amplios fondos de sus bibliotecas. También la Facultad de Teología de Granada me abrió su magnífica biblioteca y me permitió acceder a sus fondos sin traba alguna.

La Facultad de Filosofía y Letras de Granada y dentro de ella, mi propio departamento, el de Historia Medieval y Ciencias y Técnicas Historiográficas, así como los departamentos de Historia Antigua, Filología Clásica y Filología Semítica, me prestaron también el auxilio de sus respectivas bibliotecas y el consejo y amistad de varios de sus miembros.

Francisco Jesús Polo, bibliotecario de la ONCE en Granada, José Pretel y Miguel Ángel Alegría, tiflotécnicos de la ONCE, me prestaron también su ayuda y colaboración en varias ocasiones. No puedo olvidar tampoco el auxilio prestado por la Junta de Andalucía que me otorgó una beca de Formación del Profesorado Universitario de la que disfruté durante los años 2004-2008.

He dejado para último lugar a la persona que más ha contribuido en la realización de esta tesis: mi esposa Adela. Ella ha sido a lo largo de estos años la responsable, en no poca medida, de que cursara la Licenciatura de Historia y de que me embarcara en la apasionante aventura de llevar a cabo esta Tesis Doctoral. Sin ella, infatigable compañera, ilustradora, secretaria, bibliotecaria, lazarillo, taxista y madre, nada hubiera sido posible.

“Y ahora, contando todo lo que ha pasado en la tierra, voy a narrar los acontecimientos relativos a su destrucción: el despertar de la indignación por arriba y de la cólera inflamada por abajo, el chorro torrencial del fuego y de la sangre, las incursiones de los bandidos, la invasión asesina, los clamores de los demonios, los gritos de los dragones, las razas de magos y hombres descendientes de los gigantes, bravos totalmente armados, caballeros lanzándose de oriente hacia occidente, de norte a sur. Y cómo los del sur, despertándose con gran furor, atacábanse unos a otros. El cumplimiento de las órdenes del Señor, irritado con toda la tierra. Los hombres del sur, como un viento de tempestad, levantan el vuelo, causando estragos, se lanzan para destruir todo lo que se encontraba por debajo, para arrasarse las montañas y las colinas, destrozarse la hierba y romper las rocas y las piedras bajo los cascos de sus caballos: ahora contaré la historia del destructor y devastador Cosroes, maldito por Dios”.

(Prólogo de la *Historia de Heraclio* redactada hacia 680 por el obispo Sebeos. Pasaje que da comienzo a la narración de los acontecimientos de la gran guerra romano-persa de 603-628 y de las inmediatas invasiones árabes)¹.

¹ MACLER, F. , *Histoire d'Heraclius par le évêque Sebeos*. París, 1904, (reed. 1995). Sebeos: p. 17.

INTRODUCCIÓN

1. CONSIDERACIONES PREVIAS.

Pocas épocas han sido tan universales, en el sentido profundo, real e histórico de este término, como lo fue la que nos propusimos abordar cuando se nos planteó el tema de nuestro trabajo.

En efecto, cuando uno mira a Oriente, venciendo ese ombliguismo intelectual que nos caracteriza a los occidentales –en especial a los españoles– y contempla el período que se extiende entre la muerte de Justiniano (565) y la conquista de Alejandría por los árabes (642), uno no puede sino sentir vértigo. Durante esos 77 años, el mundo antiguo² sufrió una transformación sin parangón en su anterior historia, un cambio que se gestó en Oriente, que de allí se nutrió y desde allí se expandió. Es pues el Oriente quien marca el ritmo y la dirección de los tiempos: fue él el que planteó los nuevos problemas y fue él también el que dio las nuevas respuestas. El Occidente –nosotros– por mucho que sufra nuestro orgullo, se limitó a adaptarse a la nueva situación y a responder a lo que se le preguntaba.

Hay que volver a insistir en esto, pues los viejos prejuicios siguen actuando desgraciadamente en la historiografía actual. ¿Cómo si no entender que una obra de recientísima publicación y de reconocido prestigio, como es la *Medieval History of Cambridge*, en su volumen primero, dedicado a la historia general de la Edad Media en Europa y el Mediterráneo entre el 500 y el 700, dedique más páginas y atención a la historia de la Escandinavia y de los reinos celtas y sajones de gran Bretaña que a la historia del naciente Islam y del Imperio Romano de Oriente?³ Por supuesto, la Persia sasánida, cuyos productos, influencias culturales y hechos políticos repercutieron poderosamente en lugares tan distintos y distantes como el Mediterráneo oriental, los Balcanes, el Cáucaso, la Italia lombarda o la Francia merovingia, no recibe ni una sola página en dicha obra. Comprensible, aunque no justificable en nuestra opinión. Pero ¿y el Islam de Mahoma, de Omar I, de Moawiya o de Abd al-Malik? ¿Y el Bizancio de Justiniano, de Heraclio, de Constante II o de Constantino IV?

² Entendiendo éste en su extensión geográfica y clásica, es decir, el conjunto de tierras que se extiende desde las orillas del Yaxartes y la India por el este, hasta las riberas atlánticas de Europa y el norte de África por el oeste

³ FOURACRE, P. (ed): *The New Cambridge Medieval History, vol. 1: c.500-c.700*. Cambridge, 2005. Tenemos aquí un claro ejemplo: la historia del cristianismo entre los britanos, irlandeses y pictos de Escocia ocupa más páginas (pp. 426-462) que el capítulo dedicado al Islam en el mismo periodo (pp. 317-346). Si hay un hecho fundamental y decisivo en este tiempo es el nacimiento del Islam. De ahí que no se entienda que se le dedique menos extensión que al devenir de la Escocia de los siglos VI y VII.

En unos tiempos en los que las decisiones que se tomaban en Constantinopla, Ctesifonte, Medina o Damasco, no sólo marcaban indeleblemente la historia del Mediterráneo oriental y del Asia anterior, sino que producían además cambios decisivos en Italia, Francia, Hispania, los Balcanes o el norte de África, no parece muy equilibrada la disposición espacial de una obra que se pretende general y por lo tanto de historia universal. O ¿es que las pequeñas entidades escandinavas, anglosajonas y celtas de los siglos VI y VII influyeron en el discurrir de Europa y del Mediterráneo, del mundo entero, en la misma medida que Bizancio y el Islam? Nosotros no lo creemos así, sino que pensamos que los acontecimientos fundamentales de esta etapa se gestaron, nacieron y se desarrollaron en y desde el Oriente.

Fueron Bizancio, la Persia sasánida y el pujante y recién llegado Islam, los que importaron –universalmente hablando– en este periodo. Será pues el Oriente el objeto de nuestra atención y en él centraremos nuestro estudio. El Occidente sólo aparecerá en escena cuando los acontecimientos que allí se dieron tengan verdadera trascendencia para el desarrollo de los hechos en el Oriente. Por lo tanto, la historia de la España de este periodo, bizantina o no, apenas si ocupará algunas líneas de este trabajo, pues en la época de la que nos ocuparemos no era sino un lejano confín de un mundo cuyos intereses políticos, culturales, religiosos y económicos se centraban en el Mediterráneo oriental y en el Asia anterior. Un mundo para el cual los acontecimientos de Hispania tenían menos interés que los que acontecieran –pongamos por caso– en Mesopotamia, Armenia, Siria, Transoxiana o los Balcanes⁴.

Pero he mencionado a Justiniano y a la conquistada Alejandría. ¿Por qué ese periodo y no otro? ¿Por qué comenzar con la muerte del gran emperador y terminar con la caída de Alejandría en manos de los árabes y no hacerlo de cualquier otra forma? Fue, realmente esa y no otra la cuestión inicial. ¿Dónde colocar los límites temporales, una vez limitados los geográficos, que permitieran comprender el proceso a estudiar? ¿Dónde colocar los hitos que marcaban el inicio, el desarrollo y la solución de este problema histórico?

Para nosotros, tras el análisis inicial, esos límites debían establecerse sobre un territorio cronológico en el que se pudiera reconocer con claridad la totalidad del proceso a estudiar. Es decir, arrancar de una época en la que se aspiraba a restaurar el viejo orden, en el que esa restauración era posible, y terminar con un tiempo en que se cimentaba definitivamente un nuevo orden que nada o muy poco tenía que ver con el antiguo. Un tiempo en el que ya no era posible revertir los cambios y volver a la vieja

⁴ Por ejemplo, a un egipcio de la segunda mitad del siglo VII como Juan de Nikiu le importaba no sólo lo que ocurría en Egipto, sino también en Constantinopla, Siria, Mesopotamia o Persia, pero no se preocupó lo más mínimo por la lejana Hispania. Puede decirse lo mismo de otra crónica egipcia, la del patriarca Eutiquio, que dedica numerosas líneas a la historia de la Persia de los siglos VI y VII pero que no menciona ni una sola vez a la Hispania del mismo periodo. Lo mismo ocurre con el resto de autores

línea de evolución. Para nosotros –a continuación lo defenderemos– ese tiempo se extiende entre el 565 y el 642.

2. UNA DISCUSIÓN HISTORIOGRÁFICA ABIERTA.

Este problema, el del paso de la Antigüedad a la Edad Media, ha sido y es uno de los más debatidos por la historiografía contemporánea. No es nuestra intención dedicar un completo análisis a las múltiples posturas y enfoques que la historiografía contemporánea ha dedicado a esta cuestión. Para tal fin sería necesaria una obra en exclusiva dedicada a tal empresa y no es este el caso. Nos contentaremos pues con señalar algunos hitos, sólo los más destacados y conocidos, del largo debate historiográfico suscitado por la cuestión.

Desde que en 1971 Peter Brown sentara las bases de lo que hoy se ha dado en llamar la “escuela de la Antigüedad tardía” o de los “defensores de la continuidad o transformación”⁵, hasta que, en 2007, Bryan Ward-Perkins defendiera con renovado vigor la vieja tesis del fin brusco y violento de la Antigüedad⁶, no han parado de agitarse las aguas historiográficas del estudio de los siglos que median entre el 200 y el 800. Así, en 2009, Adrian Goldsworthy ha dedicado su último trabajo a un completo estudio de este tema abarcando en el mismo desde los días finales de Marco Aurelio hasta los inmediatamente posteriores a Justiniano⁷.

No es que el debate fuera nuevo, ni mucho menos; en cierto modo, al estar irremisiblemente encadenado al tema de la decadencia y caída del Imperio Romano, sus raíces son tan profundas como el tiempo en el que el problema se inició, de modo que entre sus primeros analistas estuvieron ya San Agustín, Zósimo u Orosio⁸. No obstante, en cuanto a la ciencia historiográfica moderna se refiere, este tema histórico ha sido siempre el más importante y debatido, a tal punto que ya Montesquieu, Voltaire y sobre todo Gibbon, auténtico padre de la ciencia histórica moderna, dedicaron sopesadas y valiosas líneas al dilema historiográfico de cómo y por qué decayó y cayó el Imperio Romano y por ende, cuándo y cómo se gestó e inició la Edad Media⁹. Sin saberlo, Gibbon, con su cuadro de una larga decadencia y caída de mil años, es decir, de una larga y decadente evolución (tan larga que se negaba a sí misma) anticipaba las

egipcios, sirios, armenios y también con la mayoría de los griegos. Vid. PIRONE, B., *Eutychios. Gli annali*. El Cairo, 1987; CHARLES, R.H., *The Chronicle of John, Bishop of Nikiu*. Londres, 1916.

⁵ BROWN, P., *The World of Late Antiquity: from Marcus Aurelius to Muhammad*. Londres, 1971 (trad. española: *El mundo de la Antigüedad Tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*. Madrid, 1989).

⁶ WARD-PERKINS, B., *La caída de Roma y el fin de la civilización*. Madrid, 2007.

⁷ GOLDSWORTHY, A., *La caída del Imperio Romano. El ocaso de Occidente*. Barcelona, 2009.

⁸ SANTAMARTA DEL RÍO, S., *San Agustín, La Ciudad de Dios*. Madrid, 1988; CANDAU MORÓN, J., *Zósimo, Nueva Historia*. Madrid, 1992; SÁNCHEZ SALOR, E., *Orosio, Historias*. Madrid, 1982.

⁹ MONTESQUIEU, *Grandeza y decadencia de los romanos*. Madrid, 1930; GIBBON, E., *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*. Madrid, 1984.

corrientes que doscientos años más tarde darían vigor y popularidad a la corriente de la Antigüedad tardía. Paradójicamente y quizás de forma más de acuerdo con el pensamiento consciente de Gibbon, la propia obra del genial historiador británico daría también buena parte de su sustancia a los defensores de un brusco y catastrófico deterioro y fin de la civilización antigua, resultado de la acción conjunta de “la barbarie y la superstición”. Durante el siglo XIX hubo un cierto acuerdo en esto último y se elegían, por discutidas razones, las fechas de 284, 313, 330, 395 o 476 como inicio de la Edad Media.

Pronto, sin embargo, hombres de mente y pluma genial como Henri Pirenne¹⁰ señalaron los elementos de continuidad y persistencia del viejo mundo hasta muy adentro de los límites convencionales de lo que había dado en llamarse “Edad Media”. Pirenne cambió además el centro del problema pues, al señalar al Islam como fuerza decisiva en el cambio y al sentenciar que, de no mediar la aparición de éste, Europa occidental se hubiera “bizantinizado” por efecto de la superior cultura de la Romania oriental, desplazó el foco de atención al Oriente y centró los estudios de los historiadores en un siglo hasta entonces poco frecuentado y apreciado: el VII.

No obstante, los defensores de una Edad Media temprana no cedieron y cobraron nuevos bríos con la consolidación de la escuela marxista, que daría como fruto grandes pero forzados estudios en los que, en base a presentismos estériles, se trataba de encontrar y ciertamente se encontraban los parámetros económicos y sociales previamente alumbrados por las obras de Marx. La brusca caída del socialismo real a fines del siglo XX supuso una grave crisis dentro de esta escuela historiográfica y obligó a sus seguidores a renovar y mejorar sus enfoques y planteamientos. Fruto de esta renovación serían trabajos de gran calidad sobre el fin de la Antigüedad y del Imperio Romano en los que se visualizan estos procesos desde un punto de vista francamente positivo. Y así, para Chris Wickham, autor de una influyente y actual monografía sobre el fin de la Antigüedad y el inicio de la Edad Media, el fin de la Antigüedad estaría vinculado a la caída del Imperio Romano y se caracterizaría por el final de una época de opresión económica y social, y por la apertura de un nuevo periodo en el que brotarían nuevas fórmulas económicas y sociales más justas y dinámicas¹¹. Esta nueva visualización del final de la Antigüedad y por ende del Imperio Romano, ha llegado a tal punto que otro afamado historiador de esta línea, Neil Faulkner, ha definido el fin del Imperio Romano como una auténtica liberación para los pueblos sometidos a su influjo y poder, y ha caracterizado el inicio de la Edad Media como una nueva “edad de oro”¹².

¹⁰ PIRENNE, H., *Mahoma y Carlomagno*. Madrid, 1997.

¹¹ WICKHAM, CH., *Framing the early Middle Ages: Europe and the Mediterranean 400-800*. Oxford, 2005.

¹² FAULKNER, N., *The Decline and Fall of Roman Britain*. Gloucester, 2000, pp. 11-12, 54, 70 y 180. La frase “edad de oro” cierra su libro.

En paralelo a los primeros pasos de la escuela marxista y tomando de ella no pocos presupuestos y enfoques, Rostovtzeff, el gran historiador ruso de comienzos del siglo XX, planteó el fin de la Antigüedad como el triunfo de la alianza de los soldados y de los campesinos contra las ciudades¹³. Pese a lo endeble de esta conclusión, el análisis que Rostovtzeff hizo de la economía y de la sociedad tardoantiguas ejerció una fuerte influencia en la historiografía europea de la primera mitad del siglo XX y dirigió durante largo tiempo a los historiadores hacia el estudio de la economía y de los enfrentamientos sociales. A la escuela marxista se sumaron durante las décadas que van de los años treinta a los setenta del pasado siglo, numerosos historiadores provenientes tanto del campo de los estudios clásicos como de los medievales, por lo que la idea de una Edad Media temprana fue consolidándose.

El proceso se afirmó sobre todo con la aparición de la corriente conocida como de los *Annales*. Ambas escuelas –la marxista y la de los *Annales*– al centrar su atención, casi en exclusiva, en los procesos económicos y sociales, y al someter a éstos a un método de análisis maniatado por una rigidez ideológica extrema, desechaban, sin reflexión alguna, cualquier posibilidad externa al viejo mundo para explicar su declive y caída. Como consecuencia de todo esto, ambas escuelas abogaron, con contadas excepciones, por una temprana medievalización de las estructuras del Imperio Romano y desatendieron por completo el flanco oriental de la cuestión, es decir, el constituido por Bizancio, el Islam y la Persia sasánida. Además, con frecuencia –especialmente en el caso de los seguidores de la escuela de los *Annales*– basaban sus estudios en meticulosos análisis regionales e incluso comarcales¹⁴, extendiendo después sus resultados, sin ningún pudor científico, al resto del Imperio Romano, de Europa o del Mediterráneo.

La cuestión volvió a reavivarse con grandes y pulidos trabajos como los de Remondon, quien abogaba por cerrar definitivamente las puertas de la Antigüedad con la subida al trono de Anastasio I en 491, a la par que señalaba las raíces del feudalismo en la legislación romana de los siglos IV y V y en el desarrollo, extensión y evolución del colonato¹⁵.

El combate historiográfico entre los defensores de una larga Antigüedad tardía y los que pretendían una muy temprana Edad Media, estuvo bastante equilibrado hasta los años sesenta del siglo XX, momento en que M. H. Jones¹⁶ comenzó a inclinar la balanza a favor de una larga perduración de las características y estructuras esenciales del Imperio Romano que, pese a las crecientes dificultades y según su estudio, serían

¹³ ROSTOVZEFF, M., *Roma, de los orígenes a la última crisis*. Nueva York, 1960.

¹⁴ El mejor y más logrado ejemplo de esta tendencia es la obra de Guy BOIS, *La revolución del año 1000*. Barcelona, 2001.

¹⁵ REMONDON, R., *La crisis del Imperio romano de Marco Aurelio a Anastasio*. Barcelona, 1973.

¹⁶ JONES, A. M., *The Later Roman Empire 284-602*. Oxford, 1964; TCHALENKO, G., *Villages antiques de la Syrie du Nord. Le massif du Bélus à l'époque romaine*. París, 1953-1958 (3 vols.).

todavía plenamente visibles a finales del siglo VI. Su obra tuvo una influencia notable y su pesimista análisis sigue siendo una pesada losa historiográfica que lastra muchos recientes trabajos sobre los siglos IV al VII. Dichos trabajos no tienen en cuenta los resultados de lo que podemos llamar “la revolución arqueológica”, una revolución puesta en marcha por Tchalenko y sus excavaciones en el norte de Siria, comenzadas allá por los años cincuenta del siglo XX y que, tras extender su campo de estudio al resto de las regiones que formaban la Romanía de los siglos IV al VII, mostró que el siglo IV no fue una época de depauperación económica y población en retroceso, sino un siglo de expansión económica y demográfica, cuyos efectos se prolongaron en la Romanía oriental hasta bien entrado el siglo VI e incluso hasta las primeras décadas del VII en no pocas regiones.

Los tétricos colores con que las diversas escuelas de la primera mitad del siglo XX habían pintado los últimos tiempos del Imperio Romano y de la Antigüedad fueron desafiados por la aparición de la obra de Piganiol que fue un balde de agua fría para los defensores de la decadencia interna de las estructuras del mundo antiguo y del precoz surgimiento del medievo. Su estudio demostró sin paliativos que la pretendida decadencia del sistema económico, social y militar del Imperio Romano no era ni tan palpable ni tan demostrable como se había pretendido y que, bien al contrario, el sano organismo romano no se derrumbó por sí mismo sino que fue destruido por los bárbaros, o como concluiría el propio Piganiol en dos memorables frases, “la civilización romana no murió de muerte natural. Fue asesinada”¹⁷. También Pierre Courcelle, contemporáneo y compatriota de Piganiol, llegaría a semejantes conclusiones. Para este autor, las invasiones germánicas supusieron el fin de una brillante época y el inicio de un periodo de barbarismo y destrucción sólo refrenado por la conversión de los francos al catolicismo y por la reconquista justiniana del Occidente que sería definida por este autor como una auténtica liberación¹⁸.

A la par y cada vez con más frecuencia, los historiadores comenzaron a desplazar su atención de lo económico a lo social y sobre todo a lo religioso, ideológico y cultural, a la par que las cuestiones militares volvían a cobrar importancia en el debate historiográfico. Entonces y como reacción frente a los pesimistas análisis de las escuelas tradicionales –la marxista y la de los *Annales*– y en parte, contra la explicación de Piganiol, cobraron nuevos bríos los defensores de una larga Antigüedad tardía, una época que casi podía separarse, por contar con características propias y definitorias, de la plena Antigüedad y de la alta Edad Media. Decisivo en esta línea fue el trabajo de Fr.

¹⁷ PIGANIOU, A., *L'Empire Chrétien (325-395)*. París, 1947, p. 422.

¹⁸ COURCELLE, P., *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques*. París, 1948. La tercera parte, dedicada a la época de Justiniano, recibe del autor el significativo nombre de “liberation”.

G. Meier quien tuvo la virtud de contemplar los acontecimientos y los procesos históricos con una mirada universal¹⁹.

Pero ante todo, la reacción fue obra de la escuela de Peter Brown, quien mostraba en sus obras una Antigüedad tardía que se visionaba cada vez menos traumática, catastrófica y oscura. Una época de cambio tranquilo, generado desde dentro por la evolución de las propias estructuras y en donde los bárbaros tuvieron un escaso papel y el Oriente ascendía a primer término. Era –como dijimos– la época del triunfo de la escuela de la Antigüedad tardía y sobre todo de Peter Brown, el cual tuvo la virtud de volver a enfocar la cuestión con una visión universal.

Las obras de Peter Brown y las de los historiadores que le siguieron, llenaron las estanterías de exitosos y entretenidos estudios que fueron mostrando sobre todo el dinamismo que la religión cristiana imprimió al Imperio Romano tardío, pero que también mostraban la persistencia y solidez del aparato administrativo romano, de su cultura y su economía. Con ello se hacía hincapié en la capacidad de la Romania para adaptarse y renovarse. Estas obras resaltaban, así mismo, la capacidad aculturativa de la Romania sobre los invasores germanos, convertidos ahora –en las obras de los más extremos defensores de la escuela– en anodinos y a menudo pacíficos emigrantes, o en simples soldados y servidores de sus señores romanos. De esta forma, en las obras de los más eufóricos seguidores de esta corriente, las invasiones se transformaron en un proceso de instalación y uso militar de los pueblos germanos, un proceso que “se les fue de las manos”²⁰ a las élites romanas.

Afortunadamente, las contribuciones de esta escuela no quedaron ahí. En nuestra opinión, el mayor aporte de Peter Brown y de sus seguidores al debate historiográfico fue señalar al Oriente como “la central energética del mundo Antiguo”, en palabras del propio Peter Brown²¹, lo que afortunadamente precipitó, al fin, la entrada en escena del Imperio Sasánida y el regreso a una postura que tuviera en cuenta el factor islámico de la cuestión.

Pero tanto Brown como sus seguidores, al comprobar cuán fuertemente influyeron sobre el primer Islam, la Romania, el Eranshar y los viejos pueblos orientales sometidos por ambas potencias (coptos, sirios y arameos mesopotámicos) se vieron ante el problema de decidir si realmente el Islam había aportado un cambio decisivo al orden del mundo antiguo en Oriente, el viejo orden inaugurado por las civilizaciones irania y grecorromana que desde el siglo VI a.C. controlaban política y en parte culturalmente el Mediterráneo y el Asia anterior; o si el Islam no era, al fin y al cabo, sino la punta de lanza de una reacción de ese Oriente semítico y arcano que, tras más de un milenio, se

¹⁹ MAIER, F. G., *Las transformaciones del mundo Mediterráneo*. Madrid, 1985.

²⁰ GOFFART, W., *Barbarians and Romans A.D. 418-584*. Princeton, 1987, pp. 230-325; una aguda crítica de esta visión en WARD-PERKINS, B., *La caída de Roma...*, *op. cit.*

²¹ BROWN, P., *El mundo de la Antigüedad Tardía...*, *op. cit.*, p. 26.

rebelaba contra el helenismo y el iranismo, pero tomando lo mejor de ambos y sumándolo a lo mejor de sí mismo.

No habría pues, tampoco aquí (es decir, con la conquista islámica) ruptura, cambio, comienzo... sino sólo continuidad, integración, desarrollo, evolución, etc., como en el caso de las invasiones germánicas del siglo V. El viejo Oriente helenístico, iranio y semítico, cargado de siglos de cultura y tradición, no sería bajo el Islam sino “un jardín protegido por nuestras lanzas”²². Marco Aurelio y Mahoma, Constantino I y Harún al-Rashid no serían sino hitos, símbolos cuya época marcaba un nuevo tramo evolutivo de una perenne, tranquila y ordenada evolución. No todos lo creemos así y, como sucedió ante el problema del verdadero impacto y dimensión histórica de las invasiones germánicas del siglo V, se desarrolló una tendencia que resaltaba lo que de nuevo, traumático y decisivo trajo el Islam, el cual –como ya afirmara Pirenne– sería el verdadero iniciador de la Edad Media.

Para añadir aún más material a tan complicado asunto, desde finales del siglo XIX y hasta nuestros días, a los trabajos de los eruditos de formación clásica y a los medievalistas, se fueron sumando bizantinistas y estudiosos del primer Islam y de la Persia sasánida. Esto ha dado como resultado nuevas obras que, contemplando el problema desde Oriente, han acumulado con brío y similar desacuerdo, nuevas aportaciones al debate historiográfico.

Así, Finlay²³ remarcaría los elementos de fortaleza y continuidad del viejo imperio y su mundo, los cuales se prolongarían hasta la subida al trono de los isaurios (717). Esta dinastía, con su tendencia orientalizante, innovadora y centrada en el ámbito helénico daría paso al verdadero y medieval Bizancio. Bury²⁴, en su genial obra sobre la historia del Imperio Romano desde la época del emperador Arcadio hasta los días de la emperatriz Irene, señalaría el advenimiento de Carlomagno como el hito decisivo en el tránsito del viejo Imperio Romano al Bizantino, entendiendo este último término como más apropiado para el Imperio Romano de Oriente en su tramo histórico puramente medieval. Por su parte, tanto Ostrogorsky como Vasiliev²⁵, sin terminar de definirse por completo, señalaron el final del reinado de Justiniano y sobre todo el ascenso al trono de los heráclidas (610-711), como el momento o época crucial en el cambio del Bajo Imperio al Bizancio medieval.

Otros autores más recientes, como E. Patlagean²⁶, señalando el profundo quiebro de las viejas estructuras antiguas durante la crisis del siglo VII, apuntaron a este periodo como el responsable del profundo cambio que señalaría una verdadera discontinuidad

²² *Ibidem*, pp. 232-243.

²³ FINLAY, G., *Greece under the Romans*. Londres, 1844.

²⁴ BURY, J.B., *A History of the later Roman Empire from Arcadius to Irene*. Londres, 1889.

²⁵ VASILIEV, A., *Historia del Imperio Bizantino*. Barcelona, 1945; OSTROGORSKY, G., *Historia del Estado Bizantino*. Madrid, 1983.

²⁶ PATLAGEAN, E., *Historia de Bizancio*. Barcelona, 2001.

histórica. La obra de Patlagean provocó un intenso debate entre, por una parte, los defensores de un rápido cambio acontecido, según unos, a la muerte de Justiniano (565), según otros con la muerte de Heraclio (641) y en fin, en opinión de otros con el advenimiento de los Isaurios (717), y por otra, los que abogaban por la visión de un Imperio con tendencias y estructuras marcadas por la continuidad histórica, tal y como aparece en la también muy controvertida obra de Günter Weiss²⁷. En ella se resaltan los rasgos de continuidad y su importancia, abriendo el camino a otros trabajos que mostraban un devenir histórico uniforme prolongado hasta 1453.

Mucho más precisa y fundada en datos objetivos fue la visión ofrecida por Clive Foss, quien señaló la conquista sasánida del Oriente romano a inicios del siglo VII como el factor inicial y desencadenante de los cambios económicos, sociales, culturales y militares que llevarían a la Romania a transformarse en el Bizancio medieval²⁸.

La cuestión estaba más clara entre los iranistas quienes siguiendo generalmente al gran historiador del Irán sasánida H. Christensen²⁹ (cuya obra, más de sesenta años después de ser escrita, sigue siendo indispensable) señalan la invasión árabe y en concreto la muerte del último rey sasánida Yezdiguerd III (651) como el momento final de la Edad Antigua en esta parte del mundo. No obstante, nuevos especialistas como Rubin³⁰ han comenzado a señalar la fuerte continuidad cultural persa dentro del nuevo magma islámico y la hegemonía de dicha continuidad cultural persa a partir de la revolución abasida.

Por su parte, los estudiosos del Islam no se han preguntado con tanto brío estas cuestiones, pero recientemente, con el desembarco en su área de historiadores provenientes de otros ámbitos que centran su actividad en las fuentes que aportan coptos, sirios, armenios, judíos³¹, zoroastrianos y cristianos mesopotámicos e iraníes, para el estudio del primer Islam, el flanco islámico de esta batalla historiográfica también se ha sumado al combate. Así se han señalado la muerte de Mahoma (632), el ascenso de Moawiya al trono califal (660), la época de Abd al-Malik (685-705), el

²⁷ WEISS, G., *Quellenkunde zur Geschichte von Byzanz (324-1453)*. Wiesbaden, 1982.

²⁸ FOSS, CL., "The Persians in Asia Minor and the End of Antiquity". *English Historical Review*, 90 (1975), pp. 721-747; "The Near Eastern Countryside in Late Antiquity. A Review Article", en *The Roman and Byzantine Near East: Some Recent Archaeological Research. Journal of Roman Archaeology, Supplementary Series*, 14 (Ann Arbor 1995), pp. 213-234.

²⁹ CHRISTENSEN, A., *L'Iran sous les Sassanides*. Copenhagen, 1944.

³⁰ RUBIN, Z., "Late Antiquity: Empire and Successors, AD 425-600", en *The Cambridge Ancient History*, Cambridge, 1986, vol. 14, pp. 638-661.

³¹ El mejor ejemplo de esta nueva tendencia en los estudios del temprano Islam lo dan obras como las de Hoyland o Bosworth, o como las dirigidas por Averil Cameron. HOYLAND, R.G., *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997; BOSWORTH, C.E., *The Arabs, Byzantium and Iran. Studies in Early Islamic History and Culture*. Variorum Collected Studies Series CS225. Aldershot-Burlington, 2002; CAMERON, A. (ed), *The byzantine and early Islamic near east. Land use and settlement patterns*. Nueva Jersey, 1994, vol. II; *States, resources and armies*. Nueva Jersey, 1995, vol. III.

ascenso de los abásidas (750) o el reinado de Harun al-Rashid (786-809) como los que marcaron el inicio de la nueva era en Oriente.

Para concluir, a partir de la década de los ochenta hicieron su aparición especialistas formados en los estudios de historia clásica y bizantina que han tratado de dar cabida en sus trabajos a los otros grandes espacios de civilización del Oriente de los siglos VI y VII. De esta forma muestran las estrechas relaciones existentes entre ellas y buscan en esas mismas relaciones los elementos de permanencia o de ruptura. Entre estos autores han destacado sobre manera Michael Whitby, Walter Kaegi y James Howard-Johnston, por citar sólo algunos de los más importantes investigadores³².

Pese a lo conseguido en más de dos siglos de intensa actividad historiográfica, las posiciones no pueden ser ni más diversas, ni más opuestas. Ya hemos señalado algunas y es hora de concluir este apartado. Hoy día los historiadores, ya lo enfoquen desde un punto de vista puramente económico-social y en el ámbito occidental, como Bonnassie³³; ya lo hagan desde un enfoque ideológico-cultural y mirando al Oriente, como hizo Peter Brown; ya desde el punto de vista militar, positivista y con la mirada en el Imperio Romano Occidental, como Arther Ferrill, o lo hagan teniendo en cuenta la totalidad de factores implicados en el proceso pero señalando la importancia del flanco militar del problema, como es el caso de la reciente obra de Peter Heather³⁴, ofrecen un abanico amplio no sólo de teorías y puntos de vista, sino también de fechas y épocas que, según ellos, marcarían los límites del paso de la Antigüedad a la Edad Media.

3. NUESTRA PROPUESTA AL DEBATE ANTERIOR.

Cada vez está más generalizada la tesis de situar el cambio de era en algún momento de finales del siglo VI o del transcurso del VII, pero el acuerdo no es general y por supuesto se discute vivamente en qué momento preciso se puede señalar el cambio, o al menos su inicio. Así pues, el debate sigue abierto y la triple pregunta de cuándo, cómo y por qué terminó la Antigüedad y nació la Edad Media sigue demandando nuevas respuestas.

Nosotros trataremos de dar nuestra solución al mismo basándonos en el estudio y comparación sincrónica de las tres grandes civilizaciones, de los tres ámbitos de poder

³² WHITBY, M., *The emperor Maurice and his historian*. Nueva York, 1988; KAEGI, W. E., *Byzantium and the early Islamic conquests*. Cambridge, 1995; HOWARD-JOHNSTON, J., "The Two Great Powers in Late Antiquity: a Comparison", en CAMERON, A. (ed), *The byzantine and early Islamic...*, op. cit., vol. III, pp. 157-226.

³³ BONNASSIE, P., *Del esclavismo al feudalismo en Europa occidental*. Barcelona, 2001.

³⁴ HEATHER, P., *La caída del imperio romano*. Barcelona, 2006.

que –en nuestra opinión– fueron los decisivos a la hora de explicar el paso de la Antigüedad a la Edad Media: la Romania, el Eranshar y el primer Islam³⁵.

El proceso se extendió –a nuestro parecer– en Oriente entre la muerte de Justiniano (565) y la toma de Alejandría por los árabes (642). Esta es la época en donde hay que fijar la mirada, si se pretende estudiar y comprender el paso (en y desde Oriente) del mundo antiguo al medieval. No es un periodo fácil, pero intentaremos aportar nuestro propio esfuerzo y sumar nuestra particular visión y método de trabajo a las múltiples investigaciones que ya lo han transitado.

El periodo 565-642 nos permite observar un completo proceso histórico. Se inicia con un mundo restaurado, el de Justiniano y Cosroes I, donde acaban de plantarse las semillas del periodo que estaba a punto de nacer, el del Islam. Una nueva época que surgiría y se afirmaría, y cuyo devenir se tornó en irreversible –como intentaremos demostrar– con la toma de Alejandría en 642.

Este periodo histórico, enfocado como un todo o estudiando por separado a sus protagonistas (básicamente Bizancio, la Persia sasánida y el naciente Islam), ha sido reconstruido con frecuencia a partir de compartimentos estancos³⁶. Se ha partido ya de las fuentes bizantinas, ya de las islámicas, ya dando protagonismo –con suerte– a las numerosas fuentes de procedencia siríaca, copta o armenia, y olvidando a menudo los relevantes datos aportados por uno de los actores principales de este drama histórico, el Imperio Persa de los sasánidas, habitual “convidado de piedra” de la historiografía tradicional del periodo. No obstante, este mundo persa no para de manifestar, desde hace veinticinco años, su vital participación en la época, con la irrupción de numerosos trabajos que tienen como centro el Eranshar.

Los años que median entre 565 (fecha de muerte de Justiniano y del supuesto trágico fin de la “Recuperatio Imperii”) y 642 (año de la caída de Alejandría y, por

³⁵ Hemos preferido el uso del término “Romania” sobre el de “Imperio Bizantino” por ser el nombre que generalmente y hasta el mismo día de la caída del imperio, usaron sus habitantes, los romanos. Ese mismo nombre, el de Romania, era el empleado también por los estados vecinos del imperio, mientras que el de “Imperio Bizantino” sólo cobró carta de naturaleza en el siglo XIX y tuvo en un principio un claro matiz peyorativo. También hemos usado frecuentemente el término “Eranshar” para designar al Imperio Persa sasánida, pues era ese el nombre con que los persas designaban a su país. Por lo demás y en cuanto a la transcripción al español de los nombres armenios, sasánidas, árabes, griegos, siríacos, etc. hemos preferido usar la forma más tradicional o, si se carecía de precedentes claros, aquella otra que acercando lo más posible la fonética original a la española, no cayera en el uso de aspiraciones, puntos y demás signos sólo legibles y útiles para los filólogos especialistas de las lenguas mencionadas.

³⁶ Prueba evidente de lo problemático que puede resultar dicha forma de abordar este periodo la da el siguiente ejemplo. Juan Vernet, en una de sus más recientes obras, *Los orígenes del Islam* (Barcelona, 2001, pp. 7-8), hace la siguiente afirmación: “por su crónica y por las bizantinas sabemos que tuvo lugar una gran batalla naval en que los árabes, en fecha indeterminada, pero alrededor de 650, vencieron a la flota de Constantinopla”. El hecho, es indiscutible en sí, pero en cambio los detalles no. Vernet alude a las crónicas bizantinas, pero evidentemente no las ha consultado, sino que se limita a las fuentes islámicas que efectivamente ni dan la fecha exacta ni los detalles concretos de la batalla. Si hubiera consultado la *Crónica* de Teófanos, hubiera visto que éste [6146, 345-346] no sólo da la fecha exacta de la batalla (verano de 655) sino todos los detalles de la misma: quién envió la flota, de dónde partió, quién la

tanto, de la quiebra definitiva de la hegemonía de la Romanía sobre el Mediterráneo, pero también de la batalla de Nehavend que puso término final al poderío sasánida abriendo la meseta irania a los invasores árabes) constituyen una de las “fuentes de problemas históricos” más subyugantes y apetecibles que se ofrecen a la investigación histórica.

El periodo, en efecto, no ha sido reconocido en su unidad temporal. La archiestudiada época justiniana es seguida de cuarenta y cinco años (565-610) que parecen no pertenecer a nadie³⁷, pues los bizantinistas –salvo alguna excepción– o se detienen a la muerte del gran emperador o pasan, con alguna somera introducción, a la llamada época heráclida, que queda delimitada por un simple hecho dinástico y que se prolonga artificialmente hasta la subida al trono de León III el Isaurio en 717. Quedan pues en la sombra las décadas en cuestión, tan vitales para entender los problemas y posibilidades del sistema justiniano, para comprender el verdadero entorno y circunstancias que concurrieron en la gestación del futuro Islam, o para entender las causas del súbito auge y repentina caída del Imperio Sasánida, problemas todos ellos de trascendencia histórica universal.

Por su parte, los estudiosos de la historia islámica reservan dicho periodo como simple introducción, pretendiendo –creemos que equivocadamente– que el Islam y la Arabia que lo vio gestarse, nacer y triunfar, eran mundos desconectados³⁸ casi por completo de los acontecimientos que implicaban a los dos grandes imperios y culturas que lo circundaban y sobre los que, de forma misteriosa e incognoscible, como un “Deus et machina”, irrumpieron arrolladoramente en los años siguientes.

Y es que no se pueden entender los procesos históricos antes mencionados sin dotarlos de un enfoque universal y en el que se contemplen a la par los tres grandes actores del periodo: bizantinos, sasánidas y musulmanes, y sin tener en cuenta los acontecimientos en que éstos se vieron envueltos durante la génesis de la nueva era. No es posible la comprensión sin darles a esos hechos unidad cronológica, sin dotarlos de una estructura que contenga un inicio y un final aprensibles.

Creemos que dichos límites los marcan con claridad la muerte de Justiniano (en la certeza general de sus contemporáneos, de que su obra política iba a afianzarse) y la toma de Alejandría por los árabes, que rompió la unidad mediterránea y abrió a la expansión islámica los caminos que llevaban al norte de África y al Mediterráneo

comandaba, desde qué puerto bizantino acudió el emperador a interceptarla, en qué lugar se dirimió el encuentro y qué circunstancias acompañaron el desarrollo del mismo.

³⁷ Ejemplos de lo anterior los encontramos en A.N. Stratos (*Byzantium in The Seventh Century*. I. 602-634. Amsterdam, 1968), quien apenas si dedica unas páginas a los antecedentes del pronunciamiento de Focas, o en J.F. Haldon (*Byzantium in The Seventh Century*. Cambridge, 1997), quien comienza sin introducción previa su narración en 610 con el ascenso de Heraclio.

³⁸ Como ejemplo de lo anterior J. VERNET, *Los orígenes del Islam*. Barcelona, 2001.

occidental. Esto convirtió al imperio universal y bilingüe³⁹ de Justiniano y Heraclio en el imperio regional y griego de León III. El mismo año de 642, el de la toma de Alejandría por los árabes, en Nehavend, en los límites occidentales de la meseta irania, el último gran ejército sasánida fue derrotado por las tropas del califa Omar, abriéndose con ello las rutas de Asia central y suroriental a la expansión islámica y poniendo fin a la existencia independiente de la civilización irania. Con esto se daba fin a una era que, con la breve interrupción de Alejandro y los primeros Seleúcidas (330-247 a.C.), se había prolongado a lo largo de 1200 años, desde la inauguración del primer Imperio Persa por Ciro el Grande (550 a.C.) hasta la derrota de Nehavend, verdadero acto final del Imperio Persa sasánida; la muerte en 651 d.C. de Yezdiguerd III, último soberano persa, no sería sino un episodio anecdótico, consecuencia final e ineludible de la gran derrota sufrida por los ejércitos sasánidas nueve años atrás.

Este hecho, el fin del último Imperio Persa, ha sido escasamente valorado. Constantemente se ha resaltado que el mundo antiguo se sustentaba sobre la unidad del Mediterráneo puesta a prueba por las diversas crisis que se sucedieron desde mediados del siglo III a comienzos del VII, pero nunca quebrada significativamente hasta el triunfo de la conquista árabe. Era ésta la que abría realmente la Edad Media y el inicio – propiamente hablando– del Imperio Bizantino, superviviente aventajado del *Imperium Romanorum Christianorum*. Ahora bien, algunos autores señalaron que el mundo antiguo podía visualizarse desde una perspectiva no tan eurocentrista, como una contienda, fructífera pero enconada, entre dos grandes ámbitos de civilización: el grecorromano y el iranio⁴⁰. Según ellos, la larga secuencia de enfrentamientos e intercambios protagonizada por griegos y persas, partos y reinos helenísticos, Roma y Partia, y sasánidas y romanos, sería el rasgo fundamental y caracterizador de la Antigüedad.

Creemos que las dos reflexiones se complementan perfectamente entre sí. En nuestra opinión, el mundo antiguo no se sustentó sobre un pilar único, sino de forma más dinámica sobre dos ejes fundamentales: a saber, la unidad del Mediterráneo bajo la hegemonía de la civilización grecorromana, el dominio político del Imperio y su disputa por la supremacía universal, con las sucesivas creaciones imperiales iránias y su poderosa civilización, dotada de un fuerte carácter de permanencia, con ligeras variaciones evolutivas de lengua, sociedad, economía, arte y religión, singulares y propias a lo largo de más de mil años.

Estos dos ejes fundamentales del mundo antiguo, no sólo se prolongaron más allá del siglo V, sino que se mantuvieron indemnes y vigorosos hasta el primer tercio del VII. Fue entonces cuando un mismo factor, surgido de la influencia directa de ambas

³⁹ Consúltense al respecto H. BENGTON, *Historia de Grecia*. Madrid, 1978, p. 416.

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 2-23. Bengtson (*Griegos y Persas*. Madrid, 1978, pp. 2-23) mantiene esta tesis y reúne parte de la bibliografía que la sustenta.

civilizaciones rivales sobre la Arabia del siglo VI, puso fin al antiguo sistema basado en la permanencia de los dos ejes antes citados. Dicho factor, claro está, fue el del surgimiento en Arabia de un nuevo imperio que pronto daría lugar a una nueva religión: el Islam. Este Islam –como intentaremos sustentar en nuestro trabajo– no hubiera podido nacer ni desarrollarse sin la acción previa de los dos grandes imperios y civilizaciones rivales, sobre la Arabia del siglo VI: la grecorromana y la irania, la Romania y el Eranshar, y sin su posterior conquista por los árabes. Fue la disputa sostenida por ambos contrincantes por el completo control de la península Arábiga lo que provocó directamente toda una serie de cambios necesarios para que pudiera surgir un Mahoma y para que éste y su inmediato sucesor, Abu Bark, pudieran unificar la península Arábiga y lanzar a los árabes contra los dos grandes imperios que dominaban el Oriente desde hacía ya tantos siglos.

Para entender esto, sólo hay un enfoque válido: aquél que sitúa el centro de atención en la última gran contienda entre los dos viejos imperios y civilizaciones. De las consecuencias directas de esta lucha surgen las posibilidades y fuerzas del futuro Islam. Éste se desarrolló y triunfó a partir de estímulos externos; sus propias fuerzas no eran suficientes en un principio y sólo más tarde, a partir de 642 –como sustentaremos en nuestro trabajo– empezó a conformarse por completo, a definirse y diferenciarse, a desarrollar sus propias posibilidades y estímulos.

Fue a partir de ese año 642 cuando el proceso se hizo irreversible y cuando quedó patente que un nuevo mundo se había instalado para permanecer y sustituir al viejo orden. Fue en 642 cuando el Islam comenzó a buscar su propia identidad independiente de las otras grandes religiones y civilizaciones, cuando se consolidó el Imperio árabe que lo iba a sustentar inicialmente, en fin, cuando manifestó que su aparición y victorias militares no serían una crisis más a superar por el mundo antiguo. Fue en esa fecha, la de la caída de Alejandría en manos de los árabes, pero también la de su victoria sobre los sasánidas en Nehavend, cuando nació la Edad Media y lo hizo en Oriente.

Y es que la toma de Alejandría, sobre la que los historiadores no se detienen a reflexionar habitualmente, era mucho más que la pérdida de una ciudad a manos de los ejércitos árabes. Su caída significó el comienzo del fin de uno de los ejes que sustentaban al mundo antiguo: el de la unidad mediterránea bajo la hegemonía del Imperio y su civilización. Una unidad que básicamente pervivía y se manifestaba en la comunidad de religión, economía, cultura dominante y dominio político, esa unidad –decimos– se quebró en Alejandría en 642.

Era el puerto de Alejandría el mayor del Mediterráneo tras el de Constantinopla y desde el cual, incluso a comienzos del siglo VII, se enviaban barcos hasta lugares tan

apartados como Tintagel, en Britania⁴¹. Era la ciudad alejandrina la que todavía recibía los productos del África nilótica y oriental, de Arabia meridional y de la India, de Ceilán y de la China, de Persia y los reinos bárbaros del oeste y de todos los puertos del Imperio, desde *Septem* a Laodicea y desde Querson a Rávena; aquella ciudad fundada por Alejandro Magno mil años atrás como hito de una nueva era, que había sido el más fructífero solar de la gran civilización romano-helenística y que sostenía todavía, en la primera mitad del siglo VII, a una prestigiosa escuela que seguía cultivando las antiguas disciplinas y saberes; aquella misma ciudad, cuna de los primeros teólogos del Cristianismo y una de sus grandes cabezas patriarcales; en fin, la llave del Mediterráneo oriental, del Mar Rojo, del África del norte y de la oriental, la clave del dominio de Egipto que aportaba la cuarta parte de sus ingresos al Imperio, estaba ya irremisiblemente perdida.

A partir de entonces, el Imperio árabe y el naciente Islam contaban con una base firme lo suficientemente sólida como para impulsar su poder. De Alejandría partirían los grandes ataques a Constantinopla y al Imperio, y por ella pasaría buena parte del comercio islámico de los siglos posteriores. La caída de Alejandría, que no es otra cosa que la de Egipto, marcó, en suma, el punto de no recuperación para la Romanía.

El mismo año y en la meseta del Irán, los árabes derrotaron al ejército persa. No fue una derrota cualquiera, pues, a diferencia de la de Qadesiya, la batalla de Nehavend cerró cualquier intento de recuperación del Imperio sasánida y fue el fin de una era. Por primera vez desde los tiempos de Antioco III un ejército extranjero se instalaba en el Irán. Tras novecientos años de independencia ininterrumpida, los iraníes se vieron convertidos de señores en vasallos y su civilización dejó de evolucionar de forma propia para ponerse al servicio de los conquistadores, a los que nutriría fecundamente. Por primera vez desde los tiempos de Darío I Aquemenes, el zoroastrismo perdía su rango de primera religión y la iglesia mazdeísta dejó de dominar los resortes sociales y económicos del país. Nehavend fue la quiebra efectiva del poder y la civilización iraní, el fin del otro eje que sostenía al mundo antiguo y marcó el inicio de la Edad Media para las tierras situadas al este del Eúfrates. Las décadas siguientes, las que median entre la caída de Alejandría y la derrota de Persia en Nehavend, por un lado, y la caída de Cartago y la conquista de Transoxiana por otro, son los primeros pasos de una nueva era.

⁴¹ FESTUGIERE, A.J., *Leontios de Neapolis, Vie de Syméon le Fou et Vie de Jean de Chypre*. París, 1974, VII, pp. 252-254; BROWN, P., *El primer milenio de la cristiandad occidental*. Barcelona, 1997, pp. 104-120; BUTLER, A. J., *The Arab Conquest of Egypt*. Nueva York, 1998, p. 49. Se recoge aquí el viaje de un navío alejandrino, aparejado y cargado con trigo por la iglesia de la ciudad, que navega hasta Britania donde cambia su trigo por estaño y plata que luego vende en Cirenaica. Esto demuestra que los circuitos mercantiles que enlazaban el Mediterráneo y el Atlántico seguían activos a inicios del siglo VII, lo cual es confirmado también por la arqueología: en Tintagel (Cornualles), desde 1996 se han venido encontrando numerosos productos mediterráneos (como objetos de vidrio) fechados todos a fines del siglo VI e inicios del VII.

La vieja concepción de una división de la historia en tres edades es tan clásica como inoperante⁴² y no obstante, paradójicamente necesaria. En realidad, la Historia no se somete a cánones y sus partes son sólo reconocibles por la universalidad de los acontecimientos que las delimitan. Ahora bien, como ya dijimos, pocos acontecimientos han sido tan universales como los aquí expuestos. Como la Antigüedad, la Edad Media se gestó y nació en el Oriente y desde allí se trasladó al Occidente. Desde Alejandría a Cartago, el Islam la llevó triunfante sobre las puntas de las lanzas de los jinetes árabes.

El imperio que, por primera vez desde Augusto, veía alzarse desde Antioquía a Alejandría un nuevo poder sobre las aguas del *Mare Nostrum*, se revolvió fieramente. Fue una lucha más dura de lo que habitualmente se nos intenta hacer creer: el Islam no arrolló con facilidad a la Romanía y desde Constantinopla el antiguo poder presentó batalla. Que no era un organismo enfermo, ni débil, lo demuestran los hechos. Entre 565 y 698, el Imperio se enfrenta, detiene, vence o sobrevive a lombardos, ávaros, eslavos, persas, búlgaros y árabes. A lo largo de esos años “de lucha por la supervivencia”⁴³, aún tiene fuerza como para reformarse, evolucionar y adaptarse. Su base social, militar, económica, jurídica, étnica y geográfica se altera y transforma, pero el Imperio sobrevive. ¿Hay prueba más palmaria que ésta, para comprender la fortaleza del viejo Imperio?

Sobrevive pero ya no es el mismo, pues la caída de Alejandría simboliza el final de la universalidad del Imperio. De un viejo orden que unificaba la totalidad del Mediterráneo, ha surgido otro nuevo que divide en tres el antiguo espacio. A la par, la vieja rivalidad que enfrentó, a lo largo de más de mil años y con distintos actores, a las dos grandes civilizaciones –la grecorromana y la irania–, ha desaparecido. Uno de los contrincantes ya no está, pues ha sido integrado al servicio de una nueva civilización; el otro ha sobrevivido a costa de evolucionar trágicamente y de adaptarse a nuevas condiciones. Ya no es la vieja Romanía surgida del genio de Constantino y apuntalada y renovada por Justiniano, sino una nueva civilización, una nueva sociedad, un nuevo poder: Bizancio. La Edad Media está pues configurada y con ella nuestro tiempo.

4. OBJETO Y ENFOQUE DE NUESTRA INVESTIGACIÓN.

Hasta aquí la presentación de nuestro trabajo, de la época que lo albergó, del punto de fuga histórico a partir del cual se desarrolló la investigación, un punto de fuga centrado en el Oriente, en el antiguo y amplio sentido del término. Ahora bien, ¿qué podía justificar la elección del tema de nuestro trabajo? o mejor aún, ¿había espacio para abordarlo?

⁴² Vid. las reflexiones, a este respecto, de Franz Georg MAIER, *Las transformaciones...*, *op. cit.*, pp. 4-15.

⁴³ TREADGOLD, W., “Two Fights for Survival: 610-668”, *A History of the Byzantine State and Society*. Stanford, 1997, pp. 287-322.

Cuando fijamos el enfoque y el ámbito temporal y geográfico sobre el que íbamos a trabajar se nos manifestó, casi de inmediato, que el campo de estudio elegido era rico en problemas y desafíos. Éstos abarcaban todos los niveles de la investigación histórica, desde los más esenciales para conocer adecuadamente cualquier época (es decir, desde problemas y espacios en blanco de carácter cronológico y geográfico)⁴⁴, hasta los que se refieren al adecuado y completo conocimiento de los grandes procesos históricos que la época albergó. Por supuesto, había también numerosas cuestiones concernientes a aspectos puntuales, pero cruciales por su especial significación, que se referían a los ámbitos políticos, militares, económicos, sociales, religiosos y culturales, y no pocas cuestiones de detalle y adecuado enfoque.

No corresponde a una introducción señalar todos los problemas abordados en un trabajo de esta clase, pero sí hacer mención de los más relevantes. Éstos comenzaban con la situación real que Justiniano dejó a su muerte (565). Según venía manteniendo gran parte de la historiografía contemporánea, Justiniano había agotado al Imperio. Había pues dejado un Imperio exánime desde el punto de vista militar, social y económico, un mundo listo para la expansión islámica, las invasiones lombardas y eslavas, y para el libre desarrollo del Occidente, llegado el tiempo. Era una buena construcción –no lo niego– y se apoyaba en lo que sucedería 50 años después de la muerte del gran emperador.

Ahora bien, ¿se podía endosar a Justiniano la quiebra del sistema político-militar que él levantó? ¿Era realmente ese sistema una criatura forzada y débil? ¿De verdad se podía sostener objetivamente que la *recuperatio* puesta en marcha por Justiniano agotó al Imperio y minó su posición en Oriente? ¿La quiebra del sistema justiniano se debió principalmente a taras y debilidades internas, o a razones y factores externos? ¿Cuáles eran realmente, sin tener en cuenta prejuicios basados en apriorismos y presentismos estériles, el verdadero estado económico, demográfico, militar y cultural de la Romania a la muerte de Justiniano y en las décadas inmediatas que le siguieron?

En nuestra opinión, la historia del Oriente en las décadas posteriores a Justiniano se ha reconstruido hacia atrás, partiendo de lo que parecían ser los resultados directos de dicha época y no de la realidad dejada sobre la mesa histórica en 565. Esta forma retrospectiva de hacer historia obliga a minimizar cualquier factor o hecho que pueda desautorizarla pues, dado que se conoce el resultado y que a éste se le asigna, más o menos forzadamente, un origen indiscutible, cualquier circunstancia intermedia entre ambos puntos que se salga del previo esquema queda necesariamente oscurecida y marginada y, con no poca frecuencia, directamente ignorada.

⁴⁴ Por ejemplo, tras casi un siglo de debate, sigue siendo muy discutida la cronología de las campañas persas de Heraclio. *Vid.* BAYNES, N.H., “The date of the Avar surprise”, *Byzantinische Zeitschrift* (Munich), 21 (1912), pp. 110-28; HOWARD-JOHNSTON, J., “Heraclius’ Persian Campaigns and the Revival of the East Roman Empire, 622–630”. *War in History*, 6. 1 (enero 1999), pp. 1-44.

Eso y no otra cosa fue lo que pasó con el sistema justiniano y veremos cómo numerosos datos de las fuentes (conocidos desde hace mucho tiempo) eran ignorados o minimizados precisamente porque proporcionaban evidencias de la fortaleza del sistema, de su recuperación económica, social y militar, de su fortaleza política e ideológica, etc. Realmente, cuando uno estudia y contrasta las fuentes del periodo 565-642, lo que sorprende no es la debilidad del Imperio dejado por Justiniano en 565, sino, paradójicamente, su fortaleza. Sin ella no se entienden ni los brillantes éxitos logrados frente a persas y ávaro-eslavos durante los años 575-602, tan brillantes y decisivos que dieron paso a una última hegemonía romana sobre el antiguo Oriente –inadvertida para la historiografía contemporánea–, ni la resistencia del Estado romano a los desastres de 602-621, ni la reacción de 622-630, ni tampoco y en fin, la fuerte resistencia ante el empuje árabe.

Unidas indisolublemente a la cuestión esencial del estado del Imperio en 565 estaban las cuestiones ligadas a los diversos factores que, concatenados entre sí, dieron al traste con la situación dejada por Justiniano. Así, por ejemplo, estaba la problemática del verdadero ritmo e intensidad de las invasiones ávaro-eslavas, de la instalación de los eslavos en los Balcanes (especialmente en Grecia), cuestión tan importante como debatida y a la que hemos aportado soluciones innovadoras⁴⁵ basadas en las fuentes armenias y siríacas que arrojan nueva luz sobre los hechos narrados por las bizantinas. Estos datos, sumados a los ya conocidos, aportan una visión más completa y a menudo distinta del proceso en cuestión. No se trata de un proceso baladí, pues la instalación de los eslavos en los Balcanes significó un completo cambio de las condiciones imperantes en estas regiones desde hacía más de seiscientos años, y sus consecuencias culturales y políticas resuenan todavía hoy en nuestro tiempo.

Otro gran problema que se encuentra en el primer escalón de nuestro estudio es el referido a la verdadera situación de la Arabia preislámica. Había una amplia bibliografía contemporánea sobre el tema y no una menor sensación –cuando no evidencia– de que la cuestión permanecía en el terreno de lo inseguro y desconocido. Sin embargo era vital resolver problemas, como y a modo de ejemplo, los que surgen al plantearse cuál era la extensión e intensidad del dominio y la penetración política y económica de la Persia sasánida y de la Romanía en Arabia; el estado de efervescencia político-religiosa de la Arabia del primer tercio del siglo VII a consecuencia del gran vacío de poder provocado por la gran guerra romano-persa de 603-628 en la que se enfrascaron las dos potencias hasta entonces dominantes en Arabia. Este último conflicto favoreció el inicio de un proceso que propició la aparición en la Arabia de esos años de una serie de profetas guerreros que trataron de reunir a las tribus bajo sus estandartes y que terminaría en 633 al lograr Abu Bark derrotar al último de los rivales de Mahoma, el profeta Musaylima.

Se coronó así la unificación de Arabia y se preparó el “suelo histórico” para la siembra del Islam y sobre todo para la inmediata conquista árabe del Oriente romano y persa.

Otras numerosas cuestiones hacían referencia al influjo que la conquista tuvo sobre la definitiva conformación del primer Islam, a la idea que de sí y del mundo que les rodeaba tenían Mahoma y los árabes, y sobre todo a la visión que del primer Islam tuvieron judíos, armenios, sirios, arameos de Mesopotamia, egipcios, griegos y persas, cuyos documentos –los únicos verdaderamente contemporáneos de los hechos– ofrecen datos y visiones que no encajan en el esquema tradicional y que necesitan de una labor de reunión, contraste y análisis conjunto para ofrecer todo lo que contienen.

Se nos ofrecían también, al abordar el Oriente de nuestra época, los temas que afectaban al otro “ojo del mundo”⁴⁶, la Persia Sasánida. Cuestiones referentes al verdadero estado militar, socio-económico y político de la Persia Sasánida de fines del siglo VI y del primer tercio del VII. Y por supuesto estaba el apasionante desafío de la extensión del cristianismo en el Imperio sasánida de fines del siglo VI y primera mitad del VII. En este debate se abren ante el investigador nuevos horizontes al contemplar, bajo una nueva óptica, los hechos y problemas ideológicos, militares, políticos y religiosos, tanto de la conquista persa del Oriente (603-629) como de la contraofensiva bizantina (622-629) o lo concerniente al nuevo y efímero orden establecido por Heraclio y Sharbaraz en 629-630.

Junto a los problemas y desafíos que el Imperio, la Arabia preislámica y la Persia sasánida ofrecían a nuestra curiosidad durante la primera etapa del presente estudio, estaban también –más relacionados de lo que se cree– aquéllos que derivan de las conexiones de estas tres esferas con el resto de focos culturales y de poder en este periodo. A saber: la Abisinia Axumita, tan vital para entender la tensión perso-romana por el control de Arabia; el mundo de las estepas, ese mar amenazante que oscilaba, hora como una espada de Damocles, hora como una posibilidad estratégica que usar contra el contrario, sobre los grandes imperios de Persia y la Romania. Ávaros, jázaros, búlgaros y turcos occidentales jugaron un importante papel en el desarrollo de los acontecimientos durante los 77 años que abarca nuestro estudio y es, por tanto, decisivo el análisis de sus relaciones con las viejas monarquías del Oriente (y con otros pueblos bárbaros como los eslavos) para entender el verdadero alcance de los acontecimientos que incidieron sobre las tierras que se extendían desde los Alpes al Yaxartes.

Y es que, aunque durante los últimos 20 años ha habido un aluvión de estudios y ensayos sobre la época que aquí pretendemos estudiar, éstos han adolecido de esa gran

⁴⁵ SOTO CHICA, J., “Constantinopla ciudad sitiada A.D. 626”, en E. Motos y M. Morfakidis (eds.), *Constantinopla. 550 años desde su caída*. Granada, 2006, t. I, pp. 110-133.

⁴⁶ Es ésta la expresión usada por Cosroes II en una carta al emperador Mauricio, recogida por Teofilacto Simocata [IV,11.1]: “Dios quiso que todo el mundo fuese iluminado desde el comienzo por dos ojos, conocidos como el muy poderoso reino de los romanos y como el muy centrado y prudente estado de los

tara moderna que es la de partir de presupuestos preestablecidos hace tiempo. En especial la figura de Heraclio, foco esencial de la investigación en los últimos años, es una prueba evidente de lo anterior y necesitaba de una nueva reflexión histórica, así como, paradójicamente, de un estudio que aclarara no sólo cuestiones sociales, ideológicas, militares y políticas, sino incluso cuestiones tan básicas como son la correcta cronología y ubicación geográfica de sus expediciones militares⁴⁷. Estaban presentes, a su vez, las cuestiones relativas a Cosroes II y la Persia de su tiempo, el papel de los judíos en la conquista persa del Oriente y en especial de Jerusalén, así como el papel jugado por el judaísmo en el nacimiento, desarrollo y expansión del primer Imperio árabe y de su posterior manifestación religiosa, el Islam; la importancia del símbolo y la ideología restauradora o apocalíptica en este periodo y los problemas referentes a los pueblos que giraban alrededor de ambas potencias. Todo lo anterior, necesitaba de un estudio que coordinara los distintos elementos que se disponían sobre el tablero del mundo en este periodo.

Pero prosigamos. El periodo 630-642, en nuestra opinión tan decisivo a la hora de entender cómo el mundo restaurado en 630 mutó hacia 642⁴⁸, en un mundo totalmente revolucionario y radicalmente distinto, el mundo del Oriente medieval, es una etapa en la que están llamadas a tener cada vez más papel en su interpretación las fuentes siríacas del oeste y del este, hebreas, armenias, egipcias e iraníes. Sólo así se podrán entender los procesos que marcaron dicho periodo: el de la gran expansión agarena y ligados indisolublemente a ella, el surgimiento del primer Islam, el colapso de la Persia sasánida y la supervivencia de la Romanía y su transformación en el Bizancio medieval.

En efecto, permanecen abiertas ante los ojos del investigador las cuestiones referentes a la evaluación militar de los tres grandes contendientes: árabes, bizantinos y sasánidas, así como las que atañen a la primigenia administración, economía, sociedad y, por paradójico que parezca esto, religión de los pueblos árabes que conquistaron el Oriente entre 630-642. Vital era también para el adecuado conocimiento de la conquista árabe, analizar la actitud que mantuvieron los pueblos conquistados (sirios, egipcios, arameos de Mesopotamia, iraníes y armenios) ante sus conquistadores, actitud que fue distinta –en nuestra opinión– a lo que los estereotipos y lugares comunes han venido defendiendo machaconamente desde comienzos del siglo XX.

persas”. WHITBY, M., *The History of Theophylact Simocatta*. Oxford, 1986 (citado en adelante: Teofilacto Simocata).

⁴⁷ SOTO CHICA, J., “La política heroica de Heraclio. Un puente entre el héroe grecorromano y el caballero cristiano”, en J. Alonso y O. Omotos (eds.), *Cultura neogriega. Tradición y modernidad*. Vitoria, 2005, pp. 671-684.

⁴⁸ Usamos el término “mutar” para contraponerlo al de “evolución”. Para nosotros expresa el cambio de un Estado o civilización a partir del cual, las cualidades que lo definían cambian significativamente. Mientras que definimos “evolución” como el cambio previsible a partir del normal desarrollo de esas mismas cualidades definitorias.

5. METODOLOGÍA.

Quedan pues aquí presentados los principales problemas sobre los que hemos trabajado y sobre los que hemos tratado de aportar nuevos datos, enfoques y reflexiones. Ahora bien, escogido el tema, circunscrita la época, elegido el enfoque y estilo que se querían adoptar, identificados y abordados los problemas esenciales que época y tema planteaban, queda por presentar en esta introducción el método de trabajo que se ha elegido.

Desde comienzos del siglo XX, la disciplina histórica ha contemplado y a veces sufrido un imparable arribo de nuevos métodos de análisis histórico. El proceso no parece tener término, pues cada historiador –novel o consagrado– parece tener uno y, si es posible, que sea especialmente singular y novedoso. Hasta tal punto ha sido así, que hoy día pueden encontrarse todo tipo de métodos de trabajo, desde los más tradicionales a los que pueden agruparse en las filas de la llamada “Nouvelle Histoire”.

Por nuestra parte, dado el tema y carácter de nuestro trabajo, nos sentimos poco ambiciosos en este campo. No se hallarán aquí grandes novedades metodológicas, pues no era ese nuestro objetivo. En nuestra opinión, ni la época ni el tema necesitan de nuevos métodos de análisis histórico, sino más bien de una nueva dirección y enfoque. Será en este punto donde se han centrado nuestros principales análisis y, por tanto, en el que se han producido nuestras aportaciones al tema que podemos concretar en las siguientes cuestiones:

1. El establecimiento de límites claros, lógicos y aprensibles –históricamente hablando– al periodo en cuestión, que establecemos entre 565 y 642 por las razones antes expuestas.

2. Junto a la adecuada división temporal, creemos necesario modificar sustancialmente el enfoque de las cuestiones desde un punto que permita mantener la atención en el Oriente y contener, dentro de este foco de atención, a la totalidad de los actores principales: bizantinos, sasánidas y árabes, así como a sus satélites y sometidos, sin dar mayor relieve a unos sobre otros, excepto el que se derive de la propia importancia de los hechos históricos en los que participaron.

3. Para tal fin, consideramos necesario la reunión y confrontación de todas las posibles fuentes escritas, sin tener en cuenta su origen cultural y sin dar más prevalencia a unas sobre otras excepto la que resulta de la cantidad o valor de los datos aportados por ellas. Al hacerlo de esta manera, sin atender a procedimientos preestablecidos, ni someternos a prejuicios ni filias previas, nuestros resultados de la época han sido, a menudo, notablemente distintos de los habituales. De ahí, por ejemplo, nuestra especial valoración y visión de cuestiones como las referentes a los resultados y posibilidades

del legado de Justiniano o como las que atañen al nacimiento y desarrollo del Imperio árabe.

4. Esta labor de reunión ha conllevado buena parte del esfuerzo y los resultados obtenidos. El propio cariz de la época y los procesos aquí estudiados ha hecho que los acontecimientos políticos, militares, económicos y religiosos se conformen como guía y columna del trabajo.

5. Las fuentes arqueológicas, papirológicas y numismáticas han actuado como testigos de las fuentes literarias. En cuanto a las fuentes escritas, dado su volumen, variedad de procedencia, cronología y género, las creemos suficientes como para justificar el haberlas convertido en el centro de nuestro estudio.

La colección de fuentes reunida se ha analizado conforme a los viejos y sólidos criterios que establecen la preponderancia e importancia de unas en relación con las otras, a la hora de estudiar un mismo hecho histórico. Es decir, se han preferido, por lo general, las fuentes más cercanas en tiempo y espacio a las posteriores o alejadas, y se ha tenido muy en cuenta el entorno cultural, estilo, intereses, filias, fobias y propósito de los autores de las obras en cuestión, etc.

6. Dada la cuantía y variedad de la bibliografía contemporánea sobre el periodo y problemas aquí tratados, ha sido necesaria una catalogación y selección de dichas obras eliminando todas las que no aportaban realmente elementos nuevos para la discusión o resolución de los problemas históricos aquí tratados. Esta labor previa ha sido indispensable para la viabilidad del trabajo. Así mismo y teniendo en cuenta el carácter universal del periodo y la problemática a estudiar, ha sido necesario mantener un adecuado equilibrio entre detalle y visión general.

7. De igual modo, se ha creído labor previa necesaria e indispensable el llevar a cabo, antes de iniciar el relato de los acontecimientos, un estudio general y exhaustivo de las fuerzas y posibilidades con que contaban los dos grandes imperios que configuraban el Oriente antes de la irrupción de los árabes y del inicio de la Edad Media: la Romanía y la Persia sasánida. Este estudio no sólo ha permitido arrojar nueva luz sobre el verdadero estado económico, demográfico, militar y cultural de ambas potencias y civilizaciones, sino también establecer una comparación adecuada entre ellas.

8. Dado que el trabajo aquí propuesto no sólo se basa en la aportación de nuevos datos sino también en la nueva visión y valoración de otros ya conocidos, el ejercicio de reflexión ha sido tan importante como el de investigación y a él hemos dedicado no pocos esfuerzos y tiempo en el presente estudio. No hemos pretendido pues, limitarnos a narrar y clarificar los hechos y condiciones en los que se desarrolló una "Historia", en el sentido que Herodoto dio a este término, sino a construir nuestra propia reflexión

sobre dicha historia, labor que –como mostrara Tucídides– es el ejercicio más propio, arriesgado y laborioso del historiador.

Quedan pues presentados el tema y la época de trabajo, junto a nuestros propósitos y medios para abordar esta empresa. Pero, dado que el pilar fundamental de nuestra tesis, como insistentemente se ha manifestado, fue el estudio de las ricas y numerosas fuentes escritas que los distintos pueblos implicados en los acontecimientos aquí abordados nos han dejado, creemos necesario el presentar, si quiera esquemáticamente, las fuentes literarias que lo han sustentado. A ello dedicaremos el siguiente apartado.

PRIMERA PARTE
LAS FUENTES HISTÓRICAS

Los tiempos que se extienden entre la muerte de Justiniano (565) y los días de la conquista de Alejandría por los árabes, y su victoria sobre los persas en Nehavend (642) constituyen, a primera vista, una época árida y escasa en fuentes escritas. No es así, claro está, y a poco que uno no limite su búsqueda tan sólo a un campo (Islam, Bizancio o la Persia sasánida), sino que unifique los resultados obtenidos en cada uno de ellos, comprobará cómo se va obteniendo lentamente un espléndido y amplio conjunto de fuentes. Tan amplio y diverso que nos obligó a establecer una clasificación que permitiera estudiarlas y valorarlas en su justa medida.

Consideramos así que el principio ordenador que debía regir la clasificación de las fuentes reunidas era su pertenencia a una u otra de las comunidades religiosas o culturales que constituyeron el espacio histórico que investigamos. De esa clasificación por ámbitos culturales, según la adscripción del autor original de la fuente en cuestión, resultaban los siguientes grupos: fuentes grecolatinas, fuentes bizantinas o romano-griegas, persas, arabo-preislámicas e islámicas, sirio occidentales y sirio orientales, esto es, sirio-mesopotámicas, egipcias, armenio-caucásicas⁴⁹, occidentales y otras. En este último apartado se engloban fuentes de procedencia tan dispar como pueden ser los apocalipsis judíos del siglo VII, diversos relatos de viajeros chinos de los siglos VII y VIII o crónicas e inscripciones abisinias.

1. PRESENTACIÓN GENERAL.

La etiqueta de “tiempos o siglos oscuros” que han venido recibiendo los años aquí tratados es inmerecida y se debe, en buena parte, a esa hegemonía absoluta y a veces asfixiante que la excesiva especialización ha venido teniendo en nuestra disciplina y que hace que a menudo un arabista no se sienta obligado a conocer las fuentes bizantinas o las armenias⁵⁰; un bizantinista no sienta necesidad de conocer las sasánidas o las sirio orientales, o que un iranista no se sienta impelido a manejar las coptas o las occidentales. Craso error, en nuestra humilde opinión, pues en un mundo abierto e interconectado entre sí –como era el de los siglos VI y VII– el dato precioso e imprevisto que puede desarbolar o confirmar una hipótesis puede hallarse en cualquiera de las obras que se crearon entonces o en aquellas otras que aunque redactadas décadas o siglos más tarde de que acontecieran los años aquí estudiados, nos narran sus acontecimientos en base a documentos hoy perdidos para nosotros.

⁴⁹ En el siglo VII y durante toda la Edad Media fue incuestionable la hegemonía cultural de Armenia sobre el Cáucaso, de manera que las obras georgianas y albaneso-caucásicas están estrechamente ligadas a las armenias.

⁵⁰ *Vid.* nota 26.

Así, por ejemplo, pocos estudiosos de la Persia sasánida conocen o valoran las sorprendentes informaciones que sobre el Imperio del “rey de reyes” nos ofrece la *Historia de los lombardos* de Pablo Diácono⁵¹. En principio, nadie esperaría que un italiano de la segunda mitad del siglo VIII, que escribía la historia de un pueblo germánico, se interesara mucho por el Irán y sus gentes. Pero he aquí el caso que Pablo Diácono sabía que para narrar la historia de los lombardos era necesario narrar la del Imperio y la historia de éste, aun centrándose en Italia, era ingobernable sin hacer amplia referencia a su imperio rival, la Persia sasánida. Debido a esto, en su obra encontramos extensas y curiosas noticias sobre Cosroes II, su reina, la cristiana Shirin, sobre la guerra de Heraclio en Persia, etc. Por lo mismo, los eslavistas no usarán una obra siria occidental como es la llamada *Crónica del 640* o *Crónica de Tomás el Presbítero*, pues sería una pérdida de tiempo aparentemente buscar información sobre los primeros eslavos y sus invasiones en Grecia en una obra escrita en el 640 en un monasterio jacobita del norte de Mesopotamia, el de Qenneshre, y no obstante, esa obra guarda en su interior un precioso relato con datos muy relevantes sobre el ritmo de las invasiones eslavas y su establecimiento en el Egeo⁵². Tampoco un estudioso del cristianismo palestino o un arabista indagarían para conocer la situación religiosa de la Jerusalén de la segunda mitad del siglo VII en una obra escrita en la Albania caucásica. Pero he aquí que la *Historia de los albaneses del Cáucaso* de Moisés Dasxuranci, contiene el relato de un peregrino albanés que visitó la Jerusalén del primer omeya⁵³.

Un ejemplo lo vemos en un famoso y elaborado artículo de Grumel⁵⁴ en que, arrancando de una homilía del Patriarca Germán en el siglo VIII, trata de demostrar que Constantinopla no tuvo murallas marítimas antes del primer asedio árabe de la ciudad en 674-678, como muy pronto. Grumel hubiera cambiado sin duda de opinión si, en vez de centrarse en las fuentes griegas, hubiera atendido también a los restantes escritos contemporáneos para la Constantinopla del siglo VII, pues en uno de ellos, la relación del viaje a Oriente de un obispo galo, Arculfo, realizada en 670, se dice literalmente:

“Esta ciudad imperial está rodeada por un circuito de murallas que no son pequeñas, de unas doce millas de longitud; está en un promontorio por el lado del mar, teniendo, como Alejandría o Cartago, los muros construidos a lo largo de la costa”⁵⁵.

⁵¹ ZANELLA, A., *Storia dei longobardi, Paolo Diácono*. Milán, 2000 (citada en adelante: Pablo Diácono). Sobre la reina Shirin y Cosroes *vid.* Pablo Diácono: lib. IV, p. 403 y ss.

⁵² *Crónica del 640*: año 934, p. 18. PALMER, A., “Extract from a chronicle composed about AD 640”, *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 29-35 (citada en adelante: *Crónica del 640*).

⁵³ DOWSETT, C.J.F., *The History of Caucasian Albanians by Movses Dasxuranci*. Londres, 1961 (en adelante: Moisés Dasxuranci). *Vid.* Moisés Dasxuranci: II, 51, pp. 183-184.

⁵⁴ GRUMEL, V., “La défense maritime de Constantinople du Côte de la Corne d’Or et le siège des avars”. *Byzantinoslavica*, 25 (1964), pp. 217-233.

⁵⁵ MCPHERSON, J.R., “The Pilgrimage of Arculfus in the Holy Land about the year 680”, *Palestine Pilgrims' Text Society*. Londres, 1895 (en adelante citado: Arculfo). *Vid.* Arculfo: lib. III, I.

En fin, pocos arabistas –especialmente los españoles– estarán tentados a leer relatos de viajeros o prisioneros chinos de los siglos VII y VIII⁵⁶. Sin embargo, esos relatos de hombres tan lejanos al primer Islam, cultural y geográficamente, nos han dejado reveladoras estampas sobre las costumbres y creencias de los musulmanes de Asia central y Mesopotamia, y del estado de estos países tras la reciente conquista islámica. Podríamos ofrecer muchos otros ejemplos. Baste con decir que no convertir a un grupo de fuentes en el centro de nuestra labor en detrimento de otro de los grupos disponibles, ha sido la característica principal y más provechosa de nuestro trabajo, y la que nos permite afirmar, al término del mismo, que en modo alguno se puede hablar de “oscuridad de tiempos”.

Por otra parte, contra lo que se suele creer fuera de los círculos de especialistas de este periodo, son muy numerosas las fuentes contemporáneas de los acontecimientos; contemporáneas y diversas en su estilo, procedencia y lengua, en su soporte físico y sobre todo, repitámoslo, en su género. No obstante esta diversidad inicial, las fuentes escritas en cuestión tienen una serie de parámetros comunes entre sí, muy evidentes si se las agrupa por procedencia cultural y se tiene en cuenta su contemporaneidad o no, con los hechos.

Así, por ejemplo, las **fuentes bizantinas** de fines del siglo VI y del VII, pese a su diversidad de género y estilo (desde historias de corte clásico, como las de Menandro Protector⁵⁷ o Teofilacto Simocata⁵⁸, pasando por la crónica o la hagiografía, de tonos ya medievales, y llegando hasta los poemas casi homéricos de Jorge de Pisidia⁵⁹ y los relatos piadosos del *Prado espiritual* de Juan Mosco⁶⁰ conformados por retazos de mística, hagiografía, fantasía y retórica) poseen un hilo conductor caracterizado por la creciente importancia de la definición frente al otro, ya sea éste el persa, el herético jacobita o copto, o el musulmán.

Por ejemplo, desde Procopio se asiste a una creciente importancia del elemento religioso como factor explicativo y definitorio. Procopio, tan querido y apreciado por el historiador, a veces en exceso⁶¹, no marca –como a veces se ha explicado– una frontera

⁵⁶ El relato sobre los árabes de este prisionero chino puede verse en HOYLAND, R.G., “Fragmento: T’ung Tien”, *Seeing Islam...*, *op. cit.*, pp. 244-249.

⁵⁷ BOCKLEY, C., *The History of Menander The Guardsman*. Liverpool, 1985 (en adelante citado: Menandro Protector).

⁵⁸ WHITBY, M., *The History of Theophylact...*, *op. cit.*

⁵⁹ PERTUSI, A., *Poemi i Panegirici Epici. Giorgio di Pisidia*. Ettal, 1959. Col. *Studia Patristica et Byzantina*, 7; ESPEJO JÁIMEZ, G., *Estudio, traducción, anotaciones y comentarios de los “panegíricos épicos”, obra poética de Jorge de Pisidia*. Universidad de Granada, Trabajo de Investigación de DEA. 2006.

⁶⁰ SIMÓN PALMER, J., *El prado espiritual, Juan Mosco*. Madrid, Siruela, 1998, Biblioteca Medieval, 4.

⁶¹ Procopio era ya un historiador controvertido en su tiempo. Agatías [Prefacio, 18] hace una demoleadora pero elegante crítica de la obra de este historiador al denostar a los escritores que pasan, de ensalzar a los personajes que historian, a denigrarlos, en evidente alusión a la *Historia Secreta* de Procopio. Evagrio

literaria que separe la forma correcta y clásica de hacer historia, según los viejos cánones, de los modos de narrar acontecimientos históricos, pretendidamente más incorrectos y medievales de sus sucesores. De hecho, las taras que la historiografía ha querido ver en Agatías, Menandro o Teofilacto –pongamos por caso– pueden hallarse en Procopio. Tomemos como ejemplo el siguiente: el gusto por la anécdota⁶², por lo prodigioso y sobrenatural, está tan presente en Procopio como en sus inmediatos sucesores, y si uno gusta de la historiografía antigua notará que esa pretendida tara medieval estaba presente desde los días de Herodoto⁶³. También Agatías, Menandro y, en menor medida, Teofilacto, disfrutaban de las virtudes atribuidas a Procopio. Agatías, pongamos por caso, supera a Procopio a la hora de apoyar su narración en el conocimiento de obras clásicas⁶⁴ y contemporáneas, y, aunque no fue testigo directo de lo que narraba, siempre se preocupa de acceder a testigos o documentos directos. Menandro, por su parte, no cede ante Procopio a la hora de usar de la ironía⁶⁵ y es tan capaz como lo fue el secretario de Belisario, de distanciarse de los acontecimientos que narra. Por último, Teofilacto, supera a menudo a Procopio en la narración de las campañas y batallas, y es más seguro, exacto y objetivo a la hora de hablar de Persia⁶⁶.

Si de verdad se quiere asignar un rasgo singular y definitorio a los autores posteriores a Procopio, un elemento propio de la época en que escribieron que los distinga de sus antecesores o de los que les sucedieron, será sin duda la naturalidad con la que mezclan lo antiguo y lo nuevo, los viejos modelos y símbolos, con los que son ahora aportados por el cristianismo y la nueva conciencia de “romanidad” instaurada por Constantino y consagrada por Justiniano. Bastarán sólo dos ejemplos, por ser quizás los más destacados. En primer lugar, el de la súbita reaparición y luego repentino fin de un género poético soberbiamente representado en la literatura griega de este periodo: el de la epopeya histórica. Ésta había tenido notable importancia en la época de Augusto (recordemos la *Farsalia* de Lucano o los versos de Floro dedicados a la guerra cántabra), pero luego el género se fue eclipsando lentamente, para reaparecer con fuerza en los siglos IV y V, con plumas tan soberbias como la de Claudio Claudiano. Pero

Escolástico [IV, 12, 17 y 18], por el contrario, lo alaba y sigue fielmente los juicios de Procopio. PRENDO, J. D.; GRUYTER, W., *Agathias. The Histories*. Nueva York, 1975; ORTEGA VILLARO, B., *Agatías, Historias*. Madrid, 2008; FESTUGIERE, A.J., “Évagre, Histoire Ecclésiastique”, *Byzantion*, 45, 2 (1975).

⁶² GARCÍA ROMERO, F.A., *Procopio, Historia de las guerras, libros I-II, Guerra persa*. Madrid, 2000. Como ejemplo de este gusto por lo prodigioso destaca, entre otros muchos, el episodio de la trampa mágica que el rey Pacurio tiende al cabecilla armenio Arsaces: Procopio, *Guerra persa*: pp. 51-53.

⁶³ Sobre el papel del prodigio en la Antigüedad: BLOCH, R., *Los prodigios en la Antigüedad Clásica*. Buenos Aires, 1968.

⁶⁴ Agatías cita en su prefacio, entre otros muchos autores, a Heródoto, Platón y Píndaro. A lo largo de su historia usa tanto las obras de autores antiguos como Jenofonte [Agatías: lib. 2, 21,5-8] como las de autores más recientes, por ejemplo, la obra que el latino Asinius Quadratus dedicó a los francos y alamanes [Agatías: lib. 1, 6, 3].

⁶⁵ Un ejemplo de la fina ironía en Menandro Protector, Suda M591, p. 41.

⁶⁶ SOWARD, W., *Theophylact Simocatta and the Persians*. California State University, Fullerton, <http://www.sasanika.com/ClassicalSources.asp>

Claudiano no tuvo digno continuador y habrá que esperar a la *Juanide* de Flavio Cresconio Coripo para leer una verdadera epopeya histórica⁶⁷.

No obstante, será un autor puramente griego, Jorge de Pisidia, quien elevará hasta la más alta cima el género, cima que no volvería a ser alcanzada ya por este género literario, en toda la Edad Media griega e incluso –nos atrevemos a afirmar– en toda la Edad Media, en general. Y es que, con Jorge de Pisidia, la epopeya histórica se revistió de nuevas formas sin abandonar las antiguas, tejiendo un manto bicolor con los tonos del viejo y del nuevo mundo. La lengua, la métrica y la rima serán clásicas, como lo serán también parte de los temas que constituyen su rica poesía: Homero, Plutarco, Hesiodo y Apolodoro se asomarán entre las líneas de sus poemas. Su héroe, el emperador Heraclio, será comparado con Alejandro, Escipión, Hércules, o Perseo, pero a la par y sin estridencias, lo será también con Moisés, David, Daniel o Noé, y Dios, la Virgen, el milagro, las reliquias y la fe, como *leitiv motiv* de la guerra y la victoria, se constituirán en la espina dorsal del relato épico de las campañas de Heraclio contra los persas⁶⁸. Y todo lo anterior, en sorprendente profusión e impregnando la sensibilidad colectiva de Oriente a Occidente por más de mil años, aparecerá recubierto por el manto de la historia, siendo la exactitud de lo narrado, sorprendentemente, una de las características de la obra de Jorge de Pisidia.

Tras de él y por largo tiempo, desaparece el género entre los griegos y al hacerlo así, prueba –en nuestra opinión– la singularidad de esta época, una época de transición y por lo tanto rica en tonalidades propias, la de un periodo con necesidad de definirse frente a los demás. Y esa definición sólo podía venir, en el caso de los griegos, de los “romeos”, por mejor decir, de la doble mano de la tradición antigua y del cristianismo. De ahí que una anónima crónica contemporánea de los poemas de Pisidia, la *Crónica Pascual*⁶⁹, sume, a su disposición y estilo típico de una crónica medieval, una cronología tan arcana y clásica como la de las olimpiadas, una histórica preocupación por intercalar en la obra documentos y cartas oficiales de los años narrados, y un gusto exquisito por la lógica ordenación de los acontecimientos y por su verosimilitud, que la sitúan a caballo entre la “Historia” y la “Crónica” propiamente hablando, y todo ello sin privar a la obra del gusto por la anécdota, el milagro o el hecho religioso.

Fuera de las numerosas obras contemporáneas de finales del siglo VI y del siglo VII, disponemos de una riquísima colección de fuentes griegas posteriores, de utilidad muy dispar, pues unas veces son demasiado someras al tratar los años aquí estudiados y otras son sólo copias o variaciones de obras posteriores a su vez a los hechos. Mención

⁶⁷ RAMÍREZ TIRADO, A., *Juanide, Panegírico de Justino II*. Madrid, 1997; SHEA, G.W., *The Johannis of Flavius Cresconius Corippus*. Columbia, 1966.

⁶⁸ Como ejemplo del uso de los modelos antiguos por parte de Pisidias se puede consultar: RAWLINGS, L. y BORDEN, H., *Heraclius and Hercules*, Swansea, 2005. En general, para la mezcla de lo clásico y lo bíblico ver nuestro SOTO CHICA J., “La política heroica de Heraclio...”, *op. cit.*, pp. 671-684.

aparte merecen dos obras que, aunque no son contemporáneas de los episodios aquí narrados, son de valía por sus numerosos datos, por transmitir documentos y obras perdidas, y por ser excelentes representantes de dos géneros bizantinos indispensables para el estudioso del Oriente. Nos referimos a la *Crónica* de Teófanos⁷⁰ y a la *Historia Breve* del Patriarca Nicéforo⁷¹. Ambos documentos fueron redactados a comienzos del siglo IX y son para nosotros las mejores obras griegas no contemporáneas para el estudio del siglo VII.

La *Crónica* de Teófanos no sólo nos transmite obras parcial o totalmente perdidas, como algunos de los poemas de Jorge de Pisidia, sino que sobre su cuidadoso y múltiple sistema cronológico se ha venido apoyando la cronología de los acontecimientos, no sólo del Imperio Bizantino, sino de todo el Oriente en este convulso tiempo. En efecto, el cronista bizantino no sólo proporciona el año mundial, sino también el de reinado de los emperadores de la Romanía y Persia, primero, y luego el de los califas, amén del de los patriarcas de Constantinopla, Alejandría, Jerusalén y Antioquía, así como el año de la Indicción en curso.

El patriarca Nicéforo, por su parte, debió de tener acceso a fuentes griegas contemporáneas de los hechos y con casi toda seguridad, a una obra siria escrita a fines del siglo VII. Además por la frescura de su relato, su capacidad de síntesis y por la elección de los temas que entran a formar parte de su narración, es un excelente historiador, quizás el mejor de entre los que se extienden entre Teofilacto Simocata y Miguel Atalíates⁷².

Tampoco las obras contemporáneas de otros ámbitos culturales o religiosos escapan a esa uniformidad leve pero relevante, que sobrepasa a la diversidad de género o estilo y a la que antes hemos aludido. Así por ejemplo, las **obras armenias** compuestas en estos años, abarcan al igual que las griegas, diversos y variados géneros tales como la épica, la historia, la biografía o la geografía. Ahora bien, es verdad que son géneros comunes a otras épocas y culturas, pero las obras armenias de estos tiempos los lucen con brillo propio. Pongamos un claro ejemplo. La *Historia de Heraclio*, atribuida al obispo Sebeos⁷³, no navega entre la crónica y la historia, o entre el clasicismo puro y las nuevas aptitudes premedievales (como harán las obras contemporáneas griegas), sino que crea, por sí misma, una nueva forma de hacer historia en la que se amalgaman, en una singular estructura, la épica, la crónica, los anales nobiliarios y patriarcales, la hagiografía, los temas apocalípticos, la historia

⁶⁹ WHITBY, M.; WHITBY, M., *Chronicon Paschale 284-628 aD*. Liverpool, 1989 (citado en adelante: *Crónica Pascual*).

⁷⁰ MANGO, C., *The Chronicle of Theophanes the Confessor*. Oxford, 1997.

⁷¹ MOTOS GUIRAO, E., *Patriarca Nicéforo de Constantinopla, Historia Breve*. Granada, 2009 (en prensa). Agradecemos desde aquí a la Dra. Encarnación Motos el habernos permitido consultar y citar en nuestra Tesis, sin haber visto aún la luz, su traducción al español de esta obra.

⁷² PÉREZ MARTÍN, I., *Miguel Atalíates, Historia*. Madrid, 2002.

⁷³ MACLER, F., *Histoire d'Heraclius...*, *op. cit.*

propiamente hablando, etc. Todos ellos con cualidades singulares y propias. Es una nueva forma de narrar historia que, no sólo influirá en las obras armenias posteriores y en los países deudores de la cultura armenia (la Albania Caucásica o la futura Georgia), sino que, incluso impregnará –en nuestra opinión– a las obras griegas posteriores a Sebeos con mayor o menor intensidad.

Armenia, antiguo puente entre Persia y la Romania y más tarde entre Bizancio, el Islam y el Cáucaso, aprovechará también en la literatura su carácter fronterizo. Y lo hará no sólo integrando en sus obras estilos, formas y motivos diversos, procedentes de todos sus vecinos, sino dando nacimiento por sí misma a nuevas aptitudes y formas que, a partir de ella, se trasladarán a Persia, a la Romania o al Islam. Todo parece nuevo y singular en los escritos armenios de estos años. Una obra épica como la de *Juan Mamiconion*⁷⁴ prelude ya, a su manera, a un Digenís Akrita, y Sebeos, por su estilo, su eclecticismo en la elección de los temas, su desordenado anecdotario, su riqueza de imágenes, su curiosidad fascinante e inoportuna, su gusto por lo épico, lo milagroso y lo religioso, mostrará el camino para obras muy posteriores en tiempo y origen. Armenia, como tierra de frontera, ensayará, antes que nadie, no sólo nuevas formas de guerra, sociedad y economía, sino también nuevas formas de escribir que poco o muy poco debían ya a la Antigüedad. En cuanto a las obras armenias posteriores son de muy desigual valor y en general mucho menos valiosas que las de los siglos VI y VII, aunque la *Historia de la Casa de Artsrunik* quizás escape a esta valoración⁷⁵.

Otro aspecto a destacar de las obras armenias y que es también frecuente en las fuentes caucásicas y sirio-mesopotámicas, es que por su especial relación con la Persia sasánida, ya como países de frontera, ya como provincias del Imperio iraní, nos han transmitido gran cantidad de datos y aspectos del mundo sasánida. Sin las crónicas e historias, sin las hagiografías, geografías, obras científicas y cuentos armenios, georgianos, albaneso-caucásicos y sobre todo sin sus correspondientes paralelos jacobitas y nestorianos, procedentes de Mesopotamia, el Kuzistán iraní o la Siria Nororiental, sería imposible reconstruir la historia de la Persia sasánida. Pues poco se ha salvado de la que tuvo que ser su rica literatura y los autores musulmanes –persas o no– por sí solos no nos bastarían para realizar un esbozo coherente y exacto de aquel gran imperio.

Por último, en cuanto a las **fuentes caucásicas**, ya sean éstas georgianas o albaneso-caucásicas, se rigen –como ya dijimos– por las formas, estilos, virtudes y defectos de las armenias, aunque hay que destacar que en el caso de la conocida como *Historia de los albaneses del Cáucaso* de Moisés Dasxuranci, una rica compilación bien ordenada de diversas obras históricas redactadas entre los años 630 y 914, su precisión y

⁷⁴ BEDROSIAN, R., *John Mamikonean's History of Taron*. Nueva York, 1985. <http://rbedrosian.com/hsrces.html>.

⁷⁵ THOMSON, R.W., *History of the House of the Artsrunik by Thomas Artsruni*. Detroit, 1985.

lo singular de algunas de las obras reunidas en ella, la coloca a la altura o quizás por encima de las restantes obras caucásicas, e incluso más allá de la mayoría de las armenias.

Muy distinto al armenio es el caso de las obras sirias y egipcias, aunque, claro está, con excepciones significativas. Estas fuentes, las contemporáneas, son mucho más uniformes en estilo, género y calidad que las griegas o armenias del mismo periodo. Las **sirias** se caracterizan por el triunfo casi exclusivo de dos géneros que aunque surgieron en Oriente años atrás, se hacen ahora hegemónicos y adoptan en Siria sus definitivas características, ya permanentes hasta bien entrado el siglo XIII: nos referimos a la crónica y al género apocalíptico. Será Siria y con ella la Mesopotamia siríaca y nestoriana, la más fecunda madre de ambos géneros en el Oriente.

La literatura sirio-mesopotámica, por lo demás, se caracteriza, al igual que la occidental, por quedar fijada en el ámbito religioso. Serán monjes, obispos y patriarcas quienes escriban las obras, lo harán en sus sedes o más frecuentemente en monasterios, escribirán casi siempre para otros religiosos y sus temas estarán centrados casi por completo en el aspecto religioso. No se escribirán ya historias eclesiásticas, ni historias profanas, sino crónicas en las que no pueda distinguirse lo uno de lo otro, pues para los autores ambas cosas no pueden fijarse por separado.

Las fuentes sirias de este momento constituyen –en nuestra opinión– un manantial no sólo de datos, sino una fuente de imágenes vivísimas, de cuadros muy reales de un periodo agitadoísimo y apocalíptico, lo que a menudo es más precioso para un historiador. El apocalipsis será el otro gran género del ámbito cultural siríaco. La época, como ya hemos anunciado, se prestó a ello, en opinión de los contemporáneos y en la de cualquiera que al leer las fuentes de este tiempo posea un mínimo de sensibilidad. Los Apocalipsis escritos en esta región cultural del Oriente, la sirio-mesopotámica, serán las más vívidas, singulares e influyentes de todas las obras similares, griegas, islámicas, persas, armenias, hebreas o egipcias, que fueron redactadas durante los siglos VI, VII, VIII y IX, con notable y significativa profusión.

Siria, además, constituía un potente foco económico y cultural que sobrepasaba los límites clásicos de la vieja Siria y que, sobre una base étnica, lingüística y cultural, creaba una zona de intereses comunes que unían a las poblaciones de lengua aramea y siríaca de las dos grandes potencias del Oriente: Persia y la Romania. Un arco territorial, étnico, lingüístico, cultural y económico que unía las orillas del golfo Pérsico, del Mediterráneo y del Mar Rojo, y sin el cual no se explicarían muchos factores y consecuencias de la futura conquista islámica.

Habrá que tener muy en cuenta lo anterior a la hora de afrontar el estudio de las fuentes islámicas, pues éstas, no sólo las de género cronístico o histórico, sino también las de cualquier otro género exceptuando el poético, serían notablemente influidas por

sus precedentes y por sus contemporáneas sirio-mesopotámicas, y muchos de los conocimientos y logros que, por falta de profundidad y a menudo de interés, se atribuyen a los musulmanes, fueron realmente propiedad anterior de sirios y arameos. Pues éstos no sólo les cedieron sus riquezas, sus rutas comerciales y su rica literatura, sino también los numerosos conocimientos astronómicos, agrícolas, hidráulicos, matemáticos y médicos, legados a ellos a su vez por babilonios, persas y griegos⁷⁶.

Por su parte, las obras **egipcias**, ya pertenezcan al ámbito copto (Juan de Nikiu⁷⁷ o Severo de Hermópolis⁷⁸), o al ortodoxo (el Patriarca Eutiquio de Alejandría⁷⁹), se caracterizan por ser tan vívidas como las sirias y por estar más preocupadas por los acontecimientos allende sus tierras.

Las fuentes **persas sasánidas** constituyen un disperso pero importante conjunto de obras. La mayoría son textos religiosos redactados en los siglos VII, VIII y IX, que recogen obras de los siglos VI y VII, y que nos informan sobre el estado de la religión e iglesia zoroastriana durante el último periodo de independencia y sobre el impacto del Islam sobre la vieja religión irania. Pero hay también otros documentos que nos informan, si quiera intermitentemente, sobre cuestiones geográficas, mitológicas, administrativas, políticas, militares y sociales, amén del nutrido corpus de inscripciones reales sasánidas⁸⁰ y de los numerosos papiros persas encontrados en Egipto⁸¹, que proporcionan un caudal inmenso de noticias sobre la administración sasánida, el ejército, la sociedad, etc. de comienzos del siglo VII. Poco más nos ha llegado de la que fue, sin duda, una gran literatura con múltiples intereses de los que tenemos noticia por los autores griegos, sirio-mesopotámicos, armenios y especialmente por los islámicos, muchos de ellos persas, quienes aprovecharon la riquísima tradición literaria y científica perso-sasánida, trasladando lo esencial de ella al mundo islámico. De ahí que cuando uno se sumerge en el ambiente literario, cultural y científico, palaciego y administrativo del califato abasida de los siglos IX y X tras pasar por el estudio de la Persia sasánida, no sólo no se sienta incómodo o desorientado, sino que se sorprenda por la perdurabilidad de tan gran cantidad de elementos de la vieja civilización irania.

⁷⁶ En efecto sería a través de las escuelas de Nísibe y Gundishapur que los árabes conocerían las obras helenísticas de filosofía, medicina y matemáticas, previamente traducidas al siríaco y al persa. Además, obras como la de Sebokht no sólo pasarían a los musulmanes el saber científico de los clásicos, sino que añadirían conocimientos de la vieja Babilonia y otros propiamente desarrollados por los sirios. NAU, F., "Severus Sebokht, On the Constellations". *Revue de l'Orient Chrétien* (París, 1929), pp. 327-338; GUNTHER, R.T., "Severus Sebokht, Description of the Astrolabe", en *Astrolabes of the World*. Oxford, 1932, pp. 82-103.

⁷⁷ CHARLES, R.H., *The chronicle of John...*, *op. cit.*

⁷⁸ EVETTS, B., "Severus of Al'Ashmunein (Hermópolis), History of the Patriarchs of the Coptic Church of Alexandria", *Patrologia Orientalis*, 1 (1904), pp. 105-211 y 383-518.

⁷⁹ PIRONE, B., *Gli Annali, Eutichio patriarca di Alessandria*. El Cairo, 1987.

⁸⁰ HUMBACH, H.; SKJÆRVØ, PR. O., *The Sassanian Inscription of Paikuli*. Munich, 1983.

⁸¹ DARYAEE, T., *Middle Persian Papyri from the Sasanian Occupation of Egypt in the Seventh Century CE* (I), California State University, Fullerton (<http://www.sasanika.com>).

Pero además de las obras propiamente perso-sasánidas, de sus inscripciones monumentales y sus papiros administrativos hallados bajo las arenas egipcias; además de los textos islámicos que recogieron parte del saber y la historia sasánida, de las noticias, a veces muy extensas, que sobre el Imperio iranio nos dieron los autores griegos, armenios, sirios y egipcios, tenemos varias obras escritas por cristianos nestorianos que habitaban en el Imperio y que nos ofrecen una cuantiosa información sobre él. Nos aportan, además, una particular visión: la de una minoría religiosa que mantenía lazos afectivos y religioso-culturales a ambos lados del viejo mundo oriental y que, con frecuencia, era perseguida y detestada por los dos.

Los documentos más preciosos y extensos de esta clase son la llamada *Historia Nestoriana*, que recoge muchos materiales de los siglos VI y VII, y la conocida como *Crónica del Khuzistán*, escrita en la segunda mitad del siglo VII y que no es todo lo consultada que se merece, pues las traducciones que se han hecho de ella son difíciles de hallar y a menudo incompletas⁸². Junto con estas dos obras merece destacarse el epistolario del Patriarca Iso Yahb III⁸³, jefe espiritual de los nestorianos de Persia, que abarca toda la primera mitad del siglo VII y recoge buena parte de la historia viva de la Persia de los últimos años.

Los documentos **arabo-preislámicos** para el estudio de los siglos VI y VII, constituyen un reducido pero importante *corpus*. Los más importantes son colecciones de poesía épica⁸⁴ que, aunque fueran a menudo recopiladas en el periodo islámico, nos ofrecen una semblanza de los aspectos culturales, religiosos, divisiones políticas y tribales, etc. del agitado mundo de la Arabia del siglo VI y comienzos del VII. Junto a poesía épica y otros géneros, poseemos inscripciones, etc. que nos permiten asomarnos someramente y sin el concurso de los autores islámicos, griegos, sirios, etc. al mundo de los árabes de antes de Mahoma.

Las **fuentes islámicas** constituyen un riquísimo y amplio repertorio que ilustra con profusión no sólo la historia propiamente islámica, sino la bizantina y la persa, pues aprovecharon mucho de sus maestras de civilización. Especialmente remarcables son las obras geográficas, muy superiores a las históricas, algunas como la conocida como *Configuración de la tierra*⁸⁵ son de una precisión asombrosa. Otras como la

⁸² GUIDI, I., *Un nuovo testo siriano sulla storia de gli ultimi Sassanidi*, Leiden, 1891. Existen dos traducciones parciales al inglés: GREATREX, G., *Roman Eastern Frontier and the Persian Wars: Part II, AD 363-630: A narrative sourcebook*, Florencia, 2002, y ROBINSON, CH. F., "The conquest of Khuzistan: a historiographical reassessment". *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 67 (2004), pp. 14-39 (citado en adelante: *Crónica del Khuzistán*).

⁸³ DUVAL, R., "Liber epistularum, Iso Yahb patriarchae III", *Scriptores Syri*, t. 12, Lovaina, 1962.

⁸⁴ RAMÍREZ DEL RÍO, J., *El libro de las batallas de los árabes, Ibn 'Abd Rabbihi*. Madrid, 2002.

⁸⁵ KRAMERS, J.H.; WIET, G., *Ibn Hauqal, Configuration de la terre (Kitab surat Al-Ard)*. París, 1964 (2 vols.).

enciclopédica *Los prados de oro*, de Masudi, son de una ambiciosa erudición⁸⁶. Mención aparte merece la obra conocida como *El libro de los ídolos*⁸⁷, pues es un singular documento que por su tema y sus preciosos datos merece un análisis más detenido del que habitualmente le dedican nuestros arabistas.

Las obras de narración histórica son de un valor más relativo para nuestro empeño, pues hay que tener en cuenta que los historiadores musulmanes sólo comienzan a dejarnos escritos a partir de la segunda mitad del siglo VIII y de forma indirecta, pues los primeros textos que realmente podemos usar fueron redactados en los siglos IX y X. En general, para la historia del siglo VII hay que mostrar una actitud especialmente crítica hacia las obras islámicas –en nuestra opinión– pues a menudo entran en colisión con las fuentes verdaderamente contemporáneas dejadas por sirios, persas, hebreos, armenios, egipcios o griegos. Gran parte de los arabistas (en el caso español la inmensa mayoría) carecen de esta prevención, de ahí que sus obras difieran tanto de las de historiadores tan prestigiosos, aunque de tan variada posición, como son Woods, Hoyland, Montgomery Watt, Crone o Ibn Warraq. No obstante, la historiografía islámica posee textos de gran utilidad y relevancia como son los de al-Baladhuri⁸⁸ y al-Tabari⁸⁹. Junto a estos valiosos historiadores hay otros mucho más mediocres como al-Hakam⁹⁰ o Nizam al-Mulk.

Especialmente frustrante es la cuestión de la biografía de Mahoma, pues los datos no islámicos y los escritos por contemporáneos del profeta chocan en numerosos puntos con la tradición Islámica. Ésta no ofrece su primer texto hasta los alrededores del 760, es decir 130 años después de la muerte del “Mensajero de Dios” y aún en este caso –el de la obra de Ibn Ishaq– su vida de Mahoma sólo es conocida a través de dos obras escritas más de un siglo después de la obra original. Para mayor confusión, los autores que han transmitido en teoría la primera biografía de Mahoma ofrecen narraciones contradictorias y no siempre complementarias; nos referimos a las obras de al-Tabari y de Ibn Hisham. Sólo el Corán es realmente un texto contemporáneo del periodo que aquí estudiamos, pues parece haber sido escrito, o al menos redactado en forma aproximada a como ha llegado hasta nosotros, durante los años que median entre 648 y 698⁹¹.

⁸⁶ MEYNARD, B., *Les Prairies d'or*. París, 1962 (5 vols.).

⁸⁷ AMIN FARIS, N., “The Book of Idols, Being (Kitab Al-Asnam) by Hisham Ibn Al-Kalbi”, *Princeton Oriental Series*, 14 (1952).

⁸⁸ MURGOTTEN, F. C., *The origins of the islamic state, Al-Baladhuri (Kitab Futuh Al-Buldan)*. Nueva York, 1969 (2 vols.) (citado en adelante: Al-Baladhuri).

⁸⁹ *History of al-Tabari*. Nueva York, 1987-1996, vols. 5-25 (citado en adelante: Al-Tabari).

⁹⁰ BELTRÁN, V., *Al-Hakam, Conquista del norte de África y España. Textos medievales*, 17, Valencia, 1966.

⁹¹ VERNET, J., *El Corán*. Madrid, 1996.

No obstante la historiografía islámica medieval posee algunas obras que merecen estar entre las mejores de la Edad Media, como es el caso de la obra del inmortal Ibn Jaldún⁹², que siempre tiene información que proporcionar al lector atento.

De muy dispar interés son para el periodo aquí elegido las **fuentes occidentales**. Junto a textos preciosos, contemporáneos o muy cercanos a los años que nos interesan, como las cartas de Gregorio Magno⁹³, el libro IV de la *Crónica de Fredegario*⁹⁴, el apasionante relato del viaje que el obispo galo Arculfo llevara a cabo por Tierra Santa, Siria, Egipto y Constantinopla en 670 o la útil pero poco estimada *Crónica Mozárabe del 741*⁹⁵, hay otros que por su localismo, su tendenciosa redacción o su pobreza, nos son menos útiles. No obstante hay que tener siempre en cuenta que nuestro foco de atención es el Oriente, que éste era el verdadero eje sobre el que giraba este periodo y que mientras que las decisiones tomadas en Constantinopla o incluso en Ctesifonte afectaban notablemente a los acontecimientos que se desarrollaban en Toledo, Metz o París, los hechos que se daban en los territorios de visigodos y francos, eran siempre asuntos menores en el Oriente.

Mención a parte merece la obra de Pablo Diácono, que es de gran valor por ocuparse de un frente esencial para la Romania, el itálico, que repercutió muy directamente en los acontecimientos del Oriente. Además, Pablo Diácono era curioso y la curiosidad es una cualidad preciosa para un historiador. Gracias a ella, la mirada del escritor italiano del siglo VIII se dirigió con frecuencia a la frontera persa, a los Balcanes, a África o incluso más lejos, y aunque no siempre está bien informado, sus noticias son aprovechables y dignas de ser valoradas.

Por último, en el grupo que hemos denominado “Otras” se engloban fuentes de diversas procedencias: hebreas, chinas y abisinias. Las **fuentes hebreas** del periodo son cada vez, en nuestra opinión, más relevantes para el estudio de los grandes acontecimientos y procesos de los alterados y cambiantes años aquí estudiados. Textos como la *Didascalia de Jacob*⁹⁶, el *Apocalipsis del Zorobabel*⁹⁷ o los versos del rabino Eleazar, han arrojado nueva luz sobre aspectos tan importantes como los relativos a la breve dominación persa de Palestina, la situación de los judíos en Palestina y Siria, así como en el Mediterráneo en general, o como los referentes a la primera fase de la expansión islámica. Estos últimos auténticamente revolucionarios y turbadores.

⁹² TRABULASE, E., *Ibn Jaldún, Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)*. Méjico D.F., 1997.

⁹³ SCHAFF, P., “Letters of Gregory the Great”, <http://www.ccel.org/ccel/schaff/npnf212.html>

⁹⁴ WALLACE-HADRILL, J.M., *The fourth book of the Chronicle of Fredegar*. Londres, 1960.

⁹⁵ BLANCO SILVA, R., “Una crónica mozárabe a la que se ha dado en llamar arábigo-bizantina de 741. Un comentario y una traducción”. *Revista de Filología*, 17 (Tenerife, 1999), pp. 153-167.

⁹⁶ DAGRON, G. y DEROCHÉ, V., “Doctrina Jacobi nuper Baptizati”, en *Juifs et chrétiens dans l’Orient du VII siècle, Travaux et Memoires*, 11 (1991), pp. 17-248 (citado en adelante: *Didascalia de Jacob*).

⁹⁷ ALBA CECILIA, A., “El Libro de Zorobabel”. *Sefarad*, 61 (2001), fasc. 2, pp. 243-258.

Se conserva un reducido grupo de **textos chinos y sogdianos** que pueden complementar el panorama. Por ejemplo, varios viajeros y prisioneros chinos estuvieron en diversas regiones del viejo Irán o de la Mesopotamia en los años inmediatos a la conquista islámica o durante las primeras décadas del gran Imperio musulmán. Sus impresiones, las de hombres que muestran una candidez y claridad reveladora, son un tesoro para el historiador por su alejamiento cultural de lo que contemplaban.

En cuanto a las **fuentes abisinias**, hay que tener siempre en cuenta que el Imperio de Axum no sólo era una gran potencia africana en esta época, sino que sus intereses e influencias se extendían además de en las actuales Etiopía, Eritrea y Somalia, desde la India y Ceilán, hasta Egipto y desde la Arabia Meridional y Occidental, hasta las costas del golfo Pérsico. Esta potencia cristiana mantenía contactos regulares con Persia y la Rumania y fue una pieza clave en la disputa que ambas potencias orientales mantuvieron por el control de las rutas comerciales que iban a la India y a China, amén de ser un aliado, enemigo o competidor –según el caso– en el “Gran juego” que la Rumania y Persia emprendieron desde comienzos del siglo VI para el dominio político, religioso y comercial de la Arabia preislámica. Además la Abisinia axumita fue un factor esencial para el desarrollo de las condiciones políticas, económicas y religioso-culturales que permitieron el surgimiento del Islam, así como para comprender los estadios iniciales de éste. De ahí que se tenga que prestar atención –aunque casi nunca se hace– a los textos axumitas si se desea disponer de todos los datos de la evolución del Oriente de este periodo y obtener su comprensión adecuada. Por otro lado, las inscripciones y diversas obras cronográficas y religiosas abisinias⁹⁸, algunas contemporáneas de los hechos, nos ofrecen un pequeño pero estimable caudal de información.

Hasta aquí una semblanza breve, esquemática y general de las fuentes escritas sobre las que hemos apoyado nuestro estudio.

⁹⁸ WALLIS BUDGE, E.A., *A History of Ethiopia, Nubia and Abyssinia*. Oosterhout, 1966, vol. I.

II. REPERTORIO SEGÚN SU ÁMBITO CULTURAL.

1. FUENTES GRECO-LATINAS			
	AUTOR	TÍTULO	CRONOLOGÍA
1	Homero	<i>La Iliada</i>	
2	Herodoto	<i>Historia</i>	s. V a.C.
3	Jenofonte	<i>Anábasis</i>	primera mitad del s. IV a.C.
4	Jenofonte	<i>Ciropedia</i>	primera mitad del s. IV a.C.
5	Polibio	<i>Historias</i>	s. II a.C.
6	Diodoro de Sicilia	<i>Biblioteca Histórica</i>	s. I a.C.
7	Cornelio Nepote	<i>Vidas</i>	s. I a.C.
8	Tito Livio	<i>Historia de Roma desde su fundación</i>	s. I a.C.
9	Estrabón	<i>Geografía</i>	primera mitad del s. I
10	Plinio el Viejo	<i>Historia Natural</i>	segunda mitad del s. I
11	Tácito	<i>Anales</i>	segunda mitad del s. I
12		<i>Periplo del mar Eritreo</i>	s. I
13	Quinto Curcio	<i>Historia de Alejandro Magno</i>	s. I
14	Arriano	<i>Anábasis de Alejandro Magno</i>	primera mitad del s. II
15	Plutarco	<i>Vidas paralelas</i>	primera mitad del s. II
16	Dion Casio	<i>Historia Romana</i>	primera mitad del s. III
17	Herodiano	<i>Hª del Imp. romano después de Marco Aurelio</i>	primera mitad del s. III
18	Eusebio de Cesarea	<i>Vida de Constantino</i>	primera mitad del s. IV
19	Amiano Marcelino	<i>Historia</i>	segunda mitad del s. IV
20	Aurelio Víctor	<i>Libro de los Césares</i>	segunda mitad del s. IV
21	Símaco	<i>Informes y discursos</i>	finés del s. IV e inicios del V
22	Juliano el Apóstata	<i>Obras, cartas y fragmentos</i>	segunda mitad del s. IV
23	Sinesio de Cirene	<i>Cartas</i>	primera mitad del s. V
24	Vegecio	<i>Compendio de técnica militar</i>	primera mitad del s. V
25	Orosio	<i>Historias</i>	primera mitad del s. V
26	Zósimo	<i>Nueva Historia</i>	segunda mitad del s. V

2. FUENTES ROMANO-BIZANTINAS

	AUTOR	TÍTULO	CRONOLOGÍA
1	Anónimo	<i>Notitia dignitatum – pars orientalis-</i>	segunda mitad del s. IV
2		<i>Código Teodosiano</i>	s. V
3		<i>Cuerpo del derecho civil romano (Justiniano, Justino II y Tiberio II)</i>	s. VI
4	Comes Marcelino	<i>Cronicón del Conde Marcelino</i>	primera mitad del s. VI
5	Cosmas Indicopleustes	<i>Topografía cristiana</i>	primera mitad del s. VI
6		<i>Crónica de Monenvasia</i>	primera mitad del s. VI
7	Dionisio Areopagita	<i>Tratados</i>	primera mitad del s. VI
8	Menandro Protector	<i>Fragmentos</i>	segunda mitad del s. VI
9	Agatías	<i>Historias</i>	segunda mitad del s. VI
10	Evagrio Escolástico	<i>Historia Eclesiástica</i>	segunda mitad del s. VI
11	Procopio de Cesarea	<i>Historia Secreta</i>	segunda mitad del s. VI
12	Procopio de Cesarea	<i>Guerra Persa</i>	segunda mitad del s. VI
13	Procopio de Cesarea	<i>Guerra Vándala</i>	segunda mitad del s. VI
14	Procopio de Cesarea	<i>Guerra Gótica</i>	segunda mitad del s. VI
15	Procopio de Cesarea	<i>De los edificios</i>	segunda mitad del s. VI
16	Juan Malalas	<i>Crónica</i>	segunda mitad del s. VI
17	Juan Lydo	<i>De los magistrados</i>	segunda mitad del s. VI
18	Anónimo	<i>Tratado militar</i>	segunda mitad del s. VI
19	Juan de Éfeso	<i>Historia Eclesiástica</i>	segunda mitad del s. VI
20	Zacarías de Melitene	<i>Crónica</i>	segunda mitad del s. VI
21	Paulo Silenciarario	<i>Descripción del templo de Sta. Sofía y descripción del ambón</i>	segunda mitad del s. VI
22	Coripo	<i>Juánide</i>	segunda mitad del s. VI
23	Coripo	<i>Panegírico de Justino II</i>	segunda mitad del s. VI
24	Jordanes	<i>Origen y gestas de los godos</i>	segunda mitad del s. VI
25	Juan Filoponos	<i>Sobre la eternidad del mundo</i>	s. VI
26	Juan Filoponos	<i>Tratados y documentos</i>	s. VI
27	Gregorio Magno	<i>Cartas</i>	segunda mitad del s. VI y primera del VII
28	Jorge de Pisidia	<i>Poemas y panegíricos</i>	primera mitad del s. VII
29	Teofilacto de Simocata	<i>Historias</i>	primera mitad del s. VII
30	Juan de Antioquía	<i>Fragmentos</i>	primera mitad del s. VII
30	Anónimo	<i>Crónica Pascual</i>	primera mitad del s. VII
32	Patriarca Sofronio	<i>Anacreóntica</i>	primera mitad del s. VII
33	Pseudo Mauricio	<i>Strategikon</i>	primera mitad del s. VII
34	Patriarca Sofronio	<i>Epístola sinódica</i>	primera mitad del s. VII
35	Juan Mosco	<i>El prado espiritual</i>	primera mitad del s. VII
36	Jorge de Sykeon	<i>Vida de Teodoro de Sykeon</i>	primera mitad del s. VII
37	Teodoro Synkellos	<i>Homilias</i>	primera mitad del s. VII
38	Leoncio de Neápolis	<i>Vida de Simeón el loco</i>	primera mitad del s. VII
39	Leoncio de Neápolis	<i>Vida del patriarca de Alejandría Juan de Chipre</i>	primera mitad del s. VII
40	Esteban de Alejandría	<i>Obras y tratados</i>	primera mitad del s. VII
41	Antioco Estrategos	<i>De la toma de Jerusalén</i>	primera mitad del s. VII

2. FUENTES ROMANO-BIZANTINAS (CONT.)

	AUTOR	TÍTULO	CRONOLOGÍA
42	Jorge de Chipre	<i>Synekdemos de Hierocles u Opúsculo geográfico</i>	primera mitad del s. VII
43		<i>Los sesenta mártires de Gaza y el martirio del patriarca Sofronio de Jerusalén</i>	primera mitad del s. VII
44	Anónimo	<i>Calendario palestino-georgiano del Sinaí</i>	segunda mitad del s. VII
45		<i>Nomos Georgikos</i>	segunda mitad del s. VII
46	Anastasio del Sinaí	<i>Textos griegos de los santos padres del Sinaí</i>	segunda mitad del s. VII
47	Anastasio del Sinaí	<i>Cartas, sermones, tratados y discursos</i>	segunda mitad del s. VII
48		<i>Actas de los Concilios V, VI y Quinisexto</i>	s. VII
49		<i>Código marítimo Rodio</i>	s. VII
50	Máximo el Confesor	<i>Cartas</i>	s. VII
51	Anónimo	<i>Los milagros de San Demetrio</i>	s. VII
52		<i>Vida, actas y milagros de San Anastasio el Persa</i>	siglos VII y VIII
53	Juan Damasceno	<i>Apología y escritos sobre el Islam</i>	primera mitad del s. VIII
54		Teodoro el Recluta	s. VIII
55		Constantino el Recluta	s. VIII
56	Teófanos	<i>Crónica</i>	primera mitad del s. IX
57	Patriarca Nicéforo	<i>Historia Breve</i>	primera mitad del s. IX
58	Jorge el Monje	<i>Crónica</i>	segunda mitad del s. IX
59	Constantino VII	<i>Sobre los themas</i>	s. X
60	Constantino VII	<i>Sobre la administración del Imperio</i>	s. X
61	Constantino VII	<i>Sobre las Ceremonias</i>	s. X
62	Constantino VII	<i>Sobre las expediciones imperiales</i>	s. X
63	Nicéforo Focas	<i>Sobre las escaramuzas en la guerra</i>	segunda mitad del s. X
64	Nicéforo Uranos	<i>Sobre los campamentos</i>	segunda mitad del s. X
65	Juan Zonaras	<i>Epítome histórico</i>	primera mitad del s. XII
66	Efraím	<i>Historia</i>	s. XIII

3. FUENTES SIRIO-MESOPOTÁMICAS

	AUTOR	TÍTULO	CRONOLOGÍA
1	Josué el Estilita	<i>Crónica</i>	primera mitad del s. VI
2	Tomás del Presbítero	<i>Crónica del 640</i>	primera mitad del s. VII
3	Anónimo	<i>Crónica del 637</i>	primera mitad del s. VII
4	Anónimo	<i>Crónica melquita o del 642</i>	primera mitad del s. VII
5	Anónimo	<i>Crónica Maronítica</i>	segunda mitad del s. VII
6	Santiago de Edesa	<i>Cuadros Cronológicos</i>	segunda mitad del s. VII
7		<i>Apocalipsis del Pseudo Metodio</i>	segunda mitad del s. VII
8	Jorge de Reshaina	<i>Fragmentos</i>	segunda mitad del s. VII
9	Teodoto de Amida	<i>Fragmentos</i>	segunda mitad del s. VII
10	Juan Penkaye	<i>Fragmento</i>	segunda mitad del s. VII
11		<i>Crónica del Khuzistán</i>	segunda mitad del s. VII
12	Severo de Sebokht	<i>De las costelaciones</i>	segunda mitad del s. VII
13	Severo de Sebokht	<i>Descripción del Astrolabio</i>	segunda mitad del s. VII
14	Patriarca Isho'Yahb de Adia- bene	<i>Cartas</i>	s. VII
15		<i>Inscripciones de Ehnes</i>	primera mitad del s. VIII
16	Anónimo	<i>Lista de los califas compuesta en 705</i>	primera mitad del s. VIII
17	Anónimo	<i>Crónica de los desastres o del 716</i>	primera mitad del s. VIII
18	Anónimo	<i>Lista de los califas de los árabes compuesta en 724</i>	primera mitad del s. VIII
19	Anónimo	<i>Crónica de Zuqnin</i>	segunda mitad del s. VIII
20	Anónimo	<i>El apocalipsis edesano</i>	s. VIII
21	Dionisio de Tell Mare	<i>Crónica secular</i>	primera mitad del s. IX
22	Anónimo	<i>Crónicas de 819 y de 846 (frags.)</i>	primera mitad del s. IX
23	Tomás de Marga	<i>Libro de los gobernantes</i>	segunda mitad del s. IX
24	Agapios de Menbidj o de Hierápolis	<i>Kitab al-Unvan o Libro de los títulos</i>	primera mitad del s. X
25	Elías de Nísibis	<i>Chronografía</i>	primera mitad del s. XI
26		<i>Historia Nestoriana o Crónica de Seert</i>	s. XII
27	Miguel el Sirio	<i>Crónica Universal</i>	segunda mitad del s. XII
28	Anónimo	<i>Crónica de 1234</i>	primera mitad del s. XIII
29	Gregorio Abu'l Faraj o Bar Hebraeus	<i>Cronografía</i>	primera mitad del s. XIII

4. FUENTES ARMENIO-CAUCÁSICAS			
	AUTOR	TÍTULO	CRONOLOGÍA
1	Kiracos de Gantzac	<i>Historia de los armenios</i>	segunda mitad del s. V
2	Ghazar P'arpec'i's	<i>Historia de los armenios</i>	segunda mitad del s. V o primera del VI
3	P'awstos Buzandac'i's.	<i>Historia de los armenios</i>	primera mitad del s. VII
4	Ananias de Shirak	<i>Sobre la pascua</i>	primera mitad del s. VII
5	Sebeos	<i>Historia de Heraclio</i>	segunda mitad del s. VII
6	Tomás Artsrunik	<i>Historia de la casa de Artsrunik</i>	finés s. VIII-inicios s. IX
7	Tomás Artsrunik	<i>Historia de Taron</i>	finés s. VIII-inicios s. IX
8		<i>Historia de Vardan</i>	s. IX
9	Moisés Dasxuranci	<i>Historia de los Albaneses del Cáucaso</i>	primera mitad del s. X
10		<i>Crónica de Georgia</i>	segunda mitad del s. XI
11		<i>Historia de los armenios</i>	compilada en la segunda mitad el s. XII
12		<i>Narratio de rebus Armeniae</i>	primera mitad del s. XI a segunda mitad del XIV.
13	Ananias de Shirak	<i>Autobiografía</i>	

5. FUENTES EGIPCIAS			
	AUTOR	TÍTULO	CRONOLOGÍA
1		Papiros coptos y griegos de Egipto	ss. de VI al VIII
2		<i>Homilía de los Santos niños de Babilonia</i>	segunda mitad del s. VII
3	Juan de Nikiu	<i>Crónica universal</i>	segunda mitad del s. VII
4	Severo de Hermópolis o Severo de Al Ashmunein	<i>Historia de los patriarcas de Alejandria de la Iglesia copta</i>	primera mitad del s. X
5	Patriarca Eutiquio	<i>Anales</i>	primera mitad del s. X

6. FUENTES PERSAS			
	AUTOR	TÍTULO	CRONOLOGÍA
1		<i>Inscripciones de Beistún y de Naqsh-i-Rustam</i>	segunda mitad del s. VI a.C.- segunda mitad del III d.C.
2		<i>Shapur I. Res Gestae Divi Saporis</i>	segunda mitad del s. III
3		<i>Inscripciones sasánidas de Paiculi</i>	ss. III al V
4		<i>Avesta y textos mazdeístas</i>	ss. III al VII
5		<i>Sarestán i Eranshar - Las ciudades del Eranshar</i>	primera mitad del s. VII
6		<i>Papiros persas de Egipto</i>	primera mitad del s. VII
7	Firdusi	<i>Libro de los reyes</i>	primera mitad del s. XI
8	Al-Tahalibi	<i>Libro de los reyes de los persas</i>	primera mitad del s. XI
9		<i>La carta de Tansar</i>	segunda mitad del s. VI
10		<i>Bundahishn</i>	segunda mitad del s. VII
11		<i>Libro del Denkard</i>	s. VII
12		<i>Profecía de Rustom</i>	s. VIII

7. FUENTES ARABO-PREISLÁMICAS E ISLÁMICAS

	AUTOR	TÍTULO	CRONOLOGÍA
1		<i>El Corán</i>	s. VII
2	Ibn Abd Rabbihi	<i>Libro de las batallas de los árabes o Sobre los días y las batallas de los árabes</i>	recopilación de poemas épicos preislámicos del primer tercio del s. VII hecha en la segunda mitad del s. X
3	Ibn Ishaq's Sirat Rasul Allah	<i>Vida de Mahoma</i>	segunda mitad del s. VIII
4	Hisam Ibn. Muhammad Ibn Al-Saib Al-Kalbi	<i>Kitab Al-Asnam o Libro de los Ídolos</i>	segunda mitad del s. VIII
5	Al-Waqidi	<i>Kitab al-maghazi o Libro de los Jueces</i>	primera mitad del s. IX
6	Al-Baladhuri	<i>Kitab Futuh Al-Buldan</i>	segunda mitad del s. IX.
7	Ibn Sad Muhammad	<i>Kitab al-Tabaqat al-Kabir</i>	segunda mitad del s. IX.
8	Ibn Al-Hakam	<i>Futuh Mirs o Historia de la conquista de Egipto y del norte de África y España</i>	segunda mitad del s. IX.
9	Al-Azdi al Basri	<i>Tarikh futuh al-Sham o La conquista de las tierras</i>	s. IX
10	Ibn Sa'd	<i>Kitab al-Tabagat al-kabir</i>	s. IX
11	Masudi	<i>Los prados de Oro</i>	primera mitad del s. X
12	Al-Tabari	<i>Tarij al-Rusul wa al-Muluk o Historia de los profetas y los reyes</i>	primera mitad del s. X.
13	Ibn Hauqal	<i>Kitab surat Al-Ard o Configuración de la tierra</i>	segunda mitad del s. X
14	Ibn Al-Faqih Al-Hamadani	<i>Kitab al-Buldan o Libro de los países</i>	segunda mitad del s. X.
15	Hudud al-Alam	<i>Las regiones del mundo</i>	segunda mitad del s. X.
16	Abu Ubayd Al-Bakri	<i>Kitab al-masalik wa-l-mamalik</i>	segunda mitad del s. XI
17	Nizam al-Mulk	<i>Siyasat-nama o Libro del gobierno</i>	segunda mitad del s. XI
18	Abulfeda	Geografía	primera mitad del s. XIV
19	Abulfeda	<i>Vida del Profeta Mahoma</i>	primera mitad del s. XIV
20	Ibn Jaldún	<i>Al-Muqaddimah o Introducción a la historia</i>	segunda mitad del s. XIV

8. FUENTES OCCIDENTALES			
	AUTOR	TÍTULO	CRONOLOGÍA
1	Eugipios	<i>Vida de San Severino</i>	primera mitad del s. VI
2	Gildas	<i>Sobre la ruina de Britania</i>	primera mitad del s. VI
3	Juan de Biclario	<i>Crónica</i>	segunda mitad del s. VI
4	Gregorio de Tours	<i>Historia de los francos</i>	segunda mitad del s. VI
5	San Isidoro de Sevilla	<i>Etimologías</i>	primera mitad del s. VII
6	San Isidoro de Sevilla	<i>Historia de los godos, vándalos y suevos</i>	primera mitad del s. VII
7	Pseudo Fredegario	<i>Crónica (libro IV)</i>	segunda mitad del s. VII
8	San Adomnan de Iona	<i>La peregrinación a tierra santa del obispo Arculfo</i>	segunda mitad del s. VII
9		<i>Crónica Mozárabe de 741 o Crónica mozárabe arábigo-bizantina de 741</i>	primera mitad del s. VIII
10		<i>Peregrinación de Willibaldo a Tierra Santa</i>	primera mitad del s. VIII
11	Pablo Diácono	<i>Historia de los lombardos</i>	segunda mitad del s. VIII
12	Anastasio el Bibliotecario	<i>Liber Pontificalis</i>	primera mitad del s. IX
13	Guillermo de Tiro	<i>Historia de ultramar</i>	segunda mitad del s. XII

9. FUENTES JUDÍAS, CHINAS Y ABISINIAS			
	AUTOR	TÍTULO	CRONOLOGÍA
1		<i>Didascalia de Jacob o Doctrina Jacobi nuper Baptizati</i>	primera mitad del s. VII
2		<i>El Apocalipsis de Zorobabel o Libro de Zorobabel</i>	primera mitad del s. VII
3	Rabbi Simón ben Yohai	<i>Fragmento</i>	primera mitad del s. VII
4	Hüen Tsiang	<i>Viajes</i>	primera mitad del s. VII
5		<i>Apocalipsis judío de época omeya</i>	s. VIII
6		<i>Los capítulos de Rabbi Elizer</i>	s. VIII
7		<i>T'ung Tien. Fragmento</i>	s. VIII
8		<i>Textos nubios y abisinios</i>	
9		<i>Libro 130 del Pien-I-Tien.</i>	
10		<i>Synaxarium Etiope</i>	

SEGUNDA PARTE

LA ROMANIA Y PERSIA A LA MUERTE DE JUSTINIANO

“¿No sabes que vivimos en el tiempo en que no conviene amontonar dinero ni vanagloriarse de los vestidos hermosos? ¿No sabes que estamos en la peor de las situaciones a causa del trastorno de los imperios y de las irrupciones de los invasores?”

Historia Nestoriana.

De la carta enviada en 630 por Barsauma al patriarca Iso Yahb⁹⁹.

⁹⁹ *Historia Nestoriana*: 255, XCIV, p. 575.

INTRODUCCIÓN

Durante el transcurso de la noche del 14 al 15 de noviembre del 565, moría en Constantinopla el gran emperador Justiniano I¹⁰⁰. Había sido durante toda su vida un trabajador incansable y sobre todo, un apasionado defensor de su mundo: la Romania. La había dirigido casi cuarenta años y junto con su eterno adversario, el gran rey de Persia Cosroes I, había disputado reciamente la hegemonía sobre el Oriente, que era tanto como decir la hegemonía del mundo antiguo.

En efecto, durante casi mil años, iránicos y grecorromanos se habían enfrentado (cultural, militar, económica y religiosamente) por el control de las gentes que habitaban las tierras del Mediterráneo oriental y del Asia anterior. De aquellas dos grandes civilizaciones –la irania y la grecorromana– provenían las ideas, los ejércitos, las riquezas y religiones que se habían enseñoreado de la tierra desde la India al Atlántico. Constituían los “Dos ojos del mundo” y eran conscientes de ello, tanto que cuando en 590 Cosroes II se vio destronado por el usurpador Barahm Chobin, buscó la ayuda del emperador Mauricio escribiéndole una carta en los siguientes términos:

“Dios quiso que todo el mundo fuese iluminado desde el comienzo por dos ojos, conocidos como el muy poderoso reino de los romanos, y como el muy centrado y prudente estado de los persas”¹⁰¹

De hecho, no era la primera vez que ambos imperios se reconocían y auxiliaban¹⁰², y tampoco sería la última. En cierta medida, el Eranshar y la Romania eran conscientes de su soledad, pues se veían mutuamente como los dos únicos centros de verdadera civilización; lo demás –como dijera el filósofo Bardasanes de Edesa 350 años antes de la muerte de Justiniano I¹⁰³– no era sino barbarie, que en la mentalidad de romanos y persas era tanto como decir inestabilidad, nomadismo, marginalidad.

Y es que la Persia Sasánida y la Romania estaban más íntimamente ligadas entre sí de lo que puede suponerse. Así, por ejemplo, como ha puesto de manifiesto Peter

¹⁰⁰ Las dos mejores obras biográficas sobre el reinado de Justiniano son las de BROWNING, R., *Justinian and Theodora*, Londres, 1971 (rev. 1987) y la de BARKER, J., *Justinian and the Later Roman Empire*, Wisconsin, 1966; ambas están necesitadas de una profunda revisión. Como confiesa A. Cameron, Justiniano y su reinado están necesitados de una biografía en profundidad: CAMERON, A., *El mundo mediterráneo en la Antigüedad Tardía (395-600)*, Barcelona 1998, p. 248.

¹⁰¹ Teofilacto Simocata: IV, 11.1.

¹⁰² Por ejemplo, en 408, el emperador de Oriente Arcadio confió la tutela de su hijo Teodosio II al rey persa Yezdiguerd I, quien cumplió fielmente este cometido. Procopio, en su *Guerra persa* [lib. I, p. 36], recoge y sobre todo valora este hecho; también lo recoge Agatías [prefacio, 23]. Más tarde, el rey Khavad I ofreció al emperador que adoptara a su hijo Cosroes I [Procopio, *Guerra persa*: lib. I, pp. 74-78], y aún mucho más tarde Khavad II, en 628, dejó bajo la tutela de Heraclio a Artashir III [*Crónica Pascual*: 728].

¹⁰³ DRIJVERS, W., *Book of the Laws and Countries*. Assen, 1965, pp. 41-53 y 59-61. Véanse también los comentarios que, al respecto de esta obra, ofrece BROWN, P., *El primer milenio...*, op. cit., pp. 15-16.

Heather en un reciente trabajo¹⁰⁴, fue el súbito nacimiento del poderío militar sasánida a inicios del siglo III, lo que obligó a Roma (enfrentada por primera vez desde el s. III a.C., a lo que autores como Farrokh y Heather llaman “una superpotencia¹⁰⁵”) a llevar a cabo una completa transformación de todas sus estructuras. Esto hizo posible la superación de la crisis del siglo III e irreversible el abandono del modelo del principado, a la vez que indispensable la consolidación del surgido con el dominado¹⁰⁶.

Roma cambió por la presión militar persa del siglo III, pero Persia se transformó a su vez gracias a su rivalidad con la Romania. Tuvo que adaptar continuamente sus estructuras y recursos militares, administrativos y económicos, a los de su rival. Incluso su geografía se vio sometida a cambios derivados de la rivalidad con la Romania. Fue la utilización de la mano de obra especializada proveniente de los miles de prisioneros romanos llegados hasta Mesopotamia y Persia tras las grandes derrotas romanas del siglo III, lo que permitió a los sasánidas la construcción de los grandes canales, balsas y drenajes que incrementaron en más de un 50% la extensión de tierras cultivables en Mesopotamia¹⁰⁷, y la construcción y poblamiento de ciudades como Nishapur, Gundishapur, Firusavad, etc. La consecuencia fue, como es lógico, la multiplicación de los recursos económicos y demográficos que transformaron a Persia radicalmente.

La Persia sasánida no puede entenderse sin la Romania y ésta tampoco puede comprenderse adecuadamente sin Persia. Sorprendentemente, esta íntima conexión entre ambas suele ser ignorada por los historiadores que analizan la época que aquí nos proponemos estudiar. Nadie, que sepamos, ha intentado realizar un estudio sincrónico y reflexivo, que se centre en el análisis de los hechos y transformaciones que acontecieron a las dos grandes civilizaciones durante los siglos VI y VII.

Pero para el hombre que yacía sobre un féretro de oro, vestido con una túnica de púrpura que, mediante bordados de hilo de oro y recamados de piedras preciosas ilustraban sus victorias sobre vándalos, persas, godos, francos y muchos otros pueblos¹⁰⁸, su fracaso o su triunfo como estadista se hubiera podido resumir en esta pregunta: ¿cómo era el mundo que dejaba tras de sí? Paradójicamente este mundo era

¹⁰⁴ FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry AD 224-642*. Nueva York, 2005, p. 5; HEATHER, P., *La caída del imperio romano*. Barcelona, 2006, pp. 87-96.

¹⁰⁵ *Ibidem*, pp. 90-94.

¹⁰⁶ *Ibidem*, pp. 90-95.

¹⁰⁷ *Ibidem*, p. 88.

¹⁰⁸ RAMÍREZ TIRADO, A., *Juanide..., op. cit.* Coripo describe así su sudario: “Le ofreció además una túnica recubierta de valiosa púrpura, donde se representó, resplandeciente de piedras preciosas y bordada con oro, la serie completa de las hazañas de Justiniano. Allí el bordador con fina aguja y arte excepcional había dado vida, siguiendo un orden, a las falanges de bárbaros con el cuello doblegado, a los reyes aniquilados y a los pueblos sometidos. Y había realizado el amarillo oro con respecto a los otros colores, de tal modo que todo aquél que los contemplara, los considerara cuerpos auténticos: de oro estaban pintadas las figuras, de púrpura la sangre y había representado en el centro del palacio a Justiniano vencedor, pisando el feroz cuello del tirano vándalo y a Libia que aplaudía, enarbolando mieses y laurel. Añadió a la antigua Roma que extendía sus brazos con un seno desnudo en su pecho descubierto, nodriza del imperio y madre de la libertad” [*Panegírico*: lib. 1, 270-290].

geopolíticamente y en otros muchos aspectos, más parecido al de 429, cuando regían Valentiniano III y Teodosio II, que al que el propio Justiniano I se había encontrado, un siglo más tarde, al ascender al trono imperial en 527 (v. *mapas 1-3*).

En efecto, a la muerte de Justiniano I, sus contemporáneos veían ante sí un mundo (esto es, un Oriente y un Mediterráneo) que podían reconocer con facilidad, que había evolucionado dentro y por las vías marcadas por sasánidas y romanos durante la turbulenta etapa del siglo III. En el transcurso de esta etapa, el Imperio iranio de los arsácidas y el Principado romano se habían transformado finalmente en dos estados centralizados, de recia administración y efectivos ejércitos, gobernados por autócratas situados en un plano sagrado, asistidos por un complicado aparato gubernamental, y administrando dos imperios de larga tradición, reivindicadores orgullosos de su pasado¹⁰⁹, y en los que el factor religioso había cobrado gran importancia ideológica y política.

Justiniano I (527-565) y Cosroes I (531-579) habían llevado a cabo una labor de reforma y apuntalamiento de ambos imperios y habían tenido éxito. Pues tanto la Persia sasánida de Cosroes I, como la Romania de Justiniano I, parecían haber superado con éxito la larga crisis¹¹⁰ que ambos estados habían padecido durante el siglo V: ambos imperios, habían vencido a los bárbaros, hunos eftalitas y germanos, respectivamente, que los habían asediado y ante los que habían tenido que ceder parte de sus dominios. El sincronismo es tan sorprendente que llamó la atención de un contemporáneo, Agatías, el cual, al repasar cómo evaluaron otros historiadores los hechos que afectaron a Persia y la Romania a fines del siglo V, se muestra perplejo de que no advirtieran lo extraño de la coincidencia de las crisis de ambos estados y dice:

“Hay sin embargo un punto que pienso que vale la pena ser meditado y que nadie ha tratado, la increíble coincidencia del hecho de que durante mucho tiempo ocurrieron las mismas cosas en ambos imperios, el romano y el persa, como lo es el caso de que por

¹⁰⁹ Que eran muy conscientes de su pasado se evidencia en los detalles siguientes: los reyes sasánidas disponían de un cuerpo de élite de caballería noble (*savaran*) que acompañaba al rey en sus expediciones. Como sucedió en tiempos de Darío I Aquemenes, más de mil años atrás, dicho cuerpo era conocido como los inmortales (*zhayedan*). Estaba formado por 10.000 hombres escogidos, vestía los mismos uniformes que habían llevado los 10.000 inmortales de Darío y marchaban bajo el mismo emblema. El paralelismo, claro está, no es casual; expresa la reivindicación de un largo y glorioso pasado. Al respecto de los inmortales sasánidas *vid.* FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, p. 6. Por su parte, Shapur I no sólo exigía de Roma el reconocimiento de su soberanía sobre Mesopotamia, Armenia y Persia, sino que le demandaba la entrega de Asia Menor, Siria, Palestina y Egipto en virtud del derecho que sus antepasados aqueménidas tenían sobre dichos países. HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, p. 89.

¹¹⁰ Sorprende el sincronismo histórico: a lo largo del siglo V, ambos imperios se ven agitados por problemas sociales, económicos, religiosos y militares. Los dos sufren grandes derrotas y pérdidas de territorio a manos de pueblos bárbaros, tan severas que ambos se ven al punto de perecer y, a la par, bajo Justiniano I y Cosroes I, se entregan a una febril actividad reformadora inicialmente y a una agresiva acción militar después para recuperar lo esencial de sus anteriores dominios. Acerca de las reformas emprendidas por Cosroes I, menos conocidas que las archiestudiadas de Justiniano, *vid.* RUBIN, Z., “The Reforms of Khusro Anushirwan”, en Cameron, A. (ed), *The byzantine...*, *op. cit.*, vol. III, pp. 227-297.

alguna extraña rareza del destino pudieran caer en el desastre simultáneamente los monarcas de ambos estados”¹¹¹.

Esa es la realidad que se oculta tras la sorpresa que nos produce la comparación cartográfica que antes hemos realizado. La sorpresa de un mundo rehecho desde las columnas de Hércules hasta el río Oxus, pues la *recuperatio imperii* no fue sólo una tarea del Imperio Romano, sino que tuvo su reflejo en la Persia sasánida y esto último no es recordado, ni valorado.

Ahora bien, en lo esencial, la Romanía y Persia, mantenían también esas realidades sociales, económicas y culturales tras haberlas recuperado y reformado. Es más, las habían vuelto a extender, las estaban consolidando y contra lo que se afirma repetidamente, no sólo eran conscientes de ello, sino que contaban con la vitalidad suficiente como para que el Oriente, el Mediterráneo, el mundo antiguo, permaneciera – con las naturales evoluciones– sobre la misma senda marcada por Constantino y Artashir, la misma sobre la que lo mantenían Justiniano y Cosroes.

Para entender esto, hay que solucionar primero algunos problemas conceptuales y desechar prejuicios que no se sostienen a la luz de las fuentes y la investigación. Hay también que juzgar los acontecimientos históricos por sí mismos, en su auténtico contexto temporal y centrando nuestra atención en lo relevante en 565, histórica y universalmente hablando, que era el Oriente.

Debemos pues comenzar fijando nuestra atención en el Oriente que dejaba tras de sí Justiniano I y, para que nuestra exposición inicial sea más clara, nos centraremos en los aspectos más discutidos por la historiografía contemporánea, aquellos que han dado pie a la idea de que Justiniano I había agotado a la Romanía con su pretendida ambición sin límites. Empezaremos pues, con el análisis de los dos soportes fundamentales de esta tesis y abordaremos el supuesto colapso y agotamiento militar, y la pretendida crisis financiera y económica del Imperio provocada por los excesos de la reconquista justiniana.

Será pues el tema de la *recuperatio imperii* de Justiniano el que centre nuestro primer análisis en profundidad. Esta reconquista justiniana del Occidente mediterráneo es la clave a partir de la cual, desde hace ya más de un siglo y hasta el presente, autores como Averil Cameron –por citar a la adalid más moderna y célebre de esta tesis– han construido sus esquemas explicativos de la supuesta crisis y muerte a fines del siglo VI del mundo antiguo¹¹². Para Cameron, y en esto no es nada original, la reconquista del Occidente agotó los recursos militares del imperio, colapsó su economía y precipitó su cultura y ordenamiento social hacia un declive irreparable. Como se verá en nuestra

¹¹¹ Agatías: lib. 4, 29, 1-4. Los textos de este historiador que figuran en nuestra tesis han sido traducidos para nosotros por el Dr. Moschos Morfakidis, al cual le damos las gracias desde estas líneas.

¹¹² CAMERON, A., *El mundo mediterráneo...*, op. cit.

exposición, el error interpretativo de Cameron y de los defensores de una visión catastrófica de la reconquista justiniana, está más sostenido por prejuicios ideológicos que por los datos de las fuentes y la arqueología. Basta realizar un correcto balance de los recursos militares y económicos de la Romania antes y después de la muerte de Justiniano, para que la tesis del agotamiento producido por la *recuperatio* se derrumbe por completo.

Tras llevar a cabo ese profundo análisis de la *recuperatio imperii* de Justiniano, de sus verdaderas implicaciones y resultados militares y económicos, analizaremos de forma más breve otras cuestiones menores relativas al mundo que dejaba Justiniano. Cuestiones como las referentes al vigor cultural del mismo, o a la pervivencia y consolidación –gracias al éxito de la *recuperatio* justiniana– de una *koiné* cultural mediterránea que sostenida sobre un bilingüismo cultural aún muy fuerte, mantenía, no obstante, su tradicional universalismo construido sobre intercambios ricos y diversos, que sólo el Islam quebraría.

Por último y de forma más breve, afrontaremos algunos problemas ligados al estudio de la sociedad de la Romania de este tiempo. Problemas como los referentes a la supuesta desaparición de la aristocracia senatorial occidental por mor de los desastres de la reconquista justiniana o como la supuesta decadencia de las ciudades.

Analizaremos después el estado del gran rival de la Romania, de la otra gran entidad política y cultural del mundo antiguo hacia 565: la Persia de Cosroes I. Realizaremos pues una breve semblanza de la historia, sociedad y cultura iraníes, para luego centrarnos en el alcance y efecto de las reformas económicas, militares y políticas llevadas a cabo por Cosroes I. Al cabo, procederemos a evaluar la fortaleza militar y económica del Imperio Persa.

Realizado lo anterior, estaremos en situación de llevar a término una comparación del potencial militar, económico y demográfico de ambas potencias y de afrontar con éxito el adecuado estudio de las relaciones que mantuvieron entre sí durante el periodo aquí estudiado, así como de las repercusiones de las mismas sobre el mundo circundante. Con ello tendremos la base adecuada para iniciar el relato de los acontecimientos que dieron lugar, entre 565 y 642, a la destrucción definitiva del orden antiguo levantado desde el siglo III por la rivalidad entre ambos mundos.

I. LA *RECUPERATIO* Y LA ROMANIA HACIA 565. UN BALANCE GENERAL.

“Alguien puede preguntarse si algún país puede tener gobernante tan magnífico. Su gloriosa memoria ha perdurado a través de los siglos hasta hoy”.

Dante, *Paraíso*, VI.

I.I. La situación militar en 565. ¿Agotó militarmente a la Romania la reconquista del Occidente mediterráneo?

Uno de los grandes argumentos de la teoría del agotamiento del Imperio en 565 lo constituye la afirmación de que Justiniano I había sobrepasado la capacidad militar de su Estado. Que al ser esta capacidad muy limitada y dirigirla preponderantemente hacia Occidente había debilitado irreparablemente la fuerza militar en el Oriente, posibilitando así las invasiones ávaro-eslavas en los Balcanes, la ofensiva persa en Oriente y la futura conquista islámica. Según esta teoría¹¹³, los efectivos militares dedicados a la conquista de África e Italia, habían sido tan ingentes y costosos que impidieron destinar otros similares al Danubio y al *limes* oriental cuando estos dos frentes lo necesitaron. Justiniano I, obsesionado por Italia y África, lanzado a la conquista de Hispania, dejaba vacías, o a cargo de soldados sin valía, las defensas balcánicas, armenias, mesopotámicas y sirio-arábigas.

La tesis es tan vieja como los acontecimientos sobre los que trata de apoyarse y fue iniciada por Procopio¹¹⁴ y, en menor medida, por Juan Lydo y Agatías¹¹⁵. El primero de ellos, Procopio, tras pasar buena parte de su vida como auxiliar destacado de Belisario y narrar en su *Historia de las guerras* las hazañas y virtudes de los ejércitos y comandantes de Justiniano, dedicó los ratos de ocio de sus últimos años a escribir un furibundo panfleto muy aplaudido por los historiadores pasados y presentes: la *Historia Secreta*. Esta obra, ensalzada por Evagrio¹¹⁶ y criticada elegantemente por Agatías¹¹⁷,

¹¹³ Respaldada por innumerables investigadores, citemos -como ejemplo clásico- a OSTROGORSKY, G., *Historia del Estado Bizantino...*, *op. cit.*, p. 98. Un ejemplo más reciente y español: FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica y el Mediterráneo en el tránsito del mundo antiguo al medieval (siglos V-VII)*. Madrid, 1995, p. 708, entre otras. La más destacada defensora de esta tesis es A. CAMERON, *El mundo mediterráneo...*, *op. cit.*, pp. 120-140 y más concretamente 120-122 y 136-140.

¹¹⁴ SIGNÉS CODOÑER, J., *Procopio, Historia Secreta*, Madrid, 2000; *vid.* XVIII y XXIV, 1-11, pp. 296-299; GARCÍA ROMERO, F.A., *Procopio, Historia de las guerras, libros VII-VIII, Guerra Gótica*, Madrid, 2007, 1, 28-34, pp. 28-30.

¹¹⁵ Agatías: lib. 5, 14, 1-9, y 5,13, 7-8.

¹¹⁶ Evagrio: IV, 12; 17,18.

¹¹⁷ Agatías, Prefacio: 18.

señala, entre otros muchos desmanes provocados por Justiniano, la incuria de su política militar. Para Procopio, la venalidad de los funcionarios junto a la cobardía, ambición y maldad del emperador, siempre dispuesto a comprar a los bárbaros antes que a combatirlos y a dar lustre a su condición de “Príncipe de los demonios” y perjudicar al Imperio de los romanos, habían llevado al Estado al borde del desastre. Es una pena que Procopio entre en tan gran contradicción consigo mismo. Pero ¿a quién creer? ¿Al Procopio de las victorias de las “guerras” o al de los desastres de la *Historia Secreta*? Los hechos nos darán la respuesta.

En 533-534, Belisario lleva a cabo con éxito y con sólo 18.000 hombres el mismo plan en el que, en 468 y con 100.000 hombres, habían fracasado el emperador León y su general Basilisco: la conquista del África vándala¹¹⁸. El hecho es aún más revelador si se compara el esfuerzo económico realizado por el Imperio en 468 y 533-534. Se verá entonces que la recuperación de la rica África supuso para las arcas de Justiniano un coste sorprendentemente bajo, que contrasta poderosamente con el esfuerzo económico realizado inútilmente por León en 468. Y es que en 468, el Imperio Oriental gastó unos 10.428.571 sólidos (46.720 kg. de oro), mientras que en 533-534 Justiniano gastó exitosamente 1.100.000 sólidos (492 kg. y 800 gr. de oro).

En África, el ejército de Justiniano se había enfrentado a un enemigo que le superaba numéricamente en una proporción de cuatro a uno y había vencido con asombrosa rapidez. En 535-540 las tropas romanas llevan a cabo la conquista de la Italia ostrogoda. La campaña, desarrollada con no más de 15.000 hombres (en 536 las fuerzas de Belisario no superaban los 10.000 hombres frente a los 100.000 guerreros del rey ostrogodo Vitiges), comenzó con la fulgurante conquista de Sicilia y concluyó con la toma de Rávena, la capital enemiga¹¹⁹.

En Oriente y tras la victoriosa primera guerra de Justiniano, finalizada en 532, se reaviva de nuevo la guerra: Persia y la Rumania miden sus fuerzas (540-561) en Siria, Armenia y Lázica. Su resultado ¿fue el que cabría esperar de un ejército agotado, centrado en Occidente y derruido por las malversaciones de los funcionarios, la falta de moral e inteligencia de los mandos y la molición de los soldados? No. Tras las iniciales sorpresas –como la toma persa de Antioquía en 540– aparecen victorias romanas en todos los frentes. En efecto, Persia se ve forzada a respetar los límites de 533 y a

¹¹⁸ Los gastos de la expedición vándala de León figuran en: GARCÍA ROMERO, F.A., *Procopio, Historia de las guerras, libros III-IV, Guerra Vándala*, Madrid, 2000 [Procopio: III, VI.1-2]; BANDY, A.C., *On Powers, Ioannes Lydus*. Filadelfia, 1983 [Juan Lydo: III, 43]; Cándido: fragm. 2 (equivale a Suda, X, 245). El mejor cálculo moderno de la expedición de León I en: HEATHER, P., *La caída del Imperio...*, op. cit., p. 505. Sobre los gastos de la expedición de 533-534: TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army 284-1081*, Stanford, 1995, p. 191. Fuentes Hinojo (*La península ibérica...*, pp. 222-226) realizó un cálculo de la expedición de León contra los vándalos estimándolos en 9.360.000 sólidos de oro. El cálculo es erróneo porque, al contrario que Heather, no tiene en cuenta la correcta equivalencia entre oro y plata a fines del siglo V.

conformarse con un modesto pago en sólidos¹²⁰; un pago que, al serle atribuido en virtud de su condición de defensora de los desfiladeros del Cáucaso contra los nómadas del norte, convierte al rey persa –según los parámetros de la política imperial romana– en un simple *foederatus*, dejándolo al mismo nivel que al rey de los gasánidas o al de los hérulos (ingeniosa ofensa sobre la que los historiadores no han reflexionado). Más aún y como prueba del fuerte prejuicio ideológico que lastra el análisis de estos hechos por parte de los defensores de la tesis del colapso militar y económico del imperio de Justiniano, plumas como la de A. Cameron consideran la paz de 561 con los persas con las siguientes palabras: “la paz con Persia se compró a un altísimo precio”¹²¹. Lo sorprendente es que, pocas páginas antes, la propia Cameron repasaba las distintas paces efectuadas por Justiniano con Persia y anotaba el coste de cada una de ellas sin advertir la mejora significativa que supuso la última paz del 561 con respecto a las demás. Así, por ejemplo, en 533 Justiniano se avino a pagar 11.000 libras de oro a Cosroes I (792.000 sólidos); en 545, tras derrotar en una gran batalla a los persas, se avino a una nueva paz y a entregar a Persia 2.000 libras de oro (144.000 sólidos o *nomismata*); en la paz del 551, a la que se obligó a Persia tras derrotar doblemente a los ejércitos de Cosroes I en 549, Justiniano pagó 2.600 libras de oro (187.200 sólidos) a cambio de tener las manos libres en Occidente. Frente a todo lo anterior, la paz de 561 costó al Imperio sólo 30.000 sólidos, esto es, apenas 416 libras de oro (es decir, menos de veintiséis veces lo que costó la paz del 533, casi cinco veces menos de lo que costó la del 545, o seis veces menos de lo que costó la paz del 551).

De estas consideraciones ¿cuál es la conclusión que se impone? La única posible: si en 561 Cosroes I se contentaba con una cantidad de oro tan pequeña es porque no contaba con una posición de fuerza tan sólida para negociar como aquellas con las que había contado en 533, 545, o 551. O dicho de otra manera, si la paz del 561 era mucho más ventajosa para Justiniano que las de 533, 545, o 551, era porque su situación militar en Oriente era más fuerte que en los años precedentes y no más débil. ¿Dónde queda ahora la afirmación de Cameron sobre la costosísima paz del 561 y la débil situación militar de Justiniano en Oriente por *mor* de sus excesos en Occidente? En mal lugar, tal como iremos demostrando más adelante, cuando a esta evidencia se sumen nuevas pruebas del análisis detallado de los acontecimientos militares en la frontera romano-persa durante los 30 años posteriores a la muerte del gran emperador, así como cuando examinemos en profundidad el verdadero estado militar del Imperio que Justiniano dejaba tras de sí en 565.

¹¹⁹ Procopio, *Guerra Gótica*: VI. 29, 32-34, p. 368.

¹²⁰ Menandro Protector: fragm. 6.1, p. 61. Un análisis moderno de estos acontecimientos en HALDON, J., *The Byzantine Wars: Battles and Campaigns of the Byzantine Era*. Gloucestershire, 2001, p. 51.

¹²¹ Para las paces de Justiniano I con Persia y su valoración por Cameron *vid.*: CAMERON, A., *El mundo mediterráneo...*, *op. cit.*, pp. 135 y 124-126.

Hay que insistir de nuevo en que sólo los prejuicios ideológicos, en parte basados en un presentismo sin sentido que ha llevado a la esperpéntica comparación de Justiniano con Stalin¹²², sumados a la incapacidad de contemplar los hechos del periodo 527-565 en verdadera correlación con los del inmediatamente posterior –entre 565 y 602– y al error de analizar un proceso tan complejo como la *recuperatio*, parcelándolo geográfica, documental y temporalmente, pueden explicar estos errores de apreciación y enfoque.

Prosigamos con nuestro balance de la *recuperatio*. En Italia, tras el alzamiento de los ostrogodos y en 552, el Imperio logra imponer los designios de Justiniano y con 25.000 hombres Narsés venció a un ejército godo que le superaba en número¹²³, devolviendo Italia “a su antiguo estilo de vida”, según la elocuente frase de un contemporáneo¹²⁴.

En África, sacudida por dos rebeliones de soldados –ambas aplastadas– y por los embates de los mauri, Juan Troglita desarrolla victoriosas campañas (546-548), logrando, con apenas 12.000 hombres, lo que los vándalos no habían podido hacer con 80.000¹²⁵: someter, pacificar y fijar a las tribus mauri de los ilaguas, los astorianii, ipurafe, laguatan y frexas¹²⁶, llevando a África a un periodo de estabilidad y prosperidad (sólo roto en tres breves ocasiones) que llegaría hasta el primer asalto árabe de 647. Pasemos a los extremos del Imperio de Justiniano: en Hispania y en Crimea, pequeños ejércitos conquistan territorios o someten a vasallaje respectivamente a visigodos y godos de Crimea.

De nuevo en Italia, entre 552 y 554 Narsés somete a las principales bolsas de resistencia goda y aniquila a una invasión alamano-franca de 65.000 guerreros¹²⁷. En estos años, Narsés, al mando del supuestamente extenuado y corrompido ejército justiniano, realiza acciones tan complicadas y necesitadas de un ejército disciplinado, bien entrenado y extraordinariamente abastecido, como son sostener en 552-553 dos asedios y una campaña a la par¹²⁸, alcanzando en los tres frentes el éxito y logrando en

¹²² CAMERON, A., *El mundo mediterráneo...*, *op. cit.*, p. 120 y 138. La idea de la comparación es de Toni Honore, pero usada por Averil Cameron.

¹²³ Un estudio más reciente de la batalla en: WEIR, W., *50 batallas que cambiaron el mundo*. Barcelona, 2007, pp. 143-151. El mejor análisis de ella en HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, pp. 36-40. Procopio, *Guerra gótica*: lib. VII, 32-34, pp. 321-335.

¹²⁴ Agatías, Prefacio: 30: “Y de cómo Sicilia, Roma e Italia se libraron del yugo extranjero y volvieron a su antiguo estilo de vida”.

¹²⁵ Procopio, *Historia Secreta*: XVIII, 6, p. 262. Acerca de las dificultades de los vándalos con los *maurii* vid. MODERAN, Y., *Les maures et L'Afrique romaine (IV-VII siècle)*, Roma, 2003, pp. 541-561.

¹²⁶ Coripo, *Juanide*: lib. 1, 456-483.

¹²⁷ Agatías: lib. 1, 8, 9.

¹²⁸ Nos referimos a los asedios de Cumas y Luca, y a la contención del ejército de Leotaris y Butilinus en el Po, encerrándolo en la Cisalpina [Agatías: lib. 1, 8, 1-5]. Vid. los siguientes pasajes de Agatías: sobre el asedio de Cumas y el sometimiento de los godos de Toscana [lib. 1, 9, 3-6], las disposiciones para mantener el asedio y la división del ejército [lib. 1, 12, 1-9] y el asedio de Luca y la rendición de Cumas [lib. 1, 20, 1-7].

la campaña siguiente aniquilar a dos ejércitos enemigos muy superiores al suyo en número¹²⁹.

¿Y los Balcanes? Los “abandonados” Balcanes se cubren de un *limes* fortificado en profundidad que hubiera sido la envidia de Adriano. ¿Fortalezas inútiles por falta de hombres que las ocupen¹³⁰? Lo cierto es que las tropas de Justiniano mantienen el *limes* y el territorio, y esto sólo se puede hacer mediante la continua y victoriosa ocupación del mismo. En efecto, la situación de la frontera danubiana en 565 es reveladora: en el noroeste, el *Magister militum per Illiricum* Justino, el hijo de Germán, mantiene una activa y victoriosa campaña contra los bárbaros¹³¹. Los lombardos son aliados del Imperio; los gépidos sienten ya el aliento de los ávaros, atraídos por el oro y las promesas de Justiniano, unos ávaros que previamente han subyugado a los pueblos que inquietaban la frontera del bajo Danubio (utrigueros, cutriguros, sabiros y antas). No es pues una frontera rota lo que Justiniano deja a Justino II en el Danubio, sino una mejor fortificada y más estable que la que él mismo recibiera en 527. ¿Y todo esto con un ejército descuidado, mal mandado y pagado, indisciplinado y disminuido? Algo no va bien en el segundo esquema de la realidad presentada por Procopio en su *Historia Secreta* y que sin embargo, sí cuadra con el dibujo realizado por él mismo en su primera obra, en su *Historia de las guerras*.

Pero confrontemos también a Agatías con la realidad de lo que narra. Si algo destaca Agatías es la efectividad militar de los ejércitos de Justiniano a fines de su reinado. Si se analizan las campañas narradas por Agatías, las de Italia, Lázica y la de los Balcanes (es decir, los años 552-559), lo que sorprende son las altas cualidades del ejército y sus mandos. Constatamos cómo el ejército asedia y toma con gran éxito ciudades y fortalezas, acciones que necesitan de una elaborada y efectiva organización de los abastecimientos. Las tropas, establecidas durante meses frente a una ciudad, a

¹²⁹ Nos referimos a las batallas del Volturno y de Fanum que aniquilaron respectivamente a los ejércitos de Butilinus y Leotarís. Sobre la batalla del Volturno *vid.* Agatías: lib. 2, 4-9, y para la derrota de Leotarís a su regreso del saqueo de Apulia y el posterior aniquilamiento por la peste de los supervivientes, a Agatías: lib. 2, 2-3.

¹³⁰ Tesis defendida por Cameron (*El mundo mediterráneo...*, pp. 131-132). Sus consideraciones sobre la finalidad de las construcciones militares de Justiniano dejan bastante que desear. Afirma, por ejemplo, que el monasterio fortificado construido por Justiniano en el Sinaí no tenía un verdadero carácter militar, pues no podía impedir las incursiones sarracenas sobre Palestina. Un análisis de la obra de Eutiquio demuestra lo contrario, pues se ve en él cómo dicha construcción no era sino una más en una cadena de fortificaciones que se extendía desde el mar Rojo. Es, en este contexto -una pieza de un conjunto y no algo aislado- donde habría que valorar el monasterio fortaleza. Por otra parte, su carácter militar es innegable porque ¿para qué destinaría Justiniano allí a 200 hombres para que se encargaran de su defensa? Además Eutiquio aclara que la finalidad del monasterio fortificado del Sinaí y del resto de los fortines que construyó Justiniano en esta zona no era defender Palestina -como dice Cameron siguiendo a Procopio- sino proteger a los monjes y controlar la ruta interior de Egipto a Palestina. *Vid.* Eutiquios: lib. I, XV, n. 6-7.

¹³¹ Sobre el mando en Iliria del general Justino (el desgraciado primo de Justino II) y su precipitada caída *vid.* Evagrio Escolástico: V, 1-2. Sus acciones con ávaros y otros pueblos del Danubio a fines del reinado de Justiniano I y la situación de la frontera danubiana en 565-566 en: Menandro Protector: fragm. 5.4, pp. 53; fragm. 7,1-9, pp. 91-94; y fragm. 8, pp. 95-97.

menudo en territorios devastados y faltos de alimentos, necesitan víveres para ellas y sus caballos y bestias de carga; necesitan también reponer municiones, repuestos para las máquinas de guerra y armas que sustituyan a las deterioradas o perdidas, y todo ello ha de ser reunido en un área muy extensa y llevado frecuentemente desde muy lejos, hasta el campamento de los sitiadores. Todo esto nos habla claramente de una sofisticada organización militar, bien surtida de *optiones*, *vicarius*, *adjutores*, *delegatores*, *adsessores*, *numerarius*, *primicerius*, *centenarii*, *biarchi*, *semisales*, *ducenarii*, *cancellis*, *circitores*, etc.¹³² Un complejo aparato administrativo militar compuesto por múltiples secretarios, juristas, intendentes y todo tipo de funcionarios de lo que hoy llamaríamos un Estado Mayor. Cuando hay un atraso en el pago a las tropas, una vez puesto en conocimiento el problema ante las autoridades competentes, es inmediata y satisfactoriamente resuelto¹³³. Si se plantea una batalla campal, las tropas romanas mantienen las filas en perfecto orden ante el embate del enemigo, lo envuelven y persiguen; además, todo ello sin romper el orden y cumpliendo el plan establecido previamente¹³⁴.

En Lázica, un territorio sembrado de montañas y desfiladeros, cubierto de bosques y pantanos, y falto de caminos¹³⁵, las tropas de Justiniano logran sostenerse. Pese a las derrotas iniciales y rechazar a un ejército persa de 60.000 hombres¹³⁶, siendo el de los romanos de 50.000¹³⁷, según el mejor analista del poder militar persa de este periodo¹³⁸, las tropas de Justiniano salen victoriosas frente a la totalidad del poder militar efectivo que la Persia sasánida podía lanzar contra ellas; esto a la par que aniquila a los alamanes y francos en Italia, somete a los últimos reductos ostrogóticos de la Cisalpina, vence y rechaza una incursión cutrigura en los Balcanes, consolida sus últimas conquistas en Hispania y mantiene el orden en las fronteras de África, la Tebaida y Arabia. No está nada mal para un ejército y unos recursos militares supuestamente en descomposición, enervados y exhaustos.

Si se contemplan los hechos en conjunto, la visión resultante se opone con brío a la rencorosa imagen creada por Procopio en su obra póstuma y al dramático cuadro que Agatías nos presenta sobre la supuesta incuria militar del final del reinado de

¹³² Los títulos y cometidos de estos oficiales en: *Corpus Iuris*: 1.27.2.22. Para los *optiones* vid. OSENBRÜGGEN, E., *Cuerpo del derecho civil romano*. Barcelona, 1898, t. VI, Nov. 130, p. 456; sobre los *cancellis* vid. Agatías: lib. 1, 19,4-5. La administración militar y su remuneración en tiempos de Justiniano en: GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R., *Las estructuras ideológicas del emperador Justiniano en el Codex Iustinianus*. Murcia, 1990, pp. 173-180.

¹³³ En Agatías [lib. 1, 18, 1-3] se ve cómo Narsés soluciona inmediatamente la falta de abastecimientos y la paga de las tropas que había puesto al mando de Fulcaris, Valeriano, Artabán y Juan.

¹³⁴ Agatías: lib. 2, 9, 1-13.

¹³⁵ Agatías: lib. 2, 19, 3-4.

¹³⁶ Agatías: lib. 3, 17, 4-6.

¹³⁷ Agatías: lib. 3, 8, 2-4.

¹³⁸ HOWARD-JOHNSTON, J., "The Two Great Powers...", *op. cit.*, pp. 161-170.

Justiniano¹³⁹. Pues Agatías, tras llenar sus páginas de narraciones de funcionarios que se apresuran a pagar las soldadas atrasadas, de soldados que basan su orgullo y confianza en el entrenamiento y la disciplina¹⁴⁰, que se rehacen tras cada derrota hasta lograr la victoria definitiva, que vencen disciplinadamente a enemigos muy superiores en número, o de señalar con orgullo la superioridad romana en armamento¹⁴¹, táctica y estrategia, después de todo esto –decimos– inserta un pasaje describiendo una apocalíptica y devastadora invasión de los hunos cutriguros, un pueblo protobúlgaro.

Según el conocido pasaje de Agatías, Justiniano había descuidado en su vejez al ejército¹⁴², cuya moral y entrenamiento había disminuido significativamente, y los soldados pasaban el día cortejando a las prostitutas, dilapidando su tiempo en los disturbios de los demos o en las carreras del hipódromo, o, desesperados por no cobrar una paga que era interceptada siempre por corruptos funcionarios, desertaban o desempeñaban tareas que los separaban del ejercicio de las armas¹⁴³. Ante esta dramática situación ¿quién detendrá a las hordas de cutriguros que amenazan la misma capital? El héroe es, claro está, Belisario¹⁴⁴. Y como corresponde a tan literaria imagen, el viejo soldado, con sus cabellos ya grises, se enfrenta con 300 veteranos a las hordas bárbaras y las desbanda sin sufrir bajas reseñables¹⁴⁵. Llamado a la corte por las intrigas cortesanas, no será él quien consume el descalabro de los cutriguros –como narra con deleite Agatías– sino Justiniano, quien tan sólo un párrafo antes era representado como un descuidado anciano y que ahora, de nuevo sagaz y activo, azuza a los utriguros contra los cutriguros y cuando ambos se agotan en constantes guerras, les echa encima a los ávaros¹⁴⁶.

Analicemos esto, a continuación, a la luz de los hechos. La terrible invasión no era sino una incursión de 7.000 cutriguros en busca de pillaje y botín¹⁴⁷. Aún más, la fuerza bárbara se divide en tres cuerpos: uno de ellos marcha hacia Grecia y es rechazado en las Termópilas¹⁴⁸; otro, el mayor, quizás 4.000 hombres, trata de forzar el muro de Anastasio por el lado que mira hacia el Quersoneso¹⁴⁹, pero Germán el Joven, el paisano de Justiniano, con unas fuerzas que paradójicamente ensalza Agatías por su bravura y disciplina, lo derrota causándole severas bajas; y el tercero, la imparable horda que debía de causar la ruina de Constantinopla y a la que sólo se opone el valor de Belisario,

¹³⁹ Agatías: lib. 5, 13-14.

¹⁴⁰ Agatías: lib. 1, 16, 3-10.

¹⁴¹ Agatías: lib. 2, 8, 1-5; lib. 2, 5, 1-9.

¹⁴² Agatías: lib. 5, 14-15.

¹⁴³ Agatías: lib. 5, 14, 2-4.

¹⁴⁴ Agatías: lib. 5, 15, 7. Un estudio de las cualidades militares de Belisario en: GOLDSWORTHY, A., *Grandes generales del ejército romano*. Barcelona, 2006, pp. 419-438.

¹⁴⁵ Agatías: lib. 5, 15-18.

¹⁴⁶ Agatías: lib. 5, 25, 6.

¹⁴⁷ Agatías: lib. 5, 12, 5-6.

¹⁴⁸ Agatías: lib. 5, 23, 6.

¹⁴⁹ Agatías: lib. 5, 21-22.

se compone de 2.000 hombres¹⁵⁰ que son, claro está, derrotados y dispersados por los 300 hombres de Belisario que actuaron más como una fuerza de policía que como un ejército y que, de nuevo entrando en contradicción con su anterior pasaje, lleno de soldados corruptos o desesperados, se nos aparecen ahora disciplinados y altamente entrenados. De hecho, tan seguros debían de estar los romanos de su victoria que una muchedumbre de campesinos y ciudadanos asiste como testigo al bélico espectáculo.

¿Qué queda de la literaria semblanza del estado del ejército dada por Agatías? Nada. Agatías, a la luz de los hechos, como Procopio, se desmiente a sí mismo. La incursión de 7.000 guerreros cutriguros es parada, derrotada y rechazada en tres puntos distintos al mismo tiempo, por tropas de las que, en un puro ejercicio de contradicción, se destaca su disciplina y superior entrenamiento y que son comparadas favorablemente con los héroes de las Termópilas¹⁵¹.

De acuerdo –se me dirá– el ejército no parece haber perdido efectividad, pero ¿qué hay del abandono del Oriente y los Balcanes en favor de Occidente? Es fácil responder. Basta con comparar el tamaño de los efectivos empleados en Occidente y Oriente, respectivamente, por Justiniano: en 530 en Daras, Belisario dirige a 25.000 hombres contra los persas; tres años después mandaría sólo 18.000 (contando sus bucelarios) contra los vándalos. Mientras que Narsés contaba con 25.000 hombres en Italia, en Lázica (casi a la par que Narsés en Italia) los generales de Justiniano oponían 50.000 a los persas¹⁵². ¿Ha abandonado Justiniano el Oriente por el Occidente? ¿A dónde se envían los ejércitos más numerosos, a Occidente o a Oriente?

Lo que sorprende de la *recuperatio* es la escasez de fuerzas con la que fue llevada a cabo. Unos 18.000 hombres en África en 533-534 y no más de 15.000 en 546-548; menos de 10.000 en Italia, en 535-537, y 25.000 en 552-557; en fin, 5.000, a lo sumo, en Hispania desde 554. En total, nunca hubo más de 45.000 hombres peleando a la vez en Occidente, es decir, menos de un tercio de las tropas *comitatenses* disponibles del Imperio. A la par y como ya dijimos, en Oriente y en un sólo punto –Lázica– Justiniano concentró a 50.000 hombres, casi un tercio del total de los ejércitos *comitatenses* y del poder militar móvil de la Romania. Justiniano –pese a sus críticos– nunca descuidó sus intereses principales y éstos estaban en Oriente. De hecho, planteó toda su gran estrategia en la preponderancia del frente Oriental sobre el Occidental y el Balcánico. Sólo se destinaron esfuerzos y recursos extras a los otros espacios bélicos cuando las circunstancias eran propicias, y la paz y estabilidad se aseguraban en la frontera persa. En líneas generales, esta visión estratégica fue mantenida y seguida a pie juntillas durante los reinados de Tiberio II, Mauricio, Heraclio, Constante II y Constantino IV. ¿Basta esto para desmantelar por completo la tesis del colapso militar de Oriente en

¹⁵⁰ Agatías: lib. 5, 19, 3.

¹⁵¹ Agatías: lib. 5, 1.

¹⁵² Agatías: lib. 3, 8, 2-4.

favor de la ambición de Justiniano en Occidente? No, queda la acusación del rápido declive del poder militar a su muerte. Analicémosla.

Objetivamente –lo veremos con detalle más adelante– nada se ve alterado entre 565-602, ni el pago, ni el reclutamiento, ni la capacidad militar de las tropas y mandos ¹⁵³. Más bien al contrario, luchando en cinco frentes a la vez, tendremos que ver cómo los ejércitos de la Romania cruzan victoriosamente (como en los días de Trajano) el Danubio y avanzan hacia los Cárpatos ¹⁵⁴ y cómo sus pies hollan de nuevo (como en los días de Pompeyo, Trajano, Septimio Severo o Caro) las huertas de Mesopotamia y las riberas del Caspio ¹⁵⁵. Lo que sorprende del aparato militar que heredan los inmediatos sucesores de Justiniano es su solidez: tras las sorpresas y derrotas iniciales, los ejércitos bizantinos imponen una paz a Persia en 590, intervienen con éxito en la guerra civil persa de 591 y convierten a Cosroes II en un vasallo de Mauricio ¹⁵⁶, logrando la hegemonía en Oriente y avanzando su frontera, significativamente y por primera vez, más allá de los límites marcados por el tratado firmado en 387 por Teodosio I.

En los Balcanes, a los que ya hemos aludido, tras la gran irrupción ávaro-eslava de 568-590, algo refrenada ante Sirmium ¹⁵⁷ y Tesalónica, la situación comienza lentamente a mejorar y para 600, las tropas de la Romania han restablecido el *limes*, expulsado al otro lado o sometido a los grupos eslavos y a los ávaros, y pelean victoriosamente en territorio enemigo, acampando –como signo evidente de su poder– en el lado ávaro-eslavo del río Danubio. De hecho, sólo la rebelión de Focas ¹⁵⁸ dio al traste con la aniquilación de los ávaros y la fijación de los eslavos, y aun así, las victorias romanas habían sido tan decisivas que sólo a partir de 611, ávaros y eslavos volverían a cruzar en grandes masas el Danubio.

En África, Tiberio y Mauricio logran tener bajo control a los *maurii* y extender sus dominios sometiendo y anexionándose el reino romano-bereber de Altava ¹⁵⁹, que se había mostrado irreductible a vándalos y romanos desde el siglo V. En Hispania, en tiempos de Mauricio, los visigodos son rechazados y la provincia estabilizada. En Italia, se contiene a los lombardos y sin el doble concurso de la ineptitud de los aliados francos

¹⁵³ Por ejemplo, los procedimientos del censo y el reclutamiento militar permanecieron básicamente iguales hasta fines del reinado de Heraclio. WHITBY, M., “Recruitment in Roman Armies from Justinian to Heraclius (ca. 565-615)”. *The byzantine and early Islamic...*, op. cit., vol. III, pp. 61-124; CAÑAS NAVARRO, P., “Aspectos jurídico-censales...”, op. cit. En cuanto a la financiación del ejército y el pago a los soldados permaneció aún más estable, pues no se aprecian cambios reseñables entre fines del s. IV y el 641, vid. CARRIE, J.M., “L'État à la recherche de nouveaux modes de financement des armées (Rome et Byzance, IV^e-VIII^e siècles)”, *The byzantine and early Islamic...*, op. cit., vol. III, pp. 27-59.

¹⁵⁴ Teofilacto Simocata: VII, 2, 1-9.

¹⁵⁵ En dos ocasiones antes de Heraclio, la primera en 575-576: Evagrio Escolástico: V, 19 y Menandro Protector: fragm. 1.8, 5-6, pp. 167; la segunda en 591: *Historia Nestoriana*, 140, LIV, p. 460 y Teofilacto Simocata: lib. IV, 16.

¹⁵⁶ Sebeos: III, p. 27.

¹⁵⁷ Menandro Protector: fragm. 12,3- 8, pp. 131-143.

¹⁵⁸ *Crónica Pascual*: p. 693; Teofilacto Simocata: VIII, 10,4.

¹⁵⁹ MODERAN, Y., *Les maures et L'Afrique romaine...*, op. cit., p. 388.

(comprados por 50.000 sólidos) y de la peste, se les hubiera aniquilado en Pavía donde habían sido encerrados y asediados¹⁶⁰.

¿Dónde está el rápido declive? Hacia 602, antes del cataclismo iniciado por Focas, el Imperio había vencido a persas, *mauri*, ávaros y eslavos, y había rechazado y estabilizado a visigodos y lombardos. Si contemplamos dos mapas a la vez, uno de 565 y otro de 602, vemos que, tras 37 años, el Imperio ha mejorado su situación militar y territorial en África y Oriente, las dos partes económica, demográfica y culturalmente vitales para él; se ha mantenido en los Balcanes y en Hispania, y sólo ha retrocedido ligeramente en Italia. De hecho, las pérdidas experimentadas en Italia han sido, sobradamente compensadas con la anexión de nuevos territorios en Armenia, Mesopotamia superior y Mauritania. (v. *mapas 3 y 4*)

No hay pues declive rápido y catastrófico del poder, de la capacidad o del control militar del territorio tras la muerte de Justiniano. Todo esto –ya lo veremos– vendría a acontecer 50 años después de la muerte del gran emperador y no es, lógicamente, achacable a él, sino a Focas y, en parte y por un breve espacio de tiempo, a Heraclio. Ya volveremos sobre esto más tarde, pues ahora hay que mirar y evaluar, sin prejuicios preestablecidos, al ejército de la Romania en 565 y preguntarse ¿cuántos hombres lo componían? ¿Cuál era entonces el verdadero estado del ejército dejado por Justiniano a sus sucesores? ¿Qué había de nuevo en su organización, armamento, táctica y estrategia? ¿Qué se conservaba de los viejos días? ¿Cómo era el sistema de pago, reclutamiento, censo, administración y jurisprudencia militar? ¿Cómo eran sus oficiales? ¿Cuál era su nivel de disciplina, entrenamiento y efectividad? ¿Cuánto costaba a las arcas del estado?

Dado que –como demostraremos– el ejército dejado por Justiniano en 565 era esencialmente el mismo que dirigió Heraclio y que éste dejó tras de sí en 641, este estudio pormenorizado del ejército de la Romania no sólo nos permitirá desechar, una vez más y desde el flanco militar de la cuestión, la vieja tesis del agotamiento y colapso militar del Imperio producido por la supuesta desmedida política imperial de Justiniano, sino dejar a la par y ya establecido, el cuadro del ejército bizantino a lo largo del resto de nuestro trabajo. Pero, ante todo, el ejército y su adecuado estudio nos permitirá afrontar con garantías de éxito la pregunta clave de todo el reinado de Justiniano, cuya respuesta permite cimentar nuestra tesis de que el mundo que Justiniano dejaba tras de sí era un mundo antiguo y sólido, y no uno tambaleante y dispuesto a iniciar el camino del medievo. Esa pregunta es –no puede ser otra– ¿cuánto costó la *recuperatio* del Occidente al Imperio, y cuántos beneficios sacó de ella?

¹⁶⁰ HALSALL, P., *Gregory of Tours (539-594): History of the Franks: Books I-X*. Nueva York, Universidad de Fordham (<http://www.fordham.edu/halsall/basis/gregory-hist.html>); Gregorio de Tours: lib. I, 31-32.

Si establecemos ese balance entre esfuerzo y beneficio tendremos el punto de arranque correcto para iniciar nuestro camino por la época posterior a Justiniano y rescataremos una realidad que prejuicios ideológicos y estudios incompletos y mal asentados han dejado oculta por largos años. Pero para ello y esto no se ha entendido nunca, la clave es el ejército justiniano, su relación coste-beneficio con la sociedad y el Imperio que lo habían creado.

I.2. Estudio del ejército de Justiniano y sus sucesores.

Lo primero que sorprende cuando se estudia en detalle el ejército de Justiniano a lo largo de su extenso reinado y se le pone en relación con el de sus sucesores, es que la máquina militar de la Romania era una estructura en continuo movimiento, una herramienta sometida a una continua mejora. Dicha mejora se extendió a lo largo del periodo 475-565 y prosiguió hasta 628, sin que por ello el ejército perdiera las cualidades y facetas esenciales heredadas de los siglos IV y V.

Este equilibrio entre tradición y mejora, entre estabilidad y movimiento, determinaría el desarrollo del ejército justiniano y por ello –como veremos– existen diferencias de no poca dimensión entre el ejército que luchó con Belisario contra los persas en 530 y el que lo hiciera bajo Narsés en Italia en 552, de manera que el primero de ellos estaba más cerca del ejército romano del siglo V y el segundo se identifica ya, casi por completo, con los ejércitos que pelearon por la Romania entre 575 y 642. Hablamos de diferencias notables, pero no trascendentales; no representan un cambio de modelo, sino tan sólo la lógica evolución y mejora del mismo. A pesar de todo, militarmente hablando, tanto el ejército de Belisario como el de Narsés no constituyen una ruptura, ni entre sí, ni con lo que les antecedió, ni con lo que les sucedió. Esta paradoja producida por esa mezcla tan particular y tan romano-bizantina entre elementos antiguos y novedosos, entre tradición y renovación, es la que determina a su vez la elección de las fuentes adecuadas para el análisis del ejército justiniano.

En efecto, dado que no hay ruptura sino mejora, debemos de atender no sólo a las fuentes contemporáneas del reinado de Justiniano, sino también a las inmediatamente anteriores y sobre todo a las inmediatamente posteriores, y procurar, en cada caso, aislar aquellos elementos que, o bien permanecieron y pasaron sin cambios notables desde el modelo militar del siglo IV, especialmente desde el de fines del V, al ejército de Justiniano y sus sucesores, o bien se establecieron en la segunda fase del reinado de Justiniano y pueden estudiarse con claridad en las fuentes posteriores a su muerte.

De ahí que para obtener un cuadro adecuado del ejército hacia 565, haya que recurrir a documentos tan dispares en tiempo y estilo, como son la *Notitia dignitatum* o

el *Strategikon* del Pseudo Mauricio¹⁶¹, el primero, para la parte oriental del Imperio, escrito hacia 395, y el segundo hacia 612, y combinarlos con otros específicamente justinianos, como son las obras de Procopio de Cesarea, Evagrio Escolástico, Juan Lydo, Flavio Cresconio Coripo o Agatías. Por lo mismo, fuentes aparentemente tan dispares como Teofilacto Simocata y Menandro Protector, las cartas de Gregorio Magno, Juan de Nikiu, Sebeos, la *Historia Nestoriana*, Agapios, Jorge de Pisidia, Teodoro de Sykeon, Juan Mosco, la *Vida de San Anastasio el Persa*, el Código marítimo rodio, Eutiquio, Moisés Daxurangi, Teófanos, Nicéforo, la *Crónica Pascual*, el *Liber Pontificalis*, el libro IV del Pseudo Fredegario, Gregorio de Tours, al-Hakam, al-Baladhuri, al-Bakri y al-Tabari, constituyen, por diversas causas, una fuente inagotable de datos para comprender el ejército dejado por Justiniano a sus sucesores.

A su vez, Vegecio, el *Cronicón del conde Mauricio*, Prisco, Cándido y Zósimo, son esenciales para entender el modelo al que pertenecía el ejército de Justiniano y desde el que evolucionaba. Por último, las disposiciones legales dejadas por Justiniano, sus antecesores y sucesores, así como la información militar que recogen las inscripciones de la época y los papiros egipcios de los siglos IV al VII, han sido y son esenciales para un estudio completo y acertado de la capacidad y el modelo militar de la Romanía en la época que aquí estudiamos.

Permítasenos ahora una digresión, pues al proceder al análisis minucioso del ejército que legó Justiniano a Justino II, se nos presentó un problema que desde hace ya más de un siglo viene planteándose a todo historiador que aborde estas cuestiones: ¿cuándo fue redactado exactamente el *Strategikon* de Mauricio? La pregunta no es baladí, pues la respuesta adecuada permite resolver otra cuestión debatida desde antiguo por los historiadores: ¿quién escribió el *Strategikon*? Y sobre todo afrontar con seguridad la pregunta más trascendental de todas las referentes al misterioso tratado militar: ¿representa el *Strategikon* un modelo a partir del cual afrontar una reforma militar, o presenta un proyecto de restauración de un modelo precedente e inmediato?

Hoy día, la mayoría de los grandes eruditos de la historia militar del ejército romano-bizantino de los siglos IV al VIII, como J. Haldon, J. M. Carrie, Howard-Johnston, M. Whitby, W. Treadgold, etc., están de acuerdo en que el modelo militar de Justiniano y sus sucesores era prácticamente el mismo, que ese modelo debía mucho a los siglos IV y V y que permaneció, en esencia, hasta bien entrada la segunda mitad del siglo VII. Ahora bien, ninguno de ellos ha aportado respuestas nuevas o convincentes a las preguntas antes formuladas y dado que el *Strategikon* es una de nuestras fuentes de datos más importantes para poder estudiar el ejército de los siglos VI y VII, la solución a la triple pregunta de cuándo, quién y para qué fue escrito el gran manual táctico sigue

¹⁶¹ DENNIS, G.T., *Maurice's Strategikon*. Filadelfia, 1984 (las referencias a esta fuente se harán sobre esta edición inglesa, apareciendo reseñada en adelante sólo como *Strategikon*).

siendo de vital importancia para dar soporte firme a cualquier explicación coherente del modelo militar romano-bizantino del siglo VI y de la primera mitad del VII.

Por nuestra parte, hemos podido llegar a la certeza, basada en las fuentes, de que el famoso manual táctico fue escrito por Filípico (el famoso general cuñado de Mauricio y amigo del padre del futuro emperador Heraclio), de que lo escribió precisamente para Heraclio, de que lo hizo en 612-613 y de que se trataba, no de llevar a cabo una reforma militar en profundidad, sino de restaurar un modelo militar, el de Justiniano y Mauricio, colapsado y herido de gravedad. Pero todo esto tendrá que esperar su momento para ser convenientemente argumentado. Baste aquí con establecer unas bases que nos permiten explicar el papel del *Strategikon* en el análisis que hemos llevado a cabo sobre el ejército de fines del reinado de Justiniano y el porqué de nuestra decisión de dejar la argumentación correspondiente de nuestra tesis sobre el autor, motivos y fecha de composición del famoso manual táctico, para otra parte de nuestra tesis, (la que dedicaremos a los años de la gran crisis que agotó al Imperio entre 602 y 621), pues como se verá más adelante, sería en ese momento y en concreto, en los años iniciales de Heraclio, cuando se produjo la gran quiebra militar que explica la necesidad de redactar un manual como el *Strategikon* y de llevar a cabo las disposiciones que aconsejaba.

Aclaradas las cuestiones relativas al porqué y el cómo de las fuentes que hemos usado para la reconstrucción del estado del ejército de Justiniano hacia 565, mostraremos ahora los resultados obtenidos.

1.2.1. *Efectivos del ejército de Justiniano.*

Agatías, ya lo vimos, evaluó la cifra para el ejército de la Romania hacia 559 en 150.000 hombres y la compara, con tristeza pero torcidamente, con la cifra de los ejércitos romanos en tiempos de Constantino: 645.000 hombres.

Treadgold, el erudito que mejor ha estudiado la evolución del número de integrantes de los ejércitos de la Romania entre los siglos IV al XI, estableció (mediante un ingenioso método que relacionaba los aparentemente contradictorios datos ofrecidos por Zósimo, Juan Lydo, Agatías, la *Notitia dignitatum* y Procopio) que la cifra de los 645.000 hombres que Agatías da para los ejércitos de Constantino procedía del mismo documento del que Zósimo había tomado los números de los ejércitos de Constantino, Majencio, Licinio y Maximino Daya, para 312, incluyendo en sus cifras las flotas de Constantino y Licinio en 324, cosa que no haría Juan Lydo; de ahí que éste de una cifra de 600.000 hombres y no de 645.000 como hacía Agatías¹⁶². Tras establecer esto, Treadgold no tiene ya dificultad alguna para proseguir su estudio y desentrañar el enigma planteado por la aparente disparidad de los datos que recogían las fuentes. Y así,

¹⁶² TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, op. cit., pp. 44-54; Agatías: lib. 5, 13,7.

centrándose en la *Notitia dignitatum*, logra cuantificar los efectivos del ejército de la parte oriental del Imperio Romano en 303.000 hombres hacia el año 400¹⁶³. Esto último, por sí mismo no era algo novedoso, pues otros muchos autores como Stein, Jones, Arther Ferril, Howard-Johnston, Heather o el español Cañas Navarro también realizaron sus propios cálculos sobre los efectivos de los ejércitos de la Romania para el siglo V. La aportación de Treadgold, amén de lo novedoso de su método de cálculo y de su logro de poner en relación lógica los hasta entonces dispares datos proporcionados por las fuentes, es que no se detiene en el siglo V, sino que prosigue su estudio sobre los efectivos de los ejércitos de la Romania y lo prolonga más allá del 400, abarcando un amplio tramo histórico que va desde el siglo IV hasta el XI. De esta forma, Treadgold establece una secuencia evolutiva que dota de solidez y sentido a sus datos, pues, descifradas cuestiones como la citada disparidad de cifras o la reforma de las unidades militares llevada a cabo por Zenón y Anastasio entre 478-499¹⁶⁴, cada nuevo cálculo suyo puede sustentarse sobre un sólido precedente, construyendo así una secuencia evolutiva cuyas cifras se apoyan unas sobre otras.

El estudio de Treadgold revolucionó en 1995 nuestro conocimiento de los ejércitos romanos de los siglos IV al XI, especialmente de sus verdaderas dimensiones y coste. Por nuestra parte aceptamos muchas de las tesis y cifras de Treadgold, pero no todas; de ahí que, pese a que tomaremos como base de partida los cálculos de Treadgold, nuestras conclusiones para las cifras de efectivos de los ejércitos de los periodos justiniano y heráclida, y por lo tanto de su coste, son sensiblemente diferentes de las del erudito americano.

Comenzaremos con Agatías pues de él –como ya demostró Treadgold– procede un grave error que aún impera en los estudios de nuestra época: el creer que Justiniano disminuyó de forma drástica el número de efectivos de sus ejércitos y que, junto con el número de los efectivos se produjo también una disminución de su operatividad, cuando en realidad se produjo una mejora sustancial de la capacidad de combate de las tropas bizantinas, lo que permitió un recorte de efectivos que en modo alguno fue tan dramático como afirmaban Agatías y Procopio. La cifra ofrecida por Agatías tenía y tiene, para muchos historiadores, un aura de solidez y sensatez que no se puede poner en duda. Y no obstante, Agatías, al igual que Procopio, se derrumba ante el primer examen analítico que se le propine con decisión y sin complejos. Veamos dos ejemplos de esto último.

Tal y como demostró Treadgold en 1995, Agatías sólo incluyó a las tropas *comitatenses* en su evaluación del número de integrantes del ejército hacia 559. Y es

¹⁶³ Básicamente el mismo resultado que Jones, cuyo método de cálculo de los datos de la *Notitia dignitatum* se ve confirmado por los resultados de Treadgold extraídos de Zósimo, Agatías y Juan Lydo. JONES, A. M., *The later roman empire...*, *op. cit.*, pp. 682-695.

¹⁶⁴ Sobre la reforma militar en tiempos de Zenón y Anastasio *vid.* TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 94-95.

que Agatías, al igual que Procopio, tenía en tan baja estima a las tropas de *limitanei* que guarnecían las fronteras y provincias de la Romania, que no las tenía en cuenta y pretendía, o más bien quería hacer creer a sus lectores, que sus unidades se habían disuelto o estaban inoperativas. El propio Agatías parece descubrir este propósito cuando al comparar las cifras de los ejércitos de Constantino y Justiniano utiliza el término de “tropas de combate”, con el que parece aludir, claro está, a las unidades *comitatenses*. Pero las insinuaciones de Agatías¹⁶⁵ de que los *limitanei* se habían disuelto o carecían de valor militar son falsas. Lo sabemos porque encontramos contingentes de *limitanei* no sólo a lo largo de todo el reinado de Justiniano, sino también en los de sus sucesores. De hecho, una de las últimas menciones de tropas de *limitanei* en combate que poseemos es la de su participación en la batalla de Yarmuk, en 636¹⁶⁶. Es decir, unos ochenta o noventa años después de que –según Procopio, Agatías y sus seguidores contemporáneos– fueran disueltas las unidades de *limitanei* por Justiniano. Pero ya volveremos sobre esto con detalle. Lo que ahora importa es que Agatías falseó en aras de un interés literario o político, o a causa de un error o de una fuente incompleta, los datos reales sobre el número de efectivos con los que contaba el ejército de la Romania en 559.

Lo anterior no es sorprendente en sí mismo, ya que tanto Agatías como especialmente Procopio, proporcionan datos inconexos, incompletos y a menudo maliciosos y faltos de base; lo sorprendente es que todavía hoy los datos que Agatías y Procopio dan sobre el número, calidad y clase de las tropas de Justiniano, continúen siendo aceptados, sin ejercicio crítico alguno, por buena parte de los estudiosos del período justiniano, algunos de ellos tan destacados como Averil Cameron¹⁶⁷.

Además de este primer golpe contra el supuestamente inexpugnable dato ofrecido por Agatías, añadiremos a continuación otro exclusivamente nuestro pues –como veremos– Agatías era tan poco cuidadoso o mal intencionado que erró incluso hasta en su enumeración de las unidades activas con las que contaba el ejército de Justiniano, según su literaria narración de los acontecimientos del 558. Para comprobar esto último –y en ello no ha reparado ni siquiera Treadgold– basta con proceder a una atenta lectura del pasaje. En efecto, sólo nombra los contingentes destinados en Lázica, la frontera del Eúfrates, Italia, África, Alejandría y Tebaida¹⁶⁸. Es decir, las tropas asignadas a los *magister militum per orientem* y *per armeniam*, y las que servían bajo las órdenes de los *magister militum* destinados en África, Hispania e Italia. ¿Qué hay de las tropas de los *magister militum* de Tracia e Iliria? Sabemos que las primeras en colaboración con las del *magister militum praesentalis* y las del *quaestor exercitus* danubiano, todas ellas,

¹⁶⁵ Agatías: lib. 5, 14, 2-5. La misma línea sigue Procopio en *Historia Secreta*: 24,12-22.

¹⁶⁶ HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, op. cit., p. 49.

¹⁶⁷ CAMERON, A., *El mundo mediterráneo...*, op. cit., pp. 65-70.

¹⁶⁸ Agatías: lib. 5, 13, 7.

aparentemente olvidadas por el recuento de Agatías, estaban peleando en 558-559, precisamente el año elegido por el historiador para enumerar la fuerza militar del Imperio.

Pues bien, teniendo en cuenta estos dos errores de bulto cometidos por Agatías y que hemos puesto de manifiesto en esta breve exposición, ¿se puede seguir considerando sólido e inexpugnable el dato ofrecido por Agatías y aceptarlo sin someterlo a examen y crítica? No, como se ha visto por dos veces, Agatías no puede ser seguido a pie juntillas. Sus datos encierran una parte de la verdad, pero no toda. Treadgold fue el primero en percatarse de ello y en solucionar este problema: Agatías sólo enumeraba la fuerza *comitatense* de Justiniano, pero ¿y los *limitanei*? ¿Cuántos eran?

Para responder a esta cuestión, Treadgold dará la cifra de 195.000 *limitanei* en 565¹⁶⁹. Según esto, Justiniano dejó tras de sí un ejército de 345.000 hombres: 150.000 *comitatenses* o fuerzas móviles de campaña y 195.000 *limitanei* o fuerzas de guarnición y de frontera. Pero Treadgold, hasta ahora acertado, se equivoca en este punto. Vayamos poco a poco, comencemos por exponer las cifras y razones de Treadgold, y confrontémoslas con las nuestras. Tras esto, expondremos las teorías y cifras de otros eruditos y las compararemos entre sí y con nuestros datos. Terminado este proceso de análisis y confrontación, estaremos preparados para dar una respuesta adecuada a la pregunta de ¿con cuántos hombres contaba realmente Justiniano a fines de su reinado? Y a partir de aquí podremos también aclarar si sus sucesores mantuvieron en línea estos efectivos y hasta qué momento lo hicieron. Y sobre todo podremos tener una base sólida a partir de la cual calcular los gastos militares de Justiniano y su repercusión en la economía del imperio.

Comencemos pues con Treadgold. ¿Cómo comprobó que Agatías estaba dando sólo la cifra de los *comitatenses*? Gracias a Procopio, la *Notitia dignitatum* y el atento estudio de las reformas militares de Zenón y Anastasio. Ya hemos dicho que en su obra de 1995 sobre el ejército bizantino, Treadgold pretendía llevar a cabo un estudio que, centrándose en los aspectos de número, financiación y estructura, los estudiara a lo largo de un amplio periodo que va de fines del siglo III al XI. Pues bien, al abordar el tema del número de integrantes del ejército romano a fines del siglo IV e inicios del V, se enfrentó con el problema de la valoración y correcta evaluación de los datos recogidos en la *Notitia dignitatum*. Estableció unas cifras aproximadas de integrantes para cada uno de los ejércitos de campaña con los que contaba la parte oriental del Imperio –la que aquí nos interesa– hacia 395. Tuvo en cuenta al hacerlo cuestiones tan diversas y certeras como la de recurrir a la información papirológica y la extraída de

¹⁶⁹ TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, op. cit., p. 63, 195 y 196. Esta es la cifra calculada por Treadgold.

diversas inscripciones de los siglos IV y V referente al avituallamiento, pago, listas de reclutamiento, etc. de distintos tipos de unidades tales como legiones *comitatenses*, *vexillationes*, *numerus*, *alae*, *legiones pseudocomitatenses*, etc. Trataba así de establecer un contraste entre el número de hombres que en teoría debían tener estas unidades y el real sobre el terreno. De esta confrontación, el erudito norteamericano extrajo unos promedios que corregían las cifras dadas por Jones y sobre los que luego realizó su cálculo. Como resultado del mismo llegó a la conclusión de que el Imperio Romano de Oriente contaba hacia la época de confección de la *Notitia* en 395, con 104.000 *comitatenses*, en concreto 82.500 infantes y 21.500 jinetes. La división de esta cifra entre los cinco ejércitos de campaña con los que contaba Oriente en 395 sería la que sigue: 17.500 hombres para el ejército de Iliria y 24.500 hombres para el de Tracia; los dos ejércitos en “presencia del emperador” contarían cada uno con 21.000 hombres. Por último, el ejército de campaña de Oriente contaría con 20.000 hombres¹⁷⁰. Hasta aquí, el trabajo de Treadgold podía haber sido uno más, pero pudo percatarse también de que muchos de los datos extraídos por él de la *Notitia* se correspondían con otros dados por las fuentes posteriores sobre los mismos ejércitos *comitatenses*¹⁷¹. Así, por ejemplo, Procopio nos revela que el ejército de campaña de Oriente contaba, en 531, con 20.000 hombres en sus filas¹⁷², es decir, los mismos con los que contaba en 395. También añade que en 548 el ejército de Iliria contaba con 15.000 hombres, los mismos que le adjudicó el *comes* Marcellinus para 499 y sólo 2.500 menos de los que tenía en 395¹⁷³.

De lo anterior sólo podían extraerse dos conclusiones inevitables. La primera, que los cálculos de Treadgold podían no sólo contrastarse con la documentación contemporánea de la *Notitia dignitatum*, sino que tenían su reflejo y comprobación *a posteriori* en los informes de fines del siglo V y la primera mitad del siglo VI, dados por historiadores como el *comes* Marcellinus y Procopio. La segunda conclusión era inevitable: que los ejércitos de campaña de tiempos de Justiniano contaban con un número de soldados en sus filas prácticamente similar al que esos mismos ejércitos habían tenido a fines del reinado de Teodosio I el Grande.

Treadgold explicó las mínimas diferencias basándose en la instauración a fines del siglo V y merced a las reformas militares de Zenón, de un nuevo tipo de unidad básica del ejército de la Romania: el *meros*, que contaba con unos 5.000 hombres

¹⁷⁰ *Ibidem*, p. 50.

¹⁷¹ La argumentación completa de Treadgold sobre los ejércitos de campaña y su evolución hasta 559 en: TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 47-65.

¹⁷² Procopio [*Guerra persa*: lib. I, 18, 5-6] escribe que el ejército romano a las órdenes de Belisario era de 20.000 hombres. Belisario era *magister militum* del ejército *comitatense* de Oriente.

¹⁷³ Para los ejércitos de Iliria en 548 y 499 *vid.* Procopio: lib. VII, 29, 1-3; *Cronicón del Comes Marcellinus*: 499 que dice: *VII. Ioannis Gibbi solius 1 Aristus Illyricianae ductor militae cum quindecim milibus armatorum et cum quingentis uiginti plaustris armis ad proeliandum necessariis oneratis contra*

aproximadamente¹⁷⁴, y que se subdividía en *moiras* de 2.500, *tagmas*, *bandon* o *numerus* de 500 y *centurias* de 100 hombres; éstas a su vez se dividían en *decarquías* de 10 y *pentarquías* de 5. Ahora bien, Treadgold demostró que los ejércitos de la Romania posteriores a estas reformas, acomodaron sus números de efectivos a las nuevas grandes divisiones “tipo *meros*”. De ahí que los ejércitos de campaña orientales contaran con cifras de integrantes que eran múltiplos de 5.000. Así, el ejército de Iliria que en 395 contaba con 17.500 hombres, pasó a tener 15.000 tras esta reforma de fines del siglo V, mientras que el de Oriente, que contaba en 395 con 20.000 efectivos, quedó con esos mismos integrantes, lo que certificó para 531 Procopio.

A partir de estos datos comprobados, Treadgold supuso que el ejército de Tracia pasó de 24.500 hombres en 395, a 20.000 a fines del V y durante el VI, y que los dos ejércitos “en presencia del emperador”, pasaron de 21.000 efectivos cada uno, a 20.000 hombres. Por lo tanto, Justiniano, al igual que anteriormente Anastasio, disponía en 527 de 95.000 hombres en sus ejércitos de campaña, sólo 9.500 hombres menos que los que contó Arcadio al subir al trono de Constantinopla en 395.

Pero ¿cómo se pasó de los 95.000 soldados *comitatenses* de inicios del siglo VI, a los 150.000 que recoge Agatías para 559? Según la tesis de Treadgold, a la que nos hemos adherido para el caso del ejército *comitatense*, la reconquista de África exigió la creación de un ejército que la defendiera y ocupara tras la reconquista. Sabemos que Justiniano dispuso la instalación de contingentes de *limitanei* por los distintos ducados que formaban la prefectura africana, pero las fuentes no nos dan su número. Tampoco explicitan el número de *comitatenses* que fue destinado a África tras su reconquista, pero sí nos dan suficiente información para deducirlo con un alto grado de fiabilidad. Se recordará que Procopio daba una lista detallada de los distintos contingentes militares destinados a la reconquista de África por la expedición de Belisario. Pues bien, si se deduce de esa cifra los contingentes de *bucelarios* bajo las órdenes directas de Belisario y los proporcionados por la ciudad de Constantinopla para servir como soldados y marineros de forma indistinta, el número resultante de tropas es de 15.000 hombres. Es decir, una cifra sugerentemente similar a los ejércitos de campaña de Iliria del mismo periodo y que encaja perfectamente con la acomodación de los efectivos de los ejércitos de la Romania a las nuevas unidades tipo *meros* de 5.000 hombres. Así que Treadgold y con él nosotros, podemos deducir que Justiniano creó un nuevo ejército de campaña para África¹⁷⁵ de proporciones similares al de Iliria. Con lo cual en 535, tras la

Bulgares Thraciam deuastantes profectus est. Ambos coinciden y en distintas fechas en que el ejército de Iliria contaba con 15.000 hombres.

¹⁷⁴ Sobre el *meros* y las reformas de Zenón *vid.* TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 14, 61, 94-95.

¹⁷⁵ Procopio: *Guerra vándala*, lib. III, 11,1-19; TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, p. 60.

incorporación de África, el número de tropas *comitatenses* pasó de 95.000 a 110.000 hombres.

Pero no fue el único incremento, ya que la creación de un ejército de campaña para Armenia separado del de Oriente (que hasta entonces había tenido el cometido de defender también a Armenia) supuso incrementar el número de efectivos de los ejércitos *comitatenses* de nuevo en 15.000 hombres. Lo sabemos gracias a Procopio, el cual nos dice que el ejército de campaña para Armenia contaba con la mitad de hombres que un ejército persa que invadió la región y que contaba con 30.000 hombres¹⁷⁶. Así que Armenia tenía un contingente de *comitatenses* igual que el de los ejércitos de Iliria y que el recién creado ejército de África.

La reconquista de Italia determinó así mismo, la creación de un nuevo ejército *comitatense*. Un ejército que, si tenemos en cuenta que Narsés disponía de 18.000 hombres en la batalla de Volturmo (554), y la necesidad de haber dejado tras de él guarniciones, debía de alcanzar los 20.000 hombres¹⁷⁷. Es decir que, teniendo en cuenta lo anterior, hacia 554, Justiniano y su Imperio disponían de 145.000 efectivos en sus ejércitos de campaña.

Pero se dirá: faltan 5.000 hombres para que la cifra anterior cuadre con la de 150.000 hombres dada por Agatías. Sí, pero es fácil explicarlo. Treadgold nos hace recordar la expedición a Hispania y el establecimiento allí de una nueva provincia que, teniendo en cuenta sus necesidades estratégicas, las posibles cifras de tropas enviadas por Justiniano en las dos expediciones de reconquista en 552 y 555, y la habitual división en *meros* de los ejércitos *comitatenses* del periodo, puede establecerse en 5.000 hombres; es decir, Hispania contaba con un pequeño ejército *comitatense* formado por un solo *meros*¹⁷⁸. Y con esto obtenemos la cifra de 150.000 *comitatenses* que concuerda con la de Agatías y que permite poner a éste en relación con los demás datos y cifras obtenidas del análisis de los documentos y testimonios de los siglos IV, V y VI.

¿Y los *limitanei*? ¿Con cuántos *limitanei* contaba el ejército de Oriente? Treadgold obtuvo del análisis de los datos recogidos en la *Notitia dignitatum*, adjudicando los mismos promedios por unidad que en el caso de los ejércitos *comitatenses*, un total de 195.500 *limitanei* sirviendo en los ejércitos de frontera de Oriente hacia 395¹⁷⁹. Es decir, que en esa fecha y durante la mayor parte del siglo V, Oriente contó (sumando

¹⁷⁶ Procopio, *Guerra persa*: I, 15, 11-12.

¹⁷⁷ Agatías dice [lib. 2, 4. 9] que Narsés contaba con 18.000 hombres frente a los 30.000 alamanes y francos que se le enfrentaron en el río Volturmo en 554. TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, p. 60 y ss.

¹⁷⁸ TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, p. 63. Habitualmente los autores españoles reflexionan poco sobre las cuestiones militares de la reconquista justiniana. Así, Fuentes Hinojo (*La península ibérica...*, pp. 661-663) considera que la primera expedición, la de 552, estaba constituida por 400 hombres, una cifra ridícula. Su obra recoge parte de las discusiones que sobre esta expedición han mantenido otros autores como L. García Moreno o M. Vallejo Girvés.

¹⁷⁹ TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, p. 50, cita ejércitos de frontera en 395 con un total de 97.500 jinetes, un porcentaje por encima del 49%.

comitatenses y *limitanei*) con un total de 300.000 hombres en sus ejércitos, a los que habría que sumar los 3.500 de las *scholae palatinae*. Una cifra que, si se le suma su paralelo occidental, nos daría 600.000 hombres militando en los ejércitos de las dos partes del Imperio en el siglo IV.

Esta cifra es sugestivamente similar a la recogida por Juan Lydo quien contaba 600.000 hombres para los ejércitos de Roma en el siglo IV, y muy próxima a la de Agatías que nos daba la de 645.000 hombres. Teniendo en cuenta que –como demostró Treadgold– las diferencias entre Juan Lydo y Agatías se establecían a partir de que el último recogía en su cifra a los integrantes de las flotas y el primero no; dado que los miembros destinados a las flotas sumaban en 324, 45.000 hombres, y que no hay razón para suponer que esa cifra variara en los siguientes decenios, resulta que las cifras de efectivos del ejército en el siglo IV extraídas de la *Notitia dignitatum*, Agatías y Juan Lydo, son idénticas y deben de tener por fuerza su correspondencia con la realidad, máxime cuando muchos de los datos así obtenidos se ven confirmados por noticias proporcionadas en el siglo VI por autores como Procopio, Agatías y el *comes* Marcellinus. El círculo está cerrado, y las conclusiones y pruebas proporcionadas por Treadgold para las cifras de los integrantes de los ejércitos de los siglos IV y V, son tan fuertes que es muy difícil discutir las.

Treadgold supone que los efectivos de los *limitanei* sufrieron una disminución sensible tras el reinado de Marciano y que, pese a que se mantuvo el sistema de defensa del *limes* y de las provincias expuestas mediante el establecimiento de contingentes de *limitanei*, el número de éstos bajó de 195.500 hombres en 457 a 176.000 en 518. También que este número de tropas de frontera volvió a crecer en época de Justiniano, merced a la extensión hacia el oeste del Imperio, la cual naturalmente trajo aparejada – así lo recogen con claridad las fuentes legales– un incremento de las tropas tipo *limitanei*, las cuales pasaron de los 176.000 de 518 a 195.000 hombres en 565.

¿Por qué? Treadgold, que para el siglo VI no encuentra ya ningún soporte o indicio documental para calcular el número de *limitanei* en los ejércitos de la Romania, no da razones claras para ello y supone que Anastasio perdió una parte de los efectivos de frontera durante el proceso de acomodación de las unidades de *limitanei* al nuevo sistema militar surgido de las reformas de Zenón, y que después, en época de Justiniano, se recuperaron los números de tropas *limitanei* al nivel en el que éstas se hallaban hacia 457. Treadgold, para explicar el incremento de los *limitanei* en época de Justiniano, supone que los contingentes de tropas *limitanei* de cada uno de los ducados y circunscripciones militares tipo ducado del reinado de Justiniano debía de contar con un número de efectivos que estuviera dentro de los límites del promedio de tropas de esta clase con el que habían contado los ducados de Oriente en la época de la *Notitia dignitatum*. Siguiendo esta premisa y aplicando su fórmula, adjudica a cada una de las provincias dotadas de contingentes de *limitanei* de la época de Justiniano, sin

explicación alguna, una cifra que ronda los 5.000 hombres. De esta forma obtiene la cifra de 195.000 efectivos¹⁸⁰.

Como puede verse, las bases de Treadgold para su cálculo de los efectivos de tropas de frontera de la época de Justiniano no son ya tan seguras ni tienen su reflejo en datos extraídos de las fuentes de los siglos V, VI y VII. El cálculo de Treadgold, acertado para conocer el número de *limitanei* a fines del siglo IV, pierde su fuerza extrapolándolo para el siglo VI. No es ya, sino un intento ingenioso de acercarse a la realidad y de completar su acertada cifra para los *comitatenses* y su certera explicación del dato de Agatías para 559. Pero aquí, con los *limitanei* de tiempos de Justiniano, Treadgold cometió un error. Veámoslo.

Se recordará que el propio Treadgold certificaba que la reforma de Zenón había tomado a una nueva unidad de 5.000 hombres, el *meros*, como unidad tipo a partir de la cual estructurar sus ejércitos. Ahora bien, como se dijo, el *meros*, que tan bien descrito está en el *Strategikon* de Mauricio, se subdividía en *moiras* de unos 2.500 hombres aproximadamente y éstas a su vez se desplegaban en *tagmas* o *bandon* de unos 500 hombres¹⁸¹. Treadgold afirma que estas nuevas unidades convivieron, durante todo el siglo VI, con unidades de tipo antiguo, tales como legiones *limitanei*, *comitatenses*, *pseudocomitatenses*, *vexillationes*, etc., pero que la tendencia fue a que estas viejas unidades se equiparasen en número a las nuevas unidades surgidas de la reforma de Zenón y que esta equiparación estaba terminada en los años medios de Justiniano¹⁸².

Estamos de acuerdo con él, pero lo sorprendente es que no saque todo el jugo posible a su conclusión. Si la tendencia fue a lograr una equiparación de efectivos entre las viejas unidades heredadas de los siglos IV y V, y las nuevas surgidas a fines del siglo V, lo lógico es que, si se equiparaban los efectivos, se equiparasen también los mandos y de esta forma se igualaran también los honores, responsabilidades y capacidades de los mismos. Si esto fuese así –y como veremos lo fue– la conclusión inevitable es que un *dux* provincial, al frente de las tropas fronterizas, es decir de *limitanei*, tuviera bajo su mando un contingente de tropas similar al de un *dux* al mando de una *moira* de tropas *comitatenses*¹⁸³. ¿Cómo explicar si no que ambos tuvieran el

¹⁸⁰ TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 63 y 195-196.

¹⁸¹ Como advirtiera Treadgold, en el *Strategikon* del emperador Mauricio confluyen dos organizaciones de unidades militares complementarias pero distintas: una puramente táctica y para su uso puntual sobre el campo de batalla, que era la directamente propugnada por el autor de la obra; la otra, la del día a día, era la que el autor trataba de adaptar a la primera. TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 87-95

¹⁸² TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 87-95, especialmente pp. 93-95.

¹⁸³ El *Strategikon* dice que un duque o *moirarca* (que también recibe el nombre de *ciliarca*) manda de 2.000 a 3.000 hombres, no pudiendo bajar ni pasar de esa cifra. Teniendo en cuenta que el *meros* tipo de la reforma de Zenón era de 5.000 hombres y relacionando esto con el número habitual de un *tagma* (500 hombres según los documentos administrativos de la época) un duque comitatense mandaría unos 2.500 hombres. Aunque en el *Strategikon* se aconsejan formaciones de *tagma* que oscilen entre 300 y 500 hombres, de *moiras* entre 2.000 y 3.000 y de *meros* que no sobrepasen los 6.000-7.000 hombres, esto no

mismo tratamiento y ocuparan el mismo peldaño en la escalera militar de los ejércitos de los siglos VI y VII?

La tendencia a equiparar el número de efectivos de las viejas unidades con el de las nuevas, tuvo pues que llevar inevitablemente a una situación de mando en la que un duque de una provincia fronteriza tuviera bajo sus órdenes contingentes de *limitanei* semejantes en número a una *moira*, la unidad que estaba bajo el mando de un duque de un ejército de campaña. No puede dudarse de esto, pues ¿cómo si no se explicaría la perfecta integración en campaña activa de unidades de *limitanei* y de *comitatenses* que se dio numerosas veces durante los años del reinado de Justiniano y sus sucesores?

En efecto, unidades *limitanei* como la *legio IIII parthica* o los *equites illyriciani*, no sólo seguían activos a fines del siglo VI y en el primer tercio del VII, conservando su viejo nombre y emblemas, sino que eran capaces de luchar sin desmero junto a unidades *comitatenses*, lo que tácticamente no hubiera sido posible sin una completa equiparación de efectivos y mandos que facilitara, sobre el campo de batalla, la coordinación de estas unidades con las *comitatenses*. Tenemos distintas pruebas de lo anterior extraídas de las fuentes contemporáneas más solventes y todas ellas confluyen en esa misma conclusión. Así, por ejemplo, en 586, durante la campaña que Filípico lanzó sobre Persia y que concluyó con la gran victoria bizantina de Solachon, la *legio IIII parthica*, asentada en Berea, participó en los combates con un papel muy destacado y brillante, tanto que llevó a Teofilacto Simocata a recoger en su obra, la valerosa historia de uno de sus soldados¹⁸⁴. Unos 55 años más tarde, hacia 639 y en las fronteras de Egipto con el Sinaí y Palestina, encontramos a los tagmas de *limitanei* de Cirenaica luchando bajo las órdenes de su duque, conocido como Juan de Barca, junto a otras unidades de los ejércitos de campaña de Oriente en Egipto. Unidades y mandos eran tan equiparables que Heraclio no vio impedimento en enviar al duque de la frontera de Cirenaica a organizar la defensa de Egipto frente a los musulmanes de Amr¹⁸⁵.

No son los únicos testimonios de unidades *limitanei* peleando en coordinación con unidades *comitatenses*, hay muchos más. Nos centraremos, en concreto, en los datos que nos proporcionan distintas fuentes sobre los *equites illyriciani*, formando una cadena de testimonios que consolidan nuestra tesis y la hacen irrefutable, en nuestra

es sino una propuesta táctica sugerida por el autor para flexibilizar las formaciones y engañar al enemigo. Esto lo aclara el propio *Strategikon* que, aunque aconseja determinadas formaciones tácticas donde un *decarca* mande 7 u 8 hombres y un centurión o *hecatontarca* de 70 a 80 soldados, explicita que un *decarca* manda en situación normal 10 hombres y un *hecatontarca* 100. Por lo tanto, teniendo en cuenta que los ejércitos bizantinos del periodo se organizaban en secciones que eran múltiplos y divisores de cinco mil, lo habitual era que un *tagma* contara con 500 hombres de promedio, que una *moira* tuviera 2.500 y que un *meros* tuviera 5.000. De hecho, con sus cuadros administrativos y combatientes completos, un *tagma* contaba con 520 hombres, una *moira* con 2.600 y un *meros* con 5.200 hombres, aunque era bastante raro que las unidades estuvieran completas. *Vid. Strategikon*: lib. I, 2-3.

¹⁸⁴ Teofilacto Simocata: lib. 2, 6,1,1-11.

¹⁸⁵ Juan de Nikiu: CXI. 5-13; Patriarca Nicéforo: cap. 23; BUTLER, A. J., *The Arab Conquest...*, *op. cit.*, pp. 182, 207 y 222.

opinión. Dicha cadena de testimonios que constatan la total equiparación en número y mando de las unidades *comitatenses* y *limitanei*, comienza con el eslabón ofrecido por el *Strategikon* de Mauricio: sorprendentemente nadie ha reparado en la importancia de este testimonio ni ha sabido relacionarlo con los que lo siguen.

El *Strategikon* del emperador Mauricio, escrito hacia 611-613 –como se demostrará más adelante– que nos recupera el orden y modos de combate del ejército legado por Justiniano a sus inmediatos sucesores, recoge (en sus planos sobre la mejor forma posible de disponer en batalla los tagmas de caballería) distintas formaciones en donde participan tagmas de los *equites illyriciani*. Estos últimos constituían una unidad *limitanei*, con casi 250 años de servicio bajo los estandartes de la Romania y que en origen se había agrupado en diversas *alae* de caballería, que ahora –a inicios del siglo VII– aunque conserva su antiguo nombre, se halla ya estructurada en tagmas o bandon de nueva clase. Así que se encuentra en los planos del *Strategikon*, a los tagmas de los *equites illyriciani* con el mismo número de efectivos con los que podían contar los tagmas *comitatenses*, tales como los de los federados, los de las *vexillationes* o los de los *optimates*, que aparecen recogidos junto a ellos en esos planos y en los distintos libros del manual táctico, y todos esos tagmatas *comitatenses* y *limitanei* están bajo la autoridad de unos oficiales con el mismo rango y mando, los tribunos¹⁸⁶.

Si, como acabamos de ver, los tagmas *comitatenses* y *limitanei* luchaban juntos, tenían el mismo número de hombres y dependían de oficiales con el mismo nombre, mando y categoría, ¿por qué no iba a pasar lo mismo en los demás escalones de la estructura militar? No hay razones documentales para suponer lo contrario, mientras que –como se vio arriba– las fuentes sí aportan datos que certifican nuestra tesis sobre la equiparación total de unidades y mandos en los ejércitos de la segunda mitad del siglo VI y la primera del VII. Es más, la anterior prueba no es la única con la que contamos, pues otra fuente del siglo VII recoge para el año 630 otra noticia sobre los *equites illyriciani* y confirma el dato del *Strategikon*. En esa fuente, los *Milagros de san Anastasio el Persa*, se recoge un milagro que el santo hizo a un soldado de los *illyriciani*, en concreto: “un soldado del XV bandon de los *illyriciani*”. Es una nueva confirmación de nuestra tesis. Al igual que en el *Strategikon*, los *equites illyriciani*, que en 395 aparecían desplegados por todo el *limes* oriental divididos en 23 *alae* de caballería, ahora lo hacen agrupados en *bandon*, es decir *tagmas*¹⁸⁷: 23 *tagmata* de 500 hombres, a las órdenes de tribunos y que se integraban en *moiras* de 2.500 hombres bajo la autoridad de un *dux*. ¿Podemos certificar esto? ¿Se puede ver a los *illyriciani* concentrados junto a otras unidades bajo la autoridad de un *dux* o su equivalente? Sí, el XV *bandon* o *tagma* de los *illyriciani* asentado en 630 en Cesarea Marítima y citado por

¹⁸⁶ *Strategikón*: II, 6; *Notitia Dignitatum Partibus Orientis*: XXXII a XXXVII.

¹⁸⁷ FLUSIN, B., *Saint Anastase le Perse*. París, 1992, III, 14, p. 144.

el piadoso contemporáneo de San Anastasio el mártir persa y que recogió sus milagros, estaba bajo la autoridad del *dux* de Palestina, Sergio, bajo cuyas órdenes pelearon contra los musulmanes de Amr en la batalla de Datin el 4 de febrero del 634¹⁸⁸.

Por las mismas fechas, entre 629 y 633, las fuentes armenias, islámicas y siríacas, señalan cómo en Muta y Areópolis (que aparecen en la *Notitia dignitatum* como asiento de unidades de *equites illyriciani*, lo que ha confirmado la arqueología que certifica la ocupación ininterrumpida de estos dos castra por sus guarniciones entre los siglos IV y VII) los bandon de los *illyriciani* eran comandados por el *dux Arabyae*, Teodoro, el cual, tras haber inflingido una soberana derrota en septiembre de 629 en Muta a los musulmanes, fue derrotado en Areópolis hacia 633¹⁸⁹.

En las líneas anteriores hemos mostrado a viejas unidades de *limitanei* que conservaban su nombre y emblemas, pero que habían terminado por equipararse en todo (denominación, número de integrantes y nombre, y consideración de sus mandos) con las nuevas unidades surgidas de la reforma de fines del siglo V. Así mismo, hemos comprobado, sin duda posible, que esos bandon o tagmata de *limitanei* estaban bajo el mando de tribunos, al igual que los nuevos tagmata *comitatenses*. Por último, se ha mostrado cómo esos bandon o tagmata se agrupaban, en las provincias del *limes* oriental, bajo la autoridad de los *duques*, tal y como también lo hacían los tagmata *comitatenses*.

¿Son suficientes las pruebas que aquí hemos presentado? Creemos que sí y que esa homologación de unidades y mandos que hemos sustentado con las fuentes, fue tan completa y total que –como se acaba de ver– las viejas unidades, aún conservando su antiguo nombre, terminaron por adoptar incluso la denominación nueva y así las *alae* de los *illyriciani* pasaron a ser los bandon o tagmas de los *illyriciani*. Esta homologación tan exacta de los títulos, situación en el escalafón honorífico y capacidad de mando, no

¹⁸⁸ Conocemos el nombre de este duque gracias a dos documentos. El primero, escrito sólo unos meses después de la batalla, es la *Didascalía de Jacob* [p. 208]; el segundo es Teófanos: 6124, 336. Se sabe la fecha exacta de la batalla por la *Crónica del 640*, una fuente siria contemporánea escrita en 640 [*Crónica del 640*: p. 19].

¹⁸⁹ En efecto, fuentes islámicas como al-Tabari especifican que los musulmanes chocaron en septiembre de 629 en Muta contra contingentes romanos y árabes. Dada la persistencia de los *illyriciani* para el primer tercio del siglo VII y advirtiendo que, según la *Notitia dignitatum* y la arqueología, dos “bandon” de los mismos se hallaban acantonados en Muta y Areópolis, esos romanos citados por los musulmanes sólo pueden ser ellos. Para los *illyriciani* en Muta y Areópolis *vid. Notitia Dignitatum Partibus Orientis*: XXXVII, “Equites Mauri Illyriciani, Aerópolis” y “Equites scutarii Illyriciani, Motha”; FISHBEIN, M., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1997, vol VIII, 1614. El combate en Areópolis, en Sebeos: p. 96, donde Areópolis figura como Eraboth Moab. Los datos arqueológicos en: ISAAC, B., “The Army in the Late Roman East: the Persian Wars and the Defence of the Byzantine Provinces”, en Cameron, A (ed), *The byzantine and early Islamic near east*. Nueva Jersey, 1995, vol. III. *States, Resources and Armies*, pp. 125-155 y especialmente pp. 143-153. La batalla de Muta es recogida, con datación errónea, por Teófanos, quien nos transmite el nombre del jefe romano “Teodoro”. Cyril Mango, en su edición de Teófanos [6123, 335-336] localiza equivocadamente el lugar citado por el cronista –Muochea– pero la similitud de los relatos de Teófanos y al-Tabari no deja lugar a dudas de que el lugar el Muta está situado en la actual Jordania y que es la “Mhota” de los romanos.

puede ser casual. Expresa una realidad y por lo tanto (y esta es la conclusión inevitable tras nuestra exposición anterior), lo lógico es que el número de *limitanei* asignados a cada una de las provincias fronterizas o guarnecidas por tropas, tendiera a ser de 2.500 hombres. Es decir, que cada una de estas divisiones provinciales contara para su defensa con una *moira*, ya que el jefe de esas tropas fronterizas o de guarnición era un duque con categoría y mando similar a un *dux comitatense*, pues ambos tenían bajo sus órdenes unidades que se habían homologado por completo en número de efectivos y despliegue táctico.

Por lo tanto, a fines del reinado de Justiniano, cuando la equiparación entre las viejas y las nuevas unidades iniciada a fines del siglo V tuvo que concluir, cada una de las provincias bajo la autoridad de un *dux* o de un oficial de similar categoría o cometido, tuvo que estar dotada de una *moira* de 2.500 hombres para su defensa y guarnición, o lo que es lo mismo, de cinco tagmata o bandon de 500 hombres cada uno. De esta forma no sólo se comprende mejor la perfecta coordinación sobre el campo de batalla de unidades *limitanei* y *comitatenses*, sino que además podemos establecer ya, sobre una base firme y sustentada en las fuentes, el número de efectivos de los contingentes de *limitanei* en 565.

En efecto, basta con contar el número de ducados y provincias con gobernadores dotados de atribuciones militares similares a las de un *dux*, para obtener una cifra real. Justiniano dejó tras de él 27 provincias con contingentes militares *limitanei* bajo la autoridad de un *dux*. Creó además nuevas demarcaciones militares que disponían de guarniciones militares bajo la autoridad de mandos que, sin tener el título de *dux*, tenían en esencia atribuciones militares similares. La suma de estas provincias y de los ducados nos da la cifra de 40 demarcaciones con contingentes militares asentados en ellas para su defensa. Si asignamos a cada *dux* provincial y a cada autoridad con mando y tratamiento similar, un contingente de cinco tagmas o bandon integrados en una *moira*, tal y como tenía bajo sus órdenes un *dux* al mando de tropas *comitatenses*, obtenemos 2.500 hombres en cada una de las 40 demarcaciones dotadas de contingentes de *limitanei* y una cifra total hacia 565 de 100.000 *limitanei*. Esta cifra está muy lejos de los 195.000 *limitanei* que Treadgold, sin aportar pruebas documentales, había calculado para 565.

Nuestra conclusión se apoya no sólo en la lógica, sino que además, al contrario que la de Treadgold, lo hace sobre fuentes contemporáneas de los hechos e independientes entre sí. Además muestra una realidad mucho más plausible y de acuerdo con la época, que la mostrada por la hiperbólica cifra de Treadgold, la cual no sólo ofrecía un panorama poco creíble y que colocaba a Justiniano en 565 al mando de más tropas de las que había tenido bajo el suyo Arcadio en 395, sino que además ni se correspondía con la imagen que nos ofrecían las fuentes, ni se apoyaba en ninguna noticia proporcionada por ellas.

Si nuestra tesis es correcta, Justiniano dispuso, hacia 565, de 150.000 *comitatenses* y 100.000 *limitanei*. Es decir, de un ejército de 250.000 hombres y no de 345.000 como afirma Treadgold, ni tampoco, desde luego, de 150.000, como dice Cameron y la mayoría de historiadores que siguen, sin crítica alguna, a Agatías. También están muy lejos de los 300.000 a 350.000 que calculara Haldon¹⁹⁰.

Se impone ahora una pregunta: ¿cómo se produjo la fuerte disminución de *limitanei* entre el reinado de Anastasio y el de Justiniano? De la misma manera que se produjo en la parte occidental del Imperio durante el primer cuarto del siglo V. Ya hemos dicho que la *Notitia dignitatum* recoge la situación militar de la parte oriental del Imperio hacia 395. Sin embargo, la parte del documento destinada a exponer la situación de la parte occidental fue parcialmente rehecha hacia 421, con el fin de plasmar las grandes transformaciones a las que Occidente se vio sometido a causa de las invasiones y ataques bárbaros producidos entre 402 y 421.

Pues bien, Peter Heather muestra cómo Constancio III hacia 421 había logrado mantener el número de unidades y efectivos *comitatenses* del ejército de la parte occidental del Imperio, merced a promocionar unidades de *limitanei* a la categoría de *comitatenses*, y de esa manera optimizar recursos y evitar nuevos reclutamientos masivos que eran imposibles en las condiciones económicas y militares de 421¹⁹¹.

De hecho no era la primera vez que la Romania actuaba así ante la necesidad de mantener los efectivos de sus ejércitos de campaña o aumentarlos. Poco antes de los esfuerzos realizados en tal sentido por Constancio III –que Heather puso de relieve–, a fines del siglo IV y esta vez en Oriente, se produjo el mismo proceso y por las mismas causas. Las severas derrotas sufridas por los ejércitos *comitatenses* de Oriente en 363, frente a los persas, y en 378, frente a los godos, motivaron la promoción de numerosas unidades de *limitanei* a los ejércitos de campaña y su conversión en unidades de *comitatenses*. Son, entre otras unidades, las llamadas legiones *pseudocomitatenses*, dos de las cuales, al menos, seguían peleando en los ejércitos de Justiniano de los días de las guerras de África e Italia¹⁹². Así que existen dos precedentes y nosotros creemos que Justiniano actuó de la misma forma que lo hizo el emperador occidental del primer cuarto del siglo V y que los emperadores orientales Valente y Teodosio, logrando incrementar así los ejércitos de campaña orientales, a base de promocionar unidades de *limitanei* a la categoría de *comitatenses*.

Se explicaría así el súbito incremento de efectivos de los ejércitos de campaña que verificó Treadgold. Este súbito incremento de unidades *comitatenses* que permitió a

¹⁹⁰ HALDON, J., *Warfare, State and Society in the Byzantine World, 565-1204*, Londres, 1999, pp. 100-101.

¹⁹¹ HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 317-319 y 380.

¹⁹² Estas unidades pseudocomitatenses que sobrevivían en época de Justiniano, eran la *Legio I Armeniaca*, *legio II Armeniaca* y *legio II flavia constantia thebaeorvm*, *vid.* RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J., *Historia de las legiones romanas*. Madrid, 2003, vol. II, pp. 456, 469 y 471.

Justiniano pasar de 95.000 efectivos en sus ejércitos de campaña hacia 527, a 150.000 efectivos en 559 y además pasar de cinco ejércitos de campaña en 527, a ocho en 559, no sería producto del reclutamiento masivo –de lo que no hay pruebas– sino de asignaciones a los ejércitos de campaña recién creados, de unidades provenientes de los ejércitos de frontera y guarnición del Imperio. Y es que los 55.000 nuevos *comitatenses* que tuvo que incorporar Justiniano a sus ejércitos de campaña en apenas treinta años, podrían explicar fácilmente la brusca disminución de unidades *limitanei*, que pasaron en esos mismos treinta años, de 176.000 a 100.000 hombres.

Pero hay más evidencias. Nuestra tesis aclararía, de forma lógica no sólo el incremento súbito de unidades y efectivos *comitatenses* en los ejércitos de Justiniano recogido por las fuentes, sino también las confusas noticias al respecto extraídas de las fuentes literarias y jurídicas del momento. Por ejemplo, la pretensión de Agatías y Procopio (que se demuestra falsa a la luz de las fuentes y las pruebas arqueológicas) de que Justiniano disolvió las unidades *limitanei*, se explicaría por ese gigantesco trasvase de unidades y efectivos *limitanei* hacia los ejércitos de campaña. Este trasiego motivó que un tercio de las unidades y efectivos de *limitanei* existentes a fines del reinado de Anastasio, pasaran a formar parte de ejércitos de campaña, dejando sus antiguos acuartelamientos y lugares de residencia en las fronteras, y propiciando la imagen de un abandono o desmantelamiento de las mismas. Esta misma disminución de *limitanei* a favor de *comitatenses* explicaría la reactivación de la política de tratados con distintas tribus asentadas en las fronteras, como los gasánidas en Siria o los hérulos en la región de Singidunum, con el fin de que estas unidades tribales federadas cubrieran los cometidos que las unidades *limitanei* promocionadas a *comitatenses* habían dejado de cubrir.

Se explicaría también la noticia de que Justiniano disolvió las unidades tipo legión, noticia que tomada a pie juntillas resulta falsa, pues –como vimos– unidades legionarias como la *legio IIII Parthica* seguían existiendo y peleando en 586, más de cuarenta años después de su supuesta disolución por Justiniano. Pero esa noticia sobre la disolución de las unidades legionarias por Justiniano, cobraría sentido si la ponemos en el contexto de la promoción de unidades de *limitanei* a unidades de *comitatenses*. Se trataría aquí de la transformación de las viejas unidades tipo legión, que en su inmensa mayoría estaban integradas por *limitanei*, en unidades de *comitatenses* entre las que predominaban de forma casi absoluta las nuevas unidades tipo *tagma*, *moira* o *meros*, surgidas en los ejércitos de campaña de fines del siglo V. De manera que lo que dicha noticia recogería sería un testimonio de ese trasiego de unidades desde un tipo de ejércitos a otro, con el consiguiente cambio de nombre, y no la desaparición de unidades que ya vimos que es rechazada por las fuentes. Se explicaría también la elevación del rendimiento, la mejora indiscutible de la capacidad de lucha y disciplina que se produjo

durante el reinado de Justiniano y del que tenemos tantas pruebas que es difícil dudar de ello.

En efecto, ¿para qué fue elevado el nivel de combate de los *limitanei*? Para que fueran aptos como soldados *comitatenses* cuando fuesen trasvasados a los ejércitos de campaña y para que los que permanecieran como *limitanei*, pudieran, con su mejor capacidad militar, hacer frente con éxito a la disminución de los efectivos destinados a la protección de fronteras. Se explicaría también así, el incremento continuo que se advierte en esta época de contingentes *limitanei* de caballería, que llegaron a alcanzar el 49% del total. Estos eran más numerosos que entre los *comitatenses* y se explicarían por la necesidad de incrementar la movilidad de las tropas de frontera ante la disminución de su número.

Todo esto puede explicarse mucho mejor con la tesis que aquí presentamos que con un inexplicable aumento de dichos efectivos para lo que Treadgold no da razones; o con la tesis de otros historiadores que se suman a las noticias de Procopio y Agatías sobre la completa desaparición de los *limitanei*, falsas como vimos. De hecho es una explicación lógica que tiene precedentes en las actuaciones del Imperio en los siglos IV y V, al enfrentarse a la necesidad de incrementar súbitamente sus efectivos de campaña.

Concluimos pues diciendo que las conquistas de Justiniano y el análisis de las noticias que recogen las fuentes señalan que los ejércitos *comitatenses* de Justiniano no sólo aumentaron en número, de cinco a ocho, sino también en efectivos. Ese aumento de efectivos tan brusco sólo puede explicarse por la promoción de unidades *limitanei* a *comitatenses*. Evidentemente, esto propició una disminución significativa de las unidades *limitanei* que fue compensada, en parte, por el aumento de la capacidad operativa de las unidades *limitanei*, las cuales quedaron encuadradas por completo en el nuevo sistema militar iniciado a fines del siglo V. Se produjo pues una homologación numérica y de estructura de mando, entre las viejas unidades y las nuevas unidades, y de esta homologación surgió una distribución territorial más regular de los contingentes *limitanei* que tendieron a conformar –bajo la autoridad de los *dux* provinciales a cargo de los contingentes *limitanei* de las fronteras– unidades con un número semejante de tropas al que tenía un *dux comitatense* en los ejércitos de campaña, es decir, una *moira* de aproximadamente 2.500 hombres, dividida en cinco tagmata o bandon de unos 500 soldados.

Sobre esta base y tras un análisis exhaustivo de las evidencias y noticias del periodo justiniano y post-justiniano, podemos concluir que los ejércitos de Justiniano disponían de unos efectivos de 150.000 *comitatenses* y 100.000 *limitanei*, es decir, un total de 250.000 hombres. Esta conclusión confrontémosla ahora, tras haberlo hecho con las de Treadgold, con las de otros eruditos.

Howard-Johnston, en un magnífico trabajo, considera que la Romania en el siglo VI no podía sostener en campaña a la vez a más de la tercera parte de sus efectivos militares. Estamos de acuerdo con él y no nos sorprende que no saque la conclusión lógica de su teoría, pues acepta sin crítica alguna las cifras de Agatías quien, recordémoslo, aseguraba que Justiniano sólo contaba con un ejército de 150.000 hombres. Es normal que Howard-Johnston hierre en su conclusión, pues no tiene en cuenta todos los datos para calcular adecuadamente, siguiendo su propio método, el potencial militar de la Romania en 558, sino que sólo trae a colación los datos de los ejércitos de las fronteras de Oriente, olvidando que no sólo allí se peleaba y se movilizaban ejércitos en 554-558. Veámoslo nosotros.

Justiniano tenía, según Agatías, en 554-558 a 50.000 hombres peleando en Lázica y a 25.000 en Italia¹⁹³. A la par que esto sucedía, movilizó en campaña y con éxito durante esos mismos años a no menos de 7.000 hombres contra una incursión de 7.000 cutriguros en los Balcanes. Si sumamos estas fuerzas puestas en campaña por Justiniano en 554-558, obtendríamos un cómputo de 82.000 soldados movilizadas en campaña; si seguimos el método propugnado por Howard-Johnston, quien, recordémoslo, considera que la Romania sólo podía poner en campaña a un tercio de sus efectivos y, en consecuencia, multiplicáramos por tres los 82.000 soldados puestos en campaña por el Imperio en 558-559, obtendríamos una cifra total de 246.000 hombres; la misma suma prácticamente, 250.000 soldados, que hemos obtenido nosotros mediante un método totalmente diferente. Esos 246.000 hombres forman una cifra muy distinta a los 150.000 que ofrece Agatías¹⁹⁴ y que acepta Howard-Johnston equivocadamente, al no tener en cuenta todos los datos de las fuentes y contradiciendo el uso correcto de su propio método de cálculo, tal y como hemos puesto de manifiesto en las líneas anteriores¹⁹⁵. Así que, utilizados correctamente y con todos los datos de las fuentes, los métodos de cálculo del potencial militar de la Romania del siglo VI ideados por Howard-Johnston y por nosotros, arrojan reveladoramente el mismo resultado.

Lo que ocurre en los años posteriores a Justiniano nos confirma en nuestra presunción. Por ejemplo, en 591, Mauricio envía a Persia un ejército expedicionario en ayuda de Cosroes II de 40.000 hombres¹⁹⁶, a la par que lucha contra ávaros y eslavos en los Balcanes, rechaza hacia el norte a los lombardos y completa la sumisión de los restos del reino de Altava en África. Un cálculo muy conservador y bajo, nos lleva a pensar que ese año el Imperio tenía peleando en cuatro frentes distintos a no menos de

¹⁹³ HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, p. 37.

¹⁹⁴ Agatías: lib. 3, 8,2.

¹⁹⁵ HOWARD-JOHNSTON, J., "The Two Great Powers...", *op. cit.*, pp. 167-169.

¹⁹⁶ *Historia Nestoriana*: 146, LVIII, p. 466; VASILIEV, A., "Kitab Al-Unvan, Historie universelle écrite par Agapius de Menbidj, seconde partie (II)", *Patrologia Orientalis*, VIII, fas. 3, Turnhout, 1971, p. 445; no puede dudarse del dato de dos obras independientes entre sí y próximas a las fuentes sasánidas.

80.000 hombres. Si consideramos que el Imperio sólo podía poner en lucha a un tercio de su fuerza disponible ¿qué resultado nos da esto? Algo más de 240.000 hombres.

¿Y porqué no? Como ya hemos visto en parte, el Imperio conservó, con respecto a 395, sus estructuras censales y de reclutamiento, su forma de pago y su estructura general, y además aumentó su capacidad financiera y efectividad militar con respecto a la segunda mitad del siglo V. Todo esto casa muy mal con una aparatosa disminución de los contingentes que además se suma paradójicamente a una fuerte expansión militar: Justiniano incrementará en un 40% el tamaño de su Imperio. Las conquistas no se hacen con ejércitos disminuidos, sino con ejércitos fortalecidos. Siempre fue así, ¿por qué no iba a serlo en el caso de Justiniano?

I.2.2. *Clases y calidad de las tropas hacia el 565. Mejoras de Justiniano en ese sentido.*

Abordado el problema del número y creemos que resuelto o al menos evaluado bajo una nueva perspectiva y con la aportación de nuevos datos, pasemos ahora al estado general de ese ejército comenzando por la cuestión de qué clases de soldados lo integraban y en qué había mejorado el ejército justiniano con respecto a este aspecto.

Los 250.000 hombres que hemos calculado para su ejército en 565, constituían una considerable fuerza, sobre todo si se sopesa que la capacidad operativa de las fuerzas de la Romania había mejorado notablemente. Esto es así por dos motivos, ambos debidos a Justiniano. El primero de ellos es la progresiva equiparación, hasta su total posibilidad de intercambio, entre *limitanei* y *comitatenses*¹⁹⁷; es decir, entre fuerzas de defensa de la frontera, que desde la época de Valente eran a menudo de menor capacidad y valor militar, y tropas de campaña, tenidas en los siglos IV y V como muy superiores a los *limitanei*. Esta igualación entre estos dos tipos de tropas surgidos de las reformas de Diocleciano y Constantino, se produjo –de ello no hay duda– durante el reinado de Justiniano y mediante una progresiva elevación de la capacidad militar de las tropas *limitanei* y no por un descenso de la operatividad de los cuerpos de *comitatenses*. De lo cual resulta una mayor fuerza real de combate.

De hecho, hacia finales del reinado de Justiniano, en la década de 560-570, el proceso de convergencia había alcanzado su cénit y las unidades de *limitanei*, que hacia el 530 eran simples tropas de guarnición, se habían reforzado hasta tal punto que eran perfectamente capaces de luchar en campaña junto a unidades *comitatenses* sin que su

¹⁹⁷ HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, pp. 23-24. Entre los múltiples testimonios de esta circunstancia está el que hace referencia a las tropas del duque de Cirenaica, Juan de Barca o Juan Barkainas, *limitanei* que guarnecían el tramo meridional del limes libio y que en 639 luchaban junto a tropas *comitatenses* en Egipto, muy lejos de sus asentamientos, como tropas escogidas reclamadas por Heraclio para sostener su provincia más rica. *Vid.* Juan de Nikiu: CXI. 5-13; Patriarca Nicéforo: cap. 23.

valor o efectividad quedaran deslucidas en la comparación¹⁹⁸. De manera que los 150.000 hombres de Justiniano (según el cálculo de los historiadores que aceptan sin crítica el dato ofrecido por Agatías,) o los 250.000 del nuestro, eran una masa mucho más compacta, homogénea y eficaz, si se les medía por criterios de valor y capacidad militar, de lo que lo habían sido los 300.000 hombres de los que dispusieran Arcadio o Teodosio II.

Se acercan pero no se confunden, pues *limitanei* y *comitatenses* seguirán en las listas del ejército de la Romania¹⁹⁹. Los veremos disputar, con su tradicional rivalidad, en la frontera persa durante la guerra de Mauricio, 579-590, y podemos constatar que, todavía en 586, en la batalla de Solachon, viejas unidades como la *legio IIII parthica*, creada hacía casi cuatrocientos años, seguían no sólo conservando su nombre y divisa (en este caso un minotauro), sino su base, Beroea y su clase, *limitanei*²⁰⁰. Puede comprobarse también que, todavía en 636, tanto los contingentes de *limitanei*, los de Emesa, como los de *comitatenses*, los de Armenia y Oriente, seguían reuniéndose para conformar grandes ejércitos, en este caso el que sería derrotado en Yarmuk²⁰¹. No fue la última ocasión en que así ocurrió, pues, en 639, el duque de Cirenaica, Juan de Barca, combatía con sus hombres contra los musulmanes de Amr en la frontera egipcia²⁰².

Sabemos también que cuando se inició la conquista musulmana de Siria en 634, las dos clases de unidades habían vuelto a desplegarse por el *limes* sirio-arábigo y por el interior de las provincias, conforme a lo establecido antes de la ocupación persa de 613-629, y encontramos de nuevo a contingentes de *limitanei* en Emesa, Areópolis, Beroea y Cesarea de Palestina, y *comitatenses* en Daras, Calcis y Cesarea de Palestina.

En lo referente a las unidades de *limitanei*, conservamos una prueba incontestable –ya citada al tratar del número real de integrantes del ejército de Justiniano– en una fuente contemporánea de los hechos que describe con suma viveza la situación de la Palestina del primer tercio del siglo VII. Nos referimos a la *Vida de San Anastasio el Persa*, que proporciona un precioso y singular testimonio, pues nos informa de que en 630, los *equites Illyriciani* (una unidad de caballería de *limitanei* que en la *Notitia dignitatum* aparecía desplegada en cinco divisiones por Palestina) habían vuelto a sus antiguos lugares de acuartelamiento. Y no se puede sino sentir un estremecimiento al conocer cómo estos *equites Illyriciani* consignados para el año 395 en la *Notitia dignitatum* bajo las órdenes del *Dux Palaestinae*, seguían existiendo en 630, agrupados

¹⁹⁸ HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, p. 24.

¹⁹⁹ La maledicencia de Procopio de que Justiniano había desmantelado el ejército permanente de las fronteras orientales hoy ya no se sostiene. *Vid.* Procopio, *Historia secreta*: 24, 1-14, pp. 296-300.

²⁰⁰ Teofilacto Simocata: lib. II, 6, 9. Sobre la historia de la *legio IIII* *vid.* RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J., *Historia de las legiones romanas...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 483-484; para la batalla de Solachon, HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, p. 52 y ss.

²⁰¹ La participación en la batalla de Yarmuk de los *limitanei* de Emesa y de los *comitatenses* de Armenia y Oriente en: HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, pp. 57-65 y en especial p. 59.

ahora en bandon o tagmas, y todavía tendrían tiempo cuatro años más tarde, en la batalla de Datin (febrero de 634), para pelear y morir junto a su duque, el candidato Sergio, a la sazón *Dux Palaestinae*²⁰³.

Los *Illyriciani* citados por el autor de la vida y milagros de San Anastasio aparecen también en el *Strategikon* de Mauricio, escrito en los primeros años del siglo VII²⁰⁴. En este caso y de nuevo, el *Strategikon* confirma lo que ya dijimos anteriormente: que Justiniano elevó significativamente el nivel de combate de los *limitanei* hasta igualarlos con los *comitatenses*, pues en el tratado militar los *illyriciani* aparecen en formaciones de batalla para la caballería y en la primera línea junto a unidades de *comitatenses* y tropas tan sobresalientes como las de los federados.

Es posible pues, constatar la existencia separada de *limitanei* y *comitatenses* a lo largo de más de cien años, desde 534, en que mediante una constitución recogida en el *Código de Justiniano* se ordena que las unidades de *limitanei* volvieran a desplegarse por el África recién conquistada²⁰⁵, hasta 636-639, cuando vemos a unidades *limitanei* y *comitatenses* luchando en Siria y Egipto contra los ejércitos arabo-islámicos del califa Omar. Más aún, la arqueología, y los historiadores y geógrafos árabes parecen dar testimonio de que los *limitanei* asentados por Justiniano en 534 en las provincias

²⁰² Juan de Nikiu: CXI, 5-13; Patriarca Nicéforo: cap. 23; BUTLER, A. J., *The Arab Conquest...*, *op. cit.*, pp. 182, 207 y 222.

²⁰³ En la *Notitia Dignitatum* [or. 34] aparecen cinco destacamentos de los *equites Illyrichiani* (Equites Dalmatae Illyriciani, Benosabae; Equites promoti Illyriciani, Menochiae; Equites scutarii Illyriciani, Chermulae; Equites Mauri Illyriciani, Aeliae; Equites Thamudeni Illyriciani, Birsama), todos bajo la autoridad del *dux palaestinae*. Los volvemos a encontrar en 630, tras la inmediata recuperación del territorio de Palestina por Heraclio, según narra el milagro 14 de san Anastasio el Persa, en la curación milagrosa de un soldado del XV bandon de los *equites Illyrichiani*, *vid.* FLUSIN, B., *Saint Anastase le Perse*. París, 1992, III, 14, p. 144; también J. WIITA (*The Ethnika in Byzantine Military Treatises*. Minnesota, 1977) quien ofrece un detallado estudio sobre la pervivencia de numerosas unidades con un fuerte origen étnico, como el caso de nuestros *Equites Illyriciani*, antaño reclutados en exclusiva en Illiria y luego completados con reclutas de todo el Imperio, y su pervivencia en los siglos V-VI, e incluso, como en este caso, hasta el VII. Por último, la muerte en 634 del duque Sergio y sus hombres en la batalla de Datin, en *Crónica del 640*: año 945, p. 18.

²⁰⁴ *Strategikon*: II.6.

²⁰⁵ En una disposición de Justiniano, de abril de 534, se ordenaba el despliegue en África de unidades de *limitanei* y *comitatenses* dando instrucciones sobre su cometido, mando y paga. Se ha de suponer que si Justiniano se impuso esa tarea tras la inmediata recuperación de África, las características de la misma serían las corrientes en el Imperio. *Vid.* OSENBRÜGGEN, E., *Cuerpo del derecho...*, *op. cit.*, t. VI. A continuación se reproduce el fragmento: “Imperator Justinianus, Pro limitaneis vero ordinandis (quia necessarium nobis esse videtur, ut extra comitatenses milites per castra milites limitanei constituentur, qui possint et castra et civitates limitis defendere et terras colere, ut alii provinciales videntes eos per partes ad illa loca se conferant) exemplum fecimus unius numeri limitaneorum, ut secundum exemplum, quod nos misimus, per castra et loca, quae providerit tua magnitudo, eos ad similitudinem nostri exempli ordinet, sic tamen ut, si inveneris de provinciis idonea corpora, aut de illis, quos antea milites habebant, limitaneorum constituas numero in unoquoque limite, ut, si forsitan commotio aliqua fuerit, possint ipsi limitanei sine comitatensibus militibus una cum ducibus suis adiuvaré loca, ubi dispositi fuerint, non longe limitem exeuntes nec ipsi limitanei nec duces eorum, ut nullum etiam dispendium a ducibus vel ducianis praedicti limitanei sustineant, nec aliquas sibi consuetudines de eorum stipendiis per fraudes ad suum lucrum convertant. haec autem non solum in limitaneos volumus observari, sed etiam in comitatenses milites. <a 534 emissa lex idibus Aprilibus Constantinopoli dn. Iustiniano pp. A. iiii et Paulino vc. cons.>”.

africanas perduraron en las tierras líbicas más que el propio poder del Imperio y que de manera sorprendente y fascinante, mantenían aún –al menos hasta inicios del siglo X– sus lugares de residencia, su lengua, su fe, su condición de soldados campesinos y su independencia frente a los conquistadores musulmanes²⁰⁶.

Concluyendo diríamos que la continuidad fue tan completa que incluso se conservó la doble modalidad de pago: en metálico (oro) en su totalidad, para los *comitatenses* y en especie (excepto una parte del mismo en monedas de plata) para los *limitanei*. De hecho nada induce a pensar que la división del ejército en *limitanei* y *comitatenses* desapareciera antes de la segunda mitad del siglo VII²⁰⁷. Las fuerzas militares legadas por Justiniano a sus sucesores no sólo se agrupaban en *limitanei* y *comitatenses*, sino que contaban con contingentes que, aunque servían y peleaban junto a las tropas regulares, presentaban características especiales. Nos referimos a los distintos cuerpos de guardia, a los contingentes de *foederatii*, a los de los aliados, a las tropas de los bucelarios y a las de los *optimates*.

Los cuerpos de guardias constituían un destacamento de tropas que sumaba alrededor de 5.000 hombres. Los cuerpos principales eran los denominados *scholae palatinae*, *excubitores*, *domestici*, *protectores* y *candidatii*:

-Las *scholae* estaban constituidas por siete regimientos, tagmata de caballería pesada con 500 hombres cada uno²⁰⁸. Eran en origen tropas escogidas y de asalto reclutadas en su mayoría entre las tribus germanas. Pero para mediados del siglo V se habían transformado en meras tropas de parada, o a lo sumo en tropas de policía.

-Los *excubitores*²⁰⁹ habían sido creados por León I a mediados del siglo V como respuesta al deterioro de la capacidad de lucha de las *scholae palatinae*. Estaban

²⁰⁶ Se comprueba esto mediante las inscripciones dejadas por estos *limitanei* y sus descendientes sobre el *limes* africano y que muestran que varias guarniciones de soldados-campesinos, completamente aisladas desde 698, continuaron su vida independiente hasta mucho más allá de la primera mitad del siglo VIII. Vid., DURLIAT, J., *Les dedicaces d'ouvrages de défense dans l'Afrique Byzantin*. Roma, 1981, pp. 121-122. En cuanto a la supervivencia de la población africano-latina y hasta de grupos de descendientes de *limitanei* completamente independientes de los musulmanes hasta bien entrado el siglo X, vid.: AGUADO BLÁZQUEZ, F.: *El África bizantina: reconquista y ocaso*. 2005 (<http://www.imperio bizantino.com>), en especial, pp. 104-105 y n. 107 de su magnífico trabajo, que –en nuestra opinión– es el que mejor y más ampliamente trata el tema del fin del Imperio bizantino en África y la supervivencia de los *rumis* bajo dominio musulmán.

²⁰⁷ Sobre el mantenimiento de contingentes de *limitanei* y *comitatenses* hasta al menos la segunda mitad del s. VII, vid. HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, p. 69. El mantenimiento de la doble modalidad de pago en el ejército de este periodo en: CARRIÉ, J.M., “L'État à la recherche...”, *op. cit.*, pp. 30-57; CAÑAS NAVARRO, P., “Aspectos jurídico-censales...”, *op. cit.*

²⁰⁸ Sobre las *scholae* y su deteriorada efectividad militar hacia 560, vid. Agatías: V, 15,1- 7; sobre los cuerpos de guardias pueden consultarse los estudios de J. HALDON: *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, p. 24, y *Byzantine Praetorians. An administrative, institutional and social survey of the Opsikion and Tagmata, c. 580 - 900*. Bonn, 1984.

²⁰⁹ Sobre el origen de los *excubitores*, vid. FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, p. 217; también Coripo, *Panegírico*: lib. 1, 202-206; lib. 3, 165-176; y lib. 4, 240-242. Pueden ser útiles igualmente BANDY, A.C., *On Powers, Ioannes Lydus*. Filadelfia, 1983, 1.16. y FRANK, R.I., *Scholae palatinae. The palace guards of the later Roman Empire*. Roma, 1969, pp. 210-213.

constituidos por 300 hombres y mantuvieron un nivel aceptable de efectividad hasta el reinado de Heraclio, durante el cual pasaron a convertirse en otro cuerpo de parada.

-En cuanto a los *domestici*, los *protectores* y *candidatii*, eran en época de Justiniano cuerpos integrados en la complicada estructura de dignidades y empleos administrativos y ceremoniales vinculados al palacio imperial²¹⁰. Sus miembros provenían, en su mayor parte, de la pequeña nobleza provincial de Asia Menor y Tracia, compraban su pertenencia a las unidades de guardias antes citadas por medio de grandes sumas de dinero y no tenían ya función militar práctica, fuera de la de convertirse en eventuales delegados imperiales en misión especial en determinados asuntos diplomáticos o de supervisión militar. Sus sonoros títulos militares, sus ornados uniformes²¹¹, ampulosas armas y marcial participación en los ceremoniales de la corte, no eran sino un vago espejismo. No obstante, hacia fines del reinado de Justiniano y sobre todo durante los de sus sucesores, estos cuerpos de guardias –en especial el de los *candidatii*– volvieron a tener cierta función militar y proporcionaron oficiales bien instruidos en las cosas de la guerra, capaces de mandar contingentes en batalla y de gobernar los asuntos militares de regiones expuestas. Prueba de esto último la da la aparición de miembros de los domésticos y de los candidatos al mando de unidades militares o desempeñando puestos en las fronteras, siendo el caso más representativo el ya mencionado del candidato Sergio, el cual, como *dux palaestinae*, moriría dirigiendo a sus tropas en la batalla de Datin el 4 de febrero de 634²¹².

En lo relativo a los contingentes de federados (*foederatii*)²¹³, éstos constituían regimientos de tropas especiales reclutadas entre las tribus bárbaras de fuera y de dentro del Imperio. Eran tropas alistadas, a menudo, bajo la autoridad de sus propios jefes nativos y servían por un tiempo y un precio previamente estipulado, pero estaban sometidas al juramento al emperador y a las ordenanzas militares regulares. En general, se les tenía en gran aprecio y se consideraba que tenían un valor militar algo superior a la media. Las tropas de federados eran originalmente tropas de germanos y estaban dispersos por varios regimientos, pero en época de Justiniano comenzaron a agruparse en unidades propias y a ser reclutados entre pueblos poco romanizados del Imperio, como los mardaítas del Líbano y de la cordillera Amánica, los isaurios del Tauro, los

²¹⁰ NICOLLE, D., *Romano-Byzantine Armies 4th-9th Centuries (Men-at-Arms)*. Nueva York, 2005, pp. 9-10.

²¹¹ A fines del siglo VI y en el VII los distintos cuerpos de guardias de palacio seguían llevando las capas blancas que habían sido el distintivo de todas las guardias imperiales desde que Augusto creara los pretorianos: NICOLLE, D., *Romano-Byzantine Armies...*, *op. cit.*, p. 9.

²¹² *Doctrina Jacobi*: p. 208.

²¹³ HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, p. 28

armenios o los *maurii* africanos²¹⁴. Su evolución continuó tras la muerte de Justiniano y los *foederatii* perdieron protagonismo paulatinamente, equiparándose cada vez más con otros cuerpos de tropas y terminando por transformarse, hacia el reinado de Mauricio, en unidades escogidas de caballería reclutadas ya, casi en su inmensa mayoría, entre hombres de las provincias. No obstante, como ya se dijo, en la época de Justiniano los principales contingentes de federados eran extranjeros y sus hombres procedían principalmente de las tierras de los hérulos del bajo Danubio (instalados por Anastasio I alrededor de Singidunum, Belgrado), así como las de los lombardos, dailamitas del Zagros, abasgianos, lázicos y alanos del Cáucaso, y hunos (bajo esta denominación se agrupaban pueblos muy diversos como cutriguros, utriguros, eftalitas y onoguros).

Los aliados constituían grupos de tropas proporcionados por jefes aliados o vasallos del Imperio y a menudo constituían –como en el caso de los árabes gasánidas– una barrera de protección puesta sobre el antiguo *limes* frente a otros pueblos²¹⁵.

En cuanto a los bucelarios, eran tropas reclutadas de forma privada por los jefes militares y también por los terratenientes, para constituir cuerpos de guardia personal²¹⁶. No obstante, los bucelarios se comprometían también, bajo juramento, a ser fieles al emperador. Su nombre, “comedores de galletas”, les venía dado por el principal alimento del soldado: el *bucellum*, las galletas de trigo. Los bucelarios trataron de ser controlados por el gobierno central quien, en época de Justiniano, comenzó a hacerse cargo de su paga, como en el caso de los bucelarios de los *magister militum* y de los duques²¹⁷, en sustitución del general a quien servían; se pretendía con ello atarlos más firmemente al emperador. En el caso de los bucelarios de los terratenientes, Justiniano ensayó diversas disposiciones legales que intentaban restringir su cometido. Los bucelarios eran a menudo muy numerosos, pues Belisario tenía más de 1.000 y Narsés 400²¹⁸, y su nivel de eficacia militar era muy elevado.

Al cabo, la política de Justiniano de controlar a los bucelarios dio sus frutos y para la época de Mauricio (582-602), los bucelarios no eran ya sino unidades escogidas de

²¹⁴ NICOLLE, D., *Romano-Byzantine Armies...*, *op. cit.*, p. 10. Para el estatus jurídico de los federados en el ejército del siglo V y la primera mitad del VI, *vid.* CAÑAS NAVARRO, P., “Aspectos jurídico-censales...”, *op. cit.*

²¹⁵ HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, p. 47.

²¹⁶ LIEBESCHUETZ, Fr. (ed), *The defence of the Roman and Byzantine East*. Oxford, 1986, pp. 468-470. Según este autor, los *bucelarios* surgieron primero en el ejército y no entre los terratenientes. Lo hicieron a fines del siglo IV y eran contingentes federados contratados por los generales.

²¹⁷ La peligrosidad de los bucelarios para el sistema imperial y los intentos del Estado por dominarlos en: FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, p. 227 y 882. También *Codex, Corpus Juris Civilis*: 1.27.2.20, disposición de abril del 534, por la que Justiniano concedía al *dux* de Tripolitania y a los restantes del África reconquistada, un sueldo de 1.582 sólidos anuales, cantidad que incluía el dinero necesario para el séquito privado del *dux*. Sobre los problemas con los bucelarios de los terratenientes, *vid.* Novella XXX de Justiniano, que castigaba a los propietarios que mediante sus bucelarios se apropiaban de rentas y tierras de la corona en la baja Capadocia: OSENBRÜGGEN, E., *Cuerpo del derecho civil romano...*, *op. cit.*, t. VI.

²¹⁸ *Vid.* en relación a los de Narsés: Agatías: I,19,1-4; para los de Belisario: GOLDSWORTHY, A., *Grandes generales...*, *op. cit.*, p. 424.

caballería pesada y altamente eficaz, completamente integrados en las listas regulares del ejército imperial²¹⁹. Andando el tiempo y tras la debacle militar del 634-654, los contingentes de bucelarios terminarían por ser asentados en una circunscripción militar de nuevo cuño: el *thema*, en este caso el de los bucelarios.

Por último, los *optimates* eran cuerpos de tropas escogidas de caballería pesada, que constituían la flor del ejército de la Romania. Sus bandos o *tagmata* incluían en sus formaciones de batalla un número mayor de hombres que los de las otras unidades y formaban siempre en la línea principal de un combate. Mantuvieron su carácter de grupo especial de soldados en la primera mitad del siglo VII²²⁰ y, al igual que los bucelarios, terminaron por ser asentados, durante la segunda mitad de ese mismo siglo, en su propio *thema*, el de los *optimates*²²¹.

Ya hemos abordado las cuestiones referentes al número y clases de tropas que conformaban el ejército que Justiniano legó a Justino II en 565. Ahora proseguiremos con nuestro análisis.

I. 2.3. Organización, despliegue y divisiones tácticas.

El ejército que sirvió bajo las órdenes de Justiniano y sus cinco inmediatos sucesores combinaba, muy equilibradamente, tradición e innovación. Esta característica se puede constatar a todos los niveles, pero sobre todo se hace evidente en la constante preocupación por conservar los viejos principios romanos de disciplina, orden y entrenamiento, y en una sorprendente capacidad de adaptación de las tácticas, armas y equipos de los pueblos más diversos; todo esto al tiempo que se dota al ejército de una cada vez más flexible y sólida organización estratégica y táctica. Todas estas características, conferían a los ejércitos de la Romania una notable superioridad frente a sus múltiples enemigos. Charles Oman, el más genial de los historiadores militares de la Edad Media, concretó esta superioridad militar de los ejércitos bizantinos del periodo en la siguiente frase: “En el valor igualaban a sus enemigos, en disciplina, organización y entrenamiento, eran muy superiores a ellos.”²²² Disciplina, organización, entrenamiento constante y continua adaptación de armas, equipos y tácticas a los nuevos desafíos. A todo lo anterior se sumaba una organización táctica y una cadena de mando

²¹⁹ En el *Strategikon* [I.2, I,9], los *bucelarios* junto con los *optimates* y los *federados*, figuran como un tipo especial de soldados de caballería, mejor armados y equipados que la media, y destinados a formar un cuerpo escogido dentro de cada ejército de campaña.

²²⁰ El *Strategikon* [I.3] señala que sólo los *tagmas* de los *optimates* podían alcanzar los 500 hombres en las formaciones de batalla. Informa además sobre su superior armamento, equipo y cabalgaduras [I.2] y sobre su importancia en la línea de batalla [II.6]. *Vid.* también el diagrama del autor del *Strategikon* dedicado a las formaciones de primera línea de batalla, en lap. 41 del texto editado.

²²¹ El origen del *thema* de los *optimates* u *opsikion* y la preponderancia de los *optimates* en su constitución frente a otros contingentes en: HALDON, J., “Byzantine Praetorians..”, *op. cit.*

²²² OMAN, C., *The Art of War in the Middle Ages*. Nueva York, 1953, pp. 32-33.

extraordinariamente moderna²²³, tanto que no volvería a verse nada parecido en los ejércitos de Europa y el Mediterráneo hasta el siglo XVIII. Todo esto era lo que daba su fuerza a los ejércitos de Justiniano, Tiberio, Mauricio y Heraclio. Veámoslo.

Justiniano no se limitó a conservar el ejército que recibió, sino que lo mejoró notablemente. Sus mayores logros se dieron en el plano de la reorganización estratégica de sus ejércitos²²⁴ y lo hizo creando nuevas circunscripciones militares y dotándolas de jefes a los que se concedía nuevos títulos y atribuciones que daban término a la secular separación de las esferas civil y militar del poder estatal.

Ya hemos hablado de la genial idea de Justiniano al crear la *quaestura iustiniani exercitus*²²⁵, la cual unificaba, bajo la mano del *quaestor iustiniani exercitus*, un ejército de *comitatenses* junto a los contingentes de *limitanei* asentados en los territorios de los ducados de Escitia y Moesia II, y a la par que con los recursos de las provincias situadas en las islas y costas de Asia Menor. Se sostenía de esta manera, con la *annona*, las naves y los eventuales reclutas de estas últimas, a las tropas del bajo Danubio, aliviándose así a los castigados habitantes de Escitia y Moesia II (cuyas tierras estaban sujetas a las continuas incursiones de eslavos y protobúlgaros) de la pesada carga de sostener grandes contingentes de tropas.

La *quaestura iustiniani exercitus* era toda una novedad en la tradición militar del Bajo Imperio y el *quaestor* que quedaba a su cabeza era equiparable en mando y poder a un *magister militum*. Algunos autores como Haldon han visto en ella el origen del futuro thema de los cibirreotas, algo con lo que estamos de acuerdo. Es lógico que la *quaestura*, con su combinación de unidades terrestres y navales, su gestión de los recursos fiscales y militares de las tierras por donde, andando el tiempo, acabaría extendiéndose el thema de los cibirreotas, se constituyera en la raíz del primer thema marítimo del Bizancio medieval.

Pero la *quaestura exercitus* no fue la única acción de Justiniano en este sentido. Tampoco fue la mayor: si la nueva concepción estratégica surgida de las reformas de Constantino había terminado por dividir la *Pars Orientalis* del Imperio en cinco grandes ejércitos de campaña o *comitatenses*, bajo el mando cada uno de ellos de un *magister militum* (Iliria, Oriente, Tracia y los que servían bajo las órdenes de los dos *magister militum praesentalis* asentados en los alrededores de la capital), con la llegada al trono

²²³ NICOLLE, D., *Romano-Byzantine Armies...*, *op. cit.*, p. 9.

²²⁴ Habitualmente los términos militares suelen ser mal empleados por los historiadores, quienes no suelen distinguir entre táctica, estrategia y gran estrategia. Sin embargo, A. FERRIL (*La caída del imperio romano...*, pp. 29-50) pone de manifiesto la importancia que tiene el hacerlo de forma correcta.

²²⁵ Para la *quaestura iustiniani exercitus* y sus atribuciones *vid.* CURTA, F., "Quaestura iustiniani exercitus: The evidence of seals". *Acta bizantina Fennica new series*, 1 (2002), pp. 9-26; HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, pp. 23-24 y también GARCÍA MORENO, L.A., "Comes/comites Thesaurorum y la organización de las Sacrae Largitiones en el Bajo Imperio", *Cuadernos de Filología Clásica*, 11 (1976), pp. 469-480.

de Justiniano se modificó por completo esta centenaria división, haciéndola más flexible y más capaz de afrontar las nuevas circunstancias militares del Imperio.

De esta manera y como respuesta al creciente poder persa que presionaba las fronteras orientales a través del sector del *limes* que corría por las montañas de Armenia, el Ponto Polemoniaco y Lazistán, Justiniano creó un nuevo ejército de campaña, una nueva gran división de *comitatenses*, segregando de la autoridad del *magister militum per Orientem*, las tierras de las provincias que conformaban la Armenia y el Ponto Polemoniaco, y poniendo a todas estas tierras bajo la autoridad de una nueva figura: el *magister militum per Armeniam et Pontum Polemoniacum*²²⁶. Cuando se afirma, una y otra vez, que Justiniano desatendió Oriente, se dejan en el olvido todas estas reformas militares de hondo calado estratégico y organizativo, que fueron cuidadosamente bien diseñadas y que tendían a aumentar los recursos militares en la frontera persa, y a hacerlos más efectivos y manejables. La creación del nuevo ejército de campaña para Armenia fue todo un acierto (como pudo comprobarse durante los años que median entre 544 y 562 y sobre todo, entre 574 y 590) que hizo imposible un triunfo persa y que facilitó, a la postre, la estabilización ventajosa de la frontera en 562 y su triunfal desplazamiento hacia Oriente, a costa de Persia, en 591.

Y es que el *magister militum per Armeniam et Pontum Polemoniacum* que controlaba la región que se iba convirtiendo, cada vez más, en la manzana de la discordia entre romanos y persas, posibilitaba una respuesta más eficaz y pronta a los intensos ataques persas sobre Armenia y el Cáucaso, para dotar a Persia de una salida marítima al Mar Negro a través de la Cólquide y que –como advirtiera acertadamente Justiniano– ponían en peligro de muerte a la Romania²²⁷. La tendencia de reunir bajo la mano fuerte de un militar poderes civiles y militares, se repitió una y otra vez por todo

²²⁶ La orden de creación de la nueva magistratura militar es dada por Justiniano en *Corpus Juris*, 1.29.5. y en ella se sanciona la segregación de la autoridad del *Magister militum per Orientem* y se detallan las provincias donde el nuevo *Magister per Armeniam Et Pontum polemoniacum* debía ejercer su autoridad. El texto dice así: *Imperator Justinianus Cum propitia divinitate Romanum nobis sit delatum imperium, sollicita cura cauta diligentia pertractantes perspeximus oportere etiam partibus Armeniae et ponto polemoniaco et gentibus proprium magistrum militum per hanc legem constituere, tuamque magnitudinem, quae nobis ex ante gestis optime commendata est, idoneam ad talem fore dignitatem confidentes elegimus certasque provincias, id est magnam Armeniam, quae interior dicebatur, et gentes (anzetenam videlicet, ingilenam, asthianenam, sopenam, sophanenam, in qua est martyropolis, balabitenam) et primam et secundam Armeniam et pontum polemoniacum tuae curae cum suis ducibus commisimus, comite Armeniae penitus sublato, certosque subdidimus numeros, non modo quos in praesenti novos constituimus, sed etiam de praesentalibus et orientalibus et aliis agminibus segregatos, non tamen quantitatem eorum agminum minuentes: sed quia plures eis addidimus sine rei publicae gravamine et sine augmento sumptuum, aliquantos subtraximus, ita tamen, ut et post hanc subtractionem ampliores remanserint, quam usque ad nostra felicia fuerant tempora. * Iust. A. zetae viro illustri mag. mil. per Armeniam et pontum polemoniacum et gentes. Consúltese además HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, op. cit., pp. 9-26, y 23.*

²²⁷ Poco se ha reflexionado sobre la agudeza de Justiniano al advertir este peligro mortal para su Imperio, es decir, los intentos de Cosroes I por hacerse con el control de Cólquide, con vistas a lograr un puerto adecuado en el Mar Negro, intentos que hacía realmente inevitable la ruptura del equilibrio logrado entre ambas potencias en 387. Que sepamos, sólo Howard-Johnston se ha percatado de este hecho tan vital para la Romania y el Eranshar. HOWARD-JOHNSTON, J., “The Two Great Powers...”, op. cit., pp. 162-165.

el Imperio durante el reinado de Justiniano, presagiando de esta forma los Exarcados de Rávena y Cartago creados por Mauricio en los años ochenta del siglo VI y los temas de la segunda mitad del siglo VII.

En general, los duques de las provincias fronterizas que mandaban los contingentes de *limitanei* establecidos en el *limes*²²⁸ y pequeños contingentes de *comitatenses* en determinadas zonas, recibieron más poder y un ascendiente cada vez mayor sobre las autoridades civiles de sus demarcaciones²²⁹. Fue precisamente en Oriente y los Balcanes (las supuestas zonas olvidadas), donde Justiniano realizó los mayores ajustes y ensayos en este sentido, pues no se limitó a incrementar los poderes del *dux* y a extenderlos sobre ámbitos antes reservados a las autoridades civiles, logrando con ello una vertebración de los recursos militares menos rígida y más adaptada a las múltiples amenazas que asediaban al Imperio, sino que creó nuevas demarcaciones y empleos que venían a superponerse, a veces, a las antiguas demarcaciones militares cuando no a modificarlas por completo. Así, además del nuevo ejército de campaña para Armenia, Justiniano estableció un procónsul con atribuciones militares y civiles en Capadocia, la región donde se hallaban las propiedades más extensas de la *Domus* divina en Oriente.

Justiniano completó esta remodelación de la defensa del Oriente con la dotación de amplios poderes civiles y militares sobre sus zonas de actuación a los *praetores* de Licaonia, Paflagonia, Galatia, Ponto, Tracia y Pisidia²³⁰. De esta forma, todo el sistema militar de Oriente quedó profundamente modificado y mejorado, pues la nueva situación estratégica creada por Justiniano permitía la concentración de recursos, aumentaba éstos y habilitaba una respuesta más local, fuerte e inmediata, a los distintos problemas a los que tenía que enfrentarse el Imperio en aquellas regiones: amenaza persa en Armenia, Siria y Cáucaso; ataques de los lakmidas y de sarracenos del desierto en Arabia y Palestina; bandas de ladrones, y pueblos levantiscos y poco aculturados en Capadocia, Paflagonia, Isauria, Licaonia y Pisidia, e incursiones cutriguras, utriguras y eslavas en Tracia.

²²⁸ Procopio aclara perfectamente la misión de los duques en un pasaje poco aprovechado por los historiadores y en el que declara que los duques son los oficiales romanos encargados de rechazar las incursiones fronterizas. *Vid.* Procopio, *Guerra persa*: 17, 45-47.

²²⁹ Juan de Éfeso: IV, 6. PAYNESMITH, R., *John of Ephesus, The third part of the Ecclesiastical History of John of Ephesus*, Oxford, 1860. http://www.tertullian.org/fathers/index.htm#John_of_Ephesus. Entre las cada vez más amplias atribuciones de los duques de este periodo están las relacionadas con la diplomacia. Juan de Éfeso recoge un ejemplo destacado al narrar cómo el encargado por Justiniano de lograr la conversión de los nómadas nobadas y con ella el fin de sus ataques a las fronteras egipcias fue, en último extremo, el duque de la Tebaida. Un estudio arqueológico sobre los nobadas y otros pueblos nubios y libios de la frontera tebana en: KIRWAN, L.P., “El enigma del grupo X”, en *Historia de las civilizaciones, Civilizaciones extinguidas*. Barcelona, 1992, pp. 55-78.

²³⁰ Al respecto de esta reunión de poderes civiles y militares en nuevas dignidades y cargos *vid.* *Corpus Juris Civilis*: “Del pretor de licaoniamn”, XXV, p. 142; “del pretor de Tracia”, XXVI, p. 146; “del pretor de Pisidia”, XXIV, p. 136; “del pretor de Paflagonia”, XXIX, p. 160; “del procónsul de Capadocia”, XXX, p. 164; “del gobernador del Helenoponto”, XXVIII, p. 155; “del conde de Isauria”, XXVII, p. 154.

Al mismo tiempo, en el centro nervioso del Imperio, Constantinopla y su región circundante, Justiniano no permaneció tampoco ocioso y unificó bajo un solo mando los dos ejércitos de los *praesentalis*²³¹, acción que, sin ser tan visible como el muro de Anastasio, fue sin embargo tan efectiva como aquél a la hora de parar las incursiones que intermitentemente lanzaban contra la Tracia y la región constantinopolitana las bandas de nómadas cutriguros y utriguros.

En cuanto a la remodelación completa de las defensas balcánicas, Justiniano segregó de la prefectura italiana la provincia de Dalmacia y la puso bajo el control del *magister militum per Illyricum*, dotando a la región de una frontera unificada y por lo tanto, más defendible. En Tracia, la reunión del ejército *comitatense* del *magister militum per Thracias* con los recursos acumulados bajo la mano del Pretor de las Tracias y con los contingentes de *limitanei* de los *dux de Moesia II* y *Scythia*, junto con la reunión a ellos –como ya dijimos– de las tropas y recursos aportados por la *quaestura exercitus*, dotaron a la región de una mejor situación defensiva. La suma de lo anterior a la anexión a Iliria de la Dalmacia y a la unificación bajo un sólo *magister militum* de los dos antiguos ejércitos *praesentalis*, venía a dibujar un cuadro totalmente nuevo de la estructura militar de la Romania en los Balcanes.

Por lo tanto, en los días de la muerte de Justiniano, la estructura militar y estratégica del Imperio se había modificado notablemente. Los antiguos cinco ejércitos de campaña orientales existentes en 527: los de Iliria, Tracia, Oriente y los de los dos *magister militum praesentalis*, tenían una disposición estratégica muy distinta. Ahora, dos de los antiguos ejércitos de *comitatenses* –los de los dos *magister militum praesentalis*– se habían unido en uno solo, al tiempo que otro, el de Oriente, había visto cómo sobre la parte noreste de su antigua demarcación surgía un nuevo ejército *comitatense*, el de Armenia. Hacia Occidente, en los Balcanes, el *magister militum per Illyricum* vio aumentada su zona de control, al tiempo que sus recursos humanos y económicos, con la inclusión de la Dalmacia, antaño unida a la prefectura itálica. Finalmente, por donde antaño se extendía un solo ejército de campaña, el del *magister militum per Thracias*, se encontraban ahora dos ejércitos de *comitatenses*, pues a este último se añadía el pequeño ejército de campaña del *quaestor exercitus*, asentado en el bajo Danubio.

A estas grandes divisiones de campaña del Oriente, se sumaban en 565, las tres creadas en Occidente: las de Italia y África (que controlaba, además de las cinco provincias propiamente africanas, también la de Sardinia –que agrupaba Cerdeña y Córcega– y la ciudad de *Septem*, esta última y por expreso deseo de Justiniano, bajo la autoridad de un tribuno con mando sobre unidades terrestres y navales, con la misión de

²³¹ HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, op. cit., p. 23.

controlar el Estrecho²³²). Por último, la de Hispania que, con casi toda seguridad, disponía de un pequeño ejército de campaña de unos 5.000 hombres, amén de unos 2.500 *limitanei*²³³. Finalmente, Sicilia no se integró ni bajo la autoridad del *magister* de África, ni bajo la del de Italia, sino que se puso bajo el mando de un pretor con poder militar y civil independiente de las antiguas prefecturas occidentales²³⁴.

Por lo tanto y en definitiva, el Imperio de Justiniano, hacia 565, contaba con ocho grandes ejércitos de campaña, en lugar de los cinco que poseía en 527 y sólo dos menos de los que, hacia el año 400, justo antes de las invasiones, habían defendido la totalidad de las dos partes del Imperio, la occidental y la oriental, teniendo en cuenta que ahora, en 565, sólo un tercio de la *pars occidentalis* estaba bajo la autoridad romana. Si se reflexiona sobre ello se verá entonces qué falta de consistencia tiene la afirmación de que Justiniano desatendió a Oriente militarmente y dejó un ejército desbordado, falto de recursos y que tenía que hacer frente a una tarea para la que no había sido adaptado. Por el contrario, lo que vemos es un ejército mejorado y ampliado, sujeto a reformas cuyo fin es atender mejor a los nuevos desafíos y cubrir adecuadamente los nuevos territorios. Un ejército cuyos efectivos más importantes se desplegaban sobre Oriente y no sobre Occidente, y en donde las mayores reformas y mejoras eran destinadas precisamente a defender mejor la frontera persa y la balcánica.

Volviendo a los duques, éstos controlaban las fuerzas asentadas en las fronteras o en provincias necesitadas de guarnición militar relevante. En época de Mauricio comenzó a dárseles, el título de “magister”, por lo que a veces se pueden confundir con los verdaderos *magister militum*²³⁵. En los días finales de Justiniano, el Imperio contaba con 27 duques que ejercían su autoridad sobre las siguientes provincias: Scythia, Moesia II, Dacia, Moesia I, Armenia, Mesopotamia, Osrhoene, Isauria, Syria, Phoenice, Arabia, Palaestina, Augustamnica, Aegyptus, Arcadia, Thebais, Libya, Tripolitania, Byzacena, Numidia, Ravenna, Liguria, Roma, Neapolis, Mauritania, Sardiniae e Hispania.

Cada uno de estos duques contaba no sólo con tropas de *limitanei*, bucelarios y de pequeños contingentes de *comitatenses* eventualmente, sino también con sus propios *officium*, complejas unidades administrativas que contaban con unos 42 integrantes de promedio y que se ocupaban de auxiliar al *dux* en las cuestiones judiciales, de contabilidad, abastecimientos, etc. Conocemos bien estas oficinas de los duques gracias a las disposiciones que Justiniano dictó para el restablecimiento del viejo orden

²³² *Corpus Juris Civilis*: 1.27.2.2.

²³³ TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 17-18; 60-63, en especial p. 63.

²³⁴ *Corpus Juris Civilis*: “del Pretor de Siciliam”, LXXV, p. 278. Teofilacto Simocata recoge [lib. I,4,6-8] la misión diplomática emprendida por un antiguo pretor de Sicilia, Elpidius, junto al khagan ávaro durante el reinado de Mauricio. *Vid.* también para los pretores de Sicilia: JONES, A. M., *The Later Roman Empire...*, *op. cit.*, p. 283.

²³⁵ FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, p. 865.

administrativo y militar en las reconquistadas provincias africanas. En ellas, el aparato administrativo al servicio del *dux* se hallaba compuesto por un *adsessor*, el cual dirigía los asuntos legales referentes a los soldados y controlaba los archivos legales, al tiempo que podía sustituir al *dux* en algunas cuestiones puntuales, llegado el caso. El *adsessor* tenía bajo sus órdenes a un *primicerius*, el cual tenía por misión dirigir el *officium*; con él estaba el *numerarius* (encargado de tener en orden la contabilidad), ocho *biarci* (encargados de organizar la intendencia y abastecimientos de las tropas, de manera que todos los contingentes asentados en ciudades, castella y castra recibieran lo necesario), cuatro *ducenarii* y seis *centenarii* (con labores de control y administración en el *Officium*), nueve *circitores* (responsables de los contingentes de caballería) y once *semissale* (con la misión de velar por la infantería)²³⁶. Junto a esta “plana mayor”, el *dux* contaba además con su propio séquito personal, integrado por sus criados, bucelarios y *doriforoi*, quienes le ayudaban a gestionar sus archivos y su correspondencia, solventar sus intereses personales, a asesorarle y auxiliarle en sus funciones administrativas, al tiempo que le servían como guardia personal y llegado el caso, como tropas escogidas y de confianza.

El *officium* del *magister militum* contaba con unos 50 miembros y también a él se sumaban los hombres del séquito personal del *magister militum*, a veces muy numerosos, como el de Narsés en Italia. Es precisamente ahí, en el séquito personal y de funcionarios que seguía a Narsés, donde encontramos a los *cancellis*²³⁷, quienes recibían su nombre de la mesa donde trabajaban, dotada de una reja de madera tras la cual el *cancellis* atendía los asuntos de legislación militar en los que era experto.

En cuanto a la “gran estrategia” de Justiniano, éste se aferró al viejo principio imperial de evitar una guerra en dos frentes a la vez y, en el caso de que esto fuera inevitable, en concentrar los recursos sobre uno de los frentes con el propósito de aplastar allí al enemigo y volverse cuanto antes contra el otro rival. Para lograr estos objetivos y con el propósito de retener a los contrincantes en las fronteras y posibilitar así la reacción propia, Justiniano reforzó los viejos *limes* dotándolos de nuevas fortalezas y creando tras de ellas redes de nuevas fortificaciones. Restauró y construyó también caminos militares provistos de cisternas, almacenes, puestos de vigilancia y puentes fortificados²³⁸, todo lo cual posibilitaba la rápida marcha del ejército de un frente a otro.

²³⁶ *Corpus Juris Civilis* : 1.27.2.25.

²³⁷ Agatías: lib. 1,19, 4-5.

²³⁸ Un destacado ejemplo del interés de Justiniano por reforzar sus principales vías militares lo constituye el puente del río Saros, actual Sellan. Fue construido originalmente por Adriano y era un punto vital en la principal vía militar que conducía a la frontera oriental y que, desde Nicomedia, pasaba por Iconium y Heraclea de Tiana hacia las puertas de Cilicia. Ya en Cilicia, la calzada alcanzaba el caudaloso Saros, en las afueras de Adana, y, tras cruzar el río, subía hasta las puertas sirias y buscaba Germanicea. Allí, dejando a su derecha Antioquía, alcanzaba los vados del Éufrates. Justiniano restauró el puente de Adriano y lo fortificó dotándolo de torres. Precisamente fue sobre ese puente fortificado donde, en abril

A la construcción de fortalezas y caminos, se sumó un cuidadoso despliegue de la fuerza disponible y una hábil diplomacia que tendía a crear nuevos enemigos a los propios contrincantes. Así veremos a Justiniano inquietar a Persia mediante sus embajadas y alianzas con los axumitas abisinios, los gasánidas o los levantiscos príncipes de la Armenia persa, de Iberia o de Albania. Al tiempo que en el oeste se agobiaba a los ostrogodos, gépidos, visigodos o vándalos, con alianzas establecidas ya con los ostrogodos en 533, ya con los francos en 535 y, a lo largo de todo el reinado, los hérulos, los lombardos, los ávaros o con facciones visigodas o príncipes *mauri*, etc.

Tras la reconquista del Occidente mediterráneo, la “gran estrategia” de Justiniano se centró en Oriente en los siguientes grandes puntos:

a) el primer objetivo se concentró en impedir el acceso de los persas al mar Negro, quienes deseaban lograr un puerto seguro y viable, militarmente hablando, en la costa de Lázica²³⁹. Su logro para los persas –como observara acertadamente Justiniano– crearía una nueva situación militar que no sólo ponía en estado de quiebra el antiguo equilibrio entre las dos grandes potencias, sino que atentaba contra la vida misma de la Romania.

b) la siguiente prioridad estratégica fue la mejora de la defensa de Armenia y la alta Siria frente a los persas. Para ello se creó un nuevo ejército de campaña, el ya aludido de Armenia, se fortaleció a los gasánidas, que se desplegaron sobre el tramo sirio-arábigo del viejo *limes* sustituyendo en algunos puntos del mismo a los *limitanei* allí asentados desde hacía siglos, al tiempo que se reasentaba a éstos más al interior, sobre la línea oriental del valle del Orontes, los montes Antilíbano y Líbano. En otras secciones del *limes* oriental, en especial en la meseta transjordana y en destacadas ciudades de la Arabia romana, como Bostra, Areópolis y Muta, los *limitanei* permanecieron allí estacionados hasta los días de las conquistas islámicas. Además, se reforzaron y ampliaron la autoridad y competencias de los *dux* desplegados en estas regiones.

c) en tercer lugar, Justiniano inició (marcando así una senda seguida fielmente por sus sucesores) una política de alianzas con otras grandes potencias que podían transformarse, llegado el caso, en peligrosos rivales de Persia²⁴⁰, al tiempo que se trataba de quebrar la hegemonía comercial de ésta sobre el comercio con Arabia meridional, India y China. En efecto, las alianzas establecidas por Justiniano y

del 625, se enfrentaron los ejércitos del emperador Heraclio con los del general persa Sharbaraz. Hoy, el puente sigue presidiendo el paisaje de la moderna Adana.

²³⁹ HOWARD-JOHNSTON, J., “The Two Great Powers...”, *op. cit.*, pp. 196-197.

²⁴⁰ Haldon realiza una sucinta y magnífica exposición de esta política de alianzas con el Imperio axumita y el Imperio de los turcos occidentales o Tu-Kiu: HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, pp. 50-53.

Justino II con los axumitas de Abisinia²⁴¹ y los Tu-Kiu²⁴², situados respectivamente a Oriente y al sur del Imperio Sasánida, buscaban cumplir esos objetivos. Se lograba así establecer un cerco diplomático-militar en torno a Persia al tiempo que se trataba de privar a Persia de una de sus mayores fuentes de ingresos monetarios, la procedente de sus aduanas con la Romanía. En efecto, el comercio de lujo de Oriente y en parte, el de las materias primas orientales usadas por las manufacturas y talleres artesanos de las ciudades de Oriente y Egipto, debía de pagar crecidas sumas –en concepto de aduana, transporte y beneficios comerciales– a los persas, eternos intermediarios que controlaban las rutas terrestres y marítimas hacia Sogdiana, China, Taprobana y la India²⁴³.

Era ésta una jugada maestra iniciada por Justiniano, aunque serían Justino y Tiberio los que la intentaron coronar. No sólo pretendía crearle a Persia un temible enemigo en su frontera oriental, los Tu-Kiu (justo cuando Cosroes I acababa de solventar en esa misma frontera la vieja amenaza de los hunos eftalitas), sino además romper la influencia sasánida sobre Arabia²⁴⁴, disminuir los ingresos aduaneros y comerciales de Persia y debilitar la caja militar del Shahansha, al tiempo que se aligeraban las propias cargas y se aumentaba el propio comercio. A la defensiva, durante los años finales de Justiniano, y los de Justino II y Tiberio II, Cosroes I

²⁴¹ Para la pugna por Arabia meridional entre Axum y Persia, y la intervención en ella de Justiniano y Justino II *vid.* HARMATTA, J., “The Struggle for the Possession of South Arabia between Aksum and the Sasanians”. *Quarto Congresso Internazionale di Studi Etiopici*. Roma, 1974, I, pp. 95-100.

²⁴² Sobre las relaciones entre turcos occidentales, sasánidas y bizantinos *vid.* HARMATTA, J., “The Struggle for the “Silk Route” between Iran, Byzantium and the Türk Empire from 560 to 630 A.D.”. *Kontakte zwischen Iran, Byzanz und der Steppe in 6-7*. Budapest, 2000, pp. 249-252.

²⁴³ La obra del marino y comerciante Cosmas Indicopleustes es un gran testimonio de la vitalidad de este comercio transcontinental del siglo VI. *Vid.* MCCRINDLE, J. W., *The Christian Topography of Cosmas, an Egyptian Monk*. Londres, 1897, en especial pp. 358-385. Sobre la importancia del comercio en las relaciones entre Bizancio y la Persia sasánida sigue siendo imprescindible SHAHBAZI, A., *Byzantine-Iranian Relations, Encyclopaedia Iranica*. Nueva York, 1990, vol. IV, pp. 588-599. Dos trabajos excelentes sobre la fuerza del comercio persa en el Índico y su hegemonía en este océano en tiempos de Cosroes I y Cosroes II son los de WHITEHOUSE, D., *Sasanian Maritime Activity, The Indian Ocean in Antiquity*, Nueva York, 1996 y WHITEHOUSE, D. y WILLIAMSON, A., “Sasanian Maritime Trade”. *Iran*, 11 (1973), pp. 29-49. Es especialmente interesante, aunque centrada en la vertiente egipcia de este comercio, la obra TRILLING, J., *The Roman Heritage. Textiles from Egypt and the Eastern Mediterranean 300 to 600 A.D.*, Washington, 1982; además el artículo de COMPARETI, M., “The Sasanians in Africa”. *Transoxania*, 4 (2002), pp. 1-6, y resultan imprescindibles todavía, para una idea general del comercio de la Romanía con China y la India, y su papel en Irán: BOULNOIS, L., *La ruta de la seda*. Barcelona, 1967, pp. 133-194 y HERRMAN, P., *Historia de los descubrimientos geográficos. América, África y el Pacífico*. Barcelona, 1967.

²⁴⁴ Desde las subidas al trono de Justiniano y Cosroes I, Arabia -como Armenia- pasó al primer plano de la rivalidad romano-persa. El reino de Kinda, primero, y el de los gasánidas, después, fueron convertidos en aliados de la Romanía, mientras que los sasánidas encumbraban a la dinastía árabe de los lakmidas. Hacia el sur, el Yemen de los hymyaritas se convirtió en otra manzana de la discordia. Sobre el reino de Kinda y sobre los lakmidas consúltense la entrada “Kinda” y “Lakhmids” en SHAHÍD, I., *Encyclopaedia of Islam*. Leiden, 1986, V, pp. 118-120; para los árabes en general y sus relaciones con el Bizancio del siglo VI y del primer tercio del siglo VII, *vid.* la monumental obra de SHAHÍD, I., *Byzantium and the Arabs in the sixth century, Part. I. Political and military history*. Washington, 1995, vol. 1.

desplegó una intensa actividad diplomática, militar y comercial, con el fin de frustrar la política comercial y de alianzas puesta en marcha por Justiniano y sus sucesores, tema sobre el que volveremos más adelante.

En África, Justiniano llevó a cabo una intensa labor misionero-diplomática que llevó a la conversión de numerosos príncipes y tribus de Nubia²⁴⁵ y Libia, y que, de paso, logró establecer alianzas que facilitaban la defensa de Egipto y Cirenaica, y abrir nuevos mercados y rutas a los comerciantes de la Romania. Más a Occidente, en la antigua África vándala, tras las guerras iniciales contra los *mauri*, se llevó a cabo aquí también una política de entente con las tribus de más allá del *limes*, lográndose la conversión al cristianismo de muchas de ellas y el establecimiento de alianzas comerciales y militares.

El dominio de *Septem*, en el lado africano del Estrecho y de la costa hispánica situada enfrente, consolidó el dominio sobre las rutas que continuaban activas entre el Atlántico y el Mediterráneo, a la par que hacía ya imposible una sorpresa visigoda en África. En Hispania, Justiniano y sus sucesores lograron establecer un *limes* estable y renunciaron, de facto, a incrementar su dominio en Hispania.

En Italia, tras la invasión alamano-franca de la década del 550, Justiniano se concentró en acabar con los últimos focos de resistencia en la península (la última de estas pequeñas bolsas de resistencia goda sería aplastada en 562) y a fortificar los pasos alpinos en previsión de nuevos ataques francos²⁴⁶. Por último, en los Balcanes, Justiniano llevó a cabo intensos esfuerzos y trabajos de reorganización militar de las fronteras y de fortificación de las mismas –como vimos– al tiempo que con su alianza

²⁴⁵ Juan de Éfeso [IV 6-10] recoge extensamente en su *Historia Eclesiástica* algunos episodios de esta actividad misionera en Nubia. Vid. PAYNESMITH, R., *John of Ephesus, The third part of the Ecclesiastical History of John of Ephesus*, Oxford, 1860. http://www.tertullian.org/fathers/index.htm#John_of_Ephesus. Por su parte, Juan de Nikiu también ofrece [XC 73-78] un magnífico relato que sintetiza la interacción de los intereses comerciales, políticos y religiosos de Justiniano en estas regiones: *Y por esta razón el comercio cesó y llegó a ser inexistente con la India. Y entonces el rey de Nubia al escuchar estas noticias, envió de inmediato mensaje al rey de los Homeritas (los Himyaritas del Yemen): <Has cometido un acto malvado en lo que respecta a todos los comerciantes cristianos a los que has matado. Y con ello has infligido daños a mi reino y también a los reinos de otros reyes que viven cerca y lejos de mi país>. Y cuando Damnus (el rey Himyarita) escuchó estas palabras, fue a pelear contra el rey de los nubios. Y cuando se encontraron entre sí, el rey de Nubia abrió su boca y dijo: <Si el Dios me da la victoria sobre este Damnus que es judío, me haré cristiano>.* Y entonces comenzó la lucha contra el judío y lo sometió y le dio muerte y se hizo amo de su reino y de sus ciudades. Y en ese momento el rey de los nubios envió mensajeros a Alejandría con noticias sobre los judíos y paganos, pidiendo a los gobernadores romanos que enviaran a un obispo del imperio de Roma para hacerse bautizar y enseñar en los misterios cristianos sagrados a todos los habitantes de Nubia y también a los supervivientes de los judíos. Cuando el emperador Justiniano fue informado de estos hechos, dio la orden de que se debía hacer todo lo que pedía el rey de Nubia, y que se le debía enviar algunos sacerdotes y un obispo De entre los clérigos del sagrado patriarca Juan. Este era un hombre casto y piadoso. Este fue el origen de la conversión de los etiopes en la época del emperador Justiniano..”

²⁴⁶ Los francos no sólo eran un peligro potencial para la Italia reconquistada, sino para el Imperio en su totalidad. Teodoberto llegó a enviar embajadores a las tribus de alamanes, gépidos y lombardos con el propósito de que se unieran a él en un ataque directo contra Constantinopla o para que, al menos, le facilitasen el paso por su territorio. Afortunadamente, la muerte de Teodoberto, corneado por un uro, frustró estos planes. Vid. Agatías: lib. 1, 4,1-6

con los ávaros²⁴⁷, amenazaba y paralizaba a los utriguros, cupriguros y antas, hasta entonces y desde hacía más de cincuenta años la principal amenaza en el bajo Danubio y los Balcanes. Mientras que, río arriba, con la instalación de los hérulos en la región de Singidunum y con eventuales alianzas con los lombardos, se trataba de frenar la presión de los gépidos.

Los eslavos, por su parte, estaban aún en una fase de organización político-militar tan primaria que no constituían un peligro importante excepto cuando se integraban bajo la autoridad de otros pueblos, túrquicos o germánicos. Eran, eso sí, un peligro constante para las poblaciones locales de la frontera, pero sus incursiones no amenazaban todavía las grandes ciudades y fortalezas de la región. Así pues, también aquí, en el plano del diseño de su “gran estrategia”, el Oriente y los Balcanes estaban siempre en primer lugar, como hemos podido comprobar con la simple comparación de la magnitud de los planes y de los intereses en ellos implicados.

Todo lo anterior: una concepción estratégica que abarcaba fronteras extendidas sobre miles de kilómetros, así como alianzas e intereses que se proyectaban sobre tres continentes y en puntos tan distantes entre sí que de occidente a oriente iban del Atlántico, hasta Asia Central y la costa occidental de la India, y de norte a sur, desde la Europa central y las estepas del mar Negro, hasta la Arabia Meridional, Abisinia y el Sáhara; una administración militar compuesta por infinitud de funcionarios, y que controlaba y movilizaba miles de hombres y gran cantidad de abastecimientos, y que gestionaba una extensa red de fortalezas, guarniciones, vías de comunicación, fábricas de armas y vestiduras, etc. Todo esto, decimos, nos habla de un ejército complejo y de una magnitud tal que habría que esperar más de mil años antes de que, con la aparición de los grandes ejércitos de las guerras transcontinentales del siglo XVIII, se creara una máquina militar tan sofisticada y eficaz como la que aquel ejército de Justiniano había representado.

1.2.4. La organización táctica del ejército de Justiniano y sus sucesores entre 534-636. Elementos de permanencia y de renovación en las unidades tácticas de combate.

El fin de un ejército es combatir y, junto con su despliegue estratégico (en el que queda diseñado su modelo de ocupación y defensa del territorio), su estructura administrativa y su esquema de mando superior, posee también una estructura táctica, un despliegue organizado por unidades que le permite combatir de forma ordenada. Es decir: si el despliegue estratégico distribuye los recursos militares de un Estado, el despliegue táctico permite usarlos de forma efectiva y en el campo de batalla.

²⁴⁷ Acerca de la génesis y primeros pasos de esta alianza de Justiniano con los ávaros *vid.* Menandro Protector: fragm. 5.1 p. 49.

El ejército de Justiniano era un ejército en transición y por lo tanto convivían en él viejas unidades tácticas con las legiones de nuevo cuño surgidas en los años finales del siglo III y los primeros del IV, o las *vexillationes* de caballería, junto con nuevas unidades surgidas a fines del siglo V, tales como el *tagma*, la *moira* o el *meros*.

Procopio y tras él numerosos historiadores han achacado a Justiniano que procediera al desmantelamiento y disolución de las unidades de *limitanei*²⁴⁸. Ya hemos visto que esta afirmación de Procopio en su *Historia Secreta*, como tantas otras del secretario de Belisario en su obra póstuma, es falsa, pues casa mal con la preocupación que Justiniano manifestó por los *limitanei* en sus disposiciones sobre África en 534²⁴⁹, en las que disponía el asentamiento de estas unidades en el *limes* africano. Por si esto fuera poco y como se demostró, Justiniano no sólo no disolvió a los *limitanei*, sino que mejoró su nivel y capacidad militar hasta igualarla con la de las unidades *comitatenses*; de esta manera veremos a unidades de *limitanei* como la *legio IIII phartica* peleando en 586²⁵⁰, o como los *equites Illyriciani*²⁵¹, que aparecen en el *Strategikon* en los primeros años del siglo VII y que en 630 estaban reasentándose en Palestina, su lugar tradicional de guarnición. Para colmo de males, la afirmación de Procopio ha llevado a algunos historiadores a suponer que Justiniano disolvió a las legiones²⁵². Aquí van más lejos que Procopio, pues éste no menciona en su famoso pasaje a las legiones por ningún lado y es que nuestros historiadores suponen que esos *limitanei* nombrados por Procopio representan a las legiones. Nada más lejos de la realidad, pues las legiones que aparecen en tiempos de Justiniano eran, como en tiempos de sus antecesores, tanto de *comitatenses*, como de *limitanei*²⁵³.

En definitiva, no hay base real para atribuir a Justiniano ni la disolución de los *limitanei*, ni la de las legiones. Bien al contrario, el paso, o más bien la homologación de estas unidades con otras del tipo *tagma* o *numerus*, fue un proceso gradual y positivo que finalizó en los años medios del reinado de Justiniano y que mejoró la capacidad efectiva de las antiguas unidades y su mejor compenetración con las nuevas. Tampoco

²⁴⁸ Procopio, *Historia Secreta*: XXIV, 12-14.

²⁴⁹ *Corpus Juris Civilis*: I 27, 2, 8.

²⁵⁰ Teofilacto Simocata: lib. II, 6, 9.

²⁵¹ San Anastasio el Persa: III, 14, p. 146; *Strategikon*: II.6.

²⁵² Existe un fuerte desacuerdo al respecto, si bien tiende a imponerse la opinión basada en Procopio, sobre todo porque los historiadores militares de las legiones no suelen ir más allá de Justiniano, ni manejar las fuentes griegas ni las orientales. Algunos puntos del citado debate en: RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J., *Historia de las legiones...*, op. cit., vol II, p. 456; JONES, A. M., *The Later Roman Empire...*, op. cit., pp. 655-660.

²⁵³ En efecto, las legiones que aparecen junto a Belisario en Italia son *pseudocomitatenses* y *comitatenses*, en concreto: Legio II Armeniaca, Legio I Flavio Theodosiana y Legio I Flavio Constancia. La primera fue creada por Diocleciano, la segunda por Teodosio I y la tercera por Constancio Cloro. Sobre la historia de estas legiones vid. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J., *Historia de las legiones...*, op. cit., vol II, p. 456.

las *vexillationes* fueron suprimidas y el *Strategikon*, tratado militar escrito en los primeros años del siglo VII, se ocupará de ellas²⁵⁴.

Sumando todo lo anterior, llegamos a la evidente conclusión de que tanto las unidades tipo legión, como las *vexillationes* y las unidades de *limitanei* siguieron existiendo, aunque homologándose con las nuevas unidades en cuestiones de número y estructura de mando²⁵⁵, al menos hasta la época de los inmediatos sucesores de Heraclio; por tanto, no se aplicó por completo la pretendida disposición de Justiniano. Es decir, que Procopio no se informó o mintió descaradamente y que los historiadores que se apoyan en él para realizar tales afirmaciones deberían revisar sus tesis.

Una cuestión táctica que ha pasado casi inadvertida, es la convivencia, desde al menos el 550 y hasta la década del 650, de una doble organización interna de mando y número de las unidades militares de la Romania, o mejor dicho, de una impresionante capacidad de adaptación de las mismas a las necesidades concretas y específicas de cada campo de batalla, o a las disposiciones tácticas eventuales de cada *strategos* al mando de un ejército de campaña. En efecto, como se vio a la hora de abordar el problema del verdadero número de integrantes de los ejércitos de Justiniano, los ejércitos de este periodo se fueron homologando en número y mando conforme a las líneas directrices de la reforma militar del reinado de Zenón, la cual vio la aparición de una nueva gran unidad el *meros*, una unidad de 5.000 hombres que a su vez se dividía en *bandon* o *tagma* de 500 hombres poco más o menos, y éstos a su vez en centurias de 100 hombres. Vimos también cómo, tras una atenta lectura del *Strategikon*, se observaba que los consejos del autor que preveían, para distintas situaciones tácticas, formaciones de batalla con despliegues de unidades y ejércitos de número muy variable, no ocultaban que estas formaciones sólo eran posibilidades eventuales y no realidades cotidianas. De hecho, conocemos muy bien el esquema organizativo habitual de un *tagma*, el cual, si estaba completo en sus cuadros combatientes y administrativos –lo cual era poco frecuente– se componía realmente de 520 efectivos, que se estructuraban y dividían del siguiente modo:

- un tribuno, que mandaba el *bandon* o *tagma*.
- un vicario, quien eventualmente podía ejercer el mando.
- por debajo de ellos, un *primicerius* y un *adjutor*, que desempeñaban tareas administrativas.
- 5 *hecatontarcas*, cada uno de ellos al mando de cien hombres.

²⁵⁴ En el *Strategikon*, escrito a comienzos del siglo VII, las *vexillationes* de caballería siguen formando parte de la línea de batalla ocupando su lugar junto a otras formaciones. *Vid. Strategikon*, II.6.

²⁵⁵ Acerca del paso de las viejas unidades a las nuevas y su homologación en número y mando, *vid. TREADGOLD, W., Byzantium and Its Army..., op. cit.*, p. 96; para las reformas de Zenón, *Ibidem*, p. 14 y 61.

-50 *dearcas* que comandaban a 10 hombres cada uno, contándose ellos mismos en la decena.

-50 *pentarcas*, cada uno mandando una pequeña unidad de 5 hombres, contándose ellos mismos en estas pentarquías,

-50 *tetrarcas* que formando grupos de cuatro hombres componían la retaguardia del tagma. El cual contaba con 350 soldados comunes en sus filas²⁵⁶.

-un *campiductor*, el cual organizaba la disposición del campamento, la vida interna del mismo y las guardias.

-un *optio* que se ocupaba del adecuado aprovisionamiento de la unidad y de su ocasional alojamiento, durante una marcha, en las ciudades. Recibía por estos cometidos un sueldo que se estipulaba en la decimoquinta parte del valor de los abastecimientos logrados por él para la unidad²⁵⁷.

-además, el *tagma* contaba con un *actuarius*, un cirujano y dos heraldos, un tambor, un trompeta, un *ante-signani*, 1 y 2 draconarios, los cuales portaban los estandartes del *tagma* y desempeñaban funciones de mando eventuales y poco claras.

LA DOBLE ORGANIZACIÓN DE MANDO Y NÚMERO DE LAS UNIDADES MILITARES DE LA ROMANIA ENTRE 550 Y 650		
Organización regular		
Unidades	Número de Hombres	Jefe de la Unidad
Ejército de campaña	15.000-25.0000	Magister Militum
Meros	5.000	Merarca
Moira	2.500	Duque o Moirarca
Tagma	500	Tribuno o Tagmarca
Centuria	100	Hecatontarca o Centurión
Decarquía	10	Decarca
Pentarquía	5	Pentarca
Organización y disposición táctica sobre el campo de batalla		
Unidades	Número de Hombres	Jefe de la Unidad
Ejército	12.000-25.000	Estrategos o Magister Militum
Meros	4.000-6.000	Merarca
Moira	2.000-3.000	Duque o Moirarca
Tagma	300-500	Tribuno o Tagmarca
Centuria	100	Hecatontarca o Centurión
Decarquía	10	Decarca
Pentarquía	5	Pentarca

²⁵⁶ TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, op. cit., p. 95.

²⁵⁷ *Corpus Iuris Civilis*: CXXIX, p. 456.

Hasta aquí la división ordinaria del tagma, por lo que pasaremos a continuación al estudio directo de las agrupaciones tácticas que ocasionalmente podían disponer los generales sobre cada particular y único campo de batalla. Para ello nos ceñiremos a los datos del *Strategikon*, que nos dicen que el *tagma*, también conocido como *bandon* (palabra de origen germánico que servía tanto para designar el estandarte como el cuerpo al que éste representaba), podía igualmente recibir los nombres de *numerus*, en latín, y de *aritmós*, en griego, denominaciones que venían a significar simplemente grupo o división de soldados.

El tagma, en las formaciones que adoptaba para la batalla, se componía de 300 a 500 hombres, siendo frecuente que los efectivos alcanzaran el último número mencionado, excepto en el caso de los tagmas de los *optimates*²⁵⁸ que –como se recordará– eran tropas de caballería de primera clase destinadas a romper la formación enemiga, razón por la cual alcanzaban siempre los 500 hombres. El *Strategikon* recomendaba que los *tagmata* de un ejército en campaña nunca tuvieran el mismo número de soldados, pretendiendo con ello dificultar al enemigo el conocer, con un simple cálculo aritmético a base de contar los estandartes de los tagmata presentes en un campo de batalla, el número real de integrantes del ejército al que se enfrentaba. Era esta razón, junto a las necesidades tácticas puntuales de cada batalla, el origen y explicación de la doble conformación del tagma bizantino a la que se aludió con anterioridad.

De hecho, las fuentes están llenas de testimonios de tagmas regulares y no pertenecientes a los *optimates* que se componían de 500 hombres. Así, por ejemplo, contamos con el ofrecido por el famoso duque de Martirópolis citado por Zacarías de Melitene, el cual derrotó a una incursión persa de la Mesopotamia romana contando sólo con los 500 hombres del tagma que guarnecía la ciudad de Martirópolis²⁵⁹. Agatías, por su parte, nos informa de que Teodoro, un tribuno romano de origen bárbaro, se hallaba con su tagma de 500 hombres en Telepis, una fortaleza de la Cólquide, cuando los persas invadieron la región durante la última guerra mantenida por Justiniano contra Cosroes²⁶⁰. Teofilacto Simocata nos refiere que cuando los ávaros atacaron Mesembria

²⁵⁸ *Strategikon*: I.4.

²⁵⁹ Zacarías de Melitene: IX,5. HAMILTON, F. J., *Zachariah of Mitylene, Syriac Chronicle*. Londres, 1899. Narra cómo los 500 hombres del tagma asentado en Martirópolis fueron llevados por el duque de la provincia a una contundente victoria frente a un contingente persa de 700 jinetes y varios centenares de infantes. El mismo Zacarías aclara poco antes [IX,1] que el señor de los soldados de la frontera de la Mesopotamia era llamado “duque” por los romanos y que en la fase inicial del ataque persa concentró tropas de la provincia en Nisibis. Alrededor de cien años más tarde, sería el duque de Mesopotamia el encargado de rendir la región al Islam tras las grandes derrotas sufridas frente a éste. Sobre esto último *vid.* Teófanos: 6130, 340-342. Un ejemplo similar en Egipto es analizado por BUTLER, A. J., *The Arab Conquest...*, *op. cit.* p. 440. <http://CopticChurch.net>

²⁶⁰ Agatías: lib. 2, 20,8.

durante el reinado de Mauricio, la región estaba defendida por un tagma de 500 hombres²⁶¹. Teófanos, por su parte, recogiendo información seguramente de los poemas perdidos de Jorge de Pisidia, nos relata cómo el duque de Armenia, Jorge, tomó los puentes del río Zab mediante una sorpresiva marcha forzada con mil jinetes, es decir, dos *tagmata* de 500 hombres, de los cinco con los que debía de contar su *moira*²⁶². En fin, Procopio nos informará de que los algo más de 2.000 prisioneros vándalos enviados a Oriente por Belisario, fueron encuadrados en la frontera persa en cinco tagmas de caballería, los cuales debían de ser completados por ellos; se deduce de esto que esos tagmas no podían bajar de 500 hombres²⁶³. Aunque se podrían dar muchos otros testimonios, la conclusión es inevitable: los *tagmata* bizantinos, cuando no se alineaban formando parte de un ejército, sobre un campo de batalla, se componían de 500 hombres por lo general²⁶⁴.

Pero continuemos viendo cómo describe el *Strategikon* la organización táctica del ejército bizantino de la segunda mitad del siglo VI. El jefe del tagma en tiempos de Justiniano y sus sucesores era un tribuno²⁶⁵. Dado que, con anterioridad, los tribunos habían mandado sobre cohortes compuestas de 400 a 500 hombres, la continuidad aquí es sumamente palpable.

El tagma se dividía en centurias, cada una al mando de un centenar o *hecatontarca*²⁶⁶, denominación esta última que a lo largo del siglo VI se va imponiendo. Por lo tanto, sobre el campo de batalla, un tagma se podía dividir en tres, cuatro o cinco centurias. Éstas, a su vez, se organizaban en *decarquías* o decurias de diez hombres que estaban a las órdenes de un *decarca* o decurión, siendo ya más corriente la voz griega que la latina. Por debajo del decarca estaban el *pentarca*, el cual comandaba a cinco hombres, y el *tetrarca* que, al frente de sus hombres, era el responsable de cerrar la retaguardia de la formación²⁶⁷. Un oficial de alto rango del ejército era el *campiductor*²⁶⁸ o conductor del campamento, ya que era el segundo en jerarquía dentro del tagma y se ocupaba de mantener en orden el campamento, organizar las guardias, disponer el orden de las tiendas de las distintas centurias por el campamento, así como dirigir el entrenamiento de los soldados y reclutas.

²⁶¹ Teofilacto Simocata: lib. 2, 12, 6-8

²⁶² Teófanos: 6118, 320. El turmarca de los siglos VIII y IX equivalía al duque de los siglos VI y VII. *Vid.* al respecto HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, p. 70.

²⁶³ Procopio, *Guerra vándala*: lib. IV 14, 16-20; también FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, p. 476.

²⁶⁴ Para este tema *vid.* TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 14, 47, 62 y 87-97, con alusiones a los distintos testimonios papirológicos egipcios.

²⁶⁵ *Strategikon*: I.3.

²⁶⁶ *Ibidem*.

²⁶⁷ *Ibidem*.

²⁶⁸ El instructor de campo o *campiductor* aparece ya en Vegecio. *Vid.* PANIAGUA AGUILAR, D., *Vegecio, Compendio de técnica militar*. Madrid, 2006, lib. I, XIII,1 y lib. II, XXIII,3. La influencia de Vegecio sobre los generales de los siglos VI y VII, y en especial sobre el autor del *Strategikon* [X.8] es notable.

En opinión de G.T. Dennis, el *numerus*, *bandon* o *tagma*²⁶⁹ merece un puesto tan relevante en la historia militar como el que ocupan las otras dos grandes formaciones de la Antigüedad: la falange macedónica y la legión romana²⁷⁰. En efecto, el *tagma*, tal y como se conformó durante los años finales de Justiniano, demostró ser una sólida unidad táctica de combate y permanecería siendo la unidad básica de los ejércitos bizantinos hasta el siglo XI. De cinco a diez *tagmas* podían agruparse formando una *moira*²⁷¹, por lo que ésta contaba de dos a tres mil soldados en sus filas. La *moira* estaba mandada por un *dux*, aunque también podía llamarsele *moirarca* o *cilarca*; en este caso, era la forma latina la que prevalecía.

Dos o tres *moiras* conformaban un *meros*, el cual, dirigido por un *merarca*, formaba una de las tres grandes secciones en las que solía dividirse un ejército dispuesto para la batalla. El *meros*, por lo tanto y al igual que el *tagma* o la *moira*, estaba compuesto por un número variable de hombres, en este caso oscilaba de 4.000 a 6.000 soldados. Por último, tres *meros* formaban un ejército de campaña, el cual estaba a las órdenes de un *strategos*, a veces el mismo *magister militum*, a veces un *comes* o un *dux*, designados por el magister o por el emperador para este propósito.

Cuando llegaba el momento de la batalla, los tres *meros* que formaban habitualmente un ejército de campaña se alineaban por separado formando una línea discontinua, los *meros* situados a los lados formaban las alas derecha e izquierda del ejército, y el *meros* que quedaba entre ambas, el centro. En el ala derecha se situaba generalmente el *strategos* del ejército y en el centro el *hypo-strategos* o *sub-strategos*, segundo en el mando, que solía ser el *merarca* más veterano. Si el ejército superaba los 24.000 hombres, el autor del *Strategikon* recomendaba no formar un nuevo *meros*, sino distribuir al resto en unidades más pequeñas por la retaguardia y los flancos, o situar partidas en posiciones ocultas para llevar a cabo una emboscada.

Por tanto, teniendo en cuenta todo lo anterior, podemos deducir –las cifras dadas por las fuentes lo confirman– que los ejércitos en campaña de los años finales del reinado de Justiniano y los de sus sucesores oscilaban entre 15.000 y 25.000 hombres, aunque se encuentran ejércitos con efectivos por debajo de la primera cifra o por encima de la segunda. Ya dijimos que los *meros* oscilaban entre 4.000 y 6.000 hombres, siendo lo normal que contaran con 5.000. Sin embargo, teniendo en cuenta que cada uno de los tres *meros* del ejército poseía un número de hombres distinto al de los otros y que había unidades que no se alineaban en los *meros*, es muy difícil –tanto para el enemigo como para el historiador– efectuar un simple cálculo aritmético.

²⁶⁹ El *numerus* era la palabra latina que designaba una unidad de 500 hombres. Comienza a aparecer con claridad en los textos en el siglo IV, y en el VI se aplicaba a unidades de entre 200 a 500 hombres. *Tagma* sería la forma griega, y *bandon* –la más popular en el siglo VI– era de origen germánico y designaba originalmente a un grupo de soldados que luchaban agrupados bajo la misma bandera.

²⁷⁰ Así lo afirma G.T. Dennis, traductor del *Strategikon*, en la Introducción del libro, p. XIII.

²⁷¹ *Strategikón*: I.4.

También se daba el caso de que se reunieran ejércitos de 40.000 y hasta de 50.000 hombres, como sucedió en las campañas en Cólquide de 554-557, como en la expedición a Persia del 590-591, o como en la gran campaña de Heraclio del 622-628, cuando varios estrategos, cada uno al mando de un ejército formado por tres *meros* y sus complementos, quedaban unidos bajo la autoridad de un jefe superior, en el último caso el propio emperador.

I. 2.5. *Empleos y clases de soldados.*

No todos los soldados desempeñaban la misma tarea en una unidad militar de la Romanía. En este particular –como en otros muchos– los ejércitos de la segunda mitad del siglo VI y de la primera mitad del VII se parecían mucho a los surgidos de las reformas de Diocleciano y Constantino y, paradójicamente, a los ejércitos modernos. Así, por ejemplo, se establecía una primera división entre tropas de caballería y tropas de infantería:

a) La **caballería** no había dejado de cobrar importancia desde los días de Galieno, a mediados del siglo III, y en los años centrales del reinado de Justiniano habían llegado a constituir un tercio del total de los efectivos²⁷². De este tercio de tropas montadas, un 15% del total eran del tipo de caballería acorazada, llamados *catafractos* o *clibanarios*, mientras que el grueso de la caballería estaba constituido por la crema del ejército de los días de Justiniano, Tiberio, Mauricio y Heraclio: una caballería que combinaba lo mejor de los antiguos *lanciarum* y *sagitarum*, es decir, unidades de caballería pesada armadas con espada, lanzas y arcos, y que por ello podían cargar y romper una formación enemiga, hostigarla o deshacerla mediante una lluvia de dardos. El resto de las unidades de caballería era del tipo ligero, arqueros montados, llamados todavía a veces *sagitarum*, y a menudo reclutados entre los nómadas de las estepas del norte o entre los sarracenos de los desiertos del sur.

Todavía dentro de esta inicial división se establecían otras agrupaciones. Y así, encontramos entre las unidades de caballería pesada de lanceros y arqueros, a los bucelarios, *optimates* y federados –ya citados anteriormente– y que hacia 565 constituían unidades de élite, armadas y entrenadas por encima de la media general.

b) En cuanto a la **infantería**, se dividía inicialmente en infantería pesada e infantería ligera. La primera constituía el grueso del ejército, alrededor del 70% del total de la infantería, y solía ocupar el centro de la línea de batalla. Formaba en orden cerrado y

²⁷² HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, op. cit., p. 24.

podía usarse, ya para sostener la propia posición, ya para, en el momento decisivo, avanzar escudo contra escudo y quebrar las líneas contrarias²⁷³.

La infantería ligera, por su parte, estaba integrada por arqueros y lanzadores de jabalina, que eran llamados “perentarios”, y formaban en los extremos de la línea y en la retaguardia de la infantería pesada. El autor del *Strategikon* aconseja que su número ascienda a un tercio del total de la infantería²⁷⁴ y, a juzgar por los testimonios de los autores que narraron las guerras de Justiniano y sus sucesores, la recomendación del anónimo estratega se acercaba bastante a la realidad de su época. Los infantes ligeros eran preferentemente usados en las guerras de guerrillas que solían acontecer, sobre todo contra los eslavos, en zonas de bosque, pantanos o montañas.

Pero no todos los hombres de las distintas unidades peleaban en el mismo punto de la batalla, desempeñaban en campaña las mismas tareas o tenían como misión pelear. Por ello nos encontramos con:

- los cursores²⁷⁵, que eran los encargados de explorar el territorio y los caminos por donde debía de avanzar el ejército, a fin de que éste no fuera sorprendido por los enemigos o se extraviara por terrenos difíciles.
- los flanqueadores²⁷⁶, tropas que en la batalla estaban destinadas a envolver las alas de la formación enemiga.
- los *promachos*²⁷⁷, situados en primera línea de la infantería y dotados de una armadura más sólida y completa.
- los *ballestarii*²⁷⁸, que montaban y disparaban las máquinas de asedio y tiro pesado, tales como ballistas, heliópolis, catapultas, lobos, escorpiones, manteletes y tortugas.
- los topógrafos²⁷⁹, que levantaban mapas de las regiones por donde se adentraba el ejército, marcaban los caminos, medían las distancias y señalaban los mejores lugares para levantar los campamentos o los castella.

²⁷³ Esto sucedió por ejemplo en la batalla del río Volturno, cuando la infantería pesada encajó el golpe de la investida de la cuña formada por los guerreros francos y alamanes. Tras lo cual, cerrando de nuevo sus filas, avanzó en orden cerrado quebrando las líneas enemigas y empujando a los bárbaros al río. *Vid. Agatías*: lib. 2, 9, 1-13.

²⁷⁴ *Strategikón*: II.3.

²⁷⁵ *Strategikon*: I.3. Los *cursores* constituyen un grupo de tropas especiales destinadas tanto al asalto de posiciones enemigas como a explorar el terreno e impedir sorpresas del adversario. En Vegecio [lib. III, VI,12; lib. III, XXII,13] se especifican claramente las funciones de este tipo de tropas. Sobre el funcionamiento en la práctica de estos exploradores *vid. Coripo, Juanide*, lib. II, 190-234; lib. IV, 445-455: “*El explorador romano a caballo corría por doquier y mezclado con los latinos estaba el fiel moro que buscaba del mismo modo dónde había huellas de la tribu*”.

²⁷⁶ *Strategikon*: II.4.

²⁷⁷ *Strategikon*: II.2.

²⁷⁸ La poliorcética no se modificó a lo largo de varios siglos y así podemos ver estas máquinas descritas en acción, hacia el año 400 en: Vegecio: lib. IV, XIII, XIII; en 611-613 en el *Strategikon*: XII.22, y en 626 en la *Crónica Pascual*: p. 721, por citar sólo algunos ejemplos.

²⁷⁹ *Strategikón*: I.3.

Se constituían también grupos de defensores con la misión de repeler las acometidas del enemigo. Y los hombres que formaban los grupos puestos bajo las órdenes de los tetrarcas, que se encargaban de custodiar la retaguardia de una centuria o de un *tagma*. Había también unidades especialmente entrenadas en el arte de las emboscadas y la sorpresa.

Cada unidad contaba además con músicos, tocadores de tuba, corno y trompeta²⁸⁰; heraldos, dos por *tagma*, que debían de ser despiertos y saber leer, poseer buena voz y saber latín, griego y persa. Así como portaestandartes llamados *aquilíferos*, draconarios y *signaferi*²⁸¹. Cada *tagma* tenía dos draconarios que llevaban sus estandartes y un aquilífero que llevaba el del *meros* al que pertenecía el *tagma*, amén de los *signani*²⁸², uno por centuria, quienes llevaban el “*vexillio*”, un pequeño estandarte con el número de la centuria y el signo del *tagma* al que ésta pertenecía. Estos portaestandartes eran elegidos entre los hombres más grandes y valientes de las unidades, y sus yelmos iban coronados con pieles de oso²⁸³; durante la marcha o en los parlamentos, seguían a los jefes de sus unidades y en la batalla eran precedidos por los *antesignani* que armados fuertemente y escogidos entre los mejores luchadores, eran los encargados de proteger a los estandartes y a los hombres que los portaban.

No acababa aquí la compleja división por empleos del ejército bizantino de este periodo, pues no faltaban médicos, enfermeros y camilleros²⁸⁴, ni los hombres con la misión de recoger en la batalla las armas que se extraviaban o rompían y reponer las municiones que se agotaban. Cada *tagma* contaba también con sus propios herreros, carpinteros y armeros, así como con arrieros y conductores de carro²⁸⁵.

Además estaba el nutrido cuerpo administrativo (el *officium* al que ya antes hicimos referencia) que servía a los duques y a los *magister militum*. Por último, estaban los servidores o criados, la mayoría pagados por el propio ejército e incluidos en las listas de las unidades, aunque también había otros que servían a título de criados personales de los soldados más adinerados. Estos criados se ocupaban de las tareas más ingratas: plantar las tiendas, buscar y acarrear agua, lustrar las armas, preparar los alimentos, etc.

²⁸⁰ Vegecio: lib. III V,6; Coripo, *Juanide*: lib. I, 420-430; *Strategikon*: II.17.

²⁸¹ Vegecio: lib. II, VII; *Strategikon*: XII B.7.

²⁸² Vegecio: lib. II, VII.

²⁸³ Vegecio: lib. II, XVI; *Strategikon*: I.3.

²⁸⁴ *Strategikon*: I.3.

²⁸⁵ *Strategikon*: XII. B.7.

I.2.6. Armamento, uniformes y equipos. Los estandartes.

Como ya se dijo, el grueso de la caballería estaba formado por unidades de **caballería pesada** que combinaba las cualidades de lanceros y arqueros montados²⁸⁶. Estos hombres estaban armados con una espada larga, la *espata* de origen germánico, dos jabalinas que portaban a la espalda, dos arcos –uno de repuesto– que llevaban guardados en un amplio carcaj que colgaba del lado izquierdo de la silla de montar y que contenía de treinta a cuarenta flechas²⁸⁷. Se trataba de arcos compuestos, más potentes que los arcos de curvatura simple, fabricados del siguiente modo: la parte exterior del arco estaba hecha a base de tendones que se tensaban o destensaban, alternativa y contrariamente a las secciones que conformaban la parte interior del arco, hecha con hueso, madera o asta de animal; estas secciones se soldaban fuertemente entre sí por medio de una potente cola natural realizada a base de cocer pieles y espinas de pescado.

Estos arcos desarrollaban tal potencia que significaron una auténtica revolución militar²⁸⁸, pues eran capaces de lanzar flechas que podían atravesar la más fuerte armadura a más de 150 m de distancia y de ser mortales para hombres desprotegidos que se hallaran a 300 m o más del arquero. El arco compuesto o corcovado se conocía desde el III milenio a.C., pero en esa época no superaba los 80 cm de longitud y por lo tanto su potencia era mucho menor; de ahí que sus inventores, los escitas, fueran superados en el siglo III a.C. por la caballería pesada sármeta, la cual era invulnerable a los dardos de este arco escita. Los hunos, en el siglo IV, alargaron este tipo de arco por encima de los 110 cm. de longitud, con lo que el viejo arco compuesto fue dotado de una potencia terrible que barrió, literalmente, la Eurasia de fines del siglo IV y de la primera del V. No sabemos cuándo adoptaron los ejércitos de la Romanía el gran arco compuesto o asimétrico huno²⁸⁹, pero es muy probable que lo hicieran en los años

²⁸⁶ GOLDSWORTHY, A., *Grandes generales...*, *op. cit.*, p. 424. Procopio [*Guerra persa*: lib. I, 8-11, pp. 34-35] describe perfectamente este nuevo tipo de soldado y lo contrapone al viejo legionario, mostrando en su opinión cuán superior era el primero sobre el segundo.

²⁸⁷ *Strategikon*: I.2. En esta obra escrita en 612 se describe pormenorizadamente su armamento, el mismo básicamente que describe Procopio para 530 en su *Guerra persa*: lib. I, 12-17, p. 36.

²⁸⁸ Una excelente descripción del impacto que el arco compuesto introducido por los hunos en Europa en los siglos IV y V tuvo sobre el arte de la guerra y la historia europea en HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 204-207. Un ejemplo de la potencia de estos arcos la da el siguiente ejemplo: en 1753, un viajero inglés asistió a una demostración de tiro con este tipo de arco que todavía era usado por los otomanos, en donde el arquero turco Hassan Agá lanzó una de sus flechas a la distancia de 534 m.

²⁸⁹ Nadie que sepamos, ha especificado que era éste el arco utilizado por las tropas de Heraclio, Mauricio y Justiniano. No obstante, si uno lee atentamente las fuentes la cuestión es diáfana y evidente: por ejemplo, cuando Procopio menciona episodios en los que aparecen juntos jinetes hunos y romanos de su tiempo usando el arco contra sus enemigos [*Guerra gótica*: lib. V, 27, 26-29] no distingue entre el arco de los primeros y el de los segundos. Dado que la arqueología ha puesto de manifiesto que el arco compuesto era el arma de todos los pueblos de la estepa, es decir, de aquellos a los que Procopio se refiere con el nombre de “hunos”, el hecho de que no se haga distinción entre el arco usado por los romanos y sus aliados hunos en ningún momento entre 527 y 630 habrá que entenderlo como que se trata de una misma arma. Esto mismo se deduce de los múltiples pasajes de Procopio [*Guerra gótica*: lib. V, 22, 2-11] donde

posteriores al 469, fecha en la que el último de los hijos de Atila que aún sobrevivía se refugió con los restos de su horda en el Imperio²⁹⁰. Estos hunos fueron asentados en la provincia de Scythia, en la actual Dobrudja rumana, en el delta del Danubio, y es muy probable que, dado que por el tratado firmado con el Imperio se obligaban a servir como tropas auxiliares en los ejércitos imperiales, fueran ellos los que enseñaran a los romanos el uso y fabricación de dicha arma. En cualquier caso, Procopio parece mostrar en su *Guerra Persa* que aunque la nueva arma era ya algo establecido y común entre los soldados de caballería hacia el 530, su uso era relativamente nuevo y sorprendente para los profanos en la materia. De esto se deduce que el arco compuesto se introdujo, con casi toda seguridad, durante los reinados de Zenón (474-491) y Anastasio (491-518) o que su uso se generalizó durante los mismos.

No es cuestión baladí sentar la historia del arco compuesto y aclarar su efecto y potencialidad táctica, pues esta arma fue responsable en buena parte, de las grandes victorias logradas en época de Justiniano y sus sucesores, sobre vándalos, *mauri*, ostrogodos y persas²⁹¹. Fue toda una “sorpresa táctica” que el enemigo principal de la Romanía, Persia, también introdujo en sus ejércitos y que le obligó además, a equipar a su caballería con un yelmo y una armadura aún más pesada y capaz de contrarrestar en parte el nuevo arco romano, que pasó a ser el distintivo principal del soldado bizantino de caballería pesada de los siglos VI y VII²⁹².

Por lo demás, estos soldados protegían su cabeza con un yelmo de bronce o hierro, acolchado en su interior, coronado con plumas pequeñas y que contaba con protectores para la nariz y las mejillas. Su cuerpo, de la cabeza a los tobillos, se enfundaba en una cota de mallas abrochada a las muñecas y a las botas. Un escudo y a veces se

se narran acciones de los soldados romanos con sus arcos. Indefectiblemente siempre se alude a la gran potencia de estas armas, a cómo lanzaban dardos a gran distancia que atravesaban escudos y armaduras, lo que sólo puede hacerse con el arco compuesto y no con el de curvatura simple. Por último, el *Strategikon* menciona el tiro con arco al modo de los ávaros como aquel en el que han de ser entrenados los jinetes y aconseja imitar a éstos en todo lo referente a esta arma: carcaj, flechas, etc. Dado que el autor del *Strategikon* al analizar el modo de combatir de los ávaros no ve nada de singular en el arco utilizado por éstos, habrá que deducir que era el propio. *Strategikon*: XI, I; I, I.

²⁹⁰ HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, p. 456

²⁹¹ Los soldados de la Romanía eran conscientes de la importancia de los arcos para lograr sus victorias. Procopio lo confirma recogiendo las palabras pronunciadas por Belisario cuando explicaba sus victorias sobre los godos: *La diferencia-sostenía él- era que prácticamente todos los romanos y sus aliados los hunos son buenos arqueros a caballo, mientras que ni uno sólo de los godos tienen práctica en este tipo de acción, sino que, por el contrario, sus soldados de caballería acostumbran a emplear únicamente lanzas y espadas, y sus arqueros entran en batalla a pie y cubiertos por los hombres con armamento pesado*. Procopio, *Guerra gótica*: lib. V, 27, 27-28.

²⁹² A tal punto que el emperador Heraclio no desdeñaba combatir junto a sus hombres usando el arco y la lanza. Jorge de Pisidia, *Expediitio pérsica*: 3, 80-90.

completaba el armamento de estos soldados con un peto o coraza, especialmente en el caso de los oficiales de rango y de los *optimates* y bucelarios²⁹³.

En algún momento entre 560 y 580 comenzó a popularizarse entre ellos el uso del estribo, el cual permitía mayor estabilidad y llegado el caso, una embestida más segura y sobre todo más fuerte. No obstante, parece que el uso del estribo no se generalizó hasta, por lo menos, los días de Heraclio. También se adoptó la silla de montar de tipo avárico, más sólida y amplia que las romanas y que se ataba al caballo con cuatro cinchas, lo que aumentaba notablemente su estabilidad. Del arzón de esta amplia silla colgaba una bolsa de cuero que el soldado, en previsión de necesitar una súbita persecución o emprender la huída, debía de llenar con los alimentos necesarios para tres días²⁹⁴. En cuanto a los caballos, llevaban la cabeza protegida con placas de metal y cuero, especie de yelmo equino que, como el de sus jinetes, solía coronarse con plumas. Los caballos protegían también su pecho con un peto de hierro y sus flancos, al menos hasta la mitad del cuerpo, con largas y rígidas gualdrapas de cuero o fieltro acolchado²⁹⁵.

Los catafractas y clibanarios usaban un yelmo más pesado, de tipo persa, completamente cerrado y con sólo una abertura para los ojos. Su cota de mallas y su coraza eran también más pesadas, llevaban a menudo grebas y no portaban arco ni jabalinas, sino una larga y pesada lanza que servía para cargar contra el enemigo. Además de espada larga, solían llevar pesadas hachas o mazas y sus caballos iban más protegidos aún que los anteriores.

La caballería ligera, solía estar armada de espada, a menudo el sable curvo de los nómadas del norte o la corta y recta espada de los sarracenos de los siglos VI y VII; arco ligero o compuesto, de treinta a cuarenta dardos, un par de venablos y en ocasiones, un pequeño escudo de cuero. Llevaban también –no siempre– yelmos ligeros y a veces, muy raramente, una corta cota de mallas.

En cuanto a la **infantería** pesada, su recuperación por los ejércitos de Justiniano fue uno de los mayores éxitos de su política militar y, paradójicamente, el que permanece en el más absoluto olvido por parte de los historiadores. El *De rei militari*²⁹⁶ de Flavio Renato Vegetio, compuesto a fines del siglo IV o en los primeros años del V, nos informa que la infantería romana había abandonado la sana costumbre de llevar el

²⁹³ La descripción del armamento de estos soldados puede encontrarse a lo largo de todas las obras de Procopio, Agatías, Menandro, Teofilacto y Pisidia, pero la más exacta y pormenorizada se halla en el *Strategikon*: I.2.

²⁹⁴ *Strategikon*: I.2.

²⁹⁵ *Strategikon*: I.2.

²⁹⁶ El segundo tratado militar más influyente de la historia, sólo superado por el *De la guerra* de Von Clausewitz (1780-1831). La obra de Clausewitz tuvo y tiene aún una enorme influencia, no sólo en el ámbito militar sino también en el político, diplomático, filosófico y literario. Hasta entonces, la obra militar de referencia era la de Vegetio, quien, por ejemplo, era el autor favorito de Napoleón: CLAUSEWITZ, K., *De la guerra*. Madrid, 1992.

yelmo, la cota de mallas, el peto y las grebas. Vegecio cuenta que el responsable de tal desaguizado fue el emperador Graciano (375-383), quien, ante los ruegos de los soldados, les permitió desprenderse de estas protecciones, útiles pero pesadas y fatigosas de llevar en los entrenamientos diarios y en las marchas²⁹⁷. Dado que la infantería romana seguía peleando en orden cerrado, en filas ordenadas y escudo con escudo, la decisión de Graciano fue letal para el ejército romano: apiñados en las ordenadas filas, protegidos sólo por el escudo y por un caparacete, las tropas romanas eran ahora fácil presa de las flechas y de los venablos y jabalinas de los bárbaros. Y si se llegaba al cuerpo a cuerpo –antes situación sumamente ventajosa para las legiones– los infantes romanos eran ahora tan vulnerables a los lanzazos y mandobles de las armas enemigas como lo eran los bárbaros frente a las armas romanas, pero con el problema añadido de que, al disponer en su apretado orden de combate de menos facilidad de movimiento del que disponían sus enemigos (alineados en formaciones no regulares y más sueltas), eran un blanco más fácil para las armas de corto alcance de sus contrarios, del que éstos representaban para las de ellos. Por todo lo dicho, las formaciones romanas, incapaces de aguantar la granizada de proyectiles, o de soportar el encontronazo con la cuña bárbara, se disolvían y eran derrotadas con facilidad y, a menudo, aniquiladas²⁹⁸.

No obstante, la infantería seguía siendo el arma más numerosa del ejército romano y a lo largo del siglo V y del primer tercio del VI, siguió desempeñando el papel principal en las batallas de la época, logrando –aunque muy raramente– la victoria, como en la batalla de los Campos Cataláunicos (451), pero obteniendo, con mucha mayor frecuencia, sonoras derrotas, como la que sufriera frente a Alarico en 410, en la vía que conectaba Rávena con Roma; la de Soissons (486) frente a Clodoveo, o la recibida por la infantería de Anastasio de manos de los persas frente a Nisibe (503).

Justiniano debió de llegar a la conclusión de que, dado que la infantería mantenía su táctica de pelear en orden cerrado, era urgente volver a dotarla de armas y entrenamiento adecuados para que pudiera pelear eficazmente. Así la infantería recuperó protagonismo poco a poco, a lo largo del siglo VI. En Daras (530) y en Calínico (531), sólo una pequeña parte de la infantería estaba armada adecuadamente para formar en orden cerrado y constituirse así en una pieza eficaz en la batalla. Por ello, Belisario se limitó a situarla tras trincheras defensivas y a darle un papel puramente estático y de control de la posición previa²⁹⁹.

En 554, en la batalla del río Volturno, la infantería pesada de Narsés aparece ya armada, a lo largo y ancho de todo el cuadro central, con yelmo de metal dotado de

²⁹⁷ Vegecio: lib. I, XX, 3-11.

²⁹⁸ Arther Ferrill ha hecho hincapié en esta circunstancia y la ha situado como centro de su explicación de las causas militares que llevaron a la caída del Imperio Romano de Occidente: FERRILL, A., *La caída del Imperio Romano...*, *op. cit.*, pp. 124-129.

²⁹⁹ Procopio, *Guerra persa*: lib. I, 13.

protectores para la nariz y las mejillas, cota de mallas, peto, escudo y en la pierna derecha, al menos y con frecuencia en las dos, con grebas³⁰⁰. Resultado: la infantería no se limita a encajar el tremendo golpe de la formación en cuña de los 35.000 alamanes y francos que se le vienen encima, sino que, rehaciendo disciplinadamente su quebrada línea de batalla y en el momento decisivo (como había hecho en los viejos días de gloria anteriores a Adrianópolis) avanza, espada y lanza en mano, empuja hacia atrás al enemigo y, en mitad de una matanza espantosa durante la cual los infantes de Narsés no pierden el orden, lo desbanda hasta el río donde los bárbaros son arrojados.³⁰¹

De esto concluimos que, en algún momento entre 527 y 552 (como hemos visto, el proceso estaba en mantillas en 530) la infantería de Justiniano recuperó su armamento pesado y en consecuencia, pudo volver a luchar y vencer tan eficazmente como antes. A partir de las campañas de Narsés en Italia podemos ver cómo la infantería recupera protagonismo y lucha con éxito en los diversos frentes. Así, en una batalla de la guerra librada con Persia en Cólquide y el Cáucaso (554-557), la infantería resiste la carga de la caballería persa y la hace retroceder; o en la gran batalla de Melitene (575), la infantería de la Romania formó un cuadro tan sólido y disciplinado que, escudo contra escudo y protegida por sus yelmos y armaduras, quebró las cargas de caballería y las granizadas de dardos que el Sha persa Cosroes I ordenaba, logrando al cabo poner en fuga al ejército en tal desorden que el “rey de reyes” persa sólo pudo salvarse cruzando apresuradamente el río y en mitad de un pánico tremendo, sobre el lomo de su elefante³⁰². O incluso en 636, en Yarmuk, el avance en orden cerrado de la infantería pesada del *Magister militum per Armeniam*, Jorge, estuvo a punto de inclinar la victoria del lado de los romeos³⁰³. Lo impidió, en último término, el quebrado terreno y la traición de gran parte de los contingentes de los nobles armenios y de los filarcas gasánidas, permitiendo a los árabes envolver y destrozar a la infantería del magister Jorge.

Todavía daremos un último y directo testimonio a favor de nuestra tesis de la recuperación por Justiniano y sus sucesores de la infantería pesada, de sus armamentos y de su tradicional forma de combate: el orden cerrado. Es el proporcionado por Jorge

³⁰⁰ Agatías: 2, 8,1-5. Debido a la complejidad de los términos militares que Agatías emplea en este pasaje hemos preferido usar para el mismo la traducción que M. Morfakidis Filactós, profesor de filología griega de la Universidad de Granada y director del Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, nos ha ofrecido gentilmente y que pone de manifiesto no pocos detalles que quedan ocultos en la simplificada versión que Ortega Villaro nos ofrece en su traducción española de la obra de Agatías.

³⁰¹ Agatías: 2, 9,1-13.

³⁰² Teofilacto Simocata: III, 14, 1-11.

³⁰³ Agatías resalta numerosas veces el destacado papel de la infantería pesada en los combates, por ejemplo, *vid.* Agatías: 3, 20,1-10. En cuanto a Yarmuk, puede consultarse la monografía de D. NICOLLE, *Yarmuk 636 a. C.* Madrid, 1995, pp. 65-66 y sobre todo el capítulo que Haldon dedica a la batalla: HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, pp. 59-66. Un análisis más superficial y moderno en WEIR, W., *50 batallas...*, *op. cit.*, pp. 177-181.

de Pisidia, que fue testigo directo de la campaña del emperador Heraclio contra los persas en 622, el cual recoge en los siguientes versos el entrenamiento de su ejército:

“La formación de los ejércitos seguía un preciso orden: primero los trompetas, después las falanges de los portadores de coraza, los lanceros, los arqueros y de los armados de espada. Terrible se elevaba el tumulto de las cotas de malla entretejidas de hilos de acero, sobre las cuales, el fulgor del sol, rompiéndose con mutuos reflejos, mandaba relampagueantes resplandores.

Cuando aquéllos que estaban formados como enemigos cerraron firmemente sus filas, se vió una muralla de bastiones acorazados, y, llegados a chocar uno contra otro las divisiones de los dos partidos, por todas partes rechazaron asaltos furiosos las espadas contra los escudos y los escudos contra las espadas.”³⁰⁴

¿Qué tenemos aquí? Una vez más la evidencia vívida y transmitida por un testigo directo de que la infantería bizantina de este periodo estaba armada como una infantería pesada; es decir, provista de cota de mallas y de coraza. Así como de que dicha infantería peleaba en orden cerrado, escudo contra escudo, en filas ordenadas y apretadas.

Es el estudio atento de todo lo anterior, lo que nos lleva a afirmar que fue durante el reinado de Justiniano cuando se produjo una elevación de la capacidad de lucha de la infantería y cuando ésta recuperó su armamento pesado, si no del todo, sí en buena medida. Puede que sus sucesores la descuidaran un tanto, ya que Tiberio y Mauricio mostraron su predilección por la caballería pesada de lanza y arco. El autor del *Strategikon* se queja indicando que la infantería necesita nuevamente de atención, pues es indispensable para lograr la victoria³⁰⁵. Pero pese a todo, la infantería de línea no volvió a caer después de Justiniano en los bajos niveles de antes del 530 y se mantuvo en un nivel de equipamiento y eficacia bastante aceptable hasta por lo menos el 641.

Su armamento, según aparece en Agatías y el *Strategikon*³⁰⁶, era el siguiente: yelmo con protectores para las mejillas y la nariz, a veces incluso con visera; cota de mallas larga, complementada a menudo —especialmente para los soldados que formaban en las primeras filas— con peto o coraza, grebas de metal y a veces de madera, escudo elíptico del mismo tipo que se había impuesto entre las legiones a partir de la segunda mitad del siglo III, espada larga del modelo “hérulo”, y lanza pesada y larga. Por su

³⁰⁴ Jorge de Pisidia, *Expediio persica*: I, 130-140.

³⁰⁵ *Strategikon*: XII, B. Así lo expresa el autor en el preámbulo del lib. XII de la obra dedicado en exclusiva a la infantería.

³⁰⁶ Agatías: lib. 2, 8,4-5; *Strategikon*: XII, B, 4, ambos describen el armamento de la infantería pesada. Tanto en la descripción de Agatías (que escribe en 580) de la campaña de Narsés del 554, como en el *Strategikon*, escrito hacia 612, el equipamiento del soldado de infantería pesada es exactamente el mismo. Esto certifica nuestra tesis de que la restauración del equipo y forma de combatir de la infantería pesada fue una obra de Justiniano, conservada por sus sucesores. Otra prueba la tenemos en Teofilacto Simocata [II. 6.1-13] cuando, al narrar la campaña contra Persia del 586, ofrece el relato de la hazaña de un soldado de infantería perteneciente a la *legio IIII phartica*, una unidad de infantería *limitanei* asentada en Beroea. Describe al héroe provisto de yelmo y armadura, y tanto él como sus compañeros recibieron como premio por sus hazañas no sólo plata y oro, sino armaduras y petos tomados a los persas.

parte, la infantería ligera estaba armada de arco, carcaj con 30-40 flechas, dos jabalinas y espada³⁰⁷. Su casco, su escudo y su peto –de poseerlos– eran de cuero o de mimbre. Algunos de estos hombres llevaban también la temible ballesta de mano bizantina, el *solenarion*³⁰⁸. La infantería ligera era indispensable como fuerza de descubierta y de combate en terrenos difíciles. Comenzaba el combate y cuando el enemigo cargaba, se retiraba tras la infantería pesada y arrojaba, desde la retaguardia, una lluvia de dardos sobre las filas enemigas. Si el contrario era desbandado, la infantería ligera, junto con la caballería, perseguía a los restos enemigos.

En cuanto a los uniformes y ropas de los soldados³⁰⁹, los integrantes de cada *tagma* pintaban del mismo color sus escudos, llevando cada *tagma* uno distinto; si esto no bastaba para diferenciarlos, llevaban un distintivo, lo que permitía al *estrategos* tener una idea visual inmediata de dónde estaba cada *tagma* en cualquier momento y lugar de la batalla³¹⁰.

Las ropas de los soldados de infantería eran de lana o de lino, amplias y compuestas por una túnica de tipo gótico que llegaba a las rodillas; unas calzas (antaño tomadas de los sajones) y unas botas romanas de cuero, siempre de color negro. Y es que los soldados de la Romania no siguieron el consejo dado por el viejo *estrategos* que escribió el *Strategikon* y seguían usando sus tradicionales botas negras³¹¹, emblema del soldado romano desde los días de la primitiva República, en vez de los zapatos góticos recomendados por el mencionado autor. Estas botas góticas, eran –en descripción del viejo *estrategos*– unas botas cortas con suela reforzada y dos hebillas, más ligeras y resistentes que las romanas. Los soldados de infantería y los de las guardias, gustaban de engalanarse con vistosas gorras de vivos colores que colocaban sobre sus yelmos. Los cinturones búlgaros, también inútilmente desaconsejados por el autor del *Strategikon* por su aparatosidad, hacían furor en las últimas décadas del siglo VI³¹².

La caballería, por su parte, iba vestida también con túnicas de lana o lino, con frecuencia de color blanco, a las que añadía unos pantalones de cuero al estilo persa que facilitaban montar a caballo. No obstante, su prenda más representativa era el manto ávaro, una excelente prenda de vestir –esta vez muy recomendada por el *Strategikon*–

³⁰⁷ *Strategikon*: XII, B, 5.

³⁰⁸ *Strategikon*: XII, B, 5; HALDON, J., “Solenarion-The Byzantine Crossbow”. *Historical Journal of University of Birmingham*, 12 (1970), pp. 155-157.

³⁰⁹ *Strategikon*: XII, B, 1.

³¹⁰ *Strategikon*: XII, B, 4; I, 2. Estos pasajes señalan complementándose respectivamente, que el escudo de los soldados así como las banderas y estandartes de cada uno de los *tagmas*, deben de ir marcados con el mismo color y emblema para facilitar su localización en el campo de batalla por el *merarca* y el *estrategos*.

³¹¹ Todavía en 622, la bota negra era hasta tal punto signo definitorio del soldado de la Romania, que el emperador Heraclio, al entrenar personalmente a sus soldados y para demostrarles que se consideraba uno de ellos, calzó las botas negras en lugar de las púrpuras que eran las que correspondían a un emperador. Jorge de Pisidia, *Expediitio Pérsica*: 3, 115-120.

³¹² Acerca de las distintas prendas de vestir del soldado de los siglos VI y VII, *vid.* NICOLLE, D., *Romano-Byzantine Armies...*, *op. cit.*, pp. 9-11.

hecha de piel o fieltro, con una capucha y amplias mangas, así como correas que permitían abrocharla por encima del pecho y alrededor de la cintura, formándose entonces un amplio y cómodo abrigo³¹³. Esta capa otorgaba múltiples beneficios: su amplitud permitía usar, sin trabas y en cualquier momento, el arco y el resto de las armas; además, al ser impermeable, mantenía a salvo de la lluvia y del rocío matutino las armas, impidiendo que se oxidaran el yelmo y la cota de mallas. El manto avárico ofrecía también una protección extra contra las flechas y, por si fuera poco, al cubrir por completo al jinete durante la marcha, impedía que el enemigo lo localizara al ver el reverberero del sol sobre el pulido metal de la cota de mallas, el peto o el yelmo.

Por último, los cuerpos de guardia imperiales, amén de las coloridas gorras antes citadas, gustaban de vistosos uniformes adornados con complicados motivos bordados sobre telas de colores diferentes para cada uno de los cuerpos de guardia. Todos los guardias imperiales, fueran del cuerpo que fueran y tuvieran el uniforme que tuvieran, usaban capas de color blanco, tal y como venía siendo tradicional desde la instauración de la guardia pretoriana por Augusto³¹⁴.

En cuanto a su aspecto personal, los soldados portaban con frecuencia largas cabelleras, aunque a fines del reinado de Justiniano y sobre todo con Mauricio y Heraclio, se volvió a imponer obligatoriamente y como muestra de disciplina, el pelo corto y el rostro afeitado o con una barba corta y cuidada, quedando la barba larga para los oficiales y mandos, quienes las llevaban como signo de distinción y autoridad³¹⁵. En cuanto al equipo, tenemos también noticia detallada del mismo. Por ejemplo, cada decarquía de caballería disponía de un carro ligero de dos ruedas tirado por una mula, que transportaba la tienda de campaña en la que se albergaba. Esta tienda era de estilo avárico, una yurta de fieltro, redonda y de techo en forma de cúpula. Eran impermeables, rápidas de montar y mayores que las romanas, pues alojaban a dos hombres más que el antiguo *contubernio*. Junto con la tienda, el carro transportaba el resto del equipo de la decarquía, a saber: un molino de mano, una sierra, un hacha, martillos, un cesto de esparto, mimbre o piel; un saco, una guadaña pequeña, dos palas, un pico, una azuela, un rollo de cuerda, flechas suplementarias dispuestas en haces de cuarenta dardos y jabalinas de repuesto que eran transportadas en una especie de armero que permitía guardarlas y sacarlas con suma rapidez³¹⁶.

El *tagma* disponía además de carros más pesados, de cuatro ruedas, donde se transportaba la harina con la que se hacía el popular *bucellum*, el vino, el aceite y la carne salada, así como el pienso y el forraje de los caballos. Otras carretas del *tagma* se ocupaban de llevar armas de repuesto, ballistas y demás máquinas de guerra, materiales

³¹³ *Strategikon*: I, 2.

³¹⁴ NICOLLE, D., *Romano-Byzantine Armies...*, *op. cit.*, pp. 8-9.

³¹⁵ *Strategikon*: XII, B, 1; NICOLLE, D., *Romano-Byzantine Armies...*, *op. cit.*, pp. 9-10.

³¹⁶ *Strategikon*: I, 2; XII, B, 6.

para construir puentes portátiles y las herramientas, fraguas portátiles y bancos de los carpinteros y herreros del ejército³¹⁷.

Si el terreno era difícil y era necesario apresurarse, se cargaba lo imprescindible en las mulas y se dejaba los carros atrás. Éstos, dotados de una pequeña escolta, continuaban dando un rodeo y con su paso lento, uniéndose más adelante al ejército.

Los estandartes.

En la época que describimos y hasta los días de los Comnenos, los ejércitos de la Romania portaban como estandarte principal, grandes cruces de oro o plata cubiertas de piedras preciosas. Estas cruces tenían el mismo simbolismo que antaño tuvieron las águilas de las legiones que Mario introdujera allá por el año 100 a. C., representaban la unidad y su honor. El paralelismo es completo si se tiene en cuenta que el portaestandartes designado para llevar estas cruces era el mismo que antaño llevara el águila de las legiones: el *aquilífero*³¹⁸, que en los días de Justiniano, Mauricio o Heraclio, conservaba su viejo nombre y función, pero que ahora portaba la enjoyada cruz en vez del águila de plata.

A menudo, como en los viejos tiempos sucedía con las águilas, estas cruces eran otorgadas por el propio emperador y en una cartela situada en el pie de la cruz se consignaba el nombre de la unidad a la que era entregada y a la cual representaba desde ese momento. El valor simbólico de estas cruces era enorme: presidían, en el lugar de honor, el campamento y los actos de su unidad, y perderla a manos del enemigo era una mancha terrible para el honor del tagma, *moira* o *meros* al que representaba; por el contrario, el recuperar estas cruces de manos del enemigo constituía todo un honor. Así no nos sorprenderá la alegría de Nicéforo Focas, en los años sesenta del siglo X, cuando durante sus campañas de Siria, se hizo con varias cruces de este tipo, estandartes que las tropas de los romeos habían perdido a manos de los árabes más de trescientos años atrás, durante los días de Heraclio y sus sucesores. Todavía en los días de Juan Comneno, en 1137, cuando el emperador asediaba la ciudad árabe de Shayzar (la antigua Cesarea del Orontes), el emir de la ciudad, para intentar congraciarse con Juan le envió una preciada cruz de este tipo que el emperador Romano Diógenes había perdido en 1071 en Manzikert al ser derrotado por los turcos seljúcidas³¹⁹.

Además de las enjoyadas cruces de las que hemos hablado, las unidades bizantinas conservaban viejos emblemas romanos como ocurría con la *legio IIII* que peleó en las campañas de Mauricio contra los persas en la década del 580: la citada legión

³¹⁷ *Strategikon*: XII, B, 6 y 18.

³¹⁸ *Strategikon*: XII, B, 7; Vegetio: lib. II, VI, VII, XII.

³¹⁹ HALDON, J., *Warfare, State and Society...*, *op. cit.*, p. 22.

conservaba el minotauro como emblema, el mismo símbolo que le fuera otorgado en el siglo III³²⁰.

También los *dracones* sobrevivieron como emblema de los tagmas bizantinos hasta el siglo VII, pues los *draconarii*, los hombres encargados de portarlos, aparecen citados una y otra vez a lo largo de todo el periodo que va desde Justiniano a Heraclio. El *draco*, que había sido adaptado por las legiones como símbolo durante el siglo III y en los años iniciales del IV, era de origen sármata o dacio, siendo más posible lo primero, pues los sasánidas también lo usaban. El *draco* consistía en una cabeza de dragón de bronce de la que se proyectaba una larga cola de tela que a veces recibía el nombre de “cola de serpiente”. Al parecer, al lanzarse el *draconarii* a la carrera, el aire que se introducía en la boca abierta del draco y que agitaba la larga cola de tela, producía un inquietante sonido que alteraba los nervios del enemigo³²¹.

Por último, los *vexillia* o *vexillio*, al igual que las flámulas, eran pequeños estandartes verticales hechos de tela, a menudo roja, en donde se podía leer el nombre o número de la centuria a la que representaban y el tagma al que pertenecía. Sabemos que estas banderas permanecieron hasta bien entrado el siglo VII, pues Jorge de Pisidia, testigo visual de la campaña de Heraclio contra los persas de 622, las menciona con el nombre de “flámulas” en la descripción de una escena de adiestramiento³²².

³²⁰ Teofilacto Simocata: II, 6,9; RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J., *Historia de las legiones...*, *op. cit.*, vol II, pp. 450-452; CELIA SASTRE, B., “¿Qué legión IV reclutó Alejandro Severo?”. *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua, 11 (1998), pp. 261-269. Existe una gran polémica sobre quién reclutó esta legión: la gran mayoría de los eruditos apuesta por Diocleciano, mientras que Celia Sastre atribuye su fundación a Alejandro Severo.

³²¹ Son numerosos los textos que nombran con el antiguo nombre latino a este portaestandartes, el “draconario”, que en los siglos VI y VII portaba el estandarte de la *moira*. Aparece en el *Strategikon*: XII, B, 7; Juan Lydo: I, VI, y en Vegetio: I, XX, 7. Se puede pues establecer una cadena desde comienzos del siglo V hasta la primera mitad del VII. La pervivencia del draconario y de su estandarte -el *draco*- es una muestra más de la persistencia de elementos militares romanos de los siglos III y IV en los siglos VI y VII. G. Dennis, traductor del *Strategikon*, duda (p. 140) de la persistencia del draconario en el siglo VII, señalando que podría ser un arcaísmo literario usado por el autor. En nuestra opinión, no existe duda de la persistencia, ya que la idea del arcaísmo literario se contradice con la filosofía de la obra: el autor del *Strategikon* manifiesta repetidamente su intención de escribir un manual práctico, sin alusiones literarias, y en donde los términos, directos, cotidianos y prácticos ayudaran a su comprensión. En este contexto, el uso de un arcaísmo latino no tendría sentido si no fuera una realidad práctica y cotidiana comprensible por todos; además el *Strategikon* ofrece otra prueba definitiva de la existencia del draco y del draconario, que el traductor ha pasado por alto, pues cuando trata de los colores de las banderas del *meros*, *moira* y *tagma* [I.2] usa el término “serpentina” para aludir a la bandera o emblema de la *moira*. Sólo al draco puede referirse esta denominación, primero porque era también conocido como “cola de serpiente” y, segundo, porque es el único estandarte que se adecua a la imagen expresada por el autor con su denominación; las otras banderas, el *bandon* y la *vexilia*, usadas en este tiempo eran de forma rectangular y no alargada. Sobre Juan Lydo *vid.* BANDY, A.C., *On Powers, Ioannes Lydus*, Filadelfia, 1983. Por último, acerca del uso del draco por los sasánidas *vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 210; FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, p. 22.

³²² Jorge de Pisidia, *Expeditio Pérsica*: 2, 80-90, con la mención de las flámulas (*flammeum vexillum*) tal y como aclara Pertusi (n. 80, p. 151). Sobre este estandarte *vid.* también: Constantino Porfirogeneta, *De administrando Imperio*: I, 29, 39, en la edición bilingüe *Constantine Porphyrogenitus, De administrando imperio*. Texto griego ed. por Gy. MORAVCSIK y trad. inglesa de R.J. H. HENKINS. *Corpus Fontium Historiae Byzantinae*, *Dumbarton Oaks Texts*, I (Washington D.C. 1967); vol. II, comentario, Londres, 1962.

Las banderas y estandartes no sólo tenían una misión simbólica o identificativa, sino que eran esenciales en el combate, pues con ellas se lograba mantener agrupados a los hombres de la unidad que representaban, además de que era mediante los movimientos de banderas y estandartes como se transmitían buena parte de las órdenes durante la batalla o los ejercicios de entrenamiento táctico. Jorge de Pisidia, testigo de la primera campaña persa de Heraclio del 622, plasmó lo anterior en los siguientes versos:

“y se inclinaron hasta el suelo, como aéreas llamas, las empenachadas cimas de los estandartes, cuya ágil combinación señala desde lejos los movimientos tácticos y son vistos por todos como desde cerca”³²³.

I. 2.7. *Disciplina, moral y entrenamiento.*

Ya hemos mencionado que una de las características esenciales del ejército de Justiniano y sus inmediatos sucesores, que explica su superioridad sobre otros ejércitos de su tiempo y lo conecta directamente con los anteriores ejércitos romanos, fue la del mantenimiento en su seno de una fuerte disciplina, y un continuo y reglamentado entrenamiento.

En efecto, Agatías, en su relato de las campañas de Narsés en Italia, pone en boca de este gran general un discurso que expresa de forma clara y vehemente, hasta qué punto los contemporáneos de los años finales de Justiniano eran conscientes de que, en último término, el soldado que servía bajo los estandartes de la Romania ponía buena parte de sus esperanzas y apoyaba buena parte de su superioridad en la práctica constante de las viejas virtudes romanas de disciplina y entrenamiento:

“... en cuanto a su superioridad numérica, de la que el enemigo tanto se jacta, nosotros hemos demostrado que le somos muy superiores en disciplina y organización, son estas cualidades profesionales las que garantizan nuestras cabezas.”³²⁴

No era una opinión aislada la que manifestaba Narsés por medio de la pluma de Agatías; muy al contrario, era una realidad sentida y expresada por todos los contemporáneos. Flavio Cresconio Coripo, al cantar la guerra contra los *maurii* llevada a cabo por Juan Troglita, recogía unas palabras que el insigne general pronunció ante sus oficiales y los nobles de África, y en las que se contraponían las virtudes bélicas de los *maurii* y los romanos:

“¡Qué pueblo tan inflexible se desplomó ante vuestros pies, compañeros! Ni en la salvaje Persia ni entre los pueblos del Albis, ví a un pueblo tan dispuesto a morir, que ofreciera de este modo su cuello a la muerte, que así acometiera al contrincante. Cuántas veces obligué a huir al enemigo derrotado, tantas veces volvió con expresión desafiante y amenazadora,

³²³ Jorge de Pisidia, *De expeditio persica*: 2,79-81.

³²⁴ Agatías: 1,16,9.

gritando con estrépito y dando saltos con fiereza. Sin embargo, se retiró doblegado por nuestra inigualable disciplina y el poder de nuestro Dios.”³²⁵

De la misma manera y por medio de Agatías, lo expresaba Belisario a sus soldados al conducirlos contra una horda protobúlgara en 558:

“Pero si conservamos frías nuestras cabezas y mantenemos nuestro buen orden y nuestra tradicional disciplina, y actuamos con eficacia, conocerán de nosotros, a sus expensas, que el provecho del entrenamiento consciente y reiterado, recibido convenientemente y con anticipación, es en todos los aspectos infinitamente superior al del hombre que es obligado a improvisar desesperadamente ante la extrema necesidad”.³²⁶

Los militares y civiles de la Romania eran pues conscientes del valor de la disciplina y el mantenimiento de la misma era uno de los primeros cuidados que el emperador y sus generales tenían constantemente en mente. De hecho, sorprende que en un ejército tan variado en su composición, la disciplina se mantuviera tan férreamente y que lo hiciera de un extremo al otro del cuadro militar asegurando la fidelidad casi universal y constante, de generales y de tropas al Imperio y a su emperador. Evagrio Escolástico, hacia 594, se percató de la extraordinaria solidez que esta fidelidad, basada en la disciplina, la moral pública y la fe religiosa, confería al trono del soberano asentado en Constantinopla:

“Desde la época en la que el renombrado emperador Constantino alcanzara el poder y fundara la ciudad que lleva su mismo nombre, dedicándola a Cristo, me parece a mí que ninguno de los que en dicha ciudad han reinado, exceptuando al pagano emperador Juliano, ha sido muerto por sus enemigos, nacionales o extranjeros, o ha sido derrocado por ellos; excepto Basilisco, quien derrocó a Zenón, quien, sin embargo, lo derrocó a su vez y le dio muerte. Acepto, también, otra excepción, la de Valente, quien falleció luchando contra sus enemigos tras haber infligido grandes daños a los cristianos.”³²⁷

Evagrio tenía razón y la recuperación de la fidelidad del ejército y de su disciplina, jugó un papel determinante en la supervivencia de Oriente durante el difícil siglo que se extiende entre 378 y 476 y en la posterior reconquista llevada a cabo por Justiniano. Tal y como señalara Evagrio, lo que sorprende de la historia del Imperio en los siglos V y VI es la estabilidad y progresiva fidelidad del estamento militar a la figura del emperador, y la exigua cantidad de sublevaciones y motines militares entre 518 y 602. De hecho ningún gran general se sublevó contra el Imperio en ese periodo y los escasos motines militares (un par de pequeñas revueltas en África en tiempos de Justiniano y un amago de revuelta entre las tropas orientales que combatían bajo las órdenes de Filípico contra los persas en tiempos de Mauricio) no pasaron de ser meras excepciones que en

³²⁵ Coripo, *Juanide*: lib. VII, 30-40.

³²⁶ Agatías: V, 18, 10-11.

³²⁷ Evagrio Escolástico: III, 41.

ningún momento supusieron una quiebra o relajación de la disciplina y la fidelidad del ejército a su emperador³²⁸.

¿Cómo eran mantenidas e inculcadas esa disciplina, moral, fidelidad y profesionalidad? En primer lugar el ejército del Imperio había conservado íntegramente su sofisticado armazón legal y jurídico. Oficiales especiales y funcionarios militares no sólo conservaban los viejos códigos militares, sino que cuidaban de aplicarlos³²⁹. Toda la vida del soldado, desde su reclutamiento hasta su licencia, pasando por el amplio abanico de posibilidades de su vida militar activa, sus relaciones con los civiles, con sus oficiales y jefes, con sus compañeros de armas, su derecho al botín, sus posibilidades de ascenso y premios, sus castigos, etc. estaban contemplados y eran rígidamente cumplidos. En segundo lugar, cada general y jefe militar recordaba constantemente sus obligaciones a sus hombres y trataba de ejemplificar, con la mayor publicidad posible, para que todos los soldados a sus órdenes conocieran la importancia y fuerza de la disciplina.

Justiniano dedicó una parte no desdeñable de sus desvelos jurídicos a aclarar y actualizar las disposiciones legales y reglamentarias destinadas a conservar la disciplina y el buen orden en los ejércitos, y sus generales no serían parcos ni laxos a la hora de aplicar dichas normas y disposiciones³³⁰.

En general se observa una elevación constante de la disciplina, la profesionalidad y la moral de combate de las tropas bizantinas a lo largo del siglo VI. El autor del *Strategikon* nos ofrece un cuadro vivo de cómo se llevaba a la práctica el ideal de disciplina romano, ilustrando sus palabras perfectamente la relación entre soldados y oficiales y la de ambos con la disciplina:

“... al afrontar las tareas decisivas y críticas el general no debe de comportarse como si tal empresa fuese denigrante para él, de manera que delegue en los demás su ejecución. Muy al contrario, debe de comenzar por sí mismo la ejecución de dicho trabajo y afanarse a la par que sus soldados tanto como le sea posible. Tal comportamiento llevará al soldado a ser más obediente con sus oficiales, pues al ver a éstos acometer las tareas que él mismo debe de hacer, se mostrará bien dispuesto hacia ellas aunque tan sólo sea por vergüenza, pues buscará emular a sus oficiales en el desempeño de sus obligaciones.

Cuando las ofensas y faltas se hacen comunes entre los soldados, la moderación es la norma. No juzgue y castigue de forma indiscriminada, pues suscitará y extenderá el resentimiento entre todos los soldados, pudiendo empujar a los inocentes junto a los

³²⁸ Existen varios estudios que tratan esta cuestión, siendo los más destacados los de Kaegi y Michael Whitby. Este último ha demostrado que la tesis de Kaegi sobre un progresivo aumento de la indisciplina militar a lo largo del siglo VI no se sostiene y es desautorizada por las fuentes: KAEGI, W., *Byzantine Military Unrest...*, *op. cit.*, pp. 43-63; WHITBY, M., “Recruitment in roman armies...”, *op. cit.*, p. 86.

³²⁹ Agatías [1, 19, 4-5] transmite, en una noticia fechada en 553-554, el nombre, cometido e importancia de estos funcionarios a fines del reinado de Justiniano.

³³⁰ Existen múltiples ejemplos de esto en las fuentes, en los que sorprende comprobar hasta qué punto estaba reglamentada legalmente la actividad militar. Así, Justiniano promulgó varias Novellas al respecto, entre otras la CXIX: *de qué modo es conveniente que los militares hagan su paso por las ciudades, y de la entrada*. OSENBRÜGGEN, E., *Cuerpo del derecho civil romano...*, *op. cit.*, t. VI; el *Strategikon* recoge el modo en que eran infligidos los castigos y cómo eran administrados por los oficiales y el general. *Vid. Strategikon*: I, 8; VII.6; XII, B, 10.

culpables con lo cual la disciplina se haría aún más insostenible. Es más sabio castigar sólo a algunos de los jefes de los infractores.

El estilo de vida del general debe de ser sencillo y simple, de la misma manera que lo es el de sus soldados; debe exhibir un cariño paternal hacia ellos; debe dar órdenes de una manera templada, y debe asegurarse de darles consejos y hablar con ellos de los temas esenciales. Sus preocupaciones, las del general, deben de centrarse en la seguridad de sus soldados, en proporcionarles los víveres adecuados y en que reciban su soldada de forma regular. Sin estas cosas es imposible mantener la disciplina en un ejército. Sólo cuando el general castigue a los delincuentes ha de inculcar miedo en sus hombres. A la primera señal de un problema de disciplina debe de tomar la iniciativa y castigarlo, y no postergar su acción ni el castigo del infractor, pues de lo contrario crecerá la indisciplina y se hará más seria. El general consigue el éxito cuando sus hombres lo miran como inquebrantable y justo.”³³¹

De esta manera el soldado respetaba y temía a un tiempo a su general y oficiales, estando siempre dispuesto a mantener el orden y la disciplina. Los heraldos pregonaban en el campamento constantemente las disposiciones y reglas que habían de cumplirse y que debían de ponerse en conocimiento de los hombres. Los heraldos debían de anunciar a todo el ejército, tanto las normas, como los castigos que acarrearía incumplirlas.

Tanto Vegecio, tan leído y apreciado por los tratadistas y generales de los siglos V, VI y VII, como el autor del *Strategikon*, dedican gran atención a las cuestiones de orden y disciplina, y tanto Narsés como Belisario –por citar sólo a dos generales sobresalientes del periodo justiniano– mostraron bien a las claras que preferían mantener la disciplina y fiabilidad de sus hombres a incrementar su número; preferían incluso despedir contingentes de aliados bárbaros a permitir que éstos dañaran la disciplina de sus ejércitos con su anárquico comportamiento³³².

No obstante, todo esto no bastaba, pues ni un rígido sistema legal, ni el miedo al castigo garantizan por sí mismas la disciplina y la moral de combate en un cuerpo tan diverso y numeroso como lo era el ejército de Justiniano y sus sucesores. Dado que tampoco existía la posibilidad de usar el factor étnico, los generales de la Romania usaron la glorificación del pasado militar romano, la exaltación de los valores y el orgullo de formar parte de ese pasado para cohesionar a sus contingentes y dotarlos de una moral de combate que permitiera sostener la rígida disciplina transformándola en un

³³¹ *Strategikon*: VIII, 1-3.

³³² Así sucedió en la batalla del río Volturno (554). Narsés no dudó en castigar a un soldado hérulo que, borracho, había asesinado a un sirviente. Aunque sabía que su castigo provocaría la desertión de los hérulos aplicó la ley militar y el asesino fue ajusticiado. Los hérulos se negaron furiosos a tomar parte de la batalla y Narsés, para sorpresa de éstos, se mantuvo sereno y despreocupado, como si no los necesitara para la inminente batalla. En el comienzo la batalla, al ver a los romanos pelear con bravura y constatar que, de no intervenir en la lucha, no participarían de los honores ni del botín del triunfo, los hérulos se arrepintieron y ocuparon su puesto sobre el campo de batalla en mitad del combate. *Vid.* Agatías: lib. 2, 7-9. Belisario por su parte, en 533, no dudó en actuar de forma parecida contra unos soldados masagetas que, borrachos también, habían cometido una falta de disciplina. Mandó empalarlos a la vista de todo el ejército: Procopio, *Guerra vándala*: III, 12-13. De nuevo comprobamos, como en el caso del *Strategikon*,

timbre de gloria del soldado de la Romania. En esto no se hacía sino seguir los usos y maneras de eficacia ya demostrada, empleados en el mundo grecorromano desde hacía más de mil años³³³.

Otro gran pilar de la disciplina y moral del ejército de Justiniano y sus sucesores, era el que proporcionaba el continuo entrenamiento al que eran sometidos los soldados que lo integraban. En efecto, el constante ejercicio de las armas junto al hábito de obedecer que ello implica, dotaba a los hombres del gusto por la disciplina y del orgullo de saberse hábiles y fuertes. Se establece así un círculo que constantemente alimenta la moral y la disciplina. El entrenamiento no se hacía de forma aleatoria, sino que cada grupo de soldados, en función de su cometido y clase, tenía reglamentados unos ejercicios que debían de capacitarle para el desempeño de su función combativa. Por eso encontramos detalladas descripciones de cómo debían de entrenarse jinetes de caballería pesada y ligeros, infantes de línea y arqueros, etc.

Así por ejemplo, el jinete de caballería debía de ejercitarse constantemente en el tiro con el arco, tanto a pie como a caballo, poniendo especial énfasis en mejorar su potencia de tiro y en adiestrarse en disparar a blancos móviles. Debía también ser capaz de montar en su cabalgadura de un salto y a la carrera, y, una vez a caballo y a galope tendido, disparar su arco alternativamente hacia delante, hacia atrás, a la izquierda y a la derecha. Tras esto y sin abandonar el paso a galope, debía de guardar el arco en su funda y tomar una de las lanzas que llevaba colgada a la espalda y empuñarla y blandirla; volver a colgarla a la espalda y a desenfundar el arco una vez más³³⁴.

El autor del *Strategikon* recomienda a sus lectores que hagan ejercitar a sus hombres en las dos variantes de tiro con arco de aquella época: la persa y la romana. La primera consistía en tensar el arco tomando la cuerda con tres dedos de la mano, el pulgar, el corazón y el anular, quedando el índice estirado sobre el asta de la flecha; la romana, copiado de los nómadas de las estepas, consistía en tensar el arco tomando la cuerda con los dedos pulgar, anular e índice de la mano derecha³³⁵. El tratadista de

que era la certeza del castigo, sumada a la equidad del general y al deshonor por faltar a un deber inculcado, lo que mantenía la disciplina.

³³³ Existe un magnífico y reciente trabajo sobre el uso, dentro del ámbito grecorromano antiguo, de la tradición, la glorificación del pasado militar y la exaltación de la moral basada en la emulación de los antiguos héroes: LENDON, J.E., *Soldados y Fantasmas*. Barcelona, 2006, en especial, pp. 379-405. También los textos de los siglos VI y VII están llenos de ejemplos, entre otros, Agatías: 5, 19,1-2 y Teofilacto Simocata: lib. II, 6,1-12.

³³⁴ También aquí se observa la continuidad de las innovaciones introducidas por Justiniano y sus generales en el ejército, pues Procopio y el autor del *Strategikon*, escribiendo unos sesenta años más tarde, describen de forma similar, el mismo modelo de entrenamiento para la caballería bizantina. Si se comparan los dos textos se verá que los ejercicios y maneras de combatir de los jinetes que describe Procopio son los mismos que los recomendados por el estratega del siglo VII. *Vid.* Procopio, *Guerra persa*: I, 1,1-17, y *Strategikon*: I, 1-2. Acerca de la tradicional importancia del adiestramiento en los ejércitos romanos *vid.* Vegetio. I., 1,1-8.

³³⁵ *Strategikon*: I, 1. Información más detallada sobre el tiro persa en FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 13-15.

inicios del siglo VII seguía, en buena medida, las recomendaciones dadas por Vegecio doscientos años antes.

Gracias a Jorge de Pisidia, quien escribía unos diez años más tarde que el anónimo autor del *Strategikon*, sabemos que el entrenamiento de los soldados era muy intenso y que abarcaba el uso de todas las armas y la práctica no sólo del combate individual, sino también de ejercicios en formación, con evoluciones de todo tipo, al son de las trompetas y tubas, a la orden de las banderas y estandartes, o de los gritos y voces de mando de los oficiales³³⁶. Los ejercicios podían ser tan reales y duros que llegaban a impresionar a los espectadores ajenos a la milicia.

Los soldados de caballería no sólo tenían que entrenarse ellos, sino que debían de entrenar además a sus caballos. Así, en la vida de San Anastasio el Persa encontramos una noticia preciosa que nos muestra cómo estos hombres preparaban a sus monturas para el combate³³⁷. También en el entrenamiento, la continuidad es sorprendente, no sólo en cuanto a los métodos y resultados, sino también en las fórmulas y formas. Esto es evidente cuando se analiza en el *Strategikon* el entrenamiento de la caballería pesada. Los soldados evolucionaban siguiendo órdenes dadas en latín, pese a que muchos de ellos, en 612 cuando se escribió esta obra, no hablaban la lengua latina. Y así a la voz de *cursu mina*, los soldados de la caballería cargaban al galope; a la de *cum ordine seque*, (continuada en orden), la caballería lanzada al galope contra el enemigo era conminada a mantener el orden durante la carga; a la de *cede*, los jinetes giraban y retrocedían en línea hacia sus propias filas, y a la voz de *tornamina*, los jinetes volvían a girar y repetían la carga contra las filas enemigas. Y si el oficial gritaba *depone senestra*, la caballería giraba a la izquierda y cambiaba su frente de ataque, y al grito de *transforma*, la línea de caballería adaptaba su frente al del enemigo y encaraba a éste. Por último, a la orden de *transmuta*, los jinetes cambiaban de posición en el campo de batalla³³⁸.

Estas órdenes dadas en latín y otras muchas que ha recogido el estratega del siglo VII, eran las mismas que en los siglos IV-V. El viejo latín era también la lengua de los heraldos del ejército, quienes pregonaban las órdenes del general y sus disposiciones en latín, aunque, a menudo, también las repetían en griego³³⁹. Y es que el latín castrense, la lengua por antonomasia de los soldados desde hacía siglos, siguió vigente en el ejército de la Romania, como lengua de mando y de comunicación, a lo largo de todo el siglo VI y durante la primera mitad del VII.

Así pues, también aquí, Justiniano y sus sucesores mantuvieron y mejoraron el viejo modelo romano. También aquí, como en todas partes, continuidad, tradición y mejora, y no ruptura, cambio y degradación.

³³⁶ Jorge de Pisidia, *Expeditio pèrsica*: II 75-150.

³³⁷ *Vida San Anastasio*: III, 8, p. 134.

³³⁸ *Strategikon*: III, 5.

³³⁹ El *Strategikon* nos informa [III, 5] de que a inicios del siglo VII, los heraldos del ejército debían de conocer el latín, el griego y si era posible, el persa.

I.2.8. *La flota de Justiniano y sus sucesores.*

Nuestro cuadro de la defensa del Imperio hacia 565 quedaría incompleto si no dedicamos unas líneas a la flota que Justiniano legó a sus sucesores y sobre la importancia de la misma en el esquema militar de la Romania.

La flota de Justiniano y sus inmediatos sucesores estaba formada por un tipo de navío llamado *dromon*. Los antecedentes del *dromon* aparecen hacia fines del siglo III como consecuencia de una evolución sincrética entre la *hemiolia* o *tetrera* (barco pirata griego) y la *liburna*, nave de origen ilirio con dos órdenes de remos y que desde el siglo I tendía a sustituir a las grandes y pesadas trirremes y quinquerremes helenísticas.

La confirmación de que las naves ligeras del tipo liburna iban a sustituir definitivamente a las grandes quinquerremes y trirremes se dio en 324, frente a Crisópolis, donde la flota de Constantino I, formada por doscientas liburnas, derrotó totalmente a la de Licinio formada por 350 trirremes. El nuevo barco tipo de la flota romana, la liburna, era más fácil, rápido y barato de construir, y para inicios del siglo V su hegemonía era tan completa que Vegecio se centra exclusivamente en ella a lo largo de todo el libro que dedica a la guerra en el mar. Gracias a él conocemos perfectamente el sistema de construcción de las liburnas que es, en esencia, el mismo que el que se usaría para construir el *dromon*³⁴⁰.

No obstante, no fue sino hasta fines del siglo V cuando se completó la evolución antes citada dando paso al *dromon* propiamente dicho, nave que sería la habitual en el Imperio de Oriente hasta el siglo XIII. De hecho, la primera mención escrita la da, para el 508, el *comes* Marcelino, *cancellarius* de Justiniano cuando éste era aún un oficial militar al servicio de Anastasio y bajo la tutela de su todopoderoso tío Justino, a la sazón *comes excubitorum*:

“comes domesticorum et Rusticus comes scholariorum cum centum armatis navibus totidemque dromonibus octo milia militum armatorum secum ferentibus ad devastanda Italiae litora processerunt et usque ad Tarentum antiaiuissimam civitatem adaccessi sunt, rem ensogue mari inhonestam victoriam. Quam piratico ausu Roman Romanis rapuerunt, Anastasio Caesari reportarunt.”³⁴¹

Hemos reproducido el texto anterior porque con él ponemos término a una polémica erudita sobre cuándo aparece por primera vez el término *dromon* en los textos,

³⁴⁰ Para los dromones en general, *vid.* BROSSARD, M., *Historia Marítima del mundo*. Madrid, 2000, p. 131; GÓMEZ, H., “Dromones, los señores del mar”, *Revista Tagmata*, 2004. <http://tagmata.atspace.org/Tagmata.html>; FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, p. 648; *vid.* también los siguientes pasajes de Vegecio: acerca de la construcción adecuada de una liburna, modelo del *dromon* [lib. IV, 34-36], sus dimensiones [IV, 37], su verdadero origen que se remonta a los piratas ilirios de la Antigüedad y su uso victorioso por Augusto en la batalla de Actium en Vegecio: IV, 33. Sobre la fuerza naval de Constantino en 324 y la batalla de Crisópolis *vid.* Zósimo: II, 15, 1-2, II.26.1 y TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 53-56 y 91.

³⁴¹ *Cronicón del Comes Marcelinus*: 508.

ya que para algunos especialistas Procopio sería el primer autor en citarlo. Dado que la primera parte del *Cronicón del comes Marcelino*, a la que pertenece el texto antes citado, está escrita hacia 520 y su primera prolongación hacia 540, ya no hay duda de que es en esta obra y no en las de Procopio, donde por primera vez se usa el término *dromon* y de que este tipo de barco tuvo que completar su evolución a fines del siglo V, como muy tarde, pues aparece en la expedición de Anastasio contra los ostrogodos del año 508 que devastó las costas de Apulia, y no en el paso del siglo VI al VII como sostienen otros autores³⁴².

Solucionado este problema y aclarados los orígenes del dromon hay que explicar cómo era este barco. Bajo el nombre de *dromon* realmente se agrupan varias variantes de navío. En concreto la *monera*, navío de una sola bancada de remos, cuyos 25 remeros, por cada lado, podían tanto bogar como luchar. Estaba aparejado con un sólo mástil que desplegaba una vela latina triangular, innovación marinera que mejoraba la rapidez del barco y su maniobrabilidad, y que apareció en los años finales del siglo V. La *monera*, también conocida como *galea*, contaba con una tripulación total de unos 80 hombres y servía de nave de descubierta y exploración, y solía preceder a las grandes flotas a modo de avanzadilla.

Otra variedad del dromon era la *panfila* o *panfilos*, que apareció en tiempos de Anastasio o en los primeros años de Justino. Contaba ya con dos órdenes de remos y una tripulación total que oscilaba entre los 120 y los 160 remeros. Esta nave, junto con el *oxiaco*, formaba el grueso de la flota de Justiniano. El *oxiaco* contaba –como la *panfila*– con dos filas de remos, pero en este caso los remeros de la segunda fila sólo se ocupaban de remar y los de la primera luchaban o remaban indistintamente. Además el *oxiaco* contaba ya con una tripulación de 200 hombres.

Dos tipos especiales de dromon destinados al transporte a la par que al combate fueron la *kelandia* y la *kamatera caravia*. La primera se destinaba al transporte de la caballería, y en tiempos de Justiniano y hasta el siglo VIII, podía transportar solamente una docena de caballos. Hacia el siglo X, este barco tenía ya capacidad para llevar cien caballos y, más tarde, en los años del emperador Juan III Ducas Vatatzes (1222-1254), las *kelandias* bizantinas eran ya capaces de transportar trescientos animales con sus jinetes. La *kelandia* –al igual que el *oxiaco* y la *kamatera caravia*– estaba aparejada ya con dos y hasta con tres palos. Por último, la *kamatera caravia* debió de aparecer en los últimos años de Justiniano o en el transcurso de los años que dieron el paso al siglo VII. Era un navío destinado a transportar abastecimientos para el ejército, sobre todo armamento y máquinas de guerra³⁴³.

³⁴² Esta es la tesis de BROSSARD, M., *Historia Marítima...*, *op. cit.*, p. 131, quien dice literalmente: “Con ocasión de la campaña de Belisario, ocurrida medio siglo después, se cita por primera vez el nombre de dromones, dromon, en el relato de Procopio.”

³⁴³ GÓMEZ, H., “Dromones...”, *op. cit.*; FUENTES HINOJO, P., “La península ibérica...”, *op. cit.*, p. 648; BROSSARD, M., *Historia Marítima...*, *op. cit.*, p. 131.

El *dromon*, fuera cual fuera su tipo, era una nave más rápida que las antiguas trirremes y quinquerremes helenísticas y romanas. Era también mucho más maniobrable y sobre todo, más rápida, fácil y barata de construir, lo que evidentemente determinó su éxito. El *dromon*, con su casco atellado, su aparejo de vela latina triangular (copiada seguramente de los famosos *gaus* abisinios, árabes e indios que surcaban el Océano Índico), con su timón de espadilla fijado en un costado cerca de la popa, su espolón revestido de bronce y una tripulación tan dispuesta a combatir como a remar y a tripular el barco, se enseñoreó del Mediterráneo hasta el siglo VIII y siguió siendo un temible oponente para árabes y latinos hasta el XIII. De hecho el *dromon* fue el origen de las galeras o *galeazas* italianas y occidentales de la Edad Media y de los inicios de la Moderna.

El *dromon* de los tiempos de Justiniano y sus sucesores, aportó además dos novedades ofensivas: la *heliocastro* y las *toxobolistres*. La *heliocastro* era una construcción de madera que, a modo de torre, rodeaba el mástil principal del *dromon*. A ella se encaramaban durante el combate los soldados para lanzar desde allí sus flechas y venablos contra los hombres del barco enemigo. De este modo, al tiempo que disfrutaban de una posición más elevada y ventajosa para disparar, obtenían además una protección eficaz contra los proyectiles contrarios. La capacidad defensiva del *dromon* se incrementaba además con la consabida y antigua costumbre marinera de colocar los escudos sobre la borda, con lo que se dotaba de protección a los remeros de la primera bancada.

En cuanto a las *toxobolistres*, eran máquinas que podían arrojar con tremenda fuerza varios dardos de hierro muy pesados sobre la cubierta enemiga, barriéndola de soldados y marineros enemigos, facilitando así el abordaje. En los barcos de la Romania, que solían contar con dos de estas terribles máquinas, las *toxobolistres* eran colocadas sobre plataformas de madera que, a modo de tarimas voladizas, sobresalían, respectivamente, de las cubiertas de babor y estribor³⁴⁴. En cuanto al conocido fuego griego, nombre que sólo se originaría con las cruzadas (pues los árabes lo conocían como fuego romano y los romeos como fuego marino), no aparecería –como es bien sabido– hasta la segunda mitad del siglo VII y ya nos ocuparemos con detenimiento de él más tarde.

Los dromones del tipo *panfilos* y *oxiaco*, disponían de botes de abordaje, llamados *picatus*, dotados con 20 remeros por borda, que se usaban para abordar y sorprender al enemigo, así como para explorar y realizar incursiones rápidas³⁴⁵. Además, tanto las velas como los aparejos y uniformes de los marineros se pintaban de véneto, el azul del mar, con el objeto de camuflarse frente al enemigo³⁴⁶.

³⁴⁴ GÓMEZ, H., “Dromones...”, *op. cit.*

³⁴⁵ Vegecio: IV,37, 3-4.

³⁴⁶ Vegecio: IV,37, 5.

Sin embargo, no todo fue progreso y mejoras técnicas, también hubo retrocesos técnicos. Así, por ejemplo, desaparecieron los portarremos exteriores. Consistían en una prolongación exterior de la cubierta a la altura de la primera fila de remos, lo que permitía colocar las chumaceras, artilugio que soportaba el remo, más allá de la línea de la borda y consiguientemente, dar mayor impulso y potencia a la remada. Por último y en cuanto a las características físicas del *dromon*, diremos que su capacidad de desplazamiento era muy variable, dándose naves que sólo desplazaban 3.000 modios, junto a otras que podían albergar el equivalente a 50.000³⁴⁷.

En cuanto al reclutamiento de los efectivos de la marina, la mayor parte de los marineros procedía de las costas egipcias, jonias, carias, licias y cilicianas, siendo también destacado el número de constantinopolitanos que servían en la flota de guerra. Belisario, por ejemplo, llevaba en su flota de guerra destinada a África un total de 30.000 marineros procedentes de Alejandría, Asia Menor y Cilicia, además de 2.000 marineros y soldados de Constantinopla³⁴⁸. Estos hombres, al igual que los que servían en el ejército de tierra, se entrenaban constantemente y debían de ejecutar las tradicionales formaciones de media luna, en tres secciones o en cuña, además de disparar sus armas y máquinas, embestir con el espolón a un enemigo y abordarlo, enviar y recibir todo tipo de órdenes mediante el ondeo, con diferentes movimientos, de banderas de diversos colores manejadas por marineros que trepaban al mástil del *dromon*.

La flota de la Romania no sólo peleaba sobre el mar, sino que tenía como una de sus misiones principales patrullar y defender el limes danubiano. En efecto, las fuentes nos señalan la participación de dromones en las operaciones bélicas contra ávaros y eslavos en las riberas del río Danubio, desde Sirmium y Singidunum, hasta su desembocadura³⁴⁹.

El sueldo de los marineros era, no obstante, mucho menor que el de los soldados de tierra. Un marinero de los días de Justiniano cobraba sólo 5 sólidos por año, además de las raciones de campaña que tenían un valor de otros 5. En comparación, un *comitatense* cobraba 20 sólidos anuales. Aparentemente, los únicos oficiales dentro de la tripulación de un *dromon* eran el capitán y dos pilotos, los cuales recibían un sueldo mucho más elevado que los marinos. En cualquier caso, los marineros sólo cobraban sus

³⁴⁷ GÓMEZ, H., “Dromones...”, *op. cit.* Es Procopio quien dice [*Guerra Vándala*: lib. III, 11,13-14] que la flota se componía de barcos que oscilaban entre los 3.200 modios de desplazamiento y los 50.000. Otras noticias sobre naves las encontramos en Juan Mosco [*Prado espiritual*: 190], quien nos habla de un barco en construcción de 50.000 modios de desplazamiento; de 20.000 en Leoncio de Neápolis [*Vida de Juan de Chipre*: VIII, p. 453].

³⁴⁸ Procopio, *Guerra Vándala*: lib. III, 11,13-21.

³⁴⁹ El *Strategikon* narra [XII, 4] cómo se pueden usar los dromones contra los eslavos del Danubio. Teofilacto Simocata [VII, 10,1-4] cita cómo Prisco, general de Mauricio, utilizó sus dromones no sólo para transportar al ejército de tierra por el río Danubio, sino también para inmovilizar a los ávaros en un paso situado sobre una isla a 30 millas de Singidunum (Belgrado). Otras menciones a dromones en Teofilacto: VIII, 9, 7.

complementos de raciones y uniformes mientras estuvieran en campaña y no de forma regular como los soldados³⁵⁰.

¿Cuál era el número de barcos que integraban la flota de Justiniano y sus inmediatos sucesores? Treadgold aventura que los 92 dromones citados por Procopio para la invasión del África vándala en 533 constituían la práctica totalidad de la flota de la Romania. El mismo autor considera que los 30.000 marineros que en esa expedición participaron formaban, a su vez, el grueso de la dotación de las flotas bizantinas del siglo VI³⁵¹. No estamos de acuerdo con él y consideramos que infravaloró el poderío marítimo de Justiniano pues, aunque no se pueda conocer el dato preciso que clarifique la magnitud real de la flota bizantina, se puede efectuar un cálculo aproximado si se tienen en cuenta las flotas de guerra mencionadas en los siglos V, VI y VII. Como se verá a continuación, de ese cálculo se concluye que los recursos navales de la Romania eran mayores que los estimados por Treadgold. Veámoslo.

Sabemos que la flota que León I envió contra los vándalos en 468 contaba con 111 barcos de guerra, además de casi mil barcos de transporte requisados entre los mercantes de todos los puertos de Oriente³⁵². El *Comes* Marcelino, al que ya hemos aludido, nos dice que Anastasio envió 100 dromones contra los ostrogodos en 508 y Procopio, relatándonos la expedición a África, nos da la cifra de 92 dromones. Hay que tener en cuenta además que tras la restauración del poder romano sobre Italia, se creó una nueva gran flota, la *classis* de Rávena³⁵³, así como las flotillas destinadas a las misiones encomendadas a la *quaestura exercitus Justiniano*, lo que supone, naturalmente, un incremento de la fuerza disponible.

¿Qué conclusión sacamos de esto? Si nos fijamos en los datos iniciales podemos comprobar que el número de verdaderos barcos de guerra enviados a distintos escenarios en una sola flota ronda siempre el centenar (111 en 468, 100 en 508 y 92 en 533), dado que no es habitual arriesgar una cantidad de medios superior a la mitad de la totalidad de una fuerza y que había que atender a distintos problemas, tales como la amenaza silente, en 533, de un cambio de partido de los ostrogodos que lanzara inesperadamente su flota contra las costas del Adriático oriental, la siempre amenazante persistencia de la piratería, la posibilidad de súbitos ataques en el mar Negro por parte de los monoxilos eslavos o búlgaros, o como la surgida de la siempre posible irrupción

³⁵⁰ Sobre el sueldo de los marineros de guerra de tiempos de Justiniano y su comparación con el de los soldados *vid.* TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 139-150 y 190-196; CHRISTIDES, V., "Arab-Byzantine struggle in the sea: naval tactics (7th-11th centuries A.D.): theory and practice", en Y. Al-Hijji; V. Christides (eds.), *Aspects of Arab Seafaring. An attempt to fill the gap of maritime history*. Atenas, 2002, pp. 87-106.

³⁵¹ *Ibidem*, pp. 63-64. Treadgold Considera que la fuerza naval puesta en campaña por Justiniano en 533 constituía la práctica totalidad de la fuerza naval de la Romania y que ni siquiera la creación de la *quaestura danubiana* tuvo como efecto la creación de nuevas flotas y el incremento de la fuerza.

³⁵² Procopio, *Guerra Vándala*: III 6, 10-24. Sobre esta flota *vid.* BROSSARD, M., *Historia Marítima...*, *op. cit.*, p. 119; HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 506-509.

persa en los puertos de Lázica y Cólquide³⁵⁴. Teniendo en cuenta todo lo anterior, será fácil concluir que la flota de Justiniano y sus sucesores debía de rondar los 200 dromones de guerra, lo cual concuerda con el poder marítimo habitualmente esgrimido por el Imperio de Oriente en otros tiempos de hegemonía mediterránea. Por ejemplo, en el siglo X, Bizancio disponía de 180 dromones de guerra y Manuel I Comneno podía movilizar una flota semejante a fines de su reinado³⁵⁵. Para ejercer su hegemonía sobre el mar, Justiniano no pudo contar con menos de 180 dromones en sus flotas y es muy posible que sus naves se acercaran mucho más a la cifra de 200 que a la anterior.

Si nuestro cálculo es correcto y teniendo en cuenta que el promedio de tripulantes y soldados que portaba un *dromon* de los días finales de Justiniano era de 200, se podría deducir que su número total debía de rondar los 40.000 hombres. Y es que, aún con más rotundidad que en los días de Juan Tzimicés y Basilio II, Justiniano restauró la talasocracia romana sobre el Mediterráneo. Esa fue su principal gloria, pues como señalan varios autores, la *pax* romana dependió precisamente de eso y el poder romano sólo se puso en riesgo de perecer cuando esa hegemonía se quebró.

Efectivamente, no fueron las irrupciones bárbaras en Galia o en la costa atlántica de Hispania lo que debilitó definitivamente al Imperio de Occidente, ni siquiera lo hicieron las devastaciones sobre Italia o el saqueo de Roma de 410, sino la conquista vándala de África y el establecimiento de su poder sobre el Mediterráneo occidental³⁵⁶. Por primera vez desde Actium en 31 a.C., un poder marítimo rival se alzaba en el mar interior y por primera vez desde la segunda guerra púnica, una potencia enemiga amenazaba con hacerse con el control del *Mare nostrum*. La recuperación de la unidad mediterránea no era el sueño de un nostálgico, sino la labor de un estadista consciente de que, sin esa recuperación de la hegemonía sobre el mar interior, su economía y su seguridad estaban amenazadas e incompletas. Justiniano lo logró y, contra lo que se dice, no fue ni un logro vano, ni efímero. La hegemonía marítima recuperada en 534 se mantuvo incontestada durante más de 120 años³⁵⁷.

Con la conquista del mar vino la del comercio mundial y las rutas oceánicas del Atlántico y del Índico, reabiertas la primera en 534 y la segunda tras la alianza con el reino de Axum hacia los años veinte del siglo VI. Todas estas vías comerciales

³⁵³ HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, p. 24.

³⁵⁴ La amenaza ostrogoda era verdadera: Teodorico disponía hacia 525 de una flota de mil dromones y Totila armaría varios centenares más con los que reconquistó Cerdeña, Córcega y Sicilia. Al respecto, FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, p. 531. Los piratas eran una amenaza muy real, como cita, por ejemplo, el *Código marítimo Rodio*: pp. 71, 73 y 91, en ASHUBERNER, W., *The Rhodian sea-law*. Aalen, 1976. Acerca de la amenaza persa en el Mediterráneo: BROSSARD, M., *Historia Marítima...*, *op. cit.*, pp. 119-120; HOWARD-JOHNSTON, J., "The Two Great Powers...", *op. cit.*, p. 196.

³⁵⁵ Así por ejemplo, hacia 980, la marina de guerra estaba compuesta por 180 dromones. Es muy difícil creer que Justiniano pudiera mantener su hegemonía en todo el Mediterráneo con un número inferior a éste de navíos. DIEH, C., *Grandeza y Servidumbre de Bizancio*. Madrid, 1963, p. 51.

³⁵⁶ BROSSARD, M., *Historia Marítima...*, *op. cit.*, pp. 119-120; HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 500-510 y 556-561.

confluyeron con las del Mediterráneo y las del mar Negro, creando un vasto espacio comercial que conectaba Tintagel, sobre la costa occidental de Britania, con Alejandría, la costa atlántica de Hispania y Galia con Constantinopla, o los puertos egipcios del mar Rojo con los de la costa malabar de la India³⁵⁸. Por tanto, no era el capricho de un emperador nostálgico y fuera de la realidad, como comprobaremos en el análisis del verdadero coste de la *recuperatio*, su impacto real sobre la economía del Imperio, la salud de ésta y la vida cultural durante los años de Justiniano y sus sucesores.

Pero por el momento y para concluir este capítulo dedicado a la flota, hemos de ocuparnos de los intereses marítimos estratégicos de la política justiniana y del despliegue de su flota. Tras la recuperación del control del Mediterráneo en 534 y abortar el intento ostrogodo por derruir esta recuperada hegemonía (los ostrogodos llegaron a poner sobre el mar 1.000 dromones), Justiniano se concentró en dos objetivos básicos: controlar el Estrecho y con él las rutas del Atlántico al Mediterráneo y de África a Europa, y sobre todo mantener fuera del mar a los persas.

El primer objetivo fue manifestado directamente por Justiniano en una disposición recogida en el Código –a la que ya aludimos– y se cumplió con el establecimiento de una guarnición y de una flota en *Septem* bajo el mando de un tribuno.

No conocemos el número de barcos puesto bajo su mando, pero no debía de ser inferior a seis, pues Justiniano, en sus disposiciones para *Septem*, habla en plural al referirse a los barcos y el número de dos (sugerido por algunos estudiosos) casa mal con las necesidades de la misión encomendada al tribuno de *Septem* y con su victoria frente a los intentos visigodos de ocupar la ciudad dirigidos por Teudis, así como con el éxito demostrado por la flotilla en el desempeño de sus funciones. Teniendo en cuenta todo esto y sumándole las condiciones marítimas y geográficas del Estrecho, la existencia de un tráfico marítimo aún destacable y que había que controlar y proteger, la importancia estratégica de la zona que determinó la creación de un thema en *Septem* en el siglo VII³⁵⁹ y el papel de los barcos del gobernador bizantino de la plaza en la invasión

³⁵⁷ BROSSARD, M., *Historia Marítima...*, *op. cit.*, p. 133.

³⁵⁸ Excelentes trabajos sobre el tráfico comercial entre Egipto, Arabia, India, Ceilán, Etiopía, Irán y China son los de: WILLIAMSON, A., “Persian Gulf Commerce in the Sassanian Period and the First Two Centuries of Islam”, *Bustan chenassi va honae-e Iran* (Bastanshevassi o honar-e Iran), 9 (diciembre 1972), pp. 97-109; TAMPOE, M., *Tracing the Silk Road of the Sea: Ceramic and Other Evidence from the Partner Ports of the Western Indian Ocean, Sri Lanka and the Silk Road of the Sea*, Colombo, 1990, pp. 85-103. Sobre la importancia del comercio textil egipcio en todo el Mediterráneo y la situación de Alejandría como intermediaria para el comercio de tapices y sedas persas e indias hacia todo el Mediterráneo *vid.* TRILLING, J., *The Roman Heritage. Textiles from Egypt and the Eastern Mediterranean 300 to 600 A.D.*, Washington, 1982. Sobre el gran comercio de la época, en general, *vid.* BROSSARD, M., *Historia Marítima...*, *op. cit.*, p. 134; GIBBON, E., *Historia de la decadencia...*, *op. cit.*, pp. 41-82, quien, en el capítulo 40 de su monumental historia ofreció una magnífica descripción sobre el gran comercio transcontinental de la época justiniana, apoyado en las fuentes y en los conocimientos derivados del dominio inglés a fines del XVIII de las rutas transoceánicas, que sigue aún hoy siendo válido y digno de tenerse en cuenta.

³⁵⁹ Sobre la instalación de las fuerzas de Justiniano en *Septem*, *vid.* *Corpus Iuris Civilis: XXVII.2.2*; las construcciones realizadas por Justiniano en esta plaza en Procopio, *De Aedificiis*: VI. 7,16, en LETHABV,

islámica que permitió a los hombres de Tarik cruzar el Estrecho en poquísimos tiempo³⁶⁰, se puede concluir que un número no inferior a seis dromones ni superior a diez, quedó establecido en la plaza norteafricana después de 534.

La suma de las anteriores variables nos puede dar pues, una cifra orientativa del poderío naval desplegado en la ciudad, pues una escuadra de ese tamaño significaba el establecimiento de un pequeño arsenal y de un astillero, y la acomodación en la ciudad de un número de marineros que oscilaría entre un mínimo de 800 y un máximo de 2.000 aproximadamente. Esto, sumado a los al menos 520 soldados de la guarnición, nos da una cifra no inferior de un millar y medio de hombres entre marineros, soldados, artesanos y funcionarios, toda una revolución social y económica para la apagada existencia de la *Septem* posterior a la invasión vándala y anterior al 534.

La otra gran preocupación de la estrategia naval del Imperio, la principal, era mantener fuera de los mares occidentales a Persia. Este objetivo era tradicional en la política romana y en tiempos de Justiniano cobró de nuevo gran importancia por el intento persa de lograr un puerto viable en el mar Negro. Lo que, como advirtiera Justiniano, era una amenaza mortal para la Romanía.

La conquista persa de Siria, Palestina y Egipto, entre 613 y 619, demostró que la aparición de Persia sobre el Mediterráneo no era un peligro ficticio. De hecho, lo primero que hizo el reino sasánida –como veremos– fue dotarse de una flota y proceder al ataque de las costas e islas egeas desde por lo menos el año 620³⁶¹, rompiendo con ello, brevemente y por primera vez, la hegemonía restaurada por Justiniano y anticipando en treinta años las futuras acciones de los omeyas.

W., *Procopius, De Aedificiis*. Nueva York, 1894. Sobre la *Septem* recuperada por Justiniano consúltese el interesante resumen de aportaciones historiográficas contemporáneas en FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, pp. 647-649. Un excelente trabajo sobre la Tingitana y su evolución desde el siglo III al VI es el de BLÁZQUEZ, J. M., “Últimas aportaciones a Mauritania tingitana en el Bajo Imperio”, <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=13987&portal=33>; también VILLAVERDE VEGA, N.: *La Tingitana en la antigüedad tardía (siglos III-VII)*. Madrid, 2001, pp. 355-356. La aparición del thema septensiano en época de Justiniano II ofrece pocas dudas, de acuerdo con el epistolario papal de la época. Así por ejemplo, el emperador Justiniano II lo menciona específicamente en una de sus misivas enviadas al papa Juan el año 687. El texto es el que sigue: Carta al Papa Juan V, *Epistolae*, PL. 96, 247, año 687: *Exemplar Divinae Jussionis Justiniani Augusti Directae ad Joannem papam urbis Romae, in confirmationem sextae synodi Constantinopolitanae. ...Insuper etiam quosdam de Christo dilectis exercitibus, tam ab a Deo conservando imperiali obsequio, quanque ab orientali Thraciano, similiter et ab Armeniano, etiam ab exercitu Italiae, deinde ex Cabarisiani et Septensiani, seu de Sardinia atque de Africano exercitu, qui ad nostram pietatem ingressi sunt, et jussimus praefatas synodaliu gestorum chartas in medium adduci, et coram supredictis omnibus lectionem eorum fieri. Apud*, VALLEJO GIRVÉS, M., *Bizancio y la España Tardoantigua, (ss. V-VIII): Un capítulo de historia mediterránea*, Madrid, 1993, p. 330. Sobre el tema septensiano vid. TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, p. 26; AGUADO BLÁZQUEZ, F., “El África bizantina. Reconquista y ocaso”. <http://www.imperiobizantino.com>, pp. 88-99.

³⁶⁰ BELTRÁN, V., *Al Hakam, Conquista del norte de África y España...*, *op. cit.*, p. 42.

³⁶¹ La fuente más próxima a los acontecimientos que recoge los ataques de la flota persa en 623 sobre Rodas, Samos, Cos y las islas Cícladas es la *Crónica del 640*, que lo recoge en su año 934 de la era seleúcida, año 623 d.C. [*Crónica del 640*: año 934, p. 18]. De este ataque persa sobre Rodas, Cos y Samos

En cuanto al despliegue de la flota en tiempos de Justiniano, ésta contaba con dos *clasis* o grandes divisiones de la flota, una con sede en Rávena y otra en Constantinopla, además de los dromones destinados en *Septem* y ya mencionados, varias escuadras en el Danubio y pequeñas divisiones en Cartago y el Mar Negro.

I.2.9. *El ejército, los recursos de la Romania y la Recuperatio Imperii.*

Reclutar, financiar, abastecer y pagar un ejército permanente de 250.000 hombres no era tarea fácil y sólo dos estados de la Antigüedad fueron capaces de hacerlo: la Romania y la Persia Sasánida.

a. Reclutamiento, censo militar y forma de financiación y pago de las unidades.

Se ha dicho que el ejército de Justiniano y sus inmediatos sucesores estaba constituido, en su inmensa mayoría, por mercenarios germánicos, hunos, abasgianos, tzanos, iberos del Cáucaso y otros pueblos extranjeros³⁶². El dato no es correcto y aunque los reclutas procedentes del exterior de las fronteras de la Romania eran numerosos, ni eran la única fuerza, ni constituían la mayoría de la misma. De hecho, el censo militar, que permitía realizar un control de los efectivos humanos disponibles y su eventual alistamiento, se mantuvo, con su complicado aparato de funcionarios, registros y disposiciones legales, hasta el final del reinado de Heraclio, por lo menos³⁶³. Esto prueba que el reclutamiento indígena seguía siendo contemplado como una posibilidad vital para el sostenimiento del esfuerzo militar del Imperio³⁶⁴. Por ejemplo, la legislación justiniana se preocupó mucho por cuestiones como la desertión o los intentos de burlar el reclutamiento³⁶⁵.

Mauricio, por su parte, llevó a cabo levas obligatorias sin problemas y las cartas de Gregorio el Grande nos han conservado el nombre y la función de los funcionarios

han quedado también testimonios en la arqueología: GREATREX, G., *Roman Eastern Frontier and the Persian Wars: Part II, AD 363-630: A narrative sourcebook*. Florencia, 2002, pp. 196-197.

³⁶² Sobre los bárbaros en los ejércitos de Justiniano *vid.* TEALL, J., "The Barbarians in the Justinian Army", *Speculum*, 40 (1965), pp. 294-322, aunque nuestras conclusiones sean diametralmente opuestas a las suyas.

³⁶³ Esto último ha quedado magníficamente sustentado en: CAÑAS NAVARRO, P., "Aspectos jurídico-censales.", *op. cit.*; WHITBY, M., "Recruitment in roman armies...", *op. cit.*, pp. 78-82 y HALDON, J., *Recruitment and Conscription in the Byzantine Army c. 550-950. A Study on the Origins of the Stratotika Ktemata*. Viena, 1979, p. 29. Carrié, Haldon y Whitby han demostrado que, tanto los impuestos para sufragar el reclutamiento, como el censo se mantuvieron en contra de lo que en los años sesenta defendió A. M. JONES, *The Later Roman Empire...*, *op. cit.*, pp. 669-675.

³⁶⁴ M. WHITBY ("Recruitment in roman armies...", p. 69) dice que tanto Haldon como Carrié han demostrado que, contra lo que mantuvo A. M. JONES (*The Later Roman Empire...*, pp. 669-675), el impuesto para los reclutas como el reclutamiento forzoso llegado el caso, se mantuvieron hasta el reinado de Heraclio.

³⁶⁵ Es fascinante la continuidad legal y práctica que se establece en el tema del reclutamiento. Sobre la primera compárense *C.J.* XII.47.1 y *C.Th.* VII.22.3. Sobre esta continuidad: WHITBY, M., "Recruitment in roman armies...", *op. cit.*, p. 80; HALDON, J., *Recruitment and Conscription...*, *op. cit.*, p. 28.

del censo militar que actuaron en Sicilia, los *scribones*³⁶⁶. Además, las misivas y disposiciones de los jefes militares destinados en Egipto conservadas en papiros, hablan de demandas a las autoridades provinciales para que procedieran a reclutamientos de hombres y caballos en sus demarcaciones³⁶⁷. Las fuentes literarias corroboran todo esto y señalan que los *limitanei* eran reclutados, en su inmensa mayoría, sobre la propia provincia cuyos límites tenían que defender y que los contingentes de *comitatenses* y de federados, se nutrían no sólo de bárbaros extranjeros sino también y en su mayor parte, de provinciales.

Además, desde los tiempos de Anastasio I y sus reformas del 498, el alistamiento en el ejército era lo suficientemente atractivo como para tentar a muchos provinciales y esto, sumado al prestigio de generales como Belisario o Narsés, hacía que numerosos reclutas provenientes de los pueblos más belicosos del Imperio hicieran casi innecesaria la conscripción forzosa para mantener las filas del ejército³⁶⁸.

Iliria, Tracia, Isauria, las montañas del Líbano y del Amanos, la Armenia romana y África, eran los principales criaderos de soldados de la Romania. No obstante en las fuentes aparecen contingentes reclutados en casi todos los puntos del Imperio incluida la capital, Constantinopla³⁶⁹. Como ya habíamos visto, Belisario contaba con numerosos contingentes de tracios e isaurios en sus ejércitos y Narsés, en 552, cuando marchaba hacia Italia por los Balcanes, llevó a cabo grandes levas en Tracia e Iliria y más tarde, en 575, Tiberio II levantó nuevos ejércitos con reclutas de Iliria, Tracia e Isauria. También bajo la autoridad de Tiberio II, su general Mauricio levantó tropas en Capadocia en 579 y más tarde, cuando Mauricio se convirtió en emperador, hizo grandes levas en Armenia hacia 592, para reforzar los ejércitos que en las prefecturas de Illiria y Tracia debían de enfrentarse a ávaros y eslavos³⁷⁰.

³⁶⁶ Sobre los reclutamientos de provinciales llevados a cabo por conscripción en este periodo *vid.*, entre otros, CHABOT, J.B., *Les Chroniques du Michel Le Syrien Patriarche Jacobite d'Antioche*, París, 1899-1924, Miguel El Sirio: t. II, X, XXI, p. 362; Evagrio: V, 14, 209-210; Juan de Éfeso: lib. III, VI.14; Sebeos: VIII, p. 35. Sobre los *scribones*: SCHAFF, P., "Letters of Gregory the Great...", *op. cit.*, carta XXXII.

³⁶⁷ J. A. BUTLER (*The Arab Conquest...*, p. LXXVIII) facilita la traducción de una carta oficial del 642, en concreto el papiro (*SB* 9755; *CPRF* 564) del 19 de julio 642, una declaración de recibo de 99 caballos entregados a Apa Kyros con objeto de que éste los entregara a su vez a un oficial militar.

³⁶⁸ Teofilacto Simocata [III,12,4], al relatar el gran alistamiento realizado por Tiberio II en 574-75, define en una precisa frase la atracción del dinero sobre los reclutas y la facilidad con que éstos se alistaban ante el brillo del oro.

³⁶⁹ Al respecto del reclutamiento de provinciales en las provincias balcánicas de la Romania: Procopio, *Guerra gótica*: VII, 10, 1-2, donde se narra cómo Belisario, a su paso por los Balcanes camino de Italia durante el invierno del 544-545, no tuvo problemas en reclutar en Tracia, Mesia e Illiria a 4.000 hombres. Para subrayar más aún que la mayoría de los reclutas eran provinciales romanos y no extranjeros súmese a lo anterior los datos ofrecidos por Procopio [*Guerra vándala*: III, 11,1-20], quien al catalogar al ejército y a los comandantes destinados a la invasión de África menciona, directamente o aludiendo a sus comandantes, contingentes de Jonia, Cilicia, Egipto, Illiria, Tracia y hasta de la propia Constantinopla que proporcionó 2.000 reclutas que servían como marineros y soldados indistintamente.

³⁷⁰ Evagrio Escolástico: V, 14, 209-210; Juan de Éfeso: lib. III, VI.14; Sebeos: VIII, p. 35.

Los bárbaros que se alistaban en el ejército de la Romania podían hacerlo a título particular o como grupos homogéneos. Cañas Navarro ha estudiado los tres tipos de fórmulas o contratos, todos con su propio juramento, que permitían a los soldados extranjeros servir en el ejército de los siglos VI y VII. Las modalidades de contrato militar para extranjeros eran las siguientes:

a) los que se alistaban a título personal, juraban como cualquier soldado y estaban sometidos a la disciplina y ley militar como cualquier *miles* romano, mezclados con los cuales servían. Su juramento ha sido recogido por Vegecio.

b) los *laeti* o gentiles, grupos de bárbaros que mediante juramento colectivo se ponían al servicio del emperador. Estaban sujetos a la ley y la disciplina.

c) *foederatii*, grupos o tribus enteras proporcionadas por pueblos aliados que mediante contrato, servían por una campaña o tiempo estipulado en el ejército. Estaban bajo el mando de sus propios jefes y sólo respondían ante el comandante del ejército o ante el propio emperador³⁷¹.

Por último, en situaciones extraordinarias (por ejemplo, cuando un ejército enemigo se plantaba ante una ciudad), todos los hombres libres y de determinada edad, estaban obligados a tomar las armas. Estas milicias ciudadanas solían estar agrupadas y estructuradas en los famosos *demos* que, contra lo que se suele creer, no eran simples agrupaciones de hipódromo, sino que su principal actividad era la de reclutar, armar y entrenar una milicia local que acudiera a la defensa de la ciudad en caso necesario. Así veremos a estas milicias ciudadanas defendiendo los muros de Edesa frente a Cosroes I³⁷² o los de Jerusalén en 614 frente a las tropas de Cosroes II³⁷³. En fin, ni el censo, ni las fórmulas de reclutamiento, ni sus aspectos legales, ni la procedencia geográfica o étnica de los reclutados se vio significativamente alterada durante el reinado de Justiniano y de sus sucesores. Habría que esperar a la segunda mitad del siglo VII para comenzar a vislumbrar esos cambios significativos.

¿Cómo era financiado y cuánto costaba a la Romania su ejército? Un autor anónimo de mediados del siglo VI nos dice al respecto lo siguiente:

“El sistema financiero está especialmente dedicado a pagar a los soldados. Todos los años la mayor parte de los ingresos del estado se dedican a este propósito”³⁷⁴.

Por nuestra parte, procederemos, a continuación, a estudiar el coste y modos de financiación del ejército. Ya hemos señalado que, básicamente, había dos modelos en cuanto al pago:

³⁷¹ CAÑAS NAVARRO, P., “Aspectos jurídico-censales...”, *op. cit.*; Vegecio: lib. II,V, 3-4.

³⁷² El asedio de Edesa por Cosroes I y la participación de las milicias ciudadanas en la victoriosa defensa en: Procopio, *Guerra persa*: lib. II 26-28.

³⁷³ Sebeos: XXIV, p. 67.

³⁷⁴ *Apud* HALDON, J., *Warfare, State and Society...*, *op. cit.*, p. 36.

- a) el de los *comitatenses*, pago directo y completo en moneda, calculado –cuando no directamente abonado– en oro.
- b) el de los *limitanei*, pago dividido en dos partes, una en especie y otra en moneda, ocasionalmente en oro y con más frecuencia en plata.

Los primeros recibían su paga directamente de las arcas de la administración central imperial y sus generales eran los encargados de recibir y gestionar la soldada tras requerir a la administración las cantidades adeudadas a los soldados³⁷⁵. Los generales y oficiales no sólo reclamaban y recibían la soldada, sino también el dinero necesario para sufragar el equipo, abastecimientos, etc. El sueldo militar se veía complementado también por las periódicas distribuciones de dinero que, con motivo de los quinquenalia de un emperador, o como celebración de la subida al trono de un augusto, recibían los soldados. Además, existían cantidades suplementarias logradas por gratificaciones y premios que con cierta frecuencia eran concedidos a soldados que destacaban por su celo, ingresos extras que venían a complementar el sueldo militar³⁷⁶. Una vez recepcionada la soldada por el general, era distribuida a los tagmas y dentro de éstos eran los llamados *optiones*³⁷⁷, los oficiales encargados de abonar directamente a los soldados su paga.

El soldado del tiempo de Justiniano y sus sucesores –como ya se dijo– recibía también dinero del Estado para comprar armas y equipo, lo cual mejoraba su condición económica notablemente, pues este dinero para uniformes, equipos y armas, era entregado todos los años; dado que no todos los años los soldados necesitaban nuevas espadas, yelmos, escudos, mantos, etc., buena parte de ese oro ingresaba directamente la bolsa del soldado. Además, aún en el caso de verse obligado a reponer su equipo o armas, el soldado conseguía equiparse sin tener que echar mano de todo el oro que se le asignaba para el mantenimiento del equipo, pues intentaba y a menudo conseguía, gastar en su equipamiento menos de lo que había recibido del Estado para tal fin. Esto era aceptado tácitamente por los generales y por el propio Imperio, siempre que el soldado dispusiera de equipo y armas en perfecto estado, y que fueran de la calidad requerida. El control sobre estas cuestiones era ejercido por los decarcas³⁷⁸.

³⁷⁵ En el *Strategikon* [VIII, 3-4] se hace responsable al general del pago a sus soldados y también se dan ejemplos [I,2] del control que el general y los oficiales hacen de las soldadas y dinero extra entregado a los soldados. También Teofilacto Simocata: VII, 8,3-4.

³⁷⁶ Eran comunes los complementos económicos por diversas circunstancias. Por ejemplo, los soldados del cuerpo de sanidad -los camilleros- recibían, además de su sueldo, un *nomisma* suplementario por cada soldado herido que pudieran evacuar con vida del campo de batalla. *Strategikon*: II, 9.

³⁷⁷ De nuevo aquí, en el mantenimiento del nombre y trabajo del *optio* (oficial que existía ya en las legiones del siglo I a.C.) se certifica la persistencia de numerosos elementos entre los ejércitos de la Romanía de los siglos VI y VII. Sobre el *optio* en tiempos de Justiniano y sus sucesores: Procopio, *Guerra Vándala*: lib. IV, 20,12: *En su ejército había un tal Gezón, soldado de infantería y que era optio del destacamento al cual estaba adscrito el propio Salomón; en efecto, tal es el nombre que los romanos dan al encargado de pagar las soldadas... Vid. también Procopio: III, 17, 1-2.*

³⁷⁸ *Strategikon*: I, 6.

Teniendo en cuenta lo anterior, no nos extrañará que los soldados de Mauricio en 588 y 594, se mostraran abiertamente descontentos con los intentos del emperador por sustituir el oro de la parte del sueldo destinada anualmente a reposición de uniformes, armas y abastecimientos, por entregas directas de esas mismas armas, uniformes y víveres. Como escribe el *Strategikon*, el soldado estaba acostumbrado a recibir su paga y a contemplar el equipo, las raciones y las armas, como una posible fuente de complementos y no como un sustituto de su soldada. Si los soldados tenían criados y servidores a su cargo, debían de ser ellos los que les pagaran recibiendo para ello dinero de su unidad y siendo controlados por sus oficiales³⁷⁹.

Por último, el botín era siempre un muy destacado beneficio económico que complementaba y a menudo superaba al de la propia paga, no sólo de los soldados sino también del general³⁸⁰. Además, ser soldado tenía otras ventajas que a la larga derivaban en una mejora económica de él y de su familia. Por ejemplo, Mauricio terminaría por conceder a los soldados el derecho a recibir pensiones anuales tras su jubilación y el derecho a que, en caso de causar baja (por mutilación o por licenciamiento honroso), fueran sus hijos o familiares los que cubrieran su puesto en las listas militares; en el caso de dejar huérfanos, éstos cobrarían una pensión militar. Todo esto derivó en una evidente consolidación de la condición económica del soldado y su familia así como en una mayor estabilidad y fortaleza del sistema imperial de reclutamiento³⁸¹.

El dinero necesario para sufragar los gastos militares seguía recaudándose exactamente con los mismos procedimientos legales y administrativos que aquellos que regían en la Romania desde hacía casi tres siglos (puestos en marcha por Constantino I y definitivamente perfeccionados por Constancio, Valente y Valentiniano I): la *annona militar* y un impuesto combinado que reunía los antiguos impuestos destinados a sufragar los gastos resultantes de adquirir reclutas, los animales del ejército, y las vestiduras y equipos militares³⁸², constituían la fuente del grueso de los recursos recaudados por el Imperio y destinados a cubrir los gastos militares. En caso de necesidad –por lo tanto en los siglos VI y VII con bastante frecuencia– el emperador completaba el dinero dedicado a la partida de gastos militares con recursos provenientes

³⁷⁹ *Strategikon*: I,2

³⁸⁰ Sobre la distribución del botín: Procopio, *Guerra Vándala*: IV, 4,2-8, y Teofilacto Simocata: III, 15,10.

³⁸¹ Teofilacto Simocata: VII, 1,2-9; WHITBY, M., “Recruitment in roman armies...”, *op. cit.*, pp. 86-88.

³⁸² Jean Michael CARRIÉ en un brillante artículo publicado en 1995 demostró que tanto la *annona* como los impuestos militares conocidos como: *aurum tironicum* o impuesto de los reclutas, tasa *mularum fiscalium vel equorum* (a la que se añadía el *pastus primipili*) y *vestis militaris*, correspondiendo exactamente al impuesto que una ley de 375 llama *aurum comparaticium*, sobrevivieron hasta el siglo VII sin modificaciones. En general Carrié demuestra que toda la estructura financiera militar permaneció estable desde mediados del siglo IV hasta la conquista islámica. CARRIE, J.M., “L'État à la recherche...”, *op. cit.*

de su propia bolsa y propiedades, la antigua *domus divina*, gestionada por un *comes*³⁸³ que a partir del siglo VII comienza a ser denominado *sacellario*.

Conocemos con detalle los pormenores relativos a la recaudación militar a través de la legislación, en especial gracias a algunas Novelas de Justiniano y a los numerosos papiros egipcios de los siglos VI y VII que proceden de las administraciones civiles y militares locales. Sabemos, por ejemplo, que cuando un ejército pasaba por una ciudad o por los territorios de su entorno, eran los gobernadores y los obispos los encargados de recibir y ejecutar las demandas que previamente habían sido hechas por los jefes militares de la fuerza que se acercaba a la ciudad. Los jefes militares debían de avisar con tiempo suficiente como para que el obispo o los funcionarios urbanos pudieran reunir lo exigido. Cuando la unidad militar llegaba al cabo a la ciudad o a su territorio, un funcionario adscrito al ejército recibía los alimentos y bienes de manos de los funcionarios civiles o del obispo, y a cambio, con el acuerdo y supervisión de las autoridades de la ciudad y del *magister militum*, tribuno, *comes* o del oficial que fuese el jefe del contingente, extendía unos recibos o certificados que se entregaban a los poseedores o contribuyentes que habían entregado los bienes demandados por el ejército. Éstos recibos eran posteriormente usados por los contribuyentes como descargo ante los cobradores habituales de impuestos, los cuales debían de restar de la *annona* y en su caso de cualquier otra carga fiscal, la cantidad que figuraba en el recibo en cuestión; en caso de que el recibo superara el importe del total de los impuestos anuales que pagaba su poseedor, éste recibía una exención fiscal por dos o más años, hasta cubrir la cantidad que figuraba en el recibo³⁸⁴.

La misma Novela de Justiniano fechada en marzo de 545 especifica que las ciudades no podrían ser obligadas a entregar productos que no fueran comunes en su territorio, sino sólo aquellos que fueran abundantes; los demás debían de ser provistos por las autoridades provinciales y, si esto no era posible, por las autoridades centrales. La Novela nos informa también que los ciudadanos tenían la obligación, al igual que en los siglos IV y V, de alojar a los soldados en sus propiedades, pero, para impedir abusos, se concretaba que los soldados no podrían exigir que se les acomodara en las dependencias usadas por la familia que los albergaba, sino que ocuparían las que quedaran libres o disponibles.

La legislación justiniana ordenaba además, que los bienes que el ejército comprara en las ciudades o provincias fueran pagados según los precios vigentes en la región y otorgaba compensaciones a los contribuyentes que resultaran dañados por el descuido o malicia de los militares, debiendo de pagar éstos crecidas multas que sumaban el doble de lo dañado o estafado; en algunos casos graves de estafa o agresión

³⁸³ GARCÍA MORENO, L.A., “Comes/comites Thesaurorum y la organización de las Sacrae...”, *op. cit.*

³⁸⁴ *Corpus Iuris Civilis*: CXXIX, capítulo I-III de Justiniano, p. 456.

a los contribuyentes, se les quitaba el cingulo o cinturón militar, emblema de la condición del soldado, amén de ser desterrados y privados de sus bienes.

¿Cómo se recaudaba habitualmente la *annona* militar, la base del sistema financiero del ejército? También aquí, cuando se trataba de financiar con los impuestos la guarnición de la ciudad o las tropas establecidas cerca de sus fronteras, eran las autoridades locales urbanas las encargadas de reunir y proporcionar los abastecimientos y dinero necesarios para el sostenimiento de la guarnición de la ciudad. Para ello, las autoridades de la ciudad en cuestión reunían y entregaban anualmente una cantidad de alimentos, ropas y pertrechos fijada de antemano y constituían depósitos monetarios con los que complementar periódicamente el sueldo de los soldados que las guarnecían. Nos informan sobre estas actividades, entre otros muchos documentos, el llamado *Papiro de Anteópolis*, redactado alrededor del 540, y otro escrito de 642 que recoge diversas demandas de un *dux* egipcio, el de Arcadia, de nombre Philoxenus, a las autoridades civiles³⁸⁵.

En el caso de que la fuerza militar no estuviera acantonada en una ciudad o en su inmediato entorno, como sucedía con la mayoría de los contingentes de *limitanei*, instalados a menudo en regiones poco urbanizadas, el coste de su sostenimiento era dividido entre todos los poseedores de la zona en que desempeñaban su acción militar. El procedimiento en este caso era el siguiente: la cuota que tenían que abonar los poseedores (en metálico o en especie) se establecía proporcionalmente a las unidades fiscales, *domus*, *fundus*, *villa*, etc. registradas en el censo fiscal de la provincia y pertenecientes a uno o más propietarios. Después se iniciaba un complejo proceso de recaudación y pago que tenía por objeto evitar en lo posible el pago directo del poseedor a la unidad militar asentada en sus tierras o comarca. Para lograrlo, se seguían las siguientes pautas:

-en primer lugar, unos funcionarios denominados *opinatores* reclaman a los *poseedores* el dinero o los abastecimientos necesarios para pagar a las tropas, pago que era menor o mayor en función de las unidades censales del *poseedor*. Si los *poseedores* entregaban el dinero, animales, equipos o alimentos solicitados, se terminaba la fase de cobro; en caso de que el *poseedor* se negase a pagar, el *opinador* recurría a un magistrado llamado *exactor*. Si, tras examinar la cuestión, dictaminaba en contra del *poseedor*, éste se encontraba obligado a pagar; de no hacerlo así, el *exactor* denunciaba el caso al gobernador de la provincia, que adelantaba el pago, en dinero o en especie, y luego confiscaba al poseedor los bienes necesarios para compensar el adelanto, junto a los intereses y costes generados por su inicial negativa a proporcionar la soldada exigida.

³⁸⁵ El papiro de Anteópolis se puede consultar en su traducción española en: CAÑAS NAVARRO, P., "Aspectos jurídico-censales...", *op. cit.* El papiro referente al duque de Arcadia puede consultarse en traducción inglesa en: BUTLER, A. J., *The Arab Conquest...*, *op. cit.*, p. LXXVII.

-una vez recaudados los alimentos, animales, vestidos, equipos y dinero destinados al sostenimiento de las tropas, se efectuaba la entrega de los mismos al mando del contingente al que iban destinados. El mando militar, ya fuera éste un *dux*, un prefecto o un tribuno, contaba con su propia oficina administrativa, integrada por *doriforoi*, *cancelis*, *optiones*, etc. que entre otras obligaciones tenían la de distribuir la soldada a los integrantes del *numerus*, *tagma* o legión al que pertenecían y destinar el sobrante a la reposición y reparación de equipos, armas, edificios, fortificaciones, animales de carga y monta, etc. De esta manera el soldado recibía el sueldo de manos de su jefe, representante en último término del emperador y no del terrateniente o propietario de turno, lo que hubiera podido establecer lazos de complicidad entre las tropas y los potentados locales.

La *annona* proporcionaba la mayor parte de los recursos materiales que consumía el ejército, y también de las armas y equipos que necesitaba, así como una parte del dinero en efectivo. De hecho, el sueldo militar se calculaba en *annonas*. No obstante, una parte no desdeñable del oro que desde las arcas centrales se distribuía en forma de paga en metálico, provenía mayoritariamente del impuesto combinado al que antes hemos aludido y que se cobraba en oro, excepto en contadas ocasiones. El sueldo militar se calculaba siempre en oro y habitualmente, en el caso de los *comitatenses*, se pagaba en oro, aunque en ocasiones se entregaba al soldado una parte del mismo en especie. En cualquier caso, los militares recibían un sueldo calculado en oro, lo que, al evitar la inflación y teniendo en cuenta la poderosa capacidad de compra del oro, garantizaba el poder adquisitivo de los soldados.

Justiniano introdujo dos mejoras significativas en la financiación de los ejércitos:

a) en primer lugar, siendo consciente de que determinadas zonas fronterizas habían sido tan devastadas por los bárbaros que las ciudades y *possesores* de la zona no podían hacer frente al sostenimiento de las guarniciones y fortalezas de los *limitanei* y *comitatenses* que defendían la frontera (tal era el caso de las regiones del bajo Danubio), determinó crear una nueva circunscripción militar independiente de la de Tracia y Oriente, a las que arrebató parte de sus antiguos territorios: nos referimos a la *quaestura* danubiana³⁸⁶. Ésta ejercía su autoridad, no sólo sobre los duques que defendían el *limes* del bajo Danubio, sino también sobre las ciudades y provincias de la costa egea del Asia Menor, de manera que estas últimas eran ahora las encargadas de proporcionar alimentos, pertrechos y dinero, vía marítima, a los soldados de la lejana frontera danubiana, descargando así del peso de su sostenimiento a los castigados habitantes del *limes*.

³⁸⁶ *Corpus Iuris Civilis*: L, p. 218. CURTA, F., “*Quaestura exercitus Iustiniani...*”, *op. cit.*, pp. 9-26.

La solución era innovadora e ingeniosa, tanto en el plano estratégico como en el puramente financiero y administrativo. La *quaestura* danubiana, no obstante, se inscribe dentro de una política general que, desde los primeros años del reinado, tendía a unificar el poder civil y el militar bajo una sola mano. Política que dio nacimiento –como ya referimos– a los pretores de Pisidia, Licaonia, Tracia, Sicilia, el de Paflagonia, o al procónsul de Capadocia, al gobernador de Helenoponto y al conde de Isauria.

b) la segunda medida significativa tomada por Justiniano en el plano de una mejor financiación del ejército fue la de abolir las clases y promociones establecidas durante el servicio militar. En efecto, a lo largo de los 20 o 25 años de su servicio bajo los estandartes de la Romania, un soldado podía –sin elevarse a la condición de suboficial u oficial– ir promocionando y ascendiendo a diversos grados de *milites*, cada uno de los cuales significaba una mejora sustancial de su sueldo. Debido a esto y aunque no aumentaran los efectivos ni la eficiencia de éstos, la nómina del ejército tendía a encarecerse. Justiniano abolió las diferentes clases y grados de soldados estableciendo un único sueldo para todos ellos y abaratando así el coste medio por unidad militar del ejército de la Romania³⁸⁷.

b. El sueldo de los soldados de la Romania en tiempos de Justiniano y sus sucesores.

¿A cuanto ascendía el sueldo de esos soldados? En época de Justiniano un soldado *comitatense* de la Romania recibía un sueldo anual de 20 sólidos. Este sueldo se calculaba a razón de cuatro *annonas* por soldado, equivaliendo la *annona* a cinco sólidos. La paga del *comitatense* se desglosaba así:

- a) 10 sólidos constituían el sueldo base; al parecer, si el soldado tenía familia y estaba en campaña, 5 de esos sólidos se pagaban directamente a su esposa o parientes próximos.
- b) a estos 10 sólidos se sumaban otros 5 en concepto de armas y uniformes, y 5 más en concepto de alimentos.

Dado que –como ya se dijo– el soldado *comitatense* no necesitaba ni uniforme ni armas nuevas cada año y teniendo en cuenta que las compras de víveres eran llevadas a cabo por los *optiones* de los respectivos *tagmata* del ejército y que éstos compraban como mayoristas a mejor precio, los soldados *comitatenses* solían complementar sus diez sólidos de sueldo base con una cantidad no desdeñable del sobrante de los otros diez sólidos que el Estado les asignaba anualmente como complemento de su sueldo para armas, uniformes y abastecimientos. Además, si el soldado era de caballería, el

³⁸⁷ CAÑAS NAVARRO, P., “Aspectos jurídico-censales...”, *op. cit.*

forraje y recambio de su montura corría a cargo del Estado³⁸⁸. Estos veinte sólidos anuales solían verse notablemente incrementados cada cinco años –como se dijo– cuando el emperador les asignaba un estipendio de cinco sólidos, y entre seis y nueve sólidos cada vez que un nuevo Augusto ascendía al trono³⁸⁹.

Los soldados y sus familias solían disfrutar de un cierto desahogo económico. Es más, los *comitatenses* solían ahorrar durante su servicio en armas una buena cantidad de dinero y a menudo lo invertían en tierras que no solían cultivar directamente, sino que arrendaban a otros a cambio de una renta anual que complementaba su sueldo³⁹⁰. No es pues de extrañar que la condición de soldado fuera ambicionada.

De nuevo, las denuncias de Procopio sobre la pobreza de los soldados de Justiniano son negadas por los hechos. Las insidias del secretario de Belisario se ponen de manifiesto cuando se comparan los 20 nomismas de oro recibidos por un *comitatense* de tiempos de Justiniano con el dinero que, de promedio, costaba al erario imperial el mantener en filas a un soldado *comitatense* en el año 445. Y es que para ese año se puede calcular el coste de un soldado de infantería en 6 sólidos anuales y de uno de la caballería en 10,5 sólidos³⁹¹. De hecho había sido Anastasio, en 498, el que había elevado el sueldo militar, el cual se mantendría estable (exceptuando algunos pequeños retoques efectuados por Justiniano a partir de 535) hasta que en 616 Heraclio se viera obligado a recortar la soldada de sus *milites* a la mitad, quedando establecida en diez sólidos anuales³⁹².

³⁸⁸ Sobre el sueldo de los *comitatenses* de tiempos de Justiniano y sus sucesores *vid.* TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 142-155, en especial pp. 145-149 y 189-199. Treadgold toma como punto de partida el edicto del 534 que restablecía la administración civil y militar en África, y en el que mediante *annonas* (a razón de una *annona* = cinco sólidos) se establecía el sueldo de distintos oficiales militares de la administración. Tras esto, suma a lo anterior distintos datos de las fuentes de los siglos V, VI y VII, tales como el de la *Crónica Pascual*: 706, que informa que el sueldo militar fue reducido a la mitad en 616. Con todo ello, Treadgold logra establecer una precisa tabla de sueldos para los siglos VI y VII. Sobre las compras de víveres por los *optiones*, *vid.* *Corpus Iuris Civilis*: nov 130 o constitución 119, p. 456. La génesis del sueldo militar de la época de Justiniano y las distintas fórmulas para financiarlo: CARRIÉ, J.M., “L’État à la recherche...”, *op. cit.*, pp. 29-39.

³⁸⁹ Así ocurrió en 578, cuando Tiberio II fue coronado Augusto. Donó entonces al ejército 9 sólidos por cabeza. Juan de Éfeso, que recoge la noticia [III,11] y que era contemporáneo de Tiberio II, encontrándose a la sazón en la capital, dice que 9 sólidos era el máximo de lo que se establecía como donativo ascensional y que dicho donativo era conocido popularmente como “el donativo de los romanos” y más cabalmente como *augustaticum*. En 642, Constantino III, el hijo mayor de Heraclio, realizó un donativo ascensional a sus soldados –según el patriarca Nicéforo: 29– que sumaba un total de 2.016.000 sólidos. Treadgold considera que en la cifra dada por Nicéforo se incluía tanto el sueldo anual como el donativo ascensional y que Constantino distribuyó dicha cantidad a razón de 10 sólidos de sueldo regular y 9 sólidos de donativo por cabeza. TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 143-148, en especial 145-146.

³⁹⁰ CARRIÉ, J.M., “L’État à la recherche...”, *op. cit.*, pp. 43-45, en especial p. 44.

³⁹¹ HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, p. 380.

³⁹² *Crónica Pascual*: 706; TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 20 y 139-152, sobre todo 145-146.

El sueldo se cobraba cuatrimestralmente; es decir, que un soldado hacia 565 recibía 6 sólidos y 16 seliquas³⁹³ de plata cada cuatro meses³⁹⁴. Conocemos los sueldos de distintos oficiales militares, lo que nos permite establecer una comparación entre éstos y los soldados rasos. Así por ejemplo, el *dux* de Numidia en tiempos de Justiniano cobraba anualmente un total de 1.582 sólidos anuales, el de *Libyae* 1.405, el *praetor pisidiae* 800, un tribuno al mando de un tagma de *comitatenses* percibía 200 sólidos anuales, un centurión o *hecatontarca* recibía un sueldo anual de 99 sólidos, un *decarca* 25 y un *biarchi* (oficial administrativo encargado de los abastecimientos de los contingentes asentados en un ducado) recibía 112 sólidos³⁹⁵.

Si se desea contrastar los ingresos de los soldados con los civiles, bastará con comparar los 20 sólidos del soldado *comitatense* de la segunda mitad del siglo VI con los poco más de 3 sólidos anuales que, a fines del mismo siglo y a inicios del VII, cobraba un empleado de los baños o un aguador en Egipto; los 15-18 sólidos que ingresaba anualmente un albañil; los 5 que de promedio ingresaba como beneficio un pequeño propietario agrícola; los 18 que ganaba un maestro carpintero de ribera, o finalmente con los 16 que ganaba al año un funcionario civil de nivel medio de la administración local del fisco, como el que regía a los *mitendarii*, los cobradores de impuestos de un distrito provincial³⁹⁶.

³⁹³ Tras el reajuste monetario que Justiniano realizó en 539 sobre la base de la reforma de Anastasio de 499, el valor de un sólido equivalía a 7.200 *numos*, o a 180 follis de bronce, o a 24 seliquas, cerate o keratias de plata, o a doce miliaresios de plata. El sólido pesaba entre 4.48 y 4.50 grs de oro, con un porcentaje de pureza que oscilaba entre el 98% y el 95%; el miliaresio de plata pesaba 4.48 grs de plata; la seliqua o keratia 2.24, el follis de bronce, 20 grs, siendo necesarios 40 *numos* de cobre para reunir el valor de un follis. Una libra de oro equivalía a 72 sólidos de oro y tenía un peso de poco más de 324 grs; el centenario, por su parte, equivalía a 100 libras de oro o lo que es lo mismo 7.200 sólidos.

³⁹⁴ Al respecto del sueldo cuatrimestral de los soldados véase J. M. CARRIÉ, “L’État à la recherche...”, *op. cit.*, pp. 28-31, en especial p. 29.

³⁹⁵ Por ejemplo, *Corpus Juris Civilis*: I.27.2.26, donde se establece, en 534, el sueldo del Duque de Numidia y de sus oficiales militares administrativos; o la Novella XXIV, cap.VI, pp. 142, que establece, en el año 535, el sueldo del Pretor de Pisidia y de sus oficiales más destacados, en base a *annonas* y raciones que luego se trasvasan en el mismo documento a sólidos y libras de oro. Aprovechándose este tipo de noticias, puede establecerse sin problemas los sueldos militares y los de buena parte de la administración civil del siglo VI.

³⁹⁶ Las vidas de santos de los siglos VI y VII están llenos de testimonios directos de los contemporáneos sobre sueldos y coste de la vida. Por ejemplo, la *Vida de Juan de Chipre* o el Limosnero [125-130, p. 442] informa de la paga anual de un sirviente para el baño diciendo: *Tenía un sirviente que le llevaba el agua caliente para el baño y que recibía tres sólidos de oro al año y poco más*. Juan Mosco [134] dice que un hombre que trabajaba como albañil en la construcción de una cisterna para un monasterio ganaba nueve follis diarios. Teniendo en cuenta el reajuste del valor del follis por Justiniano en 539, en el que pasó a pesar 20 grs de bronce, y la relación bronce-oro establecida por el mismo emperador, se necesitaban 180 follis por sólido de oro, y por tanto, el albañil del relato de Juan Mosco que laboraba en la región del Jordán, en un año de trabajo ininterrumpido hubiera ganado 3.225 follis de bronce, o lo que es lo mismo, 18 sólidos de oro. Pero considerando que los días festivos no trabajaba y que lo hacía a jornal, -como especifica el narrador- lo más probable es que nuestro trabajador no pudiera ingresar en un año más allá de 15 sólidos.

En cuanto a qué representaban como poder adquisitivo los 20 sólidos del soldado de la segunda mitad del siglo VI, pondremos varios ejemplos³⁹⁷:

-en Cilicia, junto a la ciudad de Seleucia y en la segunda mitad del siglo VI, en un año de malas cosechas y extrema carestía (por lo tanto de precios máximos y anormales) 12 modios de harina –153.6 kg– costaban un sólido [Juan Mosco: 85]; por lo tanto, con los 20 sólidos que percibía un soldado se podían comprar 3.072 kg de harina, una cantidad suficientemente grande como para abastecer de pan a una familia de cinco miembros durante casi cuatro años. En años normales y de buena cosecha, lo habitual era que un modio de harina de trigo (12.8 kg) costara a fines del siglo VI y en Constantinopla 12 *follis* de bronce; es decir, que con un sólido se adquirirían 15 modios de harina y con 20 sólidos se compraban en la capital del Imperio (donde los precios eran de promedio un 20% más caros que en las provincias) 300 modios de harina de trigo, o lo que es lo mismo 3.840 kg de harina.

-también en Constantinopla y en esos mismos años, se pagaban 18 *follis* por 8 sextarios de aceite de oliva; dado que un sextario era una medida que equivalía a 1,2 de nuestros actuales litros, con un sólido se compraban unos 100 litros de aceite y con veinte 2.000.

-una túnica de primerísima calidad costaba 3 sólidos [Juan Mosco: 92] y un manto fino de semejante género un sólido [Juan Mosco: 116], no obstante, los mantos normales llamados *syrilia* valían sólo 6 keratias [*Vida de Juan de Chipre*: XIX 39, 50-55]; es decir, que con un sólido se compraban cuatro mantos de este tipo y con 20 sólidos ochenta mantos.

-sabemos además que en Palestina, también a fines del siglo VI, un burro costaba 3 sólidos [Juan Mosco: 103] y también que con un miliaresio de plata se podía comprar pan, vino y pescado para abastecer durante una jornada la mesa de una familia [Juan Mosco: 185]; es decir, que con 20 sólidos se podía comprar pan, vino y pescado para dar de comer durante 480 días a la familia de un soldado. Y es que un pan grande costaba 20 *numos* [Juan Mosco: 85] mientras que uno pequeño –el equivalente a una de nuestras populares barras de pan– valía nueve *numos* [Juan Mosco: 41]. Teniendo en cuenta que el numo tenía un valor de 1/40 del valor de un *follis* (se recordará que, desde el ajuste monetario de 539, 180 *follis* equivalían a un sólido), con un sólido se podían comprar 800 panes pequeños y con los 20 sólidos del sueldo anual de un soldado se podían llegar adquirir 16.000 panes.

-en Emesa, hacia el 550, un pastel de buen tamaño, semejante a una tarta pequeña, valía 40 *numos* [*Vida de San Simeón el Loco*: p. 281], por lo que nuestro soldado imaginario podía adquirir con un único sólido 180 pasteles y con la totalidad de su paga 3.600 pasteles.

³⁹⁷ De nuevo las hagiografías y los relatos de milagros nos surten de una extensa variedad de datos cotidianos que nos permiten asomarnos al día a día económico de las familias bizantinas del siglo VI.

-mucho más baratos eran los populares altramuces, muy recurrentes en la época como aperitivos y acompañantes de las comidas principales, pues por 2 *numos* se podían adquirir altramuces para dos personas [Juan Mosco: 144].

-acudir al notario para que éste pusiera en orden y ejecutase un testamento por un valor de 50 libras (3.600 sólidos) costaba 3 sólidos [Juan Mosco: 193]; es decir, que las tasas notariales estaban entorno al 0.83 por mil, muy por debajo de las actuales.

-para terminar, un Nuevo Testamento costaba la respetable suma de 3 sólidos [Juan Mosco: 134], el equivalente al sueldo anual de un sirviente para el baño; sin embargo un soldado podía comprar con su sueldo seis o siete ejemplares.

Si se sopesa todo lo anterior con cuidado, se verá que el poder adquisitivo de los soldados era muy apreciable y que el coste de la vida hacia 550 era bastante asumible y no representaba un problema para los soldados y sus familias. Así que no se tendrá más remedio que admitir que los ejércitos de campaña de Justiniano estaban bien pagados y se comprenderá, a su vez, por qué Justiniano, Justino II, Tiberio II y Mauricio no tuvieron problemas, en situaciones normales, para encontrar reclutas; así como que los soldados generaran bastantes ahorros como para invertirlos en tierras, o para dotarse de criados personales. En fin, también se comprenderá mejor aún la satisfacción de los soldados de Mauricio al otorgarles éste la prebenda de que fuesen sus familiares los que tuvieran preferencia a la hora de cubrir las bajas o para ser alistados³⁹⁸.

¿A cuánto ascendía el sueldo del resto de las tropas del Imperio? Se recordará que en tiempos de Justiniano y sus inmediatos sucesores, ciertamente al menos hasta el 642, existían en el ejército del Imperio varias categorías de soldados. Los *limitanei* recibían un sueldo notablemente inferior, pues no se esperaba de ellos un servicio con carácter de exclusividad, sino que, en caso de no ser necesarios para las labores habituales de entrenamiento, patrulla y guarnición o ser reclamados para combatir en una campaña, podían atender a sus propios intereses y cultivar o vigilar el cultivo de los lotes de tierra que se les asignaba a ellos y a sus familias. De ahí que su sueldo básico fuera de 5 sólidos en vez de los 10 que percibían los *comitatenses* por tal concepto. Se esperaba que los lotes de tierra, o la renta de esos lotes, sustituyeran los cinco sólidos que se entregaban a los *comitatenses* en concepto de mantenimiento de sus familias. Junto a lo anterior, los soldados de la frontera recibían otros 5 sólidos para renovación de uniformes, equipos y armas; para aquellos que disponían de caballo (casi la mitad de los *limitanei* eran jinetes en época de Justiniano) otros 5 sólidos en concepto de forraje y remonta. Es decir, que mientras que un *comitatense* percibía un total de 20 sólidos anuales, un *limitanei* costaba al Estado de 10 a 15 sólidos.

³⁹⁸ Teofilacto Simocata: VII,11-7.

No obstante y desde 545, parece que Justiniano bajó el sueldo de los soldados de frontera, sustituyendo parte de los 5 sólidos del sueldo base por beneficios fiscales y legales, así como por nuevas tierras. En cualquier caso, siguieron recibiendo un pequeño sueldo y por supuesto, los 5 sólidos en concepto de renovación de armas y equipos, además de, en el caso de los jinetes, los otros 5 para sostenimiento de sus caballos. Su situación económica tras 545 no tuvo que ser mala, pues no se entendería su permanencia en los ejércitos bizantinos hasta por lo menos el 642, ni su alto grado de profesionalidad y combatividad. El servicio en la frontera debía de ser lo suficientemente atractivo aún como para que Heraclio, en 629, no tuviera problemas en restaurar a los *limitanei* en la frontera siria y como para que esos mismos *limitanei* lucharan bravamente contra los musulmanes hasta los días finales de Heraclio.

Los *limitanei*, por otra parte, contribuían poderosamente a dinamizar la economía de las provincias del limes: cultivaban o gestionaban el cultivo de tierras poco atractivas para otros propietarios y, tanto ellos como sus familias, eran un mercado estable y relativamente próspero para los comerciantes, las pequeñas industrias y los artesanos de su región. Teniendo en cuenta las retribuciones que cobraban del Imperio y las rentas que arrancaban a sus lotes de tierra, su poder adquisitivo no debió de ser inferior en modo alguno a la de los *comitatenses*³⁹⁹ y si se comparan los ingresos de los soldados con los ingresos de otros sectores de la sociedad –como se hizo más arriba– se podrá incluir, sin reservas, a los soldados de la Romania dentro de lo que hoy llamaríamos clases medias.

Mucho mejor aún era la situación económica de las unidades operativas de las guardias imperiales, básicamente los *excubitores* y el primer regimiento de las *scholae palatinae*. Estas dos unidades, que sumaban en conjunto un total de 800 hombres, percibían un holgado sueldo de 40 sólidos, cantidad nada desdeñable para la época y que se veía complementada además con otros 5 sólidos destinados a cubrir el reemplazo de armas, caballos y uniformes, amén de las consabidas donaciones imperiales en función de quinquenalias o de ascensos al solio imperial⁴⁰⁰.

³⁹⁹ La noticia sobre la eliminación del sueldo de los soldados de frontera procede de Procopio. Es poco fiable, en nuestra opinión, pues de ser cierta no se entiende que los *limitanei* permanecieran otros cien años en sus puestos y combatiendo. Lo más probable –como también piensan Treadgold y Haldon– es que se tratara de una reducción del sueldo y no de su eliminación, lo que sería ya cosecha del maliciciente Procopio. Es más –y esto es sólo una opinión nuestra– lo más probable es que Justiniano restaurara el sueldo de los soldados de frontera después del 562, ya que de otra manera no se entiende la elevación constante de su capacidad militar observada con posterioridad a esta fecha. Sobre el sueldo de los *limitanei* de época justiniana: TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 92-96, 99-101, 158-168, 174-177 y 194-197; opiniones distintas a las suyas y un excelente cuadro para la pervivencia de los *limitanei* y de sus condiciones económicas en: HALDON, J.F., *Byzantium in the seventh century...*, *op. cit.*, pp. 215-216; de forma más extensa en HALDON, J., “Seventh-Century Continuities: the Ajnad and the “Thematic Myth””, en *The byzantine and early Islamic...*, *op. cit.* vol III, pp. 379-423; y sobre los *limitanei* de la frontera oriental *vid.* ISAAC, B., “The Army...”..., *op. cit.*, p. 125. Una opinión menos sólida y anticuada en JONES, A. M., *The Later Roman Empire...*, *op. cit.*, pp. 661-663 y 668.

⁴⁰⁰ TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 195-197.

Marineros y reclutas eran los auténticos parias del ejército. En efecto, su sueldo era tan sólo de 5 sólidos anuales, lo que apenas si aseguraba la subsistencia. Era aún más sangrante en el caso de los reclutas, pues los marineros recibían otros 5 sólidos como complemento para abastecimientos y uniformes, y al parecer, podían desempeñar otras ocupaciones si no eran requeridos para el servicio, pero los reclutas de los *comitatenses* estaban empleados a tiempo completo. Afortunadamente, la condición de *tiro* (recluta) no se alargaba más allá de un año o con mala suerte, dos⁴⁰¹.

c. El peso del gasto militar sobre los recursos y las finanzas del Imperio.

¿Cuánto representaba el gasto militar en el conjunto de los gastos del Imperio? Es un tema complicado y para ser resuelto con algún grado de verosimilitud harían falta datos que permitieran establecer una relación fiable y matemática entre el número de habitantes y por ende de contribuyentes del Imperio, y el número de soldados que éste tenía que mantener a expensas de aquéllos. Pues bien, ya hemos mostrado que el número de soldados con los que contó Justiniano en los últimos años de su reinado era de 250.000, divididos en 150.000 *comitatenses* y 100.000 soldados de frontera, cifra a la que habría que sumar los 800 hombres pertenecientes a las unidades operativas de las guardias, los *excubitores* y el primer regimiento de las *scholae palatinae*, además de los aproximadamente 40.000 marineros que servían en las dos flotas situadas en Rávena y Constantinopla, y en las flotillas destacadas en el Danubio y en *Septem*.

Vimos, también, que existían suficientes datos en las fuentes como para sostener estas cifras e informarnos sobre el sueldo de los distintos tipos de soldados del Imperio y sus oficiales. Así que ya tenemos una de las variantes necesarias para comenzar nuestro cálculo: la del número de hombres en armas que debían sostener los contribuyentes y la población de la Romania hacia 565. Pero, antes de continuar nuestra propia argumentación, comenzaremos por ofrecer la opinión de un gran especialista y tomar ésta como contraste de la nuestra; de ahí que volvamos a la obra de Warren Treadgold que tiene el mérito de haber desentrañado el “enigma” que Agatías había lanzado a la ciencia histórica con sus oscuros datos sobre los integrantes del ejército de la Romania en 559 y que también se hace merecedor de otro galardón: el de haber sido el único historiador capaz de proponer un cuadro lógico de los gastos militares de la Romania durante los siglos VI y VII, y de haberlo hecho relacionando esos gastos con el total de los ingresos del Imperio durante el mismo período de tiempo⁴⁰².

Así que nosotros, aun sin estar de acuerdo con los resultados obtenidos por Treadgold, usaremos sus tablas de gastos como punto de partida y luego las

⁴⁰¹ *Ibidem*, pp. 60-64, 90, 139-150 y para el sueldo de los marineros *vid.* cuadros en p. 196.

⁴⁰² Pueden consultarse los cuadros de gasto militar y de su repercusión en el gasto total del Imperio diseñados por Treadgold para el amplio tramo que va del siglo IV al XI en TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 194-198.

corregiremos, demostrando dónde quiebran sus cifras, para obtener el cuadro real del gasto militar.

Los datos de Treadgold son los siguientes: en 518, el Imperio disponía de un total de 95.000 *comitatenses* distribuidos en cinco ejércitos de campaña. Lo cual y a razón de 20 sólidos por cabeza y teniendo en cuenta el incremento del sueldo de la nómina de los oficiales, arrojaría un total de 2.533.000 sólidos. A esta cantidad gastada en el mantenimiento de los *comitatenses* vendría a sumarse la necesaria para sostener a los 176.000 *limitanei* que Treadgold calcula que poseía el Imperio en este año, y que a razón de 10 sólidos por cabeza entre sueldo y reposición de armas y uniformes, y añadiendo a la suma el incremento producido por la mayor paga de los oficiales, arroja un total de 2.059.500 sólidos necesarios para mantener a las unidades de los *limitanei*. Procede también a sumar a lo anterior los gastos generados por los *excubitores*, olvidando aquí (el error lo corrige en parte al calcular los gastos de Justiniano) a los demás cuerpos de guardia. Para Treadgold, los 300 *excubitores* con sus 40 sólidos de sueldo y sus 5 sólidos anuales de complemento para uniformes y armas, representaban un gasto total de 17.500 sólidos. Sin embargo, no se olvidaba de los 30.000 marineros de la flota, los cuales cobraban 5 sólidos por cabeza y que sólo recibían el complemento de víveres en caso de estar en campaña; de ahí que calcule su gasto en 188.000 sólidos, cantidad resultante al multiplicar los 5 sólidos de sueldo anual y añadir al resultado el subsiguiente incremento del mayor sueldo de los oficiales. Por último, a lo anterior vendrían a sumarse otros 537.000 sólidos en concepto de forraje para los 107.400 caballos que Treadgold calculaba que poseía el ejército de Anastasio, cantidad que cubriría también la reposición de esas mismas monturas y 200.000 sólidos en concepto de gastos extras por campaña y demás cargas bélicas.

Según estos datos de Treadgold, el gasto militar en 518 estaba en un promedio anual de 5.535.000 sólidos. Esta cantidad representaría un 65% del total de los ingresos del Estado romano de inicios del siglo VI, pues calcula que Anastasio I recaudaba 8.479.000 sólidos. Anastasio –según Treadgold– tras pagar y sostener a su ejército y flota, destinaba 800.000 sólidos a su aparato administrativo, otros 800.000 sólidos al sostenimiento de la corte y del palacio y 600.000 más a conceptos tan variados como subsidios a distintas tribus bárbaras, construcciones, diplomacia, etc. Por lo tanto, le quedaban 750.000 sólidos de superávit que venían a engrandecer el tesoro imperial y que explicarían –siempre según Treadgold– los 23.000.000 de sólidos que legó a su sucesor⁴⁰³.

⁴⁰³ HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, op. cit., p. 506. Estima que la cantidad de oro dejada por Anastasio a Justino y a Justiniano fue mucho mayor, y la calcula en 145.149 kg de oro, es decir, 32.399.330 sólidos, siendo esta cifra mucho más probable que la tradicional de 23.000.000 de sólidos. No obstante, aceptaremos la cifra más baja y tradicional por ser la generalmente aceptada, aunque ambas se apoyan sobre testimonios directos de las fuentes.

Para Treadgold, Anastasio logró tan brillantes cuentas gracias a dos factores: el primero, nadie lo discute, su magnífica gestión de la economía y la hacienda del Imperio; el segundo es más discutible, pues Treadgold sostiene que el reinado de Anastasio se dio una sensible recuperación demográfica que vino a dejar atrás la supuesta crisis poblacional de los siglos IV y V. Esto –ya lo veremos– es el auténtico talón de Aquiles de los cálculos de Warren Treadgold. Pero prosigamos con los números de Treadgold que habrán de servir de base para nuestras propias conclusiones.

Según Treadgold, el cénit de los gastos militares y de los ingresos del Estado se dio en 540. Para entonces, los éxitos de Justiniano en Occidente y el mantenimiento del óptimo demográfico, arrojaban una positiva cifra de resultados sobre el reinado de Justiniano y eso que el emperador había aumentado, no sólo su ejército *comitatense* y los gastos destinados a campañas y construcciones militares –cosa con la que estamos plenamente de acuerdo con Treadgold–, sino también sus contingentes de *limitanei*, cuestión esta última que hemos refutado apoyándonos en las fuentes, al contrario de lo que hacía Treadgold que no ofrecía ningún dato de las fuentes contemporáneas a los hechos para sostener su hipótesis.

Según el citado investigador, Justiniano incrementó su gasto militar, pues como es bien sabido, había prácticamente doblado el sueldo de los integrantes de su administración y llevado a cabo un ambicioso plan de construcciones monumentales. Todo esto se vio absorbido sin problemas –como dice acertadamente Treadgold– por el incremento paralelo del número de contribuyentes por la reconquista de África, Sicilia, Cerdeña, Córcega e Italia.

Los números de Treadgold para explicar lo anterior son los siguientes. Justiniano había pasado de los 95.000 *comitatenses* de Anastasio a 145.000 y había incrementado los *limitanei* en 19.000 efectivos, pasando éstos de 176.000 a 195.000 hombres. La flota se mantuvo en 30.000 marineros y los gastos de campaña y demás gastos extraordinarios subieron a 1.000.000 de sólidos desde los 200.000 de Anastasio. Se incrementó también, claro está, el dinero destinado a forraje y reposición de caballos del ejército que ahora sumaría –según Treadgold– 126.800 animales. En cuanto a los gastos generados por los cuerpos de guardia, Treadgold introduce una anomalía, un error de pequeña proporción pero reseñable: de súbito aparecen junto a los *excubitores* 500 miembros de las *scholae palatinae* que –según nuestro bizantinista– eran los únicos que se mantenían verdaderamente activos en las *scholae*; de ahí que su gasto destinado a la guardia pase a 34.000 sólidos desde los 17.500 destinados por Anastasio para tal fin (y eso que, sin que lo note Treadgold, Anastasio también disponía y por tanto pagaba, de las *scholae palatinae*). Es más, Anastasio I, al contrario que Justiniano, no parece haber entregado el resto de regimientos de las *scholae palatinae* a la compra de cargos de los hijos de la nobleza y por lo tanto debió de pagar su sueldo íntegro, no ya a los 500

hombres operativos a los que Justiniano se lo abonaba, sino a la totalidad de los 3.500 integrantes de las *scholae palatinae*.

Dejando de lado este pequeño error, Treadgold, adjudica 1.100.000 sólidos al sostenimiento de la administración y mantiene en 800.000 los destinados a la corte y el palacio, aumentando a 1.470.000 sólidos anuales los gastos no militares, tales como construcciones, diplomacia, etc., cifra que como veremos está muy lejos de la realidad. En fin, Treadgold concluye que los ingresos del Estado en 540 eran de 11.287.000 sólidos y que, por lo tanto, la Romania había absorbido hasta entonces y sin problemas, gracias al incremento de contribuyentes de las nuevas provincias, el coste de la *recuperatio imperii* y del incremento del esfuerzo militar necesario para ello. Un esfuerzo que sumaba –siempre según Treadgold– 7.987.000 sólidos en 540.

Para finalizar, Treadgold supone que en 565 Justiniano dejaba tras de sí la siguiente balanza de gastos e ingresos: las tropas *comitatenses* habían vuelto a ver aumentados sus efectivos a resultas de la necesidad de atender la intervención en Hispania desde 552, pasando de 145.000 hombres a los 150.000 que consignara Agatías para 559. Por su parte, los *limitanei* vieron su número estabilizado en 195.000 hombres, al igual que la marina que siguió contando con 30.000 efectivos y las guardias útiles que sumaban 800 hombres. Lo significativo era la caída del presupuesto destinado a campañas y demás gastos militares no directamente relacionados con el sueldo, equipamiento y sostenimiento de la tropa, que bajaba de 1.000.000 de sólidos a 500.000. Treadgold justifica esta caída con acierto, pues la hora de las grandes operaciones militares había terminado en 559 y, desde 562, la paz era la norma en todas las fronteras del Imperio, a la par que las grandes obras de fortificación de los *limes* y las ciudades de las provincias más expuestas estaban ya prácticamente concluidas por entero.

También descendían bruscamente los recursos destinados a diplomacia, subsidios a pueblos extranjeros, construcciones civiles y demás gastos no militares ni burocráticos que pasaban de 1.400.000 –según los cálculos de Treadgold– a 500.000 sólidos. Igualmente según sus cálculos, sólo el gasto dedicado a la administración del Imperio y al sostenimiento de la corte permaneció estable, siendo, respectivamente de 1.100.000 y de 800.000 sólidos. Lo que no permaneció estable fueron los ingresos que se precipitaron desde el máximo de 540 que Treadgold cifraba en 11.287.000 sólidos a 8.534.000 en 565.

¿Cómo explica y compagina Treadgold este mantenimiento de la capacidad militar con el fuerte descenso de los ingresos con respecto a 540?

En primer lugar, ha de observarse que aunque se produce un leve incremento de las tropas *comitatenses*, el gasto fue absorbido con creces por la fuerte reducción destinada a otros gastos militares y por el mantenimiento de las partidas destinadas a la marina, a los *limitanei* y a los *excubitores* y demás cuerpos de guardia. En cuanto al

fuerte descenso de los ingresos, Treadgold se basa para establecer esta vez su cálculo en la, según él y la mayoría de los eruditos, dramática disminución de la población producida por la gran epidemia del 541-544, que hizo disminuir consecuentemente la masa de los contribuyentes.

Pero tal y como señala Treadgold, Justiniano consiguió terminar la conquista de Italia, la pacificación de África y la paz ventajosa con Persia, incrementando levemente los impuestos y sobre todo, poniendo freno desde 557 a su política de expansión en Occidente y disminuyendo significativamente los ingresos destinados a construcciones, subsidios a otros pueblos y príncipes, y demás gastos no directamente relacionados con el ejército, la administración y el palacio. Al final, según concluye Treadgold, el impacto de la crisis demográfica pudo ser encajado gracias a que la mortandad fue compensada con los millones de súbditos adquiridos en Occidente antes de 540, que lograron –siempre según nuestro analista– que Justiniano tuviera en 565 unas bases fiscales y demográficas ligeramente superiores a las que, tanto él como Anastasio habían contado en 527 y en 518 respectivamente.

De ahí que las cuentas del Imperio estuvieran en 565 en un estado aceptable y su nivel de ingresos fuera ligeramente superior al de 518. La única gran diferencia sería que los 750.000 sólidos que Anastasio ingresaba anualmente en el tesoro, eran ahora consumidos por el incremento del esfuerzo militar necesario para la reconquista del Mediterráneo occidental y para frenar las acometidas de la Persia de Cosroes I.

Para nuestro analista, el punto crítico estuvo situado en los años que van de 544 a 552, periodo durante el cual fue más sensible el zarpazo de la gran epidemia del 541 y la situación militar exigió mayores recursos. La mejora notable de esta última, a partir del 552, y la relativa recuperación demográfica iniciada tras la primera aparición de la peste, permitieron a Justiniano culminar sus proyectos de expansión militar sin desfondar al Imperio⁴⁰⁴. Esto es notable, pues por primera vez –aunque estemos en desacuerdo en algunos puntos básicos con él– un historiador de prestigio contradecía, con una argumentación articulada la vieja tesis que aún sigue apareciendo en los manuales de nuestros universitarios y en la mayoría de obras especializadas⁴⁰⁵, de que Justiniano dejaba tras de sí un Imperio en bancarrota, económica y militarmente hablando.

No. Justiniano no dejó un mundo en bancarrota, sino un mundo más sólido que el que recibió de manos de su tío. Justiniano había reconquistado África, Italia, las islas del Mediterráneo occidental y el sureste de Hispania, amén de pequeñas porciones de tierra en la frontera oriental, hasta añadir un 40% de territorio más a su Imperio y más

⁴⁰⁴ Para el impacto del ejército y su sostenimiento por la población *vid.* TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 158-168.

⁴⁰⁵ La argumentación de Treadgold y la articulación de sus datos y cifras puede consultarse en: TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 157-170 y 194-198.

de 1/3 de contribuyentes a sus finanzas; había mantenido el *limes* del Danubio y del frente oriental; había aumentado significativamente el poderío militar de la Romania y llevado a cabo un ambicioso plan de reforma y mejora de las estructuras administrativas de su Estado, además de brillantes edificaciones. Todo esto lo había hecho dejando a su sucesor un presupuesto que, si bien no arrojaba ahorro alguno, tampoco ponía sobre la mesa ningún déficit en las cuentas del Imperio. Era una buena base sobre la que comenzar un reinado. De hecho –siempre según Treadgold– pese a los difíciles años que mediaron entre 568 y 602, el Imperio pudo sostener su esfuerzo militar sin quebrantar irreversiblemente sus finanzas.

Es un buen marco de referencia el que nos dejó Treadgold en 1995 y estamos de acuerdo con él en lo esencial de las conclusiones que arroja, pero no en sus datos que, como intentaremos demostrar, son incompletos y en buena parte, incorrectos.

A continuación presentaremos nuestras propuestas, las que pretenden completar las cifras calculadas por Treadgold y las corrigen en buena medida. Nuestros resultados, aún más favorables para la gestión y gobierno de Justiniano que los suyos, explicarían cuestiones que, aunque subrayadas por las fuentes contemporáneas a la muerte de Justiniano y al reinado de sus primeros sucesores, no suelen ser tenidas en cuenta por la historiografía contemporánea. Estas cuestiones son, entre otras menos significativas: suponiendo que el Imperio estaba en bancarrota o incluso (si aceptamos a Treadgold sin reservas) si se hallaba en equilibrio fiscal, ¿cómo explicar la condonación de impuestos llevada a cabo por Justino II nada más subir al trono? Incluso ¿cómo explicar la aún más importante reducción fiscal realizada por Tiberio II que se materializó en una reducción de los impuestos de todos los contribuyentes del Imperio en una cuarta parte de lo que hasta entonces habían tributado, y en la eliminación de la tasa de 4 sólidos que hasta ese día y desde los tiempos de Constantino I el Grande, los constantinopolitanos debían de pagar para ser inscritos en las listas de acceso a los repartos de alimentos gratuitos?⁴⁰⁶.

Aún más: ¿cómo explicar que las fuentes señalen que fue precisamente durante los años finales del reinado de Justino II o durante los primeros años del gobierno efectivo de Tiberio II (578-582) cuando se agotaron las reservas dejadas por Anastasio en 518?⁴⁰⁷. Unas reservas que, según el malediciente y nuevamente puesto en evidencia Procopio, fueron dilapidadas por Justiniano.

Si Justiniano se hubiera visto en tan mala situación financiera durante los últimos veinte años de su reinado, tal y como sostienen los defensores de la tesis de una situación de bancarrota dejada por el gran emperador, ¿no hubiera echado mano de la totalidad del tesoro dejado por Anastasio antes que verse obligado a disminuir tan

⁴⁰⁶ Una defensora acérrima de esta vieja tesis es Averil Cameron, en su obra *El mundo mediterráneo en la antigüedad tardía*, trabajo que, como ya se vio, está lleno de equilibrios difíciles destinados a apoyar una tesis que se contradice con las fuentes y los conocimientos últimos de la arqueología.

⁴⁰⁷ Juan de Éfeso: V,20.

severamente sus gastos? Más aún y de nuevo en referencia a la tesis tradicional de la bancarrota del Imperio: ¿para qué dejarle una parte de los fondos heredados de Anastasio a su sucesor, si el propio Justiniano podía haberlos usado para paliar la ruina económica y el colapso del ejército que supuestamente imperaban en 565? Si alguien no tiene ingresos suficientes para hacer frente a sus gastos, no le deja a su sucesor sumas considerables del tesoro que recibiera de sus antecesores.

Sigamos. ¿Cómo explicar las cuantiosas obras públicas realizadas por Justino II y Tiberio II en un contexto de bancarrota⁴⁰⁸? ¿y el mantenimiento del sueldo de los soldados y de los repartos gratuitos de alimentos en la capital? Como se verá, cuando el Imperio se vio sometido a una verdadera bancarrota entre 614-620, el emperador Heraclio no tuvo empacho en hacer lo uno y lo otro, e incluso ir mucho más allá, adoptando medidas realmente extremas⁴⁰⁹. ¿Por qué no hicieron lo mismo Justino II, Tiberio II o incluso Mauricio, si –como dicen los defensores de esta tesis de la bancarrota– estaban en una situación tan angustiosa como la de Heraclio? Pues porque no lo necesitaron. Es más, hicieron lo contrario: reducir impuestos, reclutar nuevas tropas y pagarlas regularmente; distribuir cuantiosas sumas en concepto de celebraciones de ascenso al solio imperial o en ocasión de fastuosos juegos en el hipódromo, o como prueba de magna satisfacción por los logros de un triunfante general⁴¹⁰.

Todavía más: ¿cómo se explica la política agresiva de Justino II? ¿Era tan estúpido como para iniciar conscientemente, como lo hizo, una política agresiva frente a sus vecinos sin contar con los medios económicos y militares para afrontar las inevitables guerras que se producirían? ¿Cómo explicar el esfuerzo militar y económico llevado a cabo exitosamente por el Imperio entre 568 y 602, si se partía de una base endeble o

⁴⁰⁸ Entre otras muchas obras se acometieron en la ciudad la construcción de nuevos edificios para ciegos y dos grandes faros. Juan de Éfeso: III, 23-24.

⁴⁰⁹ Heraclio tuvo que bajar el sueldo de los soldados a la mitad (TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 145-147); alterar el sistema monetario introduciendo una nueva moneda de plata, el hexagrama, sobrevalorada en el doble de su valor real y destinada, fallidamente, a sustituir al oro en los pagos estatales (*Crónica Pascual*: 706, y YANNOPOULOS, P., “L'Hexagramme, un monnayage byzantin en argent du VIIe siècle”. *Numismatica Lovaniensia*, III (1978), XIX-185); suspender los repartos gratuitos de trigo y alimentos en la capital (*Crónica Pascual*: 711); reducir el ejército en forma notoria abandonando a su suerte Hispania y los Balcanes, y desatendiendo a Italia (HALDON, J.F., *Byzantium in the seventh century...*, *op. cit.*, pp. 40-46, y STRATOS, A.N., *Byzantium...*, *op. cit.*, vol I, p. 110 y ss); confiscar numerosos bienes eclesiásticos (*Vida de Juan de Chipre*: X, 1-70) y, no siendo esto suficiente, obligar a la iglesia a prestarle cuantiosas sumas (Teófanos: 6113, 302-303), además de destruir numerosas obras de arte para fundir los metales que contenían y obtener así moneda (KAEGI, W.E., *Heraclius emperor of Byzantium*, Cambridge, 2003, pp. 172-180). Huelga decir que ni Justiniano, ni Justino, ni Tiberio, ni tan siquiera Mauricio, tuvieron que recurrir a una sola de estas drásticas medidas. En nuestra opinión es sumamente revelador el que no lo hicieran.

⁴¹⁰ Así por ejemplo en Teofilacto Simocata [1,12,12] se narran unos apoteósicos juegos consulares celebrados por Mauricio, con carreras de elefantes, desfiles, banquetes y reparto de oro entre la población; Juan de Éfeso [II 48, III 6, III 24, III 32] narra juegos en el hipódromo con carreras y elefantes celebrados tanto por Justino II como por Tiberio II, así como un proyecto de Justino II para construir un segundo hipódromo con jardines y dos estatuas colosales de Sofía y de él mismo.

deteriorada? No, las políticas de Justino II, los grandes alistamientos y dispendios militares de Tiberio II, las victoriosas guerras e intervenciones exteriores de Mauricio, no pueden explicarse desde una base de partida anclada en la bancarrota o incluso – aceptando a Treadgold– desde una balanza militar y fiscal ajustada *in extremis*. No pueden explicarse ni con los testimonios de las fuentes, ni con las pautas de la lógica. Pero, ¿y si la situación hubiera sido distinta? ¿Y si Justiniano no hubiera dejado unas finanzas y una economía en bancarrota? Aún más y avanzando mucho más allá de la tesis de Treadgold, ¿y si Justiniano no sólo hubiera dejado unas cuentas en difícil equilibrio, sino que hubiera legado unas cuentas saneadas, o incluso una sólida base militar y financiera a partir de la cual resistir los embates exteriores que golpearon al Imperio en los siguientes 35 años? Entonces todo cambia y pueden explicarse –de acuerdo con las fuentes y la lógica– los acontecimientos del periodo 565-602.

Por tanto, tomando como base los datos de Treadgold, procederemos a evaluar los recursos del Estado romano hacia 565 y el peso del esfuerzo militar en ellos. Para esto procederemos a corregir los números proporcionados por nuestro bizantinista, para inmediatamente confrontar los resultados con las opiniones de otros estudiosos y sobre todo con los datos que las fuentes nos ofrecen en los años inmediatamente posteriores a Justiniano.

En las páginas anteriores se mostraron los resultados de Treadgold al intentar establecer el gasto militar y su repercusión sobre el presupuesto general y los ingresos de la Romania. Ahora bien, ya se advirtió que para establecer dicha relación entre gastos militares e ingresos, Treadgold tuvo que llevar a cabo un cálculo de la población del Imperio con objeto de establecer una posible base de contribuyentes y por ende, de ingresos. Él sabía que ahí estaba la clave de su explicación y por eso alertaba sobre lo difícil que es establecer unos datos fiables, mínimamente aproximados, sobre la población del Imperio durante el periodo que va del 300 al 700; no obstante, afronta el problema, pues sabe que es imposible establecer una relación adecuada entre esfuerzo militar y posibilidades económicas de un estado sin establecer antes una comparación entre tamaño del ejército y tamaño de la población.

Ahora bien, al abordar el problema del número de integrantes del ejército de Justiniano en 565 se vio que Treadgold sobrestimaba significativamente el número de soldados de frontera, al tiempo que minusvaloraba el peso de la marina y olvidaba por completo los gastos representados por ésta en el presupuesto militar. Así que, aunque estamos de acuerdo con Treadgold en cuanto al número de *comitatenses* y al sueldo de los distintos tipos de soldados (si bien con algunas matizaciones sobre la remuneración de las tropas de frontera) nuestros resultados son muy distintos. Mientras que él asigna a Justiniano 195.000 soldados fronterizos en 565, nosotros hemos demostrado en base a las fuentes que su número real estuvo en torno a 100.000 hombres. No obstante, estos

100.000 hombres debieron recibir algo más de los 5 sólidos anuales que les asigna Treadgold, pues de otra forma no se explica –tal como se mostró– ni la constante elevación de su capacidad militar, ni su fidelidad a la causa de la Romania. Si a lo anterior se suma que en vez de los 30.000 marineros y 92 dromones con los que este investigador supone que contaba Justiniano, nosotros contamos 40.000 marineros y no menos de 180 dromones, se comprenderá que nuestra estimación del gasto militar sea muy diferente de la de Treadgold; máxime cuando además estimamos que los gastos extras por campaña calculados por él son muy bajos.

d. Ejército, gastos y demografía. La población del Imperio hacia 565 y su relación con el sostenimiento del ejército.

Antes de concretar en cifras lo anterior, hemos de señalar el desacuerdo más relevante que mantenemos con Treadgold: su estimación de la población es muy bajo y se basa en datos anticuados y erróneos que contradicen tanto a las fuentes de la época, como a las evidencias arqueológicas. Por lo tanto, no sólo disentimos en cuanto al gasto militar, sino también en cuanto a la población, esto es, en cuanto al posible número de contribuyentes y por tanto de ingresos. A continuación mostraremos nuestros resultados, sus bases y apoyos extraídos de las fuentes y de los testimonios de la arqueología, y confrontémoslos con los de Treadgold y otros eruditos.

Comencemos por el desacuerdo clave: ¿cuántos habitantes tenía el Imperio de Justiniano?

Treadgold supone que la Romania contaba, hacia 518, con poco más de 19.000.000 de habitantes y que tras la *recuperatio imperii* llevada a cabo por Justiniano y antes de la crisis demográfica provocada por la gran epidemia del 541, el Imperio elevó su población hasta algo más de 26.000.000 de habitantes, incremento demográfico que achaca a la incorporación de las poblaciones de los reinos vándalo y ostrogodo. Por último, Treadgold calcula que la gran peste del 541 hizo disminuir la población del Imperio en prácticamente un cuarto del total, lo que colocó de nuevo la población total de la Romania en algo más de 19.000.000 de habitantes, pues –como dice– los terribles efectos de la peste se vieron compensados con la absorción de las poblaciones reintegradas al Imperio. De manera que, según Treadgold, la población del Imperio en 565 era similar a la que Justiniano gobernaba al subir al trono en 527 y eso pese a que el territorio se había ampliado en casi un 40%. Supone, por consiguiente, que los ingresos de Justiniano en 565 eran prácticamente los mismos con los que contara Anastasio al morir y, dado que los gastos se habían incrementado notablemente, la cuenta final de resultados del Imperio, en vez de arrojar un superávit de 750.000 sólidos como en 518,

quedaba ahora, en 565, en un equilibrio ajustado; es decir, que se ingresaba y gastaba lo mismo⁴¹¹.

Ahora bien, Treadgold apoya sus cálculos de ingresos sobre sus estimaciones de la población del Imperio desde el siglo III en adelante, pero como –se verá inmediatamente– sus cifras de población son erróneas. De hecho basó sus cálculos en tres fuentes principales de datos: el atlas demográfico de McEvedy y Jones⁴¹², la obra de Jones y los censos realizados por los turcos otomanos en la Anatolia del siglo XVI. Tanto el Atlas demográfico de McEvedy y Jones como la obra de Jones se basaron en datos procedentes de los años cincuenta, sesenta y setenta, extraídos de fuentes literarias clásicas o tardorromanas que ofrecían una imagen distorsionada de la realidad demográfica de los siglos III, IV, V y VI.

Treadgold, pese a escribir en 1995, no incorpora, incomprensiblemente, los datos que han motivado que la idea actual que tenemos de la demografía y la economía de los siglos IV al VI haya variado completamente de la que se tenía durante los años 60, 70 y 80 del pasado siglo. Esos datos provienen de la arqueología intensiva que ha ido aplicándose sistemáticamente en toda la cuenca mediterránea, y que, complementándose con un nuevo enfoque de las fuentes historiográficas, han terminado por demostrar que los siglos IV, V y VI no asistieron a una crisis demográfica y económica, sino todo lo contrario, contra lo que defendieron eruditos como Jones y como aún defienden los seguidores de la tesis de la decadencia interna, tales como Averil Cameron. De hecho, regiones como Inglaterra no recuperarían el nivel demográfico alcanzado en el siglo IV hasta el siglo XIV, mientras que otras como el África del norte, Cirenaica, Siria septentrional, Palestina, Transjordania, el Neguevd, el Aurán, el Egeo o el Asia Menor, tendrían que esperar al siglo XVII, al XVIII, o incluso al XIX para hacer lo propio. La cantidad de testimonios aportados por los más destacados eruditos y recopilados a partir de estudios arqueológicos regionales o generales, es tan amplia y diversa que hoy –al contrario de lo que hizo Treadgold hace sólo trece años– no se puede, no ya afirmar que existió una situación de declive demográfico durante los siglos III, IV y parte del V, sino ni tan siquiera dudar de lo contrario. Es decir y de forma rotunda: no existió una crisis demográfica ni económica en el Mediterráneo oriental o en el África septentrional, crisis que no puede constatarse antes del año 600, como muy pronto⁴¹³. Es

⁴¹¹ TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 156-168 y 194-198.

⁴¹² MCEVEDY, C. y JONES, R., *Atlas of world population history*. Harmondsworth, 1978.

⁴¹³ Entre los estudios más relevantes y actuales para Siria, Asia Menor y África del Norte, y en general para toda la cuenca mediterránea *vid.* HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 149-160 especialmente, quien demuestra que la tesis de Jones sobre mayores exigencias militares y fiscales, descenso demográfico y de la producción agrícola, como causa de la decadencia romana de los siglos IV al VI, es hoy insostenible; por el contrario, estos siglos en la cuenca mediterránea oriental y meridional se caracterizan por un fuerte repunte demográfico y económico. Por ejemplo, en el s. V, la zona agrícola norteafricana se extendió hasta lugares a donde ni siquiera hoy llega, alcanzándose un nivel demográfico excepcional que sólo se recuperaría en el s. XIX con la dominación francesa. Los datos más recientes y definitivos sobre la prosperidad de los siglos IV-VI en el Mediterráneo oriental, meridional y gran parte

más, tal y como ponen de manifiesto las excavaciones arqueológicas, determinadas regiones (por ejemplo, la actual región fronteriza entre Siria y Turquía) no volvieron a alcanzar el bienestar económico y demográfico que tuvieron, de forma ininterrumpida durante los siglos IV al VII, hasta el siglo XX⁴¹⁴. En palabras de Peter Heather, estas realidades sacadas a la luz por el trabajo de arqueólogos como Georges Tchalenko, han supuesto “una auténtica revolución” que Treadgold pasó por alto a la hora de calcular la verdadera población y por ende, los verdaderos ingresos con los que contó el Imperio de Justiniano. Nosotros sí la tendremos en cuenta y, como se verá más adelante, nuestra conclusión es muy similar a la de Heather en 2006, quien actualiza la información arqueológica disponible a esa fecha, concluyendo que el Imperio Romano contaba en su conjunto y en el siglo V con no menos de 70.000.000 y no con los 40.000.000 que los seguidores de la tesis de la crisis demográfica de los siglos IV al VI calculaban que tenía en los inicios del siglo V.

Es decir que, dado que el bienestar económico y el auge demográfico no hicieron sino aumentar en Oriente hasta mediados del siglo VI e incluso, en numerosas zonas agrícolas como la Siria del norte, hasta fines del VII, podemos concluir, siendo especialmente prudentes, que la Romania oriental contaba en 527 con un número de

del occidental en WARD-PERKINS, B., *La caída de Roma...*, *op. cit.*, pp. 178-195, en especial p. 180 y ss.; este estudioso demuestra que en Oriente, el final de la prosperidad económica y demográfica no se inició con el s. V o el VI, sino con las invasiones persas, árabes y eslavas de Asia Menor, Siria, el Egeo, África y los Balcanes, a partir del 603 (pp. 69-71). El primero que constató que los causantes de la crisis de bienestar en Asia Menor fueron las invasiones persas del s. VII fue: FOSS, C., “The Persians in Asia Minor and the End of Antiquity”, *English Historical Review*, 90 (1975), pp. 721-747. Una constatación de que la crisis demográfica sólo se inició en Oriente a partir del s. VII y centrándonos en el Egeo, en: WHITTOW, M., *The Making of Orthodox Byzantium 600-1025*, Basingstoke, 1996, pp. 59-68. Lo mismo ocurre con los resultados de otras excavaciones arqueológicas como las de Éfeso y Afrodisias, donde sólo se advierten signos de decadencia en el s. VII: FOSS, C., *Ephesus after Antiquity: A Late Antique, Byzantine and Turkish City*. Cambridge, 1979, pp. 103-115, y SMITH, R. R. R., “Late Antique Portraits in a Public Context: Honorific Statuary at Aphrodisias in Caria, A.D. 300-600”, *Journal of Roman Studies*, 89 (1999), pp. 155-189. Sobre el declive de la prosperidad en el s. VII en Oriente y su mantenimiento hasta entonces: HAYES, J. W., *Pottery of the 6th and 7th Centuries, De L'Époque de Justinien et les problèmes des VI et VIIe siècles*. Ciudad del Vaticano, 1998, pp. 541-550; para Transjordania, el Neguevd y el limes oriental: ISAAC, B., “The Army...”, *op. cit.*, pp. 125-155, quien constata que arqueológicamente el máximo demográfico y económico de estas regiones fue durante los siglos V y VI. Otros estudios sobre economía y demografía de los siglos IV al VI en DUNCAN-JONES R., SWAIN S. y EDWARDS M. (eds.), *Approaching Late Antiquity: The Transformation from Early to Late Empire*. Oxford, 2004, pp. 20-52; WARD-PERKINS, B., “Specialized Production and Exchange”, en A. Cameron, B. Ward-Perkins y M. Whitby (eds.), *Cambridge Ancient History, Late Antiquity: Empire and Successors, A.D. 425-600*, Cambridge, 2000, XIV, pp. 346-391, especialmente 350-361 y cap. V. La vieja tesis de Jones, en: JONES, A. M., *The Later Roman Empire...*, *op. cit.*, pp. 812-823 y 1039-1045.

⁴¹⁴ Todo comenzó, como señala acertadamente Heather, con las excavaciones de G. Tchalenko en Siria septentrional, que mostraron que la región al norte de Antioquía vivió un auge demográfico y agrícola sin precedentes a fines del siglo III y a lo largo de los siglos IV, V, VI y VII, tan grande que ni tan siquiera hoy la región ha alcanzado los índices de producción agrícola y de población de entonces. De hecho, los numerosos poblados existentes en dicha región estaban constituidos por casas de piedra, espaciosas y bien construidas, cuyos dueños -pequeños y medianos propietarios- no sólo se permitían tan holgadas residencias, sino también la ejecución de obras públicas comunales. Se constató además que la decadencia no comenzó en la región hasta mediados del s. VII y primera mitad del VIII: HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 152-153; TCHALENKO, G., *Villages antiques...*, *op. cit.*

habitantes que rondaría los 30.000.000, en vez de los diecinueve o veinte millones que calculó Treadgold, siguiendo los viejos datos de los años sesenta y setenta del pasado siglo.

Y es que la afirmación de Heather viene confirmada con los cálculos estimativos realizados por numerosos estudios y están en consonancia con el otro gran erudito de la antigüedad tardía actual, Ward-Perkins. Aún más, incluso si nos olvidáramos de los datos que revolucionariamente han aportado los estudios más recientes (a los que ya se ha hecho referencia en el texto y las notas) y nos ciñéramos a las fuentes literarias en las que se basan los cálculos demográficos de Treadgold (es decir, los de McEvedy y Jones, y los de M. A. Jones, comprobaríamos que un adecuado análisis de esos mismos datos ofrece una realidad distinta y más positiva que la que extrajeron Treadgold y sus fuentes contemporáneas.

Aunque no podemos detenernos aquí en un estudio pormenorizado de estos datos, sí mostraremos un ejemplo de lo erróneo de su interpretación de esos datos literarios. Para ello escogeremos el dato sobre el que la principal fuente contemporánea de Treadgold (el atlas histórico demográfico mundial de McEvedy y Jones, 1978) apoya buena parte de sus cálculos para establecer la demografía del Oriente mediterráneo durante la Antigüedad y la alta Edad Media: el ofrecido por Plinio en su *Historia Natural*.

En efecto, Plinio recoge [VII, 97] una inscripción de Pompeyo el Grande en la que éste estimaba que durante sus campañas en Oriente, a lo largo de Asia Menor, Armenia, la Albania caucásica, Siria y Palestina, sometió o dio muerte a 12.183.000 personas⁴¹⁵. Es muy probable que, como opinan McEvedy y Jones –a los que sigue Treadgold– esta inscripción de Pompeyo se apoyara en cifras extraídas de los censos de los reinos vencidos o sometidos por Pompeyo y, en consecuencia, refleje una cifra bastante cercana a la realidad. De ahí que Treadgold suponga que la cifra de Plinio es un buen punto de partida para calcular la población de Asia Menor y la Siria, incluyendo Palestina a inicios de la era cristiana. Ahora bien, ni los autores del Atlas, ni Treadgold, tienen en cuenta que la inscripción de Pompeyo recogida por Plinio sólo se ocupaba de los pueblos vencidos o sometidos por el rival de César y no de la totalidad del Asia Menor y de la gran Siria, dando por supuesto que se extienden a toda la región⁴¹⁶. Craso error que es evidente en cuanto uno se detiene a leer a Plinio y recuerda (gracias a Plutarco, César, Estrabón y otros autores clásicos) cuál era la verdadera situación política de Oriente en la fecha en que Pompeyo mandó grabar su famosa inscripción conmemorativa. Evidentemente, Pompeyo no pudo incluir en su inscripción, como sometidos o muertos, a sus numerosos aliados ni a las ya existentes provincias romanas

⁴¹⁵ DEL BARRIO SANZ, E., *Historia Natural, Libros VII-XI*. Madrid, 2003.

⁴¹⁶ MCEVEDY, C. y JONES, R., *Atlas of world population history...*, op. cit., p. 136; TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, op. cit., p. 160.

en Oriente, sino sólo a sus enemigos al comienzo de sus campañas. Habría pues que excluir de los 12.183.000 sometidos y muertos por Pompeyo, a los habitantes de las provincias romanas de Asia y Cilicia, y a los de los reinos o estados aliados de Bitinia, Licia, Galatia y Capadocia. Es decir, que falta la población de más de la mitad de Asia Menor.

Sabemos que la provincia de Asia era una región muy poblada y que Bitinia no le andaba a la zaga. En cuanto a Licia, Galatia, Cilicia y Capadocia sus poblaciones eran algo menores proporcionalmente que las de Asia o Bitinia. En cualquier caso, los habitantes de esas regiones, los de las provincias y los de las regiones aliadas de Roma, no debían de bajar de cinco o seis millones y consecuentemente, si se quiere obtener la cifra real de habitantes con la que contaron el Asia Menor (incluyendo en ésta a Armenia, y a Siria con Palestina), habrá que sumar a los 12.183.000 habitantes de la inscripción de Pompeyo Magno recogida por Plinio el Viejo, al menos otros cinco o seis millones y concluir que debieron de contar con no menos de 18.000.000 de habitantes a fines del siglo I a.C. y no con los poco más de 12.183.000 habitantes que, sin un ejercicio crítico adecuado les asignan los autores del citado Atlas y con ellos Warren Treadgold.

Si a esto añadimos el anterior error de Treadgold de que los siglos III, IV y buena parte del V fueron un periodo de crisis demográfica en Oriente, en vez de –como sabemos hoy– de expansión económica y demográfica, no es de extrañar que sus datos para el siglo VI sean tan bajos y que, considerando además su excesivo cálculo de efectivos del ejército de la Romania en el siglo VI, su balance sobre gasto militar e ingresos del Estado sean erróneos, pese a que sus apreciaciones sobre sueldos y otros gastos militares por soldado sean correctas.

Hasta aquí nos hemos limitado a mostrar cuán poco sólidas son las bases de Treadgold a la hora de establecer un correcto balance entre población y número de integrantes del ejército, y entre población, ingresos fiscales y gasto militar. Por nuestra parte, intentaremos aportar al problema de la verdadera población del Imperio en 565 una solución propia y sólida.

Treadgold se quejaba de la falta de datos contemporáneos de relieve que proporcionaran una base sólida para un cálculo demográfico y justificaba por ello su búsqueda de datos en las fuentes antiguas y en los censos otomanos, proyectándolos a continuación en la época justiniana. Pero se equivocaba, pues –como veremos– sí hay datos suficientes en las fuentes de los siglos VI y VII para construir un cálculo demográfico. Es más, dichos testimonios están en perfecta consonancia con los datos demográficos que nos ofrece la arqueología para los siglos IV, V, VI y VII, sobre los cuales, eruditos como Heather y Ward-Perkins han basado sus cálculos demográficos. Pero ¿cuáles son esos testimonios históricos?

En primer lugar, contamos con los proporcionados por las fuentes islámicas que narran la conquista árabe del siglo VII y que, convenientemente usados junto con los de las fuentes bizantinas, egipcias y sirias, y sobre todo con los testimonios papirológicos y arqueológicos, nos permiten erigir una base para nuestra propia proyección demográfica para 565. Veámoslo.

De todos es sabido que la conquista árabe de Egipto y África del norte, supuso, ya desde su primera fase y aún antes de que terminara por completo, la instauración de una serie de tributos y cargas fiscales sobre la población sometida o amenazada. Igualmente que dichas cargas se aplicaron en un principio sobre la base de una distribución universal y general de las mismas, asignando a cada cabeza de familia o varón adulto con recursos propios y reseñables, una cantidad fija que no tenía en cuenta las diferencias de riqueza que existían entre los sometidos a tributos. Es éste el origen de la *Jizya*, que en un principio debió de ser la única carga fiscal que los árabes pudieron imponer, por mucho que sus historiadores de fines del IX y en adelante, hagan mención también al tributo de la tierra y otros impuestos. Es imposible que, por ejemplo, en Egipto se instaurara el sistema islámico de impuestos antes del 650, pues con toda seguridad ni los árabes contaban con los medios para ello, ni con la idea de hacerlo. La instauración del modelo tradicional de tributación islámico no pudo ser anterior a Moawiya; en un principio, los árabes se limitaron a usar las estructuras romanas y persas, adaptándolas a sus intereses, y éstos, en la confusión de los años de la vorágine conquistadora de los primeros decenios, eran cambiantes y perentorios. De ahí que les bastara con usar los censos de contribuyentes y a partir de ellos exigir una cantidad fija e indiscriminada a cada uno, tributaciones fáciles y rápidas de percibir. Más aún, sabemos por papiros y fuentes de la época (como Juan de Nikiu, que era un muchacho cuando aconteció la conquista árabe de Egipto) que buena parte de la administración bizantina, con sus registros, procedimientos y personal, pasaron directamente del dominio y servicio imperiales al servicio de los conquistadores árabes. Es más, la permanencia administrativa es tan completa que la lengua —el griego— y los procedimientos, fórmulas y denominaciones, permanecerían inmutables hasta fines del siglo VII. De ahí que, todavía en 698, las cartas enviadas al jefe árabe de la Tebaida por los funcionarios de la administración egipcia lo designaban como *dux* de la Tebaida. Habrá pues que esperar a la segunda década del siglo VIII para apreciar cambios significativos, época en la que las viejas formas heredadas de la administración bizantina, empezarán a convivir con los nuevos documentos y maneras de los árabes, coexistiendo con éstas hasta bien entrado el siglo VIII, cuando la administración islámica de Egipto abandona el griego y las fórmulas ligadas a la antigua administración romana del territorio. Sin embargo, el proceso fue tan lento que no finalizó hasta, al menos, el 779, fecha del último escrito administrativo egipcio escrito en griego del que tenemos noticia. De ahí que los datos de los historiadores musulmanes de los siglos IX

y X referentes a la tributación de los territorios recién conquistados no pueden ser tomados en consideración sin una adecuada crítica, pues obviamente trataban de adaptar la tradición islámica y los testimonios dejados por coptos y demás pueblos sometidos, a la realidad imperante en su mundo a fines del siglo IX.⁴¹⁷

Teniendo en cuenta lo anterior, ¿sobre qué base pudieron los generales árabes de la primera fase de la conquista asentar el cobro de los tributos y cargas fiscales que imponían a una población que no dominaban, ni conocían por completo? Evidentemente sólo sobre los censos que les proporcionaran las numerosas autoridades que, desde el primer momento de la conquista y años antes de que ésta terminara, se pusieron a su servicio. Y es que las noticias dadas por la única fuente contemporánea de los hechos transcurridos en Egipto durante la conquista son innumerables y concluyentes: el prefecto Jorge, quien construyó un puente sobre el Nilo por mandato de Amr y en plena lucha de éste por dominar el país; Menas, un alto funcionario nombrado por Heraclio y que, primero como prefecto de Arcadia y luego como gobernador de Alejandría, sirvió a Amr en los primeros días de la conquista; Sinodas, nombrado por Amr prefecto de la región de Rif; Filoxeno, un alto funcionario de la administración fiscal bizantina que ahora, por encargo de Amr, gestionaba la entrega forzosa de forraje y provisiones a las tropas árabes; Sanutius, duque de Heraclio en Egipto, quien no sólo se pasó a los árabes tras la primera toma de Alejandría por éstos, sino que además facilitó a Amr y a sus huestes barcos y soldados para sus posteriores operaciones⁴¹⁸; Juan de Damietta, un prefecto nombrado en los años finales de Heraclio, que se convirtió en la mano derecha de Amr y fue nombrado por éste sustituto de Menas en la gobernación de Alejandría, donde su primer cometido fue poner en orden los tributos debidos a Amr y sus guerreros, etc.⁴¹⁹

⁴¹⁷ Una interesante exposición de las fuentes, así como de las discusiones eruditas sobre el origen e implantación de las fórmulas de tributación islámica en Egipto en: BUTLER, A. J., *The Arab Conquest...*, op. cit., pp. 449-464. La continuidad administrativa que se observa en los papiros del periodo 642-742 es asombrosa, pues aunque el árabe aparece pronto en los papiros de la época, el primer documento escrito en parte en árabe y en parte en griego es del 25 de abril de 643, y se trata de una demanda de víveres por un jefe guerrero árabe a una autoridad egipcia (*The Arab Conquest...*, p. 235). Por lo general, durante la primera generación tras la conquista, nada cambia en los escritos y protocolos de la administración egipcia: el griego sigue siendo la lengua administrativa. Así, todavía entre 698-712 se daba el título de *Dux* de la Tebaida al gobernador árabe de la región, al lado de cuyo nombre y firma árabe aparece, para comodidad de los funcionarios indígenas, el viejo título romano (*The Arab Conquest...*, p. LXXIX). De hecho, el primer protocolo administrativo donde aparece el árabe junto al griego, es del año 674 (*The Arab Conquest...*, p. LXXVIII); a partir de los primeros años del siglo VIII, los documentos y protocolos administrativos bilingües se van haciendo más frecuentes, hasta que el árabe se va imponiendo y el griego se hace más raro, mas no desaparece, pues el último documento administrativo egipcio del periodo islámico en este sentido está fechado en 779 (*The Arab Conquest...*, p. LXXX). Una lista pormenorizada de los papiros administrativos entre el s. VI y fines del VIII, junto a su traducción parcial en: BUTLER, A. J., *The Arab Conquest...*, op. cit., pp. LXXVI-LXXXII.

⁴¹⁸ CHRISTIDES, V., *Byzantine Libya and the March of the Arabs towards the West of North Africa*. British Archaeological Reports Series, 851. Oxford, 2000.

⁴¹⁹ Juan de Nikiu ofrece un destacado testimonio contemporáneo sobre el paso de funcionarios, soldados y jefes bizantinos al nuevo poder árabe en Egipto ya desde el primer momento de la conquista. Narra así [CXX, 29-32] cómo altos funcionarios de la administración egipcia nombrados por Heraclio se pusieron

No puede pues dudarse que los árabes de los inicios de la conquista tuvieron fácil acceso a los recursos de la administración bizantina, y a la buena disposición y colaboración de sus jefes y personal. Sobre esta base, pese a los vaivenes de la guerra egipcia de 639-646, Amr pudo bombear hacia sus tropas en campaña no sólo forraje, armas, alimentos y reclutas, sino también oro. Gracias a los censos romanos, este oro era fácil de cobrar mediante la *Jizya*, pero no mediante un impuesto basado en la riqueza y propiedades de los egipcios, pues esa riqueza no podía ser ni evaluada ni constatada en la confusión de la guerra. Por lo tanto, las cifras de tributos en oro recaudados por Amr y sus jefes durante los años de la conquista sólo pueden referirse al cobro de una capitación personal, la *Jizya*, establecida a razón de dos sólidos por cada hombre adulto con recursos propios o con empleo, quedando excluidos de su pago mujeres, ancianos, niños, mendigos y pobres.

¿Qué tenemos aquí? Un dato que nos permite conocer la población egipcia hacia 642. Cuando las fuentes primarias islámicas para la conquista de Egipto, tales como al-Baladhuri y al-Hakam, dicen que Amr cobró, en los días inmediatamente posteriores a la primera caída de Alejandría, un tributo de dos sólidos por cada hombre adulto y con recursos, y que el montante de dicha exacción ascendió a 4.000.000 de sólidos⁴²⁰, nos están informando –si se reflexiona– que en ese tiempo había en Egipto dos millones de hombres adultos y que, por lo tanto, Egipto debía de contar con una población de unos 7.000.000 de habitantes, pues a los dos millones de hombres en edad adulta y con una mínima riqueza o ganancia, había que sumar niños, mujeres, ancianos, lisiados, mendigos, así como un porcentaje no pequeño de población que escaparía al cobro de esos tributos, ya que Juan de Nikiu señala que no eran pocos los campesinos y ciudadanos que se refugiaban en lugares recónditos para escapar a los impuestos exigidos por los sarracenos⁴²¹.

al servicio de Amr (Menas, Sinoda o Filoxeno), relato que se sitúa a fines del 641 o a inicios del 642. En otros pasajes [CXIII,1-8] cuenta cómo Amr encargó al Prefecto Jorge la construcción de un puente sobre el Nilo para atacar a las tropas romanas del Fayum, Babilonia de Egipto y Menfis. En cuanto al Duque Sanutius, que se pasó a Amr en Alejandría, conocemos por Severo de Hermópolis [cap. 14] que le proporcionó no sólo consejo -como dice Nikiu- sino también tropas y barcos. Otro ejemplo lo tenemos en Juan de Damietta, un alto funcionario de la administración romana, nombrado para el cargo por Teodoro el Prefecto de Egipto, y que al llegar Amr ante su ciudad se pasó a éste, siendo nombrado posteriormente gobernador de Alejandría en sustitución de Menas [Juan de Nikiu: CXXI,1-8]; nótese que todo el relato se enmarca en un proceso de reajuste tributario desde el dominio romano al árabe. Por otra parte, Juan de Nikiu [CXIII,1-8] afirma que muchos egipcios se pasaban en esos días a los ismaelitas y narra cómo Amr apresaba a los funcionarios y gobernadores locales para obligarles a tramitar el cobro de exacciones y la entrega de forrajes y alimentos por parte de los campesinos coptos a los árabes.

⁴²⁰ Las fuentes islámicas hablan de dinares de oro, moneda que en el s. IX se había estabilizado en un peso de 4.25 grs. de oro, mientras que el sólido pesaba 4.48, pero indudablemente se refieren a sólidos; queda aún más claro en un relato de al-Hakam [p. 22], donde al hablar de la primera exacción lograda por los musulmanes de los habitantes del África romana, en 647, un informante del historiador aclara que los dinares de oro cobrados por los árabes de la época de la conquista eran más pesados que los de su tiempo.

⁴²¹ Al-Baladhuri [I, pp. 335-351] y al-Hakam [4 y ss] son las fuentes islámicas más seguras y cercanas a los hechos, ya que ambos escribieron en el siglo IX. Sobre las exacciones fiscales llevadas a cabo por Amr entre 640 y 646: TORREY, C., *The History of the Conquest...*, *op. cit.* Al-Baladhuri dice, que el hijo

Nuestra teoría viene confirmada por el propio relato de la conquista proporcionado por Juan de Nikiu, pues, si se relaciona con los relatos de al-Baladhuri y al-Hakam, se observa un incremento progresivo de los ingresos logrados por los árabes durante la guerra, lo que se explica por la mayor cantidad de territorio y por tanto, de población sometida al control de Amr y sus hombres. Así, de la lectura conjunta de al-Baladhuri y al-Hakam con las fuentes egipcias se extrae que Amr pasaría a cobrar 1.000.000 de sólidos en la primera fase de la guerra, luego, en 641 lograría 2.000.000 y en 642-643 4.000.000, progresión geométrica también constatada por Juan de Nikiu, quien señala que Amr, respectivamente en 641 y en 642, dobló y triplicó las cantidades logradas de los egipcios al inicio de la conquista⁴²².

Más aún, Eutiquio, patriarca de Alejandría en la primera mitad del siglo X, confirma, en lo esencial y en sintonía con los autores islámicos y con Juan de Nikiu, que los árabes exigieron en un principio sólo un impuesto fijo por cada hombre adulto, que quedaron excluidos de él mujeres, niños y ancianos, que dicho tributo se estableció en base a un censo de los posibles tributarios (es decir, de los coptos), que dicho censo se efectuó gracias a la colaboración de las autoridades egipcias locales, tanto civiles como religiosas, y que el importe de dicho tributo personal era de dos monedas de oro por cabeza⁴²³.

de un antiguo combatiente árabe que había asistido a la capitulación del gobernador de Menfis (la *Mir* islámica) contaba que su padre le dijo que, tras luchar con los musulmanes, el gobernador bizantino llegó a un acuerdo con los árabes sobre la base de dos sólidos por cada hombre adulto con ingresos, más, en el caso de los campesinos, la entrega por cabeza de familia o propietario de tres *irdabbs* de trigo, dos *kists* de aceite, dos de miel y dos de vinagre; además, los habitantes de Menfis, tras ser censados por los musulmanes, tuvieron que entregar por cada soldado musulmán una vestidura completa. Las alusiones al censo son significativas pues, en medio de la guerra y sin personal administrativo propio, los árabes sólo podían hacerlo a partir de los censos y funcionarios romanos de Menfis. Observemos en el relato de al-Baladhuri una progresión en los recursos obtenidos en el país que sería el fruto de la mayor extensión del control musulmán, lo que es evidente pese al cruce de relatos que da, sobre todo si se le contrasta con el relato mucho más ordenado que da Juan de Nikiu de la conquista y con el de al-Hakam. Este último dice [al-Hakam: 4] que Amr cobró 1.000.000 de sólidos de Egipto, pero si se contextualiza el relato comprobamos que estamos en el año 640. Mientras que al-Baladhuri [I, p. 340] dice que Amr cobró primero 2.000.000, situándose este dato en 641, y luego, tras la primera capitulación de Alejandría en 642, 4.000.000 de sólidos. Esto queda confirmado en el relato paralelo de al-Baladhuri [I, p. 343]: *Amr cobró primero de los egipcios 2.000.000 de dinares de oro, pero luego logró de ellos 4.000.000*. Estos ingresos progresivos debidos al aumento de contribuyentes sometidos, viene atestiguado por otros autores islámicos como Ibn Hauqal, Suyuti y al-Makrisi, quienes dan, para los reinados de Otmán y Moawiya, cifras mucho mayores de tributos obtenidos de Egipto. Por último, sobre la huída de los campesinos egipcios ante los intentos de exacción de los árabes y el ocultamiento de esos mismos campesinos en las ciudades, pantanos y montañas, véase Juan de Nikiu: CXIII, 6 y CXXI, 2-4.

⁴²² Al-Hakam: 4 y ss; al-Baladhuri: I, pp. 343-344; Juan de Nikiu: CXIII,4 y CXX, 28.

⁴²³ El relato de Eutiquio [lib. II, XVIII, pp. 342-343] coincide exactamente con los de al-Baladhuri y al-Hakam, apartándose sólo en su estimación del tributo y de la población egipcia. Aquí Eutiquio no es fiable, pues señala un número de censados de 6.000.000 y, por tanto, que se cobraron 12.000.000 de monedas de oro, lo que es evidentemente un error, pues nunca se sacó tal riqueza de Egipto; si aceptamos en este punto a Eutiquios, sin crítica, se llegaría a un cálculo de la población egipcia fuera de todo contexto real: sus 6.000.000 de contribuyentes masculinos adultos y con propiedades u oficio generadores de un mínimo de riqueza, nos señalarían una población de al menos 24.000.000 de habitantes en 642, cifra estrambótica y que sólo se alcanzaría en el siglo XIX.

Por si todo lo anterior no bastara, la cifra obtenida por nuestro método concuerda, sugestivamente, con los 7.000.000 de habitantes que según Diodoro de Sicilia⁴²⁴, tenía Egipto en la Antigüedad y con las cifras obtenidas por prestigiosos egiptólogos como Jacques Pirenne para la época de Tuthmosis III (1479-1425 a. C) merced al estudio de los censos y cifras de los documentos de la XVIII dinastía y que arrojan una cifra de entre 6.000.000 y 7.000.000 de habitantes.

Así que son demasiados testimonios y todos en la misma dirección, como para dudar de nuestra aseveración y de las consecuencias demográficas de la misma. Además, tales testimonios relacionados con la conquista de Egipto por los árabes no se limitan a esta provincia, sino que pueden hallarse, siempre en el mismo contexto, en otras partes del Imperio. Lo cual consolida nuestra tesis, pues las conclusiones que se extraen de esas noticias procedentes de distintos territorios de la Romanía entre 637 y 647, ofrecen unos datos que encajan perfectamente entre sí hasta formar un puzzle demográfico que concuerda, a su vez, con las proyecciones de población más modernas realizadas desde la arqueología y los censos otomanos, llegándose así a datos semejantes por tres vías distintas. Por ejemplo, sabemos que el duque de Osrhoene, Juan Kataias, pudo conservar un tiempo la gobernación de su provincia a cambio de pagar 100.000 sólidos anuales a los musulmanes, y que para establecer esta cantidad, se realizó un censo que sirvió como prueba de lo correcto de la suma entregada por Juan ante el califa Omar, quien entonces verificó el tratado y no cruzó, “ni en paz, ni en guerra” –especifica el relato del cronista– el Eúfrates, límite de la provincia. Juan, el gobernador bizantino, volvió entonces a su capital, Edesa, y durante un tiempo, “hasta que sacaron todo el oro que pudieron del lugar” –aclara de nuevo nuestra fuente– los árabes dejaron en paz la provincia de Osrhoene, que quedó de forma semi-independiente bajo la autoridad del antiguo dignatario nombrado por Heraclio y ahora vasallo de Omar⁴²⁵. Si proyectamos los datos de este tributo de Osrhoene tal y como se ha hecho anteriormente con los de Egipto, podríamos establecer la población de Osrhoene en una cifra entre 200.000 y 250.000 almas, lo que teniendo en cuenta la pequeña extensión de la región y lo golpeada que había sido por la reciente guerra persa de 603-628 (que acarreó para la zona destrucción, saqueos continuos y deportaciones masivas a la Mesopotamia persa y a Atropatene), encaja bastante bien con el panorama demográfico que puede esperarse encontrar en esta región hacia 637, fecha de la noticia.

Otra evidencia de esta clase nos la da el relato de la conquista de África por los árabes. Al-Baladhuri dice al respecto que tras la batalla de Gelula (647), los árabes saquearon el territorio del que sólo se retiraron tras la entrega de una fuerte contribución por las autoridades locales. Dicho tributo ascendió a 2.500.000 sólidos de oro, según el

⁴²⁴ Diodoro de Sicilia: I, 31, en PARREU ALASA, F., *Diodoro de Sicilia*, Madrid, 2001; PIRENNE, J., *Historia del Antiguo Egipto*. Barcelona, 2002, Vol. II, pp. 446-447.

⁴²⁵ Teófanos: 6128,340.

relato de uno de los informantes de al-Baladhuri⁴²⁶. Según nuestra tesis, este tributo reclamado por los árabes a las autoridades locales del África romana, que no puede ser otro que la *Jizya*, correspondería a 1.250.000 hombres adultos y con ingresos que, a razón de dos sólidos por cabeza, darían los 2.500.000 de monedas de oro de al-Baladhuri. Por lo tanto, si proyectamos este dato se podría concluir que el África romana con sus cinco provincias debía de contar hacia 647 con unos 4.500.000 habitantes, al menos; es decir, algo más de la mitad de los que contaba Egipto. Esto concordaría con los relatos de la época que señalan que tenía una población mucho mayor que África, y una cifra que casa perfectamente con los cálculos demográficos realizados a partir de los últimos datos arqueológicos, que señalan que la población del África bizantina debía de sobrepasar ampliamente los 4.000.000, una cifra muy próxima además, a los más de 5.000.000 de habitantes que podían extraerse del relato de Procopio y muy por encima de los 3.000.000 que en el siglo pasado calculara Courtois⁴²⁷.

Pero vayamos más lejos aún. Se recordará que los censos otomanos han sido usados para realizar proyecciones demográficas que nos permitan conocer la población en el periodo bizantino. De la lectura del mejor de esos estudios se puede extraer para el Imperio Bizantino una densidad de población de 15 habitantes por km² de media, lo que, si se proyecta a todo el Imperio y a la segunda mitad del siglo VI, ofrecería una estimación demográfica que, como reconoce no sin cierta sorpresa la autora del artículo, daría unas cifras similares a las de E. Stein. Este estimaba que el Imperio en los días de Justiniano debía de contar con no menos de 30.000.000 de habitantes, cifra que estaría

⁴²⁶ Al-Baladhuri [I, p. 357] dice que los árabes recogieron tras su victoria sobre el exarca Gregorio un tributo de 2.500.000 monedas de oro, a cambio de su retirada del territorio. Si nuestra suposición es correcta y los árabes exigieron a las autoridades bizantinas y al senado cartaginés el tributo tradicional de dos monedas por cada hombre adulto con ingresos o propiedades -como acababan de hacer en Egipto- habría en África 1.250.000 hombres adultos, es decir, unos 5.000.000 de habitantes, lo que curiosamente corresponde con la exagerada noticia de Procopio [*Historia Secreta*: XVIII, 8] quien afirmaba que el balance que dejó Justiniano en África fue de 5 millones de muertos entre romanos y moros por causa de la guerra y la peste. Procopio exageraba, pero no podía dar a sus lectores en la corte de Constantinopla un dato demográfico que superara en demasía la realidad africana. Además el dato de al-Baladhuri casa bien con el de al-Hakam [pp. 21-22] quien dice que, tras apartar el quinto perteneciente al califa, los árabes repartieron el tributo de África a razón de 3.000 sólidos de oro para cada jinete y 1.000 a cada infante; a lo que habría que sumar además, las sumas extras que percibirían los jefes de tribu o clan, los oficiales, etc. Al-Hakam aclara que la fuerza que atacó África en 647 y que derrotó y dio muerte a Gregorio, exarca rebelde de África, se componía de 20.000 hombres. Gracias a todo esto, y aún teniendo en cuenta las exageraciones de al-Hakam, la mayoría de los autores coinciden en que de los datos de al-Hakam se deduce que el tributo extraído de África superó ampliamente los 2 millones de monedas de oro. Al-Baladhuri [I, p. 357] ofrece una segunda versión en la que habla de 300 quintales de oro, lo que nos daría una cifra bastante aproximada a la de la primera versión.

⁴²⁷ Así, Modéran, sin duda el mejor conocedor actual del África tardorromana, vándala y bizantina, estimó en 2003, en base a las últimas investigaciones demográficas, que los 3.000.000 de habitantes que Courtois calculó (*Los vándalos y África*. Madrid, 1955, p. 106) constituyen una subestimación manifiesta del verdadero número de habitantes del África del siglo VI, pero que, en ningún caso, pasarían de los más de 5.000.000 del relato de Procopio; por tanto, una cifra intermedia entre ambas (3.000.000 y 5.000.000), se acercaría bastante a la realidad: MODÉRAN, Y., *Les maures et L'Afrique romaine...*, op. cit. p. 36, en especial nota 6.

en consonancia con los cálculos que, para los siglos V y VI ofrecían recientemente Heather y Ward-Perkins⁴²⁸. Y es que si aplicamos el promedio antes citado al África romana de Justiniano, que se extendía sobre un territorio de 300.000 km², el resultado es singularmente similar al de los 4.500.000 que se pueden calcular en base al relato de al-Baladhuri, y a la conjunción de éste con los de otros autores musulmanes y griegos.

Recapitulemos. Tal y como se ha visto, si se procede correctamente, se llega a conclusiones similares sobre la demografía del Imperio, tanto si se parte de los relatos musulmanes, egipcios y griegos de la conquista islámica de África, Egipto y Osrhoene, como partiendo de otros procedimientos de cálculo demográfico histórico, tales como las proyecciones demográficas de los censos otomanos y clásicos, o las estimaciones arqueológicas. Por nuestra parte, considerando todos los datos y evidencias aportadas en las líneas anteriores, creemos estar ya preparados para dar nuestra propia estimación demográfica para la Romania del 565.

Egipto más la Cirenaica rondarían los 7.000.000 de habitantes; el África romana con 4.500.000; Italia, Sicilia, Cerdeña, Córcega e Hispania aportarían unos 5.500.000. Siria con Palestina, la Arabia romana, Fenicia, Chipre y la Mesopotamia romana tendrían unos 7.000.000 de habitantes; Asia Menor y Armenia, 6.500.000 habitantes, mientras que los Balcanes, el Egeo y Constantinopla aportarían, como poco, otros 3.000.000. Esto daría lugar a un total de 33.500.000 habitantes para 565, tras el periodo de guerras y pestes de la época justiniana. Lo que quiere decir que hacia 540, cuando la peste aún no había aparecido y lo peor de las guerras persas, moras y góticas aún no había acontecido, la población del Imperio habría sobrepasado, con toda seguridad, los 40.000.000 de habitantes. Esta cifra se vería rebajada en algo más de un 25% tras el paso de la peste, pues, como se verá, ese es el porcentaje de población que según los estudios más modernos se llevó consigo la peste iniciada en 541-542.

Lo anterior, por su parte, concordaría con las aproximaciones de Heather y Ward-Perkins quienes señalan para el año 400 unos 70.000.000 en todo el Imperio, y que han manifestado que durante la primera mitad del siglo VI, la evolución demográfica de la parte oriental del Imperio siguió siendo positiva y creciente, a la par que no hubo, ni en Italia ni en África, ningún descenso demográfico reseñable. Nuestras conclusiones concuerdan además con los datos de la arqueología para los siglos V y VI que –como ya

⁴²⁸ A. E. Laiou, tras un pormenorizado estudio de cuestiones desde el s. VI al XIV, teniendo en cuenta los trabajos demográficos anteriores al suyo, los censos otomanos del XVI y los griegos de los siglos XIX y XX, y variantes tan diversas como longevidad, esperanza de vida, alimentación, higiene y enfermedades de la población, concluye que el promedio de la población oscilaría, dependiendo de las regiones, entre los 9 y los 24 habitantes por km²; es decir, un promedio de 15 a 16 habitantes por km² durante las épocas de máximo demográfico del Imperio Bizantino en los siglos VI, XI y XII. La autora reconoce que sus cálculos demográficos son superiores a los precedentes y que se aproximan a los de E. Stein (*Histoire du Bas-Empire*. Amsterdam, 1968). Vid. A. E. LAIOU, A.E., "The Human Resources", *The Economic History of Byzantium: From the Seventh through the Fifteenth Century*. A. E. Laiou (ed.), Washington, 2002. www.doaks.org/etexts.html),

vimos— no señalan ningún parón demográfico antes de la segunda mitad del siglo VI; un receso demográfico que, en zonas como Asia Menor o el Norte de Siria, no se manifestaría hasta el siglo VII, mientras que en otras, como Egipto, no se daría en ningún momento de la dominación bizantina.

Más aún, si nos olvidamos del método aplicado en nuestra estimación demográfica para 565 y nos ceñimos exclusivamente a los cálculos más recientes realizados en base a los censos otomanos y griegos, y se proyectan esos datos al contexto del siglo VI, se obtendrá un promedio de unos 15 habitantes por km², que si se aplica sobre el territorio realmente dominado por Justiniano en 565 (unos 2.200.000 km²) obtendremos una cifra de 33.000.000 de habitantes, muy similar a la de 33.500.000 que hemos obtenido anteriormente con nuestra propia proyección demográfica realizada a partir de la conjunción de las fuentes islámicas, griegas y egipcias contemporáneas de la conquista árabe con los datos de la arqueología. Y es que los censos otomanos tomados a partir del 1500 reflejan una situación muy parecida a la que tenía el Imperio en 565 tras el final de las guerras justinianeas y de los grandes coletazos de la peste de 541-542, algo que no han sabido ver los historiadores que hasta el presente los han usado. De este modo, las regiones dominadas por los turcos hacia 1500 venían de atravesar la peste negra de 1347-1350, con sus secuelas intermitentes que llegarían al siglo XVII, así como de sufrir las devastadoras campañas de Tamerlán entre 1390-1402 y las innumerables guerras entre los pretendientes otomanos, y entre éstos y los sultanatos turcos de Konia, los karamanidas, Sinope, Kachama y los turcomanos de Armenia y Kurdistán que se extendieron a lo largo de todo el siglo XV.

En suma, para 565 Justiniano contaría con una cifra de unos 33.000.000 de habitantes en lugar de los poco más de 19.000.000 que estimó Treadgold, lo que, sumado al excesivo número de soldados que éste calculó, echa por tierra sus estimaciones de ingresos y gastos del Imperio en esta época. Justiniano contaba con muchos más contribuyentes de los que Treadgold suponía y por tanto con más ingresos y, en lugar de los 345.000 soldados que según él recibían algún sueldo en 565, contaba con 250.000 soldados que a razón de 20 sólidos para cada uno de los 150.000 *comitatenses*, no menos de 5 para cada uno de los 100.000 *limitanei* y una cantidad similar para cada uno de los 40.000 marineros de la flota de guerra, teniendo en cuenta los incrementos de sueldo de los oficiales y mandos⁴²⁹, arrojaría un gasto militar mínimo de unos 4.400.000 sólidos anuales en concepto sólo de sueldos (sin tener en cuenta los gastos por campaña o por construcciones militares). A ellos habría que sumar, aún en tiempo de paz, tal y como ocurriría en 565, unos gastos militares

⁴²⁹ W. TREADGOLD (*Byzantium and Its Army...*, pp. 195-196) calcula un porcentaje añadido en cuestión de incremento de sueldo para oficiales que en el caso de los *comitatenses* llega al 33% del total. Nos parece excesivo y, teniendo en cuenta los sueldos de oficiales que hemos mostrado en nuestro trabajo, ofrecemos nuestras propias estimaciones.

adicionales en concepto de construcciones militares, reparación de las mismas, mantenimiento de astilleros, arsenales y equipos, gastos de remonta, forraje para caballos y animales de carga, entrenamiento y patrulla, gastos de transporte de tropas y abastecimientos, y gastos surgidos de pequeñas operaciones bélicas en las fronteras, que Treadgold no contempló por completo, que arrojarían un mínimo de no menos de 1.800.000 sólidos anuales, teniendo en cuenta las características de la época⁴³⁰, lo que nos aportan las fuentes y el número de soldados implicados. De este modo, en un año sin guerra, Justiniano debía de gastar alrededor de 6.200.000 sólidos en pagar a su ejército, mantenerlo bien equipado, adiestrado y situado, y en sostener adecuadamente sus fronteras, fortalezas y flota⁴³¹.

Así que el contemporáneo citado al comienzo de este apartado y que nos informaba de que la mayor parte del oro recaudado iba a parar a los gastos militares tenía razón, pues –como se verá más adelante– prácticamente dos tercios de los ingresos totales del Imperio eran dedicados a la defensa y eso en un año sin grandes guerras en marcha.

e. El coste de la *Recuperatio*: ingresos y gastos.

Antes de seguir con los gastos de la Romania en los días finales de Justiniano, es inevitable preguntarse ¿y los ingresos? Tampoco aquí Treadgold acertó, no sólo porque equivocara el número total de habitantes del Imperio en 527, 540 y 565, y por lo tanto no evaluara adecuadamente la base de posibles contribuyentes sobre la que se sostuvo realmente la hacienda de Justiniano, sino porque, al igual que Haldon y Kenneth Wayne

⁴³⁰ Entre ellas está la del transporte de suministros a las tropas. Si en la Antigüedad tardía, un carro de trigo doblaba su valor al ser trasladado a 80 kms de donde había sido recogido (HEATHER, P., *La caída del Imperio romano...*, op. cit., p. 150), imagínese lo que costaría aprovisionar a un ejército de 18.000 hombres como el que luchó bajo Narsés en Volturno (552), o de 20.000 como el que se enfrentó en Daras a los persas (530), o de 40.000 hombres como el que, entre 622 y 628, peleó a las órdenes del emperador Heraclio recorriendo miles de kms sobre Asia Menor, Armenia, Albania caucásica, Mesopotamia y Persia. Que este gasto ineludible sea dejado de lado por los historiadores militares del periodo es incomprensible. Por lo demás, sabemos que el mantenimiento anual de un caballo de guerra costaba 4 sólidos y que el promedio para abastecer en campaña a un soldado era de 4 a 5 sólidos anuales. Gracias a esto y a otros datos de las fuentes, se puede llevar a cabo una aproximación a los gastos militares de este periodo.

⁴³¹ El cálculo del gasto militar de Treadgold para 565 es de 6.135.000 sólidos, sobre un total de ingresos de 8.350.000, prácticamente el mismo que el nuestro. Pero él no tiene en cuenta otras cuestiones: los sueldos de los marineros de la flota de guerra, los gastos generados por su mantenimiento, los extras surgidos del transporte de abastecimientos, las construcciones y reparaciones de infraestructuras militares, los generados por la remonta o por las bestias de carga, etc. Además de esto, la diferencia está en su mayor cálculo del incremento producido en el presupuesto militar por los sueldos de los oficiales y mandos: TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, op. cit., pp. 195-196. Por su parte, Harl, calcula un total de gastos militares de 6.000.000, de los que sólo 1.000.000 se gastarían en concepto de sueldos para los soldados. El autor, siguiendo sin crítica a Agatías, sólo contabiliza a los soldados de campaña a los que asigna un sueldo muy bajo. Además, lleva a cabo un cálculo sumamente alto de los gastos generados en la campaña vándala de Justiniano, casi nueve veces más de lo calculado por Treadgold y con el añadido de que, al contrario que éste o que nosotros, no aporta dato alguno que soporte sus razones: HARL, K.W., *Coinage in Roman Economy, 300 B.C.-700 A.D.* Baltimore, 1996, pp. 217-218.

Harl⁴³², que también han tratado de estimar los ingresos y gastos de Justiniano, se olvidan de una fuente de ingresos fundamental en tiempos de Justiniano y sus sucesores: la proporcionada por la *domus* privada del emperador. Pues bien, a partir de ella –como veremos– podremos establecer nosotros los verdaderos ingresos con los que Justiniano contó en 565, y a partir de ahí aclarar, en base a datos documentales de la época, lo que realmente supuso desde el punto de vista económico la *recuperatio* del Occidente (es decir, lo que costó al Imperio) y también lo que aportó económicamente al Imperio, cuestión esta última que se olvida a la hora de establecer balances del reinado de Justiniano.

Un asunto que llama poderosamente la atención es que ni Treadgold, ni Harl, ni Haldon, ni ningún otro historiador que sepamos, han tenido en cuenta en sus estudios los recursos que la *domus* privada del emperador ofrecía a éste y, sobre todo a su hacienda y ejército, sino que sólo contemplan la relación entre número de habitantes e ingresos que éstos podían generar, o variantes económicas tales como las relativas al número de ciudades, repercusión del comercio en los impuestos, etc. Es decir, que sólo apreciaban los ingresos que el sistema fiscal ofrecía a Justiniano y a su Estado, pero no otras fuentes posibles de ingresos tales como las procedentes del botín, las aportadas libremente por los ciudadanos o las resultantes de las propiedades personales del emperador. Sin embargo, las propiedades personales del emperador, su *domus*, representaban una porción no pequeña de la economía del Imperio y una sustanciosa fuente de ingresos que completaba, cada vez con mayor frecuencia a lo largo del siglo VI, las partidas necesarias para mantener al ejército, acometer obras públicas o simplemente, cubrir el déficit de un año fiscal negativo. Veámoslo.

Originalmente, hacia los años iniciales del siglo V, cada parte del Imperio, la occidental y la oriental, disponían de su propia *domus*, las cuales estaban constituidas principalmente por grandes latifundios.

La *domus* de Occidente tenía ubicados el grueso de esos grandes latifundios en África, especialmente en las provincias de la Proconsularis y Bizacena y, en menor medida, en las de Numidia y Mauritania cesariense. Pues bien, conocemos perfectamente el tamaño de las fincas que formaban dicho patrimonio imperial en las provincias de Bizacena y África Proconsular, gracias a una constitución de Honorio fechada el 20 de febrero de 422, que nos ofrece un cálculo exacto de la extensión de los latifundios imperiales situados en las dos provincias africanas. Según esos datos censales registrados, las propiedades privadas del emperador de Occidente en Proconsularis y Bizacena ascendían a 741.862 hectáreas en el África Proconsularis y

⁴³² HALDON, J., *Warfare, State and Society...*, op. cit., pp. 47-52; HARL, K.W., *Coinage...*, op. cit., pp. 207-249, en especial pp. 217-218.

760.684 hectáreas en la Bizacena, lo que hace un total de 1.502.546 hectáreas⁴³³. No era poca cosa y las rentas que debían de proporcionar esas tierras al *sacellum* o tesoro imperial, no debían de ser escasas.

No hay razón para suponer que la *domus divina* de la parte oriental del Imperio fuese significativamente menor que la de la parte occidental, así que podemos deducir sin arriesgarnos en exceso, que las fincas adscritas a la *domus divina* oriental y que nutrían lo esencial de los fondos del *sacellum* del emperador que ocupara el trono de Constantinopla, no debían de sumar mucho menos de 1.500.000 hectáreas, ya que las propiedades del emperador asentado en Roma superaban esa cifra con facilidad.

Sabemos que el grueso de las propiedades agrícolas del solio oriental se hallaba en Capadocia y que eran tan importantes y decisivas para Justiniano que motivaron varias constituciones imperiales promulgadas para asegurar su mayor control y rentabilidad. De hecho, la extensión de tierras que el emperador poseía en esta provincia era tan grande que su mejor gestión y seguridad motivó, en buena medida, una reforma administrativa y militar destinada a mejorar la gestión y defensa de la provincia de Capadocia; dicha reforma ponía en manos de un procónsul lo esencial de los poderes militares y civiles de la región⁴³⁴.

Y es que, en tiempos de Justiniano y cada vez más en los de sus sucesores, los ingresos provenientes de la *domus* imperial, los fundamentales a la hora de llenar el *sacellum*, pasaron a primer plano a la hora de sufragar los gastos militares. Tal es así que a partir de Justiniano sería harto frecuente ver al *cubicularius* y *sacellarius* imperial, casi siempre y en esta época la misma persona, al frente de los ejércitos de campaña. Era natural que la persona que controlaba una fuente tan vital de recursos para el sostenimiento del ejército y de sus campañas, controlara al propio ejército. Y así Narsés, Smaragdo y Teodoro Tricerios (por citar sólo a tres jefes del *cubiculum* y

⁴³³ Efectivamente en el *Código de Teodosio* [CTH.11.28.13] aparecen enumeradas y medidas cada una de esas fincas imperiales situadas en la Bizacena y África Proconsular. Basta pues con sumar las extensiones reseñadas en esta constitución imperial para conocer el dato. Tanto Courtois, como Jones o Sánchez Hinojo, lo hicieron a su debido tiempo y también lo hemos hecho nosotros. Hemos comprobado así que los cálculos de los tres estudiosos citados son correctos. Vid. FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, op. cit., pp. 99-101; COURTOIS, C., *Los vándalos y África...*, op. cit., pp. 132-139; JONES, A. M., *The Later Roman Empire...*, op. cit., pp. 415-416, 425-427; GIL EGEA, M^a E., *África en tiempos de los vándalos. Continuidad y mutación de las estructuras sociopolíticas romanas*. Alcalá de Henares, 1998, p. 261.

⁴³⁴ Estas propiedades imperiales en Capadocia siempre habían resultado trascendentales para el tesoro del emperador y sus finanzas en general; tanto es así, que ya en el año 379 motivaron la creación de un nuevo alto cargo dentro del *cubiculum* imperial: el del *comes domorum per Cappadociam* [CTH: 6.30.2]. Las propiedades privadas del emperador en Capadocia seguían cobrando importancia en tiempos de Justiniano, tanto que éste subordinó la organización de toda la provincia a sus intereses, creando una nueva magistratura, la del Procónsul de Capadocia, cuya misión era defender y administrar la provincia y especialmente el buen orden de las grandes propiedades imperiales que constituían una parte considerable de la totalidad del territorio (NOV XXX.30, pp. 164). Sobre la *domus* privada del emperador en Oriente y su administración desde el *cubiculum* imperial en esta época: JONES, A. M., *The Later Roman Empire...*, op. cit., pp. 566-572; HOPKINS, K., *El poder político de los eunucos. Conquistadores y esclavos*. Barcelona, 1981, pp. 205-230.

administradores del *sacellum* imperial) comandarían grandes ejércitos. Así, en la crisis del 642, sería el *sacellarius* de Heraclio el que, con su intervención ante el ejército en favor de Constantino, el hijo mayor de Heraclio, inclinase la balanza política en favor de éste, y en contra de Martina y sus hijos⁴³⁵. Baste lo anterior para significar la importancia que el *sacellum* del emperador y las propiedades que lo nutrían tenían para los ingresos disponibles del Imperio en general y para los gastos militares en particular. Por lo tanto, el que ni Treadgold, ni Harl, ni Haldon, recuerden este apartado en la elaboración de sus cálculos de ingresos del Imperio y gastos militares del mismo, es algo reseñable que trastorna, aún más, las bases sobre las que apoyaban sus cálculos.

¿A cuánto podían ascender los ingresos proporcionados por las grandes fincas privadas del emperador y que constituían lo esencial del tesoro privado del mismo? Es relativamente fácil responder a esa pregunta y lo sorprendente es que nadie haya tratado de calcularlo, que sepamos.

En efecto, tal y como dijimos anteriormente, conocemos la extensión de los latifundios que poseía el emperador occidental en 422 en las provincias de la Proconsularis y la Bizacena. Esto es un buen comienzo. ¿Que pasó con esas tierras? Pues bien, tras la caída de Cartago en manos de los vándalos (439) y tras el acuerdo firmado entre Genserico y Valentiniano III (442), las tierras que constituían la *domus divina* en África fueron perdidas definitivamente y sus ingresos ya no abastecieron el *sacellum* del emperador occidental. Las fincas que estaban situadas en las Mauritania y en la Numidia terminaron en manos de los terratenientes locales y de propietarios bárbaros; el grueso de los latifundios, los situados en las zonas agrícolas más ricas, es

⁴³⁵ Desde el reinado de Zenón, el cargo de cubiculario y *sacellario* adquiere una importancia vital en el plano militar; el *sacellario* se transforma no sólo en el gestor de los bienes y del tesoro privado, sino además y dado que de dichos recursos se distribuye una parte importante del oro destinado a los soldados, en un alto cargo militar a quien el emperador confiar, sin miedo alguno (el *sacellario* está excluido del acceso al trono) las misiones más delicadas y los ejércitos más potentes. Ya en la década del 480, Zenón confió sus ejércitos en su *sacellario*, Paulo, para solucionar la delicada situación militar en la que se encontraba. Desde entonces el *sacellario*, siempre un eunuco, aparece al mando de grandes ejércitos en situaciones críticas: Narsés en 552, al frente del gran ejército de Italia [Procopio, *Guerra gótica*, VIII, 26-35; Agatías, lib. I y II, 1-14]; el cubiculario y *sacellarios* Smaragdo, en época del emperador Mauricio, en Italia y en África, para hacerse cargo de la delicada situación de la península italiana ante el avance lombardo y para constituir el Exarcado de Rávena, del que sería el primer exarca, llegando a convertirse en un auténtico virrey del Occidente de la Romania y luego -ya bajo Focas- de nuevo exarca de Rávena (FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, p. 769 y 810); o el caso de Leoncio, cubiculario y *sacellarios* en tiempos de Focas, y mano fuerte de ese emperador y de su régimen de terror [Teófanos: 6096, 292; *Crónica Pascual*: 701; Patriarca Nicéforo: cap. 1]; Teodoro Tricirio, *sacellarios* del emperador Heraclio y jefe del gran ejército destinado a derrotar a los musulmanes y, al cabo, derrotado en Yarmuk [Teófanos: 6125, 337-339; Patriarca Nicéforo: cap. 20]; o Filagrios, *sacellarios* de Heraclio a su muerte y que, con el tesoro privado del emperador y su ascendiente sobre las tropas, decidió, en última instancia, quien ocuparía el trono tras Heraclio (Nicéforo: 29). Sobre el cada vez mayor ascendiente del *sacellarios* en la política de guerra del Imperio y especialmente sobre la creciente importancia de los recursos de la *Domus* privada del emperador en el presupuesto militar de la Romania y en sus recursos financieros en general, *vid.* FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, p. 811. Por último, para la figura del *sacellarios* y el *cubicularios* en nuestra época y para las biografías de los más destacados es imprescindible la obra de HOPKINS, K., *El poder político de los eunucos ...*, *op. cit.*

decir los de la Proconsularis y la Bizacena, pasó en su totalidad a la *domus regia* que creara Genserico, dotando así al soberano de los vándalos y alanos de un mecanismo de poder muy superior al de cualquier otro rey bárbaro del siglo V.

Sabemos que esa *domus regia* se mantuvo sin merma hasta la hora de la reconquista justiniana y que tras ella –al igual que el resto de las propiedades reales vándalas– pasaron a manos del emperador y a estar gestionadas por los encargados de sus propiedades privadas. De ello no hay duda, pues una inscripción de la ciudad de Calama en la Bizacena, fechada entre 539 y 544, atestigua la persistencia de las propiedades personales del emperador y la reaparición de un *comes*, el *comes* Paulus en este caso, como gestor de las mismas⁴³⁶.

De manera que, para 535 lo más tarde, los recursos de las grandes propiedades regias de los reyes vándalos y que procedían en su totalidad de las antiguas propiedades enumeradas por Honorio en su constitución del 422, comenzaron a nutrir el tesoro privado del emperador. Dado que los latifundios de la *domus divina* en las dos ricas provincias africanas se habían mantenido sin merma dentro de la *domus regia* de los vándalos, es indudable que volvieron, sin merma también, a manos de Justiniano quien, en 534 se encontró con que más de 1.500.000 hectáreas de magnífica tierra, arrojaban el producto de sus rentas sobre su tesoro privado.

No era poca cosa, la Proconsularis y la Bizacena eran provincias célebres por su opulencia agrícola. Eran tan ricas que en el siglo III habían sustituido a Egipto como

⁴³⁶ Esta inscripción confirma que los territorios de la *domus divina* en África seguían íntegros y funcionando con regularidad, tras la recuperación del África romana a manos de los vándalos, pues los territorios citados por la constitución de Honorio de 422 volvieron a pasar, de la *domus regia* de los vándalos a la *domus divina* del emperador bizantino, y volvían a estar regidos por un alto funcionario público con rango de *comes*. En este caso y hacia 539-544, fecha de la inscripción, el *comes* Paulus que la realiza: *inminentem, Paulum com item arium domus dibine*, es decir: “Paulus, conde y administrador de los territorios de la *domus divina*”. La inscripción es recogida por J. Durliat (*Les dédicaces...*, p. 96), pero no es la única, pues el mismo conde Paulus aparece de nuevo como administrador de la *domus divina* en otra (*Les dédicaces...* pp. 53-54). Existen otras inscripciones de funcionarios relacionados con la *domus divina*, como un tal Juan que aparece en una sobre una torre, como administrador de los bienes privados del emperador durante el reinado de Mauricio (582-602). Por otra parte, los testimonios de las fuentes sobre la pervivencia de la antigua *domus divina* en la *domus regia* vándala, la pervivencia de ésta hasta la reconquista justiniana y su posterior integración en la *domus divina* del emperador bizantino son numerosos. Sabemos que Gelimer, el último rey de la casa de los Asdingos, pasaba los veranos en el dominio real de Hermiana, en el interior de la Bizacena, y a la sazón uno de los antiguos dominios de la *domus divina* africana de Honorio hacia 422 [Procopio, *Guerra vándala*: III, 14, 10]. Gustaba también de pasar su tiempo libre en la propiedad real de Grassa, sobre el golfo de Hadrumetum, donde se alzaba una magnífica villa de recreo, rodeada de jardines poblados de frutales e irrigados por ingeniosos juegos de agua; esta Grassa era también una antigua propiedad imperial en el siglo V [Procopio, *Guerra Vándala*: III, 17, 8]. Otras referencias complementarias en Procopio, *Guerra Vándala*: III, 5, 11-14 y IV, 4, 33, donde se mencionan propiedades muebles, inmuebles y tesoros adscritos a la *domus regia* de los vándalos, pertenecientes antaño a la *domus divina* occidental. Sobre la pervivencia de los territorios de la *domus divina* de Honorio de 422 en la *domus regia* de los vándalos creada por Genserico, así como para su absorción por la *domus divina* de Justiniano en 534, *vid.* FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, pp. 100-102, 126-128 y 385-386; COURTOIS, C., *Los vándalos y África...*, *op. cit.*, pp. 132-139, 250-252 y 279; DIEHL, C., *L'Afrique byzantine. Histoire de la domination byzantine en Afrique. 533-709*. I, París, 1896, p. 38; DURLIAT, J., *Les dédicaces...*, *op. cit.*, pp. 16-17, 80, 102; JONES, A. M., *The Later Roman Empire...*, *op. cit.*, pp. 415-416 y 425-427.

principal granero del Imperio y a Bética como principal proveedora de aceite para Italia. A comienzos del siglo V, África era el motor económico de la parte occidental del Imperio. Cartago, Leptis, Útica, Teveste, Cululis, Cesarea, Hadrumentum, Hipona... constituían grandes ciudades comerciales y agrícolas, superando la primera los 100.000 habitantes, y estando dotadas todas ellas de magníficos edificios públicos e instalaciones portuarias y comerciales, la mayor parte de las cuales fueron erigidas durante el siglo IV y las primeras décadas del V. Y es que –como hemos dicho– África era muy rica, sus prósperas asociaciones de *navicularii* abastecían de aceite, trigo y cueros a los mercados de Roma, Italia y Galia⁴³⁷, y sus grandes propietarios siguieron financiando construcciones y obras públicas a su coste durante los siglos IV y V, cuando ya hacía mucho tiempo que las clases adineradas del resto del Imperio habían dejado de hacerlo. La *plebs* frumentaria de Roma, los ciudadanos con derecho a recibir raciones gratuitas de los fondos públicos, recibía desde Cartago y procedente de las tierras de Proconsularis y Bizacena, el trigo, el aceite y la carne de cerdo que constituían sus raciones que, en 419, alimentaban a 120.000 beneficiarios⁴³⁸. De hecho, la riqueza agrícola de estas dos provincias era tal que, en 413, cuando los navíos destinados a transportar los productos africanos a Italia fueron requisados por el usurpador Heracliano para constituir una flota con la que atacar Roma, éste pudo reunir 3.700 cargueros⁴³⁹. No parece que esa riqueza disminuyera mucho en el siglo V y bajo dominio vándalo: el límite de las tierras agrícolas siguió estando mucho más al interior de lo que hoy día se halla. La vieja y popular teoría de un cambio climático que agostarí, progresivamente, los campos africanos a partir de la segunda mitad del siglo IV, ha sido desmantelada por los estudios arqueológicos más recientes que señalan que las condiciones climáticas, incluidas las lluvias, no han variado sustancialmente desde el siglo I de nuestra era⁴⁴⁰. De hecho, la arqueología ha demostrado que el retroceso agrícola que la zona experimentó a partir de la segunda mitad del siglo VII fue debido a la destrucción y desarticulación de las infraestructuras hidráulicas, agrícolas y viarias romano-bizantinas, así como al exterminio y huida de la población romano-africana,

⁴³⁷ Sobre la opulencia del África de la segunda mitad del s. IV y la primera del V, *vid.* HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 345-359, con los últimos datos arqueológicos e históricos al respecto. Heather llama a África del norte “el corazón económico de la Romania occidental y del Mediterráneo occidental” y, de hecho, vincula la caída del Occidente a la pérdida de control sobre los recursos africanos y a la incapacidad de Roma para recuperar ese control tras 439. Realiza además, una magnífica descripción de la riqueza de las ciudades y campos africanos, y concreta que Cartago tenía, hacia el año 400, 100.000 habitantes. Esta África exportaba más de 500.000 toneladas de trigo a Italia.

⁴³⁸ En efecto, en el año 419 había 120.000 beneficiarios de las distribuciones mensuales de carne de cerdo [CTH. 14.4.10]. Normalmente se admite que esta cifra se corresponde con la de la *plebs* frumentaria que recibía diariamente sus “panes gradues” [CTH. 14.17.2-6]; al respecto, puede consultarse también: JONES, A. M., *The Later Roman Empire...*, *op. cit.*, pp. 695-705.

⁴³⁹ Tanto Orosio [VII,42,12-13] como el *comes* Marcellinus [*Cronicón*: Año 413] coinciden en esta cifra de naves mercantes requisadas por el usurpador Heracliano para asaltar Roma en 413 y pertenecientes a la flota que desde África transportaba aceite, trigo, salazones, cueros y miel a Roma. La coincidencia de estas dos fuentes tan dispares no puede ser casual y debe de reflejar un hecho cierto.

junto a la brusca interrupción de las antiguas formas de vida y de los viejos circuitos comerciales.

Otra prueba palmaria de la continuidad de la riqueza africana tras la conquista vándala y hasta la época de la reconquista justiniana, la dan las descripciones que de los campos de la Bizacena y la Proconsularis hacen respectivamente Procopio y Coripo, autores que nos iluminan un paisaje de interminables bosques de olivos, de espléndidos huertos de frutales y de extensos campos de cereal⁴⁴¹. El dominio bizantino, por su parte, no disminuyó el bienestar sino que lo aumentó, pues desde 548, cuando acabaron las grandes guerras con los mauri, hasta 647, la diócesis africana vivió un periodo de estabilidad que sólo de tanto en tanto y de forma breve, local y puntual, quedaba empañada por pequeñas revueltas o incursiones de los mauri. Las fuentes nos muestran así, entre 550 y 647, un África enriquecida por el comercio de su excelente aceite, de su miel, muy apreciada en Egipto y otros puntos del Imperio; de sus cereales, salazones y cueros. Un África en intensa relación comercial con Alejandría, Constantinopla, Italia y Galia, cuya capital, Cartago, seguía siendo una gran ciudad que rondaba los 100.000 habitantes y que todavía en 670 mantenía un importante puerto, punto obligado para aquellos que viajaran desde el Mediterráneo occidental al oriental y viceversa⁴⁴².

⁴⁴⁰ HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 350-354.

⁴⁴¹ Procopio realiza fastuosas descripciones de los campos africanos [*Guerra Vándala*: lib. III, 17, 9-11] y describiendo una propiedad situada junto a Hadrumetum, a unos 63 kms al sur de Cartago, en la que acampó el ejército (recuérdese que se componía de unos 18.000 hombres, en agosto del 533) dice lo siguiente: *Pues está perfectamente regada por las fuentes que allí hay, y tiene una enorme cantidad de espacios boscosos, y los árboles están rebosantes de frutos, de tal modo que cada uno de los soldados pudo levantar su tienda entre los árboles frutales y, al estar en ese momento maduras las frutas, todos pudieron saciarse de ellas, sin que apenas pudiera apreciarse disminución en la cantidad de la fruta.* Por su parte, Coripo, que era un muchacho cuando la reconquista justiniana, describe así la situación de África tras las victorias de Belisario y la captura de Gelimer, en 533-34 [*Juanide*: lib. III, 25-35]: *Avanzaba su ejército (el de Belisario) bajo las sombras de los frondosos árboles y no les afectó el ardiente calor del sol que quemaba como en el estío abrasador, aunque era otoño, hasta tal punto que, a causa del ardiente carro de Febo, una guerra más penosa se llevaba a cabo sobre la caliente arena. Y una vez se hizo la paz y fue capturado el tirano, África se volvió en extremo fecunda. Dejó a Libia (dice el héroe) rica y cultivada; al marcharme volvió a su estado anterior e incluso mejor que antes -así la recuerdo-: fértil y rebosante de mieses, producía el brillo que derrama el fruto de la oliva y estallaba en zumos del alegre Yaco.* Y también, describiendo los acontecimientos de la guerra maura de Juan Troglita, en 546-548, hablará de olivares tan extensos que permiten ocultar ejércitos enteros [*Coripo, Juanide*: lib. I, 535-540].

⁴⁴² Las fuentes de inicios del s. VII rebosan de datos sobre la riqueza de África y el intenso comercio que con ella tenían las principales ciudades comerciales de Oriente, como Alejandría y Constantinopla. Citaremos algunos de esos datos. Sabemos por la *Vida de Juan de Chipre*, escrita en la primera mitad del siglo VII: que la miel africana era muy apreciada en Alejandría [X, pp. 456-458]; de la existencia de aduanas y de los correspondientes funcionarios en los puertos africanos [XX-XXI, pp. 471-473] o de un comerciante alejandrino que comerciaba con África y que era tan rico que, además de poseer su propio barco, donó a la iglesia alejandrina 7,5 libras de oro (540 sólidos) para que el Patriarca rogara por el pronto y feliz regreso de su hijo y de su barco, al puerto de Alejandría a su regreso de su viaje comercial a África [XXV, pp. 482-483]. Si donó 540 sólidos, hay que suponer que las ganancias que obtendría de la carga de productos africanos de su barco debía de ser mucho mayor. Juan Mosco [*Prado Espiritual*: 77] cita a un marinero alejandrino que quedó ciego en uno de sus viajes comerciales a África. Por la *Didascalia de Jacob* [3] sabemos que éste, el converso Jacobo, llegó en 634 a Cartago como agente de un gran comerciante de Constantinopla que traficaba con tejidos y vestidos lujosos, y también por esta misma fuente [Introd.: 1-3] conocemos la existencia en Cartago de una fuerte comunidad judía dedicada

al comercio. Todavía en 670, tras 30 años de incursiones y ataques islámicos, Cartago era un puerto indispensable para cruzar del Océano Atlántico y el Mediterráneo occidental al oriental, y así sabemos que Arculfo, un obispo galo que peregrinó a Jerusalén visitando además Alejandría, Sicilia, Siria y Constantinopla, hizo escala en Cartago, pues la describe rodeada toda por altas murallas, incluido el lado del mar, y la compara con Alejandría y Constantinopla [*Viaje de Arculfo*: lib. III, I]. Algunos autores modernos como Cameron han visto un declive en África en la disminución de la cerámica africana hallada en Oriente e Italia, concluyendo que significa una disminución del comercio con estas zonas y de la productividad agrícola. Esto no se sostiene, pues por las fuentes contemporáneas sabemos que desde fines del s. VI y durante todo el VII el comercio de productos tan típicamente africanos y mediterráneos como el trigo o las salazones, se hacían en recipientes perecederos: el trigo se transportaba en sacos de fibra vegetal que no pueden dejar rastro arqueológico; las salazones de carne y pescado, en cajas de madera rellenas con sal y no en los antiguos recipientes cerámicos, etc. Esto explicaría la disminución de recipientes cerámicos desde la segunda mitad del s. VI y casaría con la insistencia de los relatos griegos, occidentales y árabes, así como de los testimonios arqueológicos sobre la riqueza africana en el s. VII. Respecto del transporte de trigo y otros productos en recipientes perecederos, consúltense diversas noticias en la *Vida de Juan de Chipre*: un barco con 20.000 sacos de trigo [VIII, p. 453]; la entrega al patriarca, por parte de un comerciante, de 200.000 sacos de trigo [VIII, p. 459]; Juan de Chipre envía al patriarca Modesto de Jerusalén para sostener la castigada iglesia de Jerusalén tras el saco persa de 614 y reconstruir las iglesias destruidas, 1.000 sacos de trigo, 1.000 monedas de oro, 1.000 sacos de legumbres secas, 1.000 libras de hierro, 1.000 cajas de pescado en salazón de la variedad llamada *inainomene*, 1.000 artesanos egipcios y 1.000 cántaros de vino, los cuales serían los únicos que dejarían algún testimonio arqueológico de la gigantesca caravana que el Patriarca envió a Jerusalén [VIII, p. 468], etc... En cuanto a la bibliografía moderna sobre la riqueza africana tras la conquista bizantina y hasta la invasión islámica, destacamos las recientes líneas dedicadas por Kaegi (*Heraclius emperor of Byzantium...*, pp. 27-31), quien describe el África de los primeros años del s. VII, como una tierra rica en trigo, aceite de oliva, vino, salazones y pescado, con ricas llanuras y costas, con un activo comercio con Galia, Italia y Oriente, y una clase alta potente; de hecho, fue la alianza con esa clase alta africana, afianzada por el matrimonio de Heraclio el Joven con Fabia, hija del senador africano Rogates, lo que daría el trono a los heráclidas. Kaegi señala que los bizantinos supieron mantener el orden y las infraestructuras, rechazar a los mauri y mantener una riqueza considerable, y subraya que fue el mantenimiento de África lo que salvó al Imperio tras la pérdida de Egipto y Siria, primero bajo los persas y luego de los árabes. Destaca además la importancia que la riqueza africana (opulenta agricultura, activo comercio y potencial fiscal), así como sus recursos en hombres de guerra, los *mauri*, tuvo para Heraclio. Concluye, que el pesimista cuadro bosquejado por C. Diehl (*L'Afrique byzantine...*) a fines del siglo XIX y seguido a pie juntillas por numerosos historiadores del XX, hoy no puede mantenerse a la luz de la arqueología y del mejor uso de las fuentes historiográficas. También Ward-Perkins (*La caída de Roma...*, pp. 180-182, 192) ha subrayado que la economía, comercio y riquezas africanas se mantuvieron a buen nivel hasta bien entrado el s. VII. Sobre el comercio del África bizantina con la Galia y el Mediterráneo occidental: MORRISON, C., “Les Monnaies byzantines”, *Archaeonautica*, 3 (París, 1981), pp. 35-52; la fortaleza de la clase noble africana, su riqueza y sus tendencias autonomistas en: DURLIAT, J., “Les grands propriétaires africains et l'état byzantin 533-709”, *Cahiers de Tunisie*, 29 (Túnez, 1981), pp. 517-531; *IDEM*, *Les dédicaces d'ouvrages...*, *op. cit.*, p. 113; GUILLOU, A., *Régionalisme et indépendance dans l'empire byzantin au VII siècle: L'exemple de l'exarchat et de la Pentapole d'Italie*. Spoleto, 1969, pp. 231-254. Sobre el devenir económico de Cartago hasta la conquista islámica: FULFORD, M.G., “Carthage, Overseas Trade and the Political Economy, c AD 400-700”, *Reading Medieval Studies*, 6 (1980), pp. 68-79; HUMPHREY, J., (ed.), *Excavations at Carthage conducted by the University of Michigan*, Arbor, 1982, VII, pp. 29-62. Incluso una autora tan belicosa ante la *recuperatio imperii* de Justiniano como Cameron, ha tenido que reconocer que el África bizantina siguió siendo una rica provincia hasta la conquista árabe, que el gran eje comercial Cartago-Constantinopla no dio signos de decadencia hasta el s. VII y que de la arqueología y el mejor estudio de las fuentes griegas en relación con los testimonios islámicos no se puede apreciar una crisis demográfica y económica decisiva hasta la conquista árabe (CAMERON, A., *El mundo mediterráneo...*, pp. 114-130). En un esfuerzo por negativizar la reconquista africana de Justiniano, Cameron ha concebido una curiosa teoría que considera que más que una reconquista y renovación de la Romanía en Occidente, la *recuperatio* de África fue una especie de colonialismo griego que agostó la fuerza de la latinidad africana. Ya discutiremos, a su tiempo, esta tesis que Cameron plasmó, entre otros muchos trabajos suyos en: “The Byzantine reconquest of North Africa”. *Graeco-Arabica*, 5 (1993), pp. 153-164, y en *El mundo mediterráneo...*, *op. cit.*, pp. 130 y ss.

Este paisaje opulento se reafirma además, por los relatos de los autores musulmanes que ofrecen un cuadro de riqueza agrícola y comercial apabullante para los años 643-698. Tanto al-Hakam como al-Baladhuri (los más próximos a los hechos y los más serios de entre los historiadores islámicos en su narración de la conquista del norte de África por los árabes), nos hablan de campos feraces, extensos y bien cultivados; populosas ciudades, abundancia de oro y plata, y permanencia de un rico comercio con el exterior, tanto de exportación (aceite, miel, vino, salazones, frutas y legumbres secas y cereales), como de importación de sedas y artículos de lujo. Así, sabemos por al-Baladhuri que África fue la provincia bizantina, después de Egipto, que más pagó a los árabes en concepto de tributos, 2.500.000 monedas de oro en 647. Nos informa también que Trípoli era un puerto rico que importaba y exportaba sedas y brocados orientales, noticia confirmada por al-Hakam, quien señala además que la riqueza de los africanos se basaba en la exportación de aceite, como lo había hecho desde el siglo III⁴⁴³. Habrá pues que concluir que esas 1.500.000 hectáreas enclavadas en lo mejor de las tierras agrícolas de la Proconsularis y la Bizacena estaban a la altura de las mejores tierras de labor del Imperio y que, por tanto, debían de proporcionar unas ricas rentas a Justiniano. ¿Puede realizarse un cálculo aproximado de las mismas? Sí, ya que al tener datos que nos ilustran sobre la cantidad de impuestos que pagaban en el siglo VI las propiedades agrícolas dedicadas al cultivo del olivo y del trigo⁴⁴⁴, los productos estrella de los predios africanos, podemos hacernos una idea bastante certera del potencial de renta que los latifundios recuperados por Belisario para el patrimonio privado del emperador podía llegar a aportar al *sacellum*.

Por norma general, una propiedad agrícola de 48 modios de extensión y de segunda clase (es decir con tierras destinadas al cultivo del olivo y los cereales), debía de tributar un sólido de oro al erario público. El modio, como medida de tierra,

⁴⁴³ Al-Baladhuri [I, p. 357] refiere que los árabes en 647, además de un cuantioso botín y de numeroso ganado vacuno, cobraron por intermediación de los nobles africanos que deseaban librarse de sus depredaciones, 2.500.000 monedas de oro; mientras que en otra versión recogida por el mismo historiador se dice que dicho tributo fue de 300 quintales de oro, y también [I, p. 355] que los árabes se hicieron en Trípoli con muchas cargas de brocado de seda. Al-Hakam [p. 19] narra que Trípoli era una fuerte ciudad y que sus habitantes poseían muchos barcos en los cuales huyeron cuando los árabes penetraron en la ciudad; el propio al-Hakam [p. 23] refiere el siguiente relato que demuestra la clara conciencia que tanto árabes como africanos tenían sobre la procedencia de la riqueza africana: *Estaban amontonando ante él piezas de plata acuñada y preguntó a los Afariqa (africanos): <¿De dónde os viene esto?>. Uno de ellos se puso a escudriñar como quien busca algo, hasta que encontró una aceituna, con la cual se presentó a Abd Allah y dijo: <De esto procede nuestro dinero>. <¿Cómo? Los Rum no tienen olivos; venían a comprarnos el aceite y nosotros percibíamos de ellos este dinero>.* Otros relatos sobre la riqueza de África pueden leerse en al-Hakam: pp. 20-23.

⁴⁴⁴ Sobre las tasas fiscales impuestas a los distintos tipos de tierra: BAYNES, N.H., *El Imperio Bizantino*, México, 1981, pp. 81-92; sobre la tierra como factor de riqueza para el Imperio y los distintos factores de su explotación: OIKONOMIDES, N., “The Role of the Byzantine State in the Economy”, *The Economic History of Byzantium...*, op. cit. pp. 995-996; LEFORT, J., “The Rural Economy, Seventh-Twelfth Centuries”, *The Economic History of Byzantium...*, op. cit., pp. 231-310; LAIOU, A.E., “The Agrarian Economy, Thirteenth-Fifteenth Centuries”, *The Economic History of Byzantium...*, op. cit. pp. 312-375;

equivalía a unos 960 m², por lo que hace falta poco más de diez modios de tierra para obtener una de nuestras actuales hectáreas. Ya tenemos los datos básicos para proceder a nuestro cálculo estimativo. Nótese que consideraremos que la totalidad de las tierras que integraban la *domus* imperial en África en 534 eran de segunda clase, cuando la realidad es que había también tierras de primera clase, regadío, y en menor medida de tercera clase, pastoreo; pero dado que prevalecían las de segunda clase y que se trata de alcanzar un promedio, bastará con nuestro proceder para lograr el resultado esperado. De esta manera, si 48 modios de tierra de segunda clase, equivalentes a unas 4.608 hectáreas, tributaban un sólido de oro al fisco imperial, las 1.500.000 hectáreas que debieron de pasar de la *domus* regia del rey vándalo a la *domus* de Justiniano harían un total de 15.625.000 modios. Así que, dado que 48 modios de tierra de segunda clase debían de tributar un sólido al erario público, los 15.625.000 modios que integraban las tierras que pasaron a la propiedad privada de Justiniano, debían de producir a su tesoro privado, como mínimo, 400.000 sólidos. Y es que 48 modios de tierra de segunda clase tributaban un sólido anual, pero producían de promedio 150 modios de harina, cantidad que, a los precios de mediados del siglo VI, reportaban al propietario unos 12 sólidos. De esos 12 sólidos, una vez cubiertos gastos habituales tales como el pago de impuestos (en este caso era un sólido), los de la reposición o renovación de herramientas, o los de la siembra (se necesitaban 30 kg de grano como simiente para sembrar 48 modios de tierra, lo que venía a suponer un coste de un sólido y 13 seliquas de plata), debían dejar a su dueño una renta aproximada de nueve sólidos.

Así que las tierras de la *domus* debían de producir unas ocho veces más de lo que aportarían en concepto de impuestos si fueran tierras privadas. Pero, dado que había que destinar una buena parte de esos recursos a sufragar los gastos de simientes, reposición de aperos, y animales de tiro y transporte, pago de jornales, manutención de los colonos adscritos a las fincas, transporte de los productos hasta los mercados, pago de funcionarios encargados de la gestión de las fincas, etc, seamos pues extremadamente prudentes y supongamos que Justiniano sólo vería llegar a su bolsa un sólido de oro y 3 miliaresios de plata por cada nueve sólidos producidos en sus fincas africanas⁴⁴⁵. Por lo tanto, todos los años, desde 535 a 565, recibiría de sus fincas africanas, como mínimo y en el peor de los casos, 400.000 sólidos. Esto significa que Justiniano ingresó en su bolsa privada, que –como ya vimos– financiaba una parte considerable de los gastos

TOUBERT, P., “Byzantium and the Mediterranean Agrarian Civilization”, *The Economic History of Byzantium...*, *op. cit.*, pp. 378-391.

⁴⁴⁵ El cálculo correcto sería de 406.901 sólidos anuales, obtenidos asignando un beneficio último para la bolsa del emperador de 1 sólido y 3 miliaresios por cada 48 modios de tierra. Es un cálculo muy prudente, pues no sólo asigna 7 sólidos y 9 miliaresios de reinversión por cada 48 modios sino que considera la totalidad de las propiedades como tierra cerealística; no era así, el olivar, los frutales y las huertas ocupaban grandes extensiones de estos latifundios y producían dos, tres y hasta cuatro veces más que el cultivo del cereal.

militares de su Imperio, no menos de 12.000.000 de sólidos. ¿Quién dijo que la reconquista del Occidente fue un mal negocio para Justiniano y su Imperio?

Para que nos hagamos una idea de lo que eso representaba en gasto militar, consideremos que, según Treadgold, las dos campañas necesarias para arrebatar África a los vándalos costaron 1.100.000 sólidos al erario imperial⁴⁴⁶, casi doce veces menos de lo que le rentaron al emperador sus propiedades privadas en África. Dado que el 1.500.000 hectáreas de la *domus* divina representaban sólo un tercio de las tierras útiles para el cultivo de la Proconsularis y la Bizacena⁴⁴⁷, hay que deducir que sólo estas dos provincias –las más ricas con mucho– generarían, como poco y teniendo sólo en cuenta los impuestos sobre la tierra y las rentas imperiales, 1.000.000 de sólidos⁴⁴⁸. Además, gracias a una Novela imperial de Valentiniano III, conocemos lo que la Numidia occidental (la parte menos rica de esta provincia) y la Sitifense, en una época tan sujeta a guerras y devastaciones como los años de la primera mitad del siglo V, tributaban al erario público hacia el 450, 106.200 sólidos⁴⁴⁹. Ni la Numidia occidental, ni la Mauritania Sitifense, podían estar peor en 534 de lo que lo habían estado en 450; así que habrá que concluir que, como mínimo, su potencial tributario sería el mismo en 534 de lo que había sido en 450.

De esta manera, África, teniendo en cuenta los anteriores datos, aportaría al Imperio una cifra (aun sin tener en cuenta los ingresos de la Tripolitania, la Tingitana y la Sardinia) de no menos de 1.100.000 sólidos anualmente desde 535. Y todo esto considerando sólo la riqueza aportada por la producción agrícola y sin tener en cuenta los ingresos que comercio, y actividades fabriles y artesanales debieron de producir. Por lo tanto, un cálculo muy prudente que tuviera en cuenta todas las provincias sujetas a la prefectura africana y todas las posibles fuentes tributarias, no bajaría, en ningún caso, de 1.400.000 sólidos anuales⁴⁵⁰.

⁴⁴⁶ TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, p. 191.

⁴⁴⁷ Jones calculó que estas extensiones representaban el 18'5% de la extensión de la Proconsular y el 15% de la Bizacena. Pero, dado que ambas provincias contaban con extensiones considerables de estepa, arenales, montañas y salinas, las propiedades de la *Domus imperial* representaban un 33% del total de la tierra agrícola del territorio abarcado por estas dos provincias. Es decir, unos 15.000 kms² sobre un total de 45.000 kms de tierras fértiles enclavadas en un territorio total de 135.000 kms². *Vid.* JONES, A. M., *The Later Roman Empire...*, *op. cit.*, pp. 415-416 y 425-427; FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, pp. 100-101.

⁴⁴⁸ Nótese que los 31.250.000 modios de tierra cultivable que restaban en ambas provincias africanas, tras deducir los 15.625.000 modios de las propiedades imperiales, tributarían de promedio a razón de un sólido por cada 48 modios, lo que daría un total de impuestos sobre la tierra de 651.000 sólidos. Esta cantidad sumada a los 406.000 sólidos rentados por los 15.625.000 modios de tierra de la *domus imperial*, a razón de 1 sólido y 3 miliaresios por cada 48 modios, daría una cantidad de 1.057.000 sólidos como cifra total extraída de la región en razón de impuestos sobre la tierra y rentas imperiales.

⁴⁴⁹ HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, p. 380, quien a su vez se basa en la Novella XIII de Valentiniano III, con fecha de 455.

⁴⁵⁰ Tripolitania y la Numidia oriental eran más ricas que la Sitifense y la Numidia occidental pero, aún atribuyéndoles la misma capacidad fiscal que a sus hermanas africanas, rentarían no menos de 100.000 sólidos. Tampoco Cerdeña y Córcega eran pobres: Cerdeña producía trigo en cantidad suficiente como para exportarlo a Italia en competencia reñida con los trigos sicilianos y africanos, poseía minas de plata y

Bastaron pues dos años para cubrir ampliamente los gastos de los dos años de campaña africana de Belisario. Pero se dirá, ¿y los mauri? ¿Y la interminable guerra que, según Procopio, arruinaría al África?

Bien, el Imperio peleó en África entre 535 y 548 contra tribus mauri y rebeldes, pero nunca movilizó allí a más de 15.000 hombres por año y eso (siguiendo a Treadgold y en el peor de los casos) no significaba más de 500.000 sólidos por año de coste extra por campaña. Eso nos da un total de 8.000.000 de sólidos gastados en África entre 533 y 548 en concepto de conquista y defensa frente a los mauri. No es mucho frente a los no menos de 42.000.000 de sólidos que las nuevas provincias, en conjunto, durante los años 535-565, debieron de aportar con sus impuestos y rentas al Imperio, y a la bolsa privada del emperador⁴⁵¹.

¿Y la peste? La terrible epidemia que disminuyó en un cuarto a la población ¿no reduciría significativamente los ingresos? Por supuesto. Lo haría en un cuarto del total desde 542 a 552, años durante los cuales golpeó el África y se hicieron notar con fuerza sus efectos⁴⁵². Así que, entre 542 y 552, procederemos a restar un cuarto de los ingresos que hemos calculado que el África producía anualmente y obtendremos una

plomo, y excelente madera para la construcción naval. Su riqueza se mantuvo a buen nivel durante todo el siglo VI y todavía, a fines del siglo VII y VIII, los relatos árabes la señalan como una tierra rica y próspera. Así al-Hakam señala [pp. 47-48] que en una expedición lanzada contra ella a fines del siglo VII o inicios del VIII, los musulmanes se hicieron con tal cantidad de oro y plata que superaba todo lo imaginable hasta entonces y que su codicia fue tanta ante tal riqueza que atrajo el castigo divino. De lo que hay que deducir que Cerdeña, Córcega, *Septem* y las Baleares no dejarían menos de 80.000 sólidos en manos de Justiniano y sus sucesores. Si a lo anterior sumamos una cifra mínima procedente de los impuestos sobre el rico y activo comercio africano, sobre sus artesanías, minas, salinas y demás imposiciones fiscales habituales, no cabe pensar en una cifra inferior a 1.400.000 sólidos anuales, máxime cuando los árabes extrajeron, sólo en el año 647, 2.500.000 sólidos.

⁴⁵¹ Es decir, treinta años a razón de 1.400.000 sólidos anuales.

⁴⁵² Desde los años setenta del pasado siglo, la mayoría de los estudiosos tienden a aceptar que los efectos de la gran epidemia del 542 no fueron tan devastadores como afirmaran Procopio y Evagrio. Hoy se fija el porcentaje de pérdida de población en el 25% como máximo. El porcentaje sería mucho mayor en las ciudades, pero bajaría enormemente en las aldeas y tendría escasa incidencia en los caseríos aislados y en las granjas, lo que es especialmente destacable en un mundo tan agrario como el del siglo VI. Se explicaría así que los países más agrarios como Egipto, encajaran mucho mejor la peste que las zonas más urbanizadas, y también cuestiones como la poca incidencia arqueológica que la peste dejó en las aldeas excavadas en el norte de Siria, en las cuales no se observa una disminución de la población hasta la segunda mitad del siglo VII, más de cien años después del paso inicial de la peste. Se aclararían también otras noticias como las que proporciona Coripo cuando dice que los africanos abandonaban las ciudades para escapar a la peste: *Ya abandonaban los ciudadanos libios las ciudades, que se vaciaban quedando deshabitadas* [*La Juanide*: lib. III,360-365]; que los moros, nómadas o habitantes de aldeas en las montañas, apenas si sufrían la peste: *la peste, aliada de la guerra, no perjudicó a las rudas tribus* [*La Juanide*: lib. III, 385-395]. Sobre la peste de 542 y su repercusión demográfica: MCEVEDY, C. y JONES, R.: *Atlas of world population history...*, *op. cit.*, pp. 24-25; y sobre todo: BIRABEN, J.N., *Les Hommes et la peste en France et dans le pays européens et méditerranéens*. París, 1975, pp. 22-48; también HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, p. 160; CAMERON, A., *La antigüedad...*, *op. cit.*, p. 125, quien reconoce a regañadientes que los testimonios arqueológicos no sancionan la versión tremendista que de la peste dan Procopio y Evagrio, y concluye que la peste del 542 tendría un impacto similar a la del siglo XIV que redujo en un 25% la población europea y mediterránea. Procopio afirmaba en su obra [*Historia Secreta*: 18.44; *Guerra persa*: II, 22-23] que la mitad de la población del Imperio murió en la gran epidemia de 542; Evagrio [IV,29] aludía a los cuatro rebrotes de la segunda mitad del siglo VI.

realidad que estará muy próxima, sin duda, a la que contemplaron Justiniano y sus contemporáneos.

El impacto de la peste en África debió de retraer del erario público y de la bolsa imperial unos 3.500.000 sólidos aproximadamente. Seamos algo catastrofistas y supongamos que los daños fueron mayores de lo que revela nuestro cálculo. Consideremos pues, que el Imperio perdió 4.500.000 sólidos por los efectos de la peste en la diócesis africana, lo que dejaría reducido el montante de 42.000.000 de sólidos que África reportó al Imperio en concepto de impuestos y rentas del dominio imperial, a 37.500.000 sólidos. Esta riqueza, tras cubrir los gastos de la conquista y sostenimiento de África frente a los moros –gasto que hemos evaluado en 8.000.000 de sólidos– dejaría un beneficio neto de no menos de 29.500.000 sólidos, y eso que hemos sido especialmente prudentes a la hora de estimar los ingresos y especialmente generosos a la hora de calcular los gastos. ¿Dónde queda ahora la tradicional tesis, siguiendo a un Procopio que afirmaba que la *recuperatio* de África fue ruinoso para el Imperio? En muy mal lugar. Pero vayamos más allá y preguntémosnos: ¿y el coste habitual de pagar al ejército de ocupación y de edificar fortalezas que protegieran las nuevas fronteras y provincias? ¿Acaso no consumirían dichos gastos los 29.500.000 sólidos que restaron de los beneficios de la recuperada África al erario durante el dominio de Justiniano?

De ningún modo. El ejército de campaña que peleaba en África contra los mauri estaba integrado por 15.000 hombres y los soldados de frontera sumaban otros 15.000, incluyendo en esta última cifra a los soldados destacados en el ducado de Sardinia. En total había 30.000 soldados en la prefectura africana, lo que, anualmente y a razón de 20 sólidos por cada soldado del ejército de campaña y otros 5 sólidos por cada uno de los soldados de frontera, da un total de 471.428 sólidos anuales, sumado ya a todo lo anterior los incrementos producidos en el total por el mayor sueldo de los oficiales y jefes. Es decir, y para los años que median entre el final de las guerras contra vándalos y mauri en 548, y el de la muerte de Justiniano en 565, supondría un total de 8.014.276 sólidos. Eso es lo que costó a Justiniano el mantenimiento de las tropas africanas, lo que quiere decir que, tras pagar las campañas contra vándalos y mauri, tras encajar el golpe de la peste y pagar al ejército que guarnecía las nuevas provincias, Justiniano pudo aún ingresar en el tesoro imperial unos 21.500.000 sólidos.

Afrontemos ahora el último de los “peros” de los defensores de la tesis de que la *recuperatio* de África fue un error surgido de una desmedida ambición imperial, error que exprimió los recursos del Imperio y lo dejó exhausto y a punto para la posterior debacle. Hemos comprobado que las riquezas de África eran cuantiosas y que ni los costes de la expedición de conquista, ni los producidos por la larga guerra contra los mauri, ni el desgaste económico causado por la peste, o por el sostenimiento de un poderoso aparato militar agotaron esos ricos recursos, sino que, tras ser encajados, dejaron un amplio superávit en el haber del Estado.

Consideraremos ahora el coste que para Justiniano pudo tener la restauración del limes africano, con sus grandes defensas y sus docenas de ciudades amuralladas. ¿No acabarían esos gastos con el haber positivo de la anexión del África romana? No, de ningún modo y por diversas razones. La primera de ellas es que, en buena medida y como nos dicen las propias fuentes, gran parte de las obras pudieron costearse sin hacer desembolso alguno por parte del tesoro imperial, bien porque –como sabemos por Procopio– una parte considerable de las obras de amurallamiento de las ciudades africanas se costeó con el botín cogido a los enemigos⁴⁵³; bien porque no pocas de esas obras de defensa, tal y como ponen de manifiesto las inscripciones de la época, fueron pagadas por particulares que pretendían ganarse la aprobación de sus vecinos, proteger mejor sus propiedades, o agradar a las nuevas autoridades⁴⁵⁴. Así que sólo una parte de las construcciones y obras de defensa del África bizantina fueron realizadas mediante el desembolso de oro procedente o con destino al tesoro central. Además, dado que, por una parte, conocemos el número, carácter y dimensión de las obras defensivas levantadas en África en tiempos de Justiniano y que, por otra, sabemos los gastos de grandes construcciones realizadas por Justiniano y los sueldos que cobraban un albañil o un carpintero de la época, podemos hacernos una idea bastante aproximada de lo que debieron de representar dichas obras de defensa para el erario imperial.

Por ejemplo, la construcción de San Vital de Rávena, la monumental iglesia de fascinantes mosaicos que constituye la obra arquitectónica más sorprendente del periodo en Occidente, una obra que empleó a docenas de obreros y que usó los materiales más

⁴⁵³ Procopio, en un texto en el que no se repara [*Guerra Vándala*, III, 20,28-30], dice: *los soldados, envaletonados ahora y sosteniéndose los unos a los otros, subieron a la torre y sacaron de allí tanto a las mujeres como el dinero, del cual había una cantidad extraordinaria. Gracias a este dinero Salomón rodeó de murallas a muchas de las ciudades de Libia*. Nótese que Procopio se ve obligado a decir “muchas ciudades”; tuvieron que ser, en verdad, muy numerosas esas ciudades para que se viera obligado a expresarse así. Tampoco fue parco el botín tomado a los vándalos, producto de 90 años de saqueos por todo el Imperio, desde Galia e Hispania (entre 407 y 429), pasando por África, Sicilia, Cerdeña, Córcega, e Italia (entre 429 y 480), y continuando por las islas jónicas, la Dalmacia meridional, el Peloponeso y las islas egeas (entre 456 y el 497); todo ello aumentado por el señorío del territorio más rico del Mediterráneo occidental durante más de 100 años. No obstante, ningún historiador repara en esto, es decir: que la guerra antigua no sólo provocaba gastos, sino que también dejaba beneficios.

⁴⁵⁴ Así lo ponen de manifiesto varias inscripciones posteriores al 534 que celebran la edificación de fortificaciones y murallas por grandes propietarios y destacados personajes provinciales. *Vid.* en DURLIAT, J., *Les dédicaces d'ouvrages...*, *op. cit.*, pp. 80-82, 103, la inscripción de la noble Masticana, quien edificó a su costa fortificaciones en su dominio para la defensa del territorio de su ciudad y agradar así a su obispo que, a la sazón y junto con otros tres notables, formaba un comité ciudadano encargado de la ejecución de obras públicas en su distrito; y en p. 52, una inscripción fechada entre 582 y 602, en la que tres hermanos, a la sazón grandes propietarios, edifican una torre defensiva a su coste. Este gusto por el patronazgo y la realización de obras públicas a favor de la comunidad por parte de los grandes del país no era nuevo en África; bien al contrario, la clase dominante africana era tan rica que sus miembros no dejaron de sufragar obras públicas de todo género cuando ya en el resto del Imperio los notables hacía siglos que habían dejado de hacerlo. Peter Heather resalta este hecho y señala que estas obras públicas continuaron a lo largo de los siglos III, IV y V. En este contexto, el comportamiento de los notables africanos del siglo VI no nos resultará ya extraño: HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 355-357.

caros y escogidos, costó 26.000 sólidos⁴⁵⁵, mientras que Santa Sofía, la edificación más costosa del reinado de Justiniano y el edificio europeo más espectacular y fastuoso hasta la elevación en el siglo XVI de la basílica de San Pedro, representó un gasto total para Justiniano de entre 1.518.000 y 2.024.776 sólidos; es decir, casi 78 veces más de lo que costara San Vital de Rávena⁴⁵⁶. Y es que, como ya vimos, el sueldo de un albañil no pasaba en época de Justiniano de los 12 sólidos anuales y el de un maestro de carpintería de 16, mientras que un simple peón no iba mucho más allá de los 3 o 4 sólidos anuales. Además, buena parte de la mano de obra provenía de los soldados asentados en los *castella* y en las ciudades que iban a guarnecer, y los honorarios de esos soldados –cuyo sueldo ya ha sido calculado por nosotros– no implicaban un sobre coste para dichas obras de defensa. Teniendo esto en cuenta, y el número y dimensión de las obras realizadas en África por el erario público para su defensa⁴⁵⁷, se puede estimar que el total no debió de sobrepasar, en el peor de los casos, los 6.000.000 de sólidos de oro, lo que dejaría aún un beneficio para las arcas de Justiniano y su Imperio de unos 16.000.000 de sólidos.

Tampoco la instauración del complejo aparato administrativo puesto en marcha por Justiniano en 534 y que conocemos en detalle –incluido su coste– por las disposiciones que al respecto recoge el Código de Justiniano, consumió los ricos recursos africanos. De los 770 funcionarios⁴⁵⁸ que formaban el complejo aparato

⁴⁵⁵ Ward-Perkins certifica esta cifra ofrecida por las fuentes de la época y para poner de relieve lo que significaba para el Imperio Romano de Oriente el tributo de 2.100 libras de oro anuales (151.200 sólidos) que debía de pagar a Atila, dice que representaba un coste similar al de edificar casi seis iglesias de San Vital de Rávena por año (es decir 151.200: 6 = 25.200 sólidos). Recuérdese que gracias al interés del argentario que pagó las obras de San Vital de Rávena sabemos que costó 26.000 sólidos: WARD-PERKINS, B., *La caída de Roma...*, op. cit., p. 96. Más explícitas para conocer en detalle todo lo relativo a la construcción de San Vital de Rávena, su dimensión artística, materiales, financiación, coste, etc. son: MÂLE, E.; “El siglo VI: el arte en la época de Justiniano”, en *Historia General del Arte*. Barcelona, 1959, t. 1, pp. 279-284; MANGO, C., *Arquitectura Bizantina*. Madrid, 1989, p. 76; PIJOAN, J., *Summa Artis, Historia General del Arte volumen VII: Arte cristiano primitivo, arte bizantino: hasta el saqueo de Constantinopla por los cruzados el año 1204*, Madrid, 1974.

⁴⁵⁶ P. HEATHER (*La caída del imperio romano...*, op. cit., p. 506) estima que la construcción de Santa Sofía supuso para Justiniano y su tesoro un desembolso de entre 6.803 y 9.071 kg de oro (entre 1.518.000 y 2.024.776 sólidos); es decir, ciñéndonos al cálculo más elevado, 77, 8 veces más de lo que costó San Vital de Rávena.

⁴⁵⁷ Procopio enumera y describe parte de estas obras en su *De aedificiis*; la arqueología y las inscripciones nos completa el número, tipo y dimensión de las construcciones defensivas emprendidas por los bizantinos en este periodo. El limes africano y el amurallamiento de docenas de ciudades en escasos años fue un hecho notable y aseguró el dominio de la región por un periodo de más de 150 años. La mejor obra para conocer el sistema defensivo bizantino en África es todavía hoy: PRINGUE, D., *The defense of Byzantine Africa from Justinian to the Arab Conquest*. Oxford, 1981 (2 vols.).

⁴⁵⁸ Cameron (*El mundo mediterráneo*, pp. 130-131) da la cifra errónea de 750 funcionarios adscritos a la prefectura de África; estima que todos eran griegos u orientales y que suponían la punta de lanza de la colonización-helenización del África latina por Justiniano y su imperio. Se trata de una curiosa tesis que abordaremos a su debido tiempo y que ha tenido gran éxito, y eso que afirmar que los 750 funcionarios de la prefectura (número erróneo calculado por Cameron) eran en su totalidad griegos u orientales es poco sensato, siquiera porque ni conocemos el nombre, ni la procedencia de la inmensa mayoría de ellos, o porque, como se verá, numerosos africanos participaron de la administración del Imperio y de su gobierno, no sólo en África, sino también en Oriente y aún en los más altos puestos del palacio imperial. Veamos un ejemplo: a la muerte de Justiniano (565), un africano, Calinico, era jefe del cubículo imperial

administrativo civil puesto bajo la autoridad del *praefecto praetorio africae*, los aproximadamente 300 funcionarios militares que componían el *officium del magister militum* de África y los 250 funcionarios militares que componían el aparato administrativo de los cinco duques africanos y del duque de Sardinia, no costaban al erario imperial más de 50.000 sólidos en total, distribuidos en sueldos que iban desde los 7.200 sólidos que percibía el *praefecto*, hasta los 7 que cobraba un simple *scrinium primum*, el funcionario de menor nivel de las 4 *scrinia* o departamentos que formaban la secretaría de finanzas de la prefectura africana⁴⁵⁹. Así que, a lo largo de los treinta años que van de fines del 534 a 565, la administración de la prefectura africana supondría un gasto aproximado de 1.500.000 sólidos para el erario imperial. Por lo tanto, África, tras costear el total de su reconquista por las tropas de Belisario, guerrear contra los mauri, sostener a los soldados que la defendían, afrontar los gastos de la reconstrucción de un *limes* defensivo y fortificar sus numerosas ciudades; tras aportar el numerario suficiente para pagar a los funcionarios civiles y militares que la administraban, y encajar el golpe de la gran peste del 542, vertió en la bolsa de Justiniano y su imperio no menos de 14.500.000 sólidos.

Conclusión: la recuperación de África por Justiniano no sólo fue un acierto político y geoestratégico que liberó el Mediterráneo de la única potencia marítima capaz de amenazar la seguridad de la Romania y que revitalizó el ideal universal del Imperio, sino también un acierto económico que sumó al imperio de Justiniano unos cinco millones de habitantes y unas ricas tierras que no sólo costearon los gastos de su

y a la sazón el personaje más influyente del Imperio, ya que fue él quien decidió, en última instancia, quién sucedería a Justiniano. *Vid.* Coripo, *Juanide*: lib. I 70-100; FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, p. 713. Otra afirmación de Cameron, en el mismo sentido, es la siguiente: “La legislación de Justiniano estableció una administración civil formada por 750 personas (oriundas todas ellas de Oriente)”. Sin embargo, el estudio de González Fernández –sin duda el mejor sobre la administración de Justiniano en África- dice que el número total de funcionarios destinados al servicio de la prefectura africana que aparecen explicitados en las disposiciones justinianas de 534 es de 762, a los que habría que sumar un número indeterminado de cargos de la administración civil de los que conocemos su existencia, pero no su número, y que elevaría la cifra total de funcionarios civiles en África a un mínimo de 772. Sus datos y conclusiones están en la línea de los otros dos magníficos estudios sobre Justiniano y su administración africana: GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R., *Las estructuras ideológicas...*, pp. 169-180, en especial pp. 173-179; BONINI, R., *Caduta e reconquista dell'impero romano d'Occidente nelle fonti legislative giustinianee, Studi sull'età giustiniana*. Rimini, 1987, pp. 9-33; PULIATTI, S., *Ricerche sulla legislazione «regionale» di Giustiniano. Lo statuto civile e l'ordinamento militare della prefettura africana*, Milán, 1980.

⁴⁵⁹ Cameron (*El mundo mediterráneo...*, p. 130) calculaba que el conjunto de sueldos de los funcionarios de la prefectura africana sumaba una cifra ligeramente superior a 17.500 sólidos. Subestima la suma de lo que se pagaba a los funcionarios de esta prefectura, primero porque –como dijimos en la nota anterior– equivoca la cifra de funcionarios adscritos a las oficinas de la prefectura, y segundo porque no suma adecuadamente las cifras de sueldos ofrecida por la fuente. Nosotros hemos establecido una cifra en la que reunimos el total destinado en calidad de sueldos a todos los integrantes de las distintas administraciones, civiles y militares, de la prefectura africana, y le añadimos una cantidad adicional en concepto de otros gastos administrativos tales como uso de papiros, tinta, archivos, etc. Es pues una cifra holgada a la que hemos llegado tomando como base el trabajo de González Fernández que establece el número total de funcionarios de las administraciones civiles y militares de la prefectura africana, junto a

reconquista de manos del poder vándalo y su defensa frente a los mauri, sino que además aportaron un excedente notable que permitió a Justiniano afrontar, en mejor posición económica, la conquista de Italia, y la mejor defensa de los Balcanes y la frontera persa. De hecho, es muy probable que sólo la unión de los dos grandes “motores económicos del Mediterráneo romano”, África y Egipto, permitiera al Imperio hacer frente con éxito al doble desafío mortal que persas y ávaros constituyeron para la Romania durante los difíciles años que van del 567-602.

Aún más, si Justiniano no hubiese conquistado el África, que con sus ricas rentas para el tesoro privado del emperador y sus constantes ingresos para las arcas públicas ocupaba un puesto destacadísimo como fuente de ingresos para el Imperio, Heraclio y la propia Romania no hubieran sobrevivido a la gran embestida persa del 611-628, ni al primer embate de la expansión islámica del 633-656. Fue el “colchón económico africano” lo que permitió a Heraclio encajar el golpe de perder los recursos de Egipto y Siria, y lo que –como se demostrará– permitiría a su nieto, Constante II, el margen económico suficiente como para pasar del viejo sistema de sostenimiento del ejército al nuevo sistema de los *themas* en 656-661.

Así que, paradójicamente, Justiniano al conquistar África en 534 salvó a la Romania y a su civilización durante los procelosos días de la primera mitad del siglo VII, cuando el caudal de las riquezas africanas arrojaba anualmente en la bolsa privada del emperador y en la del erario público un excedente (tras pagar al ejército defensor y a la administración que la regía, y atender al resto de los gastos provinciales) que no era inferior a 800.000 sólidos anuales. Dicha suma era suficiente, por ejemplo, para sostener a 40.000 soldados del ejército de campaña, curiosamente el mismo número de soldados que integraban el ejército de campaña que peleó junto a Heraclio en sus grandes ofensivas de 622-628. Un formidable ejército de campaña que sin las remesas de fondos africanos, no podía haberse sostenido en el campo de batalla ininterrumpidamente y en constante renovación, durante los siete años críticos en que Heraclio dio la vuelta a la gran guerra romano-persa; además, lograrlo sin contar con los recursos egipcios, sirio-palestinos, italianos o balcánicos, todos ellos en manos de persas, ávaros, lombardos y eslavos. Estos 800.000 sólidos era una cantidad que anualmente y sin grandes trabas entre 565 y 645, y nuevamente y sin excesivas mermas o dificultades entre 648 y 668, permitieron al Imperio disponer de una fuente de recursos segura y alejada del conflictivo escenario oriental.

Es indudable que se nos dirá, que a la vista de los datos y cifras ofrecidos en la exposición anterior, África fue un acierto político, geoestratégico y económico. Pero

los sueldos de todos y cada uno de los distintos funcionarios: GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R, *Las estructuras ideológicas...*, *op. cit.*, pp. 173-179.

¿qué sucedió con Italia? ¿No arruinó la reconquista de Italia al Imperio de Justiniano? Veámoslo.

Entre 535 y 554 combatieron en Italia de promedio anual 20.000 hombres. Por ejemplo, en la primera campaña Belisario sólo contó con 10.000 soldados, mientras que en el año 552, en tres frentes diferentes (Sicilia, Sardinia e Italia peninsular) y en el momento álgido de la guerra, Justiniano movilizó a no menos de 35.000 hombres⁴⁶⁰. Si se estudia campaña por campaña, dado que conocemos el sueldo de los *comitatenses* y que, corrigiendo adecuadamente los métodos de Treadgold, pueden evaluarse los sobrecostes extras que supusieron las distintas campañas, podemos proceder a una estimación que nos arrojaría las siguientes cifras: entre 535 y 540, la primera fase de la guerra de reconquista, Justiniano dejó en Italia un promedio anual de 1.000.000 de sólidos; es decir, esta primera fase de la guerra le costó no más de 5.000.000 de sólidos. ¿Cómo se encajó ese gasto?

En primer lugar, hay que recordar que la guerra no sólo producía gastos, sino también beneficios. El reino ostrogodo había sido un reino rico, capaz de equipar grandes flotas y armar grandes ejércitos, llevar a cabo costosas construcciones, tales como el famoso mausoleo de Teodorico, o de mantener el complejo y caro sistema administrativo del Imperio al que había sustituido en el siglo V, tras domeñar a los hérulos, rugios y tulitungos de Odoacro. Teodorico, había sido el señor de la potencia hegemónica en Occidente a lo largo de todo un cuarto de siglo y las ciudades de Italia se contaban entre las más prósperas y pobladas del arco mediterráneo. Por ejemplo, Milán pasaba de los 100.000 habitantes y Ticino se acercaba a los 50.000; Nápoles no iba a la zaga en demasía de esta última y Rávena posiblemente se situaba por encima de los 100.000. Por último, Roma seguía siendo una gran urbe hacia el 535 y pasaba de los 400.000 habitantes. Miguel el Sirio nos transmite una cuidadosa descripción de la ciudad antes de su asedio y toma por Totila en diciembre de 546. Su relato, basado en el informe de un contemporáneo que visitó Roma justo antes de diciembre del 546, cuenta en Roma 46.000 casas comunes y 1.797 nobiliarias o palacios. La ciudad disponía de 1.352 acueductos, fuentes, cisternas, canales y demás instalaciones hidráulicas; de 56 casas de baños y 254 letrinas públicas, así como 274 hornos de pan y 2.300 establecimientos destinados a guardar y repartir las entregas gratuitas y públicas de pan y aceite, amén de 291 prisiones. La ciudad contaba además, con 324 calles principales, “anchas y espaciosas” —especifica el narrador— 24 iglesias principales y 2 grandes basílicas que estaban destinadas, respectivamente, al emperador y al senado. Unos 676 *eparcas* garantizaban el buen orden de la ciudad, los cuales estaban regidos por 7

⁴⁶⁰ En 552, Juan Troglita estaba en Cerdeña con un ejército proveniente de África que sumaba 5.000 hombres; en Sicilia se apostaba otro pequeño ejército de 5.000 hombres y Narsés, avanzando desde Illiria, invadía el norte de Italia con 20.000 hombres y 6.000 aliados lombardos, reclutados y pagados para luchar contra Totila y sus godos.

funcionarios de mayor rango. Roma contaba en ese tiempo –según el mismo informe– con 37 puertas repartidas a lo largo de un perímetro amurallado de más de 20 millas que encerraba una ciudad que se extendía 12 millas desde un extremo a otro; había además en Roma 22 caballos de bronce de gran tamaño, dos estatuas colosales de héroes y 3.785 estatuas de bronce de emperadores, reyes y magistrados, así como dos grandes columnas (las de Trajano y Marco Aurelio), tres teatros y dos circos. Más aún, la ciudad se adornaba con 80 estatuas de oro y 60 de marfil, todas ellas sitas en el Capitolio⁴⁶¹.

Es la descripción de una rica ciudad y eso que Roma había pasado por un fuerte asedio previo en 536-537. La toma por Totila la volvió a golpear fuertemente en 546, pero en 554 Justiniano restauró, echando mano de su tesoro personal, sus monumentos, fortificaciones, acueductos y demás instalaciones, así como las *annonas* antaño percibidas por los romanos. Los desvelos de Justiniano debieron tener éxito, pues las recientes excavaciones en la *cripta Balbi* de Roma muestran que en la segunda mitad del siglo VI y a lo largo de todo el VII, el comercio transmediterráneo de Roma se mantuvo a una escala que hasta hace muy poco era insospechada. Roma recibía buena parte de su aceite de África y mantenía también un activo comercio con el resto del imperio. Por lo demás, Roma, junto con Marsella y el sur de Hispania, fue uno de los pocos lugares del Occidente donde se siguió acuñando moneda de cobre y usando la teja y el ladrillo como elemento habitual y cotidiano de construcción⁴⁶². Justiniano asignó sueldos a gramáticos, rétores, médicos y juristas, los cuales contribuyeron a restaurar en parte el prestigio cultural de una Roma que, todavía en los años posteriores a 613, seguía atrayendo a estudiantes provenientes del Oriente que buscaban aprender disciplinas tales como las matemáticas⁴⁶³.

⁴⁶¹ Miguel el Sirio: IX. XXIX, pp. 241-243.

⁴⁶² WARD-PERKINS, B, *La caída de Roma...*, *op. cit.*, pp. 158-160, 172-173.

⁴⁶³ La restauración del foro, acueductos, edificios públicos, etc.. en: OSENBRÜGGEN, E., *Cuerpo del derecho civil romano...*, *op. cit.*, t. VI, *Pragmática sanción*: I.25, p. 595; la restauración en Roma de las *annonas* de los romanos y de los sueldos públicos para los juristas, rétores, gramáticos, etc. así como los de los médicos, a fin de restablecer las escuelas superiores y la formación de los jóvenes [*Pragmática sanción*: I, XXII, p. 594: “de que se le suministren *annonas* a los médicos y a los otros”]; *Pragmática sanción* completa en I.I-XXVII, pp. 589- 596. Acerca de Roma como foco cultural a inicios del siglo VII tenemos el testimonio de Ananias de Shiraz: CONYBEARE, F. C., “Ananias of Shirak, Autobiography”. *Byzantinische Zeitschrift*, 6 (1897), pp. 572-4. Ananias, geógrafo, matemático, literato y teólogo armenio (600-650) relata que, sintiendo el deseo de formarse en matemáticas y no hallando a nadie en Armenia que pudiera instruirlo, viajó a Constantinopla, donde le hablaron de un tal Tychicus, quien era un afamado maestro en las ciencias matemáticas, en filosofía, historia, cronología y en otras muchas ciencias. Ananias decidió ir en su busca y viajó hasta la provincia de la IV Armenia, en donde residía y enseñaba Tychicus. Pasó con él ocho años instruyéndose no sólo en matemáticas, sino en otras muchas ciencias, aprovechando la rica biblioteca que su maestro había ido acumulando en sus viajes. En su autobiografía, Ananias recoge la vida de su maestro y cuenta que Tychicus había servido como oficial militar en tiempos de Mauricio y Heraclio, primero en Trebisonda y luego en Antioquía; que había hecho fortuna y se hallaba instalado en Antioquía a inicios del siglo VII cuando la invasión persa. En una batalla contra los persas resultó herido y tuvo que huir de Antioquía, abandonando todos sus bienes, sucediendo esto último en 611 o 613. Tychicus decidió que, tras salvar su vida, sólo los bienes del saber valían la pena y emprendió entonces una serie de viajes para formarse con los mejores maestros de su tiempo. Y así viajó

Roma era todavía, en los años que mediaron entre la muerte de Justiniano y la conquista de África por los musulmanes, un centro cultural y religioso de primer orden. Gregorio Magno, Juan Mosco, Sofronio de Jerusalén, Máximo el Confesor, por citar sólo a los más señalados representantes, residieron, estudiaron, enseñaron y polemizaron en Roma. Durante el siglo VII, era una ciudad con un extraño aspecto cosmopolita, pues en sus calles se daban cita cientos de refugiados y peregrinos de procedencia oriental y africana que llegaban a ella en busca de los lugares santos o huyendo de los embates, primero de la gran guerra romano-persa, y luego, en mayor número, de las conquistas islámicas. No sólo acudían a Roma hombres y mujeres procedentes del mundo romano, sino también viajeros de regiones situadas más allá de las fronteras de la Romanía. Así sabemos de francos, galos, anglosajones, eslavos y hasta de persas que viajaban hasta Roma o se instalaban en ella⁴⁶⁴.

Junto a lo anterior, conocemos además que Italia disponía de ricos banqueros, argentarios tan adinerados que –como vimos anteriormente– podían permitirse costear para sus ciudades edificios tan espléndidos como San Vital de Rávena, cuyo coste – 26.000 sólidos– fue sufragado por un argentario llamado Juliano. Otros banqueros y grandes comerciantes afluían a Italia –en especial, a Roma y Rávena– en busca de negocios ventajosos y lo seguirían haciendo hasta la segunda mitad del siglo VII, señal evidente de que Italia seguía siendo un destino atractivo y económicamente rentable.

Rentables eran también las ricas tierras del valle del Po, las de la Emilia, Piceno y Toscana y, sobre todo, los opulentos latifundios de la Apulia y la Calabria, cuyos potentados pudieron permitirse pagar una *superindictio* para verse libres de la *coemptio*,

a Jerusalén, Alejandría y Roma, donde estudió varios años; más tarde se estableció en Constantinopla y por último en Atenas, en donde completó su formación en matemáticas y filosofía. Al fin, siendo ya grande su ciencia y su fama, Tychicus se estableció como maestro y hacia el 630 se convirtió en el maestro de Ananías de Shiraz. ¿Qué tenemos aquí? Una magnífica visión del panorama cultural de la primera mitad del siglo VII, en donde Alejandría, Constantinopla, Atenas, Jerusalén y Roma integraban el plantel de focos culturales del mundo mediterráneo.

⁴⁶⁴ Por ejemplo, Juan Mosco escribió su obra el *Prado Espiritual* en Roma, a donde llegó huyendo de los persas y en donde residió junto a su discípulo Sofronio, el inmortal autor del poema “Anacreóntica” y años más tarde patriarca de Jerusalén. La estancia de ambos en Roma aparece narrada, entre otros pasajes, en el prólogo que Sofronio escribió a esta obra de su maestro y en el que relata la biografía de Juan Mosco y las razones que le llevaron a redactar su obra [Juan Mosco, *Prado Espiritual*: prólogo, p. 46]. Para la afluencia de refugiados de alta condición social a la Roma del siglo VII existen numerosos ejemplos, uno de ellos procedente de una fuente del siglo VII, “El milagro romano de San Anastasio el Persa” [*Vida y milagros de San Anastasio el Persa...*, op. cit., pp. 166-186]. Por este milagro sabemos de un obispo sirio que procedente de la ciudad de Constancia, en la Mesopotamia romana, y acompañado de su hija, abandonó su lugar de origen y pasó a residir en Roma. El milagro nos revela que el obispo en cuestión era muy rico y que su hija era solicitada en matrimonio por muchos jóvenes romanos de condición noble. Sobre la llegada y establecimiento en Roma de personas procedentes del exterior de la Romanía, Juan Mosco [*Prado Espiritual*: 151] cuenta que un cristiano persa, Juan el Persa, viajó hasta Roma para visitar los sepulcros de San Pedro y San Pablo en tiempos del papa Gregorio Magno. Conocemos que la Roma del s. VII fue el destino multitud de monjes, obispos, sacerdotes, diáconos, comerciantes, antiguos funcionarios y nobles de procedencia siria, egipcia, africana y griega, que huían de los embates, primero de los persas y luego de los árabes. La afluencia de orientales fue tan grande que no pocos papas del s. VII procedían del Mediterráneo oriental. Tal movimiento de personas hacia Roma, la mayoría de elevada condición social y cultural, tuvo que proporcionarle un aspecto cosmopolita.

sistema que obligaba a los propietarios que dispusieran de excedentes agrarios a venderlos al ejército a los precios establecidos en los mercados locales. Dichas compras militares de víveres fueron encargadas, por la pragmática sanción del 554, a mercaderes designados por las autoridades. Que los grandes propietarios de la Apulia y la Calabria, tras haber sufrido ese mismo año del 554 una expedición de saqueo de más de 30.000 alamanes, pudieran permitirse el lujo de pagar una *superindictio* a cambio de no vender sus cereales, aceite, salazones de cerdo, o vinos al ejército a los precios normales de la Italia del momento, es especialmente revelador si uno reflexiona sobre ello. Nos ilustra en dos campos de especial importancia para comprender la situación de la Italia del momento: en primer lugar, nos muestra que la devastación producida por la guerra antigua no era tan general y total como a veces pensamos. Apulia y Calabria se habían visto sometidas a un saqueo bárbaro, es cierto, pero se nos olvida que un ejército de la época –bárbaro o no– estaba sometido a unas restricciones de movimientos que limitaban el alcance de sus devastaciones. De ahí que, junto a zonas muy dañadas por la guerra, se encontrasen otras que no habían sufrido directamente sus embates, o que apenas si fueron alcanzadas por ellos.

Pero, junto a lo anterior, el principal dato que la pragmática sanción del 554 nos ofrece sobre los propietarios de Apulia y Calabria, es un magnífico testigo que nos permite marcar el camino de nuestra indagación histórica sobre la situación de Italia tras la consumación de la *recuperatio*. Y es que, si los grandes propietarios de Apulia y Calabria no estaban interesados en vender, mediante la *coemptio*, sus productos al ejército establecido en Italia a los precios que marcaban en los mercados de la provincia (lo que hubiese sido, sin duda, un negocio seguro y tentador para unos habitantes y campos supuestamente arruinados por la guerra y necesitados de remontar una situación económica ruinosa) era porque contaban con vender sus productos agrícolas a mejor precio que el establecido en los mercados italianos. O dicho de otro modo, que los grandes propietarios encontraban rentable en 554 pagar una *superindictio* a Justiniano a cambio de vender en mercados no itálicos sus productos a precios mucho más altos de lo que lo hubieran hecho en la prefectura italiana. Dado que los grandes propietarios tenían eso muy seguro, tanto que arriesgaban su dinero, esos mercados exteriores tan ventajosos debían de llevar algún tiempo ya funcionando y siendo muy rentables para los productos agrícolas de la Apulia⁴⁶⁵. Conclusión inevitable: Italia, o buena parte de

⁴⁶⁵ Nadie, que sepamos, ha reflexionado sobre este hecho. *Vid.* en OSENBRÜGGEN, E., *Cuerpo del derecho civil romano*, t. VI, las siguientes disposiciones: *Pragmática sanción*: I, 18, p. 593, donde se establece que los víveres del ejército serían adquiridos por los negociantes ligados a éste, mediante el sistema de la *coemptio*, en los lugares donde abundaran los distintos productos requeridos por el ejército; se haría la adquisición conforme al precio establecido por los mercados de la región y bajo la supervisión de los obispos y *primates* del lugar, los cuales debían de velar por el adecuado ejercicio del derecho de *coemptio* por el ejército; *Pragmática sanción*: I, 26, p. 595, donde se exime de esta obligación a los poseedores de la Apulia y la Calabria por haber pagado éstos una *superindictio* para no verse sometidos a la *coemptio*; también P. FUENTES HINOJO (*La península ibérica...*, p. 579) quien explica lo anterior pero no saca las

ella al menos, se había integrado ya en los circuitos comerciales de la Romania. Su producción agrícola era lo suficientemente importante como para cubrir el abastecimiento del ejército, los mercados provinciales y atender a una provechosa exportación.

¿Más pruebas de lo anterior? Por ejemplo, sabemos que Italia era un mercado rico y provechoso para Alejandría, pues a través de la *Vida de Juan de Chipre* conocemos que una gran flota de 13 barcos del tipo que los armadores egipcios llamaban “gacela” y que cargaban hasta 10.000 artabes de carga (es decir, 80.000 modios) era enviada por el Patriarca de Alejandría todos los años desde su ciudad a los puertos adriáticos de Italia. La flota comercial alejandrina enviada a Italia era tan importante y rica que la pérdida de la carga en una tempestad en el mar Adriático, una carga constituida por artículos de lujo (ricos vestidos con brocados de oro y plata, y frutas secas) fue evaluada en 34 centenarios (244.800 sólidos de oro) y provocó una reunión de urgencia del consejo, de buena parte de la población de la ciudad y de su Patriarca⁴⁶⁶.

Nada de lo anterior sería posible sin unos destinatarios inmensamente ricos e integrados en los grandes circuitos del comercio internacional de la época, y esos posibles compradores de cargas tan valiosas sólo podían ser los grandes terratenientes de Apulia, de Emilia, el Piceno y la región de Rávena. Hombres ricos cuya fortuna se basaba en la tierra y en verdad debía de ser una rica tierra para abastecer de tanto numerario a sus grandes propietarios. Y es que, como vimos en el caso africano, el comercio transmediterráneo, en la Romania reconstituida por Justiniano, no sólo era un comercio de lujo, como a veces se afirma, sino también de productos agrícolas. Por ejemplo, los trigos italianos y sicilianos eran tan abundantes y competitivos en cuanto a su precio, que atraían la atención de Alejandría, una ciudad comercial enclavada en Egipto, el territorio cerealístico por excelencia del Imperio⁴⁶⁷.

Que desde Alejandría se enviaran barcos en busca de trigo a Sicilia y al sur de Italia a inicios del siglo VII sólo puede significar una serie de realidades: que la

consecuencias económicas que ello implica con respecto a la situación italiana y en especial de la Apulia y la Calabria.

⁴⁶⁶ Leoncio de Neápolis [*Vida de Juan de Chipre*: XXVIII, p. 486] recoge el desastre de 13 barcos de la flota patriarcal de Alejandría con destino a los puertos adriáticos. Acerca de los barcos alejandrinos tipo “gacela” existen numerosas referencias en la *Vida de Juan de Chipre*, entre otras una en donde se dice [VIII, pp. 453-454] que se entregó a un comerciante uno de los barcos del patriarca, del tipo “gacela”, y que fue cargado con 20.000 sacos de trigo. Dado que los sacos de trigo pesaban un promedio de 50 kg (es decir, unos 4 modios), el barco *gacela* en cuestión debía desplazar hasta 80.000 modios de carga. El comerciante de este relato navegó desde Alejandría a Britania que, a la sazón sufría hambruna, vendiendo la mitad de su carga de trigo a razón de 5 sólidos por saco e intercambiando la otra mitad con un cargamento de oro y plata que luego, a su regreso al Mediterráneo, vendió en Cirenaica y Alejandría. En otro pasaje [XI, 460], dos barcos “gacela” pretendientes a la flota enviada a Sicilia por el patriarca de Alejandría con el objeto de comprar allí trigo, ganan el puerto alejandrino. Por tanto, no se puede dudar de que la flota patriarcal alejandrina de inicios del siglo VII se hallaba integrada por esta clase de barcos “gacela”, grandes navíos capaces de desplazar 80.000 modios de carga, es decir, el doble que un barco comerciante normal de la época.

⁴⁶⁷ Leoncio de Neápolis, *Vida de Juan de Chipre*: XI, p. 460.

prosperidad había vuelto a ellas hacía tiempo, que sus productos se habían integrado en la gran red comercial mediterránea, que podían competir en precio con los productos africanos y egipcios, que el comercio era tan abundante que permitía no sólo el trasiego de artículos de lujo sino también de productos agrícolas y materias primas, y sobre todo que la vieja tesis de una reconquista justiniana de Italia y Sicilia, inútil, improductiva y agostadora de las provincias reconquistadas, tiene serias dificultades para mantenerse en pie.

Reveladoramente, la constatación que hemos hecho en las líneas anteriores al referirnos a la reactivación del comercio entre Oriente y África, Sicilia e Italia (que durante la segunda mitad del siglo VI y la primera del VII se establecieron circuitos comerciales en los que el flujo de artículos de lujo coexistía junto al comercio de productos agrícolas), pone en relación al Imperio de Justiniano, el mundo de la recuperada unidad mediterránea de la Romania, con la situación existente en el Imperio antes de las invasiones del siglo V y nos ilustra sobre la vitalidad económica del momento, en especial, de una Italia no tan arruinada como podría pensarse. Italia y Sicilia debían de contar con no menos de cinco millones de habitantes y con una culta y rica clase senatorial que aunque fuertemente dañada tras la larga guerra goda, permaneció rigiendo los destinos de Italia hasta el siglo VIII⁴⁶⁸.

Como ya se dijo, no tenemos datos tan abundantes y fiables como los que descubrimos para África, pero esos datos italianos sí son lo suficientemente numerosos y significativos como para calcular, de forma aproximada, tanto los gastos que ocasionó la reconquista de Italia, como las rentas que el Estado romano pudo extraer de ella. Sabemos, por ejemplo, que la reina Amalasunta poseía en 535 un tesoro real de 400 centenarios de oro, o lo que es lo mismo, 40.000 libras o 2.880.000 sólidos⁴⁶⁹. El tesoro de Amalasunta es importante para nuestra exposición por dos razones: en primer lugar, porque es una cifra que permite hacernos una idea del potencial económico y fiscal que Italia poseía hacia 535; en segundo, porque en 540 Belisario se hizo con ese tesoro al

⁴⁶⁸ Se ha dicho repetidamente que la clase senatorial italiana fue herida de muerte durante las guerras italianas de Justiniano y que, por tanto, Justiniano fue el responsable de la caída de uno de los pilares culturales, sociales y económicos del mundo de la Antigüedad romana, máxime cuando -según los defensores de esta tesis- la nobleza itálica fue marginada cultural y políticamente por un funcionariado oriental que, desde la llegada de los ejércitos de Justiniano, se haría con el control del poder y los recursos de Italia, completándose así el declive y extinción de los senatoriales italianos. Esto no es cierto, como demostraremos ampliamente con datos de fuentes contemporáneas. Acerca de la supervivencia y transformación de la clase senatorial italiana hasta el siglo VIII es imprescindible: BARNISH, S. J. B., “*Transformation and survival in the western senatorial aristocracy, C. A.D. 400-700*”. Londres, 1988, vol. LVI, pp. 120-155.

⁴⁶⁹ Procopio [*Guerra gótica*: lib. V 2, 25-27] cuenta cómo Amalasunta, sintiéndose amenazada por una conjura, embarcó el tesoro de los godos (el oro acumulado por Teodorico que ascendía a 400 centenarios) hacia Dirraquio con orden de no desembarcarlo hasta que ella lo pidiera y cómo superada la crisis y creyéndose segura mandó que el barco regresara a Rávena con su preciosa carga, guardando de nuevo el tesoro real en palacio.

tomar Rávena⁴⁷⁰. Es decir, que los 5.000.000 de sólidos que la guerra costó a Justiniano entre 535 y 540 fueron en buena medida amortizados por la captura del tesoro real ostrogodo que, como anteriormente el tesoro vándalo, fue a parar a manos de Justiniano. Así que éste sólo tuvo que desembolsar en Italia realmente 2.200.000 sólidos en 5 años, una cantidad muy pequeña y fácilmente absorbible por el presupuesto militar del Imperio.

Pero ¿y la segunda fase de la guerra? Fue mucho más dura y costosa. Entre 541 y 551, varios ejércitos romanos fueron derrotados por los godos. Numerosas ciudades fueron destruidas y el sistema administrativo, fiscal y financiero de la prefectura fue desmantelado. La peste y el hambre se cebaron en la población. Sabemos, por ejemplo, que unos 50.000 campesinos murieron de hambre en las tierras del Piceno⁴⁷¹. Justiniano sólo se decidió a realizar un esfuerzo definitivo en 552 cuando puso sobre el tapete italiano a Narsés con 25.000 hombres en el norte de Italia y a otros 10.000 en Sicilia, Cerdeña y sur de Italia. En diciembre de 552, el reino ostrogodo estaba derrotado y había dejado de existir, pero Narsés aún tuvo que combatir a los restos de los godos y sobre todo a una invasión de 65.000 alamanes y francos, a los que aplastó en el verano de 554. A finales de ese año, Italia podía darse por reconquistada, aunque todavía se realizaron operaciones de limpieza en el norte hasta 561.

¿Cuánto costó todo esto?

- a) El primer periodo de esta segunda fase, 541-544, fue llevado sin brío por Justiniano, que se mostró parco a la hora de enviar refuerzos o realizar gastos en Italia. Teniendo en cuenta los contingentes militares que pelearon en este periodo en Italia, los gastos militares no pudieron pasar de 500.000 sólidos por año.
- b) El segundo periodo, 544-551, significó un incremento notable de las operaciones que volvieron a los niveles anteriores a la conquista de Rávena por Belisario en 540. El gasto militar podría haberse situado de nuevo en 1.000.000 de sólidos anuales.
- c) Por último, en el tercer periodo de esta segunda fase, 552-554, el gasto militar llegó a su cénit, debiendo alcanzar 1.500.000 sólidos por campaña. A partir de ahí y hasta 561, la conquista de las aisladas fortalezas godas que quedaron no exigió un esfuerzo militar extra reseñable.

Así que, entre 541-554, la definitiva reconquista de Italia debió de acarrear a Justiniano en términos de gasto militar una cantidad aproximada de 13.500.000 sólidos,

⁴⁷⁰ Procopio narra [*Guerra gótica*: VI, 29-37] cómo Belisario se apodera de Rávena y se hace con todo el oro del tesoro real godo guardado en el palacio, tesoro que luego enviará a Justiniano. *Vid.*: FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, p. 976, donde se aclara que fue el tesoro de Teodorico el que cayó en manos de Belisario en 540 al tomar Rávena; también: RAVEGNANI, G., *I Bizantini in Italia*. Bolonia, 2004, pp. 23-24.

⁴⁷¹ Procopio, *Guerra gótica*: VI,21-22; RAVEGNANI, G., *I Bizantini...*, *op. cit.*, p. 21.

que sumados a los 2.200.000 sólidos que –como vimos– Justiniano tuvo que cubrir durante los años iniciales de la guerra (535-540), sumaría un total de 15.700.000 sólidos. Redondeemos al alza, como siempre hemos hecho en nuestra exposición, y concedamos que Italia costó al cabo a Justiniano 16.000.000 de sólidos, una cantidad de oro realmente importante, y aun más notable si consideramos los daños producidos por la destrucción de campos, ciudades e infraestructuras. Además, durante todo el periodo analizado (535-554) Italia con toda seguridad no aportaría prácticamente nada al erario imperial. Italia no, pero sí los godos.

Ya hemos visto que en 540, los 2.880.000 sólidos del tesoro de Amalasuunta fueron a parar a manos de Justiniano. Pues bien, en 553, el tesoro real de Totila y de su efímero sucesor, Teya, cayó en manos de Narsés⁴⁷². No debía de ser pequeño, pues obligó a Narsés a asediar fuertemente Cumas, ciudad donde se guardaba el tesoro de los godos y excitó la imaginación de los 65.000 francos y alamanes que ese mismo año invadieron Italia. En cualquier caso, Totila no paró de incrementarlo a base de las confiscaciones de bienes de buena parte de la *nobilitas* italiana y del saqueo de las ciudades fieles a Justiniano. Sabemos que Totila disponía en 552 de al menos 60.000 guerreros y 500 naves⁴⁷³, y dado que el tesoro tenía como objeto principal disponer del numerario suficiente como para sostener a los soldados y a la flota de guerra, es muy probable que el segundo tesoro godo no fuera muy inferior al primero y que por lo tanto, Justiniano recuperara al menos 2.000.000 de sólidos de los 16.000.000 que finalmente tuvieron que ser invertidos para cubrir el déficit de la guerra gótica. Por lo tanto y, en el peor de los casos, en 554, la empresa reconquistadora en Italia ofrecería un saldo negativo de 14.000.000 de sólidos.

Pero es que además, los tesoros godos de Italia no fueron lo único que Justiniano ingresó a su haber positivo tras la agotadora lucha en Italia. Tras la guerra, las ricas tierras de la corona ostrogoda pasaron a su dominio privado y junto con ellas –lo que es más importante– las tierras pertenecientes a las *sortes gotorum*; es decir y en teoría, el tercio del total de tierras cultivadas de Italia, cuya propiedad o rentas poseían los godos

⁴⁷² Agatías [*Historia*: lib. 1,8,1-5] dice que Narsés avanzó sobre la poderosa Cumas para apoderarse de la ciudad pues allí se guardaba el tesoro de los reyes godos Totila y Teyas. Y más adelante aclara [lib. 1, 8,6] que la ciudad de Cumas y el tesoro guardado en ella estaba bajo la custodia de Aliger, hermano de Teyas, y que este jefe godo contaba con aprovechar los cuantiosos tesoros acumulados por los godos en Cumas para fortalecer su posición frente a Narsés; por último narra [lib. 1, 20,1-7] cómo Aliger, desesperado por el asedio de las tropas de Narsés, decide entregar Cumas y el tesoro real godo al general bizantino.

⁴⁷³ En efecto, sabemos que Totila se enfrentó a los 25.000 hombres de Narsés con un ejército superior al de éste en número y que, a la par, había un ejército godo en Cerdeña, otro en el sur de Italia y un tercero que hostigaba las costas e islas del Adriático balcánico junto a una flota de 300 naves. Además de esos ejércitos había que contar las numerosas guarniciones godas distribuidas por toda Italia, tan fuertes que formaron una resistencia eficaz contra Narsés por más de nueve años. Si se sopesan estos datos no se puede asignar al ejército de Totila en 552 menos de 60.000 hombres. *Vid.*: HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, pp. 37-39; FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, pp. 575-577.

pasó directamente a su dominio privado⁴⁷⁴. Estas tierras se hallaban situadas principalmente en el valle del Po, la Toscana, la Campania y la Emilia, las tierras más ricas de Italia, y, considerando la extensión que la tierra cultivable debía de ocupar en la Italia tardo antigua, no debían representar menos de 1.600.000 hectáreas. Pues Italia continental, con sus 248.000 km² de los cuales, a fecha de hoy, un 41% representa la parte cultivada del total, tenía en la Antigüedad no menos de un 20% de superficie cultivada, lo que supondría (en caso de ajustarnos a la división teórica de la tierra que implicaban las *sortes gotorum*) un total aproximado de 1.600.000 hectáreas. Pero dado que, por una parte, no todas las tierras en teoría pertenecientes a los godos pasaron a propiedad efectiva de éstos, y que por otra, no todas las tierras de propiedad goda fueron al cabo expropiadas por Justiniano, habrá que ser especialmente prudentes y suponer que sólo la mitad de las 1.600.000 hectáreas de tierra italiana en teoría pertenecientes a los godos pasaron al cabo a integrar los dominios privados de Justiniano. Así que, tras sumar esas 800.000 hectáreas góticas a las tierras pertenecientes a la corona real ostrogoda, Justiniano dispuso en Italia, como poco, de 1.000.000 de hectáreas de excelente tierra de labor.

Es esta extensión de los dominios privados del emperador en Italia, lo que, con toda seguridad, llevó a Justiniano a tomar la decisión de nombrar a su propio *cubicularios* y *sacellarios*, Narsés, como comandante del gran ejército destinado a consumir la anexión de Italia. Éste, como máximo responsable de la administración de los dominios y el tesoro privado de Justiniano, sería la persona más indicada para administrar los impresionantes recursos que, por voluntad del emperador, iban a pasar a su *domus divina*. También se explicaría así –en nuestra opinión– que el primer exarca de Italia fuese Smaragdo, el *sacellarios* de Mauricio.

Las tierras de la nueva *domus divina* italiana representaban en 554 un potencial impresionante, sobre todo sumadas a las tierras de la *domus divina* africana. Así, para 554, Justiniano disponía de las rentas de, al menos, 2.500.000 hectáreas de tierras situadas en Occidente, o lo que es lo mismo, el 62,5% de los bienes del *sacellum* del emperador estaban en Occidente⁴⁷⁵. Dado que, como se vio anteriormente, el *sacellum*

⁴⁷⁴ Gracias a un papiro estudiado por Jones, podemos completar la información que ofrecía la *Pragmática Sanción* sobre la suerte de Italia tras 554. Por él sabemos, entre otras cuestiones, que las tierras de la Iglesia arriana pasaron a la católica y que la mayor parte de las *sortes gotorum* pasaron directamente al dominio privado del emperador como *bona vacantia*. Al respecto: JONES, A. M., *The Later Roman Empire...*, *op. cit.*, p. 292; FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, pp. 579-580.

⁴⁷⁵ Como ya se vio, la *domus privada* del emperador Justiniano disponía en África de 1.500.000 hectáreas, a las que se sumaba otro 1.500.000 hectáreas situadas en Capadocia. A estas propiedades se añadieron en 554 las tierras italianas adquiridas para la *domus imperial*, lo que daría un total de 4.000.000 de hectáreas en todo el Imperio. Este cálculo (basado en fuentes jurídicas, epigráficas y literarias de la época) es especialmente prudente, pues no incluimos en él las tierras que la corona imperial poseía en Tracia, Egipto, Bitinia, Macedonia, Asia y Siria, propiedades de las que poseemos testimonios epigráficos y literarios. Por citar algún testimonio y ciñéndonos a las propiedades de la *domus* privada del emperador en Siria véase la mención a dos inscripciones sirias realizadas hacia 630-631 por un administrador de las tierras de la *domus imperial* en la región en: DURLIAT, J. *Les dédicaces d'ouvrages...*, *op. cit.*, p. 82, 102.

se fue consolidando en época de Justiniano y sus sucesores como una fuente fundamental para el sostenimiento económico del ejército imperial, Occidente se vio transformado en el principal motor económico del ejército de la Romania. Justiniano había pues trasladado, sin que nadie lo haya advertido hasta ahora, buena parte del peso de la financiación de sus ejércitos de campaña a las tierras reconquistadas en Occidente y esto explicaría –como se verá más adelante– muchas acciones de Justino II, Tiberio II, Mauricio, Focas, Heraclio y Constante II. Pero prosigamos.

Apenas si tenemos datos que nos permitan deducir qué cantidad aproximada aportaría fiscalmente Italia al erario imperial a partir de 554, pero es muy probable que se recuperara con cierta facilidad de los desastres de la guerra, pues de otra manera no es comprensible que en 578, es decir, tras diez años de invasión lombarda, Italia aún fuera capaz de ofrecer a Tiberio II 3.000 libras de oro (216.000 sólidos) en concepto de *aurum oblativum*, cantidad a la que el emperador renunció con el objetivo de que el Senado romano la usara para comprar la paz a los lombardos o en su defecto, atraerse la ayuda de los francos contra éstos⁴⁷⁶.

El dato es especialmente importante porque nos permite establecer comparaciones y sustentar algunas estimaciones sobre los recursos que Italia generaba al Imperio. Por ejemplo, sabemos que en 385, Valentiniano II sólo recibió de los senadores italianos un *aurum oblativum* de 1.600 libras⁴⁷⁷ de oro (115.200 sólidos)⁴⁷⁸, cantidad que representa apenas algo más de la mitad de la que en 578 recibiera Tiberio II. Dado que el *aurum oblativum* era una contribución que iba a parar a la bolsa privada del emperador y que se relacionaba con la riqueza disponible en una provincia o prefectura, y teniendo en cuenta cómo se efectuaban los censos fiscales en la Romania, se puede concluir que la situación económica de Italia, era mejor en 566-567 de lo que lo había sido en 385.

La evidencia anterior, en nuestra opinión, daña notablemente la tesis de una situación catastrófica de la economía italiana después de 554. Italia costó mucho a Justiniano, pues –tal y como vimos– para finales de 554 la empresa italiana ofrecía un saldo negativo de 14.000.000 de sólidos, pero a partir de 555 y al menos hasta 568 hubo de reembolsar a Justiniano una parte considerable de esa cantidad. ¿Cómo podemos estar tan seguros? Por la extrapolación del dato ofrecido anteriormente: si en 578 el *aurum oblativum* ofrecido a Tiberio II sumaba 216.000 sólidos, el oro que en base a los impuestos debía de extraer Justiniano de Italia debía de ser mucho mayor, pues el

⁴⁷⁶ El dato es recogido por Menandro Protector, un contemporáneo bien relacionado con la corte imperial: Menandro Protector, *Fragmentos*: 22, p. 197.

⁴⁷⁷ VALDÉS GALLEGO, A., *Símaco, Informes y discursos*. Madrid, 2003, informe 13, 2, p. 69. En este pasaje se menciona la entrega del *aurum oblativum* o *coronaticium* a Valentiniano II con ocasión de su décimo aniversario en el trono ascendiendo la suma a 1.600 libras de oro. Se dice que la cantidad de oro era mayor que en el caso del padre de Valentiniano II, Valentiniano I.

⁴⁷⁸ BURY, J.B., *A History of the later Roman Empire...*, *op. cit.*, p. 49 y nota 77, en la que se especifica que Valentiniano II recibió en su coronación (385) 1.600 libras de oro de los senadores italianos.

aurum oblativum representaba una cantidad considerablemente menor que la aportada por los impuestos habituales pagados por una prefectura.

Habrá que concluir, por tanto, que Italia aportaba una cifra muy superior a esos 216.000 sólidos, máxime cuando –como se vio en las páginas anteriores– tenemos pruebas de la época sobre la reactivación de un rico comercio italiano con Egipto y el resto del Mediterráneo oriental, así como de una fuerte recuperación agrícola que, durante la segunda mitad del siglo VI y hasta el primer tercio del VII, permitiría a los trigos y productos agrícolas del sur de Italia, de su costa adriática y de Sicilia, competir en precio con los productos africanos, egipcios y orientales. Así que, teniendo esto en cuenta y sumándole los datos que conocemos sobre el potencial agrícola y demográfico de la Italia de la segunda mitad del siglo VI, habrá forzosamente que concluir que, aun siendo especialmente pesimistas, Italia no pudo aportar al erario imperial menos de 500.000 sólidos anuales, y eso desde 555 hasta 565 significaría un mínimo de 5.000.000 de sólidos, a los que habría que sumar las rentas aportadas al tesoro privado de Justiniano por el 1.000.000 de hectáreas que –como hemos visto– pasaron a su propiedad desde fines del 554. Esas rentas suponían (calculando los ingresos de la misma forma que los del dominio imperial en África y aplicando los mismos procedimientos) un potencial de renta anual de 266.666 sólidos.

Por lo tanto, Italia aportaba desde 565, sumando los recursos de los impuestos a los generados por la *domus* imperial, no menos de 750.000 sólidos. En cualquier caso, el coste de su reconquista no pudo en modo alguno ni colapsar los recursos militares del Imperio, ni dañar significativamente su economía. Máxime cuando, como se demostró en el caso africano, los beneficios aportados por la reconquista del África del norte aportaron un significativo superávit, que en 565 arrojaba un haber positivo de 14.500.000 sólidos que, evidentemente absorbieron el déficit de la empresa italiana con facilidad. Pero prosigamos.

Ya hemos demostrado que los ingentes recursos que Justiniano invirtió en Italia pudieron ser compensados y que la Italia que el gran emperador dejó tras de sí en 565 no era una Italia arruinada, sino una región que se recuperaba rápida y ampliamente de la larga guerra gótica, y que se integraba en la gran economía mediterránea de la Romanía. De hecho, Italia hubiera podido convertirse, a la larga, en una posición económicamente tan ventajosa como lo fue África; si no lo llegó a ser, no puede ser achacado a Justiniano sino a la política irresoluta de su sucesor, Justino II.

Falta, no obstante, una última pregunta que hacerse en relación con la Italia reconquistada por Justiniano: ¿cuánto le costó al emperador mantener Italia después de 554? Ya hemos visto que Italia, hacia 559, contaba con un ejército comitatense de 20.000 hombres, dato en el que tanto Treadgold como nosotros coincidimos y que – como se vio– puede constatarse relacionando los datos ofrecidos por Procopio, Agatías,

el Comes Marcelino, Evagrio Escolástico, Coripo, la *Notitia dignitatum*, Teófanos, Agapios, etc.

¿Cuántos *limitanei* había en Italia? Es fácil responder a esa pregunta partiendo de la base de que es indudable que esos *limitanei* existieron. Narsés, tras consolidar sus victorias del 552-554, marchó al norte para constituir y estructurar la frontera alpina de la prefectura, y, tras reducir a los godos a enclaves aislados como Pavía y Brescia, constituyó cuatro regiones fronterizas, auténticos ducados⁴⁷⁹, bajo la autoridad de cuatro *magister militum* en funciones con las mismas atribuciones y mando que los duques de otras regiones. Es evidente que en estas nuevas circunscripciones fronterizas se instalaron (como en todos los límites del Imperio y como se hiciera veinte años antes en la reconquistada África) unidades de *limitanei*, y que también lo hicieran en el ducado de Neápolis, al sur de Italia, por lo que cinco divisiones militares de tipo ducado fueron establecidas en la península italiana.

Como ya vimos a la hora de establecer el número de tropas que integraban los ejércitos de frontera en los años finales de Justiniano, cada una de estas circunscripciones militares tipo ducado contaba con una *moira* de tropas de frontera para su defensa, lo que, a razón de unos 2.500 soldados por *moira*, nos daría una cifra de 12.500 soldados de frontera y guarnición establecidos en la Italia del 565. Así que Italia poseía, según nuestras estimaciones –en parte apoyadas en las de Treadgold– un ejército de 20.000 *comitatenses* y 12.500 *limitanei*. Sobre esta base podemos estimar que Justiniano necesitó unos 510.000 sólidos anuales para pagar el ejército que guarnecía Italia frente a la amenaza que constituían francos, alamanes y lombardos. En cuanto a la organización administrativa de la prefectura italiana debió de ser muy parecida a la que se estableció en África unos veinte años antes y que tan bien conocemos. No obstante, tuvo que ser menos compleja y esto por pura lógica, pues tras la anexión a la prefectura africana de las antiguas dependencias itálicas de Sardinia y Córscica, y la incorporación al dominio del prefecto de Cartago, de Baleares, la Tingitana y, después de 552 (o lo más tarde, en 555), de los territorios del sudeste peninsular, todos ellos antiguos territorios de la diócesis hispánica, la prefectura africana creció notablemente de tamaño, mientras que la itálica perdió más de la mitad de los territorios que administraba antes de las invasiones del siglo V. Así, además de los territorios que ya hemos señalado y que pasaron al control de África, Italia perdió la administración de Sicilia que, bajo la autoridad de un pretor, constituyó una circunscripción independiente, y de la Dalmacia que pasó a la prefectura de Iliria. Por lo tanto, Italia quedó reducida al territorio puramente peninsular y necesitó menos funcionarios para su administración que la prefectura africana.

⁴⁷⁹ RAVEGNANI, G., *I Bizantini in Italia...*, *op. cit.*, pp. 62-63.

No es pues probable que Italia, comparándola con la prefectura africana cuyos sueldos y funcionarios también conocemos, necesitara para sostener su aparato administrativo más recursos que África y por lo tanto –y en el peor de los casos– su administración no debió de consumir más de 50.000 sólidos anuales. A esta cantidad habría que sumar el dinero que por la Pragmática Sanción destinaba Justiniano a mantener las *annonas* de los romanos, los sueldos de los médicos, juristas y profesores de Roma, y a la reconstrucción de los edificios e infraestructuras públicas romanas que debía de sumar unos 100.000 sólidos como mucho. Así que, sumando todas estas cantidades Italia suponía para Justiniano a partir de 555 un gasto de entre 650.000 y 700.000 sólidos anuales que podrían ser fácilmente costeados con los 750.000 sólidos que, como mínimo, hemos visto que aportaba Italia al fisco imperial y al tesoro privado de Justiniano.

f. El verdadero balance de la *Recuperatio*.

El Occidente recuperado por Justiniano había costado mucha sangre y oro a la Romania, pero dejando a un lado consideraciones de prestigio político, de nostalgia imperial, de obligación moral y religiosa, razones que jugaron un papel nada desdeñable, la recuperación del Mediterráneo occidental volvió a dotar a la Romania de unos recursos importantes en los ámbitos económicos y demográficos, que vinieron a complementar su economía. Unos recursos sin los cuales el Oriente romano no hubiera podido hacer frente a los turbulentos años finales del siglo VI y sobre todo a la terrible crisis que, primero las espadas persas y luego las árabes, desencadenaron durante la primera mitad del siglo VII. El fenomenal incremento de las propiedades privadas del emperador en las tierras africanas e itálicas, fue decisivo a la hora de sostener el esfuerzo militar de la Romania durante los años 567-661 y sin sopesar este aspecto de la *recuperatio*, es imposible explicar convenientemente los hechos de ese periodo y sobre todo las decisiones tomadas por los emperadores.

La *recuperatio* fue cara, aunque mucho menos de lo que se ha ido creyendo, y si uno la analiza al detalle, como aquí se ha hecho, es fácil concluir que ni agotó o sobrepasó los recursos militares del Imperio, ni desarticuló o depauperó su economía. De hecho, la *recuperatio* aportó también mucho oro a las arcas imperiales y en el balance final de la misma, a la muerte de Justiniano, la “inversión occidental” del emperador había terminado de cubrir los gastos y estaba a punto de ofrecer beneficios. Además, el esfuerzo económico que la *recuperatio* exigió pudo ser fácilmente absorbido por las finanzas de Justiniano y, exceptuando momentos críticos (como los primeros años tras el estallido de la peste, o los complicados años que van del 548 al 551), el emperador siempre dispuso de suficientes fuerzas militares y recursos económicos, como para sostenerse frente a los persas y obligarlos a firmar acuerdos ventajosos para la Romania, así como para mantener íntegra la frontera danubiana y consolidar las

nuevas conquistas en Italia, África, las grandes islas del Mediterráneo occidental y el sur de Hispania.

Esto último fue ya notado por Treadgold quien notaba que a partir del 550 no sólo se asistió a una recuperación militar sino también económica, la cual, en su opinión llevó a que Justiniano en los últimos años de su reinado contara con un presupuesto equilibrado con ingresos ligeramente superiores a los de Anastasio y con unos gastos que, aunque muy grandes, no sobrepasaban el nivel de ingresos. De hecho –como se vio– Treadgold suponía que hacia 565 Justiniano contaba con 8.500.000 sólidos. Más pesimista era la visión de Harl quien estimaba que Justiniano dejaba una economía debilitada y unos ingresos que no superaban los 6.000.000 de sólidos anuales. Por nuestra parte, nuestras conclusiones se acercan mucho más a las de Treadgold que a las de Harl, pues se ha podido comprobar cómo la base de contribuyentes de Justiniano era mucho más extensa de lo que se ha venido suponiendo; cómo el comercio transmediterráneo seguía fuertemente activo y la producción agrícola se había recuperado hacia el 550. De hecho, ciudades como Alejandría contaban con un comercio que enlazaba Britania, África, Sicilia e Italia por el oeste con Constantinopla, Siria, Abisinia, Arabia, India y Ceilán por el este⁴⁸⁰, mientras que otras como Constantinopla, no sólo contaban con un potente comercio sino también con un poderoso entramado fabril y artesanal que abastecía de productos elaborados a todo el Mediterráneo. Tanto es así que sólo los talleres artesanales pertenecientes al patriarcado sumaban más de 1.100⁴⁸¹ y éstos en modo alguno superaban en número a los que pertenecían a propietarios privados o al emperador. La calidad de estos productos era supervisada no sólo por las asociaciones de artesanos sino sobre todo por las autoridades⁴⁸². Gaza, Damasco, Tiro, eran también grandes emporios fabriles y comerciales que aprovecharon las desgracias de Antioquía para arrebatar mercados antaño pertenecientes a esta última. Allá donde se mire, si se recurre a las fuentes contemporáneas, se encontrarán signos de

⁴⁸⁰ Las fuentes están plagadas de noticias sobre el intenso comercio transmarítimo de la época. Algunos de los testimonios, centrándonos sólo en Alejandría entre 535 y 635, son los siguientes: viajes y relaciones comerciales desde Alejandría a Britania [*Vida de Juan de Chipre*: VII, pp. 453-454]; a Sicilia [*Ibidem*, XI, pp. 460-461], al África proconsular [*Ibidem*, XX-XXI, pp. 472-473 y XXV, pp. 482-483], al Adriático, en este caso una flota de 13 barcos con mercancías valoradas en 34 centenarios de oro [*Ibidem*, XXIX, pp. 487-488], a Cirenaica [*Ibidem*, VIII-IX, pp. 454-455]; con India, Yemen, Nubia y Etiopía [Juan de Nikiu: LXXVII, 94-113]; y con India, Nubia, Etiopía, Constantinopla, el Mar Negro, el Egeo, China, Ceilán, Malasia y Somalia, recogiendo además los itinerarios comerciales entre Alejandría y esos lugares [Cosmas Indicopleustes: lib. XI, pp. 358-379].

⁴⁸¹ *Cuerpo del derecho civil romano*: XLIII, p. 202.

⁴⁸² FESTUGIERE, A. J., *Vie de Théodore de Sykeon*, vol. II, p. 40 (corregida por D. Baler, *SChH*, 13 (1976), pp. 83-96), Bruselas, 1970. En la biografía de Teodoro († 613), escrita hacia 630, se dice que el santo envió desde su monasterio en Sykeon a uno de sus monjes a Constantinopla con objeto de comprar un cáliz de plata. Así lo hizo el monje y, para demostrar la calidad del mismo no sólo le mostraba al santo la belleza del labrado y el peso de la plata, sino sobre todo los cinco sellos que garantizaban la calidad del objeto.

pujanza económica, una pujanza que la tantas veces traída y llevada presión fiscal⁴⁸³ no abortó y que se evidencia en las excavaciones arqueológicas que no testimonian regresión económica alguna hasta el siglo VII.

En base a esto y tras haber calculado los ingresos que África e Italia pudieron proporcionar a Justiniano tras su reconquista, teniendo en cuenta que sabemos que Egipto aportaba un tercio del total de los ingresos del fisco imperial, se puede establecer una estimación propia de ingresos y gastos hacia 565:

-África aportaría 1.400.000 sólidos, incluyendo las rentas de los dominios privados del emperador.

-Italia, 700.000 sólidos.

-Egipto con la Cirenaica, 3.000.000 de sólidos.

-Asia Menor con la Armenia romana y Chipre, 1.400.000 sólidos.

-Siria con Palestina, Arabia y la Mesopotamia romana, 2.000.000 de sólidos.

-Sicilia e Hispania, no menos de 200.000 sólidos.

-Constantinopla con las islas del Egeo, los Balcanes y las posesiones de Crimea, 700.000 sólidos.

Es decir, que hacia 565 Justiniano ingresaría 9.500.000 sólidos en su tesoro. Es decir, prácticamente 1.000.000 de sólidos más de los que calculara Treadgold⁴⁸⁴ y eso que la base demográfica sobre la que éste hizo su cálculo era de 19.500.000 habitantes mientras que la nuestra se acerca a los 33.000.000. ¿Y los gastos?

-Se ha visto que el ejército le suponía a Justiniano, en un año sin grandes campañas como fueron los últimos años de su reinado, 6.200.000 sólidos de gasto.

-La administración, a la que Justiniano doblara su sueldo, suponía 1.100.000 sólidos.

-El mantenimiento de la corte y de la gestión de los asuntos privados del emperador suponía 800.000 sólidos.

⁴⁸³ Peter Brown (*El primer milenio...*, pp. 24-25) ya significó que la presión fiscal durante toda la Antigüedad tardía no fue especialmente alta, alcanzando un 10% de los ingresos de los contribuyentes. Por su parte P. Heather (*La caída del imperio romano...*, pp. 559-560) demostró recientemente y sin lugar a dudas que la vieja tesis de A.H. Jones acerca de que una excesiva presión fiscal agostó la economía de la Romanía es hoy insostenible. Más bien al contrario, Heather demuestra que en las sociedades agrícolas de ciclo antiguo, una subida de impuestos como la que se produjo en la Antigüedad tardía, motivaba un incremento de los terrenos cultivados y por ende, de la producción y la población. Heather considera además que Occidente se mantenía sano -económica, social y militarmente- en época de Justiniano y hasta bien entrado el siglo VII. Ya hemos visto que Ward-Perkins (*La caída de Roma...*, p. 180) no encontró tampoco signos de decadencia económica ni fiscal en Oriente hasta inicios del siglo VII.

⁴⁸⁴ Éste calculó unos ingresos totales de 8.534.000 sólidos de oro para 565 y estimó los de Anastasio en 8.479.000 sólidos. TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, op. cit., pp. 195-196.

-La diplomacia y los subsidios a pueblos extranjeros, 500.000 sólidos.

-La beneficencia, los espectáculos públicos, las donaciones a la iglesia y las obras públicas suponían otros 500.000 sólidos.

Lo que nos da un total de 9.100.000 sólidos. Por lo tanto, a fines de su reinado, Justiniano dejaba una balanza fiscal ligeramente positiva, lo que explicaría –como ya se dijo– la política de Justino II y Tiberio II los cuales se pudieron permitir, no sólo dar dispensas fiscales de tres años (como hizo Justino II), o celebrar grandes eventos y entregar crecidas donaciones a las tropas (como hizo Tiberio II), sino llevar a cabo una ambiciosa política de construcciones, afrontar grandes reclutamientos de tropas y una guerra en cuatro frentes que, aunque con derrotas al principio, estaba en vías de victoria para 582.

De hecho sólo esa balanza fiscal levemente positiva dejada por Justiniano al final de sus días puede explicar por qué Justiniano no tuvo que gastar por entero las cuantiosas reservas de oro dejadas por Anastasio en 518 y por qué, pese a sus exenciones fiscales, donaciones, reclutamientos, construcciones, fastuosas celebraciones y costosas guerras, Justino II y Tiberio II sólo acabaron con esas reservas de Anastasio en 575, diez años después de la muerte de Justiniano. Únicamente una economía y un ejército fuerte, los que dejara Justiniano, pueden explicar que cuando Mauricio tomara el poder en 582 y encontrara el tesoro por entero vacío, pudiera no obstante llevar a cabo grandes construcciones y celebraciones, y sobre todo, derrotar completamente a los persas, hacer retroceder al otro lado del Danubio a ávaros y eslavos, acabar con el reino bereber de Altava en África, y contener a visigodos y lombardos en Hispania e Italia.

CONCLUSIONES.

Justiniano no fue un nostálgico del pasado, sino un hombre equilibrado. Tan capaz para la reforma radical, como hemos visto en el plano militar, como para la compilación, la renovación y la restauración, como mostraría en diversas facetas del plano jurídico, administrativo, militar, artístico, etc.

Contra lo que se ha venido diciendo, Justiniano no agotó a su Imperio, a su mundo, ni económica ni militarmente, como refleja y constata el pormenorizado análisis que hemos hecho en las anteriores páginas. Pero ¿y la sociedad y la cultura que Justiniano dejó tras de sí? ¿Eran todavía pujantes y en la línea de lo que habían venido siendo durante siglos? Dicho de otro modo: ¿era un mundo cultural y social plenamente romano, en el sentido que el término había cobrado durante los siglos IV y V, el que Justiniano dejó a sus sucesores?

I.3. *Recuperatio*: cultura y sociedad (554-654).

No podemos aquí, pues ese no es el propósito central de nuestra tesis, realizar un pormenorizado análisis de la cultura y de la sociedad de la Romania durante la época justiniana. No obstante, es necesario afrontar algunos problemas relacionados con los efectos de la *recuperatio* sobre la cultura y la sociedad del nuevo imperio construido por Justiniano.

I.3.1. Introducción.

Esto es así porque –como ya se vio en las páginas anteriores– numerosos historiadores mantienen la idea de que el fin del mundo antiguo se consumó, o al menos se precipitó, por causa de los excesivos esfuerzos que Justiniano exigió de su imperio. Esta tesis ha sido defendida por muchos y notables historiadores que colocan precisamente en el reinado de Justiniano, los inicios del medioevo en Oriente.

Nosotros no lo creemos así y en las páginas que han quedado atrás hemos demostrado que Justiniano dejó tras de sí un estado fuerte y sólido, tanto en lo militar, como en lo económico. Un estado que pudo afrontar los gastos militares generados por la conquista de Italia y África, y que, incluso, supo extraer de sus conquistas en Occidente el oro y los recursos necesarios para equilibrar su balanza fiscal y generar futuras y decisivas fuentes de ingresos. Y es que Justiniano (hemos aportado numerosas pruebas de ello) disponía en 565 de un formidable aparato militar que, no sólo no se había agotado en la reconquista del Occidente, y en las guerras balcánicas y persas del reinado, sino que salía de ellas perfeccionado, en mejor disposición táctica y estratégica.

Así mismo, en el plano puramente económico, Justiniano no sólo pudo encajar el golpe económico resultante de los estragos demográficos de la gran peste del 542 y afrontar con éxito los ingentes desembolsos de las grandes guerras del periodo 533-561, sino que además pudo salir victorioso de todos los desafíos y dejar a sus sucesores un pequeño superávit fiscal y una considerable cantidad del oro acumulado por Anastasio y heredado por él en 527. Se trata de una reserva de numerario que –para desesperación de los defensores de la tesis del colapso económico– Justiniano no necesitó gastar y que

sólo se agotaría en 578; mientras que los últimos restos del superávit fiscal sólo se consumirían en su totalidad en 582, fecha a partir de la cual comienzan los verdaderos problemas de numerario del Imperio. No obstante, como también se mostró, estos problemas no impidieron que la Romania dispusiera siempre del suficiente poder financiero y militar como para hacer frente con éxito a todos los desafíos que se le plantearon hasta 602.

Todo lo anterior implica una situación militar y económica de partida estable y saneada, y no una situación de crisis y de colapso. Así que el colapso militar o el económico no son ya bases sólidas a partir de las cuales plantear hipótesis de agotamiento y quiebra, o que puedan justificar el hablar del final de una época, o de un mundo. Dicho con otras palabras: ni la *recuperatio*, ni Justiniano provocaron o dejaron tras de sí una Romania o un mundo en fase o proceso de medievalización.

Se nos dirá –es cierto– que del análisis exhaustivo del ejército de Justiniano y del impacto militar y económico que las guerras de conquista del Occidente mediterráneo tuvieron sobre la Romania no se constata una situación de crisis ni de colapso que justifique hablar del final de una época o del comienzo de otra durante el reinado de Justiniano o en los años inmediatamente posteriores a éste. Pero ¿no sería acaso la *recuperatio* el factor que dio origen e impulsó cambios y transformaciones culturales y sociales de tan hondo calado que justifiquen por sí mismas la quiebra del viejo mundo? A menudo se ha dicho que Justiniano dejó tras de sí un mundo herido de muerte en lo cultural y social, pues ¿acaso no hubo tras Justiniano un estancamiento inmediato y a continuación, un retroceso que aventó las últimas mieses culturales de la Antigüedad?

Al menos eso es lo que se ha defendido con tesón y se defiende todavía hoy. Así, para numerosos autores, a la época dorada de Justiniano, considerada “la primera edad de oro de Bizancio”, sucedería una época oscura, unos tiempos de retroceso cultural que no cejarían hasta los albores del siglo IX⁴⁸⁵. De hecho, se ha vinculado esta pretendida decadencia cultural y social con el supuesto desgaste producido en la Romania por los esfuerzos reconquistadores de Justiniano. Aún más, recientemente, algunos autores de especial fama y peso, tales como Averil Cameron, han propuesto la tesis de que Justiniano, tras la reconquista del Occidente mediterráneo, no gobernaba ya una koiné cultural similar a la que dominaran en el siglo IV Constantino I y Teodosio I, o en el siglo V, Honorio y Teodosio II, sino una entidad política en la cual una de las dos partes, la oriental –de cultura griega y orientalizante– marginaba y trataba de aculturar a un Occidente, esto es, un África y una Italia, de lengua y cultura todavía latinas, que no

⁴⁸⁵ Esta tesis es tan vieja como la bizantinística y ha sido defendida por numerosos eruditos como Ostrogorsky, quien expresaba así sus ideas al respecto: “Al florecimiento literario del reinado de Justiniano sucede, a partir del siglo VII, un periodo de desolación [...] Este periodo de la historia bizantina, extremadamente pobre en fuentes, ha sido denominado, con razón, la edad oscura de Bizancio.” OSTROGORSKY, G., *Historia del Estado Bizantino...*, *op. cit.*, p. 99.

serían para el Imperio griego y oriental de Justiniano sino una especie de apéndice colonial en el Mediterráneo occidental⁴⁸⁶.

De manera que, según esta tesis, se daría la paradoja de que no se podría hablar de *recuperatio* o reconquista, pues el Oriente justiniano no tendría ya mucho que ver (cultural, política y económicamente hablando) con África e Italia, sino que se trataría más bien de una conquista de los reinos germano-latinos surgidos tras las invasiones del siglo V, por parte de una potencia greco-oriental que había mutado, rápida e inevitablemente, desde el Imperio Romano de Oriente de Teodosio I, hasta el Bizancio grecooriental de Justiniano. ¿Es esto cierto?

Para responder a los interrogantes que acabamos de plantear en las líneas anteriores basta con evaluar el panorama cultural y social de la Romania en 554 y prolongar dicha evaluación hasta 654, para a partir de ahí preguntarse ¿fue una época oscura? ¿Fue este un periodo de estancamiento, retroceso cultural y de quiebra social? Y sobre todo, habrá que preguntarse también si durante el periodo existió o no una *koiné* cultural y social en el Mediterráneo, y si esa *koiné* pervivía en los mismos términos en los que existió durante los siglos IV y V.

El periodo de análisis que hemos señalado no ha sido escogido al azar, sino que es fruto de una previa y cuidada reflexión sobre los límites temporales en los que había que plantear las preguntas y problemas ligados a la *recuperatio*, y sus efectos culturales y sociales en la Romania. En 554, la reconquista del Occidente ya estaba cumplimentada en sus líneas básicas, y por lo tanto, para los defensores del agotamiento cultural y social provocado por los esfuerzos militares y económicos realizados en las guerras justinianas, los síntomas iniciales de esa parálisis y retroceso cultural deberían ser ya evidentes, al igual que también deberían ser constatables las señales de ese proceso para los promotores de la tesis del intento de colonización cultural del Occidente por un Bizancio ya puramente griego y oriental.

Por su parte, el año 654 es también un buen punto y final para nuestro análisis de la cultura tras Justiniano, pues para entonces habían transcurrido ya cien años desde la recuperación de la unidad política, económica y cultural del Mediterráneo, a la par que también para entonces, esa unidad mediterránea era de nuevo definitivamente quebrada y esta vez para siempre, por la irrupción de una nueva civilización en el ámbito mediterráneo: la islámica, que justo entonces y a partir de 654, comenzaba a definirse con trazos propios y no –como había ocurrido hasta entonces– con colores prestados por los pueblos de la Romania y el Eranshar. De hecho, ese mismo año 654 nos ofrece un significativo acontecimiento que, a modo de monumental paradoja histórica, nos señala

⁴⁸⁶ Pueden verse distintos desarrollos de esta tesis de Averil Cameron en sus trabajos: “Gelimer's laughter: the case of Byzantine Africa”, en F.M. CLOVER y R.S. HUMPHREYS (eds.), *Tradition and Innovation in Late Antiquity*. Wisconsin, 1989, pp. 171-190; *The Byzantine reconquest of North Africa...*, *op. cit.*, pp. 153-164; *El mundo mediterráneo en la Antigüedad...*, *op. cit.*, pp. 130 y ss.

este quiebro cultural de proporciones universales. Fue en 654 cuando la flota del primer califa omeya, Moawiya (661-680), saqueó Rodas y se llevó a Oriente los restos del Coloso de Rodas, una de las maravillas del mundo antiguo, que fueron vendidos a un comerciante judío, el cual los llevaría a lomos de 900 camellos, hasta Edesa, en la alta Mesopotamia, donde serían fundidos⁴⁸⁷. ¿No es acaso este un episodio que simboliza por entero el fin de una época, de una experiencia cultural que venía enseñoreándose del mundo mediterráneo desde hacía mil años?⁴⁸⁸ Creemos que sí y por eso prolongaremos hasta 654 nuestro estudio sobre el devenir cultural y social de la Romania. Pero comencemos ya: ¿cómo discurrió la cultura en la reunificada Romania mediterránea tras 554 y hasta 654? ¿Que tipo de hombres y de sociedad sostenían dicha cultura?

I.3.2. La bicefalia lingüística y la unidad evolutiva de la civilización grecorromana (siglos IV-VII).

Cuando a fines del 554 Justiniano emitió su Pragmática Sanción, certificando con ella el fin del periodo de las grandes guerras de reconquista del Mediterráneo occidental, gobernaba un mundo cuyos grandes ejes y centros culturales no diferían, en esencia, de los que habían regido ese mismo mundo un siglo antes.

En efecto, al igual que durante el siglo V, la Romania seguía subdividida en dos grandes espacios lingüísticos, el latino y el griego, espacios que, no obstante, se entremezclaban y coexistían, a Oriente y a Occidente, en determinados ámbitos geográficos. Tal era el caso, por una parte, de Sicilia, Calabria y Apulia, donde las

⁴⁸⁷ Teófanos [6145, 346] recoge este fascinante acontecimiento dentro del relato de su *Crónica* para el año 654.

⁴⁸⁸ El Coloso de Rodas, elevado por los rodios en el año 280 a.C., en conmemoración de su victoria (304 a.C.) sobre Demetrio Poliorcetes, fue ingeniado por Cares de Lindos, discípulo de Lisipo. Este escultor creó una obra maestra del arte y la ingeniería de todos los tiempos, construyendo una colosal estatua por el ingenioso procedimiento de armar y elevar una estructura de hierro y revestirla con placas de bronce que moldeaban la figura del Dios del sol, Helios. El resultado fue una escultura que, con sus 32 m de altura y sus 70 toneladas de peso, se convirtió en una de las siete maravillas de la Antigüedad. El Coloso permaneció en pie hasta que en el año 223 a.C. un terremoto lo derribó. Los rodios, tras consultar a un oráculo, consideraron que la escultura no debía de ser reconstruida y dejaron sus restos sobre el lugar donde habían caído, permaneciendo allí durante siglos. La civilización griega había empezado su expansión con la colonización helénica del Mediterráneo y el mar Negro durante los siglos VIII al VI a.C., alcanzando su cénit con las conquistas de Alejandro y el asentamiento de los reinos de sus sucesores durante los siglos IV al II a.C. En el III a.C., incluso Roma y Cartago, las dos grandes potencias no griegas del Mediterráneo del momento, se hallaban en fase de helenización cultural, tal era el poder seductor de la gran civilización helenística. Fue, pues, una Roma profundamente impregnada de helenismo la que conquistó el mundo mediterráneo y no es de extrañar que la civilización resultante, la grecorromana, fuese la continuación de la griega, perfeccionada y extendida por los éxitos ideológicos, políticos, legislativos, militares y artísticos propiamente latinos. Roma no hizo sino consolidar la unificación cultural y espiritual del Mediterráneo y sus tierras adyacentes. Un proceso que, iniciado por la expansión colonial griega y las conquistas de Alejandro, continuaría con la unificación política de la totalidad de la cuenca mediterránea a inicios de la era cristiana y concluiría en el siglo IV d.C. con la conformación del cristianismo en la religión hegemónica y estatal del Imperio Romano. Para el año 400, una sola civilización, una sola religión, un solo imperio, regían hegemónicamente el mundo mediterráneo, aglutinando una multitud de pueblos y culturas locales muy dispares entre sí. Sobre el Coloso de Rodas *vid.* PIJOAN, J., “El arte griego hasta la toma de Corinto por los romanos 146 a.C.”. *Historia general del arte*. Madrid, 1999, col. *Summa Artis*, vol. IV.

lenguas latina y griega pugnaban aún por la hegemonía, y por otro de Dalmacia, Iliria, las Mesias, las Dacias, la Dardania, el centro y el norte de Tracia, la Escitia, el norte de Epiro y la Macedonia septentrional, cuya población seguía siendo mayoritariamente de lengua latina, pero en donde la influencia de las cercanas zonas grecoparlantes se hacía sentir con fuerza. Ese mismo fenómeno, el de la persistencia de dos grandes esferas lingüísticas con espacios de coexistencia, superposición y mezcla entre ellas, se daba también en el ámbito de las manifestaciones e instrumentos públicos, tales como el militar, el jurídico, monetario, administrativo, diplomático, cortesano, religioso y cultural.

Así, por ejemplo (tal como se vio a la hora de analizar el ejército creado por Justiniano y legado por él a sus sucesores), en todas las unidades militares, ya estuviesen éstas establecidas en Occidente o en Oriente, o ya estuviesen constituidas a partir de reclutas y soldados armenios, tracios, africanos, capadocios o sirios, la lengua en que se impartían las órdenes, la que regía la vida del campamento y del combate, era el latín y esto siguió siendo así hasta por lo menos el 640. Y eso pese a que, por entonces, exceptuando los ejércitos destinados en Italia y África, el griego era ya la lengua común de los soldados que militaban bajo las banderas de Heraclio⁴⁸⁹. Esto indica que la pervivencia de dos grandes espacios lingüísticos dentro de las fronteras del Imperio y la coexistencia e interrelación de ambas lenguas –latín y griego– en los espacios de la vida pública, seguía siendo una realidad palpable en numerosos planos de la vida diaria y cultural del Imperio. De hecho, Justiniano, fue el reconstructor de esa característica cultural esencial del mundo romano: la bicefalia lingüística enmarcada dentro de la cultura grecorromana y superpuesta a la amplia diversidad de las lenguas y culturas locales mediterráneas, una constante cultural que venía manifestándose desde los primeros días del Imperio⁴⁹⁰.

Justiniano, al reintegrar a su Imperio los más de diez millones de habitantes del África latina, Italia, el sureste hispano y las islas del Mediterráneo occidental, y sumarlos a los más de un millón de habitantes de lengua latina de Iliria y Tracia, volvía a dar brío a esa característica del antiguo orbe romano y a regir, de hecho y no sólo en las formas, un mundo sustentado sobre una *koiné* cultural que se apoyaba en la existencia de dos grandes divisiones lingüísticas que se entremezclaban en diversos ámbitos geográficos, públicos y culturales.

⁴⁸⁹ Lo certifica el *Strategikon*, escrito en 611-612. Así leemos en él [*Strategikon*: II,17] que los heraldos debían de saber, además del griego, el latín y el persa; de forma más clara y explícita se ve en otro pasaje [*Strategikon*: III,5] en donde se enumeran las frases latinas que se decían a las tropas para que éstas evolucionaran durante el entrenamiento y el combate, y adoptaran distintas formaciones y maniobras.

⁴⁹⁰ Para tener una visión adecuada de esta realidad cultural y lingüística restaurada por Justiniano tras 533-554 se puede consultar el clarificador mapa y los comentarios de H. BENGTON (*Historia de Grecia...*, p. 416) quien muestra un plano del Mediterráneo del siglo VI en el que aparecen los territorios de lengua latina y los de lengua griega, así como aquéllos en los que se entremezclaban ambas lenguas sin predominio claro de ninguna de ellas.

El hecho anterior es constatable a poco que uno reflexione sobre ello. Por ejemplo, Agatías, que se hizo célebre hacia 570 por sus epigramas de temas clásicos y contemporáneos agrupados en el llamado “ciclo”, por su poesía erótica y, tras su muerte en 582⁴⁹¹, por su inmortal *Historias*, había nacido en 532 en una pequeña ciudad del litoral minorasiático, en Mirina, sobre la costa eolia, y era por lo tanto griego de lengua y en griego escribió sus obras; sin embargo, ello no le impedía usar la lengua latina, al igual que otros muchos hombres cultos que se educaron y formaron durante la segunda mitad del siglo VI. De hecho, esta lengua le fue indispensable en sus estudios jurídicos en Esmirna, Constantinopla y Alejandría⁴⁹², así como para redactar su bien informada *Historias*, en cuya redacción usó obras latinas como las de Diodoro de Sicilia o la de Virgilio, las cuales cita expresamente. Pero Agatías no se limitaba a consultar viejas historias y poemas latinos, sino que se mantenía al corriente de obras de su tiempo escritas en latín. En efecto, el propio autor cita una de sus fuentes latinas, un tal Asinio Quadrasus, un historiador italiano del siglo VI que –según confiesa– había redactado una obra que contenía mucha y excelente información sobre la historia, costumbres y territorios de los alamanes; informaciones escritas en latín y que Agatías usó y nos conservó en griego en las magníficas líneas de su obra dedicadas a los bárbaros alamanes y francos que se enfrentaron a Narsés en 553-554⁴⁹³.

Lo anterior no era una excepción, pues encontramos otro ejemplo en el suegro de Agatías, el insigne poeta Paulo Silenciaro, autor de 80 elegantes epigramas eróticos y de otros 85 epigramas de géneros variados: amorosos, protrépticos, simposíacos, epidícticos, fúnebres y votivos. Pero conocido ante todo por su inmortal poema yámbico *Descripción de Santa Sofía*, escrito en 563 para cantar la gloria y belleza de la gran

⁴⁹¹ No hay acuerdo sobre la fecha de la muerte de Agatías, aunque la mayoría de los estudiosos la sitúan en 581. Cronológicamente, el último suceso recogido en sus *Historias* [4,29, 8-9] es una digresión histórica que Agatías introduce en su relato sobre la historia de los reyes persas. En ella cuenta una incursión que el general Mauricio, el futuro emperador, lanzó contra la provincia persa de Arzanene y que provocó la huida y muerte de Cosroes I. Estos hechos se sitúan a fines del verano e inicios del otoño del 579, por lo que al menos vivía después de noviembre de 579, fecha en la que se conocieron las anteriores noticias en Constantinopla. Ahora bien, dado que Agatías trata con enorme respeto y alabanza a Mauricio pero indicando que ya no era *magister militum* de los ejércitos de Oriente [*Mauricio, hijo de Pablo, quien había sido general de los ejércitos de Oriente nombrado por Tiberio Augusto...*] y que tampoco alude a él ni como César ni como Augusto, nos inclinamos a pensar que redactó el pasaje en los días inmediatamente anteriores a la elevación al cesariato de Mauricio, que sucedió el 5 de agosto de 582. En esas fechas (junio-julio de 582) Mauricio, tras dejar su mando como *magister militum* de los ejércitos de Oriente en la primavera del 582, se hallaba en Constantinopla; tuvo que ser entonces –mientras aún no era César– cuando Agatías redactó el pasaje. Dado que no lo corrigió indicando que Mauricio era ya emperador, habrá que situar su muerte en junio o julio de 582 y no en 581 como generalmente suele hacerse. Acerca de la estancia en Constantinopla de Mauricio en los días previos al 5 de agosto de 582 *vid.* Juan de Éfeso: V, 13.

⁴⁹² El propio Agatías esboza su biografía en su obra [prefacio: 11-14] y habla también de su estancia en Alejandría como estudiante [Agatías: 2,15.5-7].

⁴⁹³ Agatías menciona expresamente a Asinio Quadrasus como su fuente de información sobre los alamanes: *hemos tomado las siguientes informaciones de Asinio Quadrasus, un italiano que escribió una descripción exacta de los asuntos alamanes* [1,6,4-6]; recoge además las informaciones de Asinio Quadrasus sobre las costumbres y religión de los alamanes [Agatías: I, 7,1-4].

iglesia de Justiniano. En efecto, Paulo no sólo era un excelente conocedor de la poesía griega, sino también de la poesía latina, de la cual tomó algunos elementos para su propia obra y de la que aprovechó varios ejemplos para la composición de su gran poema descriptivo. Los eruditos tienen la certeza de que Paulo Silenciaro no usó la poesía latina a través de traducciones sino que accedía a ella, con regularidad y sin trabas, directamente en latín⁴⁹⁴. Y es que Paulo, como alto funcionario del imperio, no sólo se había educado en griego, sino también en latín, y esa formación no sólo le era útil en el desempeño de sus actividades cortesanas y administrativas, sino que también le era fructífera en sus entretenimientos literarios.

Paulo Silenciaro (que moriría hacia 580) y Agatías no eran dos excepciones en la Constantinopla de los años sesenta y setenta del siglo VI, pues por esos mismos años redactaron sus obras Juan Lydo y Pedro Patricio y ambos hicieron uso abundante de obras latinas como fuente para sus propios escritos. Es más, Juan Lydo creyó conveniente redactar su minucioso tratado *De las magistraturas* en lengua latina y eso que era originario de la ciudad de Lydo, en el Asia Menor occidental, que su lengua materna era el griego, que escribía en Constantinopla y que la mayoría del público al que iba destinada su obra hablaba el griego como primera lengua⁴⁹⁵.

Así que, tanto Agatías, como Paulo Silenciaro, Juan Lydo o Pedro Patricio escribieron sus obras con posterioridad al 554 y todos ellos se sirvieron del latín no sólo en el desempeño de su vida pública, sino también en su actividad literaria y creativa. De ahí que, en los años ochenta del siglo VI, dos latinos de noble cuna y elevada cultura: el futuro Papa Gregorio Magno y el futuro San Leandro, no se sintieran incómodos en las calles de Constantinopla y pudieran continuar en ella sin esfuerzo sus actividades sociales y culturales.

Esta situación no era privativa de Constantinopla o del Oriente. No sólo sus literatos y eruditos de lengua griega usaban el latín y su tradición literaria, y se podían permitir viajar, estudiar y triunfar en las distintas tierras del Imperio. Del mismo modo que Agatías, un griego minorasiático, viajaba a Alejandría para formarse y triunfaba en Constantinopla, en Occidente, un contemporáneo suyo, el poeta africano Flavio Cresconio Coripo (con el cual los literatos citados anteriormente coincidirían en 565-570 en la corte de Justino II) no tenía mayores problemas para ser leído, estimado y beneficiado en la muy griega Constantinopla, pese a escribir en latín sus obras de poesía

⁴⁹⁴ Unas pinceladas biográficas de Paulo el Silenciaro las da su propio yerno Agatías [Agatías: 5,8, 7-9; 5,9]. Una excelente semblanza biográfica de este poeta puede verse en la introducción de la obra: EGEEA, J.M., *Paulo Silenciaro. Un Poeta de la corte de Justiniano*. Granada, 2007; sobre el uso de la poesía y literatura latina por Paulo Silenciaro vid. la introducción de Egea en su reciente traducción española del texto griego de la *Descripción de Santa Sofía*, en la que recoge las informaciones al respecto.

⁴⁹⁵ Sobre Juan Lydo y su obra puede consultarse la cuidada introducción que Bandy redactó para su traducción al inglés del texto: BANDY, A.C., *On Powers...*, *op. cit.*, pp. V-LXXIV. Son igualmente útiles las líneas que el maestro Ostrogorsky dedicó a Juan Lydo y a Pedro Patricio: *Historia del Estado Bizantino...*, *op. cit.*, pp. 39-40.

histórico-heroicas y sus panegíricos. Coripo, que había nacido en África, pasó, con seguridad y acierto, de declamar sus poemas ante Juan Troglita y el senado cartaginés, a hacerlo ante Justino II y su corte⁴⁹⁶.

Coripo no se sentía incómodo en la griega Constantinopla, sino que muy al contrario, como hombre culto y bien formado, no sólo conocía la literatura latina, sino que apreciaba también la griega. Así, en sus obras, las referencias y alusiones a pasajes y versos de Homero, Apolodoro, Platón o Herodoto, conviven sin trabas junto a las referidas a Lucano, Claudio Claudiano, Virgilio, Silvio Itálico, Séneca, Horacio, Cicerón u Ovidio⁴⁹⁷.

Ese continuo aludir, directa o veladamente, a pasajes de las obras de los más gloriosos escritores griegos y latinos es, a poco que se medite sobre ello, una prueba del mantenimiento de la cultura literaria clásica en la Romania posterior al 565. Esas alusiones y referencias literarias se elegían, se integraban en los nuevos textos y se declamaban en público, con el objeto de que este último las detectara y paladeara con la profunda satisfacción que otorga el poder comprobar la propia erudición y constatar la

⁴⁹⁶ El mejor análisis de la vida y obra de Coripo, y sin duda la mejor traducción a lengua moderna de sus obras *Panegírico de Justino II* y *La Juanide* es la del español A. RAMÍREZ TIRADO: *Juanide...*, op. cit.. También A. CAMERON tradujo los poemas del genial africano (*In laudem Iustini Augusti Minoris*. Londres, 1976) y llevó a cabo un exhaustivo estudio sobre la persona y la época de Coripo; no obstante, el tiempo transcurrido y algunos errores notables sobre su concepción del África bizantina, hacen que el estudio de Ramírez Tirado sea hoy mucho más útil y fiable que el de Cameron.

⁴⁹⁷ Sobre el uso que hace Coripo de autores griegos así como sobre la influencia en su obra de autores latinos (en especial de la Eneida y las bucólicas de Virgilio, la Farsalia de Lucano, los poemas de Silvio Itálico, de Horacio, de Ovidio, la épica poética de Claudio Claudiano) vid. *Juanide* [Introducción: pp. 16-24], donde Ramírez Tirado menciona los paralelismos de la obra de Coripo con los autores greco-latinos. Por lo demás, existen paralelismos con Platón, Séneca y Claudio Claudiano [*Panegírico de Justino II*: p. 271]; préstamos de Cicerón, Tito Livio, Séneca y del Timeo de Platón [*Panegírico de Justino II*: p. 298]; paralelismos con las sátiras de Horacio, con el *Arte de Amar* de Ovidio, con Propercio, Virgilio, Silvio Itálico [*Panegírico de Justino II*: pp. 312-313] y contactos con pasajes de Herodoto, Lucano y Plinio el Viejo [*Juanide*: pp. 43, 71 y 171]. El propio Coripo menciona a Virgilio y a Homero, y alude a varios pasajes de la Eneida, la Iliada y la Odisea: *Homero y Virgilio nos dieron a conocer a los héroes antiguos. Juan Troglita les supera en sus empresas. Quién al gran Eneas, quién al feroz Aquiles hubiera conocido, quién al valeroso Héctor, quién los caballos de Diomedes, quién los ejércitos de Palamedes, quién a Ulises hubiera conocido si la poesía no evocara sus antiguas hazañas? El poeta de Esmirna describió al valiente Aquiles, Virgilio, versado en la composición de poemas, a Eneas. Pero las hazañas de Juan me instruyeron para describir sus campañas y referir todos sus hechos a los hombres del futuro* [*Juanide*: Prefacio 6-20]. Aprovecha además los poemas homéricos de la Iliada y la Eneida virgiliana para enlazar a Juan Troglita con Eneas, describiendo cómo Juan ordenó a su flota desembarcar en las costas de Troya y cómo el héroe de Coripo aprovecha la aguada de la flota para enseñar a su hijo Pedro los lugares ensalzados por la Iliada, la Odisea y la Eneida: *Vuela segura empujada por los vientos sobre las aguas del Sigeo y recorre la costa de la antigua y deplorable Troya. Entonces recitan los famosos versos del poeta de Esmirna y reconocen desde la alta nave los lugares de sus antepasados: aquí el palacio de Príamo, allí la casa de Eneas, que está retirada y rodeada de árboles. Aquí el cruel Aquiles arrastró el cadáver de Héctor en su carro veloz. En esta playa al gran Demóleo abatió vencedor, nuestro antepasado Eneas con el que resplandecen las altas murallas de Roma y el excelso nombre del imperio y mantiene al ancho universo bajo el dominio del emperador* [*Juanide*: lib. I, 170-195]. Pueden encontrarse en la obra de Coripo numerosos pasajes más referidos a Homero, Virgilio, Herodoto, Hesiodo, Lucano, Horacio, Séneca, Platón, Ovidio, Claudio Claudiano Silvio Itálico y otros destacados autores clásicos. Además de estas constataciones realizadas por Ramírez Tirado, nosotros podemos señalar otras: por ejemplo, en Coripo [*Juanide*: lib. IV 600-615] se narran pasajes de la historia del Minotauro y Teseo sacados de la *Biblioteca* de Apolodoro.

ajena, es decir, la requerida al poeta que se escucha. Así que Coripo, no sólo incluía en sus poemas referencias a los autores griegos antes citados como prueba de su erudición y preparación literaria, sino que además lo hacía porque suponía que el público cartaginés y constantinopolitano que escuchaba y leía sus poemas épicos y sus panegíricos, estaba perfectamente capacitado para reconocer, al instante y con soltura, sus veladas alusiones a las más afamadas obras de la literatura griega y latina. Esto último implicaba a su vez que tanto Coripo como su público frecuentaban habitualmente esas obras y que por lo tanto dominaban las lenguas en que se hallaban escritas, esto es, el latín y el griego.

La anterior conclusión, aunque contraria a lo que tradicionalmente se ha venido afirmando, no debería de sorprendernos. Al fin y al cabo, todos los personajes antes citados se educaron en un ambiente y con unos principios que no eran distintos –en esencia– de los empleados por las generaciones precedentes. Era un ambiente educativo en el que gramática, retórica y filosofía seguían siendo los tres escalones básicos de la formación cultural, y que tenía aún, entre sus características, el adecuado conocimiento de las dos lenguas hegemónicas del Imperio y su gran cultura, el griego y el latín, por una buena parte de las clases superiores del Imperio y de todos aquellos “que quisieran ser alguien” en los círculos de poder e influencia de la Romania. La nobleza provincial, la alta sociedad de la segunda mitad del siglo VI, podía prescindir del griego o del latín vivieran a occidente o a oriente de la Romania, pero, si querían participar de la vida cultural del Imperio, frecuentar la corte, alcanzar puestos de responsabilidad en el alto funcionariado o en el ejército, seguía siendo conveniente –y a menudo indispensable– el conocimiento de ambas lenguas.

Hay muchas pruebas de ello. Por ejemplo, por Agatías sabemos que en 551, cuando el gran terremoto que azotó la cuenca oriental del Mediterráneo arrasó Beritos (la actual Beirut), varios centenares de jóvenes nobles que allí estudiaban murieron sepultados bajo los cascotes de los edificios derrumbados⁴⁹⁸. Beritos era la sede de la mejor escuela de derecho de toda la Antigüedad tardía y allí el latín era indispensable como vehículo de aprendizaje y enseñanza. Si cientos de jóvenes del Oriente estudiaban allí en 551 hay que suponer su conocimiento del latín en un nivel lo suficientemente alto como para adentrarse con éxito en los complicados y arcaizantes códigos y comentarios legislativos latinos que constituían la base de los estudios impartidos en Beritos. Más aún, la Escuela no terminó con este triste descalabro, pues también por Agatías sabemos que se trasladó a Sidón y que luego regresó a una reconstruida Beritos. Así que para 582

⁴⁹⁸ Agatías [lib. 2, 5, 1-5] narra el efecto que el gran terremoto del 551 tuvo sobre Beritos y sus escuelas de derecho. Tras el seísmo, la escuela se trasladó a Sidón, aunque finalmente regresó a la ciudad de Beritos: *La ciudad reconstruida era muy diferente de lo que había sido en el pasado, aunque no fue tan diferente como para ser irreconocible, pues todavía mantuvo algunos rastros de su pasado y de su Antigua identidad. Pero esta reconstrucción de la ciudad y el consiguiente regreso de las escuelas tardó*

(fecha en la que Agatías daba los últimos toques a sus *Historias*), los estudiantes de Derecho romano y consecuentemente, el cultivado latín del que desde hacía siglos hacía gala la Escuela de Beritos, seguían fuertemente instalados en las riberas de Fenicia, en pleno corazón del Oriente helenístico.

Lo anterior, sumado a lo que ya hemos mostrado y a lo que añadiremos a continuación, nos lleva a aceptar que una parte no desdeñable de las élites de la Romanía (es decir, de la vieja nobleza provincial y la nueva nobleza salida del alto funcionariado y del ejército) seguían interesadas en la segunda mitad del siglo VI, en que sus hijos adquirieran una educación y unos conocimientos literarios y lingüísticos que en esencia eran semejantes a los de sus antepasados y que seguían siéndoles indispensables para acceder al círculo de poder generado por el emperador de Oriente. Dicho círculo seguía demandando hombres educados en los principios y formas culturales establecidos por el Imperio en el Mediterráneo desde hacía siglos. ¿Cómo si no explicar por qué un general de Justiniano, Juan Troglita, era capaz de recordar pasajes enteros de la Iliada de Homero y de la Eneida de Virgilio, y disfrutar a un tiempo con los nuevos versos latinos que Coripo componía en su honor?

Y es que Juan Troglita, como otros muchos militares de alta graduación de la Romanía del siglo VI y de la primera mitad del VII, no sólo contaba con una sólida formación militar, sino también con una amplia formación literaria y –según Coripo– se hallaba muy interesado en que su hijo también la obtuviera. Así, aprovechando el paso por los Dardanelos de su flota de guerra, ordenó a ésta que echara el ancla frente a las ruinas de Troya y, bajando a tierra con su hijo Pedro, visitó con éste el lugar recordándole los pasajes más destacados de los poemas de Homero y Virgilio⁴⁹⁹. Es el mantenimiento de esa *koiné* cultural de doble faz lingüística lo que hace comprensible que en 566 Coripo pudiera introducir en su panegírico el siguiente verso sin necesidad de tener que concretar nada más ante su público:

“Seguidamente, la elocuencia de los oradores cantó en las dos lenguas, como gracia solemne, los encomiables méritos del augusto cónsul”⁵⁰⁰.

Las dos lenguas en cuestión, aquellas dignas de servir de vehículo de alabanza para un Augusto, eran –claro está– el griego y el latín. Se comprende también mejor que en 551, con ocasión del nacimiento de Germano (en cuyas venas se mezclaba la sangre de Teodorico y de Justino, de Gotia y la Romanía) que el insigne historiador Jordanes presentara ante la corte imperial su recién terminada obra latina *Getica*⁵⁰¹, una historia

un tiempo en tener lugar. Frecuentemente se olvida este pasaje de Agatías que constata el regreso de las escuelas de derecho a Beirut con todo lo que ello implicaba.

⁴⁹⁹ Coripo, *Juanide*: lib. I, 170-195.

⁵⁰⁰ Coripo, *Panegírico*: lib. IV, 155-157.

⁵⁰¹ Un estudio notable de la vida, educación y obra de Jordanes lo realiza J.M. SÁNCHEZ MARTÍN en la Introducción a su traducción española del texto: *Jordanes. Origen y gestas de los godos*. Madrid, 2001.

de los godos⁵⁰². Al fin y al cabo, la lengua materna de la familia imperial reinante, la casa de Justino (y esto se olvida a menudo) era el latín.

De la misma manera se hace mucho más comprensible todo el periodo, un tiempo que vio la publicación en latín del *Código* de Justiniano y que a la par asistió a la publicación del *Digesto* en griego; que veía cómo, a lo largo de más de doscientos años (378-582), el solio constantinopolitano era ocupado –con sólo dos excepciones– por emperadores cuya lengua materna era el latín; un periodo cuyos tramos finales quedaron marcados por un emperador, Justiniano, de lengua materna latina que compartía el trono con una mujer de lengua materna griega, Teodora, y que gobernaba una corte en la que la mayoría de los funcionarios eran greco-parlantes, pero para la que seguía siendo indispensable el latín a la hora de emitir moneda, dirigir sus ejércitos y su diplomacia, y moverse con soltura por el intrincado mundo de los títulos, dignidades y atributos administrativos; una corte en donde los altos funcionarios y el círculo más cultivado de la ciudad seguía leyendo, escribiendo y declamando, en un griego arcaizante, y a menudo (más de lo que se ha venido creyendo hasta ahora) también en un latín igualmente arcaizante. En fin, una corte en donde senadores, funcionarios y generales italianos, africanos, ilirios y tracios, compartían mesa y mantel (pese a las divergencias lingüísticas existentes entre las zonas de predominio latino y griego) con senadores, funcionarios y generales constantinopolitanos, minorasiáticos, egipcios y sirios.

El anterior orden de cosas no sólo existía en la corte, en la cosmopolita Constantinopla, sino también en otros muchos ámbitos esenciales del Imperio. Así por ejemplo, era el conocimiento de las dos lenguas, el latín y el griego, lo que hacía que generales de lengua materna latina (como era el caso de Belisario, Germano, Bono, Justino, Valeriano o Justiniano, que pelearon entre las décadas del 530 al 600 en las fronteras orientales del Imperio) no tuvieran mayor problema en desenvolverse con acierto en provincias de hegemonía lingüística griega. Y de la misma manera, generales de lengua griega como Juan Troglita, Salomón, Prisco, Pedro, Comentiolo, Teodoro, Heraclio el Viejo, Heraclio el Joven, Gregorio o Nicetas, tampoco se sintieron incómodos en sus destinos italianos, africanos y danubianos de lengua latina.

De hecho, el conocimiento del latín seguía siendo indispensable para un alto mando militar, no sólo porque en esa lengua se impartían las órdenes, sino también porque su conocimiento abría ante sus ojos la historia militar romana así como buena parte de las obras tácticas y estratégicas disponibles en los siglos VI y VII. Así veremos a un general de los días de Mauricio y Heraclio, el insigne Filípico, servirse indistintamente de obras latinas y griegas para la redacción de su influyente tratado de táctica militar, el llamado *Strategikon* de Mauricio. De hecho, en el prólogo de su obra Filípico se mostraba muy decepcionado con la deficiente formación de los nuevos

⁵⁰² Sobre el mantenimiento del latín entre los círculos de la corte y del poder constantinopolitano, léanse

oficiales apresuradamente reclutados por Heraclio hacia 611-612 y a los que iba destinado su manual táctico, una deficiente formación que –según confiesa veladamente– los incapacitaba para acceder directamente a las tradicionales obras tácticas latinas y griegas, y que era causa de que él se viera obligado a usar un griego vulgar y simple a la hora de redactar el nuevo *Strategikon* que debía de servir de base formativa al ejército de Heraclio⁵⁰³.

Filípico, que se había formado como oficial en la década de los años sesenta y setenta del siglo VI, y que había llegado al alto generalato en la década de los ochenta de ese mismo siglo, no había tenido esos problemas o taras formativas: leía con fluidez el viejo latín y el estilizado griego de los autores clásicos. Tanto es así que sus fuentes formativas e inspirativas principales como general y tratadista fueron los relatos de Polibio y Tito Livio sobre la II Guerra Púnica y sobre todo una obra táctica latina del siglo V, el *De rei militari* de Vegecio⁵⁰⁴. Filípico, era un apasionado de Escipión el primer africano y de Aníbal. Esta pasión (como se verá a la hora de analizar las campañas de Heraclio contra Persia), tuvo una notable e inesperada influencia sobre el

las palabras de RAMÍREZ TIRADO en su Introducción al *Panegírico de Justino II*: p. 250.

⁵⁰³ Mucho se ha debatido sobre quién escribió el tratado táctico *Strategikon* atribuido a Mauricio, sobre cuándo se redactó y que finalidad tenía, puntos sobre los que aún los especialistas no han llegado a un acuerdo. Después de apasionados debates, en la década del setenta del pasado siglo se descartó la posibilidad de que el autor del *Strategikon* atribuido a Mauricio fuera Urbikios, un tratadista militar de la primera mitad del siglo VI, y se acotó el problema de la autoría a tres posibilidades: el emperador Mauricio, un anónimo general de fines del siglo VI o inicios del VII, y Filípico. Esta última posibilidad, la del famoso general de Mauricio y Heraclio, ha ido cobrando fuerza desde entonces. Sobre todo, después de que se acotara significativamente el periodo de tiempo en que pudo escribirse el manual táctico, entre 593 y 628. Nosotros creemos que Filípico fue el autor y hemos descubierto nuevos datos y pruebas que así, en nuestra opinión, lo certifican, pero dada la extensión de la argumentación que deberíamos de desarrollar para probar nuestra aseveración, pospondremos esta y las pruebas sobre las que se apoya a las páginas que dedicaremos al estado militar del imperio en los días del ascenso al trono de Heraclio y a su reorganización militar. Para una discusión sobre la posible autoría de este tratado militar *vid. Strategikon*, Introducción: VII, XXI.

⁵⁰⁴ Entre los autores clásicos que influyeron en el autor del *Strategikon* y con los cuales estableció paralelismos, y extrajo materiales y citas están: Polibio, Tito Livio, Homero, Dión Casio, Polieno, Cicerón, Plutarco y Aristágoras. Así, en *Strategikon*: lib. 8, 2, 82, se cita un verso de Homero para mostrar una maniobra (ARMIÑO, M., *Homero, Iliada*. Madrid, 1997, 11, 802-803; 16, 44-45); en *Strategikon*: lib. 8, 2, 87, se aprovechan unos pasajes de Polibio (BALASCH RECORT, G., *Polibio, Historias*. Madrid, 2000, 3, 78, 1-4) y de Tito Livio (VILLAR VIDAL, J., *Historia de Roma desde su fundación*. Madrid, 1990, 22,1) para ilustrar con una anécdota de la vida de Aníbal uno de sus consejos tácticos; en *Strategikon*: lib. 8, 1, 26, figura un dicho latino, tomado de Cicerón y Polibio, para advertir a los futuros oficiales sobre descuidar la fortificación del campamento, y en *Strategikon*: lib. 9, 2, se usa una noticia referente a Lucio, un general de Trajano en la campaña del 116 contra Partia, tomada de Dión Casio, para ilustrar un ataque nocturno. Pero ante todo, el autor del *Strategikon* se sintió especialmente influido por Vegecio, el gran tratadista militar de inicios del siglo V, muy apreciado en Oriente, y que había sido ya usado por destacadas plumas del siglo VI como la de Juan Lydo, el cual lo cita [*De magistratibus*: I,47] y coloca en la lista de los grandes autores militares romanos y griegos. Pero la influencia de Vegecio en el *Strategikon* es tan significativa que en esta última se copian partes enteras de Vegecio como las referidas a las normas y máximas generales de la guerra, o las que se ocupan del entrenamiento de la caballería: compárense Vegecio: III,26, 1-35, con *Strategikon*: lib. 8,2. 1-101; y Vegecio: I, 18, con *Strategikon*: lib. 1,2.

devenir del siglo VII, amén de servir de fuente inspirativa para el poeta más glorioso de todo nuestro periodo: Jorge de Pisidia⁵⁰⁵.

Otro insigne general de la época aquí estudiada, Narsés, que era de origen armenio y que había iniciado su carrera como funcionario en la corte constantinopolitana, nos ofrece otra excelente anécdota sobre el conocimiento del latín por parte de hombres provenientes del más profundo Oriente romano. Es la que sigue: en los días finales del año 552 y en los que vieron iniciarse el 553, Narsés se hallaba plantado frente a la fortaleza de Cumas que se negaba a rendirse. Cumas no sólo era una fortaleza imponente y por lo tanto indispensable para los romanos si querían asegurar sus recientes victorias, sino que además se guardaba en ella el tesoro real godo, lo que hacía aún más apetecible e indispensable su toma. Tras varios intentos fallidos, Narsés recurrió a un arma insospechada: Virgilio y la Eneida, pues recordó que allí, bajo las murallas de la Cumas del siglo VI, debía de hallarse la cueva de la Sibila y con ayuda de los versos latinos de la Eneida la encontró y la minó, provocando con esta acción la caída de una porción nada desdeñable de las murallas de la fortaleza y facilitando de esa manera los ataques a la ciudad por parte de los soldados romanos⁵⁰⁶.

¿Qué mejor ejemplo podíamos usar para nuestro propósito que el ofrecido por este armenio? Narsés, llegado en su adolescencia a Constantinopla para servir en palacio como eunuco, se ve obligado a dominar no sólo el griego sino también el latín para desempeñar con acierto sus cada vez mayores atribuciones. Más tarde, pasó muchos años en la muy griega corte de Justiniano I enclavada en la muy griega Constantinopla, leyendo y redactando informes administrativos en latín y en griego, indistintamente. A la postre, en sus años tardíos, se ve puesto al mando de un ejército formado por cien razas distintas cuya lengua de mando y batalla es el latín; y ese eunuco armenio, uno de los hombres más brillantes de la Antigüedad tardía, no sólo se ve en la latina Italia bregando con sus soldados en el latín de los campamentos, sino que además tiene que

⁵⁰⁵ Esta influencia de Aníbal y Escipión sobre Filípico queda certificada por un contemporáneo suyo, Teofilacto Simocata [II,1, 14, 2-4], quien al narrar la campaña de Filípico contra Persia en 585, dice que era sabido por todos en el ejército de Filípico que el general extraía sus estrategias, tácticas y disposiciones, del estudio de los antiguos tratados e historias, a los que era muy aficionado; que era un apasionado de Escipión y su guerra con Aníbal, hasta el punto de que adoptó la estrategia de Escipión contra Aníbal en la segunda guerra púnica como modelo para su enfrentamiento con los persas; más tarde, cuando Heraclio lo sacó del monasterio donde se vió confinado por Focas y lo rehabilitó en 613 al mando del ejército, Filípico volvió a adoptar una estrategia puramente escipioniana. Así, dejando tras de él, en territorio romano, a los ejércitos persas, atacó directamente las provincias de la perso-Armenia. Esta forma de actuar fue la de Escipión, quien dejó en Italia a Aníbal para golpear a Cartago directamente, siguiendo así el ejemplo de su rival púnico, quien previamente había atacado Italia dejando tras de sí, en Sicilia e Hispania, ejércitos romanos que amenazaban el territorio cartaginés. Fue la misma táctica que también adoptaría a partir de 622 Heraclio y que le daría la victoria. Curiosamente Heraclio también gustó de compararse con Escipión y su poeta Jorge de Pisidia emplea repetidas veces este tema [*Heraclias*: 2,1,95-100]; además, el autor del *Strategikon*, que nosotros identificamos con Filípico, hace más de una docena de alusiones a Aníbal y a Escipión, a los que cita en su texto directa o indirectamente [*Strategikon*: lib. 8, 2, 93; lib. 8,2,87).

⁵⁰⁶ Agatías: 1,10. 1-7.

lidiar en un latín arcaizante y sofisticado con los quisquillosos nobles itálicos, para terminar, ya en los días de triunfo y sosiego, en Roma, una ciudad latina.

Pero volvamos a los literatos. Tanto Agatías como Coripo (por centrarnos en dos de los más afamados y respectivamente de lengua materna griega y latina) escribieron sus brillantes obras entre los años que van de 552 a 582; ambos leían con igual reverencia la Eneida de Virgilio y la Iliada de Homero, llamaban en su socorro a las musas, ensalzaban con idénticos atributos clásicos y métodos literarios a sus héroes, y se sentían igualmente cómodos en lugares tan diversos entre sí como Cartago y Constantinopla –en el caso de Coripo–, o como Mirina, Esmirna, Alejandría, Tralles, Cos y Constantinopla, en el de Agatías. ¿Por qué? Porque, al igual que sucedía en los siglos IV y V, en la segunda mitad del siglo VI pervivía aún entre buena parte de las élites de la Romania, una comunidad cultural. Es decir, la mayoría de esas élites dirigentes seguían, en no poca medida, compartiendo gustos, modelos literarios, ideológicos y artísticos. Y sobre todo, seguían educándose de la misma forma que sus antepasados: una educación literaria basada en el estudio de textos escritos en un griego y un latín altamente refinados y arcaizantes, que las separaba del resto de la sociedad y las unía a las élites que las precedieron en el gobierno y control del Mediterráneo.

Así que –como vimos en el caso de Coripo– no es de extrañar que las sutiles alusiones literarias, las alegorías y construcciones poéticas de Agatías pudieran ser gustadas con idéntico regocijo por un alejandrino, un constantinopolitano o un cartaginés, y que la misma corte de Justino II escuchara embelesada tanto la picante y divertida poesía de Agatías, compuesta y declamada por éste en un griego homérico, como los versos latinos de Coripo, escritos en un latín virgiliano y destinados a ensalzar la figura de Justiniano y elevar a la apoteosis la del nuevo emperador, Justino II.

Agatías y Coripo no eran sino dos eslabones más en una larga cadena cultural y literaria que los enlazaba con los hombres cultos de los siglos IV y V, y que los comunicaba a través de éstos, con la gran cultura griega y latina de los siglos VII a.C. a III d.C. Así que nuestros literatos y con ellos los altos funcionarios, generales, cortesanos, aristócratas y senadores que escuchaban sus versos en la corte de Justino II, elevaban sus gustos y obras literarias sobre los mismos valores y modelos sobre los que habían elevado los suyos sus antepasados. Y seguirían haciéndolo. Cuando entre 622 y 630, Jorge de Pisidia declamaba sus pulidos versos, escritos en un griego que resucitaba lo mejor de la poesía homérica y cuya perfección le valió que la literatura bizantina posterior le considerara un “nuevo Eurípides”⁵⁰⁷, lo hacía ante una corte, la de Heraclio, que aún sabía saborear las cuidadas y elegantes alusiones que el poeta hacía a los textos de Homero, Plutarco, Polibio, Virgilio, Tolomeo, Apolodoro, Claudio Claudiano,

Lucano o Eurípides⁵⁰⁸, y que a la par apreciaba las comparaciones y paralelismos que hacían de Heraclio un nuevo David, un nuevo Noé, un nuevo Moisés o Daniel, a la par que un nuevo Hércules, Perseo, Ulises o Aquiles. Y es que, para los que escuchaban los homéricos versos de Jorge de Pisidia, no había contradicción alguna en que su Augusto Señor, el emperador de los romanos, fuese a un tiempo comparado con David, Alejandro o Escipión⁵⁰⁹. La nueva Romanía (alumbrada durante el siglo IV e inmersa en un proceso de restauración y renovación en tiempos de Jorge de Pisidia) y su héroe, Heraclio, disfrutaba de esa triple raíz cultural e ideológica: la judeocristiana, la helénica y la latina. Si no tenemos en cuenta esa íntima convicción cultural e ideológica que sentían tanto el poeta como los funcionarios, cortesanos, senadores y generales que lo escuchaban, como también el emperador a cuya mayor gloria iban destinados los poemas del pisidiano, es imposible entender adecuadamente la cultura y sociedad de este tiempo. Un periodo que aún en los años veinte y treinta del siglo VII, tenía como representante cultural más destacado a un poeta, Jorge de Pisidia, nada más y nada menos que todo un estobofilacto y cartofilacto de Santa Sofía, al que su íntima relación con la gran iglesia constantinopolitana y con la cultura griega, no le impedía en modo alguno ni acudir a las paganas musas, ni leer a los antiguos y paganos autores griegos, ni frecuentar las obras literarias latinas en busca de materiales e inspiración.

Debía de ser fácil encontrarla en la Constantinopla de los años veinte, treinta y cuarenta del siglo VII, pues Jorge de Pisidia se codeaba en la corte de Constantinopla con el historiador Teofilacto Simocata, con el filósofo e insigne astrónomo y alquimista Esteban de Alejandría, con el afamado teólogo y excelente conocedor de la filosofía platónica, aristotélica y neoplatónica, Máximo el Confesor; con el maestro en

⁵⁰⁷ Para la comparación de Pisidias con Eurípides por parte de autores bizantinos posteriores a él, *vid.* OSTROGORSKY, G., *Historia del estado bizantino...*, *op. cit.*, p. 99.

⁵⁰⁸ Las referencias, préstamos y alusiones a autores y obras clásicas latinas y griegas en los poemas de Jorge de Pisidia, escritos entre 619 y 630 para ser declamados ante la corte constantinopolitana de Heraclio, son innumerables y proceden ante todo de Homero, Virgilio, Horacio, Ovidio, Herodoto, Jenofonte, Tucídides, Polibio, Plutarco, Claudio Claudiano, Platón, Aristóteles, Cicerón y Apolodoro. El profesor Gonzalo Espejo, traductor de la obra de Jorge de Pisidia al español, y sin duda el mejor conocedor actual del pisidiano y su obra ha señalado docenas de estos préstamos, influencias, citas y alusiones procedentes de autores clásicos. Hemos de darle las gracias encarecidamente por permitirnos consultar sus notas y leer su traducción de los poemas de Jorge de Pisidia antes de que sean editados por el *Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas* de Granada. Por otra parte, G. Espejo ha presentado recientemente un magnífico trabajo en el que subraya este uso de autores clásicos latinos y griegos por parte de Pisidias: ESPEJO JÁIMEZ, G., "Tradición clásica e innovación en Jorge de Pisidia". *XII Congreso de la S.E.E.C.*, Valencia, 2008 (en prensa).

⁵⁰⁹ Estas comparaciones de Heraclio con héroes de la mitología griega (Hércules, Ulises o Perseo), con señaladas figuras de la historia griega y romana (Alejandro, Constantino o Escipión) y con personajes destacados del Antiguo Testamento (David, Moisés y Noé) son una constante en los versos de Jorge de Pisidia. Algunos ejemplos de estas comparaciones: con Hércules [*De expeditio*: III, 350-355; *Bellum Avaricum*: 50-60; *Heraclias*: I, 65-90 y *Heraclias*: II, 20-25], con Perseo [*Heraclias*: II, 15-20], con Ulises [*De expeditio*: III, 450-460], con Alejandro [*Heraclias*: 110-115; *De expeditio*: III, 50-55], con Escipión [*Heraclias*: II, 20-25], con Constantino [*Restauración de la Cruz*: 60-65], con David [*De expeditio*: II, 112-116], con Moisés [*De expeditio*: I, 135-140; III, 415-420 y *Bellum Avaricum*: 495-500], y con Noé [*Heraclias*: I, 85-90]. Por nuestra parte, tratamos este tema y sus implicaciones e influencias en

matemáticas, lógica, filosofía, medicina e historia, Tychicus y, sobre todo, con un emperador, Heraclio, muy interesado en la cultura antigua, en la historia y la teología, y con fama de estar muy versado en astrología y oniromancia⁵¹⁰.

No era menos estimulante el ambiente cultural de la primera mitad del siglo VII en el resto de la Romanía, pues a estos años pertenecen las obras teológicas, filosóficas, matemáticas y geográficas del armenio Ananias de Shirak; la obra geográfico-toponímica de Jorge de Chipre, el maravilloso compendio astronómico del siríaco Sebot que reunía en su obra lo mejor de las matemáticas, la astronomía y la geometría griega y lo sumaba a la rica tradición babilónica; los elegantes poemas, cartas y homilias de Sofronio de Jerusalén; una parte considerable de las obras teológicas, las maravillosas hagiografías e historias piadosas de Juan Mosco y de Leoncio de Neápolis; las obras filosóficas y médicas de Juan de Alejandría, Olimpiodoro y David el Armenio, o la angustiosa y vívida descripción de la destrucción de Jerusalén por los persas escrita por Antioco Estrategos.

Como vemos, la enumeración de escritores que acabamos de hacer no es en modo alguno exhaustiva y la primera mitad del siglo VII no conllevó una situación de parálisis o decadencia cultural. Ésta sólo se manifestó a partir de las invasiones islámicas (es decir, desde 634) y haciéndose evidente y grave a partir del 650. Por lo demás, esta época, tan orgullosa de sus raíces y presupuestos culturales e históricos griegos, latinos y cristianos, fue también un periodo capaz de alumbrar hombres tan semejantes y diversos, a un tiempo, como lo fueron Sofronio de Jerusalén y Menandro Protector. En efecto, ambos habían nacido alrededor del 550 y recibido una cuidada formación de corte clásico. Sofronio había sido un afamado profesor de retórica en Damasco, tan afamado que fue llamado “sofista, maestro, hermano y compañero” por Juan Mosco; por su parte, Menandro Protector, antes de dedicarse a la historia, se había formado como jurista. Sin embargo, Sofronio de Jerusalén se sintió atraído por las nuevas virtudes cristianas y terminó, hacia 580, por abandonar su plaza de maestro de retórica en Damasco. A continuación, se hizo monje y siguió a Juan Mosco en un

nuestro trabajo: SOTO CHICA, J., “La política heroica de Heraclio...”, *op. cit.*, pp. 671-684.

⁵¹⁰ Esta faceta de Heraclio, la de un emperador versado en astrología, oniromancia y alquimia, tuvo gran repercusión en los pueblos orientales, quienes recogen estas habilidades y aficiones suyas en los textos de sus obras. Así, en la llamada *Crónica Mozárabe del 741*, obra que, aunque terminada en la España posterior al 741, es en origen y en casi todo su contenido una obra oriental, posiblemente siria y redactada a inicios del siglo VIII, se dice: .. *oída la relación de esto, Heraclio aconsejó al hermano que en ningún modo combatiera con tal gente, puesto que ciertamente, Heraclio, era experto de la disciplina del conocimiento de la astrología y si por casualidad sucedía algo, él lo sabía de una u otra forma* [*Crónica Mozárabe del 741*: 12, p. 160]. Y en la *Historia de los reyes y de los profetas* de al-Tabari, la mejor historia islámica de la alta Edad Media, se recoge la siguiente tradición árabe del siglo VII, al respecto de cómo Heraclio supo mediante sus habilidades onirománticas que los árabes y no los judíos eran el pueblo circunciso destinado a dominar Siria de quienes hablaban las profecías del momento: *Cuando hubo ofrecido a Heraclio su relato, el emperador dijo: "¡desnúdenlo!" Ellos lo desnudaron y descubrieron que estaba circuncidado. Heraclio dijo: "¡esto, por Dios, es lo que me fue mostrado en el sueño, y no lo que vosotros deciais!* [Al-Tabari: VIII, 1562).

interminable peregrinaje por Asia Menor, Siria, Palestina, Egipto, el Egeo, Roma y posiblemente África. Durante su viaje, coleccionó historias piadosas, polemizó con herejes y escribió una obra poética, las *Anacreónticas* y unos *Epigramas* que conjugaban lo mejor de la tradición clásica griega con las nuevas formas cristianas; terminó sus días como patriarca de Jerusalén, redactando cartas sinodales y sermones. Menandro Protector, por su parte, se sintió más atraído por las “viejas formas” y acabó escribiendo una obra histórica plena de sentido crítico, ironía y elegancia, que no hubiera desagradado a Amiano Marcelino, a la par que se comportó y vivió de una forma que no hubiera incomodado a un joven noble de comienzos del siglo IV, pero que hubiera provocado la desaprobación de su piadoso contemporáneo Sofronio⁵¹¹.

La anterior afirmación puede valorarse mejor si se toma como punto de partida las propias palabras de Menandro Protector que, haciendo referencia a su vida en Constantinopla hacia 580, fueron escritas con elegante ironía hacia el año 590. Esto es, la semblanza autobiográfica de Menandro que a continuación mostraremos, dibuja una faceta de la vida constantinopolitana que transcurre aproximadamente en los mismos días en los que el joven profesor de retórica de Damasco, Sofronio de Jerusalén, abandonaba su mundana existencia para consagrarse a la vida monacal y errante que regiría el resto de su vida e iba a marcar decisivamente su obra literaria. El texto de Menandro dice así:

“Mi padre, Eúfrates, había nacido en Bizancio. Él no tenía educación literaria de ningún tipo. Mi hermano, mi protector, Herodoto, aunque le habían agradado los estudios de derecho, no los finalizó. Yo, por mi parte, pensaba que debía dedicarme a las leyes y esforzarme hasta terminar su estudio, y lo finalicé como me fue posible. Pero usé poco mis conocimientos para el provecho de la profesión jurídica, pues no me agradaba

⁵¹¹ Sofronio de Jerusalén nació en Damasco, posiblemente en 554. Tuvo una esmerada educación de corte clásico y fue maestro de retórica en su ciudad natal hasta que, quizás en 580, Juan Mosco lo cautivó espiritualmente y se convirtió en su maestro. Sofronio se hizo monje en el monasterio de San Teodosio de Jerusalén y siguió a su maestro espiritual a través de todo el Imperio, visitando monasterios, cenobios, lugares eremíticos y ciudades de Asia Menor, Siria, Palestina, Egipto, las islas del Egeo, Roma y África. Juan Mosco lo llamaba “sofista y maestro”, en alusión a su antiguo oficio de maestro de retórica; también le daba los apelativos de “hermano” e “hijo mío”, y le dedicó su obra en cuya preparación y redacción participó el propio Sofronio. Éste, por su parte, aprovechó su amplia cultura y dotes retóricas, para componer obras de excelente factura como sus *Anacreónticas* y sus *Epigramas*, al tiempo que demostraba su preparación teológica y sus dotes pastorales en una serie de excelentes cartas sinodales y homilias. Sofronio moriría en Jerusalén el 11 de marzo del 638. *Vid.*: Juan Mosco, *Prado espiritual*: pp. 10-11 y 45-48, donde se recoge el carácter de la relación entre Mosco y Sofronio; VON SCHÖNBORN, C., *Sophrone de Jérusalem*. París, 1972; GIGANTE, M., *Sophronii Anacreontica*. Roma, 1957, la mejor traducción a lengua moderna y un excelente estudio. Menandro Protector, nació en Constantinopla, entre 545 y 550, y murió en la misma ciudad en 610. Era miembro de una acomodada familia y gracias a su hermano, pudo acceder a los círculos literarios más influyentes de la capital. Tras estudiar derecho, abandonó la carrera judicial y luego de una vida disipada, entró al servicio de Mauricio, quien estaba muy interesado en la cultura e impulsó decisivamente la escuela imperial de Constantinopla que fundara en el siglo V Teodosio II. Menandro se consagró entonces (582) a la literatura y en especial a la historia. Su obra histórica es de una ironía, elegancia y exactitud subyugadoras, sobre todo cuando trata de los pueblos vecinos del Imperio. Su sobrenombre de “Protector” le vino por haber logrado un puesto en el tagma de los protectores, un cuerpo de guardias honorífico. Sobre Menandro y su obra *vid.* el detallado análisis que realiza Bocklei en la traducción del texto de este autor.

defender una causa ni frecuentar la Estoa Real y era terrible para mí, familiarizarme con los intereses de los demandantes. Por consiguiente, después de abandonar los asuntos importantes y de escoger cosas de peor condición, vagabundeaba. En aquel tiempo me eran muy agradables los ruidos de los “colores”, las carreras de carros y también todo tipo de pantomimas. Incluso me desnudaba en las palestras y a tal punto de locura llegué en mi deriva que me quité la capa corta y la sensatez y algún otro honor de la vida.

Cuando el emperador Mauricio vistió la púrpura imperial, tenía ideas muy prudentes para con sus súbditos. Amante de las musas y de la poesía, le gustaba tanto la historia que consumía gran parte de las noches estudiándola y en consecuencia animó a muchos hacia ella e incentivó con dinero a los más perezosos de mente. En ese momento yo mismo andaba de acá para allá de buena gana y no pudiendo soportar el no tener las cosas necesarias había considerado no ir por todas partes sin obtener ningún provecho, de modo que con ahínco me dispuse a trabajar en esta obra de historia empezando después de donde, por haber muerto, cesa la de Agatías y que el final de su obra fuera el principio de mi historia”.⁵¹²

¿Qué tenemos aquí? Una magnífica instantánea de la vida de un joven acomodado en la Constantinopla del 580. ¿Cómo se ha formado ese joven? Mediante una educación literaria basada en los textos clásicos y el estudio de las leyes. Es decir: gramática, retórica y derecho. ¿Cuáles son sus ocupaciones y divertimentos? El hipódromo, las luchas de los *demos*, los espectáculos teatrales, los combates y ejercicios en la palestra.

Así pues, Menandro escribe y vive como un hombre antiguo, y sin embargo, al mismo tiempo y en el mismo Imperio, otro hombre, Sofronio de Jerusalén, pese a proceder de la misma clase social que Menandro y a haberse formado con los mismos presupuestos culturales, escribe y se comporta de un modo netamente distinto en el que otros valores, metas y entretenimientos, conviven y aspiran a recubrir los de Menandro.

¿Señales de un mundo que se eclipsa y de otro que surge? No. Son sólo dos facetas complementarias de un mismo mundo, una misma sociedad. La misma que se congratulaba, a la par y con igual regocijo, con las entremezcladas alusiones al Antiguo Testamento y a los viejos héroes y dioses, que en sus poemas hacía Jorge de Pisidia en honor del emperador Heraclio; la misma que aplaudía a Coripo cuando éste ayuntaba en los mismos versos a las musas y a la Virgen María:

“Yo ofrezco mi voz; vosotras, diosas, concededme las palabras; madre Vigilancia y Sabiduría, que, ostentando el poder supremo, das tu protección al universo, con vosotras me basta, a cambio de todas las Musas, para cantar mis versos; vosotras me descifraréis los secretos misterios. Y tú, Madre de Dios, tiéndeme tu santa diestra y ayúdame, te lo suplico”.⁵¹³

Quien no entiende esta ambivalencia cultural, no puede entender a la Romania de los siglos IV a VII ni pretender evaluar la cultura de estos tiempos. Y sin embargo se prescinde una y otra vez de esta constante histórica. De hecho, el olvido de la misma ha permitido a los historiadores del periodo defender dos posturas antagónicas por

⁵¹² Menandro Protector, *Frag.*: 1,1, Suda; m591, p. 41

⁵¹³ Coripo, *Panegírico a Justino II*: lib. 1, 5-15.

completo. Para aquellos que sólo se detienen en las obras y vidas de hombres como Menandro, y marginan las de otros contemporáneos de este último, como Sofronio de Jerusalén, la Antigüedad, no sólo tal y como se renovó en el siglo IV, sino aun la clásica, se mantiene imperturbable e inamovible. Para otros, los que prefieren hacer hincapié en las obras y vidas de hombres como Sofronio de Jerusalén, olvidando a los “Menandros” de la época, la Antigüedad, incluso tal y como se configuró a partir del siglo IV, ha dejado ya de existir. Ambas posturas aciertan y yerran a la vez.

Lo que aquí tenemos no es sino la lógica evolución de un proceso que se configura en el siglo IV, con la cristianización de la Romanía, y cuyas más hondas raíces se adentran hasta los inicios de la Antigüedad mediterránea. Ni las sociedades, ni las culturas, ni los hombres permanecen estáticos; bien al contrario, evolucionan y se transforman. Lo que en última instancia importa es la dirección de esa transformación; es decir, si transcurre por las veredas marcadas inicialmente por sus orígenes y pautas de desarrollo, o si, apartándose de los primeros y de las segundas, termina siendo algo irreconocible e impredecible para los hombres, las generaciones que participaron en su evolución y desarrollo. Esa es la diferencia fundamental entre continuidad y discontinuidad, entre la quiebra de una civilización o la natural evolución de la misma; entre el fin de una sociedad, de una cultura o civilización y su sustitución por una nueva, y la simple transformación y evolución de sus principios y características esenciales.

Por lo tanto, como hemos visto anteriormente, lo que realmente obtenemos si se estudia atentamente el periodo y se cotejan entre sí los hombres y obras del mismo, “Menandros” y “Sofronios”, no es sino la visión de facetas diversas, pero comprensibles y relacionadas entre sí, de una misma civilización y de su natural evolución.

En efecto, Sofronio y Menandro han recibido una misma “educación literaria”, ambos han crecido y estudiado en ciudades –Damasco y Constantinopla– que no hubiesen desorientado a un Amiano Marcelino o a un San Basilio; ambos llevaron, en definitiva, vidas antiguas, biografías de lo que podríamos llamar “la última sección evolutiva de la Antigüedad”, la que se ha dado en llamar “Antigüedad Tardía”, la cual finalizaría en 642 tras haberse iniciado en el siglo III. Es la unidad evolutiva de esos años la que hace comprensible a los “Menandros” y “Sofronios”. La que hace posible que un Coripo, un Agatías, un Juan Mosco, un Máximo el Confesor, un Esteban de Alejandría o un Teofilacto Simocata, se sintieran igual de cómodos en Cartago, Alejandría, Tralles, Cos, Roma, Jerusalén, Atenas o Constantinopla. La que permitía a un eunuco armenio como Narsés terminar sus días en Roma, intercambiando pareceres con un senador itálico de larga genealogía. La que nos explica que un veterano de tiempos de Mauricio iniciara a comienzos del siglo VII unos estudios que lo llevaron por todo el Mediterráneo y que durante los mismos se sintiera igualmente a gusto en

Antioquía, Jerusalén, Alejandría, Roma, Atenas y Constantinopla⁵¹⁴. La que facilitaba que Pedro, un joven árabe de la región de Qatar marchara a Alejandría, a comienzos del siglo VII, para estudiar en ella filosofía⁵¹⁵. La que permitía, en fin, que de haber sido posible, Amiano Marcelino no se hubiese sentido incómodo pasando una tarde junto a Menandro en la Constantinopla del 582, o que un San Jerónimo no se hubiese sentido perplejo o desencantado ante Sofronio de Jerusalén.

Es esa unidad y continuidad, la que explica la integración del pagano neoplatonismo, el más enconado rival intelectual del cristianismo, en la teología cristiana a través de una obra teológica del siglo VI: el Pseudo-Dionisio Areopagita⁵¹⁶. Es esa continuidad, al fin y al cabo, la que permitió la adecuación y conjugación del aristotelismo y del neoplatonismo en las obras teológicas cristianas de Juan Filoponos y de Máximo el Confesor, escritas respectiva y aproximadamente, a mediados del VI y del VII⁵¹⁷. En fin, es esa unidad la que explica que otro armenio, Ananias de Shirak,

⁵¹⁴ Nos referimos a Tychicus, el maestro de Ananias de Shirat ya mencionado en otras ocasiones y, que tras ejercer como oficial en Trebisonda, en tiempos de Mauricio, fue herido por los persas y huyó a Antioquía hacia el año 607-610. Se dedicó entonces a los estudios de filosofía, matemáticas, astronomía, medicina, historia, teología y literatura. Para ello, viajó hasta Jerusalén, Alejandría, Roma, Atenas y Constantinopla, terminando como maestro, primero en Constantinopla y luego en Trebisonda. *Vid.*: CONYBEARE, F. C., “Ananias of Shirak...”, *op. cit.*, pp. 572-574.

⁵¹⁵ Gracias a la llamada *Crónica de Guidi* o *Crónica de Khuzistán* (obra anónima siríaca escrita en 660 en la antigua provincia persa de Kuzistán) sabemos que Pedro, un estudiante árabe de filosofía que había ido a Alejandría desde Qatar, su región natal y a la sazón territorio persa, para formarse con los mejores maestros, fue el responsable de que los persas acabaran tomando la ciudad en 619, pues fue él quien abrió una puerta de la muralla al general persa Sharbaraz. Esta historia muestra con qué fuerza y atracción pervivían los viejos hábitos formativos a inicios del siglo VII, atracción que se manifestaba aún sobre hombres, que como Pedro, habitaban en tierras tan lejanas como Qatar y en ámbitos aparentemente tan extraños a la cultura grecorromana como el golfo Pérsico. *Vid.*: GUIDI, I., *Un nuovo testo siríaco sulla storia de gli ultimi Sassanidi*. Leiden, 1891, p. 22; se trata de una edición bilingüe siríaca-latina, pero existen traducciones parciales al inglés de la *Crónica del Khuzistán* como la de G. GREATREX (*Roman Eastern Frontier and the Persian Wars: Part II, AD 363-630: A narrative sourcebook*. Florencia, 2002, pp. 25-26), quien traduce la parte correspondiente a las guerras romano-persas de fines del siglo VI y del VII; también ROBINSON, Ch. F., “The conquest of Khuzistan...”, *op. cit.*, pp. 14-39.

⁵¹⁶ Para esta relación de la obra del Pseudo-Dionisio Areopagita con la filosofía neoplatónica, la pervivencia de los filósofos de la Academia de Atenas tras su cierre en 529, así como la influencia del neoplatonismo, aristotelismo y platonismo en la teología cristiana de los siglos VI-VII, y la pervivencia de la enseñanza filosófica en Atenas y Alejandría en esos mismos siglos *vid.* los trabajos de: FERNÁNDEZ, G., “La cristianización de la filosofía antigua en Atenas y Alejandría”. *Arbil. Anotaciones de Pensamiento y Crítica*, 112 (2007); “La escuela filosófica de Alejandría ante la crisis del año 529”. *Erytheia*, 8.2 (1987), pp. 203-207.

⁵¹⁷ Juan Filoponos, también conocido en Oriente como Juan el Gramático, nació hacia el 490 y murió en Alejandría probablemente en 575. Acerca de su erudición, Agapios [433-434, pp. 173-174] dice: *En aquella época se hizo ilustre en Alejandría Juan el Gramático; fue filósofo y escribió muchos libros de gramática, filosofía, lógica y teología*. Agapios estaba bien informado, pues hoy sabemos que Juan Filoponos escribió no menos de cuarenta obras, no sólo de gramática, lógica, filosofía y teología, sino también de física, astronomía, psicología, matemáticas, cosmología, política y medicina. Sobre su importancia como bisagra fundamental entre la filosofía antigua y el cristianismo *vid.*: FERNÁNDEZ, G., “La cristianización de la filosofía...”, *op. cit.*, y del mismo, “La escuela filosófica de Alejandría...”, *op. cit.*; su enfrentamiento con el famoso filósofo pagano Simplicio en: WILDBERG, C., “Impetus Theory and the Hermeneutics of Science in Simplicius and Philoponus”. *Hyperboreus*, 5 (1999), pp. 107-124; también WILDBERG, C., *Philoponus, “Corollaries on Place and Void” with Simplicius, “Against Philoponus on the Eternity of the World”*. Londres, 1991, pp. 95-141; su crítica al aristotelismo en: WILDBERG, C., *John Philoponus' Criticism of Aristotle's Theory of Aether*. Berlín, 1988, así como

hacia el 630, quisiera completar su formación teológica con una formación matemática y filosófica sin la cual sus conocimientos teológicos le parecían incompletos e inútiles.

¿Qué fue lo que llevó a un religioso armenio del 630, a recorrer medio imperio en busca de un maestro que le enseñara matemáticas, filosofía, historia, lógica, gramática y retórica? Lo mismo que hizo decir a un Máximo el Confesor a mediados del siglo VII: *Quiero a los romanos por cuanto son la causa de que seamos de la misma fe y a los griegos por cuanto que son la causa de que seamos de la misma lengua*⁵¹⁸. Lo que en esencia es lo mismo que intentaba expresar Agatías, hacia el 580, cuando explicaba que los habitantes de la ciudad de Tralles, en Asia Menor, aunque pelascos por su raza, eran ante todo romanos y eso pese a que –puntualizaba Agatías– habían adoptado el griego como lengua⁵¹⁹.

I.3.3. ¿Reconquista o colonización?

Bien, se nos dirá, las élites seguían compartiendo modos, valores y aspiraciones comunes que les venían dadas por una formación literaria y por la inserción de la misma dentro de una Romanía cristianizada. Pero ¿y el resto de la sociedad? ¿No existía ya una quiebra entre Occidente y Oriente tan significativa que hacía imposible el normal desenvolvimiento social y religioso de un italiano o un africano en Oriente?

Averil Cameron ha intentado demostrar que mientras que numerosos funcionarios, gobernantes, eclesiásticos, comerciantes y hombres de letras procedentes de la parte oriental del Imperio no tuvieron problemas a la hora de desenvolverse en el Occidente, sus iguales africanos e italianos no pudieron hacer lo propio en Oriente, o al menos no pudieron hacerlo con la facilidad y contundencia que lo hicieron los orientales en

VERRYCKEN, K. “The development of Philoponus' thought and its chronology”, en *Aristotle Transformed*. Londres, 1990, pp. 233-74. Una aproximación a su cosmología en: VERRYCKEN, K., “Philoponus' Interpretation of Plato's Cosmogony”. *Documenti e Studi sulla Tradizione Filosofica Medievale*, 8 (1997), pp. 269-318; y para su contribución a la astronomía véase su tratado sobre el astrolabio y los comentarios al respecto: “John Philoponus, On the astrolabe”, en R. Pearse (ed), *Early Church Fathers: www.tertullian.org/fathers*. Por su parte Máximo el Confesor nació en Constantinopla o en Galilea en el año 580 y murió en el extremo oriental del Mar Negro en 662. Recibió una excelente educación, aunque abandonó la carrera civil para orientarse hacia la vida religiosa. Su profundo conocimiento de la filosofía antigua le permitió dominar el aristotelismo, el platonismo y el neoplatonismo y, refutándolos en algunos de sus conceptos fundamentales, tomó de ellos ideas y principios esenciales para trasvasarlos al cristianismo y fortalecer así sus argumentos teológicos. Su teología (centrada en cuestiones como el libre albedrío, la condición humana y divina de Cristo, el carácter esencial del sufrimiento completamente humano de Cristo en la cruz como principio redentor fundamental, etc) fue esencial para vencer al monotelismo y al monoenergismo. Su lucha contra estas herejías y su enfrentamiento con el trono imperial, le llevaron a Occidente donde encontró el apoyo de la iglesia africana y del Papado. Al cabo, fue llevado a Constantinopla y, tras ser juzgado por el emperador, murió desterrado en el extremo del Ponto. Agradecemos desde estas líneas al Dr. Adrian Walker su gentileza de aclararnos algunos puntos sobre la relación del pensamiento de Máximo el Confesor con la filosofía antigua así como facilitarnos su excelente obra sobre el gran teólogo bizantino: WALTER, A., *Creation and human freedom in Maximus the Confessor*. Roma, 2000. También es extremadamente útil el trabajo de THUNBERG, L., *Man and the Cosmos: The Vision of St. Maximos the Confessor*. Nueva York, Crestwood, 1985.

⁵¹⁸ Apud: Hoyland, *Seeing Islam...*, op. cit., p. 20.

⁵¹⁹ Agatías: lib. 2, 17, 5.

Occidente. Considera que este fenómeno no sólo es constatable y evidente, sino que se explica por la existencia de una falla cultural entre el imperio de Justiniano y sus nuevas provincias del Mediterráneo occidental, así como por la situación de colonización cultural, social y económica a la que el Oriente bizantino sometió a las reconquistadas provincias latinas⁵²⁰.

La anterior ha sido una tesis de éxito desde hace veinte años y lo sigue siendo. En diversos artículos y libros, Cameron la ha ido sustentando y extendiendo. Pero esa falla cultural y, en parte, económica y social, entre Oriente y Occidente, y esa colonización cultural, social y económica del Occidente por los orientales del Imperio ¿son tan evidentes y constatables como se afirma? ¿O por el contrario, si se analizan las fuentes contemporáneas con detalle, el panorama que obtenemos es diferente al planteado por Cameron y sus seguidores? Ya hemos visto que hombres como Agatías y Coripo, griego minorasiático el uno y africano el otro, no tenían mayor problema para triunfar literariamente en la misma corte y que dicho fenómeno se debía al mantenimiento de unas pautas culturales y formativas comunes entre las élites occidentales y orientales del Mediterráneo.

Por su parte, Averil Cameron ha afirmado repetidamente que una prueba evidente de la dominación cultural y social greco-oriental sobre el África reconquistada es la de que la totalidad de los 750 funcionarios de la administración establecida por Justiniano en África fueran orientales.⁵²¹ Se trata de una afirmación tan rotunda y parece tan sólida e inatacable que no invita a ser revisada ni puesta en duda. No obstante su solidez es engañosa.

En primer lugar comprobamos que, al contrario de lo que Cameron afirmara con tanta rotundidad, no eran 750 funcionarios, sino como mínimo 772 los destinados a la administración de la prefectura africana⁵²². Tras este inquietante comienzo nos llevamos dos sorpresas más: la primera que nadie sabe cómo Cameron puede afirmar con tanta rotundidad que todos los funcionarios de la administración africana instaurada por Justiniano fueran orientales, pues ni conocemos los más de 770 nombres de dichos funcionarios a lo largo de los años que siguieron a 534, ni el número y volumen de los testimonios dejados por esos funcionarios permite hacer ninguna aseveración con respecto a los orígenes étnicos o lingüísticos de la totalidad, o tan siquiera de un grupo

⁵²⁰ CAMERON, A., *The Byzantine reconquest of North Africa...*, *op. cit.*

⁵²¹ *Ídem*, *El mundo mediterráneo...*, *op. cit.*, pp. 130-131; *The Byzantine reconquest of North Africa...*, *op. cit.*, pp. 153-164, en especial pp. 153-154, 159-162; “Gelimer's laughter: the case of Byzantine Africa”, en *Tradition and Innovation in Late Antiquity*, *op. cit.*, pp. 171-190.

⁵²² Un detallado estudio de la estructura administrativa bizantina en tiempos de Justiniano, basado en los datos del *Codex* y haciendo especial hincapié en el África reconquistada en: GONZALEZ FERNÁNDEZ, R., *Las estructuras ideológicas...*, *op. cit.*, pp. 169-180, en especial pp. 173-179. Su autor establece la cifra total de funcionarios civiles en África a un mínimo de 772. Véanse pp. 170-179 de la misma publicación.

significativo de dichos funcionarios⁵²³. De hecho, dichos testimonios literarios, xilográficos y epigráficos más bien indican una composición étnica y lingüística bastante variada de los funcionarios y militares encargados de la administración y defensa de África después de 534.

En efecto, dichos testimonios prueban que entre ellos no sólo había gentes de origen oriental (griegos, sirios, egipcios o minorasiáticos), todos ellos de lengua griega como lengua de comunicación y cultura, sino que también había muchos africanos e incluso itálicos en sus filas; es decir, gentes que tenían la lengua latina como lengua principal de cultura y comunicación, y que mantenían en Occidente sus principales círculos de intereses sociales y económicos. Por lo demás, tenemos un tercer grupo que representa una realidad que no tienen en cuenta Averil Cameron y con ella muchos historiadores. Este tercer grupo era el formado por gobernantes, funcionarios y militares que, aunque procedentes del Mediterráneo oriental, tenían como lengua vehicular el latín: es decir, los procedentes de Iliria y del centro y norte de las provincias de Tracia. Y, no obstante, este grupo fue especialmente relevante en la conquista y administración de África e Italia, así como en el gobierno de todo el Imperio a lo largo del siglo VI. Esos funcionarios, militares y dirigentes que, desde Iliria y Tracia llegaron al Occidente mediterráneo después de 533, no sólo no debieron de sentirse muy fuera de lugar en los nuevos territorios latinos reconquistados por Justiniano, sino que vieron reafirmada su propia condición lingüística en el nuevo imperio surgido tras la *recuperatio*; si hacia 527 los habitantes de lengua latina representaban no más del 3% del total de la población del Imperio de Justiniano, en 565 representaban el 30% de las gentes regidas por el emperador asentado en el solio constantinopolitano⁵²⁴. El hecho anterior es tan

⁵²³ Uno de los procedimientos habitualmente empleados por los que tratan de localizar a orientales en África e Italia, es el de atribuir tal origen a todo aquel que ostente (en un sello, documento literario o inscripción) un nombre griego u oriental. El procedimiento, claro está, no es muy fiable. Uno tendería a creer que alguien que llevara el muy griego nombre de Antioco debería de ser un griego o un sirio, pero por la *Vida de Teodoro de Sykeon* [73-75] sabemos de un monje africano que vivía en los desiertos de la frontera oriental y que, tras docenas de años de permanencia en Oriente, sólo sabía hablar latín. De la misma manera, un soldado que se llamase Teodoro no nos parecería muy africano, pero ese era el nombre que un soldado de Mauritania llevaba y con el que fue recordado en una lápida funeraria que hace pocos años fue descubierta en un antiguo cementerio de Constantinopla y que ha sido fechada en 613. *Vid.*: ZUCKERMAN, C.: "Epitaphe d'un soldat africain d'Heraclius servant dans une unité découverte à Constantinopla". *Antiquité Tardive*, 6 (1998), pp. 377-382. Otro método habitual usado por los seguidores de la tesis de la subordinación de las provincias occidentales al predominio de los orientales, es el de atribuir siempre a orientales las inscripciones realizadas en griego o en griego y latín, o aquellas en las que la vieja nomenclatura y titulaciones latinas ha sido ya sustituida por los nuevos títulos y nombres griegos para las distintas magistraturas y funciones. Pero esto tampoco es muy seguro, pues de la misma manera habría que atribuir al general de Heraclio que dejó tres inscripciones conmemorativas en 628 en las afueras de Amida, sobre el Tigris, en la más extrema frontera oriental de la Romanía, una procedencia oriental, pues las inscripciones en cuestión mantienen sin cambios los viejos títulos latinos y las viejas fórmulas latinas. No es así, sin embargo, pues sabemos que el alto oficial en cuestión era tan oriental como cabría suponer. *Vid.* MANGO, C., "Inscriptions de la Mésopotamie du Nord". *Travaux et Mémoires*, 11 (1991), pp. 465-71.

⁵²⁴ En efecto, el Occidente latino reconquistado por Justiniano representaba no menos de 10.000.000 de nuevos súbditos, es decir, de latinos hablantes que vendrían a sumarse a los más de 1.000.000 de habitantes

significativo que nos parece sorprendente que no se ponga de relieve ni se reflexione sobre sus consecuencias y significado. Una de esas consecuencias es la fuerte presencia de gentes de procedencia latina en Oriente, durante los años finales de Justiniano y sobre todo con sus sucesores, fuerte presencia que parece ignorar Averil Cameron y con ella sus seguidores. En efecto, mientras que –como hemos visto– ponen de relieve la presencia de orientales en África e Italia y muestran su importancia en el gobierno y en la sociedad de dichos territorios, no mencionan su paralelo occidental en Oriente. Nosotros lo haremos y compararemos dichos fenómenos entre sí.

Así, por ejemplo, en 565-568, uno de los personajes más influyentes del Imperio era un africano, el patricio Anastasio, cuestor del palacio, jefe de la Cancillería imperial y patrón de Coripo ante el emperador Justino II⁵²⁵. Mientras que por algunas cartas de Gregorio Magno sabemos de la existencia de una animada colonia latina de nobles y comerciantes africanos e itálicos en la capital imperial hacia 573. Más adelante, Heraclio el Viejo, el poderoso exarca de Cartago hacia el año 600 y padre del futuro emperador Heraclio, no tuvo mayor problema en que su familia, originaria de Edesa y de etnia armenia⁵²⁶, enlazara con una noble familia africana, la del poderoso africano Rogates, con cuya hija, Fabia, casaría Heraclio el Joven. Fabia, la joven latina de estirpe y procedencia africana, terminaría siendo Augusta de la Romania y convertida en la ocupante de un solio imperial asentado en una ciudad griega, Constantinopla. No tuvo ningún problema en adoptar un nombre griego, Eudocia, ni en entenderse con sus súbditos helénicos; bien al contrario, Fabia-Eudocia terminó atrayendo sobre sí, gracias a sus virtudes, una gran popularidad y una inquebrantable adhesión entre la población constantinopolitana, la cual le rendiría un apasionado tributo y un encendido recuerdo con ocasión de la muerte y funeral de la emperatriz. Un recuerdo que haría que los constantinopolitanos se mantuviesen fieles a los hijos de Fabia y ferozmente contrarios a los de Martina, la segunda esposa de Heraclio⁵²⁷.

de las provincias danubianas e ilíricas de las prefecturas de Illiria y Tracia. Una cifra de no menos de 11.000.000 sobre un total que rondaba los 35.000.000 en 565.

⁵²⁵ El Patricio Anastasio, *Caestor sacri palati y magister officiorum* y paisano de Coripo (a quien introdujo en el círculo de la corte). Coripo le dedicaría un breve panegírico que sirve de introducción al del emperador Justino: “Panegírico en honor del Patricio Anastasio, cuestor y jefe de la cancillería imperial” [*Panegírico de Justino II*, Panegírico de Anastasio: 1-50; también pp. 243-245 y 249].

⁵²⁶ Mucho se ha discutido sobre el origen y pasado de la familia del emperador Heraclio pero, tras un conocido artículo de Cyril Mango al respecto de este emperador, no existe hoy duda alguna: los heráclidas eran de origen armenio y procedían de Edesa: MANGO, C., “Deux études sur Byzance et la Perse Sassanide, Héraclius, Sharbaraz et la vraie Croix”. *Travaux et mémoires*, 9 (1985), pp. 105-118.

⁵²⁷ El nombre del padre de la emperatriz Fabia-Eudocia nos lo transmite la *Crónica* de Teófanos [6102, 297] quien dice: *En este tiempo Heraclio se comprometió con Eudocia, la hija de Rhogas, hijo de Aphros*. Eudocia era el nombre griego que adoptó la esposa africana de Heraclio, ya que su nombre latino aparece en la *Crónica Pascual* (escrita alrededor del 630 en Constantinopla) y también, con casi toda seguridad y sin que haya sido advertido, por la *Crónica mozárabe del 741* [6, p. 159], donde se debe leer “Fabia” y no “Flavia” como erróneamente ha hecho el traductor al español del texto latino: *Heraclio, 56º emperador de los romanos, se corona con el imperio, instigando desde África la rebelión contra Focas a causa de Fabia, muchacha nobilísima, desposada allí en África por Heraclio y deportada por un decreto de Focas*

La historia del matrimonio de Heraclio y Fabia es muy ilustrativa, pues las familias imperiales no se casaban a la ligera. El enlace expresa claramente el vigor de las aristocracias occidentales y su deseo de participar en los asuntos del Imperio. Ese mismo deseo es el que explica el papel jugado por la nobleza africana y el senado cartaginés en la rebelión del exarca de Cartago, Heraclio el Viejo, frente al emperador Focas; el que aclara la participación de numerosas tropas africanas en las expediciones contra Focas que llevaron a cabo Heraclio el Joven y su primo Nicetas; el mantenimiento de esos contingentes en Occidente durante la guerra persa y la aparición de potentados africanos en Constantinopla. Finalmente explicaría, como renovadas muestras de su poder y capacidad de decisión sobre los asuntos de la Romania, la negativa en 636 de los dirigentes africanos a que nuevos contingentes de tropas africanas marcharan a Oriente, esta vez a la defensa de Egipto contra los árabes⁵²⁸, la rebelión de estos dirigentes frente al poder central con ocasión de la disputa monotelita, así como el alzamiento del exarca de Cartago, Gregorio y la total independencia del África tras la derrota y muerte en 647 de Gregorio a manos de los árabes, para llegar a un acuerdo con éstos, lograr su retirada y decidir después la reintegración del África a la autoridad imperial⁵²⁹.

Por otra parte la historia de Fabia y Heraclio, junto con la popularidad de Fabia entre sus súbditos constantinopolitanos, muestra que una africana latina podía triunfar como augusta en la griega Constantinopla del 610-612. Este hecho, contradice por sí mismo la tesis de Averil Cameron sobre la posición cultural y social subordinada de África y el Occidente latino frente al Oriente griego.

Pero prosigamos. Cameron señala que mientras que se puede encontrar a un Máximo el Confesor, a un Juan Mosco o a un Sofronio de Jerusalén, en Cartago y Roma, y mientras que tenemos noticias de monjes y monasterios griegos u orientales en Roma, Italia y África, no puede hallarse nada parecido en Oriente. Más aún, apunta a que diversos testimonios prosopográficos, epigráficos y epistolares relacionados con

de Libia a Constantinopla. Por su parte, la *Crónica Pascual* [702] dice: *El 13 del mes de agosto del mismo indictio 15, un domingo, la Augusta Eudocia, que también era llamada Fabia, murió en el palacio suburbano de Blaquernas.* La muerte de la Augusta Fabia-Eudocia fue toda una conmoción para el pueblo constantinopolitano que la tenía en gran estima y el Patriarca Nicéforo recoge en su obra [*Historia Breve*: cap. 3] un impresionante relato sobre su funeral. A la muerte de Heraclio, la intervención del pueblo constantinopolitano fue uno de los factores determinantes de la caída de Martina y sus hijos, y del ascenso del nieto de Fabia, Constancio II, al trono imperial. Al respecto de esto último véase el detallado, aunque incompleto, informe de Nicéforo [caps. 27-32]; la conclusión del extenso relato en Teófanos [6133-6134, 342-343].

⁵²⁸ Vid. KAEGI, W.E., *Heraclius emperor of Byzantium...*, *op. cit.*, pp. 23-44, respecto de las vinculaciones africanas de Heraclio; más adelante, en p. 229, se encuentra la negativa africana a enviar tropas desde Numidia a Oriente.

⁵²⁹ Al-Baladhuri [I, p. 357] señala que los árabes saquearon el territorio tras su victoria y que fue una negociación con los nobles africanos lo que motivó su retirada de África y su repliegue a Cirenaica y Egipto tras el pago por la *nobilitas* africana de una cuantiosa suma. Por su parte, Al-Hakam [p. 21] ofrece un relato similar y especifica que fueron los jefes locales africanos quienes lograron el acuerdo con los musulmanes para que éstos evacuaran África a cambio del pago de un tributo.

estos eclesiásticos orientales en Occidente permiten suponer su uso prioritario del griego en su nueva vida en un Occidente mayoritariamente latino, nada similar puede hallarse en Oriente. Deduce, de todo esto, una nueva confirmación de su teoría sobre la situación subordinada de África y el Occidente dentro del panorama cultural, religioso y político de la nueva Romanía post-justiniana⁵³⁰. Lo anterior, claro está, no es correcto y ofreceremos pruebas sólidas e inmediatas de ello.

Cuando hacia 590, el famoso e influyente monje y más tarde Santo, Teodoro de Sykeon, recibió en su monasterio de Galatia, en el corazón de Asia Menor, la noticia de que un célebre y venerable ermitaño pasaría cerca de Sykeon camino de la frontera oriental del imperio, tras haber visitado la corte del emperador Mauricio en Constantinopla, salió alborozado a recibirlo al pie del camino que, no lejos de su residencia, llevaba desde la capital imperial a los confines asiáticos del Imperio. Pero lo revelador e importante para nosotros en este episodio es que el anciano y venerable ermitaño al que deseaba ver San Teodoro, era africano y sólo hablaba latín. En efecto, la *Vida de Teodoro de Sykeon* señala que el ermitaño en cuestión era africano pero que llevaba muchos años instalado en los desiertos orientales de la región fronteriza de la Romanía, pese a lo cual, los monjes de Sykeon no lograban entenderse con él, pues el africano no hablaba la lengua de los monjes de Asia Menor occidental, el griego, y sólo cuando un intérprete intervino pudo el santo ermitaño africano comprender a los monjes de Teodoro. Sin embargo, su maestro, el santo Teodoro de Sykeon, no tuvo ningún problema en entenderse con el ermitaño africano, pues ambos intercambiaron noticias, profecías y opiniones sin necesidad de ningún intérprete.

No hay que extrañarse, pues evidentemente y según se pone en claro en el episodio anterior, Teodoro de Sykeon hablaba la lengua de aquel anciano y santo africano que tanto tiempo llevaba en Oriente; es decir, Teodoro hablaba latín, mientras que el africano no había aprendido el griego, pese a los muchos años que llevaba en Oriente. Y es que los africanos del siglo VI, como todos sabemos, eran de lengua latina. El monje africano no sabía griego, pero Teodoro –nos lo aclara su biógrafo en otra parte de su *Vida*– había asistido por largo tiempo a la escuela y recibido una buena formación que debió de incluir suficiente latín como para que sólo él pudiera entenderse con aquel viejo africano sin necesidad de intérprete. El anciano transmitió a Teodoro su historia y le contó que regresaba a su ermita tras haber cumplido en Constantinopla, en la corte del emperador Mauricio, la misión que le encomendaran los habitantes de la ciudad junto a la cual se elevaba su retiro monástico. Éstos le habían encargado que rogara al emperador en su nombre que se compadeciera de los infortunios que su ciudad había sufrido a manos de los bárbaros durante las últimas guerras y que les dispensara su auxilio.

⁵³⁰ CAMERON, A., “The Byzantine reconquest of North Africa...”, *op. cit.*, pp. 155-159.

He aquí una historia que, redactada por Jorge, un discípulo de Teodoro de Sykeon, poco después del 630, pone en serios aprietos las suposiciones de Cameron. En efecto, nos muestra a un venerable santo africano que, pese a llevar viviendo en los confines orientales de la Romania buena parte de su vida, no sabe griego, sino que sigue apegado a su latín y necesita de un intérprete para comunicarse con los hablantes de lengua griega que encuentra en su camino.

Preguntémoslo ahora ¿qué podía llevar a una ciudad de la frontera oriental del Imperio a enviar a un anciano ermitaño de estirpe africana y sin conocimiento del griego, como emisario ante la corte constantinopolitana en demanda de ayuda? Una cuestión de prestigio. Es decir, el ermitaño africano debía de contar con un fuerte prestigio e influencia en aquellas regiones, tanta que los habitantes de la ciudad oriental confiaron en él y no en un obispo sirio o griego, en un monje oriental o en cualquier nativo de su región, para tan importante asunto. Y acertaron, ya que de la *Vida* se deduce que el prestigio del ermitaño africano era tan grande que le precedía en su camino y era capaz de alborotar a los monjes del monasterio de Sykeon, tan habituados a las visitas de grandes personajes del imperio, así como de provocar la atención de un hombre tan afamado e influyente como lo era su abad Teodoro, al cual visitaban, y pedían bendición y consejo tantos altos funcionarios, potentados e incluso emperadores. Por otra parte, hay que suponer que los habitantes de la ciudad del extremo oriental del Imperio que había enviado a Constantinopla al ermitaño africano no tenían excesivos problemas en hacerle entender sus deseos y propósitos, y que confiaban que el monje africano, una vez en la corte de Mauricio, pudiera hacerse comprender sin dificultad y de forma convincente.

Aún nos queda otra revelación más que extraer del pequeño y desaprovechado relato de la *Vida de Teodoro de Sykeon* que acabamos de presentar y que es la siguiente: como hemos comprobado ya, Teodoro pudo entenderse con el anciano ermitaño africano de lengua latina. Ahora bien, hemos visto que Teodoro había asistido a la escuela y recibido una buena instrucción. Pero si el hijo de una familia propietaria de una hostelería junto a la vía imperial que cruzaba Galatia en dirección a Iconium y en la que solían albergarse correos imperiales y funcionarios en tránsito por Asia Menor, podía recibir de la escuela local el suficiente latín como para entablar una conversación con un monje africano, esto quiere decir que en la segunda mitad del siglo VI, en pleno corazón de Asia Menor y en una pequeña ciudad provinciana y sin importancia, se podía acceder a su aprendizaje, que existían todavía maestros capaces de enseñarlo a los niños de lo que hoy llamaríamos familias de clase media y que había aún un amplio interés por aprenderlo junto con todo lo necesario para formarse adecuadamente y en proporción a la carrera o cometidos que se esperaba que aquellos niños desempeñaran en el futuro.

No debía de ser una mala educación, pues Teodoro no sólo pudo entenderse con el ermitaño africano en la lengua nativa de éste, sino que –por lo visto– sabía el suficiente griego culto y disponía de los suficientes conocimientos como para ser nombrado obispo de Anastasiópolis y no desentonar durante las visitas o reuniones con emperadores como Heraclio o con grandes personajes como el Patricio Nicetas⁵³¹.

El caso del ermitaño africano no es único. Al contrario, sabemos de la existencia, a fines del siglo VI e inicios del VII, de numerosos monjes o ermitaños italianos y africanos en Oriente. Juan Mosco señala en su *Prado espiritual* la existencia de numerosos monjes y ermitaños procedentes de Roma y África, en diversos monasterios y cenobios egipcios, palestinos y sirios, lo que, unido al testimonio que antes hemos señalado, nos permite afirmar –en contra de lo que asegura Cameron– que los monjes, monasterios y hombres santos orientales que se pueden hallar en Occidente a fines del siglo VI y en la primera mitad del VII, tuvieron su equivalente latino en las provincias orientales de la Romania.

Así por ejemplo, y por ceñirnos sólo a unos pocos casos, Juan Mosco nos relata que poco antes de su estancia en el monasterio del “Santo Jordán” había muerto allí un monje llamado Pardo, que procedía de Roma y había obrado grandes milagros⁵³². Mientras que en el monasterio alejandrino de Faros, supieron por boca de un anciano monje que años atrás, en el monasterio de San Teodosio, en el desierto de Judea, había conocido a un monje llamado Cristóbal que procedía de Roma y que había obrado un gran prodigio⁵³³. Y en su visita al monasterio de “Oasis”, en el desierto egipcio, Juan Mosco y Sofronio oyeron una historia en la que un monje originario de Roma, Eustacio el Romano, era apresado por los nómadas y rescatado luego por un heroico monje⁵³⁴. El higúmeno de un monasterio del Sinaí, Jorge, no tenía mayor inconveniente en enviar, entre otros, a un monje oriundo de Roma, Dulcecio el Romano, en una embajada religiosa ante el Patriarca de Jerusalén⁵³⁵. En fin, al llegar a Ascalón, en la costa palestina, Juan y Sofronio, se toparon, a inicios del siglo VII, con todo un presbítero latino que acababa de llegar de Roma, un tal Pedro, que tuvo tiempo de darles noticias sobre el Papa Gregorio⁵³⁶.

Tampoco es difícil hallar comerciantes y marineros latinos en Egipto, Palestina, Constantinopla o Siria; ni altos oficiales del ejército y soldados⁵³⁷, y ya hemos visto que

⁵³¹ La entrevista entre Teodoro de Sykeon y el ermitaño africano en *Vida de Teodoro de Sykeon*: 73-74; la necesidad de un intérprete para que les tradujese a los monjes de San Teodoro los deseos del ermitaño africano, en: *Vida*: 73; el origen familiar y la educación de Teodoro, en: *Vida*: 3-9.

⁵³² Juan Mosco, *Prado espiritual*: 101.

⁵³³ Juan Mosco, *Prado espiritual*: 105.

⁵³⁴ Juan Mosco, *Prado espiritual*: 112.

⁵³⁵ Juan Mosco, *Prado espiritual*: 127.

⁵³⁶ Juan Mosco, *Prado espiritual*: 192.

⁵³⁷ La presencia de soldados africanos e italianos en Oriente fue notable y dejaron su rastro no sólo en las historias y crónicas de la época, sino también en documentos epigráficos de las regiones orientales. Así,

poetas como Coripo, funcionarios y políticos como el patricio Anastasio (*caestor sacri palati y magister officiorum* de Justino II), no tenían mayores problemas en residir y destacar en Oriente.

Por lo tanto, en contra de lo que Cameron y sus seguidores sostienen, el trasiego de eclesiásticos, funcionarios, comerciantes y militares orientales hacia Occidente tuvo su paralelo en Occidente tras la *recuperatio* justiniana, y muchos monjes, ermitaños, obispos, nobles, estudiantes, soldados y literatos occidentales se desplazaron a Oriente, se instalaron allí y destacaron en sus diversos medios. Que nos hayan dejado un número de testimonios menos abundantes, no es culpa de la debilidad del proceso, sino del azar histórico y de las invasiones islámicas que impidieron, por ejemplo, que buena parte de la literatura del África latina llegara hasta nosotros.

I.3.4. El supuesto rápido declive del pensamiento y la filosofía grecorromanas, y de las ciencias helenísticas: pervivencia y pujanza de las grandes escuelas mediterráneas (siglos VI y VII).

Pero pasemos ahora a otro problema relacionado con Justiniano y sus inmediatos sucesores: el supuesto rápido declive de la filosofía y el pensamiento grecorromano, junto al ocaso, primero, y rápido retroceso después, de las ciencias helenísticas. En efecto, es lugar común de buena parte de la historiografía contemporánea el considerar el reinado de Justiniano como el punto final de la tradición filosófica y científica grecorromana. Según esta tesis, Justiniano, con sus constituciones de 527 y 529 destinadas a cercenar cualquier foco de influencia pagana en el Imperio⁵³⁸, provocaría un ambiente del todo irrespirable para el pensamiento antiguo, el cual terminaría por agostarse antes de que terminara el reinado de este emperador. Por tanto, sus sucesores se hallarían ya gobernando una Romania huérfana de filosofía y ciencia helenística dignas de consideración. Para los defensores de este planteamiento, el proceso iniciado con la destrucción del Serapeum (391) y continuado con el asesinato de Hipatia (415), se culminaría en los años inmediatamente posteriores al 529, año del supuesto cierre de las escuelas de Atenas por Justiniano. ¿Qué hay de cierto en todo lo anterior?

Poco, muy poco. Cierto es que Justiniano, con sus constituciones del 527 y 529, golpeó fuertemente el mundo pagano, especialmente a los filósofos y profesores de las escuelas de Atenas, seguidores, en su inmensa mayoría, de las ideas de Proclo y

como ya vimos, durante las excavaciones realizadas en un antiguo cementerio militar de Constantinopla de inicios del siglo VII, se halló la siguiente inscripción funeraria: *Aquí yace Teodoro, soldado de bienaventurada memoria; ha venido desde la ilustre provincia de Mauritania, su prefecto se llama Zarus, de la gens Zarakianus, en la comarca de las tres ciudades, muerto el 9 del mes de octubre de la N indicción*. Es decir, un soldado africano de Heraclio, procedente de la *Mauritania Cesariense* 5, muerto en el año 613, y fue mandada realizar por su Prefecto, también un africano. *Vid.: ZUCKERMAN, C, "Epitaphe d'un soldat africain...", op. cit., pp. 377-382.*

⁵³⁸ Son las siguientes constituciones: *C.J.*: I.5.12 de 527, por la que Justiniano prohíbe a los paganos el desempeño de cargos públicos; *C. J.*: I.5.18.4, de 529, por la cual se obligaba a los paganos a estudiar las doctrinas cristianas, y *C. J.*: I.11.10.2, de 529, por la que se les prohibía el ejercicio de la enseñanza.

Jámblico, pero en modo alguno esta nueva situación cercenó las vías por las que desde hacía siglos discurrían el pensamiento y la ciencia antiguas. Esto fue así por varias razones: en primer lugar, porque la filosofía y la ciencia no eran patrimonio ya del paganismo. De hecho, hacía siglos que no lo eran, pues los alumnos cristianos habían frecuentado las escuelas de Atenas, Alejandría, Roma, Antioquía, Damasco o Cartago desde los tiempos iniciales del cristianismo y las escuelas del mundo antiguo no tardaron en tener profesores cristianos o en demandar sus servicios para que impartieran cursos o se confrontaran con sus colegas paganos.

Pongamos algunos ejemplos de lo anterior. Orígenes, uno de los más grandes pensadores cristianos de la Antigüedad tardía, no tuvo ningún problema, pese a ser hijo de todo un santo, San Leónidas, en compaginar, a la par y en la misma ciudad de Alejandría, las enseñanzas de un Clemente de Alejandría (uno de los padres de la primitiva Iglesia) y de Anmonio Saccas (precursor alejandrino del neoplatonismo), el cual no había dudado en apostatar de su cristianismo inicial y en convertirse en defensor del viejo paganismo helenístico. Orígenes no sólo asistió a las clases de Anmonio sino que coincidía en ellas con Plotino, el filósofo pagano más importante del siglo III, y obtuvo en esos años un excelente dominio de la filosofía de Platón y de Aristóteles que su maestro Anmonio había logrado sincretizar⁵³⁹. Fue este dominio de las enseñanzas de Anmonio y su suma a las obtenidas de Clemente de Alejandría, lo que llevaría a Orígenes a convertirse en un celeberrimo pensador alabado a la par por paganos y cristianos.

Tanto es así que, cien años después de su muerte, sus obras eran aún estudiadas en detalle y dos estudiantes de la escuela de Atenas tan distintos entre sí como eran San Basilio y Juliano el Apóstata podían coincidir en su admiración por Orígenes. Que un cristiano tan rotundo como San Basilio y un criptopagano tan exaltado como era el joven Juliano compartieran escuela y maestros en Atenas era lo lógico y lo habitual en la nueva Romanía surgida de las crisis del siglo III y de la disolución de la Tetrarquía. De hecho, Basilio y Juliano seguirían cultivando una cálida relación de amistad pese a sus divergentes caminos. Una prueba de lo anterior la encontramos en 362, cuando ya el paganismo del emperador Juliano era abierto y sus primeras disposiciones contra los cristianos comenzaban a hacerse efectivas, Basilio no tuvo mayor reparo en enviar a su antiguo compañero de estudios, el Augusto Juliano, una cesta de frutas, aprovechando para ello que la ruta de Juliano hacia Persia pasaba cerca de su sede arzobispal, Cesarea de Capadocia⁵⁴⁰.

⁵³⁹ Para un rápido acercamiento a Orígenes y al cristianismo de su época, *vid.*: SOTOMAYOR, M. y FERNÁNDEZ UBIÑA, J., *Historia del cristianismo*. Granada, 2003, vol. I, El mundo Antiguo, pp. 214-282, en especial pp. 279-282.

⁵⁴⁰ FERNÁNDEZ, G., “La cristianización de la filosofía antigua...”, *op. cit.*

Más tarde, en la década del 390, otro cristiano que acabaría siendo obispo, Sinesio de Cirene, no veía mayor problema en ser discípulo en Alejandría de la muy pagana Hipatia, filósofa neoplatónica, matemática y astrónoma. De hecho, Sinesio tuvo siempre para con Hipatia la más respetuosa y devota de las admiraciones, y es gracias a sus obras que podemos hacernos una idea del carácter y dimensión de las de Hipatia. En sus escritos, Sinesio no dudaría en conceder a Hipatia los apelativos de “madre, hermana y maestra”. Sinesio debió de ser un excelente alumno, pues acomodó buena parte del neoplatonismo de Hipatia a sus propias concepciones teológicas y filosóficas, a la par que supo desplegar con notable éxito la brillante retórica aprendida de Hipatia y por la que esta última era especialmente célebre. Sinesio no era un caso aislado en la Romania de fines del siglo IV. De hecho, los tres discípulos más sobresalientes de Hipatia fueron dos cristianos y un judío: el propio Sinesio, el prefecto de Alejandría Orestes y el filósofo hebreo Hesiquio⁵⁴¹.

Así pues, el pensamiento y la ciencia helenística no eran extraños a los cristianos. De hecho, la situación que hemos mostrado en los ejemplos anteriores era aún más habitual, si cabe, en el siglo VI. De esta forma, las relaciones entre la Escuela de Alejandría y la Iglesia quedarían definidas para todo el siglo VI por el acuerdo que hacia 495 lograron el Patriarca de Alejandría, Atanasio II, y el pagano director de la Escuela de Alejandría, Anmonio, hijo de Hermeias y hermano de Heliodoro. No era un acuerdo cualquiera, pues Anmonio y Atanasio II convinieron en fijar el plan de estudios de la escuela alejandrina, la cual obtenía la protección del patriarca, a la par que se aseguraba la coexistencia pacífica de cristianos y paganos en sus concurridas aulas⁵⁴².

Una muestra evidente y señalada de esta coexistencia la da el que, en la primera mitad del siglo VI, los sabios más célebres de Alejandría fueran los cristianos Juan el Gramático o Filoponos, Elías y David, junto a los paganos Anmonio, Heliodoro y Olimpodoro. Ni unos, ni otros vieron interrumpidas sus tareas docentes ni sus trabajos filosóficos, astronómicos, matemáticos, ópticos, gramáticos o médicos por causa de las famosas constituciones de Justiniano de 527 y 529. De hecho –por aportar otro ejemplo clarificador– tanto Juan el Gramático como Olimpodoro se habían formado con el mismo maestro, el neoplatónico y pagano Anmonio, hijo de Hermias, y ambos tuvieron indistintamente y a lo largo de toda su dilatada carrera como maestros de la Escuela de Alejandría, alumnos y discípulos cristianos y paganos. Así, por ejemplo, Olimpodoro,

⁵⁴¹ Sobre Hipatia y su muerte, el mejor relato sigue siendo el del obispo Juan de Nikiu, quien recoge [LXXXIV, 87-103] con gran dramatismo, su cruel asesinato por la turba alejandrina dirigida por un tal Pedro, quien según la crónica era un magistrado y no un monje como suele creerse. La obra vincula también al patriarca de Alejandría con la muerte de Hipatia y resalta la admiración que Orestes, el prefecto de la ciudad, sentía por la filósofa, así como el dominio que Hipatia tenía de la filosofía, la astronomía, la retórica y la música. Sobre la especial relación entre Hipatia y Sinesio, pueden hallarse numerosos testimonios en las obras del último: GARCÍA ROMERO, F. A., *Sinesio de Cirene, Cartas*. Madrid, 1995. Un excelente estudio sobre Hipatia es el de DZIELSKA, M., *Hipatia de Alejandría*. Madrid, 2004; también GÓMEZ DE LIAÑO, I., *Hipatia*. Madrid, 2008.

pese a su paganismo, tuvo como destacados discípulos a los muy cristianos Esteban de Alejandría, David de Armenia (el más afamado filósofo armenio) y a Juan de Apamea, uno de los principales pensadores sirios, comentador y traductor de las obras de Aristóteles y Platón a su lengua nativa, el siríaco⁵⁴³.

La filosofía grecorromana y su ciencia no eran pues patrimonio del paganismo, ni el cristianismo era refractario en modo alguno a ellas. La vieja asociación paganismo igual a florecimiento y permanencia de la filosofía, pensamiento y ciencia helenístico-romanas, no es sino el resultado de las tendenciosas asociaciones que realizaron a partir del iluminismo del siglo XVIII y que ha perdurado hasta nuestros días. Por eso, los promotores de esa vieja tesis nunca podrán explicar de forma acertada cómo era posible que Esteban de Alejandría, uno de los más influyentes alquimistas, astrónomos, matemáticos y filósofos del Mediterráneo oriental y el más célebre profesor de la escuela alejandrina a inicios del siglo VII, no se viese de ninguna manera paralizado o constreñido en sus múltiples trabajos por su cristianismo. De hecho, su fama era tan grande que en 617 Heraclio lo llamó a Constantinopla para que enseñara en la escuela de palacio, la llamada Universidad constantinopolitana, fundada en 425 por Teodosio II y que seguía viva en la primera mitad del siglo VII⁵⁴⁴.

De la misma manera les costará comprender cómo los cristianos Elías y David, siguieron impartiendo sus clases en Alejandría y comentando a Aristóteles, Proclo, Porfirio o Platón, sin que sufrieran por ello ninguna molestia y sin que la prohibición emitida en 543 por el patriarca de Alejandría, de que los profesores cristianos sólo impartieran clases sobre Aristóteles que comprendieran la *Lógica* de éste y las primeras nociones de su *Filosofía*, les afectara lo más mínimo. Como señala G. Fernández, el cumplimiento de tal prohibición quedaba sujeto al libre albedrío de los profesores

⁵⁴² FERNÁNDEZ, G., “La cristianización de la filosofía antigua...”, *op. cit.*

⁵⁴³ Juan Filoponos (o Juan el Gramático) es aiudamente confundido con Juan de Alejandría, filósofo y médico de la primera mitad del siglo VII. Acerca de Juan Filoponos *vid.* Agapios: 173-174, pp. 433-434; para Olimpiodoro como maestro de Esteban de Alejandría, el famoso filósofo que fue reclamado a Constantinopla por Heraclio, *vid.* Agapios: 205, pp. 465 quien dice: *por aquel tiempo, se hizo ilustre entre los filósofos Esteban, un sabio de Egipto y de Alejandría, que fue discípulo del filósofo Olympiodoro y de Teodoro, filósofo de Constantinopla.* Sobre la animada vida cultural de Alejandría entre 542 y 650: BUTLER, A. J., *The Arab Conquest...*, *op. cit.*, pp. 94-103; específicamente para la vida de la Escuela de Alejandría en los siglos VI y VII, de sus maestros y sus relaciones con el poder imperial, son indispensables los artículos de G. FERNÁNDEZ, “La escuela filosófica de Alejandría...”, *op. cit.*, y “La cristianización de la filosofía antigua...”, *op. cit.* Algunos aspectos generales sobre Juan Filoponos en: ABBAGNANO, N., *Historia de la Filosofía*. Barcelona, 1994, vol. I, pp. 168-172. Sobre David el Armenio sigue siendo muy útil el artículo del diccionario enciclopédico Espasa, vol. 17, pp. 1118-1119; de forma más específica léanse las obras de C. WILDBERG que ofrecen información sobre la vida y la formación de Juan Filoponos: “Impetus Theory and the Hermeneutics of Science in Simplicius and Philoponus”. *Hyperboreus*, 5 (1999), pp. 107-124; *Philoponus, Corollaries on Place and Void...*, *op. cit.* y *John Philoponus' Criticism...*, *op. cit.*

⁵⁴⁴ FERNÁNDEZ, G., “La cristianización de la filosofía antigua...”, *op. cit.*; BUTLER, A. J., *The Arab Conquest...*, *op. cit.*, pp. 100-102; sobre todo PAPATHANASSIOU, M., “Stephanus of Alexandria: On the structure and date of his alchemical work”. *Medicina nei Secoli* 8, 2 (1996), pp. 247-266; SHERWOOD, T., “The Origins of Greek Alchemy”. *Ambix*, I (mayo 1937), pp. 30-47; ÍDEM, “Stephanus of Alexandria: Pharmaceutical notions and cosmology in his alchemical work”. *Ambix*, 37 (1990-1991), pp. 121-133.

cristianos de Alejandría, los cuales, al no depender económicamente de las autoridades eclesiásticas o imperiales, sino de las donaciones de fondos municipales y de las aportaciones de sus alumnos, ignoraron en buena medida la prohibición patriarcal. Por tanto, siguieron enseñando, sin reparo alguno, la totalidad de los presupuestos filosóficos aristotélicos, neoplatónicos o los que consideraran convenientes para el adecuado desempeño de su labor, aún aquellos que iban directamente contra las ideas y la teología cristiana, teniendo sólo el cuidado de hacer previa y pública manifestación de su cristianismo, y justificando sus estudios y análisis de los temas más escabrosos con el pretexto de conocerlos a fondo para poder rebatirlos con más fuerza⁵⁴⁵. Este comportamiento funcionó bien y permitió la continuación de la coexistencia de paganos y cristianos en la escuela alejandrina hasta los días inmediatos a la conquista de Amr.

De los ejemplos anteriores podemos extraer la adecuada perspectiva sobre la verdadera y triple relación que a lo largo de toda la Antigüedad tardía, establecieron entre sí paganismo, cristianismo y cultura, y que nos permite aclarar comportamientos y acciones como los de los médicos Aecio de Amida y Sergio de Res Aina, este último también un eminente filósofo. Fueron dos de los intelectuales y maestros más importantes de fines del siglo VI e inicios del VII, que no sintieron excesiva repulsa, pese a su militante cristianismo jacobita, en frecuentar a los maestros paganos Heliodoro y Olimpiodoro, y en embeberse de todo el saber antiguo para traspararlo después a su lengua siríaca y, a través de estas traducciones, ya en los siglos VIII y IX, trasvasar dichos conocimientos al mundo árabe⁵⁴⁶. De igual modo, el cristianismo tampoco impidió a Juan de Alejandría⁵⁴⁷ (posiblemente el médico más influyente en el nacimiento de la medicina islámica) el comentar y ampliar los libros de Galeno, ni en proseguir todo tipo de experimentos médicos, alquímicos y físicos destinados al progreso de la ciencia de Hipócrates. En estas labores lo encontraría, en 642, el general árabe Amr. Incluso todo un abad de un monasterio egipcio como lo era Teodoro el Filósofo⁵⁴⁸ no ocultaba su afición por la filosofía y se vanagloriaba de su formación filosófica, siendo ésta muy admirada por Juan Mosco y Sofronio de Jerusalén, quienes lo visitaron en su monasterio a inicios del siglo VII.

Así pues, como se ha mostrado en las líneas anteriores, la filosofía y la ciencia helenísticas no eran propiedad exclusiva de los paganos, sino que interesaban también vivamente a los cristianos, los cuales siempre se sintieron atraídos por ellas y frecuentaron, al menos desde el siglo II, como alumnos y maestros, las mismas escuelas en las que se formaban los sabios paganos. De ahí que las medidas antipaganas de

⁵⁴⁵ FERNÁNDEZ, G., “La escuela filosófica de Alejandría...”, *op. cit.*; ÍDEM, “La cristianización de la filosofía antigua...”, *op. cit.*

⁵⁴⁶ GUTAS, D., *Greek Thought, Arab Culture: The Graeco-Arabic Translation Movement in Baghdad and Early 'Abbasid Society (2nd-4th/8th-10th centuries)*. Arabic Thought & Culture, Florida, 1998, pp. 21-22.

⁵⁴⁷ FERNÁNDEZ, G., “La cristianización de la filosofía antigua...”, *op. cit.*

⁵⁴⁸ Juan Mosco, *Prado espiritual*: 171.

Justiniano no pudieran llevar, por sí mismas, a la desaparición o debilitamiento de la filosofía y la ciencia grecorromanas, sino tan sólo a ocasionar graves problemas puntuales a un grupo de filósofos neoplatónicos, los cuales, sin negar su importancia, no eran ni los únicos, ni los más representativos del panorama cultural de la Romania de los siglos VI y VII. La vieja y romántica imagen de unos filósofos paganos, últimos detentadores y guardianes del racionalismo, y de la cultura y ciencia helenísticas, enfrentándose a unos cristianos supersticiosos, refractarios a toda cultura y razón, y empeñados en destruir cualquier rastro de filosofía y actividad científica, no puede ser ya hoy sino eso, una imagen romántica. De hecho, los paganos cultivados de los siglos III al VII estaban tan interesados en la mística y eran tan supersticiosos como sus contemporáneos cristianos, y no se sentían muy incómodos cuando afirmaban que Deméter, Apolo o Zeus les habían visitado en persona, ni se sentían extraños o traidores a Aristóteles o a Platón por buscar el éxtasis místico que debía unirlos a la divinidad, o por sentirse convencidos por completo de que sus más afamados maestros podían realizar todo tipo de milagros y prodigios⁵⁴⁹. De la misma manera, los cristianos cultivados de este periodo no se sentían traidores a su fe por frecuentar las obras o enseñanzas de tal o cual maestro pagano, contemporáneo o no; ni se hallaban paralizados o incómodos ante los estudios o trabajos científicos.

No. La búsqueda continua de la divinidad y del éxtasis místico que podía conducir a ella de forma directa, la superstición, el racionalismo, el gusto por la filosofía, la pasión por la teología, el interés por el desarrollo y conservación del legado cultural y científico heredado de Grecia y Roma, no eran características de un grupo religioso, sino de todo un mundo, facetas diversas pero complementarias del panorama cultural de la Romania de los siglos III al VII. Pero volvamos al cauce por donde discurría nuestra exposición.

Hemos apuntado ya que los problemas causados por las constituciones antipaganas de Justiniano de 527 y 529 no supusieron el apocalipsis cultural que habitualmente se ha concebido por parte de la historiografía más tradicional, sino que sólo afectaron y de forma puntual a un grupo destacado, pero no mayoritario ni decisivo, de maestros y filósofos paganos que en su mayoría pertenecían a las escuelas atenienses y que no tardarían mucho en volver a enseñar y escribir. De hecho –como mostraremos a continuación– las constituciones de Justiniano de 529, ni significaron el cierre definitivo de todas las escuelas atenienses, ni impidieron que filósofos paganos como Simplicio de Cilicia u Olimpiodoro pudieran seguir escribiendo, enseñando y confrontando sus ideas con sus colegas y a menudo antiguos discípulos, los filósofos y sabios cristianos de la Romania posterior a 529.

⁵⁴⁹ FERNÁNDEZ, G., “La cristianización de la filosofía antigua...”, *op. cit.*, 112; ÍDEM, “Justiniano y la clausura de la Escuela de Atenas”. *Erytheia*, 11-2 (1983), pp. 24-30.

En efecto, tras las constituciones de 529 se produjo un momento crítico para las grandes escuelas de la Romania, en especial para Alejandría y Atenas en las que el número de maestros paganos era aún muy notable, pero fue sólo eso: un momento crítico. La escuela de Alejandría, que como se dijo anteriormente, había llegado a un sólido acuerdo hacia 495 con el patriarcado de la ciudad, sorteó la crisis gracias a la influencia de sus célebres maestros cristianos, sobre todo gracias a Juan el Gramático o Filoponos y sus oportunas obras contra Proclo y Aristóteles, y con la aparición del comentario al Parménides que tanto agradaron a las autoridades eclesiásticas y políticas del Imperio; también gracias a la sólida relación que Alejandría tenía con su escuela.

En efecto, la gran ciudad egipcia, como otras muchas ciudades de la Romania de los siglos VI y VII, seguía sosteniendo económicamente su prestigiosa escuela. Era gracias a estas contribuciones municipales y, en menor medida, a las aportaciones que hacían los estudiantes, como se ingresaba el dinero necesario para pagar los sueldos de los profesores, mantener y ampliar la biblioteca de la escuela (heredera directa de las antiguas bibliotecas del *Museum* y del *Serapeum* sobre la que volveremos más tarde), y el buen estado de las instalaciones de la escuela. Los alejandrinos se sentían orgullosos de su escuela que tanto prestigio daba a su ciudad y que atraía a tantos estudiantes, procedentes incluso desde lugares tan exóticos como Qatar. De ahí que no se sintieran muy predisuestos a que su escuela se cerrara o a que se viera menoscabada. Justiniano debió pensar que enfrentarse a una Alejandría, tan dada a los motines y revueltas, no era aconsejable, sobre todo cuando de esta ciudad dependía el trigo que alimentaba a Constantinopla y cuando la propia escuela alejandrina se mostraba tan bien dispuesta con el patriarca de la ciudad y tan pródiga en la elaboración de obras que, como las de Juan Filoponos, era tan útiles a los cristianos en sus confrontaciones con la filosofía pagana.

Como ha demostrado G. Fernández, fueron las anteriores razones las que movieron a Justiniano a hacer la vista gorda ante los maestros paganos de la escuela alejandrina. Sus enseñantes sólo tuvieron que suspender temporalmente sus actividades, como demuestra el hecho de que los paganos Olimpodoro y Anmonio, hijo de Hermias, siguieran enseñando y polemizando con sus colegas cristianos en Alejandría y sin ningún tipo de contratiempo con posterioridad a 529 y hasta su muerte. Así pues Alejandría siguió siendo una gran escuela en donde paganos y cristianos, pese a polémicas y enfrentamientos, continuaron enseñando y aprendiendo con posterioridad a 529 y hasta el mismo día de la conquista islámica⁵⁵⁰. Las constituciones de 529 tampoco quebrantaron mucho a las escuelas de Antioquía, Damasco, Gaza, Cesarea marítima o Constantinopla, pues de todas ellas tenemos noticia de su vitalidad con posterioridad a 529 y hasta bien entrado el siglo VII. Así por ejemplo, la escuela palatina de

Constantinopla, la llamada Universidad de Teodosio II, se preocupaba aún en 617 en contar entre su profesorado con maestros tan destacados como Esteban de Alejandría. En cuanto a Cartago y Roma, sabemos positivamente que, tras su reincorporación a la Romanía, mantuvieron sus escuelas o las restauraron. Tal fue el caso de Roma, donde por la Pragmática Sanción de 554, Justiniano restablecía las actividades y sueldos de médicos, rétores, gramáticos y juristas⁵⁵¹. La restauración debió de ser efectiva, pues Roma todavía en la segunda década del siglo VII, reunía a estudiantes interesados en ciencias como filosofía, matemáticas, astronomía, retórica, gramática, historia o medicina⁵⁵².

¿Y qué pasó en Atenas? ¿Acaso las constituciones justinianas de 529 no significaron la muerte de Atenas como centro cultural y de enseñanza? ¿Acaso no supusieron el final de todas sus escuelas? Pues no. Atenas contó en la Antigüedad tardía con tres escuelas filosóficas:

1. La Universidad de Atenas, fundada por Marco Aurelio en el siglo II, destruida por los hérulos en 277 y restablecida a inicios del siglo V en el ágora ateniense. Esta escuela disponía de todos los elementos deseables en un centro de enseñanza grecorromano: gimnasio, baños, aulas, un patio con columnas y un pórtico de acceso decorado con seis grandes estatuas de tritones y gigantes que representaban a las criaturas de la tierra y del mar. Que un centro de enseñanza de esta magnitud y tan ligado a una concepción pagana de la existencia se construyera en la primera década del siglo V, treinta años después de que el cristianismo se hubiese convertido en la religión oficial de la Romanía, es un contrapunto significativo ante la tan recordada destrucción del *Serapeum* en 391, ofreciéndonos una imagen más completa y dinámica de la cultura y la sociedad del mundo mediterráneo de este periodo, máxime cuando la reconstrucción de la Universidad de Atenas no era un hecho aislado en la Atenas ni en la Romanía de los inicios del siglo V. Así, por ejemplo, por ceñirnos a Atenas, vemos cómo en los mismos años se restauraron la biblioteca de Adriano, el gimnasio del ágora y el teatro de Dionisios.

2. La segunda escuela de filosofía con que contaba Atenas era la de los sofistas, situada en el Areópago, la colina que se alza sobre el ágora. Su sede era un palacio dotado de 24 habitaciones, dos patios con peristilo, dos patios de servicio y unos baños romanos alimentados por el manantial de la colina sobre la que se alzaba la escuela.

⁵⁵⁰ Para el momento crítico que la Escuela de Alejandría tuvo que sortear a partir de 529 *vid.* FERNÁNDEZ, G., “La escuela filosófica de Alejandría...”, *op. cit.*

⁵⁵¹ OSENBRÜGGEN, E., *Cuerpo del derecho civil romano*, t. VI, *Pragmática sanción*: I, XXII p. 594: “de que se les suministren annonas a los médicos y a los otros”. *Pragmática sanción* completa: I-XXVII, pp. 589-596

⁵⁵² Ananias de Shirak, *Autobiografía*. Gracias a él sabemos que su maestro Tychicus estuvo en Roma, en una fecha que podemos establecer entre 617-620, completando sus múltiples estudios.

3. La tercera escuela, la más importante a inicios del siglo VI, era la de los neoplatónicos. Había sido fundada por Plutarco el Grande poco antes del año 432 y era el bastión más combativo del pensamiento pagano frente al cristianismo. La escuela se ubicaba en la propia casa de Plutarco, costumbre muy habitual, y se hallaba próxima al teatro de Dionisios y al templo de Asclepios, en la ladera meridional de la Acrópolis. A Plutarco el Grande le sucedería Proclo como director de la escuela, posiblemente el filósofo neoplatónico más importante del periodo; a éste le seguiría Marino de Neápolis, el cual, a su vez, fue sucedido por Damascio de Siria, que era director de la escuela neoplatónica de Atenas cuando Justiniano emitió sus famosas constituciones de 529.

La escuela neoplatónica de Atenas se caracterizaba, además de por su fuerte oposición al cristianismo, por estar sostenida exclusivamente por donaciones de particulares y por tener a gala la posesión de una mística pagana muy elaborada, en la que las apariciones de los antiguos dioses griegos, los sorprendentes poderes taumátúrgicos de sus directores y el secreto mantenimiento de los viejos misterios y ritos en honor de Deméter, Pan, Apolo y Asclepios, eran pieza fundamental.

Cuando Justiniano dictó sus nuevas leyes antipaganas de 529, Simplicio de Cilicia era, junto a Damascio de Siria, el neoplatónico más destacado y el más ferviente opositor al cristianismo. Como sus colegas paganos de Atenas y Alejandría, Simplicio sostenía que el mundo era eterno y que por lo tanto la idea de la creación, tan esencial al cristianismo, era ridícula. Simplicio también se burlaba del uso que hacían los cristianos de las reliquias y negaba la doctrina del perdón de los pecados pues sostenía, apoyándose en el Gorgias de Platón, que un castigo implacable y ejemplar era lo que esperaba a los pecadores. Pese a todo lo anterior, Simplicio pudo escribir, poco después de 529, su célebre *Comentario al Enchiridion de Epicteto*, posiblemente su más persuasivo trabajo contra las doctrinas cristianas.

No debe de extrañarnos que Simplicio siguiera activo tras 529, pues como ha señalado G. Fernández y como aconseja en su obra *Simplicio*, los filósofos neoplatónicos paganos se aprestaron, ante el embate justiniano, a dejar las riendas de sus escuelas a sus compañeros cristianos, a ocultarse, o a esperar tiempos mejores. De hecho, como se ha demostrado recientemente sin ningún género de dudas, la supervivencia de las escuelas atenienses fue asegurada por la aparición en 533, de una genial falsificación: la obra atribuida al discípulo ateniense de san Pablo, Dionisio el Areopagita. La citada obra está constituida por cuatro tratados (uno sobre la jerarquía celeste, otro sobre la jerarquía eclesiástica, un tercero dedicado a la teología mística y un cuarto que se centra en los nombres de Dios) y por diez cartas destinadas a diversos apóstoles y padres de la iglesia primitiva. En ella podemos hallar unas dosis tan amplias de neoplatonismo y de influencias de los maestros atenienses de los siglos V y VI, que ya en su presentación, durante una disputa entre monofisitas y ortodoxos en

Constantinopla, despertaron fuertes sospechas de su falsedad y de que su verdadero origen fuese la Escuela de Atenas.

Así era. Lo que buscaban los sucesores cristianos de Damascio de Siria en Atenas y muy especialmente el desconocido autor del Pseudo Dionisio Areopagita, era lo que Juan Filoponos estaba logrando en Alejandría con sus obras *De la eternidad del mundo*. *Contra Proclo* y *De la eternidad del mundo*. *Contra Aristóteles*: limpiar el nombre de su escuela y darle un barniz cristiano a la par que mostrar la utilidad que la filosofía tenían para el cristianismo de la época, por muy paganas que fuesen sus raíces⁵⁵³. Debieron de conseguirlo, pues ni siquiera el exilio voluntario en Persia de los llamados siete filósofos (Damascio de Siria, Simplicio de Cilicia, Eulamio el Frigio, Prisciano de Lidia, Hermias, Diógenes de Fenicia e Isidoro de Gaza), la conversión de la escuela de los sofistas en un monasterio (532), o las masivas ocultaciones de estatuas de dioses que hacia 529 pueden detectarse en Atenas y que han sido evidenciadas por la arqueología, supusieron el fin de la enseñanza filosófica en Atenas, ni el cierre definitivo de sus afamadas escuelas.

En efecto, los siete sabios, tras comprobar que Persia, pese a la protección e interés que les dispensaba y manifestaba su soberano, era un lugar mucho menos apto para el adecuado desarrollo de su existencia y de la filosofía de lo que lo era el Imperio de Justiniano, decidieron, tras asegurarse que su protector persa, Cosroes I, lograba garantizar su seguridad personal en el tratado de paz que firmó con Justiniano en 532, se aprestaron a regresar a sus residencias habituales en el imperio en los primeros meses del 533⁵⁵⁴. De regreso en la Romania, continuaron polemizando, enseñando y escribiendo sin mayores problemas, tal y como prueba el hecho de que algunas destacadas obras de Simplicio de Cilicia y de Prisciano de Lidia –dos de los siete filósofos– puedan fecharse con posterioridad al 540; también que la viva polémica que Simplicio mantuvo con el filósofo cristiano alejandrino Juan Filoponos, se prolongara a lo largo de casi todo el reinado de Justiniano.

Volviendo a la Atenas posterior a 529, nos encontramos con que no son pocas ni débiles las pruebas que podemos hallar sobre el mantenimiento de las escuelas de Atenas a lo largo de los siglos VI y VII, y sobre la persistencia de Atenas como atrayente centro filosófico y formativo. G. Fernández ha demostrado que ni Justiniano ni los ataques eslavos de 583 pudieron acabar con la enseñanza en Atenas de la

⁵⁵³ Sobre Dionisio Areopagita puede consultarse la edición inglesa de: PARKER, J., *Dionysius the Areopagite, Works*. Londres, 1897. http://www.tertullian.org/fathers/areopagite_00_eintro.htm; para todo lo relacionado con las escuelas atenienses y con la crisis del 529: FERNÁNDEZ, G., “Justiniano y la clausura de la Escuela de Atenas”, *op. cit.*

⁵⁵⁴ El relato completo de los 7 filósofos en Persia, en Agatías: lib. 2, 30, 3-9. El mejor artículo sobre este tema es el de FERNÁNDEZ, G., “El rey persa Khusrō I Anōsharvān y la filosofía ateniense ante la crisis del año 529 d.C: un nuevo episodio de la penetración de la cultura griega en Irán”. *Gerion*, 1987, pp. 171-182.

filosofía, la gramática y la retórica. Para sostener su tesis, el erudito español ha recogido y analizado diversos testimonios y pruebas que recogemos aquí⁵⁵⁵:

a) que en el Proemio de la *Descripción de Santa Sofía* de Paulo Silenciaro, escrito en 563, se cite expresamente a los filósofos atenienses del momento y se les lance una pulla maliciosa en la que se alude a su devoción por Pitágoras⁵⁵⁶.

b) un epigrama constantinopolitano fechado alrededor de 565 y cuyo texto dice:

“Vosotros, atenienses, que tenéis siempre en los labios a vuestros filósofos, a Platón, a Sócrates, a Epicuro, a Aristóteles: verdaderamente ellos no son más que las sombras de vuestros sabios, que la miel de vuestro Himeto y que las tumbas de vuestros muertos; es aquí, en Constantinopla donde florecen la fe y la sapiencia”.

c) una inscripción cristiana del Partenón, fechada en 591 y que, presidida por una cruz, dice: “Recuerda, Señor, a tu siervo Jorge, presbítero y gramático”. Esta inscripción –como señala el maestro español– evidencia la pervivencia de la enseñanza de la gramática en la ciudad.

d) las menciones que el papa Zacarías y Beda el Venerable hacen sobre los estudios en Atenas de Teodoro de Tarso, a inicios del siglo VII. Éste, en efecto, había obtenido su brillante formación en Atenas, pasando luego a Roma en donde se hizo monje, viajando como misionero a Inglaterra y siendo arzobispo de Canterbury.

e) las *Acta Sanctorum*, que nos dan noticia de los estudios en Atenas de Gisleno de Hagenau, un destacado misionero de los sajones en tiempos de Carlomagno⁵⁵⁷.

Son pues muchas las evidencias y pruebas aportadas por Gonzalo Fernández sobre la pervivencia de las escuelas atenienses y de los estudios relacionados con ellas. Nosotros, por nuestra parte, aportaremos un nuevo testimonio, sólido y explícito, desconocido por el erudito español y por los estudiosos del tema, que demuestra, sin ningún género de dudas, que Atenas siguió siendo, en pleno siglo VII y cien años después de que Justiniano emitiera sus leyes contra los profesores paganos, un centro de primer orden para la enseñanza y aprendizaje de la filosofía, la gramática, la retórica y demás ciencias relacionadas con ellas. Nos referimos al testimonio que Ananías de Shirak (célebre matemático, geógrafo, filósofo y teólogo armenio del siglo VII) ofrece sobre la formación de su maestro, Tychicus de Trebisonda. En los días en que Ananías

⁵⁵⁵ El erudito español sostiene que la enseñanza de la filosofía en Atenas pervivió hasta, por lo menos, el siglo XII. Aunque aporta muchas pruebas de ello, en nuestra opinión, éstas son incuestionables en cuanto al periodo que va de 529 al 800, pero frágiles a partir de esos años.

⁵⁵⁶ Paulo Silenciaro, *Descripción de la Iglesia*: 120; FERNÁNDEZ, G., “La cristianización de la filosofía antigua...”, *op. cit.*

⁵⁵⁷ FERNÁNDEZ, G., “La cristianización de la filosofía antigua...”, *op. cit.*

era un estudiante⁵⁵⁸, Tychicus enseñaba en Trebisonda y era tan célebre en la corte de Heraclio que el patriarca de la ciudad le enviaba a Trebisonda remesas de estudiantes.

⁵⁵⁸ La llamada *Autobiografía* de Ananías de Shirak es un texto escrito por el sabio armenio poco antes de su muerte, alrededor de 650. El interesante relato que hace sobre su propia formación y especialmente sobre la de su maestro Tychicus ha sido desaprovechado por los especialistas por diversas razones: es difícil de hallar, pues sus traducciones en lengua moderna son escasas, antiguas y de difícil acceso; además, sólo cobra su verdadera importancia cuando se fechan con exactitud los acontecimientos narrados, pues habitualmente lo relativo a la formación de Tychicus se ha situado en el reinado de Mauricio. *Vid.*: “Ananías of Shirak, *On Christmas*”, *The Expositor*, 4 (1896), Preface, pp. 321-323. No estamos de acuerdo con esta datación, sino que creemos que hay que situarla en los reinados de Focas y Heraclio. Ananías nació hacia el 600 (fecha aceptada por la mayoría de sus biógrafos) y murió poco después de 650, según otros en ese mismo año. Así que ya tenemos dos límites claros para fechar los acontecimientos de su *Autobiografía*. Sin embargo, al comienzo de su relato dice que, hallándose en Armenia y habiendo comenzado su formación, se dio cuenta de que no alcanzaría la verdadera sabiduría sin el dominio de las matemáticas, y no hallando sabio en Armenia que dominara dicha ciencia, partió en su busca y entró en el Imperio. Si Ananías había iniciado ya sus estudios en Armenia, hay que suponer que en este punto del relato nos hallamos ya en la década del 620. Ahora bien, es justo en los años iniciales de esa década cuando la gran guerra romano-persa (603-628) alcanzó su cénit y lo hizo en territorio de Armenia. En esas condiciones, no debía de ser fácil viajar y, como Ananías no menciona en su relato la guerra, debemos suponer que inició su viaje cuando ya había terminado; esto es, como muy pronto en la primavera del 628, cuando los caminos eran de nuevo seguros. Estuvo seis meses con un maestro en la provincia de la Armenia IV, pero insatisfecho, marchó a Constantinopla en donde le recomendaron a Tychicus como maestro. Así que, como muy pronto, Ananías debió llegar a la escuela de Tychicus en Trebisonda a inicios del 630. Dice que pasó ocho años como discípulo suyo, aprendiendo matemáticas, filosofía, gramática, astronomía y otras muchas ciencias, por lo que estuvo en Trebisonda hasta el año 637-638. Así que Tychicus seguía vivo en 637 y, como Ananías dice que había servido en Trebisonda a las órdenes de Juan el Guerrero, en tiempos de Mauricio (582-602), y que militó en Armenia contra los persas durante la guerra de Mauricio contra Persia (582-590), podemos establecer su nacimiento en torno al 565. Más aún, Ananías da a entender que, al final de su vida militar, tras su servicio en Armenia durante la guerra, su maestro alcanzó la riqueza y disfrutaba plácidamente de su oficio cuando los persas atacaron el territorio griego y le obligaron a huir hacia Antioquía. Aquí Ananías se refiere, claro está, a la Romania y más concretamente al Ponto, donde servía habitualmente Tychicus. Ya en Antioquía, privado Tychicus de sus bienes, comprendió que lo único que valía la pena poseer era la sabiduría y se dispuso a obtenerla. ¿Cuándo pudo suceder todo lo anterior? Es fácil deducirlo, pues tras el fin de la guerra persa de Mauricio (590), los enfrentamientos con los persas se reiniciaron en 603 y éstos sólo alcanzaron con sus ataques el Ponto (donde se hallaba Tychicus) y las regiones próximas en donde podría haber sido alcanzado por una algarada persa, a partir del año 607. Dado que Tychicus huyó hacia Antioquía y que ésta fue tomada por los persas en 611, hay que suponer que el comienzo de la carrera de Tychicus como estudiante tuvo lugar entre 607-610, y no en el reinado de Mauricio, pues durante la guerra persa de su reinado se combatió siempre sobre territorio armenio o mesopotámico, pero no al otro lado del Éufrates, aquéllas que un armenio como Ananías podría llamar “país de los griegos”. Dado que afirma que fue un ataque de los persas a la tierra de los griegos lo que motivó la huida de Tychicus, es imposible fechar ésta en tiempos de Mauricio. A partir de aquí, fechar el resto de los acontecimientos es relativamente sencillo. Tychicus debió abandonar Antioquía antes de 611, año en que la ciudad fue tomada por los persas y la mayoría de su población fue muerta o deportada a Persia. Así que, tras dejar Antioquía en 611, justo antes de la llegada de los persas, Tychicus viajó a Jerusalén y residió allí por un tiempo. ¿Hasta cuándo? Hasta la toma y destrucción de Jerusalén por los persas en mayo de 614; con anterioridad Tychicus debió de ir a Alejandría, en donde el relato de Ananías lo sitúa a continuación. ¿Cuántos años estudió Tychicus en la Escuela de Alejandría? El límite lo daría la toma de esta ciudad por los persas (619), pero dado que Esteban de Alejandría, el célebre profesor de esta escuela, abandonó Alejandría camino de Constantinopla antes de finalizar el 617 y que otros sabios siguieron su ejemplo, tendemos a considerar que Tychicus partió de Alejandría ese mismo año de 617. Desde allí -como dice Ananías- Tychicus viajó a Roma para proseguir sus estudios; posteriormente estuvo en Constantinopla y después pasó varios años en Atenas estudiando filosofía y medicina. Finalmente, dice Ananías que, tras la muerte de su maestro ateniense, Tychicus fue reclamado por el emperador Heraclio como profesor de la Escuela de Constantinopla. Teniendo en cuenta todo esto, recordando que Tychicus debió de partir de Alejandría hacia Roma antes del 617 y que se hallaba en Trebisonda en 630 (es decir, cuando Ananías llegó ante él), sólo pudo estar en Atenas entre 618 y 623, pues Heraclio, que se hallaba prácticamente

En efecto, Ananías de Shirak, que escribe hacia 650, nos relata que su maestro, muy versado en filosofía, matemáticas, gramática, retórica, historia, medicina, astronomía y teología, era poseedor de una gran biblioteca en la que abundaban hasta tal punto los libros paganos y piadosos que no podía hacerse una relación completa de las obras que contenía y que cualquier libro que buscara en ella lo encontraba indefectiblemente. Pues bien, Tychicus emprendió en torno al año 607 una serie de viajes por todo el Mediterráneo destinados a formarse adecuadamente en las ciencias antes citadas. Según el relato de su discípulo armenio, Tychicus estudió en Antioquía, Jerusalén, Alejandría, Roma, Constantinopla y Atenas, ciudad a la que debió llegar alrededor del 618 y donde permaneció varios años bajo el magisterio de un célebre maestro ateniense que le formó en filosofía y medicina. Este filósofo ateniense tuvo que hacer bien su trabajo, pues tras su muerte, su alumno Tychicus fue reclamado por la corte imperial para que enseñara en la escuela palatina constantinopolitana. Tychicus era tan famoso que cuando decidió dejar Constantinopla (posiblemente en 628) y marchar a Trebisonda para instalar allí su propia escuela, las autoridades de la capital le enviaban continuamente estudiantes para formarse junto a él y allí lo encontraría Ananías de Shirak hacia 630.

El relato que Ananías hace de la vida y formación de su maestro no deja lugar a dudas: Atenas, la llamada “ciudad de los filósofos”, era todavía en la segunda década del siglo VII un foco de atracción para quien quisiera formarse en filosofía, medicina y otras ciencias. Aún más, la ciudad seguía contando con maestros capaces de impartir las disciplinas mencionadas en el relato de Ananías, y los hombres formados en la ciudad ática seguían siendo tan famosos y tan bien formados como para que la corte imperial de Heraclio buscara allí maestros para la Escuela de Constantinopla⁵⁵⁹. Esta actividad filosófica y docente en Atenas parece haberse mantenido hasta muy entrado el siglo VII, pues, poco después que Tychicus, estudió también en ella –como señalara G. Fernández– Teodoro de Tarso, el cual, a tenor de su biografía, debió de formarse en Atenas con posterioridad al 630. Aún más, la visita de Constante II a Atenas (662), demuestra que la ciudad, pese a las invasiones eslavas, seguía estando bajo la autoridad imperial y es muy posible que la visita se vinculara con el prestigio que aún detentaba Atenas como gran centro cultural y formativo⁵⁶⁰.

aislado de su capital entre los años 623-628, sólo pudo reclamar su presencia en Constantinopla en el invierno del 622-623, cuando él mismo regresó a ella tras su campaña del 622. Una vez fechado adecuadamente el relato de Ananías, hemos de concluir con que inevitablemente Atenas seguía siendo un importante centro de formación filosófica en la década del 620.

⁵⁵⁹ CONYBEARE, F. C., “Ananias of Shirak...”, *op. cit.*, pp. 572-574.

⁵⁶⁰ LEMERLE, P., *Les plus anciens recueils des Miracles de Saint Démétrius*. París, 1979, vol. II: comentarios (París, 1981), p. 187.

¿Qué conclusiones podemos obtener pues de todo lo anteriormente expuesto? Pues las siguientes:

1. En Atenas, al igual que en Alejandría, Roma, Antioquía, Constantinopla, Damasco, Gaza, Trebisonda y otras muchas ciudades de la Romania, se seguía contando, más de cien años después de las constituciones de Justiniano (supuestamente responsables del fin de la filosofía, la ciencia y el pensamiento helenísticos) con escuelas, maestros y alumnos que impartían y recibían formación en filosofía, gramática, retórica, medicina, alquimia, astronomía, matemáticas, etc.

2. Los maestros y filósofos paganos continuaron enseñando y escribiendo a lo largo del siglo VI, tal y como demuestra el que profesores paganos de la escuela alejandrina como Heliodoro, Anmonio y Olimpodoro, tuvieran aún alumnos y cátedra en Alejandría con posterioridad a 529 y hasta el final del reinado de Justiniano; o como también lo evidencia el que filósofos neoplatónicos paganos como Simplicio de Cilicia o Prisciano de Lidia escribieran, después del 533 y hasta los días finales de Justiniano, obras de fuerte contenido anticristiano y mantuvieran encendidas controversias con filósofos cristianos.

3. Maestros y alumnos –tanto paganos como cristianos– se sentían aún capaces de enseñar, estudiar y polemizar juntos, tal y como muestran episodios como los del pagano Olimpodoro haciéndose maestro, ya en la segunda mitad del siglo VI, de los filósofos y médicos cristianos Elías, David el Armenio, Pablo de Egina y Aarón; o como el que nos muestra al mismo Olimpodoro y al muy cristiano Juan Filoponos, compartiendo docencia en la Escuela de Alejandría.

4. Las autoridades imperiales –los propios Augustos sobre todo– estaban muy interesadas en la continuidad de las grandes escuelas, y de los saberes y ciencias a ellas ligadas. Así lo demuestra el hecho de que tanto Justiniano, como Justino II, Tiberio II, Mauricio y Heraclio, mantuvieran a costa del erario imperial la célebre Escuela de Constantinopla que fundara en 425 Teodosio II, o que en 554 Justiniano restaurara en Roma los sueldos de médicos y profesores de retórica, gramática y jurisprudencia. Esta restauración debió ser efectiva, puesto que hacia 616-618, Roma –como vimos al tratar de la historia de Tychicus– atraía a estudiantes interesados en la filosofía y las matemáticas. Otro ejemplo destacado del interés de los Augustos por mantener la gran cultura de su imperio lo tenemos en el animado cuadro cultural que presentaban las cortes de Justiniano y Justino, y sobre todo en el interés directo que Mauricio y Heraclio tuvieron por revitalizar las actividades de la Escuela de Constantinopla.

En efecto, Mauricio, al decir de su contemporáneo Menandro, premiaba con dinero a quienes participaran de los estudios y trabajos de la escuela, subvencionaba a

los eruditos y participaba en persona de aquel apasionado interés por la cultura⁵⁶¹. Por su parte, Heraclio atrajo a Constantinopla a señalados maestros para que impartieran sus enseñanzas en la escuela imperial. Y fue así como en 617, Esteban de Alejandría, destacado filósofo y comentarista de Aristóteles, a la par que afamado astrónomo y alquimista, fue llamado desde Alejandría; poco después, hacia 623, pero proveniente de Atenas, donde había completado su formación, Tychicus, filósofo, matemático y médico, además de hombre muy interesado y versado en gramática, historia, astronomía y teología, se presentó en la escuela constantinopolitana tras ser llamado a ella por el Augusto.

5. Hemos podido constatar que el mantenimiento de las grandes escuelas filosóficas de la Antigüedad, no sólo interesaba a los emperadores, sino también a las ciudades donde se asentaban. Tal fue el caso de Alejandría, la cual siguió financiando con fondos municipales su famosa escuela hasta los mismos días de la conquista árabe.

6. Se ha comprobado que las autoridades eclesiásticas más importantes del imperio no se mostraban por principio contrarias a participar de la vida de las escuelas filosóficas, ni de sus enseñanzas y saberes. Así lo muestran ejemplos como los ofrecidos por el patriarcado de Alejandría, el cual fue capaz de llegar a acuerdos con los directores paganos de la escuela, tal y como sucedió alrededor de 495: cuando el filósofo Anmonio acordó con el patriarca Atanasio II diversos puntos sobre las enseñanzas que podrían impartirse en la escuela. Era un acuerdo que, paradójicamente, no molestó a los demás jerarcas de la Iglesia del Imperio, sino al pagano director de la Escuela de Atenas, Damascio de Siria, quien reconvino fuertemente a Anmonio por su actitud de diálogo con las autoridades cristianas⁵⁶². Otro ejemplo de este tipo lo ofrece la *Autobiografía* de Ananías de Shirak, que nos muestra al patriarca de Constantinopla enviando estudiantes al filósofo Tychicus, quien había completado su formación en Atenas.

De hecho la iglesia no se mostraba por principio en contra de las escuelas, ni de las materias que en ellas se impartían, sino sólo de aquellos aspectos que pudieran contradecir frontalmente la doctrina cristiana, tal como se evidencia continuamente a lo largo de todo el periodo. Sucedió así en 543, cuando el patriarca de Alejandría, Sergio, se contentó con emitir una prohibición a los profesores cristianos de la escuela alejandrina en la que se les instaba a enseñar de Aristóteles sólo su lógica y los elementos básicos de su filosofía. Una prohibición que, por otra parte, ni el patriarca puso demasiado empeño en que se cumpliera, ni los profesores cristianos de la Escuela de Alejandría, tales como Juan Filoponos, Pablo de Egina, Aarón, Elías o David, cumplieron.

⁵⁶¹ Menandro Protector, *Fragm.* 1,1, *Suda* m591, p. 41.

⁵⁶² FERNÁNDEZ, G., “La cristianización de la filosofía antigua...”, *op. cit.*

7. Se ha probado que ni siquiera en Atenas (contra la que en principio iban destinadas las constituciones antipaganas de 529) se interrumpieron los estudios o se cerraron todas las escuelas. Por el contrario, a lo largo de todo el siglo VI y hasta bien entrado el VII, tenemos noticias directas de contemporáneos que nos muestran que Atenas seguía siendo un centro principal de formación capaz de atraer estudiantes de todo el Mediterráneo y formar a destacados maestros y eruditos.

Como ya dijimos, la cultura en la Romania de los siglos VI y VII es demasiado compleja y rica como para circunscribirla a un desenfocado debate entre cristianismo y paganismo. Ha sido esa visión romántica de la historia de la cultura y de la sociedad de los últimos siglos de la Antigüedad la que ha empañado el análisis de muchos historiadores contemporáneos, que no han comprendido que el cristianismo de los siglos III al VII estaba tan fuertemente helenizado en su teología⁵⁶³, simbolismo, arte, etc., que paganismo y cristianismo no eran ya posiciones culturales opuestas y divergentes – como parcialmente lo fueron en los siglos I y II– sino variantes religiosas encastradas en una misma civilización. El cristianismo no podía prescindir ya del legado cultural y filosófico grecorromano. Juan Filoponos, David de Armenia, Pablo de Egina, Aarón, Aecio de Amida, Máximo el Confesor, Jorge de Pisidia o Sofronio de Jerusalén, destacados hombres de Iglesia o teólogos, no pueden entenderse sin Aristóteles, Platón u Homero. Dicho de otro modo, el fin del paganismo no podía implicar el fin de la civilización helenística, pues el cristianismo formaba ya parte de ésta y era ya factor determinante en su evolución y transformación. De hecho, la Romania surgida tras la *recuperatio* justiniana gozaba de una diversa realidad cultural que tenía un inusitado y, para muchos historiadores, ignorado vigor.

I.3.5. La vitalidad cultural de la Romania post-justiniana (554-654).

Para comprobar dicha vitalidad nos bastará con enumerar a los sabios y literatos que ornaron este periodo.

Hacia 554, fecha de la conclusión formal de la *recuperatio*, Procopio de Cesarea daba sus últimos toques a su *Historia de la guerra gótica* y sin duda meditaba ya su inmortal, malintencionada y a menudo engañosa *Historia Secreta*. Mientras tanto, en la misma Constantinopla, Juan Lydo redactaba su tratado latino *De las magistraturas* y Pedro Patricio comenzaba a redactar su obra. En esos mismos años, o poco antes, Urbikios escribía una obra táctica y Jordanes había dado cima a su *Gética*.

⁵⁶³ Ésta helenización tan profunda del cristianismo ha sido recientemente puesta de manifiesto y defendida por el propio papa Benedicto XVI, quien en un discurso en Ratisbona subrayaba los riesgos que podría tener la deshelenización del cristianismo.

En Italia, Casiodoro había puesto en marcha su monasterio y en él seguía escribiendo algunas de sus más destacadas obras en compañía de unos monjes que estudiaban y copiaban los viejos libros que llenaban su biblioteca. Más al oeste, Flavio Cresconio Coripo, el último gran poeta latino, acababa de dar cima a su poema épico *Juanide*, en el que, entre ecos virgilianos y homéricos, revitalizaba la tradición poética heroica del mundo grecolatino.

En Egipto, Juan el Gramático o Filoponos continuaba sus trabajos en filosofía, gramática, astronomía, teología y medicina, mientras que su compañero pagano, Olimpiodoro, progresaba en sus estudios sobre óptica, astronomía, matemáticas, geometría y filosofía. Ambos daban clase en Alejandría, donde dos discípulos cristianos de Olimpiodoro –David de Alejandría y Elías– destacaban ya por su dominio de la filosofía y demás ciencias, a la par que se incorporaban al profesorado de la Escuela, donde redactarían nuevas obras de filosofía, teología, retórica y gramática. En el alto Egipto, Dióscoro de Afrodito⁵⁶⁴, un literato y poeta egipcio, seguía aún cultivando la poesía griega, a la par que, en algún rincón del Mediterráneo Oriental, Simplicio de Cilicia y Priciano de Lidia, dos de los siete sabios paganos celebrados por Agatías, seguían redactando aún obras filosóficas y polemizando con filósofos cristianos como Juan el Gramático o Filoponos. Al mismo tiempo en el Sinaí un antiguo navegante metido a monje, Cosmas Indicopleustes, escribía una de las geografías más influyentes de la historia universal.

De nuevo en Constantinopla y en 562, Isidoro de Mileto el Joven, uno de los arquitectos e ingenieros más grandes de toda la Antigüedad y de la Edad Media, da fin a la reconstrucción de Santa Sofía, haciendo aún más hermosa e imponente la obra destruida por el terremoto de 558. Hacia 563, Paulo Silenciaro canta a Santa Sofía y a la gloria de su Augusto, Justiniano, en un novedoso poema descriptivo realizado en una lengua griega que intenta rescatar ecos homéricos. Poco después, entre 567 y 568, Flavio Cresconio Coripo, recién llegado de Cartago, declama ante el emperador Justino II los versos de su *Panegírico a Justino II*. Más al este y hacia 561, Zacarías de Mitilene, antiguo discípulo del filósofo pagano Isidoro de Gaza, terminaba de redactar su famosa *Crónica*. Aún más al este, en Armenia, durante los años que rodean al 565, David el Armenio, discípulo aventajado del filósofo Olimpiodoro, regresa de Alejandría y comienza a redactar una serie de comentarios sobre las obras de Aristóteles, así como a escribir obras teológicas y a traducir buena parte de los trabajos de Aristóteles a su lengua armenia. Hacia 580, tras haber cobrado fama en la década anterior con sus epigramas y su poesía erótica, Agatías, yerno de Paulo el Silenciaro, se halla escribiendo su inmortal *Historia*. Poco después, entre 585 y 592, Menandro Protector continúa a Agatías en sus trabajos históricos, redactando una obra llena de elegancia,

⁵⁶⁴ Paulo Silenciaro: p. 16.

rigor y fina ironía. Al mismo tiempo y en la misma ciudad, la Constantinopla de Mauricio, Juan de Éfeso redacta su *Historia Eclesiástica*. En Roma, desde 590 y hasta 604, Gregorio Magno escribe varias obras teológicas y hagiográficas, amén de un amplio epistolario pleno de elegante prosa y sin el que sería muy difícil conocer en detalle la historia eclesiástica y política de la Romanía de estos años y su mundo circundante.

En Oriente, hacia el año 600, Jorge de Chipre⁵⁶⁵ termina su *Sinogdemos*, una obra geográfica que nos ofrece valiosos datos sobre la geografía, estructura urbana y división administrativa del imperio a inicios del siglo VII. En Siria se hacía famoso Qoura el filósofo, traductor al siríaco y comentarista de Aristóteles, Platón y Epicuro⁵⁶⁶. También allí, alrededor del año 604, Evagrio Escolástico, un influyente dignatario en el séquito del patriarca de Antioquía, termina su conocida *Historia Eclesiástica*. A comienzos del VII, en Alejandría, brillan ya Juan de Alejandría, médico, astrónomo y filósofo; Pablo de Egina y Aarón, médicos y filósofos, y Esteban de Alejandría, destacado astrónomo, filósofo, alquimista y matemático. También en Alejandría, pero hacia 616, Sofronio compone su famoso poema *Anacreóntica*.

En Constantinopla, con casi toda seguridad hacia 612, se redacta el llamado *Strategikon* atribuido al emperador Mauricio, posiblemente una de las obras tácticas más influyentes de todos los tiempos. Poco después, hacia 623, también en Constantinopla, Esteban de Alejandría y Tychicus de Trebisonda enseñan en la escuela imperial de la ciudad materias como filosofía, retórica, gramática, matemáticas, alquimia, astronomía y teología. Por los mismos años y en la misma corte de Heraclio, Jorge de Pisidia, el mejor poeta griego de todo el periodo, comienza a escribir sus célebres poemas, los cuales le habrían de valer la comparación de su persona con la de Eurípides. En 627, Teodoro el Sincelo escribe en Constantinopla su conocida descripción del asedio al que ávaros, eslavos y persas habían sometido a la capital del imperio en 626. Al año siguiente, o poco después, también en la Constantinopla heracliana, un eclesiástico próximo al patriarca de Constantinopla redacta la singular *Crónica Pascual*.

En Roma, quizás hacia 628, Juan Mosco y Sofronio de Jerusalén acaban la redacción del *Prado Espiritual*, colección de pequeñas hagiografías y episodios piadosos que terminaría por convertirse en una de las obras más influyentes de la Edad Media.

Pocos años más tarde, hacia el 630 en la corte de Heraclio, un funcionario de origen egipcio, Teofilacto Simocata, escribe una *Historia del emperador Mauricio* que

⁵⁶⁵ HONIGMANN, E., *Le Synekdemos D'Hierokles, et L'opuscule Géographique de Georges de Chypre*. Bruselas, 1930.

⁵⁶⁶ Agapios: 181, p. 441.

se constituirá en la última obra historiográfica de corte clásico del periodo. Al mismo tiempo, Jorge de Pisidia, termina su serie de poemas épicos dedicados a Heraclio y sus guerras persas. En ese mismo año de 630, en Jerusalén, Antioco Estrategos compone en griego un sobrecogedor poema que narra la destrucción de Jerusalén por los persas en 614 y que es presentado a Heraclio con ocasión de la restauración por éste de la Vera Cruz en la ciudad Santa. También en Jerusalén, pero entre 634 y 638, Sofronio de Jerusalén, redacta una serie de valiosas homilias y epístolas que iban a cobrar gran fama, a la par que a influenciar notoriamente la teología y la literatura posteriores. A mediados del año 634, un judío converso al cristianismo escribe en griego una singular obra, la *Didascalia de Jacob* que iba a ser una de las obras polémicas religiosas más decisivas a lo largo de la historia de las disputas entre judíos y cristianos. Poco antes en Siria, Sergio de Res Aina (llamado Sergio de Teodosiópolis en Occidente), Juan de Apamea, Severo Seboht⁵⁶⁷ y sus discípulos Atanasio de Balad y el obispo Gregorio de Hauran, llevan a cabo trabajos en filosofía, medicina y astronomía. Poco después, entre el 640 y el 662, Máximo el Confesor iba a dar comienzo a su decisiva obra teológica, en la que teología y filosofía iban a alcanzar su cumbre. Máximo redactaría también un interesante epistolario que lo convertirá en una pluma insustituible si se desea conocer la época de las primeras invasiones islámicas y de las últimas controversias cristológicas. En la Siria central, poco después de agosto de 636, se escribe la llamada *Crónica del 636*. En 640, en el monasterio de Qêneshrê, en la Mesopotamia bizantina, Tomás el Presbítero redacta la obra conocida como *Crónica del 649 o del 724*. En Asia Menor, en la década del 630, Jorge el Monje escribe su *Vida de Teodoro de Sykeon*, y unos años más tarde, Leoncio de Neápolis redactaría sus conocidas *Vida de Juan de Chipre* y *Vida de Simeón el Loco*. Por estos mismos años se redactan buena parte de las obras que componen la llamada *Vida y milagros de San Anastasio el Persa*. En Egipto, coincidiendo con la conquista de Alejandría por los árabes de Amr (642), Juan de Alejandría (a quien se confunde erróneamente con Juan Filoponos) acababa de terminar sus 16 libros de comentarios a las obras de Galeno, obra decisiva en el nacimiento de la futura medicina islámica. Juan de Alejandría escribiría también diversos tratados y comentarios sobre matemáticas, filosofía y astronomía. También en Siria, entre 650 y 690, se escriben varias crónicas, algunas tan interesantes como la llamada *Crónica Maronítica*.

A la par y en toda Siria, la antigua Mesopotamia romana y en Palestina, se produce un fuerte movimiento apocalíptico en la literatura que convive, a todo lo largo del siglo VII, con un fuerte interés por el pensamiento filosófico antiguo y las ciencias astronómicas, médicas y matemáticas. También en Siria, pero alrededor de 690, Jacobo de Edesa escribe una obra histórica que, conservada sólo fragmentariamente, fue sin

⁵⁶⁷ GUNTHER, R.T, “Severus Sebokht...”, *op. cit.*, pp. 82-103.

embargo muy influyente entre los autores de los siglos VIII y IX. En Egipto, Juan de Nikiu, quizás hacia 690, escribe su *Crónica*, obra dotada de gran fuerza e indispensable para la historia del Egipto y del imperio del siglo VI y de la primera mitad del VII. En Constantinopla, poco antes del 678 y trabajando quizás sobre estudios previos de Esteban de Alejandría, el alquimista Calínico inventa el llamado “fuego griego”. Más tarde hacia el 695 y en la misma ciudad se publica el *Nomos Georgikos*, ley de los campesinos que iba a ser el punto de partida de toda una nueva línea jurídica bizantina. En Tesalónica, en diversas fases que se extienden entre los años iniciales del siglo VII y los finales de ese mismo siglo, se escriben los *Milagros de San Demetrio*.

La enumeración anterior no es en modo alguno exhaustiva –aunque pueda parecerlo– y no obstante tiene la virtud, en nuestra opinión, de mostrar cuán lejos estaba el periodo aquí estudiado de la etiqueta de “tiempos oscuros” o “de retroceso cultural” con la que tan frecuentemente ha sido señalado. Como puede observarse, no se advierte ningún signo de decadencia o retroceso significativo ni en la producción literaria, ni en los estudios y obras filosóficas, teológicas, científicas o historiográficas antes del inicio de las conquistas árabo-islámicas. Sólo a partir de la consolidación de estas últimas (es decir, en la segunda mitad del siglo VII), se advierte un descenso significativo de producción cultural. Este descenso se hace cada vez más patente conforme avanza el siglo y que termina en un extenso periodo, entre 670 y 770, de verdadera sequía cultural en el ámbito de la nueva y disminuida Romania, la Bizancio alto medieval. Del mismo modo, en el nuevo Imperio islámico que recogía los restos de la vieja Romania mediterránea y los sumaba al antiguo Imperio Persa, habrá también que esperar un siglo, hasta la aparición de las primeras obras literarias propiamente musulmanas (que empiezan a ser visibles sólo a partir de la década del 750), para asistir a un nuevo florecimiento cultural.

Por lo tanto, el verdadero “siglo oscuro” no se inició con los años finales de Justiniano, tras la supuestamente agotadora y paralizante *recuperatio*, sino que tardó en aparecer todo un siglo, hacia 650, siendo el tiempo de la Romania mediterránea recuperada por Justiniano (es decir, el que media entre 550 y 650), unos años de gran riqueza cultural en los que hablar de decadencia puede ser una cuestión de valoración personal, pero no una realidad histórica constatable.

I.3.6. Influencia cultural de la Romania en su mundo circundante.

Esa realidad cultural constatable es todavía más significativa si se abarca con la mirada el mundo que circundaba a la Romania post-justiniana y se analiza la fuerza e influencia que aún ejercía su gran cultura. En efecto, en la Persia sasánida, grandes reyes como Cosroes I y Cosroes II se declaran amigos o interesados en la filosofía y los

saberes griegos. Cosroes I invitará a su corte y protegerá a los llamados “Siete filósofos”, y tendrá entre sus dignatarios a varios eruditos formados en las disciplinas filosóficas, astronómicas y médicas de tradición helenística⁵⁶⁸. Por su parte, su nieto Cosroes II gustaba tanto de los debates teológicos y filosóficos que, tras conquistar Alejandría en 619, trajo varios filósofos de su escuela a la corte persa⁵⁶⁹. Una corte en la que diversos dignatarios y hombres influyentes, como Silvano de Ouardu, el Katholikos Henaniso I, el monje y médico Simón de Tributa, los médicos Juan Sindorin y Gabriel de Nisibi, el astrónomo, médico y teólogo Aba de Cascar, y los obispos Mar Aba de Cascar, Isoboht y Denha, traducían al siríaco y al persa obras de Aristóteles y diversos tratados médicos, matemáticos y astronómicos de origen griego⁵⁷⁰.

Cosroes I y Cosroes II serían también los alentadores de las grandes escuelas de Nisibis, Harrán y Gundishapur, donde las tradiciones helenísticas, mesopotámicas, iránicas e hindúes se aunaron para dar nacimiento a unos excepcionales logros matemáticos, médicos y astronómicos que serían recogidos por el califato abasida, tras el sometimiento de Persia al Islam.

También en la Galia y en Hispania, e incluso en Britania se manifiesta esa influencia de la Romanía en la cultura. Dicha influencia salta a la vista en las obras de San Isidoro, Juan Biclarense, San Leandro, Liciniano de Cartagena, Gregorio de Tours o en la del llamado Fredegario; también se hace visible en la evangelización de Inglaterra, cuyos primeros pasos son debidos, en buena parte, a misioneros orientales y africanos, algunos de ellos (como Teodoro de Tarso, primer arzobispo de Canterbury)

⁵⁶⁸ Son muchos los testimonios que poseemos acerca de la relación de Cosroes I con la filosofía. Ya se hizo mención del amparo que dio a los siete filósofos neoplatónicos y es célebre su amistad con el filósofo Uranio [Agatías: 2,29, 1-11, y 2,30,1-3], al que se enfrentó en un debate. La controversia, a decir de Agatías, giró entorno a tres preguntas planteadas por el propio rey: si se debe plantear un único principio para todas las cosas, cuál es el origen del mundo físico y si el mundo durará para siempre.

⁵⁶⁹ Cosroes II reunió en su corte a patriarcas, obispos y teólogos de entre los monofisitas sirios, nestorianos y ortodoxos; junto con ellos, llamó también a un grupo de filósofos de Alejandría para que participaran en el célebre debate o concilio. El texto de Sebeos [pp. 113-114] dice así: *Después, Cosroes II, hijo de Ormizdas, después de la cautividad de Jerusalén, dio la orden a todos los obispos de la tierra de Oriente y de Asorestán, de que se reunieran en la Puerta real, y dijo: “Oigo que hay dos partidos entre los cristianos y uno anatematiza al otro. ¿Qué juzgáis que es justo? Ahora bien: que se reúnan todos en la Puerta real para que confirmen lo que es recto y lo que es falso. Todos los obispos y los sacerdotes y todos los fieles de estas regiones se reunieron y puso sobre ellos, como ostikan a Smbat Bagratuni, apodado Cosroes Snum y al médico jefe de la corte. Estaban también allí, entre los cautivos, el patriarca Zacarías de Jerusalén y un gran número de filósofos, que él, Cosroes II, había hecho prisioneros en la ciudad de Alejandría.* Miguel el Sirio [II, lib. X, cap. XVI, p. 339] dice lo siguiente respecto de la afición de Cosroes II por la filosofía y la teología: *Cosroes, rey de Persia, habiendo leído todos los libros de los filósofos y examinado todas las religiones, alabó la doctrina de los cristianos.*

⁵⁷⁰ Respecto de Mar Aba de Cascar, filósofo, médico y astrónomo, a quien se atribuyen, por intermedio de Evergetus de Nisibi, varios comentarios a la Lógica de Aristóteles, dice la *Historia Nestoriana* [LXXXI]: *Mar Aba, originario de Cascar, era el primero, el jefe y el más distinguido de los cristianos de la corte. Fue maestro en filosofía, astronomía y medicina. Sabía el persa, el siríaco, griego y el hebreo. Compuso un gran número de libros y tradujo textos hebraicos que todavía no habían sido traducidos al siríaco. Cosroes lo envió en una embajada cerca de Mauricio.* En la corte de Cosroes, según esta misma fuente, también destacaban los médicos Gabriel de Singara y Juan Sendori.

directamente formados en escuelas de tan larga y clásica tradición como lo eran las atenienses. En fin, la cultura de la Romania atraía aún fuertemente a bereberes, nubios, georgianos, albaneses del Cáucaso, pueblos de las estepas, árabes preislámicos o abisinios. Y sobre todo, llegado el tiempo de la conquista árabe, la gran cultura de la Romania sería capaz de impregnar profundamente, junto con la otra gran civilización antigua, la irania, a la cultura del nuevo mundo islámico, sobre cuyo doble proceso de helenización e iranización trataremos extensamente a su debido tiempo. Esta influencia, no sería posible sin vitalidad, pues ninguna cultura moribunda o estéril, genera atracción de similar potencia y dimensión a la que generó la Romania de la centuria 550-650.

I.3.7. Actividad de las escuelas y métodos pedagógicos.

Hemos podido comprobar que las grandes escuelas de la Romania seguían activas tras 550 y hasta por lo menos la década de los cuarenta del siglo VII. Pero además, el Imperio seguía contando también con toda una red de pequeñas escuelas locales, como aquella de Sykeon, pequeña ciudad de Galatia en donde se formara Teodoro de Sykeon; o como las que se mencionan en multitud de episodios de las obras hagiográficas e históricas de la época. Gracias a estos testimonios podemos conocer no sólo la pervivencia de estas pequeñas escuelas de gramática en todas las ciudades del Imperio, sino también multitud de detalles sobre su funcionamiento y su vida diaria. Así, gracias a un extenso relato de la *Vida de San Teodoro de Sykeon*, nos enteramos de que los niños acudían a la escuela desde el inicio de la mañana hasta el mediodía, momento en que volvían a sus hogares para comer; que los padres de los niños solían ponerse a menudo en contacto con los maestros de la escuela con el fin de interesarse por sus progresos académicos y su comportamiento, y que también recurrían al maestro para que éste les echara una mano con el comportamiento del niño fuera de clase. Así sucede con el pequeño Teodoro, que se negaba a volver a su casa para comer, tras cumplimentar sus clases. Su madre pide ayuda al maestro de la escuela y éste obliga a Teodoro a hacer el camino de regreso a su casa acompañado por otros niños de la escuela que deben, por encargo del maestro, asegurarse de que Teodoro vuelva a su casa a la hora de la comida. También este mismo relato nos informa sobre un método habitual de disciplina escolar: si el alumno no aprende bien la lección, puede ser obligado a permanecer en la escuela hasta que logre superar el ejercicio requerido por el maestro⁵⁷¹.

En otras ocasiones el castigo aplicado por los maestros era duro y expeditivo, como vemos en la *Vida de Simeón el Loco*, un santo que se instaló hacia 582, a inicios del reinado de Mauricio, en las calles de Émesa, pujante ciudad siria del valle del

⁵⁷¹ *Vida de Teodoro de Sykeon*: 6-7 pp. 9-10.

Orontes. Allí, los maestros de las escuelas solían imponer la disciplina y la atención entre sus alumnos a base de latigazos; para ello, las escuelas contaban con un látigo en lugar visible para los alumnos y a la mano del maestro. Por los mismos relatos de la vida de este particular santo nos enteramos de que los niños seguían siendo tan bulliciosos y traviesos como lo son ahora y, lo que es más interesante para nosotros, de que la mayoría de los niños de la ciudad acudían a la escuela, pues a ellas se dirige el santo para buscar a los que, de forma milagrosa, sabe que han de perecer en la peste que azotará a Émesa en los días siguientes. El santo fue mal recibido en las escuelas por maestros y alumnos, ya que los primeros lo tratan a latigazos y los segundos, animados por los primeros, le clavan sus punzones. Gracias a lo cual nos enteramos de que los niños de Émesa, hacia 582, seguían usando los mismos métodos de aprendizaje y útiles de trabajo que usaron sus antepasados desde hacía siglos: ejercicios de gramática a base de dictados, y para llevarlos a cabo, tablillas de cera y punzones⁵⁷². Como se dijo anteriormente, en la Romanía de nuestro periodo y como venía siendo habitual desde hacía siglos, la educación se estructuraba en cuatro escalones: el primero, la gramática; el segundo, la retórica; el tercero, la jurisprudencia y el cuarto la filosofía, el más excelso.

Como hemos visto, casi la totalidad de las ciudades, aunque no pasaran de ser meros poblachos –caso de Sykeon– contaban con escuelas de gramática (que hoy llamaríamos de educación primaria), siendo también muy corriente que si la ciudad era medianamente importante –como Émesa– contara con varias escuelas. Hemos podido constatar también que las grandes escuelas de filosofía vinculadas desde hacía siglos a ciudades como Alejandría, Atenas, Constantinopla, Apamea⁵⁷³ o Gaza, seguían aún

⁵⁷² Ya en la llegada del santo a Emesa, a inicios del reinado de Mauricio (582), aparece una escuela en el relato de su vida, situada junto a la puerta sur de la ciudad. El texto [*Vida de Simeón el Loco*: II, p. 267] dice así: *Simeón llegó a Emesa. En esta ciudad entró de la siguiente manera: al encontrar el ilustre un perro muerto en el estercolero de las afueras de la ciudad, se desató su cinturón de cuerda, lo ató a una pata del perro y comenzó a arrastrar al animal a la carrera, entrando así por la puerta en cuyas proximidades estaba la escuela de los niños. Estos, cuando lo vieron, comenzaron a gritar: “¡Eh, un monje loco! y se pusieron a correr detrás de él, dándole golpes. En cuanto a la relación de las escuelas con el látigo, la misma fuente [p. 273] nos informa cómo el santo roba un látigo de la escuela y azota con él las columnas de la ciudad con el fin oculto y taumatúrgico de conminarlas a resistir el terremoto que está a punto de iniciarse y que el santo conoce por intermedio de la divinidad. Un poco más adelante [p. 274] el santo visita las escuelas de la ciudad y conmina a los maestros a que no azoten a los niños que él ha abrazado, pues el santo sabe milagrosamente que se acerca una peste y que esos niños están destinados a morir en ella. El texto dice: Y advertía a los maestros de cada escuela: En nombre de Dios, no se te ocurra zurrar a los niños que estoy abrazando, imbécil, porque tienen un largo camino que recorrer. Los maestros se burlaban de él y le daban latigazos o hacían una señal a los niños para que le pincharan con sus punzones. Finalmente, llegó la peste y no quedó con vida ninguno de los niños a los que había abrazado aba Simeón: murieron todos. Acerca del extraño comportamiento de Simeón el Loco y sus conexiones con los cínicos, así como sus posteriores influencias en el cristianismo ortodoxo vid. VICENTE ESPINOSA, J. M., *La locura por causa de Cristo. Análisis comparativo entre Simeón de Emesa “El Loco” y Diógenes de Sinope “El Perro”*. Alcalá de Henares, 2005.*

⁵⁷³ Sobre esta escuela, vid. CAMERON, A., *El mundo mediterráneo...*, op. cit., p. 146.

funcionando; así mismo, que las escuelas de jurisprudencia como las existentes en Beritos, Roma, Constantinopla o Alejandría, continuaron también con sus quehaceres.

Pero ¿qué pasó con las escuelas vinculadas al segundo escalón formativo, las de retórica? Pues que continuaban también en funcionamiento. Se recordará que por la Pragmática Sanción de 554, Justiniano restauró el sueldo de los rétores, señal de que había escuelas de retórica en Roma, mientras que por el *Prado Espiritual* sabemos que incluso en ciudades tan lejanas como Antinoe, en la Tebaida egipcia, junto al mar Rojo, los rétores seguían ejerciendo su oficio a inicios del siglo VII⁵⁷⁴. Así pues, los cuatro niveles básicos de la vieja educación seguían funcionando a inicios del siglo VII y en las escuelas extendidas por todo el Imperio, desde Antinoe en el Mar Rojo, hasta Roma; desde Émesa, en el valle sirio del Orontes, hasta Sykeon, en el corazón de Asia Menor, y desde Cartago hasta Atenas, Alejandría, Constantinopla, Trebisonda, Damasco o Gaza, hasta Cesarea de Palestina, Jerusalén o Edesa, se seguía formando a niños, funcionarios, juristas, filósofos y literatos, y escribiendo en ellas obras de todo tipo y género.

I.3.8. Las bibliotecas.

La de Cesarea de Palestina continuó creciendo hasta el día en que los árabes destruyeron la ciudad. La de Alejandría, es decir, la biblioteca de la escuela de filosofía de la ciudad (engrosada con los fondos que se salvaron de las destrucciones de las bibliotecas del Museo y del Serapeum) continuó activa en concreto hasta 717, fecha en la que sus libros fueron trasladados por orden del califa de Damasco a Antioquía y desde allí, años más tarde, a Harrán, para terminar definitivamente en Bagdad, donde permanecerían hasta que ardieron en la destrucción de la ciudad por los mongoles a mediados del siglo XIII⁵⁷⁵. En cuanto a las de Gaza, Cartago o Beritos desaparecieron en los agitados días de la conquista árabe.

¿Y las bibliotecas privadas? También continuaron activas a lo largo del periodo que aquí estudiamos. Pongamos algunos ejemplos: por el *Prado Espiritual* sabemos que en la Alejandría de inicios del siglo VII era célebre la biblioteca de un tal Cosmes el Escolástico, ciudadano que se apasionaba con el saber y el estudio, y que ponía su extensa biblioteca a disposición de los alejandrinos de forma gratuita, permitiendo a quien quisiera la consulta y lectura de sus libros; éstos debían de ser muy numerosos, pues Juan Mosco señala que Cosmes era el hombre que más libros poseía en Alejandría⁵⁷⁶. Por la *Autobiografía* de Ananías de Shirak, sabemos que su maestro

⁵⁷⁴ Juan Mosco, *Prado Espiritual*: 143. El texto dice: *Al llegar a la Tebaida, visitamos en la ciudad de Antinoe al maestro de retórica Febamón, buscando la edificación de nuestras almas.*

⁵⁷⁵ FERNÁNDEZ, G., “La cristianización de la filosofía antigua...”, *op. cit.*

⁵⁷⁶ Juan Mosco [*Prado Espiritual*: 172] dice: *Nos sentíamos muy edificados por este admirable varón; no sólo porque íbamos a verlo y a escuchar sus enseñanzas, sino también porque era el que tenía más libros*

Tychicus tenía tal biblioteca en Trebisonda que no había en ella libro que no se encontrara. Sus fondos eran tan extensos que Ananías, tras haber pasado ocho años de estudio junto a Tychicus, se confiesa incapaz de ofrecernos un informe detallado sobre los mismos, limitándose a proporcionarnos la idea de que la biblioteca contenía todo tipo de libros prohibidos y lícitos, profanos y piadosos, libros de gramática, filosofía, teología, matemáticas, historia, astronomía y de cualquier saber que uno ansiara conocer⁵⁷⁷. Volviendo de nuevo al *Prado Espiritual*, nos informamos de que hasta un simple abad egipcio, un antiguo filósofo, poseía una pequeña biblioteca. Las aficiones culturales de este monje egipcio no eran únicas en su monasterio, pues uno de sus compañeros, Zoilo el Lector, tan pobre como él, tampoco prescindía de la satisfacción que da el poseer unos libros⁵⁷⁸.

I.3.9. Sociedad y vida urbana.

Escuelas, bibliotecas, literatos, poetas, filósofos... Todo eso significaba ciudades que gustaban aún de conservar y continuar sus viejas crónicas municipales⁵⁷⁹ y que seguían elevando estatuas y construcciones para engalanar sus calles y plazas⁵⁸⁰. Ciudades que contaban con habitantes que cultivaban el difícil arte de componer epigramas griegos clásicos y que estaban dispuestos a financiar con su dinero a poetas, historiadores, filósofos y artistas⁵⁸¹; que contaban con artistas que seguían esculpiendo

en Alejandría y siempre estaba dispuesto a prestárselos a quien se los pidiera. Era una persona desprendida; en toda su casa no era posible ver otra cosa que no fuera su biblioteca, una cama y una mesa, y cualquier persona podía entrar, pedirle el libro que necesitara y leerlo.

⁵⁷⁷ Ananias de Shirak: *Autobiografía*.

⁵⁷⁸ Juan Mosco, *Prado espiritual*: 171.

⁵⁷⁹ Conocemos por Agatías [2,17,1-7], que visitó Tralles en uno de sus viajes, que en ella se conservaban los viejos registros municipales. Por ellos y por la dedicatoria que aún podía leerse al pie de una estatua erigida en la ciudad seiscientos años atrás, tuvo noticias Agatías de la historia de Chaeremon. Se trataba de un ilustre ciudadano de Tralles que partió en un largo viaje en busca de Augusto, a quien encontró en Cantabria; a la sazón, eran los días de la guerra cántabra allá por el año 25 a.C. Ya en presencia del emperador, Chaeremon le solicitó ayuda para su ciudad que había sido destruida por un terremoto. Augusto la concedió y donó cuantiosos fondos para que Tralles fuera rehabilitada. En agradecimiento a su acción, Tralles erigió una estatua a Chaeremon y anotó la historia de su viaje a Cantabria en los anales de la ciudad. Sobre esto último Agatías escribe [2,17,6]: *De estos sucesos da fe la historia oficial de la ciudad, y son corroborados por un epigrama que leí cuando estaba en Tralles.*

⁵⁸⁰ CAMERON, A., *El mundo mediterráneo...*, op. cit., p. 176, en donde se recogen casos como los de Cesarea, inmersa en todo un programa de edificaciones que comprendía el trazado de nuevas y lujosas calles y edificios en el puerto de la ciudad. Todas estas obras públicas seguían en marcha aún en los días de la ocupación persa (614-628), tal y como pone de relieve C. FOSS, "The Persians in the Roman Near East (602-630 AD)". *JRAS series*, 3, 13, 2 (2003), pp. 149-170, en concreto p. 162.

⁵⁸¹ El gusto por el patronazgo no se extinguió en la Romanía de los siglos VI y VII. Dos ejemplos son Coripo y Zacarías de Mitilene, quienes desarrollaron sus trabajos merced a la protección de altos funcionarios de la corte. Antes, cuando Coripo sólo era un poeta local, contó con la protección que le dispensaron los ciudadanos acaudalados de las urbes africanas. En cuanto a la composición de epigramas griegos de estilo clásico, citemos, entre otros ejemplos, los que la arqueología ha expuesto en Afrodísias, ciudad de Asia Menor en donde sus cultos ciudadanos seguían esforzándose en este noble y erudito quehacer, a inicios del siglo VII. *Vid.*: SMITH, R., "Late Antique Portraits...", op. cit., pp. 155-189; y en menor medida CAMERON, A., *El mundo mediterráneo...*, op. cit., pp. 169-170.

estatuas de sus Augustos⁵⁸² y de los generales triunfantes, con pintores que seguían realizando retratos llenos de fuerza y realismo⁵⁸³, con plateros y orfebres que realizaban obras maestras de fuerte sabor helenístico⁵⁸⁴ y con arquitectos, ingenieros y musivarios, que continuaron levantando, incluso tras la conquista árabe, obras maestras⁵⁸⁵.

No es posible vincular decadencia cultural y *recuperatio*, ni tampoco observar una fuerte disminución de la creación artística ni de la formación cultural antes de las invasiones árabes. No es pues posible, si se hace con un mínimo de rigor, hablar de “tiempos oscuros” antes del 650.

Pero ¿acaso la sociedad no se vio sometida, por mor de los esfuerzos, penurias y exigencias que provocó la *recuperatio*, a unas tensiones de tal calibre que la dañaron en su estructura y composición, tal y como ésta se había conformado a partir del siglo IV? ¿No desapareció la clase senatorial en Italia? ¿No se inició entonces una fase de decadencia de las ciudades que debilitaría el tejido urbano del Imperio? ¿No sufrió un fuerte castigo económico el campesinado, los comerciantes y los artesanos? ¿No se inició entonces un proceso de medievalización social que llevaría a los hombres de Bizancio a plantearse nuevos problemas, tensiones y dinámicas? Veámoslo.

Se ha dicho, una y otra vez, que la clase senatorial italiana fue consumida por la guerra gótica y que poco después de ésta sus últimos representantes emigraron a Constantinopla y se fundieron allí con el ambiente constantinopolitano hasta helenizarse por completo y desaparecer. Según esta tesis, la colonia latina que contemplaran en Constantinopla Gregorio Magno, Casiodoro y Leandro de Sevilla, sería la última manifestación de la supervivencia de los senatoriales itálicos, los cuales, sin poseer ya el

⁵⁸² Las excavaciones en Afrodisias o Estavrópolis (como era ya llamada en el siglo VI) han mostrado que las importantes canteras de mármol de la ciudad y los talleres de escultura seguían en plena actividad a inicios del siglo VII. De hecho, se han encontrado gran cantidad de estatuas realizadas en los siglos VI y VII. *Vid.*: SMITH, R., “Late Antique Portraits...”, *op. cit.*, pp. 155-189; y en menor medida, CAMERON, A., *El mundo mediterráneo...*, *op. cit.*, pp. 169-170. En cuanto a la tradición de elevar estatuas de los augustos, generales y hombres insignes en las ciudades, sabemos que Heraclio contó con una de estas estatuas, durante mucho tiempo confundida su imagen con la del emperador Marciano, mientras que su primo Nicetas fue honrado en 614 con la erección de una estatua ecuestre: KAEGI W., *Heraclius...*, *op. cit.*, p. 78, y *Crónica* de Teófanos: 6095, 291. Sabemos que las de Mauricio estaban siendo derribadas en Alejandría cuando llegó la noticia del levantamiento de Focas, pero aún no se sabía si la rebelión había triunfado y que el emperador Mauricio había muerto en ella. Así que la costumbre de erigir estatuas del Augusto en las ciudades, como venía haciéndose desde el siglo I, y la de derribarlas cuando el gobierno caía, seguía estando vigente a inicios del siglo VII.

⁵⁸³ De la pintura de retratos en este periodo existen diversos testimonios, como los del Patriarca Nicéforo [*Historia Breve*: cap. 12] que narra que en 626 Heraclio llevó consigo a las negociaciones con el khan jázaro un retrato de su hija, tan real y magnífico que el bárbaro quedó prendado de la princesa romana y la pidió en matrimonio, cerrándose entonces un tratado de alianza contra Persia entre las dos potencias: la Romanía y el khanato jázaro.

⁵⁸⁴ Tal es el caso del famoso tesoro de Lambousa, encontrado en Chipre, y en donde Heraclio aparece representado, en una vajilla de plata, como nuevo Hércules abatiendo al león persa.

⁵⁸⁵ Una de las grandes joyas del arte de la arquitectura y la musivaria tardo-romana es la famosa Mezquita de la Roca, levantada por el califa omeya Abd al-Malik a fines del siglo VII. *Vid.* PIJOAN, J., “Arte Islámico”. *Historia general del arte...*, *op. cit.*, vol. XII, pp. 21-26.

poder y los recursos que tradicionalmente habían detentado, serían las víctimas más señaladas y a la vez, imprevistas de la *recuperatio*⁵⁸⁶.

No fue así. Los senadores italianos sufrieron mucho con las guerras góticas, desde luego, en especial con los ataques que contra ellos lanzara Totila, pero supieron sobreponerse a las devastaciones y penurias de la II Guerra gótica, y participar de las ventajas del nuevo orden creado por la *recuperatio*.

Cuando Justiniano publicó su Pragmática Sanción en 554, no se olvidó de los senadores italianos, sino que los restauró en sus derechos y propiedades, y les otorgó numerosos beneficios. Eso no se hace con una clase agonizante o a punto de desaparecer, pues nadie otorga prebendas y poder a quien ya no es capaz de detentarlo, sino que se realizan tales gestos con aquellos que poseen aún la suficiente capacidad de presión, fortaleza e influencia como para recordar al poder central sus derechos.

Tal ocurrió con la *nobilitas* italiana, poseedora de grandes recursos que las disposiciones de Justiniano reconocía sin ambages. De hecho, las características del poder de dichas grandes familias exigía de ellas estar cerca del centro de su nuevo mundo, es decir, en Constantinopla, y allí marcharon a instalarse. Este hecho no expresa decadencia sino vitalidad. Venía aconteciendo en la Romania desde fines del siglo III y se había convertido en una de sus características esenciales en el siglo IV. Los senadores italianos que tras 540 y 554 se apresuraron en abrir casa en Constantinopla, no hacían sino seguir el dictado de una vieja y fructífera tradición política de su clase social: estar cerca del emperador, del *dominus*, fuente de todo poder y riqueza en la Romania de los siglos IV al VII. Quien quería ser alguien, defender sus intereses y conseguir nuevas cotas de poder debía de estar donde estuviera el emperador y éste estaba en Constantinopla; del mismo modo que en los siglos IV y V, los miembros más ambiciosos de las grandes familias senatoriales se desplazaban a Tréveris, Arlés o Eboracum, siguiendo la estela de poder que dejaban tras de sí las cortes imperiales de un Constancio Cloro, un Constantino o un Valentiniano I, sus descendientes viajaban ahora a Constantinopla y edificaban allí nuevas residencias, alianzas y redes de influencia. Pero, al igual que en los siglos IV y V, ello no significaba abandonar sus intereses más particulares, o cortar los lazos con sus raíces.

En la Pragmática Sanción del 554 tenemos una prueba de que no fue así, pues en ella Justiniano especifica que los senadores italianos podían, sin trabas, desplazarse a Italia para velar por sus intereses⁵⁸⁷. Éstos debían de ser poderosos para empujarles a abandonar la corte constantinopolitana, el centro de poder de su mundo reconstruido por Justiniano. Lo eran, ya que los senadores itálicos siguieron siendo, por largo tiempo aún, los mayores detentadores de riqueza y poder en Italia y Sicilia. Veremos a sus

⁵⁸⁶ Esta tesis es defendida, entre otros, por CAMERON, A., *El mundo mediterráneo...*, *op. cit.*, p. 120.

⁵⁸⁷ Heather ha descrito perfectamente para los siglos IV y V esta nueva situación y el papel que jugaban los senatoriales: HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 40-70.

representantes ocupar el pontificado romano, dirigir los destinos de la urbe e influir decisivamente en el gobierno y defensa de la Italia reconquistada.

En efecto, cuando la irrupción lombarda se mostró irrefrenable, fue al Senado romano a quien, en última instancia, se encargó la gestión de la defensa de Italia. El emperador no solía encargar tareas de semejante entidad a cualquiera. Que en la Italia de 578 hiciera tal delegación de poder en las manos del Senado romano, indica que éste seguía siendo un ente formado por hombres poderosos capaces de reclutar tropas y usarlas adecuadamente; en caso de que esto no fuera posible, hombres capaces de entablar difíciles negociaciones con los duques lombardos, o en su defecto, con los reyes francos. Eso y no otra cosa es lo que Tiberio II encargó a los senadores italianos que hicieran en 578, usando para ello el oro del *aurum oblativium* que los senadores habían recaudado ese año en Italia y ofrecido al nuevo Augusto con ocasión de su ascenso al solio imperial, y que éste, con oro de sobra en su tesoro, pero escaso de soldados que enviar a Italia, declinaba aceptar. Que Tiberio II encargara a los senadores italianos la gestión de tanto oro y la dirección de la política defensiva del Imperio en Italia frente a los lombardos, en vez de dejar dicho encargo a algún alto funcionario o militar oriental destacado en Italia, o proveniente de su corte, es harto revelador y expresa bien a las claras que los aristócratas italianos estaban, en 578, lejos de la agonía o el fin que muchos de nuestros más afamados historiadores tan alegremente les asignan.

El episodio anterior, el que muestra a unos senadores italianos capaces de reunir un *aurum oblativium* muy superior al que reunieran sus antepasados del siglo IV para Valentiniano II, y merecedores de la confianza de un Tiberio II que delegaba en ellos el oro y las decisiones necesarias para defender Italia, es narrado por Menandro Protector, un contemporáneo bien relacionado con la corte, y es por lo tanto concluyente, aunque, sorprendentemente no haya atraído las reflexiones de los historiadores de este periodo⁵⁸⁸. Y eso que dicho episodio no sólo prueba la persistencia del Senado romano y por ende de los senadores, sino también la fuerza y capacidad que a éstos se les suponía, amén de la riqueza que aún detentaban.

En efecto, ya vimos, a la hora de abordar la situación de Italia tras la *recuperatio*, que el *aurum oblativium* recaudado por los senadores romanos del 578 fue significativamente mayor que el que lograran reunir sus antepasados en 376 cuando la coronación de Valentiniano II⁵⁸⁹. Este dato objetivo es –aunque la investigación contemporánea no se haya percatado de ello– un indicador que resalta dos realidades sobresalientes de la situación itálica en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Justiniano: 1) que Italia se recuperó más pronto de lo que creemos de las devastaciones de la II Guerra gótica, y 2) que los senadores seguían siendo

⁵⁸⁸ Menandro Protector, fragm. 22, p. 197.

extremadamente ricos, poderosos e influyentes. De hecho, los senadores itálicos no sólo no desaparecieron tras la *recuperatio* de Italia y África, sino que mantuvieron un papel destacadísimo en los decenios posteriores y tuvieron el suficiente vigor como para adaptarse a la nueva situación, encajar el posterior golpe de las invasiones lombardas, transformarse y sobrevivir, perdiendo en el proceso algunos de sus atributos y características, pero manteniéndose como clase dirigente hasta bien entrado el siglo VII⁵⁹⁰.

Los senadores itálicos tuvieron un paralelo aún más afortunado que ellos en las élites africanas. En efecto, como se ha visto repetidamente a lo largo de nuestro trabajo, tampoco se extinguió o depauperó la clase dirigente africana tras la *recuperatio*, sino que supo mantener su riqueza y poder, e integrarse en el renovado Imperio justiniano. De hecho, como se demostró, la aristocracia africana supo intervenir decisivamente en la política general del Imperio hasta mediados del siglo VII.

Pasemos ahora a ocuparnos de la cuestión de la supuesta decadencia urbana que sufrió el Imperio en el siglo VI, decadencia y retroceso de las ciudades que, según se ha dicho, sólo pudo parar la llegada del Islam, al renovar las estructuras urbanas y dotarlas de nuevos bríos. Se dió entonces, en los lugares sometidos a los árabes (Siria, Egipto y el Magreb), un renovado florecimiento urbano en el que la ciudad musulmana medieval sustituía por completo a las viejas ciudades.

Lo primero que a uno le sorprende cuando examina el estado de las ciudades de la Romania de la segunda mitad del siglo VI y de las primeras décadas del VII es que no se aprecian cambios decisivos en ellas con respecto a la situación preexistente en la primera mitad del VI. Y es que, contra lo que se sostuvo hasta hace poco, los años posteriores a Justiniano no vieron un declinar de las urbes de la Romania oriental. Y si en los años 90 del siglo XX, ya les era difícil a los autores partidarios de la tesis de la decadencia y del agotamiento de las urbes del Imperio sostener sus ideas ante el aluvión de datos contrarios que venía ofreciéndoles la arqueología desde los años setenta⁵⁹¹, hoy día es ya imposible, si se tiene un mínimo de objetividad histórica, hablar de una decadencia material de las ciudades del Mediterráneo oriental antes del periodo de invasiones persas y árabes del siglo VII.

Ward-Perkins, en un brillante y reciente libro, ha expresado perfectamente lo que acabamos de decir: “si las <Edades de Oro> dependen de los restos materiales, dorados fueron, sin duda, para la mayor parte del Mediterráneo oriental los siglos V y VI: en

⁵⁸⁹ BURY, J.B., *A History of the later Roman Empire...*, *op. cit.*, p. 49, especialmente nota 77.

⁵⁹⁰ Este proceso de adaptación a las nuevas circunstancias está recogido en FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, pp. 897-899; de forma más confusa pero más extensa en BARNISH, S. J. B., “*Transformation and survival...*”, *op. cit.*

⁵⁹¹ Un ejemplo claro de las crecientes dificultades de los defensores de la decadencia urbana del siglo VI es el que ofrece CAMERON, A., *El mundo mediterráneo...*, *op. cit.*, pp. 166-188.

algunas zonas, las huellas arqueológicas de este período son más numerosas e imponentes que las del Imperio Romano anterior”.⁵⁹² En efecto, ciudades como Éfeso, Sardes o Afrodiasias, en Asia Menor, o como Gerasa, Pella, Emesa, Cesarea de Palestina, Escitópolis, Hierópolis o Gaza, en las provincias sirio-palestinas; o como Nikiu, Antinoe o Hermópolis, en Egipto, alcanzaron hacia el año 600 unos niveles de riqueza y población nunca antes conocidos y, a menudo, nunca vueltos a alcanzar.

Además, como se verá un poco más adelante, esta prosperidad material de la mayoría de las urbes orientales coincidió –no podía ser de otro modo– con un periodo de prosperidad agrícola extraordinario que llevó a los campesinos a cultivar y poblar densamente tierras hasta entonces marginales, tales como los macizos de piedra caliza del norte de Siria, las alturas del Golán, las estepas del Neguevd, las mesetas de Transjordania o las depresiones de la marmáride egipcia.

Pero volvamos a las ciudades y expongamos con detalle lo que ya hemos apuntado varias veces: que el fin de la prosperidad, la urbana y la agrícola, sólo sobrevino en Oriente a raíz del largo y agitado periodo de invasiones y guerras que se desarrollaron en Oriente y África, entre 603 y 698, y que sólo en aquellas regiones que escaparon pronto de ese periodo de guerra y desconcierto (como ocurrió con Siria, Palestina y Egipto que fueron conquistadas con rapidez, primero por persas, 609-619, y luego por árabes, 634-645) la prosperidad material y la vida urbana no sufriría ningún retroceso, sino tan sólo transformaciones que les permitirían adaptarse al nuevo mundo en el que habían sido incluidas: el islámico⁵⁹³. Mientras que por el contrario, el resto de las regiones de la antigua Romania, aquellas que como África, el Egeo, Asia Menor o Armenia fueron sometidas a devastaciones constantes a lo largo de décadas enteras, se vieron precipitadas a un brusco fin de la prosperidad material y a un severo declive de sus ciudades, cuando no a su fin.

Ya Clive Foss apuntó que el fin de la prosperidad material de las ciudades y provincias del Imperio estaba ligado al de la seguridad militar y por ende, política, económica y social. Hace sólo dos años, Ward-Perkins ha aportado nuevos bríos y pruebas a la tesis esbozada inicialmente por Clive Fox y autores de la talla de Whittow han sumado nuevos y numerosos testimonios en la misma dirección⁵⁹⁴.

⁵⁹² WARD-PERKINS, B., *La caída de Roma...*, *op. cit.*, p. 183.

⁵⁹³ Una visión general del mantenimiento de la prosperidad en Siria y Palestina durante el transpaso del dominio romano al árabe, en: WALMSLEY, A., “Production, Exchange and Regional Trade in the Islamic East Mediterranean: old structures, new systems?”, en Hansen, I.L. y Wickham, Ch. (eds), *The long eighth Century*. Leiden, 2000, pp. 256-343.

⁵⁹⁴ *Vid.* los siguientes trabajos de FOSS, C., “The Near Eastern Countryside in Late Antiquity: A Review Article”. The Roman and Byzantine Near East: Some Recent Archaeological Research, *Journal of Roman Archaeology, Supplementary Series*, 14 (Ann Arbor, 1995), pp. 213-234; “The Persians in the Roman Near East.”, *op. cit.*, pp. 149-170; “The Persians in Asia Minor...”, *op. cit.*, pp. 721-747. Ward-Perkins señala que las tesis de Clive Foss al respecto del fin de la prosperidad material de las ciudades de Asia Menor, pueden ser corregidas en detalles puntuales, pero que nadie puede hoy día rebatirlas por completo. WARD-PERKINS, B., *La caída de Roma...*, *op. cit.*, p. 188; en la misma línea que Perkins y Foss,

En efecto, si uno repasa los más recientes testimonios arqueológicos y estudia con cuidado las fuentes literarias contemporáneas del periodo, se percata enseguida de esa relación entre prosperidad material, vida urbana y seguridad político-militar. Para que lo anterior sea aún más evidente, llevaremos a cabo una rápida presentación de los datos que en la actualidad se poseen sobre las diversas regiones del Imperio.

En la Grecia central, en Macedonia, sur de Tracia, el Peloponeso y las islas occidentales del Egeo se puede constatar que hubo un aumento significativo de los asentamientos y de su prosperidad que se extendió a lo largo de la segunda mitad del siglo V, tras las devastaciones de hunos y germanos, y hasta las primeras grandes invasiones avaro-eslavas, es decir, hasta la década del 580.

A lo largo de todo ese periodo de prosperidad material, las regiones situadas al sur de los Balcanes (las menos expuestas a las correrías de eslavos y protobúlgaros) vieron crecer sus tierras de labor y circular en abundancia monedas de reciente acuñación, no sólo oro y plata, sino también cobre, señal de una potente activa economía de intercambios comerciales supralocales; la fundación de nuevas aldeas y ciudades, y el sostenimiento y a menudo el crecimiento de unas prósperas ciudades. Estas ciudades importaban y exportaban artículos manufacturados de gran calidad, como un nuevo tipo de ánforas que aparece precisamente en estos años, o como sedas labradas de estupenda factura, objetos de platería y orfebrería, etc. En Corinto, Atenas, Tesalónica, Adrianópolis, Filipópolis, Anquialos, Tebas y otras muchas ciudades, se siguieron manteniendo los principales atributos de la vida urbana antigua: baños, calles porticadas, hipódromos, palestras y escuelas, consejos municipales, acueductos y nuevas construcciones como iglesias, basílicas, murallas, etc.

Incluso al norte de los Balcanes, en los valles del Danubio y del Save, la vida urbana no desaparece y ciudades como Sirmium, Naisus, Salona, Ragusa, Dirraquio o Serdica, mostraban, en la segunda mitad del siglo VI, mejor aspecto que en el siglo V. Sirmium, por ejemplo, que había vivido por largo tiempo bajo la autoridad de los ostrogodos y que fue ocupada también por los gépidos y recuperada por la Romanía en 567, mantuvo sus baños, su consejo municipal, sus instalaciones hidráulicas, su animada vida comercial y ciudadana hasta el mismo día de su conquista por los ávaros, es decir, hasta 582. Por su parte, Naisus, seguiría siendo un importante centro regional hasta 613.

Todo cambió con los grandes ataques ávaro-eslavos de 580-595. Fueron estos devastadores ataques y sobre todo, las definitivas y terribles invasiones de los años 610-640, las que hicieron de los Balcanes de los siglos VII y VIII un mundo pobre en ciudades. En efecto, ciudades como Corinto, Filipópolis o Atenas que habían alcanzado un notable grado de prosperidad en el siglo VI, quedaron entonces muy reducidas y sujetas a una situación de declive material; otras, como Sirmium, Naisus o Salona,

WHITTOW, M., "Recent Research on the Late-Antique City in Asia Minor; The Second Half of the Sixth

fueron arrasadas o convertidas en simples aldeas. Sólo aquellas urbes que, como en el caso de Tesalónica, no sufrieron directamente la devastación de ávaros y eslavos, pudieron capear el temporal y mantener, al menos en parte, cierto grado de prosperidad y vida organizada⁵⁹⁵.

Al otro lado del Egeo, donde no alcanzaban a llegar aún las guerras y devastaciones, las ciudades siguieron siendo ricas y populosas. Sardes, Éfeso, Afrodisias, Anastasiópolis, Tarso, Seleucia de Cilicia, Trebisonda, Esmirna, Mira o Cesarea de Capadocia vivirían una auténtica época dorada –como dijo Ward-Perkins– durante todo el siglo VI, alcanzando esa edad dorada su cénit en los años inmediatamente anteriores y posteriores al año 600, como muestran los últimos testimonios arqueológicos, para precipitarse después en un rápido declive que, como en el caso de Afrodisias, en la segunda década del siglo VII, la convirtió en una auténtica ciudad fantasma poblada sólo por las esculturas elaboradas en ella hasta entonces.

¿Qué produjo aquel súbito desastre en Asia Menor? Como ya demostrara hace años Clive Foss y ha reafirmado más recientemente Ward-Perkins, los causantes fueron los ataques persas que la región sufrió, año tras año, entre 609 y 626. Durante esos años, ciudades como Rodas, Samos, Cos, Mira, Tarso, Cesarea de Capadocia, Ancira, Anastasiópolis, Seleucia, Calcedonia o Crisópolis, fueron tomadas y destruidas por los persas. Otras muchas, como Afrodisias, Trebisonda, Sinope, Nicomedia, Nicea, Herapolis, Esmirna, Éfeso o Hadrumetum, vieron sus campos devastados, año tras año, y su comercio con el resto del Imperio y el Mediterráneo interrumpido. Lo peor para todas estas ciudades fue que a la época de las guerras persas siguió, sin intermedio reparador digno de ese nombre, un nuevo periodo de devastaciones, saqueos y guerras, que se llevó casi toda la escasa prosperidad que en Asia Menor habían dejado las guerras persas de 609-626. Nos referimos, claro está, a las invasiones árabes. En efecto, desde 638 y hasta 740 (es decir, a lo largo de todo un siglo), casi no hubo año en que los ejércitos árabes no devastaran las tierras de Asia Menor y sus islas o saquearan alguna de sus ciudades. Tarso, Adana, Seleucia, Heraclea de Tiana, Ancira, Sardes, Éfeso, Pérgamo, Hadrumetum, Rodas, Antioquía del Meandro... fueron tomadas y saqueadas, a veces repetidamente, a la vez que otras muchas ciudades se vieron sometidas a un

Century Revisited”, *Resent Research in hate Antique Urbanism*, Portsmouth, 2001, pp. 137-153.

⁵⁹⁵ Un panorama general de la prosperidad de las tierras de la cuenca egea en: WHITTOW, M., *Remaking of Orthodox Byzantium 600-1025...*, *op. cit.*, pp. 59-68; WARD-PERKINS, B., *La caída de Roma...*, *op. cit.*, pp. 181-183. Para el caso particular de Corinto es indispensable el trabajo de SANDERS, G., “Corinth”, *The Economic History of Byzantium...*, *op. cit.*; sobre Tebas: LOUVI-KIZI, A., “Thebes”, *The Economic History of Byzantium...*, *op. cit.* Para Atenas: KAZANAKI-LAPPA, M., “Medieval Athens”, *The Economic History of Byzantium...*, *op. cit.* y también centrándose Atenas aunque abarcando toda Grecia: METCALF, M., “The Slavonic threat to Greece circa 580: some evidence from Athens”, *Hesperia*, 31 (1962), pp. 134-141. Sobre la cronología de las invasiones eslavas de los Balcanes y sus verdaderos efectos puede verse HALDON, J.F., *Byzantium...*, *op. cit.*, pp. 43-46; OLAJOS, T., *Contribution à la chronologie...*, *op. cit.*, pp. 506-515, B55, 1985; y *Los Milagros de San Demetrio*: vol. II, pp. 172-187. Para Sirmium y el

drástico proceso de depauperación de sus recursos y condiciones de vida. De hecho, en Asia Menor, la moneda de cobre es la que muestra la verdadera pujanza de una vida próspera, comenzó a escasear a partir de las décadas iniciales del siglo VII, mientras que antes había sido abundantísima. Y si hasta los primeros años del siglo VII, Asia menor exportaba vino, aceite, cerámica, sedas manufacturadas, etc., a todo el Imperio e incluso a regiones tan extremas y lejanas como Britania, el Danubio central y la Galia, a partir del 650 se impone una vida ruralizada y presidida por una economía depauperada. Las ciudades no desaparecieron o disminuyeron tanto como en los Balcanes, ni la circulación monetaria y la cultura literaria desaparecieron por completo, pero sí se volvió más pobre y sobre todo, adoptó nuevos rasgos y fisonomía que, si bien no cortó todos los lazos con el pasado, sí dibujó un nuevo escenario urbano⁵⁹⁶.

En África puede observarse también el mismo proceso. Aquí las ciudades habían alcanzado su grado máximo de prosperidad hacia el año 400. Para ese año, la economía y la población romano-africana se habían transformado en el motor económico del Imperio en Occidente, jugando aquí el papel que en Oriente jugaba Egipto. La conquista vándala fue mucho menos devastadora de lo que se creyó hasta no hace mucho y así, cuando los hombres de Belisario pusieron pie en las costas de África, se toparon con un mundo rico y muy urbanizado.

La vieja tesis de Carlos Diehl que, siguiendo a pie juntillas el tendencioso relato de Procopio, suponía que África vivió en los años de renovación del poder romano un largo proceso de decadencia que los árabes sólo completarían, está hoy por completo superada. En efecto, incluso los partidarios más acérrimos de la tesis de un África perjudicada por la reconquista justiniana, como Averil Cameron, han tenido que admitir que la prosperidad material no sufrió un colapso y se limitan ya a tratar de matizar los innumerables testimonios de vitalidad y riqueza que África manifestó a lo largo del periodo 550-650. A día de hoy, incluso se comienza a hablar, no ya de mantenimiento de esa riqueza y de la pujanza de sus ciudades, sino de expansión y crecimiento. Así, por ejemplo, las últimas excavaciones en Cartago han llevado a numerosos arqueólogos e historiadores a aceptar lo que a la luz de los hallazgos arqueológicos parece inevitable: que Cartago experimentara entre 590 y 640 un crecimiento y una expansión urbana.

¿Y por que no? Los testimonios arqueológicos muestran lo que cualquiera podría suponer si se aleja de ideas preconcebidas: que la relativa paz y seguridad de la que África disfrutó entre 548 (fin de la gran guerra romano-bereber) y 585 (cuando finalizó el último episodio bélico digno de mención con los mauri), sumado a la larga y

mantenimiento de sus baños en pleno asedio ávaro de 471-582, *vid.* Menandro Protector: frag. 12,5, y para los de otras ciudades como Anquialos, Teofilacto Simocata: 1,4,4.

⁵⁹⁶ Ya hemos mencionado los trabajos de Clive Foss al respecto de Asia Menor, así como las páginas que Ward-Perkins dedica a esta cuestión. También se ha citado repetidamente el trabajo de Smith y los estudios realizados por Whittow.

completa paz en la que el Exarcado africano vivió entre 585 y 647, tenía que dar forzosamente sus frutos. Ciudades como Cuculis, Justiniana Capsa o Gelula, vieron renovadas sus riquezas y bríos, y en lugares tan alejados de Cartago como Volúbilis, en el interior de la Mauritania Tingitana, los consejos municipales seguían activos y dejando testimonios epigráficos de esa actividad, en fecha tan tardía como 650.

Todo cambió con la llegada de la guerra y del fin de la seguridad; es decir, con la llegada de las invasiones árabes. Entre 647 y 698, son destruidas o saqueadas Cululis, Justiniana Capsa, Cesarea, Trípoli, Oea, Sabrata, Teveste, Gelula, Sufetula, Cartago... Muchas de las ciudades tomadas por los árabes en sus ataques tardarían siglos en poseer de nuevo vida urbana y toda la región sufrió un fuerte retroceso agrícola, económico y demográfico, un retroceso del que África sólo comenzaría a salir en la segunda mitad del siglo IX.

No es de extrañar. A lo largo de más de cincuenta años, todo el antiguo Exarcado africano fue sometido a una devastación sistemática. En muchos lugares los guerreros árabes destruyeron las canalizaciones de agua y las cisternas, imposibilitando con ello la inmediata restauración de la vida agrícola. En otras, se llevó a cabo un exterminio de la población latina, como fue el sobrecogedor caso de Buresus que recientemente ha puesto de manifiesto las excavaciones arqueológicas. En esta ciudad que contaba hacia el año 640 con más de 20.000 habitantes, los arqueólogos han descubierto pruebas evidentes de una sistemática y organizada masacre de su población por los árabes. No sólo han hallado los tradicionales edificios quemados o los cadáveres en las calles con signos de violencia, sino que en la gran cisterna de la ciudad han hallado cientos de esqueletos de habitantes que fueron asesinados y después arrojados al agua para que así ésta se contaminara, impidiéndose por lo tanto su utilización por los posibles supervivientes.

África, que ofrecía un deslumbrante panorama de riqueza agrícola y comercial cuando las tropas árabes se presentaron ante ella, según los propios cronistas islámicos, era una tierra empobrecida hacia el año 700 y las ciudades que surgieron en ella tras la conquista islámica tardarían siglos en alcanzar el grado de prosperidad del que habían gozado antes de 647⁵⁹⁷. Así pues, también en África, el fin de la prosperidad y de la pujante vida urbana tuvo lugar con el del fin de la seguridad y el inicio de una larga secuencia de guerras y devastaciones.

Muy distinto es el panorama en Siria, Palestina y Egipto. Aquí la vida urbana y la agricultura alcanzaron una prosperidad sin par durante los siglos V, VI y VII,

⁵⁹⁷ KAEGI (*Heraclius emperor of Byzantium...*, pp. 23-44) ofrece un excelente cuadro de la prosperidad africana hacia el año 600, mientras que en R. GUERY (*Recherches archéologiques Franco-tunisiennes à Rougga. III. Le Trésor de monnaies d'or byzantines*, École Française de Rome, 1982) y F. AGUADO BLAZQUEZ (*El África bizantina: reconquista y ocaso*, cap. III, 2005. <http://www.imperiobizantino.com>) pueden hallarse diversos testimonios de las devastaciones producidas por la conquista árabe.

prosperidad que ni las pestes, ni los terremotos, ni las guerras persas y árabes lograron destruir, ni tan siquiera detener. Ciudades como Gerasa, Escitópolis, Pella, Cesarea marítima, Gaza, Ascalón, Émesa o Hierópolis alcanzaron el cénit de su prosperidad, y expansión urbana y demográfica en las primeras décadas del siglo VII. Estas ricas ciudades eran activos centros agrícolas, artesanales y comerciales siempre dispuestos a aprovechar cualquier oportunidad de incrementar su riqueza. Así sucedió con Damasco, Gerasa, Pella, Escitópolis, Gaza, Ascalón y Tiro, que supieron sacar partido incluso de las guerras persas del periodo 540-561. En efecto, estas ciudades aprovecharon la destrucción de Antioquía (541) y la devastación de las ciudades de la vía comercial que desde hacía siglos fluía por el norte de Siria, para recoger el testigo de sus hermanas del norte y atraerse hacia ellas el tráfico comercial y con él un nuevo auge de sus artesanías y productos agrícolas. Así, si hasta 540, las sedas y telas de algodón, los marfiles, la plata y las piedras preciosas, las especias, las alfombras y tapices procedentes de India, Ceilán, China y Persia, habían subido por el Eúfrates camino de Antioquía y Laodicea, a partir de ese año la ruta giró hacia el sur o fue sustituida por la reapertura de la ruta del Mar Rojo y de las mesetas arábicas. De esta manera, Gaza, Ascalón y Tiro se convirtieron en los grandes puertos sirios del comercio de lujo, y Damasco, Gerasa, Pella, Escitópolis, Tiberiades o Jericó recuperaron su vieja condición de animadas ciudades caravaneras y fabriles.

Y no es que el norte de Siria se convirtiera en un desierto. Antioquía supo y pudo renacer de las cenizas que habían dejado tras de sí los persas de Cosroes I, y ni la destrucción de la ciudad, ni la deportación de sus habitantes a las orillas del Tigris para habitar allí la nueva Antioquía de Cosroes, impidió que la ciudad fuese de nuevo una rica y populosa urbe hacia el año 600, pese a sufrir pestes y terremotos. Y aún cuando fue de nuevo destruida por los persas en 611 y sus nuevos pobladores deportados otra vez a Persia, Antioquía tuvo fuerzas para renacer, cual fénix de las ciudades sirias, y aguardar la llegada de los árabes en 637, convertida todavía en un importante centro urbano. Otra gran urbe de la Siria del norte, Apamea, tiene una historia parecida aunque no tan dramática. En efecto, Apamea, sede de una importante escuela de filosofía, disfrutó de una prosperidad y riqueza en el siglo VI como no había alcanzado hasta entonces. Esta época dorada tuvo un violento freno en 573, cuando la ciudad de Evagrio Escolástico fue saqueada por los persas. No fue sin embargo su fin, pues fue reconstruida y aunque quizás no alcanzara los niveles de población y prosperidad anteriores a 573, no puede decirse que la Apamea posterior a 573 fuese una ciudad pequeña o empobrecida.

Hay que decir que el principal motor de la economía de la Siria del norte siguió intacto y funcionando a pleno rendimiento, sin que las guerras persas o las pestes del siglo VI pudieran dañarlo o detenerlo. Ese motor era la agricultura. En las colinas y mesetas calizas del norte de Siria surgieron, desde los años iniciales del siglo IV, una

multitud de riquísimas aldeas cuyos restos siguen hoy día asombrando a los arqueólogos e historiadores, pues en ningún otro lugar del mundo romano pueden encontrarse testimonios tan elocuentes y claros de una pujante vida agrícola.

Así es, en esas aldeas sirias los campesinos vivían en sólidas casas de piedra de dos plantas: la primera destinada al ganado, los aperos, los granos y frutos; la segunda al disfrute y alojamiento de la familia. Los techos estaban revestidos con tejas y la solidez, amplitud y comodidad que esas casas muestran sigue siendo hoy –como ya dijimos– motivo de maravilla. Además, estas aldeas de acomodados campesinos se permitían disponer de amplias calles y edificios públicos; entre sus restos, los arqueólogos han encontrado ricos ajuares y vajillas, a veces importados desde muy lejos, y gran cantidad de monedas de oro, plata y cobre, siendo estas últimas una señal inequívoca de que la economía de estas aldeas era pujante. Pues bien, estas aldeas de campesinos ricos (como podríamos llamarlos si los comparamos con sus contemporáneos de Galia o Hispania, o si los confrontamos incluso con los actuales campesinos sirios de la región) continuaron así hasta mediados del siglo VII. De hecho la región sólo comenzó a empobrecerse claramente a fines del siglo VII e inicios del VIII⁵⁹⁸.

Prosigamos. En Egipto, el gran motor económico del Mediterráneo oriental, las ciudades siguieron siendo también ricos testimonios de pujanza y vitalidad. Alejandría era la ciudad más destacada, pero otras urbes como Nikiu, Babilonia de Egipto, Tebas, Antinoe o Hermópolis también destacaban como populosos centros agrícolas, artesanales y comerciales. Estas ciudades no vieron afectada su prosperidad ni por las pestes, ni por las guerras persas, ni por la conquista islámica. Hubo devastaciones, por supuesto, pero debido a la brevedad de las mismas y a la proverbial riqueza del país, supieron recuperarse de los infortunios. Y es que –como ya anunciáramos– la rapidez de la conquista islámica en estas regiones orientales y el igualmente rápido desarrollo del nuevo imperio, el Omeya, permitió a las ciudades de Siria, Egipto y Palestina, capear el temporal y recuperarse pronto de sus efectos nocivos.

¿Cómo era la vida en las ciudades de la Romanía del periodo 550-650?

Gracias a algunas obras hagiográficas y a colecciones de milagros, cuyos relatos están ligados íntimamente a ciudades de fines del siglo VI e inicios del VII, podemos conocer al detalle la vida cotidiana de no pocas ciudades de nuestro periodo. Así, por citar sólo algunos ejemplos, la *Vida del patriarca Juan de Chipre* permite conocer la Alejandría de los primeros años del siglo VII; la *Vida de San Teodoro de Sykeon*,

⁵⁹⁸ Sobre el mantenimiento de la prosperidad en toda esta región: WALMSLEY, A., *Production, Exchange and Regional Trade in the Islamic East Mediterranean...*, op. cit.; HARMANSAH, O., *Limestone hills of north Syria in late antiquity: problems of rural decline*. Pensilvania, 1995; en cuanto a las espaciosas casas de los campesinos sirios puede verse la ilustración en WARD-PERKINS, B., *La caída de Roma...*, op. cit., pp. 181-182. Para una visión general de las ciudades de esta región: CAMERON, A., *El mundo mediterráneo...*, op. cit., pp. 166-189; WARD-PERKINS, B., *La caída de Roma...*, op. cit., p. 181 y ss.

estudiar la Anastasiópolis y la Seleucia tracia de los últimos años del siglo VI y de los primeros del VII; la *Vida de San Anastasio el Persa* nos da información abundante sobre la Cesarea de Palestina de la segunda década del siglo VII; mientras que la *Vida de Simeón el Loco* muestra con inusitado realismo la cotidianidad de la Émesa de los últimos años del siglo VI y los *Milagros de San Demetrio* permiten seguir los avatares de Tesalónica a lo largo de varias décadas del siglo VII.

Las fuentes antes mencionadas muestran una muy bien organizada administración local, las ciudades portuarias o fronterizas disponen de su *comerciarius*, que se ocupa de regular, tasar y gravar el tráfico comercial; de funcionarios que dirigen las obras públicas; de jueces y oficiales de justicia, etc. En todas estas ciudades, dirigen la administración los gobernadores locales, los llamados “padres de las ciudades”, pero junto a ellos sigue funcionando el Consejo municipal, y cada vez tiene mayor prestigio y poder el obispo. Éste, en no pocas ciudades (es el caso de Alejandría) se ocupa de promover el comercio, distribuir anonas y limosnas que aminoren los efectos de las carestías; negocia, en nombre de su ciudad, con gobernadores, militares y jefes extranjeros; preside las reuniones de los consejos municipales, regula los impuestos, y las reglas y pesos de los mercados; actúa como garante de testamentos y contratos; presta dinero a las autoridades civiles y a particulares, etc. Este ascenso de los obispos, de la Iglesia, no modifica significativamente ni la fisonomía de las ciudades, ni su existencia, ni por supuesto es un síntoma de decadencia, tal y como han sugerido autores como Averil Cameron sin aportar pruebas para ello.

En efecto, las ciudades siguen mostrando en lo fundamental el mismo aspecto que en el siglo V y en la primera mitad del VI: calles porticadas, conservación de viejos monumentos, grandes iglesias y edificios públicos, animadas ágoras que siguen siendo el centro de la vida de la ciudad, bulliciosos mercados, baños públicos para hombres y mujeres, teatros e hipódromos o circos, escuelas, palestras y gimnasios, basílicas... siguen siendo rasgos urbanísticos y arquitectónicos de la mayoría de las ciudades. En el caso de Siria, Palestina y Egipto, seguirían siéndolo aún después de la conquista islámica. Así por ejemplo, en Escitópolis se seguían construyendo plazas al viejo estilo y amplias calles flanqueadas de pórticos sostenidos por columnas, casi cien años después de que la ciudad pasara a manos de los árabes. En efecto, el califa Hisham pagó dicha edificación y dejó recuerdo en ella colocando en la nueva plaza un hermoso mosaico de dorada inscripción sobre fondo azul⁵⁹⁹.

Los baños eran también otro aspecto fundamental de la vida de las antiguas ciudades. Sabemos que en su inmensa mayoría, siguieron existiendo hasta el fin mismo de la ciudad, como en Sirmium, en el Danubio, que fue tomada por los ávaros en 582, o hasta los días de la ocupación de las ciudades por los árabes. Estos baños eran muy

⁵⁹⁹ WARD-PERKINS, B., *La caída de Roma...*, op. cit., p. 183.

animados y, al igual que venía sucediendo desde hacía siglos, hombres y mujeres disfrutaban de instalaciones separadas, en las que se reunían para tomar baños de agua caliente y fría, y comentar las últimas incidencias ocurridas en la ciudad. La *Vida de Simeón el Loco*, al respecto del funcionamiento de estos baños en Emesa hacia el 590, nos dice:

“Había dos baños, próximos entre sí, uno para hombres y otro para mujeres. Pues bien, el Loco pasó de largo por el de hombres e irrumpió a propósito en el de mujeres.
-¿A dónde vas, loco? -le gritó el señor Juan-. ¡Espera, el de hombres es aquí!
El Admirable se dio la vuelta y respondió:
-¡Vete, imbécil! Allí, agua caliente y agua fría; aquí, agua caliente y agua fría. No hay nada de más ni allí ni aquí.
Y echando a correr, se metió entre las mujeres ¡lo juro por el Señor de la gloria! Pero todas se lanzaron contra él y lo sacaron a golpes”⁶⁰⁰.

También Alejandría disponía de numerosos baños públicos a inicios del siglo VII y gracias a la vida del patriarca de la ciudad, conocemos hasta el sueldo que ganaba un empleado de esos baños hacia el 630, poco más de 3 sólidos de oro anuales.

Circos, hipódromos y teatros de pantomima seguían despertando el entusiasmo de los ciudadanos, sin que las prohibiciones que de tanto en tanto, hacían algunos emperadores piadosos, y algunos obispos y monjes, impidieran que se continuaran matando fieras en las arenas de ciudades de todo el imperio, llevando a cabo carreras de carros, realizándose acrobacias y números circenses o dándose funciones teatrales.

Así, Heraclio, en su juventud, se haría célebre en África por sus hazañas en la arena matando leones y, en la propia Constantinopla, el emperador Mauricio celebraba luchas entre leones, toros y prisioneros, a la par que vistosos desfiles y números circenses con elefantes. En casi todas las ciudades del Imperio y hacia el año 600, las carreras de carros seguían siendo un asunto principal para muchos de sus ciudadanos y motivo para desórdenes, fiestas y rivalidades entre los demos. Y el teatro seguía atrayendo también el gusto y la imaginación de los habitantes del Imperio, pese a los edictos de Justiniano. Al propio emperador Heraclio no se le ocurrió mejor modo de agasajar al khagan ávaro que disponiéndose a ofrecerle un espectáculo teatral en Heraclea de Tracia⁶⁰¹. Tampoco eran escasos los seguidores de las actuaciones circenses: acróbatas, magos, domadores de fieras... seguían atrayendo la atención en los circos, hipódromos, foros, ágoras y calles del Imperio. El padre de San Teodoro de Sykeon era un antiguo y afamado acróbata, cuyo número más celebrado era uno en el que realizaba todo tipo de acrobacias sobre el lomo de un camello lanzado al galope por la arena del hipódromo.

⁶⁰⁰ *Vida de Simeón el Loco*: p. 271.

⁶⁰¹ Algunas noticias sobre el mantenimiento de las obras teatrales, carreras y luchas circenses con fieras en este periodo en Sebeos: p. 38; Patriarca Nicéforo: cap. 10.

¿No ha cambiado nada? Por supuesto que sí. Hablamos de ciudades vivas y no de fachadas monumentales y decorados vacíos de vida. Ya en el siglo VI se apuntan numerosos cambios que preludian las ciudades árabes y bizantinas medievales. Por ejemplo, algo tan relacionado con la ciudad árabe como los zocos, estaba ya desarrollándose en ciudades de toda la Romanía oriental en el siglo VI. Así, ciudades como Emesa muestran en sus calles porticadas tal acumulación de pequeñas tiendas y talleres, que es imposible no pensar en los zocos medievales. Otros atributos urbanísticos que habitualmente se atribuían a los árabes, como las plazas circulares, las enmarañadas y estrechas calles, etc., estaban ya también presentes en las ciudades sirias, palestinas, egipcias o mesopotámicas del siglo VI.

Es un mundo vivo y dinámico el de estas ciudades, tal y como lo eran sus habitantes, los cuales, al contrario de lo que creen historiadores como Cameron, no veían mayor problema en ir de los baños a la iglesia, en salir de ésta para meterse en el hipódromo o en la arena de la ciudad para ver una carrera de carros; o en escuchar la encendida predicación de un monje ermitaño e irse a contemplar una emocionante lucha de fieras. Como tampoco veían mayor problema en comenzar el día sobrecogiéndose ante la contemplación de un sagrado icono y continuar viendo con regocijo una pantomima. Estos hombres de la Romanía de los siglos VI y VII no veían nada particular en adoptar posturas que a nosotros nos escandalizarían o nos darían pie para la más absoluta perplejidad: se sentían cómodos venerando a un hombre santo como Teodoro de Sykeon, hijo de una prostituta y de un acróbata circense, o levantando magníficas iglesias a la par que seguían celebrando los viejos ritos paganos, tal y como sucedía en Gerasa, que siguió celebrando sus fiestas en honor de la diosa madre *Ma* hasta mucho después de la conquista islámica.

Era un mundo más diverso de lo que se cree. Estaban cambiando muchas cosas, sí, pero en la dirección que la propia Romanía se había marcado desde el siglo IV y sin que se produjeran rupturas dramáticas con el pasado.

¿Cómo eran de grandes estas ciudades?

Había aún muchas grandes ciudades, sobre todo si aplicamos los cánones de la época. Por ejemplo, sabemos que Jerusalén contaba, en el año 614, con más de 100.000 habitantes. Antioquía tenía, hacia el año 600 y pese a haber sufrido incontables desastres en el siglo VI, unos 200.000 habitantes, los mismos con los que aún contaría a fines del siglo XI, cuando los cruzados la tomaron. Damasco, hacia la que se había desplazado buena parte del comercio que detentara Antioquía antes del 541, rondaba los 100.000 habitantes y otras muchas ciudades como Gaza, Emesa, Edesa o Cesarea de Palestina pasaban de los 25.000.

Por los mismos años, Alejandría no debía de bajar de los 300.000 habitantes, pues en 642, el conquistador árabe de la ciudad, Amr, censó en ella a 40.000 judíos, y éstos,

aunque numerosos en la ciudad egipcia, no dejaban de ser una minoría en una rica y populosa ciudad en la que la población cristiana, ortodoxa y copta era mucho más numerosa. Y era rica: hacia el año 600 sólo había en esta populosa ciudad 7.500 pobres de solemnidad, es decir un 3% como mucho de la población total; el dato nos es conocido gracias al censo realizado por el patriarca de la ciudad, Juan el Limosnero. La cifra anterior es aún más reveladora y significativa, si se la compara con la que ofrece una floreciente ciudad actual como Madrid, que en el año 2002 contaba con un 8,3 % de pobres de solemnidad entre su población⁶⁰². Y es que el mantenimiento de los ricos talleres artesanales alejandrinos dedicados a la elaboración de tejidos de seda y lino, a la obtención de papel de papiro, a la fabricación de objetos de vidrio y de cerámica vidriada, a la confección de aparejos navales y navíos, de alfombras y esteras, de joyas, etc., y sobre todo la pervivencia de un rico comercio con todos los rincones del Mediterráneo (Arabia, Abisinia, Nubia, la India y el Atlántico) permaneció intacto hasta los años posteriores a la conquista árabe. Sólo con ésta se inició la decadencia de Alejandría y no fue un hecho único (*v. mapas 5-6*).

Lo realmente importante es que el Imperio seguía contando, hacia el año 600, con toda una tupida red de pequeñas ciudades que, oscilando entre los 5.000 y los 20.000 habitantes, seguían siendo la verdadera columna vertebral de la organización administrativa, económica, social y cultural de la Romania.

Era este, en general, el variado panorama que ofrecían las ciudades y la sociedad de la Romania de nuestra época. Como ya hemos dicho repetidas veces, a menudo se ha creído erróneamente que estabilidad era sinónimo de inmovilidad. Se pretendía que si los romanos del siglo IV, del V o del VI no se comportaban y escribían exactamente igual que los del I a.C. era porque se hallaban inmersos en un proceso de decadencia. Fijado el canon, cualquier innovación o transformación era tenida por decadente, orientalizante o carente de valor. Y esta forma de ver y entender el mundo, cuyas raíces se hallan en la Ilustración francesa y en la historiografía del siglo XIX, siguen hoy empañando los análisis de muchos investigadores.

Pero lo que realmente es relevante en el devenir histórico no es la constatación o no de los cambios sucedidos en una civilización o cultura, sino la dirección y el sentido de dichos cambios. En efecto, lo que hay que valorar es si las transformaciones acontecidas, inevitables en cualquier género de circunstancias y hechos ligados al hombre y sus acciones, se hallan o no dentro del sendero lógico de la evolución natural –por así decirlo– de esa civilización o cultura. Es decir: la victoria romana sobre la vieja

⁶⁰² Por Sebeos [p. 69] sabemos que los persas dieron muerte en 614 a 57.000 hombres y se llevaron prisioneros a otros 35.000. Estos datos son corroborados por otras fuentes orientales y permiten establecer la población de Jerusalén hacia 614 en unos 100.000 habitantes. Véase el censo de pobres realizados por el patriarca Juan de Chipre [I, 1-20, p. 445] y compárese con el de Madrid (Periódico ABC digital 9-12-2002, Madrid).

Cartago implicaba unas transformaciones inevitables de la sociedad y cultura romanas pues la catapultaban a potencia hegemónica del Mediterráneo, pero dichos cambios no supusieron una ruptura. César podía entender a Escipión, y aunque la Roma de César y Escipión eran muy diferentes, podían reconocerse a sí mismas como etapas de un mismo desarrollo histórico que enlaza las etapas antes referidas con las de Constantino, Teodosio I, Justiniano y Heraclio, pero que sufrió una quiebra, o por mejor decir, una mutación que desde mediados del siglo VII hizo imposible esa continuidad.

Hasta aquí nuestro análisis del ejército, la hacienda, los recursos económicos y demográficos de la Romanía, de su sociedad y sus ciudades, de su situación en el mundo hacia 565. Ahora pasaremos a centrarnos en el otro gran eje del mundo antiguo, en la otra gran civilización e imperio: Persia

II. LA PERSIA SASÁNIDA: EL OTRO EJE DEL MUNDO ANTIGUO.

“Así dice el Señor a su ungido, Ciro, a quien lleva de la mano: doblegaré ante él naciones, desceñiré las cinturas de los reyes, abriré ante él las puertas, los batientes no se le cerrarán. Yo iré delante de ti allanándote cerros; haré trizas las puertas de bronce, arrancaré los cerrojos de hierro, te daré tesoros ocultos, caudales escondidos. Así sabrás que yo soy el Señor, que te llamo por tu nombre, el Dios de Israel.”

Isaías. 45.1-3.

“En este mundo mi tesoro es la justicia y todo el Universo ha revivido gracias a mis esfuerzos. Nada puede despojarme de este tesoro; el mal llega a todo hombre que hace el mal. De un extremo al otro, el mundo está bajo mi protección y mi costumbre es la justicia que todos los hombres aprueban. No habrá hombre que sufra hambre a causa de mis ministros, mis capitanes o mis caballeros, ya sea un malhechor o un hombre lleno de virtudes. Esta audiencia de la corte está abierta a cualquier hombre, tanto el que desea mi bien, como el que me desea el mal”

Palabras de Artashir I, fundador de la dinastía sasánida, al subir al trono de Persia. Firdusi, *Libro de los reyes*, V, 266-267.

“Y así, por orden del rey, fueron traídos por la brida 300 caballos con arreos dorados. También había 1160 servidores leales que marchaban a pie llevando jabalinas y 1040 más con capas de brocado y armadura debajo llevando mazas y espadas. Detrás de ellos iban 700 halconeros con gavilanes, halcones borní y halcones reales. Después de los halconeros iban 300 hombres a caballo llevando todos ellos guepardos. También había 70 leones y leopardos atados con cadenas sujetas firmemente, cubiertos de capas de brocado chino y había otros leopardos y leones domados, con bozales formados por cadenas de oro. También había 700 perros de caza con collares de oro, que apresaban las gacelas a la carrera. Y acompañándolo todo iban 2000 juglares dispuestos a tocar aires de caza. Cada uno de estos cantores iba montado sobre un camello y llevaba en su cabeza una pequeña corona de oro”.

Preparativos y aparato de una cacería real en tiempos de Cosroes II (590-628). Firdusi, *Libro de los reyes*, VII, 240-241.

Si Roma, alzándose sobre la civilización helenística, domina y modela durante siglos a los países y gentes del Mediterráneo y de la Europa occidental, en el Oriente, Persia, levantándose a su vez sobre la civilización mesopotámica, desempeñará el mismo cometido entre las tierras y pueblos que se extienden entre el Éufrates, el Yaxartes y el Indo. En el punto donde ambos mundos confluyen, es decir, en las tierras que circundan el Mediterráneo Oriental, se produjeron constantes colisiones entre ambos, no sólo políticas y militares, sino también culturales y económicas.

Y así, toda una serie de países, Armenia, Capadocia, Ponto, Osrhoene, Comagene, Adiabene, la Siria oriental, Arabia, Paflagonia, Cólquide, el Bósforo Cimerio... oscilarán, a lo largo de siglos, entre la civilización helenística y la irania⁶⁰³; del mismo modo, las rutas de comercio con el Oriente más lejano y la Arabia, girarán hacia el norte o hacia el sur, en función del poder y dominios ejercidos sobre ellas, por uno u otro de los dos grandes imperios.

Si se adopta la perspectiva histórica adecuada, griegos y persas, seleúcidas y arsácidas, romanos y partos, romanos y sasánidas, no son sino etapas históricas de una misma disputa universal: la que los pueblos grecorromanos y los iraníes entablaron por el dominio del mundo antiguo. Al menos, ambos rivales eran conscientes de esta realidad en su última etapa de enfrentamientos y volvían a menudo los ojos hacia el pasado para justificar sus derechos y aspiraciones.

Ahora bien, si siempre nos hemos preocupado por estudiar y conocer en profundidad la historia grecorromana, la de Persia sólo nos ha atraído, hasta hace bien poco, como factor accidental y subordinado de aquélla. Medos, aqueménidas, arsácidas y sasánidas desfilaban ante nuestros ojos como actores secundarios de un drama cuyos escenarios y acontecimientos más relevantes transcurrían, no en las riberas del Éufrates, en las estepas sirias o en las montañas armenias –donde realmente se ventilaba el dominio del mundo antiguo– sino en los campos de Italia, en las márgenes del Rin o en las costas del canal de la Mancha. Y sin embargo, el mundo antiguo tenía su centro de gravedad precisamente en las tierras fronterizas entre ambos imperios. Era ese “Oriente disputado” (es decir, Mesopotamia, Siria, Armenia, Asia Menor, Palestina y Egipto) de

⁶⁰³ Una muestra de esto la encontramos en Antíoco I de Comagene (69-34 a.C.), rey de estirpe griega que gobernaba el pequeño reino de Comagene, a orillas del Éufrates superior, en un país donde las tradiciones iránias y griegas confluían entre sí y con las indígenas. Antíoco elevó templos a los dioses iraníes y los equiparó con los griegos. Así en su reino se adoraba a Zeus Oromasdes, es decir a Ahura Mazda bajo el ropaje de Zeus; a Apolo-Mitra, como Dios del sol, y a Hércules como Artagnés, un antiguo héroe de la mitología irania. Antíoco, no sólo construyó templos a estas divinidades mitad griegas, mitad iránias, sino que instituyó colegios de sacerdotes encargados de su culto, pues, aunque griego y descendiente de los seleúcidas, sabía reconocer que gobernaba un reino tan griego como iranio. *Vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 38; para una visión panorámica de esta mezcla entre lo griego y lo iranio, sobre todo en sus vertientes religiosas: BIDEZ, J. y CUMONT, F., *Les mages hellénisés. Zoroastre, Ostanès et Hystaspe d'après la tradition grecque*. París, 1938 (2 vols.).

donde ambos imperios extraían sus más importantes recursos y en donde depositaban sus anhelos de dominio hegemónico y universal. Así, los griegos y luego los romanos, aspirarán continuamente a conquistar Armenia y a instalarse sólidamente sobre el antiguo solar de Babilonia para desde ellas, controlar los caminos que iban hacia la India y China; por su parte, los iraníes no dejarían de intentar conquistar y dominar Siria y Asia Menor, para desde ellas controlar Egipto y las costas del Mediterráneo oriental.

Los últimos actos de esta “controversia universal” se desarrollarían a fines del siglo VI e inicios del VII y, de forma inesperada para ambos rivales, terminarían desembocando en una nueva era caracterizada por la súbita aparición de un nuevo imperio, el islámico, que recogiendo los restos de la vieja disputa y de los antiguos actores, iba a generar todo un nuevo mundo, con nuevos ejes de poder y nuevas controversias: la Edad Media.

Pero para entender todo esto, hay que comprender previamente cómo era el mundo sobre el que el Islam surgió y se precipitó. En los capítulos precedentes, hemos analizado en detalle en qué estado se hallaba realmente la Romanía en los días finales de Justiniano (hacia 565) y cuáles eran sus posibilidades militares, económicas y culturales. Ahora toca hacer lo propio con la Persia Sasánida. Pero, dado que la historia del Irán y sobre todo del Irán Sasánida sigue siendo hoy día para muchos occidentales – en especial para los españoles – una gran desconocida, hemos creído necesario, antes de entrar en un estudio pormenorizado Eranshar de fines del siglo VI, ofrecer una breve exposición sobre su historia precedente.

II.1. Historia de Persia. Orígenes y permanencia del Irán.

Eranshar, literalmente “país de los arios”⁶⁰⁴. Así denominaban los sasánidas a su tierra a inicios del siglo III d.C. Su primer gran rey, Artashir I (224-241), se daba a sí

⁶⁰⁴ El término “ario” se usa aquí en el sentido que le daban los pueblos del Irán y del noroeste de la India; un sentido que está por completo desvinculado de las perniciosas connotaciones ideológicas, políticas y raciales de las que se vio dotado por el nacionalismo germánico de fines del siglo XIX e inicios del XX, y por el nazismo alemán de las décadas de los treinta y los cuarenta del mismo siglo. Para los habitantes del Irán (el antiguo, el medieval y el moderno), ellos son los “arya” (los arios), y para ellos son igualmente “aniran” (no arios) un alemán, un griego, un etíope, un turco o un árabe. “Arya”, ario, definía en el mundo aqueménida, arsácida y sasánida a los integrantes de los pueblos iraníes, y en ese sentido será usado en el presente trabajo. En los años 30 del siglo XX, cuando Reza Pahlehvi transformó el nombre de su país, Persia, en el del actual Irán, buscaba reivindicar, ante todo, su glorioso pasado y asegurar su posición frente a las potencias y territorios árabes y turcos que lo rodeaban; de paso, intentaba congraciarse también con la Alemania nacionalsocialista de Adolfo Hitler y atraerse su protección y apoyo frente a la Rusia soviética y al Imperio Británico. Sólo en esa coyuntura política tan complicada, el término “arya”, ario, fue usado en Irán con las mismas pretensiones y formas en que estaba siendo usado en la Alemania de su tiempo.

mismo el significativo título de *Sha ansha eran shar uz eran shar*, esto es: “rey de reyes de los arios y de los no arios”, o también “rey de reyes del Irán y del no Irán. ¿Cuándo surgió tal idea?

Mil años atrás. Ya en el *Avesta* (la obra religioso-literaria más antigua y decisiva de la historia de los pueblos iraníes, cuyas partes más antiguas fueron redactadas a fines del siglo IX o inicios del VIII a.C.) aparece el nombre de *Ariana vaeja*, patria original de los Arya o Aria. Conocemos por las inscripciones de Darío I Aqueménida esculpidas en las rocas de Naqsh-e-Rostam y de Beistún hacia el 520 a.C., que el fundador de la primera gran dinastía persa se definía a sí mismo como: “Darío, un aqueménida, un persa, un ario...”, y que consideraba que reinaba sobre un imperio compuesto por dos grandes divisiones: “Irán y Aniran”. Esto es, Darío I reinaba sobre las gentes del Irán y del no Irán, sobre los pueblos arios y sobre los no arios. Pero además, tanto él como sus sucesores invocaban como fuente última de su poder a *Ahura Mazda*, un dios que es nombrado en todas las inscripciones aqueménidas como Dios de los arios, en persa, “Ariana” o “Arya”⁶⁰⁵. No mucho más tarde, Herodoto conocía perfectamente que el nombre antiguo de los medos era el de “Arya” o “Arios”⁶⁰⁶, mientras que Diodoro de Sicilia decía, en el siglo I a.C., que Zoroastro, el fundador de la religión nacional de los persas, pertenecía al pueblo de los *arianoi*, es decir, a los arios⁶⁰⁷.

La idea sasánida del *Eranshar* era pues muy antigua. La persistencia de la identidad étnica de los pueblos iraníes, de su religión, del conocimiento de su pasado, siempre vinculado a los grandes reyes aqueménidas: Ciro, Darío, Artajerjes... y al fundador de su religión, Zoroastro, muestra hasta qué punto la Persia de los sasánidas era consciente de ser parte del mismo devenir histórico iniciado por los pueblos iraníes que invadieron la meseta iraníica hacia el 1500 a.C. y que comenzaron a levantar en ella grandes imperios a partir del siglo VII a.C. Pero mientras que en época aqueménida, el concepto de Irán era similar al de *helinikos* o helenismo de los griegos (se podría hablar pues de “iranismo” en el mismo sentido que lo hacemos de “helenismo”), con los sasánidas la idea toma una dirección, si no distinta, sí más concreta y determinante.

En efecto, fue con Artashir I y Shapur I, en el siglo III d.C., que el término *Eranshar* tomó una dimensión política en la que se vinculaba a un pasado remoto, grandioso y legendario, con una idea política, racial y religiosa bien definida desde el poder: *Eranshar*, el país de los arios, los adoradores de *Ahura Mazda*, Dios de los arios. Esta unificación ideológica de tres realidades convergentes pero distintas entre sí –la política, la racial y la religiosa– marcaría toda la historia sasánida.

⁶⁰⁵ CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 15-20. La inscripción de Darío en Beistún puede consultarse en: NELSON, R., *The History of Ancient Iran*, Munich, 1984, pp. 363-368; la de Naqsh-e-Rostam, parcialmente traducida al español, en: BENGTON, H., *Griegos y Persas...*, *op. cit.*, p. 16.

⁶⁰⁶ Heródoto: VII,62. SCHRADER, C., *Herodoto, Historia, libro VII*. Madrid, 2000.

⁶⁰⁷ Diodoro de Sicilia: I, 94,2. PARREU ALASÁ, F., *Diodoro de Sicilia, Biblioteca Histórica, libros I-III*. Madrid, 2001.

La exposición anterior no es gratuita, ya que si no se tienen claras las ideas sobre las que la Persia Sasánida se construyó, no se puede entender su historia y, lo que es aún más importante para conocer nuestra propia realidad actual, no se puede entender la íntima vinculación que se establecería entre el antiguo país de los arios, sus gentes y su cultura, y una nueva civilización, la islámica; esta última vería, a su vez, determinado buena parte de su desarrollo histórico y cultural por causa de dicha vinculación.

Aquel sentimiento identitario, la idea del *Eranshar*, sería llevado a la práctica a lo largo de toda la historia sasánida por los reyes y los *mobed* –los magos– y terminaría por impregnar profundamente la cultura persa. De esta manera, cuando los *vaspurs*, los *deqan* y los *savaran*, los nobles sasánidas, se convirtieron al Islam, no se arabizaron (como ocurrió con otras élites no árabes de los países conquistados por los árabes islámicos), sino que mantuvieron con orgullo las viejas denominaciones e ideas, y las vincularon a la permanencia de su lengua, su poesía, su arte y sus tradiciones a lo largo de toda la Edad Media. Ellos, aún bajo el manto del Islam –o por mejor decir, pese a él– seguían siendo los “Arya”, los arios, los orgullosos habitantes del *Eranshar* o *Iran Shar*, el reino de los arios. Para ellos, los bárbaros, los enemigos que se suceden ante las fronteras de Persia entre los siglos VII y XVI (árabes, turcos, mongoles, timúridas, otomanos, etc.) son siempre los “Aniran”, los no arios, los que no pertenecen al *Eranshar*. Y así, “Aniran” serían llamados en la obra literaria persa por excelencia del Irán islámico, el *Shanameh*, el libro de los reyes escrito por Firdusi en los días que giraron entorno al año mil.

La influencia sasánida antes descrita no se dio sólo en los ámbitos culturales e ideológicos, sino que también se manifestó con fuerza en la propia historia del pensamiento y de la religión islámica. Así, nada más finalizada la conquista árabe del país, el Irán comienza a convertirse en la tierra de donde surgen las más destacadas herejías, disidencias político-religiosas y corrientes divergentes de espiritualidad musulmana. Allí, en los antiguos solares de los sasánidas y del zoroastrismo, surgen o arraigan con fuerza las corrientes políticas, culturales y religiosas que desafían a la ortodoxia árabe.

Una de esas disidencias islámicas iraníes, la más famosa y decisiva, será la del chiísmo, que con su complicada angelología, su jerarquía de clérigos, su milenarismo y mesianismo, conecta de forma directa una parte considerable de la vieja religión irania, el zoroastrismo, con la nueva, el Islam⁶⁰⁸. Desde el siglo VIII comienza a darse en el Islam asentado en el antiguo Imperio sasánida y por medio de él en todo el Islam, una persistente infiltración de la filosofía sasánida zoroastriana. Este proceso de recuperación del viejo sistema de pensamiento filosófico-religioso iría paralelo al de la

⁶⁰⁸ Otro ejemplo de corriente espiritual musulmana influida por el pensamiento religioso de la antigua Persia la tenemos en el sufismo, tan influido por la mística y la gnosis irania. Vid. CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, op. cit., p. 43

recuperación y expansión de la lengua, usos, poesía, arte, etc. sasánidas, y culminaría en lo filosófico-religioso con pensadores islámicos de gran talla e influencia, uno de cuyos máximos exponentes, Shaabodin Sorevardí (1154-1190), sería asesinado en 1190 por sus ideas y obras, tan preñados de influencias sasánidas y zoroastrianas.

No sería ni el único, ni el último en seguir ese camino que, en última instancia, no era sino el que cabría esperar de la lógica deriva religiosa de los pueblos iraníes, profundamente orgullosos de su pasado y opuestos a las influencias árabes. Tanto es así, que en la Bagdad abasida (cuya corte seguía un ceremonial que era casi una copia exacta del de la vieja corte sasánida), escritores, poetas, artistas y músicos persas hacían abierta mofa del primitivismo y la rudeza de la cultura y la lengua de los árabes, y reivindicaban con nostalgia los días de esplendor de los sasánidas.

En consecuencia y mucho más tarde, en 1935, Reza Palehvi, el fundador de la última dinastía persa, al cambiar el nombre de su reino, Persia, por el de Irán, reclamaba con orgullo para su país su pasado preislámico aqueménida y sasánida, vinculando dicho pasado a la idea del Iran Shar, el país de los *arya*, los arios, frente al *aniran*, las tierras de los bárbaros. Incluso hoy día, en la tierra de los ayatolabs, la obsesión identitaria por vincularse con los antiguos *arya*, el orgullo por su deslumbrante pasado preislámico, el cuidadoso cultivo de las viejas tradiciones sasánidas que aún subsisten, el mimo por la conservación y conocimiento de su rico patrimonio cultural preislámico, el interés popular y oficial por extender y promover el estudio de su historia antigua, son rasgos característicos y casi exclusivos dentro del mundo islámico, que definen al actual Irán⁶⁰⁹.

Pero ¿cómo se inició la historia de aquellos *arya* que tan decisivos iban a ser en la historia del mundo antiguo y más tarde, ya islamizados, del medieval?

⁶⁰⁹ Irán constituye (junto con Egipto y el antiguo régimen iraquí de Sadam Hussein) una de las pocas naciones islámicas interesadas en la historia y cultura de su nación antes de la llegada del Islam. Pero lo que en Egipto e Irak es interés, en el Irán actual es pasión. El gobierno financia anualmente estudios y excavaciones para poner en valor su pasado preislámico del que hace gala en el exterior con continuas exposiciones. Una muestra concreta de este interés, aún de las más altas instancias de la República Islámica del Irán, la da la entrevista que dio su Vicepresidente con ocasión de las celebraciones en Irán del nacimiento del poeta Ferdusi: “El Vicepresidente de Irán habla de la épica narrada en el *Shanameh* como de una resistencia del pueblo persa ante la injusticia” (Teherán, Irán. IRNA. 17 de mayo de 2007). En esa entrevista, el Vicepresidente no se recataba, pese a su islamismo, en mostrar la pasada grandeza de su pueblo, su radical oposición a todo lo árabe y el orgullo que sentía por pertenecer a una nación que -según presumía- “se islamizó, pero no se arabizó”. Otra prueba del apego del actual Irán a su pasado preislámico lo vemos en el aprecio que los iraníes (autoridades religiosas incluidas) tienen por los *Jhurganes*, literalmente “casas de la fuerza”, una especie de gimnasios tradicionales que eran ya populares en la Persia sasánida y en donde los iraníes se ejercitan como lo hicieron los antiguos caballeros sasánidas. Por si fuera poco, los actuales iraníes practican estos ejercicios al ritmo de los versos de su epopeya nacional, el *Libro de los reyes*, escrito por Ferdusi hacia el año 1000, en el que se habla continuamente de los dioses, los héroes y las hazañas de los viejos días paganos, y en el que Ferdusi, un persa musulmán, no se recató en llamar a los ejércitos de Mahoma y de los venerados califas Abu Bark y Omar: “ejércitos de las tinieblas”.

II.1.1. Los antecedentes históricos. De los orígenes al surgimiento de los sasánidas.

Como ya hemos dicho, los arya, los iránicos, una de las ramas principales de los pueblos de lengua indoeuropea, llegaron a las tierras de lo que luego sería el Eranshar en torno al año 2000 a.C. Hoy día sabemos que procedían de las estepas situadas al norte del Mar Caspio y que, en última instancia, eran originarios de la región situada entre el bajo Volga y el Don, donde habían formado parte del conjunto de pueblos indoeuropeos que dieron lugar a la llamada *Cultura de los kurganes*. Los indoiranios abandonaron esta región y su relación con el resto de los pueblos indoeuropeos que habían formado la cultura kurgánica hacia el año 2500 a.C. y se trasladaron a las estepas nororientales del Caspio y del Mar de Aral, desde donde bajarían, hacia el año 2000 a.C., a lo que luego serían los países y regiones del llamado Irán oriental, es decir, de lo que en nuestro tiempo son los territorios del noreste de Afganistán, el sur de Uzbekistán, el noreste de Irán y el actual Tayikistán. En estas regiones y en torno al año 2000 a.C. aparecen pueblos de lengua indoiraniana a los que los arqueólogos actuales han atribuido los restos arqueológicos del llamado “Complejo cultural bactriano-margiano” y de la llamada “Cultura nómada de Andronovo”, que, según todas las evidencias arqueológicas y lingüísticas, serían los antepasados directos de los pueblos iránicos occidentales (medos y persas) y orientales (bactrianos, margianos, partos, arios, drangianos, sogdianos, etc), así como de los pueblos indoarios que invadieron el valle del Indo hacia el 1500 a.C. Por los mismos días, en torno a los años 1500-1400 a.C., otro grupo de tribus indoiranianas abandonó sus tierras en el Irán oriental y las estepas del Turán, y avanzó por la meseta iraní en dirección de lo que luego serían los solares de Persia y Media. Eran los antepasados de los persas y los medos, los “parsua” y “madua” de las fuentes asirias que, de esta forma, aparecían definitivamente en la historia⁶¹⁰.

En efecto, entre el 1350 y el 1300 a.C., tribus de lengua indoiraniana tantean las fronteras del reino elamita, sembrando la confusión entre las tribus y reinos de los maneos, habitantes de las regiones que se extienden al este del lago Urmia. Siglos más tarde, los asirios comienzan a chocar con los pueblos iránicos; así, ya desde el siglo IX

⁶¹⁰ Hoy día la llamada hipótesis de los kurganes, esbozada por la arqueóloga e historiadora soviética Marija Gimbutas, es la más generalmente aceptada como modelo explicativo de la formación de los pueblos de lengua indoeuropea y de su posterior expansión y dispersión. Pueden consultarse numerosos trabajos sobre la hipótesis de los kurganes en DEXTER, A.R., JONES-BLEY, K., *The Kurgan Culture and the Indo-Europeanization of Europe: Selected Articles From 1952 to 1993*. Washington, 1997. También es de interés la obra de F. VILLAR, *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*. Madrid, 1996, con una síntesis de los trabajos más señalados de los últimos años. En cuanto a la formación de los pueblos indoiranios y sus migraciones hacia el Irán y la India, *vid.*: ARCE, J., *Bajo el palio del gran rey, Historias del Viejo Mundo*. Madrid, 1994, pp. 14-28; HAMBLY, G., *Asia Central*. Madrid, 1985, pp. 20-37; BACON, E., “Un puente entre dos mundos. Nuevos conocimientos acerca del primitivo Afganistán”, en *Historia de las Civilizaciones, Civilizaciones extinguidas*. Barcelona, 1992, pp. 251-278. Hoy día la hipótesis de que los indoiranios llegaron al Irán y a la India a través del Cáucaso, está en declive.

a.C. en tiempos del rey asirio Salmanasar III, aparecen en los textos asirios los pueblos de los madua y de los parsua, siempre al acecho de las fronteras del Imperio asirio.

En el siglo VIII a.C., los reyes asirios se internan varias veces en los montes Zagros y en la meseta irania en busca de las belicosas tribus de los madua y los parsua, pero éstas siempre se reponen y vuelven a hostigar las fronteras asirias. A fines de ese mismo siglo, alrededor del año 700 a.C., los medos forman ya un reino organizado y potente.

a. Los orígenes del mundo iranio y la creación del Imperio Medo.

El primer rey de los medos que nos revela la historia sería Fraortes, el cual era soberano de una de las tribus medas hacia el año 725 a.C. y cuyo hijo, Deioces (700-647 a.C.) –Daiauuku en medo– unificaría bajo su mano a todas las tribus medas y las lanzaría contra los asirios. A Deioces le sucedería su hijo Fraortes, que reinaría 22 años (647-625 a.C.).

Ciaxes (625-585 a.C.).

El hijo de Fraortes, Ciaxes (Uksatar), alzaría ese imperio. Llegado al trono de Media hacia el año 625 a.C. reorganiza su ejército al modo de los asirios y de los neobabilonios, domina con fuerza a las anárquicas tribus iranianas de su imperio, somete a vasallaje a las tribus persas del sur, se alía con Nabopolasar, rey de Babilonia y padre del famoso y bíblico Nabucodonosor, y se lanza contra Asiria. Ciaxes sería el primer monarca iranio que reinaría a la par sobre medos y persas.

En efecto, el primer monarca persa del que tenemos noticia cierta fue Ciro I, rey de Anshán, quien aparece en las crónicas asirias como vasallo y aliado de Asurbanipal de Asiria, a quien enviaría una embajada en el año 639 a.C., encabezada por uno de sus hijos, Arauku, bien provista de tributos para el soberano asirio. La subida al trono de Media de Ciaxes cambiaría esta situación, pues, alrededor del año 620 a.C., los parsua, los persas, rinden ya vasallaje y tributo a Ciaxes de Media y no a los monarcas asirios a quienes pronto combatirían bajo las banderas de los medos.

Así, a partir del 615 a.C. y tras haberse zafado de la dominación escita y derrotar a uno de los ejércitos de sus primos iranianos del norte, los escitas, los ejércitos de Ciaxes, unidos con los de Babilonia, golpean las tierras de Asiria. En 614 a.C., los medos de Ciaxes tomarán Asur, la capital religiosa de los asirios, y en 612, ahora en unión de los ejércitos babilonios de Nabopolasar, tomarán Nínive, la capital política asiria. En 610-609, los ejércitos de Nabopolasar, junto a contingentes medos enviados por Ciaxes, asediaron y conquistaron la gran fortaleza asiria de Harrán, donde el último rey asirio, Asurabít, había reunido a los restos de los ejércitos de su pueblo. Ese mismo año, el faraón Neco, aliado de los asirios, vencía al rey de Judá y se hacía con el control de Siria. Pero en 605, en Karkemish, en el norte de Siria, el hijo de Nabopolasar,

el célebre Nabucodonosor II, casado con una princesa meda, hija de Ciaxares, y auxiliado por contingentes de caballería meda, derrota a los ejércitos del faraón Neco, en los que militaba un gran número de mercenarios griegos, y se hace con el control de toda Siria.

Con la batalla de Karkemish (605 a.C.) se creaba un nuevo orden en el antiguo Oriente, en el que Media y Babilonia se dividían entre sí los antiguos territorios del Imperio asirio y relegaban al Egipto saíta a la condición de potencia de segundo orden. Así y por primera vez en la historia, los medos –esto es los iranos– desempeñaban el papel de gran potencia oriental.

Ciaxares no se contentó con hacerse con la porción más norteña del antiguo Imperio asirio, sino que guerreó más al oeste, en Asia Menor. En primer lugar conquistaría el viejo reino de Urartu, del que tomaría muchos elementos y tradiciones⁶¹¹; luego sometió a su dominio a las tribus tracio-frigias de la región del Ararat, las cuales formaban el núcleo de lo que en breve iba a ser Armenia⁶¹². Por último, se lanzó contra el Imperio lidio. Como tras de él lo harían otros grandes reyes iranos, Ciaxares buscaba con estas guerras una salida al Mediterráneo, aunque no la logró. En 585, tras la llamada “batalla del Eclipse”, lidios y medos llegaban a una paz concertada mediante la cual el río Halys señalaría la frontera entre ambos imperios. Ese mismo año, Ciaxares, verdadero creador del primer Imperio iranio y por ende, verdadero fundador de la tradición imperial irania, destinada a prolongarse tras de él por más de mil años, moría en su capital, Ecbatana.

Ciaxares determinó en buena medida el futuro de los imperios iranos que le siguieron, no sólo porque marcó las futuras líneas de expansión de los pueblos iranos, sino porque adoptó buena parte del ceremonial cortesano, del modelo administrativo y de la cultura de los antiguos reinos de Asiria y Urartu, ahora sometidos a su poder. Con ello comenzó la mesopotamización del Irán, que tantas y tan longevas repercusiones iba a tener en la historia del Irán y del Oriente.

Astiages (585-550 a.C.).

A Ciaxares le siguió en el trono medo su hijo Astiages. Casado con una princesa lidia, la hermana del mítico Creso, y firmemente aliado con Nabucodonosor II, rey de Babilonia y a la sazón su cuñado (recuérdese que Ciaxares había dado a su hija en matrimonio al hijo de su aliado babilónico). Astiages no tenía nada que temer y pudo dedicarse a aumentar la cohesión interna de su imperio. Así, mientras que sus aliados y

⁶¹¹ Para la fuerte influencia de Urartu en el reino medo y en el Imperio Persa aqueménida, *vid.* PHILLIPS, E.D., “Antiguos pueblos de las montañas. Las culturas desaparecidas de Luristán, Manía y Urartu”, en *Historia de las Civilizaciones, Civilizaciones extinguidas...*, *op. cit.*, pp. 221-250.

⁶¹² Sobre la llegada de los protoarmenios a la región del Ararat, su aculturación por los urarteos y hurritas nativos, su sometimiento por los medos y el posterior nacimiento de Armenia bajo dominio de Ciro y de Darío *vid.* DE ENCAUSSE, G., *Armenia, un caso de transmutación y supervivencia en especial*, pp. 1-7. <http://www.imperiobizantino.com>.

cuñados, el rey de Lidia Creso y el rey de Babilonia Nabucodonosor II (el cual construyó los famosos jardines colgantes de Babilonia para su esposa irania), se dedicaban a agrandar sus respectivos imperios con nuevas conquistas militares, Astiages dedicaba los largos años de su reinado a centralizar un imperio formado por tribus levantiscas y mal avenidas entre sí⁶¹³.

b. Los Aqueménidas y el primer Imperio Universal.

Pero las tribus persas del sur, vasallas de los medos desde los días iniciales del reinado de su padre, habían sustituido ya las viejas jefaturas tribales por unos reyes dotados de más poder y por ende, de más capacidad de decisión e independencia. Ya vimos cómo hacia el año 620 a.C., Ciro I, rey de Anshán, se convertía en vasallo de Ciaxares y, como tal, le auxiliaba en sus guerras contra Asiria.

Cambises I.

El hijo de este Ciro, Cambises I, recibiría como esposa, en señal de agradecimiento y para consolidar la posición de los persas dentro del Imperio medo, a la hija de Ciaxares, Mandana⁶¹⁴. Cambises, padre del futuro Ciro el Grande, supo sacar partido de su nueva situación y hacia 590 a.C. se anexionó Susa, esto es, la totalidad del Elam, con lo que aumentó significativamente el poderío de su reino. De esta manera,

⁶¹³ Para la historia de Media hasta la conquista de Ciro en 550 a.C. *vid.* GERSHEVITCH, I. "The Median and Achaemenian Periods", en *The Cambridge History of Iran*, Cambridge, 1985, vol. 2; ARCE, J., *Bajo el palio del gran rey...*, *op. cit.*, pp. 14-28; BENGTON, H., *Griegos y Persas...*, *op. cit.*, pp. 2-24; HICKS, J., *Orígenes del Hombre, Los Persas (I)*. Barcelona, 1994, vol. 35.

⁶¹⁴ La cronología y conexiones familiares de los reyes medos y persas antes del ascenso de Ciro II el Grande son bastante confusas y discutidas. Si se comparan los datos de Herodoto con los de los relatos asirios y la llamada *Crónica de Nabonido*, únicos testimonios contemporáneos que poseemos del tiempo de la caída de los medos y del ascenso de Ciro el Grande, se puede aclarar un poco la confusión. Así se puede establecer que Ciro I (abuelo de Ciro el Grande) era rey de Anshán hacia 657 a.C., pues en esta fecha aparece ya como aliado de Asurbanipal contra Babilonia, ciudad sublevada contra el rey asirio. Curauku (como es llamado en los textos asirios Ciro I) reaparece en 639 a.C. como vasallo y aliado de Asurbanipal, a quien envía una embajada con tributos. Sabemos además, que Ciro I se pasó al bando medo hacia 620 a.C. y que estaba vivo cuando la batalla de Karkemish. En base a esto se establece que el reinado de Ciro I se extiende entre 657 y 600 a.C., mientras que su hijo Cambises I reinaría entre 600 y 559 a.C. Ahora bien, sabemos que Ciro el Grande nació hacia el año 600 a.C., siendo la única fecha medianamente segura que tenemos al respecto. Por tanto nos parece lógico aceptarla, dado que no contradice la cronología general de su vida. En todo caso, la mayoría de los historiadores actuales colocan el nacimiento de Ciro II el Grande entre el 600 a.C. y el 590 a.C. Pero, si se aceptan estas fechas, Ciro no pudo ser -como afirma Herodoto- nieto de Astiages, rey de Media, ni su madre, Mandana, hija de ese rey medo y de la princesa Lidia Ariarnis; Astiages no contrajo matrimonio con Ariarnis antes del año 585 a.C., lo que hace imposible que una hija suya fuese la madre de Ciro, quien, en los días de la boda de su pretendido abuelo (es decir, cuando Mandana, la madre de Ciro aún no había sido ni tan siquiera concebida) era ya un niño o un mocetón de cinco a quince años. Por lo tanto y desde hace tiempo, se viene cuestionando el relato de Herodoto, y considerando la *Crónica de Nabonido* se suele aceptar que fue Ciaxares y no Astiages el abuelo materno de Ciro y que la madre de éste, Mandana, era la hija de Ciaxares y la hermana de Astiages, y no la hija de este último; que por lo tanto, Astiages era realmente el tío de Ciro y no su abuelo. Ciro casaría hacia el 565 a.C. con Casangana, una hija de Astiages, por lo que estaba doblemente unido a la casa real meda, ya que era sobrino y yerno del rey medo Astiages, y nieto del gran rey Ciaxares

Cambises logró convertirse en el vasallo más importante de Astiages. Éste, quizás inquieto por el aumento del poder persa en el seno de su imperio, quiso asegurarse aún más la fidelidad de los reyes persas y concertó con su cuñado, Cambises I, el matrimonio de su hija, Casangana, con el hijo de éste, Ciro, quien pronto alcanzaría el sobrenombre de “El Grande”.

Ciro II (c. 559-529 a.C.).

Ciro, nacido hacia el año 600 a.C. o poco después, era por lo tanto mitad medo y mitad persa y, gracias a su mujer Casangana (hija de Astiages y de la princesa Lidia Ariarnis), pariente de la casa real de Lidia.

Ciro II participaba pues, tanto de la nobleza persa como de la meda y debió de tener amigos y partidarios en ambas esferas de poder. Por eso no es de extrañar que cuando, tras subir al trono de su padre, en el año 559 a.C., Ciro comenzara a mostrar signos de independencia y insubordinación frente al poder central de Astiages, encontrara cierta simpatía entre una parte de la nobleza meda. Ciro era un poder temible para el imperio de Astiages, pues no sólo era rey de Anshán y de Susa, sino que estaba logrando que las diez tribus persas se reunieran bajo su única jefatura.

Quizás el factor desencadenante de la sublevación de Ciro contra Astiages fuera el afán de éste por conseguir una mayor cuota de poder frente a sus reyes y nobles vasallos. Fuera como fuese, lo cierto es que Ciro II (rey de Ansha y Susa, y jefe de las diez tribus persas) se alzó contra el rey medo en el año 553 a.C. y, tras diversas alternativas en la lucha, le derrotó en el año 550 a.C. La gran batalla entre ambos soberanos se lidió no lejos del paraje sobre el que Ciro levantaría posteriormente su futura capital, Pasargarda. Tras esta victoria de Ciro, lograda al parecer con ayuda de una parte de la nobleza meda, avanzó sobre Ecbatana, la capital meda, y la tomó aprisionando a Astiages. Con esto acababa de nacer el primer Imperio Persa.

La súbita muestra de poderío dada por los persas, hasta entonces subordinados a los medos, se debe, al parecer de muchos eruditos actuales, al inicio y desarrollo por esos mismos años de nuevas técnicas agrícolas en las áridas tierras de Parsis, el país de los persas. Nos referimos a la construcción y al uso de los llamados *quanats*, término persa que por intermedio del árabe, dio origen a nuestro vocablo “canal”, y que aún hoy designa en Persia y en Asia central las canalizaciones subterráneas de agua que comunican los cultivos con los acuíferos subterráneos. Se logra así, no sólo traer el agua desde los veneros hasta las huertas, sino también evitar su evaporación por efecto del sol y del calor que reina en la seca superficie. Hoy día se cree que la invención y uso de los *quanats* permitió a las tribus persas –al menos a una parte de ellas– abandonar el

nomadismo y aumentar su riqueza y población, construyéndose así en Parsis una sólida base de poder sobre la que Ciro y sus persas pudieron desafiar al poder de Media⁶¹⁵.

La derrota y caída de Astiages y de su imperio, provocó la reacción de los aliados de Astiages, Lidia y Babilonia, potencias que buscaban no sólo vengar a su pariente y aliado, sino sacar tajada del fin del reino medo. Pero Ciro no les dejó hacerlo. Ya hemos dicho que Ciro II había logrado vencer a Astiages con el concurso de parte de la nobleza meda, a la que logró atraerse por completo para integrarla con la persa. Ambos pueblos, medos y persas, regirían juntos el nuevo Imperio iranio. Ciro aprovechó la fuerte posición que había logrado en el interior de su propio imperio y procedió a dividir los imperios vecinos para impedir que cuajaran entre ellos una coalición contra Persia. De esta manera pactó con Babilonia y Egipto una paz que aseguraba la neutralidad de éstos ante una posible guerra entre Persia y Lidia. Con la retaguardia segura, Ciro marchó contra Lidia y derrotó a Creso en la famosa batalla de Pteria. Avanzó luego sobre Sardes, la capital de Lidia, y la tomó tras una dura batalla en la llanura frente a la ciudad, sometiendo de esta manera el Imperio de Creso y añadiendo toda Asia Menor a su Imperio.

Esta conquista de Lidia por Ciro tuvo trascendencia en la historia universal y ello por varias razones:

a) en primer lugar, porque con ella los iranos lograban asomarse al Mediterráneo, con lo que por primera vez en la historia, un imperio cuya base se hallaba en Asia Central podía comunicar directamente con el mar Mediterráneo, logrando así que las rutas terrestres y marítimas que unían Asia Central, la India y China, con Mesopotamia, Siria y Asia Menor, estuviesen por completo abiertas al tráfico comercial y además, firmes y seguras en una misma mano. Todo esto –como veremos– marcaría una constante en la política y aspiraciones de todos los reyes persas posteriores, ya fuesen éstos aqueménidas, arsácidas o sasánidas.

b) en segundo lugar, la conquista del reino lidio realizada por Ciro II, daría futura base a las reivindicaciones de los reyes sasánidas sobre las provincias minorasiáticas de la Romania. En efecto, tanto Artashir I, como Shapur I, Shapur II, Cosroes I y Cosroes II, vincularían sus pretensiones de dominio territorial sobre Asia Menor, a

⁶¹⁵ Sobre el desarrollo de las técnicas hidráulicas y de irrigación en el antiguo Irán, *vid.*: GOBLOT, H., “Dans l’ancien Iran, les techniques de l’eau et la grande histoire”, *Annales: économies, sociétés, civilisations*, 18 (1962), p. 499 y ss.; sobre la influencia de las técnicas hidráulicas y de regadío persas en la agricultura árabe: BOSWORTH, C. E., “Some remarks on the terminology of irrigation practices and hydraulic constructions in the eastern Arab and Iranian worlds in the third-fifth centuries” en, *The Arabs, Byzantium and Iran...*, *op. cit.*, pp. 78-85.

la lejana conquista persa de esta región en los días de Ciro el Grande y a la inmediata renovación de dicha conquista por la mano de Darío I⁶¹⁶.

c) en tercer lugar, y aún más importante, la conquista de Lidia fue fundamental en el posterior devenir de la historia universal porque, al dominar el reino lidio, Ciro puso en contacto directo, por primera vez y para siempre, a iraníes y a griegos.

En efecto, en Lidia vivían numerosos griegos, ya en calidad de súbditos, ya en la de vasallos. Los griegos habitaban las ciudades de Jonia, Eolia y Caria, así como las ciudades costeras de los mares del Ponto y de Mármara, y constituían para Lidia un manantial casi inagotable de mercenarios y tributos, pero también de sublevaciones y enredos diplomáticos. Al sustituir a Lidia como potencia dominadora del Asia Menor, Persia se metía de lleno en el intrincado dedalo de la política griega de la época y se ponía al alcance de su pujante cultura.

La influencia de ésta se hizo sentir muy pronto. Es cierto que los iraníes conocían ya desde hacía un siglo a los griegos y que habían luchado con ellos en sus guerras contra Asiria y Egipto, pues los mercenarios griegos formaban parte de los ejércitos de ambas potencias orientales⁶¹⁷. Pero ahora, al tener como vasallos a muchos griegos minorasiáticos, los persas vieron cómo miles de trabajadores, artistas y soldados helenos, se ponían a su servicio y les ofrecían sus habilidades. La propia tumba de Ciro en Pasargarda⁶¹⁸ sería en buena medida obra de trabajadores y artistas griegos. Pero los

⁶¹⁶ Así lo vemos en una carta dirigida al emperador Constancio II en 360 d.C. [Amiano Marcelino: XVII.5.14]. HARTO TRUJILLO, M.L., *Amiano Marcelino, Historia*. Madrid, 2002. Shapur II recordaba al soberano romano que: *El poderío de mis antepasados se extendió hasta el río Estrimón y los confines de la Macedonia... y son ellos los que reivindico para mí*. Es decir, casi novecientos años después de que Darío I hubiese sometido Tracia y los confines de Macedonia, un rey persa sasánida que se consideraba su sucesor, reivindicaba sus conquistas para sí. Doscientos cincuenta años más tarde, Cosroes II, en una carta dirigida al emperador Heraclio en 622 d.C. [Sebeos: 79-80] exigía que el emperador de la Romanía le devolviera unos territorios y unas rentas: *agotas mi tesoro que está entre tus manos*, le recriminaba el rey persa a Heraclio, aludiendo a que sólo él tenía derecho a ellos como sucesor de los Aqueménidas. Para Cosroes II, Heraclio no pasaba de ser un mero jefe de bandidos que le había arrebatado una parte de lo que era suyo por derecho y por lo tanto, la guerra que Cosroes II mantenía contra la Romanía era una guerra de restauración de los territorios que antaño les habían pertenecido. Los sasánidas siempre reclamaron ser descendientes de Vistaspa, padre de Darío I Aquemenes. La carta de Cosroes II a Heraclio comienza así: *Cosroes, querido por los dioses, amo y rey de toda la tierra, hijo del gran Ahura Mazda, a nuestro servidor, imbécil e infimo, Heraclio. Al no querer aceptar ser mi servidor, te nombras amo y rey, y agotas mi tesoro que está entre tus manos. Engañas a mis servidores y, reuniendo tus tropas de bandidos, no me dejas descansar. ¿No es verdad que he aniquilado a los griegos? Y tú pretendes contar con tu Dios. ¿Por qué no ha preservado de mis manos Cesarea, Jerusalén y la gran Alejandría? Incluso ahora ¿no sabes que he sometido tierra y mar? ¿Y crees que Constantinopla es la única que no será dominada por mí? Pero te perdono por todos tus errores. ¡Vamos! Coge a tu mujer y a tus hijos. Ven aquí y te daré granjas, viñas y olivos con los que vivirás y te trataremos amistosamente....*

⁶¹⁷ Por ejemplo, el hermano del ilustre poeta Arquíloco, mercenario como él, luchó en las guerras entre Asiria y Babilonia en las que, según unos versos de su hermano, se enfrentó a un gigantesco soldado babilonio de cinco codos (2.45 m de altura) al que dio muerte.

⁶¹⁸ Gracias a los “graffiti” dejados por los trabajadores que trabajaron en la construcción de la tumba de Ciro en Pasargarda, sabemos que muchos de ellos eran jonios. Una descripción de la tumba de Ciro en KELLER, W., *Y la Biblia tenía razón*. Barcelona, 1991, p. 282. La inscripción de la tumba era la siguiente:

helenos fueron a la vez una fuente inagotable de problemas. Y es que, si Persia había logrado expandirse por Asia, Grecia lo había hecho por todo el Mediterráneo y el Mar Negro.

Cierto es que Grecia no constituía un imperio en el sentido político y militar del término, pero sí un centro de poder considerable. La riqueza de sus ciudades, lo extenso de sus intereses comerciales, sus inagotables reservas de soldados excelentemente armados y entrenados, sus flotas de guerra y su atrayente cultura, hacían de las ciudades de la Hélade un factor decisivo de la política de hegemonía universal que jugaban las potencias del siglo VI a.C.: Persia, Babilonia, Lidia y Egipto.

Persia sería la ganadora indiscutible de dicho “gran juego”, pues, tras vencer a la Lidia de Creso, Ciro II derrotaría también a su otro gran rival: Babilonia. El hijo de Nabucodonosor, Nabonido, fue derrotado por Ciro en 539 a.C. y Babilonia, la mayor ciudad del mundo hasta entonces, cayó en manos del rey persa, junto con todo su imperio. Con este éxito, Ciro lograba crear un imperio como no se había visto hasta entonces, que abarcaba desde el Mediterráneo al Asia Central y desde el Cáucaso a las fronteras de Egipto. Así pues, Ciro, al reunir bajo su mano los antiguos imperios de Asiria, Lidia, Babilonia y Lidia, creaba el primer imperio verdaderamente universal de la historia y era un imperio iranio.

No es pues de extrañar que, pasados los siglos, Ciro fascinara por igual a grecorromanos e iranos. Por citar sólo algunos ejemplos, Jenofonte lo convertiría en prototipo de hombre y príncipe en su inmortal *Ciropedia*, mientras que Alejandro lo elevaría como uno de sus modelos. Mucho más tarde, los reyes sasánidas llevarían con orgullo el nombre de Ciro, Cosroes en su lengua, el llamado persa medio o Pahlehvi.

Ciro II no se conformó con las conquistas, sino que se dedicó a organizarlas. Centralizó la administración en Ecbatana, Pasargarda y Susa, las capitales iraníes de su imperio. Promovió el comercio y aseguró un sistema fiscal equitativo. Otorgó a los pueblos sometidos a su poder (lo que en la época fue una novedad) un régimen de libertad religiosa y de autonomía interna que le granjeó, un notable grado de simpatía popular; una de sus muestras más conocidas se halla en la Biblia, en donde Ciro aparece como un soberano tocado por la mano de Dios y destinado a liberar al pueblo de Israel de la tiranía babilónica y a devolverlo a su tierra. Ciro, primer gran rey persa, sería el Mesías gentil y –como se verá a su debido tiempo– los judíos y los persas del siglo VII d.C. no lo olvidarían⁶¹⁹. También creó, o al menos concibió, la primera gran carretera de

Tú, quienquiera que seas y vengas, cuando vengas, pues estoy seguro de que vendrás... Yo soy Ciro, el que conquistó su reino a los persas. No envidies este pedazo de tierra que cubre mi cuerpo.

⁶¹⁹ La política de tolerancia de Ciro con los pueblos sometidos a su imperio fue una auténtica revolución en su tiempo. Puede verse cómo encajaba esa política en el pensamiento del propio Ciro en un documento que dejó, el llamado “Cilindro de Ciro”, en el que narra su conquista de Babilonia. Este documento fue proclamado por la ONU como la primera declaración universal de los derechos humanos y traducido a seis lenguas. Una traducción española parcial del cilindro de Ciro en KELLER, W., *Y la Biblia...*, op. cit., pp. 280-285; el texto íntegro en inglés en <http://www.kchanson.com/ANCDOCS/meso/cyrus.html>.

la historia universal: el camino real persa. Esta carretera, cuyas lindes se hallaban sombreadas por grandes árboles que debían de refrescar el camino y proporcionar alimento a los viajeros, se extendía a lo largo de 2.700 kms, uniendo Sardes, en el Asia Menor occidental, con Babilonia y Susa, en Mesopotamia y Persia, respectivamente. El camino real persa, con sus postas y sus guardias, no sólo permitía un rápido movimiento a los ejércitos persas, sino sobre todo mantener un trasiego continuo de correos y de información que posibilitaban un control efectivo del amplio imperio.

Tras todo esto, Ciro, el “Sol de Persia” (que eso significa su nombre), se concentró en un ambicioso proyecto de conquista en las fronteras orientales de su imperio: el sometimiento de los pueblos sakas y escitas, comenzando por los masagetas de la mítica reina Tomiris. Ya antes, posiblemente entre el 558 y el 554 a.C., Ciro había conquistado, en una serie de exitosas campañas, las tierras de Aracosia, Aria, Drangiana, Sagartia, Carmania, Gedrosia, Partia, Hircania, Chorasmia, Bactriana y Sogdiana⁶²⁰. Con estas nuevas conquistas, llevó las fronteras de su imperio hasta el Yaxartes (el Sir Daria actual), el Mar de Aral, las mesetas del Pamir y las cumbres del Indu-Khus, el Cáucaso indio de los autores griegos. Con ello, Ciro lograría la coronación de otra constante de la futura política de todos los grandes reyes persas: la pretensión de dominar bajo una única autoridad a todos los pueblos iraníes, occidentales y orientales, y la transformación de Persia en el puente indispensable para la comunicación de India y China con el Mediterráneo. Sin embargo, la conquista del Irán oriental trajo otra consecuencia menos agradable para Persia y que también se convertiría en una constante histórica en el devenir de los futuros imperios iraníes, a saber: la conversión de Persia, en su nueva frontera nororiental, en valladar de los países civilizados y agrícolas frente al bárbaro e nomadismo de las tribus de las estepas de Asia Central. Víctima de ellas caería Ciro en 530 a.C., cuando combatía a los masagetas, una tribu nómada de lengua irania que habitaba al otro lado del Yaxartes.

Acerca de la trascendencia de Ciro en la historia del pueblo de Israel *vid.* KELLER, W., *Y la Biblia...*, *op. cit.*, pp. 280-285. Por lo demás, Ciro fue un modelo para el rey sasánida Cosroes II, cuyo nombre tomaría de éste. Así, cuando Cosroes II tomó Jerusalén (614) los judíos vieron en él una reencarnación del viejo Ciro, la viviente reaparición del nuevo Mesías gentil que venía a liberarlos de la tiranía de la nueva Babilonia, la Romanía. Cosroes también lo creía así; por eso, después de la toma de Jerusalén, dio autorización a los judíos que le habían ayudado a tomar la ciudad, para que reconstruyeran el templo. Al respecto de esto último *vid.* VALLEJO, M., “Miedo bizantino: las conquistas de Jerusalén y la llegada del Islam”, http://www.margaritavallejo.com/publicaciones_antiguedadtardia.htm; DAGRON, G. y DEROCHE, V., “Doctrina Jacobi...”, *op. cit.*; HOROWITZ, E., “The Vengeance of the Jews Was Stronger Than Their Avarice: Modern Historians and the Persian Conquest of Jerusalem in 614”, *Jewish Social Studies*, 4.2 (1998); ALBA CECILIA, A., “El Libro de Zorobabel”, *Sefarad*, 61.2 (2001), pp. 243-258.

⁶²⁰ No se sabe a ciencia cierta cuándo sometió Ciro el Irán oriental, pero dado que Herodoto menciona a contingentes de sogdianos, partos y bactrianos en las luchas de Ciro contra Cresos de Lidia (es decir, en 547 a.C.) es de suponer que para esa fecha los pueblos del Irán oriental ya estaban sometidos a Ciro. Puesto que la guerra contra Astiages de Media le ocupó los años 553-550 a.C. y no se sintió seguro de su posición en Media hasta 549 a.C., es lógico pensar en una conquista del Irán oriental con anterioridad al 553 a.C.

Cambises II (529-522 a.C.).

Cambises, hijo de Ciro, conquistaría Egipto y con ello redondearía aún más el dominio universal de Persia. Su prematura muerte, entre rumores de asesinato, provocaría la primera crisis imperial de Persia y el ascenso de los aqueménidas al trono imperial de Persia.

Darío I Aquemenes (522-484 a.C.).

En efecto, Darío I, hijo de Hidaspes (Vistaspa, en persa), que había sido el protector de Zoroastro y que era descendiente de Aquemenes, se alzó con el poder universal, tras derrotar a una serie de rebeldes medos, babilonios y sirios; vencer a varios señores persas y aniquilar a Gaumata, el falso Bardiya. Darío era pariente de Ciro, y para asegurar aún más su parentesco con la casa real persa se casó con la hija de éste, Atosha. Darío fue también un digno sucesor suyo; de hecho, otorgaría consistencia al dominio persa sobre el mundo⁶²¹.

En efecto, Darío proporcionó al Imperio Persa unas bases tan sólidas que se mantendrían en pie a lo largo de doscientos años: centralizó y amplió la administración, convirtiendo al arameo (lengua de Babilonia y de los pueblos sirios, y verdadera lengua internacional de la época) en la lengua de dicha administración imperial; fundó una gran capital palaciega y administrativa, Persépolis, que reflejaba con inusitado esplendor el nuevo Imperio Persa; dotó a ese imperio de una moneda, el *darico* de oro (los famosos “arqueros” de los autores griegos), y de un sistema monetario en correspondencia con las unidades de peso babilónicas que regían el comercio internacional del mundo antiguo desde hacía siglos; internacionalizó el ejército imperial, aglutinando en él contingentes de todas las provincias de su dilatado imperio; creó un cuerpo de ejército de élite, los famosos “diez mil”, que siglos más tarde copiarían los sasánidas; creó el sistema de satrapías y reglamentó el de tributos; en fin, procedió a la apertura de un canal que comunicaba el Mediterráneo con el Mar Rojo y se ocupó de la exploración de las rutas marítimas del Océano Índico y del golfo Pérsico, todo ello con el objetivo de dotar a su imperio de nuevas comunicaciones y vías comerciales.

Darío sería también un gran conquistador. En el este, derrotaría a los masagetas y a los escitas, y conquistaría Parapomisia, es decir, la región del Cáucaso indio, así como Gandara y Taxila, en el Punjab, la fértil provincia del valle del Indo. Mientras que en occidente pasaría a Europa y conquistaría Tracia, llegando a cruzar el Danubio y el Dniéster, en persecución de los escitas. Así, de nuevo por primera vez en la historia

⁶²¹ La historia de Persia en los tiempos de Ciro II, de Darío y de sus inmediatos sucesores, en: BROSIUS, M., “The Persian Empire from Cyrus II to Artaxerxes I”. *Association of Classical Teachers*, 16 (Londres, 2000); GERSHEVITCH, I., “The Median and Achaemenian Periods”. *The Cambridge History of Iran*. Cambridge, 1985, vol. II. En español pueden consultarse: ARCE, J., *Bajo el palio del gran rey...*, *op. cit.*, pp. 28-65, y HICKS, J., *Orígenes del Hombre, Los Persas (I) y (II)...*, *op. cit.*, vol. 36.

universal, un rey iranio era el primero en ser dueño de un imperio que se extendía sobre tres continentes.

La conquista de Tracia, en cuyas costas había muchas ciudades griegas, y cuyas fronteras suroccidentales limitaban con Macedonia, el más norteño de los estados griegos, puso aún más en contacto a Persia y a Grecia⁶²². Los griegos de Asia Menor, sometidos ya por Ciro, vieron en la campaña de Darío al otro lado del Danubio, una oportunidad magnífica para librarse del dominio persa. Contaron para ello con el concurso de algunos de sus hermanos de la Grecia continental, en especial con el de los habitantes de Atenas, a la sazón la ciudad griega más importante. Los griegos lograron al principio éxitos notables y llegaron a tomar Sardes, capital de la Satrapía persa que controlaba la región. Pero al cabo, Darío I, que había logrado salir del avispero escita, movilizó sus recursos y aplastó a las ciudades jonias.

La sublevación griega ponía a Persia frente a una realidad: su dominio del Mediterráneo oriental y del Asia Menor no sería completo ni seguro, si no conquistaba previamente a la Grecia continental. Darío se dispuso a ello y, sin saberlo, marcó otra constante histórica de dimensión y consecuencias universales: la del continuo enfrentamiento entre grecorromanos e iranos por el dominio de la cuenca del Mediterráneo oriental, y de los países y tierras ribereños de éste. Darío fracasó y también lo haría su hijo Jerjes, pero Persia y Grecia estaban ya tan íntimamente ligadas, que su historia respectiva durante los siglos V y IV, a.C. no puede estudiarse por separado.

Darío también sería crucial para la futura historia de Persia por una cuestión que determinaría por completo no sólo la historia política de Persia, sino también su modelo de sociedad, su cultura y su organización religiosa. Nos referimos a la vinculación entre el poder de los reyes persas y el zoroastrismo⁶²³.

Ya hemos señalado que Darío era hijo de Hidaspes, el protector de Zoroastro. El hecho es que sería el primer gran rey persa directamente vinculado al zoroastrismo y sobre todo a la divinidad principal de esta religión irania: Ahura Mazda, u Ormuz, como también es conocido en Europa el dios del bien, del fuego y de la luz de los iranos. En efecto, en la famosa inscripción que Darío nos dejó en las rocas de Beistún, no sólo se encomienda a la protección de Ahura Mazda, sino que reconoce su autoridad suprema y su cualidad de fuente de cualquier bondad. En dicha inscripción, Darío acepta también a Ahura Mazda como principio fundamental de su moral y de su ideal de gobierno y legislación. Esta inscripción, como todos los testimonios de los grandes reyes aqueménidas, dejaría una honda huella en la ideología imperial del mundo sasánida,

⁶²² Para la historia de las relaciones entre griegos y persas, sigue siendo indispensable la lectura de BENGTON, H., *Griegos y Persas...*, *op. cit.*

⁶²³ Una visión panorámica de la religión en la antigua Persia, valorando las aportaciones, zoroástricas, helenísticas, judaicas, gnósticas, cristianas, budistas, históricas y maniqueas, en CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 30-44.

pues los reyes sasánidas se declararían a sí mismos como descendientes y continuadores de los aqueménidas; de ahí que intentaran recrear en lo posible, la totalidad del mundo aqueménida.

Ya en sus aspectos culturales, ya en los ideológicos, ya en los religiosos, para los sasánidas era ante todo indispensable asentar su idea de imperio sobre la legitimidad religiosa y en esto, más que en cualquier aspecto, se mostraron deudores de los aqueménidas y en especial de Darío I Aquemenes. Y así, los reyes sasánidas, al igual que lo había hecho setecientos años antes Darío y el resto de los aqueménidas, vincularon su poder imperial a su condición de adoradores de Ahura Mazda y defensores de su fe, el zoroastrismo. Lo anterior puede comprobarse con facilidad simplemente comparando la inscripción de Beistún, mandada esculpir por el aqueménida Darío I entre 520 y 515 a.C. con la del rey sasánida Shapur I, mandada esculpir por éste junto a otra famosa inscripción de Darío en los impresionantes farallones de Naqsh-i-Rustam, lo que ya de por sí es muy significativo. Aunque ambas inscripciones monumentales están separadas por más de 780 años, mantienen entre sí lazos fundamentales que se superponen a las diferencias de estilo. A continuación reproduciremos el inicio y el final de ambos textos, comenzando por el de Darío I, y continuando con el de Shapur I:

Extractos de la inscripción de Darío I Aquemenes en las Rocas de Beistún⁶²⁴:

“Soy Darío, el Gran Rey, rey de reyes, rey de Persia, rey de los países, hijo de Vishtapa, nieto de Arshama, un aqueménida. Habla Darío, el rey: mi padre era Histaspes (Vishtaspa); el padre de Histaspes fue Arsames (Arshama), el padre de Arsames fue Ariaramnes (Ariyaramna), el padre de Ariaramnes fue Teispes (Cispis), el padre de Teispes fue Aquemenes (Haxamanais). Habla el rey Darío: por esta razón somos llamados Aqueménidas. Desde hace mucho tiempo hemos sido nobles. Desde hace mucho tiempo nuestra familia ha ostentado la realeza. Habla el rey Darío: ocho de nuestra familia fueron reyes con anterioridad. Yo soy el noveno. Nueve reyes hemos gobernado sucesivamente. Habla el rey Darío: por voluntad de Ahura Mazda soy rey. Ahura Mazda me entregó la realeza. Habla el rey Darío: estas son las regiones que se sometieron a mí. Yo me convertí en su rey por voluntad de Ahura Mazda: Persia, Elam, Babilonia, Asiria, Arabia, Egipto, las que están junto al mar, Sardes, Jonia, Media, Urartu, Armenia, Capadocia, Partia, Drangiana, Aria, Chorasmia, Bactriana, Sogdiana, Gandhara, Escitia, Sattagidia, Aracosia, Maka, un total de veintitrés regiones. Habla el rey Darío: éstas son las regiones que se sometieron a mí. Por voluntad de Ahura Mazda se convirtieron en mis dominios. Me entregan un tributo. Lo que ordeno para ellas, de noche o de día, lo hacen. Habla el rey Darío: en estas regiones al hombre que era leal lo apoyé: a quienquiera que fuese malvado lo castigué. Por voluntad de Ahura Mazda estos países respetan mis leyes. Lo que ordeno para ellas, lo hacen”.

A continuación, la inscripción contiene el relato del ascenso de Cambises, hijo de Ciro, la muerte del hermano de Cambises, Bardiya; la de Cambises y el ascenso al trono de

⁶²⁴ Puede consultarse su traducción inglesa en NELSON, R., *The History of Ancient Iran...*, op. cit., pp. 363-368.

Gaumata el Mago, quien se hacía pasar por Bardiya, y de sus atrocidades; por último el levantamiento de Darío contra Gaumata el Mago. La inscripción continúa así:

“Habla el rey Darío: la realeza que este Gaumata arrebató a Cambises, esta realeza había pertenecido a nuestra familia desde hacía mucho tiempo. Entonces Gaumata el Mago arrebató la realeza a Cambises. Hizo suyos Persia, Media, Babilonia y otras regiones. Se convirtió en rey. Habla el rey Darío: no hubo hombre, ni persa, ni medo, ni babilonio ni cualquier otro, ni ninguno de nuestra familia, que pudiera arrebatarse la realeza a Gaumata el Mago. El pueblo le temía enormemente, de modo que él podría matar en gran número a quienes con anterioridad habían conocido a Bardiya. Por esta razón quiso matar a la gente, pues se decía: "no sea que ellos me conozcan, y sepan que yo no soy Bardiya, hijo de Ciro". Nadie osó decir nada sobre Gaumata el Mago hasta que llegué yo. Entonces yo rogué a Ahura Mazda: Ahura Mazda me proporcionó ayuda. Pasaron diez días del mes de bagayadi; entonces, con unos pocos hombres nobles yo maté a ese Gaumata el Mago. En una fortaleza denominada Sikayauvati, en el distrito de nombre Nisaya, en Media, allí lo maté. Le arrebaté la realeza. Por voluntad de Ahura Mazda me convertí en rey. Ahura Mazda me entregó la realeza. Habla el rey Darío: restauré la realeza que él arrebató a nuestra familia y la devolví a su anterior ubicación. Restauré como antes los templos de los dioses que Gaumata el Mago había destruido. Devolví al pueblo los bienes, los rebaños, los sirvientes y las haciendas que Gaumata el Mago les había arrebatado. Devolví al populacho a su lugar. Restablecí la situación anterior en Persia, Media y otras regiones que habían sido arrebatadas. Lo hice por voluntad de Ahura Mazda. Me esforcé hasta que devolví a nuestra casa real su anterior posición. Me esforcé por voluntad de Ahura Mazda, de manera que Gaumata el Mago no se apoderase de nuestra casa real...”

A partir de aquí se enumeran las campañas y gestas de Darío I. La inscripción sigue así:

“Habla el rey Darío: esto es lo que hice. Por voluntad de Ahura Mazda lo hice en un año. Tú que en el futuro leas esta inscripción, deja que lo que afirmo te convenza. No lo consideres una mentira. Habla el rey Darío: juro por Ahura Mazda que esto de lo que he hablado es cierto y no falso. Habla el rey Darío: por voluntad de Ahura Mazda, muchos más hechos llevé a cabo que no han sido recogidos en esta inscripción. No figuran por esta razón, no sea que a quienes en el futuro lean la inscripción de mis hechos éstos les parezcan excesivos, no les convenzan y los juzguen falsos”.

En este punto, la inscripción pasa a enumerar a los nobles que ayudaron a Darío I. Después, Darío les encomienda, a ellos y a sus descendientes, a la protección y favor de sus propios descendientes en el trono real. La inscripción termina invocando de nuevo la protección de Ahura Mazda y relatándonos el procedimiento por el que se dio a conocer al pueblo este relato y en qué lenguas se hizo.

Por su parte, la inscripción de Naqsh-e Rostam dejada por Shapur I dice así⁶²⁵:

“Yo, el Señor Shapur, adorador de Ahura Mazda, rey de reyes de Irán y de las tierras de Irán, cuyo linaje procede de dioses, hijo de Artashir, adorador de la divinidad de Ahura Mazda, rey de reyes de Irán, cuyo linaje procede de dioses, nieto del rey Papak, soy gobernante de Eranshar, y domino las tierras de Persia, Partia, Kuzistán, Mesene, Asiria, Adiabene, Arabia, Azerbaiyán, Armenia, Georgia, Segán, Albania, Balasakán, hasta las

⁶²⁵ La inscripción de Shapur I en: NELSON FRYE, R., “Res Gestae Divi Saporis”, en *The History of Ancient Iran*. Munich, 1984, pp. 371-373.

montañas del Cáucaso y las Puertas de Albania, y todas las de la cordillera de Pareshwar, Media, Gurgan, Merv, Herat y todas las de Aparshahr, Carmania, Sistán, Turán, Makurán, Paradene, la India, el Kushanshahr hasta Peshawar y hasta Kashgar, Sogdiana y hasta las montañas de Tashkent, y sobre el otro lado del mar, Omán. Y a estas muchas tierras, y a señores y a gobernadores, a todos los hemos convertido en tributarios y en súbditos nuestros. Cuando nos establecimos sobre el imperio, el César Gordiano levantó en todo el Imperio Romano una fuerza desde los reinos godos y germanos y marchó sobre Babilonia contra el Imperio de Irán y contra nosotros. Al lado de Babilonia en Misikhe tuvo lugar una gran batalla frontal. El César Gordiano fue muerto y la fuerza romana fue destruida. Y los romanos hicieron César a Filippo. Entonces el César Filippo llegó a un acuerdo con nosotros y, para rescatar sus vidas, nos entregó 500.000 denarios de oro y se convirtió en tributario nuestro. Y por esta razón hemos renombrado Mishike como Peroz-Shapur. Y el César mintió de nuevo y perjudicó a Armenia. Entonces atacamos el Imperio Romano y aniquilamos en Barbalissos una fuerza romana de 60.000, y Siria y las regiones en torno a Siria fueron todas incendiadas, arruinadas y saqueadas”.

A partir de aquí sigue la inscripción de Shapur I con la enumeración y descripción de sus campañas contra los romanos. El texto termina así:

“Y deportamos hombres del Imperio Romano, de tierras no iránias. Los asentamos en el Imperio de Irán en Persia, Partia, Kuzistán, Babilonia y otras tierras donde existieron dominios de nuestro padre, abuelos y nuestros ancestros. Descubrimos para la conquista muchas otras tierras y ganamos fama de héroes, que no hemos inscrito aquí, salvo por lo ya señalado. Ordenamos escribirlo para que cualquiera que venga después de nosotros pueda conocer nuestra fama, nuestro heroísmo y nuestro poder”.

Si se leen con cuidado las dos inscripciones, se advertirá al momento que, pese a la diferencia aparente de los textos, ambos reyes, Darío y Shapur, mantienen entre sí el fuerte vínculo de una misma filosofía política y religiosa. En efecto, ambos reyes se definen como seguidores del mismo dios, Ahura Mazda, el cual ocupa en los textos un lugar preferente; ambos ponen también mucho cuidado en ofrecer a los posibles lectores una idea clara de su linaje, y de la nobleza y gloria del mismo; los dos se definen también como arios y como señores del Irán y del no Irán; ambos dan la lista de sus dominios y muestran su poder omnímodo sobre ellos y los pueblos que los habitan; además, hacen un relato pormenorizado de sus campañas y gestas, mostrándose como héroes y excelentes guerreros; ambos enumeran las provincias que sus enemigos dominaban y relatan su conquista; los dos certifican la maldad de sus enemigos, su doblez y lo justo de su guerra contra tan pérfidos hombres; además, los dos reyes persas sugieren en sus textos que sus acciones iban encaminadas a salvar al Irán de las maldades de sus enemigos; constatan también que sus antepasados detentaron la auténtica soberanía sobre las regiones que ellos han rescatado de los enemigos; ambos, en fin, hacen protestas de humildad y dicen silenciar sus hechos más notables, ya por un sentido de humildad y un espíritu de contención, ya por miedo a la incredulidad de los hombres ante acciones de reyes tan magníficos.

Una misma idea étnica. Una misma concepción imperial del poder y de la realeza. Un mismo Dios y una misma idea religiosa. Una misma imagen del soberano ideal.

Todo eso es lo que une a la Persia de Darío con la de Artashir, lo que vincula a la Persia que conquistó Alejandro con la que sometieron los árabes. Y es que Ciro y Darío aportarían a los sasánidas los modelos a imitar. Así, los reyes sasánidas reivindicarían las antiguas conquistas hechas por Ciro y Darío, e imitarían la indumentaria, el ceremonial, las inscripciones, el arte aqueménida... Por ofrecer un ejemplo muy significativo de esta “obsesión sasánida” por lo aqueménida, veremos cómo los reyes sasánidas se rodean de una guardia de élite, los zhayedan, es decir, los “inmortales”, que no sólo copiaba el sentido, número (10.000 hombres) y nombre del antiguo cuerpo de guardias y soldados reales de Darío y sus sucesores, sino que además vestían unos uniformes que eran la viviente emulación de los que podían verse en los bajorrelieves de Persépolis⁶²⁶.

Así que –repetámoslo una vez más– la obsesión por el gran modelo imperial del pasado marcaría toda la historia sasánida y es la razón por la que nos hemos detenido en narrar aquí los orígenes de dicho modelo imperial. Pero prosigamos ahora, de forma mucho más breve, con el resto de la historia irania hasta los días de la llegada de los sasánidas al trono del Eranshar.

La segunda mitad del siglo V a.C. y la primera del IV a.C. marcaron una cierta decadencia de Persia. Continuas sublevaciones de sátrapas y de provincias levantiscas (la más formidable de las cuales sería Egipto), provocaron que Persia cesara en su expansión imperial y relajara su control administrativo directo sobre sus provincias más lejanas, favoreciendo con ello el ascenso de la nobleza feudal irania, la cual controlaba las provincias iranianas, buena parte de los puestos relevantes en las distintas satrapías y una parte considerable del aparato administrativo, palaciego y militar del imperio.

Artajerjes III (359-338 a.C.).

Artajerjes III conseguiría detener el proceso mediante incesantes campañas militares y reactivando el control imperial sobre los sátrapas y la administración. A su muerte (338 a.C.), los conflictos internos y la consolidación de un gran poder en la frontera occidental de Persia, en el Egeo, darían al traste con sus esfuerzos renovadores y precipitarían al Imperio Persa y a los iranos, a su primera gran crisis imperial.

Ese gran poder surgido al occidente del Imperio Persa, no era otro, claro está, que la Macedonia de Filipo II y de Alejandro Magno. Ya hemos señalado que Persia y Grecia quedaron íntimamente ligadas entre sí desde que ambos mundos en expansión, el

⁶²⁶ Este cuerpo de élite sasánida fue creado en los primeros tiempos del Imperio, quizás por Artashir I o, como muy tarde, por su hijo Shapur I, y era una emulación de los “inmortales” aqueménidas. El comandante de este cuerpo de caballería pesada era el Varthragh-Nighan Khvadhay. *Vid.* FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, p. 29.

iranio y el griego, entraron en colisión a fines del siglo VI a.C.. Desde entonces, Grecia (o por mejor decir, los griegos) y Persia no cesaron de intervenir constantemente en sus respectivos asuntos, intereses y cultura, ya por la guerra, ya por la diplomacia, ya por el comercio o la cultura.

Así, Persia, aprovechando las guerras por la hegemonía que se produjeron en Grecia tras la II Guerra Médica, llegaría a convertirse en el árbitro de los conflictos griegos. En efecto, el oro persa sería el factor decisivo y último en el triunfo de Esparta sobre Atenas. Más tarde, ya en el siglo IV a.C., el oro persa y su diplomacia derrotarían a una Esparta demasiado ambiciosa. Tras esto, la llamada *Paz de Antalcidas* (371 a.C.) consagraría a Persia como potencia garante del equilibrio político entre las polis griegas.

c. La conquista griega y la reacción de los partos arsácidas.

Pero no iba a ser un logro duradero. En el norte, Macedonia, el único estado griego continental que había tenido una frontera terrestre con una satrapía persa, la de Tracia, iba a vencer y a dominar al gran imperio iranio.

Filipo II (359-336 a.C.).

Este gran soberano convertiría su reino en una gran potencia militar y económica. En victoriosas campañas, vencería a ilirios, tracios, tesalios, tebanos, focenses y atenienses, y se impondría como *hegemon* (es decir, como nuevo poder hegemónico en Grecia) a las numerosas polis griegas.

Ahora bien, Persia, cuyos intereses se proyectaban desde hacía siglos sobre el Egeo, no podía permitir la aparición de un poder hegemónico entre los griegos. Por otra parte, Filippo II necesitaba consolidar su reciente hegemonía helénica y ello implicaba hacer olvidar a los griegos sus recientes derrotas frente a Macedonia. Y ese necesario “olvido” demandaba una causa y un enemigo común. La conjugación de estos dos factores determinaba, de forma inevitable, el choque entre Macedonia y Persia, que Filippo preparó pero que no pudo llevar a cabo. Su hijo Alejandro, tras volver a someter a los griegos, lo haría en su lugar.

Alejandro Magno (336-323 a.C.).

En una serie de fulgurantes campañas que se extendieron entre 334 a.C. (batalla del Gránico) y 330 a.C. (batalla de Gaugamela) el edificio del Imperio iranio, levantado sobre las conquistas de Ciro y de Darío, se vino abajo. Derrotados sus grandes ejércitos y perdidas ya sus provincias no iranianas, Persia se enfrentaba por primera vez en su historia con un enemigo que se disponía a someter directamente los territorios propiamente iranos.

Entre 330 y 327 a.C., Alejandro surcaría los caminos del Irán, dominando, una tras otra, todas las provincias iránias del Imperio de los aqueménidas. No obstante y como haciéndose cargo de su nueva situación, tras la muerte de Darío y su intencionada destrucción de Persépolis, Alejandro dejó de mostrarse ante los persas como conquistador y comenzó a buscar su integración en el nuevo imperio creado por él. En ese Imperio de Alejandro, griegos y persas debían de compartir el poder⁶²⁷. En consecuencia, Alejandro busca entroncar su poder con la dinastía Aqueménida. Y así, tras el asesinato por los nobles persas de Darío III, Alejandro se presentará ante los iránios como vengador del difunto rey. Con este gesto y con su matrimonio con la hija de Darío III, Alejandro buscaba ser reconocido como legítimo heredero de Darío III y por lo tanto, como continuador de las glorias aqueménidas.

Por lo mismo, Alejandro restaurará la tumba de Ciro II el Grande en Pasargarda y tomará a este gran rey como su modelo. Adoptará varios de los símbolos y atributos de la realeza y soberanía persas, llegando a usar el ceremonial persa de la corte aqueménida, incluida la *proskynesis* (odiosa para los griegos) y haciéndose coronar con la corona imperial persa, la diadema perlada, la futura *Stema* de los emperadores romanos y bizantinos. Alejandro levantará también tropas persas, armándolas y entrenándolas al modo griego. Se servirá de la administración aqueménida para gobernar su imperio y confiará a nobles persas el gobierno de importantes provincias y ciudades, así como de departamentos de la administración. Para que la fusión entre griegos y persas fuese completa, Alejandro promoverá los matrimonios mixtos y las alianzas entre la nobleza macedonia y la irania. Así empuja a sus generales a contraer matrimonio con nobles persas y llega a celebrar, durante las famosas bodas de Susa, ceremonias multitudinarias de matrimonio entre soldados griegos y mujeres persas.

Tras el sometimiento del Irán oriental, su nuevo matrimonio con una princesa irania (esta vez con la hermosa Roxana) y su campaña india, Alejandro tenía dispuestas las bases para consolidar su nuevo imperio greco-persa. Su prematura muerte dió al traste con aquella fascinante posibilidad, volviendo a dejar a griegos e iránios frente a frente.

En efecto, aunque Seleuco I se hiciera con el poder en las viejas provincias persas tras las incesantes guerras entre los Diádocos, aunque estuviera casado con una princesa persa, Apama, aunque el hijo de esta noble irania, Antioco I, ascendiera a la muerte de su padre al trono seleúcida, griegos y persas volvían a batallar⁶²⁸. En Atropatene, en la Media superior, el noble persa Atropanes logró levantar un nuevo reino iranio. Más al

⁶²⁷ La valoración más objetiva de su biografía y de sus logros político-militares, junto con nuevos datos y enfoques, han permitido que Alejandro ocupe de nuevo el sitio que se merece en la historia universal, como uno de los hombres más decisivos. *Vid.* HAMMOND, N., *El genio de Alejandro Magno*. Barcelona, 2004, obra que seguimos en lo concerniente a las relaciones de Alejandro con los persas.

este, los parnos, una belicosa tribu de nómadas iranos, comenzó a tantear la frontera nororiental del Imperio seléucida, hacia el 280 a.C., e inició su instalación en la provincia de Partia, de cuyo nombre tomarían esos nómadas iranos su nueva denominación: partos. En fin, en todas partes del Irán surgen sublevaciones y levantamientos contra los griegos. Ciertamente es que éstos logran echar raíces en el país, docenas de ciudades griegas, o por mejor decir, helenizadas⁶²⁹, florecen en el Irán de fines del siglo IV y del III a.C., y miles de colonos y mercenarios griegos se establecen en ellas, haciendo surgir a su paso un helenismo iranio; pero en lo sustancial, el Irán permanece fiel a sí mismo y dispuesto a sacudirse la dominación extranjera.

A mediados del siglo III a.C., la sublevación del reino greco-iranio de Bactriana y el surgimiento del primer Reino parto por obra de las conquistas de Arsaces I, fundador de la dinastía arsácida⁶³⁰, anuncian ya el fin del imperio griego de los seléucidas.

Lenta pero imparablemente, los iranos, agrupados bajo los estandartes de los arsácidas⁶³¹, van destruyendo el poder seleúcida. Hacia el año 141 a.C., los partos expulsan a los griegos de las provincias de Media y Persia, y en el 125 a.C. derrotan por completo a los últimos grandes ejércitos seleúcidas y logran controlar la totalidad de Mesopotamia, asentando sus reales en Ctesifonte, junto al Tigris y frente a Seleucia de Babilonia, la gran ciudad helénica de Mesopotamia.

No obstante, el dominio griego no había sido estéril. Los partos, que se habían establecido en el Irán oriental como adalides del zoroastrismo y de las esencias iránicas frente al dominio griego, pasan, tras su conquista de Mesopotamia, a querer ser representados como restauradores de los aqueménidas, pero a la par desean también ser percibidos como defensores y amigos del helenismo. Esta doble faz de los arsácidas sería su gloria, pero también su perdición, pues el “nacionalismo” iranio puesto en marcha por los sasánidas aprovecharía ese filohelenismo arsácida y el origen bárbaro, no puramente persa de los arsácidas, contra los soberanos partos.

Partia quería ser la heredera de los aqueménidas, pero los partos no eran sino bárbaros para muchos persas. Además, pronto surgió otro reino iranio en el Irán oriental que socavó el poder parto: los kuchana.

⁶²⁸ Para el dominio seleúcida sobre Persia *vid.* YARSHATER, E., “The Seleucid, Parthian and Sassanid Periods”. *The Cambridge History of Iran*, Cambridge, 1983, vol. 3; GRIMAL, P., *El Helenismo y el auge de Roma: el mundo mediterráneo en la Edad Antigua*. Madrid, 1990.

⁶²⁹ Sobre la colonización griega de Asia *vid.* DOMÍNGUEZ MONEDERO, A., “Colonos y soldados en el Oriente Helenístico”. *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, H. Antigua, 7 (1994), pp. 453-478.

⁶³⁰ Heraclio pretendía emparentar con la casa real de los Arsácidas partos para asegurar su dominio sobre Armenia, dar lustre a su estirpe y justificar sus intervenciones en la política interior del Imperio Sasánida, lo que queda reflejada en Sebeos: pp. 144-145. Son muy interesantes al respecto los trabajos de IRFAN SHAID, “The Iranian factor in Byzantium during the reign of Heraclius”, *DOP*, 26 (1972); TOUMANOFF, C., “The Heraclids and the Arsacids”. *Revue des études arméniennes*, 19 (1985), pp. 431-434.

⁶³¹ Para la Partia arsácida *vid.* YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3; ARCE, J., *Bajo el palio del gran rey...*, *op. cit.*, pp. 66-91

Se trataba de un pueblo iranio que invadió Sogdiana y Bactriana a mediados del siglo II a.C. desplazando hacia la India a los soberanos griegos de la Bactriana⁶³². Este desplazamiento hizo que el helenismo permeara aún más a la civilización india y al budismo, provocando un arte y una brillante renovación del pensamiento hindú, algunos de cuyos magníficos frutos serían el arte greco-budista o de Gandara y las archiconocidas *Cuestiones del rey Menander*, uno de los textos cúlmen de la literatura budista, cuya estructura y contenido están ampliamente influenciados por los *Diálogos* platónicos⁶³³.

Los kuchana, mezcla heterogénea de diversas tribus nómadas iránias y tocarias de lengua indoeuropea, cuyos pueblos aparecen en las fuentes chinas como los Yuesth-ti, Wu-Sun y Tukara⁶³⁴, no tardarían en seguir el camino de los derrotados reyes greco-bactrianos e invadirían el norte de la India. Formaron así un gran imperio que, extendiéndose entre el Mar de Aral y los alrededores occidentales del valle del Ganges, y entre el Oxus (actual Amu Daria) y el valle de Fergana, en el actual Turquestán chino, mezclaba en su interior lo iranio, lo indio y lo griego, a la par que controlaba el comercio de la ruta de la seda y privaba a los partos del prestigio de ser la única potencia irania.

Sin los recursos del Irán oriental, sin el control directo de las grandes rutas de comercio con el Oriente, Partia no podía disponer del poder necesario para imponerse al levantisco mundo de los señores feudales iránios. El Irán siempre había sido un mundo regido por grandes familias nobles, pero mientras que los aqueménidas habían logrado en sus etapas de gloria compaginar sus intereses con los de los grandes nobles iránios, los partos, sin el prestigio ni los recursos de los antiguos reyes aqueménidas, no lograron sino colocarse, en los peores momentos, en una situación de *primus inter pares*, y en los mejores, en el papel de déspotas orientales. Instituciones arsácidas como el senado o asamblea de nobles, o como el consejo de sabios y magos⁶³⁵, hubiesen sido impensables en el Irán aqueménida, como también lo serían en el posterior Irán sasánida. La fuerza de las grandes familias nobles dentro del Imperio parto (como las de los Suren, los Mihran o los Karen⁶³⁶) tampoco tenía paralelo con la época aqueménida.

⁶³² LOZANO, A., "La presencia griega en el Medio Oriente: sus consecuencias políticas y culturales" *Historia: Questões & Debates*, 41 (2004), pp. 11-44.

⁶³³ Acerca de la historia del reino greco-bactriano *vid.* YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, pp. 186-190.

⁶³⁴ Puede verse un resumen del origen y la historia del Imperio Kuchana en: YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, pp. 190-208; EMBREE, A., WILHELM, F., *India, Historia del subcontinente desde las culturas del Indo hasta el comienzo del dominio inglés*. Madrid, 1981, pp. 83-96.

⁶³⁵ Al respecto de estas instituciones, que se asemejan un tanto a las asambleas de nobles y obispos del reino polaco-lituano de los siglos XVI y XVII, *vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 20.

⁶³⁶ Estas grandes familias, algunas de las cuales remontaban sus orígenes al comienzo del Imperio Aqueménida y aún más allá, ostentaban los principales puestos civiles y militares del Imperio Parto y siguieron haciendo lo mismo en época sasánida. Así, si los Suren y los Karen ostentan con los arsácidas de Partia los puestos más relevantes como grandes generales de sus ejércitos contra Roma, en tiempos de los sasánidas, sus miembros siguen ocupando los mismos preeminentes lugares, de forma tan reiterada

Por el contrario y en este caso, el del gran poder de las grandes familias nobles dentro del imperio, los arsácidas y los sasánidas, sí tuvieron entre sí claros nexos y líneas de continuidad.

Todo esto dibujaba una situación claramente distinta a la que se había esbozado en el Eranshar de los aqueménidas. Una situación que, cuando las derrotas ante Roma comenzaron a ser más frecuentes y devastadoras (esto es, durante el siglo II d.C.), llevó a los partos a la desesperación⁶³⁷.

d. La larga disputa de Roma y Partia por Oriente.

En efecto, al occidente, Roma se había hecho con la hegemonía sobre el Mediterráneo. Aquella ciudad latina, inmersa en un largo proceso de helenización iniciado en el siglo VI a.C., había logrado someter toda la península itálica a su dominio, derrotar a griegos y cartagineses y, a continuación, someter y luego conquistar por completo al Oriente helenístico surgido tras la muerte de Alejandro y de las luchas entabladas entre sí por sus generales.

En efecto, ya en Cinoscéfalos (198 a.C.) los romanos derrotan a los macedonios⁶³⁸ y poco después, en Corinto, ante los enviados de las ciudades griegas, Roma demostraba su filohelenismo proclamando la libertad de las polis de la Hélade. Roma se metió de lleno en Oriente, interviniendo, primero, en los conflictos entre las ligas y ciudades griegas; más tarde, adoptando una política de dominio y hegemonía sobre los reinos helenísticos. Por último, pasando a la conquista sin más. Así, en 188 a.C., tras derrotar por completo al más poderoso estado helenístico, el Imperio Seleúcida, lo confinó a la condición de potencia de segundo orden, mientras que Pérgamo, Bitinia y Egipto se iban sumiendo cada vez más en una posición de vasallos o satélites de la poderosa república latina. Y en Grecia propiamente dicha, Rodas, Etolia, la Liga del Peloponeso, Atenas y Esparta, no eran sino molestos vecinos en continua disputa y a los que se comenzaba a ver como a posibles provinciales del naciente Imperio.

Así fue. En 168 a.C., Macedonia fue de nuevo derrotada y convertida en cuatro repúblicas subordinadas a Roma. Veinte años más tarde, en 149 a.C., las ciudades griegas cometerían el error de enfrentarse a la nueva potencia filo-helénica. De manera que en 146 a.C., tras la destrucción de Corinto, Grecia pasaría a ser provincia romana junto con la también rebelada y al momento de nuevo debelada, Macedonia. En 125 a.C.

que los autores romanos y bizantinos, llegaron a creer que Suren, Karen o Mihran no eran nombres de grandes familias sino títulos de los jefes militares más destacados de los partos y de los sasánidas. *Vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 20; FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 4-6.

⁶³⁷ Una magnífica síntesis de las relaciones de Roma con Partia puede verse en: MILA, F., *El Imperio Romano y sus pueblos limítrofes: el mundo Mediterráneo en la Edad Antigua*. Madrid, 2000.

⁶³⁸ Sobre la guerra macedonia y la batalla de Cinoscéfalos *vid.* GOLDSWORTHY, A., *Grandes generales...*, *op. cit.*, pp. 69-110.

le llegó el turno a Pérgamo; en el 65 a.C., al reino Seleúcida, y por fin, en el año 30 a.C., al Egipto de los Lágidas.

Grecia y el Oriente helenístico, el mundo surgido tras Alejandro, se integraba dentro del nuevo mundo romano⁶³⁹. Y así, a lo largo del siglo I a.C., Roma y los iraníes quedaron frente a frente. Fue precisamente en los territorios fronterizos entre ambos mundos a los que antes hemos aludido, donde se iniciaron los primeros choques entre Roma y el iraníismo. En efecto, alrededor del año 100 a.C., Mitrídates del Ponto, rey de una antigua familia de la nobleza persa que reinaba sobre un reino a caballo entre el helenismo y el iraníismo, había creado un imperio en Asia Menor⁶⁴⁰. El choque con Roma fue inevitable y se prolongó a lo largo de más de tres décadas.

Tras las guerras mitridáticas, Roma se enfrentó a otra potencia semi-iranía: la Armenia de Tigranes el Grande. Los armenios habían surgido de la mezcla de los antiguos urarteos (descendientes de los hurritas), con los pueblos de estirpe tracio-frigia que llegados en diferentes oleadas a la región de la futura Armenia, entre los siglos XII y VII a.C., terminaron por imponer su lengua a los nativos del país. Armenia había sido conquistada por Cíaxares y formado parte del Imperio medo. Con Ciro pasó al dominio persa y es en concreto en la inscripción de Darío en Beistún, donde aparece por primera vez en la historia el nombre de Armenia, la decimotercera satrapía del Imperio Persa. Con los persas se inició un fuerte proceso de iraníización del territorio: la nobleza del país adoptó numerosas costumbres y maneras persas y los sátrapas persas llegados a Armenia favorecieron este proceso de aculturación.

Alejandro Magno, tras su conquista del Imperio Persa, apenas si había esbozado sobre Armenia un dominio nominal y tras su muerte, ésta se configuró como reino independiente y así se mantendría frente a los seleúcidas a lo largo de todo un siglo (322-222 a.C.) hasta que éstos lograron someterlo a su poder. Fue un dominio breve, pues el avance parto a través del Irán y la creciente debilidad de los seleúcidas tras su derrota frente a Roma en 188 a.C. favorecieron los deseos de independencia de los armenios que, divididos en dos reinos –Armenia mayor y Armenia menor– fueron agraciados con la independencia hacia el año 188 a.C. Sin embargo, pronto Armenia volvió a reunirse en un único reino que, gracias al cada vez mayor prestigio de los arsácidas partos, vio renovadas en su interior las viejas influencias iraníes.

Armenia, que dominaba los caminos entre Asia Menor, el Cáucaso, el Caspio y el norte del Irán, ocupaba una posición central en el cercano Oriente; de ahí que, como todo cruce de caminos que se precie, constituyera un país de confluencia cultural. Iraníismo, helenismo y las viejas tradiciones autóctonas se entremezclaban en la Armenia que se toparon los romanos en la década de los setenta del siglo I a.C. El rey

⁶³⁹ Puede seguirse todo el proceso en GRIMAL, P., *El Helenismo...*, *op. cit.*

⁶⁴⁰ El mejor trabajo sobre Mitrídates y sus guerras con Roma es sin duda el de BALLESTEROS PASTOR, L., *Mitrídates VI Eupátor*. Granada, 1996.

armenio era en esos años Tigranes I el Grande y con él Armenia se transformó en un imperio. Tigranes derrotó a los partos, conquistó grandes porciones de la Albania caucásica y de Iberia, se anexionó parte de Capadocia, conquistó Comagene, Osrhoene, Sofene y Adiabene; sitió Antioquía y se disponía a hacerse con lo que quedaba del Imperio seleúcida en Siria cuando aparecieron las legiones de Lúculo en sus fronteras.

Tigranes I reunió lo que pudo de sus dispersos ejércitos y marchó contra Lúculo, quien se había detenido ante Tigranocerta, la capital de Tigranes, para tomarla. Tigranes intentó romper el asedio de su capital, pero fue derrotado. No obstante, en compañía de su suegro, Mitrídates del Ponto, Tigranes pudo retirarse a las montañas y hostigar a los romanos hasta que éstos, en retirada hacia Capadocia, se vieron gravemente dañados por los ataques conjuntos de Tigranes y Mitrídates. Tigranes volvió a reconstruir su Imperio, pero por poco tiempo, ya que Pompeyo Magno tenía el encargo del Senado de terminar lo que Lúculo había iniciado: el sometimiento definitivo del Ponto y de Armenia⁶⁴¹. Pero Pompeyo haría mucho más que eso: derrotó al Ponto y a Armenia, aunque permitió al viejo Tigranes seguir gobernando una Armenia disminuida como vasallo de Roma; pero se anexionó además, la Siria Seleúcida e impuso un férreo vasallaje a todo el Oriente helenístico y a la Judea macabea.

La derrota de los armenios y la anexión de la Siria seleúcida, provocó que Roma y el Imperio parto de los arsácidas terminaran por tener una frontera común y por quedar, definitiva y directamente al fin, frente a frente.

En el siglo I a.C., cuando Sila llegó cerca de la frontera de Partia con sus legiones tras derrotar a Mitrídates, Partia y Roma habían llegado a un acuerdo amistoso que situaba en el Éufrates la frontera entre las esferas de influencia y dominio de ambos imperios. Pero lo que era aceptable cuando ambas potencias estaban lejos de tener un control total de las regiones que se extendían entre sus dominios efectivos, era inaceptable tras las conquistas de Pompeyo y la definitiva expansión parta hacia Occidente. El fin de los seleúcidas y de la Armenia imperial de Tigranes, habían echado abajo los últimos muros que se interponían entre las ambiciones de Partia y Roma, y con el derrumbe de esos muros también se venía abajo cualquier posibilidad de que ambas potencias pudiesen coexistir pacíficamente.

Ahora ambos imperios, en plena fase expansiva, poseían una frontera común y sobre todo, intereses contrapuestos. Roma, al anexionarse los restos del imperio Seleúcida y siendo fiel a su filohelenismo, se veía en la obligación ante sus nuevos y helenizados súbditos orientales, de presentarse ante ellos como defensora del helenismo frente a la renaciente Persia arsácida. Además, la conquista de Siria y de Asia Menor implicaba la necesidad de que, o bien se dominara Armenia y Mesopotamia, o bien se impidiera el dominio de una gran potencia sobre ellas. Ninguna de esas dos

posibilidades eran factibles hacia el año 65 a.C., pues Roma no sólo no controlaba Mesopotamia y Armenia, sino que la destrucción del gran reino armenio de Tigranes por Pompeyo apartaba del camino de Partia el último obstáculo para consolidar su dominio sobre Mesopotamia y extenderlo sobre Armenia en cuanto ello fuese posible. Una vez logrado esto, Partia, como sucesora de la vieja Persia aqueménida y vencedora de los seleúcidas en el Irán y la Mesopotamia, aspiraba a conquistar Siria y lograr así la siempre codiciada salida al mar Mediterráneo. La guerra entre ambos imperios era pues inevitable y de nuevo, bajo la autoridad de dos pueblos subyugados por sus culturas y tradiciones, la helenizada Roma y aquemenizada Partia, helenismo e iranismo, volvían a disputarse el dominio hegemónico sobre el Oriente y el Mundo Antiguo.

Para entonces, Roma se había hecho con un imperio en Occidente. Primero en Hispania y luego en la Galia, las legiones romanas conquistaron nuevas provincias en las que el helenismo llegaba revestido de lengua y esencias latinas, pero que no por ello dejaba de echar raíces y de dar nuevos frutos. Lo que Grecia había esbozado y planteado, Roma lo llevaba a cabo y lo hacía sin renunciar a sí misma. Roma era helenismo, pero iba mucho más allá de lo que éste había ido. Roma completaba a Grecia y la prolongaba hacia lugares que Grecia nunca hubiera alcanzado por sí misma. Las aportaciones y creaciones romanas en los campos del arte militar, de la arquitectura y de la ingeniería, de la ideología política y social, del derecho y de la administración, de la economía... su cuidadoso cultivo de la lengua latina, su fe en sí misma y en su “misión civilizadora”, hicieron de Roma un Imperio universal, el único poder capaz de lograr la unificación de los países de la cuenca mediterránea. Nadie, ni antes, ni después de Roma, ha logrado otro tanto.

Fue justo en este momento en el que Roma acababa de completar y ampliar lo que el helenismo había esbozado sobre el Mediterráneo, cuando Roma y Partia, como renovando el viejo e interminable debate entre griegos y persas, entre seleúcidas y arsácidas, volvían a guerrear por el control de las tierras que circundan las riberas orientales del Mediterráneo y las márgenes del Eúfrates.

En efecto, Craso, uno de los famosos triunviros, se lanzó contra la frontera parta en el año 53 a.C., sufriendo una derrota⁶⁴². Miles de soldados romanos quedaron tendidos sobre las estepas que rodeaban Carras⁶⁴³ y varios miles más fueron arrastrados como colonos y esclavos hacia las lejanas provincias orientales de Partia. El triunviro y su hijo fueron muertos, y no pocas de las águilas y estandartes de las siete legiones romanas, de los cuatro mil jinetes auxiliares y de los ocho mil arqueros sirios que

⁶⁴¹ Para las guerras de Pompeyo en Oriente y su preludeo luculiano, *vid.* GOLDSWORTHY, A., *Grandes generales...*, *op. cit.*, pp. 167-210.

⁶⁴² HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, D., *Vidas Paralelas, Lisarso-Lisa; Cimon-Luculo; Nicias-Craso*. Madrid, 2007, t. V.

⁶⁴³ Para la batalla de Carras *vid.* WEIR, W., *50 batallas...*, *op. cit.*, pp. 216-223.

componían el ejército romano derrotado por los partos, terminaron como trofeos en los templos y palacios arsácidas.

El vencedor de los romanos, autor de la victoria irania sobre los nuevos aniran del oeste (los romanos), pertenecía a una vieja familia feudal irania que hundía sus raíces en la Persia aqueménida. Dicha familia había sabido sobrevivir a la conquista de Alejandro y al dominio seleúcida sin perder sus privilegios y posesiones, y se había incorporado al nuevo Imperio iranio de los partos ocupando en él una posición privilegiada que les convertía hereditariamente, en jefes militares de los grandes ejércitos partos y en detentadores del privilegio de coronar con sus manos a los reyes arsácidas. Esta familia era la de los Suren, los cuales –como ya dijimos– supieron sortear la caída de los arsácidas y ocupar una posición de privilegio en el nuevo Imperio iranio de los sasánidas y sobrevivir a éstos tras la conquista islámica. El ilustre miembro de tan vetusta familia, que tuvo el mérito de vencer a Roma y detener su expansión en el Oriente, se llamaba Rustam Suren-Pahlav y era general en jefe de los ejércitos del Irán. De hecho Surena –como fue llamado por los autores griegos y latinos que narraron el desastre romano de Carras– era el verdadero dueño de Partia. A él debía el rey parto Orodes el trono y la vida, y en su mano había puesto Orodes los ejércitos de todo el país. De manera que Surena aparece en las inscripciones arsácidas y en la tradición sasánida posterior, como Spahbodh Rustam Suren-Pahlav; es decir, Rustam Suren Pahlav, general de los ejércitos del Irán.

Surena no pudo disfrutar de su triunfo mucho tiempo. Su rey Orodes, tras firmar la paz con Armenia y trabar con ella una alianza dinástica, se dispuso a invadir la Siria romana. Los ejércitos partos cruzaron el Eúfrates, pero Orodes desconfiaba de su triunfante general Rustam Suren y decidió asesinarlo. Con ello salvó a Siria y al Oriente romano, pues, sin la genialidad táctica de Surena, los ejércitos del rey Orodes no eran ya rivales para las legiones romanas y éstas, aunque muy disminuidas tras la gran derrota de Carras, consiguieron rechazar a los partos y obligarles a cruzar de nuevo el Eúfrates. Los arsácidas no pudieron sacar pues, mucho rédito de su gran victoria, excepto el de arrebatarse Armenia de la esfera de influencia romana y trasvasarla a su propia esfera de poder, pero a cambio se hicieron con un terrible enemigo en el interior de su reino. La poderosa familia de los Suren recordaría siempre aquel agravio de los arsácidas, el asesinato de su afamado miembro, Rustam Suren, y cuando Artashir, el primer sasánida, se levantara contra Partia, los Suren le prestarían su apoyo⁶⁴⁴.

Roma no tardó mucho en responder al desafío parto que significaba Carras. Ya en el año 44 a.C., César se hallaba organizando una nueva expedición contra Persia cuya misión sería la de vengar a Craso y conquistar todo el Imperio parto. Pero César fue

⁶⁴⁴ FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, op. cit., pp. 4-6; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, op. cit., p. 20 y ss.

asesinado y el ejército por él reunido contra Partia acabó destinado a luchar en las guerras civiles y no a dominar el Oriente.

Mientras tanto, Partia consolidaba su dominio sobre la alta Mesopotamia y Armenia, y tanteaba continuamente las fronteras de la Siria romana. Las guerras civiles que estallaron en Roma tras el asesinato de César le dieron, además, una nueva oportunidad para hacerse con el control de todo el Oriente. En efecto, Bruto y Casio, enfrentados a Octavio y Marco Antonio, enviaron a Partia una petición de auxilio. El rey parto firmó con ellos una alianza y les envió oro. Labieno, el embajador de Bruto y Casio en la corte arsácida, planeaba también obtener soldados partos, pero la derrota de Filipos, en la que Bruto y Casio fueron derrotados y muertos, transformó a Labieno en un exiliado. No se alteró por ello y, poniéndose al servicio de Partia y con un ejército en el que él y el joven príncipe parto Pacoro actuaban como generales, invadió Siria y Asia Menor. En brevísimos meses, Siria, Capadocia, Ponto, Cilicia, Asia... fueron domeñadas por los ejércitos partos de Labieno y Pacoro. Partia parecía a punto de coronar su sueño y de revivir las glorias aqueménidas. Pero al cabo, los romanos se rehicieron y derrotaron a Labieno y Pacoro. Tras esta nueva victoria romana, el Eúfrates volvió a su condición de límite entre dos imperios, entre dos mundos que se acechaban mutuamente.

Ante esta situación, Marco Antonio, uno de los triunfadores de Filipos, y que se había hecho con el dominio de la parte oriental del Imperio Romano, se dispuso a engrandecer su nombre y a reforzar su posición frente a su ambicioso aliado, Octavio, logrando derrotar y conquistar a Partia. Marco Antonio conduciría su ejército contra Partia al igual que antes lo hiciera Craso. Pero mejor estrategia que aquél, no abordaría el territorio parto desde el Eúfrates, donde la caballería arsácida sería superior a su infantería romana, sino por las montañas de Armenia. Así fue como los romanos llegaron hasta la Media Atropatene⁶⁴⁵ y con ello tocaron por primera vez suelo propiamente iranio. Pero Marco Antonio tuvo que retirarse y en su periplo por la Media y la Armenia sufrió cuantiosas bajas, quedando su prestigio mermado en la empresa oriental de conquista que había concebido. Partia estaba resultando ser una conquista difícil para Roma. Así lo entendió Octavio, el cual, tras vencer a Marco Antonio en la batalla de Actium (31 a.C.) y anexionarse Egipto a su imperio, decidió dejar a un lado los planes de conquista de Partia diseñados por su difunto tío, César, y alentados por buena parte de la opinión pública de la Roma de su tiempo, y buscar un acuerdo con la potencia irania.

Lo logró y con ello, tras un periodo de casi treinta años de guerra con distintas alternativas, Roma y Partia se reconocían como grandes potencias y se dividían el dominio del Oriente. Roma retendría Siria, Palestina y Asia Menor; Partia tendría a su

⁶⁴⁵ RANZ ROMANILLOS, A. , *Vidas paralelas de Plutarco*. Madrid, 1821-1830, cap. VII.

vez el dominio sobre Armenia y Mesopotamia. Pero la geopolítica no estaba de acuerdo con aquellos deseos de paz. Repitémoslo: la seguridad de Mesopotamia y el Irán, exigían el dominio de Armenia y Siria; mientras que, por su parte, la posesión de Siria y Asia Menor sólo podían afianzarse mediante la conquista o subordinación de Armenia y la alta Mesopotamia.

En el siglo I d.C., en tiempos de Nerón, la guerra volvió a encenderse entre ambas potencias y de nuevo fue Armenia el motivo de la guerra. Corbulón, un eficaz general, logró varios triunfos para Roma, pero en última instancia la situación quedó estancada⁶⁴⁶. Este estancamiento terminaría con la elevación al trono armenio de un arsácida, lo cual era un triunfo para Partia, pero conservando el reino armenio su autonomía, lo cual era una pobre garantía para Roma. Así que ninguna de las dos potencias había satisfecho por entero sus aspiraciones.

A inicios del siglo II d.C. la rivalidad entre Partia y Roma permanecía abierta y en espera de un desenlace. Fue en esos mismos años cuando la rivalidad entre ambas potencias tomó un giro inesperado. Su autor sería Trajano (98-117 d.C.). Éste comprendió magistralmente (como lo hizo antes que él César) la verdadera cuestión que se ventilaba en las fronteras orientales de su Imperio: que sólo el dominio efectivo sobre Armenia y Mesopotamia podía asegurar, a la larga, no ya la pervivencia de la dominación romana sobre Siria, Palestina, Egipto y Asia Menor, sino la propia independencia económica y militar de Roma. Si Partia llegaba a transformarse en algo más que un conjunto mal avenido de reinos vasallos de los arsácidas o era sustituida por un nuevo y más centralizado reino iranio (como acabaría sucediendo cien años después de Trajano cuando los sasánidas sustituyeron a los arsácidas) Roma se vería en la disyuntiva de, o ceder el Oriente a los iranos y perder con ello sus bases económicas y militares, o guerrear continuamente a un nivel y de una forma como no se había visto obligada a hacerlo desde los días de sus guerras contra Cartago. La situación podía llegar a ser especialmente crítica si a la par que se consolidaba una nueva potencia irania en el Oriente o se reafirmaba el poder de los partos, surgiera en las fronteras danubianas o renanas del Imperio, un poder militar destacable. Y eso era precisamente lo que estaba sucediendo en los días de Trajano y lo que sucedería cien años más tarde cuando los sasánidas sustituyeron a los arsácidas y los germanos despertaran a la historia.

Cuando Trajano llegó al poder, el reino dacio de Decébalos, en el Danubio, estaba conformándose como un poder capaz de desafiar a Roma y si ésta se veía en la coyuntura de tener que luchar contra dos grandes potencias en los dos frentes a la vez, el danubiano y el oriental, era bastante posible que fuera derrotada, o que el esfuerzo que tuviera que realizar para salir airoso de tan peligrosa situación, fuera excesivo. Pero

Trajano disponía de una concepción realmente universal de su imperio. En su época, el gran comercio romano se dirigía hacia Oriente: de allí venían sedas, piedras preciosas, especias, frutas y productos exóticos, marfiles, tapices y brocados, perlas, perfumes, etc, en fin, todas las materias preciosas que Roma demandaba y que eran elaboradas o reelaboradas en los talleres de las ciudades de Siria, Egipto y Asia Menor. Así, por ejemplo, la seda china no se vendía en bruto o tal como venía tejida desde China, sino que era destejida y de nuevo tejida en los talleres de Cos, Sardes o Tiro, con el objeto de lograr adaptarla al gusto, calidad y diseño exigidos por los compradores del Imperio Romano. De manera que el comercio con el Oriente no sólo implicaba el sostenimiento de una gran actividad comercial, sino también de una fuerte actividad artesanal o fabril. Todo eso entrañaba riqueza y por supuesto, ingresos para Roma y sus arcas públicas; pero también, el gasto de mucho oro.

En efecto, Partia dominaba los caminos del comercio oriental de Roma y ésta debía de pagar grandes sumas en las aduanas partas; estas sumas y las que debían de entregarse a cambio de recibir las preciadas mercancías orientales, se abonaban en oro. Plinio el Viejo estimaba, allá por el año 75 d.C., que Roma enviaba a Oriente todos los años como pago por su comercio oriental, no menos de 100.000.000 de sestercios⁶⁴⁷, esto es 4.000.000 de denarios de oro. Tan formidable salida de numerario desequilibraba las finanzas del Imperio y ponía en riesgo su seguridad, ya que buena parte de ese oro iba a parar –como ya hemos dicho– a las arcas arsácidas. De manera que los ejércitos del soberano parto estaban, en no poca medida, financiados por el oro romano. De hecho, los reyes partos necesitaban ese oro, ya que, enfrentados continuamente a las grandes familias iránias, dependían de los tributos de las ciudades y del oro de las aduanas para armar sus ejércitos y mantener su posición hegemónica frente a las otras grandes familias nobles del Irán.

Trajano se dispuso a acabar, con orden y habilidad, con aquella extraña y peligrosa situación. En primer lugar se enfrentó a Dacia. En dos guerras consecutivas entre sí e igualmente victoriosas⁶⁴⁸, acabó con aquel peligro latente para la seguridad de las posesiones danubianas de Roma. Además, la posesión de Dacia traía consigo la de sus ricas minas de oro, y eso, en un momento en que las tradicionales fuentes romanas del precioso mineral –las minas de oro de Hispania, Retia, Galia y Tracia– comenzaban a agotarse y en el que el comercio oriental de lujos sangraba anualmente las reservas áureas del Imperio, era especialmente importante para Roma.

⁶⁴⁶ Sobre las campañas de Corubulón en Armenia *vid.* GOLDSWORTHY, A., *Grandes generales...*, *op. cit.*, pp. 307-338

⁶⁴⁷ Plinio, *Historia natural*: XII,41,84.

⁶⁴⁸ Para las guerras dacias de Trajano *vid.* GOLDSWORTHY, A., *Grandes generales...*, *op. cit.*, pp. 369-390; LAGO, J. I., *Trajano, las campañas de un emperador hispano*. Madrid, 2008, pp. 62-78.

En segundo lugar, Trajano se dispuso a controlar todas las vías del comercio romano con el Oriente⁶⁴⁹. Y es que en sus días, al igual que a lo largo de toda la Antigüedad y de la Edad Media, existían cinco grandes vías comerciales que enlazaban el Mediterráneo y Europa con el Oriente más lejano, India y China⁶⁵⁰. Estas rutas eran:

1) la ruta central terrestre, la mítica y conocida *Ruta de la seda*. Se había abierto por mor de las conquistas chinas en Asia central durante los siglos II y I a.C. y consolidado con la aparición del Imperio kuchana y el afianzamiento en Oriente de Partia y Roma⁶⁵¹. Por primera vez en la historia, cuatro grandes imperios, el romano, el parto, el kuchana y la China de los Han⁶⁵², controlaban todas las tierras civilizadas y agrícolas que, como un cinturón de civilización, se extendían entre el Atlántico y el Pacífico, dando con ello una seguridad y facilidad al comercio como nunca antes se había visto y como pocas veces después se vería. Fruto de esa seguridad y estabilidad de las rutas de comercio terrestre asiáticas, fue el que esta gran vía comercial, la Ruta de la seda, fuera en tiempos de Trajano la más utilizada por el comercio de lujo oriental. Arrancaba en Lo Yang, la capital de la China Han y desde allí, por las vías caravaneras que salían de China y del norte de la India, avanzaba por Asia central y se internaba en el Irán, para llegar a Mesopotamia y, subiendo por el Eúfrates o por Armenia, desembocar en las ciudades de la Siria romana.

2) la segunda ruta central era marítima y partía de los puertos indios de la desembocadura del río Indo, así como también y sobre todo, desde Barigaza (activo puerto marítimo en la costa india de Malabar) y Taprobana (nuestra Ceilán) para luego, costear las costas de Gedrosia, Aracosia y Carmania, atravesar el estrecho de Ormuz y adentrarse en el Golfo Pérsico. Desde allí abordaba los puertos del sur de Mesopotamia, desde donde, uniéndose a la ruta central terrestre, alcanzaba al cabo y por tierra, la frontera romana.

3) la tercera vía comercial era la del norte, que en época de Trajano era la menos importante. Esta ruta atravesaba directamente desde China las estepas y montañas situadas al norte de los mares Aral, Caspio y Negro, para terminar su recorrido en los puertos griegos del reino greco-iranio del Bósforo cimerio, en las costas de Crimea y el Mar de Azov.

⁶⁴⁹ Acerca del comercio romano con el Oriente y sus implicaciones políticas y militares, *vid.* BOULNOIS, L. *La ruta de la seda*. Barcelona, 1967, pp. 31-132 y HERRMAN, P., *Historia de los descubrimientos geográficos. América, África y el Pacífico*. Barcelona, 1967.

⁶⁵⁰ El mejor estudio sobre las relaciones entre el gran comercio con Oriente y la política imperial romana es el de YOUNG, G., *Rome's Eastern Trade: International Commerce and Imperial Policy, 31 BC-AD 305*, Routledge, 2001.

⁶⁵¹ PIRENNE J., *Historia Universal, La era de los imperios*. Barcelona, 1968, vol. 2, mapa nº 3.

⁶⁵² Acerca de las guerras de Trajano contra Partia *vid.* LE GALL, J., GLAY, M., *El Imperio Romano. El Alto Imperio, desde la batalla de Actium hasta la muerte de Severo Alejandro (31 a.C.-235 d.C.)*. Madrid, 1995, pp. 363-370; LAGO, J. I., *Trajano..., op. cit.*, pp. 79-89.

4) muy hacia el sur de allí se hallaban las rutas que, partiendo desde puertos egipcios del Mar Rojo, como Mos-Hormos, Arsinoe y Berenice, llevaba hasta el estrecho de Adén atravesando el Mar Rojo y desde allí, hasta Barigaza y Taprobana. Desde estos puntos salía no sólo el tráfico de los productos indios, sino también una parte considerable del chino, el cual llegaba por vía marítima a los puertos indios y cingaleses.

Esta ruta marítima, la única que estaba realmente abierta al comercio romano sin que éste tuviera que afrontar el pago de gravosas aduanas, había sido abierta por los navegantes del Egipto tolemaico, alrededor del año 100 a.C. cuando, al parecer, los navegantes lágidas descubrieron el comportamiento cíclico de los monzones y con ello, el arte de la navegación por el Océano Índico⁶⁵³.

5) por último, el incienso, la mirra y una parte del comercio oriental y del África negra llegaban a Roma por vía terrestre y atravesando Arabia. Los comerciantes del sur de Arabia se hacían a la mar hasta India y traían desde allí sus productos y los de China, para, engrosándolos con su mirra e incienso y con los marfiles, el oro, las pieles y maderas exóticas traídas por ellos desde la costa somalí y Abisinia, enviarlas por caravana, a través de los caminos del Hedjaz, hasta alcanzar Petra y Bostra. Estas ciudades pertenecían al reino de los árabes nabateos, los cuales extendían sus dominios sobre las tribus que habitaban, a lo largo de la frontera meridional del Oriente romano, desde el Mar Rojo hasta los arrabales de Damasco. Por supuesto, los nabateos cobraban cuantiosas sumas a los mercaderes romanos en concepto de aduana.

Como puede apreciarse a poco que se medite sobre las rutas de comercio de Roma y el Mediterráneo con el Oriente, Arabia y el África oriental en tiempos de Trajano, Roma sólo era independiente –comercialmente hablando– en una de las cinco rutas: la del mar Rojo; las otras cuatro eran dominadas por otros estados, bien por Partia, que controlaba directamente las dos rutas centrales, las más importantes; bien por el reino del Bósforo cimerio, o bien por el Reino nabateo.

Ya hemos señalado que Roma gastaba mucho en ese comercio con el Oriente y que no sólo era una cuestión de lujo y pompa para la economía del Imperio, sino que el comercio oriental era esencial en el mantenimiento de las ricas industrias de las ciudades sirias, minorasiáticas y egipcias. Muchas de esas ciudades dependían, si querían seguir siendo prósperas, del mantenimiento de ese comercio oriental y Roma dependía, a su vez y en no poca medida, de la prosperidad del Oriente. Era pues una auténtica cuestión de estado la que se presentaba ante cualquier gobernante romano que

⁶⁵³ A estos tiempos pertenece el famoso *Periplo del Mar Eritreo*, auténtica guía de comercio y navegación que detalla la ruta del mar Rojo hacia la India. Vid. SCHOFF, W.H., *The Periplus of the Erythraean Sea: Travel and Trade in the Indian Ocean by a Merchant of the First Century*, Londres, Bombay y Calcuta, 1912.

tuviera la sensatez y el arrojo de plantearse: la prosperidad y seguridad del Oriente romano y, por ende, de todo el Imperio, no sería completa, ni estable si no se lograba la independencia comercial de Roma frente a Partia.

Trajano tuvo esa sensatez y ese arrojo. Tras la primera guerra dacia, presionó de tal manera sobre el reino árabe de los nabateos que éstos no tuvieron más remedio que aceptar lo inevitable: la anexión de la Arabia nabatea por Roma. Con ello Trajano se hacía con el control de las rutas del incienso y de la mirra, con el monopolio de los productos africanos y con una nueva tajada del comercio oriental. De la misma manera que en el caso de los nabateos, los habitantes del reino del Bósforo cimerio, muy presionados en sus fronteras por los belicosos sármatas, se vieron obligados a aceptar la protección de Roma y con ello Trajano se hizo con el control de la ruta del norte.

En pocos años, Roma había pasado de tener un papel subordinado en el comercio oriental, a controlar tres de las cinco rutas de comercio con el Oriente. Pero aún quedaban las dos rutas centrales, las más importantes, que eran controladas por Partia. Ésta, tras la destrucción del reino dacio de Decébalos, era la única amenaza organizada y de entidad que podía ya inquietar a Roma. Comercio y seguridad estratégica hubiesen podido ser los lemas de Trajano, y se atuvo a ellos con fidelidad durante todo su reinado. Y así, con Armenia como pretexto, Trajano pasó a la ofensiva contra Partia. Ya tenía asegurada su retaguardia, pues Dacia y los nabateos habían sido neutralizados, y tenía también afirmada su posición económica, pues las minas de oro de Dacia le proporcionaban el oro que necesitarían sus legiones en Partia. Mientras que su reciente control sobre las rutas comerciales del norte y del sur con el Oriente aseguraba que el comercio de las ciudades de Egipto, Siria y Asia Menor no se viera afectado en exceso por el cierre de las rutas centrales de comercio con Oriente controladas por Partia.

No tenía nada que temer: en 113 conquistó Armenia y tras esto, ya en 114, inició la conquista del norte de la Mesopotamia partia. Luego y tras poner algo de orden y disciplina entre las levantiscas tribus árabes de la región, Trajano golpeó a Partia en su corazón económico: la Mesopotamia central y meridional. En el año 115, Ctesifonte y Seleucia del Tigris, las ciudades mayores del imperio rival, fueron tomadas por los romanos y los partos se vieron obligados a evacuar toda Mesopotamia y a refugiarse al otro lado del Tigris, en las estribaciones de los montes Zagros. Trajano, triunfador absoluto, se paseó por las calles de la debelada Ctesifonte y se llevó del palacio real arsácida el trono de oro en el que se sentaban sus reyes desde hacía trescientos años⁶⁵⁴.

Todo parecía dispuesto para la gran victoria romana y Trajano organizó incluso las nuevas provincias romanas que debían de establecerse en los territorios armenios y mesopotámicos. Para no dejar lugar a dudas sobre cuáles eran algunos de los motivos

⁶⁵⁴ El trono de oro tomado por Trajano a los partos en Ctesifonte era uno de los atributos reales del Rey de reyes parto; de ahí su importancia simbólica. Los otros dos atributos reales eran la larga tiara de piedras preciosas y perlas, y la cama o lecho de oro. *Vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 26.

esenciales que le habían movido a la guerra con Partia, Trajano planeó convertir al puerto de Charax, en la desembocadura de los ríos Éufrates y Tigris en el golfo Pérsico, en el gran puerto romano del comercio con India y China. Pero el triunfo de Trajano se truncó en el momento crítico: los árabes del norte de Mesopotamia volvían a hostigar las rutas militares de las legiones y los señores feudales de la región (que comenzaban a percatarse de que el leve dominio de los partos era mucho más llevadero que la administración romana) se levantaban en sus feudos contra los romanos. La gran ciudad comercial de Hatra, en la Mesopotamia central, se alzó contra Trajano y éste fue a sitiirla. Los esfuerzos del asedio, las frustraciones ante las noticias que llegaban a su campamento y que le anunciaban de continuo nuevas sublevaciones, el alzamiento de los judíos en Cirene y Chipre, el aumento de los disturbios en Palestina y los renovados intentos partos por reorganizarse y marchar contra él, motivaron, junto con el tórrido clima de Hatra, que Trajano enfermara. Sucedió esto en el año 117 d.C. Exhausto y quebrado, Trajano emprendió el camino de la costa y fue a morir en Cilicia.

Su sucesor, Adriano (117-138 d.C.), decidió no proseguir la política de Trajano y se retiró de Mesopotamia. Éste consiguió para su imperio cuarenta años de paz en la frontera oriental, pero a cambio permitió la recomposición del Imperio arsácida y con ello preparó el camino para que, a partir del 160 d.C., Roma se viera precipitada al peor de los escenarios posibles, aquel que Trajano había intentado impedir con sus guerras en el Danubio y el Oriente: la guerra en dos frentes y a la par, contra enemigos formidables. En efecto, Marco Aurelio (161-180 d.C.) y su tiempo pagaron caras la paz de los días de Adriano y Antonino Pío, cuando sármatas, cuados y marcomanos esbozaron en el alto y medio Danubio lo que iba a ser para Roma el siglo de las primeras invasiones, el siglo III, precipitando al Imperio, por primera vez desde César, a una invasión en toda regla proveniente del norte. La crisis coincidió con una nueva guerra con la reconstruida Partia.

En efecto, el rey Vologese III de Partia se lanzó contra la frontera romana y la rebasó por completo. Tras duras batallas, los ejércitos partos pasaron el Éufrates y conquistaron Siria, Palestina, Capadocia, Ponto, Cilicia y Galatia. De nuevo parecía posible para Partia renovar el añorado Imperio aqueménida de los días de Ciro y de Darío, aunque de nuevo se frustró dicho sueño. Una vez más, los ejércitos romanos llegaron desde Occidente y batieron a los partos, obligándoles a evacuar las provincias orientales de Roma y a retroceder al otro lado de la frontera. No se detuvieron en el Éufrates los ejércitos romanos, sino que, asolando Mesopotamia, llegaron a cruzar los Zagros e internarse en Media⁶⁵⁵. Pero en ese preciso momento de triunfo, la presión que sármatas, cuados y marcomanos ejercían en el alto Danubio, obligaron a Marco Aurelio a suspender la campaña oriental y a ofrecer a Vologese III un acuerdo de paz que,

aunque garantizaba la supremacía romana en Oriente, en esencia dejaba las cosas en el mismo punto en donde habían quedado con Adriano.

El imperio logró salir airoso de la doble crisis, pero los esfuerzos realizados para lograr tal fin fueron tan costosos que, tras Marco Aurelio, comenzaron a resentirse las estructuras del principado romano. A partir de ahí, la tensión no paró de crecer en la frontera oriental romana. Aprovechando la guerra civil que siguió a la muerte del hijo y sucesor de Marco Aurelio, Cómodo (180-192 d.C.), Partia intervino en los asuntos de Roma y tanteó, una vez más, sus fronteras orientales. Su candidato al trono romano, Prescinio Níger, fue derrotado por Septimio Severo (193-211 d.C.) y éste se tomó cumplida venganza del apoyo parto a su rival. Tras reclutar tres nuevas legiones, Septimio Severo, en una serie de formidables maniobras, logró derrotar a los ejércitos partos, y tomar y saquear Seleucia del Tigris y Ctesifonte, las capitales partas en Mesopotamia. Severo tuvo que abandonar la baja Mesopotamia, pero no fue tan imprudente como Adriano y estableció el poder romano sobre la Mesopotamia del norte, llevando las fronteras romanas hasta el alto Tigris y asegurando así un colchón estratégico a sus provincias de Siria y Asia Menor⁶⁵⁶.

Sin embargo las victorias de Septimio Severo tuvieron un inesperado y desastroso efecto para el Imperio Romano. Habían debilitado tanto el poder parto y desacreditado tanto a los arsácidas, que éstos, precipitados además a la vorágine de la guerra civil, fueron incapaces ya de controlar a sus reyes feudatarios. Uno de ellos, Artashir, rey de Parsa (actual Fars y antigua Pérsida o Parsis), se levantó contra la soberanía arsácida, en torno al año 208 y aprovechando los problemas internos de Partia y que la atención del rey de reyes arsácida estaba de nuevo en su frontera romana (pues el hijo de Septimio Severo, Caracalla, creyéndose un nuevo Alejandro, deseaba conquistar Partia⁶⁵⁷), se lanzó a expandir su pequeño reino a costa de los demás reyes feudatarios de Partia.

Artashir sería el fundador de la dinastía sasánida y con él cambiaron, radicalmente y para siempre, los destinos y la historia de Persia, Roma y el Oriente. De súbito y a partir de 224 d.C., cuando Artashir derrotó severamente a los arsácidas partos, Roma se vio ante lo que un reciente y afamado historiador ha denominado como “una superpotencia militar”⁶⁵⁸, es decir, un rival con suficiente capacidad militar como para derrotar y aniquilar la hegemonía romana sobre los pueblos del Mediterráneo.

Partia había sido siempre una posibilidad amenazante; la Persia Sasánida iba a ser una realidad temible y para poder afrontarla –como se vio en la introducción de nuestro

⁶⁵⁵ Sobre las guerras de Marco Aurelio contra Partia, los sármatas, cuados y marcomanos *vid.* LE GALL, J., GLAY, M., *El Imperio Romano...*, *op. cit.*, pp. 414-423.

⁶⁵⁶ Para las campañas contra Partia de Septimio Severo *vid.* LE GALL, J., GLAY, M. *El imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 449-452; 476-478.

⁶⁵⁷ Sobre las pretensiones de Caracalla de ser un “nuevo Alejandro” y sobre el imprevisto desenlace que esas pretensiones tuvieron *vid.* BANCALARI MOLINA, A., “Relación entre la constitutio antoniniana y la imitatio alexandri de Caracalla”. *Rev. de Estudios histórico-jurídicos*, 22 (Valparaíso, 2000).

⁶⁵⁸ HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 90-94.

trabajo y tal y como han demostrado autores como Peter Heather⁶⁵⁹ – Roma tuvo que transformarse por completo. Así fue como Roma se transformó en la Romania y en esa transformación, la Persia de los sasánidas fue el factor desencadenante y decisivo. Parafraseando a Henri Pirenne: sin Artashir y Shapur no hubiesen sido posibles Diocleciano y Constantino. De ahí que el estudio de la Persia Sasánida sea indispensable para todo aquel que quiera conocer realmente la historia del Imperio Romano entre los siglos III y VII.

II.1.2. *La Persia sasánida. Desde los días de la sublevación de Artashir hasta los de la subida al trono de Cosroes I. 208-531.*

La región de la Pérsida (la Parsa de tiempos sasánidas y la actual Fars) había sido la tierra original de los persas. Desde ella, Ciro II y Darío I Aquemenes habían levantado el primer imperio universal de la historia y a ella favorecieron especialmente con sus dádivas. De la Pérsida salían los nobles que gobernaban las satrapías del imperio, a ella iban a parar los tesoros capturados por los ejércitos persas y también las cuerdas de prisioneros de guerra para trabajar en las grandes obras de los reyes. Pérsida tenía un estatuto privilegiado dentro del Imperio aqueménida y fue también uno de los focos y centros principales del viejo zoroastrismo. Quizás por todo ello, la Pérsida, tras la conquista de Alejandro, atesoró con más cuidado y celo que cualquier otra región irania, la vieja tradición aqueménida.

Cierto es que los seleúcidas griegos dominaron la región, pero pronto, ya en el siglo III a.C., una dinastía local se hizo con el título de *frataraka*, gobernador, y aunque formalmente rendía vasallaje y tributo a los reyes seleúcidas, en la práctica y excepto cuando el rey seleúcida se presentaba en la región con un gran ejército, llevaba los asuntos de la Pérsida en total independencia. Cuatro de estos reyes locales acuñaron moneda en el siglo III a.C., y en ella se hacen representar sentados en el trono y junto al *recant*, un tipo de bandera persa que usaban los reyes aqueménidas y que puede verse, por ejemplo, junto a Darío III Codomano en el famoso mosaico de la batalla de Gaugamela. Los nombres que ostentan estos reyes locales son los de los grandes reyes aqueménidas, Artajerjes, Darío, etc.⁶⁶⁰, o los de los héroes mitológicos de la religión irania; mientras que las leyendas de las monedas están escritas, no en griego, la lengua de los reyes seleúcidas que en teoría ostentan el poder supremo en la región, sino en arameo, la lengua imperial elegida por Darío I para la administración de su Imperio.

A lo largo del siglo II a.C., los reyes locales de la Pérsida mantuvieron su independencia de facto sobre los seleúcidas y cuando éstos fueron sustituidos por los

⁶⁵⁹ *Ibidem*, pp. 87-96.

⁶⁶⁰ CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 84-86.

reyes partos arsácidas, Pérside se integró en el nuevo imperio sin renunciar a su completa autonomía y al gobierno de sus dinastías locales. Así, a lo largo de los siglos II a.C. a II d.C., la numismática nos proporciona pruebas de que la región siguió atesorando su glorioso pasado y sosteniendo su particular independencia. Tres series de monedas, pertenecientes a varios reyes de dinastías locales, completan la historia estos siglos. En ellas, la simbología aqueménida se mantiene, pues puede verse al rey sentado en el trono con el *recant*, pero a su lado observamos ahora que el rey adora un altar del fuego; se ve a Ahura Mazda, el Dios protector de Darío I Aquemenes y de toda la dinastía por él fundada, protegiendo desde el cielo al monarca representado en la moneda.

A fines del siglo II d.C., hacia el 192 d.C., la dinastía de los Bazrangi gobierna en la ciudad principal de la Pérside, Istakhr, desde donde ejercen su hegemonía sobre toda la región. El rey de reyes parto les reconocía este poder y lo respaldaba, por lo que la posición de los Bazrangi parecía consolidarse por momentos⁶⁶¹. Aquello no iba a durar mucho.

En torno al año 150 vivía en Pérside un tal Sasan, un noble no perteneciente a ninguna de las pequeñas dinastías de reyes locales de la región. Sasan debió de prosperar, pues casó con Denagh, una mujer de la casa real de los Bazrangi, y obtuvo el influyente cargo de sumo sacerdote del templo de la Diosa Anahita, Diosa de la luna y de la fertilidad, y una de las principales divinidades del panteón iranio, cuyo templo se levantaba en la capital de la Pérside, Istakhr. El hijo de Sasan y de Dēnagh, Pabghagh, también llamado Papak, sucedió a su padre en el cargo de sumo sacerdote del templo y siguió acumulando poder y riquezas para su familia. Su creciente influencia logró que su segundo hijo, Artashir⁶⁶², fuese nombrado por Gothihrlē –el soberano reinante de la casa de los Bazrangi– *Argabadh* de la ciudad de Darabgerd, esto es, gobernador y jefe militar de la susodicha ciudad y su región circundante.

En un principio, Artashir se mostró fiel a su señor, el rey Gothihrlē, y en su nombre venció a varios jefes locales rebeldes y sometió a diversas ciudades que se habían alzado contra la autoridad regia. Pero, cuando menos podía esperarlo, Gothihrlē vio cómo el sumo sacerdote de Anahita, Papak y su belicoso hijo Artashir, se levantaban al unísono contra él y lo asediaban en su castillo, el llamado “castillo blanco”, donde al cabo Gothihrlē tuvo que rendirse. Fue ejecutado y con él terminó la dinastía de los Bazrangi y comenzó la de los Sasánidas.

⁶⁶¹ *Ibidem*, p. 86.

⁶⁶² Pocas familias reales tienen un origen tan oscuro y complicado de estudiar como la de los sasánidas. No obstante, gracias al esfuerzo de eruditos como Christensen podemos fijar hoy una serie de hechos generales y bien establecidos que nos permiten afirmar que Sasan era el abuelo de Artashir y que no fue rey, sino sólo un noble influyente y un encumbrado sacerdote del templo de Anahita, y que Papak, su hijo, sí alcanzó la realeza. *Vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 86-88; YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, pp. 115-121.

No fue un comienzo fácil. Papak, quien se había coronado rey tras dar muerte a su antiguo señor, desconfiaba de su ambicioso hijo Artashir, y temía que intentara derribarlo de su recién adquirido trono. Papak quería también asegurarse que su sucesor fuera su primogénito, Shapur, y no su combativo segundo hijo, Artashir. Pero éste, a su vez, no deseaba verse apartado de un trono que tanto había ayudado a conquistar y, temeroso de que su padre le tendiera una trampa, se retiró a su dominio de Darabgerd y comenzó desde allí a combatir contra diversos señores y príncipes locales de la región, con el propósito de aumentar su poder y aspirar con más fuerza aún a la sucesión a la realeza conquistada por su padre.

Papak se volvió entonces hacia el Rey de reyes de Partia –en teoría su señor– y solicitó de él que reconociera su dominio sobre Parsa y su derrocamiento de la dinastía de los Bazrangi. Papak creía que tras el reconocimiento de la nueva situación creada en Pérsida por la rebelión de los sasánidas contra sus soberanos locales, el Rey de reyes arsácida, a la sazón Artabán IV (era el año 196 d.C.), lo aceptaría como rey vasallo y en consecuencia, le otorgaría un puesto relevante entre los numerosos reyes y príncipes locales que formaban parte del Imperio arsácida. Pero Artabán IV se negó a reconocer a Papak como rey legítimo y le recriminó sus acciones contra el difunto rey Gothihrle. Para el Rey de reyes Artabán IV, Papak y su rebelde hijo Artashir no eran sino usurpadores, y por tanto, lo único que Papak podía esperar de él era el futuro castigo por su rebeldía contra su legítimo señor.

Poco más tarde o quizás ya en ese mismo año de 196 d.C., el rey parto Artabán marchó contra los rebeldes sasánidas de Parsa y les obligó (no se sabe a ciencia cierta si tras una batalla), a someterse a su autoridad. No obstante parece que Papak había demostrado ser un hueso más duro de roer de lo que había imaginado el rey de reyes arsácida, pues no pudo desalojarlo del trono de Parsa, Fars, y tuvo que conformarse con que quedara sometido a su poder como rey vasallo. Lo cual, y como se recordará, era lo que en un principio demandaba Papak del rey de reyes parto.

Papak, bien por debilidad, bien porque se sintiera a gusto en su papel de rey vasallo de los partos en Parsa, no hizo ningún intento para extender su poder más allá de las fronteras de su pequeño reino. A su muerte, quizás hacia 207, le sucedió su hijo Shapur, pero la prematura muerte por accidente de éste, dejó el camino libre al ambicioso Artashir, el segundo hijo de Papak. Los restantes hijos decidieron poner fin a la querrela familiar y ofrecer la corona al belicoso Artashir, lo que fue una suerte para Persia y para la casa de los sasánidas, pero una desgracia para los hermanos de Artashir. Éste, nada más recibir la corona de manos de sus hermanos, se libró de ellos y cercenó así cualquier futura disputa familiar por el trono. Sólo él, Artashir I y sus descendientes, integrarían la casa real de los sasánidas. Era el año 208 d.C. (según otros el 216) y comenzaba la historia oficial de la casa de los Sasánidas.

Artashir I (rey de Istakhr desde 208, de Fars desde 216 y gran rey de Irán desde 224-241).

Hasta entonces, el Rey de reyes de Partia, Artabán IV, no había tenido ocasión de volver a intervenir en Fars, pues las guerras civiles assolaban su imperio y las derrotas sufridas a manos de los romanos de Septimio Severo habían quebrantado sobremanera la autoridad y el prestigio de los reyes arsácidas. Artashir aprovecharía esta situación de debilidad del poder central para extender su dominio sobre otros estados locales vasallos de los partos.

Y así, en el año 216, tras domeñar varias sublevaciones en Fars, se dirigió contra el reino de Kermanshah (actual Kerman), la antigua provincia de Carmania. Artashir derrotó al rey local, un tal Valakhsh, y se hizo con todo el territorio. De esta manera el rey sasánida dominaba todas las tierras iránicas del litoral del Golfo Pérsico. Tras esto, Artashir continuó su expansión hacia el este y sometió a todos los pequeños reinos costeros del sur del Imperio parto, llegando hasta la frontera con el Imperio Kuchana. Así, los reinos que se hallaban sobre lo que antaño fueran las satrapías de Carmania y Gedrosia, quedaron sometidas a su autoridad y Artashir se transformó en el rey más poderoso de todo el Imperio parto sólo superado –por el momento– por el propio rey de reyes arsácida.

Artashir I colocó a sus hijos como gobernadores de las nuevas provincias y edificó una ciudad regia en Fars, Gor (la actual Firusabad), que se convertiría en la primera capital sasánida. Las ruinas del castillo de Artashir I en Firusabad son todavía hoy visibles y testimonian el poder del primer gran rey sasánida hacia el 216, fecha en que la ciudad y la residencia del rey fueron construídas.

Pero Artabán IV, el Rey de reyes arsácida, no podía ya seguir esperando. La situación de su Imperio seguía siendo agónica. La guerra civil no cesaba y muchos reyes locales, en especial los de Adiabene y Kalka, le negaban su apoyo y se mostraban rebeldes hacia su autoridad regia; pero si seguía dejando actuar libremente a Artashir, pronto se hallaría ante un enemigo demasiado poderoso para ser domeñado. Así que Artabán ordenó a su vasallo más importante y fiel, el rey Ahvaz de Susiana, que movilizara sus ejércitos contra el rebelde Artashir de Fars y lo trajera encadenado ante su trono en Ctesifonte, para ser juzgado y castigado. En ese preciso momento, Artashir se hallaba asediando Ispahán y cuando le llegaron noticias de que el rey de Susiana marchaba contra él por orden del soberano parto, no perdió los nervios y continuó con sus operaciones contra la ciudad que estaba conquistando. La tomó al cabo y luego, con la rapidez del maestro consumado en el arte de la guerra, se volvió contra el rey de Susiana y lo derrotó por completo. Era el año 218 y Artashir daba con esta victoria un nuevo paso hacia la gloria.

No se detuvo ni un instante en celebrar su triunfo, sino que marchó sobre Susiana y la conquistó. Tampoco se detuvo mucho tiempo tras este nuevo éxito pues, para 220 o 221, prosiguió sus conquistas hacia el oeste derrotando a los árabes del reino de Mesene, en la desembocadura del Tigris, e incorporando sus tierras a su propio reino. Tras esto, todos los reinos vasallos del antiguo Imperio parto que se extendían sobre el litoral del Golfo Pérsico y del Océano Índico, quedaban sometidos a su control. En cuanto a los árabes de Mesene, quienes se habían instalado allí poco antes llegando desde Omán, sus tribus huyeron hacia el oeste y se instalaron en Hira, dando con ello comienzo al Reino de los Lakmidas que tan importante iba a ser en la futura historia de la Persia sasánida, de sus guerras con la Romanía y, en último lugar, del ascenso y triunfo de los musulmanes.

Artabán IV, el soberano parto, no tenía ya otra alternativa que marchar personalmente contra Artashir. Lo hizo y en la planicie de Hormizdaghan⁶⁶³, en la primavera del año 224, se enfrentaron los ejércitos de los dos soberanos iraníes. Fue una dura batalla, pues Artashir no combatía sólo, ya que los reyes rebeldes de Kalka y Adiabene, y algunas de las más poderosas familias del imperio (como la de los Suren, que dominaban Sacestán) le prestaban su apoyo contra el rey parto; éste, a su vez, había reunido bajo sus estandartes todas las tropas de las que pudo echar mano en tan crítico momento. Pero al cabo y, tras dar muerte con sus propias manos al rey de los partos, Artashir ganó el gran combate. Con el triunfo sasánida, la historia del Irán y del mundo entero dio un giro decisivo. Artashir, vencedor indiscutible de la batalla, recibió el homenaje como nuevo gran rey por parte de los reyes de Adiabene y Kalka; después, el soberano sasánida marchó contra Ctesifonte, la ciudad real del Imperio parto, que no dudó en abrir sus puertas al vencedor de Artabán IV y éste entró en triunfo en la gran ciudad.

Quedaba mucho por hacer aún. La situación del Imperio arsácida había sido crítica en sus últimos años y la anarquía más absoluta reinaba tras el triunfo de Artashir. Éste tuvo que combatir duramente a diversas dinastías locales y se tuvo que esforzar sobremanera para hacer entrar en razón a los levantiscos señores feudales de su nuevo imperio. Además, los Arsácidas no se resignaban a perder un imperio que habían gobernado durante cuatrocientos años. Así que los parientes del difunto rey Artabán levantaron nuevos ejércitos para combatir al rey Artashir. Los derrotó a todos. En 226,

⁶⁶³ La batalla de Hormizdaghan se libró el 28 de abril de 224. Sobre esta batalla, la conquista de Ctesifonte por Artashir I y su toma de la realeza suprema en 226, *vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 88. En cuanto al apoyo de las grandes familias nobles de los Suren, los Pahlav y otras dinastías locales que habían formado parte del gran elenco de familias destacadas de Partia *vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 18. Artashir las premió otorgándoles grandes privilegios hereditarios y terminó creando una alta nobleza que, siguiendo modelos sasánidas, estaba integrada por siete grandes familias. Algunas habían apoyado a Artashir, pero otras como la de los Karen se habían opuesto violentamente a él y sólo se sometieron después de 228. *Vid.* Al-Tabari: V, 818-819; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*,

Artashir se pudo ya coronar como Rey de reyes del Irán, y dos años más tarde, en 228, domeñaba a los últimos príncipes y reyes locales rebeldes a su autoridad y eliminaba las últimas resistencias de los arsácidas a su poder. Los Arsácidas, derrotados en todas partes, fueron cruelmente masacrados por Artashir y los escasos supervivientes de la vieja dinastía se retiraron a Armenia, último reino que aún controlaban.

Asegurado el interior de su imperio, Artashir se lanzó a ampliarlo. Ya en los primeros meses del 230 lanzó un formidable asalto contra la frontera romana, pues sus jinetes cruzaron el Éufrates y saquearon parcialmente el norte de Siria. A fines del 230, Artashir volvió a atacar el limes romano y asedió Nisibis, la principal fortaleza romana de la Mesopotamia superior. Los romanos buscaron la paz, pero Artashir les reclamó la devolución de las tierras que habían pertenecido a sus antepasados aqueménidas: Siria, Asia Menor y Egipto⁶⁶⁴. Ante esto, Roma lanzó un fuerte contraataque en 232 que hizo retroceder a Artashir y le obligó a respetar una tregua.

Entonces, el belicoso Artashir I se dirigió hacia el este. Parece que ya había atacado a los Kuchana en 227-228, pero, en cualquier caso, la conquista definitiva del Imperio Kuchana no pudo ocurrir antes del 233-236, pues, a fines del 228, Artashir se hallaba combatiendo a los últimos arsácidas y estuvo luchando contra los ejércitos romanos entre 229 y 232. Por lo tanto, sólo después de 232 pudo Artashir acometer la magna empresa de domeñar el inmenso territorio que se extiende entre el sur del Mar de Aral, el Pamir, el valle del Indo y las regiones de Merv, Herat y Gedrosia⁶⁶⁵.

pp. 103-104; YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 218-219; FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 4-6.

⁶⁶⁴ Autores como Huyse, P., ("La revendication de territoires achéménides par les Sassanides: une réalité historique?", en P. Huyse (éd.), *Iran. Questions et Connaissances. Actes du IVe congrès européen des études iraniennes, organisé par la Societas Iranologica Europaea*, vol. I: *La période ancienne*. París, 2002, pp. 297-311) discuten la verosimilitud de estas reivindicaciones sasánidas basándose en que no serían sino una creación literaria de los autores romanos construida a partir de los relatos de Herodoto. Consideran que los reyes persas sólo pedían a Roma la totalidad de Armenia y Mesopotamia. Pero los testimonios en contra de esta postura historiográfica son tan numerosos y evidentes que hoy pocos especialistas dudan que los reyes sasánidas realmente aspiraban a que Roma les entregara las tierras que otrora pertenecieran a los aqueménidas en tiempos de Ciro y de Darío I.

⁶⁶⁵ Para la conquista del Imperio Kuchana o Kushan por los sasánidas *vid.* YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 128, 203 y 227; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 228. Aún se discute cuándo tuvo lugar exactamente la conquista sasánida del Imperio de los Kuchana, aunque la mayoría de los especialistas admiten que sucedió en 230 y 238. Lo cierto es que su último gran soberano murió en 225 y que en 229, tras sufrir un ataque sasánida, el Imperio Kuchana logró una paz con Artashir. Dado que en 240 dicho imperio no existía y considerando las circunstancias señaladas arriba en el texto, nuestra hipótesis de situarla entre 233 y 236 nos parece la única posible. Por otra parte, la confusión que los historiadores no especializados suelen tener sobre la historia antigua y medieval de los países situados al este del Éufrates es tan general que los grandes acontecimientos del Imperio Kuchana (tan importante como el romano y decisivo en la historia de China, la India y el Irán) son sólo un eco oscuro en sus obras. Así, por ejemplo, en una conocida obra francesa de 1978 (traducida al español en 1988) se asegura que el Imperio Kuchana seguía existiendo en el siglo V y que fue conquistado por los hunos efitas. Error capital, pues -como hemos visto- ya no existía en 241 y lo que los chionitas y los hunos efitas conquistaron, a fines del s. IV y a comienzos del V, fue el Kushanshahr, es decir, el principado vasallo de los sasánidas que éstos instauraron sobre el antiguo Imperio Kuchana y que aparece ya referido y con ese nombre en la inscripción de Shapur I llamada *Res gestae divis saporis*, realizada poco después del 263. El

Tuvo que ser una conquista rápida, pues para 238 Artashir ya estaba de nuevo peleando en Mesopotamia contra Roma, mientras que su hijo, el futuro Shapur I, comenzaba a acuñar en ese mismo año de 238-239, y en Balj, antigua capital de los kuchanas, monedas con su nombre acompañado del título de *kushansha*, es decir: rey de del país de los kuchana.

Artashir I lanzó un formidable ataque contra Roma y esta vez logró tomar Nísibe y Carras⁶⁶⁶. Cuando murió, hacia 241, controlaba un Imperio que iba desde el Mar de Aral, el Yaxartes, el Pamir y el Indo, por el este; hasta el Eúfrates y el desierto sirio-arábigo por el oeste⁶⁶⁷. Era mucho más de lo que nunca hubieran logrado los reyes partos. De hecho, había conseguido restaurar en Oriente las viejas fronteras aqueménidas y aspiraba a hacer lo mismo en Occidente. Pero Artashir era ya viejo y el vencer y humillar a los romanos hasta límites que no habían conocido desde los tiempos de Aníbal y la derrota de Cannas, iba a quedar para su hijo y sucesor Shapur I.

Si las conquistas militares de Artashir I fueron sorprendentes, sus logros interiores no lo fueron menos. Conquistó a los partos un imperio anárquico y en descomposición, pero legó a su hijo un estado bien organizado. ¿Cómo lo hizo?

En primer lugar, creó una fuerte administración central. Al contrario que los reyes arsácidas, Artashir I no se contentó con recibir tributos y soldados, más o menos regularmente, de sus reyes y nobles vasallos, sino que estableció un sistema central de reclutamiento y cobro de impuestos cuya regulación y demandas no se establecían en función de los cambios en la relación de poder entre el centro y la nobleza feudal, sino en función de la riqueza y demografía de las distintas provincias que componían el imperio. El complicado entramado de reyes feudatarios, nobles y príncipes locales que estructuraba el viejo Imperio arsácida fue simplificado. Artashir dividió su imperio en provincias y puso al mando de ellas a familiares suyos o a representantes de las casas nobles que le habían ayudado a vencer a los partos.

Al frente de cada una de esas provincias se colocó a un *marzban*, el cual tenía ante todo y en un principio, funciones militares. Cada provincia se subdividía a su vez en distritos, los cuales tenían por capital a las ciudades más destacadas de la provincia y se dividían, a su vez en *dighans* o aldeas. Estas aldeas estaban bajo la autoridad de los *dehqans* o pequeña nobleza rural, cuyos miembros eran los encargados de recaudar los

propio Shapur I fue rey vasallo de su padre, Artashir I, en el Kushanshahr, pues un Kushansha de nombre Shapur I aparece en las monedas acuñadas en Balj, la capital del Kushanshahr, hacia 238-240. Esto ha llevado a pensar a los especialistas que fue Artashir I el que conquistó el viejo Imperio Kuchana y el que provocó la huida de los últimos kuchanas hacia el norte de la India. Es evidente que los autores de la obra confunden el Imperio Kuchana con el Kushanshahr. Vid. KAPLAN, M., *El cercano oriente medieval*. Madrid, 1988, p. 40; HAMBLY, G., *Asia Central...*, *op. cit.*, pp. 53-54.

⁶⁶⁶ CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 218-219.

⁶⁶⁷ Sobre los límites de los dominios de Artashir I, vid. YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 123-124.

tributos de las comarcas por ellos gobernadas y sobre las que ejercían un poder similar al de los señores feudales del Occidente medieval europeo.

En las fronteras del imperio existían reinos vasallos dotados de amplia autonomía y cuyos reyes integraban el grupo de los reyes del imperio; de ahí que el soberano persa se titulara a sí mismo “Rey de reyes del Irán y del no Irán”. Los más importantes de estos reinos vasallos eran los de Albania Caucásica, el reino de Hira de los árabes Lakmidas, Armenia, el Kushanshar, el principado del Sul de Gurgan (a caballo entre el Turkmenistán moderno y el Irán), el reino del Zunbils en el Seistán, en el sur del actual Afganistán, y en la cuenca del río Helmand y la región de Kandahar, el reino de Kerman, el de los Sakas del Seistán iraní y, ya en el siglo IV, el de los chionitas.

En Ctesifonte, la capital del imperio, se encontraban los *iwans*, es decir las oficinas o “divanes” (palabra esta última que deriva del término persa *iwan*) de la administración central, la cual se hallaba en estrecho contacto con las burocracias provinciales mediante un ramificado y efectivo sistema de postas y correos imperiales.

La administración estaba regida por el *Vuzurg-framadhar*⁶⁶⁸, de cuyo nombre deriva el título árabe de “Gran visir”. El *Vuzurg-framadhar* era el más alto consejero del Rey de reyes y supervisaba a todos los demás altos funcionarios, los cuales le debían obediencia. Este gran visir sólo se hallaba supeditado al Rey de reyes, al que debía de dar cuenta de sus actos. Su poder no era hereditario y se hallaba sujeto a la supervisión y capricho reales; pero si el rey era débil, el *Vuzurg-framadhar* podía llegar a ser el verdadero dueño del imperio.

Por debajo del *Vuzurg-framadhar* estaba el *Eran Spahbadhs*⁶⁶⁹, el cual era el jefe supremo del ejército y de todo lo relacionado con éste, así como, a menudo, el encargado de lo que hoy llamaríamos la política exterior del imperio, pues no sólo quedaban bajo su férula las cuestiones relativas al ejército y las relacionadas con la guerra contra otros pueblos o imperios, sino que también era el encargado de negociar la paz y llegar a acuerdos con otros países.

El *Eran Dibherbadh*, por su parte, controlaba las oficinas centrales. Su autoridad se ejercía sobre siete grandes oficinas o “divanes”, cada uno al mando de un alto secretario. Estos siete grandes “divanes” de la administración central sujetos a la autoridad suprema del *Eran Dibherbadh* se ocupaban de la adecuada gestión y control

⁶⁶⁸ Para el estudio de la administración sasánida *vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 97-115. La administración central evolucionaría a lo largo de los cuatro siglos de historia sasánida y sufriría grandes modificaciones tras las reformas de Khavad I y Cosroes I, en las décadas de los años veinte y treinta del siglo VI. Será pues la administración persa de tiempos de Cosroes I y Cosroes II la que atraiga nuestra mayor atención. Baste pues, por ahora, con un rápido esbozo de la situación de la administración sasánida anterior a las reformas del s. VI, la cual, en esencia, fue la que creara Artashir I y la que rigió al Imperio Persa hasta los días de Cosroes I.

⁶⁶⁹ Sobre los Spahbadhs, sus títulos y atribuciones militares *vid.* GYSELEN, R., “Lorsque l'archéologie rencontre la tradition littéraire: les titres militaires des *spâhbed* de l'empire sassanide”. *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*. París, 2002, pp. 447-458, en donde se contrasta la información de las fuentes literarias con la de las inscripciones sasánidas.

de la hacienda pública, de los dominios privados de la corona, de la administración de justicia, de las obras públicas y de la ejecución de las obras pías encargadas por el soberano, de la gestión de las caballerizas y cuadras reales, y de los gastos de la corte. Por último, el *Vastrioshbadh* se ocupaba de la hacienda pública y de todo lo concerniente a la política agraria, artesanal y comercial del imperio.

El territorio del imperio fue dividido racionalmente, se reguló el sistema de impuestos y las levas militares; se dotó al imperio de un fuerte ejército central compuesto por una caballería pesada (que incluía en su equipo no sólo armas cortas, sino también el arco compuesto) y por una infantería dividida en cuerpos de infantería pesada y ligera, todo ello asistido por una administración bien dotada y fiel. Artashir saneó también la economía y lo hizo mediante la emisión de una nueva moneda de plata, el *dirhem*, copiado más tarde por los árabes, que con un peso que oscilaba entre los 3,65 y 3,94 gramos de plata de gran pureza, venía a sustituir a las devaluadas monedas arsácidas del último periodo parto.

También llevó a cabo obras de irrigación que aumentaron la superficie cultivable y levantó nuevas y prósperas ciudades que se transformaron en activos centros de artesanía y comercio. Esto, unido a su control de la ruta de la seda, hegemónico tras la eliminación de los kuchana de Asia central, elevó fuertemente los ingresos del estado y activó la economía del Irán y la Mesopotamia.

Todo lo anteriormente expuesto fue lo que provocó que Artashir tuviera un poder en sus manos como no había conocido otro rey iranio desde los días de los aqueménidas y que, por primera vez en cuatro siglos, Roma tuviera frente a ella a un imperio capaz de ponerla en graves apuros⁶⁷⁰. Así pues, la política de reformas interiores impuesta por Artashir I dejó tras de sí amplia huella y los ecos de su efectividad pueden ser aún percibidos con claridad incluso en los relatos de los historiadores persas islamizados de los siglos X y XI tales como Firdusi, al-Tabari y al-Tahalibi. Este último, por ejemplo, concretaba la política de reformas del primer sasánida en una frase que el historiador de inicios del siglo XI atribuía al propio Artashir I: “No hay soberano sin soldados; no hay soldados sin dinero; no hay dinero sin prosperidad, y no hay prosperidad sin justicia y sin buena administración”.⁶⁷¹ La frase resume perfectamente la idea que del poder tenía el primer sasánida. Para hacer aún más fuerte ese poder, Artashir se volvió hacia la religión irania por excelencia: el zoroastrismo o mazdeísmo⁶⁷²; en esto no hacía sino

⁶⁷⁰ Para el reinado de Artashir I, los autores antiguos más seguros son al-Tabari [V, 813-822, pp. 2-22], Firdusi [VI, p. 10 y ss.] y al-Tahalibi [pp. 478-486]. *Vid. Le Livre des Rois par Abou'l kasim Firdousi, traduit et commenté par J. Mohl.* París, 1878 (citado desde ahora: Firdusi); Abd Al-Malik Ibn Muhammad -Abu Mansür, *Histoire des rois des Perses. Texte arabe publié et traduit par H. Zotenberg*, París, 1900 (desde ahora citado: Al-Tahalibi).

⁶⁷¹ Al-Tahalibi: p. 482; también GAGÉ, J., *La Montée des Sassanides*, col. *Le Mémorial des Siècles*, París, 1964, p. 198 y ss.

⁶⁷² Para el estudio de la organización de la iglesia zoroastriana de Persia en tiempos de los sasánidas *vid. CHRISTENSEN, A., L'Iran..., op. cit.*, p. 116 y ss.

seguir los pasos de su modelo aqueménida, Darío I. Al igual que él, Artashir atribuyó sus victorias y su realeza al Dios Ahura Mazda y así lo expresó en el bajorrelieve que hizo esculpir en los desfiladeros cercanos a su ciudad regia de Gor. En él se hizo representar coronado por Ahura Mazda como Rey de reyes del Irán⁶⁷³. Aunque Artashir no convirtió todavía al mazdeísmo en la iglesia oficial de su imperio, como lo harían más tarde los reyes que le sucedieron, sí inició el proceso que iba a culminar con la elevación del zoroastrismo o mazdeísmo a la categoría de religión estatal⁶⁷⁴.

En efecto, aunque los reyes sasánidas estaban, por tradición familiar, unidos a la diosa Anahita, de cuyo templo principal habían sido sumos sacerdotes a lo largo de varias generaciones, Artashir, sin romper con Anahita, se volvió a Ahura Mazda, el viejo Dios de los Arya, los arios, y lo elevó por encima de todos los demás. Su clero, los *mobed*, los magos, fueron agraciados con donaciones de tierras y se erigieron templos por todo el imperio donde se adoraba a Ahura Mazda y se mantenían encendidos los fuegos sagrados. La literatura zoroástrica fue rescatada y muchos libros sagrados fueron de nuevo copiados. Los *mobed* iniciaron un proceso de catalogación y análisis de sus textos que iba a derivar, en poco tiempo, en la redacción de cánones y en la consolidación de un dogma mazdeísta cada vez más rígido. Además, fueron convertidos en una pieza clave del gobierno sasánida y la concepción de la sociedad que emanaba de sus textos sagrados, comenzó a llevarse de nuevo a la práctica. En efecto, en el *Avesta*, el libro más antiguo del zoroastrismo, se esbozaba una sociedad dividida en tres clases: los sacerdotes, los guerreros y los trabajadores (artesanos, agricultores y pastores). Aquello, claro está, era un reflejo de la sociedad de los primitivos indoiranios, pero los sasánidas, empezando por Artashir I, trataron de recrear dicha situación social en su imperio.

Para ello y con el propósito de adaptar los viejos preceptos y formas a la nueva situación de su época, Artashir creó una nueva clase social, la de los funcionarios o escribas. De esta forma, la sociedad sasánida comenzó a conformarse y el sistema de castas se fue estabilizando. En breve tiempo, la sociedad sasánida se halló estructurada en cuatro grandes grupos:

1. los guerreros, que se agrupaban en la llamada clase de los *arteshbaran*.
2. los sacerdotes, que componían la casta o clase de los *asravan*.

⁶⁷³ Sobre la influencia de la religión mazdeísta o zoroastriana en la monarquía sasánida y su reflejo en el arte de este periodo, así como sobre las conexiones y diferencias existentes en este campo con la Persia aqueménida *vid.* DUCHESNE-GUILLEMIN, J., “L’art et religion sous les sassanides”, en *La Persia nel Medioevo*, Roma, 1971, pp. 377-388. Acerca de los grandes bajorrelieves reales sasánidas y su significación histórica e ideológica, *vid.* NELSON, R., “History and Sasanian inscriptions”, en *Persia nel Medioevo...*, *op. cit.*, pp. 215-223

⁶⁷⁴ Un excelente trabajo sobre la relación entre el poder real sasánida y la religión zoroastriana, así como sobre la evolución en el tiempo de dicha relación, es el de GNOLI, G., “Politica religiosa e concezione della regalita sotto i sassanidi” en *La Persia nel Medioevo...*, *op. cit.*, pp. 225-253.

3. los funcionarios o secretarios, englobados en la clase denominada de los *dibheran*.
4. por último, el pueblo, agrupado en las subclases de los *vastryoshan* o campesinos, y la de los *hutukhshan*, en donde se hallaban incluidos mercaderes, tenderos y artesanos⁶⁷⁵.

Cada una de esas clases o castas se hallaba dividida, a su vez, en varias subclases. Así, por ejemplo, la casta de los funcionarios se subdividía en escribas, contables, juristas, redactores de diplomas, de contratos, biógrafos, médicos, poetas y astrólogos. Cada uno de estos grupos tenía a su cabeza a un jefe que representaba los intereses de su casta ante el soberano. Así, al frente de los sacerdotes estaba el *mobedhn mobadh*, o “mago de los magos”, quien poseía un gran poder y un fuerte ascendiente sobre los soberanos sasánidas. Por su parte y al frente de los guerreros estaba –como dijimos– el *Eran Spahbad*; y al frente de los funcionarios y escribas el *Eran Dibherbadh*, mientras que como cabeza de los trabajadores figuraba el *Vastrioshbadh*. De esta forma y como se habrá advertido ya, sociedad y administración se complementaban y confundían.

Artashir I trató de recrear en lo posible el viejo Imperio Aqueménida. Así, por citar un ejemplo, su guardia real –como se dijo– se componía de 10.000 soldados, como la de Darío I, eran llamados *zhayedan*, esto es, “inmortales”⁶⁷⁶, y llevaban unos uniformes inspirados en los que se podían ver en los bajorrelieves de la debelada Persépolis. Una complicada genealogía fue creada para entroncar con los aqueménidas⁶⁷⁷, y se crearon una serie de obras históricas y literarias que hacían de Alejandro Magno, de los seléucidas y de los reyes partos, los enemigos del verdadero Irán y los causantes de que las viejas tradiciones y glorias hubiesen sucumbido. Él, Artashir, era el restaurador del verdadero Irán.

En los años finales de su reinado, Artashir I elevó al trono como coemperador a su hijo Shapur I. Ya en 239-240, en las monedas sasánidas, aparecen los dos reyes: Artashir con una corona mural y Shapur I portando el *corimbos* o *globus*, una redcilla de oro que recogía en una especie de globo el pelo del soberano y que iba rematada por una sencilla corona en forma de casco o yelmo y conocida como “cola de la nobleza”. Poco después, quizás en 241, Artashir murió y Shapur I se convirtió en el segundo Rey de reyes del Irán.

⁶⁷⁵ Para la división en castas o grandes clases sociales de la sociedad sasánida *vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 98-101 y de forma más extensa y detallada la obra de TAFAZZOLI, A., *Sasanian Society I. Warriors II. Scribes III. Dehkans*. Nueva York, 2000.

⁶⁷⁶ No se sabe a ciencia cierta cuándo se creó la guardia real de los *Zhayedan*, los inmortales, aunque la mayoría de los especialistas -nosotros con ellos- son de la opinión de que fue creada por Artashir I. En todo caso, la guardia de los *Zhayedan* existía ya, con toda seguridad, en la segunda mitad del siglo III. *Vid.* FARROKH, K., *Sasanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, p. 29; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 208.

⁶⁷⁷ Acerca de las pretensiones de los sasánidas de descender de los reyes aqueménidas *vid.*, entre otras muchas obras, la de CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 117.

Shapur I (241-271).

Pronto, tras sus fulgurantes campañas contra la Romanía, se iba a dar también el título de “Rey de reyes del Irán y del no Irán”. Los años finales de Artashir I y los iniciales de Shapur I ofrecen numerosas lagunas y problemas cronológicos, y ello en parte porque –como se ha dicho– Shapur I gobernó junto a su padre en los últimos años del reinado de éste. Es por ello, que un hecho tan destacado como la conquista de Hatra por los sasánidas sea atribuido, ora a Artashir I, ora a Shapur I. En cualquier caso, la gran ciudad caravanera de la región del Eúfrates medio que había soportado con éxito los asedios de Trajano, Septimio Severo y Artashir I, fue tomada en algún momento entre 239 y 243, siendo la fecha más probable de dicho acontecimiento la de 242.

Sea como fuere, la toma de Hatra fue vital para los sasánidas, pues la gran ciudad de los príncipes de Hatrene (los monarcas árabes que dominaban en ella desde hacía más de doscientos años) había sido una fiel aliada de los últimos arsácidas y por lo tanto acérrima enemiga de los sasánidas. De hecho, Hatra parece que se había convertido en una aliada de Roma y se transformó, entre 217 y 238, en una pieza clave de la frontera mesopotámica romana frente al nuevo enemigo sasánida. De ahí que Artashir y Shapur tuviesen tanto interés en tomarla y acabar con su dinastía local.

Según al-Tabari, que nos ofrece un relato basado en una fuente sasánida perdida, Shapur I sólo logró tomar la poderosa ciudad cuando la hija del príncipe de Hatrene acordó con él facilitarle el acceso a la ciudad. También nos dice que Shapur I casó después con la princesa árabe y arrasó hasta los cimientos Hatra⁶⁷⁸. El antiguo territorio del reino de Hatrene fue en parte, entregado a los árabes lakmidas que –como se recordará– habían sido expulsados en 223 de su primitivo reino de Mesene, en la desembocadura del Tigris, y que a partir de este momento se transformarían en fieles vasallos de los sasánidas y por casi cuatrocientos años, en los guardianes de la frontera sirio-arábiga del Imperio Persa frente a romanos y tribus árabes nómadas.

Este inicial triunfo de Shapur I fue empañado por un exitoso ataque romano. En efecto, a fines del 242 o inicios del 243, cuando Shapur acababa de tomar Hatra, los romanos recuperaron Carras y Nísibe. Es bastante probable que el ataque romano fuese una respuesta al que previamente lanzara Shapur I contra Hatra, aliada a la sazón de Roma. En 244, Gordiano III y su general Filippo el Árabe, se lanzaron contra Ctesifonte con intención de repetir los triunfos de Trajano, Marco Aurelio y Septimio Severo.

⁶⁷⁸ Una presentación de los problemas cronológicos puede verse en YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, pp. 119-120. Nadie sabe a ciencia cierta cuándo ocurrió la caída de Hatra, pues si se sigue el relato de la vida de Mani, el acontecimiento tuvo lugar en 240, último año de Artashir I, cuando ya Shapur I era corregente de su padre; pero si se siguen otras fuentes como al-Tabari o la *Crónica de Arbelas*, el hecho parece haberse producido en 241 o 242, es decir, en el primer año del reinado en solitario de Shapur I. Para la caída de Hatra en manos de Shapur I *vid.* al-Tabari: vol. V, 827-830, pp 31-37; YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, pp. 124-125.

Parecía que la capital persa iba a sufrir, una vez más, la destrucción romana. Pero los sasánidas no eran los arsácidas.

No lejos de Ctesifonte, Shapur I se enfrentó en campo abierto a los romanos y aniquiló su ejército. El emperador Gordiano III murió poco después de la batalla (no se sabe si asesinado por Filipo el Árabe o de resultas de las heridas) y su sucesor, Filipo el Árabe, se vio obligado a pagar 500.000 denarios de oro a cambio de poder retirarse en paz con lo que quedaba de su ejército⁶⁷⁹. Shapur elevó una torre y en sus muros dejó inscrita su versión de la guerra; esta torre, hoy conocida como Kaaba-i Zardusht, la “Cava de Zoroastro⁶⁸⁰”, es la más antigua de las grandes inscripciones sasánidas. Shapur I no sólo elevó esta torre como recuerdo de su victoria. También edificó una ciudad sobre el lugar de la batalla, Peroz Shapur⁶⁸¹, la “Victoria de Shapur”. Y en los desfiladeros cercanos a su nueva capital, Bi-Shapur, la “Excelencia de Shapur”, mandó esculpir un bajorrelieve en el que aparecía montado a caballo y arrollando a Gordiano III, mientras que un apocado Filipo el Árabe le imploraba la paz y le ofrecía un tributo.

Shapur no se contentó con este triunfo tan humillante para Roma, pues sabía que la clave de la seguridad de su reino era Armenia y se dispuso a controlarla directamente. En torno al año 252, Shapur logró que sus agentes en Armenia lograran asesinar al rey armenio, Cosroes el Arsácida. El sucesor del rey asesinado, Tiridates, no debía de estar muy seguro en su reino, pues prefirió abandonarlo y huir a Roma en busca de protección. La encontró y con ello comenzó la segunda guerra romana de Shapur.

Pero antes de que Roma lograra movilizar el grueso de sus efectivos militares hacia Oriente, Shapur golpeó con fuerza sus provincias orientales. En 253 lanzó un ataque contra la Mesopotamia romana en el que es probable que lograra traspasar el limes romano y saquear parte de Siria, Cilicia y Capadocia, pues al-Tabari señala que Shapur I, en 253, en el undécimo año de su reinado, atacó Siria, Cilicia y Capadocia, haciéndose en ellas con un gran botín y derrotando a las tropas provinciales romanas.

Más tarde, en 256, Shapur volvió a derrotar a los romanos y destruyó un gran ejército de 60.000 hombres junto al río Barbalissos, en la Mesopotamia superior, quedando el Asia romana exánime ante él. Después cruzó el Eúfrates y destruyó Dura Europos, tras lo cual marchó contra Antioquía, la tercera ciudad del imperio. Para tomarla, Shapur construyó un imponente aparato de sitio: torres móviles, catapultas, balistas y, ante todo, un impresionante ariete que batió las grandes murallas antioqueñas. La gran ciudad fue saqueada y buena parte de su población deportada a Persia; tras ella, se hizo con la mayor parte de Siria, Capadocia y Cilicia. Shapur pudo

⁶⁷⁹ *Ibidem*, p. 125.

⁶⁸⁰ Véase la versión sasánida de los hechos en la inscripción de Shapur I, en la llamada “Kaaba de Zoroastro”. NELSON FRYE, R., “Res Gestae Divi Saporis”, en *The History of Ancient Iran*. Munich, 1984, pp. 371-373.

⁶⁸¹ CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 2219-20.

añadir nuevas y triunfantes líneas a su inscripción de la “cava de Zoroastro” y sumergir Persia bajo una lluvia de riquezas y prisioneros.

Aquello era demasiado para Roma. El emperador Valeriano reunió todos los hombres que pudo y con 70.000 soldados (el mayor ejército romano jamás lanzado contra Oriente hasta ese día) se dispuso a destruir al peligroso enemigo sasánida. Era el año 260 –según otros el 259– cuando Roma se disponía a sufrir la segunda mayor derrota de toda su historia. Shapur se hallaba asediando Carras y Edesa cuando le llegaron noticias del avance de Valeriano; no se movió y le esperó a pie firme. No lejos de Carras se enfrentaron persas y romanos, logrando Shapur una victoria aplastante⁶⁸². Quizás 30.000 romanos quedaron muertos sobre el campo y otros 30.000 fueron hechos prisioneros y enviados a Mesopotamia, Kuzistán y Persia para trabajar como esclavos al servicio del Rey de reyes. El propio Valeriano fue hecho prisionero y, según relata Lactancio, durante años sirvió de escabel para Shapur cada vez que éste deseaba montar a caballo. El emperador romano, que solía pasar la mayor parte del tiempo en una jaula en la que era exhibido, acabó siendo desollado y su piel, rellena con paja, adornó la puerta de la residencia de Shapur.

Muy distinta fue la suerte de Valeriano según los relatos orientales. En ellos se ve a, emperador dirigiendo las grandes obras hidráulicas del gran dique y del puente de Tustar, en el río Karun, en la provincia de Kuzistán, llamado todavía hoy Cinta-Qaysar, esto es: Dique del César. Y lo cierto es que esta magna obra fue construida en buena medida por los prisioneros romanos de Shapur I asentados por éste en la ciudad real de Gun de Shapur. A partir de aquí comienzan las divergencias entre las fuentes orientales, pues mientras que Firdusi hace morir a Valeriano en un accidente, tras haberse transformado en un fiel amigo y colaborador de Shapur, al-Tabari –más fiable– nos ofrece dos narraciones que recogen versiones sasánidas: en una de ellas se relata cómo Shapur I ordena que le corten la nariz y luego se le de muerte al emperador romano; en la otra, el rey persa ordena, sin más, la muerte de Valeriano⁶⁸³.

Shapur I no permaneció inactivo tras su gran victoria sobre Valeriano, sino que sus tropas se despararon por el Oriente romano. Antioquía fue saqueada de nuevo y con ella muchas otras ciudades de Siria, Cilicia, Capadocia, Galatia, Paflagonia, Psidia, Licaonia, Panfilia y Ponto. Por su parte, Armenia, la tradicional manzana de la discordia entre iraníes y romanos desde hacía siglos, pasó a estar bajo control sasánida y puesta

⁶⁸² YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, p. 126

⁶⁸³ Al-Tabari [V, 826-827, pp. 28-31], recogiendo las informaciones de una crónica sasánida aún existente en su época, ofrece un relato sobre las guerras de Shapur I contra Roma que en líneas generales coincide con las inscripciones de Shapur y los relatos romanos. Para la victoria de Shapur I sobre el emperador Valeriano *vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 220-221. En cuanto a la suerte de Valeriano en tierra persa como cautivo, nada se sabe a ciencia cierta, pues el relato de Lactancio sobre su triste destino suele hoy ser tenido por tendencioso y poco seguro. La tradición persa sobre la suerte del emperador Valeriano en Persia fue recogida por Firdusi y al-Tabari [pp. 29-31]. En todo caso, Valeriano murió en

bajo el gobierno de un hijo de Shapur I. También la Iberia Caucásica (nuestra Georgia) así como la Albania Caucásica (actual Azerbaijón) y el reino de Gelun, en las montañas que orlan las riberas suroccidentales del Mar Caspio, quedaron sometidos a Shapur I, que de esta manera llevó los límites de su poder hasta el Cáucaso y las orillas orientales del Mar Negro.

Parecía pues que Shapur estaba a punto de restaurar el Imperio aqueménida, pero una vez más, el sueño se frustró. El responsable esta vez del amargo despertar persa fue Odenato. Este príncipe de Palmira y general de Roma logró organizar la resistencia frente a Shapur en Siria y le obligó a rebasar el Eúfrates⁶⁸⁴. Luego lanzó tales ataques contra las afueras de Ctesifonte y contra la baja Mesopotamia, que Shapur I se vio obligado a llegar a una tregua con Odenato. Éste, por su parte, manifestó pronto una gran autonomía frente al poder central de Roma y en pocos años Odenato se transformó, de hecho, en el soberano de un reino sirio independiente. Su viuda, la fascinante Zenobia, fue más allá y, tras asegurarse en el trono de Palmira, rompió los últimos lazos que le unían, siquiera en las apariencias, al poder romano. Zenobia mantuvo la paz con Shapur I y tuvo hacia Persia una activa política comercial. En cuanto a sus relaciones con Roma, la reina de Palmira se mostró más belicosa. Sus ejércitos completaron la conquista del Oriente romano, sometiendo a su autoridad no sólo toda Siria, sino también Palestina, Asia Menor y Egipto.

Un nuevo imperio helenístico, un tardío vástago de los reinos lágidas y seleúcidas, parecía destinado a establecerse entre el disminuido Imperio Romano de la segunda mitad del siglo III y el reino persa de los sasánidas. Aureliano (270-275) acabó con esta posibilidad cuando, en una campaña relámpago, derrotó a los ejércitos de Zenobia en Asia Menor, Siria y Egipto, y tras esto la asedió en Palmira. La gran ciudad caravanera fue tomada y destruida, y su orgullosa reina, Zenobia, figuró en el desfile triunfal que Aureliano ofreció al pueblo de Roma.

Mas con esta reconquista romana del Oriente efectuada por Aureliano, Roma no sólo recuperaba los esenciales recursos que necesitaba para sobrevivir a la dramática situación en la que se hallaba inmersa desde la década de los cincuenta del siglo III, sino que también se veía de nuevo, frente a frente, con el Imperio sasánida. Éste había contemplado con placidez los problemas de su antiguo rival y su gran monarca guerrero, “Shapur de los ejércitos” (como lo llama al-Tahalibi⁶⁸⁵), pasó en paz sus últimos años de reinado, dedicado a la construcción de ciudades, diques, puentes, canales y palacios, en cuyas obras participaban los miles de prisioneros romanos del gran rey. Esta política de expansión económica del final del reinado de Shapur I logró aumentar en un 50 % las

cautividad. Sobre la construcción del gran dique de Tustar *vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 220-221.

⁶⁸⁴ YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, p. 126; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 225.

⁶⁸⁵ Al-Tahalibi [p. 488] dice: *Los árabes lo llamaban Sapor de los ejércitos a causa de sus numerosas tropas y de su poderío bélico.*

tierras cultivables de su imperio⁶⁸⁶ y acrecentar considerablemente el número de sus ciudades y centros artesanales. Era pues, un imperio grande, rico y seguro el que “Shapur de los ejércitos” dejó a su sucesor tras morir en los primeros días del 271⁶⁸⁷, en su ciudad de Bishapur (en Fars, Pérsida) a donde había trasladado en sus últimos años la capital del imperio.

Con la muerte de Shapur I se cerraba para Roma uno de sus periodos más negros; de hecho, tal y como ha resaltado recientemente Peter Heather, fue el surgimiento del gran Imperio sasánida de Artashir I en el este, y sobre todo, las victorias de Shapur I lo que provocó en el Imperio Romano las grandes transformaciones económicas, sociales y militares que llevarían a Roma desde el sistema del principado hasta el del dominado. Así que puede decirse que las victorias de Shapur habían provocado, al tener Roma que hacer frente a los desastres y problemas surgidos de ellas, las reformas de Galieno, Aureliano y Diocleciano, de las cuales iba a surgir la Romania tardoantigua⁶⁸⁸.

Hormizd I (271).

A Shapur I le sucedió su hijo Hormizd I, quien ya se había estrenado como gobernante pues su padre le había puesto, como rey vasallo, al frente del gobierno de Merv, es decir, el Jorasán. Hormizd pasó allí muchos años y al parecer extendió las fronteras de su principado hacia el este. En 270, Hormizd fue llamado por su padre y elevado a la condición de corregente⁶⁸⁹. Cuando éste murió, a fines del 270 o inicios del 271, Hormizd quedó como único Shahansha del imperio.

Fue el suyo un reinado breve, ya que reinó por un solo año, aunque parece haberse ganado fama de buen rey en tan breve tiempo. Lo único que conocemos del año de reinado de Hormizd es que lanzó una expedición guerrera contra Sogdiana, en las fronteras orientales de su inmenso imperio⁶⁹⁰. A parte de esto y de su hostilidad hacia Mani y sus seguidores, que se habían multiplicado mucho durante el reinado de Shapur I, nada más aportó Hormizd a la historia del Imperio Sasánida.

⁶⁸⁶ HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 88-89; YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, pp. 131-132.

⁶⁸⁷ La muerte de Shapur I se produjo en el mismo año en que los romanos asediaron Palmira y recuperaron el Oriente para su imperio. No obstante, aunque hoy se suele situar la muerte del gran rey persa en los últimos días del 270 o, como en nuestro caso, en los primeros del 271 aún es defendida ampliamente la fecha tradicional de 272. De hecho, la cronología de los reyes sasánidas del siglo III y en general gran parte de los acontecimientos sucedidos en el Oriente durante dicho siglo, sigue siendo hoy motivo de discusión entre especialistas. *Vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 226.

⁶⁸⁸ HEATHER, P., *La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 86-96.

⁶⁸⁹ Al-Tabari: V, 833-834, pp. 43-45; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 226-228, donde se analiza el efímero reinado de Hormizd I.

Barahm I (271-274).

A Hormizd le sucedió, a fines del 271, su hermano Barahm I, quien reinaría por tres años y que era, al parecer, hijo de una concubina de Shapur I⁶⁹¹. Si Hormizd fue rey de Jorasán antes de acceder al trono del imperio, Barahm lo fue de Gelum, el montañoso país situado al suroeste del Mar Caspio que conquistara su padre. Pero al contrario que Hormizd, Barahm no era hijo de una gran reina sino de una esposa secundaria y ello propició que algunos nobles y príncipes del imperio se mostraran rebeldes ante su autoridad. Tal fue el caso del rey de los Sakas, esto es, el rey del Seistán occidental, a la sazón hermanastro de Barahm, el cual se negó a admitir su autoridad. Por causa de todo esto, Barahm dedicó sus tres años de reinado a solucionar sus problemas internos y no tentó las fronteras romanas.

De hecho, los asuntos de Persia no sólo estaban complicados por las sublevaciones de los príncipes, sino también por la cuestión maniquea. En efecto, Mani, un joven perteneciente a una antigua familia parto, había comenzado su predicación en los años del reinado de Shapur I. Mani aspiraba a unir en su nueva religión elementos zoroastrianos, cristianos, gnósticos y budistas, y lograr así la verdadera religión universal. Su teología, profundamente dualista como el zoroastrismo, veía en el mundo terrenal la obra de un demoníaco demiurgo y consideraba que sólo mediante la repulsa ante todo lo que emanaba del mundo material podía unirse al verdadero Dios. Éste había sido anunciado ya por muchos profetas –decía Mani– entre ellos por Buda, Zoroastro y Cristo, mas todos habían fracasado en su empeño. Él, Mani, traía la verdadera luz a los hombres y con ella el retorno al seno del Dios benefactor y la derrota de las tinieblas.

Esta prédica, destinada a extenderse por toda Asia anterior hasta las fronteras de China y a influir decisivamente en Europa en numerosos movimientos gnósticos y heréticos de la Edad Media, moderna y contemporánea (catarismo, bogomilismo y algunas variedades de la masonería), fue tolerada por Shapur I en los últimos años de su reinado. Pero a su muerte, su hijo Hormizd se mostró contrario a Mani y comenzó a perseguir a la nueva religión. Hormizd, como antes y después de él todos los grandes reyes sasánidas, se había hecho representar coronado por Ahura Mazda, el gran Dios persa, y, al parecer, la religión zoroastriana, tan ligada ya al trono persa, se revolvió en su tiempo contra la nueva fe que la amenazaba.

A la muerte de Hormizd, su hermanastro Barahm I, mandó encarcelar y por último matar a Mani. La fecha del suceso no es conocida con exactitud: según algunos, el luctuoso hecho aconteció en 274; según otros, en 277, ya en el reinado del sucesor de

⁶⁹⁰ Esta expedición de Hormizd I contra Sogdiana, habitualmente ignorada por los especialistas, fue recogida por al-Tahalibi: p. 499.

⁶⁹¹ Para el reinado de Barahm I, *vid.* al-Tabari: V, 833-834, pp. 43-45; YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 127-128; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 228.

Barahm I, Barahm II, razón por la cual tampoco hay acuerdo entre los estudiosos sobre cuál fue el Barahm que ordenó la muerte del profeta Mani⁶⁹².

Barahm II (274-293).

Barahm II, era sobrino de Barahm I y sucedió a su tío a fines del 274. Para entonces Aureliano había conseguido restablecer buena parte del poder militar romano y Persia, gobernada durante esos mismos años por reyes efímeros o acosados por problemas internos, perdió la gran oportunidad abierta en los cimientos del Imperio Romano por las victorias de Shapur I y las primeras invasiones germánicas de la segunda mitad del siglo III.

Barahm II (274-293) fue un monarca más preocupado por los problemas religiosos que por extender su imperio. Ferviente zoroastriano, prosiguió las persecuciones contra los maniqueos y elevó al gran sacerdote zoroastriano Kerder (también conocido como Karter) a primera figura del imperio. Este jefe de los magos había sido ya una figura relevante en tiempos de Shapur I, Hormizd I y Barahm I, pero fue ahora cuando alcanzó su cénit. Fue bajo la influencia de Kerder que Mani había sido encarcelado y ajusticiado y que el zoroastrismo se convirtió, ya sin ningún género de dudas, en la religión oficial del estado persa. Las preocupaciones del nuevo hombre fuerte de Persia, Kerder, estaban, pues, volcadas en lo religioso y en segundo término en los aspectos económicos y sociales del imperio. Parece que la nobleza feudal logró durante su gobierno nuevas cotas de poder, y que los magos y sus templos del fuego acapararon nuevos privilegios y bienes, transformándose con ello en un factor decisivo en la marcha de la economía del imperio.

Todo ello redundó en un debilitamiento del poder militar del rey, lo que coincidió con la recuperación de la capacidad militar de Roma. Ésta, bajo la mano de los conocidos “emperadores soldado”, había logrado sobrevivir a los terribles años que se extendieron entre 251 (derrota y muerte del emperador Decio a manos de los godos) y 268 (año del asesinato de Galieno y de la subida al trono de Claudio II el Gótico, el primer y efímero emperador soldado). Cuando Claudio II subió al trono, controlaba sólo Italia, África, las islas del Mediterráneo central y una parte de las provincias danubianas. El resto, Galia, Britania, las Germanias, Hispania, Oriente, Egipto y el norte de los Balcanes, y de Retia y Nórica, estaba en manos, o bien de usurpadores, o bien de los numerosos pueblos bárbaros que habían penetrado en el imperio. La economía y el orden social del principado habían sufrido también cuantiosos daños y el antiguo ejército legado por Septimio Severo, duramente quebrantado por sus continuas derrotas ante persas, godos, francos, hérulos, sajones y alamanes.

⁶⁹² El martirio de Mani se relata en al-Tabari: V, 834, p. 45. En cuanto al ascendiente del sumo sacerdote Karter sobre Hormizd I y los tres Barahm, *vid.* YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, p. 128.

La actividad y brío militar de Claudio II, quien recogió los frutos de las incipientes reformas puestas en marcha por el asesinado Galieno, pusieron las primeras piedras del nuevo edificio imperial de la Roma tardía. Aureliano, que sucedió a Claudio II tras la muerte de éste, se mostró como gran innovador y excelente militar. Como ya se dijo anteriormente, Aureliano marchó contra Zenobia, dueña del Oriente y del Egipto romano, y la derrotó, marchando en triunfo a Roma en 272.

Con esta victoria, Aureliano restablecía las bases económicas del poder militar de su imperio, pero también lo ponía de nuevo en contacto con Persia, la causante, en buena medida, de la debacle imperial entre 251 y 260. Afortunadamente para Roma, Persia –como hemos visto– acababa de perder a Shapur I y entraba en un periodo de debilitamiento del poder real y por ende, de su potencial militar. Además, Persia, en los años que van de 270 a 282, estuvo demasiado ocupada en sus asuntos internos, reinados efímeros, querellas religiosas y sublevaciones señoriales, como para constituir un peligro para el recuperado limes romano oriental. Así que Aureliano y sus sucesores, Tácito y Probo, dispusieron de años de sosiego en Oriente para volverse hacia sus fronteras danubianas y renanas; para restaurar su autoridad entre los usurpadores de la Galia, Britania e Hispania y hacer frente a los bárbaros germanos. Así, cuando Caro ascendió al trono romano en 282, gobernaba de nuevo un imperio que se extendía desde el Atlántico al Eúfrates y que disponía de un fuerte ejército; mientras que Persia se había dedicado a disputas religiosas y dinásticas.

No es pues de extrañar que cuando la cuestión de las fronteras entre ambos imperios volvió a plantearse en 283, el emperador romano Caro derrotara, de forma rotunda, a los tan recientemente invencibles persas, avanzara imparablemente por Mesopotamia y tomara al asalto Ctesifonte, la capital persa, saqueándola e instalando en ella sus cuarteles. Caro obtenía con ello para Roma la revancha por las grandes derrotas sufridas a manos de Shapur I en 244, 256 y 260.

La intención del emperador era proseguir hacia el este y aniquilar definitivamente a un enemigo que se había mostrado tan peligroso para Roma. Esta tarea era además facilitada por las querellas internas que sacudían a Persia, pues Barahm II se hallaba implicado en una guerra con su hermano Hormizd, a la sazón el Kushansha de Jorasán y Transoxiana. Hormizd, que gobernaba como vasallo de Barahm II los antiguos territorios del imperio Kuchana, aprovechó la derrota de éste ante los romanos para intentar formar un reino totalmente independiente de la autoridad de su hermano. Así que el Shahansha Barahm II no podía contar con dedicar todas sus energías contra los romanos, sino que debía de atender también a los límites orientales de su imperio.

Por su parte, Caro, marchó hacia los Zagros con la intención de invadir Persia propiamente dicha. Se cuenta que los persas, deseando la paz, le enviaron una embajada y que cuando los embajadores persas fueron llevados ante Caro no lo reconocieron, pues éste, vestido como un simple soldado, en el suelo y comiendo nabos, pasó inadvertido

para ellos. Caro rechazó las propuestas de paz de Barahm II, pero no invadió Persia, pues un rayo –literalmente– lo fulminó, salvando a Persia.

Barahm II, que luchaba en el Este contra su hermano Hormizd, apoyado por el rey de Seistán, continuaba interesado en lograr una paz con Roma. La firmó en 284 y en ella cedía a ésta la Mesopotamia superior, la misma que conquistara Shapur I en 260⁶⁹³. Poco después de esta paz con Roma, Barahm II venció a su hermano Hormizd y pudo volver a controlar efectivamente los reinos vasallos de Seistán y Kushanshar.

No terminaron aquí los eternos problemas internos de Barahm II, sino que se vieron complicados aún más por los ataques de las tribus árabes en la frontera suroccidental del imperio. Barahm II logró vencer a los árabes, pero no pudo impedir que en 288 Diocleciano recuperara buena parte de Armenia para el control romano y que repusiera en ella, como rey aliado de Roma, a Tiridates, quien –como se recordará– había huido de Armenia, siendo un niño, cuando ésta fue atacada por Shapur I en 252.

Barahm, ante el nuevo ataque romano, se limitó a enviar a Armenia un ejército de socorro a su pariente y vasallo Narsés, un hijo de Shapur I que había gobernado Armenia como rey vasallo de los sasánidas desde la conquista del país por su padre. Narsés y Tiridates, apoyados respectivamente por Persia y Roma, combatieron entre sí con diversa fortuna hasta 293. Ese año, la muerte de Barahm II y la subida al trono de Barahm III, hicieron que Narsés volviera su atención hacia Persia y firmara un tratado de paz con Tiridates por el que éste se hacía con la mayor parte de Armenia.

Libre de preocupaciones por su flanco occidental, Narsés, que se había proclamado “Rey de reyes” a la muerte de Barahm II (293) y que no había reconocido la autoridad de Barahm III, marchó hacia el sur. En Asuristán (la región de Mesopotamia situada sobre el solar de la antigua Asiria) fue recibido por una comisión de Azadan, es decir, de la alta nobleza persa. Los Azadan no estaban dispuestos a reconocer la soberanía del débil Barahm III y le ofrecían el trono a él, Narsés, hijo del glorioso Shapur I. Con tales apoyos, Narsés entró en Ctesifonte y se deshizo de Barahm III y sus partidarios. El sacerdote Kerder, quien había sido el verdadero gobernante de Persia en la sombra por más de veinte años, sobrevivió al ascenso de Narsés I, pero perdió su influencia y su poder⁶⁹⁴.

Narsés I (293-302).

Al contrario que sus inmediatos antecesores, Narsés I se manifestó tolerante en materia religiosa y aunque se hizo representar en sus bajorrelieves como coronado por

⁶⁹³ Sobre la sublevación de Hormizd, hermano de Barahm II; la guerra de Persia contra el emperador Caro, y por último, sobre los términos de la paz con Roma de 284 *vid.* YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, p. 128.

⁶⁹⁴ Para el ascenso de Narsés *vid.* YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, pp. 129-130 y CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 231-233.

Ahura Mazda y se mostró fiel al zoroastrismo y a los *mobed*, no hizo nada para evitar la propagación del maniqueísmo y del cristianismo entre sus súbditos. Aunque Narsés se había alzado al trono de Persia con la ayuda de los Azadan, las familias de la nobleza provincial de Persia, tenía sin embargo frente a sí a buena parte de las seis grandes familias iraníes que representaban el segundo escalón, después de los integrantes de la familia sasánida, en la jerarquía de la nobleza de Persia. En especial, los Suren y los Karen parecen haber estado poco dispuestos a aceptar la legalidad de su poder. Pese a todo esto, Narsés pudo consolidar su trono.

Por lo demás, Narsés se mostró mucho más activo, militarmente hablando, que sus predecesores. Según puede inferirse de su inscripción en Paiculi, en el actual Kurdistán iraquí, tenía bajo su dominio el Kushanshar, es decir, el Jorasán y la Transoxiana; también el Jhozrem, es decir la región de la desembocadura en el mar de Aral del río Oxus, el actual Amu daria, así como a los lakmidas y a otras tribus árabes. Todo esto sugiere que Narsés restauró el poder real persa en todas estas regiones, tan rebeldes a la autoridad central durante el gobierno de Barahm II. Pero fue en su frontera occidental, frente a Roma, donde Narsés concentró su atención más destacada. Para 295, cuando Narsés se hallaba ya indiscutiblemente asentado en el trono del Eranshar, y su autoridad sobre los reyes y príncipes vasallos de las provincias fronterizas era ya indiscutible, las antiguas posesiones logradas frente a Roma por Shapur I estaban completamente perdidas y de nuevo bajo el control directo o la influencia de Roma.

En efecto, ésta había recuperado la Mesopotamia superior por el tratado de 284, y en 293, el propio Narsés, enfrascado en su propósito de subir al trono de Persia, había acabado cediendo Armenia a Tiridates, fiel aliado y vasallo de Roma, donde gobernaban los tetrarcas bajo el control de Diocleciano, creador y gestor de tan original forma de repartir el poder y los problemas del Imperio Romano.

Narsés I estaba dispuesto a recuperar las provincias perdidas a manos de los romanos y para ello se lanzó contra Armenia con el renovado poder militar de su imperio. Para 296, Tiridates había perdido toda Armenia y estaba de nuevo bajo control persa. Tiridates pidió ayuda a sus protectores romanos y Diocleciano, seriamente preocupado por el renacer del poderío persa y consciente de que Persia lograría la hegemonía en Oriente si consolidaba su poder en Armenia, envió al César Galerio contra Persia.

Galerio marchaba al frente del renovado ejército romano, curtido por las victoriosas campañas de Claudio II, Aureliano, Probo y Caro, y, recientemente reformado y puesto a punto por su augusto Diocleciano. Todo parecía pues dispuesto para una victoria romana tan rotunda como la conseguida por el emperador Caro trece años antes. Pero si Persia había desaprovechado las oportunidades que se le abrieron tras las victorias de Shapur I en 260, Roma, por su parte, había dejado pasar las que se le presentaron tras las victoriosas campañas de Caro y la reposición en el trono de

Armenia, en 288, de su fiel aliado y vasallo el rey Tiridates. Y así, cuando los romanos marcharon hacia Ctesifonte, se toparon con un ejército persa, preparado, numeroso y bien dirigido, que les infligió una severa derrota.

Las provincias de la alta Mesopotamia, tan vitales para la seguridad de la Siria y el Oriente romanos, se perdieron de un solo golpe⁶⁹⁵ y Narsés ocupó, una tras otra, las grandes ciudades-fortaleza de Nísibe, Carras, Singara, Amida, Martirópolis y Edesa. Parecía que de un momento a otro iba a repetirse el drama de 260 y que los ejércitos persas iban a esparcirse por Siria y Asia Menor. Mas si Persia en 297, no era ya – militarmente hablando– la debilitada potencia del periodo 272-293, Roma, en ese mismo año de 297, no era el desarbolado imperio de 260. Diocleciano y Galerio contaban ahora con inmensos recursos, una retaguardia segura y un excelente ejército dotado además de un efectivo sistema de levas.

En pocos meses se taponaron las bajas en las filas de Galerio tras su derrota en Persia (297) y nuevos contingentes de veteranos llegaron desde todos los puntos del Imperio. El propio Diocleciano se puso al frente de las operaciones y supervisó los preparativos y movimientos de Galerio. Éste se decidió por invadir Armenia para desalojar de allí a los persas de Narsés, y a fines del 297 (menos de un año después de haber sido derrotado por Narsés en Mesopotamia) Galerio obtuvo su revancha. No conocemos los pormenores de la batalla, pero tuvo que ser una derrota aplastante para Persia, pues Narsés huyó del campo de batalla abandonando a su suerte a las mujeres de su harén y se vio obligado a solicitar una paz sin condiciones a Diocleciano y Galerio. Por ese tratado (firmado en los últimos días del 297 o en los primeros del 298) Narsés devolvía toda Armenia a Tiridates el Arsácida, el fiel aliado de Roma, y entregaba a los romanos no sólo todas sus antiguas provincias del norte de Mesopotamia, sino una nueva porción de territorios en la región del alto Tigris que aseguraban las comunicaciones entre las provincias romanas y su aliado armenio⁶⁹⁶.

Fue, no obstante, una paz provechosa y duradera para ambas potencias la que firmaran Narsés y Diocleciano, pues se mantuvo por más de cuarenta años y alentó un próspero comercio entre ambos imperios. Persia y la nueva Roma surgida de los desastres del siglo III, estaban además comprendiendo que debían de acomodarse a la idea de que, en último término, ninguna de las dos grandes potencias tenía el poderío militar suficiente como para aniquilar por completo a su adversario, y que, por tanto, se debía de llegar a una coexistencia de los dos poderes basada en el reconocimiento mutuo de sus respectivas esferas de poder e influencia. Ahora bien, dado que ambas necesitaban para afianzar su seguridad estratégica dominar la alta Mesopotamia y la Armenia, llegar al ansiado equilibrio entre ambos imperios era, al cabo, un problema

⁶⁹⁵ YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, p. 130.

⁶⁹⁶ El tratado de paz entre Roma y Persia puede verse en YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, pp. 130-131.

irresoluble. Persia y la Romania podían aceptar que no podían eliminar a su gran adversario, pero ambas lucharían en el Oriente por la hegemonía.

Con esta realidad, las dos potencias se dedicaron a fortificar sus respectivos límites con el otro. Desde fines del siglo III, una compleja red de fortalezas y de grandes ciudades fortificadas, surgió a un lado y otro de la frontera entre ambos imperios. La época de los grandes movimientos de tropas y las conquistas fulgurantes, había acabado y por largo tiempo, las guerras entre Persia y Roma iban a tener el carácter de complejas operaciones de asedios de ciudades y fortalezas, y toma de puntos estratégicos. La más poderosa fortaleza del lado romano iba a ser Nísibe y en ella, y por el tratado de 298, debía de concentrarse el tráfico comercial entre ambas potencias.

El resto del reinado de Narsés, que se extiende hasta 302, es un misterio y sólo un par de noticias de al-Tabari y al-Tahalibi nos iluminan un tanto al respecto. Parece ser que Narsés se volcó hacia el interior de su imperio, y alentó la agricultura y el comercio y que, pese a su zoroastrismo militante, prosiguió con su política de tolerancia hacia maniqueos, cristianos y judíos⁶⁹⁷. La cuestión maniquea se transformó, además, en un problema de Roma y no de Persia, pues en 297, Diocleciano, considerando que los maniqueos que comenzaban a extenderse por su imperio podían llegar a constituirse en una quinta columna de Persia dentro de la Romania, promulgó un edicto de persecución contra ellos.

Algunos autores adjudican a Narsés y no a Shapur I, su padre, la puesta en marcha del sistema sasánida de regulación de las relaciones del estado con las minorías religiosas existentes en su seno. Este sistema otorgaba una amplia autonomía en la gestión de sus asuntos internos a las diversas comunidades religiosas del imperio, y reconocía como representante de dichas minorías ante el Rey de reyes y ante sus funcionarios y gobernadores, a sus líderes religiosos, a quienes se responsabilizaba no sólo de las cuestiones religiosas y legales inherentes a su comunidad, sino también del buen comportamiento social de sus fieles y del adecuado cobro de los impuestos en sus comunidades. Este sistema de gobierno de las minorías religiosas iba a tener inusitados ecos en el futuro, pues sería el adoptado por los árabes islámicos y, por lo tanto, estaba destinado, no sólo a establecer las relaciones del Imperio sasánida con las distintas iglesias cristianas y con los judíos de su territorio, sino también a regular por más de un milenio las relaciones en el Oriente entre judíos, cristianos, zoroastrianos y musulmanes⁶⁹⁸.

⁶⁹⁷ Al-Tahalibi: p. 510; al-Tabari: V, 835-836, pp. 48-49.

⁶⁹⁸ YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, p. 132; HOYLAND, R.G., *Seeing Islam...*, *op. cit.*, p. 15.

Hormizd II (302-309).

A Narsés I le sucedió su hijo Hormizd II, quien retuvo el trono de Persia en sus manos por siete años y del que sólo sabemos que contó con el apoyo de la nobleza y la simpatía popular, y que mantuvo la política de tolerancia religiosa de su padre⁶⁹⁹. A la muerte de Hormizd II (309), uno de sus hijos, Adhurnarseh, subió al trono, pero la alta nobleza persa, los Azadan y las siete grandes familias del imperio, se mostraron contrarias al nuevo rey y lo asesinaron. Varios hijos del depuesto rey fueron también asesinados y uno de ellos, Hormizd, huyó a territorio romano. Tras esto los nobles alzaron al trono de Persia a un niño, Shapur II, hijo de Hormizd II, el cual estaba destinado a ser uno de los más grandes reyes de la historia persa y a tener el más largo reinado de todos ellos⁷⁰⁰.

Shapur II (309-379).

Este soberano acabó con la hegemonía que Roma había logrado sobre Persia tras su victoria del 297 y el tratado de 298. Sin embargo, los primeros años de reinado del joven Shahansha Shapur II fueron difíciles. Los Azadan y las grandes familias del imperio, junto con el alto clero zoroastriano, se hicieron con la verdadera regencia, pese a que ésta, en teoría, estaba siendo ejercida por la madre de Shapur II. Aprovechando la larga minoría del rey, los nobles y los magos se hicieron con nuevas tierras y privilegios, y muchos reyes y príncipes feudales del imperio se hicieron, de hecho, independientes. Así que, cuando el Rey de reyes tuvo edad suficiente como para gobernar por sí solo, se enfrentó a una difícil tarea. Apenas si sabemos algo de los primeros treinta años del reinado de Shapur II, pero es de suponer (conociendo sus posteriores acciones, y uniendo a lo anterior los escasos testimonios que se poseen) que se dedicó a someter a los ambiciosos nobles y grandes sacerdotes, a acabar con la independencia de los gobernadores, príncipes y reyes vasallos de las distintas fronteras del imperio y a restaurar los mecanismos del poder real.

De lo que sí estamos seguros es que Shapur II debía de haber logrado todo lo anterior hacia 329, pues para ese año estaba combatiendo a los árabes de lo que hoy sería Kuwait, Qatar, el norte de Arabia Saudita y Bahrein. Trataba de acabar con las depredaciones de los árabes de estas regiones sobre su imperio, pues estos árabes,

⁶⁹⁹ Al-Tabari: V, 836, p. 49.

⁷⁰⁰ YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 132-133; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 233. Al-Tabari [V, 835-836, pp. 49-50] soluciona la azarosa subida al trono de Shapur II considerándolo hijo póstumo de Hormizd II. Esta versión en la que se omiten o falsean los tormentosos días que vieron la sublevación de los nobles contra el rey Adhurnarseh, la huida a Roma de su hermano Hormizd, el encarcelamiento y muerte de otros muchos miembros de la familia real y la elevación al trono del pequeño Shapur II, quizás no sea sino el reflejo de la versión que los nobles que elevaron a Shapur II al trono usaron para hacer olvidar sus crímenes y justificar sus acciones.

haciéndose a la mar, saqueaban las costas de Fars. Shapur II los derrotó y devastó sus territorios⁷⁰¹.

Al-Tabari, quien, como buen persa, recuerda con cierto regocijo estas campañas árabes de Shapur II, nos dice que los árabes llegaron a darle el sobrenombre de “perforador de hombros”, pues el rey persa tenía por costumbre atravesar con una estaca los hombros de sus prisioneros. Esto no es sino una leyenda árabe posterior, ya que el verdadero sobrenombre persa de Shapur II era “el de los anchos hombros” y fue la mala comprensión del correspondiente término pahlevi la que dio origen a la leyenda árabe sobre Shapur II que nos recogen las fuentes islámicas. Otro hecho destacado del primer periodo de reinado de este rey fue la edificación en Ctesifonte del segundo puente sobre el Tigris. Tabari nos dice que Shapur II no sólo lo construyó, sino que además reguló el tráfico sobre los dos puentes de la capital persa: uno de ellos debía ser usado para cruzar hacia el Occidente y el otro para hacerlo hacia Oriente⁷⁰².

Estaba claro que aquel joven príncipe poseía en grado sumo el *farr*, esto es, la divina majestad. Y es que con Shapur II se advierte ya una clara consolidación del principio dinástico de la monarquía persa vinculado a la familia de Sasan. En efecto, tanto la nobleza como el alto clero, aceptaban ya que sólo los miembros de la familia sasánida podían ocupar el trono de Persia. Los nobles y grandes sacerdotes podían, en algunos casos, elegir entre uno u otro miembro de la familia real, aquél sobre el que se manifestara con mayor intensidad el *farr*, pero nunca se someterían o reconocerían a nadie que no fuera un sasánida⁷⁰³. De esta manera, la unión entre la dinastía y el imperio se estrechó hasta el punto de que ambos entes se confundieron por completo. Shapur II, con su largo y brillante reinado fue la pieza fundamental en el proceso que acabamos de citar.

Ahora bien, el *farr*, el poder absoluto y la majestad concedida al soberano por Ahura Mazda, tenía sus servidumbres. En primer lugar, el soberano sasánida tenía que velar por la religión zoroastriana, ser un fiel adorador de Ahura Mazda y mantenerse firme en la defensa de sus principios y leyes. Su primer cometido –tal y como se refleja en los llamados “Libros de consejos”– era el de sostener a la religión estatal. Esto significaba no sólo prestar un apoyo decisivo al zoroastrismo y a su sacerdocio, sino también a las repercusiones sociales derivadas de la aplicación de los preceptos zoroastrianos; es decir, constituirse en el garante del rígido orden social de división del pueblo iraní en castas.

En los días de Shapur II, los soberanos persas ya no ejercían su facultad de nombrar sacerdotes, sino que ésta pertenecía por completo al *Modaban mobed*, el mago

⁷⁰¹ El relato de estas campañas árabes de Shapur II en al-Tabari: V, 838-839, pp. 54-56; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 234-235.

⁷⁰² Al-Tabari: V, 837-838, pp. 52-53.

⁷⁰³ YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, pp. 134-136.

de los magos, quien además tenía el privilegio de coronar al rey y de determinar, mediante consulta del calendario sagrado y ritos de adivinación, cuándo tenía que producirse dicha coronación.

El rey persa tampoco estaba por encima de la moral y las costumbres tradicionales iránicas, sino que estaba obligado a ceñirse a ellas, y los nobles y el *Modaban mobed* podían exigirle su cumplimiento. Era rey por derecho divino, sí, pero establecía un contrato con su país, con sus principios y leyes; si se apartaba de las leyes y la religión iránicas, sus súbditos estaban validados moralmente para intentar derribarlo y sustituirlo por otro miembro de la casa de los sasánidas. El monarca se debía a sus súbditos, a los cuales concedía audiencias abiertas en determinados días del año. Y es que el rey se concebía como un juez imparcial y un esforzado pastor de su pueblo, por lo que se hallaba sujeto a buscar un adecuado equilibrio entre los intereses contrapuestos de las cuatro grandes castas en las que se constituía el pueblo iraní: la nobleza, el sacerdocio, los escribas y el pueblo llano.

Contenidos los invasores árabes y obligados a prestar vasallaje al gran rey, castigados los nobles levantiscos, puesto en buen orden el gobierno del imperio, Shapur II decidió atacar a la Romanía y reponer allí el estado de cosas anterior a la derrota de Narsés I ante Galieno. En 350 se lanzó contra la fortificada frontera romana de Mesopotamia y asedió Nísibe, la más importante de las ciudades-fortaleza de la Mesopotamia romana y el centro comercial que detentaba, desde la paz de 297, el monopolio de los intercambios entre la Romanía y el Eranshar. El ejército persa, con su rey al frente, se concentró en los alrededores de Nísibe, y se construyeron torres de asedio y máquinas de sitio. Todo parecía dispuesto para que la gran ciudad cayera en manos del Rey de reyes persa.

Mas no fue así, ya que al campamento persa llegaron inquietantes nuevas: unos nómadas turanios (los persas llamaban “turanios” a todos los pueblos de estirpe turca o mongola) habían cruzado el Yaxartes e inundaban con sus hordas el Kushanshar persa, amenazando además con pasar también el Oxus y penetrar así en la rica provincia del Jorasán. Ante semejantes noticias, Shapur II no tuvo más remedio que levantar su asedio de Nísibe y marcharse apresuradamente a defender sus fronteras orientales de los bárbaros turanios. Eran éstos una tribu de nómadas provenientes de las estepas mongolas, los chionitas, la cual se había visto empujada hacia el oeste por el formidable movimiento de pueblos que llevaría a los hunos hasta las fronteras de Roma. Los chionitas –quizás un subgrupo de los hunos– se mezclaron, durante su progresión hacia el oeste, con los restos de los pueblos iránios de las estepas del lago Baljash, del Mar de Aral y de las montañas del Pamir (sármatas, sakas, masagetas, yuestchi y alanos) de manera que cuando cruzaron el Yaxartes y el Oxus e invadieron el Kushanshar persa estaban en buena parte ya iranzados. El proceso se completó en el propio Kushanshar y

para fines del siglo IV, los chionitas hablaban la lengua del país y habían adoptado buena parte de sus usos y costumbres.

Por su parte, Shapur II no estaba dispuesto a que su reino vasallo del Kushanshar quedara sumergido por la invasión de los bárbaros turanios y escapara así a su control. Movilizó sus ejércitos hacia el Oxus y creó un nuevo centro de operaciones junto a dicho río, Nishapur (Gloria de Shapur), una nueva ciudad real que debía servir de gran fortaleza frente a los pueblos nómadas turanios. Desde Nishapur, Shapur II frenó el avance chionita.

No conocemos los pormenores de la lucha y muchos historiadores han desistido hasta de intentar reconstruir la cronología exacta de los acontecimientos, con el argumento de que no se poseen datos que permitan saber cuántos años duró la guerra chionita de Shapur II. Esto no es cierto y basta con leer atentamente a Amiano Marcelino para constatar que la guerra de Shapur II contra los chionitas duró hasta la primavera del 359. En efecto, por diversas noticias de Amiano Marcelino se puede saber que el Rey de reyes persa seguía peleando en su frontera oriental contra los chionitas en 352, 356 y 358-359, por lo que podemos constatar que la guerra de Shapur II contra los chionitas se extendió desde el verano de 350 (fecha en la que Shapur abandonó precipitadamente el asedio de Nísibe para frenar a los chionitas en el Kushanshar) hasta la primavera del 359 (cuando concluyó una paz con los chionitas y abandonó su frontera oriental para dirigirse hacia el limes romano y atacarlo).

Así que, tras más de ocho años de combates, Shapur II pudo contener a los chionitas y fijarlos al norte del Oxus como vasallos del imperio. Los chionitas pues, se habían hecho con el norte del Kushanshar, pero no habían podido completar su conquista y, en última instancia, habían tenido que aceptar convertirse en una especie de *foederatii* persas. Como tales se asentaron en la región norteña del Kushanshahr, la Sogdiana, mientras que la parte sur, la Bactriana y las provincias del valle superior del Indo, Gandara y el Punjab, quedaron bajo soberanía directa de Shapur II⁷⁰⁴.

⁷⁰⁴ Se deduce de una lectura atenta de Amiano Marcelino (la mejor fuente sobre los conflictos entre Persia y la Romanía) hasta cuándo estuvo Shapur II peleando con los chionitas en su frontera oriental. Amiano menciona [14.3.1] que en el verano del 352, el gran rey persa se hallaba en la frontera oriental de su imperio combatiendo a los nómadas. De su relato se infiere que esos pueblos hostiles eran los chionitas del norte del Kushanshahr; de hecho, más adelante les da ya en su relato el nombre de “chionitas” [16.9.4]. También por este historiador sabemos que Shapur II continuaba su lucha contra los chionitas en 356, pues dice [15.13.4] que en ese año, los generales persas de la frontera romana aprovechaban la estancia del Rey de reyes persa en la frontera oriental de su imperio, para llevar a cabo incursiones en Armenia y en la Mesopotamia romana. También aclara [16.9.4] que en 358-359, Shapur I inverna en el límite oriental de su imperio y que su lucha contra los chionitas no había aún concluido. Así pues, la guerra de Shapur II contra los chionitas se prolongó desde el verano del 350 a la primavera del 359, fecha esta última en que abandonó su frontera oriental y condujo a sus ejércitos y a los contingentes chionitas (sus antiguos enemigos y ahora nuevos aliados y vasallos) contra la gran ciudad-fortaleza de Amida. Shapur II concentró frente a ella sus tropas en el verano de 359. Sobre los chionitas *vid.* YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, pp. 211-213 y 137; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 236; HAMBLY, G., *Asia Central...*, *op. cit.*, pp. 53-56; GROUSSET, R., *El imperio de las estepas*. Madrid, 1991, pp. 110-111; EMBREE, A., WILHELM, F., *India...*, *op. cit.*, pp. 200-203. Hoy se acepta que los chionitas

Una vez frenados los chionitas y transformados en vasallos de su imperio, Shapur II tenía ya definitivamente las manos libres para volverse contra la Romania. Era un buen momento para ello, pues Roma se hallaba comprometida en luchas contra los bárbaros del Rin y del Danubio, amén de complicada en las tensiones que el César Juliano mantenía con el Augusto Constancio, así que no podía atender con éxito al inesperado desafío de Shapur II. Lo cierto es que el limes romano-persa no había estado del todo tranquilo durante los años de ausencia de Shapur II. Aunque los Marzban persas de la frontera habían atacado los territorios romanos de Mesopotamia, Armenia y el norte de Siria repetidas veces durante los años que median entre 356 y 358, ahora era completamente diferente, pues el Rey de reyes persa, Shapur II, había salido reforzado de su guerra contra los chionitas, a los que ahora, convertidos en vasallos y auxiliares, conducía hacia el oeste en unión del ejército real persa.

Shapur II comenzó su acción enviando embajadores a Constancio II. Estos embajadores portaban una carta del rey de reyes persa en la que éste reivindicaba sus derechos sobre las tierras otrora pertenecientes a los grandes reyes aqueménidas, aunque estaba dispuesto a renunciar a ejercer su soberanía sobre esos territorios a cambio de que Roma le entregara sus provincias mesopotámicas y Armenia. El emperador romano no accedió a las demandas de Shapur II y le contestó con otra misiva en la que le advertía de las consecuencias que un ataque contra la Romania tendría para Persia. La guerra era pues, inevitable.

Shapur II atacó de nuevo Nísibe, siendo rechazado y sufriendo además una derrota en Singara. Mas se rehizo rápidamente y su contraataque tomó por sorpresa a los romanos, quienes sufrieron varias derrotas que les obligaron a retroceder y a mantenerse a la defensiva. Pero Shapur II no se detuvo y se lanzó de nuevo contra la frontera. Los romanos aplicaron entonces una táctica de tierra quemada ante el renovado avance persa, pero Shapur II los derrotó, una vez más, en pequeños encuentros, y asedió y tomó en el 360, tras un largo asedio, la gran ciudad-fortaleza de Amida que, con sus

eran una parte de los Ziong-un (nuestros hunos) y que se mezclaron muy pronto con pueblos iraníes. Los chionitas mantuvieron, al menos entre sus clanes dirigentes, su orgullo racial huno y no olvidaron sus habilidades guerreras. Tras la muerte de Shapur II (387-388), los chionitas se apoderaron de nuevas secciones del Kushanshahr y ocuparon Balj (la antigua Bactres), que era la capital persa del Kushanshahr. El dominio persa se circunscribió desde entonces al valle del Kabul. El rey chionita Kidara pasó a ostentar el título de "Kushansha" y conquistó también el territorio persa del norte del valle del Indo, Gandara y el Punjab. Kidara I fue el responsable de que los hunos chionitas mudaran su nombre y se convirtieran en los hunos kidaritas de los relatos de Prisco. Pero el dominio de los hunos chionitas o kidaritas fue breve, ya que el hijo de Kidara, Kidara II, fue derrotado por pueblos de las estepas: los hunos eftalitas o hunos blancos que, entre 427 y 440, conquistaron todo el reino kidarita situado al norte de la cordillera del Indo-Khus y obligaron a los kidaritas a refugiarse en la región del Punjab. Tampoco encontraron aquí refugio seguro y, en último extremo, los hunos eftalitas los siguieron a la India y sometieron todo el norte del antiguo Imperio Gupta, que en buena medida desapareció al no poder hacer frente a las invasiones de kidaritas y eftalitas.

impresionantes murallas de basalto negro, guardaba el alto Tigris y era el apoyo más firme de Roma en esa zona desde los días de Septimio Severo⁷⁰⁵.

La respuesta romana llegó en 363 y la encabezó el nuevo augusto Juliano, conocido como “El Apóstata” (361-363), que había obtenido algunos éxitos destacables contra los germanos del Rin. Juliano reunió en Antioquía un gran ejército de 70.000 hombres y lo lanzó contra Shapur II en un movimiento de gran tenaza estratégica. El cuerpo principal, 40.000 hombres, marcharía con el emperador por el río Éufrates abajo hasta llegar al gran canal que conectaba el río con el Tigris y que daba acceso a Ctesifonte, la capital persa; el segundo cuerpo de ejército, 30.000 hombres, marcharía por Armenia y, una vez unidos a él los ejércitos de su aliado, el rey de Armenia, descendería el Tigris y se uniría al ejército romano dirigido por el propio augusto Juliano.

Era un buen plan, pero se ejecutó mal. El ejército romano de Armenia no supo mantener el ritmo de avance adecuado para converger con las tropas comandadas por el augusto y éste, por su parte, no supo mantener en orden ni sus comunicaciones, ni sus líneas de abastecimiento. Los persas, bien dirigidos por Shapur II, se limitaron a retirarse ante el avance romano y a hostigar al ejército invasor con ataques continuos a sus líneas de comunicación y abastecimiento. Era una buena táctica y para cuando Juliano llegó ante Ctesifonte, sus hombres estaban agotados y sin suministros, y no sabían nada del otro ejército romano que debía de haber avanzado desde Armenia.

Pese a todo, el genio militar de Juliano se mostró ante los propios muros de Ctesifonte, junto a los cuales derrotó a Shapur II en batalla campal. No fue, sin embargo, una victoria decisiva, pues Shapur II pudo retirarse con sus tropas en orden y reorganizarlas. Mientras que, por su parte, Ctesifonte pudo cerrar sus puertas y afrontar el asedio romano. La ciudad, bien abastecida y guarnecida, resistió los ataques de Juliano y mientras tanto, Shapur II pudo reunir nuevos contingentes de tropas llegados desde Seistán, Kerman, Fars y Kushanshar. En estas condiciones, era impensable proseguir con un sitio en regla de la gran capital persa y Juliano tuvo que retirarse, Tigris arriba, en busca del ejército romano de Armenia, acosado por los persas que atacaban de continuo su retaguardia y que le impedían forrajear y detenerse a descansar. Fue una retirada durísima y durante la misma, en un combate producido en la retaguardia del ejército, el augusto Juliano, el héroe del historiador Amiano Marcelino, murió atravesado por una lanza bien dirigida.

Su sucesor, Joviano (363-364), acorralado y sin muchas esperanzas ya de salir con éxito de la ratonera donde Juliano los había metido, firmó una humillante paz con Shapur II. Por ella le cedía todas las provincias romanas situadas en el alto Tigris, así

⁷⁰⁵ Puede verse la carta enviada por Shapur II y la respuesta de Constancio II en Amiano Marcelino: 17. 5.4-14. Para la guerra de Shapur II con Constancio II *vid.* YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, pp. 136-137. CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 236-238.

como las importantes ciudades-fortaleza de Nísibe y Singara. Además, Joviano se desentendía tácitamente del destino de Armenia. La mayor parte de la misma fue ocupada por Shapur II durante los años que median entre 367 y 369. Su rey, el viejo aliado romano, fue vencido, capturado y cegado⁷⁰⁶.

Shapur II había logrado restablecer la hegemonía persa en Oriente frente a Roma, la misma que lograra su abuelo Shapur I. Al igual que este último, Shapur II restableció también su poder en el Cáucaso, tras su conquista de Armenia, y sometió a vasallaje a los reyes de la Albania caucásica e Iberia. El rey de este último reino tuvo que abandonar el campo de los aliados romanos y pasarse al de los vasallos de Shapur II. Con estos nuevos triunfos en su haber, Shapur II restablecía los límites occidentales logrados un siglo antes para Persia por las victorias de su abuelo. Pero fue más prudente y realista que su antepasado. Al contrario que Shapur I, no se retiró a Persia a disfrutar de sus logros, sino que buscó la confirmación diplomática de los mismos y su consolidación militar. Shapur II había logrado, por el tratado firmado con Joviano, que la Romania le cediera importantes territorios en la alta Mesopotamia; pero Roma no había aprobado sus nuevas conquistas en Armenia y Transcaucásica. De hecho, la Romania aspiraba a restaurar en su limes oriental la situación allí existente antes de 359. De ahí que Valente (364-378), sucesor en Oriente de Joviano, buscara de continuo sin éxito la oportunidad de volverse contra Persia.

Shapur II aprovechó las crecientes dificultades de los romanos en sus fronteras danubianas para proseguir con la consolidación de sus conquistas en Armenia y el Cáucaso, y para presionar a Roma a que le concediera un tratado en el que se reconocieran las nuevas fronteras persas por él logradas tras sus victorias de 359-369. La gran derrota sufrida por los romanos ante los godos en 378 frente a Adrianópolis, concedió a Shapur II la tranquilidad que buscaba: Roma no podría ya, por largos años, volverse hacia Oriente con todo su potencial bélico, pues todos sus recursos estarían concentrados en el Danubio intentando taponar la brecha abierta allí por los godos. Y así, en 379, Shapur II pudo expirar con la tranquilidad y satisfacción de dejar tras de él un Eranshar engrandecido, consolidado y con todas sus fronteras en paz.

⁷⁰⁶ Los ecos de esta guerra en las fuentes persas se hallan en al-Tabari [V, 840-844, pp. 58-63], quien ofrece un relato muy bien informado sobre la guerra de Shapur II con Juliano y sobre la paz del Rey de reyes con Joviano. La versión romana de las desastrosas campañas de Constancio II y Juliano contra la Persia de Shapur II durante los años 359-363, en Amiano Marcelino: 18.4-19.10, 20.6, 20.12, 23.2-25.8; YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, p. 138; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 238-249. La derrota de Juliano en 363 fue un durísimo golpe para el poder militar romano y su prestigio fue el comienzo de la dinámica que llevaría a las grandes invasiones germánicas del periodo 378-439, y que darían al traste con el Imperio Romano de Occidente. *Vid.* la opinión de Heather (*La caída del imperio romano...*, *op. cit.*, pp. 100-104) sobre las consecuencias que para el imperio tuvo la derrota ante Shapur II y su desastroso eco en la frontera danubiana del imperio, y el análisis en el que se ve cómo tanto Valente como Teodosio I tuvieron que buscar un arreglo con Persia que les proveyera de tranquilidad en Oriente a costa de entregar Armenia, Transcaucasia y la Alta mesopotamia a Persia (pp. 489-490).

No sólo había conquistado nuevas tierras a los romanos y a los árabes, dominado las invasiones de los chionitas en el lejano Kushanshar, sino que además había consolidado el poder real y mejorado la administración del imperio⁷⁰⁷. Otro aspecto destacado de su política y uno de sus éxitos más notables y perdurables, fue el de la creación de una serie de limes fortificados en todas sus fronteras, a imitación de los romanos. En efecto, en la alta Mesopotamia, allí donde convergían las fronteras de romanos y sasánidas, se levantó una tupida red de fortalezas, torres y fortines. De manera que, a un lado y otro de la línea de separación entre ambos imperios, existía un elaborado glacis defensivo que haría muy difícil en el futuro el avance de los ejércitos invasores. Más al sur, en los bordes del desierto sirio y sobre todo en los límites del fértil Irak con las estepas arábicas, Shapur II levantó un limes fortificado frente a los árabes del desierto: fosos, torres, fortalezas y calzadas facilitaban la defensa frente a las incursiones de los nómadas. Al mismo tiempo, reforzó su dominio sobre los reinos árabes de los lakmidas y el Arabistán, lo que propició que los árabes dejaran, por largos años, de ser un problema para Persia.

Al norte, en el Cáucaso, Shapur II levantó la gran muralla que protegía el paso del Derbent y, para hacer aún más fuerte la formidable defensa, construyó junto a la muralla la ciudad fortificada de Colais. Edificó también más fortalezas en el Cáucaso para custodiar los otros pasos de la cordillera. De esta manera se aseguraba la tranquilidad de los reinos vasallos de Albania e Iberia, a la par que se afirmaba la situación de las provincias persas de Armenia y Media, frente a los ataques de los nómadas que habitaban al norte del Cáucaso⁷⁰⁸.

También el ejército persa fue muy mejorado por Shapur II. Éste perfeccionó el armamento de sus tropas, y elevó en alto grado su disciplina y capacidad operativa. En particular, mejoró la efectividad de la infantería persa, hasta entonces muy deficiente. Lo hizo creando cuerpos de infantería regular integrados por los belicosos montañeses dailamitas del Caspio y por los rudos campesinos de la Media superior. A todos ellos

⁷⁰⁷ Un balance del reinado de Shapur II, con sus luces y sombras en CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 258-266.

⁷⁰⁸ YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 138-139. Sobre el muro que los sasánidas levantaron en el paso del Derbent (hoy entre Azerbaiján y Daguestán) corrieron todo tipo de leyendas durante la Antigüedad y la Edad Media. Árabes, bizantinos y occidentales creían que había sido hecho por Alejandro Magno para evitar que Gog y Magog devastaran la tierra. El origen de esta leyenda es la mención que Arriano hace de las Puertas Caspias, el nombre que se daba en la Antigüedad al paso del Derbent. *Vid.* Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno*: III 19, 2. En la obra de Moisés Dasxurangi (escritor albanés caucásico de inicios del s. X que utiliza crónicas de la región escritas en el siglo VII) puede verse cuál era la verdadera función de las fortificaciones y cómo los persas mantenían en ellas guarnición permanente [Moisés Daxurangi: 2,11, p. 83]. Los persas consideraron que su custodia de estos pasos caucásicos no sólo los beneficiaba a ellos, sino también a los romanos; por ello exigieron a éstos el pago de subsidios como compensación por sus esfuerzos en el Cáucaso frente a los nómadas. Como prueba de esto último *vid.*, entre otros testimonios, el relato de Procopio [*Guerra persa*: I, 10-11, pp. 70-72; I, 16, pp. 102-104], donde las Puertas Caspias, junto a su guarda y coste, se constituyen en uno de los principales problemas entre la Romanía y Persia. Procopio recoge como cierta la leyenda de que las fortificaciones eran obra de Alejandro Magno y ubica mal las Puertas Caspias.

los armó de manera que pudieran pelear, al igual que la infantería romana, en orden cerrado. Shapur II supo, así mismo, sacar amplio beneficio de los contingentes de tropas aportados por sus príncipes vasallos: los chionitas del Kushanshar, los árabes del Arabistán y de los lakmidas, los albaneses e iberos del Cáucaso, etc., pues logró integrarlos perfectamente en el ejército regular y usar en su beneficio sus particulares cualidades guerreras.

Sin embargo, no todos los empeños del gran Rey de reyes, obtuvieron éxito. En particular, Shapur II erró en su política religiosa por dos motivos: en primer lugar porque no pudo impedir que la casta sacerdotal se terminara de constituir en una poderosa estructura cuya jerarquía ya no dependía del Rey de reyes para crecer y ordenarse, sino que se bastaba ella misma para constituirse en un poder a tener muy en cuenta en el Eranshar y con cada vez más peso en las decisiones del trono. De hecho, Shapur II favoreció el proceso.

En efecto, es en tiempos de Shapur II cuando el poder del Mobehd Mobadan alcanzó nuevas prerrogativas. Ese auge del zoroastrismo en aquel tiempo se debió en buena medida a la profunda religiosidad del rey que no dudó en participar de los debates teológicos. Así, el Rey de reyes reunió, al menos una vez, a los grandes sacerdotes de su imperio en concilio y bajo su autoridad se procedió a la cristalización definitiva del dogma zoroastriano a la vez que se depuraron los libros sagrados en aras de una unificación religiosa puesta al servicio de la casta sacerdotal. Una vez más sorprende el paralelismo existente entre la Rmania y el Eranshar: en los mismos años en que en Nicea, Sárdica o Constantinopla los augustos romanos reunían concilios e intervenían en las disputas teológicas de la iglesia cristiana, en Persia, Shapur II hacía otro tanto y reunía a los mobedh zoroastrianos para definir el dogma mazdeísta, y combatir las desviaciones y herejías existentes en su seno.

El ascendiente que los magos tenían sobre el rey se vio favorecido por un caso particularmente llamativo: el hijo de Ädhurbad, el mobad de Mahraspand, un importante jerarca de la iglesia zoroastriana, llevó a cabo una demostración del poder y protección que Ahura Mazda dispensaba a sus fieles. El joven mago ordenó que le vaciaran sobre el pecho un recipiente que contenía metal fundido y salió indemne de tan aparatosa ordalía⁷⁰⁹.

Reafirmado en sus creencias religiosas y contaminado por el ambiente de intolerancia que imperaba entre la jerarquía mazdeísta, Shapur II se volvió contra las minorías religiosas de su imperio, en especial contra cristianos y judíos. En efecto,

⁷⁰⁹ YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, p. 140; HICKS, J., *Orígenes del Hombre, El resurgimiento de Irán (II)*. Barcelona, 1996, vol. 70, p. 111; CHRISTENSEN, A., *L'Irán...*, *op. cit.*, pp. 266-269, donde se analiza con detalle la política religiosa de Shapur II y de los primeros sasánidas así como sus acciones contra los cristianos. Sobre la destacada importancia del reinado de Shapur II en el ascenso de la iglesia mazdeísta y la fijación de sus dogmas *vid.* GNOLI, G., "Política religiosa e concezione...", *op. cit.*, pp. 225-253.

necesitado de dinero para reanudar sus guerras contra Roma, el Rey de reyes se propuso incrementar sus recursos doblando los impuestos de cristianos y judíos. Los cristianos, que eran ya muy numerosos en el Asuristán, Adiabene, Babilonia, Kuzistán, Fars, Merv y la Media superior, y que formaban grupos organizados desde los días del Imperio parto de los arsácidas, se opusieron a tal abuso. Hubo revueltas y disturbios, algunos tan graves como los ocurridos en Susa, ciudad que se rebeló contra Shapur II y que éste tuvo que asediar, tomar y destruir⁷¹⁰. Al cabo, se impuso el rey, mas la cuestión cristiana se convirtió desde entonces en un grave problema para Persia.

Así es, si los cristianos de Babilonia, Adiabene y Asuristán (esto es, Mesopotamia) procedían de las antiguas comunidades asentadas en el Imperio parto desde fines del siglo I y estaban plenamente integrados, las comunidades cristianas de Kuzistán, Fars, Media y Jorasán presentaban un carácter muy distinto, pues estaban constituidas por los descendientes de los deportados habitantes de Antioquía, Edesa, Apamea, Tarso y demás ciudades tomadas y saqueadas por Shapur I, así como por los numerosos soldados romanos hechos prisioneros por él tras sus victorias de Barbalissos, Carras y Edesa. Esta afluencia masiva de gentes procedentes del Imperio Romano no sólo acrecentó sobremedida la población cristiana del Eranshar (en especial en las grandes ciudades reales de Gun de Shapur, Bishapur, Nishapur, Gor, Firusabad, Perozshapur, BiArtashir, etc.), sino que el aumento de su importancia e influencia provocó un drástico cambio de actitud de las autoridades religiosas y del trono sasánida hacia los cristianos de su imperio. Así, esos nuevos cristianos de origen foráneo no sólo se constituyeron rápidamente en cabeza de la comunidad cristiana del Imperio Persa, sino también en una amenaza latente para el poder sasánida, en especial desde el día en que Constantino se convirtió al cristianismo. Desde ese momento, los descendientes de los antiguos prisioneros romanos, no sólo compartían ya con Roma su origen, sino también su fe; podían, por tanto, constituirse en una quinta columna romana dentro del Eranshar. Por ello, a partir de 330, los cristianos comenzaron a ser hostigados por los Mobedh y por el gran rey Shapur II.

La absorción en Persia, tras la paz de fines del 363, de las provincias romanas del norte de Mesopotamia, de mayoría cristiana, y la ocupación de la mayor parte de Armenia, también de población cristiana, agravó la situación incrementando los temores persas y la hostilidad del rey y de la jerarquía sacerdotal mazdeísta hacia los cristianos. Shapur II llevó a cabo varias persecuciones contra los cristianos intentando resolver el problema antes mencionado, pero fracasó en su empeño. Los cristianos siguieron siendo mayoría en Armenia, en Adiabene y en el Asuristán (es decir, en el norte de Irak) y su número siguió creciendo en Kuzistán, Jorasán, Fars y Media. Sólo la división que se produjo en el seno de las iglesias cristianas a raíz de los debates cristológicos y en los

⁷¹⁰ HICKS, J., *Orígenes del Hombre, El resurgimiento de Irán (II)*, op. cit., pp. 110-111.

concilios de Éfeso y Calcedonia, trajo a Persia la seguridad que buscaba en este campo: los cristianos de su imperio eran o nestorianos o monofisitas, y por tanto enemigos de la ortodoxia defendida por el emperador romano.

También los judíos y los maniqueos fueron sometidos a persecución en tiempos de Shapur II. Los judíos, en especial, eran muy numerosos en Ctesifonte y sus alrededores, así como en Adiabene, cuya antigua dinastía local había sido judía en tiempos de los arsácidas y de los primeros sasánidas.

Artashir II (379-383).

Poco es lo que conocemos de su efímero reinado, excepto que se atrajo, al parecer, la oposición de la alta nobleza y del clero zoroastriano. Al poco, triunfaron sus opositores y en el año 383 el rey murió asesinado en una conjura palaciega.

Shapur III (383-388).

A Artashir II le sucedió Shapur III, hijo, al parecer, de Shapur II. Su reinado parece haber contado también con la oposición de la nobleza y del alto clero mazdeísta, o al menos así lo recogen las fuentes persoislámicas del siglo X, al-Tabari y Firdusi⁷¹¹. Lo más destacable del reinado de Shapur III (que murió durante un atentado perpetrado por los nobles y disfrazado de accidente) es la firma de un tratado con Teodosio I que estaba destinado a perdurar, con escasos y poco destacables contratiempos, durante todo un siglo. Un tratado que iba a generar un periodo sin igual de paz, prosperidad y “entente cordiale” entre ambas potencias en el Oriente; una afortunada y oportuna circunstancia que permitiría al Imperio Romano de Oriente concentrarse en su frontera danubiana y sobrevivir así a las invasiones de godos y hunos.

En efecto, si durante los turbulentos años que vieron las invasiones de godos y hunos, y las sublevaciones de godo-grecos e isaurios, la Romania oriental se hubiese visto obligada a proseguir sus guerras contra Persia, sus recursos militares y económicos no hubiesen podido resistir el esfuerzo y Constantinopla habría iniciado, en algún momento del siglo V, el camino seguido por la vieja Roma. De ahí que la paz firmada entre Teodosio I y Shapur III tenga un papel tan importante en la historia universal, como poco señalado por los historiadores.

Cuando Shapur III subió al trono (383), la cuestión armenia había vuelto a enfrentar a persas y romanos. Teodosio I, que acababa de firmar en 382 una paz con los godos, pensó que había llegado el momento de volverse contra Persia y recuperar las provincias perdidas por Roma en Mesopotamia superior y expulsar a los persas de Armenia. Para ello movilizó un ejército romano hacia la frontera armenia y buscó el apoyo de la nobleza del país que –recuérdese– era cristiana. Todo parecía dispuesto para

una reacción romana en Oriente contra Persia y Teodosio I llegó incluso a fundar una nueva ciudad-fortaleza en el limes romano-persa, Teodosiópolis, que debía de servirle de futura base de operaciones en Armenia contra Persia. Mas la muerte de Artashir II, contrario a la paz con la Romania, la subida al trono de Shapur III, deseoso de lograr estabilidad en su frontera occidental para atender a los ataques de los chionitas en el Kushanshar y la sublevación de Máximo contra Graciano, atrajo de nuevo la atención de Teodosio I hacia Occidente y restó fuerza a sus pretensiones de llevar a cabo una guerra de envergadura contra Persia.

Tras varios años de disputas, incursiones y presiones mutuas, Teodosio I y Shapur III, que veían con temor las evoluciones de los hunos al otro lado del Cáucaso, decidieron que era más prudente concluir una paz estable entre ambas potencias. Tras el intercambio de embajadas entre las cortes de Ctesifonte y Constantinopla, la paz se firmó en 387. Por ella la Romania reconocía el dominio persa sobre la mayor parte de Armenia y cedía tres cuartas partes de la misma a Persia, regiones que a partir de ese momento serían conocidas como “Perso-Armenia”. También por ese tratado, la Romania volvía a aceptar las fronteras mesopotámicas establecidas entre ambos imperios por la paz de fines del 363 entre Shapur II y Joviano. Era un gran triunfo diplomático para Persia, la cual, tras casi 150 años de continuas guerras contra Roma, lograba hacerse con el control de la mayor y mejor parte de Armenia, de la Transcaucasia y de la Mesopotamia superior. Por su parte, Teodosio I obtenía la tranquilidad que necesitaba en su frontera oriental para volverse hacia Occidente y desalojar de allí a Maximiano⁷¹².

Otro aspecto relevante de los reinados de Artashir II y Shapur III, así como de Barahm IV, es el cambio en la política religiosa con respecto a la mantenida por Shapur II. En efecto, las persecuciones contra cristianos, maniqueos y judíos se atemperaron, cuando no cesaron por completo, y quizás sea esta una de las causas de la oposición del clero mazdeísta a tales reyes⁷¹³. Este ambiente de tolerancia religiosa restaurada por los sucesores de Shapur II, vino a reafirmarse por la paz firmada entre Shapur III y Teodosio I, pues una de las cláusulas del tratado de 387 especificaba que los cristianos residentes en los territorios del Imperio Persa no serían perseguidos por causa de su fe y que tendrían libertad de culto. En reciprocidad, Teodosio I otorgaba a los zoroastrianos instalados en territorio de la Romania libertad religiosa y de culto⁷¹⁴.

Poco antes de su fallecimiento (388) y tal como pretendía lograr con la paz firmada con la Romania, Shapur III pudo volverse hacia su frontera oriental para

⁷¹¹ Al-Tabari: V, 846, p. 68; Firdusi: V, pp. 388-390.

⁷¹² Los detalles de esta paz y su importancia para la supervivencia de la Romania oriental en LEPPIN, H., *Teodosio*. Barcelona, 2008, pp. 107-108; YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, pp. 141-142.

⁷¹³ CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 269-270, donde se señala este cambio en la política religiosa. El ambiente contrario a estos reyes posiblemente emanado de la tradición sacerdotal persa puede verse en al-Tabari: V, 846-848, pp. 69-70.

combatir a los chionitas de la Sogdiana. Éstos, que habían sido contenidos por Shapur II y convertidos en vasallos de Persia, se levantaron contra la autoridad del Shahansha e invadieron la Bactriana persa y las provincias indostánicas del Punjab, Sind y Gandara; es decir, lo que quedaba del Kushanshar persa. El conocimiento de estos hechos nos ha sido transmitido por una fuente armenia del siglo V, la *Historia de los armenios* de Pawstos Buzandacis, pero son ignorados generalmente por los especialistas.⁷¹⁵

Los acontecimientos se desarrollaron como sigue. El rey de los chionitas, Kidara I, venció a los ejércitos persas de Shapur III en la región de Balj, al norte del valle del Oxus, causándoles un gran quebranto y obligándoles a huir hacia Nishapur en Jorasán. Tras este triunfo, los chionitas se apoderaron de toda la Bactriana persa, con excepción del valle de Kabul. Luego pasaron las montañas del Indu Khus y conquistaron la región de Peshawar, es decir, Gandara y el Punjab. Tras esto, tantearon el Jorasán persa y el Sacestán. Shapur III no pudo detener su avance y murió poco después de su derrota ante los chionitas de Kidara I.

Barahm IV (388-399).

Su reinado parece haber estado configurado por una férrea oposición de la nobleza a su autoridad y por sus luchas contra los bárbaros nómadas del norte. En 395, los hunos superaron las defensas persas del Derbent, en el Cáucaso, e inundaron los territorios de Armenia, Albania, Iberia y la Media superior. Devastaron también los territorios romanos de Armenia, Ponto, Capadocia y Siria, con lo que se mostró a las claras que la defensa persa de los pasos del Cáucaso no sólo beneficiaba a Persia sino también a la Romanía y que, por lo tanto, su mantenimiento interesaba a ambas potencias. Para 398, los hunos fueron de nuevo rechazados al norte del Cáucaso y las defensas del Derbent fueron restauradas por Barahm IV.

No obstante, las luchas contra los hunos en el Cáucaso impidieron a Barahm IV volverse con todas sus fuerzas contra los chionitas que –recuérdese– habían derrotado a Shapur III y ocupado el Kushanshar persa. Barahm destinó a su frontera oriental algunos recursos militares y parecía que, tras expulsar a los hunos de sus fronteras noroccidentales, podría volverse hacia el este y recuperar los territorios perdidos por su padre ante el rey chionita Kidara I. Pero, en 399, la muerte le llegó de manos de la traición: los nobles se deshicieron de él en una cacería, hiriéndolo con una flecha envenenada.⁷¹⁶

⁷¹⁴ YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 141-142.

⁷¹⁵ BEDROSIAN, R., *Pawstos Buzandacis, History of Armenians*. Nueva York, 1985, pp. 241-242, 260-261, donde el historiador armenio del siglo V nos informa de una gran derrota sufrida por Shapur III frente a los chionitas, así como que éstos se habían hecho ya con el control de Balj.

⁷¹⁶ YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 142-143.

Yezdiguerd I (399-420).

El reinado de este soberano, cuyo reinado sería altamente polémico, pues mientras que se atrajo las simpatías de los romanos por su tolerante política pro-cristiana y por el mantenimiento de la paz, los nobles y los magos, por su parte, le guardaron un profundo rencor que se trasladó a los autores perso-islámicos. Así, mientras que Procopio y Agatías nos ofrecen un bello retrato de Yezdiguerd I, al-Tabari, Firdusi y al-Tahalibi nos lo representan como un rey cruel y traidor⁷¹⁷.

Lo cierto es que Yezdiguerd I fue un soberano fuerte y enérgico que no dudó en restablecer el poder real frente a la alta nobleza y la jerarquía zoroastriana. Parece ser que no se arredró ante la oposición de magos y Azadan a su política de restauración de la autoridad real, y con frecuencia llevó a cabo purgas entre sus miembros. En estas luchas contra la alta nobleza y los magos, Yezdiguerd I parece haberse apoyado en el pueblo llano, entre quien dispensaba a menudo todo tipo de donaciones y beneficios, así como en el funcionariado y en las minorías religiosas, en especial en cristianos y judíos. Debió de darle resultado, pues se mantuvo en el trono sin ceder un ápice en las líneas de su política, y en sus monedas e inscripciones se aprecia una nueva titulatura y estilo que parecen apuntar a los intentos del rey por recrear su independencia frente a los magos y los Azadan⁷¹⁸. De hecho, Yezdiguerd I tenía tanta autoridad y prestigio hacia 408, que se veía ya en disposición de poder desafiar de nuevo a la Romania, que a la sazón se veía en graves problemas con los godos. Sin embargo, la hábil jugada diplomática de Arcadio I paró el inminente golpe persa. En efecto, el augusto romano envió a la corte persa a Maruta, obispo de Martirópolis, no sólo un diplomático aventajado, sino también y al parecer, un médico de prestigio. Maruta logró convencer a Yezdiguerd I de que desechara sus guerreros proyectos contra la Romania y orientó al rey persa hacia una política pro-cristiana.

Bajo la influencia de Maruta, Yezdiguerd I autorizó en Seleucia (una de las cuatro ciudades que conformaban la Ctesifonte persa) la convocatoria de un concilio de los obispos cristianos de Persia. El concilio se celebró en 410 y estuvo presidido por el propio Maruta y el obispo Isaac de Seleucia del Tigris. En él se invocó la protección de Cristo para Yezdiguerd I y se aceptaron los cánones del concilio de Nicea. Además se consiguió que el rey persa autorizara la reconstrucción de las iglesias destruidas por los magos o por orden del Rey de reyes Shapur II y que nombrara a Isaac de Seleucia *Católicos* (Patriarca universal) de la iglesia persa, concediéndole la autoridad sobre los cristianos de su imperio⁷¹⁹.

⁷¹⁷ Compárese, por ejemplo, Procopio [*Guerra persa*: I, 2-3, pp. 36-39] con al-Tabari [V, 848-850, pp. 70-73].

⁷¹⁸ DARYAEE, T., "History, epic, and numismatics: on the title of Yazdgerd I (*rāmšahr*)". *American Journal of Numismatics*, 14 (2002), pp. 89-95,

⁷¹⁹ YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, p. 143; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 269-271

Después de esto, no es de extrañar que Yezdiguerd I pasara a ser un rey persa muy afamado entre los cristianos y quizás, por esta sólida situación, le pidiera Arcadio en 410, cuando se sentía morir, que se convirtiera en el garante del trono de su pequeño hijo Teodosio II. El rey persa se tomó muy en serio esta petición del augusto romano y envió a un eunuco de su confianza, Antioco, a la corte constantinopolitana como su representante efectivo en la tutela de Teodosio II⁷²⁰. Este hecho en cuestión prueba hasta qué punto ambas potencias, la Romanía y el Eranshar, se reconocían y cuánto habían mejorado sus relaciones.

Yezdiguerd I no sólo fue tolerante con los cristianos, también lo fue con los judíos. De hecho, una de sus esposas principales fue una judía, Shoshendukht, hija del Resh Galuta de los judíos de Babilonia. El matrimonio parece que fue afortunado, pues su joven esposa judía le dio, al final de sus días, un nuevo hijo a Yezdiguerd I, Narsés⁷²¹. Este enlace consolidó también su popularidad entre las minorías religiosas del imperio, pero hizo aún más enconada la oposición que le manifestaban el clero zoroastriano y la nobleza persa. La situación se agravó aún más cuando los cristianos, creyéndose a salvo de cualquier reacción de los zoroastrianos, comenzaron a mostrarse violentamente contrarios a la religión estatal iraní. En efecto, en la Susiana y en Fars, los cristianos destruyeron templos del fuego y desafiaron abiertamente a los Mobedh. El rey, pese a su tolerancia y a su política de entente con los cristianos de su imperio y con la Romanía, no tuvo más remedio que castigar esas ofensas a la religión tradicional persa. Al fin y al cabo y pese a su carácter tolerante, Yezdiguerd I era rey por voluntad de Ahura Mazda y permitir una ofensa al Dios supremo del Irán era tolerar un abierto desafío a su poder real, a su *farr*⁷²².

Por lo demás, Yezdiguerd I era un hábil político: logró en 414 poner a su hijo Shapur en el trono de Armenia, con lo que afianzaba aún más su dominio sobre la Perso-Armenia. Otro hijo suyo, el futuro Barahm V Gor, fue enviado a la corte de los lakmidas, los vasallos árabes de Persia, y de esa manera Yezdiguerd, además de librarse de un hijo rebelde, estrechó sus lazos con los príncipes árabes.

No obstante y en último extremo, Yezdiguerd I, fue víctima del rencor que le profesaban los nobles y los mobedh persas: aprovechando una cacería del rey en un lugar apartado del remoto Gurgan, algunos nobles prepararon su asesinato. Éste, que no sospechaba nada, cayó en la trampa y sucumbió ante los conspiradores. Temerosos éstos de la reacción del pueblo, esparcieron el falso rumor de que el rey había perecido víctima de un accidente provocado por un caballo cimarrón.

⁷²⁰ CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 354-355, con algunas consideraciones acerca de la tutela de Yezdiguerd I sobre Teodosio II en el siglo V y sobre la petición de Khavad I de que su hijo Cosroes I fuese adoptado por Justiniano en el siglo VI.

⁷²¹ *Ibidem*, pp. 38, 110, 272 y 274.

⁷²² *Ibidem*, pp. 272-273.

La muerte de Yezdiguerd I en 420 dio paso a un breve periodo de convulsión en Persia. Shapur, el hijo de Yezdiguerd I que desde 414 gobernaba la Perso-Armenia como rey vasallo de su padre, se dirigió a Ctesifonte y se alzó con la corona. Los nobles que habían asesinado a su padre, tramaron contra él una nueva conjura y Shapur fue destronado pocas semanas después de ser investido con el poder. Los nobles y los mobedh, dejando a un lado al pequeño Narsés, el hijo menor de Yezdiguerd I, alzaron entonces al trono de Persia a un joven llamado Cosroes que procedía de una rama secundaria de los sasánidas. Barahm, el hijo de Yezdiguerd I que se había educado en la corte lakmida de Hira, no aceptó la decisión de los nobles y se alzó contra el usurpador Cosroes. Auxiliado Barahm por tropas árabes de los lakmidas, marchó hacia Ctesifonte y derrocó a Cosroes coronándose Shahansha del Eranshar⁷²³.

Barahm V Gor (420-438).

Barahm “el Asno salvaje”, sería el prototipo de rey persa deseado por la nobleza. Al contrario que su padre Yezdiguerd I, Barahm V supo atraerse el beneplácito de nobles y mobedh. Galante, buen cazador y guerrero, poeta, músico, bebedor, y amigo de las tradiciones y del boato cortesano, Barahm cedió parcelas del poder real a y la nobleza y a cambio se atrajo su apoyo incondicional. Quizás por todo ello, Barahm V Gor es, posiblemente y después de Cosroes I Anusirwan, el rey sasánida más celebrado por la tradición. Sus aventuras cinegéticas, sus amoríos y sus hazañas guerreras contra los turanios fueron immortalizados por persas y árabes en multitud de cuentos populares, canciones, poemas, miniaturas, grabados, etc.⁷²⁴ Amante de la música y del arte, transformó su corte en un poderoso centro cultural. El propio rey no se recataba a la hora de componer poemas o de cantar.

Las fuentes le atribuyen también la llegada de los gitanos al Medio Oriente. Éstos, que en los textos antiguos reciben los nombres de *luris*, *mids*, *jats* y *zutt*, habrían sido traídos al sur de Mesopotamia por Barahm V Gor para que el pueblo llano pudiera disfrutar de sus habilidades como danzarines, músicos y cantores. Lo cierto es que cuando los árabes conquistaron Mesopotamia, se los encontraron allí, criando búfalos en los pantanales de la desembocadura de los ríos Éufrates y Tigris. A lo largo de los años iniciales del siglo VIII, los árabes deportarían a esta región y desde sus tierras originales de la desembocadura del Indo, a nuevos grupos de *zutt*. Más tarde, los Omeyyas asentarían a un grupo de estos *zutt* en la meseta situada al norte de Antioquía. Allí permanecerían con sus búfalos hasta que, en el transcurso de una incursión bizantina en Siria del norte, fueron capturados y llevados hasta los alrededores de Constantinopla.

⁷²³ *Ibidem*, pp. 273-275

⁷²⁴ Al respecto de esta popularidad de Barahm Gor y del reflejo en las fuentes de sus hazañas y gestas en la caza, la guerra y la poesía *vid.* al-Tahalibi: p. 568 y ss; Firdusi: VI, pp. 1-64; al-Tabari: V, 862-865, pp. 91-96; Masudi: II, 168, p. 222

Allí y a partir del siglo XI, los *zutt* recibieron de los bizantinos el nombre de *Atsinganoi*, los intocables, de donde derivaría el de “zínaros”. En el siglo XIII, los zínaros comenzaron a esparcirse por los Balcanes y a inicios del XV, se establecieron en gran número en Valaquia y Transilvania. Sorprendente historia, generada a partir de las aficiones musicales y artísticas de un rey sasánida⁷²⁵.

Pero, dejando atrás la pintoresca personalidad de Barahm V Gor, su gobierno parece haber estado marcado por cuatro hechos fundamentales:

1. la pequeña guerra que libró con la Romania a inicios de su reinado.
2. la reanudación de las persecuciones contra los cristianos y sus presiones exitosas para conseguir que la iglesia cristiana de su imperio se demarcara de la romana.
3. el derrocamiento de los reyes vasallos de Armenia y su sustitución por gobernadores persas.
4. las exitosas guerras libradas en Transoxiana y Jhozrem contra los chionitas.

En 421, pocos meses después de llegar al trono, Bahram V Gor desató, movido por los magos, cuyo apoyo buscaba recuperar, una persecución contra los cristianos de Mesopotamia y Kuzistán. Muchos huyeron a territorio de la Romania, y Barahm, con insolencia manifiesta, exigió que Teodosio II los devolviera a Persia. El joven Augusto se negó y movilizó su ejército de campaña de Oriente. Barahm V Gor se lanzó a la guerra, pero las tropas romanas vencieron en varios encuentros a las persas y el Rey de reyes persa reconsideró entonces su posición. Tras pedir la paz a Teodosio II en 422, el augusto romano se la concedió restaurando, en general, las cláusulas del tratado de paz firmado por Shapur III y Teodosio I en 387. En efecto, las fronteras permanecieron sin cambios y la persecución de los cristianos persas cesó. Además –y esto sí era una novedad con respecto a la paz de 387– ambas potencias, tal vez aleccionadas por los ataques hunos a través del Cáucaso (395-398), convinieron en hacerse cargo conjuntamente de los gastos de la defensa de los pasos del Derbent.

En cuanto a la iglesia cristiana de Persia, pudo restaurar el culto en el Eranshar pero comprendió que sería siempre mirada con desconfianza si persistía en mantener lazos de sumisión con la de la Romania. En 423 –por tanto, años antes del cisma de Nestorio– la Iglesia persa se declaró por completo independiente de la autoridad de los patriarcas de la Romania y en especial del de Antioquía, quien había ejercido hasta ese

⁷²⁵ La fuente tradicional sobre el traslado de grupos de *luris* (es decir, gitanos) por orden de Barahm V Gor es Firdusi [VI, p. 60] que escribe su obra hacia el año 1000, pero recogiendo datos de obras sasánidas de los siglos VI y VII. La reconstrucción de los orígenes del pueblo gitano fue llevada a cabo en 1903 por el insigne orientalista holandés M. J. de Goeje. *Vid.* CHRISTENSEN, A., “*L'Iran...*”, *op. cit.*, p. 277; YARSHATER, E., “*The Seleucid...*”, *op. cit.*, vol. 3, p. 145; KENNEDY, H., *Las grandes conquistas árabes*. Barcelona, 2007, pp. 358 y 369-370.

entonces un claro ascendiente sobre los obispos de la Mesopotamia persa y del Kuzistán.

Libre de cuidados por parte de la minoría cristiana y tranquilo con respecto a la Romania, Barahm V Gor se disponía a llevar la guerra a sus fronteras orientales para vengarse de las derrotas sufridas por sus antepasados ante los chionitas. Pero antes de que pudiera proceder se le planteó un nuevo problema en las regiones occidentales de su imperio: los nacarax de Armenia (la alta nobleza) no estaban de acuerdo con el gobierno de Artaxes, rey de la dinastía arsácida vasallo de Persia y exigieron su derrocamiento a Barahm Gor. Éste accedió a la demanda de los nobles armenios y, pese a la oposición del Católicos de Armenia, impuso sobre ésta el gobierno directo de un Marzban persa. Esto hizo que, en esencia, Armenia pasara de ser un reino vasallo de Persia, a ser una provincia del Eranshar.

Tras solucionar todos estos problemas y con el firme apoyo de la nobleza persa, Armenia y árabes lakmidas, Barahm V Gor se enfrentó, a partir de 429, contra los chionitas y demás pueblos turanios que venían intranquilizando la frontera oriental del Eranshar desde la muerte del gran rey Shapur II. En una serie de brillantes campañas, Barahm V derrotó a los bárbaros y restauró el poder de Persia sobre el valle de Kabul y sobre la región de Bujara en el Jhozrem. Sus éxitos fueron tan completos y celebrados por los habitantes iraníes de estas regiones sometidas a los continuos saqueos de los nómadas, que en la región de Bujara se siguieron acuñando monedas con la efigie de Barahm V hasta mucho después de su muerte. El rey cazador y guerrero fue también inmortalizado en numerosas pinturas de esta región oriental, donde aparecía como el prototipo de buen rey persa por excelencia. En 438, el Rey de reyes Barahm V, el Asno salvaje, el héroe de tantos relatos persas y árabes, moría acunado por los llantos de la nobleza persa quien siempre lo consideró como el arquetipo de lo que debía de ser un buen soberano⁷²⁶.

Yezdiguerd II (438-457).

El hijo de Barahm V Gor, Yezdiguerd II, no tuvo ninguna dificultad en ascender al trono del Eranshar. Su padre se había atraído la buena voluntad de la nobleza y del clero mazdeísta, y el prestigio del trono estaba restaurado; además había paz en todas las fronteras. Aprovechando tan magnífica situación, Yezdiguerd II, bien informado sobre los acontecimientos en los que se hallaba envuelta la Romania, decidió aprovechar su sólida situación y la debilidad de Teodosio II. En efecto, al contrario de lo que sucediera en 422, la Romania Oriental no podía dedicarse a guerrear con Persia con todas sus fuerzas: en 438, el Danubio estaba bajo la amenaza de un ataque huno, mientras que en

⁷²⁶ Para los hechos fundamentales del reinado de Barahm V Gor, *vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 275-282; YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 144-146.

el Mediterráneo, los vándalos estaban convirtiéndose en un problema grave que necesitaba de la convergencia de los esfuerzos de Oriente y Occidente. En semejantes condiciones, a Teodosio II no le podía venir nada peor que una guerra con Persia. Yezdiguerd II lo sabía y no perdió la ocasión de proporcionársela.

Teodosio II envió a Oriente a Anatolio, su *magister militum per orientem*, para que lograra la paz con Yezdiguerd II a cualquier precio. Pero la suerte vino en ayuda de Teodosio II y de su enviado, pues Yezdiguerd II, a la sazón en sus campamentos de guerra en la frontera romana, recibió informes de que los hunos eftalitas habían aniquilado ya por completo a los chionitas del Kusanshar y ahora intentaban invadir los territorios persas para establecerse también en ellos. De hecho, los eftalitas amenazaban las conquistas logradas por el padre de Yezdiguerd II, Barahm V Gor, en Bujara y Kabul. Ante semejantes nuevas, Yezdiguerd II no tuvo inconveniente en olvidarse de su guerra contra la Romania y en ratificar con Anatolio los acuerdos firmados por su padre con el augusto en 422.

Yezdiguerd II corrió entonces hacia oriente y se enfrentó con los eftalitas, llamados erróneamente en muchas obras “kidaritas”, lo que provoca que se les confunda con los chionitas que –recuérdese– recibían también el nombre de “kidaritas”. Durante varios años, Yezdiguerd II se estableció en Nishapur y desde allí dirigió las operaciones bélicas contra los nómadas. La vigorosa defensa que Barahm V y Yezdiguerd II hicieron de sus fronteras, propició que los chionitas y los eftalitas, en vez de penetrar durante su expansión en Irán, se desviaran hacia la India.

Por su parte, los eftalitas, también conocidos como “hunos blancos”, eran –al sentir de la mayoría de los especialistas– de estirpe mongola y en apariencia, parientes próximos de los chionitas y quizás también de los hunos de Atila que, a la par que chionitas y eftalitas ponían en aprietos a los persas, hacían lo propio con la Romania oriental en el Danubio, y con la occidental en el Rin y Panonia. Los eftalitas adoptaron la lengua del país que habían sometido y pronto muchas de sus tribus se sedentarizaron y aculturaron. De ahí que armenios y persas les den a menudo el nombre de “khuchanas”.

Parece ser que la guerra contra los nómadas turanios de Yezdiguerd II fue afortunada en esta primera fase pues, para 450, Yezdiguerd II podía centrarse en Armenia y sus nuevos problemas. En efecto, el *Vuzurg-framadhar* de Yezdiguerd II, Mirnase, quien ya había ejercido ese cargo en tiempos de Yezdiguerd I y Barahm V, y que era un ferviente zoroastriano, había decidido hacer de Armenia una parte integrante por entero de Persia. Para ello y como primer paso, se esforzó en conseguir la conversión de Armenia al zoroastrismo. Mirnase, con el apoyo del rey, promovió una persecución contra los cristianos armenios –la inmensa mayoría– y presionó a los naxaras de Armenia (los nobles) de que abandonaran el cristianismo y se pasaran al mazdeísmo. Algunos nobles armenios cedieron a las presiones persas, pero la mayoría,

acaudillados por Vardan Mamiconion (también conocido como Vardan el Rojo) se alzaron contra Persia y solicitaron el apoyo de la Romanía. Enredada ésta en sus guerras con Atila, no pudo prestárselo y los nobles armenios cristianos se dirigieron solos a la batalla. Tras algunos éxitos iniciales sobre las tropas persas destacadas en Armenia, los armenios, dirigidos por Vardan el Rojo, tuvieron que enfrentarse al grueso de los ejércitos persas en un gran combate que tuvo lugar en 451 en la llanura de Thearkhuni. En él, tras una reñida batalla, fue muerto Vardan el Rojo y buena parte de sus hombres.

La historiografía y la tradición armenias no olvidarían nunca aquella batalla y sus épicos ecos dieron paso a un estilo literario, y a un espíritu y ambiente popular que anunciaba ya el clima de cruzada que Heraclio desataría en Oriente en la primera mitad del siglo VII y que, siglos más tarde y en Occidente, impregnaría toda la Edad Media europea. Es en Armenia, tierra de frontera por excelencia y baluarte cristiano frente al mazdeísmo y, más tarde, frente al Islam, donde surge la épica inherente a las cruzadas. La caballería armenia, su guerrera nobleza, sería la primera caballería cristiana –en el sentido medieval del término– de la cristiandad. Nobles, obispos y monjes armenios de los siglos V, VI y VII prefiguran ya a sus homónimos europeos de los siglos XI al XV.

Mientras tanto, en Armenia, Yezdiguerd II se dedicó a reprimir a los nobles y al pueblo armenio. El Católicos José y muchos altos eclesiásticos y nobles de Armenia, fueron capturados y deportados al interior del Irán. Armenia fue dividida en varias provincias bajo la autoridad de *marzban* persas. Numerosos cristianos sufrieron persecución y martirio, y muchas iglesias fueron demolidas. El rey Yezdiguerd II había triunfado de la rebelión armenia⁷²⁷. Pero la pacificación de Armenia no trajo la paz al rey persa, pues los eftalitas, recuperados de sus derrotas frente a Yezdiguerd II tras la larga ausencia del rey de sus fronteras orientales, volvieron a atacar y éste tuvo que reanudar sus combates contra ellos. No logró esta vez éxitos destacados contra los nómadas y la muerte le sorprendió sin haber solucionado este problema.

Cuando Yezdiguerd II murió en 457, dejaba tras de él a dos hijos mal avenidos entre sí, Hormizd y Peroz. Hormizd era el mayor y subió al trono de Persia. Pero su hermano Peroz no aceptó la situación y buscó, y al cabo logró, el apoyo de los eftalitas. Éstos habían ya logrado expulsar por completo del Kusanshar a los chionitas e incluso

⁷²⁷ Para la batalla de Thearkhuni (también conocida como batalla de Avarair) y la posterior persecución de los cristianos armenios por Yezdiguerd II, *vid.* Sebeos: pp. 1-2, donde se relata de forma épica. Léase también la famosa “Carta de Vardan” en la que se recoge una misiva enviada por el sacerdote y *Vuzurg-framadhar* Mirnase a los nobles armenios conminándoles a abjurar del cristianismo y a convertirse en fieles del mazdeísmo. La carta es un precioso documento, pues nos muestra el estado del debate teológico entre mazdeístas y cristianos a fines del s. V e inicios del VI. Mirnase plasma en su escrito las opiniones que los mazdeístas tenían sobre el cristianismo y sus reproches teológicos contra éste. Añade además en su misiva un interesante discurso a favor del mazdeísmo que nos permite conocer las convicciones religiosas de los persas y el estado teológico del mazdeísmo en estas fechas. La carta de Vardan está recogida en la llamada *Historia de Vardan* que narra los avatares de la guerra de los armenios por mantener su fe frente a los persas mazdeístas. THOMSON, R.W., *Elishē, History of Vardan and the Armenian War*. Cambridge, 1982, pp. 77-80.

los habían perseguido hasta sus refugios del norte de la India. Para 458, los hunos eftalitas habían constituido un poderoso imperio que iba desde el Mar de Aral y el lago Baljash, hasta el Oxus y el valle del Indo. Eran pues una fuerza terrible y Peroz supo utilizarla en su provecho. Con el apoyo de estos nómadas, Peroz venció y mató, en 458, a su hermano Hormizd y se alzó con el trono del Eranshar⁷²⁸.

Peroz (458-484).

Peroz tuvo que combatir a los albaneses caucásicos que –como se recordará– constituían un reino vasallo del Eranshar. Peroz los sometió y les impuso *marzban* persas como gobernadores. Superada esta primera crisis, Peroz tuvo que hacer frente a los estragos producidos por una persistente sequía que desató la hambruna más atroz en el Eranshar. Las fuentes registran siete años de sequía y hambruna, la cual fue especialmente virulenta en las provincias centrales y norteñas del Irán. Peroz intentó paliarla ordenando a los gobernadores locales que realizaran repartos de alimentos entre el pueblo y rebajando significativamente los impuestos. Pero pese a estas medidas, el Irán no pudo eludir atravesar un largo periodo de crisis agrícola y por ende, económica y social.

Una guerra con los antiguos aliados de Peroz, los hunos eftalitas, vino a complicar aún más la situación de Persia. Es paradójico que, en el mismo periodo en que la Rumania tenía que hacer frente a los embates de los hunos de Atila, Persia tuviera que enfrentarse a los problemas provocados en sus fronteras orientales por otros grupos de hunos: los chionitas y eftalitas. En efecto, los eftalitas estaban sufriendo los problemas de la gran sequía que arrasaba el Oriente y esto, unido al deseo de Peroz de sacudirse el yugo que los hunos eftalitas le habían impuesto por su ayuda contra Hormizd, preparó el camino para una guerra entre los aliados. Peroz condujo al grueso del ejército persa hacia el Oxus y allí, no lejos de la actual Herat, tuvo lugar una gran batalla entre persas y eftalitas, en la que Peroz fue derrotado y capturado por sus enemigos (469). Mucho más al oeste, junto a otro gran río, el Danubio, los romanos de Oriente lograban exterminar a los restos hostiles de los hunos de Atila, ahora comandados por uno de sus hijos.

Peroz tuvo que pagar un gran rescate a los hunos eftalitas. La *Crónica del Estilita* cuenta que Peroz tuvo que entregarles treinta mulas cargadas de plata y que el propio

⁷²⁸ Sobre el gobierno de Yezdiguerd II y la subida al trono de Peroz, las fuentes más acreditadas son al-Tabari: vol. V, 871, p. 105, y Firdusi: vol. VI, pp. 65-67. El reinado de Yezdiguerd I y la subida al trono de Peroz se analizan en CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 282-289; y YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 145-148. Para los Eftalitas y su aparición en tiempos de Yezdiguerd II *vid.* GROUSSET, R., *El imperio...*, *op. cit.*, pp. 110-112; HAMBLY, G., *Asia Central...*, *op. cit.*, pp. 55-57 y compárese con YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 147-148.

emperador de Constantinopla tuvo parcialmente que ayudarlo a reunir⁷²⁹. Además, Peroz tuvo que dejar en el país de los hunos eftalitas a su hijo Khavad como garante del pago que debía de efectuárseles. Era una gran afrenta y además Persia se vio obligada a ceder lo que le quedaba del Kushanshar y de las conquistas de Barahm V Gor: Bujara, la región de Balj, el valle del Kabul y la provincia de Tailakan.

Persia, azotada por la hambruna, sometida a un pesado tributo, con sus recursos militares mermados tras su gran derrota frente a los hunos blancos, se vio abocada a un periodo de turbulencias. En el interior, las querellas religiosas se exacerbaban: zurbanitas y ortodoxos se atacaban mutuamente dentro del mazdeísmo, mientras que la agitación social y religiosa imperante entre el pueblo llano anunciaba ya al movimiento mazdaqita, sobre el que volveremos más tarde.

Por suerte para Persia, su gran rival occidental, la Romania oriental, no estaba en mejor situación que ella y, por lo tanto, no podía aprovecharse de la debilidad del Eranshar. En efecto, justo un año antes de que Peroz sufriera su gran derrota ante los hunos eftalitas, el emperador León I sufría, a su vez, una gran derrota ante otros bárbaros: los vándalos. Ambos desastres –el sufrido por Persia ante los eftalitas en 469 y el que la Romania oriental sufrió ante los vándalos en 468– debieron de tener sobre los recursos militares y económicos de ambas potencias, una similar dimensión y repercusión. Pero mientras que la Romania oriental disfrutaba de una fase de expansión económica, Persia se hallaba inmersa en una grave crisis producida por la gran sequía que venía azotando su territorio desde hacía años. De ahí que Constantinopla pudiera rehacerse con cierta rapidez y sin tener que afrontar grandes cambios en sus estructuras; mientras que Persia, sin los recursos de la Romania, se vio sometida a un largo periodo de crisis de la que sólo pudo salir mediante una reforma radical de su sistema militar, fiscal y administrativo. La crisis creció cuando los armenios y el reino vasallo de la Iberia Caucásica –de mayoría cristiana al igual que Armenia– se sublevaron contra la autoridad de Peroz, aprovechando el quebranto sufrido por el Eranshar en 469 ante los eftalitas.

Vahan el Mamiconion, sobrino del héroe Bardan el Rojo, alzó Armenia contra Peroz y agrupó a los nobles armenios bajo su mando. Parece ser que Peroz había aplicado de nuevo en Armenia la intolerante política religiosa de su padre, lo que sin

⁷²⁹ WRIGHT, W., *Joshua the Stylite, Chronicle composed in Syriac in AD 507*. Cambridge, 1882. Esta crónica tan cercana a los hechos nos aporta dos datos preciosos del reinado de Peroz. El primero, que el emperador bizantino le entregó oro para que Peroz pudiera “dominar a los hunos”, lo que sin duda, a nuestro entender, es una referencia a que la Romania favoreció la subida de Peroz al trono en contra de su hermano Hormizd y de que la ayuda de los hunos que Peroz consiguió para tal fin fue lograda, al menos en parte, con oro romano. El segundo dato permite hacernos una idea de la dimensión del rescate y nos pone sobre aviso de que las relaciones entre Peroz y el soberano de Constantinopla seguían siendo inmejorables, pues el segundo ayudó al primero a reunir el rescate que le demandaban los eftalitas [Josué el Estilita: IX-XI].

duda contribuyó a que la sublevación armenia estallara aún con más fuerza y a que los iberos del Cáucaso se sumaran a ella.

Peroz recurrió a los eftalitas, pues al fin y al cabo, el crecido tributo que les pagaba le convertía en su vasallo y como tal tenía derecho a su auxilio militar. Vahan condujo contra las tropas de Peroz y contra los eftalitas que las reforzaban un ejército de 30.000 armenios. La batalla tuvo lugar en la llanura de Gelán en el año 481 o 482 y fue una sonada victoria para los armenios⁷³⁰. De hecho, Peroz perdió por completo el control sobre Armenia que pudo recuperar su independencia durante unos años.

Parece ser que Peroz planeaba una nueva campaña contra los armenios para vengar su derrota y restaurar su autoridad sobre ellos, cuando se renovó su enemistad con los eftalitas. El rey persa no estaba dispuesto a seguir pagando el pesado tributo y decidió jugárselo todo en una gran batalla. Reunidos los contingentes del ejército real y los de los nobles del Eranshar, Peroz condujo un gran ejército hacia la capital de los eftalitas, junto al Oxus medio. Los eftalitas les hicieron frente allí y llevaron al ejército persa a una verdadera encerrona: tres cuartas partes del ejército persa fueron muertas sobre el terreno, y con ellas la flor y nata de la nobleza persa, amén del propio rey Peroz junto a muchos de sus hijos y parientes. Era un desastre sin paliativos y Persia, en ese año de 484, parecía a punto de perecer. Los eftalitas, vencedores, saquearon el Jorasán y el Sacestán, y anexionaron a su imperio las grandes ciudades de Merv y Herat. Además, exigieron un crecido incremento del tributo que Persia les venía pagando desde 469. De hecho, el Eranshar terminó de convertirse en un país vasallo del Khan de los eftalitas⁷³¹.

En Persia la situación era de desconcierto y caos, y sin duda el país se hubiera hundido en la anarquía y la disolución, favoreciendo con ello su ocupación por los hunos eftalitas, si un noble de la casa de Karen (una de las siete grandes familias del imperio) no se hubiese hecho con las riendas del país. Su nombre era Zharmir Sucrai de Karen y, en el momento de la derrota y muerte de Peroz ante los eftalitas, estaba comandando un ejército persa en Armenia que tenía órdenes de poner freno a la creciente rebeldía de la región. Con la ayuda de otro gran noble persa, Shapur de Mirahm (miembro de otra gran familia, los Mirahm) que a la sazón comandaba otro ejército persa en la Iberia Caucásica, ambos marcharon a toda prisa hacia Ctesifonte, la

⁷³⁰ Sebeos: pp. 3-4.

⁷³¹ Estos dramáticos sucesos dejaron honda huella en la historiografía. Procopio [I, 3-4 pp. 42-45] hace un largo y a menudo fantástico relato de la derrota y muerte de Peroz, aunque coincide en general con el de los otros autores; Sebeos [p. 4] ofrece un relato sucinto y bien informado sobre los acontecimientos; Eutiquio de Alejandría [lib. I, cap. XVI 7-9, pp. 272-276], recogiendo fuentes árabes y persas, nos da también un relato bastante acertado de la derrota de Peroz ante los hunos eftalitas. Por su parte al-Tabari [874-878, pp. 112-117] y Firdusi [VI, pp. 72-77], recogiendo la tradición persa, nos dan un cuadro de tintes dramáticos sobre esta gran derrota persa; por último, la *Crónica de Josué el Estilita*: XI, aporta información suplementaria sobre la derrota de Peroz ante los hunos. El resto de las fuentes dependen de las que aquí citamos, o bien no aportan nada nuevo al desarrollo de los acontecimientos. En cuanto a la historiografía contemporánea, el mejor análisis para el reinado de Peroz sigue siendo el de CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, op. cit., pp. 291-294.

capital del imperio, se hicieron con el control de la administración central y del palacio, y elevaron al trono a un hermano del rey Peroz, Balash.

Balash (484-488).

Pese a la coronación de Balash como rey de Persia, Zharmir Sucrai de Karen fue, de hecho, el verdadero gobernante de Persia durante los siguientes años. Las fuentes persas y árabes, deseosas de buscar una salida airosa para Persia de su derrota ante los efталitas, inventaron la noticia de que Zahrmir derrotó a continuación a los efталitas y les obligó a entregar los botines apresados por ellos en Persia y a devolverle a una hija de Peroz que había sido hecha prisionera por su Khan. Nada de esto es cierto. Lo que sí lo es, es que Zahrmir, en nombre del Shahansha Balash, llegó a un acuerdo con los efталitas que reconocía sus nuevas conquistas y fijaba un nuevo tributo que Persia les pagaría anualmente.

Los años de gobierno de Balash están marcados por sus intentos de frenar la grave crisis económica en la que la habían sumergido las grandes sequías, los saqueos de los efталitas, las derrotas ante armenios e iberos y el quebranto monetario producido por los pesados tributos a los efталitas. Con la ayuda de su hombre fuerte, Zahrmir Sucrai de Karen, Balash depuró la administración del imperio, responsabilizando en mayor grado a los gobernadores y funcionarios del bienestar de las gentes sometidas a su gobierno. Por ejemplo, se cuenta que el Shahansha Balash castigó a un *deqan* (es decir, a un miembro de la nobleza local y jefe de un pueblo o pequeño distrito) por el abandono de tierras por parte de los campesinos que estaban bajo su autoridad, con el argumento de que si los campesinos abandonaban las tierras y no las cultivaban, era porque el *deqan* no proporcionaba a sus gobernados las condiciones de justicia, salubridad y seguridad necesarias para facilitar a los campesinos del distrito el cultivo de esas parcelas. Al parecer, Balash propició también la creación de nuevos regadíos y el desmonte de tierras hasta entonces baldías; la fundación de una nueva ciudad, Balashsabadh, y la promoción también del comercio y el artesanado.

En las fronteras, Balash buscó la paz a toda costa. Con sus ejércitos fuertemente mermados por las derrotas ante efталitas, armenios e iberos, Persia necesitaba de tiempo para rehacerse militar y económicamente. Balash buscó ese tiempo llegando a un acuerdo con Vahan el Mamiconion, quien, tras su victoria sobre los persas, había convertido *de facto* a Armenia en un territorio independiente. Mediante el otorgamiento de honores, Vahan fue atraído a la corte persa y persuadido a firmar un acuerdo: el caudillo armenio sería reconocido como *marzban* de Armenia y ésta gozaría de una amplia autonomía. El cristianismo sería la única religión practicada en su territorio, los persas reconstruirían las iglesias destruidas en tiempos de las persecuciones anticristianas desatadas por los reyes Yezdiguerd II y Peroz, y además, los templos del

fuego levantados por los reyes y los mobedh en territorio armenio, serían derruidos. Armenia sólo estaría obligada a reconocer la soberanía del Shahansha de Persia, a auxiliarlo militarmente y a pagar un pequeño tributo⁷³². Parece que la Iberia Caucásica, también en rebeldía contra Persia, recibió de Balash un trato semejante al de Armenia, y que la Albania Caucásica –el otro principado cristiano del Cáucaso sometido a Persia– vio suavizado también su gobierno por parte de ésta.

En el interior, los cristianos vieron también mejorada su situación. Ya en la primavera del 484, en Seleucia del Tigris, los obispos del Eranshar habían proclamado su voluntad de adherirse a la fe proclamada por Nestorio, anatematizada en la Romania por el Concilio de Éfeso (431). De esta manera, las comunidades cristianas de Mesopotamia e Irán se vieron definitivamente separadas de las de la Romania. Los sasánidas dejaron de ver en sus comunidades cristianas una posible quinta columna para considerarlas desde ese momento como un sólido apoyo para el trono frente a las excesivas aspiraciones de los mobedh zoroastrianos y frente al emperador de la Romania, quien era contemplado ahora por los cristianos del Eranshar, no como un soberano cristiano, su protector y benefactor ante las persecuciones de los reyes persas, sino como un emperador hereje y extranjero, enemigo de su rey y de su fe.

Mas, pese a estos buenos principios de gobierno, Balash vio como su trono se tambaleaba bajo sus pies. Sus medidas económicas, tendentes a aliviar los estragos producidos por la sequía y los desastres bélicos, no fueron todo lo exitosas que esperaba, y la situación de su hacienda se debilitó con el pago de tributos a los eftalitas y sus dispendios a la nobleza, que en última instancia era la responsable de su subida al trono. Hacia el final de su corto reinado, Balash no contaba ni con el dinero suficiente para mantener el ejército persa⁷³³. No es de extrañar que su situación se complicara, máxime cuando un sasánida con tantos o más títulos que él para ocupar el trono del Eranshar seguía vivo y ambicionando el trono.

Khavad, el hijo de Peroz que había quedado como rehén de los eftalitas en 469, reclamaba el trono de su padre. Con ayuda de los eftalitas, entre los que había pasado muchos años como prisionero, levantó un ejército en el Jorasán y marchó contra Ctesifonte. Tras derrotar a los generales de Balash, capturó al rey, le cegó y le destronó. Era el año 488 y un gran soberano subía al trono de Persia⁷³⁴.

⁷³² YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, p. 149.

⁷³³ La *Crónica de Josué el Estilita* [XIX] nos pone al punto de estas dificultades económicas de Balash.

⁷³⁴ Al-Tabari: V, 883-884, pp. 126-127; Firdusi: vol. VI, pp. 81-94. Dos relatos orientales sobre estos acontecimientos en *Crónica de Josué el Estilita*: XVIII-XIX y Miguel el Sirio: II, lib. IX, cap. VI, p. 151. CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 295-296.

Khavad I (488-496; 498-531).

Pocos reyes de Persia tienen tras de sí un halo tan luminoso de aventura y leyenda como Khavad I. Son muchas las leyendas que historiadores romanos como Procopio, perso-islámicos como Tabari y Firdusi, y orientales como Sebeos y Eutiquio cuentan sobre su azarosa subida al trono. Pero dejando atrás todas esas curiosas leyendas, lo cierto es que Khavad I se hizo con el trono gracias a los eftalitas y a la connivencia de los nobles persas, en especial de aquellos que como Zahrmir Sucrai de Karen o Shapur de Mihran, más habían apoyado en un principio la subida al trono del tío de Khavad, el malhadado Balash.

Khavad, por supuesto, una vez instalado en el trono de Persia, se deshizo en cuanto pudo de tan movedizos apoyos: Zahrmir Sucrai de Karen se vio precipitado a la desgracia por orden del nuevo rey. Y es que Khavad supo sacar provecho de la rivalidad que existió siempre entre las casas de los Karen y de los Mirahm, así como de la que comenzaba a existir entre los dos antiguos aliados: Zharmir Sucrai de Karen y Shapur de Mirahm. Este último fue ascendido a la dignidad de *Eran Spahbad*, es decir, jefe supremo de los ejércitos del imperio; desde esa alta posición y con la complacencia y ayuda del rey, Shapur de Mirahm acabó con Zharmir Sucrai de Karen. Tras él cayeron también otros muchos nobles persas que habían formado la camarilla del poder desde los días de la muerte de Peroz⁷³⁵.

Libre de la presión del ambicioso Zharmir Sucrai de Karen, Khavad I tenía ante sí otros muchos acuciantes problemas. El primero de ellos era asegurarse la continuación del favor de sus protectores, los eftalitas. Khavad, que los conocía bien, pudo mejorar la relación del Irán con ellos y aunque –contra lo que afirma erróneamente Procopio– no logró liberarse del pesado tributo que Persia venía pagando a los eftalitas desde hacía años, sí logró que respetaran las nuevas fronteras orientales del Eranshar pactadas con los eftalitas tras el desastre de Peroz en 484⁷³⁶.

Peor suerte tuvo Khavad I en sus fronteras occidentales. Allí, los armenios, conducidos por Vahan el Mamiconion (que había logrado del rey Balash no sólo la firma de un tratado de paz, sino también la obtención para sí mismo de la dignidad de *marzban*, y grandes honores y riquezas), no aceptaron la autoridad de Khavad I y se volvieron a sublevar contra Persia. Más al sur, diversas tribus árabes se alzaron, a su vez, contra Khavad I, negándose a pagarle los tributos que le adeudaban, atacando las tierras de la frontera del sur de Mesopotamia y haciendo difícil el tráfico comercial de

⁷³⁵ CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 336-337.

⁷³⁶ En efecto, Procopio [*Guerra persa*: I. 4,35, p. 48] afirma que Khavad logró fortificar tanto su reino que en sólo dos años de gobierno podía ya desafiar a los hunos eftalitas y negarse a pagarles el tributo. Sin embargo la arqueología y las fuentes orientales demuestran que los eftalitas siguieron cobrando esos tributos de Persia durante todo el reinado de Khavad I y durante los primeros años del de su hijo Cosroes I. *Vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 297 y especialmente nota a pie de página.

las caravanas persas por sus territorios⁷³⁷. Para colmo de males, Khavad I no obtuvo del augusto Zenón (474-491), a la sazón emperador en la Romania, ningún apoyo para su trono. Tanto fue así que Zenón se negó, incluso, a enviarle oro para el sostenimiento de las defensas de los pasos caucásicos del Derbent⁷³⁸ que –recuérdese– eran financiadas en común por ambos imperios desde los días de Yezdiguerd I y Teodosio II.

A todo lo anterior vino a sumarse la creciente animosidad de los nobles y de los mobedh hacia Khavad. En efecto, los Azadan, los grandes nobles, se hallaban descontentos del gobierno del nuevo Shahansha. La muerte de Zahrmir Sucrai de Karen, uno de los más insignes miembros de la alta nobleza, había ya provocado un gran resentimiento entre los nobles. La política popular de Khavad y sus deseos de gobernar por sí mismo y sin contar con la nobleza vinieron a incrementar ese resentimiento; pronto la corte y las provincias se llenaron de conspiradores y rebeldes. Khavad, para domeñar a la nobleza e intimidarla, buscó apoyo en el pueblo y en especial en un movimiento religioso-popular que estaba creciendo rápidamente en el Irán desde los terribles años de las hambrunas y sequías de finales del reinado de Peroz: el mazdaqismo. Aunque al parecer Khavad simpatizaba con los mazdaqitas ya desde antes de subir al trono, se mostró favorable a su fe, en cualquier caso, desde los primeros días de reinado. Esto no podía ser bien recibido, claro está, en la rígida sociedad irania, organizada desde hacía siglos en torno a la religión zoroástrica para la que el mazdaqismo era una herejía.

Mucho se ha escrito sobre este movimiento religioso y social de tintes revolucionarios. Ya en la Antigüedad y en la Edad Media fascinó a los historiadores. Procopio, Agatías, Firdusi, al-Tabari, Josué el Estilita y multitud de otros autores le dedican extensos comentarios y más o menos acertadas narraciones. La mayor parte de los estudiosos parecen hoy de acuerdo en señalar que el mazdaqismo no era sino la mezcla de ciertos elementos de una rama iraní de maniqueísmo con otros surgidos de una visión herética del zoroastrismo. Su fundador fue, al parecer, un maniqueo de origen persa y de nombre Zarastasdes, que aparece en las fuentes romanas (excepto en la de Josué el Estilita que conserva el nombre original) con el de “Bundus”. Este Zarastasdes había sido un maniqueo que había escapado de las persecuciones desencadenadas en Persia contra los maniqueos por los sucesores de Shapur I a fines del siglo III. Llegado a territorio romano, Zarastasdes formuló una nueva visión del maniqueísmo basada en una mayor preponderancia de los elementos zoroastrianos sobre los demás componentes cristianos, budistas y gnósticos que conformaban la fe maniquea. Rechazada su doctrina por las comunidades maniqueas de la Romania, Zarastasdes regresó a Persia y fundó allí una nueva comunidad que recibiría el nombre de “Los que siguen la verdadera luz”. Tras su muerte, esta comunidad se expandió por

⁷³⁷ *Crónica de Josué el Estilita*: XXII.

el Eranshar pero sin llamar mucho la atención. Hasta tal punto fue así que los seguidores de las doctrinas de Zarastash eran visionados por las autoridades persas y por las otras comunidades religiosas del Irán como un grupo maniqueo herético, o como zoroastrianos algo díscolos. De hecho, la nueva fe sólo alcanzaría personalidad propia con la aparición de Mazdaq.

Era éste un mobedh zoroástrico de grado medio, muy imbuido por la teología de Zarastash, que había sido recogida, al parecer, en una obra del siglo IV y que circulaba con cierta facilidad entre algunos elementos del clero zoroastriano. Convencido Mazdaq de la verdad de su nueva fe y añadiendo a la teología maniqueo-zoroastriana desarrollada por Zarastash una faceta social de fuerte cariz revolucionario, acabó aprovechándose de la efervescencia social que se manifestaba entre el campesinado iraní por causa de la gran sequía, las hambrunas, y las derrotas ante efitas, armenios y árabes, para dar comienzo a la predicación de su nueva fe. En ella se propugnaba ahora la igualdad de todos los hombres, y la puesta en común de las riquezas y bienes materiales. Según muchos autores antiguos, Mazdaq también propugnaba la comunidad de mujeres e hijos y la abolición de las diferencias de casta entre los persas.

Khavad I se dio cuenta inmediatamente del prodigioso poder que el movimiento mazdaqita, que por entonces estaba propiciando una actitud levantisca de los campesinos hacia sus señores, podía tener como palanca y amenaza contra la nobleza. Así que no tuvo empacho alguno en promoverlo y en concederle su beneplácito real.

Pero el mazdaqismo podía ser una peligrosa arma. En efecto, la sociedad irania se venía definiendo desde hacía siglos por el fuerte arraigo en ella de las ideas e instituciones vinculadas a la defensa a ultranza de la familia, del clan, de la propiedad privada y de la separación entre castas o clases sociales. Al emerger en una sociedad así constituida, el mazdaqismo no podía ser sólo un fenómeno revolucionario y de transformación social, sino sobre todo un poderoso elemento disgregador del ser más íntimo y profundo del Irán, pues éste se venía constituyendo desde la más remota antigüedad sobre principios opuestos a los del mazdaqismo. Éste, por tanto, no podía asumir el papel de reformador del Irán, sino sólo de destructor del mismo y, llegado el caso, de creador de una nueva sociedad irania. Mas para ello le faltaba al mazdaqismo la fuerza y la convicción necesarias. En última instancia y pese a sus principios revolucionarios, el mazdaqismo terminó por integrarse en las jerarquías de poder del viejo Irán y acabó siendo un elemento más en la disputa por el poder que nobleza, clero zoroastriano y trono venían entablando entre sí desde hacía siglos⁷³⁹.

⁷³⁸ *Crónica de Josué el Estilita*: XX-XXII.

⁷³⁹ Para el mazdaqismo las fuentes más seguras son: Agatías: 4.27-30; *Crónica de Josué el Estilita*: XX-XXII; Miguel el Sirio: II, 190; al-Tabari: V, 885-888, pp. 130-137 y 893-894, pp. 147-149; Firdusi: VI, pp. 97-122; Procopio, *Guerra persa*: lib. I, 5, 1-5, p. 49. En cuanto a la bibliografía contemporánea sigue siendo de referencia obligada para el estudio del mazdaqismo la obra de CHRISTENSEN, A., *Le règne du*

Como ya se ha referido, Khavad, ya desde los inicios de su elevación al trono, jugó la carta del mazdaqismo contra los nobles. Era una amenaza contra ellos en manos del rey que podía, a su capricho, arrojarla sobre ellos o retenerla. Pero su apoyo al mazdaqismo le atrajo, claro está, la profunda animadversión de los mobedh. Aquello, la confluencia del encono de nobles y mobedh, sumado a la desastrosa situación exterior del Eranshar (recuérdese que armenios y árabes estaban en plena rebelión y que Zenón y después de él, Anastasio, se negaban a prestarle apoyo y a cubrir su parte de gastos en la común defensa del Cáucaso) fue demasiado para Khavad I. Con apoyo del pueblo o sin él, con mazdaqismo o sin él, en el Irán seguían existiendo dos grandes poderes: la nobleza y el alto sacerdocio zoroastriano. Khavad no había logrado ni domeñarlos, ni atraérselos. En 496 triunfó una conjura contra él y Khavad I fue destronado por los nobles y los mobedh. Un hermano suyo, Zhamash, fue coronado Shahansha y Khavad I encerrado en la famosa prisión del Olvido⁷⁴⁰.

Zhamash (496-498).

Zhamash no pudo poner freno, sin embargo, a los antiguos aliados de su hermano Khavad, los revolucionarios mazdaqitas, por lo que la agitación social y el desconcierto administrativo siguieron creciendo, mientras que los enemigos exteriores del Eranshar seguían activos contra él y ahora se les sumaban los eftalitas que no veían con buenos ojos el destronamiento de su favorito, el caído y encerrado Khavad. La situación se hizo pronto insostenible y al cabo facilitó la huida de la prisión de Khavad, pues éste aún conservaba valedores que le prestaron ayuda para huir hacia el país de los eftalitas. Sostenido una vez más por éstos y tras haber estado aprisionado en la cárcel del castillo del Olvido por más de dos años, Khavad regresó, a fines del 498, triunfante y al frente de un ejército de hunos eftalitas, al trono de Persia.

Khavad I (498-531, segundo reinado).

De nuevo en el poder, Khavad I no dudó en volver a sostenerse en los mazdaqitas y en usarlos como amenaza contra nobles y magos. Éstos, por su parte, habían aprendido la lección: el rey era invencible mientras que fuese sostenido por los hunos eftalitas y contara con el apoyo popular y la fidelidad de los mazdaqitas. Se llegó pues a un equilibrio entre ambos poderes: los nobles y los magos no amenazarían ya al rey, mientras que éste seguiría mostrando sus simpatías hacia el mazdaqismo y lo mantendría vivo y a punto para usarlo, si llegaba el caso, contra la nobleza. Pero, a la

roi Kawadh et le communisme Mazdakite. Copenhague, 1925, especialmente las pp. 94-127. También CRONE, P., "Khavad's heresy and Mazdak's revolt", *Iran*, 29 (1991), pp. 21-42; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 317-3.

⁷⁴⁰ Procopio, *Guerra Persa*: I 5,29 p. 53; Firdusi: VI, pp. 97-122, donde se narran los problemas de Khavad, su caída y su retorno.

par, protegería a ésta y a la jerarquía zoroastriana de los excesos más radicales del mazdaquismo.

Por lo demás, la situación del Eranshar, una década después del desastre de Peroz ante los hunos, seguía siendo apurada: los problemas sociales y religiosos persistían; la sequía y las hambrunas seguían apareciendo intermitentemente en el Irán por largos años aún; el yugo del tributo eftalita continuaba pesando sobre la economía y la hacienda persas; armenios, árabes e iberos del Cáucaso también seguían manifestándose rebeldes a la autoridad del Shahansha, y la Romania persistía en no querer contribuir al común sostenimiento de las defensas del Cáucaso. Pero ahora, al menos, Khavad I estaba fuertemente instalado sobre el trono y la oposición interna de nobles y mobedh a la autoridad real había sido vencida. La etapa de las turbulencias había cesado en Persia y Khavad I iba a tener ahora el tiempo y poder suficiente para iniciar y asentar la recuperación militar y económica de su imperio.

En primer lugar, Khavad se atrajo la voluntad de armenios y árabes. Los armenios, por ejemplo, vieron confirmadas por Khavad las disposiciones del tratado antaño firmadas por ellos con el Rey de reyes Balash; además, obtuvieron de Khavad el pago de estipendios por su ayuda militar contra la Romania. Quiso la suerte que poco tiempo después de firmado este acuerdo, muriera el hijo de Vahan, que sucedía a su padre como señor de los armenios, y Khavad pudo así gobernar directamente a los armenios mediante *marzban* persas de la casa de Suren. Los árabes, por su parte, fueron atraídos por la promesa de futuros botines y de protección contra los romanos⁷⁴¹.

Así fortalecido y en inmejorables relaciones con sus aliados eftalitas –con la hija de cuyo khan se había casado– Khavad pudo pensar en llevar la guerra contra la Romania, pues armenios, árabes y eftalitas le prestarían su apoyo. Eran tres las razones que asistían a Khavad I en este proceder:

- a) la primera, la urgente necesidad de restaurar el prestigio de la corona del Eranshar. Tras décadas de sufrir derrotas frente a sus enemigos exteriores, el prestigio de la dinastía sasánida y del imperio exigían una victoria sonada y, dado que la guerra contra los eftalitas no era posible, sólo quedaba un enemigo de entidad suficiente como para dar timbre a una victoria militar: la Romania.
- b) en segundo lugar, Khavad quería, por cuestiones económicas pero también de prestigio, que la Romania se aviniera a costear de nuevo su parte de los gastos que implicaban la defensa del Cáucaso.
- c) en tercer lugar y de manera principal, Khavad buscaba en su guerra contra la Romania un inmediato beneficio económico que, bien en forma de botines, bien en

⁷⁴¹ Para la paz de Khavad con los armenios *vid.* Sebeos: p. 4; para la efectuada con los árabes y mencionando también a los armenios, *Crónica de Josué el estilita*: XXIV; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 352.

la de tributos concedidos por la Romania a cambio de la paz, contribuyera a aliviar la difícil situación de la hacienda sasánida, apurada por las exigencias de los tributos a los eftalitas y agobiada por el descenso de los ingresos del tesoro, producido a su vez por las sequías y hambrunas que venían azotando intermitentemente el país desde hacía veinte años.

Y es que Khavad necesitaba el oro de la Romania para aliviar las arcas de su hacienda del pesado tributo anual que debía de pagar a los eftalitas; oro para convertir de nuevo al Eranshar en una gran potencia militar, para mejorar su administración y costear las obras públicas que debían de poner freno a la larga época de sequías y malas cosechas.

Los historiadores de la Antigüedad Tardía y del Imperio Bizantino no han llegado a percatarse de la importancia de visionar el mundo antiguo como un único y completo conjunto que se extendía desde el Atlántico hasta las fronteras de China. Así, han estudiado las guerras entre la Romania y Persia desde un punto de vista puramente mediterráneo y romano, y no han podido advertir pues que la verdadera causa de la renovación de las grandes guerras entre el Imperio Romano y Persia se hallaba, no en el limes del Eúfrates o en Armenia, sino en las estepas de Asia central. En efecto, fue la irrupción de los hunos eftalitas sobre el Turquestán y la Bactriana, lo que provocó la debilidad persa, y fue el pesado tributo impuesto por los khanes eftalitas a sus vasallos persas, lo que provocó que el Eranshar se volviera hacia la Romania en busca de ingresos con los que aliviar su apurada hacienda. Es decir, el oro que Anastasio, Justino y Justiniano pagaban a Khavad y a Cosroes I a cambio del mantenimiento de la paz en sus fronteras orientales, no iba a parar a las arcas de Persia, sino a las del Khan eftalita. La situación variará sólo cuando –como se verá más tarde– Cosroes I aniquile a los eftalitas con la ayuda de los tu-kiutas, iniciándose entonces una nueva fase en las relaciones entre Persia y la Romania. Fase final en la que Persia, libre ya del agobio y amenaza de los nómadas, y fortalecida militarmente por las reformas de Cosroes I, buscará ya en la Romania, no una fuente regular de tributos que compensaran sus entregas de plata a los eftalitas, sino una presa en la que cobrar botines y tierras conquistadas.

Si en 502 Khavad, al desencadenar su guerra contra la Romania, sólo aspiraba a lograr que ésta financiara sus pagos a los eftalitas⁷⁴² y la reconstrucción del poderío

⁷⁴² Tan sólo E. Yarshater (*The Seleucid...*, vol. 3, p. 150) se ha percatado de que la causa fundamental que llevó a Khavad a la guerra contra Anastasio en 502 fue la urgente necesidad de lograr fondos para afrontar los tributos a los eftalitas. Yarshater no depende de Procopio, como nuestros historiadores de la Antigüedad tardía y del temprano Bizancio y por tanto, no cae en el error en que cae éste. Los seguidores fieles de Procopio que no consultan las fuentes persas y los resultados arqueológicos, creen erróneamente que Khavad no pagaba ya tributos a los eftalitas y, por tanto, no pueden ver en los tributos entregados por Persia a los eftalitas, la causa que motivó la agresión de Khavad contra la Romania. Pero, ni siquiera Yarshater llega a sacar todo el partido que debiera a sus conocimientos, pues no los relaciona con la

militar persa, en 603 Cosroes II sólo buscaba, al desatar la última gran guerra romano-persa, la conquista sin más de la Romanía oriental. Así pues, en 502, la era de las grandes guerras entre persas y romanos volvía a abrirse en el Oriente y conduciría a ambos imperios a todo un siglo de grandes enfrentamientos bélicos y en última instancia, al mutuo agotamiento y a la debilidad militar frente al Islam. Pero todo eso vendría después, pues en 502, Khavad I sólo quería restablecer el prestigio militar de la corona y del Eranshar, y de paso lograr suficiente oro como para sostener sus pagos a los hunos y engrandecer su ejército.

Con la petición de ese oro comenzó la guerra. Khavad solicitó a Anastasio la entrega de oro en compensación por la defensa del Cáucaso y como indemnización por la fortificación de Dara, fortificación que los persas consideraban un acto hostil. Anastasio, que conocía la apurada situación económica de Persia y sus dificultades a la hora de pagar el tributo a los efalitas, se negó a entregar el oro solicitado por Khavad. Es probable que Anastasio creyera que Khavad no podría pagar a los efalitas sin ese oro y que éstos atacarían entonces a Persia; con una guerra en su frontera oriental, Persia no podría plantear ya una agresión contra la Romanía. Pero el cálculo de Anastasio falló, pues Khavad debió de encontrar en su reino suficiente plata como para hacer frente a las exigencias de los hunos efalitas y por lo tanto logró su apoyo.

Libre de preocupaciones en su retaguardia, Khavad I comenzó a reunir sus efectivos y a planear el asalto del limes romano. Para ello contaba, además de con el ejército persa propiamente hablando, con todo un ejército de auxiliares efalitas bajo sus banderas y con un buen número de contingentes tribales árabes y regimientos de caballería pesada proporcionados por los nobles armenios de la Perso-Armenia.

Todo eso fue lo que se descargó sobre Teodosiópolis, la principal ciudad fortaleza de la Armenia romana, en agosto de 502. El dux de la provincia, Constantino, no hizo amago alguno para defender la fortaleza; bien al contrario, la entregó sin lucha al rey persa que la saqueó salvajemente. Tras esto, Khavad se aseguró la fidelidad de Constantino haciéndolo general persa y lo mantuvo al mando de Teodosiópolis, ahora bajo control persa. Khavad saqueó también a conciencia el resto de las provincias romanas de Armenia y sus vanguardias llegaron hasta los lindes de la Capadocia. En octubre de 502, el territorio estaba tan devastado que Khavad lo abandonó y se dirigió contra la Mesopotamia romana, la cual tomó por su flanco norte, completamente desguarnecido, pues las defensas de la provincia estaban pensadas para rechazar ataques procedentes del sur o del este.

El nuevo objetivo de Khavad era Amida, la formidable ciudad-fortaleza de negras murallas que defendía el alto Tigris. Khavad plantó sus reales delante de la ciudad romana en octubre de 502 y la sometió a un estrecho asedio. El Augusto de la Romanía,

continúa tensión que, desde 506 y hasta fines del reinado de Justiniano, iban a sufrir las relaciones entre

Anastasio I (491-518), envió a un tal Rufino a Oriente con el encargo de lograr la paz con Khavad, satisfaciendo a los persas en sus anteriores reclamos y ofreciéndoles una cantidad de oro a cambio de que evacuaran las ciudades y provincias romanas atacadas. Pero Rufino no logró llevar a buen término las negociaciones y también fracasaron varios intentos romanos de romper el asedio de Amida, pues Khavad derrotó a los refuerzos enviados por Anastasio antes de que éstos entraran en la ciudad. Por tanto, el asedio persa de Amida se prolongó hasta la caída de la ciudad en enero de 503. Los persas, aprovechando un descuido de los defensores, la tomaron al asalto y la saquearon a conciencia deportando a los supervivientes a Persia. 80.000 amidenos, con menos suerte que sus deportados conciudadanos, pagaron con su vida la toma de su ciudad por Khavad⁷⁴³. Éste, tras organizar su nueva conquista y asegurarla con la instalación en ella de una guarnición persa de 3.000 soldados, giró hacia las montañas de Singara y enfiló la ruta romana que llevaba hacia las grandes ciudades del occidente de las provincias de la Mesopotamia romana: Constantia, Martirópolis, Constantina, Edesa, Hierópolis, Samosata, Dara y Calínico.

Khavad volvió a reclamar oro a Anastasio y recuérdese que las motivaciones económicas eran las principales para Khavad a la hora de desencadenar la guerra. Pero la suma pedida debía de ser muy crecida, pues Anastasio se negó a satisfacer las demandas de Khavad y optó por proseguir la guerra.

Khavad se centró entonces en la devastación de la Mesopotamia y de la Osroene. Anastasio reaccionó enviando a tres generales a la Mesopotamia con más de 50.000 soldados: Areobindo, con 12.000 hombres bajo su mando, instaló sus cuarteles en Samosata y Dara, teniendo como objetivo el asedio y toma de la gran fortaleza de Nísibe; Hipatio y Patricio marcharían juntos y con 40.000 hombres hacia la debelada Amida para echar de ella a los persas. Era el mayor ejército romano puesto en Oriente por un emperador desde los días de Juliano el Apóstata en 363, y un claro indicio de que el tiempo de las grandes guerras romano-persas había regresado al Oriente.

Tras pasar por Edesa, Hipatio y Patricio tomaron la ruta de Amida y llegaron a sus cercanías. Para entonces, Khavad había dispuesto sorprender a los romanos con una finta: abandonando las montañas de Singara y dejando tras de él a Amida como un anzuelo para Hipatio y Patricio, Khavad condujo a 20.000 persas (los contingentes de sus aliados hunos eftalitas, armenios y árabes estaban todavía dispersos por la región entregados al saqueo) y se echó sobre Areobindo y sus 12.000 hombres instalados en las afueras de Nisibe. Era un buen plan, pero fracasó. Areobindo resultó ser mejor general que Khavad y lo derrotó cumplidamente frente a los muros de Nísibe, en los primeros días de junio de 503. Khavad tuvo que retroceder, aunque pronto se rehizo con la

Persia y la Romania.

⁷⁴³ *Crónica de Josué el Estilita*: LIII.

llegada de sus aliados efalitas y árabes que vinieron a completar los huecos abiertos en sus filas por los romanos de Areobindo.

En junio de 503, Khavad marchó una vez más contra Areobindo con el firme propósito de ahuyentarlo de los alrededores de Nisibe. Areobindo, que tenía informes sobre las intenciones de Khavad, pidió ayuda a Hipatio y a Patricio que seguían operando frente a Amida; pero éstos no tomaron en serio sus peticiones y permanecieron frente a la asediada ciudad. Sin posibilidad de recibir refuerzos, Areobindo no pudo hacer frente con sus 12.000 hombres a los hunos efalitas, árabes y persas que Khavad le echó encima. Fuertemente presionado por Khavad, Areobindo tuvo que huir precipitadamente y abandonó la región de Nisibe al control persa. Hipatio y Patricio, que continuaban intentando recuperar Amida, tuvieron que abandonar precipitadamente el sitio de la ciudad al conocer la derrota de Areobindo y la posterior marcha de Khavad y sus ejércitos hacia el Eúfrates.

No obstante, antes de abandonar por completo la región de Amida, los romanos lograron una pequeña victoria sobre la guarnición persa de la ciudad. Mas, pese a esta pequeña victoria, Amida siguió en manos persas.

Por la ruta que llevaba de Amida a Nisibe marcharon precipitadamente las tropas de Hipatio y Patricio. Khavad, que sabía de su venida, les preparó un sangriento recibimiento, obligando a los romanos a retirarse hacia el oeste y abandonar la mayor parte de la Mesopotamia romana a los persas. A la par y en los meses de julio y agosto, los árabes lakmidas, fieles vasallos de Persia, atacaron el limes del Eúfrates y pusieron en grave trance al duque de Callínico, el cual, sin embargo, pudo rechazarlos.

Khavad volvió a reunir bajo su estandarte a los contingentes de hunos efalitas, árabes y armenios y retomó la ofensiva sobre lo que quedaba de los ejércitos romanos enviados por Anastasio. Esta vez, el objetivo del rey persa era la fortaleza de Apadna. Al oír que Khavad quería tomarla, los romanos volvieron a movilizar sus tropas contra Khavad, pero éste, una vez más, los sorprendió y les obligó a cruzar el Eúfrates en vergonzosa fuga, dejando sobre el campo una buena cantidad de cadáveres y prisioneros. Khavad avanzó entonces hacia la ciudad de Edesa, en donde había terminado por refugiarse Areobindo con los supervivientes de su pequeño ejército. El asedio de Edesa comenzó a inicios de septiembre de 503 y Khavad trató de tomar la ciudad al asalto, pero sus máquinas de guerra no lograron perforar las grandes murallas de la ciudad. Trató entonces el rey persa de atraer a Areobindo a una trampa, mas fracasó también en este empeño. Llegó incluso a negociar su retirada a cambio de un crecido rescate: Areobindo, en representación de Anastasio, le ofreció 7.000 libras de oro (504.000 sólidos), pero Khavad pedía 10.000 libras de oro (720.000 sólidos), por lo que no se llegó a ningún acuerdo y la guerra prosiguió.

Khavad no lograba perforar las murallas edesanas y al cabo, se vio abrumado por la falta de víveres y tuvo que levantar el campo, permaneciendo en Osroene saqueando

la región. Mientras, quizás a fines del 503 o a inicios del 504, sus tropas de hunos hostigaban Harrán sin mucho éxito y con el grave contratiempo de que su jefe – posiblemente un hijo del Khan de los eftalitas– fuera apresado por los harraneses y tuviera que jurar a sus captores que se retiraría con sus tropas del escenario bélico. Parece ser que el jefe huno eftalita cumplió su juramento y abandonó el frente con sus tropas⁷⁴⁴, lo que provocó que la fuerza con la que contaba Khavad disminuyera mucho y sobre todo que sus relaciones con los eftalitas se complicaran. Esto último fue –como se verá más adelante– un factor decisivo en la conclusión de la guerra.

Pero mientras tanto y más al sur, en el desierto sirio, los respectivos aliados árabes de los dos imperios, se atacaban entre sí. Los árabes aliados de Roma, los del reino de Kinda, lanzaron un ataque contra Hira, la capital de los lakmidas, vasallos a su vez de Persia. El nuevo rey de los lakmidas, al-Mundir, contraatacó conduciendo una expedición contra la Arabia romana y Palestina. Mucho más al norte, en la alta Mesopotamia, un ejército romano lanzó un devastador ataque contra la provincia persa de Arzanene y Khavad regresó ante los muros de Edesa. Trató, una vez más, de asediar la ciudad, pero de nuevo tuvo que retirarse sin haber logrado el éxito de su empresa.

En el campo romano, Anastasio I había enviado a Oriente un nuevo ejército dirigido por Celer, *Magister officiorum* y hombre de confianza del augusto, quien tenía la orden de asumir el mando supremo de las operaciones. Instalado en Hierópolis, Celer distribuyó en cuarteles de invierno a las tropas del frente y planeó las operaciones para la campaña siguiente. En la primavera de 504, envió a Patricio con un ejército contra Amida, con el encargo de impedir que la ciudad fuera abastecida y reforzada por los persas. Patricio lo logró plenamente pues, al poco de llegar a la región de Amida, derrotó a un ejército persa que trataba de forzar su entrada en la ciudad para reforzar a la guarnición de ésta.

Al mismo tiempo, otro contingente romano fue enviado a la región de Singara para saquearla y distraer a los persas. Éstos, por su parte, habían tenido que volverse hacia Transcaucasia, pues un ataque de los hunos que habitaban al norte del imperio (posiblemente estos hunos de las fuentes fueran los utriguros y cutriguros de las regiones del Don y del Kubán) sorprendió a las guarniciones persas que controlaban los desfiladeros del Cáucaso, y se desperdigaron por Albania y la Media saqueándolo todo a su paso. Khavad, cuyas relaciones con el Khan eftalita se habían deteriorado mucho y ya no contaba con su apoyo militar, se vio sin suficientes recursos para hacer frente de forma efectiva a este nuevo frente bélico.

Mientras tanto, en Amida, Patricio seguía impidiendo a los persas aprovisionar la ciudad, pero éstos, a su vez, seguían impidiendo a Patricio hacerse con el control de la plaza. Más al oeste, en la región de Nisibe, Celer se dedicó al saqueo de las tierras persas, y hacia el sur, Areobindo, hizo lo propio con las de Arzanene.

⁷⁴⁴ *Crónica de Josué el Estilita*: LIX.

Las tornas estaban girando y Persia, sin el apoyo de los hunos eftalitas y preocupada por las agresivas evoluciones de los nómadas junto al Cáucaso, no tenía aún la fuerza suficiente como para enfrentarse sin aliados a la Romanía. Y es que no sólo los eftalitas abandonaban el campo persa: en 505, Musel, jefe de los armenios que servían en el ejército persa, se pasó al lado romano. Siguiendo sus pasos, Constantino, el traidor que había entregado en 502 Teodosiópolis a los persas, retornó al bando romano tras recibir de Anastasio el perdón. No cesaron aquí las deserciones en el bando persa, pues un jefe árabe de nombre Hadit, se pasó también a las banderas romanas.

Khavad estaba pues bastante disminuido en sus recursos bélicos y su mayor preocupación debía ya de ser, en ese verano de 505, la de cómo salir airoso de una guerra que se estaba tornando en su contra por momentos. Por su parte, Anastasio, siempre atento al bienestar de sus súbditos, libró a las provincias de Eufратensis, Osroene y Mesopotamia de pagar los impuestos pertenecientes a los años 503-505, y se dispuso a realizar un esfuerzo final para acabar la guerra.

Khavad, que veía preocupado cómo los ejércitos romanos estaban tomando la ofensiva, decidió pedir una tregua y envió a su Eran Spahbad a negociarla con Celer: ofrecía la devolución de Amida y del resto de sus conquistas en la Mesopotamia romana y en la Armenia occidental, así como la entrega de los rehenes romanos. Celer, tras algunas dudas, y al ver que durante el invierno de 505 sus tropas comenzaban a perder la disciplina, decidió tratar la oferta de tregua hecha por los persas. La tregua se transformó en paz y se delimitó una frontera que, en esencia, era la misma que la existente antes del ataque persa de 502. De hecho, el único logro de Khavad había sido lograr que Anastasio se aviniera a pagarle una pequeña cantidad de oro, en compensación por la fortificación de Dara, suma que apenas si cubría los gastos generados por la defensa persa del Cáucaso⁷⁴⁵ y que, en modo alguno, permitía a Khavad hacer frente a la pesada carga que el tributo eftalita ocasionaba a la hacienda y la economía persas.

La guerra había mostrado que Persia, tras casi treinta años de postración, volvía a ser una gran potencia, pero también mostraba que la Romanía seguía siéndole superior y que el Eranshar dependía aún en demasía de sus aliados eftalitas, armenios y árabes, para sostener su esfuerzo militar. Si Khavad quería volver a tentar las fronteras romanas debería de contar con un ejército persa mayor y mejor preparado, menos dependiente de los contingentes que pudieran proporcionarle sus posibles aliados. La guerra de 502-506 mostraba también – como se ha dicho – que la era de la paz y de la *entente cordiale*, abierta en Oriente por la paz de 387 firmada por Teodosio I y Shapur III, había llegado a su fin y que una nueva época

⁷⁴⁵ Para esta primera guerra de Khavad con los romanos *vid. Crónica de Josué el Estilita*: L-LXXXI, que hace el mejor relato de la guerra además de ser el más cercano a los hechos en tiempo y espacio; Procopio [*Guerra persa*: lib. I 7-9, pp. 57-70], que da un buen relato y que, como secretario de Belisario en la II guerra de Khavad contra los romanos, tuvo sin duda acceso a los informes oficiales de los generales romanos Areobindo, Celer, Patricio e Hipatio que dirigieron los ejércitos en la primera guerra persa; al-

caracterizada por el continuo enfrentamiento entre ambas potencias volvía a abrirse, de forma irremediable y para un largo periodo. Las causas que habían llevado a Khavad a atacar a la Romanía en 502 seguían estando vigentes: Persia necesitaba del oro romano para financiar la seguridad de su frontera oriental, para consolidar su situación militar y acrecentar su menoscabado prestigio. Bajo esta perspectiva, la paz de 506 sólo podía ser un paréntesis y la reanudación de la guerra entre ambas potencias sólo era cuestión de tiempo y de oportunidad.

Pero mientras que esa oportunidad se presentaba para Persia, ésta se veía envuelta en sus graves problemas internos. Para 506, Khavad había logrado subsanar parte de los problemas económicos de su imperio: la sequía parecía haber remitido para entonces y las cosechas volvieron a ser abundantes. La aceptación por parte de la Romanía de compensar a Persia con entregas de subsidios tras la guerra de 502-506, debió de contribuir también a la mejora de la situación de Khavad y de permitirle obtener un poco de margen a la hora de emprender una política de afirmamiento del poder real frente a nobles, magos y mazdaqitas. En especial estos últimos, los mazdaqitas, estaban comenzando a ser más un problema que una ayuda para el rey. Sus excesos empezaban a alterar la vida económica y social iraní, y Khavad ya no podía dominarlos por la persuasión. El hijo menor de Khavad, Cosroes, el favorito del rey, era especialmente hostil a los mazdaqitas y es posible que, en último extremo, el giro agresivo de la política de Khavad hacia el mazdaqismo se deba a su influencia⁷⁴⁶.

Sea como fuere, Khavad se volvió decididamente contra el mazdaqismo en los últimos años de su reinado. Una serie de disposiciones reales limitaron sus revolucionarias actividades y ante la oposición de los mazdaqitas a esta política, Khavad pasó a la represión directa: se organizó una trampa en la que Mazdaq, el jefe de la secta, y varios centeneares de sus hombres de confianza fueron asesinados por orden real, o por orden del príncipe heredero Cosroes, según otros. Sin sus jefes, los seguidores de Mazdaq fueron incapaces de ofrecer una resistencia coherente a las acciones reales y terminaron siendo perseguidos por los mobedh zoroástricos, a los cuales se encargó la destrucción del mazdaqismo. En pocos años, el mazdaqismo pasó a ser un movimiento residual y clandestino que, no obstante, sobrevivió hasta los días de la conquista islámica, siendo entonces germen de nuevos conflictos socio-religiosos, esta vez dentro de la esfera del Islam.

Libre de las trabas del mazdaqismo, Khavad parece haber dedicado los años que van de 507 a 518, al desarrollo interno de Persia. Según resaltan las fuentes persoislámicas, emprendió en esos años la construcción por todo el reino de canales, presas y pozos que debían de prevenir los estragos de futuras sequías, amén de aumentar

Tabari: V, 887-893, pp. 135-147. Además, YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 150-152; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 349-352.

⁷⁴⁶ Firdusi: VI, p. 113.

la tierra cultivable, los ingresos fiscales y la población del imperio. Fundó también en esos años numerosas ciudades destinadas a convertirse en centros artesanales, agrícolas y comerciales, y a servir de base para la administración de las regiones en donde habían sido fundadas. Entre esas ciudades, cabe mencionar las de Eran-asankard-Khavad, situada en Susiana y destinada a convertirse en un centro agrícola de primer orden gracias a los canales, presas y pozos con los que fue dotada; la de Ram-Khavad, fundada sobre las montañas que separaban la Susiana de la Pérside; la de Khavad-Khvarreh, asentada sobre un yermo de Pérside (actual Fars) al que Khavad dotó de ricas huertas gracias a la perforación de numerosos pozos, y a la construcción de presas y canales que recogían el agua de las lluvias y de los torrentes de las cercanas montañas; por último, Peroz-Khavad, junto a la frontera norte, destinada a servir de valladar frente a las incursiones de los nómadas que inquietaban al Eranshar desde el otro lado del Cáucaso⁷⁴⁷.

La fundación de Peroz-Khavad y la consolidación de las defensas del Derbent, unida a una serie de vigorosas campañas desarrolladas en los lindes de la Albania Caucásica con las montañas de lo que luego sería el Daguestán, posibilitaron a Khavad frenar las incursiones de los nómadas por Transcaucasia y Media. No obstante, en 517-518, un ataque de los sabiros⁷⁴⁸ perforó las defensas persas, exponiendo a Armenia y a Iberia al saqueo de los nómadas. Ese mismo año de 518, Khavad vio con inquietud la elevación de un nuevo augusto en la Romania, Justino I (518-527), y una serie de tensiones entre ambos soberanos generó un nuevo clima de enfrentamiento.

En primer lugar, la política árabe de ambas potencias vino a acrecentar la desconfianza mutua, pues los árabes aliados de la Romania (básicamente y en estos años iniciales del siglo VI, los del reino de Kinda⁷⁴⁹) habían logrado derrotar a los lakmidas (los árabes vasallos de los sasánidas) y ocupar su capital, Hira, por varios años. Esto, claro está, debía de ser causa de tensión entre ambas potencias, pues Khavad no podía ver con buenos ojos cómo los aliados de Constantinopla ocupaban la capital y los territorios de sus vasallos. Pronto se sumaron otros factores de colisión entre ambos poderes. Desde hacía años, el rey Gurgenes de la Iberia Caucásica, un reino vasallo de Persia, se estaba enfrentando a sus nobles para conseguir una mayor autoridad de la corona en el gobierno del reino. Los nobles de Iberia se volvieron entonces hacia el Shahansha Khavad y le solicitaron que depusiera a su rey, al igual que cien años atrás habían hecho los nobles armenios.

Entonces sobrevino en Persia la reacción de Khavad contra el mazdaqismo y la vuelta a la influencia y beneplácito real del *mobadan mobed*, el sumo pontífice de la religión zoroástrica que tras la caída y muerte de Mazdaq y la proscripción de su secta, volvía a ser la

⁷⁴⁷ CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 353.

⁷⁴⁸ Nómadas de estirpe sarmática, posible subgrupo de los alanos del Cáucaso.

⁷⁴⁹ YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, p. 152; "Kinda", en *Encyclopedia of Islam...*, *op. cit.*, vol. V, pp. 118-120.

religión oficial del Imperio Persa. El hecho fue decisivo para la resolución del “problema de la Iberia Caucásica”, pues Khavad quería mostrarle a los magos, a los nobles y al pueblo iranio, lo verdadera y fogosa que era su recuperada fe zoroástrica, viendo ocasión para ello en el asunto del litigio de Gurgenes con sus nobles.

Así, con el doble propósito de meter a Gurgenes en un callejón sin salida y de lograr la complacencia del *mobadan mobed*, Khavad envió a Gurgenes órdenes terminantes de que aceptara la fe de Zoroastro y de que la impusiera a sus súbditos. Gurgenes, ya bastante apurado por las exigencias de sus nobles y acorralado ahora por la petición de Khavad, entró en rebelión contra Persia y pidió ayuda a Justino I, ante lo inmediato de un ataque persa. Éste se la concedió de inmediato, pues veía con malos ojos que Persia pudiera establecer, no ya un reino vasallo, sino una provincia persa en las inmediaciones del Mar Negro. Justino envió primero a un alto funcionario de su corte al Bósforo Cimerio (es decir, nuestra Crimea) y a las regiones de la desembocadura del Don y del Kubán en busca de mercenarios utriguros y cutriguros que enviar al rey Gurgenes para que éste se defendiera del ataque persa. Pero los hunos de aquellas estepas no estaban por la labor de enrolarse en una guerra que prometía pocos botines y mucha sangre, y desecharon las ofertas hechas por los romanos. Justino I pasó entonces a enviar a uno de sus generales al Lázica, el pequeño reino vasallo de la Rumania situado en la esquina suroriental del Mar Negro, con órdenes de auxiliar desde allí a Gurgenes.

No obstante, ni Gurgenes ni sus aliados romanos pudieron parar –como ya vimos– el ataque de Khavad. Victoriosos, los ejércitos persas rebasaron las defensas de Gurgenes y éste, acorralado, huyó al Lázica, desde donde, con apoyo romano, intentó regresar a su reino y expulsar a los persas. Éstos, por su parte, convirtieron a Iberia en una provincia de su imperio: nombraron un marzban persa para gobernar el territorio e instalaron guarniciones en Tiflis, la capital del reino, y en varias fortalezas claves del montañoso país. Pero como Gurgenes y los nobles iberos que le acompañaban en su destierro en Lázica seguían hostigando a los persas desde su refugio, Khavad ordenó a sus tropas de Iberia que ocuparan las fortalezas que custodiaban los pasos entre Lázica, es decir, la Cólquide y la Iberia Caucásica. Los persas no tuvieron muchas dificultades en lograr su cometido, pues las tropas romanas que desde hacía poco guarnecían las fortalezas de la frontera del Lázica con Iberia, evacuaron sin lucha sus posiciones al carecer de los abastecimientos necesarios para hacer frente a un ataque persa⁷⁵⁰. Así que, a la tensión desatada por los conflictos entre sus respectivos auxiliares árabes en la frontera sur de ambas potencias, venía a sumarse ahora un nuevo foco de tensión entre ambos imperios localizado en su frontera norte, en el Cáucaso.

⁷⁵⁰ Para la evangelización de la Iberia caucásica y su conversión al cristianismo *vid.* Sócrates: *Historia Eclesiástica*, I. 20, que relata que ésta se produjo durante el reinado de Constantino el Grande. Consúltense también los términos “Georgia” e “Iberia” en la obra de BERNARDINO, A., *Diccionario patristico y de la antigüedad cristiana*. Salamanca, 1991, pp. 929 y 1073. Sobre la sublevación de Gurgenes contra Khavad y la intervención romana a favor del rey de Iberia, *vid.* Procopio de Cesarea,

Todo lo anterior, los problemas abiertos entre la Romania y Persia por causa de las guerras entre sus respectivos aliados y vasallos árabes, y el frente abierto entre ambas potencias por el control efectivo del Lázica y la Iberia caucásica, eran sin duda focos de tensión que, antes o después, hubiesen terminado por llevar al enfrentamiento bélico a ambos poderes. Pero el episodio que acabó por provocar la guerra de forma inmediata entre Persia y la Romania fue el asunto de la adopción del hijo menor de Khavad, Cosroes, por el Augusto Justino.

En efecto, fue la negativa de Justino I a adoptar al hijo menor de Khavad, Cosroes, lo que precipitó la guerra a gran escala entre Persia y la Romania. Ya vimos al abordar el reinado de Yezdiguerd I, que existía un precedente para tal proceder: la petición de Arcadio a Yezdiguerd I de que tutelara a su pequeño hijo y heredero Teodosio II. Comprobamos, así mismo, que Yezdiguerd I se tomó muy en serio esta petición y que envió a la corte constantinopolitana a un dignatario persa de su confianza para que velara por el joven Arcadio en representación suya. Sin duda, Khavad esperaba lograr algo similar cuando realizó su petición a Justino I. El persa ansiaba poner en el trono del Eranshar a su hijo Cosroes, ya que sabía que, si moría sin asegurar la posición de su hijo favorito, los nobles y los *mobedh* harían valer sus derechos y elegirían por su cuenta a su sucesor. Y dado que Cosroes no era el más popular de sus tres hijos, era bastante probable que a su muerte no fuese éste, sino uno de sus hermanos, el que le sucediera como Shahansha del Eranshar. Khavad I había intentado que los nobles aceptaran como corregente suyo a su hijo menor Cosroes, al cual había favorecido sobre sus hermanos en todo lo posible, pero su posición no debía de ser del todo segura y debió pensar que la protección del Augusto de la Romania sobre su hijo menor terminaría por consolidar la posición de éste frente a sus hermanos y frente a los nobles y *mobedh*.

Pero en Constantinopla no lo vieron así. Justino I se negó a proceder a la solicitud de Khavad, pues lo que el Augusto de la Romania ofrecía al Shahansha del Eranshar no era la adopción legal sin más del joven Cosroes, sino un sucedáneo germánico que colocaba al heredero del Rey de reyes de Persia al nivel de un cabecilla germano. Era, sin duda –pese al fantasioso y exculpatorio relato que Procopio hace al respecto– una ofensa calculada y en toda regla contra Khavad y su imperio⁷⁵¹, y el rey persa lo comprendió perfectamente.

Guerra persa: lib. I, 12-13, pp. 79-83; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 356-357; YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, p. 152.

⁷⁵¹ La narración de Procopio [*Guerra persa*: lib. I, 11-12, pp. 74-77] oculta un crecido interés por exculpar a un amigo suyo -el cuestor Proclo- de la responsabilidad de haber sido el promotor de la ofensa hecha a los persas cuando éstos solicitaron la adopción de su príncipe Cosroes por el Augusto Justino. Este último, por consejo de Proclo, al decidir que sólo procedería a la adopción del hijo menor de Khavad bajo la fórmula de un rito germánico, desairó profundamente a los persas y a su rey. Khavad, que buscaba en Justino I el mismo apoyo para su heredero que un siglo atrás Arcadio había encontrado para el suyo cuando solicitó a Yezdiguerd I que tutelara a su hijo Teodosio II, tuvo que quedarse airado ante la soberbia actitud de Justino y sus consejeros, que ponían al Rey de reyes de Persia al mismo nivel que un jefecillo germánico. La historia procopiana de que la secreta intención de los persas, descubierta por Proclo, era la de hacerse con la Romania mediante el expediente de que, Cosroes, como hijo adoptivo de

Khavad declaró la guerra e invadió la Mesopotamia romana, a la par que en el frente caucásico, donde hasta entonces se mantenía lo que hoy llamaríamos una guerra de baja intensidad, ordenó a su marzban de Iberia que pasara a lanzar ataques a gran escala. Mucho más al sur, los aliados árabes de ambos imperios se sumaron, gustosos, al nuevo conflicto entre ambos imperios.

Para 526, la guerra hacía arder todas las fronteras entre ambos poderes, desde el Cáucaso al Mar Rojo. El enfrentamiento giró en torno a la gran ciudad-fortaleza de Dara, muy reforzada por Anastasio I, quien le había dado su nombre y la había transformado en una verdadera ciudad. Hubo también –como ya se ha referido– combates en el Cáucaso y algaradas de los respectivos aliados árabes.

En un primer momento, la suerte sonrió a los persas. En Mesopotamia, dos jóvenes estrategos, Citas y Belisario, recién salidos de la comitiva militar de Justiniano fueron derrotados por los ejércitos de Khavad. A la par y en el norte, en Lázica, la guerra se tornaba cada vez más favorable a los persas. La muerte de Justino I (518-527) y la subida al trono de Justiniano I (527-565) no significaron el fin de las hostilidades. Bien al contrario, Justiniano elevó a la condición de *magister militum per Orientem* al recientemente derrotado Belisario. Éste marchó a Dara, la llave de la Mesopotamia romana, al frente de un fuerte ejército que derrotó, junto a las murallas de Dara, a un gran ejército persa (530).

Un año antes, los aliados árabes de Justiniano fueron desalojados de la ciudad de Hira (la vieja capital lakmida que los kindi de Kinda ocupaban desde 508) por los lakmidas, dirigidos por su rey al-Mundir. Esta victoria de al-Mundir, fiel vasallo de los persas, fortaleció el flanco suroccidental de Persia y abrió aún más el limes sirio-arábigo de la Romania a las incursiones sarracenas.

Más al norte, en la alta Mesopotamia, la guerra se reanudó con brío en 531, tras la brillante victoria de Belisario sobre los persas. Ese año, una atrevida finta estratégica dirigida por al-Mundir llevó a los lakmidas y a los persas tras las líneas de Belisario. Al-Mundir había conducido a sus árabes y a los persas a través del desierto sirio dejando tras de él las fortalezas romanas que custodiaban las fronteras mesopotámicas. Llegado a Siria, el siguiente punto en su plan era tomar Antioquía por sorpresa, pero fracasó en su empeño. La rápida reacción de Belisario, quien abandonó sus posiciones en Mesopotamia y se dirigió a Siria a marchas forzadas sorprendiendo a árabes y persas, quebró la sorpresa estratégica lograda por la finta de al-Mundir, y obligó a los persas y a sus aliados a abandonar Siria y dirigirse hacia el Eufrates. Junto a él, en las cercanías de la ciudad de Calínico, se enfrentaron de nuevo los ejércitos rivales. Los persas lograron esta vez la victoria táctica, pero Belisario

Justino I, la heredera es de todo punto inexacta. Procopio debería saber que no había derecho sucesorio alguno establecido en la Romania. De ahí que era una pura fantasía pretender que Cosroes, por el simple hecho de haber sido adoptado por Justino, fuese a tener unos derechos indiscutibles sobre el trono. Sobre este tema *vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 356-362.

se mantuvo en el campo y causó tantas bajas a los persas, que éstos no tuvieron más remedio que evacuar el territorio romano y retirarse al suyo propio.

Mucho más al sur, en el lejano Mar Rojo, Justiniano intentó una audaz finta diplomática contra Persia. Aprovechando las fluidas y excelentes relaciones que existían desde el siglo IV entre los cristianos de Egipto y el reino abisinio de Axum, Justiniano trató de dar un doble golpe contra la economía y la retaguardia persas. Incitó a los abisinios del rey Hellestaeus a invadir Yemen, a la sazón en posesión de los hymyaritas (árabes de religión judía) y a tomar así el control absoluto del comercio de lujo oriental que pasaba por el Mar Rojo y el Océano Índico hacia Egipto y los puertos de la Siria meridional.

Procopio, no muy bien informado, pretende que Justiniano envió embajadas a hymyaritas y abisinios para que le dejaran participar del rico comercio oriental y para que atacaran a Persia por su retaguardia; concluye su relato informándonos del fracaso de las gestiones diplomáticas de Justiniano. Sin embargo, gracias a la obra de Cosmes Indicopleustes (marino y comerciante de la Romania que traficó por el Mar Rojo y el Océano Índico por esos mismos años), a las detalladas narraciones que al-Tabari hace sobre la conquista y dominación abisinia del Yemen, al relato que Juan de Nikiu ofrece sobre los mismos hechos y a la famosa inscripción de Mureighan (que recoge la narración de los hechos de Abrahah, virrey del Yemen del Negus abisinio de Axum) sabemos que los mercados de Abisinia, Arabia meridional, Ceilán e India fueron abiertos precisamente en ese momento a los romanos por mediación de los abisinios de Axum. Dado que entre 522 y 527 (la fecha sigue en discusión) los abisinios conquistaron el reino de los hymyaritas del Yemen y se apoderaron así del control de la ruta del Mar Rojo al Índico, y que una vez asentados en el Yemen se lanzaron, auxiliados por los árabes de Kinda (vasallos de Justiniano), a atacar la frontera suroccidental de Persia que custodiaban los árabes lakmidas, es lícito pensar que los abisinios fueron instigados por Justino I o por Justiniano y que se comportaron tal y como la Romania pretendía. Al fin y al cabo, a Justiniano nada podía agradarle más que abrir un boquete en el monopolio que ejercían hasta entonces los persas sobre el gran comercio oriental.

Con la ruta meridional en poder de una potencia amiga (y los abisinios de Axum lo eran, pese a los informes de Procopio) una buena cantidad del oro romano que se quedaba hasta ese momento en manos de los aduaneros persas, se dirigió hacia un comercio más libre y rentable establecido con los aliados abisinios. Evidentemente, tuvo que producirse entonces una merma considerable en los ingresos que Persia obtenía por su papel de intermediaria necesaria en el comercio de la Romania con India y China, lo que, claro está, afectaría antes o después a los recursos militares que Persia podría lanzar en un futuro contra la Romania.

Los testimonios que hemos ofrecido sobre la conquista abisinia del Yemen, la hostilidad abisinia contra los aliados árabes de Persia y su alianza con los aliados de Justiniano, así como sobre el activo comercio que se desarrolló entre romanos y abisinios,

confirman nuestra tesis de que Procopio no nos informa correctamente de los verdaderos resultados y propósitos de las acciones de Justiniano en el Mar Rojo. Los hechos que vinieron a desarrollarse en la región, con posterioridad a la paz de 532, nos la confirman aún más si cabe, pues sólo pueden explicarse las acciones de Cosroes I en el Índico y la Arabia meridional, y las réplicas que a dichas acciones le dieron Justiniano, Justino II y Tiberio II, bajo la perspectiva con la que acabamos de explicar los anteriores acontecimientos⁷⁵².

Pero volviendo al escenario principal del enfrentamiento entre ambos imperios, hay que señalar que, a fines del 531, la retirada del frente de Belisario (quien debía preparar el ataque de Justiniano contra los vándalos), el fracaso persa ante Martirópolis y la muerte de Khavad I aletargaron la guerra en Oriente. Un tratado de paz entre ambas potencias a fines del 532 vino a concluirla: Cosroes I, el sucesor de Khavad, se comprometía a mantener la paz en el limes oriental de la Romania y a evacuar las fortalezas que sus tropas ocupaban en Lázica; a cambio, la Romania tenía que pagar a Persia un total de 11.000 libras de oro (792.000 sólidos) así como comprometerse a abonarle anualmente una cantidad de oro destinada a cubrir su parte en los gastos derivados de la defensa persa de los desfiladeros caucásicos⁷⁵³. Era mucho más de lo que Khavad hubiese soñado, pues el crecido pago en oro que Justiniano se comprometía a entregarle a cambio de la tranquilidad de su retaguardia durante el ataque contra los vándalos significaba que el tributo que los efalitas seguían imponiendo a Persia en esos mismos años podía ser cubierto sin dificultad por el oro de la Romania. Más aún, Persia contaría ahora con suficiente numerario y recursos como para acometer el engrandecimiento de sus ejércitos y la reforma de su administración.

Regresando a Khavad I, muerto a fines del 531, cuando todavía la guerra con la Romania era incierta, diremos a modo de balance de su reinado que aunque no logró acabar con las actividades revolucionarias de los mazdaquitas (alzamientos de campesinos contra sus señores, luchas religiosas, desórdenes en la administración, desestructuración familiar y social, etc.) sí logró, en cambio, consolidar el poder real frente a nobles y magos, asegurar la dominación persa sobre armenios, iberos y árabes del norte de Arabia, mejorar la economía de su imperio mediante la fundación de ciudades y la construcción de nuevas infraestructuras hidráulicas, y devolver a Persia su condición de gran potencia.

⁷⁵² Vid. Procopio, *Guerra Persa*: lib. I, 19-20, pp. 120-128; al-Tabari: 900-947, pp. 162-238, que informa de los ataques en 552 de Abrahah, virrey del negus de Abisinia en Yemen, contra los lakmidas de al-Mundir, vasallo de Persia, y relata la conquista y dominación del Yemen por los abisinios entre 525 y 570; Cosmes Indicopleustes: lib. II, pp. 55, 140-141 y lib. XI, pp. 368-372; Juan de Nikiu: XC, 71-88. Consúltense también: E.A. WALLIS BUDGE, *A History of Ethiopia...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 265-269, con la historia de Abisinia en esos años y textos de crónicas abisinias e inscripciones del reino de Axum que complementan nuestros conocimientos; BEESTON, A. F. L., "Notes on the Mureighan Inscription", *Bulletin of The School of Oriental and African Studies*, vol. 16 (1954), pp. 389-92; KISTER, M. J., "The Campaign of Hulubân. A New Light on the Expedition of Abrahah", *Le Muséon*, LXXVIII (1965), pp. 425-436; HARMATTA, J., "The Struggle for the Possession...", *op. cit.*, pp. 50-53.

⁷⁵³ La mejor fuente para el estudio de esta guerra es Procopio [*Guerra Persa*: lib. I, 12-18, pp. 78-112 y lib. I, 21-23, pp. 128-138], testigo presencial de los acontecimientos.

No era mal balance para un reinado como el suyo, comenzado en tan difícil situación. Además, su heredero, Cosroes I, al que pronto se conocería como Anusirwan, “el del alma inmortal”, iba a ser el rey más grande con que Persia hubiera contado desde los días de Shapur I.

II. 1.3. *El reinado de Cosroes I Anusirwan (531-579) hasta 565.*

Si en el Occidente el nombre de “César” sirvió durante siglos para denominar a todos los emperadores romanos; si sobrepasando el limes romano sugestionó a eslavos y germanos al punto que dicho apelativo fue para ellos sinónimo de poder y autoridad (recuérdese la etimología de “Zar” y de “Káiser”), en Oriente el nombre de “Cosroes” –Kisrá en árabe– tendría el mismo significado y dimensión que el de “César” para los pueblos del Mediterráneo y de Europa.

En efecto, en Oriente, *Kisrá* sería sinónimo de realeza y de poder, y en las fuentes árabes ese nombre servirá con frecuencia para denominar, sin más y sin hacer distinciones entre ellos, a todos los soberanos sasánidas⁷⁵⁴. No es para menos. Cosroes I Anusirwan (531-579) iba a ser uno de los monarcas más poderosos de su tiempo, sólo igualado por el augusto de los romanos, Justiniano I (527-565). Así, aunque se ha venido denominando tradicionalmente al siglo VI como “el siglo de Justiniano”, sería más correcto llamarlo “el siglo de Justiniano y de Cosroes I”, pues para los pueblos de Arabia, del Cáucaso, de Mesopotamia y del Irán, así como para los que poblaban las riberas del Océano Índico occidental y las estepas del Turquestán, Cosroes –Kisrá– era el verdadero soberano universal y Justiniano sólo era un eco apagado y lejano. Y no obstante, Cosroes I no lo tuvo fácil en un principio.

Khavad I había dejado a su hijo un imperio metido de lleno en una guerra con la Rumania de dudoso desenlace, y alterado hasta sus cimientos por los revolucionarios mazdaqitas y la represión organizada contra ellos por el príncipe Cosroes durante los últimos años de reinado de su padre. Muchos campos estaban sin sembrar, multitud de pequeños señores habían visto sus casas y fortalezas asaltadas por los mazdaqitas, la administración se había visto perjudicada en extremo por los disturbios y la anarquía social había generado un clima de violencia sin par en todo el Irán. Por si todo lo anterior fuera poco, el Eranshar seguía esperando las reformas que le eran necesarias para recuperar su potencial militar y económico y seguía recayendo sobre él la pesada y humillante losa del tributo y vasallaje eflatita.

⁷⁵⁴ Sobre el nombre de Cosroes (*Kisrá* en árabe) y su dimensión histórica para los pueblos del Oriente, puede leerse la extensa nota 374 que el traductor dedica al tema en Al-Tabari: vol. V, p. 146.

Cosroes I Anusirwan consagraría su reinado a lograr seis grandes objetivos:

- 1) dotar al Eranshar de unas mejores bases administrativas, económicas y militares.
- 2) restaurar definitivamente y de forma incontestable la autoridad y el prestigio reales frente a nobles y magos.
- 3) poner fin a las tensiones sociales.
- 4) acabar con la pesada losa que significaba para Persia el vasallaje efalita.
- 5) lograr el dominio de Persia sobre Arabia y el Océano Índico.
- 6) conseguir una posición de hegemonía sobre la Romania. Tuvo éxito en cinco de estas magnas empresas y con ello logró que Persia volviera a ser la gran potencia mundial que había sido en los días de Shapur I y Shapur II.

En el tiempo final de su dilatado reinado, Cosroes II era consciente de su poder y no se recataba de mostrarlo al mundo y de pretender acrecentarlo. Así, en su soberbio palacio de Ctesifonte, Cosroes recibía a los embajadores extranjeros y a los altos dignatarios de su imperio, sentado sobre un trono de oro con incrustaciones de turquesas y marfil, que se sostenía sobre áureos y alados caballos. Sobre su cabeza, colgando de una delgada cadena de oro, pendía una colosal corona de oro y plata, cuajada de perlas, rubíes y esmeraldas, con un peso de 96 kg. Por si todo lo anterior no pusiese suficientemente de manifiesto el poder del gran rey, éste mostraba a los presentes su espada, desenvainada y descansando sobre sus rodillas, mientras que a sus pies se podían ver otros tres tronos, más pequeños y sin ornato, destinados a ser ocupados por aquellos soberanos a los que Cosroes Anusirwan destinaba el futuro papel de vasallos de su imperio: el Augusto de los romanos, el Khan de los Tu-kiu occidentales y el emperador de la China⁷⁵⁵.

Pero antes de envanecerse tanto, Cosroes I afrontó duras tareas. La primera era sobrevivir a la inmediata conjura que su hermano mayor, Kaws, organizó con el apoyo de varios grandes nobles. Se desencadenó una pequeña guerra civil, pero Cosroes, que contaba con el apoyo del *Mobadan Mobedh* y del ejército, no tuvo muchas dificultades en ganarla y acabar con las pretensiones a la realeza del primogénito de su padre⁷⁵⁶.

⁷⁵⁵ La descripción que del trono y la corona de Cosroes I Anusirwan hemos hecho procede de un minucioso grabado realizado sobre cristal de roca enmarcado sobre oro y que forma parte del ornato de una suntuosa copa de plata dorada sasánida de la segunda mitad del siglo VI, conocida como la “Copa de Cosroes”, conservada en el museo de la Biblioteca Nacional de Francia. Sobre ella puede consultarse HICKS, J., *Orígenes del Hombre, El resurgimiento de Irán (II)*, op. cit., pp. 134, 139-140, con una excelente fotografía y una descripción del objeto en cuestión. También está corroborada esta descripción por otra pieza sasánida de la segunda mitad del s. VI: un magnífico plato de plata del Hermitage, en el que puede verse el fantástico trono sostenido por caballos alados (*Ibidem*, p. 131). Por su parte, las fuentes persoislámicas ofrecen también numerosísimos y coincidentes relatos corroborados además por las representaciones en las copas y platos antes citados. De estos relatos, el más detallado es el ofrecido por al-Tabari [V, 946, p. 237], quien proporciona incluso el peso exacto de la misma.

⁷⁵⁶ CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, op. cit., pp. 363-364.

Asegurado en el trono, Cosroes respiró aliviado cuando Justiniano optó por concluir la guerra. Cosroes necesitaba la paz y si el emperador romano hubiese tenido algo más de paciencia a la hora de planear su ataque a los vándalos y se hubiese concentrado en la victoria sobre Persia, hubiese logrado, sin duda, la victoria militar sobre Cosroes. Pero Justiniano tenía prisa y –como se vio a la hora de analizar los positivos resultados de su empresa africana– acertó en su decisión. Mas por lo pronto se vio obligado a comprar su tranquilidad en Oriente con un crecido pago en oro y a aceptar que los persas controlaran directamente la Iberia caucásica.

El oro de Justiniano, once mil libras de oro, permitió a Cosroes cubrir los gastos provocados por la última guerra romana de su padre, hacer frente durante unos años al pago del tributo que Persia debía a los efталitas, y llenar un tanto, un tesoro que debía de estar vacío. Para 533, con la paz en todas sus fronteras, oro romano en su haber y seguro en su trono, Cosroes estaba en disposición de emprender las grandes reformas que necesitaba el Eranshar.

La nobleza y el clero, debilitados por décadas de mazdaqismo apoyado desde el poder, se mostraban sumisos y agradecidos con el trono, pues al fin y al cabo, había sido el nuevo Shahansha, Cosroes I, quien había instigado a su padre Khavad a cambiar su política pro-mazdaqita y volverse de nuevo hacia la vieja religión y por ende, hacia el viejo modelo social que de ella derivaba. Y es que el rey, tras décadas de luchas con la nobleza y el clero, y tras los estragos mazdaqitas, volvía a ser el eje fundamental en torno al que se ordenaba todo el Eranshar⁷⁵⁷.

Cosroes I comenzó por poner orden en la sociedad y la economía sasánidas. Perseguidos los mazdaqitas hasta casi su total extinción, había que proceder a sanar a la sociedad sasánida de los estragos cometidos por ellos y acabar con los factores que habían desencadenado la aparición del mazdaqismo. Por orden del rey, los campesinos que ocupaban tierras de los señores y de los templos zoroástricos, tuvieron que evacuarlas y volver a sus propios campos. Las casas y residencias de nobles, magos y funcionarios que habían sido destruidas o asaltadas por los revolucionarios fueron reconstruidas a expensas del tesoro imperial. El tesoro también se ocupó de reconstruir los puentes, canales, pozos, pueblos, etc. dañados durante los conflictos sociales.

Las mujeres que durante el periodo de dominio mazdaqita hubiesen sido entregadas a la fuerza a otros hombres que no fueran sus maridos legítimos, o aquéllas que hubiesen sido raptadas por los revolucionarios y entregadas como esposas sin el consentimiento de sus familias, fueron devueltas a sus familias o a sus maridos legítimos, junto con los hijos habidos fuera del matrimonio legal, los cuales pasaron a ser reconocidos como legítimos y pertenecientes a la familia del legítimo esposo o de la

⁷⁵⁷ Este renacimiento de la autoridad real queda bien reflejado en la llamada “Carta de Tansar”, documento del reinado de Cosroes I que describe el estado político, social, religioso y económico del Eranshar hacia 560. BOYCE, M., *The Letter of Tansar*. Roma, 1968.

familia de la madre. Los culpables de los atropellos antes mencionados fueron obligados a pagar indemnizaciones y compensaciones a las mujeres casadas a la fuerza y a sus legítimos maridos, así como a las familias de las mujeres raptadas. En caso de que no se encontrase a los culpables o de que no contasen con el dinero suficiente como para hacerse cargo de las dotes e indemnizaciones debidas, el rey se hacía responsable de los pagos e incluso se ocupaba de que aquéllas que no encontrasen un marido conveniente a su posición, lo hallasen.

El rey también se ocupó de disolver los matrimonios efectuados entre hombres del pueblo, antiguos mazdaquitas, y mujeres de la nobleza, el clero o el funcionariado, que habían sido desposadas a la fuerza tras la muerte de sus maridos. El rey les concedió una dote a expensas del trono y les buscó esposos dentro del ámbito de su clase social. Huérfanos y viudas fueron también auxiliados por el trono. Muchos huérfanos de familias procedentes de la nobleza, del clero o del funcionariado, fueron llevados a la capital y educados en palacio para entrar al servicio del rey, que de esta forma se hizo con una fiel nobleza de servicio. A su vez, muchas huérfanas fueron casadas por intermediación del rey y las viudas recibieron nuevos maridos o, en su defecto, bienes y rentas que aseguraran su posición⁷⁵⁸.

Restablecido el orden social, Cosroes se aplicó a la reforma fiscal y administrativa de su imperio. Hasta entonces, en el Eranshar, los impuestos se establecían y pagaban anualmente, siendo su cuantía establecida en función de la cosecha que se iba a recoger. El sistema era doblemente costoso para la hacienda del Shahansha porque, para que este sistema funcionara adecuadamente, exigía un gran número de funcionarios dedicados a la tarea de visitar todas y cada una de las aldeas y granjas del imperio, con el fin de tasar las cosechas de ese año y establecer así, en función de su tasación, los impuestos correspondientes a cada uno de los contribuyentes. También era tremendamente costoso para los campesinos, puesto que, dado que la ley prohibía recoger la cosecha hasta que el funcionario en cuestión apareciera en los campos y realizara la pertinente tasación, era bastante corriente que el funcionario se retrasara y por lo tanto que la cosecha, abandonada en los campos, se pudiera o fuera víctima de plagas, pájaros o alimañas.

Además de costoso el sistema tenía otros dos inconvenientes: impedía al trono prever los ingresos con los que iba a poder contar cada año y dependía por completo de la habilidad, honradez y diligencia, de todos y cada uno de los miles de pequeños funcionarios dedicados a la minuciosa tarea de la tasación de las cosechas, y sobre cuyo proceder no había forma de ejercer ningún tipo de control.

Para evitar estos problemas, mejorar la capacidad tributaria de su imperio y la economía de los contribuyentes, Cosroes impuso un nuevo y radicalmente distinto sistema de impuestos. En primer lugar, completó el exhaustivo catastro que su padre

⁷⁵⁸ CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 364-365.

había comenzado a realizar. Cosroes I no sólo ordenó que se midieran los campos, sino que se especificase qué tipo de productos iban a producir durante los años en que estuviera vigente el catastro en curso, así como que se contaran y midieran los árboles frutales, vides, olivos, nogales, pistachos, almendros y palmeras que cada campesino poseyera en sus terrenos. Evaluada así la riqueza agrícola del imperio, se procedió también a registrar el número de pobladores, especificándose en dicho censo, la edad y sexo de los mismos.

Una vez establecida esta base, Cosroes procedió a crear su nuevo modelo fiscal basado en el cálculo del promedio de las cosechas a lo largo del periodo en que regía el catastro en vigor. Además, el pago en especie quedaba abolido y los impuestos sobre la tierra se cobrarían a partir de ese momento en metálico. Para facilitar los pagos a los contribuyentes y garantizar la continua entrada de fondos en el tesoro real, los pagos del tributo sobre la tierra se harían en tres pagos anuales, a razón de uno cada cuatro meses.

Los campesinos saludaron con alegría el nuevo procedimiento de evaluación y cobro de impuestos, pues el meticuloso catastro, revisado cada cierto tiempo, significaba un mejor reparto de la carga fiscal y más acorde con la riqueza real de cada contribuyente; además, al conocer de antemano el montante del impuesto que debían de pagar a lo largo de los siguientes años, los campesinos podían hacer sus previsiones y aprovechar los excedentes para hacer mejoras en sus campos o solicitar préstamos con la confianza de que podrían pagarlos. Por si todo lo anterior fuera poco, los campesinos se veían libres de la terrible amenaza de que un funcionario negligente o mal intencionado se retrasara en la tasación de sus cosechas y éstas se perdieran en los campos sin que pudiesen ser recogidas.

El nuevo sistema aportaba también otros beneficios adicionales para el campesinado, puesto que no todos los productos agrícolas estaban sujetos a impuesto. Sólo el trigo, la cebada, el arroz, la alfalfa, el trébol, así como las plantaciones de palmeras datileras, nogales, almendros, pistachos y árboles frutales, los olivares y los viñedos, estaban sujetos al pago de tributo. El resto de los cultivos, las legumbres, las verduras y hortalizas, así como las palmeras, olivos y árboles frutales aislados, estaban libres de cualquier pago.

Conocemos de forma minuciosa el funcionamiento de este nuevo sistema de tributación creado por Cosroes. Por ejemplo, sabemos que un garib de trigo o de cebada (esto es, 2.400 m²) pagaba un dirhem de plata al tesoro; un garib de viñas, ocho dirhems; siete dirhems se pagaban por garib de forraje para caballos y cinco por garib de arroz; cuatro palmeras datileras iraníes pagaban un dirhem, lo mismo que pagaban seis palmeras datileras arameas, seis nogales, o cuatro olivos.

Junto con este impuesto sobre la tierra, Cosroes I estableció otro nuevo: una capitación personal a la que estaban sujetos todos los varones comprendidos entre los veinte y los cincuenta años que no pertenecieran al sacerdocio, a la casta de los

guerreros, a los nobles, al funcionariado o a los servidores de palacio. Esta *capitatio persa* se establecía en función de la riqueza de cada uno de los individuos sometidos a ella y se pagaba en cuatro pagos, uno cada tres meses. El pago, como en el caso del impuesto sobre la tierra, se hacía en metálico. Sabemos que había quien pagaba seis dirhems, quien tenía que abonar ocho y quien pagaba diez, pero el común de los hombres sometidos a este tributo, la inmensa mayoría de los campesinos y trabajadores urbanos, debía de pagar cuatro dirhems por año.

Como ya se ha mencionado, el nuevo sistema de impuestos permitía al gobierno conocer de antemano y por varios años el monto de las rentas de las que iba a disponer, y de esta forma podía establecer un presupuesto y unas previsiones de gasto basadas en hechos y no en estimaciones. Los campesinos, sometidos al doble tributo de la tierra y de la capitación personal, seguían siendo los auténticos sostenedores del sistema de tributación. Además, estaban también sujetos a ser reclutados como infantes ligeros, en el ejército del Shahansha, carga de la que estaban exentos los artesanos, comerciantes y trabajadores urbanos. Pero pese a todo esto, es indudable –y así lo recogen todas las fuentes persas y persoislámicas– que el nuevo sistema de tributación introducido por Cosroes fue una tremenda mejora para el campesinado persa.

De hecho, si se compara con la presión fiscal que el Imperio Bizantino ejercía sobre sus súbditos, el sistema persa era mucho menos lesivo para los intereses de los contribuyentes, pues no sólo era más ligero en cuanto a la presión fiscal ejercida sobre éstos, sino que la división de los pagos, los exhaustivos catastros y censos, y la exención fiscal de la que disfrutaban numerosos productos agrícolas de primera necesidad, lo hacía mucho más soportable.

Además, Cosroes I, no sólo mejoró la distribución de la carga de los impuestos, sino que también depuró las imperfecciones del sistema de cobro y puso freno a los abusos de los cobradores de impuestos, así como a sus fraudes, tanto a los contribuyentes como al tesoro. Para evitar engaños o abusos del funcionariado o de los cobradores de impuestos, Cosroes I mandó que se guardaran copias del catastro, de las listas de contribuyentes y de las tasas fiscales impuestas a cada propiedad o propietario en el archivo del palacio, en los registros de los gobernadores provinciales y locales, y en los templos del fuego. Igualmente que se entregase copia de dichos documentos a todos los funcionarios del tesoro y del fisco, y a los jueces de todos los distritos, a fin de que los datos del censo y del catastro fueran de general conocimiento, y por lo mismo, fuese imposible introducir falsificaciones en ellos; además que cualquiera pudiera reclamar a la justicia por un cobro indebido o una estafa efectuada por tal o cual funcionario⁷⁵⁹.

⁷⁵⁹ Las fuentes recogen con minuciosidad estos datos fiscales y alaban las reformas de Cosroes en este campo. De hecho, el sistema fiscal de Cosroes I fue calcado por los califas y seguía vigente en tiempos de al-Tabari [V, 960-963, pp. 255-263] y Firdusi [VI, pp. 127-129], donde se recogen las distintas tasas y

Lo anterior, claro está, tuvo que hacer muy difícil el abuso o el robo por parte de los cobradores de impuestos y de los gobernadores, lo que favorecía mucho no sólo a los campesinos, artesanos y comerciantes, a resguardo de los abusos y arbitrariedades, sino también a la corona que podía ahora y con suma facilidad, detectar cualquier falsificación o irregularidad en la suma que cada localidad, distrito, provincia, o incluso contribuyente debía de entregar anualmente al tesoro.

Muchos autores han señalado que esta reforma fiscal de Cosroes I está inspirada en el sistema impositivo romano creado por Diocleciano y Constantino, y que seguía vigente en el Imperio a mediados del siglo V, en líneas generales. Lo que es indudable, a nuestro parecer, es que el sistema de tributación persa creado por Cosroes I en el segundo tercio del siglo VI, es el que adoptaron los califas árabes. Y es que el *kharaj* y la *jizya* no son sino la transposición del impuesto sobre la tierra y la capitación persas. Todos los procedimientos y formas del sistema persa fueron copiados: los minuciosos catastros en donde se recogían la dimensión de las parcelas, la clase de los cultivos realizados en ellas, el número y talla de los olivos, vides, palmeras y frutales allí plantados, etc.; los censos de población para tener conocimiento, al igual que en la Persia sasánida, de cuántos varones con recursos o empleo, de entre 20 y 50 años, podían ser sometidos al tributo personal en cada provincia o aldea; las listas de productos agrícolas exentos de pagar el tributo sobre la tierra, etc. Todas estas semejanzas, demasiadas para ser fruto de la simple casualidad, no son sino el lógico resultado de la transposición a todo el Imperio árabe y a partir de la segunda mitad del siglo VII, del modelo sasánida instaurado por Cosroes I Anusirwan.

Esta cuestión había sido ya tratada por eruditos como Noldeke, Christensen y Yarshater, pero existía cierta resistencia entre algunos arabistas a aceptar sus sólidas conclusiones. Por nuestra parte, aportaremos nuevos datos que afirman la tesis antes expuesta y que hacen insostenible la teoría de la novedad e independencia del sistema fiscal califal frente al persa. El simple cotejo de los datos ofrecidos por las fuentes persas con los que nos ofrecen los propios historiadores islámicos de la conquista, basta para que esa realidad salte a la vista. Pero ya volveremos sobre esto con más detenimiento, cuando nos ocupemos en detalle de la conquista árabe del antiguo Oriente.

Cosroes I Anusirwan contaba ahora con un tesoro mejor provisto que antes, además de con la tranquilidad y las ventajas que otorgaba el saber de antemano con cuántos recursos iba a contar en el futuro inmediato. Podía ahora tener también la certeza de que su administración fiscal estaba sometida a un mejor control y supervisión

numerosos datos de las reformas fiscales de Cosroes I. También GRIGNASCHI, M., "La riforma tributaria di Hosro I e il feudalesimo sassanide", en *Persia nel Medioevo*, Roma, 1971, pp. 87-131; YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 153-154; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 366-367. No obstante, el mejor trabajo sobre las reformas de Cosroes I es el de RUBIN, Z., "The Reforms...", *op. cit.*, pp. 227-297.

que antes, y que la posibilidad de que las rentas que le eran debidas terminaran en la bolsa de un funcionario o gobernador corrupto, era mucho menor que con el viejo sistema fiscal.

Olvidados los estragos de los mazdaqitas, reforzado en su popularidad y bien provisto de recursos por la reciente reforma fiscal, Cosroes I acometió la segunda gran tarea reformadora de su reinado: la reforma del ejército y la reorganización de la administración militar y civil del imperio. Era una tarea tan urgente como la efectuada en el ámbito de los impuestos y del sistema fiscal. Hasta entonces y desde los días de Artashir I, el Eranshar sasánida había fiado la composición de sus ejércitos a un sistema arcaico de reclutamiento basado en que cada Azadan, cada miembro de la alta nobleza del imperio, debía, a requerimiento del rey, presentarse ante él armado y acompañado por una comitiva reclutada y armada a sus expensas. A estos contingentes aportados por los nobles, el rey sumaba los cuerpos de caballería de élite de sus guardias, los Zhayedan y los Pushtighban, 10.000 y 1.000 hombres respectivamente, los contingentes aportados por los pueblos vasallos del imperio y las tropas de infantería ligera reclutadas por el rey entre los campesinos sometidos a tributación.

El sistema tenía muchas carencias. En primer lugar, el rey dependía, en no poca medida, de la buena voluntad de los nobles a la hora de proporcionarle tropas y de equiparlas correctamente; en segundo lugar, estos contingentes nobiliarios eran de dudosa fidelidad, pues se debían más a su señor que al lejano y desconocido Shahansha. Por si lo anterior fuera poco, su calidad era también muy desigual, pues no eran soldados profesionales, sino sólo levas más o menos entrenadas. Realmente, fuera de los zhayedan y de los pushtighban, de los propios nobles, entrenados desde niños en el arte de la guerra, y de los contingentes aportados por los pueblos guerreros sometidos al rey de reyes, Persia carecía de un ejército debidamente entrenado y equipado. De hecho y en nuestra opinión, antes de las reformas de Cosroes I, sólo un cuarto de los efectivos con que contaba el ejército persa podía ser considerado como verdadera y efectiva fuerza de combate. Cosroes I se dispuso a terminar con esta situación que otorgaba más poder del necesario a la gran nobleza y menos efectividad de la debida al ejército del imperio.

Encontró pronto una buena solución al problema: los Dehqans. Ya hemos aludido a ellos en varias ocasiones y conviene ahora recapitular lo que sabemos. En Persia, desde muy antiguo, la nobleza se disponía en tres grandes grados o escalones, subdivididos a su vez en múltiples divisiones. Esos tres grandes escalones eran:

1. Las seis grandes familias que junto a la casa real de los sasánidas, ocupaban el escalón más alto de la jerarquía del imperio y le proporcionaban sus máximos dirigentes. Estas grandes familias eran las de los Suren, los Karen, los Mihran, los Spandiyadh, los Rayy y los Guiw.

2. Por debajo estaban los *azadan*, los hombres libres, que no eran sino los descendientes de los *maryianni*, nobleza guerrera de los primitivos arios que allá por el 1500 a.C. invadieron la meseta persa y los valles que la circundan. Estos *azadan*, que habían sobrevivido al paso de medos, aqueménidas, griegos y arsácidas, constituían la verdadera nobleza feudal y guerrera de Persia, y proporcionaban el grueso de la caballería pesada que servía en los ejércitos del Rey de reyes, los *savaran*. Los *azadan* habitaban en pequeñas fortalezas roqueñas y gobernaban extensos territorios que incluían varias aldeas, de entre cuyos habitantes extraían las comitivas guerreras que les servían de ejército personal y que ponían al servicio del *Shahansha*.

3. La tercera clase de la nobleza estaba constituida por los *dehqans*, los jefes de aldea. Esta pequeña nobleza iraní tenía como origen a los campesinos más ricos o destacados de cada pueblo o aldea. Con el tiempo, estos campesinos ricos habían ido asumiendo tareas de representación y administración de su poblado y equipados con caballo, solían formar parte de la caballería irania. Pero dado lo costoso del equipo de un catafracta persa⁷⁶⁰, muchos de estos pequeños nobles carecían del dinero suficiente como para equiparse correctamente⁷⁶¹. Además, al no tener ninguna remuneración durante las campañas militares y al no ser lo suficientemente ricos como para entregarse por completo al ejercicio de las armas, los *dehqans* solían estar mal entrenados para el combate y con frecuencia intentaban eludir el llamamiento a las armas, o al menos maniobrar para que su servicio fuera lo más breve posible.

Así que, en definitiva, el rey persa dependía de los *azadan* o grandes nobles, del escaso número de tropas integradas en los cuerpos de guardia real y de las tropas proporcionadas por los aliados y vasallos del *Eranshar*, para formar un ejército debidamente equipado y entrenado. Todo lo cual era de todo punto insuficiente para obtener el triunfo, como las últimas guerras contra hunos eftalitas y romanos lo habían demostrado fehacientemente.

Cosroes, asegurados los ingresos regulares del tesoro por la reciente reforma fiscal, halló de inmediato la solución a este problema. Ordenó que los *dehqans* se presentaran ante los jefes de ejército, que éstos revisaran su equipamiento militar y se lo completaran debidamente y a expensas del tesoro. Ahora los *dehqans* estaban tan bien armados como los *azadan* y, para dotarlos de una mejor preparación guerrera, el rey ordenó que se les pagara un sueldo regular como caballeros al servicio de los ejércitos

⁷⁶⁰ Había que disponer de cota de mallas completa, yelmo cerrado, coraza, grebas, guanteletes, arco compuesto, espada, lanza y maza, así como proveer al caballo de un peto de bronce y de protecciones de cota de malla o de cuero reforzado.

⁷⁶¹ Acerca del origen y función militar de los *Dehkans*, *vid.* TAFAZZOLI, A., *Sasanian Society...*, *op. cit.*, pp. 38-43; y sobre los tres grandes grados o divisiones de la nobleza persa, FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 7-8.

del Eranshar⁷⁶². A partir de ese momento, los dehqans iban a ser la columna vertebral del nuevo ejército sasánida. Su excelente equipamiento, proporcionado por las armerías del Shahansha, junto a la posibilidad de recibir un sueldo regular y dedicarse por entero al ejercicio de las armas, hicieron de ellos temibles guerreros y los dotaron de un orgullo de clase, la de los caballeros, que les permitiría sobrevivir como casta incluso a la conquista islámica⁷⁶³.

Esta reforma tenía dos grandes ventajas para el trono sasánida: la primera era que incrementaba notablemente el número de savaran, es decir, de jinetes armados pesadamente y excelentemente entrenados. La segunda otorgaba un beneficio político: con el apoyo de los dehqans, agradecidos al rey por su mejora social y económica, el Rey de reyes se veía reforzado aún más ante la gran nobleza y ante los azadan, de los que además, ya no dependía militarmente hablando para constituir adecuadamente sus ejércitos.

La siguiente medida adoptada por Cosroes I Anusirwan en el plano militar fue la de reforzar las fronteras del Eranshar mediante la instalación en ellas de contingentes de campesinos-soldados extraídos de los pueblos más belicosos del Irán o de los prisioneros hechos a los bárbaros. Así, por ejemplo, los Bariz, un pueblo guerrero de las montañas de Kerman, en el Irán suroriental, tras rebelarse contra la autoridad del Shahansha, fueron sometidos por Cosroes I Anusirwan y deportados, divididos en varios contingentes, a las distintas fronteras del imperio en donde recibieron parcelas de tierra, casas, aperos y armas, junto con la obligación de defender la frontera frente a los bárbaros y prestar servicio militar. Otro pueblo montaños iranio, los Tchole, recibió igual tratamiento, así como un nutrido grupo de alanos, abasgianos del Cáucaso y jázaros que habían atacado la frontera caucásica del Imperio y saqueado Perso-Armenia, y que, vencidos y hechos prisioneros, fueron asentados como tropas de frontera junto a los pasos del Derbent, que a partir de ese momento deberían defender frente a sus antiguos compatriotas⁷⁶⁴.

Poco a poco, las fronteras del Eranshar se fueron cubriendo con asentamientos de estos soldados-campesinos reclutados bien entre los belicosos montañeses del Eranshar, bien entre los campesinos más robustos del imperio, bien entre los bárbaros hechos prisioneros en las guerras de la frontera. Junto a ellos se acantonaron lo mejor y más numeroso del ejército regular, de forma que las fronteras del Eranshar se fortalecieron mucho frente a las incursiones de los bárbaros y frente a los posibles ataques de hunos

⁷⁶² Sobre las reformas militares de Cosroes el mejor trabajo es el de RUBIN, Z., "The Reforms of Khusro Anushirwan", *op. cit.*, pp. 227-297.

⁷⁶³ Para la supervivencia de los Dehkans durante el período islámico *vid.* TFAZZOLI, A., *Sasanian Society...*, *op. cit.*, pp. 43-58.

⁷⁶⁴ Sobre el establecimiento en la frontera de soldados-campesinos elegidos entre los pueblos guerreros sometidos por Cosroes I, *vid.* al-Tabari: V, 894-895, pp. 150-151; Firdusi: VI, pp. 145-152; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 369-370; YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 153-154.

eftalitas y romanos. Para hacerlas aún más sólidas, Cosroes, restauró las viejas fortificaciones del Derbent y de los pasos caucásicos, así como el limes construido antaño por Shapur III frente a los árabes, y completó y mejoró las fortificaciones existentes en la Armenia persa, en la alta Mesopotamia y en la Iberia caucásica, destinadas a hacer frente a los romanos. Pero sin duda, la gran obra de Cosroes en la tarea de fortificar las fronteras de su imperio fue la de levantar la gran muralla de Gurgan, al sureste del Mar Caspio. En esta región, una llanura que se extiende desde el pie de la gran cordillera que bordea el límite meridional del Mar Caspio, hasta los estériles yermos del Turquestán meridional, Cosroes I edificó una impresionante muralla de más de 100 kms de largo, dotada de un ancho y profundo foso y, a intervalos regulares, de torres y fortines⁷⁶⁵.

La tercera tarea que Cosroes I Anusirwan abordó a la hora de mejorar su ejército fue la de dotarse de una infantería regular capaz de verse las caras con la infantería pesada de la Romania. En efecto, desde los días de Artashir I, el Eranshar sólo contaba con una infantería ligera que, extraída del campesinado, ni disponía del entrenamiento necesario, ni del equipo adecuado. De ahí que la infantería irania fuese poco más que una masa amorfa y sin disciplina que apenas si valía para algo más que para servir como criados a los caballeros (los verdaderos soldados), realizar tareas de asedio y servir de carne de cañón con la que cansar al enemigo o mermar sus recursos, antes de proceder a lanzar sobre él a las verdaderas tropas del Eranshar, los savaran⁷⁶⁶.

Cosroes I Anusirwan era consciente de que sin cuerpos de infantería debidamente adiestrada y equipada, sus jinetes, por muy excelentes que fuesen, no lograrían vencer a los ejércitos de la Romania ni a los de los eftalitas. Para dotarse de esos cuerpos de infantería pesada y disciplinada, Cosroes acudió a los dailamitas, un belicoso pueblo de las montañas suroccidentales del Mar Caspio. Estos montañeses, fornidos y feroces, fueron equipados con un magnífico y variado armamento: yelmo, cotas de malla, pequeños escudos sujetos a su brazo izquierdo, lanzas cortas similares a la vieja “pila” romana, arcos, dagas, largas y pesadas espadas que adornaban con el mítico emblema de la “pluma de Varanga” y hachas de combate. Entrenados para combatir en orden cerrado, escudo contra escudo, y para lanzarse a la carga contra la infantería enemiga a fin de romper sus líneas con el formidable impacto de sus armas y el empuje de su

⁷⁶⁵ Al-Tabari: V, 895, p. 152; KENNEDY, H., *Las grandes conquistas...*, *op. cit.*, p. 208.

⁷⁶⁶ Procopio [*Guerra persa*: I, 14, 25-27, p. 93] pone en boca de Belisario las siguientes palabras sobre la mala calidad de la infantería persa en la batalla de Dara (530), antes de la reforma de Cosroes I: *Pues toda su infantería no es más que una tropa de miserables campesinos, que no van a filas a otra cosa que a derribar muros y a despojar a los cadáveres y, en general, a estar al servicio de los soldados. Es por eso por lo que no tienen armas de ningún tipo con las que también pudieran inquietar a sus adversarios, y “paveses” es lo único que se ponen delante, de un tamaño tal como para que no les acierten los dardos enemigos.* Belisario ni tan siquiera les concede el apelativo de “soldados”, sino que los sitúa como servidores de los verdaderos soldados persas, esto es, los jinetes. Señala además su mal armamento y llama “paveses” a sus grandes escudos, para ridiculizarlos aún más. Está claro que la infantería persa, hasta ese momento no imponía mucho respeto.

embestida, los dailamitas eran capaces de medirse de tú a tú con la infantería pesada de la Romanía de Justiniano y sus sucesores, y su ferocidad, disciplina y valentía fueron muy alabados por los historiadores de la Romanía de fines del siglo VI e inicios del VII, así como por los autores islámicos. De hecho –como veremos– el paso a los ejércitos árabes de contingentes de infantes dailamitas fue un factor decisivo para el triunfo de los musulmanes sobre la Persia sasánida. Los dailamitas se integrarían tan bien en los ejércitos islámicos que en el siglo X eran los verdaderos dueños del califato abasida⁷⁶⁷.

Para completar los magníficos contingentes de infantería dailamita, Cosroes I reclutó también a numerosos destacamentos de campesinos de Media y Azerbaiján, famosos también por su robustez y valor, así como a cuerpos de montañeses del Gelum, del Tabaristán y de Gurgan, regiones todas ellas ribereñas del Mar Caspio.

Persia disponía al fin de una buena infantería pesada y había también mejorado notablemente el número, armamento y preparación de su caballería pesada. Para completar sus ejércitos y dotarlos de la indispensable infantería y caballería ligeras tuvo que seguir recurriendo a los viejos métodos: levass forzosas y de poco valor extraídas del campesinado, para componer a la primera, y contingentes de aliados y vasallos árabes y turanios, para hacerse con la segunda.

Aún quedaba una última tarea que emprender en la reforma del aparato militar del Eranshar: la mejora del mando y la adecuada división del mismo y de la fuerza puesta bajo sus órdenes. Ya hemos mencionado que en el Eranshar había un único y supremo jefe del ejército: el Eran Spahbad. Esto era un peligro, pues un hombre ambicioso que alcanzara dicha posición podía, sin muchos problemas, controlar el Imperio a su capricho o volverse contra el rey para subordinarlo a su poder. Además era poco operativo, puesto que un solo hombre atendía a la ingente tarea de supervisar todos los ejércitos y fronteras del Imperio, y era bastante improbable que mandara adecuadamente en todos los posibles frentes de conflicto.

Cosroes I Anusirwan se dispuso a mejorar esta situación y a acabar con los peligros que la vieja disposición del mando supremo de los ejércitos del Imperio implicaba. Para ello, dividió el Imperio en cuatro grandes regiones militares llamadas “padhgos”. Estos padhgos eran los de *Abhakhtar* –el Norte– que incluía todas las

⁷⁶⁷ Agatías [3.17.6-9. pp. 87-88] describe perfectamente el armamento y tácticas de combate de la infantería dailamita, y elogia su valor, belicosidad y resistencia. Al-Tabari [V, 899, p. 160] afirma que fue un contingente de dailamitas el encargado por Cosroes I, en 570, de la difícil tarea de conquistar el Yemen para Persia y expulsar de allí a los abisinios. Sobre el papel y la combatividad de los dailamitas en el ejército persa y su posterior fama entre los árabes (que pagaban más a sus contingentes de dailamitas que a los suyos propios) *vid.* FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 24-25. En cuanto al paso de contingentes dailamitas al campo árabe durante la conquista islámica de la Persia sasánida y su posterior control sobre el Califato abasida del s. X, *vid.* KENNEDY, H., *Las grandes conquistas...*, *op. cit.*, p. 151 (para el paso de 4.000 dailamitas persas al ejército árabe que conquistó Irak) y p. 383 (para el dominio dailamita sobre el Irak y el Irán occidental del s. X). En general, para el estudio de los dailamitas el mejor trabajo es aún el de MINORSKY, V., “La domination des Dailamites”, *Publications de la Société des Études iraniennes et le l'Art persan*, 3 (París, 1932).

provincias norteñas del imperio desde Gurgan, al E., hasta la Media Atropatene y la Iberia Caucásica, al O.; *Khvarasan* –el Oriente– que incluía bajo su dominio las provincias de Jorasán, Kerman y Sacestán; *Nemroz* –el Sur– que se extendía sobre las provincias ribereñas del Golfo Pérsico (Fars, Susiana y Kuzistán), así como sobre las dependencias árabes del imperio situadas al otro lado del Golfo Pérsico y a orillas del Océano Índico, Qatar, Bahrein, Dubai, Omán y, a partir de 570, Yemen; y *Khvarvaran* –el Occidente– que controlaba todas las provincias del Arak (la “tierra baja”, término persa que daría lugar al Irak de los árabes), así como las regiones de Hamadán, la antigua Ecbatana e Ispahán. Al frente de cada uno de estos padhgos o grandes divisiones, Cosroes I puso a un Spahbad. Así, tanto el poder como el peligro que poseía y entrañaba el antiguo puesto de Eran Spahbad, quedaba dividido.

De esta forma, el Imperio obtenía además una mejor defensa y administración del territorio, pues los cuatro Spahbad podían centrarse en la defensa y administración de su cuarta parte del Imperio. Además, en caso de necesidad, el Shahansha podía ordenar a cualquiera de los cuatro Spahbad que abandonara su región y se trasladara a otra, al frente de sus contingentes, para incrementar las tropas en un punto concreto de las fronteras. Los Spahbad tenían amplios poderes en su mano. De hecho, en la amplia región puesta bajo su mando, que incluía varias provincias y reinos vasallos, los Spahbad eran la máxima autoridad militar y civil. De esta manera y por su cima, se unificaban las dos administraciones.

Todo esto, la creación de cuatro grandes divisiones militares, cada una con su ejército (recuérdese que también iban a ser cuatro los *themas* originales), la unificación del poder militar y civil en una sola mano, el establecimiento de soldados-campesinos en las fronteras, el equipamiento de los soldados a costa del erario público y su sostenimiento mediante el pago de un sueldo que complementara los ingresos por ellos obtenidos de sus tierras, etc. ha hecho pensar a muchos eruditos y desde hace ya más de un siglo, que las reformas *themáticas* que alumbró Bizancio entre los años 656 y 662, fueron inspiradas por el modelo sasánida creado por Cosroes I Anusirwan. A su debido tiempo, cuando abordemos la reforma *temática*, volveremos sobre este fascinante problema y aportaremos nuestras soluciones al mismo.

Cada uno de los cuatro Spahbad tenía como lugarteniente a un gran Marzban. El título de “Marzban” terminaría pasando a Europa occidental, por intermediación de los pueblos de las estepas, sobre todo de ávaros y onoguros, transformado en “Margrave”. Los cuatro grandes Marzban tenían una amplia autoridad y su prestigio era tan grande que a menudo se les daban también los títulos de “Ashab” y “Tugur”, es decir, de reyes. Para asesorarle en el campo de batalla, el Spahbad contaba también con un Framandar o comandante del campo de batalla, habitualmente un viejo y experimentado soldado. A continuación de los Spahbad y de los grandes Marzban, venían los Marzban provinciales, cada uno al mando de una provincia fronteriza o de importancia militar.

Luego venían los Istandarws, o jefes de un istan, es decir, de un distrito o región incluida dentro de la provincia administrada por un Marzban. Tras ellos quedaban ya los distintos jefes y oficiales de las unidades militares puestas al servicio del Spahbad.

Cosroes I Anusirwan había pues reformado por completo el ejército sasánida, desde su base (mejoramiento del armamento y entrenamiento de las tropas), hasta su cumbre (estructura del mando, y mejor uso y reparto de los efectivos militares). Para que el ejército surgido de sus reformas se mantuviese en perfecto estado de revista, Cosroes puso al frente de unos inspectores militares, a un alto secretario, el Eran Ambaragbed, encargado de comprobar que todo guerrero del Eranshar, desde el más ínfimo soldado, pasando por los savaran y llegando hasta los Marzban y Spahbad del ejército, dispusiese en todo momento del equipamiento militar que marcaba la ley, así como de que estuviese completamente entrenado para usarlo. De esta manera, la disciplina y armamento del ejército sasánida quedaban asegurados. Era tal el celo de los inspectores militares que según nos cuentan los historiadores persas, en cierta ocasión su jefe llegó a recriminar al propio rey que no estuviese completamente listo su armamento y que, por consiguiente, no estuviese listo para el combate⁷⁶⁸.

Pocas veces un imperio tan grande ha sido sometido a un plan de reformas tan extenso como el puesto en marcha por Cosroes I Anusirwan a partir de 533. Pocas veces en la historia, los resultados obtenidos han sido tan rápidos y brillantes como los obtenidos por él. Para 540, el Eranshar contaba, gracias a los frutos aportados por las reformas de Cosroes, con los recursos económicos y militares necesarios para asegurar la completa defensa del imperio y para disputar la hegemonía sobre el Oriente a romanos y efalitas. Y ese mismo año de 540 se le presentó a Cosroes la ocasión propicia para demostrarlo.

Al occidente de Persia, mientras que Cosroes se afanaba en la puesta en marcha de sus reformas, Justiniano había salido con bien de su empresa africana y reconquistado para la Romania los ricos territorios del Reino Vándalo. Con esto, se devolvía a la Romania el control efectivo sobre el Mediterráneo y recuperaba la unidad del mismo, unidad sobre la que se había basado, durante siglos, la existencia de su imperio. Pero, obtenida fácilmente la victoria en África, Justiniano quiso completar de inmediato su obra con la reconquista de Italia. Esta vez no puso todo el cuidado debido a tal empresa y perdió los primeros años de ejecución de la misma enviando pocos e insuficientes

⁷⁶⁸ Algunos autores como Stein (*apud*. CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 352) atribuyen a Khavad la creación de los cuatro *padhgós* o grandes distritos militares en los que se dividió el Eranshar desde entonces y hasta la conquista islámica. Es un error, pues las fuentes que recogen las crónicas y documentos del s. VI como al-Tabari [V, 894-892; 960-965], Firdusi [VI, pp. 127-129; 174-176], Masudi [II, 156, p. 218], la *Carta de Tansar* [9] y al-Tahalibi [609] coinciden en señalar a Cosroes I como el autor de dicha reforma que, según ellas, fue uno de los primeros trabajos que abordó. Consúltese también TAFAZZOLI, A., *Sasanian Society...*, *op. cit.*, pp. 8-9; YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, p. 154; FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 7-8; y CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 370-372.

recursos y soldados al escenario itálico. No obstante, para 540, toda su atención estaba concentrada en la definitiva resolución de la reconquista itálica.

Cosroes I asistía a todo lo anterior como un interesado espectador que esperara el momento adecuado de subir a la escena y reclamar su parte en la obra que se estaba representando. La llegada a Ctesifonte de embajadores del rey de los ostrogodos que le demandaba una alianza contra Justiniano le tentó sobremanera⁷⁶⁹, pero Cosroes no se movió hasta que estuvo seguro de que los efectos de sus reformas fiscales y militares lo dotaban del suficiente poder para emprender una guerra a gran escala contra la Romanía.

Para 540, Cosroes I contaba con ese poder y una disputa entre los respectivos vasallos árabes de ambos imperios (los lakmidas sometidos a Persia y los gasánidas vasallos de la Romanía), unida a una serie de incidentes en Armenia, le dieron la excusa necesaria para atacar a Justiniano. Éste trató de disuadir diplomáticamente a Cosroes de que emprendiera la guerra: en Occidente Belisario acababa de tomar Rávena y la atención y los recursos militares de Justiniano seguían puestos, en buena medida en los escenarios bélicos de Italia y África, por lo que una guerra en el limes persa era lo último que necesitaba. Pero Cosroes no estaba de acuerdo con él y se dispuso a probar el poder de su nuevo aparato militar. Tras romper definitivamente el tratado de paz de fines del 532 y al mando de su renovado ejército, Cosroes I atravesó las fronteras con la Romanía y, dejando a un lado las imponentes fortalezas de Circesio y Zenobia, tomó la ciudad de Sura, donde hizo un gran botín y un buen número de prisioneros. Mientras tanto, Justiniano dividía el mando de sus ejércitos de Oriente entre Buces y el recientemente triunfante y todavía ausente en Italia, Belisario.

Por su parte, Cosroes no se detuvo en Sura, pasó el Eúfrates y enfiló el camino de Antioquía, la gran ciudad siria, la tercera urbe del Imperio. Tras presentarse frente a Hierópolis, levantó el campo a cambio de que los habitantes de la ciudad le pagasen un crecido rescate. Luego, devastando los campos, se acercó a Beroea, también llamada Berea, la actual Aleppo. Allí, el rey persa realizó un amago estratégico y fingió volver hacia la frontera, pero, desandando el camino, se plantó inesperadamente ante las murallas de Antioquía. La gran ciudad estaba pobremente defendida y además, confiando en sus impresionantes murallas y en las cuatrocientas torres que éstas ofrecían como baluartes frente al enemigo, se negó a pagar rescate alguno a Cosroes. Éste procedió furioso al asalto de las murallas: la pericia de sus guerreros y la cobardía

⁷⁶⁹ Procopio, *Guerra persa*: I 2, pp. 171-173. Muchos historiadores olvidan lo interconectado que estaba el mundo de finales de la Antigüedad. Así, no sólo encontramos a embajadores godos en Persia, sino más adelante también a emisarios de la Romanía en Asia Central reclamando a los turcos occidentales (Tukiu) ayuda contra Persia; y entre 619-626, a sucesivos enviados de Cosroes II firmando acuerdos con los ávaros del Danubio para que atacaran a Heraclio, y a enviados de Heraclio entre los jazaros del norte del Caspio y del Volga, estableciendo acuerdos para que invadieran las provincias persas del norte. Por ello, estudiar la historia de la Romanía o de la Persia de este periodo, sin tener en cuenta la historia del otro gran rival y la de los pueblos vecinos a ambos imperios, es de todo punto, imposible.

de la guarnición de Antioquía propiciaron que la ciudad cayera en sus manos. Salvajemente saqueada por el rey persa, Antioquía sufrió incendios y la deportación a Persia de miles de sus ciudadanos.

Las fuentes persas cuentan maravilladas cómo Cosroes I Anusirwan ordenó a sus arquitectos e ingenieros que tomaran nota de cada una de las calles, plazas, torres, edificios públicos y casas de Antioquía, cuya belleza le había sojuzgado, con el fin de construir junto a Ctesifonte una réplica exacta de la misma en la que asentar a los deportados de Antioquía. Se dice que cuando la ciudad fue construida recibió el nombre de Antioquía bi-Cosroes (Antioquía de Cosroes). Los antioquenos allí instalados por el gran rey persa no tuvieron dificultad alguna en encontrar las réplicas de sus casas y barrios, tal había sido la calidad y exactitud del trabajo de los arquitectos e ingenieros de Cosroes⁷⁷⁰.

Era un gran triunfo, pues desde los días de Shapur I, allá por el año 260, el Oriente no había visto nada igual. Cosroes estaba orgulloso y mandó que en su palacio de Ctesifonte fuera representada su conquista de Antioquía. Así se hizo en un magnífico mosaico situado sobre las paredes del impresionante Iwan, gran puerta y cámara abovedada que daba paso a su trono. En ese mosaico, se podía ver a Cosroes montado sobre su caballo ruano, dirigiendo el asalto de sus savaran sobre Antioquía⁷⁷¹. No sólo oro, plata y prisioneros se encaminaron hacia el Eranshar, también fueron llevados a Persia los maravillosos mármoles de colores que ornaban las fachadas de las principales iglesias de Antioquía, mármoles que fueron destinados por Cosroes a embellecer la fachada y el interior de su gran palacio.

Tomada Antioquía, Cosroes recibió grandes cantidades de oro y plata de las atemorizadas ciudades de Siria, entre ellas de Seleucia del Orontes, Calcis y Apamea. Tal era la sensación de triunfo absoluto de los ejércitos persas sobre los de la Romanía que en Apamea, Cosroes llegó a presidir las carreras de carros en el hipódromo de la ciudad. Eufórico por sus victorias, el rey persa se volvió hacia el Eúfrates y se plantó ante Edesa; no pudo tomarla, por lo que la fama de la ciudad como inconquistable creció. Tampoco logró tomar la gran ciudad-fortaleza de Dara. Así que, tras negarse a firmar un acuerdo de paz con Justiniano, Cosroes regresó a territorio persa cargado de tesoros y prisioneros. Había quedado de manifiesto el poderío militar que la nueva Persia de Cosroes I Anusirwan tenía ahora en sus manos.

Pero la guerra continuaba. Belisario acababa de llegar de Italia y fue inmediatamente enviado a la frontera persa, al mando de nuevas tropas entre las que

⁷⁷⁰ Al-Tabari: V, 898-899, pp. 157-158; Firdusi: VI, pp. 168-169; Eutiquios: parte II, cap. XV, n. 13, p. 298; *Crónica del 640*: año 871, p. 16; compárense con Procopio: II,14,1, p. 227. También CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, op. cit., pp. 386-387.

⁷⁷¹ Una descripción de este mosaico en HICKS, J., *Orígenes del Hombre, El resurgimiento de Irán (II)*..., op. cit., p. 139; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, op. cit., pp. 139-140, donde también puede hallarse una magnífica descripción del gran Iwan del palacio de Cosroes I.

figuraban un buen número de ostrogodos enrolados por él en los ejércitos de Oriente. Pero antes de que Belisario pudiera organizar el contragolpe romano, Cosroes había cambiado por completo el escenario de la guerra: abandonaba el teatro de operaciones sirio-mesopotámico y se trasladaba al Caucásico. En Lázica, junto a la orilla suroriental del Mar Negro, los laz se habían visto muy impresionados por las recientes victorias de Cosroes. Deseosos de sacudirse el vasallaje romano, enviaron embajadores a Cosroes. Éste, sin perder un minuto, atravesó Armenia e Iberia y se plantó en Lázica en donde, con el apoyo de los laz, rindió la ciudad de Petra, el principal punto fuerte de los romanos en la zona.

Mientras que todo esto ocurría en el norte, al sur, en la alta Mesopotamia (el Asuristán persa), Belisario cruzaba la frontera e invadía el territorio persa al frente del ejército de campaña de Oriente. Su objetivo era la gran ciudad-fortaleza de Nisibe, la principal plaza fuerte de Persia en la región. Tras un asedio lleno de penalidades y tras contemplar cómo sus aliados árabes gasánidas fracasaban en sus correrías sobre la Perso-Armenia, Belisario se vio obligado a levantar el sitio de Nisibe y retirarse al otro lado de la frontera.

Pero Cosroes, dejando tras de él Lázica y sus recientes conquistas allí efectuadas, se dirigió a marchas forzadas hacia Siria, atacó Sergiópolis, que no pudo tomar, y amenazó con proseguir y conquistar Jerusalén. Hacia ella y por orden de Justiniano, se dirigió rápidamente Belisario. Tras un intercambio de embajadores, ambos comandantes militares juzgaron más sensato evitar la batalla. En su retirada hacia territorio persa, Cosroes tomó y saqueó Calínico. La aparición de la peste, en 542, impuso a ambos contendientes un descanso en las operaciones bélicas, pues tanto romanos como persas se vieron golpeados por la terrible epidemia. Por lo demás, Belisario fue retornado a Italia donde los godos se habían sublevado a las órdenes de Totila.

Cosroes, que veía con preocupación los estragos que la peste estaba haciendo entre sus soldados y que temía que los eftalitas aprovecharan su larga estancia en las fronteras occidentales para atacarle en Oriente, buscó la paz con la Romania, pero Justiniano, confiado en la superioridad de los medios militares que acababa de acumular en su limes oriental, se negó a ello y ordenó a sus ejércitos que atacaran territorio persa. Fueron derrotados y Cosroes contraatacó asediando Edesa. Esta vez estaba determinado a tomarla. Construyó un gigantesco terraplén junto a las murallas de la ciudad, pero los edesanos lo minaron y destruyeron. Ordenó entonces varios asaltos generales que fracasaron todos. Se comenzó a buscar la paz y se llegó a un primer acuerdo que establecía una paz por cinco años. Pero Cosroes quería que Dara y Lázica le fuesen cedidas y el acuerdo terminó siendo papel mojado.

Cosroes atacó, por segunda vez durante esta guerra, la ciudad de Dara. Fracasó de nuevo y el fracaso tuvo que serle costoso, pues su derrota propició que terminara aceptando el tratado que acababa de rechazar.

Por la paz de 545, las fronteras, una vez más y tras cinco años de guerra, quedaron tal y como antes. Se respetaba la libertad religiosa de cristianos y zoroastrianos en los respectivos territorios de ambos imperios y se declaraba el libre intercambio de mercancías en todas las ciudades fronterizas entre ambas potencias. Además, Cosroes recibía de Justiniano el pago de 2.000 libras de oro (144.000 sólidos) a cambio de mantener la paz, y se dejaba de lado la cuestión de la ocupación persa del Lázica⁷⁷².

Era, si se medita bien sobre ello y no se ha hecho hasta ahora, un triunfo para Justiniano y una derrota para Cosroes. Para comprobarlo basta con comparar lo que Cosroes logró en 532 con lo que obtuvo en 545: once mil libras de oro, esto es 792.000 sólidos, frente a dos mil libras de oro, es decir, 144.000 sólidos. Evidentemente, la drástica disminución del estipendio que Cosroes recibía de Justiniano estaba en relación con los cambios efectuados en la relación de fuerzas entre ambos imperios.

Si la poderosa Persia de 545, fortalecida tras las reformas de Cosroes I, no podía, tras cinco años de guerra, lograr más de la Romanía, era sencillamente porque no era posible. Dicho de otro modo, porque Justiniano tenía en 545 un poderío militar de tal magnitud en Oriente que disuadía a Persia de continuar la guerra y la obligaba a conformarse con cinco veces menos oro que en 532. Además, no hay que olvidar que la guerra de 540-545, terminó con victorias romanas, no persas. El tratado de 545 es la paz de un vencedor que está dispuesto a ser permisivo con el derrotado, ya que la continuación de la guerra le resultaría más gravosa. Y es que la cantidad de 144.000 sólidos que a Justiniano le costaba la paz de 545 era mucho menos de lo que le costaría mantener a sus ejércitos de campaña de Oriente y Armenia en lucha. De hecho, 144.000 sólidos sólo equivalían al sueldo anual de poco más de 7.000 soldados de campaña, mientras que los sueldos de los 20.000 hombres que integraban el ejército de campaña de Oriente y los de los 15.000 que militaban en el de Armenia, le costaban a Justiniano más de 800.000 sólidos anuales y eso sin entrar en los gastos debidos a otros pormenores de la guerra, ni en el pago a las tropas de frontera, ni en los efectuados a los aliados gasánidas.

Desde este punto de vista, los 144.000 sólidos de la paz de 545 eran, no la expresión de la debilidad militar de Justiniano en Oriente –como se ha venido defendiendo hasta hoy– sino la prueba de su poder militar y de su habilidad diplomática. Como veremos, los acontecimientos que siguieron en Oriente a la paz de 545 nos dan la razón.

⁷⁷² Para los pormenores de esta guerra *vid.* Procopio, *Guerra Persa*: II. 4-28 pp. 181-289, donde aparece la paz de 545 y Evagrio: III, 25-29; también los autores perso-islámicos que recogen la versión persa de la guerra y las noticias inherentes a la misma, ignoradas por la tradición romano-bizantina, al-Tabari: V, 898-899, pp. 157-159 y Firdusi: VI, pp. 156-172. Consúltense además: GREATREX, G., *Roman Eastern Frontier...*, *op. cit.*, pp. 102-122; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 372-373; YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, pp. 154-156.

De todas formas, la paz entre la Romania y el Eranshar no iba a durar mucho. El regreso de los lazos de Lázica a la alianza romana, unido a la continuación de la guerra entre los respectivos vasallos árabes, lakmidas y gasánidas, empujó a Cosroes a romper el acuerdo de 545 y a volver a la guerra en 547. Esta vez las principales operaciones estuvieron concentradas en el norte: en Lázica, Iberia y Armenia. La superioridad romana se dejó sentir en esta nueva fase del conflicto con mucha mayor claridad que en el periodo 540-545: dos ejércitos persas fueron derrotados en Lázica y otro sufrió, en 549, una soberana derrota en las lindes de Armenia.

Al cabo, en 551, y como colofón de las numerosas victorias logradas por los ejércitos de Justiniano, Petra, la principal ciudad del Lázica, ocupada por los persas desde los inicios de la guerra, fue recuperada por los ejércitos de la Romania tras un largo y exitoso asedio⁷⁷³. Ante este nuevo varapalo bélico, Cosroes tuvo que aceptar de nuevo la paz que Justiniano le ofrecía, en ese mismo año de 551, cuando sus ejércitos triunfaban sobre los de Persia. La razón era que Justiniano deseaba acabar con la larga guerra en Italia y estaba preparando, en ese mismo año de 551, el gran ejército que Narsés conduciría a la victoria total sobre los ostrogodos al año siguiente. Por lo tanto y una vez más, a Justiniano, vencedor sobre el terreno, le interesaba pedir la paz cual si fuera él el derrotado y no Cosroes.

Nuestros historiadores, sin meditar sobre lo anterior y sugestionados por un Procopio deseoso de fustigar a Justiniano, se han visto confundidos y siguen afirmando, pese a la verdadera realidad que ofrecen los hechos, que la paz de 551 era una nueva prueba de la debilidad de Justiniano. ¿Acaso no habían logrado sus ejércitos mantener a los persas fuera de la Mesopotamia romana, de Siria y de Armenia? ¿Acaso no habían reconquistado Lázica para la Romania? ¿No eran los ejércitos romanos los que ganaban las batallas y tomaban las ciudades? Y sin embargo y pese a esta realidad incontestable, los historiadores de la Antigüedad tardía y de la historia bizantina se han aferrado con fuerza a los prejuicios y tópicos legados por Procopio y sus admiradores.

No obstante, la realidad se impone siempre, si es bien enfocada: no sólo triunfaban los ejércitos romanos, sino que Justiniano compró la paz de 551, que le dejaba las manos libres en Italia, a un precio mucho más reducido de lo que le costó la paz de 532, cuando pretendía deshacerse de Persia para volverse contra los vándalos. En 551 Cosroes obtuvo sólo, a cambio de mantener la paz, aceptar la reconquista bizantina de Lázica y abandonar cualquier pretensión de conquistar territorios romanos, 2.600 libras de oro, 600 más que en 545, es cierto, pero 8.400 menos que en 532, en definitiva cinco veces menos.

La paz tampoco fue muy duradera esta vez. La Romania no necesitaba ya tan urgentemente la paz en Oriente, una vez aniquilados por completo los ostrogodos (552),

⁷⁷³ Para esta segunda fase del conflicto *vid.* Procopio, *Guerra persa*: II, 28-30, 289-307.

y los francos y alamanes que habían invadido Italia (554); ni a Persia le interesaba que se mantuviese el equilibrio logrado tras los acuerdos de 545 y 551, ya que seguía viendo prosperar, pese a todo, su potencial bélico, y su fortaleza marítima y económica. De hecho, ambas potencias buscaban ya y sin más, imponer sobre la otra su hegemonía.

La paz de 551, por lo demás, no había sido absoluta. En Lázica y en Arabia habían continuado las tensiones y los combates, usando a menudo a sus respectivos aliados (abasgianos, lázicos, tzanos, suanios, musimianos, iberos y armenios en el Cáucaso, y gasánidas, lakmidas, kindi y abisinios, en Arabia).

Para 553 los ejércitos de ambas potencias estaban de nuevo en plena campaña. Esta vez la apuesta fue mayor. Justiniano desplazó a Lázica un poderoso ejército de 50.000 hombres (recuérdese que por esos mismos días en Italia, Narsés, en plena lucha contra godos, alamanes y francos, no disponía sino de 20.000), mientras que Persia desplazó a la zona a 60.000 hombres, un tercio del total de sus efectivos, como luego se demostrará.

Esta significativa elevación del poder de los ejércitos comprometidos en el frente, muestra que para Justiniano era Oriente y no Occidente –como se ha venido afirmando erróneamente durante más de dos siglos y sin base alguna para ello– el centro esencial de su política militar y la base de su poderío económico. Muestra, así mismo –como acertadamente dijera Howard-Johnston– que el combate por Lázica y el ángulo suroriental del Mar Negro implicaba un cambio trascendental en la habitual rutina de enfrentamiento entre ambos imperios; pues si Persia lograba hacerse con el control de los puertos de Lázica sobre el Ponto Euxino, y tras esto, construir una flota en ellos, no sería ya la hegemonía lo que se disputaría entre los dos grandes poderes, sino la total victoria y sojuzgamiento de uno por el otro. Tanto Justiniano, presto a impedir este peligro, como Cosroes, dispuesto a dotarse de tal posibilidad de triunfo frente a su secular enemigo, lo comprendieron a la perfección. De ahí que Justiniano destinara a Lázica y a lo largo del periodo que media entre 553 y 558, más efectivos de sus ejércitos de campaña de los que nunca había llegado a poner en Occidente: un tercio del total de los soldados de sus ejércitos de campaña, una cifra que superaba ampliamente al total de fuerzas que a la sazón tenían distribuidas por África, Italia e Hispania; y de ahí que Cosroes se arriesgase a enviar para la definitiva conquista de la vieja Cólquide, a un tercio del total de sus hombres de guerra⁷⁷⁴.

La guerra fue rica en incidencias y alternativas. Tras los avances persas de 552 se produjo una situación de inmovilidad de los ejércitos sobre el terreno que abarcó todo el año 553. La llegada de grandes refuerzos a la zona, volvió a dinamizar el escenario bélico. En 554, 60.000 persas rompieron el frente romano en Lázica y tomaron varias

⁷⁷⁴ Vid. Agatías: 3, 8, 2, con la cita de los 50.000 hombres puestos por Justiniano en Lázica, y Agatías: 3, 4, 3, para los 60.000 que Cosroes les oponía en el mismo frente. Sobre la especial trascendencia de la guerra en Lazica vid. HOWARD-JOHNSTON, J., “The Two Great Powers...”, *op. cit.*, pp. 157-226.

fortalezas, pero fracasaron a la hora de hacerse con la capital del país, que defendieron con maestría las fuerzas romanas. La muerte de uno de los generales persas que combatían en Lázica, el Spahbad Mermeroos, que pertenecía a la familia de los Mihran⁷⁷⁵, supuso un grave contratiempo para los persas y a la larga derivó en un estancamiento del frente persa y en el comienzo de una gran contraofensiva romana que logró recuperar buena parte de las fortalezas perdidas, además de castigar a varias tribus del país que se habían pasado al bando persa. Las campañas de 556 y 557 fueron también, y salvo algunos contratiempos menores, favorables a las tropas de Justiniano. Así que para finales del verano del 557, una vez más, los ejércitos de Justiniano se estaban imponiendo sobre el teatro de las operaciones bélicas. Fue en ese momento y sorpresivamente cuando Cosroes aceptó una tregua y el comienzo de las negociaciones que debían de llevar a una paz definitiva y completa entre la Romanía y el Eranshar⁷⁷⁶.

Cosroes se había jugado en esta guerra mucho, pues nunca antes había desplazado a un escenario bélico fuerzas tan impresionantes y había buscado con tanto ahínco la victoria. ¿Por qué, tras apostar tanto y tras casi cinco años de combates, aceptaba una tregua que favorecía a los romanos? Nadie –que sepamos– se ha hecho esta pregunta con la adecuada seriedad. La tregua del otoño de 557 y la posterior paz de fines del 561 o inicios del 562⁷⁷⁷, eran, si se sopesan adecuadamente, una derrota para Cosroes que sobrevinía después de haberse jugado sobre el terreno más que nunca antes. Así Cosroes se veía obligado a abandonar sus conquistas sobre Lázica y a dejar en un limbo al reino de Suania; es decir, abandonaba aquello por lo que había estado batallando con los romanos desde hacía casi veinte años. ¿Y a cambio de qué? De 30.000 sólidos anuales. La cifra es ridícula y cobra su verdadera dimensión cuando se la compara con lo que Cosroes obtuvo de Justiniano: en 532, 792.000 sólidos; en 545, 144.000 sólidos, y en 551, 187.200 sólidos. Añadiremos otro dato que pondrá aún más de relieve lo escaso de la cantidad obtenida por Cosroes a cambio de renunciar a tanto: los 30.000 sólidos anuales de la paz de 561 representaban para Justiniano el equivalente a la paga anual de 1.500 soldados de sus ejércitos de campaña, mientras que sólo el sueldo de los

⁷⁷⁵ Las fuentes bizantinas de este periodo suelen confundir los títulos y nombres familiares de los generales persas, atribuyéndoles títulos que no son sino la transposición al griego de sus nombres. El caso de los Mihran es el más conocido. Se trata de una de las seis grandes familias que, junto con la familia real de los sasánidas, constituían el escalón más alto de la nobleza persa. A lo largo del s. VI, los Mihran ocuparon frecuentemente los más altos cargos militares y sus miembros dirigieron los ejércitos que peleaban contra los romanos. De ahí que el nombre de “Mihran” pudo ser tomado como un título militar por los historiadores bizantinos, o bien como el nombre personal del general persa en cuestión. Algo parecido sucede con otros miembros de grandes casas de la nobleza persa, en especial con los pertenecientes a los Karen y a los Suren.

⁷⁷⁶ Para esta guerra, la mejor fuente es Agatías: 2.17 - 4, 30, complementado por las noticias que ofrece Menandro Protector: frag 6,1- 6,2-3, pp. 81-89. Un excelente cuadro de las operaciones bélicas en Lázica durante este periodo en GREATREX, G., *Roman Eastern Frontier...*, op. cit., pp. 120-122.

⁷⁷⁷ Los pormenores del tratado de paz del 561 en Menandro Protector: frag 6.1- 6.3; pp. 55-91. La fecha definitiva de la firma del tratado sigue en discusión; lo único cierto que puede decirse es que fue firmado o bien a fines del 561 o en las primeras semanas del 562.

50.000 hombres que había destinado a Lázica le había supuesto un desembolso anual de no menos de 1.000.000 de sólidos.

¿Quién salía ganando? ¿Justiniano que pasaba de gastar 1.000.000 de sólidos al año para mantener su control sobre Lázica a lograr lo mismo abonando a Cosroes 30.000 sólidos anuales? ¿O era acaso Cosroes el ganador, que se veía obligado a renunciar a sus conquistas en el Cáucaso, a comprometerse a mantener la paz y a actuar como un simple federado del Imperio Romano de Oriente al obligarse, en virtud del acuerdo firmado, a tener que asegurar la frontera nororiental de la Romania defendiendo los desfiladeros caucásicos? Justiniano, claro está, era el verdadero vencedor.

Y es que los 30.000 sólidos de la paz de fines del 561 eran –en contra de lo que afirmó Averil Cameron⁷⁷⁸– la expresión más elocuente del triunfo de Justiniano y del fracaso de Cosroes. Y no obstante, el negociador persa de la paz de 561 estaba muy contento de lograr dichos acuerdos. Pero ¿por qué Cosroes aceptó la desventajosa tregua del 557 y la aún más desventajosa paz del 561?

Para responder a esta pregunta hay que volverse hacia las estepas de Mongolia. Si así se hace y se resuelven los problemas históricos que de allí emanan: el ascenso de los turcos occidentales, la destrucción del reino eftalita y la migración de los ávaros hacia el Danubio, podrá entonces comprenderse realmente por qué Cosroes aceptó la tregua del 557 y la paz del 561, y no sólo eso, se podrán también entender, bajo una nueva luz, los acontecimientos que a partir de 565 desencadenarían la crisis del sistema justiniano y, a la postre, prepararían el camino para el surgimiento de una nueva era.

Así que, y aunque hasta el presente ningún bizantinista o historiador de la Antigüedad tardía se haya centrado realmente en ello, habrá que volverse hacia las estepas de la lejana Mongolia.

II.1.4. *La Persia de Cosroes I, el ascenso de los Tu-kiu, la emigración de los ávaros hacia Europa, la ruina de los Eftalitas y los orígenes de la primera crisis del sistema justiniano. 552-565.*

Mientras que en el oeste del mundo antiguo, la Romania y Persia reanudaban, tras más de un siglo de relativa paz, su tradicional rivalidad por el señorío del Próximo Oriente, en las inmensidades que se extienden entre el Oxus y el Amur, dos grandes imperios, el de los hunos eftalitas a occidente y el de los Juan-juan, al oriente, disfrutaban de los beneficios de una bárbara “entente cordiale”.

⁷⁷⁸ CAMERON, A., *El mundo mediterráneo...*, op. cit., p. 135, en la que se permite decir: “La paz con Persia se compró a un altísimo precio”, y pp. 124-126, donde analiza las paces de Justiniano con Persia.

La historia de ese acuerdo entre hunos eftalitas y Juan-juan (antepasados de los ávaros) tiene su origen en los movimientos que los dos grandes grupos de los xiong-nu, los del norte y los del sur, llevaron a cabo tras ser expulsados de las estepas orientales por otras hordas nómadas. Este gran movimiento se prolongó todo un siglo, desde aproximadamente el 250 hasta el 350, y se realizó en múltiples etapas. Durante todo ese largo proceso de abandono de sus antiguos hogares, los xiong-nu se dividieron en muchos grupos: algunas hordas huyeron hacia las estepas de la Europa occidental (como la horda en que nacería Atila), otras lo harían hacia el sur (como las que se mezclaron con otros grupos de lengua turca y se asentaron en el norte de China); otros grupos tribales se refugiaron en los montes Altai y otros, por último, enfilaron los caminos que desde el Altai y el valle del Tarim llevaban hacia Sogdiana.

El movimiento de los xiong-nu o hunos generó a su vez un formidable efecto dominó que iba a lanzar, a partir de la segunda mitad del siglo IV, a un aluvión de pueblos bárbaros contra las fronteras y tierras de la Romania, del Eranshar y de la India de los Gupta. Así y en sucesivas oleadas, germanos, alanos y los propios hunos atacaron e invadieron el Imperio Romano; mientras que a la par, al este, Persia era atacada por sucesivas oleadas de chionitas, un subgrupo de los hunos, que terminaron arrebatando a los persas la Chorasmia y la Bactriana, e invadiendo el norte de la India. Tras los chionitas llegaron los hunos eftalitas (de raza mongol y no emparentados con los verdaderos hunos), que derrotaron a Persia y la sometieron a vasallaje, conquistaron el Punjab indio y aniquilaron así al Imperio de los Gupta, reduciéndolos a los territorios más orientales del valle del Ganges, en donde quedaron divididos en una serie de pequeños reinos⁷⁷⁹.

Mientras que esto sucedía, en las estepas orientales del Asia central, sobre el solar desocupado por los derrotados y perseguidos Xiong-nu, un pueblo de estirpe mongola y descendiente de los Sien-pi edificó un gran imperio. Este pueblo mongol era el de los ju-juan, aunque es más conocido por la forma china de su nombre: Juan-juan, un ingenioso juego de palabras que venía a significar algo así como “los miserables e inquietos insectos”⁷⁸⁰. Estos Juan-juan obtuvieron la hegemonía en las estepas mongolas a fines del siglo IV y presionaron fuertemente hacia el sur, hacia China, en donde, tras la caída de la dinastía Han y el ocaso de los efímeros reinos que la

⁷⁷⁹ Para la historia de los hunos en sus estepas orientales *vid.* GROUSSET, R., *El imperio...*, *op. cit.*, p. 59 y ss. La identificación de los hunos con los Xiong-nu es muy antigua y ya historiadores como Gibbon la daban por cierta. La hipótesis sobre la identificación de Xiong-nu con los distintos grupos de pueblos nómadas que bajo nombres similares (hunos en Europa, chionitas y kidaritas en Persia y la India) se precipitaron sobre los antiguos imperios, fue puesta en duda por algunos especialistas desde inicios del siglo XX. Hoy día la tendencia es la de volver a realizar la tradicional relación entre los antiguos Xiong-nu que aparecen las obras chinas y los diversos grupos de hunos que invadieron los imperios del occidente y del sur euroasiático.

⁷⁸⁰ Otro nombre chino con el que se conoce también a los Juan-juan es el de “Rouran”, al parecer de origen coreano y que viene a tener un significado similar al de Juan-juan, es decir: “insectos inquietos”.

sucedieron, se habían instalado una serie de reinos locales dirigidos por dinastías de estirpe turca.

Los ataques Juan-juan sobre China no tuvieron éxito, pues una de esas pequeñas dinastías turco-chinas, la de los To-pa o wei, logró, mediante una serie de sangrientas guerras que se extendieron a lo largo de la mayor parte del siglo V, rechazarlos hacia el norte de la gran muralla y unificar bajo su mando la mayor parte de la China del norte. Los Juan-juan se volvieron entonces hacia el este y el norte, donde sometieron a otros pueblos mongoles, y hacia el oeste donde conquistaron muchos pequeños reinos turcos que habían sido formados en las estepas y montañas del Tien-shan, el Altai, Dzungaria, Irtich y el Itil, por pueblos descendientes de los antiguos Xiong-nu.

Hacia el año 500 el panorama de la alta Asia estaba fijado de la siguiente manera:

-al oeste, el Imperio de los hunos eftalitas que se extendía por el este, desde el valle de Fergana y la región más occidental del actual Xinjiang-Uigur chino; por el oeste, hasta el oriente del Irán, y por el norte, desde las estepas que rodean el Mar de Aral y la punta occidental del lago Baljash, hasta las regiones Indias de Gandara, Cachemira y el Punjab. Este formidable imperio tenía sometida a tributo a la Persia sasánida, en cuya política interior no paraba de intervenir mediante el expediente de colocar en el trono persa a su candidato: Khavad I.

-al este de los eftalitas y ejerciendo sobre ellos una suerte de teórica hegemonía⁷⁸¹, estaba el Imperio de los Juan-juan. Éstos controlaban todas las tierras que iban desde la punta oriental del lago Baljash, la región del Altai y los oasis del Tarim, por el oeste, hasta los confines de Manchuria y Siberia oriental con lo que hoy serían las fronteras septentrionales de Corea del norte; mientras que de norte a sur se extendía desde la región meridional del lago Baikal, hasta la gran muralla china.

A inicios del siglo VI, Juan-juan y eftalitas mantenían unas excelentes relaciones entre sí, que se vieron consolidadas en 520 por el matrimonio del rey de los eftalitas con dos princesas juan-juan. Esta alianza era muy beneficiosa para ambas potencias, pues mientras que los Juan-juan controlaban el sector más oriental de la ruta de la seda, los eftalitas dominaban los caminos que la prolongaban hacia Persia y el norte de la India. El comercio por la larga ruta exigía paz y seguridad, y el acuerdo entre los dos grandes imperios nómadas se la otorgaba.

Por otra parte, Juan-juan y eftalitas, al no tener que preocuparse por su respectiva retaguardia, podían dedicar todas sus fuerzas a centrarse en sus inmediatos intereses: mantener su poder sobre los pueblos turcos de las estepas y tantear las fronteras de

⁷⁸¹ El ascendiente de los Juan-juan sobre los eftalitas se basaba en que los últimos eran de raza mongola, al igual que los Juan-juan, y en que, allá por el año 400 y antes de proceder a invadir Fergana, Sogdiana, Bactriana, la India y el Irán, habitaban en las estribaciones orientales del Altai, donde eran vasallos de los Juan-juan.

China, en el caso de los Juan-juan; y seguir ejerciendo su hegemonía sobre Persia, en el caso de los eftalitas. Pero esta situación, tan beneficiosa para ambos, comenzó a modificarse a partir de 521, cuando estalló una guerra civil entre los Juan-juan, una contienda que enfrentó a su khagan, A-na-kieu, con su tío. La lucha fue larga e intensa y aprovechándola, muchas tribus vasallas de los Juan-juan se rebelaron contra ellos.

Una de esas tribus rebeldes era la de los Kao-kiu, antepasados de los Uigures, quienes se rebelaron en 521 contra el khagan de los Juan-juan. Vencidos y vueltos a someter, los Kao-kiu no soportaban bien el yugo impuesto por los Juan-juan, y en 546 se hallaban preparando un nuevo alzamiento contra el gran khagan de los Juan-juan, A-na-kuei, que acababa de reunificar su imperio tras derrotar definitivamente a su tío.

Sin embargo, la sublevación de los Kao-kiu fue abortada gracias al khagan de los Tu-kiu, una tribu turca que habitaba en la región de los montes Altai y que también era vasalla de los Juan-juan. El khagan Tu-kiu (el nombre de los Tu-kiu, “turkut”, esto es, “fuerte”, denominaría desde entonces a todos los pueblos de lengua turca) pidió a su señor, el khagan de los Juan-juan que le concediera en matrimonio a su hija, en premio a sus servicios al imperio. El khagan Juan-juan, A-na-kuei, rechazó esta petición y con ello selló el destino de su imperio y alteró, a la par, los de Persia y la Rumania. El despechado khagan tu-kiu, que ostentaba el nombre turco de “Bumin” (más conocido bajo su forma china, Tu-men) encontró su venganza en una alianza con los Wei occidentales que gobernaban en el norte de China. Tanto los Tu-kiu como los Wei, o To-pa (como también son conocidos) compartían un mismo origen étnico. Según nos aclaran las fuentes chinas, los Tu-kiu eran una rama superviviente de los Xiong-nu y los To-pa tenían también esa misma procedencia. Además, ambos aliados tenían el mismo interés en destruir a los Juan-juan: los Tu-kiu, para vengarse de la afrenta a su khagan y para sacudirse el yugo que les habían impuesto, y los To-pa para aniquilar a un enemigo que llevaba casi dos siglos hostigando las fronteras del norte de China.

No es pues de extrañar que se llegara a un rápido acuerdo. En 550 o 551, el soberano de los Wei occidentales envió al khagan de los Tu-kiu a una de sus hijas para que contrajese con ella matrimonio y sellara la nueva alianza. Así reforzados, los Tu-kiu se alzaron ya sin reservas, contra los Juan-juan. Dejando atrás, en el Altai, sus forjas y la mayor parte de sus manadas y siervos, los Tu-kiu se encaminaron hacia las estepas del este de Mongolia donde solía estar instalado el campamento del khagan Juan-juan. En 552, en una formidable batalla librada a orillas del río Orkhon, los Tu-kiu, aniquilaron a los Juan-juan y dieron muerte a su khagan, A-na-kuei⁷⁸². El acontecimiento fue tan

⁷⁸² Respecto a la historia del Imperio de los Juan-juan y de sus relaciones con los eftalitas, de la sublevación de los Tu-kiu y su alianza con la dinastía chino-turca de los To-pa o Wei occidentales contra los Juan-juan, y para la destrucción en 552 de estos últimos *vid.* GROUSSET, R., *El imperio...*, *op. cit.*, pp. 105-124; YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol 3, pp. 214-216; HAMBLBY, G., *Asia Central...*, *op. cit.*, pp. 56-60; PELLIOU, P., “L'origine de T'ou-kiue, nom chinois des Turcs”, T'oung-pao, 1915. Sigue siendo imprescindible la obra de E. CHAVANNES, *Documents sur les tou-kiue (turcs) occidentaux*. París,

sonoro que hasta los historiadores bizantinos, a más de diez mil kms del lugar de los hechos, lo registraron en sus obras.

Por su parte, los Juan-juan, diezmados y sin cabeza, se dispersaron. Gracias a las noticias proporcionadas por las fuentes chinas, corroboradas por los informes que al respecto ofrece Teofilacto Simocata, sabemos que una parte de los Juan-juan que sobrevivieron a la derrota de su horda huyó hacia el norte de China, donde sus antiguos enemigos, los To-pa o Wei occidentales, los instalaron como guardianes de sus fronteras. Teofilacto, confirma esto último al decirnos que una parte de los ávaros (es decir, de los Juan-juan) se refugió, tras su derrota ante los Tu-kiu, en el país Taugasc, esto es, en el país de los turcos Tabgach, que no son otros sino los To-pa que gobernaban el norte de China⁷⁸³.

Tanto las fuentes chinas, como las turcas y bizantinas, señalan también que otra parte de los Juan-juan que sobrevivieron al desastre huyó hacia Occidente. Desde comienzos del siglo XX, han existido dos grandes posturas al respecto del origen de los ávaros que se presentaron en la Europa oriental y central en la segunda mitad del siglo VI y que la aterrizaron hasta que, a fines del siglo VIII, Carlomagno aplastó su poder:

a) la primera tesis, ha identificado a los ávaros con una rama superviviente de los Juan-juan vencidos por los Tu-kiu en 552. Dicha tesis sigue cobrando fuerza gracias a los hallazgos arqueológicos realizados en lugares tan distantes entre sí como son la llanura húngara, y las estepas y bosques de Siberia oriental y Mongolia, que demuestran que los ávaros europeos y los Juan-juan de Extremo Oriente compartían una misma cultura material y funeraria.

b) la otra tesis sobre el origen de los ávaros europeos defiende que los ávaros no tienen nada que ver con los Juan-juan sino que serían una fracción de los hunos eftalitas que, tras ser derrotados a su vez por los Tu-kiu y tras engrosar sus mermadas filas con miembros de otras hordas, huyó hacia las estepas de la Europa oriental y se presentó allí con un nuevo nombre tribal, el de ávaros, surgido de la fusión de

1903; en concreto, para el reinado del Khagan Juan-juan A-na-kuei (519-552), su derrota y muerte a manos de los Tu-kiu, el ascenso de éstos y la dispersión de los Juan-juan, véanse las pp. 221-223 en concreto.

⁷⁸³ Teofilacto Simocata: libro 7.VII.7-13, donde se narra la derrota de los ávaros (los Juan-juan) a manos de los turcos (es decir los Tu-kiu) y cómo los ávaros se dividieron en dos hordas: una que huyó al país Taugast, es decir la China del norte. El término "Taugast", usado por Teofilacto y tras él por todos los historiadores bizantinos hasta bien entrada la baja Edad Media para denominar a la China septentrional y, a menudo, a toda China, no es sino la transposición al griego del nombre chino "To-pa", uno de los nombres que los chinos daban a los reyes de origen turco de las dinastías Wei. Véase también la nota 37 de la p. 189 de la traducción inglesa de la *Historia* de Teofilacto Simocata, así como WHITBY, M., *The emperor Maurice...*, *op. cit.*, pp. 85-86. Sobre la equivalencia del "Taugast" de Teofilacto con los "To-pa" del norte de China, *vid.* CHAVANNES, E., *Documents...*, *op. cit.*, p. 206. La suerte de los Juan-juan asentados por los Wei occidentales en el norte de China fue terrible; en 555, el khagan de los Tu-kiu orientales, el hijo del difunto khagan Bumin o Tu-men, exigió a los Wei occidentales que le fuesen entregados los refugiados Juan-juan. Los Wei accedieron atemorizados y entonces el khagan Tu-kiu ordenó que se le cortase la cabeza a tres mil guerreros Juan-juan; el resto pasó a estar al servicio de los Tu-kiu como siervos. Al respecto de esto último *vid.* CHAVANNES, E., *Documents...*, *op. cit.*, pp. 223-224.

diversos elementos étnicos en su seno. Esta segunda tesis fue alentada, a inicios del siglo XX, por los estudios del gran historiador Eduard Chavannes, y se materializó y cobró gran fuerza durante los años veinte, treinta y cuarenta del pasado siglo, cuando, tras aportar nuevos elementos y pruebas, orientalistas tan afamados como Albert Herrmann y Marquart, y de forma más tibia, como Grousset y Minorski, abogaron por la tesis eftalita del origen de los ávaros europeos⁷⁸⁴.

Los defensores del origen eftalita de los ávaros europeos basan su postura en el confuso relato que Teofilacto hace sobre los llamados “falsos ávaros”, en algunas afinidades arqueológicas existentes entre los bronceos y adornos eftalitas de la región del Mar de Aral con objetos similares hallados en la llanura húngara, y en la similitud del nombre ávaro con el de dos hordas menores integradas entre los eftalitas que habitaban la región meridional del Mar de Aral: las de los Uar y las de los Kuni. Ambos nombres, al sumarse entre sí, parecen evocar el de las tribus warchunitas que, según el informe de Teofilacto, terminaron por adoptar el de “ávaros”, denominación que hasta ese entonces habían ostentado los auténticos ávaros o Juan-juan. Tras esto y aprovechando el terror que producía su nuevo nombre, se precipitaron sobre las estepas del Mar Negro y del Danubio.

Nos hemos detenido en el planteamiento de esta cuestión porque –como veremos de inmediato– la resolución de la misma será vital para comprender adecuadamente los acontecimientos que, a partir del 557 y por varias décadas, iban a configurar la historia

⁷⁸⁴ CHAVANNES, E., *Documents...*, *op. cit.*, pp. 230-233, donde el gran erudito, dejándose llevar por una fijación errónea de los textos de Menandro y sobre todo por los errores de Teofilacto Simocata, llegaba a la conclusión de que los primeros ávaros europeos que mencionaban las fuentes bizantinas no eran los auténticos ávaros o Juan-juan, sino una mezcla de tribus diversas, tunguses y turcas que, huyendo así mismo de los Tu-kiu se precipitaron sobre las estepas del Mar Negro y del norte del Danubio. Chavannes concluyó también que los Kermikiones (que en las fuentes bizantinas aparecen como un subgrupo de los ávaros que envió una delegación a Justiniano en 563) serían los auténticos ávaros y no un grupo turco como se había estado sosteniendo hasta entonces. Abrió así la puerta Chavannes para que los primeros ávaros mencionados por Menandro y Teofilacto fuesen ubicados fuera del auténtico grupo ávaro, los Kermikiones, que sí serían un resto de los Juan-juan, pero que no tendrían sino un papel secundario y tardío en la formación de los ávaros europeos. Más tarde, Herrmann, Marquart, Grousset y Minorski desarrollaron esta tesis de Chavannes y concluyeron que esos “pseudoávaros” identificados por Teofilacto Simocata como los ávaros europeos no serían sino los restos de los eftalitas o al menos serían estos últimos los integrantes de la élite dominante en el conglomerado tribal que llegó hasta las llanuras húngaras: HERRMANN, A., *History and Commercial Atlas of China*. Harvard, 1935, pp. 30-32; MINORSKI, V., “Hudud al-Alam The Regions of the World. A Persian Geography, 372 AH-982 AD”. Oxford, *E. J. W. Gibb Memorial. New Series*, XI (1937), p. 448. Una pequeña síntesis sobre el origen de los ávaros en MUSSET, L., *Las invasiones. Las oleadas germánicas*. Barcelona, 1982, p. 215, nota 20. Una mucho más amplia, con abundante bibliografía y posturas críticas en GROUSSET, R., *El imperio...*, *op. cit.*, pp. 214-216. Grousset, tímidamente da su propia opinión sobre el asunto (*El imperio...*, p. 125) diciendo: *Los eftalitas, al ser atacados por el norte por los tu-kiu y por el sudoeste por los sasánidas, fueron aplastados y desaparecieron (hacia el 565). Una parte de ellos, los del noroeste, los que vivían como nómadas al lado del Aral, debieron huir hacia occidente, y es posible que sean ellos (en lugar de los restos de los juan-juan) los que, con los nombres de warchonitas y avaros, fundaran en Hungría un nuevo khanato mongol*. Puede consultarse una defensa mucho más reciente de esta tesis sobre el origen de los ávaros en: DOBROVITS, M., “They called themselves Avar - Considering the pseudo-Avar question in the work of Theophylaktos”, *Transoxiana*, versión electrónica (octubre 2003).

de Persia, de la Romania y del Imperio de los turcos occidentales o Tu-kiu. Afrontemos, pues, la cuestión ávara y resolvámosla poniéndola en relación con la inmediata historia de los Tu-kiu occidentales, los eftalitas, Persia y la Romania.

Como ya se ha dicho, la tesis que identificaba a los ávaros europeos con los Juan-juan se ha venido viendo confirmada por los hallazgos arqueológicos. Pero dado que tanto eftalitas, como Juan-juan y ávaros europeos eran de estirpe mongol⁷⁸⁵ y compartían una similar cultura material –la llamada cultura de *Minusinsk*– los argumentos arqueológicos podían ser usados indistintamente por los defensores de la tesis tradicional y por los que propugnaban la identificación de los ávaros europeos con los eftalitas. Quedaban pues los textos de la época. ¿Podían ofrecernos algo más al respecto de esta cuestión? ¿Podían arrojar nueva luz y así inclinar la balanza a favor de una u otra tesis de forma definitiva? Parecía que no. En cierta manera se había llegado a un punto muerto en la confrontación de ambas tesis y la mayoría de los historiadores consideraba que era más aconsejable pasar por encima de la cuestión del origen de los ávaros. Nosotros no lo haremos así. Si se leen y se fechan con cuidado los informes aportados por las fuentes bizantinas y se contrastan adecuadamente con los de las fuentes perso-islámicas y chinas, la tesis que aboga por una identificación entre los Juan-juan y los ávaros europeos, cobra una fuerza que hace inviable la hipótesis del origen eftalita. Además, se pueden también aclarar, de paso, cuestiones como la que nos planteábamos al inicio de este capítulo ¿Por qué Cosroes aceptó la tregua del 557 y firmó la paz del 561?

Volvamos a 552. Ese año los Juan-juan eran aniquilados por el khagan Bumin de los Tu-kiu. Los supervivientes se dividieron en dos hordas: una se instaló –como vimos– en el norte de China y la otra huyó hacia Occidente. El khagan Bumin no disfrutó mucho de su triunfo, pues murió ese mismo año de 552 y su imperio se dividió entre su hijo, que recibió el título de “Gran khagan” y con él las tierras orientales del imperio desde Manchuria al Altai; y el hermano menor del difunto khagan, Istemi, que con el viejo título “Kuchana de Yabgu”, príncipe, recibió la soberanía sobre las tierras ancestrales de los Tu-kiu, la cordillera del Altai, así como las estepas que se extendían hacia Occidente y hasta la frontera con los eftalitas, los cuales –recuérdese– habían sido

⁷⁸⁵ Sobre esto no hay duda, aunque incluso entre estudiosos de las invasiones, se producen toda suerte de equívocos. Por ejemplo, Musset en su magnífica obra (*Las invasiones...*, p. 215, nota 20) concluía que la élite dirigente de los ávaros era turca y para ello aludía una prueba que a él le parecía concluyente, pero que se basa en un presupuesto falso: “Los ávaros que atacaron a Europa eran turcos (como lo indicaría el título de su jefe, jagán)”. El insigne autor ignoraba que el título de “khagan” es mongol; de hecho fueron los Juan-juan mongoles los primeros en usarlo y más tarde, los pueblos de lengua turca, imitándolos lo adoptaron en sustitución del viejo título turco de *shanyu* que llevaban los reyes Xiong-nu. Así que, el que los ávaros diesen a sus reyes el título de “khagan” no es una prueba de su origen turco, sino de que eran de estirpe mongol. Al respecto del verdadero origen mongol del título de khagan y de su adopción por los pueblos turcos *vid.* GROUSSET, R., *El imperio...*, *op. cit.*, p. 105.

aliados de los Juan-juan y por lo tanto, ahora eran potenciales enemigos de los triunfantes Tu-kiu. Este era el panorama a fines del 552.

Y ahora volvamos sobre la fracción de Juan-juan superviviente que ese mismo año huían hacia Occidente. ¿Hacia dónde en concreto? Menandro nos informa al respecto y de paso nos aporta sólidas pruebas a favor de la tesis que identifica a los ávaros europeos con los Juan-juan. Veámoslo.

Menandro, quien, gracias a los informes proporcionados por las embajadas que Tu-kiuy bizantinos intercambiaron entre sí durante más de una década, estaba excelentemente bien informado a cerca de la historia de los Tu-kiu occidentales, los que gobernaba el Yabgu Istemi (que en las fuentes bizantinas aparece bajo el nombre de “Silzíbulo”), pone en boca de Istemi, jefe de los turcos occidentales, las siguientes palabras:

“Silzíbulo, el jefe de los turcos, había sabido de oídas de la huída de los ávaros, los cuales, tras saquear las propiedades de los turcos, se habían marchado. Silzíbulo dijo lleno de arrogancia, como es natural en la mente de un bárbaro, ‘que ni han nacido pájaros que puedan volar por encima del cielo, ni tampoco peces que sumergidos en lo más profundo del mar las olas los hagan por completo invisibles, sino que permanecen sobre la tierra. Tan pronto como haya terminado la guerra contra los eftalitas atacaré también a los ávaros y no escaparán a mis fuerzas’. Se dice que Silzíbulo, habiéndose jactado de estas cosas, emprendió el ataque contra los eftalitas”⁷⁸⁶.

¿Qué tenemos aquí? Primero, la manifestación de un gran encono entre turcos, es decir Tu-kiu, y ávaros. Como se verá más adelante, ese encono siguió manifestándose hasta la época de Mauricio y afectaría a las relaciones entre Tu-kiu y bizantinos. Encontramos, además, la confirmación de que los ávaros huían delante de los Tu-kiu antes de que éstos procedieran a destruir el imperio eftalita. Y por último, vemos que en su huída, los ávaros habían devastado las propiedades de los Tu-kiu. Ahora bien, ¿dónde se hallaban las tierras y propiedades de los Tu-kiu? En el Altai, de eso no hay duda, pues los textos chinos son concluyentes al respecto y coinciden con los datos aportados por la arqueología⁷⁸⁷.

⁷⁸⁶ Menandro Protector: frag. 2-4, 2-7.

⁷⁸⁷ GROUSSET, R., *El imperio...*, *op. cit.*, p. 124. También STANISLAS, J., “Documents historiques sur les tou-kioue (turcs). Une édition électronique réalisée à partir du texte du livre 130 du Pien-I-Tien. Traduction et annotations”. *Journal Asiatique*, serie 6, t. 4 (julio-diciembre), 1864, pp. 200-241, 391, 453-476. Son también de gran utilidad las noticias que sobre los Tu-kiu recogen otras fuentes chinas de la época tales como el *Soei-chouu*, el *Kieou T'ang Chou* y el *Tang chou*, parte de cuyos textos, traducidos al francés, así como dos itinerarios chinos contemporáneos que describen las tierras de los Tu-kiu occidentales se recogen en las partes I y II de la obra de E. CHAVANNES, *Documents...*, *op. cit.* Por lo demás *vid.* la citada obra de Chavannes (pp. 220-222) en la que, gracias a los textos chinos, se ubica a los Tu-kiu como herreros del Altai al servicio de los Juan-juan. Y es que la cordillera del Altai siempre fue famosa por sus yacimientos metalíferos y por la habilidad de sus herreros. Tanto es así que, en los itinerarios chinos traducidos al francés en la obra de Chavannes, los montes Altai son llamados o bien “Montes de plata” o bien “Montes de oro”, y se especifica que era allí donde el khagan de los Tu-kiu occidentales llevaba a cabo los nombramientos de los jefes de tribu que le estaban sometidos. Por si fuese poco, una fuente bizantina contemporánea a los hechos nos da otro interesante testimonio. Nos referimos

Si se medita un poco sobre ello, Menandro nos acaba de dar una sólida prueba en contra de la tesis del origen eftalita de los ávaros. Los eftalitas habitaban en las estepas que se extienden alrededor del Mar de Aral y en las tierras de los valles del Oxus y del Yaxartes, regiones todas ellas situadas a más de 1.900 kms al occidente del Altai. Por ello, difícilmente una horda eftalita en fuga hacia las estepas de la Europa Oriental podía hacer pasar su camino de huída por los montes Altai. Una huída de los eftalitas hacia Europa cuya ruta pasara por el Altai no tiene lógica alguna. No, los ávaros eran los Juan-juan que como corroboran los testimonios históricos y arqueológicos, habitaban en 552 en las estepas de lo que hoy es Mongolia y que al verse derrotados y dispersados, huyeron hacia Occidente como tantas otras hordas nómadas antes y después que ellos.

De hecho, para una horda de nómadas en fuga hacia Occidente y que partiera, como lo hicieron los Juan-juan, de las riberas del río Orkhon, sólo había dos posibles rutas de huída hacia Occidente: la ruta norte, que pasaba por el Altai, y la ruta sur que atravesaba el valle del Tarim. Dado que la ruta sur estaba bajo el control de los reinos Wei del norte de China, enemigos de los Juan-juan, y de tribus turcas que guardaban un viejo rencor contra sus antiguos amos, no es de extrañar que los Juan-juan que sobrevivieron a la masacre de 552 eligieran la ruta que pasaba por el Altai. Y así fue cómo, tal y como recoge el informe de Menandro, los hogares y propiedades de los Tu-kiu fueron saqueados y destruidos por los ávaros, es decir, por los Juan-juan, pues sólo ellos y no los eftalitas (tranquilamente instalados en sus tierras, a dos mil kms a Occidente del lugar donde se desarrollaban los acontecimientos) pudieron ser los causantes de tales destrucciones en las posesiones turcas situadas en la región del Altai. Los Tu-kiu habían dejado atrás sus tierras ancestrales del Altai, sus manadas, forjas, y buena parte de sus mujeres y niños, para avanzar con más rapidez sobre el río Orkhon y batir allí a los Juan-juan⁷⁸⁸. Por tanto, cuando los derrotados Juan-juan escaparon hacia Occidente y tomaron la ruta del norte, la que conducía al Altai, se encontraron con que

a Menandro Protector [frag. 10.2], quien, al reseñar la embajada que Justino II envió al soberano de los Tu-kiu occidentales en 568, comandada por Zemarchus, refiere, siguiendo los informes del embajador de la Romania, que cuando se acercaban a la residencia del soberano turco, en las proximidades de las montañas, los turcos se les acercaron para ofrecerles hierro y objetos elaborados por ellos con dicho metal. Por último, la frontera entre Tu-kiu occidentales y Tu-kiu orientales se estableció sobre las cumbres del Altai, la tierra original.

⁷⁸⁸ Tal fue el proceder de todos los nómadas de las estepas euroasiáticas en semejantes condiciones. Los guerreros, seguidos por gran parte de las manadas de caballos de la tribu y por los animales necesarios para asegurar su alimento durante la campaña y un pequeño número de mujeres, niños y esclavos, cuyo cometido era ocuparse de la intendencia y de los rebaños del ejército, partían a toda prisa contra sus enemigos con el fin de sorprenderlos. Tras llevar a cabo esto y asegurarse la aniquilación del enemigo, se regresaba a los campamentos para instalarse en ellos o desmontarlos y traer al nuevo emplazamiento tribal a las mujeres, niños, ancianos, esclavos, siervos y manadas. Una buena imagen de cómo marchaban los nómadas de este tiempo a la guerra puede hallarse en el *Strategikon* [libro XI, 2] cuando describe cómo avanzaban los ávaros al combate.

las posesiones y tierras de sus odiados enemigos y vencedores estaban sin defensa y claro está, se tomaron la revancha. Y es por eso también, que cuando el Silzíbulo de Menandro (el Yabgu Istemi) marchó al Occidente al frente de sus guerreros, tras dividirse con su sobrino el imperio de Bumin, su difunto hermano y Khagan, se halló con la desagradable sorpresa de que sus fraguas, manadas y demás posesiones dejadas por los Tu-kiu en sus campamentos del Altai al marchar hacia el río Orkhon, habían sido pasto de la rapacidad de los ávaros. De ahí su encono y su decisión de perseguirlos hasta donde fuese necesario para castigarlos.

¿Cuándo sucedió todo esto? Es fácil responder a ello, pues sabemos que el khagan Bumin murió a fines del 552. Tras esto, tuvo que celebrarse un “kuraltai” o asamblea tribal y llegarse al acuerdo de división del nascente imperio Tu-kiu que acabamos de aludir, y que dejaba el Altai y las tierras situadas al Occidente de la cordillera para Istemi. Es pues muy probable que Silzíbulo –Istemi⁷⁸⁹ no se pusiera en marcha antes del verano del 553 y que, por lo tanto, no llegara al Altai hasta el invierno de ese mismo año. Así que, para fines del 553, tenemos a los ávaros huyendo hacia Occidente tras haber saqueado las posesiones de sus enemigos Tu-kiu en el Altai y a estos últimos furiosos al comprobar la hazaña de los ávaros y dispuestos a vengarse pero no antes de acabar con los eftalitas.

Aquí llegamos a otro punto a partir del cual Menandro arrojará nueva luz sobre esta cuestión. ¿Cuándo atacaron los Tu-kiu a los eftalitas? A principios del siglo XX, Chavannes estableció, siguiendo la opinión de la mayoría de los eruditos de su época, que la guerra de los Tu-kiu y los persas contra los eftalitas se llevó a cabo entre 563 y 567, y, por consiguiente, establecía que el texto de Menandro que acabamos de citar se debía de ubicar en el año 562. Hoy sabemos que las cosas no ocurrieron así y que, realmente, la guerra de turcos y persas contra eftalitas comenzó a fines del 557 o, como muy tarde, en 558; también que para 563 (la fecha en la que Chavannes creía que había comenzado) la guerra estaba concluida. Para ese año, los eftalitas no eran ya sino un conjunto de bandas que erraban por las montañas del Indu Khus y del norte de la India en busca de un refugio seguro en el que ponerse a salvo de los ejércitos de Cosroes y Silzíbulo, el soberano turco. De hecho, ya en 558-559, los eftalitas habían sufrido una serie de decisivas derrotas en Taskend, Samarcanda y Bujara, en las que su poderío militar había quedado completamente deshecho. Por lo que el resto de la guerra, los años 560-563, no fueron sino una serie de operaciones de “limpieza del territorio” y de consolidación de las conquistas efectuadas sobre el solar del antiguo imperio eftalita por los victoriosos aliados persas y turcos. Así que el texto de Menandro no puede ser ya

⁷⁸⁹ Menandro Protector: frag. 2-4, 2-7.

fechado en 562, pues para esa fecha Silzíbulo, el soberano tu-kiu, no se hallaba a punto de atacar a los eftalitas, sino que los había ya aniquilado por completo⁷⁹⁰.

Ahora bien, sabemos por Menandro que los ávaros llegaron a las estepas situadas al este del Mar Negro en 558 y que desde allí, con el patronazgo del rey de los alanos, enviaron a Justiniano una embajada⁷⁹¹. Si esos ávaros fuesen un resto de los eftalitas – tal y como se ha venido defendiendo– que se habían fugado de sus estepas del Mar de Aral ante el ataque de los Tu-kiu, ¿cómo explicar entonces que se hallasen ya a 1.500 kms de sus hogares en la región del Mar de Aral, cuando los Tu-kiu, o no habían emprendido aún el ataque contra ellos, o bien llevaban unas semanas haciéndolo? No, si los ávaros que aparecen en el horizonte del Bizancio justiniano en 558 eran un resto en fuga de los eftalitas, éstos deberían de haber sido derrotados antes de 558 y eso no es posible. Fue pues en 558 –no antes ni después– cuando se inició la guerra de los Tu-kiu y los persas contra los eftalitas. Así que, una vez más y como ya sucediera antes, llegamos a la misma e inevitable conclusión: los ávaros no podían ser un resto de los eftalitas.

Por el contrario, los Juan-juan que a fines del 552 huyeron de las estepas del río Orkhon tras ser derrotados allí por los Tu-kiu y que en 553 habían reemprendido su huída hacia Occidente, tras saquear las posesiones de los Tu-kiu en los montes Altai, sí tuvieron tiempo más que suficiente como para plantarse en 558 en las estepas orientales del Mar Negro. Así que, una vez más, sólo ellos y no otros, podían ser los ávaros europeos.

¿Cómo llegaron los ávaros al Mar Negro tras atravesar el Altai? Su ruta de fuga les llevaba directamente a territorio eftalita, en concreto a las estepas del lago Baljash y del Mar de Aral. Es lógico que así fuese, pues los eftalitas –como vimos– eran viejos aliados de los Juan-juan, es decir, de los ávaros, y por lo tanto estos últimos no podían elegir mejor sitio para refugiarse que las tierras de sus tradicionales aliados y antiguos parientes. Y así tenemos, hacia fines del 553, a los restos de los Juan-juan (los ávaros) instalados en el territorio de sus antiguos aliados los eftalitas y al soberano de los turcos

⁷⁹⁰ Chavannes (*Documents...*, p. 226) creía, en efecto, que la guerra de los Tu-kiu (turcos occidentales) y los persas contra los eftalitas se inició en 563 y se alargó hasta 567; de ahí que fechara el texto de Menandro antes citado en 562. Es un claro error, pues actualmente hay acuerdo general entre los historiadores del mundo sasánida y del Asia Central, en establecer que la alianza entre los turcos occidentales y los sasánidas se efectuó en 557 y que el ataque conjunto de ambos aliados contra los eftalitas se produjo inmediatamente después de la firma del tratado, es decir, en 558. No existe ya duda alguna de que los eftalitas habían sido por completo deshechos y vencidos para 561-562, ni de que la guerra contra los eftalitas lanzada por Cosroes y Silzíbulo, se desarrolló entre 558 y 562-563 y no entre 563 y 567, como creían Chavannes y los historiadores que lo siguieron hasta muy avanzado el siglo XX. Al respecto *vid.* YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, pp. 156 y 215; FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 53-54; HAMBLY, G., *Asia Central...*, *op. cit.*, pp. 57-58; WHITBY, M., *The History of Theophylact...*, *op. cit.*, pp. 188-189 notas; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 373; al-Tabari: vol. V, 896-897, pp. 153-154.

⁷⁹¹ Menandro Protector: frag. 4,8-5,2-4; WHITBY, M., *The History of Theophylact...*, *op. cit.*, pp. 27 y 188, notas 29 y 30; WHITBY, M., *The emperor Maurice...*, *op. cit.*, pp. 85-86.

(el Yabgu Silzibulos, el Istemi turco y el Sinjibu persa) deseoso de castigarlos pero siendo consciente de que primero debía acabar con los eftalitas, los aliados de sus odiados enemigos.

Ahora, el texto de Menandro a partir del cual estamos desenrollando esta madeja, cobra pleno sentido y es fácil deducir lo que pasó: los Juan-juan, los ávaros, refugiados entre los eftalitas desde fines del 553 o inicios del 554, debieron de sentirse amenazados por la proximidad de los turcos y por los evidentes deseos de éstos por vengarse de las devastaciones que acababan de sufrir en sus posesiones del Altai. Al parecer, los ávaros debían de tener muy poca confianza en que sus antiguos aliados y ahora protectores, los eftalitas, fuesen capaces de hacer frente con éxito a los Tu-kiu. Los ávaros tenían sólidas razones para sentir tales inquietudes, pues, por una parte, habían sufrido la ferocidad de los turcos y por otra, tenían ante sí un reciente ejemplo sobre lo implacable que era la venganza turca y lo débil que podían llegar a ser aquellos que se erigían en sus protectores. Y es que –recuérdese– en 555, otro grupo de refugiados Juan-juan, los que pidieron asilo a los Wei occidentales que gobernaban el norte de China, habían sido aniquilados ya por los vengativos Tu-kiu, los cuales habían presionado de tal manera a los wei que les obligaron a entregarles a los Juan-juan refugiados entre ellos. Por eso los ávaros (la derrotada fracción de los Juan-juan refugiada entre los clanes eftalitas de las estepas del lago Baljash y del Mar de Aral) consideraron que era mejor ser prudentes y, retomando su fuga, marcharon hacia Occidente a fines del 556 o a inicios del 557. Fue en esta ocasión cuando posiblemente se les unieron nuevos grupos de nómadas procedentes de las regiones que dejaban tras de sí⁷⁹². Así, en 558, cuando ya los turcos de Silzibulos y los persas de Cosroes se precipitaban sobre los eftalitas para

⁷⁹² En efecto, los ávaros debieron de ver cómo se les sumaban otros pequeños grupos nómadas de la región del Mar de Aral, posiblemente los *war* y los *kuni* que a tantos errores han inducido a los estudiosos de los ávaros y a los historiadores en general. Gracias a Menandro [frag. 10,1-3] sabemos que los turcos calculaban en el año 567 que el número de ávaros que se les habían escapado en 557, cuando el soberano de los turcos occidentales se disponía a castigarlos no bien hubiese aniquilado a los eftalitas, era muy pequeño: 20.000. Sin embargo, un año después, en 558, cuando llegaron a las estepas del Mar Negro y enviaron embajadores a Justiniano, su número debía de ser mucho mayor de 20.000, pues de otra forma no se puede explicar su poderío militar ni la facilidad con que aplastaron a hordas tan poderosas como las de los cutriguros, utriguros, sabiros, antas, etc. Si en 558 los ávaros hubiesen seguido siendo sólo 20.000 no hubiesen podido alinear a más de 5.000 guerreros en sus filas, número insuficiente para explicar su poder militar y el auténtico terremoto que desencadenaron entre los pueblos que habitaban entre el Caspio y el Danubio. Hay que pensar pues (y aquí podría hallarse la raíz del equívoco pasaje que Teofilacto hacía sobre los ávaros y los falsos ávaros) que al abandonar en 557 su provisional refugio en las estepas del Mar de Aral, los ávaros debieron de engrosar sus filas con otras hordas menores de la región, como las de los *War* y los *Kuni*, que verían con el mismo recelo la proximidad de los turcos y como bastante probable que los eftalitas no pudieran soportar la doble acometida de persas y turcos. Se explicaría así que los ávaros pasaran de ser una pequeña horda de 20.000 personas a convertirse, en un sólo año, en una poderosa amenaza para los pueblos de las estepas occidentales. Este proceso de fusión de varias hordas menores con otra horda más poderosa fue harto habitual en la historia de las migraciones nómadas y bárbaras, y se repitió innumerables veces entre los siglos III y XVII. Así, por ejemplo, los mongoles de Gengis Khan eran, hacia 1160, una horda menor que, al unírsele los restos de buriatos, naimanes, tártaros, keraitas y otras tribus de Mongolia, se transformó en el devastador poder que iba a aterrorizar, a lo largo de todo el siglo XIII, a la mayor parte de Asia y Europa.

aniquilarlos, nuestros Juan-juan aparecían en el Mar Negro dispuestos a que Justiniano les diera tierras en donde establecerse a resguardo de sus terribles enemigos⁷⁹³.

Pero ¿cómo pasaron los ávaros de llamarse *ju-juan*, *rouran* o *juan-juan*, a llamarse *ávaros*? El nombre de “ávaros” es un nombre muy antiguo, pues ya aparece mencionado por Prisco en 461. Nadie sabe a ciencia cierta quiénes eran esos “avaroi” citados por Prisco al Oriente del Mar de Aral, pero, dado que en esa época los Juan-juan ya constituían un formidable imperio, es muy posible que el nombre “avaroi” no sea sino un viejo nombre de los Juan-juan, el nombre de uno de sus clanes o tribus, o el nombre de un subgrupo de los Juan-juan que, tras tantas peripecias, llegó al Mar Negro en 558⁷⁹⁴.

¿Qué queda ahora de la tesis eflalita sobre el origen de los ávaros europeos? Pues sólo las oscuras palabras que Teofilacto dedicaba al enredo de los ávaros y los falsos ávaros, un texto que Michael Whitby (traductor al inglés de la obra de Teofilacto y autor del mejor estudio existente sobre este historiador, y las guerras ávaras y persas de Mauricio) considera un disparate del viejo biógrafo de Mauricio, un disparate fabricado a partir de una mala lectura realizada por Teofilacto de los informes que Menandro ofrecía sobre los ávaros⁷⁹⁵.

Pero, solucionado el problema del origen ávaro, aún habrá que retroceder un tanto para poder contestar las preguntas con las que iniciábamos este capítulo.

En el año 553, la llegada a territorio eflalita de los ávaros, que como hemos visto no eran más que los restos de los Juan-juan, debió de ser para estos últimos un auténtico problema. Por una parte, no podían negarse a conceder refugio a sus antiguos parientes y aliados; por otra, no ignoraban que los triunfantes turcos que perseguían a los ávaros los considerarían como sus enemigos y ello les obligaría a atender, por primera vez en más de un siglo, a la defensa de su frontera oriental: inevitablemente disminuiría la presión que ellos ejercían sobre Persia en un momento en que ésta se veía muy fortalecida por las reformas militares y administrativas de Cosroes. Así que el sistema de dominio eflalita, basado en la seguridad de su retaguardia oriental por medio de su alianza con los Juan-juan y en la concentración de todo su poder militar sobre Persia y la India con el fin de recibir tributos de la una, y conquistas y botines de la otra, estaba en serio peligro de derrumbarse para 556.

Y aquí volvemos a Cosroes I y nuestra pregunta inicial ¿Por qué Cosroes aceptó la tregua de 557 si perjudicaba sus intereses caucásicos? La respuesta es sencilla: porque justo en ese momento, en sus fronteras orientales se le ofrecía una muy superior oportunidad de mejorar su poder y la fortaleza de su imperio que aquella que se le presentaba en una guerra incierta en la frontera romana. Y es que, en ese mismo año de

⁷⁹³ Menandro Protector: frags. 4,8 y 5,4.

⁷⁹⁴ WHITBY, M., *The emperor Maurice...*, op. cit., p. 85.

⁷⁹⁵ *Idem*, *The History of Theophylact...*, op. cit., p. 188 notas; *The emperor Maurice...*, op. cit., pp. 85-86;

557, Cosroes I recibió una embajada del jefe de los Tu-kiu occidentales. En efecto, Istemi (que, como se dijo, aparece en la mayoría de las fuentes persas con el nombre de “Sinjibu”), se había hecho con la autoridad sobre la parte más occidental del antiguo imperio Juan-juan y, tras organizar su poder en este inmenso territorio, debía de contemplar con codicia y recelo al vecino imperio eftalita en donde se habían refugiado los ávaros tras saquear los hogares de los Tu-kiu en el Altai.

Sinjibu, con toda seguridad, procedió a presionar a los eftalitas con la excusa de castigar a los ávaros que, según decía, le pertenecían. Es muy probable que lanzara ataques de tanteo y de saqueo sobre los eftalitas ya desde 554 o 555, y estos ataques debieron de asustar a los eftalitas, pues concentraron su poderío militar en el este de su imperio. Para ese entonces, hacia 556, los eftalitas debían de estar comenzando a entender que los refugiados ávaros eran un auténtico problema. No es de extrañar que estos últimos se sintiesen incómodos e inseguros y –como ya vimos– decidieran abandonar sus refugios en territorio eftalita y buscar hogares más seguros a Occidente, lo más lejos posible de los implacables turcos.

A inicios del 557, los eftalitas, ya sin los ávaros en su territorio, se veían ante la amenaza de una invasión turca de su imperio y la evidencia de que pronto habría una gran guerra entre ellos y los turcos no era ya sino cuestión de tiempo. Fue en ese momento cuando Sinjibu, Istemi, que se daba cuenta de la debilidad que suponía para los eftalitas dejar sus flancos suroccidentales al descubierto y que debía de considerar que era mejor contar con un aliado antes de embarcarse en una empresa tan grande, envió su embajada a Cosroes I.

Para el emperador persa era una oportunidad de oro una alianza con los turcos occidentales justamente cuando sus ejércitos comenzaban a perder terreno en la montañosa Lázica ante el avance de los de Justiniano. De triunfar la alianza, se libraría a Persia del humillante y pesado tributo anual que venía pagando a los eftalitas desde la derrota de su abuelo Peroz I. Además, el Yabgu de los Tu-kiu occidentales ofrecía a Cosroes la mitad meridional del Imperio eftalita, esto es, las ciudades de Merv y Herat con su rico hinterland; toda la Bactriana, con Balj y Kundú, y las regiones situadas en los montes Indu Khus. Por último y como prueba de buena voluntad, el soberano turco ofrecía su hija en matrimonio a Cosroes⁷⁹⁶. Era una oferta demasiado tentadora como para dejarla pasar y Cosroes la aceptó.

Pero con 60.000 guerreros persas batallando en el Cáucaso contra los romanos era imposible pensar en lanzarse a una guerra contra los eftalitas. Por eso Cosroes I se avino súbitamente a firmar una tregua con los romanos en el otoño del 557. Sencillamente necesitaba desplazar hacia el Oxus a sus ejércitos y tener tranquilidad en su retaguardia.

⁷⁹⁶ Al-Tabari: V, 889-900, p. 160; Masudi: II, 200, p. 233.

Al fin y al cabo ¿qué eran los 15.000 km² de la montuosa Lázica en comparación con los más de 1.000.000 km² de ricos territorios que se le ofrecían en Oriente?

Así que Cosroes, a fines de 557 e inicios del 558, desplazó al grueso de sus ejércitos hacia el Oxus, y en la primavera de 558, en colaboración con los turcos occidentales de Istemi, atacó a los eftalitas. Es precisamente en ese momento –como ya se demostró– cuando puede situarse el relato de Menandro antes citado y en el que podía verse al Silzibulos de los relatos bizantinos (el Sinjibu de los persas y el Yabgu Istemi de los turcos) dejando para más tarde el castigo de los odiados ávaros que habían retomado su fuga hacia Occidente, y disponiéndose a acabar con los eftalitas.

De esta manera, para 558 los eftalitas estaban asistiendo al fin de su poderío: por el sur, el ejército de Cosroes les arrebató los oasis de Merv y Herat, y penetraba en bactriana; por el norte, los turcos de Sinjibu atacaban la Chorasmia y la Sogdiana. A finales de ese mismo año, o a inicios del 559, los eftalitas sufrieron una serie de decisivas derrotas a manos de los Tu-kiu y de los persas: una junto a la gran ciudad de Bujara, otra en los alrededores de lo que hoy sería Tashkent y la tercera, no lejos de Samarcanda.

Vencidos y empujados hacia el sur y hacia el oeste, los eftalitas abandonaron la Chorasmia y la Sogdiana, y se retiraron hacia la Bactriana, donde se toparon con los ejércitos de Cosroes. Nuevamente hostigados, los hunos eftalitas pasaron entonces al Indu Khus y se refugiaron en sus territorios del norte de la India. Para 563 turcos occidentales y persas controlaban la situación y los eftalitas sólo podían ya contar con que se les dejara en paz en sus refugios del norte de la India y de las vertientes meridionales del Indu Khus⁷⁹⁷. Pero no fue así, pues, según recogen las fuentes perso-islámicas, los ejércitos de Cosroes I pasaron al norte de la India, sometiendo a los clanes eftalitas, y recibiendo tributo y vasallaje de muchos reyes hindúes⁷⁹⁸.

En cuanto a los hunos eftalitas, no desaparecieron como pueblo, pues algunas hordas menores que en las fuentes hindúes aparecen bajo el nombre de los “huna” se instalaron en la región que se alza entre los valles del Indo y del Ganges, y

⁷⁹⁷ Para la guerra de turcos y persas contra eftalitas *vid.* Firdusi: VI, pp. 245-285; al-Tabari: V, 895-897; Teofilacto Simocata: 7. VII. 7. 6-9; Menandro: frags. 4,2-7; 6,1; 9,3 y 10,1. También son imprescindibles los informes del libro 130 de la gran obra historiográfica china del siglo VII: *Pien-I-Tien*; *vid.* STANISLAS. J., “Documents historiques sur les tou-kioue (turs)” (<http://classiques.uqac.ca>). La reconstrucción en la bibliografía contemporánea más sólida puede hallarse en GROUSSET, R., *El imperio...*, *op. cit.*, pp.125-126; YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, pp. 214-216; HAMBLY, G., *Asia Central...*, *op. cit.*, pp. 57-60; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 372-373; CHAVANNES, E., *Documents...*, *op. cit.*, pp. 222-230; WHITBY, M., *The History of Theophylact...*, *op. cit.*, p. 188, notas.

⁷⁹⁸ Masudi: II, 200, p. 233; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 447, que señala cómo aún en tiempos de Cosroes II una parte del noroeste de la India seguía reconociendo la soberanía de Persia. Así mismo, es en esta línea de expansión sasánida por la India y en su convergencia con la efectuada sobre el Océano Índico (la otra gran línea de expansión persa en la segunda parte del reinado de Cosroes I) donde se enmarcaría la expedición marítima que lanzó Cosroes I, hacia 572-573, contra la “isla de las piedras preciosas” (nuestra Ceilán) y que tuvo como fin hacerse con el control absoluto del comercio oriental, a la par que obtener nuevas fuentes de tributos y reforzar la creciente influencia persa sobre la región indostánica [Al-Tabari: V, 965, p. 264].

permanecieron allí hasta bien entrado el siglo VII; en la segunda mitad de este siglo, fueron absorbidas por la población autóctona del país. Otros grupos quedaron sujetos a los persas, sobre todo en el Zabulistán y la región de los montes Indu Khus; allí pervivieron y ofrecieron a los árabes una dura resistencia durante la segunda mitad del siglo VII y la primera del VIII. Otros grupos eftalitas, en fin, quedaron sometidos a los turcos y fueron usados por éstos como ariete en sus guerras contra la Persia de Cosroes II⁷⁹⁹.

Así que, como acabamos de ver en las líneas anteriores, Cosroes I estuvo muy ocupado en Oriente entre 558 y 565, por lo que no es de extrañar que, ante sus triunfos sobre los eftalitas y la continuación de la guerra contra éstos, deseara que la tregua de 557 se transformara en una paz estable, aunque aparentemente le perjudicaba. Pues, recordémoslo una vez más, a cambio de una cifra ridícula (sobre todo si se la compara con las que había obtenido en 532, 545 y 551) se obligaba no sólo a mantener la paz con Justiniano, sino también a abandonar Lázica, por la que tanto había batallado; a defender las posesiones caucásicas de Justiniano, haciéndose cargo de la custodia de los desfiladeros de la cordillera; a restablecer el tráfico comercial y a sostener la libertad religiosa de sus súbditos cristianos. Y pese a todo esto, el representante persa que firmó la paz de 561 estaba exultante y dispuesto a ceder, a poco que se le insistiera, Lázica, Suania y lo que se le pidiera, con tal de obtener la paz en sus fronteras con la Romania.

Menandro cita las palabras que el dignatario persa transmitió a Pedro el Patricio, *magister officiorum* de Justiniano y su representante en las negociaciones:

“En la siguiente reunión el Zikh empezó a jactarse y a exaltar al rey Cosroes, diciendo que era invencible y adornado con muchas victorias; pues cuando había asumido la diadema, había sometido a no menos de diez pueblos y los había convertido en sus tributarios; y después de realizar todo esto había destruido el poder de los eftalitas y había derrotado a muchos reyes; que los bárbaros le tenían en gran admiración y temor; y que apropiadamente y con toda la razón se declaraba rey de reyes”⁸⁰⁰.

¿Qué tenemos aquí? Un dibujo persa de la situación de su imperio a fines del 561. Según el citado texto, Cosroes estaba alcanzando grandes victorias en el este y acababa de destruir el poder eftalita, y es que recuérdese que los eftalitas se habían visto prácticamente aniquilados en 558-559 y para 561 –fecha a que se refiere el texto– no eran ya sino un pueblo perseguido y en fuga hacia la India. No es pues de extrañar el gozo del emisario persa, ni su escasa dureza en las negociaciones (cedió todo lo que Pedro el Patricio estaba dispuesto a conseguir de Persia). Cosroes estaba ampliando desmesuradamente su imperio en el Oriente anexionándose Bactriana, Herat, Merv y

⁷⁹⁹ Sobre los eftalitas en la India, *vid.* EMBREE, A.; WILHELM, F., *India...*, *op. cit.*, pp. 201-203; HAMBLY, G., *Asia Central...*, *op. cit.*, pp. 57-58. Acerca de los eftalitas bajo dominio persa y su futura resistencia a los árabes *vid.* YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, pp. 215-217. Para los eftalitas sometidos a los turcos y utilizados por éstos como ariete contra la Persia de Cosroes II *vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 447.

parte de la India, y, por esa misma razón, no podía atender a una posible renovación de las hostilidades con la Rómania, pues necesitaba todas sus tropas en Oriente para consolidar allí sus nuevas conquistas, aplastar los últimos focos de resistencia de los efalitas y proceder después a aprovechar el vacío de poder en el norte de la India, logrando nuevas conquistas, o al menos, nuevos vasallos que contribuyeran con sus tributos a engrandecer a Persia.

Ahora todo se aclara: la derrota de los Juan-juan en las lejanas estepas de la Mongolia oriental (552) provocó el surgimiento de un nuevo y gran poder nómada, los Tu-kiu, los turcos. El ascenso de este poder y la desesperada huída de los Juan-juan (los ávaros) hacia Occidente tuvo dos efectos inmediatos:

- 1) la llegada de los ávaros a la Europa oriental precipitó la migración de los eslavos hacia los Balcanes y la Europa centro-oriental, así como la de los lombardos hacia Italia. Todo esto, claro está, llevó al sistema creado por Justiniano, a tener que afrontar su primera gran crisis.
- 2) la amenaza que los Tu-kiu representaban para los hunos efalitas llevó al debilitamiento de la presión que éstos ejercían sobre Persia desde hacía ochenta años, alentó el establecimiento de una alianza entre Persia y los Tu-kiu y provocó que Cosroes se sintiera impelido a abandonar su guerra contra Justiniano y a centrarse, por largos años, en sus intereses orientales. La consecuente ruina del Imperio efalita y su división entre los aliados conllevó un repentino ascenso del poder de Persia que a su vez haría que, a partir de 570, Tu-kiu y bizantinos buscaran frenar el poderío persa mediante una alianza contra Cosroes. Además, el súbito ascenso de Persia provocó que, cuando se iniciaba la crisis del sistema justiniano en Europa por la irrupción de los ávaros y las invasiones de eslavos y lombardos, la Rómania se viera ante una Persia fortalecida y agresiva, frente a la que hubo de concentrar buena parte de sus recursos militares con la consecuente disminución de fuerzas para expulsar a los lombardos de Italia y hacer retroceder a ávaros y eslavos.

Así que –como acabamos de ver– aquella batalla del río Orkhon (552), librada entre Tu-kiu y Juan-juan, fue la causa primera y directa de grandes cambios en las relaciones de poder entre la Rómania y Persia, y el factor desencadenante de importantes transformaciones en Europa. De ahí que nos hayamos visto obligados a dedicar tantas líneas de nuestro trabajo a aclarar esta cuestión.

⁸⁰⁰ Menandro Protector: frag. 6,1.

Pero ahora debemos abandonar las estepas centroasiáticas para dirigir nuestra mirada hacia el Océano Índico, pues también allí, y a partir de 550, se estaba asistiendo a un gran incremento del poder persa y a una fuerte expansión del mismo. Y es que, a la par que Cosroes se lanzaba contra los eftalitas y sometía a vasallaje a parte de la India del norte, sus flotas se hacían con la hegemonía sobre el Índico.

Ya desde el siglo IV, si no antes, las flotas persas navegaban hacia Omán, Ceilán y la India, en busca del comercio con el lejano Oriente y la Arabia del sur. Por esa época eran los hymyaritas del Yemen los que ostentaban la hegemonía sobre esos mares orientales. En el siglo V, los abisinios del reino de Axum se sumaron al tráfico marítimo y comenzaron a disputar con los hymyaritas por su control. La llegada de Khavad I al trono de Persia (488) supuso un nuevo repunte del interés persa en la región y un incremento de la actividad de las flotas persas en el Índico, por lo que, hacia 525, hymyaritas del Yemen, abisinios, romanos y persas pugnaban por hacerse con un hueco en el control del tráfico marítimo por el Océano Índico.

La derrota de los hymyaritas y la conquista de su país por los abisinios de Axum, despejó el panorama. Los abisinios eran aliados de los romanos y esto supuso que los persas, amenazados en su comercio por el avance de la alianza romano-abisinia por Arabia y el Océano Índico, reaccionaran aumentando su poderío militar y naval en la zona. Es en esta época –inicios del reinado de Cosroes I– cuando se establecen las bases de la futura hegemonía persa sobre el Índico y la Arabia meridional y oriental. Cosroes comenzó por afianzar sus conquistas del golfo Pérsico, es decir, su dominio sobre lo que hoy serían los territorios de Kuwait, Qatar, Bahrein, Emiratos árabes y Omán. No obstante, los abisinios, atrincherados en su conquista del Yemen, seguían constituyendo un temible rival.

Cuando, tras sus triunfos sobre los eftalitas y sus nuevas conquistas en Oriente, Cosroes vio aumentar su poder, dedicó su nuevo y formidable potencial a lograr que el Océano Índico se transformara en un lago persa. Se construyeron nuevas flotas, se fundaron colonias en la costa malabar de la India y en Ceilán, y se aumentó la presión sobre los abisinios. Pero para completar su objetivo, Cosroes tenía que expulsar a los abisinios del Yemen. Así que en 570 lanzó contra ellos una expedición militar que debía de expulsarlos de allí y de paso, terminar de convertir al Océano Índico en un lago persa y a Arabia en una dependencia de Persia. Pero todo eso –como acabamos de decir– ocurriría a partir de 570 y las repercusiones de esta nueva conquista persa serían un factor esencial en el devenir de las relaciones de Persia con la Romania, y sobre todo en el futuro nacimiento del Islam, por lo que habrá que dejar su análisis para más tarde.

Baste aquí con concluir que, a partir de 570 y hasta 630, el Océano Índico sería prácticamente un lago persa⁸⁰¹.

Así que en 565, Persia, el otro eje fundamental del mundo antiguo, se hallaba en pleno apogeo y expansión. No era un mundo decadente o débil, sino un imperio que había visto reforzadas sus fuerzas militares, económicas, culturales y sociales. Un mundo que aspiraba a la hegemonía universal y que no parecía presto a dejarse someter o sustituir por otro imperio o civilización. Por lo tanto, ni Persia, ni la Romania, las dos grandes civilizaciones e imperios del mundo antiguo, se hallaban al borde del colapso en 565, sino que ambas gozaban de buena salud. Y es que, lejos de contemplar su debilitamiento y postración, el siglo VI las había visto encumbrarse y reforzarse.

Pero ¿cuáles eran las fuerzas de Persia hacia 565? Ya analizamos el poderío militar, económico, demográfico y cultural de la Romania hacia 565, y pudimos constatar que, en contra de lo que frecuentemente se afirma, no sólo no había disminuido con respecto al que poseía en 476, 491 o 527, sino que había aumentado significativamente.

¿Se puede hacer lo mismo con la Persia de Cosroes I hacia 565? ¿Se pueden evaluar sus fuerzas militares, su economía, demografía y pujanza cultural, y obtener así un cuadro que comparar con el de la Romania?

II.1.5. *La Persia de Cosroes I Anusirwan hacia 565.*

Lo primero que sorprende al contemplar la Persia de Cosroes I hacia 565 es el formidable repunte de su poderío. En efecto, a comienzos del siglo VI, la situación de la Persia sasánida no podía ser más desfavorable y todo parecía indicar que el imperio fundado por Artashir a inicios del siglo III estaba presto a sucumbir: los eftalitas habían socavado su poder militar e intervenían a su capricho en los asuntos internos del imperio, a la par que lo tenían sometido a un oneroso tributo; al oeste, la Romania, reforzada por la inteligente política económica de Anastasio y por las reformas militares realizadas por él y por el emperador Zenón, se negaba a participar del sostenimiento económico de la común defensa del Cáucaso; en el interior, la revolución mazdaquita y las luchas sociales y religiosas que trajo consigo, parecía a punto de dar al traste con la organización administrativa, social y religiosa del Eranshar, y además, las persistentes sequías arruinaban la agricultura y depauperaban a la población. Nada parecía indicar que Persia pudiera superar todos los graves problemas que la acosaban hacia el año 500.

⁸⁰¹ Acerca del dominio persa sobre el Océano Índico, *vid.* WHITEHOUSE, D., *Sasanian Maritime Activity, The Indian Ocean in Antiquity*, Nueva York, 1996; WHITEHOUSE, D., WILLIAMSON, A., "Sasanian Maritime Trade", *Iran*, 11 (1973), pp. 29-49; HARMATTA, J., "The Struggle for the Possession of South Arabia...", *op. cit.*, pp. 95-100.

Pero Persia, una vez más reaccionó. Primero tímidamente con Khavad I (488-531) y más tarde sólidamente bajo el reinado de Cosroes I (531-579). Sus reformas militares y administrativas, su consolidación de la sociedad y la religión tradicionales, sus victorias sobre los eftalitas y abisinios, y su freno del poderío de romanos y turcos, permitieron al Eranshar recuperar su condición de gran potencia mundial y situarse muy por encima de lo que jamás hubiese logrado ningún otro soberano sasánida.

Como ya se ha apuntado varias veces, la base del gran poder desarrollado por Cosroes I Anusirwan fue su renovado ejército y a estudiar su potencial, armamento, tácticas y organización, dedicaremos el siguiente capítulo.

II.2. El ejército sasánida durante los últimos años del reinado de Cosroes I y durante sus sucesores. 565-642.

II.2.1. *Los efectivos del ejército sasánida. 565-642.*

¿Con cuántos soldados contaba Cosroes I Anusirwan en 565? O lo que es lo mismo, ¿qué podía oponer el soberano sasánida al poderío militar que Justiniano legaba a su sucesor, Justino II, y que hemos podido evaluar en un total de 250.000 hombres?

Las fuentes son pródigas a la hora de proporcionarnos informaciones sobre los ejércitos sasánidas de este periodo, pero, pese a ello, los historiadores contemporáneos no terminan por solventar, ni siquiera aproximadamente, el problema del número real de fuerzas con las que Cosroes I y sus inmediatos sucesores contaban⁸⁰². En apariencia, las informaciones que nos proporcionan las fuentes más fiables de la época se contradicen entre sí, aunque no es cierto, como veremos.

Dos noticias sobre los efectivos humanos con que contaba el ejército sasánida de este periodo han atraído especialmente la atención de los especialistas:

- la proporcionada por la obra siríaca conocida como *Chronicon Anonimum* o *Crónica del año 1234*, que recoge noticias de crónicas sirias muy anteriores. Este texto

⁸⁰² Por citar un destacado ejemplo, K. Farrokh, uno de los especialistas del ejército sasánida más afamados de la actualidad, acepta sin crítica alguna la noticia de al-Tabari de que Persia disponía de un total de 70.000 guerreros en las listas de su ejército, al mismo tiempo que acepta los datos de la *Crónica de 1234*, que señala que en un solo frente y en 573, Cosroes dispuso de 63.000 guerreros de línea y 120.000 soldados de leva reclutados para tal fin entre el campesinado persa. Farrokh no entra a fondo en este problema, pues no establece la adecuada relación entre un dato y otro, sino que se limita a darlos sin confrontación o matización alguna, dejando así sin resolver el problema del número de hombres del que disponía Persia en sus ejércitos. Además, se equivoca cuando fecha el dato de Tabari, pues dice que corresponde al del ejército sasánida en 578, pero realmente la fecha correcta sería 588, año en que Barahm Chobin marchó contra los turcos. Es ese episodio y no otro, el que narra al-Tabari cuando proporciona su información sobre el número de guerreros inscritos en las listas de las oficinas del palacio imperial persa. Vid. FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, op. cit., pp. 23 y 42.

nos informa, con una precisión pasmosa, sobre el ejército que Cosroes I llevó en 573 ante los muros de Dara para asediarla y tomarla. El anónimo cronista, que transcribía informaciones de los siglos VI y VII, nos dice que el Rey de reyes persa contaba con un ejército de 23.000 jinetes, 40.000 infantes y 120.000 campesinos⁸⁰³.

- la reseñada en la obra del historiador perso-islámico al-Tabari, que tuvo acceso a documentos persas del último periodo sasánidas. Este historiador nos ofrece la noticia, a propósito de la expedición que Barahm Chobin estaba preparando en 588 contra los turcos occidentales, de que Barahm marchó al combate con 12.000 guerreros escogidos entre los 70.000 cuyos nombres figuraban en los rollos de las oficinas imperiales⁸⁰⁴.

Aparentemente tenemos aquí dos noticias que se contradicen profundamente entre sí. ¿Cómo es posible que Cosroes I, en 573 y en un solo frente, fuese capaz de disponer de un total de 183.000 hombres, mientras que apenas unos años más tarde, en 588, y según la noticia de al-Tabari, Persia sólo disponía de un total de 70.000 guerreros inscritos en las listas de las oficinas imperiales? ¿Contradicción? Sólo en apariencia, como ya dijimos, pues en realidad si se comparan adecuadamente entre sí y se tienen en cuenta las informaciones de las demás fuentes de la época, los datos de la *Crónica de 1234* y de al-Tabari se complementan perfectamente, y nos proporcionan la base para establecer una estimación fiable, por primera vez, del número de hombres que integraban el ejército de Cosroes I Anusirwan y de sus inmediatos sucesores.

El primer paso que daremos será el de señalar que en el ejército sasánida de finales del siglo VI y del primer tercio del siglo VII, confluían una serie de peculiaridades que lo diferenciaban notablemente del ejército de la Rumania y que hay que tener muy en cuenta para establecer cuál era el verdadero número de sus efectivos. Una de esas peculiaridades (muy moderna, por otra parte, y frecuente entre los ejércitos surgidos en Occidente a partir de la Revolución Francesa) es la de que el ejército persa combinaba en su seno cuatro tipos de reclutamiento y, por lo tanto, de efectivos:

1º) contingentes que militaban en lo que hoy llamaríamos “ejército profesional” que formaban la caballería pesada persa –los savaran– reclutados entre las distintas clases que componían la nobleza irania, fundamentalmente entre los dehqans y los azadan. Los savaran eran guerreros altamente entrenados, armados y montados a costa del erario público, del cual recibían también una soldada permanente y regular.

2º) soldados también pertenecientes a ese “ejército profesional” que militaban en los cuerpos de infantería regular, ya pertenecieran éstos a los contingentes de infantería pesada –como los famosos infantes dailamitas– ya formasen parte de las compañías de arqueros de línea. Estos soldados de a pie iranos eran proporcionados por los príncipes

⁸⁰³ *Crónica de 1234*: 66, 203.20 - 205.7.

y jefes de los pueblos montañoses, y por los guerreros del norte y del sureste de Persia, y recibían a cambio de sus servicios, bien una soldada, o bien tierras u otros beneficios. Además, estos infantes persas estaban excelentemente equipados y entrenados.

3º) los contingentes de hombres que se alistaban en las compañías mercenarias y extranjeras de caballería pesada y ligera, que con frecuencia militaban en el ejército persa y que procedían o bien de los pueblos vasallos del imperio (armenios, iberos y albaneses caucásicos o árabes lakmidas), o bien de compañías mercenarias reclutadas entre pueblos situados fuera de las fronteras del Eranshar. Todos estos hombres recibían una soldada por sus servicios, como en el caso de las compañías mercenarias, o bien eran aportados al ejército persa por los príncipes feudatarios del imperio en virtud de sus obligaciones militares hacia el Rey de reyes de Persia. Añadamos además, que estas tropas mercenarias o feudatarias no constituían, por lo general, una parte permanente del ejército, sino que solían ser reclutadas para un tiempo limitado, como la duración de una campaña o de una guerra.

4º) la gran masa de infantes ligeros, reclutados a partir de levass forzosas de campesinos, quienes no recibían sueldo alguno por su servicio militar y eran alistados sólo en caso de guerra y licenciados no bien ésta terminara. Estos hombres, estaban tan deficientemente armados y entrenados que los autores romanos, griegos, sirios y armenios los denominan con los despectivos epítetos de “campesinos” y “sirvientes”⁸⁰⁵.

Así que el ejército persa –como se acaba de ver– se componía de fuerzas permanentes y no permanentes, y a la par, de fuerzas profesionales y no profesionales, alistadas todas ellas mediante diversos procedimientos: contingentes de guerreros nobles cuyos sueldos y equipo eran sufragados por el imperio, mercenarios, contingentes de auxiliares aportados por príncipes vasallos, y en fin, levass forzosas de campesinos sin entrenamiento ni armamento regular.

Habrás pues que distinguir, desde un principio, entre la fuerza que los persas podían alinear en una determinada guerra o campaña, y la fuerza real, permanente y

⁸⁰⁴ Al-Tabari: V, 992, p. 302.

⁸⁰⁵ El anónimo autor sirio de la *Crónica de 1234* [66, 203.20-205.7] separaba a la infantería de Cosroes plantada ante los muros de Dara en dos grupos bien definidos: los verdaderos infantes, posiblemente compañías de arqueros y de infantería pesada, que según el cronista sumaban 40.000 hombres, y los “campesinos” que, en número de 120.000, se dedicaron durante el asedio a cavar trincheras, fortificar el campamento persa, construir terraplenes y máquinas de asedio, cavar minas y en lanzarse, en sangrientas oleadas, contra los muros de la gran ciudad-fortaleza; auténtica carne de cañón destinada a agotar las fuerzas de los defensores y a preparar así los verdaderos ataques que la infantería de línea lanzaba tras ellos. Procopio [*Guerra persa*: I, 14, 24-27, p. 93] tenía la misma opinión que el cronista que acabamos de citar, ya que, para él, los infantes persas proporcionados por la leva forzosa no eran sino “campesinos”, hombres sin valor militar alguno, pobremente equipados y sólo aptos como trabajadores y como criados de los verdaderos soldados persas, los jinetes, esto es: los Savaran. Pueden hallarse otras descripciones desfavorables de la infantería ligera persa en las que se incide en su condición de reclutas procedentes de levass forzosas y sin sueldo, en su deficiente armamento y entrenamiento, y en su falta de valor, en Amiano Marcelino: 23.6.83.

disponible en todo momento; también entre los distintos grupos de guerreros y soldados que militaban o podían llegar a militar en el ejército persa. Si se realiza esto, desaparece la aparente contradicción que mantenían entre sí la *Crónica de 1234* y al-Tabari, y la que éste parecía sustentar frente al resto de las fuentes que ofrecían datos sobre el número de efectivos de los ejércitos sasánidas que combatieron contra romanos, turcos y árabes a lo largo de la segunda mitad del siglo VI y la primera del VII.

La información de al-Tabari referente a que en las listas del ejército figuraban un total de 70.000 guerreros, que tantos problemas ha causado entre los historiadores, no se refiere al total de hombres que componían los ejércitos del Rey de reyes de Persia – como hasta ahora se ha venido creyendo– sino al número de savaran que militaban en sus filas, es decir, guerreros extraídos de la nobleza persa, pertrechados y pagados por el erario imperial.

Esto es evidente si se realiza una lectura detenida de al-Tabari y se contrasta con las informaciones de otras fuentes, sobre todo con las noticias que Firdusi nos ofrece para el mismo episodio que narra al-Tabari. En efecto, al-Tabari colocaba el dato de los 70.000 guerreros dentro del relato que hacía sobre la expedición de Barahm Chobin contra los turcos occidentales. Este relato, confirmado por las demás fuentes persas, dice que el Rey de reyes Ormuz IV, hijo y sucesor de Cosroes I, fue atacado por los turcos occidentales en 588. Sabedor del peligro que entrañaba el ataque de los Tu-kiu en un momento en el que las victorias militares del emperador Mauricio estaban llevando a Persia a la derrota, Ormuz encarga a su mejor general, Barahm Chobin (en ese momento, el miembro más distinguido de la poderosa familia de los Mihran) que preparara la defensa del Eranshar contra los turcos. Barahm Chobin, decidido a lanzar un devastador contraataque contra los turcos, marchó contra ellos a la cabeza de un ejército de guerreros escogidos. Selecciona pues, a 12.000 guerreros (9.000 según Firdusi) de entre el total de 70.000 cuyos nombres aparecían en las listas de las oficinas persas y parte contra el enemigo. Los turcos, que poco antes habían movilizad o contra Persia a un ejército de 110.000 jinetes⁸⁰⁶ y que, al decir de Masudi, habían reunido en 588 a 400.000 guerreros para atacar al Eranshar⁸⁰⁷, son completamente derrotados y su rey es muerto en batalla por mano del propio Barahm Chobin, quien vuelve a extender el dominio persa hasta Balj y a fijar la frontera oriental de Persia en la orilla meridional del río Oxus⁸⁰⁸.

⁸⁰⁶ Acerca de los 110.000 guerreros movilizados por el soberano de los turcos occidentales contra Cosroes I a finales de su reinado *vid.* al-Tabari: V, 895-896, p. 153.

⁸⁰⁷ Masudi, *Prados de oro*: II, 212, p. 237.

⁸⁰⁸ El relato completo de esta campaña se halla en al-Tabari: V, 991-994, pp. 301-303; Firdusi: VI, pp. 491-502, quien al inicio de su relato corrige la cifra dada por al-Tabari de 12.000 guerreros por un total de 9.000, divididos en tres secciones o alas de 3.000 hombres cada una; Masudi, *Prados de oro*: II, 212, p. 237; Teofilacto Simocata: 3, 18,13; Sebeos: pp. 11-12, quien da el nombre de “Vahram Merhewandak” a Barahm Chobin. En el caso de la historiografía contemporánea *vid.* FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 53-54; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 443-444.

Hasta aquí el relato de la expedición de Barahm Chobin contra los turcos en 588-589. Ahora bien, se habrá observado que el ejército que comandaba el general Barahm Chobin es muy exiguo: 12.000 guerreros (9.000 según Firdusi); lo es más aún si se compara con los 110.000 hombres –al menos– que podía llegar a movilizar el soberano turco a quien se iba a combatir, o con las cifras que sobre el número de hombres que militaban en otros ejércitos persas de la época nos ofrecen el resto de las fuentes. Así, se dice que los persas alinearon en Dara contra Belisario a 50.000 hombres⁸⁰⁹; que Cosroes disponía en 554, en Lázica, de un ejército integrado por 60.000 guerreros⁸¹⁰; que en agosto de 573, Persia envió un ejército de 20.000 hombres a luchar contra los rebeldes armenios⁸¹¹ y que a fines de ese mismo año, cuando aún permanecían en Armenia los 20.000 antes citados, Cosroes llevó a un total de 183.000 soldados ante los muros de Dara⁸¹². También se nos informa de que unos meses más tarde, tras la toma de Dara, Cosroes marchó al frente de 140.000 hombres contra el ejército romano que asediaba Nisibe⁸¹³; que en 591, en la gran batalla que puso final a la guerra civil persa de 589-591, Cosroes pudo alinear a 20.000 persas junto a los 40.000 romanos que le envió Mauricio en su ayuda y enfrentarse así, con superioridad numérica, a los 40.000 guerreros persas que formaban el ejército del usurpador Bahram Chobin⁸¹⁴. Tampoco fueron menores los efectivos persas durante la gran guerra romano-persa de 603-628. Así, en 623, Cosroes II esperaba en Ganzak a Heraclio al frente de 40.000 guerreros⁸¹⁵, mientras que en 624, el Spahbad Sain marchó contra Heraclio al frente de 30.000 hombres⁸¹⁶; dos años más tarde, en 626, el mismo general persa avanzó contra el hermano de Heraclio, Teodoro, a la cabeza de más de 50.000 guerreros⁸¹⁷ y todavía a finales de 627, cuando ya la guerra se mostraba contraria a Cosroes II y los ejércitos comandados por Sharbaraz desertaban de su campo, el Rey de reyes aún pudo reunir un ejército tan numeroso como para que, en la batalla de Nínive, Heraclio le inflingiera

⁸⁰⁹ Procopio [*Guerra persa*: I, 13-14, pp. 86-88] dice que los persas alinearon en un principio a 40.000 hombres contra los 25.000 que les oponía Belisario, pero que tras una jornada dedicada a escaramuzas y desafíos personales, otros 10.000 persas se sumaron a los 40.000 que ya se hallaban frente a los romanos, por lo que al cabo fueron 50.000 los que militaban en el ejército que luchó en Dara contra Belisario.

⁸¹⁰ Agatías: lib. 3,17, 3-6

⁸¹¹ Sebeos: p. 9.

⁸¹² *Crónica de 1234*: 66, 203.20 - 205.7.

⁸¹³ Teófanos de Bizancio: 4 FHG1V.271, *apud*. GREATREX, G., *Roman Eastern Frontier...*, *op. cit.*, p. 150.

⁸¹⁴ Teofilacto Simocata [5.9.4, p. 144] dice que Cosroes II logró reunir contra Barahm Chobin a un total de 60.000 hombres, incluyendo entre ellos a los aliados romanos, cuyo número sabemos por Agapios [185, p. 445] y por la *Historia Nestoriana* [146, LVIII, p. 466] que era de 40.000. Esto quiere decir que Cosroes, destronado y recién regresado a Persia, fue capaz de convocar a 20.000 guerreros persas a su campo. Barahm Chobin, por su parte y según la misma noticia ofrecida por Teofilacto, logró alinear frente a Cosroes y sus aliados romanos, a 40.000 hombres.

⁸¹⁵ Teófanos: 6114, 307.

⁸¹⁶ Sebeos: p. 82.

⁸¹⁷ Teófanos [6117, 315] relata que Cosroes II le envió a Sain 50.000 hombres que hasta entonces habían militado en los ejércitos de Sharbaraz; se suponía que esos hombres iban a reforzar el ejército de Sain y que, por lo tanto, este sería mucho mayor. Dado que se nos dice también que Sharbaraz seguía al frente de

50.000 bajas⁸¹⁸. Incluso en los días del ocaso sasánida, cuando ya los ejércitos árabes asediaban al imperio, y las guerras civiles y las conjuras palaciegas minaban su capacidad de resistencia ante los invasores, Persia era capaz de convocar grandes ejércitos en su defensa. Así, en 636, 80.000 guerreros fueron reunidos en Qadesiya para luchar contra los ejércitos del Califa Omar⁸¹⁹ y en 642, otros 60.000 fueron alineados en las filas del último ejército real sasánida, para oponerse en Nehavend a los invasores árabes que trataban de pasar a la meseta irania⁸²⁰.

Acabamos de ofrecer unos pocos ejemplos sobre el tamaño habitual de los ejércitos sasánidas. Nuestro propósito es ofrecer una base comparativa con la que contrastar los datos ofrecidos por Tabari sobre el ejército seleccionado por Barahm Chobin para luchar contra los turcos. Como ha podido comprobarse, es bastante chocante –si creemos a pie juntillas las informaciones de Tabari, Firdusi y otras fuentes persoislámicas– que Barahm Chobin contara, para salvar al Eranshar de una invasión en toda regla, con el ejército más pequeño de todo el periodo. Al comparar los 12.000 guerreros que Tabari atribuye a Barahm Chobin, con los 60.000 movilizados en Lázica por Cosroes I en 554, los 183.000 puestos en combate contra Dara por el mismo rey, los 40.000 comandados por Cosroes II en 623 o los 60.000 reunidos en 642, resulta evidente que la cifra dada por Tabari es muy baja. Esta cifra es poco verosímil, pues no es lógico pensar que ante la amenaza que significaban los turcos (a la sazón la mayor potencia de Asia central y uno de los cuatro grandes imperios que dominaban Eurasia) Persia enviara contra ellos a sólo 12.000 hombres, por muy escogidos y valientes que estos fuesen. Persia, a lo largo de más de un siglo, fue siempre capaz de oponer grandes ejércitos a sus enemigos, que superaban a menudo la cifra de 40.000 hombres. ¿Por qué razón iba a ser diferente en el caso de Barahm y los turcos? ¿Por qué Persia, ante el ataque de un enemigo tan peligroso iba a responder enviando contra ellos a un ejército tan excepcionalmente pequeño?

En definitiva: el número de hombres que según Tabari formaban el ejército que Barahm Chobin tenía que llevar contra los persas es demasiado bajo y no se corresponde con las cifras que las fuentes más cercanas a la época sasánida suelen dar para sus ejércitos. Tendremos pues que concluir que los 12.000 guerreros escogidos por Barahm Chobin sólo constituían una parte de su ejército, la caballería, los savaran, auténtica punta de lanza y base de cualquier ejército persa. Y es que es muy frecuente que tanto al-Tabari, como Firdusi, Masudi, Tahalibi y el resto de las fuentes persoislámicas, al referirse a los ejércitos del Eranshar mencionen sólo a la caballería. No es de extrañar que así sea pues, al fin y al cabo, era la pieza esencial del ejército persa. Los

otro ejército persa que ese mismo año se plantó ante Constantinopla, es fácil inferir que, tanto Sharbaraz como Sain, estaban al mando de ejércitos muy superiores a 50.000 hombres.

⁸¹⁸ Agapios: 204, p. 464.

⁸¹⁹ Sebeos: p. 98.

⁸²⁰ Sebeos: p. 104.

savaran eran los auténticos guerreros, los únicos que figuraban como tales en las listas del censo persa que agrupaba a la población según la casta a la que pertenecieran⁸²¹. Sólo ellos eran nobles y, con mucha frecuencia, sólo ellos atrajeron la atención de cronistas, historiadores y poetas⁸²². De hecho, fueron los descendientes de los savaran – principalmente los de los dehqans– los que transmitieron las viejas historias y noticias de los tiempos sasánidas a los escritores islámicos de los siglos IX, X y XI, quienes, con mucha frecuencia, eran a su vez también Dehqans y, por lo tanto, descendientes de los savaran⁸²³. Así que no es de extrañar que sean los savaran, y no otros, los que centren la atención de los eruditos perso-islámicos que nos transmitieron la mayor parte de la historia sasánida.

Además, Firdusi nos confirma lo que acabamos de afirmar: que el relato de al-Tabari se refiere sólo y exclusivamente al número de savaran, es decir de jinetes de la nobleza guerrera de Persia, escogidos por el general Barahm Chobin entre el total de 70.000 que figuraba en las listas, y no al conjunto de soldados de diversas clases que componían el ejército del Eranshar. En efecto, Firdusi, al ofrecernos su relato del episodio de al-Tabari que estamos analizando, es decir, el que nos describe al ejército de Barahm Chobin y su posterior campaña contra los turcos occidentales en 588-589, relata cómo Barahm Chobin, una vez realizada la selección de su ejército, le pasa revista. En ella sólo figuran jinetes (savaran) pesadamente armados que Firdusi, con el regocijo propio del descendiente de una antigua familia de savaran, describe con pormenorizado detalle, ala tras ala, deteniéndose en el nombre de sus oficiales, en la descripción de su armamento, en la alabanza del vigor y prestancia de sus caballos, etc. Sólo jinetes, repitámoslo. Eso es lo único que aparece en la revista de tropas que nos relata con tanto

⁸²¹ Los persas tenían un riguroso concepto de la pertenencia a la casta: los plebeyos, por muy valientes, ricos o fieles que fuesen eran ante todo plebeyos, y era difícil que ascendieran a una casta superior. En ese caso, su nombre era borrado de la antigua lista en la que figuraba y apuntado en la de su nueva casta. Por eso mismo, la condición de guerrero (el propio rey pertenecía a la casta de los guerreros) era muy valorada y sobre ella recaía la atención del rey, de sus poetas y sus cronistas, mientras que para el resto del ejército, la infantería y cuerpos afines, formados por plebeyos o por bárbaros, sólo quedaba el olvido, o una rápida y poco airosa mención. Sobre la rigidez del sistema de castas sasánida y lo reglado y controlado del paso de una casta a otra, *vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 319-320. Acerca de la concepción de caballería noble y señorial que los persas adjudicaban a los integrantes de su casta guerrera *vid.* FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 1-8. Por último, para comprobar el desprecio que los persas de las clases nobles sentían por los plebeyos pueden consultarse dos pasajes muy elocuentes de Firdusi [VI, p. 512 y ss] y Masudi [II, 154, p. 218] donde ese desprecio queda ejemplificado de forma magistral y explicado al modo persa.

⁸²² Tanto Firdusi como Masudi, por poner dos ejemplos, al narrar los reinados de Cosroes I, Ormuz IV y Cosroes II, sólo mencionan caballeros o jinetes en sus ejércitos, pese a que sabemos con certeza y por otras fuentes que en sus filas también militaban numerosos infantes. Consúltense, entre otros muchos pasajes, Firdusi: VI, p. 153, donde se menciona un ejército de 30.000 jinetes enviado a luchar contra Justiniano; Masudi: II, 232, p. 244, donde, al narrar una revista general del ejército sasánida ordenada por Cosroes II, sólo se da la cifra de jinetes, mientras que el restante ejército, infantería y marineros, sólo es mencionado de forma vaga y general.

⁸²³ Tal eran los casos de Firdusi, al-Tabari y al-Tahalibi, nuestras principales fuentes persoislámicas para el estudio de la Persia Sasánida.

detalle Firdusi⁸²⁴, un acomodado Deqan persa del Jorasán que –como al-Tabari– recurría a menudo a las crónicas familiares, a los recuerdos y tradiciones de las familias de sus compañeros de casta para reconstruir el esplendoroso y añorado pasado del Eranshar.

Firdusi no es el único autor perso-islámico que se comporta de esta manera, ya que también Tabari suele reservar su atención para los savaran. Un ejemplo claro lo tenemos en la narración que nos ofrece sobre la batalla de Nínive en la que, en diciembre de 627, Heraclio quebró la resistencia persa de Cosroes II. Pues bien, Tabari, al narrarnos este decisivo encuentro, dice que Cosroes II sólo envió contra Heraclio a 12.000 guerreros, de nuevo se repite la cifra y eso que Heraclio avanzaba contra él a la cabeza de un ejército que contaba entre sus filas con un mínimo de 40.000 guerreros. ¿No es un poco extraño que Cosroes II enviara tan pocos hombres a contener a Heraclio? Y sobre todo ¿cómo es posible que el ejército persa, tras ser derrotado por Heraclio, dejara sobre el campo a 50.000 de sus hombres cuando al-Tabari afirmaba que sólo reunía a un total de 12.000? El dato que acabamos de facilitar sobre el número de bajas que sufrió en la batalla el ejército persa nos lo proporciona Agapios, una de las fuentes más ricas y precisas con las que contamos para el estudio de los dos últimos años de la guerra de Heraclio contra Cosroes II. Agapios deja en evidencia, una vez más, a Tabari. Y es que Tabari, como ya había hecho en su anterior relato sobre Barahm Chobin y su campaña contra los turcos, y al igual que hace Firdusi, sólo está mencionando a los savaran. Por eso sólo cuenta a 12.000 guerreros en las filas del ejército persa que peleó en Nínive en 627, porque esa cifra sólo representaba el número de jinetes, de savaran, que militaba en dicho ejército. Naturalmente, el ejército debió de contar también con contingentes de infantería de diversa clase, máxime cuando la totalidad de nuestras fuentes está de acuerdo en que la batalla de Nínive fue extraordinariamente reñida y dura, lo que no hubiera sido posible si Heraclio y sus al menos 40.000 soldados, sólo hubiesen tenido frente a ellos a 12.000 hombres. No fue así, sino que tuvo que ser un ejército persa tan numeroso como para dejar sobre el campo de batalla a 50.000 de sus hombres. Esto último es una prueba más que evidente, de que superaba esta última cifra y de que el dato de Tabari sólo puede referirse, también en este caso, al número de savaran y no a la totalidad del ejército persa⁸²⁵.

Además, vamos a ofrecer, a continuación, una prueba concluyente e inequívoca que muestra que efectivamente, tal y como se podía colegir del relato que Agapios daba sobre el número de bajas sufridas por el ejército persa en Nínive, el ejército persa que

⁸²⁴ Firdusi: VI, pp. 492-493.

⁸²⁵ La batalla de Nínive fue extraordinariamente dura y reñida, tanto que, para quebrar el frente persa, el emperador Heraclio tuvo que combatir en primera línea y de forma arriesgada, recibiendo heridas él y su caballo. *Vid.*, al respecto, Teófanos: 6118, 318-320; Patriarca Nicéforo: cap. 14; *Historia Nestoriana*: 221-222, LXXXVII, pp. 541-542; Sebeos: pp. 84-85; Miguel el Sirio: II, lib. XI, III p. 409; al-Tabari: V,

allí luchó era mucho mayor que el que aparentemente señalaba Tabari. Esa prueba nos la proporciona Teófanos, quien escribió unos cien años antes que Tabari y que tomó de Jorge de Pisidia –contemporáneo de los hechos– sus informaciones sobre Heraclio y sus campañas persas. Pues bien, Teófanos, en su extenso y preciso relato de la batalla de Nínive, nos dice que Heraclio capturó en ella 28 estandartes persas y que en este número no se contaba el de los estandartes dañados y rotos que los persas habían dejado en tierra. Ahora bien, sabemos que los estandartes persas eran ostentados por los drafsh, los regimientos persas de mil hombres; de hecho “drafsh” significaba originalmente “estandarte” y sólo pasó a designar a una unidad persa de mil hombres cuando éstas recibieron el privilegio de ser identificadas por llevar su propio drafsh o estandarte. Por lo tanto, si Heraclio tomó a los persas 28 drafsh, quiere decir que había más de 28.000 hombres frente a él, pues Heraclio no contó los estandartes persas que resultaron dañados durante el combate, ni pudo tomar todos los drafsh del ejército persa ya que éste siguió, tras once horas de batalla y pese a ser derrotado, sobre el campo de combate y en buen orden. De hecho los persas sólo se marcharon al anochecer, y continuaron siendo tan numerosos y disciplinados como para seguir intentando oponerse al avance romano durante las siguientes semanas. Habrá pues que concluir que el número total de persas contra los que se enfrentó Heraclio en Nínive tuvo que ser mucho mayor que los 12.000 guerreros mencionados por Tabari y que el de los 28.000 hombres representados por los 28 estandartes capturados por Heraclio. Su número debió de ser mucho mayor, tanto como para dejar sobre el campo de batalla las más de 50.000 bajas señaladas por Agapios y como para que, tras sufrir semejante debacle, ser capaz de seguir cohesionado y combatiendo.

Por si todo lo anterior fuera poco y para demostrar que en Nínive no sólo pelearon unidades persas de caballería sino también de infantería, señalaremos ahora que Teófanos también nos informa de que entre los persas había numerosa infantería. Esto es, tuvo que haber una infantería pesada persa de tan buena calidad como para ser capaz de mantenerse en buen orden sobre el campo de lucha, cuando ya las demás unidades persas flaqueaban, y tan aguerrida como para herir durante la misma al emperador Heraclio y a su caballo.

No hay pues duda, tal y como acabamos de mostrar, Tabari, en la inmensa mayoría de las citas que hace sobre los ejércitos persas, menciona sólo el número de los contingentes de savaran, tal y como también hacía Firdusi y el resto de los autores perso-islámicos. Por lo mismo, la selección de 12.000 hombres realizada por Barahm Chobin en 588 que nos narra al-Tabari, y que nos confirma y matiza Firdusi, sólo puede referirse a la selección de la caballería del ejército, de los savaran que iban a formar parte de él. Por tanto, la cifra de 70.000 guerreros de entre cuyas filas Barahm llevó a

1004, pp. 322-323. En cuanto a las más de 50.000 bajas sufridas por los persas en esta batalla *vid.*

cabo la selección de sus 12.000 valientes, sólo indica el número de hombres válidos para el combate que aparecían registrados en las listas de la casta de los guerreros en aquel año de 588.

En definitiva: Barahm Chobin marchó contra los turcos con un ejército cuyo eje principal –como siempre en un ejército persa– lo constituía la caballería formada por los savaran, pero que incluía también a contingentes de infantería y de otros cuerpos con toda seguridad. De hecho, los manuales de estrategia y táctica persas de la época, indicaban con claridad que los ejércitos sasánidas que marcharan a combatir a los turcos y a otros pueblos de la estepa, se hallasen siempre formados tanto por tropas de infantería como de caballería. De esta forma, las tácticas esgrimidas por los generales persas contra los turcos, se basaban en una acertada combinación de los recursos y habilidades de los contingentes de infantería y de caballería que debían de actuar de forma sincrónica y coordinada para obtener la victoria.

Para comprobar que así era, esbozaremos en breves líneas los fundamentos esenciales de esas tácticas de lucha persa contra los nómadas turanos. La táctica más habitual se desarrollaba de la siguiente forma: en un primer movimiento, cuando los turcos eran localizados, la caballería sasánida se formaba en una amplia línea integrada por tres alas o secciones que se lanzaban en una formidable carga sobre la línea turca. La carga de la caballería persa tenía dos propósitos: en primer lugar, inmovilizar al enemigo y, en segundo, debía de ocultar a sus propias formaciones de infantería pesada que marchaban inmediatamente detrás de ella. Cuando ya el choque de la caballería persa contra la turca parecía inevitable, los savaran persas debían de arrojar sobre los turcos una nube de flechas, abrirse en abanico y dar la vuelta, evitando el choque y retirándose, perseguidos por los turcos, tras las cerradas formaciones de su infantería pesada. Los turcos, que se habrían lanzado en desorden tras la caballería persa que creían derrotada y en fuga, se topaban en su persecución con la infantería pesada persa formada en orden cerrado y protegida además por compañías de arqueros a pie. Los turcos se estrellarían contra la sólida formación y, mientras se hallaban inmovilizados y enzarzados en este nuevo combate, la caballería sasánida, reorganizada tras las filas de la infantería persa, se lanzaría de nuevo contra ellos y los destrozaría.

Una segunda táctica, la usada por Barahm Chobin en la primera gran batalla que libró contra los turcos, consistía en disponer a la infantería en primera línea, formando un sólido muro, reforzado por compañías de arqueros, algunos de los cuales se hallaban armados con el “panjagan”, una especie de ballesta persa capaz de disparar, en abanico y a la par, cinco saetas. Tras esta línea de infantería se situaba la caballería dividida en tres alas. Formadas sus filas, los persas permanecían inmóviles, esperando a pie firme

Agapios: 204, p. 464; Teófanos: 6118, 318.

que los nómadas iniciaran el primer movimiento. Éstos, impacientados por la inmovilidad de las tropas persas, se lanzaban en una furiosa carga contra la sólida formación irania. La caballería persa, resguardada tras sus infantes, se aprestaba a cubrir cualquier brecha que la carga de los turcos pudiese abrir en las líneas irania. Por lo general, los nómadas eran detenidos por las nubes de flechas lanzadas por los arqueros persas, y por las lanzas y espadas de los infantes. Al cabo, los turcos retrocedían, desechos y en confusión, y justo en ese instante la caballería persa, que se había mantenido hasta ese momento en la reserva, se lanzaba en una formidable carga sobre los sorprendidos nómadas, deshaciendo sus filas y persiguiéndolos con saña para consumir su derrota y evitar que pudieran reorganizarse.

Como hemos dicho, las tácticas que acabamos de describir, eran las tácticas persas habitualmente empleadas contra los pueblos del Turán y sabemos que tanto Barahm Chobin (en las campañas de 588-589) como Smbat Bagratuni (en la de 619) recurrieron a ellas. Por lo tanto, debían de disponer en sus ejércitos obligatoriamente de contingentes de caballería y de infantería. Esta realidad se hace aún más evidente y clara cuando se sopesa que las operaciones bélicas desarrolladas por ambos generales contra los turcos y sus aliados conllevaron el asedio y la toma de fortalezas y ciudades tan fuertes como Balj, lo que hubiese sido de todo punto imposible sin la participación en dichas operaciones de fuertes contingentes de infantería⁸²⁶.

Sin embargo, pese a que es indudable que la táctica sasánida empleada por Barahm Chobin para combatir a los turcos implicaba el uso combinado de contingentes de infantería y de caballería, en la citada revista de tropas narrada por Firdusi sólo se menciona a los savaran. Y es lógico que así sea, pues –como hemos visto– sólo los savaran importaban a los descendientes de los antiguos nobles persas que convertidos al Islam y transmutados en historiadores, poetas y geógrafos, nos transmitieron la mayor parte de la historia sasánida que conservamos. Al fin y al cabo, sólo los savaran eran verdaderamente “guerreros” en el sentido mazdeísta y sasánida del término, y por lo tanto, sólo ellos figuraban en las listas de la casta de los guerreros. Por lo mismo, en la

⁸²⁶ Tanto la estrategia de defensa de la frontera turania de Persia, como la táctica recomendada para las batallas contra los turcos y eftalitas, implicaban el uso de infantería pesada y ligera, así como de tropas auxiliares. De hecho, la estrategia sasánida de defensa de su frontera oriental contra eftalitas y turcos se basaba en la construcción y uso de un limes en profundidad, cuyas escalonadas defensas servían como bases logísticas del ejército persa y puntos de partida para su contraataque; a la par que, taponando determinados pasos de río y montaña y dejando otros abiertos, encauzaba las invasiones y algaradas nómadas hacia unos puntos concretos del territorio en los que el ejército sasánida se reunía y en los que le era favorable el terreno, en caso de librar batalla. El uso de esta estrategia táctica que hemos descrito en el texto, implicaba el uso de infantería en combinación con caballería. Si se lee atentamente la descripción de la gran batalla librada por Barahm Chobin contra los turcos, se advertirá que la infantería tuvo que estar presente, aunque no se la mencione explícitamente, pues de otro modo no se explican ni la táctica del general persa, ni el desarrollo del combate, ni la posterior conquista de fortalezas tan señaladas como

Persia post-sasánida de los días de Tabari, Firdusi, Masudi o Tahalibi, sólo de ellos se podían haber salvaguardado datos certeros y precisos.

A partir de aquí todo se aclara: Barahm Chobin marchó contra los turcos con un ejército de entre 9.000 y 12.000 savaran persas que conformaban su caballería, así como por contingentes de infantería que no se especifican ni enumeran en nuestras fuentes, pero que le eran imprescindibles, a la vista de los inmediatos acontecimientos y de las características de la estrategia y tácticas que los sasánidas empleaban contra los eftalitas y contra los turcos.

¿Qué tenemos aquí? Un dato precioso que aflora ante nosotros y nos proporciona el punto de partida para comenzar a establecer el verdadero potencial militar con el que contaba la Persia sasánida de fines del siglo VI y de la primera mitad del VII. Un dato que, una vez sometido a la necesaria crítica, nos informa sobre el número exacto de hombres que militaban en la caballería pesada persa, el verdadero espinazo de sus ejércitos y de su sociedad. Ese dato no es otro sino que en 588, Persia disponía de 70.000 savaran inscritos en las listas de la casta de los guerreros.

Setenta mil savaran, 70.000 jinetes pesadamente armados, es una cifra que cuadra muy bien con los datos que nos proporcionan las fuentes. Firdusi, por ejemplo, nos informa de que Cosroes I envió contra Justiniano un ejército formado por 30.000 jinetes⁸²⁷. Y 15.000 jinetes persas (es decir, 15.000 savaran) tomaron parte en la algarada que Persia lanzó contra Siria en la primavera de 531⁸²⁸. Más tarde, en 573, Cosroes llevó consigo a 23.000 jinetes en su expedición contra Dara y, a fines de ese mismo año, llegó a reunir 40.000⁸²⁹. Sólo en uno de sus cuerpos de élite, el de los *zhayedan* o inmortales, se podían contar 10.000 jinetes extraídos de entre las filas de los savaran⁸³⁰. ¿30.000, 15.000, 23.000, 40.000, 10.000? Son contingentes de caballería muy numerosos y que se reúnen en un único punto, una única campaña, un único frente o en un único cuerpo. Esto lleva a pensar inevitablemente que el total debía de ser mucho más numeroso, pues Persia tenía que guarnecer cuatro fronteras y a menudo, como en 573, que hacer frente a varios peligros a la vez. O dicho de otro modo: si Cosroes I podía llegar a reunir 40.000 jinetes persas en un sólo punto, eso quiere decir que la cifra total de jinetes (savaran) que militaban en su ejército era muy superior a ese número y por lo tanto, es muy probable que la cifra total de 70.000 jinetes sea muy posible.

Balj. *Vid.* Firdusi: VI, pp. 493-502. Una descripción de las tácticas de lucha sasánidas en: FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 41-42.

⁸²⁷ Firdusi: VI, p. 153.

⁸²⁸ Procopio: *Guerra persa*: I, 16, 6-10.

⁸²⁹ *Crónica de 1234*: 66, 203.20 - 205.7; Teófanos de Bizancio: 4 FHG1V.271, *apud.* GREATREX, G., *Roman Eastern Frontier...*, *op. cit.*, p. 150.

⁸³⁰ Para los Zhayedan *vid.* FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 6 y 29.

Otras evidencias de lo acertado de nuestra conclusión las encontramos en un dato proporcionado por Masudi. Cosroes II –relata Masudi– llevó a cabo en los días iniciales de su reinado, posiblemente hacia 603, una revista general de sus tropas. Estas revistas eran relativamente frecuentes, estaban rigurosamente reglamentadas y a ellas acudían los guerreros con sus caballos, armas, arneses y equipos en perfecto estado de revista. Estas revistas generales podían llegar a durar hasta 40 días y por lo tanto, y en aras de la seguridad del imperio, no acudían siempre a ellas todos los guerreros, sino sólo los que no estuviesen de servicio en las distintas guarniciones fronterizas o de cuantos se pudiera prescindir sin riesgo de desgarnecer por completo las fronteras. En cualquier caso, en estas revistas se concentraba al grueso de los efectivos del ejército permanente con el que contaba Persia. Pues bien, Masudi nos informa de que en esta gran revista organizada por Cosroes II se concentraron 50.000 jinetes⁸³¹.

El dato, unido a los anteriores, es bastante significativo. Si Persia, tras asegurar sus fronteras, podía aún convocar a una revista general a 50.000 guerreros de caballería, eso quiere decir que debía de contar con un total superior a esa cifra, un número que Tabari nos transmitió y que hasta ahora, por falta de crítica adecuada, permanecía ignorado: esa cifra total de savaran en las filas de su ejército no es otra que la de los 70.000 soldados que Tabari señala como inscritos en las listas de los guerreros en el año 588.

Ahora bien, si Persia disponía a fines del siglo VI de un total de 70.000 savaran en las filas de su caballería noble ¿cuál era el total de soldados de todo tipo que militaban en el conjunto de su ejército? Aquí es donde resulta útil traer a colación los datos de al-Tabari que acabamos de cribar, para confrontarlos con los de la *Crónica de 1234* y, a partir de ese primer paso, compararlos con los que nos proporcionan otros historiadores como Teófanos de Bizancio, Sebeos, Agatías, etc.

Bien, recuérdese que la *Crónica de 1234* nos informaba de que Cosroes I puso ante los muros de Dara a un total de 183.000 hombres: 23.000 jinetes, 40.000 infantes y 120.000 “campesinos”. Ya vimos a qué tipo de fuerzas del ejército persa se referían cada una de estas cifras y acabamos de mostrar que los 23.000 jinetes sólo representaban un tercio del total de la caballería irania de fines del siglo VI. De hecho, pocos meses después de su ataque a Dara, Cosroes I juntaría un total de 40.000 jinetes en una sola fuerza; esto es, más de la mitad del total de sus efectivos disponibles de esta clase de tropas.

Establecido lo anterior, nos centraremos ahora en el segundo grupo de fuerzas que señala la *Crónica de 1234*: los 40.000 infantes. Sabemos que Persia nunca fue rica en

⁸³¹ Masudi: II.231, II 232, 652, p. 244. Este autor cuenta que en un día de fiesta, Cosroes II pasó revista a su ejército y a su flota, y que reunió junto a él a 50.000 jinetes, una cifra de guerreros en la que no se incluía a los infantes. Un cuadro pormenorizado del desarrollo habitual de una de estas revistas generales de tropas en tiempos de Cosroes I se halla en al-Tabari: V, 964-965, pp. 262-263.

infantería pesada, ni en contingentes de arqueros regulares. La cifra de 40.000 infantes que nos ofrece la *Crónica de 1234* debía de constituir el grueso de este tipo de fuerzas, pues es a ellos, sin duda, a la infantería pesada reclutada entre los dailamitas, los tchole, los bariz, los gelani, tabaristaníes, curdos y demás pueblos montañoses del norte y del sureste del Irán, y a los eficaces contingentes de arqueros profesionales dirigidos por los oficiales llamados Tirbad, a quienes se refiere el anónimo autor de la *Crónica de 1234*. Como ya mostramos, los autores griegos, sirios y armenios sentían un hondo desprecio hacia la infantería persa de leva forzosa; de ahí que a sus miembros les asignasen epítetos tan poco honrosos como “campesinos” y “servidores”. Muy diferente era la actitud que los historiadores y cronistas del ámbito de la antigua Romanía mantenían hacia los dailamitas o hacia otros pueblos que militaban en la infantería regular persa. Éstos, pensaban, sí que eran verdaderos soldados y por lo tanto se les distinguía muy bien de la masa formada por las deficientes levadas de campesinos persas que inflaban la cifra total de los ejércitos que Persia enviaba a luchar contra sus enemigos.

No tiene pues nada de extraño que la *Crónica de 1234* distinga puntillosamente entre los verdaderos infantes persas y la masa amorfa e indisciplinada de las levadas campesinas. Pero esos 40.000 infantes que menciona la citada crónica debían de constituir el grueso de su infantería regular. Lo creemos así porque cuando las fuentes ofrecen cifras precisas sobre contingentes persas de infantería pesada o de compañías de arqueros de línea, esas cifras son siempre relativamente pequeñas. Así, por ejemplo, Cosroes I envió en 570 a la conquista del Yemen a un contingente de infantería pesada formado por 800 soldados, 1.000, según otras fuentes⁸³²; pocos años más tarde, en 573, Cosroes enviaría a Yemen un segundo contingente de infantería de línea, formado esta vez por 4.000 soldados⁸³³. Veinte años atrás, en Lázica, en 554, Agatías nos señala un contingente de infantería pesada persa formado por 3.000 dailamitas⁸³⁴; unos años antes, en 542, en la batalla de Anglón, Procopio nos relata cómo 4.000 arqueros de línea persas fueron capaces de derrotar, mediante una eficaz emboscada, a un ejército romano de 30.000 hombres⁸³⁵. Por último, para no extendernos, recordaremos aquí que en los días de la conquista árabe del Eranshar, un contingente de infantería pesada persa formado por 4.000 dailamitas se pasó a los árabes facilitando enormemente su victoria sobre el ejército sasánida⁸³⁶.

⁸³² Al-Tabari [V, 889, p. 160] dice que la expedición a Yemen estaba a las órdenes del comandante de un regimiento de dailamitas, pero más adelante [V, 948, p. 239], en otra versión con algún tinte fantástico, afirma que fueron 800 los hombres enviados a Yemen. Sobre lo inverosímil de la segunda versión de Tabari que transforma a los dailamitas en presidiarios, consúltense las notas a pie de la p. 239, en donde se muestran otros testimonios que apoyan la primera versión de al-Tabari (que la expedición estaba constituida por dailamitas) y restan crédito a la segunda.

⁸³³ Al-Tabari: V, 957, p. 251.

⁸³⁴ Agatías: lib. III, 17, 6-7, p.87.

⁸³⁵ Procopio, *Guerra Persa*: II 25, pp. 273-274. Sobre esta batalla puede leerse un interesante comentario en FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, op. cit., p. 26.

⁸³⁶ KENNEDY, H., *Las grandes conquistas...*, op. cit., p.151.

Se trata pues de cifras muy modestas y seguramente expresan lo que también podemos constatar a través del estudio de las batallas de este periodo: que la infantería regular persa (es decir, su infantería pesada y sus arqueros de línea) era poco numerosa e importante en comparación con su magnífica caballería pesada y con sus numerosos contingentes de infantería de leva. De ahí que la cifra de 40.000 hombres dada por la *Crónica de 1234* sea posiblemente la del grueso de los efectivos de este tipo de fuerzas en el ejército persa de este periodo. El grueso pero no el total, pues recordemos que desde 570 había contingentes de infantería pesada destacados en el Yemen y que la adecuada defensa de las fortificaciones del Cáucaso, de Gurgan y de la frontera del Oxus, exigían el establecimiento permanente de contingentes de infantería pesada y de compañías de arqueros.

Teniendo en cuenta todo lo anterior es muy probable que el total de infantería regular y permanente del que dispusiera Persia en este periodo estuviese en torno a los 50.000 hombres, no bajando en cualquier caso de esta cifra ni superando la de 55.000.

Por lo tanto, el ejército permanente y, por así decir, profesional de Persia a fines del siglo VI sumaba un total aproximado de 120.000 hombres: 70.000 jinetes pesados excelentemente armados, montados, entrenados y pagados, y 50.000 rudos infantes extraídos de los pueblos montañoses del norte y del sureste de Persia y de lo mejor del campesinado iranio. Ciento veinte mil hombres es una fuerza considerablemente menor que aquella con la que contaba la Romanía por esos mismos años y que establecimos en 150.000 hombres para sus ejércitos de campaña y 100.000 para sus tropas de frontera. Ahora bien, se recordará que Persia, llegado el caso, podía disponer de otras fuentes de recursos militares: los proporcionados por los príncipes vasallos y por la contratación de mercenarios, y los que aportaban las levadas forzosas de campesinos.

Comenzaremos pues por las tropas que los príncipes vasallos del Shahansha tenían que aportar a los ejércitos del Rey de reyes de Persia cuando éste lo estimaba oportuno. Eran muchos los príncipes y jefes locales en lugares extremos y fronterizos del imperio que contribuían con sus contingentes de guerreros al esfuerzo bélico del Eranshar. Entre ellos destacaban los soberanos de los árabes lakmidas, los nobles de la Perso-Armenia, el rey de los iberos del Cáucaso, los jefes de algunos grupos de eftalitas y de turcos asentados en el Eranshar, el Zumbil del valle del río Helmans y del Zabulistán, el Sul de Gurgan, los príncipes de los albaneses caucásicos y el Kabulsha del valle de Kabul⁸³⁷.

⁸³⁷ Gurgan, tierra de frontera por antonomasia, estaba gobernada por príncipes locales hereditarios vasallos del rey persa. Cuando los musulmanes llegaron a esta remota región, firmaron con el Sul de Gurgan un tratado que era un simple calco de la situación anteriormente reinante en el país: sencillamente el Sul de Gurgan trasladó sus obligaciones desde el rey persa hasta el representante del Califa en el Irán. Por el tratado firmado con los árabes, el Sul de Gurgan seguía ejerciendo su autoridad sobre todo el país y gobernándolo a su antojo, mientras que a los habitantes se les permitía conservar su religión mazdeista, sus bienes y armas. Sus únicas obligaciones hacia los árabes serían las de no atacarles y ayudarles militarmente proporcionándoles contingentes de guerreros. Se estipuló también que si en algún momento los árabes no necesitaban ayuda militar, ésta se sustituiría por un impuesto pagado por la totalidad de la

Todos ellos, como ya se ha dicho, estaban obligados a proporcionar tropas al Shahansha siempre que éste se lo reclamase y a menudo eran ellos mismos los que se ponían al frente de sus tropas⁸³⁸. ¿A qué número podían ascender estas fuerzas auxiliares proporcionadas por los príncipes y jefes vasallos del Shahansha? Pues no debió de ser excesivamente alto, sobre todo si se lo compara con el del ejército regular del Rey de reyes. En cualquier caso y pese a que en los últimos años del imperio se advierte un incremento del número y de la importancia de esta clase de fuerzas dentro del ejército persa⁸³⁹, el número total de sus efectivos no debió de superar los 30.000 hombres.

Lo creemos así porque el número de estos contingentes auxiliares en los distintos episodios bélicos que se produjeron entre 530 y 642, es siempre muy modesto según las fuentes: 2.000 caballeros armenios conducidos por los nobles armenios Varazsaph Arcruni, Sargis Tayechi, Artawazd, Vstam y Hmayeak Apahuni; Manuel, señor de los Apahunis, Vram, señor de los Golthiens; Sargis Dimakhsean y Sargis Trpatun, que fueron convocados en 619 por el príncipe armenio Smbat Bagratuni para que lucharan bajo las banderas de Persia contra los efталitas y los turcos occidentales⁸⁴⁰; otros 4.000 caballeros armenios batallando por Persia bajo las banderas de los príncipes armenios Musel Mamikonien y Gregorio de Siunie⁸⁴¹; 3.000 jinetes albaneses militando, bajo la jefatura de su príncipe Juanser, en el ejército de Yezdiguerd III que intentó frenar a los árabes entre 635 y 642⁸⁴²; y quizás 15.000 lakmidas árabes conducidos por su rey al-Mundir para pelear en 531 junto a los persas en la batalla de Calínico⁸⁴³, siendo este

región. Gurgan permaneció siendo un país prácticamente independiente hasta fines del siglo VIII. Acerca del tratado de los árabes con el Sul de Gurgan *vid.* al-Baladhuri: II, pp. 39-43; KENNEDY, H., *Las grandes conquistas...*, *op. cit.*, pp. 208-209. En cuanto al Zúmbil del valle del Helmans y del Zabulistán, y al Kabulsha del valle de Kabul, que se resistieron ferozmente a la conquista islámica hasta el siglo XI, *vid.* KENNEDY, H., *Las grandes conquistas...*, *op. cit.*, pp. 229-234.

⁸³⁸ En efecto, tanto los príncipes lakmidas, el más famoso de los cuales sería al-Mundir (el “Alamundaro” de Procopio), como los nobles armenios, los príncipes albaneses y los reyes de Iberia comandaban sus propias tropas cuando éstas eran reclamadas por el rey de Persia. Así, por citar dos ejemplos, el rey de Iberia fue capturado por Heraclio en la batalla de Ninive cuando se hallaba peleando con sus hombres junto al ejército persa [Teófanos: 6118, 319], y era el propio príncipe Juanser de Albania el que mandaba los 3.000 albaneses caucásicos que pelearon junto a los persas en Qadesiya, Ctesifonte y Nehavend [Moisés Daxurangí: lib. 2, cap. 18, pp. 110-113].

⁸³⁹ Algunos eruditos han creído ver en esta creciente importancia de los destacamentos aportados por los pueblos vasallos del imperio, una suerte de barbarización del ejército persa similar a la que se cree encontrar en el ejército bizantino del mismo periodo. No estamos de acuerdo, pues aunque es cierto que se advierte claramente una cierta predilección por estas tropas a partir del reinado de Cosroes I, el grueso de los ejércitos persas siguió estando formado por súbditos directos del rey persa y su espina dorsal siempre estuvo constituido por los Savaran, la caballería aportada por la nobleza persa. Al respecto de este debate *vid.* RUBIN, Z., “The Reforms of Khusro Anushirwan”, *op. cit.*, pp. 227-297, en especial y para la supuesta barbarización del ejército persa, pp. 284-285.

⁸⁴⁰ Sebeos: p. 48.

⁸⁴¹ Sebeos: p. 99.

⁸⁴² Moisés Daxurangí: lib. 2, cap. 18, pp. 110-113.

⁸⁴³ Es el número máximo de lakmidas que pudieron participar en esta batalla. Se deduce así porque los persas dividieron su línea de batalla en dos alas iguales: una constituida por 15.000 Savaran persas y otra formada por los lakmidas de al-Mundir. Procopio, *Guerra persa*: I, 17-18, pp. 104-118.

último además el mayor contingente de guerreros de este tipo de todos los que se mencionan participando en un ejército persa a lo largo de todo este periodo.

Por lo tanto, todo parece indicar que estas tropas auxiliares proporcionadas por los príncipes y jefes locales vasallos del Rey de reyes no eran excesivamente numerosas⁸⁴⁴, y dado que nunca se vio más de 4.000 armenios, 3.000 albaneses o 15.000 árabes, militando en un ejército persa, no es arriesgado –en nuestra opinión– suponer que el número total de estas tropas no debía de superar los 30.000 hombres.

No obstante estas tropas auxiliares eran muy valoradas por los persas, siendo especialmente célebres y afamadas las tropas de caballería pesada proporcionadas por la nobleza de la perso-Armenia y por los príncipes de los albaneses caucásicos. También eran famosas las compañías de caballería ligera que los árabes lakmidas y diversos grupos de turcos y eftalitas asentados en el Eranshar proporcionaban al ejército persa y que le eran a éste imprescindibles como tropas custodias de las largas y desérticas fronteras arábicas y turanias del Eranshar, así como tropas de descubierta, exploración y hostigamiento. Por último, eran también célebres los infantes y jinetes que el rey de Iberia enviaba a servir bajo las banderas del Shahansha.

En cuanto a los mercenarios (que algunos autores suelen confundir con las tropas enviadas por los príncipes vasallos del imperio) nunca fueron especialmente numerosos y sólo sabemos de pequeños contingentes de turcos sirviendo en las fronteras de Gurgan y de algunos destacamentos de alanos patrullando las fronteras más norteñas de Iberia y Albania.

Así que, si sumamos al ejército permanente persa de fines del siglo VI los contingentes proporcionados por sus vasallos, la cifra total de fuerzas realmente equipadas y adiestradas para hacer frente a una situación bélica rondaría los 150.000 hombres, cifra similar a la de los soldados que militaban en los ejércitos de campaña de Justiniano I y de sus inmediatos sucesores.

Pero como se recordará, Persia aún podía disponer –si la situación lo requería– de una tercera fuente de efectivos: la procedente de las levadas masivas y forzosas que se podían realizar entre su campesinado y de las que se extraía el grueso de su infantería ligera. ¿Cuántos hombres podían llegar a proporcionar estas levadas?

Es difícil establecer su número, pero las fuentes permiten realizar una aproximación que sin duda no debe de estar muy lejos de la realidad. Así, si volvemos sobre la *Crónica de 1234*, se recordará que informaba que de los 183.000 hombres que Cosroes I plantó ante los muros de Dara en 573, 120.000 eran “campesinos”. Estos

⁸⁴⁴ Un ejemplo claro de esto lo tenemos en la batalla de Qadesiya. Sebeos dice [pp. 97-99] que los persas reunieron a 80.000 hombres; también por Sebeos y por Moisés Dasxurangi [lib. 2, cap. 18, pp. 110-113] sabemos que en ese mismo ejército de 80.000 hombres sólo había 4.000 armenios y 3.000 albaneses, ni una décima parte del total. Puede que otros príncipes locales proporcionaran también contingentes a este ejército persa, pero, dado que en este periodo eran los armenios y los albaneses las principales fuentes de

“campesinos” no eran otros que los soldados que el Rey de reyes reclutaba mediante levadas forzosas y sin derecho a sueldo, entre el sufrido campesinado persa. Estos soldados, armados con un gran escudo de mimbre, una lanza y a veces con una honda o con una espada (es decir, un armamento similar al que más de mil años atrás portaban los infantes persas que participaron en la invasión de Grecia durante las Guerras médicas) no tenían preparación militar alguna y recibían el nombre de *paighan*⁸⁴⁵. Es muy posible que los 120.000 *paighan* citados por la *Crónica de 1234* supusieran el grueso de los efectivos que Persia podía llegar a reclutar mediante estas levadas forzosas. En cualquier caso, los *paighan* sólo podían ser usados por tiempo limitado pues, de otro modo, Persia vería perjudicada su base productiva al privar a su agricultura de tantos brazos; además estos soldados no recibían, ni ellos ni sus familias, ningún ingreso a cambio de su servicio militar.

Teniendo en cuenta lo anterior es fácil colegir que Persia no podía recurrir en exceso, ni por largos periodos de tiempo, a este tipo de levadas sin agotarse. Tal situación de agotamiento llegó durante la larga guerra romano-persa del 603-628, cuando las prolongadas campañas en la Romanía, la necesidad de guarnecer y ocupar las provincias conquistadas, y las cuantiosas pérdidas, obligaron a Cosroes II a llevar a cabo una sucesión de levadas en las que el número de campesinos reclamados y perdidos fue tan elevado que en 626, agotados los recursos que podía aportar para tal fin el campesinado, se vio obligado a efectuar una leva extraordinaria entre los artesanos, esclavos y comerciantes persas, casta que hasta ese momento estaba excluida por completo del servicio militar⁸⁴⁶. Es muy posible –como más adelante se mostrará– que esta continua sucesión de levadas efectuadas entre el campesinado y la extensión de las mismas a artesanos, comerciantes y demás clases urbanas, hasta entonces libres de esta carga, fuese una de las causas del descontento general que precipitó la caída de Cosroes II. Así que el número de hombres que Persia podía extraer de sus levadas forzosas de campesinos estaba limitado a que éstos fuesen usados durante un corto periodo y a que el número de los reclutados no gravitase en exceso sobre su economía. Por todo ello y como se ha dicho ya, los 120.000 *paighan* mencionados en la *Crónica de 1234* debían de estar muy cerca del tope que tales efectivos podía proporcionar al soberano sasánida. En cualquier caso, en nuestra opinión y en el mejor de los posibles escenarios, Persia no podría poner en pie de guerra a más de 150.000 *paighan*.

Así que, recapitulando, podemos concluir que Persia, y sólo en momentos de gran necesidad y por un tiempo limitado, podría llegar a poner en pie de guerra un total de

guerreros no persas con los que contaba el rey de reyes, es fácil suponer que la inmensa mayoría de los 80.000 hombres que combatieron en Qadesiya eran persas.

⁸⁴⁵ FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, op. cit., p. 23, en donde se puede leer una semblanza de los *paygan* y se establece su correspondencia con los “campesinos” y “sirvientes” de las fuentes bizantinas.

⁸⁴⁶ Teófanos: 6117,315.

300.000 hombres⁸⁴⁷: 70.000 savaran, que formaban la élite de su ejército y el grueso de su caballería pesada; 50.000 infantes de línea, 30.000 auxiliares que aportaban a Persia la indispensable caballería ligera, y completaban las filas de su caballería pesada y de su infantería, y 150.000 paighan o infantes ligeros. Pero dado que, como ya se ha advertido, estos últimos, los paighan, que representaban la mitad del total, no podían ser mantenidos en servicio por mucho tiempo, la aparente superioridad numérica que Persia tenía sobre la Romanía era más un espejismo que una realidad. Sobre esto último se volverá cuando abordemos la comparación entre los recursos de ambos imperios. Ahora, establecido aproximadamente el potencial numérico con que contaban los ejércitos sasánidas a fines del siglo VI, habrá que abordar cómo se organizaba y desplegaba dicho potencial.

II.2.2. Organización y despliegue del ejército sasánida a fines del siglo VI.

La organización del ejército persa sasánida –llamado “Spah” en su propia lengua⁸⁴⁸– era la siguiente:

- A la cabeza del ejército y como jefe supremo e indiscutible estaba el Rey de reyes, el Shahansha. El rey pertenecía a la casta de los guerreros y desde niño recibía instrucción militar. De hecho, en el Eranshar y durante las grandes revistas de inspección militar que se celebraban en Ctesifonte –tal y como afirman las fuentes persas– hasta el rey estaba sometido a la disciplina militar y debía de presentarse armado y listo para ser inspeccionado por el Eran Ambaragbed o por el Eran Birawan, esto es y respectivamente, el jefe de los inspectores del ejército y el jefe de la oficina central o Iwan del ejército⁸⁴⁹.

⁸⁴⁷ J. HOOWARD-JOHNSTON (“The Two Great Powers...”, pp. 157-226) no aborda en detalle este problema, sino que se limita a aplicar a los recursos sasánidas dos reglas contradictorias entre sí y que extrae de una cata muy superficial de las fuentes disponibles. Esas dos reglas son: 1) que Persia disponía de la mitad del potencial que tenía la Romanía; considerando que acepta, sin crítica alguna, los datos de Agatías sobre el tamaño del ejército romano en 559 (es decir, 150.000 hombres), esto haría que Persia sólo dispusiera de un total de 75.000 guerreros en sus ejércitos; 2) la norma que el propio Howard-Johnston se construye en su artículo: ni Persia, ni la Romanía podrían desplazar a un sólo frente a más de 1/4 o a lo sumo 1/3 de sus ejércitos. Por lo que, si aplicamos esta segunda regla, dado que menciona en su artículo como el mayor ejército persa al citado por Agatías para 554, con 60.000 hombres, nos vemos obligados a concluir que Persia dispondría de un mínimo de 180.000 hombres, o de un máximo de 240.000, según se aplique de una forma u otra la citada regla de Howard-Johnston. Por citar un ejemplo, este autor parece ignorar que en 573, según la *Crónica de 1234*, Persia movilizó en un solo frente y contra la Romanía, durante el asedio de Dara, a 183.000 hombres y esto a la par que disponía de otros dos ejércitos activos en Siria y Armenia, el último de los cuales –como informa Sebeos– contaba con 20.000 hombres en sus filas. Todo esto, unido a la avalancha de datos que ya dimos para el caso de la Romanía y que en las páginas anteriores hemos expuesto para el caso persa, deja la teoría de Howard-Johnston en muy mal lugar.

⁸⁴⁸ FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, op. cit., pp. 6-7.

⁸⁴⁹ Al-Tabari: V, 964-965, pp. 262-263; Firdusi: VI, 134-142.

No sólo esto, sino que a menudo era el propio rey el que conducía a sus ejércitos al combate y no era tampoco extraño que el monarca se comprometiera personalmente en la lucha. Esta costumbre de conducir en persona a los grandes ejércitos fue truncada por una ley dictada por Cosroes I Anusirwan, quien la promulgó tras ser derrotado por los romanos en la batalla de Melitene (575) y haber estado a punto de ser capturado en ella. Sin embargo, la ley dictada por Cosroes I no fue respetada por mucho tiempo, pues su nieto, Cosroes II, volvió a dirigir personalmente a sus tropas e incluso combatió en primera línea, durante las batallas libradas contra el usurpador Barahm Chobin, 589-591, así como en los primeros compases de la gran guerra romano-persa de 603-628⁸⁵⁰.

- Pero pese a todo lo anterior, quienes realmente se hallaban de forma efectiva a la cabeza de los ejércitos sasánidas eran los cuatro grandes mariscales del ejército o Spahbad situados al frente de cada una de las grandes regiones militares o *padhgos*, en las que Cosroes I había dividido su imperio:

- a) *Khvarvaran*, el Occidente, que controlaba todas las provincias del Arak (la “tierra baja”, término persa que daría lugar al Irak de los árabes), así como las regiones de Hamadán, la antigua Ecbatana, e Ispahán.
- b) *Abhakhtar*, el Norte, que incluía todas las provincias norteñas del imperio desde Gurgan, al este, hasta la Media Atropatene, perso-Armenia y la Iberia Caucásica por el oeste.
- c) *Khvarasan*, el Oriente, que incluía bajo su dominio las provincias de Jorasán, Kerman y Sacestán.
- d) *Nemroz*, el Sur, que se extendía sobre las provincias ribereñas del Golfo Pérsico; esto es, Fars, Susiana y Kuzistán, así como sobre las dependencias árabes del imperio situadas al otro lado del golfo Pérsico y a orillas del Océano Índico.

En teoría, cada uno de estos Spahbad comandaba un cuarto del total del ejército del Imperio sasánida, pero en la práctica no era así, pues las continuas guerras con la Romanía provocaron que el Spahbad de Khvarvaran (general en jefe del Occidente) dispusiera de más efectivos y recursos que el resto, y que tras él se hallase, en la línea del poder militar, los Spahbad del Norte (Abhakhtar) y del Oriente (Khvarasan). El del Norte tenía que hacer frente a la doble amenaza de los ejércitos de la Romanía en Armenia, y en los llanos y montes de más allá del Cáucaso, y de las murallas y defensas

⁸⁵⁰ Para el decreto de Cosroes I prohibiendo a los reyes persas comandar personalmente sus ejércitos, existen en las fuentes bizantinas tres versiones: la recogida por Teofilacto Simocata [3,14,11], quien afirma que Cosroes I prohibió que a partir de entonces los reyes de Persia condujeran en persona a sus ejércitos más allá de las fronteras persas; la de Juan de Éfeso [VI, 9], que se limita a decir que la prohibición existía, y por último, la que nos da Evagrio Escolástico [V, 14-15; V, 33], quien dice que lo que se prohibía era que el rey llevase personalmente a sus tropas contra los romanos.

de Gurgan, los amenazantes e inquietos bárbaros; mientras que el de Oriente se veía obligado a lidiar con la otra gran amenaza fronteriza: la de las incursiones e invasiones que los efitas de Transoxiana (ahora vasallos de los turcos occidentales) y sus poderosos señores, los turcos occidentales propiamente dichos.

El último lugar en la jerarquía del verdadero poder militar lo ocupaba el Spahbad del Sur (Nemroz,) pues hasta los días de las primeras invasiones árabes, allá por el 633, estuvo a cargo de las fronteras menos amenazadas. De él se esperaba simplemente que reprimiera a las tribus árabes que, de tanto en tanto, asaltaban las posesiones persas en busca de botín, así como que mantuviera el orden y el tráfico marítimo en el Golfo y en el Océano Índico. De hecho, desde la definitiva derrota de los abisinios de Axum y desde los días de la conquista de Yemen y de la expedición contra Ceilán, no había allí, en Arabia y en el Océano Índico, ninguna potencia de entidad que pudiera amenazar los intereses de Persia.

Por lo tanto, la defensa del Imperio Persa estaba pensada para hacer frente a sus dos grandes rivales tradicionales: la Romania y los nómadas turanios de las estepas orientales, y no para afrontar una amenaza procedente de Arabia. De allí sólo se esperaban incursiones de saqueo o pequeñas guerras locales entre tribus que, de vez en cuando, obligaban a Persia a enviar una expedición de castigo. Que la defensa de Persia no contemplara con seriedad una invasión procedente de Arabia fue un factor decisivo en el posterior e inesperado éxito de los ejércitos árabes sobre los persas. Pero para eso faltaba aún mucho tiempo y nosotros debemos de volver sobre el estudio del despliegue del ejército sasánida sobre su territorio.

La división en cuatro grandes regiones, cada una dotada de su propio ejército y administración militar, no implicaba que no se pudiesen concentrar al resto de los ejércitos del Imperio, en caso necesario, en cualquier provincia. Muy al contrario, si la guerra comprometía a un sólo frente del Imperio, Persia enviaba allí al grueso de sus tropas, con sus Spahbad al frente, desde sus padhgos hasta el escenario de la guerra. De este modo, durante la larga guerra romano-persa de 603-628, Cosroes llegó a tener a tres de sus cuatro Spahbad, cada uno al frente de su respectivo ejército o Spah, en el frente romano.

- Por debajo de los Spahbad estaban los cuatro grandes Marzban, cuyo título, llegando a Europa a través de los pueblos de la estepa, originó el de “Margrave”. Estos grandes Marzban eran los lugartenientes directos de los cuatro grandes Spahbad y ejercían un gran poder sobre los Marzban provinciales y los príncipes vasallos que se hallaban enclavados dentro de sus padhgos.

El Spahbad también contaba con una especie de mariscal de campo o *Framandar*, habitualmente un oficial maduro, curtido y templado que solía dirigir personalmente al ejército durante la batalla.

- Le seguían en la escala del mando los Marzban provinciales. Cada uno de ellos se hallaba al mando de una de las provincias en las que se subdividían los cuatro grandes padhgos. Estos Marzban provinciales comandaban las tropas acantonadas en su provincia.

- Por último, dentro de esta organización territorial del ejército, estaban los Istandarws o jefes de distrito que dirigían las fuerzas situadas dentro de su Istan, como eran llamadas las comarcas o distritos en que se subdividían las provincias⁸⁵¹.

Hasta aquí la organización territorial del ejército sasánida tal y como quedó tras las reformas de Cosroes I Anusirwan y como permaneció hasta la conquista árabe de Persia.

Ahora bien, como todo ejército perteneciente a una potencia civilizada, el ejército sasánida tenía, además de una organización territorial que organizase su despliegue estratégico sobre el territorio, una organización y división táctica de sus unidades de combate. Es decir, un esquema dentro del cual se estructura la fuerza de combate y la cadena efectiva del mando:

-En la base de esta estructura táctica operativa estaba el *vasht* o *washt*, que era una unidad de 100 hombres, a cuya cabeza se hallaba un *Vasht-salar*, literalmente “jefe de un vasht”.

-Diez *vasht* formaban un *drafsh* de 1.000 hombres a las órdenes de un *Drafsh-salar*, o jefe de mil hombres. Estos drafsh –como dijimos– portaban con ellos un gran estandarte o *drafsh* que les daba nombre y cuya pérdida era una deshonra para la unidad⁸⁵².

-Diez *drafsh* formaban un *gund*, gran unidad que, al igual que el *vasht*, tenía su origen en el imperio de los arsácidas partos y que agrupaba a un total de 10.000 hombres, comandados por un *Gund-salar*⁸⁵³.

-Por último, varios *Gunds* formaban un gran ejército en el que las unidades de caballería solían reunirse bajo el mando de un *Savaran-Sardar*, mientras que las de infantería tenían a su cabeza a un *Paighan-Salar*, quedando el conjunto de la fuerza

⁸⁵¹ Para esta organización territorial remitimos a las páginas que hemos dedicado en esta Tesis doctoral a las reformas militares de Cosroes I Anusirwan.

⁸⁵² CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, op. cit., pp. 210-211.

⁸⁵³ FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, op. cit., pp. 5-9.

a las órdenes de un *Framandar* o mariscal de campo, o bien directamente del *Spahbad*, o llegado el caso y cuando la ocasión lo requiera, del propio Shahansha⁸⁵⁴.

Sin embargo, es posible que la anterior organización se aplicara sólo a la caballería y a la infantería de leva, mientras que la infantería regular se estructurara según un esquema diferente, en unidades de 100, 1.000 y 4.000 hombres. Lo creemos así porque cuando las fuentes concretan el número de hombres de una unidad de infantería regular, sus cifras son siempre 100, 1.000 o 4.000 hombres. Es también bastante llamativo que el número de infantes de línea reunidos por Cosroes I en 573 fuera de 40.000, diez veces 4.000⁸⁵⁵. Pero en cualquier caso, parece indudable que la organización operativa y táctica del ejército sasánida era decimal y comprendía unidades de cien, mil y diez mil hombres. Esto es, en nuestra opinión y en la de la mayoría de los estudiosos del tema, algo indiscutible. No falta, sin embargo, quien cuestione esta organización del ejército persa a causa de la debilidad de las pruebas que hasta hoy se tenían. Dichas pruebas, diversas y válidas, les parecían escasas y poco firmes a algunos investigadores, y por ello declaraban que no se podía afirmar rotundamente que el ejército sasánida se ordenara en base a una organización decimal de sus unidades. Y no obstante, las pruebas con las que hasta ahora se contaba no eran en modo alguno baladí.

Por ejemplo, se sabe con certeza que tanto el ejército aqueménida (que tanto inspiraba a los sasánidas) como el arsácida (del que tanto tomaron) ordenaron sus unidades de combate según el citado modelo de organización decimal. Por lo que parece bastante lógico pensar que los sasánidas continuaron con esta tradición militar de los pueblos iraníes. Más aún, esta suposición parece cobrar más fuerza cuando se sopesa que dos de las unidades sasánidas, los *vasht* de cien hombres y los *gunds* de diez mil, existían ya con el mismo nombre en los ejércitos de la Partia arsácida⁸⁵⁶. Por si lo

⁸⁵⁴ Resulta ridícula la pretensión de algunos investigadores de que los ejércitos sasánidas se componían por lo general de 12.000 guerreros. Esta idea, apoyada tan sólo en dos noticias de al-Tabari cuya escasa solidez ya mostramos, se estrella contra el resto de las numerosas noticias que sobre el tamaño de los ejércitos persas nos proporcionan las fuentes del periodo. *Vid.* FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 7 y 52.

⁸⁵⁵ Por ejemplo, que la unidad de arqueros que protegía al rey era de 100 hombres, mientras que por Procopio sabemos de otra unidad de arqueros formada por 4.000 hombres y al-Baladhuri recoge en su obra que una unidad de 4.000 infantes *dailamitas*, con su jefe a la cabeza, se pasó a los árabes tras la batalla de Qadesiya. Podríamos citar algunos ejemplos más, pero todos en la misma línea. Sólo en una ocasión se rompe esta regla con Agatías, pues cita una unidad de infantes *dailamitas* de 3.000 hombres. Claro que podría tratarse de una agrupación de 3 unidades de 1.000 o de una unidad de 4.000 mermada por las bajas. *Vid.* Procopio, *Guerra Persa*: II, 25, pp. 273-274; *Crónica de 1234*: 66, 203.20 - 205.7; al-Baladhuri: I, pp. 440-442; Agatías: lib. III, 17, 6-7, p. 87; al-Tabari: V, 965, p. 264.

⁸⁵⁶ Los préstamos y equivalencias existentes entre el ejército sasánida y los ejércitos iraníes que lo precedieron son múltiples y variadas. Citaremos aquí sólo algunas de ellas: las grandes revistas o inspecciones militares generales durante las cuales se supervisaba el armamento, equipo, montura y habilidades bélicas de los guerreros sasánidas habían sido ya comunes entre los aqueménidas de los siglos VI, V y IV a.C.; al igual que entre los aqueménidas, los sasánidas contaban con un estandarte real, el *Drafsh-e-Kaviani*, que seguía al rey a la batalla y que, en caso de que éste no comandara personalmente a

anterior fuera poco, varios títulos de oficiales sasánidas hacían referencia directamente a su condición de jefes de un millar de hombres. Tal era el caso del *Hazarbad* (título similar al de *Drafsh-Salar*, a la par que intercambiable con este último) y que significaba literalmente “jefe de un millar de hombres”⁸⁵⁷.

Poseemos además diversas noticias sobre unidades sasánidas de mil y diez mil hombres. Así, por ejemplo, el número de los famosos *zhayedan*, los inmortales, era de 10.000 hombres (al igual que el de los inmortales aqueménidas); otro cuerpo de élite, la guardia real, los *pushtighban*, formaba una unidad de mil hombres⁸⁵⁸. Incluso sabemos por Teófanos de un oficial del ejército del Spahbad Sharbaraz que comandaba una unidad de mil hombres⁸⁵⁹.

No son pues pocas ni débiles las evidencias que sostienen la tesis comúnmente aceptada de la organización decimal de las unidades del ejército sasánida, pero puesto que algunos eruditos siguen mostrando dudas al respecto, aportaremos otras dos pruebas en su favor. Se trata de dos noticias procedentes de una fuente contemporánea de los últimos años del Imperio sasánida, que han permanecido hasta el presente sin ser aprovechadas y que sumadas a las pruebas que antes hemos glosado, vienen a acabar con cualquier duda o reticencia que al respecto se pueda tener.

Esas dos noticias nos las proporciona la *Historia de los albaneses del Cáucaso* de Moisés Daxurangi. A pesar de que su autor concluyera la redacción de esta obra a inicios del siglo X, en ella confluyen toda una suerte de materiales y documentos de muy distinta procedencia y época. Así, el libro II —el que aquí nos interesa— fue transcrito por Moisés de una obra anónima finalizada en 685 y compuesta, a su vez, a partir de al menos cuatro obras del siglo VII, datadas por los especialistas entre 631 y 682. Pues bien, aquel anónimo recopilador inicial del II libro, el que escribió su obra en 685, dispuso de cuatro documentos de contemporáneos ligados directamente a los hechos narrados en su libro:

sus tropas, era entregado por el monarca al general que lo condujera; como entre los aqueménidas, también entre los sasánidas existía una unidad de élite, los inmortales o *Zhayedan*, que en época sasánida contaba con el mismo número de hombres que su homónima aqueménida y que copiaba, o al menos imitaba en lo posible, los uniformes, adornos y estandartes de la famosa unidad de élite de los reyes Darío I y Jerjes que tanto impresionara a los escritores griegos de la antigüedad clásica; los nombres de varias unidades del ejército sasánida, al igual que el número de hombres que las integraban, eran los mismos que los de época arsácida; por último, numerosas armas (como el gran escudo de mimbre que portaba la infantería ligera), técnicas de lucha, estandartes y escudos nobiliarios, eran los mismos que los de las épocas aqueménida y arsácida. Al respecto de los préstamos hechos por los ejércitos aqueménidas y arsácidas a los ejércitos sasánidas, *vid.* FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 3-6 y 19-21; para las similitudes existentes entre las grandes revistas de tropas sasánidas con las que se llevarán a cabo en época aqueménida *vid.* al-Tabari: V, nota 633, pp. 263-264.

⁸⁵⁷ FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, p. 7.

⁸⁵⁸ Sobre los *Pushtighban*, la guardia palaciega de los reyes persas cuyo comandante era llamado *Pushtighban-salar*, *vid.* FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, p. 6. Como se verá más adelante, la guardia real pasó, durante el reinado de Cosroes II, de contar con 1.000 Savaran en sus filas, a tener en ellas a 6.000.

⁸⁵⁹ Teófanos: 6118, 325.

1. una obra perteneciente, con casi toda seguridad, a un militar que participó directamente en las campañas de Heraclio.
2. la obra de un diplomático que se vio envuelto en las embajadas a los jázaros de 624-627.
3. una vida del Católicos de Albania, escrita inmediatamente después de su muerte en 630.
4. una biografía escrita hacia 682 del príncipe de Albania Juanser, que reinó entre 630 y 680.

Por tanto, el libro II de la *Historia de los albaneses del Cáucaso*, de Moisés Daxurangi, es crucial para estudiar las campañas de Heraclio contra la Persia de Cosroes II; para conocer las relaciones diplomáticas del emperador de la Romania con los jázaros; para estudiar las relaciones de la Persia sasánida con los pueblos del Cáucaso y para el análisis de las primeras invasiones árabes que en Albania se iniciaron en 643⁸⁶⁰. Se trata de un documento de primer orden, máxime cuando Albania fue desde el siglo III y hasta mediados del VII –como se recordará– una provincia feudataria del Imperio sasánida y por tanto, sus hombres de guerra, Iglesia y Estado conocían a la perfección los entresijos y organización del Imperio a quien estaban sometidos. Pues bien, es en las páginas de ese libro II donde se hallan las dos citadas noticias que consolidarán la tesis de la organización decimal de las unidades militares sasánidas.

Como se recordará, gracias a una noticia de Teófanos sabíamos de la existencia de un oficial sasánida del ejército de Sharbaraz que comandaba una unidad de mil hombres. Pues bien, en el libro II de la *Historia de los albaneses del Cáucaso* se menciona a otro oficial del ejército de Sharbaraz que comandaba otra unidad en este caso de diez mil hombres⁸⁶¹. Unidas ambas noticias (las de Teófanos y Daxurangi) se puede demostrar que el ejército persa contaba con unidades de mil y diez mil hombres, es decir, los drafsh y gunds de las fuentes persas.

La segunda noticia que a este respecto nos proporciona Moisés Daxurangi, nos revela directamente que el ejército sasánida que combatía a Heraclio se organizaba literalmente “en millares y decenas de millares”, como expresa el propio rey Cosroes II cuando amenaza con convocar a sus tropas ordenadas y armadas “en miles y en decenas de miles”⁸⁶². Definitivamente, como ya dijimos y como admiten la mayoría de los eruditos, el ejército persa estaba organizado en base a la división decimal de sus

⁸⁶⁰ Para un estudio de esta importantísima fuente pueden consultarse los trabajos de R. HEWSEN, “On the Chronology of Movses Daxuranci”, *Bulletin of School of Oriental and African Studies*, 27 (1964), pp. 151-53; HOWARD-JOHNSTON, J., *Armenian Historian of Heraclius. An examination of the ans, sources and working-methods of Sebeos an Movses Daskhurants*. París, 2003, pp. 41-62. También es muy recomendable leer el excelente estudio que de esta fuente hizo Dowsett en la introducción a la traducción inglesa de la fuente: DOWSETT, C.J.F., *The History of Caucasian Albanians...*, *op. cit.*

⁸⁶¹ Moisés Daxurangi: II, cap. 16, p. 105. El oficial que al frente de su unidad de 10.000 hombres fue enviado por Sharbaraz a luchar contra una vanguardia jázara se llamaba Honah.

⁸⁶² Moisés Daxurangi: II, cap. 11, p. 82.

unidades, o lo que es lo mismo, las tropas se ordenaban en *vasht* de 100 hombres, *drafsh* de 1.000 y *gunds* de 10.000.

Hasta aquí la organización de las unidades regulares del ejército sasánida. Pero la Persia sasánida, al igual que la Roma, disponía también de cuerpos de guardia y élite:

1. El primero de ellos era el de los famosos *zayedān*, los inmortales, unidad de élite sasánida por antonomasia formada por diez mil *savaran* escogidos entre lo mejor de la caballería noble y que, comandada por el *Varthragh-Nighan Khvadhay*, solía actuar como reserva móvil que el gran rey enviaba a los frentes más decisivos.
2. Un segundo cuerpo de élite sasánida era el de los *khosrowgetae* (los “cosrogetae” citados por Teófanos) cuyo nombre significa “los guerreros de Cosroes”. Se trataba de un cuerpo creado por Cosroes I, que era comandado por un oficial llamado *Granikan-salar*, y que estaba integrado por *savaran* que hubiesen destacado en batalla por su valor. Su número (al igual que el de los *zhayedān*) debía de ser de 10.000 hombres y en las fuentes aparecen asociados con otro cuerpo de caballería de élite sasánida, también creado por Cosroes I, los *pirozetae*, llamados “perozitae” por Teófanos, es decir literalmente “los vencedores”. Estos últimos, al igual que los “cosrogetae”, parecen haber formado un *gund* de 10.000 hombres⁸⁶³.
3. El cuerpo más prestigioso de la caballería sasánida era el de los *pushtighban*, la guardia real. Eran comandados por el *Pushtighban-salar* y contaban entre

⁸⁶³ Los *Cosrogetae* y *Perozitaie*, aparecen citados por Teófanos [6115, 309] quien dice que a inicios de 624, el Spahbad persa Shahraplakan (nombre que no es sino la corrupción del original persa Saha-trpalata-kan o “rey de las panteras”) fue enviado contra Heraclio y su ejército que estaban acampados al norte del río Curaxes y que el ejército de Shahraplakan llevaba consigo a los *Cosrogetae* y *Perozitaie*. Pues bien, las fuentes nos informan de que, durante aquella campaña, otros dos ejércitos persas, comandados respectivamente por Sain y por Sharbaraz, se coordinaron con el dirigido por Shahraplakan para acosar a Heraclio e intentar destruirlo; también que Heraclio contaba en su ejército con 40.000 hombres y que el de Sain tenía 30.000. Igualmente, que Sharbaraz llevaba consigo al mayor de todos los ejércitos que en aquella campaña combatieron, y que el más pequeño de ellos era el de Shahraplakan. Si se sopesan todos estos datos se deducirá que el ejército de Shahraplakan, el formado por *Cosrogetae* y *Perozitaie*, debía de contar con menos de 30.000 hombres, pues de la relación que hacen de la campaña Teófanos, Sebeos y Moisés Dasxurangi se advierte claramente que su ejército era más débil que el que comandaba Sain. Pero a la par, habrá que pensar que, dado que Shahraplakan debía de enfrentarse a los 40.000 hombres de Heraclio, no parece muy lógico que su fuerza fuese inferior a la mitad de la que el emperador le oponía, pues aunque se esperaba que Sain y Sharbaraz le apoyasen, para que Shahraplakan pudiese llevar a cabo correctamente su papel de “acosador” debía de llevar consigo una fuerza lo suficientemente grande como para hostigar e inquietar a las tropas de Heraclio. Además, lo lógico es pensar que los *Cosrogetae* y los *Perozitaie*, tropas de élite del ejército persa, siguiesen el modelo del otro gran cuerpo de *Savaran* de élite, los *Zhayedan*, el cual contaba entre sus filas con un total de 10.000 guerreros escogidos. La conclusión más probable es que los *Cosrogetae* y *Perozitaie* debieron de formar dos *gunds* de 10.000 hombres. Para la campaña de 624 *vid.* Teófanos: 6115, 309-311; Sebeos: p. 82, en donde se ofrece el dato de que el ejército de Sain tenía 30.000 hombres; Moisés Dasxurangi: II, cap. 10,

sus filas con 1.000 hombres, número que Cosroes II elevó a 6.000.⁸⁶⁴ Los *pushtighban* no era el único cuerpo que protegía la vida del rey de reyes, pues éste contaba también con una fuerza de cien arqueros escogidos, que lo rodeaban siempre en la batalla, a él y al *Drafsh-e-Kaviani* o estandarte real, para protegerlo de los ataques del enemigo⁸⁶⁵.

4. Por último hay que mencionar a los *avspar*, “los que se sacrifican en el combate” (también llamados *peshmerga*) que no eran un cuerpo de élite sasánida –como a veces se afirma erróneamente– sino simplemente un grupo de guerreros destacados y valientes que se juramentaban para proteger con su vida al rey o para combatir hasta la muerte⁸⁶⁶.

II.2.3. Armamento, equipo, entrenamiento, técnicas y tácticas de combate.

Gracias a las detalladas descripciones que Tabari y Firdusi nos proporcionan, conocemos a la perfección el armamento de los savaran, la nobleza guerrera de Persia que formaba el núcleo de sus ejércitos y el grueso de su caballería. Estas descripciones son corroboradas por las numerosas y variadas representaciones que aparecen de ellos en el arte sasánida. La más espectacular de ellas es, sin duda, la estatua ecuestre de Tagh-e-Bostan, en Kerman, al sureste del actual Irán, y en la que con vívido realismo y detalle, puede verse a Cosroes II armado como savaran y montado sobre “Shabdiz”, su famoso caballo de guerra⁸⁶⁷.

- El savaran iba equipado con una larga cota de mallas o, más frecuentemente, por una loriga segmentada, formada por placas de regular tamaño y docenas de pequeñas láminas de hierro que se cosían sobre soporte de cuero. Esta flexible armadura le cubría desde el cuello hasta llegar justo por debajo de sus rodillas, y sobre ella se colocaba en ocasiones una coraza o un peto. En la cabeza llevaba un yelmo de hierro o de bronce (*griwban*), dotado de lienzos de cota de malla que

pp. 79-81. Acerca de los *Cosrogetae* y *Perozitaie* vid. FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, p. 6.

⁸⁶⁴ FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, p. 6.

⁸⁶⁵ *Ibidem*, p. 26.

⁸⁶⁶ *Ibidem*, p. 6.

⁸⁶⁷ Son innumerables las representaciones de Savaran que nos ofrece el arte sasánida. En los bajorrelieves, en grabados sobre vajillas de plata sobredorada, pinturas murales y en representaciones sobre sedas y tapices, el motivo del Savaran en la corte, en el combate o en la caza es siempre recurrente. Todas estas representaciones encajan a la perfección con las descripciones que sobre el armamento y equipo de los Savaran nos ofrecen Firdusi [VI, pp. 134-140] y al-Tabari [V, 964-965, pp. 262-263]. En cuanto al famoso caballo de guerra de Cosroes II Parwez, el Victorioso, vid. Masudi: I, II, 215, p. 238, con varias historias relacionadas con el famoso caballo y en donde cita también la estatua de Cosroes II en Tagh-e-Bostan, catalogándola como “maravilla del mundo”. Para una descripción y análisis moderno de la estatua de Tagh-e-Bostan, vid. FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 15-19, con una lámina de la escultura junto con un análisis del equipo y armamento a partir de dicha escultura. Pueden verse un repertorio de los bajorrelieves de Tagh-e-Bostan en http://www.pbase.com/k_amj/tagh.

terminaban de proteger el rostro y el cuello, y que dejaban sólo los ojos y las fosas nasales del guerrero al descubierto. Iba calzado con unas botas altas de montar, sobre las que se disponían unas grebas y a veces, ya sobre los muslos del guerrero, unas placas protectoras. Por su parte, las manos iban enfundadas en unos guanteletes (*abdast*) que llegaban hasta la mitad de sus antebrazos. Finalmente, un pequeño escudo redondo podía venir a completar las protecciones con las que estaba dotado⁸⁶⁸. El caballo del savaran iba también formidablemente protegido con un potente peto de cuero cubierto de placas y láminas de hierro (*zen-abzar*) y que protegía su cabeza, cuello, pecho y sus flancos delanteros, quedando los traseros sin protección⁸⁶⁹.

En cuanto a sus armas ofensivas, éstas eran la lanza, una larga espada, un arco compuesto y un carcaj en el que se guardaban 30 flechas; un segundo arco y varias cuerdas de repuesto; dos lazos (*kamand*) que colocaban en la espalda del guerrero y cuyo propósito era el de enlazar a los enemigos por el cuello o el tronco y derribarlos de sus monturas. A todo lo anterior se añadía con cierta frecuencia una maza de guerra o una pesada hacha de combate.

Las cotas o lorigas sasánidas eran de una calidad excelente, generalmente superiores a las fabricadas por las armerías de la Romania; de hecho, éstas terminaron por copiar, en buena medida, los modelos sasánidas. No sabemos si se seguía usando para su fabricación el famoso “hierro margiano”, pero los hallazgos de armaduras y cotas de malla sasánidas corroboran las evidencias transmitidas por las fuentes, las cuales señalaban la superioridad sasánida en este campo.

Igualmente notables eran los yelmos, los cuales se fundían o forjaban en dos piezas que luego se soldaban entre sí y a las que se solía añadir velos de malla que ampliaban la protección que el yelmo ofrecía al cuello y a la cara del guerrero.

Las espadas, con una hoja que solía alcanzar los 110 cm. de largo y un ancho medio de entre 5 y 8’5 cm, eran rectas y forjadas en un excelente hierro. Su empuñadura, generalmente adornada con el pájaro o con la pluma de Varanga (la mítica ave que representaba al Dios de la guerra) era de madera o de hueso con cubiertas, adornos o incrustaciones de bronce, plata u oro. La longitud de estas largas espadas planteó a los persas un grave problema técnico, pues si colgaban

⁸⁶⁸ CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 368.

⁸⁶⁹ La influencia sasánida sobre la Romania en el equipamiento militar era casi absoluta. Los soldados de la Romania de fines del siglo VI e inicios del VII iban armados y equipados de forma casi similar a la de los Savaran. Para comprobarlo baste comparar las descripciones que se hacen en el *Strategikon* del equipo y armamento del soldado de caballería de la Romania con el del guerrero a caballo persa. Ya a inicios del siglo XX, algunos estudiosos abordaron esta cuestión: INOSTRANTSEV, C. A., “Sasanian Military Theor”, *Journal of the Cama Oriental Institute*, 7 (1926), p. 7 y ss. También sus monturas iban equipadas de manera similar. Por ejemplo, el caballo del emperador Heraclio, “Corzo”, iba equipado en la batalla de Nínive (627) de forma similar al caballo de Cosroes II en Tagh-e-bostan: con la cabeza, el pecho y los flancos delanteros bien protegidos por un peto y unas protecciones de metal y cuero, y con los flancos traseros sin defensa alguna. Teófanos: 6118, 319-320.

rectas del cinturón del guerrero podrían estorbar su marcha o la de su caballo, amén de ser muy difíciles de desenvainar. La solución fue ingeniosa y dotó a las largas espadas de una terrible eficacia: mediante un pequeño dispositivo de sujeción, la vaina de la espada pendía del cinto formando con las piernas del guerrero un ángulo de algo más de 60°, con lo que la empuñadura de la espada quedaba inclinada hacia delante y la hoja del arma quedaba levantada hacia atrás, facilitando así la rápida extracción de la espada, e impidiendo que se enredara en las piernas del jinete o que molestara a su montura. Este sistema de sujeción de la espada, que permitía una rápida extracción del arma, era algo decisivo en el combate, pues en él, el guerrero tenía que pasar, rápida y seguramente, de un arma a otra.

En efecto, los savaran solían comenzar sus ataques arrojando sobre sus enemigos una lluvia de flechas, para después, al acercarse el momento del choque con la formación enemiga, enfundar sus arcos y tomar sus lanzas; posteriormente, tras el primer encontronazo, se desenvainaban las espadas. Era pues vital para el guerrero poder desenvainar su espada con toda rapidez y seguridad, pues a menudo su vida dependía de ello. La solución sasánida a este problema fue tan eficaz, que inmediatamente fue copiada por los pueblos de las estepas.

De un segundo cinturón que el savaran llevaba por debajo del primero, colgaba el carcaj, y de su silla pendía el arco, aunque tampoco era raro que prefiriera colgárselo en bandolera de los hombros. Los arcos eran similares a los usados por romanos y turanos y, si el savaran era rico o un alto oficial, solían estar recubiertos por adornos de plata y oro. Por su parte, las flechas se hacían con madera de álamo y se las dotaba de una punta de hierro de tres filos.

En época de Cosroes I, la maza y en menor medida el hacha de combate, fueron cobrando cada vez mayor popularidad; en concreto, la maza terminó siendo un arma representativa del savaran persa. En cuanto a los largos lazos de cuerda trenzada que llevaba colgados a su espalda, habían sido ya usados por los sagartios, un pueblo iranio cuyas tierras se hallaban al noreste del antiguo Imperio aqueménida, siendo ellos y sus armas descritos por Herodoto.

Era pues un excelente y costoso equipo el que portaban los savaran persas de tiempos de Cosroes I y de sus sucesores, que les era proporcionado por las armerías reales desde los días de las reformas del citado emperador⁸⁷⁰. Igualmente excelentes y costosos eran los caballos sobre los que iban montados: ligeramente más grandes que los usados por árabes y nómadas del turán, los caballos de guerra persas eran sin embargo tan rápidos como aquéllos. Entrenados para participar del combate tanto

⁸⁷⁰ Un completo y actual estudio del armamento de los Savaran sasánidas en FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, p. 11 y ss. En cuanto al sistema persa de extracción de la espada y su difusión entre los pueblos de la estepa, así como la técnica persa de tiro con arco y otras cuestiones militares relacionadas con la influencia mutua entre persas y turco-mongoles *vid.* KARASULAS, A., *Mounted Archers of the Steppe. 600 BC-AD 1300*. Oxford, 2003.

como podían hacerlo sus jinetes, eran capaces de cocear, morder o cargar, a una orden de éstos. Los savaran se sostenían sobre sus caballos gracias a una silla dotada de perillas que se curvaban hacia dentro y de un dispositivo que, a modo de cuernos, salía de los laterales de la silla de montar y abrazaba los muslos del jinete, con el fin de darle mayor estabilidad durante las evoluciones del combate. Así mismo y desde mediados del siglo VI, se comenzó a extender entre los persas el uso del estribo y es muy posible que a fines de ese siglo o a inicios del VII, su uso se hubiese ya generalizado por completo. Un ejemplo de lo anterior lo tenemos en Tagh-e-Bostan, en la escultura que representa a Cosroes II Parwez montado a caballo y armado como un savaran, en la que se puede apreciar, pese a que las piernas de Cosroes II están muy deterioradas, que usaba estribos⁸⁷¹.

- La infantería pesada persa iba armada con una larga cota de malla y láminas, un yelmo, una espada (de longitud, ancho y tipo similar a la que portaban los savaran), un pequeño escudo redondo que colgaban de su hombro izquierdo, una lanza, una larga daga con la que tenían fama de ser muy hábiles, y con frecuencia, una maza o un hacha de guerra. Tampoco era raro que los soldados de infantería pesada persa portasen arcos⁸⁷².
- Los arqueros de línea iban armados con arcos compuestos capaces de arrojar flechas a 500 m de distancia y de perforar la cota de malla o la coraza de un soldado de la Romania a 175 m, aunque por lo general, los disparos de arco de la caballería y de la infantería persa, al igual que los de la Romania, no eran muy precisos ni efectivos más allá de 60 m de distancia. Completaban su equipo un gran escudo de mimbre, que los arqueros persas solían plantar delante de ellos para tirar a resguardo, una daga y una jabalina.

Estos arqueros de a pie iban mandados por un oficial llamado *Tirbad* y estaban excelentemente entrenados. Su forma habitual de combatir era la de formarse en secciones de tres líneas que disparaban, alternativa y continuamente, sus mortíferas andanadas de flechas. Su habilidad era tal que podían mantener su formación aún en retirada, pues lo hacían disparando hacia atrás continuas descargas de flechas, sin dejar de andar y sin romper su formación, en una versión a pie del antiguo y popular “tiro parto”⁸⁷³.

⁸⁷¹ Acerca del uso de los estribos en base al estudio de la escultura de Tagh-E-Bostan, *vid.* BIVAR, A. D. H., “The Stirrup and its origins”, *Oriental Art*, 1 (1965), pp. 61-65.

⁸⁷² Agatías: 3.17. 6-9, pp. 87-88, con una descripción sobre los dailamitas; FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 24-25.

- Por último, la infantería ligera, los *paighan*, los infantes extraídos de las levas de campesinos, iban por lo general armados con un gran escudo de mimbre y una lanza, débil y primitivo armamento al que en ocasiones se le añadía una espada.

Un arma típicamente sasánida era el arco compuesto montado con el “panjagan”, un ingenioso dispositivo que permitía cargar el arco con cinco flechas y dispararlas en un único y mortífero tiro. Para poder usar con más eficiencia esta arma se debían de preparar previamente los dardos en grupos de cinco, para así poder extraerlos del carcaj sin estorbo ni demora. El uso del panjagan permitía a los persas disparar una gran cantidad de flechas contra el enemigo antes de que éste lograra acercarse a las líneas persas. El tiro de este arma permitía también concentrar el tiro sobre un punto concreto de las líneas enemigas. Algunos autores creen que el uso de este dispositivo pudo ser un factor importante en la explicación de la repentina superioridad que los persas mostraron sobre los turcos y sus vasallos eftalitas a partir de la segunda mitad del siglo VI. Hay que apuntar también que el uso del panjagan no sobrevivió en mucho al Imperio sasánida y que no disponemos de ningún hallazgo o representación iconográfica que nos permita conocer a fondo este arma tan peculiar⁸⁷⁴.

En cuanto a cómo se dotaba al ejército de las armas y equipo necesarios, señalaremos que el mismo alto funcionario que se encargaba de supervisar al ejército, el *Eran Ambaragbed*, era también el encargado de las armerías reales y de supervisar la adecuada entrega de las armas almacenadas en los llamados *ganz* y *ambaragh*, especie de arsenales donde se almacenaban, reparaban y posiblemente se fabricaban las armas destinadas al ejército⁸⁷⁵. Otro personaje, el *Stor-Bezashk*, un alto funcionario con conocimientos de veterinaria, velaba porque el ejército dispusiera siempre de buenas monturas y porque éstas se hallasen en perfecto estado de salud⁸⁷⁶.

Por último –como se dijo– cada cuatro meses se procedía a llevar a cabo revistas militares en los diversos distritos y provincias donde se acantonaba el ejército; de forma más espaciada, quizás cada año, se llevaban también a cabo grandes revistas generales de tropas en Ctesifonte. En este caso, se levantaba un gran estrado delante del gran Iwan del palacio real de Ctesifonte y una vez hecho esto, el jefe de la oficina central del ejército ordenaba el comienzo de la gran revista, la cual podía llegar a durar hasta cuarenta días. En ella, por orden de importancia, cada uno de los *savaran* o soldados participantes en ella, se presentaban ante los funcionarios situados sobre el estrado, haciendo girar hacia un lado y otro a sus caballos, para que sus armas, equipo y caballos quedaran convenientemente expuestos a la mirada de los inspectores. Si el inspector

⁸⁷³ FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, p. 13 y 25.

⁸⁷⁴ *Ibidem*, pp. 15, 54, 60.

⁸⁷⁵ *Ibidem*, pp. 42-43.

⁸⁷⁶ *Ibidem*.

estaba de acuerdo con lo que veía, gritaba el nombre del guerrero y su sueldo, y procedía a consignarlo por escrito. Si lo que veía no le agradaba, el funcionario indicaba al soldado qué defectos o taras tenían sus armas, equipo o caballo, y el guerrero en cuestión debía de retirarse y volver cuando hubiese subsanado la falta. Si el hombre no lo lograba antes de que finalizara la revista, se procedía a sancionarlo e incluso se le podía llegar a expulsar del ejército. Hasta el rey, cuando la revista se celebraba en Ctesifonte, estaba obligado a presentarse, como savaran que era, completa y satisfactoriamente armado y equipado. Por último, cabe reseñar que era durante estas revistas provinciales y nacionales cuando los guerreros recibían sus sueldos⁸⁷⁷.

Era pues el sasánida un ejército bien armado y también, en lo tocante a los savaran y a los infantes regulares, un ejército bien entrenado. Gracias a algunos textos de Firdusi, Tahalibi y al-Tabari, estamos bien informados sobre las habilidades que se exigían al guerrero persa. Así conocemos que un funcionario se encargaba de supervisar el entrenamiento de los jóvenes soldados, y de repartir premios y honores entre los más hábiles y resueltos. Estos funcionarios agrupaban a los jóvenes reclutas en unidades de adiestramiento en las que se congregaban un millar de futuros guerreros. El tiro con arco, el manejo de la maza de combate, de la espada y de la lanza, los ejercicios ecuestres, etc. se sucedían bajo la supervisión del instructor. Es posible que, según puede deducirse de un testimonio recogido en la *Historia Nestoriana*, sólo se considerase perfectamente adiestrado a un savaran tras siete años de servicio⁸⁷⁸.

Los persas tenían además una gran preocupación por los problemas tácticos y sabemos que en tiempos de Cosroes I y de sus sucesores, se escribieron varios manuales tácticos, algunos de cuyos preceptos y recomendaciones ejercerían una gran influencia en la futura táctica islámica. En efecto, escritores islámicos como Balami transcribieron buena parte de la literatura militar sasánida en sus obras y de esa forma, al traducirse al árabe, la ciencia militar sasánida se transmitió a los ejércitos califales del Imperio de los Abásidas. Es por eso que, para quien viene de estudiar los tiempos sasánidas, sorprende sobremanera encontrarse ante los relatos de las expediciones militares de los califas Abásidas de los siglos VIII y IX, pues todo en ellas, el orden de marcha de los ejércitos, el uso de la caballería y de la infantería durante los combates, la concepción caballeresca de la guerra sostenida por nobles y príncipes⁸⁷⁹, la poliorcética, buena parte del armamento y del aparato administrativo bélico, etc. parecen un calco de lo que existía en tiempos de Cosroes I o de su nieto Cosroes II. Como se verá más adelante, el

⁸⁷⁷ Firdusi: VI, pp. 134-142; al-Tabari: V, 963-965, pp. 262-263; Masudi: vol. I, II, 231; TAFAZZOLI, A., *Sasanian Society...*, *op. cit.*, p. 14.

⁸⁷⁸ Firdusi: V, pp. 265-267; *Historia Nestoriana*: 176, LXVI, 486; TAFAZZOLI, A., *Sasanian Society...*, *op. cit.*, pp. 12-14.

⁸⁷⁹ Acerca de la alta consideración que tenían los Savaran y su visualización de la guerra como el arte por excelencia del caballero *vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 112, 368-369; UNVALA, J. M., *The Pahlavi Text "King qusrav and his Boy"*. París, 1921.

arte, la literatura, la arquitectura, el urbanismo, la pompa palaciega y el ordenamiento de la corte califal y de su etiqueta, la administración y la música de los Abásidas, también se verían hondamente influenciadas por el mundo sasánida.

Pero volvamos a las diversas tácticas persas. Los sasánidas de este periodo solían formar a sus ejércitos en cinco secciones:

- a) una poderosa sección central formada por contingentes de savaran.
- b) otra sección, situada tras ésta, formada por un fuerte contingente de infantería pesada.
- c y d) a izquierda y derecha del centro se constituían dos alas de caballería reforzadas con arqueros e infantería ligera.
- e) en la retaguardia quedaba una reserva de caballería de élite, a menudo formada por los famosos *Zhayedan* o inmortales.

Si se adoptaba esta formación en cinco secciones o divisiones, se aconsejaba al Spahbad persa que dirigía el ejército, que situara sus tropas sobre la pendiente de una loma y que, de ser posible, su centro quedara ligeramente más elevado que sus alas. Según especificaban los manuales tácticos persas, era también muy conveniente que se dispusiera a las tropas con el sol y el viento a su espalda.

Otra formación de combate persa era la que disponía al ejército en tres grandes alas. En esta formación, el centro debía de actuar como reserva y base, y sólo unirse al ataque de las alas si la situación así lo requiriese o si se tratase ya de dar el último y fatal golpe a la formación enemiga. Por lo general, se tendía a flanquear el ala izquierda enemiga y para tal fin, se reforzaba la propia ala derecha.

También una típica formación persa era la de disponer a la infantería delante de la caballería. En este caso se esperaba al ataque del enemigo y mientras que se producía la carga de éste, los arqueros de a pie persas desgastaban las filas enemigas con continuas lluvias de flechas. Cuando al fin se producía el choque, la infantería persa pasaba a primera línea y los arqueros se retiraban, mientras que la caballería se lanzaba sobre las alas y la retaguardia enemigas y las destruía.

Por último, los persas desarrollaron contra los pueblos de la estepa una serie de eficaces tácticas que contrarrestaban las ventajas esgrimidas por los nómadas. Una de esas tácticas (a la que ya nos referimos al tratar de la expedición de Barahm Chobin contra los turcos en 588) consistía en avanzar con la caballería sobre el enemigo, dejando tras de ella a la infantería que avanzaba inmediatamente detrás y en orden cerrado. Llegados cerca de las formaciones nómadas, los jinetes persas arrojaban sobre sus enemigos un aluvión de flechas y a continuación, evitando el choque directo, se abrían y se retiraban. Los nómadas, que solían interpretar como signo de derrota esta

maniobra de los persas, se lanzaban furiosos tras de la caballería persa. Pero ésta, resguardándose tras su infantería, que avanzaba sobre ella en perfecta formación y contra la que se estrellaban los jinetes turanios, se reorganizaba y caía sobre los inmovilizados jinetes nómadas que en su choque con la infantería persa, eran envueltos por la renovada carga de la caballería persa que, tras reorganizarse a resguardo de su infantería, volvía súbitamente al combate.

Además de mostrar diversas formaciones de batalla, los manuales persas recomendaban –en contra de lo que creían los tácticos bizantinos– que las campañas fueran emprendidas en lo más crudo del invierno y en lo más asfixiante del verano, pues la mayor parte de los soldados persas procedían de las altas montañas del Irán y de sus frías mesetas y en estas tierras del Asia central son comunes los fríos extremos y los calores más tórridos. Emboscadas y ataques inesperados estaban también a la orden del día. Se aconsejaba a los generales que en caso de contar con tropas de mala calidad, tomaran la iniciativa en la batalla, mientras que si las tropas eran buenas o veteranas, se hacía más aconsejable plantear la batalla a la defensiva.

Se fortificaban los campamentos y en especial los cercados donde se protegía la impedimenta, tarea que era encomendada a los *paighan* o infantes de leva, a los cuales se solía también encargar la guardia⁸⁸⁰. En cuanto a la poliorcética, ésta fue copiada por los persas de los romanos. No obstante, pronto se hicieron consumados maestros de este arte guerrero: arietes descomunales, ballistas, onagros, escorpiones, torres móviles de asalto, grandes terraplenes, recipientes con líquidos inflamables, catapultas y minas, eran usados con gran profusión en los asedios a fortalezas o ciudades enemigas. Tal sucedió, por citar sólo un ejemplo, en el asedio y toma de Jerusalén por los persas en 614⁸⁸¹.

Tampoco eran los persas legos en el arte de la fortificación. De hecho levantaron grandes líneas de fortificaciones y ciudades-fortaleza; así el limes persa de Mesopotamia tenía poco que envidiar a su rival romano. Las fortificaciones de Gurgan, con su muralla y sus fosos de más de 100 km de largo, y los muros erigidos sobre el estrecho paso caucásico del Derbent, se hallaban entre las maravillas del mundo antiguo e impresionaron tanto a romanos y árabes que unos y otros atribuyeron tales obras a Alejandro Magno. Por su parte, ciudades como Nisibe, Singara, Ctesifonte y Tustar eran

⁸⁸⁰ Puede verse una formación persa en tres secciones en Firdusi: V, pp. 491-499. Los estrategas de la Romania conocían también, aunque con deficiencias, las tácticas empleadas por los persas. *Vid. Strategikon*: XI, pp. 112-115. Por lo demás, la mejor obra sobre las tácticas sasánidas es la de INOSTRANTSEV, C. A., *Sasanian Military Theory...*, *op. cit.* Diversos ejemplos de formaciones sasánidas pueden verse en FARROKH K., *Sassanian Elite Cavalry AD 224-642...*, *op. cit.*, pp. 27-49.

⁸⁸¹ Sobre la poliorcética romana como modelo de la de los sasánidas *vid.* Amiano Marcelino: 19.5 y ss; 20.6-7; Evagrio Escolástico: V, 10, donde a resultados del ataque contra Dara emprendido por Cosroes I puede verse el uso que los sasánidas daban a terraplenes, catapultas y demás ingenios de asedio. Acerca del uso masivo por los persas de máquinas de guerra en la toma de Jerusalén de 614, *vid.* Antioco

célebres por sus impresionantes murallas y fortificaciones. Por lo demás, el uso de murallas circulares, de grandes puertas abovedadas o de fosos y diques repletos de agua, etc. era hartamente frecuente, y el arte de la fortificación, al igual que el de la poliorcética, pasó, sin apenas cambios ni innovaciones de manos de la Persia sasánida a las de los primeros imperios islámicos.

Pasando a otra cuestión, resaltaremos también aquí que los sasánidas, al contrario que sus antecesores partos y sus rivales romanos, usaron elefantes de guerra con mucha frecuencia en sus ejércitos. En efecto, a menudo la caballería estaba reforzada con elefantes de guerra de origen indio que eran equipados con una pequeña torre en la que tres guerreros se situaban armados con arcos y jabalinas. El conductor, generalmente un indio, iba sentado sobre el cuello del animal y atado a su antebrazo llevaba un largo y afilado cuchillo. El propósito de dicha arma no era otro sino el de atravesar la nuca del gran animal para darle rápida muerte: si se daba el caso de que el elefante, aterrorizado por las heridas o por el estruendo de la batalla, se espantara y, dándose la vuelta, cargara sobre las propias filas y se volviera extremadamente peligroso para el buen orden de éstas. Mas si todo iba bien, los elefantes de guerra solían ser un arma formidable. Los sasánidas colocaban sus elefantes en el centro de sus líneas y no era raro que el general, y a menudo el propio Rey de reyes persa, dirigieran la batalla desde lo alto de un trono dispuesto sobre un elefante.

Otra forma de usar los elefantes –una auténtica innovación sasánida– fue la de emplearlos en la toma y conquista de las ciudades. En efecto, una vez perforada la muralla de la ciudad, se hacía pasar a los elefantes y éstos, a modo de modernos carros de combate, aplastaban barricadas, dispersaban a los combatientes enemigos y derribaban casas y tabiques, impidiendo así que los defensores se atrincheraran en calles y casas. Tal ocurrió, por ejemplo, cuando Shapur III aplastó la sublevación de Susa, ciudad donde los elefantes de guerra sasánidas dejaron numerosas huellas de su poder destructivo a los arqueólogos que la excavaron en el siglo XX.

Especialmente buscados eran los elefantes blancos, los cuales quedaban reservados para el soberano. Así en la batalla de Melitene (575), Cosroes I Anusirwan dirigió a sus tropas desde un gran elefante y fue sobre este magnífico animal como tuvo que huir del campo de batalla tras ser derrotado. Su nieto Cosroes II era también muy aficionado al uso de elefantes y al igual que su abuelo, se vio obligado a huir precipitadamente sobre uno de ellos cuando Heraclio, triunfador en la batalla de Nínive, se lanzó tras él, y tomó y saqueó Dastagerd en los primeros días de enero del 628.

Persas y elefantes de guerra se hallaban tan identificados que en no pocas ocasiones, los triunfos de los emperadores de la Romanía se vieron aderezados con

Estrategos: 506-507. CONYBEARE, F.C., "Antiochus Strategos, The Capture of Jerusalem by the Persians in 614 AD", *English Historical Review*, 25 (1910), pp. 502-517.

elefantes de guerra capturados a los persas. Tal ocurrió en tiempos de Mauricio y de Heraclio. Este último exhibió por las calles de Constantinopla, durante su triunfo de 629, cuatro elefantes de guerra persas que tiraban de la magnífica cuadriga en la que iba subido el emperador. Por otra parte, hay que señalar que los sasánidas contaron con gran número de estos animales en sus ejércitos y corte. Así, gracias al testimonio de Jorge de Pisidia, contemporáneo de los hechos y que fue conservado por Teófanos, sabemos que a inicios de 628, Cosroes II opuso 200 elefantes de guerra, en las orillas del río Narbas, al avance de Heraclio sobre Ctesifonte. Mientras que según cuentan algunas fuentes islámicas, Cosroes II llegó a contar con un millar de elefantes en su corte y en su ejército.

En cualquier caso, lo cierto es que cuando los ejércitos árabes atacaron Persia, los árabes se vieron enfrentados a los grandes paquidermos y éstos causaron en ellos una gran sensación y temor⁸⁸². Por contra, los sasánidas jamás usaron, al contrario que los partos, carros de guerra.

En cuanto a los abastecimientos requeridos para la supervivencia del ejército, éstos estaban muy bien organizados. En tiempos de paz, los cuarteles y las tropas acantonadas en las fronteras recibían regularmente raciones de carne de vaca, pan y leche, cantidades que eran dobladas en caso de que las tropas estuviesen en campaña. Aceite, vino y dátiles eran también alimentos comunes entre los soldados persas de los siglos VI y VII⁸⁸³.

En lo que se refiere al control de los efectivos y de las bajas que éstos pudiesen sufrir, los persas usaban un curioso método al iniciarse una campaña: cada uno de los

⁸⁸² Son numerosísimos los testimonios sobre el uso de elefantes por los ejércitos sasánidas. Véase, entre otros, Amiano Marcelino: 25.1.14; al-Baladhuri: I, 403-404, 413, 446-447; al-Tabari: XII, 2178-2179, pp. 191-192. En cuanto a la utilización de elefantes en la conquista de ciudades y fortalezas puede verse, por ejemplo, cómo Cosroes II destruyó la fortaleza de Arxamoun con sus elefantes [Teófanos: 6096, 292]. Sobre las pruebas arqueológicas dejadas por los grandes paquidermos en el aplastamiento de la sublevación de Susa por Shapur III, *vid.* HICKS, J., *Orígenes del Hombre, El resurgimiento de Irán (II)*..., *op. cit.*, p. 111. Acerca de la utilización de elefantes de guerra entre las líneas de la caballería, Teofilacto Simocata [lib. V, 10, 6] narra con detalle cómo Barahm Chobin dispuso contra los romanos y los hombres de Cosroes II, a sus elefantes entre sus jinetes de la primera línea. En cuanto a la disposición de grupos de arqueros a lomos de elefantes, Teofilacto Simocata: V,11,2. Para la huida de Cosroes I Anusirwan del campo de batalla de Melitene a lomos de un gran elefante de guerra, Sebeos: p. 6, y para la fuga sobre un elefante de Cosroes II de su palacio de Dastagerd en 628, Teófanos: 6118, 321. Ejemplos de elefantes persas en triunfos de emperadores de la Romania en Nicéforo: cap. 19, donde se narra la entrada en triunfo de Heraclio en Constantinopla en 629, entrada que hizo subido sobre una espléndida cuadriga tirada por cuatro elefantes; Teofilacto Simocata [3,14.10] y Juan de Éfeso [II, 48; VI, 10] nos dan varios testimonios sobre elefantes traídos en triunfo a Constantinopla durante los reinados de Tiberio y Mauricio. Por último, sobre la gran cantidad de elefantes que poseían los reyes sasánidas (1.000 según algunos testimonios, 760 según otros), *vid.* al-Tabari: V, 1041, p. 377; Masudi: I II, 230, p. 243. En todo caso, pese a las posibles exageraciones de las fuentes islámicas, el número de elefantes de los que disponían los persas era muy grande, pues en 628, cuando Heraclio avanzó sobre Ctesifonte, Cosroes II le opuso 200 elefantes en la ribera del río Narbas. El testimonio, que Teófanos recoge [6118, 325] de Jorge de Pisidia, contemporáneo de los hechos y poeta de las campañas de Heraclio, no puede ser puesto en duda. Sobre el aprecio que los soberanos persas sentían por los elefantes blancos, consúltese Masudi: I II, 230, p. 243.

⁸⁸³ FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 42-43.

guerreros que formaban el ejército enviado contra el enemigo depositaba una flecha en unas grandes cestas de mimbre; al concluir la marcial ceremonia, los funcionarios reales sellaban las cestas y ponían sobre ellas el sello del rey. Terminada la campaña, los guerreros supervivientes regresaban y entonces se rompía el precinto sellado que cerraba la boca de las cestas. A continuación, los guerreros desfilaban ante ellas y extraían por turno una flecha; luego se contaban las flechas que quedaban sin recoger en las cestas de mimbre y de esa manera se conocía el número exacto de bajas que el ejército en cuestión había sufrido durante la campaña.

Si las bajas habían sido excesivas, el general que había conducido el *spah* era amonestado, humillado e incluso degradado o castigado. En este caso, ni siquiera la victoria era una excusa adecuada, pues se consideraba que una victoria pírrica o demasiado costosa no merecía ser tenida en cuenta. Tal sucedió en 531, cuando el general persa que había derrotado a Belisario en Calínico se presentó ante el Rey de reyes con un ejército vencedor, aunque diezmado⁸⁸⁴. Esta costumbre era una de las causas de la cautela de los generales persas. La batalla sólo era afrontada cuando las posibilidades de éxito eran claras y numerosas, o cuando el enemigo tenía la habilidad de acorralar al ejército persa y forzarlo a combatir.

Por último, añadiremos aquí unas pocas líneas sobre la flota sasánida. La Persia de Cosroes I era tanto un imperio continental, como un imperio marítimo. En efecto, su dominio sobre el Golfo Pérsico y el Océano Índico, y sus vastos horizontes comerciales, la impulsaban hacia el mar. Para hacer frente con éxito a ese impulso, Persia se dotó de una potente flota. Sin embargo, poco sabemos, sin embargo, sobre tal arma, ya que las fuentes son parcas en extremo y no ofrecen muchos detalles. Conocemos, eso sí, que Cosroes I envió a Yemen una flota de 8 barcos en los que se embarcaron, junto a la correspondiente marinería, entre 800 y 1.000 soldados. La flota persa partió desde un punto cercano a la futura Basora y navegó por el Golfo Pérsico hasta salir al Océano Índico; giró luego al sur y llevó al ejército expedicionario persa hasta las playas de Adén. En conjunto, los barcos enviados por Cosroes I Anusirwan a la conquista del Yemen recorrieron una distancia de 4.000 km, es decir, una distancia similar a la que separa la Península Ibérica de América y que nos da medida de la capacidad y fuerza de la flota persa de Cosroes I hacia 570. Ese mismo año o poco antes, el soberano persa envió contra Taprobana (la actual Ceilán o Sri Lanka, que los persas llamaban “isla de las piedras preciosas”) una expedición de castigo que impuso allí la soberanía nominal, o al menos la hegemonía comercial de Persia⁸⁸⁵.

⁸⁸⁴ Procopio, *Guerra persa*: lib. I, 18, 51-56, pp. 119-120; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 214-215; FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, pp. 42-43.

⁸⁸⁵ Al-Tabari: V, 947-948, pp. 239-240; 899-900, p. 160; 965, p. 264. Son también de mucha utilidad la lectura de: WHITEHOUSE, D., WILLIAMSON, A., *Sasanian Maritime Trade...*, *op. cit.*; WHITEHOUSE, D., *Sasanian Maritime Activity...*, *op. cit.*; HARMATTA, J., “The Struggle for the Possession of South Arabia...”, *op. cit.*, pp. 95-100.

Los barcos persas eran del tipo llamado *daws*, es decir, embarcaciones de vela latina, ligeras y rápidas, con alta borda y aptas para afrontar los desafíos de un océano tan inestable como el Índico y para hacerse con las posibilidades que ofrecían los fuertes vientos del monzón. Los persas debían de poseer una infraestructura naval y una marinería competentes, pues no sólo fueron capaces de sostener con éxito su dominio sobre el Índico y el Golfo Pérsico hasta los mismos días de la conquista árabe, sino también de dotarse en el Mediterráneo, no bien conquistaron los puertos de Siria y Egipto, de una respetable flota que en 623, disputaba con éxito a la Romania el dominio sobre el Mediterráneo oriental y el Egeo meridional⁸⁸⁶.

Pasaremos ahora a considerar brevemente las líneas maestras de la “gran estrategia” desarrollada por Cosroes I a partir de su triunfo sobre los eftalitas en 558-563.

Al igual que el Imperio Romano de los días del principado, la Persia de Cosroes I Anusirwan optó por una política defensiva del tipo que Arther Ferril denominó “prepotente seguridad” y que se basaba en la construcción de potentes limes fortificados en todas las fronteras y en el acantonamiento en ellos del grueso de las tropas disponibles⁸⁸⁷. Se trataba así de prevenir cualquier sorpresa o invasión por parte de los romanos o de los turcos. A la par, se velaba por mantener la hegemonía lograda sobre el Índico. Para reforzarla aún más, se llevó a cabo la conquista del Yemen, de donde fueron expulsados los abisinios del reino de Axum, y se consiguió el dominio efectivo de la mayor parte de Arabia, ya mediante conquista directa, ya mediante alianza. Así mismo, lograda la hegemonía sobre el Índico y con ella el dominio de las rutas marítimas del comercio con el Lejano Oriente y la India, trató de hacerse también con el control absoluto de las rutas terrestres. Para ello, se impuso un bloqueo comercial a los turcos y se trató de cerrar a los romanos los caminos del Cáucaso, lo cual, claro está, despertó la animosidad creciente de turcos y romanos. En última instancia, Cosroes I y su hijo trataron de frenar a los turcos en la frontera del Oxus, cosa que lograron, y de sostener frente a la Romania su predominio sobre Arabia, Armenia y el Cáucaso. La Persia de la segunda etapa del reinado de Cosroes I quería ejercer una suerte de hegemonía sobre turcos y romanos, mas no buscaba la destrucción y sometimiento de éstos.

Esta política de seguridad y de hegemonía persas cambió sustancialmente de dirección cuando, tras las formidables victorias persas sobre los romanos (603-614) se optó por la aniquilación y conquista total de la Romania. Este cambio en la política

⁸⁸⁶ *Crónica del 640*: año 934, p. 18.

⁸⁸⁷ Esta estrategia de “prepotente seguridad” tuvo mucho que ver en la rápida caída del poder militar persa ante los ejércitos árabes. En efecto, vencidos los grandes ejércitos y arrolladas las guarniciones de frontera, los árabes se hallaron ante un país que carecía de tropas de reserva que oponer a los invasores, dejando a un lado los pequeños contingentes que los grandes nobles podían reclutar a su costa.

persa pareció viable y fácilmente alcanzable, sobre todo cuando en 619 se asistió a la conquista de Egipto, motor económico de la Romanía, y a la derrota de los turcos en el Oxus, coronada con la inesperada apertura entre los turcos occidentales de una etapa de decadencia y descomposición. De hecho, y como se verá a su debido tiempo, para 622 Persia parecía conseguir sus aspiraciones de lograr el Imperio Universal, como en los viejos tiempos de Ciro y de Darío I, y sólo la repentina y prodigiosa “reacción heracliana” frustró la definitiva instauración de este segundo Imperio universal persa.

No era pues Persia un imperio bárbaro y defendido por hordas mal entrenadas y sin orden, sino un poderoso imperio dotado de un formidable y complejo aparato militar y, por lo tanto, costoso de mantener. ¿Cuánto costaba su mantenimiento? Nadie, hasta el momento, ha tratado de resolver esta cuestión y ni siquiera se la ha planteado. No obstante, como ya vimos para el caso de la Romanía dejada por Justiniano I a sus sucesores, la cuestión no es en modo alguno baladí, sino más bien un tema vital y determinante, especialmente si se trata de dilucidar cuál era el verdadero estado económico, demográfico y militar del “otro ojo del mundo antiguo” hacia 565. Al igual que la Romanía contemporánea, su gran rival, la Persia de Cosroes I Anusirwan debió de afrontar la pesada carga de sostener un potente ejército; un efectivo militar cuyo coste y sostenimiento debía de pesar mucho sobre la economía y la demografía del Eranshar. Pero ¿cuánto? Es difícil contestar, siquiera aproximadamente a esta pregunta, pero no imposible. Las fuentes ofrecen respuestas que permiten aproximarnos sobremanera a la resolución de tan determinante cuestión.

II.2.4. *El coste del sostenimiento del ejército sasánida.*

Lo primero que hay que tener en cuenta, si se quiere hacer una estimación viable del coste que suponía para la Persia sasánida el mantenimiento de su aparato militar, es recordar que éste contaba con una alta proporción de tropas de leva forzosa que no recibían pago alguno durante su servicio militar y que eran licenciadas no bien terminara la campaña o guerra para la que habían sido requeridas. En efecto, como ya mostramos, más de la mitad de la fuerza que Persia podía movilizar estaba constituida por tropas extraídas del campesinado persa mediante levas forzosas, con un equipo exiguo y extremadamente barato: un gran escudo de mimbre, que a veces se cubría con pieles sin curtir, una lanza y quizás una espada. Su sostenimiento era igualmente económico, pues, como se ha dicho, los *paighan* sólo recibían alimentos y equipos durante el periodo, generalmente corto, en que permanecían en filas. Estos hombres, de los que Persia podía llegar a movilizar a 150.000, constituían pues una carga muy poco pesada para el erario del Rey de reyes.

Tampoco las tropas aportadas por los príncipes y pueblos vasallos del soberano persa constituían una carga reseñable para el Imperio sasánida, pues los nobles, príncipes y reyes de Armenia, Iberia, Albania, Arabia, etc., que estaban obligados a prestar auxilio militar al Shahansha cuando éste se lo reclamara, no recibían soldada alguna para sus tropas. Si bien ellos mismos eran agasajados por el monarca sasánida y premiados con toda suerte de objetos preciosos, cargos y títulos honoríficos, no puede hablarse en modo alguno de una soldada regular concedida por el Rey de reyes a este tipo de tropas, sino más bien de gratificaciones puntuales y extraordinarias, ya que en última instancia se esperaba que fuesen pagadas y sostenidas por sus propios soberanos y señores.

Además, como ya demostramos y en contra de lo que algunos autores han sostenido recientemente, el número de esta clase de tropas dentro del ejército sasánida de la segunda mitad del siglo VI y de la primera del VII era relativamente bajo, y no debió de superar nunca los 30.000 hombres. Es decir, una décima parte del total que Persia podía llegar a poner en armas.

Nos quedan pues los hombres que integraban el ejército regular y permanente con que contaba la Persia surgida de las reformas de Cosroes I Anusirwan, soldados que debían de ser sostenidos, equipados y pagados por el tesoro imperial.

Dos tipos de tropas constituían esta clase de soldados profesionales:

- 1) La caballería noble de Persia (los savaran), en la que militaban los auténticos guerreros y que estaba formada, desde los días de las reformas de Anusirwan, por miembros de la clase de los dehqans, los cuales eran equipados, montados y pagados por el Shahansha.
- 2) La infantería regular, formada por hombres procedentes, en su inmensa mayoría, de las tribus guerreras de las montañas del norte y del sureste de Persia y que conformaban las compañías de infantería pesada y de arqueros de línea que tan imprescindibles eran para la adecuada eficacia bélica de los ejércitos sasánidas. Estos infantes de línea eran, al igual que los savaran, equipados y pagados con coste al tesoro del Shahansha.

Ahora bien, como vimos en el capítulo dedicado a establecer el verdadero potencial numérico del ejército sasánida hacia 565 y hasta los días de la conquista árabe, esa fuerza regular y permanente con la que llegó a contar la Persia de Cosroes I y sus sucesores, fue de unos 120.000 hombres, agrupados en dos grandes grupos: los savaran, 70.000 jinetes pesadamente armados y dotados de arcos compuestos, y 50.000 infantes profesionales, los cuales formaban los contingentes de infantería pesada y de arqueros de línea.

¿A cuánto ascendía respectivamente su soldada? Gracias a los datos que proporcionan Firdusi, al-Tabari y al-Baladhuri –hasta el presente mal aprovechados– se puede dar respuesta a este interrogante. Comenzaremos por dilucidar a cuánto ascendía el sueldo de los infantes profesionales persas.

Al narrarnos los hechos que concurrieron en torno a la batalla de Qadesiya (636), al-Baladhuri dice que, tras un duro combate, una fuerza de dailamitas (pueblo del norte del Irán que solía formar lo mejor de la infantería pesada persa) se mantuvo en buen orden aún cuando se hubiese consumado ya la derrota del resto del ejército persa. Pasada la noche, los dailamitas enviaron a los árabes una delegación que comunicó a los guerreros del califa Omar que el jefe dailamita ofrecía pasarse al bando árabe si a cambio se les otorgaban a él y a sus hombres dos peticiones: un asentamiento en el lugar que los dailamitas estimasen oportuno y el pago de su soldada a cambio de sus servicios bélicos. Los árabes, que tras tres años de guerras contra Persia sabían de la habilidad guerrera de aquellos infantes pesados, aceptaron sin dudar y otorgaron a la mayoría de los dailamitas un asentamiento en Kufa, la nueva ciudad fundada por los árabes en la baja Mesopotamia, y con posterioridad enviaron a otro grupo a asentarse en Basora y en Siria. Estos dailamitas, que en número de 4.000 se pasaron a los árabes tras la batalla de Qadesiya, recibieron también –tal y como se había convenido– una soldada regular de parte de los árabes, cuyo montante nos proporciona al-Baladhuri: 1.000.000 de dirhems de plata⁸⁸⁸.

Ahora bien, es indudable que el sueldo de los dailamitas que en el día posterior a Qadesiya se pasaron a los árabes no podía ser sino el mismo que hasta entonces habían estado percibiendo por luchar bajo las banderas sasánidas. Si así es y no hay ningún motivo que invite a pensar lo contrario, la noticia proporcionada por al-Baladhuri nos está revelando el sueldo que percibían los soldados de la infantería profesional de la Persia sasánida. Y es que, si se dividen entre los 4.000 infantes persas que se pasaron a los árabes el 1.000.000 de dirhems que percibieron a cambio de servir ahora bajo las banderas califales, obtenemos el sueldo promedio de un infante regular del ejército persa: 250 dirhems de plata por año de servicio, cantidad que se vería algo disminuida si se tiene en cuenta el mayor sueldo que sin duda debían de percibir los 44 oficiales de infantería (40 *washt-salar* y 4 *drafsh-salar*) con los que debía de contar el contingente dailamita, así como el mayor salario que debió de recibir el comandante en jefe de los

⁸⁸⁸ Al-Baladhuri: I, pp. 440-442. Estos dailamitas no fueron los únicos soldados persas que se pasaron a los árabes, pues, casi a la par, un grupo de 300 Savaran persas de la región de Basora se pasó también a los estandartes de Omar. El ejemplo cundió y no mucho más tarde, otros Savaran se pasaron también, entre ellos un grupo procedente de la región de Dailam. Aunque los historiadores islámicos trataron de adornar estos hechos como actos de conversión al Islam por parte de los guerreros persas, lo cierto es que, en las primeras versiones ofrecidas por esos mismos historiadores islámicos, no hay ninguna mención a la conversión, sino sólo a cuestiones de sueldo o privilegios. Tal ocurrió, por citar un destacado caso, con el tratado firmado por los árabes con el Sul de Gurgan, es decir, con el príncipe sasánida que gobernaba

4.000 dailamitas. Por tanto, es muy probable que el soldado raso de la infantería regular persa no pasara de cobrar más de 240 dirhems.

Ahora bien, para que se pueda contrastar y valorar esa cifra adecuadamente, pasemos a realizar la conversión de esos dirhems de plata persas en moneda de la Romania. Comenzaremos pues por recordar que el dirhem persa tenía un peso que oscilaba entre 3'65 y 3'94 grs de plata. Por lo que, siendo muy prudentes en nuestro cálculo, tomando el peso mínimo que podía tener el dirhem persa (3'65 grs de plata) y multiplicando ese peso por el 1.000.000 de dirhems que los árabes entregaron a los dailamitas, obtenemos que los infantes persas recibieron un total de 3.650.000 grs de plata. Si dividimos a su vez esta cifra entre los 2'24 grs que pesaba la seliqua de plata de la Romania, nos darían un total aproximado de 1.629.464 seliquas que serían el equivalente romano de la época al 1.000.000 de dirhems persas pagados por los árabes a los infantes iraníes pasados a su bando. Si dividimos de nuevo esta cantidad entre los 4.000 soldados persas, obtenemos que los infantes persas recibían un sueldo promedio equivalente a 407 seliquas por cabeza y año; o lo que es lo mismo, casi 17 sólidos de oro por año de servicio. Es una cantidad que sorprendentemente, o quizás no tanto, está muy cerca de los 20 sólidos de oro que en 565 y hasta bien entrado el siglo VII, recibían los soldados de campaña de la Romania.

Pues bien, multipliquemos esos 250 dirhems de plata que cobraban de promedio los infantes regulares persas por los 50.000 hombres que, tal y como estimamos, militaban en las tropas de infantería regular de la Persia sasánida. Así nos enteramos de que la Persia de fines del siglo VI y del primer tercio del siglo VII gastaba unos 12.500.000 dirhems de plata en mantener sobre las armas a los 50.000 infantes que formaban en las filas de su infantería pesada y de sus compañías de arqueros de línea (lo que vendría a equivaler a unos 848.679 sólidos de oro bizantinos).

Es, como ya se ha advertido, una cantidad aproximada, pues al contrario que para el caso del ejército de la Romania, no hay datos que nos permitan calcular con exactitud el sueldo de los oficiales y mandos de estas tropas de infantería regular persa. Pero con todo, la cifra nos permite hacer una estimación bastante precisa del coste que suponía el sueldo de las tropas de infantería profesional en la Persia de fines del siglo VI.

Bien, ya tenemos una base firme y asentada en un dato sobre la época, para iniciar nuestro cálculo estimativo sobre el coste que para Persia debía de suponer el mantenimiento de su ejército. Pero ¿y los 70.000 savaran que componían la caballería persa? ¿Cuánto costaba a Persia sostener a lo mejor y más relevante de su ejército?

También aquí las fuentes nos dan pie suficiente para proceder a una estimación del total que podía llegar a suponer para el erario persa mantener en pie de guerra a esos 70.000 jinetes extraídos de la baja y media nobleza irania. En este caso son Firdusi y al-

Gurgan, el cual se obligaba a proporcionar contingentes de guerreros a los árabes a solicitud de éstos,

Tabari los que vienen en nuestro auxilio y con unos datos que, no adecuadamente valorados ni usados, han permanecido largo tiempo sin ser puestos en valor.

En efecto, cuando Firdusi narra la gran revista de tropas convocada por Babek, el ministro del ejército persa de tiempos de Cosroes I, no sólo nos ofrece el curioso relato según el cual hasta el mismísimo Rey de reyes tuvo que presentarse, convenientemente armado y equipado, para ser inspeccionado, sino también la clave que nos permitirá establecer el sueldo de los savaran persas y de sus oficiales. Si se dejan a un lado los coloridos detalles ofrecidos por Firdusi sobre cómo el soberano persa tuvo que aceptar que su ministro le reconviniera ante sus tropas por no ir convenientemente armado y se permanece atento a los datos que afloran, aquí y allá, a lo largo de todo el relato, nos enteraremos de que en esa revista fueron entregados los sueldos a todos los savaran participantes en ella. Desde el mismo rey, que recibió su sueldo honorífico de 4.001 dirhems, hasta el último de los savaran del ejército, los cuales percibieron 1.000 dirhems por cabeza. Es más, según aclara Firdusi, los savaran persas tenían sueldos que iban desde los 1.000 dirhems del savaran raso, pasando por los 2.000 dirhems y llegando hasta los 4.000.

Ahora bien, como se recordará, hasta el propio rey recibía un sueldo como savaran que era, un sueldo simbólico y honorífico de 4.001 dirhems. Esto es, un dirhem más que el sueldo de 4.000 dirhems que –según puntualiza Firdusi– era el más alto de cuantos percibían las distintas clases de savaran que participaron en aquella revista militar. En nuestra opinión, esos 4.000 dirhems que, exceptuando al rey, constituían el sueldo máximo percibido por un miembro de los savaran persas, eran, como en el caso de los 4.001 dirhems entregados por el jefe de las oficinas del ejército a Cosroes I Anusirwan, un sueldo honorífico y simbólico. La alta oficialidad del ejército sasánida (los Gund-salar, los Marzban provinciales y los grandes Marzban, los Framandar y Spahbad, etc..) procedía de los savaran pertenecientes a las siete grandes familias de la nobleza sasánida. Es decir, provenían casi en exclusiva de las familias de los Mihran de Rai, los Karen de Shiraz, los Suren del Sacestán, los Spandiyadh de Nehavend, los Guiw y los Spahbad de Gurgan, así como de la propia familia real sasánida. Eran pues, todos ellos, hombres inmensamente ricos para los que los 4.000 dirhems del sueldo más alto que podía percibir un guerrero en Persia –un dirhem menos que el que recibía el propio rey– no eran sino una simple bagatela, sin más sentido que el simbólico u honorífico.

Por otra parte, no puede haber duda alguna de que en la revista narrada por Firdusi tuvieron que participar todos esos grandes mandos procedentes de las siete grandes familias de la alta nobleza del Eranshar, pues si hasta el propio rey se veía obligado a participar ¿cómo no sus nobles y jefes militares? Y si el rey recibía 4.001 dirhems como sueldo de honor ¿a qué otros savaran podía ofrecérseles un sueldo inferior sólo en un

pero su país permaneció por completo ajeno al islamismo hasta la segunda mitad del siglo VIII.

dirhem al del rey? Evidentemente, sólo a esos nobles representantes de las siete grandes familias de la alta nobleza de Persia, de donde procedían, casi sin excepción, todos los altos oficiales de su ejército.

Nos quedan pues, los savaran que percibían sueldos de 1.000, 2.000 y cantidades superiores a 2.000 e inferiores a 4.000 dirhems. ¿Quiénes podían ser? Es fácil deducirlo, pues evidentemente, el sueldo inferior, el de 1.000 dirhems, sólo puede ser asignado a los simples savaran, a los jinetes sin mando de la caballería persa⁸⁸⁹; mientras que, englobados todos los altos oficiales (los *Gunds-salar*, los *Marzban* provinciales y grandes *Marzban*, los *Framandar*, *Spahbad*, etc.) en la categoría de los que, como el rey, recibían un sueldo puramente honorífico de 4.000 dirhems, es pues evidente que los sueldos de 2.000 y aquellos que, sin especificar por Firdusi, pudiesen estar situados entre una cifra superior a 2.000 y menor a 4.000 dirhems, sólo pueden ser asignados a los mandos intermedios de la caballería noble de Persia: los *Washt-salar*, los jefes de cien savaran, y los *Drafsh-salar*, los jefes de mil savaran. Por lo tanto, si los savaran rasos cobraban 1.000 dirhems de sueldo, y los altos oficiales y demás jefes del ejército sasánida recibían el honorífico sueldo de 4.000 dirhems, es obvio que los sueldos de 2.000 dirhems sólo pueden referirse a los *Washt-salar*. Mientras que los *Drafsh-salar* debieron de percibir un sueldo superior a 3.000 dirhems, pero sin alcanzar los 4.000.

1.000, 2.000, más de 3.000, 4.000 y 4.001, ya tenemos una base sobre la que estimar las soldadas que los savaran surgidos de las reformas de Cosroes I Anusirwan percibían en la Persia de la segunda mitad del siglo VI. Dado que –como se demostró– también conocemos su número exacto y su cadena de mando, se puede calcular con cierta exactitud el montante que para el tesoro del Rey de reyes representaban sus sueldos.⁸⁹⁰

⁸⁸⁹ 1.000 dirhems era una suma lo suficientemente alta como para tentar a los Dehqans persas que, en la mayoría de los casos, no solían ser sino el campesino más rico de una aldea. La citada suma equivalía a poco más de 67 sólidos áureos pero aunque parece una cifra muy alta, comparada con el sueldo que percibían los jinetes del ejército de campaña de la Romania (20 sólidos) y aún con la soldada de los excubitores (40 sólidos), no lo es tanto si la comparación se establece con lo que percibirían los futuros *stratiotas* bizantinos de los siglos VII, VIII y IX: propiedades por valor de 4 libras de oro (288 sólidos áureos), más un sueldo de 5 sólidos por campaña. Posteriormente, durante los siglos IX y X, el valor de las propiedades atribuidas a un *stratiota* ascendería a 12 libras de oro (864 sólidos). *Vid.* TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.*, pp. 172 y ss, en especial pp. 173 y 175.

⁸⁹⁰ Firdusi [VI, p. 137] dice que los Savaran cobraban “unos 1.000 dirhems, otros 2.000 y ninguno más de 4000”, y añade más adelante que el rey recibía un pago honorífico de cuatro mil y un dirhems: es decir, un dirhem más que el sueldo más alto percibido por los más altos oficiales. Esto último está confirmado por al-Tabari [V, 964-965, pp. 262-263]. No hay duda de que los relatos de Firdusi y al-Tabari sobre esta revista de tropas, similares pero independientes entre sí, se refieren sólo a los Savaran, pues sólo se mencionan jinetes y sólo entre ellos podía convocarse al guerrero por excelencia: el rey de reyes sasánida. Además, Firdusi usa el término persa para “caballero” y ningún otro al referirse a los hombres que participaron en la revista; al mencionar sus sueldos especifica que eran los recibidos por los caballeros. Tafazzoli menciona esta revista de tropas, pero yerra al decir que, en base a las informaciones proporcionadas por Firdusi y al-Tabari, los sueldos debían de oscilar entre los 100 y los 4.000 dirhems. Ni uno ni otro mencionan en ningún lado –como hemos visto– sueldos de 100 dirhems, o de otras cantidades inferiores a 1.000, sino sólo de 1.000, 2.000, 4.000 y 4.001 dirhems. Evidentemente, dado que cita los

Y así, comenzaremos multiplicando por 1.000 dirhems el conjunto de 70.000 savaran que militaban en los ejércitos sasánidas de fines del siglo VI. El resultado es de 70.000.000 de dirhems. Ahora bien, entre esos 70.000 savaran figuraban un total de 700 *Washt-salar* (es decir, de jefes de cien hombres) y dado que su sueldo lo hemos establecido en 2.000 dirhems, tendremos ahora que añadir a la cifra anterior 1.000 dirhems extras por cada *Washt-salar* del ejército persa. Esta operación arroja un resultado de otros 700.000 dirhems que, sumados a los 70.000.000 iniciales, da un total de 70.700.000 dirhems.

Entre los savaran figuraban también 70 *Drafsh-salar*, 70 jefes de un millar de hombres y su sueldo, como ya se vio, debió de estar situado entre los 3.000 y los 4.000 dirhems. Por ello, sería prudente establecer una cifra promedio de 3.500 dirhems por cada uno de los 70 *Drafsh-salar* que figuraban en las listas de los regimientos de caballería pesada de Persia. Así que para completar la suma, tendremos ahora que añadir 3.500 dirhems por cada uno de esos 70 *Drafsh-salar*, lo cual supone un incremento de la cifra anterior en 175.000 dirhems. Por lo que ya alcanzamos los 70.875.000 dirhems.

A continuación nos queda añadir a esa cantidad los sueldos, por honoríficos que fueran, de los más altos oficiales del ejército persa, los de los savaran que provenientes de las grandes familias del Eranshar, dirigían los grandes ejércitos persas de este tiempo. Pues bien, entre los 70.000 savaran que se hallaban inscritos en las listas de los guerreros, había 7 *Gunds-salar* (siete jefes de 10.000 hombres), cuatro grandes *Marzban*, unos 20 *Marzban* provinciales, cuatro *Spahbad*, los jefes de los zhayedan, los cosrogetae, los perozitae y la guardia real, y como mucho, 10 o 12 altos oficiales o funcionarios militares de alto rango. Es decir, unos 50 savaran conformaban la cúspide del ejército y de la sociedad sasánida, unos 50 nobles que, junto al rey, recibían un sueldo honorífico y cuyo verdadero interés a la hora de desempeñar sus cargos militares, no era otro sino el de obtener gloria y honores para ellos y sus familias y, desde luego, acrecentar su poder, riqueza e influencia. Pues tanto el desempeño de un alto cargo en el ejército, como el participar en una campaña victoriosa, abría inmensas posibilidades ante un noble persa.

Pero como se ha dicho antes, por muy simbólicos u honoríficos que fueran los sueldos de esos 50 nobles miembros de la casta de los guerreros, significaban un desembolso para el erario persa que ascendía a un total de 150.000 dirhems. Sumada esta cantidad al total anterior nos arroja la cifra de 71.025.000 dirhems de plata persa.

mismos textos que nosotros, Tafazzoli comete un error y posiblemente confundió 100 con 1.000. *Vid.* TAFAZZOLI, A., *Sasanian Society...*, *op. cit.*, pp. 24-25. Para leer la narración completa de esta revista de tropas *vid.* Firdusi: VI, pp. 134-142, en especial p. 137; al-Tabari: V, 964-965, pp. 262-263. Acerca de la instauración del sueldo entre los Savaran por Cosroes I (hasta entonces la nobleza estaba obligada a servir sin sueldo), *vid.* al-Tabari: V, 897-898, pp. 155-157.

En definitiva, esos 71.025.000 dirhems era lo que costaba aproximadamente al rey de reyes mantener listos para el combate a sus 70.000 savaran.

Ahora bien ¿a qué equivalían esos 71.025.000 dirhems? Equivalían a 115.732.700 seliquas de plata bizantinas, o lo que es lo mismo, a unos 4.822.195 sólidos de oro. Así que, si ahora sumamos esa cantidad (el equivalente en oro romano a 4.822.195 sólidos) a la que, basándonos en al-Baladhuri, hemos estimado como coste para Persia de los sueldos de su infantería profesional, cantidad calculada en el equivalente a unos 848.679 sólidos de oro, el resultado total que obtenemos como coste para Persia de las soldadas de los 120.000 hombres que militaban en su ejército permanente y profesional, es de unos: 5.670.874 sólidos de oro de la Romania de fines del siglo VI. Un coste más bajo, aparentemente, que el que suponía para la Romania el sostenimiento de sus ejércitos.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que esos hombres necesitaban ser equipados, alimentados, armados y montados, y aunque es cierto que los savaran cuando no estaban en campaña o servicio activo, se sostenían a sí mismos, a sus equipos, armas y caballos, y que los campesinos reclutados a la fuerza sólo eran alimentados y provistos de equipo durante el tiempo que duraba la campaña para la que habían sido reclutados, no lo es menos que esos gastos tuvieron que ser notables y debieron de contribuir a engrandecer la partida que el Shahansha debía de destinar a sus gastos militares. Además hay que añadir los gastos generados por la conservación y construcción de fortalezas, obras defensivas diversas, etc. Por todo ello, es bastante probable que el sostenimiento de sus ejércitos y de su defensa costara al Eranshar una suma similar a la que la Romania gastaba en semejantes quehaceres, cantidad que debía de superar holgadamente el equivalente a 6.000.000 de sólidos de la Romania de la época.

Esa cantidad, similar –como hemos dicho– a la que la Romania gastaba en el sostenimiento de su ejército, debía de pesar mucho sobre los recursos de la Persia sasánida.

II.3. Los recursos de un imperio: demografía y economía de la Persia sasánida.

Hacia 565, la Persia de Cosroes I Anusirwan se extendía sobre unos territorios que sumaban una superficie de más de 3.000.000 de km². Ese vasto territorio se vio todavía más engrandecido cuando, entre 570 y 573, Persia se hizo con el control del antiguo solar del reino Himyarita (el actual Yemen) y extendió aún más sus dominios en las costas árabes del golfo Pérsico y de Omán. De hecho, a la muerte de Cosroes I (579), éste ejercía su autoridad, bien de forma directa, bien como señor de vasallos semi-independientes, sobre un territorio que superaba ampliamente los 3.200.000 km². Es

decir, Cosroes I Anusirwan poseía un imperio mucho mayor que el que Justiniano I dejara tras de sí en 565.

Ahora bien, de ese inmenso imperio sólo la cuarta parte aproximadamente era terreno fértil y por lo tanto, capaz de soportar una población numerosa y próspera: el riquísimo valle del Eúfrates y del Tigris, con sus inmejorables tierras de cultivo bien regadas por una intrincada red de canales que los reyes de Persia, desde los días del primer sasánida, Artashir I, no habían parado de extender, y que en el transcurso de los siglos III, IV, V y VI habían doblado la superficie cultivable de la región mesopotámica. A esas riquísimas tierras mesopotámicas se sumaban las de la fértil Media Atropatene, con sus ricos valles y planicies bien avenadas, y en las que los reyes sasánidas habían llevado a cabo fundaciones de ciudades y construcción de obras hidráulicas. Más al sur, estaba la propia Fars o Pérsida, tierra agreste y falta de agua que mediante la construcción de ingentes obras de regadío y plantación de numerosos árboles frutales, había sido transformada en un país rico y salpicado de opulentas ciudades. Al oriente, la rica vega del Oxus medio, el Jorasán, centro agrícola pero también mercantil y artesanal. Tras estos grandes centros agrícolas se hallaban los abrigados valles de la Media superior, de Kerman, Sacestán, Bactriana y la perso-Armenia; los oasis del desierto central iraní y de la ribera meridional del golfo Pérsico; las tierras de aluvión del Yemen, y las calurosas llanuras costeras de la Albania Caucásica y del litoral meridional del Mar Caspio, regiones todas que constituían los centros de la vida agrícola y los focos donde se concentraban las ciudades y el grueso de la población del Eranshar. Por el contrario, los agrestes montes Zagros, las estepas que bordeaban los valles de los ríos y canales mesopotámicos, las montañas y mesetas de perso-Armenia, la Iberia y la Albania Caucásicas, las estepas y desiertos del Irán central y meridional, los secos desiertos de las dependencias arábigas del Eranshar, las frías y escarpadas montañas del norte del Irán y de la Bactriana, los intransitables desiertos, secos montes e interminables estepas del Sacestán, Gurgan y del Kermán oriental, constituían la mayor parte de las tierras del Eranshar y eran sólo capaces de sustentar a una dispersa población de pastores nómadas, frugales montañeses y míseros campesinos. De hecho, el imperio de Cosroes I Anusirwan sólo contaba con prácticamente la mitad de la población que tenía la Romania de Justiniano I a la muerte de éste.

En efecto, un quinto del territorio del Imperio sasánida, unos 600.000 km², repartidos básicamente entre Mesopotamia, la media Atropatene y las tierras más fértiles del Irán central, meridional y oriental, eran comparables a las mejores tierras de África, Siria o incluso Egipto, y puede estimarse su población en algo más de 10.000.000 de habitantes; de ellos, al menos 6.000.000 habitaban en la Mesopotamia persa. Otro 10% del territorio sasánida, unos 350.000 km², estaba constituido por tierras aptas para una agricultura de secano y un pastoreo intensivo. Esas tierras se hallaban, en

su mayor parte, en el Irán septentrional, en la Pérsida, el Kerman, el Jorasán y Bactriana, y su población apenas si alcanzaba los 3.000.000 de habitantes. Por lo demás, al menos la mitad del espacio abarcado por las fronteras del Imperio estaba constituido por tierras de montaña y estepa, salpicadas ocasionalmente por pequeños valles y oasis, y cubiertas en su mayor parte por pastos duros y cortos o por grandes extensiones de densos bosques y junglas pantanosas. Eran tierras todas ellas que sólo podían dar cobijo y sustento a una población dispersa y escasa, de pastores nómadas o seminómadas y de campesinos practicantes de una agricultura de subsistencia. Tal era el caso de la mayor parte del Irán oriental y meridional, de las montañas y mesetas de perso-Armenia, Albania, Iberia, Daylam, Gurgan, Tabaristán y Gelún, Sacestán y Bactriana. Tierras que en conjunto y pese a extenderse sobre más de 1.500.000 km², contaban con una población que no debía de superar los 2.500.000 habitantes. Por último, quedaban aún enormes extensiones de terreno, unos 700.000 km² (un 20% del total), constituidas por desiertos salados o arenales, pantanos y manglares, montañas desérticas o extremadamente altas y quebradas, etc., cuya población era residual e itinerante y que, en el mejor de los casos, rozaría los 500.000 habitantes. En su conjunto, el Eranshar de fines del siglo VI debió de contar con una población que oscilaría entre los 16.000.000 y los 17.000.000 de habitantes.

La mayor parte de esa población residía en los campos y no pocos de ellos eran pastores seminómadas y nómadas. No obstante, la población urbana era también significativa debido a las ricas rutas comerciales que cruzaban el territorio del Eranshar y a sus afamados talleres de elaboración de costosas sedas, tapices y alfombras, objetos de plata, joyería y orfebrería, cerámica vidriada, artículos de cuero, cobre y latón, y magníficas armas. Los diversos reyes sasánidas, desde Artashir I hasta Cosroes I Anusirwan, se preocuparon constantemente por mejorar la condición de los habitantes de las ciudades, por fundar nuevas urbes y extender sus intereses comerciales. De resultas de todo ello y aunque la red de ciudades del Eranshar no era tan tupida como la de la Romania, Persia contaba con muchas ciudades de importancia.

La más destacada de ellas era Ctesifonte, llamada *Tisfun* por los persas y *Al-Madain* por los árabes, y que sin duda era la ciudad más rica y poblada de todo el Eranshar. Capital del imperio, Ctesifonte era realmente un conjunto de cuatro ciudades situadas sobre ambas riberas del Tigris, unidas entre sí por dos puentes y por una única y poderosa muralla. Del conjunto de las cuatro ciudades que formaban la Ctesifonte de fines del siglo VI, destacaban sobremanera la vieja Seleucia del Tigris y la propia Ctesifonte que daba nombre al descomunal conjunto urbano.

Ctesifonte fue a fines del siglo VI, con casi toda seguridad, la ciudad más poblada de su tiempo. Sus ruinas se extienden hoy sobre lo que a fines del siglo VI era un área urbana de 30 kms², esto es, sobre casi el doble del área ocupada por la Constantinopla o la Roma del siglo IV. Mencionada por primera vez en el *Libro de Esdras*, donde es

llamada *Casphia*, Ctesifonte había sido desde el siglo I a.C. la capital del reino parto de los arsácidas y desde 226 era también el centro del Imperio sasánida. Sus magníficos palacios (de los que apenas si quedan hoy unas míseras ruinas), sus animados mercados, su abigarrada población y sus dos puentes sobre el Tigris, la dotaban de un aspecto opulento que fascinó a árabes y a armenios. Para los primeros era –como se dijo– *Al-Madain*, para los segundos era la ciudad donde se alzaba la “gran puerta” o “puerta real”. Se ha estimado que hacia 570 la población de la gran capital persa era de unos 600.000 habitantes, de los que no pocos eran descendientes de antiguos colonos griegos y de deportados sirios, capadocios y armenios, así como de prisioneros romanos.⁸⁹¹

Mucho más al este se alzaba Merv, la capital del Jorasán, un poderoso centro urbano situado en el centro del gran oasis de Merv y rodeado por una potente muralla que cobijaba en su interior a no menos de 100.000 habitantes⁸⁹².

Rai, Bi-Shapur, Nishapur, Peroz Shapur, Gun de Shapur, Tustar, Ispahán, Hamadán, Bactres, Susa y Ganzap, pasaban de los 50.000 habitantes⁸⁹³; mientras que Kermanshah, Firusabad, Kom, Herat, Kabul, Partaw, Naxcawan, Singara, Nisibe, Talapakan y Antioquía de Cosroes, superaban los 25.000⁸⁹⁴. La futura Basora, Hira, la capital del reino vasallo de los lakmidas, Dvin, Tiflis, Nehavend, Arbil y Kirkuk, superaban los 10.000 habitantes, mientras que ciudades de futura grandeza, como la pequeña Bagda (transformada en Bagdad tras la conquista árabe), no eran sino ciudades de escasa importancia. De hecho, la inmensa mayoría de las ciudades sasánidas no eran sino conjuntos amorfos de casas de barro sin más pretensión urbanística que la de servir de centros para el comercio y los artesanos locales, a los que ofrecía seguridad la muralla de ladrillos que circundaba el irregular recinto, en cuyo centro se alzaba una fortaleza o ciudadela donde residía el gobernador, el cual procedía de la nobleza del distrito o provincia.

⁸⁹¹ En el *Sarestán i Eranshar* (<http://www.humanities.uci.edu/sasanika/Library.html>) una obra geográfico-histórica persa escrita, según los últimos sondeos de los eruditos, hacia 620-625, cuando el Imperio Persa de Cosroes II alcanzó su cénit, se atribuye a Ctesifonte una fundación tardía que trataba de ocultar el pasado de esta ciudad como capital del antiguo Imperio parto arsácida. Se atribuía así su fundación a un noble de la primera época sasánida: “hacia Occidente, la ciudad de Ctesifonte fue construida por Tus, el hijo de Waraz de la familia de Gew” [*Sarestán i Eranshar*: 21].

⁸⁹² Puede hallarse una magnífica descripción de la Merv de la primera mitad del siglo VII en KENNEDY, H., *Las grandes conquistas...*, *op. cit.*, pp. 220-221.

⁸⁹³ En el *Sarestán i Eranshar* [8-9] se atribuye a Balj una fundación mítica y se resalta su función como ciudad que marcaba los límites orientales del imperio. Balj recibe en esta obra el epíteto de “brillante” y se aprovecha su mención para recordar las grandes victorias logradas allí sobre los turcos occidentales. Por su parte, y en la misma línea de “sasanizar” el origen de las grandes ciudades del imperio, la fundación de Hamadán, la antigua Ecbatana, es atribuida a Yezdiguerd I [*Sarestán i Eranshar*: 26]. Por el contrario, cuando se trata de ciudades fundadas por reyes sasánidas, se recuerda perfectamente el verdadero origen y fundador de la ciudad. Véase, por ejemplo, el caso de Gund de Shapur, llamada “Pilabad” [*Sarestán i Eranshar*: 48].

⁸⁹⁴ En el *Sarestán i Eranshar* [18], Kom, es llamada “Kumis”, y se le da el sobrenombre de “kumis de las cinco torres”; por su parte Kabul es referida como ciudad fundada por Artashir I [*Sarestán i Eranshar*: 34] y Herat, la antigua Alejandría de Aria, es recordada como fundada por “el detestable Alejandro” [*Sarestán i Eranshar*: 12].

Estamos relativamente bien informados sobre estas pequeñas ciudades y sobre las grandes ciudades que antes hemos mencionado. Los relatos de las fuentes bizantinas, armenias, sirias e islámicas, y sobre todo la obra persa llamada *Sarestán i Eranshar*, que ofrece una breve enumeración descriptiva de las ciudades de Persia a inicios del siglo VII, nos permiten reconstruir el mapa urbano del Imperio sasánida, así como su vida económica y su territorio agrario.

Por último, cabe reseñar que algunos centros urbanos sasánidas se constituyeron en grandes centros culturales. Tal fue el caso de Nísibe y Singara, al norte de Mesopotamia, de la propia Ctesifonte y sobre todo de Gun de Shapur, donde Cosroes I Anusirwan creó una brillante escuela en la que la medicina, las matemáticas y la astronomía, se vieron muy beneficiadas por la confluencia allí de las tradiciones helenísticas, persas, babilónicas e hindúes.

La agricultura persa estuvo también altamente desarrollada, siendo a la época sasánida a la que se debe la fuerte expansión agraria sufrida entre los siglos III y VI en Mesopotamia, Susastán, la antigua Susiana, Fars, Jorasán y la Media Atropatene. La hidráulica persa tuvo una gran influencia sobre la posterior agricultura e ingeniería hidráulica árabes. Numerosos términos, como por ejemplo “canal”, derivan de vocablos persas, y no pocas técnicas y métodos de regadío árabes tienen también su origen en el mundo sasánida⁸⁹⁵.

De hecho, como se verá más adelante, fue la expansión política y económica sasánida sobre el norte, el sur y el oriente de la Península arábiga, lo que permitió al mundo árabe dotarse del desarrollo económico necesario para sustentar su posterior expansión militar. Del mismo modo, muchos productos de origen oriental cuya introducción y cultivo se atribuyen a los árabes, fueron ya introducidos en el medio y próximo Oriente por los persas. Tal fue el caso del arroz, la alfalfa, la caña de azúcar, el azafrán o el algodón, todos los cuales se cultivaban ya en la Persia sasánida del siglo VI⁸⁹⁶.

Especialmente rica era la arboricultura sasánida. Este arte agrícola estuvo mucho más desarrollado en el Irán sasánida de lo que nunca lo estuvo en la Romanía y fue muy alentado por los reyes persas quienes solían plantar numerosos árboles en sus propiedades privadas o en las tierras que destinaban a los templos zoroastrianos⁸⁹⁷.

El olivo se cultivaba sobre todo en el norte de Mesopotamia, en Fars y Susastán, mientras que los palmerales abundaban en Mesopotamia, Susastán, Fars, Kerman y en litoral del golfo Pérsico. Muy apreciadas eran también las uvas y el vino, surgiendo

⁸⁹⁵ Se trata de un episodio poco recordado por los historiadores occidentales y especialmente por los arabistas. Sobre este tema *vid.* BOSWORTH, C. E. “Some remarks...”, *op. cit.*, pp. 78-85.

⁸⁹⁶ CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 366 y sobre todo, pp. 477-478, donde se enumeran distintos perfumes, platos y especias producidas en Persia y apreciadas por los reyes sasánidas del último periodo.

grandes viñedos en Jorasán, Fars, Susastán, la Media Atropatene y Superior, y en la Mesopotamia superior. Los melocotones, las famosas manzanas pérsicas de la Antigüedad, los albaricoques, higos, limones y naranjas, pistachos, almendros, nogales y manzanas, eran también productos muy apreciados y cuyas plantaciones no faltaban prácticamente en casi ningún rincón del imperio. Célebres en extremo eran las granadas de Bactriana y Sacestán, mientras que los melones de Jorasán eran tan apreciados que solían ser vendidos en lugares muy distantes, a donde llegaban en buen estado al ser transportados en cajas de plomo repletas de hielo.

Con respecto a los palmerales, había dos tipos de palmeras, la irania y la aramea, que producían dátiles de muy buena calidad, con los que no sólo se hacía pan de dátil, sino también licores muy afamados. En el sur de Mesopotamia y junto a los regadíos de Susastán, Jorasán y Fars, existían ya, al menos desde inicios del siglo VI, grandes plantaciones de arroz, y en las mesetas, llanuras y valles del norte de Mesopotamia, Fars, Susastán, Jorasán, la Media Atropatene, la Media Superior y el norte del Irán, bien dotados de tierras de secano, el trigo, la cebada, las legumbres, olivares, almendrales, pistachales, plantaciones de nogales y de viñedos, ofrecían grandes rendimientos agrícolas y productos de gran atractivo comercial. Por ejemplo, sabemos que en la aduana franca de Marsella se recibían, durante los siglos VI y VII, pistachos procedentes de Persia⁸⁹⁸.

Señalaremos también que, casi a la par que los bizantinos, los sasánidas se hicieron con el secreto de la seda y desde mediados del siglo VI, grandes plantaciones de moreras surgieron por todo el imperio. El Jorasán, Fars y la Media superior, se constituyeron en los principales centros sederos. Por último hay que mencionar los cultivos de flores y plantas aromáticas destinadas a la perfumería y a la medicina. Los perfumes persas gozaban ya de fama en el siglo VI, y los jazmines, rosales y el azahar persas, eran muy apreciados para tal fin⁸⁹⁹.

En cuanto a la ganadería del Eranshar, las inmensas estepas y las agrestes montañas que cubrían una gran parte del imperio, proporcionaban grandes extensiones de pastizales, prados y bosques, que sustentaban a una extensa cabaña ganadera. Al este, en las estepas y montañas del Jorasán, Bactriana, Sacestán, Gurgan y Kerman, los rebaños de ovejas, cabras cucul, camellos bactrianos, bueyes, yacs y caballos menudeaban y proveían de lana, cueros, carne y productos lácteos a nómadas, pastores trashumantes y campesinos. En los bordes esteparios y en el pre-desierto de Mesopotamia, los asnos, dromedarios, cabras y ovejas, sustentaban a los árabes del

⁸⁹⁷ Por ejemplo al-Tabari [V, 870, p. 105] cita la masiva plantación de árboles en tres propiedades sasánidas, en una de las cuales se plantaron 12.000 palmeras datileras, en otra 12.000 olivos y en otra 12.000 cipreses.

⁸⁹⁸ PIRENNE, H., *Mahoma y Carlomagno...*, *op. cit.*, pp. 73-75.

⁸⁹⁹ Tahalibi: 708 y ss., nos aporta información sobre este particular a propósito de una anécdota de Cosroes II. También CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 477-478.

lugar. En los pantanos de los ríos Eúfrates y Tigris, y en el Susastán, los rebaños de búfalos procedentes de la India, permitían a los habitantes de la región no sólo contar con una fuente de carne, cuero y leche, sino dotarse también de una herramienta imprescindible para el cultivo de las tierras pantanosas. Muy afamados eran los caballos de guerra criados en la Media y Fars, mientras que las ovejas del norte y del occidente iranio producían una lana de gran fama. En general puede decirse que la ganadería del Eranshar estaba mucho más desarrollada y era mucho más rica que la de la Romania e incluso más que la de cualquier otro gran estado de su época.

Grande era también la fama de los productos elaborados por los artesanos del Eranshar. La seda tejida en Persia y adornada con motivos propios, gozaba de mayor fama que la procedente de China, y vestidos y lienzos de seda persa han sido hallados en lugares tan remotos como Egipto, Hungría o Francia⁹⁰⁰. Famosos eran también los tapices y alfombras persas, en especial las fabricadas en Ganzap, Ispahán, Hamadán y Rai. De igual forma, la plata sasánida (copas, fuentes, platos y jarras de plata, prodigiosamente decorados con minuciosos grabados y a menudo sometidos a la técnica del dorado) se fabricó en gran profusión y se exportó a la Romania, a la India, Arabia y aún a China. Los motivos del arte sasánida de la platería, de la seda y los tapices, influyeron sobremanera en el arte bizantino, en el occidental, en el de las estepas y en el de Asia central y oriental⁹⁰¹.

Destacados eran también los objetos fabricados en cuero, la cestería, la cerámica persa (recuérdese que Persia es la cuna de la cerámica vidriada), la ebanistería, la orfebrería y sobre todo la metalurgia sasánida. Sobre esta última diremos que sus técnicas fueron decisivas en el desarrollo de la posterior metalurgia islámica y que su influencia se perpetuó en Asia central, donde todavía a fines del siglo XIX e inicios del XX, se seguían fabricando armas y armaduras con las técnicas y modelos sasánidas. El hierro era de muy alta calidad y algunas de sus variedades, como el famoso hierro margiano, eran muy apreciadas fuera y dentro del imperio. Las espadas, cotas de malla, armaduras y yelmos sasánidas eran de una altísima calidad, y los armeros persas exportaron sus técnicas y productos a la Romania, a la India, al Tíbet y a Sogdiana.

El comercio tuvo en Persia una mayor importancia que en la Romania y puede decirse, sin caer en error, que los ingresos producidos por el comercio eran, en

⁹⁰⁰ Por centrarnos sólo en el caso de Egipto y de Arabia, pueden consultarse los excelentes trabajos de COMPARETI, M., *The Sasanians in Africa...*, *op. cit.*, pp. 1-6; GEIJER, A., "A Silk from Antioch and Sasanian Textile Art", *Orientalia Suecana*, XII (1963), pp. 2-36; DEL FRANCIA BAROCAS, L., *La seta in Egitto. Tessuti con rappresentazioni di figure umane, La seta e la sua via*. Roma, 1994, pp. 83-87; FIORANI-PIACENTINI, V., "Merchants-merchandises and Military Power in the Persian Gulf". *Atti dell'Accademia Nazionale dei Lincei*, Serie IX, vol. III, fasc. 2, Roma, 1992.

⁹⁰¹ ARTEAGA, A., *Tejidos hispano musulmanes. Estudio técnico y analítico*. Madrid, 2008; BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M^a, "El mosaico de Dulcitus (Villa El Ramalete), Navarra, y las copas sasánidas", en *Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones* (página de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes). Publicado anteriormente en M.A. Ladero (ed.), *Estudios en memoria del prof. D. Salvador de Moxó*. Madrid, 1982, vol. I.

proporción, mucho mayores en la Persia sasánida que en cualquier otro estado de la época. No es de extrañar, tres de las cuatro grandes rutas del comercio internacional que enlazaban India, Ceilán y China, con la Romania, Arabia y Abisinia estaban bajo dominio persa hacia el año 570, y a este formidable flujo de productos orientales y occidentales por su territorio o por las rutas marítimas sometidas al control persa, se unía una fuerte corriente de productos propios destinados a surtir no sólo a los mercados occidentales, sino también a los de la India, África oriental y China. Las aduanas persas eran especialmente meticulosas y gravosas, y el celo que los persas pusieron en expandir y defender sus intereses comerciales, especialmente desde 565, fue causa de no pocos conflictos con romanos, abisinios y turcos occidentales.

Ricos tenían que ser los grandes artesanos persas, pues conocemos de varios de ellos que poseían gran riqueza e influencia. Así, por ejemplo, sabemos de un zapatero de Ctesifonte tan rico como para prestar una gran suma al Rey de reyes Cosroes I destinada a sufragar sus gastos de guerra contra la Romania⁹⁰².

En el litoral del golfo Pérsico eran abundantes y célebres las pesquerías de perlas. Estas perlas, junto a los objetos de madreperla y nácar persas, gozaban de gran estima y difusión⁹⁰³. La pesca estaba también relativamente presente en el golfo Pérsico y en el litoral meridional del Mar Caspio, así como en los pantanales y cursos del Tigris y del Eufrates.

En definitiva, era pues el persa un imperio opulento y rico que, aunque significativamente menos poblado que el de la Romania, parece haber gozado de gran prosperidad económica en la segunda mitad del siglo VI.

¿Cuántos ingresos podía obtener el Shahansha del Eranshar de su imperio?

Es difícil saberlo pero los datos proporcionados por al-Tabari pueden ayudarnos un tanto en establecer, siquiera aproximadamente, a cuánto podían ascender los ingresos de la tesorería sasánida. Nos referimos, en primer lugar, a la narración que al-Tabari nos ofrece sobre el encumbramiento al trono del rey Barahm V a mediados del siglo V.

Según Tabari, al ascender al trono, el gran rey Barahm V dispensó a sus súbditos de tener que hacerse cargo de los atrasos que le debían en concepto de impuesto sobre la tierra⁹⁰⁴. El pasaje es muy oscuro, pues los distintos tratadistas persoislámicos que se ocuparon de él y los modernos filólogos que lo han traducido, no se ponen de acuerdo sobre si la cantidad de plata que Barahm V dejó de percibir por tan magnánima

⁹⁰² Firdusi: VI, p. 150.

⁹⁰³ Es precisamente con un pescador de perlas con quien el rey de reyes Peroz tuvo la anécdota más famosa de todo su reinado. Para esta conocida anécdota que nos revela las difíciles condiciones de trabajo de los pescadores de Perlas del golfo Pérsico, *vid.* Procopio, *Guerra persa*: I, 4-5, pp. 45-48.

⁹⁰⁴ Al-Tabari: V, 866, p. 99.

disposición, se refiere a los atrasos de los últimos dos o tres años, o a los del año fiscal en curso cuando Barham Gor subió al trono.

Sea como fuese, la cifra de esos atrasos era de 60.000.000 de dirhems, esto es, el equivalente a 4.752.604 sólidos de la Romania. Es indudable que los atrasos que los súbditos de Barahm V le adeudaban (fuesen estos los de los dos o tres últimos años o los del ejercicio fiscal en curso) representaban una cantidad mucho menor que el total percibido por el rey en concepto de impuesto sobre la tierra. Teniendo en cuenta que las reformas de Cosroes I supusieron una notable elevación de los recursos percibidos por el rey vía impuestos sobre la tierra y las personas, y que tanto el territorio persa, como la población de la segunda mitad del siglo VI era significativamente mayor que en época de Barahm V, así como que en el total ingresado en el tesoro también figurarían las cantidades aportadas por las crecidas rentas de las propiedades personales del soberano persa, los tributos entregados por los reyes, príncipes y jefes vasallos, y las cada vez más crecidas rentas del tráfico comercial (especialmente tras 573, cuando los persas controlaron tres de las cuatro grandes rutas que conectaban India, China y el Océano Índico, con el Mediterráneo) es posible deducir, sin miedo a equivocarse, que a fines del reinado de Cosroes I Anusirwan, cuando éste había ya añadido a su imperio la Bactriana y el Yemen, sus ingresos debieron sobrepasar los 140.000.000 de dirhems, es decir, los 9.500.000 sólidos.

Los datos proporcionados por al-Tabari y sus fuentes sobre las riquezas contenidas en el tesoro real sasánida durante el décimotercer, décimooctavo, trigésimo y trigésimooctavo años del reinado de Cosroes II (es decir, los recursos acumulados en el tesoro de Cosroes II en los años 602-603, 607-608, 619-620 y 627-628) nos afirman en nuestra estimación.

Así, al-Tabari relata que en el año décimooctavo del reinado de Cosroes II, éste decidió inventariar sus tesoros y halló que disponía en ellos de plata, oro, joyas y demás artículos preciosos, provenientes de los impuestos sobre la tierra y demás tasas fiscales, así como del resto de las fuentes de ingresos disponibles, equivalente a 600.000.000 de dirhems⁹⁰⁵, cifra equivalente a más de 40.000.000 de sólidos. Esta suma de dinero expresa (dejando a un lado las posibles exageraciones y los botines hechos en la Romania durante los años 603-607) que a inicios del siglo VII, la tesorería sasánida arrojaba un superávit muy crecido que, teniendo en cuenta otras cuestiones (gastos del ejército, la corte y la administración; subsidios y regalos a príncipes y jefes vasallos, donaciones a templos zoroástricos y obras públicas y caritativas que habitualmente llevaban a cabo los reyes persas) hace imposible pensar en una cantidad de ingresos anuales inferior a los 140.000.000 de dirhems, esto es, a los 9.500.000 sólidos. Máxime cuando las otras cifras arrojadas por al-Tabari son aún más crecidas, llegando a alcanzar

–según el historiador y sus informantes– 1.600.000.000 mithqales de plata en 620, momento en que las conquistas persas alcanzaron su cénit y el saqueo sistemático de la Romania llegó a su punto álgido⁹⁰⁶.

Además, el resto de las fuentes islámicas, como al-Baladhuri, Tahalibi y Masudi, con sus puntillosas descripciones del boato y esplendor de la corte de los últimos sasánidas, sus asombradas enumeraciones de tesoros y objetos preciosos pertenecientes a los grandes reyes o que fueron a parar a manos de los conquistadores árabes, apuntan en esa misma dirección y dan respaldo a al-Tabari⁹⁰⁷.

Uno de esos historiadores, al-Baladhuri, recogiendo dos noticias convergentes entre sí procedentes de sus fuentes más antiguas, señala que el califa Omar recogía 100.000.000 de dirhems en concepto de impuesto sobre la tierra⁹⁰⁸. El relato de al-Baladhuri sólo puede referirse a la Mesopotamia persa y a algunas regiones marginales del Irán occidental, pues eran esas las únicas regiones pertenecientes al Eranshar que controlaba realmente el califa Omar hacia 642-644. Teniendo en cuenta que el país acababa de sufrir una feroz conquista (633-642), tras haber salido de un largo periodo de disturbios, luchas palaciegas y guerras civiles (629-632), de una terrible devastación producida por la larga guerra romano-persa y sobre todo por las expediciones de Heraclio (623-628), la cifra recogida por al-Baladhuri nos da una idea bastante aproximada de la riqueza de este imperio, de su poderosa capacidad de recuperación y nos reafirma en nuestra idea de que es imposible pensar que el rey persa, a fines del siglo VI e inicios del VII, contara con ingresos inferiores a los 140.000.000 de dirhems de plata anuales.

⁹⁰⁵ Al-Tabari: V, 1042, p. 377, donde se da cuenta de las riquezas de Cosroes II en el décimoctavo año de su reinado.

⁹⁰⁶ Al-Tabari [V, 1057, p. 394] recoge las cifras del tesoro del rey Cosroes II en el trigésimo año de su reinado (619-620). El relato completo, enmarcado en un discurso de Cosroes II en los últimos días de su reinado, y en el que el rey da cuenta del estado de su tesoro en el décimotercero, el trigésimo y en el trigésimoctavo año de su reinado en al-Tabari: V, 1052-1059, pp. 389-395; en especial, pp. 392-395. En este discurso, Cosroes II confiesa que el tesoro estaba vacío tras la sublevación de Barahm Chobin y que sólo su energía y su celo, unidos a sus éxitos militares, lograron restaurarlo. El emperador aseguraba a sus interlocutores que en ese momento, inicios del 628, sus recursos seguían siendo prodigiosos y que pronto se levantarían nuevos ejércitos, pues contaba con plata y riquezas más que suficientes para ello. Este discurso de Cosroes II, escrito a modo de testamento político del gran rey, no ha sido lo suficientemente valorado hasta el presente y tendremos ocasión de volver sobre él cuando nos ocupemos de la gran guerra romano-persa.

⁹⁰⁷ Masudi, por ejemplo, nos facilita la suma que Cosroes II envió a Mauricio por su ayuda contra el usurpador Bahram Chobin: 2.000.000 de monedas de oro y una valiosa vajilla de oro y plata. Recuérdese que según confesión del propio Cosroes II [al-Tabari: V, 1052-1059, pp. 389-395] el tesoro persa estaba exhausto tras la guerra civil. Aún así, Cosroes pudo encontrar el oro suficiente como para devolver a Mauricio el préstamo recibido, pagar a los soldados de la Romania que participaron en la guerra y agradecer con oro y una valiosa vajilla al emperador de la Romania su protección y ayuda. *Vid.* Masudi: II, 223, cuyo relato se ve confirmado por al-Tabari y otras fuentes que señalan la premura puesta por Cosroes II en devolver al emperador Mauricio el oro que éste le prestó y por premiar a los soldados romanos y a su Augusto por la ayuda prestada.

⁹⁰⁸ Al-Baladhuri: p. 429.

Al llegar a este punto se nos plantean dos problemas ineludibles: ¿cómo era posible que los Shahanshas de la Persia de finales del siglo VI y de inicios del VII, pudieran extraer de su imperio tanta riqueza si contaban en él con una población significativamente menor que aquella con la que contaban los Augustos de la Romania? Si el Imperio sasánida de este periodo era tan rico ¿cómo explicar entonces su implacable sed de subsidios y tributos? La primera pregunta no es baladí pues, como ya se ha mostrado, Persia contaba hacia 575 con una población que era prácticamente la mitad de la que contaba la Romania. ¿Cómo conseguían entonces los sasánidas hacerse con ingresos tan altos?

1. En primer lugar, el sistema persa de impuestos y su aparato administrativo eran mucho más efectivos, baratos y flexibles que sus equivalentes de la Romania. El sistema catastral sasánida, sus elaborados censos, su moderna organización en grandes oficinas imperiales, su mejor implantación sobre el terreno y su sometimiento a numerosos controles locales, provinciales y centrales, etc., conseguían bombear hacia el tesoro imperial más riquezas de las que comparativamente sus equivalentes de la Romania lograban bombear hacia el tesoro del Augusto, y esto sin agobiar en exceso a su población.

Junto a esta superioridad del fisco persa, parece que también fue mucho menor la corrupción reinante en el sistema y que los contribuyentes persas, muy influidos por los fuertes principios morales del zoroastrismo, solían ser menos dados al fraude que sus contemporáneos romanos. Es posible que esa presión moral también la sufrieran los contribuyentes judíos y cristianos del país, que estaban supervisados en este punto por sus autoridades religiosas, según el sistema que más tarde adoptarían los árabes. De hecho, los reyes persas jamás se quejaron, como lo hacían los Augustos, de la doblez de sus súbditos a la hora de que éstos les pagasen los impuestos.

2. En segundo lugar, hay que destacar el papel que el comercio jugó en la Persia de este periodo. Hemos mencionado ya que el comercio persa de fines del siglo VI dominaba tres de las cuatro grandes rutas que comunicaban el Occidente con el Oriente y que el Océano Índico era un lago persa. La arqueología y las fuentes muestran que, en este periodo, los productos y comerciantes persas alcanzaron las costas de las actuales Kenia y Tanzania; que dominaban en Arabia y que afluían sin excesivos problemas, hacia la India, Ceilán, Asia central, Egipto, Siria, el Mediterráneo y China⁹⁰⁹. Teniendo en cuenta todo esto, y la importancia del comercio persa y oriental mantenido por la Romania, es muy posible que el peso de los ingresos obtenidos por Persia de sus empresas comerciales, comerciantes y aduanas, fuera significativamente mayor que el

⁹⁰⁹ Un rápido y completo cuadro del vigor del comercio sasánida, centrándose en África, puede hallarse en COMPARETI, M., *The Sasanians in Africa...*, *op. cit.*, pp. 1-6, quien actualiza las últimas informaciones arqueológicas y las pone en correlación con las fuentes.

logrado en esos mismos campos por la Romania y que ello contribuyera a aumentar significativamente los ingresos de la tesorería sasánida.

3. En tercer lugar, la Persia sasánida de fines del siglo VI e inicios del VII, al contrario que la Romania, no pagaba tributos ni estipendios a otros pueblos o estados, sino que los recibía. En efecto, hacia 575, Persia recibía oro y plata de la Romania, de numerosas tribus y ciudades de Arabia, de varios pueblos caucásicos y centroasiáticos, de algunos reinos y principados del noroeste de la India, de Ceilán y, con bastante probabilidad, incluso de algunos pequeños estados de la costa somalí y del África oriental. Esos tributos, claro está, debieron de contribuir también a la lozanía de los ingresos logrados por el rey persa.

Pero, si Persia era tan hábil a la hora de extraer recursos de su imperio y de sus vasallos ¿cómo explicar entonces las continuas demandas de oro que los reyes sasánidas dirigían a la Romania?

Ya hemos visto que el presupuesto militar sasánida debió superar holgadamente los 6.000.000 de sólidos áureos y que la corte sasánida parece haber sido tan rica y fastuosa, al menos, como la de la Romania de este periodo. De hecho y si atendemos a las numerosas y variadas descripciones que las fuentes griegas, armenias, siríacas, persas e islámicas hacen de las cortes de Cosroes I Anusirwan y Cosroes II Parwez, la corte sasánida superó en boato y esplendor a la de la Romania. Esa corte tuvo que ser, pues, muy cara de sostener, y su tremendo gasto debió de sumarse al del ejército en constante expansión y al del sostenimiento de un complejo aparato administrativo.

Los reyes persas construyeron además, entre 565-630, mucho más que sus homólogos bizantinos. De hecho, no hay ninguna construcción en la Romania de esos años que pueda acercarse en magnificencia y grandiosidad a los grandes palacios de Dastargerd y Kasr-i Shirin, construidos por Cosroes II. Kasr-i Shirin, por ejemplo, se extendía sobre 121 hectáreas de fértiles jardines alimentados por el agua aportada por un acueducto que trasvasaba hasta el gran palacio las aguas del río Hulwan. En medio de esos jardines, se elevaban numerosos edificios menores, un gran templo del fuego y un magnífico palacio erguido sobre una terraza artificial de colosales dimensiones: 8 m de altura y 285 x 98 m de superficie construida. A este grandioso edificio, regalo del soberano sasánida a su esposa, la cristiana Shirin, se accedía por una serie de escaleras de mármol de doble tramo que desembocaban en la gran terraza pavimentada también de mármol. Allí se hallaban numerosas dependencias privadas y públicas. La sala de audiencias, por ejemplo, era un gran espacio coronado por una cúpula y cuyo acceso se realizaba por un gigantesco *Iwan* sobre columnas. Detrás de esa gran sala se situaba un patio columnado en el que se erguía otro *Iwan*. De hecho, Kasr-i Shirin era tan portentoso que, en el siglo XIII y aún después de haber sufrido los saqueos de

bizantinos y árabes, seguía admirando a los viajeros y geógrafos musulmanes que no dudaban, como Yakut, en considerar al palacio como una de las maravillas del mundo.

No sólo palacios, pues tanto Cosroes I como Cosroes II, fundaron y construyeron numerosas ciudades, templos del fuego⁹¹⁰, fortalezas y obras hidráulicas, y lo hicieron en un número y dimensión que, sin duda, sobrepasó al de las construcciones y trabajos emprendidos en la Romanía de esos mismos años.

Es pues muy posible que el incremento de los gastos militares, sumado al portentoso despliegue suntuario y constructor de la corte sasánida, pusiera en graves aprietos a la tesorería del Shahansha. Fueron esos aprietos los que empujaron a la Persia de los últimos días de Cosroes I y del reinado de Cosroes II, a mostrarse agresiva, casi depredatoria, frente a la Romanía y los turcos. Esas estrecheces económicas y la conciencia de haber logrado, tras sus victorias sobre efalitas, abisinios, árabes e hindúes un poder y unos recursos con los que podían, si presionaban lo suficiente, otorgar a Persia la hegemonía sobre el mundo antiguo. De hecho y pese a los puntuales aprietos a los que Persia podía verse sometida por el derroche de la corte, su furor constructor o las incesantes guerras, nunca faltó la plata en sus tesoros, ni cayó en bancarrota. Siempre pudo hacer frente al sostenimiento de su ejército y burocracia, y nunca redujo el boato de su corte, ni siquiera en medio de las derrotas sufridas a manos de bizantinos y árabes.

En definitiva, la Persia de fines del siglo VI y al igual que la Romanía, no parecía estar al borde del colapso económico.

II.4. La cultura persa a fines del siglo VI e inicios del VII.

Al contrario que la Romanía, la Persia de fines del siglo VI no ha visto girar sobre su civilización y estado cultural, ningún debate prominente ni decisivo. De ahí que, a diferencia de lo que tuvimos que hacer en el caso de la Romanía, no abordemos en este trabajo una extensa indagación sobre el estado de la civilización sasánida a fines de la Antigüedad. Ofreceremos, eso sí, algunas breves pinceladas, pues la cultura persa influyó decisivamente sobre el posterior Islam.

Lo que llama más poderosamente la atención sobre la civilización irania de fines del siglo VI es su capacidad de influir sobre sus vecinos, y su carácter abierto y permeable. Así, en ámbitos tan diversos como lo son la metalurgia, las representaciones pictóricas, la platería, orfebrería y joyería, los trabajos sobre seda, alfombras y tapices, y la ebanistería, la influencia sasánida no dejó de crecer y extenderse en Asia central,

penetrando en el norte de la India, abarcando toda Arabia y llegando hasta Egipto y África oriental, España, Francia y la Europa oriental, e impregnando fuertemente a Armenia, los pueblos caucásicos, Asia Menor y Siria.

A la par que se producía esta expansión de la influencia cultural sasánida, Persia se veía cada vez más atraída por las civilizaciones de la India y la Romania. Y así, numerosas novelas y diversas obras de poesía, matemáticas, astronomía y medicina de la India fueron traducidas al persa, y no pocos sabios y elementos culturales hindúes fueron adoptados por la civilización irania. Esta influencia de la India no dejó de aumentar a lo largo del siglo VI y alcanzó su cénit a fines del reinado de Cosroes I y a inicios del siglo VII.

En paralelo, el gusto por la filosofía y por las matemáticas, la astrología y la medicina que siempre habían manifestado los sasánidas, les impulsó a acercarse cada vez más a la civilización helenística. A través primero de las escuelas de Nísibe, Amida y Singara, y más tarde de la escuela de Gun de Shapur⁹¹¹, numerosos elementos de la filosofía, la astronomía y la medicina grecorromanas penetraron en Persia y, al confluir con las propias tradiciones persas y mesopotámicas, y con las influencias y aportaciones provenientes de la India, dieron lugar a un peculiar y sorprendente desarrollo cultural.

Los progresos fueron especialmente notables en matemáticas, astronomía y medicina, mientras que la literatura, fertilizada por la rica tradición hindú, alcanzó su apogeo en el siglo VI. Tratados religiosos, filosóficos, mitológicos y geográficos, tales como la *Carta de Tansar*, el *Sarestán i Eranshar*, el *Spandiyadh* o el *Avesta*, fueron redactados o alcanzaron su forma definitiva en este periodo. Al mismo tiempo, novelas y poemas épicos y románticos, como los dedicados a las hazañas de Barahm Chobin o de Barahm Gor, o los amores de Cosroes y Shirin, y del Kalîlagh y Damnagh⁹¹², gozaron de una gran fama e influyeron seriamente en la literatura de sus vecinos.

Fuerte fue también la influencia que en el aspecto religioso ejerció Persia sobre el cristianismo oriental, el judaísmo babilónico y el primer Islam. Las posteriores herejías cristianas e islámicas, no pueden explicarse sin esa influencia que fue también ejercida sobre las artes decorativas, el atuendo y las ceremonias cortesanas y palaciegas. Por poner un par de claros ejemplos, tanto el uniforme, como las armas y adornos de los soldados de la Romania de fines del siglo VI e inicios del VII, se hallaban por completo sometidos a la moda sasánida. Mientras que, como es archiconocido, el vestido, los adornos y el ceremonial de la corte y de los Augustos de la Romania se hallaban igualmente impregnados de influencias y elementos sasánidas. En cuanto a la pintura, la escultura, la platería y la arquitectura sasánidas, alcanzaron en este periodo su apogeo y

⁹¹⁰ Por ejemplo, al-Tabari [V, 1041, p. 377] señala la construcción de muchos templos por Cosroes II en el décimotercero año de su reinado, es decir, en 607; mientras que el *Sarestani Eranshar* [19], documento redactado originalmente hacia 625, atribuye a Cosroes I la fundación de cinco ciudades.

⁹¹¹ YARSHATER, E., "The Seleucid...", *op. cit.*, vol. 3, 2, pp. 161, 486, 573-583.

⁹¹² Para esta famosa novela de origen indio *vid.* CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, p. 363.

nos legaron obras que, como las de Taq e- Bostan, Kasr-i Shirin, el palacio de Cosroes en Ctesifonte o las pinturas murales de Samarcanda, siguen hoy impresionando a los especialistas por su delicadeza y originalidad.

Hasta la ingeniería sasánida mantuvo un activo desarrollo y así, no sólo la hidráulica, sino también el arte de fabricar autómatas y de desarrollar mecanismos dio excelentes y curiosos frutos. Por ejemplo, en el reinado de Cosroes II se construyó el famoso Takh i Taqdis, el “trono en forma de cúpula” que Tahalibi, describe así:

“.. era un trono hecho de marfil y de madera de teca, recubierto con placas de plata y oro, y con balaustradas cubiertas también por incrustaciones de plata y de oro. Su longitud era de ciento ochenta codos. Sobre la gradería se encontraban asientos de madera de ébano cuyos adornos eran de oro. Este trono estaba coronado por un baldaquín hecho de oro y azurita, y en donde fueron representados el cielo y las estrellas, los signos del zodiaco y los siete climas, así como los reyes en sus diferentes actitudes, o sea en el banquete, en la batalla o en la caza. Había también un mecanismo que indicaba las horas del día. El suelo de este trono estaba totalmente recubierto con cuatro alfombras de brocado orlado y bordado en oro y adornado de perlas, granadinas y de rubíes, y cada una de esas alfombras representaba con detalle cada una de las estaciones del año”.⁹¹³

Mientras que Firdusi nos dice sobre él:

“.. podía verse en él, representados sobre el trono, los doce signos del zodiaco y los siete planetas, y la luna brillando en las constelaciones que atravesaba, y los astrónomos veían allí las estrellas fijas y las estrellas errantes; contemplaban allí cuantas horas habían pasado de la noche, y el movimiento de los astros sobre la tierra⁹¹⁴.”

Este trono portentoso de Cosroes II fue derribado y destruido por Heraclio cuando éste se apoderó de Taq-i-Sulaiman⁹¹⁵, el poderoso templo del fuego, palacio y fortaleza erigido cerca de la ciudad de Ganzak. El citado trono aparece representado en diversos objetos de arte contemporáneos, como en la copa sasánida de Klimowa que hoy día se halla en el Hermitage de San Petersburgo, así como en diversas obras de arte occidentales tales como las pinturas de la capilla del duque Roberto de Normandía. El trono no sólo es descrito por Tahalibi y Firdusi, sino que aparece también en Teófanes, Cedrenos y Nicéforo.

En suma y para no extendernos, la civilización sasánida no se hallaba presta a que la sustituyeran, sino dispuesta a ejercer su influencia sobre el mundo circundante. De hecho, buena parte de los principios matemáticos, astronómicos, literarios, arquitectónicos, pictóricos y suntuarios que –por error– creemos provenientes o desarrollados por el Islam, son realmente sasánidas. Sólo el provisional traslado del

⁹¹³ Tahalibi: 698 y ss.

⁹¹⁴ Firdusi: VII, pp. 249-254.

⁹¹⁵ HICKS, J., *Orígenes del Hombre, El resurgimiento de Irán (II)*..., op. cit., p. 123.

centro neurálgico árabe a Siria, frenó durante casi un siglo esta fuerte preponderancia persa en la naciente cultura islámica, permitiendo que la civilización helenística penetrara en el Islam y lo fertilizara. Mas luego, con el traslado del centro de poder a Mesopotamia, la influencia persa se hizo hegemónica y dio a la civilización islámica su verdadera dimensión y cariz⁹¹⁶.

III. DOS IMPERIOS FRENTE A FRENTE. UNA COMPARACIÓN DE LOS RECURSOS MILITARES, HUMANOS Y ECONÓMICOS DE LA PERSIA SASÁNIDA CON LOS DE LA ROMANIA.

Ya hemos aludido, en no pocas ocasiones, al famoso artículo de J. Howard-Johnston, “The Two Great Powers in Late Antiquity: a Comparison”, en el que el prestigioso historiador llevaba a cabo una comparación entre los potenciales esgrimidos por la Romania y la Persia sasánida a lo largo de su eterna rivalidad por la hegemonía del mundo antiguo. A lo largo de las páginas que acabamos de dejar atrás, se ha podido comprobar que los datos de la comparación establecida por J. Howard-Johnston no son correctos y que tanto la Romania como la Persia sasánida contaban con fuerzas militares, recursos económicos y poblaciones mucho mayores de lo que Howard-Johnston estimó. Ha llegado pues el momento, aportados todos los datos, evidenciadas todas las pruebas y desarrollados todos los argumentos, de proceder a realizar nuestra propia comparación entre los “dos grandes poderes de la Antigüedad”, entre esos dos grandes imperios que, por cuatro siglos, permanecieron frente a frente, pugnando por la hegemonía sobre el Oriente y con ella, por la hegemonía sobre todo el mundo antiguo.

Comenzaremos por contrastar su poder militar. Ya mostramos al abordar el tema dedicado al verdadero estado militar dejado por Justiniano tras su muerte en 565, que la Romania, lejos de disminuir su poderío militar y los efectivos de su ejército, los había aumentado y dotado de mayor eficacia. De hecho, la Romania poseía hacia 565 un

⁹¹⁶ Gran parte de los temas y cuentos contenidos en las *Mil y una noches*, la más famosa de las obras literarias árabes, son de procedencia sasánida. Mientras que los números arábigos que habitualmente creemos adaptados por los árabes de las matemáticas indias, así como numerosos principios matemáticos de similar origen llegaron al Islam por intermedio de Persia y no directamente. Lo mismo ocurre con la medicina, la arquitectura, etc. Para un rápido bosquejo de la cultura persa y de su influencia sobre los árabes *vid.* YARSHATER, E., “The Seleucid...”, *op. cit.*, vol. 3, 2, pp. 1027-1260; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, *op. cit.*, pp. 363-440; ELGOOD, C., *A medical history of Persia*. Cambridge, 1951; DOLS, M.W., “The origins of the Islamic hospital: myth and reality”, *Bulletin of the History of Medicine*, 61 (1987), pp. 367-90; FERNÁNDEZ, G., *El rey persa Khusrō I.*, *op. cit.*; PINGREE, D., “Astronomy and Astrology in India and Iran”, *Isis*, 54.2 (junio, 1963), pp. 229-246; ORTEGA ANDRADE, F., “Edificios más notables de la Arquitectura Sasánida” (<http://www.historiadelaconstruccionarquitectonica.com>.)

poderoso ejército en el que las tropas de campaña, las mejor adiestradas y equipadas, alcanzaban la cifra de 150.000 hombres; mientras que las tropas de frontera, cuya capacidad operativa no dejó de aumentar en este periodo y que permanecieron sobre las armas hasta los días de la conquista árabe, sumaban 100.000 soldados. Dicho de otro modo: la Romania de fines del siglo VI disponía de 250.000 soldados para su defensa, cuya capacidad operativa, disciplina, armamento y equipo no habían parado de aumentar y mejorar a lo largo de todo el reinado de Justiniano.

¿Qué podía oponer a ese impresionante poder la Persia de Cosroes I? Ya hemos mostrado cómo las reformas de Cosroes I y su afortunada expansión hacia el este y el sur entre 558 y 573, incrementaron significativamente el poderío militar del Eranshar. Así éste contaba, en los últimos días del largo reinado de Cosroes I, con un ejército profesional y permanente de 120.000 guerreros: 70.000 savaran o jinetes provenientes de la nobleza y pesadamente armados, equipados y pagados a costa del erario imperial sasánida; 50.000 infantes de línea, arqueros e infantes pesados, altamente adiestrados y excelentemente armados y equipados. A esos 120.000 excelentes soldados, Persia podía sumar unos 30.000 guerreros procedentes de las tropas puestas a su servicio por los reyes, príncipes y jefes de las tribus y reinos sometidos al señorío del rey de reyes. Esos 30.000 hombres, que en su mayor parte eran árabes, armenios, albaneses e íberos del Cáucaso, y turanios estaban muy bien entrenados y armados, y podían rivalizar con lo mejor de los ejércitos permanentes y profesionales de la Romania y del Eranshar. Así que, realmente, cuando se producía un choque bélico de importancia, Persia podía contar con 150.000 guerreros excelentemente preparados para el combate.

No sólo eso, pues como se recordará, Persia podía echar mano de las tropas proporcionadas por las levadas forzosas realizadas entre su campesinado, levadas que podían llegar a proporcionar a los ejércitos del gran rey otros 150.000 soldados. Así que Persia contaba con un máximo de 300.000 hombres para hacer frente a los 250.000 dispuestos por la Romania para su defensa.

¿Significa eso que la Persia de fines del siglo VI superaba en poderío militar a la Romania? Pues no, ya que el poderío militar de un ejército no sólo se mide en función del número de sus efectivos, sino sobre todo en función de su capacidad operativa y combativa. Así, los 250.000 hombres del ejército de la Romania eran todos ellos tropas permanentes excelentemente armadas y entrenadas, tanto que —como se demostró— no sólo vieron mejoradas su disciplina, armas y equipo, sino que la capacidad operativa y combativa de las tropas de frontera no dejó de aumentar hasta el punto de que, para 584, sus unidades eran capaces de luchar junto a las de campaña sin desmero y sin que se resintiera la capacidad operativa de los ejércitos en los que se integraban. De hecho, las tropas de frontera militaron en los grandes ejércitos en campaña de la Romania hasta el

mismo día de la consumación de las conquistas árabes. Así que, esos 250.000 soldados representaban un poderío efectivo y permanente.

	EXTENSIÓN GEOGRAFICA	POBLACIÓN	INGRESO ANUALES
ROMANIA	22.00.000 km ²	33.000.000	9.500.000
ERANSHAR	3.200.000 km ²	17.000.000	9.500.000

EJÉRCITO		EJÉRCITO TOTAL
La Romania		
Ejércitos de campaña	150.000	250.000
Ejércitos de frontera	100.000	
Eranshar		
Savaran	70.000	300.000
Infantería regular	50.000	
Guerreros de reyes y príncipes vasallos	30.000	
Paighan	150.000	

La Romania y el Eranshar en los días finales de Justiniano I y de Cosroes I

No era así en el caso de los 300.000 soldados que, llegado el momento, podía poner en pie de guerra Persia, pues –como se ha dicho– sólo 120.000 de los 300.000 hombres eran soldados profesionales y permanentes: 120.000 guerreros que podían llegar a rivalizar, en disciplina, armamento y poder combativo con los soldados de la Romania, pero que representaban, en suma, un potencial bélico mucho menor que el constituido por los 250.000 soldados de la Romania. En el mejor de los casos y sólo tras echar mano de los hombres de guerra proporcionados por sus vasallos, Persia podía contar con 150.000 guerreros profesionales que oponer a los 250.000 alineados en los ejércitos de la Romania. Los 150.000 hombres que Persia podía extraer mediante la realización de levás forzosas entre sus campesinos, eran soldados de muy escaso valor, hombres que no disponían, ni del armamento, ni del equipo, ni del entrenamiento y disciplina necesarios para operar con efectividad frente a los ejércitos de la Romania.

Eran tropas sólo aptas para llevar a cabo trabajos de asedio, de guarnición y de traslado de impedimenta, pero carentes de todo espíritu combativo y cuyo número no impresionaba a los generales romanos.

Por lo tanto, la Romania, con sus 250.000 soldados permanentes y perfectamente armados, equipados y entrenados superaba de largo, en potencial bélico, al Eranshar de fines del siglo VI, cuya superioridad numérica era más aparente que real y que no podía compensar con ella las diferencias en entrenamiento, armamento y homogeneidad de efectivos con los que contaba su rival.

Ahora bien, exceptuando breves episodios de combates en varios frentes (como los ocurridos entre 572-575, 588-589 o 618-619) Persia no tuvo que verse impelida a luchar en más de un frente a la vez y ello le permitió llevar a cabo, sin riesgos excesivos para su seguridad, grandes concentraciones de efectivos militares en su frontera con la Romania. De ello resultó que, en las fases iniciales de todas las guerras romano-persas, Persia pudiera disponer de una fuerte superioridad numérica que, unida a la sorpresa y a la lentitud en la respuesta romana, le permitió perforar con cierta facilidad el limes oriental de su enemigo, y obtener fáciles y grandes victorias. Mas a la larga, si la guerra se prolongaba, la Romania, tras movilizar sus mejores y realmente mayores recursos bélicos, terminaba por obtener la victoria o, por lo menos, conseguir una paz favorable. Ese superior potencial militar de la Romania podía ser además incrementado con mayor facilidad que el de su enemigo, pues los mayores recursos humanos y económicos que, en caso de necesidad, podía llegar a movilizar la Romania eran mucho mayores que aquellos con los que podía contar la Persia de fines del siglo VI.

En definitiva, sólo la continua necesidad de tener que atender a varios frentes a la vez, impedía a la Romania imponer su hegemonía militar sobre Persia, y sólo el brusco incremento de poder llevado a cabo por Persia tras sus triunfos de 558-573, le dio a ésta la posibilidad real de derrotar a su gran enemigo. Así, a partir de 572, los dos factores, la necesidad de la Romania de tener que combatir en varios frentes a la vez y el incremento del poderío sasánida, confluyeron entre sí y llevaron a la Romania al límite de sus fuerzas y recursos.

En cuanto a potencial demográfico y económico, la Romania contaba con claras ventajas. Su población, que pasaba de los 30.000.000 de habitantes hacia 565, casi doblaba a la de su gran rival, el Eranshar, el cual, hacia 575, no pasaba de los 17.000.000 de habitantes.

Por el contrario, Persia superaba a la Romania en extensión territorial, pues sus dominios se extendían sobre más de 3.200.000 km², mientras que el territorio realmente dominado por Justiniano a su muerte era de unos 2.200.000 km². Esta última extensión –la de la Romania– fue disminuyendo tras la invasión lombarda de Italia en 568, las conquistas e invasiones de ávaros y eslavos en los Balcanes, y los embates de la ofensiva visigótica en Hispania. Por el contrario, el territorio que Persia dominaba hacia

575 no sólo no disminuyó, sino que, para 622, pasaba ya de los 4.000.000 de km² tras haber incorporado a su dominio los territorios de la Mesopotamia romana, de Siria, Palestina, la Arabia y la Armenia romanas, buena parte de Asia Menor y la totalidad de Egipto y de Cirenaica, lo que por un breve espacio de tiempo (619-628) la llevó a poseer también una mayor población y un mayor potencial económico que su rival. De hecho, hacia 622, cuando Persia alcanzó su cénit, el Eranshar se transformó en el mayor imperio del mundo antiguo que, con sus aproximadamente 4.000.000 km², sus quizás 33.000.000 de habitantes, sus 300.000 soldados y sus inagotables recursos económicos, ejercía, por primera vez desde los días de Darío I Aquemenes, su hegemonía sobre el mundo antiguo.

Pero sólo fue un breve periodo, pues durante la mayor parte de los años que median entre 565 y 632, la Romania siempre superó al Eranshar en población, recursos económicos y poder militar efectivo. Del mismo modo, pese a la superioridad del sistema fiscal persa sobre el bizantino, pese a la mayor eficacia de su administración y pese a su hegemonía sobre las rutas comerciales que atravesaban Asia y el Océano Índico, los recursos económicos y financieros de la Romania fueron casi siempre superiores a los de Persia.

Aunque la Romania, pese a su mayor población y a sus territorios mejor equilibrados, recaudaba hacia 565 sólo unos 9.500.000 sólidos anuales, frente a los, como mucho, 140.000.000 de dirhems de plata (sorprendentemente la misma cifra de 9.500.000 sólidos) que, por diversos medios, Cosroes I podía llegar a recaudar hacia 575, su mejor sistema monetario y sus mejores bases económicas y demográficas le permitían, en última instancia, contar con amplias reservas y con la posibilidad de ejercer mayor presión fiscal y recaudatoria sobre sus recursos humanos y económicos. Por el contrario, Persia se hallaba ya, en cuanto a su capacidad para extraer recursos económicos y humanos de su territorio, al límite de sus posibilidades. Su única forma de incrementar esos recursos era la de recurrir a la fuerza y eso era siempre, cuando menos, arriesgado, pues en caso de que la lucha se dilatara, Persia no contaba con reservas humanas ni económicas de las que echar mano. Mientras que la Romania, con su amplio margen, siempre podía incrementar la presión sobre sus reservas humanas, monetarias y económicas. Además, –como ya se mostró– Persia gastaba mucho más que la Romania en el mantenimiento de su corte y en construcciones suntuarias y religiosas. Por tanto, es bastante probable que la equiparación en recursos económicos alcanzada por la Persia de fines del reinado de Cosroes I con la Romania legada por Justiniano a sus sucesores, fuera más aparente que real, pues la mejor gestión que Persia hacía de sus recursos se veía contrarrestada con creces por su exceso en gastos poco rentables.

Dos colosos frente a frente. Dos imperios que sumaban entre sí y hacia 565, más de 5.000.000 km² y unos 50.000.000 de habitantes, y cuyos recursos económicos y

militares superaban a los de cualquier otro estado de su tiempo excepto quizás, a los de la China de los Tang.

Esos dos imperios seguían siendo, hacia 565, los ejes sobre los que giraba el mundo antiguo y, desde luego, no parecían –contra lo que se ha venido repitiendo con mucha frecuencia– a punto de quebrarse, sino que, tras superar sus respectivas crisis del siglo V, y llevar a cabo profundas reformas y mejoras, habían visto cómo a lo largo del siglo VI y hasta 565, su poder crecía y volvía a rivalizar y chocar con el de su antiguo y eterno rival.

De esa lucha, de ese choque grandioso y final, surgirían las posibilidades del futuro Imperio árabe creado por Mahoma y de la realización de esas posibilidades surgió en Oriente el medievo. De los hechos y circunstancias que a ello llevaron y de los problemas que esos hechos siguen planteando, nos ocuparemos en las siguientes páginas de nuestro trabajo.

TERCERA PARTE:
LOS HECHOS Y SUS PROBLEMAS.
DE LA CRISIS DEL SISTEMA JUSTINIANO A LA HEGEMONÍA
SASÁNIDA Y AL NUEVO ORDEN HERACLIANO. 565-634.

“¿Dónde está ahora la superchería de los magos, los siempre mendaces? ¿Dónde sus demarcaciones de los arcanos celestes? ¿Quién elaboró el horóscopo de la caída de Cosroes? Es claro que cayó de lleno bajo el influjo de Cronos: así también fue sacudido el criminal por los embates de su hijo. Irreflexivamente, ¡oh Homero! consideraste digno de ser llamado divino a aquél primer Heracles, que en modo alguno lo fue. Pues ¿en qué cosa vital pudo aprovechar al género humano la matanza de un jabalí o el hecho de ahogar a un león? Dirige, más bien, tu admiración a quien, hombre solo entre hombres, redentor del mundo, merece ser llamado Heracles. Éste, en efecto, bajó hasta las mismísimas puertas del Hades; ahogó la rabia del perro que todo devora; rescató a su Alcestis, la "ecumene"; aniquiló al dragón sanguinario; abatió a la hidra, calamidad de mil cabezas; limpió, a lo que era una existencia mancillada, de su manto de estiércol; y, ahora, además, tras haberse apoderado de las áureas manzanas, las ciudades todas, ha logrado seguir imparables en su obra.

Quedó atrás la fuente del anochecer sin luna; surgió la luz y las tinieblas se esfumaron. De igual modo está cobrando cabal forma una segunda existencia, otro mundo distinto, una renovada creación.

Y en esta nueva era el Noé de la nueva "ecumene" ha hallado su arca en el interior de su propio corazón, y habiendo confiado a ella su vida toda, la dejó partir para afrontar acciones de guerra, bien pertrechada para hacer frente al diluvio de Cosroes”.

(Jorge de Pisidia, *Heraclias*: I, 60-90).

Versos de Jorge de Pisidia escritos en 629 para celebrar el triunfo de Heraclio sobre Cosroes.

INTRODUCCIÓN.

La noche del 14 de noviembre de 565 moría Justiniano. Dejaba tras de él no sólo un imperio, sino también un sistema de poder y de relaciones internacionales en el sentido “bismarckiano” del término. En efecto, Justiniano había logrado restaurar el dominio de la Romania sobre el Mediterráneo mediante la reconquista de África, Italia, Dalmacia, el sureste hispano y las islas del Mediterráneo occidental, pero también había logrado mediante diversos tratados y alianzas, restaurar la influencia romana sobre los estados bárbaros de Occidente que, de un modo u otro, voluntaria o involuntariamente, como aliados o enemigos, volvían a orbitar, política, económica y culturalmente, alrededor del imperio.

A la par y en el este, la Persia sasánida había terminado por aceptar, tras la tregua de 557 y la paz de 561, las fronteras y zonas de influencia de la Romania. Esto permitió a Justiniano alcanzar la tan ansiada seguridad en su limes oriental, asegurarse cierta superioridad política y militar frente a Persia dentro del nuevo equilibrio de poder establecido entre ambas potencias y consolidar su ascendiente sobre el Cáucaso y Arabia. Incluso en los Balcanes, las alianzas establecidas con lombardos y ávaros, unidas a las últimas victorias logradas sobre los cutriguros, habían conseguido la restauración del limes danubiano y alcanzar una fuerte posición sobre los tres pueblos bárbaros que pugnaban por dominar las tierras situadas al norte de la frontera danubiana: lombardos, gépidos y ávaros.

Así que puede decirse que entre el Atlántico y el Pamir, entre la Germania y Abisinia, ningún estado o pueblo de importancia escapaba a los efectos del poder y de la influencia ejercidas por la Romania de Justiniano, pues todos ellos, persas, turcos occidentales, francos, visigodos, ávaros, lombardos, gépidos, abisinios, árabes, eslavos, etc., se hallaban sometidos a los efectos de la política justiniana, bien porque eran vasallos o aliados de la Romania, bien porque se veían obligados a reconocer su poder, bien porque se oponían a sus pretensiones y deseaban su ruptura y derrota.

Un atisbo del poderío efectivo que ese sistema creado por Justiniano representaba, lo tenemos en la historia del rey franco Teodeberto, recogida por Agatías. Según Agatías, Teodeberto, alarmado por el continuo crecimiento del poder romano y por la consolidación de éste en Italia y en la región del Danubio, pretendía destruirlo. Para ello trazó un audaz plan: mientras que en Italia los romanos seguían peleando con Totila y sus godos, él marcharía al frente de un gran ejército por el Danubio e Iliria hasta Tracia y desde allí hasta la misma Constantinopla. Pero antes de emprender esta atrevida operación bélica, Teodeberto se vio en la obligación de preparar su futuro camino enviando embajadores a lombardos, gépidos y demás pueblos de la región danubiana, con el propósito de disolver las alianzas y equilibrios establecidos por Justiniano entre

ellos y así atraérselos como aliados en su planeada guerra contra Justiniano⁹¹⁷. Dicho de otro modo, Teodeberto, antes de poder atacar directamente a Justiniano, se veía en la obligación de enfrentarse y desbaratar todo el sistema de relaciones, influencias y contrapoderes levantado por el genial Augusto.

Menandro nos proporciona otro claro ejemplo de la fuerza de ese sistema de alianzas y contrapesos puesto en marcha por Justiniano entre los pueblos vecindados junto a las fronteras de su imperio. Al relatarnos la llegada de los ávaros a la Europa oriental y central, Menandro nos muestra con sincera admiración, cómo el viejo emperador encajó con gran habilidad a los nuevos bárbaros dentro de su sistema usando a los ávaros como martillo contra cutriguros, utriguros, sabiros y antas, como dique que frenara a los inquietos eslavos y como palanca con la que presionar sobre gépidos y lombardos⁹¹⁸.

⁹¹⁷ Agatías: I, 4,1-4. Cuando Teodeberto pretendía llevar la guerra contra los romanos hasta las mismas puertas de Constantinopla aprovechando las guerras justinianas contra ostrogodos y persas, y preparaba el envío de embajadores a lombardos, gépidos y demás pueblos danubianos, Justiniano había establecido ya sobre toda la región su hegemonía e influencia. Por ejemplo, los lombardos del rey Waco (510-540) eran firmes aliados suyos y se habían negado a auxiliar al rey ostrogodo Vitiges, a la par que, impulsados por el Augusto, presionaban sobre gépidos y hérulos cuando éstos se rebelaban ante la tutela romana. El rey Waco había usado su alianza con Justiniano para consolidar la posición de su pueblo en la Panonia y aumentó aún más su prestigio internacional cuando casó a sus tres hijas con los tres soberanos merovingios que controlaban el antiguo reino de Clodoveo: Teodeberto, Teodobaldo y Clotario. Cuando en 547-548, Audoino (cuñado del rey Waco) subió al trono lombardo tras la muerte de Waltari (el hijo de Waco), mantuvo y amplió la política prerromana puesta en marcha por su antecesor. En 548 firmó con Justiniano un *foedus* por el cual, a cambio de la entrega de subsidios y del reconocimiento de su soberanía efectiva sobre Panonia y Nórca, los lombardos se comprometían a expulsar a los francos de Nórca, impedir que los ostrogodos recibiesen refuerzos de la región danubiana o de la Germania y proporcionar tropas auxiliares al emperador. Esto último lo hicieron, con excelentes resultados para el imperio en 552, año en el que un gran contingente de lombardos participó en la campaña de Narsés contra Totila. Un año antes, en 550-551, los lombardos frenaron a los gépidos y pacificaron así la retaguardia danubiana de la Rumania, facilitando la expedición de Narsés contra Italia al año siguiente. Nótese que, pese a los citados lazos familiares que los reyes lombardos tenían con la realeza franca, el soberano lombardo Audoino no dudó ni un momento entre consolidar la alianza romana o enfrentarse a los francos. Esta fuerte ascendencia romana sobre los lombardos era también visible entre los hérulos y los gépidos; de ahí que Teodeberto tuviera que preparar el camino de su ejército mediante embajadas que lograsen quebrantar las alianzas e influencias romanas en la región danubiana. Teodeberto -según Agatías- contaba para ello con apelar a una supuesta solidaridad germánica contra los romanos y sobre todo con agitar las envidias y frustraciones que a la sazón provocaban entre los distintos pueblos la ostentación y el poderío desplegados por Justiniano en su política de hegemonía universal. Sobre el citado *foedus* de Justiniano con los lombardos *vid.* Procopio, *Guerra gótica*: VII, 34, 4, p.147; para las guerras de Waco y Audoino, y sus relaciones con Justiniano, Pablo Diácono: pp. 179-215; acerca del matrimonio de las tres hijas de Waco, *vid.* Pablo Diácono: pp. 181-183; la influencia de Justiniano sobre lombardos y demás pueblos de la región, *vid.* Procopio, *Guerra gótica*: VII, 33-34; MUSSET, L., *Las invasiones...*, *op. cit.*, pp. 83 y ss.

⁹¹⁸ Menandro: frag. 5, 1-4, pp. 49-53. En la década de los cincuenta del siglo VI, cutriguros, utriguros, antas y gépidos ponían en riesgo la estabilidad del sistema y de las fronteras de Justiniano en el Danubio. En 558 la llegada de los ávaros al escenario europeo fue perfectamente aprovechada por Justiniano para corregir esa situación. Los ávaros que, tras su derrota ante los turcos y su huida del territorio efalita, llegaban a Europa como refugiados y en una posición de fuerte debilidad, necesitaban del imperio para hacerse con una nueva posición segura. Por eso fueron ellos quienes, por intermedio de un aliado romano (el rey Sarosio de los alanos del norte del Cáucaso) tomaron la iniciativa de establecer un acuerdo. Justiniano los tomó como aliados y fue dosificando sus regalos y promesas, de modo que los ávaros se vieron obligados a acomodarse a las exigencias del emperador, el cual sólo les entregó algunas chucherías lujosas, algo de oro y la promesa de asentarlos sobre las tierras de los hérulos. A cambio, los ávaros

I. JUSTINO II Y LA CRISIS DEL SISTEMA JUSTINIANO. 565-575.

El magno sistema de poder, influencia y relaciones internacionales al que nos hemos referido con anterioridad, se hallaba firmemente asentado en los últimos años de Justiniano. Y es que las bases del poder ejercido por la Romania: su poderío militar, su potencial económico y su influencia cultural gozaban –contra lo que se ha venido repitiendo constantemente– de excelente salud. De hecho, Justiniano no había parado de aumentar su potencial bélico y sus recursos demográficos y económicos y, cuando agonizaba en su cama durante la noche del 14 de noviembre del 565, dejaba tras de sí un imperio mucho más fuerte, rico y poblado, que el que se encontró cuando subió al trono en 527⁹¹⁹.

Lo que no pudo dejar tras de sí, o lo que no quiso dejar, fue un sucesor digno de él y capaz de controlar adecuadamente el poder. Justino, el hijo de Vigilancia, la hermana de Justiniano, y esposo de Sofía, la sobrina de la difunta emperatriz Teodora, era un hombre astuto, un buen funcionario de alto rango y un excelente cortesano, pero era incapaz de manejar el delicado mecanismo de poder, alianzas y oposiciones construido y puesto a punto por su difunto tío a lo largo de 38 años de reinado.

Es muy difícil creer que –como se ha afirmado una y otra vez– Justiniano no solucionara el problema de su sucesión. Aunque es cierto que no designó directa y públicamente a un heredero para su trono, dispuso las cosas en los últimos años de su reinado de forma que fuese inevitable la subida al trono de su sobrino Justino. En efecto, éste era, como Curopalates, el dueño del palacio y por su mediación se había nombrado al joven Tiberio como *comes* de los excubitores, la guardia palaciega. Justino era, además, el favorito de Calínico y éste, como *cubiculario* y *sacelario* del emperador, era el hombre más influyente del Imperio y el árbitro de la situación en caso de producirse el óbito del emperador. Dicho de otro modo, Justino, con Tiberio y Calínico a su lado, controlaba el palacio y Constantinopla, y por tanto, controlaba el imperio.

destrozaron a los antas, a los cutriguros y a los utriguros, una de cuyas subtribus era la de los onoguros y que al cabo darían origen a los búlgaros, y a los sabiros. Para 561, los ávaros tenían ya sujetas todas esas naciones e imponían su yugo a los múltiples pueblos eslavos; todo eso a la par que presionaban sobre los gépidos y servían de amenaza latente contra los lombardos aliados del imperio. Así que, con la llegada de los ávaros al escenario europeo por obra de Justiniano, éste logró restaurar su posición de fuerza en el Danubio. Pese a que en el último año del reinado de Justiniano hubo algunas dificultades con los ávaros, sólo la torpe política de Justino II transformó la “herramienta ávara” en una peligrosa amenaza. Pero de esto último no se puede culpar al viejo emperador.

⁹¹⁹ De hecho, y esto se suele olvidar, Justiniano era el emperador más poderoso desde los días de Teodosio I y la Romania que dejaba tras de sí, en 565, contaba con mayor población, más y mejores soldados, más oro y mejor administración que la de sus antecesores. Ningún otro emperador posterior a Teodosio I había gobernado tantos territorios e impuesto su hegemonía sobre el Mediterráneo con tanta contundencia y, no obstante, la imagen que la historiografía contemporánea ha construido de Justiniano dibuja un imperio débil y decadente. ¿Puede haber contradicción más evidente que ésta?

Todo lo anterior no pudo pasar desapercibido a Justiniano. Por todo ello me inclino a pensar que la confesión de Calínico de que Justiniano le había dicho antes de expirar que su sucesor en el trono debía de ser Justino, es cierta, si no en la literalidad de las palabras, sí al menos en la del deseo e íntima voluntad del Augusto.

El ejército y el pueblo preferían al otro posible candidato: Justino, el hijo de Germán, el popular y difunto primo de Justiniano. Este Justino había dado repetidas muestras de ser un excelente general y soldado, y un hombre inteligente, simpático, equilibrado y generoso; de ahí su extrema popularidad entre soldados y ciudadanos. Justiniano lo hubiese tenido muy fácil si hubiese querido favorecerle y colocarlo en el trono. Pero no quiso. Muy al contrario, a partir de 554 y hasta 565, encargó a su sobrino Justino las misiones más lucidas, a la par que alejó de la corte al hijo de su primo Germán, el otro Justino, y lo envió a las fronteras más duras del Imperio: las del Cáucaso y del Danubio, en donde no se podía cosechar mucha gloria, al contrario de lo que había sucedido en los años precedentes en Italia, África u Oriente. Fue en esta desventajosa posición cómo Justino, el hijo de Germán, fue sorprendido en el Danubio, donde acababa de derrotar a los ávaros, por la noticia de la muerte de Justiniano. Demasiado lejos de la capital como para hacer valer sus derechos al trono y al frente de un ejército que no podía medirse con aquellos que, desde Constantinopla, controlaba ya su rival al solio del imperio. No es pues de extrañar que diera la partida por perdida y acudiera mansamente a Constantinopla en cuanto el nuevo Augusto, Justino II, así lo decretó.

A pesar de que Justino II había ganado, pues, la partida, la prueba diáfana de que no se sentía seguro en el trono la dan los primeros gestos y acciones de su reinado. Así es, Justino se coronó en el palacio casi en secreto. Tiberio, el *comes* de los excubidores, Calínico, el cubiculario y sacelario del difunto emperador, varios otros funcionarios de alto rango, una delegación de senadores y el Patriarca de la ciudad, que fue traído a palacio en medio del más estricto secreto. Sólo ellos asistieron a la coronación de Justino II y de su ambiciosa esposa, Sofía. Esta última, sobrina de la emperatriz Teodora, fue coronada también Augusta y desde el primer momento actuó como corregente del imperio y no como una mera consorte imperial. Fue ella la que tomó las iniciativas más importantes del nuevo régimen. Fue ella la que movió a su esposo a liquidar al derrotado y rendido hijo de Germán, el otro Justino; la que forzó la tregua con Persia de 574 y la subida al cesariato de Tiberio.

Cuando el acto de la coronación se hubo consumado, Justino II aún se tomó un tiempo para hacerse con todos los resortes del poder y sólo entonces se atrevió a presentarse al pueblo en la *khatisma*, el palco imperial en el hipódromo, con el fin de que el pueblo, reconociendo lo inevitable de la situación, lo aclamara. Esa prudencia, esa falta de publicidad para su ascenso al trono imperial, muestran –como ya advertimos– la falta de seguridad que Justino II y Sofía tenían a la hora de hacerse con el poder y

muestran también, a la par, la inmensa popularidad que el otro Justino, el general, tenía entre el pueblo y los soldados.

Fue esa inmensa popularidad la que lo perdió. Llamado ante los Augustos, éstos se mostraron amables con él y, en apariencia, se manifestaron dispuestos a cumplir el acuerdo privado que en vida de Justiniano habían firmado los dos Justinos y por el cual aquel que alcanzara el poder designaría al otro como su segundo en el imperio. Pero pasadas las primeras saluciones, el general Justino fue apartado de sus tropas y de sus guardias, y alejado de Constantinopla con el pretexto de haber sido nombrado prefecto augustal y duque de Alejandría. Poco después, en octubre de 566, fue asesinado mientras dormía por orden de la emperatriz Sofía y con consentimiento del emperador. Su cabeza (esto muestra el rencor de los augustos) les fue presentada en Constantinopla⁹²⁰.

Antes y después de dar este golpe, Justino y Sofía maniobraron hábilmente para reforzar su popularidad. Así, por ejemplo, Justino II llevó a cabo en el hipódromo una brillante ostentación de su riqueza y generosidad, al mandar a sus servidores acarrear centenares de libras de oro y amontonarlas sobre la arena a la vista del asombrado pueblo, para luego proceder a la pública satisfacción de las deudas contraídas en los últimos días por su difunto tío. Terminada esta teatral escena, Justino concedió una amnistía general. Más aún, la celebración de su consulado, el 1 de enero de 566, contempló una serie de celebraciones y festejos como no se habían visto en Constantinopla desde los días del triunfo sobre los vándalos, más de treinta años atrás. Por si todo lo anterior fuera poco, el emperador y la Augusta procedieron también a dar un giro a la impopular política religiosa que Justiniano había adoptado en sus últimos años de reinado y a conceder a sus súbditos (por dos años consecutivos) el perdón de los atrasos que adeudaran al fisco imperial. Por último, la nueva pareja de augustos se lanzó a un ambicioso plan de construcciones monumentales y suntuarias, entre las que citaremos: la edificación de un nuevo complejo palaciego dotado con todo tipo de lujosas instalaciones y con unos magníficos jardines presididos por dos grandes estatuas de bronce de los augustos; las numerosas iglesias y palacios secundarios que entre 566 y 572 fueron construidos por los nuevos Augustos en Constantinopla y en sus alrededores; la suntuosa ampliación de la iglesia de las Blaquernas o, en fin, la reconstrucción de los baños públicos de Tauros, en la capital, que fueron rebautizados

⁹²⁰ Acerca de la subida al trono de Justino II y su fuerte posición en Constantinopla; la situación de Justino el general (el hijo de Germán) en el Danubio y su llamada a Constantinopla por el nuevo gobierno; el incumplimiento del acuerdo que el nuevo Augusto había hecho con él, su caída en desgracia y su asesinato por orden de los augustos en octubre de 566, así como para el vengativo trato dado por Sofía y Justino II a sus restos mortales, *vid.* Evagrio: V, 1-3; Agatías: IV, 22,7; Menandro Protector: frag. 5,4, p. 53; Coripo, *Panegírico*: lib. I-III. La fuerte posición ostentada por el futuro Justino II en la capital y en palacio, y la difícil situación del otro Justino en el Danubio en caso de producirse la muerte de Justiniano fue ya señalada por STEIN, E., *Histoire du Bas-Empire...*, *op. cit.*, pp. 739-743. Todo eso parece

como *Sofianae* en honor de la Augusta. Pero sin duda, la obra más espectacular y cara de las emprendidas por Justino II al subir al trono fue la erección de un gigantesco faro. Este gran faro se elevó en el sector oriental de la ciudad y desde su cima se dominaba el Cuerno de Oro y el Bósforo. La colosal obra estaba a punto de terminarse cuando la muerte sorprendió al Augusto; pero antes –según refiere Juan de Éfeso, contemporáneo de los hechos– Justino había gastado en ella centenares de libras de oro. Todas estas acciones se enmarcan dentro de la política de prestigio y de afanosa búsqueda de la popularidad puesta en marcha por Justino II y Sofía al ascender al trono, y sobre todo tras el asesinato del infortunado hijo de Germán, el otro Justino⁹²¹.

Esta necesidad imperiosa de afianzarse en el trono y de contrarrestar el descontento y su falta de popularidad entre el pueblo y el ejército, fue también –como demostraremos más tarde– la causa de que Justino II y Sofía variaran significativamente la política exterior del imperio diseñada por Justiniano en los últimos años de su reinado, y ese cambio de rumbo sería a su vez el factor inicial y desencadenante de la primera crisis del sistema justiniano.

Comenzaremos por esbozar de forma general los primeros pasos dados por Justino II en su nueva política exterior y luego volveremos sobre cada uno de ellos para analizarlos por separado y en profundidad.

Al poco de subir al trono, una delegación ávara se plantó en Constantinopla y solicitó del emperador que renovara los acuerdos firmados con ellos por el difunto Justiniano. Los ávaros habían sido usados muy inteligentemente por Justiniano contra las tribus que habían asaltado el limes danubiano en la década de los cincuenta. Bajo los golpes de los ávaros, cutriguros, onoguros, utriguros, antas y sabiros, habían quedado reducidos a la condición de vasallos o pulverizados hasta desaparecer como naciones

haber sido olvidado por los más recientes autores, como FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, op. cit., pp. 713-717.

⁹²¹ Juan de Éfeso [III, 24] nos informa de la construcción por Justino II de magníficos edificios y jardines, de la erección de dos grandes estatuas de bronce de Justino y de Sofía en estos jardines, y de la edificación de un colosal faro en la zona oriental de Constantinopla sobre la ribera del Bósforo. El faro, que Justino dejó prácticamente acabado a su muerte en 578, no fue completado por Tiberio, quien utilizó durante años sus materiales para sus propias construcciones, tales como su nuevo palacio o la iglesia de los Cuarenta Mártires. Teófanos [6061, 243] relata la construcción de palacios y de numerosas iglesias, y la concesión de rentas y donaciones a templos, etc.; escribe que Justino II reparó los baños públicos de Tauros rebautizándolos como *Sofianae* en honor de su esposa [6062, 243]. Ese mismo año de 569-570 edificó una iglesia y dos palacios. Teófanos cita también [6064, 244] la construcción de tres iglesias y la ampliación de las Blaquernas en 571-572. Acerca del pago de deudas de Justiniano de forma teatral en el hipódromo vid. Coripo [*Panegírico*: lib. II, 230-425, pp. 300-307] y Teófanos [6060, 242], aunque este último se equivoque en la fecha. Sobre la amnistía general vid. Coripo, *Panegírico*: lib. II, 230-425, pp. 306-307; el perdón de los atrasos fiscales a sus súbditos, en Teófanos: 6060, 242, que extravía la cronología de estos hechos que ocurrieron realmente en 565-567. Consúltense también FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, op. cit., p. 715, que no sabe valorar adecuadamente estos gestos de Justino II y de su esposa Sofía; Justino II se quejó al subir al trono de que había recibido un tesoro agotado y una difícil coyuntura económica pero, como ya señalara Mango en su edición de Teófanos (pp. 357-358, n. 1), teniendo en cuenta sus primeros actos de reinado es difícil creerlo. Se trata pues de una simple propaganda política.

organizadas quedando sus despojos integrados en el nuevo Imperio ávaro. Fue gracias a estas victorias que el limes danubiano volvió a estabilizarse tras la difícil década de los años cincuenta del siglo VI⁹²². Pero fue también gracias a ellas que los ávaros acabaron transformándose en el más poderoso pueblo de la zona y, como resultado de ello, aumentaron sus exigencias y agresividad con respecto al imperio.

No obstante, Justiniano supo también afrontar convenientemente esta nueva faceta de las relaciones con los ávaros. Envío al general Justino, el hijo de Germán, al Danubio y éste frenó en seco los intentos ávaros de cruzar el Danubio. Los ávaros, pues, tuvieron que moderar sus ambiciones y exigencias. Esa era la situación cuando –como se ha dicho– se presentó ante el nuevo Augusto la embajada del khagan de los ávaros. Justino II recibió a los ávaros destempladamente y se negó a entregarles nada, así como a renovar la alianza establecida con Justiniano. Más aún, Justino amenazó con la guerra y la amenaza, en un principio, fue efectiva. Los ávaros se mantuvieron a la espera en las tierras que ocupaban al norte del Danubio y se volvieron hacia el reino franco, cuyas fronteras comenzaron a hostigar en Turingia. Así que el imperio los perdió como aliados y los ganó como futuros enemigos y rivales⁹²³.

Poco después sobrevino un fuerte desacuerdo con Persia. En efecto, Justino II se negó a pagar subsidios a los árabes sometidos a la autoridad persa (tal y como su tío Justiniano había aceptado hacerlo en la paz de 561), y no sólo eso, sino que envió una delegación a Cosroes I pidiéndole la inmediata entrega de Suania.

Como se recordará, por la paz de fines del 561, Persia se vio obligada a evacuar Lázica y a aceptar las fronteras romanas, así como a facilitar el comercio. Junto con todo lo anterior, por el tratado de 561, la Romania se obligaba a entregar a Persia una suma anual de 30.000 sólidos áureos, si bien a cambio de que ésta se hiciera cargo de la defensa del Cáucaso; también se comprometía a compensar a los sarracenos vasallos de Persia con la entrega de subsidios. La cuestión de Suania, una pequeña región montañosa de Lázica situada entre la frontera de este último país y la Iberia caucásica, quedó en suspenso. Los persas evacuaron Lázica, pero no Suania y, sin embargo, al reconocer la autoridad de la Romania sobre Lázica, Persia implícitamente había también

⁹²² Menandro: frag. 5, pp. 49-53; Juan de Éfeso: VI, 24; Teófanos: 6050, 232; Juan Malalas: lib. 18, 489.11 (JEFFREYS, E., *The Chronicle of John Malalas*. Sidney, 1986). Los ávaros hicieron su aparición en 558, y entre ese año y 561 aniquilaron y sometieron a cutriguros, onoguros, utriguros, sabiros, antas y demás pueblos situados entre las bocas del Kubán y el Danubio. Justiniano se sirvió de ellos con gran eficacia, tal como dice Menandro, mucho más perspicaz que Procopio, Evagrio o Agatías, quienes nunca llegaron a entender del todo la flexibilidad diplomática y militar usada por Justiniano en la resolución de los problemas del limes danubiano. Sobre este limes en los años 550-570 *vid.* WHITBY, M., *The emperor Maurice...*, *op. cit.*, pp. 77-86.

⁹²³ Es sorprendente que no se haya valorado este comportamiento del khagan ávaro, que se mantuvo apartado y sin causar daño al imperio hasta 568, señal inequívoca de que no se hallaba en situación de desafiar el poderío romano. Véase la frustrada pretensión ávara y la negativa de Justino en Coripo, *Panegírico*: lib. III, 230-400, pp. 319-325 y Menandro: frag. 8, pp. 93-97.

reconocido la posesión de Suania por los romanos, pues al fin y al cabo, persas y romanos habían concluido que Suania formaba parte del reino de Lázica.

Ahora Justino II quería que los persas hicieran efectiva la evacuación de toda Lázica, incluida la montañosa pero estratégica Suania. Cosroes I, al recibir la embajada romana, se mostró a la vez evasivo y comprensivo con los argumentos y peticiones romanas. Aparentemente se mostró de acuerdo con los argumentos esgrimidos por Justino para proceder a la suspensión por parte de la Romanía de los pagos que ésta venía haciendo a los sarracenos y se mostró conciliador en la cuestión de Suania. Pero tras esta buena voluntad persa, Cosroes I mantuvo, con calculadas falsas promesas y evasivas, sus posiciones iniciales. Contestó al embajador de Justino II que, dado que los habitantes de Suania se negaban a reconocer la autoridad romana, él se veía incapacitado para hacer efectiva la entrega de Suania al Augusto y advirtió también al embajador romano de que no podría sujetar a los sarracenos si Justino II no les entregaba los subsidios prometidos antaño por Justiniano⁹²⁴.

El fracaso diplomático encendió los ánimos de Justino II y de su esposa, y los delegados persas y lakmidas llegados a Constantinopla para la continuación de las negociaciones fueron puestos en aprietos por el temperamental y poco diplomático Justino⁹²⁵. La tensión entre ambos imperios aumentó significativamente y los hechos que a continuación se desencadenaron en Armenia, Asia central y el Mar Rojo –y que a su debido tiempo concretaremos– no hicieron sino acrecentarla hasta desembocar en una guerra abierta y de grandes proporciones.

Junto a este aumento de la tensión con Persia, Justino II hizo todo lo posible por convertir el Danubio en un polvorín. Ya hemos visto cómo trató a los ávaros, que tan sabiamente habían sido encajados por Justiniano en su complicado sistema de relaciones con los pueblos transdanubianos. Justino II no paró ahí. Los gépidos, por entonces el pueblo dominante en la región, se habían mostrado extremadamente belicosos con el imperio y difíciles de tratar. En los años cuarenta y cincuenta del siglo VI, los gépidos habían dado graves quebraderos de cabeza a Justiniano. Lombardos y hérulos, los aliados del imperio, habían batallado repetidas veces contra ellos y en no pocas ocasiones la presión combinada de romanos, lombardos y hérulos había derrotado y frenado a los gépidos⁹²⁶. Pero al cabo, los gépidos se habían hecho con Sirmium, la

⁹²⁴ Menandro: frag. 6, pp. 55-87, donde figura el tratado de fines del 561 en el que se trata intensamente la cuestión de Suania y el pago de un subsidio a los sarracenos lakmidas; Menandro: frag. 9,1, pp. 97-103, con la negativa de Justino II a seguir pagándoles el subsidio pactado por Justiniano y exigiéndoles la entrega de Suania. Juan, el enviado de Justino II, se dejó engañar por Cosroes I que se limitó a ofrecer vagas promesas ante las reclamaciones romanas.

⁹²⁵ Menandro Protector: frag. 9,2- 3; pp. 103-111.

⁹²⁶ En 550 los gépidos, aliados teóricamente de Justiniano, facilitaron a los cutriguros y a los eslavos el paso del Danubio para que asolaran los territorios romanos. Al año siguiente Justiniano movilizó a un ejército en la zona que taponó la brecha y echó sobre los gépidos a los lombardos, quienes los derrotaron. Pablo Diácono: lib. I, p. 183; Procopio, *Guerra Gótica*: VIII,18. 17, con el episodio en el que los gépidos facilitan el cruce del Danubio a cutriguros y eslavos.

fortaleza clave en el Danubio y antigua residencia imperial, mientras que los hérulos, antaño los más fieles aliados de Justiniano en la zona, habían quedado prácticamente aniquilados por sus guerras civiles, por la participación de muchos de sus guerreros en las guerras itálicas y persas del imperio, y por sus derrotas ante lombardos y gépidos, de manera que ya no podían ejercer de contrapeso ante los gépidos. Así que éstos, pese al continuo incremento de poder de los lombardos, sus más fieros enemigos, y pese a la presión que los ávaros venían ejerciendo sobre ellos desde 561, alcanzaron el cénit de su poder hacia 565 y amenazaban de nuevo las fronteras de la Romania y de los aliados de ésta en la zona desde hacía 25 años, los lombardos.

Fue justo en ese momento cuando los lombardos, que desde 563 contaban con un nuevo y belicoso jefe, Alboino, hijo de Alduino, atacaron con todas sus fuerzas a los gépidos y les inflingieron una sangrienta derrota a fines del verano o comienzos del otoño del 565. Acosados por los lombardos de Alboino, los gépidos enviaron una embajada al nuevo Augusto, Justino II y le pidieron protección y amparo. Justino II recibió bien a los embajadores gépidos y se manifestó dispuesto a prestarles ayuda contra los lombardos si a cambio los gépidos evacuaban Sirmium y la devolvían al imperio.

Este giro de la política del imperio en la región era muy arriesgado pues, hasta ese momento, los lombardos habían sido unos fieles aliados del imperio y sus guerreros habían participado en la reconquista de Italia por Narsés, frenado a los francos en Nórica, refrenado las ansias expansivas de los gépidos y establecido en Panonia y Nórica una pantalla protectora para la Italia romana frente a las tribus germanas y eslavas que se movían al norte del Danubio y de los Alpes. Demasiadas ventajas importantes como para dejarlas a un lado y abandonarlas a cambio de Sirmium. Además y como sin duda se recordará, Justino II había roto también su alianza con los ávaros, así que, en pocos meses había trastocado todo el sistema de alianzas creado por su tío en la región y abandonado la alianza con los dos pueblos más fuertes de la región a favor de unos aliados tan poco fiables como los gépidos.

En un principio todo fue bien. Un ejército romano, bajo el mando de Baduarius y movilizando tropas acantonadas en Mesia y Scythia, marchó hacia Sirmium y se unió a los gépidos junto a los cuales derrotó a los lombardos y los obligó a retirarse del territorio gépido. Los romanos reclamaron entonces a los gépidos que cumplieran su parte del tratado y evacuaran Sirmium. Pero los gépidos, con su rey Cunimundo a la cabeza, se negaron a ello, por lo que Justino II quedó en una posición extremadamente difícil y con la sensación general de que había hecho el ridículo en su primera gran

acción de política exterior. En pocos meses se había enemistado con ávaros, gépidos y lombardos, y a cambio no había obtenido nada⁹²⁷.

La cosa no paró ahí, muy al contrario: Alboino, el jefe lombardo, despechado con los romanos y deseoso de aplastar a los odiados gépidos, buscó la alianza con los ávaros. Éstos la aceptaron de inmediato, pues tras haber sido también desairados por Justino II, necesitaban urgentemente de otro apoyo en la región mediante el cual resarcirse de la humillación sufrida y consolidar sus nuevas posiciones en las estribaciones de los Cárpatos. Así que, posiblemente a fines del 566, Alboino y Baian, el khagan ávaro, acordaron guerrear juntos contra los gépidos y, una vez vencidos éstos, repartirse sus territorios.

Cunimundo, el soberano gépido, se alarmó ante las noticias de la alianza entre lombardos y ávaros, y buscó una vez más el apoyo de Justino II. Pero éste, claro está, no había olvidado la humillación de Sirmium, ni la traicionera conducta de Cunimundo, así que, aunque aparentemente aceptó enviar una vez más un ejército en apoyo de los gépidos, en secreto comunicó a los lombardos que las tropas romanas no se movilizarían para salvar a los gépidos. Esta nueva postura de Justino II era tan torpe como la anterior pues, destruidos los gépidos y siendo ya aliados lombardos y ávaros, el imperio quedaría sin apoyos ni contrapesos que oponerles, y eso tras haberse granjeado en los dos años precedentes su justificada animosidad.

Mas, por lo pronto, a Justino II lo único que le importaba era apoderarse de Sirmium y subsanar así la humillación que Cunimundo le había inflingido el año anterior cuando se negó a cumplir su parte del tratado. Así que un ejército romano apareció de nuevo frente a Sirmium y ocupó la ciudad con el pretexto de que la guarnición gépida que la defendía pudiera unirse al ejército de Cunimundo que se aprestaba a enfrentarse a lombardos y ávaros. Se esperaba que los romanos, tras guarnecer Sirmium, se uniesen también a las fuerzas gépidas, pero no se movieron de Sirmium

De esta manera, en el verano de 567, los lombardos aniquilaron en una gran batalla a los gépidos con el apoyo ávaro. En esa batalla, Alboino mató con sus propias manos a Cunimundo, el rey gépido, y tras la victoria casó con Rosmunda, la hija del monarca asesinado. Se dice que durante el festín en el que celebró el triunfo sobre los gépidos, Alboino bebió la *nico skelos*, la “copa de la victoria”; es decir, Alboino brindó con sus guerreros por la victoria usando como copa el cráneo de su abatido enemigo, Cunimundo, rey de los gépidos, tal y como era costumbre entre los lombardos y entre otros muchos pueblos germanos y húngaros. Con ello se simbolizaba el completo triunfo de un pueblo sobre otro y la incorporación al rey vencedor del poder y de la soberanía

⁹²⁷ Sobre la ruptura de la alianza con los lombardos en favor de los gépidos *vid.* RAVEGNANI, G., *I Bizantini...*, *op. cit.*, pp. 71-72; y sobre la alianza de Justino II con Cunimundo, rey de los gépidos, *vid.* Teofilacto Simocata: 6,10,9.

que el rey derrotado ejercía sobre su pueblo, cuyos restos pasaban así, formalmente, a estar bajo la absoluta e implacable autoridad del vencedor. Pero lo que no era costumbre era que obligara a la hija del vencido Cunimundo, Rosmunda, a la que Alboino acababa de tomar como esposa a la fuerza, a que bebiera también de semejante copa. Rosmunda no olvidó aquella afrenta de su esposo y, a su debido tiempo, el rencor de Rosmunda tuvo su papel en la historia del imperio y de los lombardos.

Tras la victoria sobre los gépidos, los lombardos y los ávaros, fieles a su alianza, se repartieron el territorio gépido y los restos supervivientes de este pueblo. La derrota de los gépidos fue un hecho capital que no ha sido lo suficientemente valorado por los historiadores contemporáneos, pues significó la completa demolición del equilibrio construido por Justiniano en la región danubiana. Un equilibrio que, al enfrentar entre sí a lombardos, gépidos y ávaros, limitaba el poder de cada uno de esos belicosos pueblos y los obligaba a volverse hacia el Imperio como árbitro de sus diferencias y como supremo aliado y soporte. Ahora, sobre las ruinas del viejo sistema justiniano, ávaros y lombardos, aliados pero igualmente incómodos por el mutuo aumento de poder tras repartirse el reino gépido, miraban a la Romania no como una fuente de seguridad y de posible alianza, sino como un traicionero vecino y una futura fuente de conquistas.

Pero Justino II estaba contento: había ocupado Sirmium, antigua capital del imperio y verdadera llave del limes danubiano, y recibido en su corte como refugiados a Reptila, el nieto del derrotado y muerto rey Cunimundo, y a Trasarico, obispo arriano y jefe religioso de los gépidos, quienes le habían hecho entrega del tesoro gépido. Así que, ante la conquista de Sirmium y la entrega del oro gépido, Justino II debió de sentirse el verdadero vencedor de la gran partida jugada en el Danubio por gépidos, romanos, lombardos y ávaros⁹²⁸. Se equivocaba.

En efecto, Alboino, el rey lombardo, había logrado una gran victoria y aumentado significativamente su poder. No sólo porque se había apropiado de la mitad del reino gépido, sino también y sobre todo porque con su rutilante victoria había afianzado su posición interna entre los duques lombardos y añadido a su pueblo una parte considerable de los supervivientes del pueblo gépido, aumentando así el número de sus

⁹²⁸ El tratado ávaro-franco, la alianza ávaro-lombarda, el segundo acuerdo de Justino II con el rey Cunimundo y la guerra de lombardos y ávaros contra los gépidos con el beneplácito romano; la muerte de Cunimundo, la aniquilación del reino gépido y la singular escena de la *nico skelos* o “copa de la victoria”, etc., pueden verse en Teofilacto Simocata: 6,10,9; Menandro Protector: frag. 12,1-2, pp. 129-131 y frag. 11, pp. 127-129; Pablo Diácono: I, pp. 215-217, con el relato de la guerra lombardo-gépida, la alianza de Alboino con los ávaros y su victoria sobre los gépidos; Pablo Diácono: II, 28, pp. 267-269, con la historia de la “copa de la victoria”; por último, CAMPOS, J., *Juan de Biclario, Obispo de Gerona: su vida y su obra: introducción, texto crítico y comentarios*, Madrid, 1960, cuya crónica resalta lo trascendental de la aniquilación del reino gépido y aclara también el devenir del linaje real gépido y la suerte del tesoro de aquel pueblo germánico. El texto del biclarensis dice así: *el rey Cunimundo cae en el campo de batalla y todos sus tesoros son llevados a Constantinopla al emperador Justino por Trasarico, obispo de la secta arriana, y por Reptila, nieto de Cunimundo*. Juan de Biclario: año sexto del emperador Justino, 70, 1, pp. 81-82.

guerreros, y la solidez y envergadura de su fama de líder guerrero. Esa fama guerrera, tan importante en el ámbito bárbaro, era, para los pueblos que merodeaban inquietos sobre las tierras situadas al norte del Danubio, promesa de salvación, botín y gloria. Fue con esa fama con la que Alboino se atrajo a 20.000 sajones que, junto con sus familias, acudieron a su llamada; también fue esa fama la que hizo que grandes grupos de búlgaros, sármatas, gépidos, suevos, hérulos e incluso de antiguos provinciales panonios y nóricos se le sumasen tras el anuncio de que se disponía a afrontar una nueva empresa guerrera. Y es que Alboino –entiéndase bien– no sólo condujo a los lombardos a Italia, sino sobre todo a una gran alianza de familias, clanes y pueblos de muy diverso origen étnico, lingüístico y religioso, unidos sólo por la fama y el prestigio de Alboino, y por la promesa de conquista y botín. Todavía en el siglo VIII, casi doscientos años después de la conquista lombarda del norte de Italia, los asentamientos de búlgaros, suevos, sajones, gépidos, sármatas y demás pueblos llegados a Italia de la mano de los lombardos propiamente dichos, eran perfectamente diferenciables entre sí⁹²⁹.

¿Cuál era esa nueva empresa que Alboino tenía ya en mente desde –como muy tarde– finales del verano de 567? La conquista de Italia.

Alboino, mucho antes de lo que nuestros historiadores han supuesto, tenía ya en mente ese segundo paso en su particular y bárbaro *cursus honorum*. En efecto, si se leen atentamente las fuentes se comprenderá al instante que, para que Alboino pudiera partir hacia Italia el 2 de abril de 568 desde su base en la ribera occidental del lago Balatón hacia el limes bizantino de Friul, en la frontera nororiental de Italia, le fue necesario preparar con mucho tiempo de antelación tan decisivo paso. Pablo Diácono nos dice que más de 20.000 sajones con sus familias se le unieron en esta empresa. Esos sajones provenían de las tierras del Elba y Alboino, como muy tarde, tuvo que enviarles su mensaje de ayuda pocos días después de su gran victoria sobre Cunimundo, pues los mensajeros lombardos tuvieron que tener suficiente tiempo como para llevar a cabo el penoso viaje que llevaba desde el Danubio hasta el valle del Elba, visitar los distintos poblados sajones de la zona y llevar a cabo en ellos interminables gestiones, esperar a que los sajones se decidieran por la partida y regresar hasta Alboino con la noticia de que los sajones estaban en marcha. Estaban con Alboino ese 2 de abril de 568 y con ellos la totalidad del pueblo lombardo, y numerosos clanes y familias de gépidos, hérulos, suevos, sármatas, búlgaros, panonios y nóricos. Para que tal multitud se hubiese reunido en el gran campamento del lago Balatón y estuviera lista para partir, era necesario que hubieran dispuesto de muchos meses para recibir los correspondientes

⁹²⁹ Vid. diversos pasajes de la obra de Pablo Diácono: sobre los sajones que se unieron a Alboino, junto a sus familias, en vísperas de la invasión de Italia [II, 6, p. 241]; los sajones y algunos clanes ávaros se suman a Alboino atraídos por su fama y victorias [I, pp. 217-219]; acerca de los grupos de suevos, gépidos, sármatas, búlgaros, panonios, nóricos y demás pueblos que se unieron a los lombardos de Alboino para invadir Italia, y cuyos asentamientos seguían siendo claramente diferenciables a mediados del siglo VIII [II, 26, pp. 265-267].

mensajes, recoger sus enseres y ganados, marchar hasta el punto de reunión y organizarse allí para la inminente partida y nueva empresa. Es pues de todo punto imposible que Alboino tomase la resolución de invadir Italia con posterioridad al verano de 567. Es decir, Alboino tuvo que tener claro su propósito de invadir Italia antes de que finalizara el verano de 567. O dicho de otro modo, Alboino, en agosto-septiembre de 567, cuando todavía estaba caliente el cráneo de Cunimundo del que tomaba su vino, ya tenía perfectamente claro que iba a conducir a sus bandas guerreras contra la Romania de Justino II. Esto no ha sido apuntado ni lo suficientemente sopesado hasta el presente.

De hecho, nada más terminar la guerra gépida, Alboino firmó un nuevo acuerdo con los ávaros. Por ese acuerdo, se comprometía a entregarles la Panonia y la Nórica. ¿A cambio de qué? De que los ávaros le guardasen las espaldas y atacasen al imperio⁹³⁰.

Por ello, ni la decisión de Alboino, ni el verdadero alcance y propósito de su segunda alianza con los ávaros, han sido bien comprendidos por nuestra historiografía. De hecho, tanto en los libros de historia general, como en las obras especializadas, sigue teniendo curso la vieja teoría de que los lombardos abandonaron sus tierras por miedo a los ávaros.

No fue el miedo lo que movió a Alboino a invadir Italia, sino el frío cálculo político y militar. La situación generada en la zona danubiana tras la destrucción del reino gépido no le dejaba otra alternativa. El viejo equilibrio estaba roto y nadie podía ya fiarse de las intenciones del Augusto, y tanto Alboino como su aliado Baian, khagan de los ávaros, se veían obligados para seguir al frente de sus respectivos conglomerados de pueblos a continuar proporcionando a éstos nuevas victorias, nuevas entregas de botín y tierras que alimentaran su prestigio y mantuvieran a su lado, fielmente, a sus seguidores.

Se nos olvida, al parecer, cuál era la base real de poder sobre la que se asentaban las jefaturas de estos pueblos: el prestigio. El propio Baian, meses más tarde, en el verano de 568, se lo manifestó a las claras a Bono, el general enviado a Sirmium para detener el ataque ávaro. En su entrevista con el oficial romano, Baian, el aparentemente todopoderoso khagan ávaro, solicitó que se le entregasen algunos pequeños regalos con los que presentarse ante sus tribus y justificar a sus seguidores su incapacidad militar para rendir Sirmium por las armas. Baian estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con los romanos, pero tenía que enmascarar ese acuerdo ante los ojos de sus tribus de manera que no fuese percibido como un fracaso, sino como un triunfo:

⁹³⁰ Este segundo tratado lombardo-ávaro tuvo que ser firmado a fines del verano de 567 y no ha sido interpretado convenientemente por la historiografía contemporánea. *Vid.* Pablo Diácono: II, 7, p. 241. La perfecta coordinación que lombardos y ávaros exhibieron durante la primavera y el verano de 568, los unos invadiendo Italia y los otros pasando el Danubio y obligando a Justino II a enviar contra ellos a Tiberio, impidió que el imperio pudiese concentrar sus tropas en un solo punto. Esto prueba que el tratado firmado por Alboino y Baian contenía un número mayor de acuerdos que los que las fuentes trasmiten y los historiadores contemporáneos han captado.

“.. quedaría sin honor y deshonraría a las tribus aliadas que hasta ahora me han seguido - confiesa el jefe ávaro al general romano- si debo retirarme de este lugar sin haber logrado nada en absoluto y sin haber conseguido ninguna ganancia. Para que no parezca que me he empeñado en esta guerra en vano y sin ningún beneficio, envíeme algunos pequeños obsequios... Pues he venido desde Scythia sin lograr nada y es para mí imposible retirarme también de aquí sin conseguir algo”⁹³¹

Sólo el prestigio podía mantener unidas a las tribus, pueblos y seguidores de Alboino y de Baian, y ese prestigio sólo podía obtenerse mediante la guerra, o por mejor decir, mediante guerras afortunadas. Cada humillación inflingida por el enemigo, cada derrota, por pequeña que ésta fuese, mermaba el prestigio y, por tanto, el poder de estos jefes guerreros. Por el contrario, como hemos visto en el ejemplo de Alboino y los 20.000 guerreros sajones que se le sumaron tras su resonante victoria sobre los gépidos, cada triunfo y cada guerra afortunada aumentaba el prestigio del jefe guerrero y atraía hacia él nuevas adhesiones, nuevas bandas de guerreros, más poder y mayor capacidad para ejercerlo sobre los jefes de clan y familia.

Dicho de un modo más sencillo: a Alboino, al igual que a su reciente aliado, Baian, sólo les quedaba una alternativa tras someter a los gépidos: ponerse a preparar una nueva guerra, una nueva fuente de prestigio y autoridad que consolidase su posición. Ésta no contaba ya, desde 565, con el otro posible aporte de prestigio entre los bárbaros: la alianza con la Romania, y la recepción desde ésta de regalos y oro con los que justificar ante sus seguidores su inactividad guerrera y su posición de dominio sobre los demás jefes. Dado que ambos eran aliados y que sabían que Justino aprovecharía cualquier disensión entre ellos para aniquilarlos, Alboino y Baian comprendieron que sólo les quedaba una opción viable: la guerra contra la Romania. Esta opción era todavía más aconsejable para ellos en cuanto que ambos caudillos habían sido humillados por el Augusto y necesitaban, para restaurar su menoscabado prestigio, devolver el golpe al Augusto. Alboino ya había usado ese argumento para conseguir que Baian se le sumase contra los gépidos. Así, el rey lombardo había manifestado al khagan ávaro el sutil argumento de que, con la guerra contra los gépidos, los ávaros estarían haciendo más una guerra contra Justino que cualquier otra cosa y que con ello restauraría un tanto su honor⁹³².

Baian, que debía de estar, pese a su aparente fortaleza, en una muy difícil posición, tras haber sufrido en su prestigio la derrota de fines del 565 ante los romanos y la humillación de ver cómo Justino II se negaba a renovar con él la alianza y el envío de regalos y subsidios, recibió con alegría aquella posibilidad de renovar su mermada ascendencia entre las tribus que tenía bajo su mando. Un prestigio y una ascendencia

⁹³¹ Menandro Protector: frag. 12,5, pp. 135-137.

⁹³² Menandro Protector: frag. 12, 1-2, p. 129.

que, tras el desaire de Justino, había intentado ya, sin mucho éxito, restaurar atacando a los francos.

Ahora, tras su victoria sobre los gépidos en el verano de 567, ambos jefes podían ofrecer a sus seguidores un gran botín, un gran triunfo, pero de corta duración. Era evidente que las verdaderas “joyas de la corona” del abatido reino gépido: la posesión de Sirmium y de su tesoro real, habían ido a parar no a sus manos, las que habían abatido al ejército gépido, sino a las de Justino II, el hombre que los había humillado a ambos menospreciando sus ofrecimientos de alianza, negándose a prestigiarlos ante sus fieles con la entrega de regalos y subsidios, e intrigando con los gépidos para destruirlos⁹³³. Así que, sólo mediante la guerra contra Justino II podían Alboino y Baian resarcirse y consolidarse. Pero dado que un gran ejército romano se hallaba acantonado en Sirmium, la llave del Danubio central, y que las fuerzas romanas en la zona se encontraban en alerta y prestas a rechazar sus posibles ataques, esa guerra contra Justino II no podía comenzarse en el Danubio, debía de hacerlo en Italia. Alboino conocía a la perfección las debilidades de la prefectura italiana. No en vano, los lombardos habían constituido para su protección y desde los lejanos días de la primera guerra gótica, una pantalla protectora que salvaguardaba las fronteras nororientales de Italia de invasiones de otros pueblos. Además, los guerreros lombardos conocían de primera mano las riquezas, caminos, fortalezas y debilidades que Italia ofrecía⁹³⁴.

Italia era pues la alternativa, pero era también una alternativa arriesgada. Por eso, en agosto o septiembre de 567, tras su triunfo sobre los gépidos, comenzó a impartir órdenes para que su pueblo y las bandas de otros pueblos que lo obedecían, se reunieran en el lago Balatón con sus ganados y familias. Envío sus emisarios a los sajones del Elba y los animó a compartir con él la futura victoria. Por eso, en fin, ofreció tanto a los ávaros, pues Alboino sabía que para tener éxito en Italia, necesitaba seguridad en su retaguardia y sobre todo que el ejército romano del Danubio no pudiese acudir en auxilio de la atacada Italia. El ofrecimiento a los ávaros de Panonia y Nórico no era sino el pago necesario. A cambio de ellas, los ávaros mantendrían ocupados a los soldados romanos en los Balcanes. Para Baian, el soberano ávaro, era también un excelente

⁹³³ Sorprendentemente nadie, que sepamos, se ha percatado de esto. Justino II se había llevado el verdadero premio de la guerra entre gépidos, lombardos y ávaros: Sirmium, la ciudad más importante del Danubio. Se hizo también con el tesoro real que, como sabemos por Juan de Biclario (por entonces en Constantinopla), terminó siendo entregado al Augusto por el nieto de Cunimundo. Es fácil comprender la humillación que sentirían Alboino y Baian pues, tras arriesgarse ambos en una gran guerra contra los gépidos, veían cómo lo máspreciado del reino por ellos conquistado se les escapaba de las manos. *Vid.* Juan de Biclario: año sexto del emperador Justino, 70, 1, pp. 81-82.

⁹³⁴ Esto fue decisivo en la resolución mostrada por Alboino, como recoge claramente Pablo Diácono [II, 1, p. 231] quien, aunque confunde a Alboino con su padre Alduino, no confunde lo trascendental del episodio. Sobre la importancia de los auxiliares lombardos en la campaña de Narsés de 552 contra los lombardos *vid.* HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, p. 37, quien cifra en 6.000 el número de guerreros lombardos que militaban en la tropa de Narsés; también Procopio, *Guerra Gótica*: VIII, 26, pp. 303-312, que recoge el envío de guerreros lombardos a Italia.

acuerdo: ampliaba su territorio y le dejaba como único e indiscutible poder en la zona. Su prestigio aumentaría con ello enormemente y le permitiría además vengarse, una vez más, de las afrentas inflingidas por Justino II.

Así que –como ya dijimos– no fue el miedo lo que provocó la marcha de los lombardos hacia Italia, sino el resultado de la situación surgida tras los avatares danubianos de los años 565-567. El 2 de abril, tras obligar a su pueblo a convertirse al arrianismo, al frente de un heterogéneo e inmenso ejército y enfilando el camino hacia los Alpes que guardaban los pasos de Friul, Alboino marchó hacia la conquista de Italia, y la Rumania; sin saberlo, se encaminó hacia los inicios de una tremenda crisis.

Al iniciar la marcha, Alboino dio orden a sus seguidores de que quemasen sus viviendas y todo aquello que no pudieran llevarse consigo. Tras 200 kms de camino, los bárbaros escalaron los salvajes montes en los que aún habitaba el bisonte y penetraron en Italia⁹³⁵. Tenían frente a ellos un país que, debido a la falta de inteligencia política de Justino, carecía de una mano capaz de defenderlo. El brillante Narsés había sido sustituido por un hombre sin preparación ni capacidad militar, Longino. Italia, debilitada por una reciente peste, estaba defendida en no poca medida, por guarniciones constituidas por guerreros ostrogodos. Hombres que sentían un respeto casi místico hacia su vencedor, el viejo Narsés, pero que no sentían lo mismo por el cortesano que Justino II acababa de nombrar como su jefe supremo. Esos godos eran arrianos y Alboino, al obligar a sus nobles lombardos a que abandonasen su débil catolicismo (abrazado hacia 548 por mediación de los hérulos y de la influencia romana) por el arrianismo, no buscaba sino atraerse la futura adhesión, o al menos aprobación, de esos soldados ostrogodos que formaban el grueso de las guarniciones acantonadas en el limes italiano.

De hecho, el arrianismo lombardo puesto en marcha por Alboino en 568, tan superficial y tan saturado de paganismo, no era sino un medio de aglutinar a sus múltiples y diversos seguidores, entre los que ahora había muchos gépidos que, recuérdese, eran también arrianos. A los demás: la masa del pueblo lombardo, los sajones, búlgaros, sármatas, etc. como buenos paganos que eran, les daba igual matar siendo arrianos que católicos⁹³⁶.

⁹³⁵ Pablo Diácono: II, 6-8, pp. 241-243.

⁹³⁶ Pablo Diácono [II, 1-5. pp. 237-241] recoge la situación en Italia: descontento social y religioso, mermado de la población por la peste y sustitución de Narsés por el inoperante Longino. Pablo es el origen de la fábula que muestra a un Narsés vengativo que invita a los lombardos a invadir Italia para resarcirse así de las ofensas de la Augusta Sofía. Por su parte Teófanes es el responsable de la falsa historia de que Narsés continuase vivo después de 568, pues lo sitúa fundando un monasterio en Bitinia en 571. Es un error, claro está, pues el Narsés al que alude Teófanes [6063, 244] es otro alto dignatario del mismo nombre citado por Coripo [*Panegírico*: III, 220 p. 318 y IV, 365-370, p. 341]. Sobre la falsa invitación de Narsés a los lombardos para que invadiesen Italia *vid.* RAVEGNANI, G., *I Bizantini in Italia...*, *op. cit.*, pp. 69-70, así como las anotaciones de los editores de la *Crónica* de Teófanes (C. Mango, *ed.*, p. 360) y de la *Historia de los Lombardos* de Pablo Diácono (A. Zanella *ed.*, lib. II, Introducción, pp. 222-226). Zanella analiza acertadamente el estado religioso de los lombardos cuando su invasión de Italia y el

Mientras que Alboino coronaba los Alpes orientales y contemplaba, desde el “monte del rey”, los campos de Italia, Justino II, satisfecho por lo que consideraba un gran triunfo (la ocupación de Sirmium y la recepción del gran tesoro del desaparecido reino gépido), se hallaba concentrado en sus asuntos orientales y muy lejos de sentir la más mínima preocupación por Italia. Al fin y al cabo, ésta estaba en paz y segura desde que Narsés completase su conquista en 562. Pero ahora no existía la pantalla protectora que los lombardos, movidos por Justiniano, habían formado en Nórica y Panonia frente a francos, alamanes, turingios, gépidos y demás germanos. Los lombardos no eran ya, gracias a la torpe política de Justino II, aliados del imperio, sino unos peligrosos vecinos. El limes italiano había sido planteado sobre todo para hacer frente a un ataque procedente del oeste o del norte, es decir, para rechazar un ataque franco, bávaro o alemán, y no para frenar un ataque procedente del este. Allí se hallaban los lombardos, aliados del imperio hasta que Justino rompiera la alianza con ellos, en 565, para aceptar el ofrecimiento de Cunimundo. De ahí que Friul, el ducado organizado por Narsés que quedaba frente a los lombardos de Alboino, fuera el menos fuerte de los cuatro ducados en que –como ya se vio– se subdividía la frontera italiana en 565. Así que, cuando Alboino forzó los pasos alpinos a finales de abril de 568 y dio la orden a su pueblo de descender sobre Italia, tenía frente a él no una poderosa línea de defensas, sino un limes poco guarnecido y despreocupado.

Tras sobrepasar la escasa resistencia romana del limes de Friul, Alboino y sus guerreros se apoderaron de la capital regional, *Forum Iulii*, y asentaron en el ducado algunas guarniciones y colonias, pasando el gobierno de la nueva marca lombarda a la autoridad del sobrino de Alboino. El grueso del ejército se desparramó por el Véneto y se apoderó del país. Aquilea, la capital del Véneto, fue tomada y su obispo huyó a Grado, isla de la futura Venecia. Fueron cayendo Padua, Parma, Verona, Vicenza y Mantua, una tras otra. Guarniciones de soldados romanos constituidas por antiguos guerreros ostrogodos, se sumaban a los invasores y saqueaban la mayoría de las ciudades conquistadas. La *nobilitas* del país y el funcionariado, así como los eclesiásticos de alto rango, huían hacia las ciudades más grandes o hacia la costa. Longino, el inoperante sustituto de Narsés, que acababa de morir ese mismo año de 568, no hizo nada útil para parar a Alboino. En efecto, pese a que Italia contaba con numerosas tropas de campaña para su defensa, tropas que sumaban, en 565, 20.000 hombres, Longino no ordenó el enfrentamiento en una gran batalla decisiva con el

papel determinante que la conversión al arrianismo de Alboino y sus fieles jugó en la conquista del norte de Italia, en donde gran parte de las guarniciones y de sus habitantes seguían siendo ostrogodos. Para este autor y estamos de acuerdo con él en este punto, el arrianismo lombardo tenía poco que ver con la herejía del siglo IV, ya que era la herramienta necesaria para la conquista y para crear la idea pangermánica y aglutinadora de una reconquista ostrogodo-lombarda de Italia. En palabras del autor, los lombardos que invadieron Italia en la primavera de 568 eran “superficialmente cristianos arrianos, persistentemente supersticiosos y en gran parte paganos”.

ejército invasor, sino que se limitó a establecer una pasiva defensa de las ciudades en donde concentró las tropas.

A Alboino le bastó con ocupar el campo. Aisladas entre sí, las guarniciones fueron cayendo una tras otra y Longino contempló sin inmutarse el desastre desde la inexpugnable Rávena, sin intentar acudir en auxilio de sus cercados contingentes. Tras invernar en el Véneto, Alboino pasó en 569 a operar a lo largo de todo el valle del Po y en septiembre de ese mismo año tomó Milán. El prestigio de esta antigua capital imperial seguía siendo tan grande que Alboino pasó a contar sus años como rey de Italia desde la fecha de su toma⁹³⁷.

La caída de Milán en manos de Alboino y sus bandas guerreras hubiese sido el momento oportuno de volcarse en la defensa de Italia enviando allí refuerzos y recursos, pero Justino II se hallaba ya por entonces fuertemente comprometido en otros frentes. En efecto, fortalecidos los ávaros tras su triunfo sobre los gépidos y comprometidos con los lombardos por su nuevo pacto de fines del verano del 567, lanzaron ahora un formidable asalto sobre las defensas del limes danubiano. Tenían buenas razones para ello pues, como se recordará, Justino II se había enemistado con su khagan a fines del 565 y se había negado a renovar la antigua alianza que Justiniano firmara con ellos. Ahora, a inicios del 568, el ejército del khagan ávaro Baian, reforzado con restos de los sometidos gépidos y con grupos de eslavos y búlgaros, cruzó el Danubio y hostigó a las guarniciones romanas de la frontera a la par que saqueaba el país.

Las tropas romanas aguantaron bien este primer envite y se mantuvieron en Sirmium haciendo fracasar todos los ataques de Baian y sus tribus. Éste tuvo que reconocerse derrotado y solicitó que le entregasen regalos a cambio de su retirada para así poder justificarse ante sus seguidores. El jefe de la guarnición de Sirmium, que se veía en una posición ventajosa con respecto al abatido bárbaro, se negó a atender las peticiones del khagan si antes no recibía un permiso explícito del Augusto. Una embajada ávara se encaminó a Constantinopla para conseguirlo. Hubiese sido el momento oportuno para que Justino II firmase una paz ventajosa pues, pese a las amenazas ávaras y a sus desorbitadas peticiones, tanto ávaros como romanos sabían que bastaría con la entrega de algunos subsidios para acordar la paz. Pero Justino II se negó y ordenó continuar la guerra. Esto fue decisivo, pues las fuerzas del Danubio quedaron empantanadas en una guerra que les impedía acudir en auxilio de las fuerzas destacadas en Italia y que atraía hacia ella los refuerzos que debían de haber ido a luchar contra Alboino y sus lombardos. No fue así y la guerra con los ávaros se mantuvo, con diversas alternativas, hasta 571 en que Justino convino al fin y ante la inminencia de

⁹³⁷ Pablo Diácono: II, 8-25, pp. 241-265. RAVEGNANI, G., *I Bizantini in Italia...*, op. cit., p. 74, señala la brutalidad de la conquista lombarda en esta primera fase. Una visión más amable de la conquista puede leerse en la introducción al libro II de Pablo Diácono, pp. 227-228.

una gran guerra contra Persia, en pagar un subsidio anual a cambio de que los ávaros reconocieran la posesión romana de Sirmium y mantuviesen la paz⁹³⁸.

Tampoco de África podían llegar refuerzos a Italia, pues allí y desde 569, las armas romanas sólo cosechaban derrotas. En efecto, Garmul, soberano de Altava, un reino romano-bereber cuyos orígenes se remontaban a los primeros días de la invasión vándala, atacó la prefectura y llevó a cabo saqueos importantes en los límites occidentales del territorio romano. El prefecto salió al encuentro de los mauri para hacer frente a tales depredaciones y sufrió una derrota completa. Al año siguiente, el *magister militum* de África fue igualmente derrotado y todavía en un tercer encuentro, en 571, los moros de Garmul derrotaron al ejército imperial. Las provincias mauritanas, Numidia y la Bizacena, sufrieron saqueos, pero ninguna ciudad de importancia fue tomada por los *maurii* y el limes pudo ser sostenido. No obstante, las tropas destinadas en África, al igual que las del Danubio, no podían permitirse prestar atención a lo que pasaba en Italia. Además, más cerca de África estaba Hispania y las noticias que de allí procedían debieron de inquietar más a los africanos que las que venían de Italia. En 570 y 571, Leovigildo asaltó el limes bizantino y tomó Basti, Saguntia y Asidona, amenazando así el estrecho y obligando a las autoridades africanas a preocuparse por la seguridad de África⁹³⁹.

Tras la ocupación de Sirmium y de su región, y las iniciales victorias alcanzadas sobre los ávaros en 568-569, el Imperio podía haberse vuelto hacia Italia y África, pero le era imposible, pues la política de enfrentamiento adoptada por Justino II con respecto a Persia y los sarracenos, le obligaba a concentrar en el limes oriental la mayor parte de sus recursos militares y a mantenerlos en constante alerta. Y esto a la par que –como vimos– la torpeza política del Augusto impidiera que se consolidara la situación danubiana con una paz, tras las iniciales victorias sobre los ávaros y la petición de éstos de un nuevo tratado de alianza, y se trasvasaran desde allí tropas a Italia. Por el contrario, Justino II, sin emprender ninguna acción decisiva contra los ávaros, permitió que éstos se rehicieran y pudieran obligar al imperio, en 571, a buscar un tratado con ellos; un acuerdo mucho menos ventajoso que aquel que se hubiese podido conseguir en 569.

⁹³⁸ Menandro Protector: frag. 12. 3-8, pp. 131-145; frag. 15, p. 149. Véase también WHITBY, M., *The emperor Maurice...*, *op. cit.*, pp. 84-86.

⁹³⁹ Las derrotas bizantinas ante Garmul, señor de Altava, están recogidas en Juan de Biclario [año tercero de Justino, 40, 2, pp. 79; año cuarto de Justino, 50, 1, p. 80; año quinto de Justino, 60-65, 2, p. 81. Un resumen moderno de los acontecimientos en FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, pp. 719-720, quien exagera un tanto la trascendencia de los éxitos moros pues, pese a sus victorias, no lograron ni romper el limes africano, ni tomar ninguna ciudad de importancia. Sus incursiones podían ser devastadoras, desde luego, pero no implicaban el control del territorio. Mucho más preciso se muestra MODÉRAN, Y., *Les maures et L'Afrique romaine...*, *op. cit.*, pp. 668-676. Y en referencia a las conquistas de Leovigildo de 570-571, *vid.* GARCÍA MORENO, L.A., "Las invasiones, la ocupación de la Península", en *Historia de España de Menéndez Pidal*, Madrid, 1991, vol. III-1, pp. 61-282, en concreto p. 176.

Pero la atención de Justino II estaba concentrada en el este, en Persia. Ya hemos visto que Justino había reclamado Suania y que se había negado a pagar los subsidios a los sarracenos lakmidas, vasallos del soberano persa. Hemos visto también el creciente desencuentro diplomático y la consiguiente tensión en la frontera. Justino II creía contar con la suficiente fuerza como para vencer a Cosroes I y hay que reconocer que tenía algunos buenos motivos para haber llegado a tal conclusión. Los turcos occidentales le habían hecho llegar una embajada en 568 que buscaba el establecimiento de relaciones comerciales directas que dejaran de lado a los persas y, sobre todo, en busca del establecimiento de una gran alianza que permitiera coordinar a los dos imperios contra su rival: la Persia sasánida.

Justino, tras comprobar el alcance del poder turco, se manifestó encantado en aceptar la alianza que se le ofrecía, máxime cuando los turcos eran también potenciales aliados frente a los ávaros con los que mantenían, recuérdese, una vieja disputa. Dado que Justino se hallaba por entonces en guerra contra los ávaros y en vías de preparar otra contra Persia, la alianza turca se le ofrecía como la mejor posible. Los turcos podían amenazar por la retaguardia tanto a ávaros, que los temían sobremanera, como a los persas, con los que acababan de enemistarse. Además, la alianza con los turcos ofrecía la posibilidad de abrir una nueva ruta de comercio con el lejano Oriente, ruta que eludía por completo el control persa⁹⁴⁰.

La situación sólo ofrecía –como puede verse– ventajas para la Romania y ponía a Persia en una muy difícil situación. Justino II que había efectuado, a su pesar, pocos días antes de la llegada de los embajadores turcos, el pago de las tres primeras anualidades que, según las cláusulas del tratado firmado por su difunto tío Justiniano, se adeudaban a Persia a cambio de que ésta defendiese los desfiladeros del Cáucaso y mantuviese la paz, vio en la embajada turca una forma de resarcir su humillado orgullo. Justino II no había tenido más remedio que someter su orgullo a tal humillación pues, ocupado como estaba en la guerra contra los ávaros y con Italia, África e Hispania en plena crisis, no podía permitirse todavía abrir su proyectada guerra persa.

Tampoco a Persia, pese a los agravios de Justino II, le interesaba la guerra. En efecto, tal como se recordará, turcos y persas se habían aliado contra los eftalitas, a fines del verano o inicios del otoño del 557. Una hija del Yabgu de los Tu-kiu occidentales se había casado con Cosroes I para sellar el tratado, un acuerdo que dividía en dos el imperio eftalita dejando el Oxus como frontera entre turcos y persas. Para 562-563 los eftalitas habían sido ya por completo aniquilados y los aliados dedicaron los años que siguieron a consolidar sus nuevas posesiones.

⁹⁴⁰ Menandro Protector: frag. 10,1, pp. 111-117; WHITBY, M., *The emperor Maurice...*, op. cit., pp. 250-251.

A fines del 565 comenzaron las desavenencias entre los antiguos aliados. La causa inicial fue el comercio. Istemi⁹⁴¹ deseaba facilitar el tránsito del comercio que, desde China, atravesaba su imperio camino del Occidente y de la India. Para ello era necesario lograr que Persia, que controlaba los caminos que desde las fronteras turcas llevaban a la India y a la Romania, se aviniera a conceder a los mercaderes sogdianos, súbditos de los turcos y dueños de las caravanas que atravesaban el sector oriental de la ruta de la seda, libre paso por su territorio o, al menos, que no les impusiera aduanas excesivamente gravosas. El desacuerdo mayor residía en la cuestión de la seda en bruto. Los sogdianos compraban en China seda en bruto y habían amasado en el pasado grandes fortunas vendiéndola en Persia, en donde la seda bruta era de nuevo hilada y convertida en vestidos y telas de finura y calidad incomparables, mucho mejores que cualquier seda directamente elaborada en China o Asia central. Pero Persia, a la par que la Romania, se había hecho ya con el secreto de la seda y comenzado a disponer de su propia producción de seda bruta. Además, puesto que la producción de seda persa era aún pequeña, Persia se estaba haciendo ya con el control del tráfico marítimo por el Océano Índico y podía adquirir seda china en los mercados de Ceilán y la India, a mucho mejor precio de lo que la podían vender los comerciantes sogdianos sometidos a la autoridad turca.

Para los turcos aquello era un verdadero problema, pues el comercio era posiblemente su mayor fuente de ingresos y por lo tanto necesitaban obtener de Persia un acuerdo ventajoso que permitiera a sus comerciantes venderle seda en bruto y la posibilidad de atravesar su territorio para venderla también a los mercados de la Romania. Pero Persia no estaba dispuesta a ello, pues ya mostramos cuán importante era para ella el control del gran comercio con el Extremo Oriente y la India. Ahora, tras ocupar la Bactriana y someter a tributo a los reyes del noroeste de la India, Cosroes I había logrado el control absoluto de las rutas comerciales que comunicaban por tierra a China con la India y a ambas con la Romania. Era un éxito lo suficientemente grande como para dejar que los turcos, por muy aliados de Persia que fuesen, se aprovecharan de él o lo limitaran. Así que Cosroes se negó a facilitar el comercio de los súbditos sogdianos del Yabgu Istemi por su territorio. El soberano turco, Istemi, envió entonces una embajada a Cosroes, pero éste mandó envenenar a algunos embajadores turcos, presentando su muerte como producto de una enfermedad natural.

Istemi no se dejó engañar y comenzó a preparar la guerra contra Persia buscando como aliados a los romanos. Así, como hemos visto, a inicios del otoño del 568, una embajada turca presidida por un gran comerciante sogdiano, Maniak, se presentó en la corte de Justino II que la recibió con los brazos abiertos. Los bizantinos no eran ajenos a lo que había pasado en Asia central y sabían de la fortaleza del Imperio turco; la

⁹⁴¹ Llamado “Silzíbulos” en las fuentes griegas y “Sinjibu” en las persas. En las inscripciones de los Tu-

posibilidad de una alianza comercial y militar con los turcos frente a Persia, parecía lo más apropiado.

Una embajada romana marchó a territorio turco y negoció allí con el Yabgu Istemi la apertura de una vía comercial que atravesara las estepas del Caspio y del mar Negro para evitar así a los persas. Pero el principal logro de la embajada de Justino II ante el Yabgu de los turcos occidentales, fue la conclusión de una alianza ofensiva-defensiva entre turcos y romanos contra Persia y contra cualquier otro enemigo que pudiese amenazar la seguridad de las dos grandes potencias firmantes. Para mostrar su compromiso, el soberano turco llevó consigo a Zemarchus (jefe de la embajada de Justino II) a una incursión contra Persia y recibió en su presencia a una embajada persa a la cual humilló y despidió destempladamente para regocijo y satisfacción del embajador romano, que fue enviado de vuelta a la Romania en compañía de una nueva embajada turca⁹⁴².

Ante las noticias que le llegaron sobre los tratos establecidos entre romanos y turcos, Cosroes se alarmó de veras y envió tropas para interceptar a los embajadores romanos y turcos que se acercaban a los desfiladeros del Cáucaso atravesando las estepas del Caspio. Sus intentos de interceptarlos fracasaron gracias a las advertencias y auxilio de Sarosius, rey de los alanos y aliado de los romanos en la zona del Cáucaso. Así, Zemarchus, conduciendo con él a la segunda embajada turca, se presentó en la corte constantinopolitana en las postrimerías del verano de 571⁹⁴³.

Cosroes, frustrado, se vio ante la perspectiva inminente de tener que afrontar una guerra en dos frentes: en Occidente contra los romanos y en Oriente contra los turcos. Aquello, sin embargo, parece que lo estimuló, pues, aprovechando la petición de ayuda de los hymyaritas, la dinastía reinante en Yemen hasta 525 y que había sido despojada por los abisinios de su país, se decidió a intervenir militarmente en el sur de Arabia y hacerse así con el completo control de las rutas marítimas del comercio oriental, para asfixiar, comercialmente hablando, a turcos y romanos. De esta manera, cuando estallara la inminente guerra con turcos y romanos, éstos verían interrumpido casi por completo su respectivo tráfico comercial y Persia, señora de las rutas marítimas, podría seguir ejerciéndolo sin dificultad.

En 570, un ejército persa desembarcó en Yemen, no lejos de la actual Adén, y derrotó a los abisinios del reino de Axum que, recuérdese, eran aliados de la Romania. En un principio la dinastía himyarita fue repuesta en el trono, pero al cabo de unos pocos años un Marzban persa se hizo cargo del gobierno del país; de ese modo, Yemen

kiu aparece con los títulos de “Yabgu” y “Khan” y con el nombre de “Istemi”.

⁹⁴² Menandro Protector: frag. 10.2-3; pp. 117-123.

⁹⁴³ Menandro Protector: frag. 10, 4-10, pp. 125-127; Teofilacto Simocata: 3,6,9; Teófanos: 6064, 244-245, recoge también este cruce de embajadas y apunta la intranquilidad que despertó entre los persas.

y el comercio marítimo por el Océano Índico y el mar Rojo, quedó por completo en manos sasánidas.

Poco antes de que los hechos arriba reseñados se consumasen, el soberano de los axumitas, que ejercía su poder también sobre el Yemen (conquistado por sus antepasados y ahora reino vasallo suyo), envió una embajada a Justino II en 571. Tuvo que llegar a Constantinopla casi a la par que la segunda embajada turca y puso sobre aviso al Augusto sobre los intentos que Cosroes I estaba llevando a cabo en Yemen para hacerse con su control y apoderarse así del tráfico comercial de Oriente y del sur de Arabia.

Para impedirlo, Justino II envió una embajada en 572 al Negus de la Abisinia axumita. Éste la recibió con los brazos abiertos y una nueva alianza fue establecida entre axumitas y romanos contra los persas. Los axumitas –los homeritas de Teófanese– se comprometían, caso de vencer a Persia, a desviar hacia Alejandría todo el tráfico comercial procedente del Índico, sur de Arabia y África oriental. A cambio, la Romania se comprometía a auxiliarles en su guerra contra Persia, movilizando a las tribus árabes aliadas de la Romania contra los aliados árabes de Persia, y empujando a Persia a una guerra abierta en Mesopotamia y Armenia. El Negus axumita no podía estar más contento y mostró al embajador de Justino II, Juliano, el esplendor de su corte y el poderío de sus ejércitos⁹⁴⁴. Persia estaba pues cercada. Una peligrosa situación que no resolverían las triunfantes campañas desarrolladas en Yemen por los ejércitos persas hasta 575, ni los desembarcos de tropas persas en la costa somalí para vencer a los axumitas, ni las victorias persas sobre los príncipes de Ceilán, a quienes Persia obligó a someterse en vasallaje. Pues, pese a tantos y tan rutilantes triunfos, Axumitas, romanos y turcos eran aliados y, para colmo de males, la situación en perso-Armenia no dejaba de envenenarse.

La ruptura del tratado de 561-562 era pues inevitable. La Romania y los turcos no podían consentir el completo control que Persia ejercía sobre las grandes rutas comerciales; por su parte Persia no podía permitir que las alianzas establecidas por romanos, turcos y axumitas se consolidasen y comenzaran a actuar con efectividad. El resultado de todo esto fue que, tanto Justino II, como Cosroes I, elevaron el tono de sus demandas hacia el otro en busca de un enfrentamiento bélico.

La causa de que se quebrara la paz de fines del 561 fue la sublevación en Armenia. Los armenios de la perso-Armenia (la zona de Armenia sometida a Persia) se habían alzado contra el emperador por la política religiosa seguida por el marzban de Cosroes I en Armenia, un miembro de la familia de los Suren que tendía a favorecer la instalación de colonos persas en Armenia y la expansión del zoroastrismo. Por ello, los armenios se volvieron, desde 569, hacia su protector y aliado natural: el Augusto de la Romania.

Justino II, que para 569-570, se hallaba cada vez más reforzado en su posición frente a Persia por mor de su reciente alianza con los turcos, advirtió a Persia de las consecuencias que conllevaría para ella un trato desfavorable o violento contra los armenios de perso-Armenia.

Cosroes I no podía permitir esta intromisión romana en sus asuntos internos, máxime cuando la sublevación armenia había terminado por estallar y, reunida bajo la fuerte mano de Bardan, derrotó y dio muerte al marzban persa de la perso-Armenia. Debido a esto, respondió enviando un ejército a Armenia (572) y reclamando a Justino II que permaneciese al margen y pagase la siguiente anualidad del subsidio debido a Persia por la paz de 561. Era una declaración de guerra, pues Cosroes I no desconocía que la segunda embajada turca había llegado ya a Constantinopla, ni que Justino acababa también de firmar una nueva alianza con el Negus; por lo tanto, el Augusto de los romanos, fortalecido en extremo con estas alianzas y con el apoyo inmediato de los armenios, no se detendría ya ante la guerra abierta contra Persia⁹⁴⁵.

En efecto, tal y como era de prever, Justino, con la alianza turca y axumita en una mano y con las promesas de los nobles armenios rebeldes a la autoridad persa en la otra, se negó a cumplir con los requerimientos hechos por Cosroes. Esa negativa sólo fue – esto no ha sido lo suficientemente valorado– un pretexto para desencadenar la guerra que tanto Persia como la Romania venían buscando tiempo atrás. El error de Justino II no fue sino el de proporcionárselo a Persia en el momento menos oportuno.

Aunque Justino II seguía contando para entonces con una sólida posición financiera (ese mismo año de 572 construyó en Constantinopla tres iglesias, y remozó y amplió Blaquernas, todo ello sin haber agotado todavía las reservas áureas dejadas por Anastasio en 518), su posición militar había empeorado considerablemente desde 568-569. En efecto, aunque en el Danubio se había logrado al fin concertar la paz con los

⁹⁴⁴ Teófanos [6064, 244] recoge esta embajada de Justino a los axumitas que controlaban Abisinia y Yemen, y que acababan de sufrir el ataque persa. Para él, esta embajada fue la causa última de la guerra.

⁹⁴⁵ Sobre los pormenores de la revuelta armenia y su papel en el estallido de la guerra perso-romana, *vid.* Teofilacto Simocata: 3,9,9, quien responsabiliza finalmente a Justino II de las hostilidades; Evagrius: V,6-7; Menandro Protector: frag. 16; Sebeos: 4-5; Teófanos: 6064, 244, quien, al contrario que Teofilacto, culpabiliza a Cosroes. M. Whitby (*The emperor Maurice...*, pp. 252-253) considera que el factor decisivo para que Justino II se lanzara abiertamente contra Persia fue el de su deber religioso hacia los armenios cristianos; creemos que se trata de una forma algo simple de ver la cuestión y ajena a la verdadera secuencia de los hechos. En efecto, Justino II había comenzado su política hostil a Persia mucho antes de que los armenios le solicitasen amparo frente a los persas. Recuérdese cómo demandó de Cosroes I, de forma algo brusca, la inmediata entrega de Suania; cómo se negó a pagar los subsidios a los aliados árabes de Persia, humillando al embajador persa enviado por Cosroes, y cómo recibió con los brazos abiertos a la embajada turca que le proponía una alianza contra Persia. Todas estas acciones, encaminadas a poner a Persia en situación de someterse a la Romania o de ir a una guerra contra ella, ocurrieron antes de 569; es decir, antes de que ningún enviado armenio solicitase la protección de Justino. Una fuente esencial para el estudio de la sublevación armenia contra Cosroes I es la conocida “Carta de Bardan”, *vid.* THOMSON, R.W., *Elishē, History of Vardan...*, *op. cit.*, pp. 77-80. Por último, sobre la colonización militar puesta en marcha por los sasánidas en perso-Armenia y la región caucásica, *vid.* KRAMERS, J., “The Military Colonisation of the Caucasus and Armenia under the Sassanians”, *Bulletin of the School of Oriental Studies*, 8 (1935-7), pp. 613-18.

ávaros, y en África, pese a las apariencias iniciales, los ataques de los mauri no implicaban un riesgo inminente de pérdida de control sobre la Prefectura, en Italia las cosas habían llegado en 572 a un punto de extrema gravedad. En aquel tiempo, los lombardos de Alboino habían tomado ya la heroica Pavía y afirmado con ello su completa conquista del valle del Po y de la mayor parte del norte de Italia. Un avance que ya no podía ser contemplado como algo pasajero, como lo había sido la intervención franco-alamana de la década de los cincuenta del siglo VI, sino como una conquista consolidada y en vías de expansión⁹⁴⁶.

Todo ello sucedía en un momento en que la guerra, aunque más favorable a las armas romanas que en los años precedentes, aún se desarrollaba en África y en la lejana y secundaria Hispania, y no dejaba de amenazar con desencadenarse de nuevo en el Danubio. Así sucedió en 573, cuando los ávaros cruzaron el Danubio, alentados quizás por las noticias de la nueva guerra entre romanos y persas. Esta vez, con la atención puesta en la guerra con Persia, Justino II no podía atender de forma efectiva, como lo había hecho en 568, el nuevo frente. Así que, para 573, ocho años después de subir al trono Justino II, el sistema justiniano, aquella delicada construcción política que relacionaba el poderío de la Romania con el de sus vecinos y lograba un favorable equilibrio a favor de la primera, había sido destrozado por los sobrinos de Justiniano y Teodora.

¿Por qué había llevado Justino II al imperio a esta terrible situación? ¿Cómo era posible que, por torpeza o por manifiesto deseo del nuevo Augusto, la Romania se hallase comprometida en cinco frentes a la vez? No era la primera vez que esto ocurría, pero al contrario de lo que sucediera en la terrible década de 542-552, cuando el imperio llegó a estar comprometido en cuatro guerras de forma simultánea, al frente del imperio no se hallaba un soberano capaz y fuerte, sino un hombre débil y al borde de la locura⁹⁴⁷.

Para la historiografía contemporánea, la explicación del brusco giro impreso por Justino II a su política exterior –giro que condujo a la complicada situación que hemos mostrado en las páginas precedentes– no es sino la de las supuestas dificultades económicas en que se hallaba la Romania cuando Justino II se hizo con el trono. En efecto, se ha dicho hasta la saciedad que la nefasta política exterior puesta en marcha por Justino II desde el primer momento de su reinado, fue impulsada por la penuria del tesoro, y la grave crisis fiscal y económica que Justino II se encontró al subir al solio imperial. Esta tesis, generalmente apoyada sin que nadie se haya detenido mucho a analizarla en profundidad o a confrontarla con los hechos y datos que las fuentes del periodo nos aportan, sostiene que la política agresiva desarrollada por Justino II frente a sus vecinos, no era sino la inevitable consecuencia de la incapacidad del imperio para

⁹⁴⁶ Pablo Diácono: II, 26, p. 265; RAVEGNANI, G., *I Bizantini in Italia...*, op. cit., p. 274.

seguir afrontando los “crecidos pagos” que el erario imperial se veía obligado a entregar a ávaros, persas, sarracenos y demás pueblos de las fronteras del imperio⁹⁴⁸.

¿Incapacidad económica para hacer frente al pago de subsidios a persas, ávaros y sarracenos? ¿Crisis del tesoro y de la economía imperial? ¿La guerra como lógica y más económica salida a la insostenible situación que implicaba la entrega de subsidios a cambio de la paz? Si se examinan los hechos con detenimiento y sin apriorismos estériles, se demuestra lo endeble de dicha explicación que, no obstante y durante décadas, ha sido la generalmente aceptada por la historiografía contemporánea. Veámoslo.

En primer lugar, hay que destacar que Justino II no halló al subir al trono ni un tesoro exhausto, ni un imperio agotado. Ya demostramos que Justiniano logró equilibrar sus cuentas a fines de su reinado –en esto coincidimos con Warren Treadgold– e incluso alcanzar un ligero superávit desde 562. También demostramos que Justiniano, aunque a veces se viese en dificultades económicas puntuales, siempre pudo salir con bien de ellas. Tanto fue así que ni siquiera se vio forzado a gastar por completo las reservas de oro dejadas por Anastasio. De hecho, las sumas del tesoro de Anastasio sólo se agotaron por completo en 574-575, diez años después de la muerte de Justiniano y de la subida al trono de Justino II, y casi 60 después de que Anastasio las acumulara en el tesoro imperial⁹⁴⁹. Extraño Imperio éste que –según nos dicen– se hallaba en plena crisis económica, incapacitado para hacer frente a sus gastos más esenciales y que, sin embargo, no se vio en la urgente necesidad de agotar por completo unas reservas áureas que tenía a la mano. Los defensores de la tesis del agotamiento económico del imperio y de su tesoro a fines del reinado de Justiniano deberían de empezar por aclarar este punto.

Afrontemos pues la realidad que se impone: si el oro de Anastasio no se gastó por completo durante el largo reinado de Justiniano, ni en los primeros diez años de Justino II, sino que sólo fue agotado en 574-575, fue porque no hizo falta gastarlo antes. Dicho de otro modo, hasta 574, los ingresos habituales bastaron al Imperio para hacer frente a sus necesidades. De hecho, tal y como demostramos, el tesoro imperial sólo entró en crisis en 582; es decir, 17 años después de la muerte de Justiniano y de la subida al trono de Justino II, y cuatro años después del óbito de este último.

Las primeras acciones emprendidas por Justino II confirman todo lo anterior. En efecto, como ya hemos señalado, una de las primeras medidas adoptadas por Justino y Sofía fue la de eximir a sus súbditos del pago de los atrasos adeudados al fisco imperial. ¿Por qué un emperador inmerso en una supuesta crisis de ingresos se iba a desprender,

⁹⁴⁷ Evagrio Escolástico: V, 6-7.

⁹⁴⁸ Entre otros defensores de esta teoría, FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, op. cit., pp. 713-719; CAMERON, A., *El mundo mediterráneo...*, op. cit., p. 112 y ss.; 135 y ss.; 206.

⁹⁴⁹ Juan de Éfeso: V, 20.

por mucha popularidad que ello le acarreará, de cobrar unas sumas que, en teoría, tanto necesitaba para llenar su supuestamente vacío tesoro? Y sin embargo eso fue lo que hizo Justino II y no una vez, sino dos. Por dos años consecutivos se permitió el lujo de perdonar los atrasos fiscales que le adeudaban sus súbditos.

Más aún, como se recordará, Justino II, el supuestamente apurado emperador, llevó a cabo en el hipódromo de Constantinopla una pomposa representación de su piedad filial y de su generosidad. Nada más coronarse, ordenó a sus servidores que acarrearán hasta la arena del hipódromo centenares de libras de oro de su tesoro privado que fueron amontonadas a la vista del pueblo y con las que se procedió a pagar, de forma teatral, a los acreedores de Justiniano. Esta gran suma, claro está, no era sino los caudales dejados por Justiniano en su tesoro privado y que ahora, como marcaba la ley y la tradición, pasaban a la bolsa del nuevo Augusto.

Se recordará también que Justino II celebró su ascenso al consulado, el 1 de enero de 566, con un fasto y una generosidad como no se había visto en el imperio desde los días del triunfo de Belisario sobre los vándalos en 534. Y es que, en aquellos días de enero del 566, se gastó el oro sin ninguna restricción ni dificultad. Así se construyeron hermosas gradas y palcos en el foro de Constantino para que el pueblo pudiera contemplar con comodidad el áureo desfile. Una brillante ceremonia en la que Justino fue paseado por la ciudad arrojando sin cesar una lluvia de monedas de oro y de objetos de oro y plata tan grande que los contemporáneos se maravillaron de la extremada generosidad del augusto cónsul que se les mostraba sobre una deslumbrante silla curul de oro y piedras preciosas⁹⁵⁰. No paró ahí la cosa, pues se celebraron carreras y juegos en los días siguientes, se ofrecieron festines y espléndidas ceremonias. En suma, se gastó mucho oro que no se tenía, según los defensores de la crisis del fisco y de la economía de la Romania.

Tampoco le faltó el oro a Justino a la hora de acometer grandes construcciones. Ya vimos cómo se edificaron nuevos edificios palaciegos; se diseñaron, construyeron y plantaron grandes jardines adornados con estatuas de los augustos fundidas en bronce. Vimos también cómo entre 566 y 572 y sólo en Constantinopla, Justino II y Sofía construyeron más de media docena de grandes iglesias, y reconstruyeron y mejoraron instalaciones de uso público tales como los grandes baños de Tauros. En fin, vimos también cómo se erigió un descomunal faro, una costosa torre situada en el sector

⁹⁵⁰ Coripo, *Panegírico*: IV 1-255, pp. 327-337. Esta lluvia de oro no eran sino las tradicionales *sparsio* y *missilia*: por la primera, el nuevo cónsul arrojaba monedas de oro al pueblo que lo aclamaba a su paso, mientras que por la segunda entregaba, durante su triunfal paseo, distintos objetos de oro y plata, bandejas, platos, copas, etc. a diversos ciudadanos, los cuales recibían un presente más o menos valioso en función de su posición social. Estas dos prácticas eran tradicionales y bien conocidas por los constantinopolitanos, aunque en este caso fue tan abundante que impresionó sobremanera a los contemporáneos. También despertaron la admiración de los bizantinos las enormes graderías que, construidas de madera y soberbiamente adornadas, se extendieron por el foro de Constantino y sus alrededores.

oriental de la ciudad y desde la que se dominaba el Bósforo; un faro que estaba prácticamente terminado en 578 y en el que Justino II gastó centenares de libras de oro.

¿Dónde está la grave crisis del tesoro y de la economía que, según nos han venido contando, empujaron a Justino II a negarse a pagar los subsidios a los bárbaros y a afrontar una larga serie de inciertas guerras? Todavía entre 574 y 582, durante el gobierno, primero como César y luego como Augusto, de Tiberio, pudo la Romania disponer de suficiente oro como para levantar nuevos ejércitos, rechazar a persas y ávaros, detener a los lombardos, visigodos y *maurii*, y todo ello dejando al nuevo César y después Augusto, suficiente oro como para acometer nuevas y grandiosas obras públicas, celebrar fastuosas celebraciones, manifestarse ante sus súbditos envuelto en una generosidad que dejó empequeñecida la desplegada en años anteriores por sus antecesores y permitirse actos de desprendimiento tan poco frecuentes como distribuir entre 10 y 20 sólidos a cada uno de los juristas que se presentaron ante él; regalar a médicos, plateros y banqueros cantidades de oro que iban de 50 sólidos hasta 72 sólidos (es decir, 1 libra de oro); exonerar de varias tasas impositivas a los comerciantes; reducir en una cuarta parte los impuestos de sus súbditos; anular el pago de 4 sólidos que se demandaba de todo ciudadano de la capital para poder figurar en las listas de los beneficiarios de los repartos periódicos y gratuitos de alimentos; renunciar al cobro del *aurum oblativum* de 3.000 libras de oro (216.000 sólidos) que el senado romano había recogido en Italia en 578 y que le ofrecía solícitamente, o en fin, entregar a los soldados el máximo posible, 9 sólidos, como donativo en celebración por su ascenso al solio imperial⁹⁵¹.

No, ni Justino, ni Tiberio carecieron de oro. De hecho, cuando Tiberio se hizo con el poder, quedó asombrado por la inmensa cantidad de oro que se almacenaba en el tesoro imperial, tanto que, en un gesto no entendido ni por los contemporáneos, ni por la historiografía contemporánea, creyó conveniente ponerlo en circulación lo antes posible. De ahí que no le preocupara mucho renunciar al *aurum oblativum* que pretendían entregarle los senadores italianos; que repartiera cuantiosas sumas a soldados, médicos, juristas, plateros y banqueros; que arrojara constantemente oro a la multitud que lo seguía a todas partes; que se mostrara dispuesto a aligerar la presión fiscal que soportaban sus súbditos; en fin, que no le preocupara lo más mínimo que

⁹⁵¹ Sobre la renuncia de Tiberio al *aurum oblativum* vid. Menandro Protector: frag. 22, p. 197. Juan de Éfeso cita la rebaja de impuestos y la suspensión de diversas cargas fiscales [III,14] y el donativo de 9 sólidos entregado por Tiberio II a sus soldados en 578, el *augustaticum* [III,11]. También habla de la prodigalidad de Tiberio hacia sus súbditos cuando aún era César, diciendo que repartía oro a diestro y siniestro fuese a donde fuese, entre otros, a juristas, médicos, plateros y banqueros, en donaciones que iban desde 1 libra de oro hasta 10 sólidos por cabeza [III,11]; refiere además cómo Tiberio quedó impresionado por la enorme cantidad de oro que encontró en el tesoro acumulado por Justino y Sofía; de hecho, su declarado propósito era ponerlo de nuevo en circulación. La prodigalidad de Tiberio y la inmensa cantidad de oro de la que dispuso, golpearon con fuerza la imaginación de los occidentales, quienes buscaron en diversas leyendas sobre tesoros encontrados por Tiberio la causa de su generosidad y riqueza. Al respecto, vid. Gregorio de Tours: V.19 y Pablo Diácono: III.12, pp. 299-303.

Sofía, la despechada esposa del difunto Justino, se apoderara de centenares de libras de oro del tesoro, tantas que Juan de Éfeso –contemporáneo de los hechos– se vio en la imposibilidad de precisar la cantidad exacta. Pues bien, pese a todo lo anterior, Tiberio contaba aún con oro suficiente como para emprender grandes construcciones, reclutar grandes levas de soldados y reconducir la desastrosa guerra con Persia iniciada por Justino hacia una cada vez más segura victoria⁹⁵².

Repitémoslo una vez más: sólo en 582, cuando Mauricio subió al trono, el tesoro se halló en una difícil situación, aunque no catastrófica. Mauricio, con más o menos dificultades, halló siempre el suficiente oro como para llevar a buen término la difícil y costosa guerra contra Persia que, dicho sea de paso, terminó con el traslado de la frontera de la Romania en Oriente hasta límites que no había conocido desde el siglo IV, y con la colocación del Rey de reyes persa en condición de vasallo con respecto al Augusto de la Romania; suficiente oro como para derrotar y someter a los rebeldes *maurii* y al reino romano-bereber de Altava; como para poner freno a las depredaciones de los lombardos, reconquistarles parte del terreno en el norte de Italia y llevarlos a una situación extremadamente difícil; para frenar a los visigodos en Hispania y, en fin, para que se derrotase y empujase a ávaros y eslavos hasta el otro lado del Danubio.

Además, Mauricio se permitió hacer un crecido préstamo a Cosroes I; celebró magníficas fiestas, luchas de fieras y espectáculos en la capital; convirtió su pequeña e insignificante ciudad natal, Arabissos Tripotamos, en una ostentosa ciudad y afrontó numerosas construcciones militares y civiles⁹⁵³. Para llevar a cabo todo esto hace falta oro y el imperio, entre 565 y 602, dio pruebas más que sobradas de tenerlo.

Se podrá entonces acudir, para justificar todo lo anterior, a los habituales estereotipos legados por los historiadores de la época que nos presentan a un Justino y a un Tiberio manirroto, o a un Mauricio avaro y venal. De acuerdo, pero téngase en cuenta que las obras se terminaron, las fiestas se celebraron, los donativos se entregaron, los sueldos se pagaron, las exenciones fiscales se aplicaron y las guerras se ganaron, o al menos, se resolvieron favorablemente. Todo lo cual es imposible si no se dispone de oro; es decir, si el tesoro está vacío y no puede llenarse. Así que no se puede sostener la hipótesis de que el imperio se hallaba al borde del colapso económico en 565 y de que Justino II halló tal penuria de fondos en su tesoro que, agobiado por las pesadas cargas que le imponían los bárbaros, se vio obligado a cambiar de política y afrontar la guerra.

¿Pesados subsidios cuyo desorbitado peso hacía preferible la guerra como alternativa menos costosa? Veámoslo.

⁹⁵² Juan de Éfeso: III.10-11.

⁹⁵³ Véanse, entre otras muchas referencias a grandes banquetes, fiestas y espectáculos, construcciones, embellecimiento de Arabissos Tripotamos y diversas prodigalidades de Mauricio, a Juan de Éfeso: V,14; V,18; V,22-23 y VI,35-36; Teofilacto Simocata: 3,6,5 y 3,8,6-8; Sebeos: 37-39.

El imperio venía pagando anualmente a Persia 30.000 sólidos desde 561⁹⁵⁴. De hecho, Justiniano había pagado de golpe siete anualidades (210.000 sólidos), de manera que Justino no tenía nada que pagar hasta 568-569, momento en el que entregó a Persia, en un solo pago, tal como exigían las cláusulas del tratado de fines del 561, tres anualidades, 90.000 sólidos. A partir de ahí, Justino debía de pagar anualmente, por lo que, en 572, sólo estaba ya obligado a entregar 30.000 sólidos. Dicha cantidad anual pactada por Justiniano con Cosroes I a fines del 561, suponía la cifra más baja lograda por Persia de la Romanía desde los días de la paz del 532 y para Justiniano representaba el equivalente a la paga anual de sólo 1.500 soldados de sus ejércitos de campaña. Es decir, a Justiniano la paz con Persia le suponía el equivalente al sueldo anual del 1% de sus tropas de campaña. Teniendo en cuenta que la guerra con Persia suponía la movilización de, al menos, los ejércitos de campaña de Armenia y Oriente (45.000 hombres), y de no menos de 20.000 soldados de frontera (lo que suponía sólo en sueldos, no menos de 1.000.000 de sólidos), los 30.000 sólidos por año convenidos con Cosroes I suponían una cifra ridícula comparada con el gasto militar mínimo que suponía una guerra con Persia. Así que, esos 30.000 sólidos, lejos de suponer una pesada carga, eran realmente un gran alivio.

Ofreceremos otros ejemplos para que puedan establecerse comparaciones. Sólo en la teatral escena del pago de los acreedores de Justiniano, Justino II desparramó por la arena del hipódromo una cantidad de oro muy superior al pago anual que el imperio había concertado con Persia por la paz del 561-562; y sólo en la construcción de uno de sus edificios, el gran faro o torre de Constantinopla, Justino II gastó mucho más oro del que le hubiese costado atender al pago de los subsidios de Persia a lo largo de todo su reinado.

¿Algo más concreto y clarificador? 30.000 sólidos, la cantidad que el imperio debía de pagar a Persia, equivalía a poco más de 416 libras de oro. Pues bien, sólo el tesoro del Patriarca de Alejandría ascendía a 8.000 libras de oro (es decir, 576.000 sólidos de oro), mientras que el sueldo del Prefecto de África –funcionario que no era el mejor pagado del imperio– ascendía a 100 libras de oro, es decir, a 7.200 sólidos, o lo que es lo mismo, a casi una cuarta parte del oro entregado anualmente a Cosroes I a partir de la paz de 561⁹⁵⁵.

¿De verdad puede seguir sosteniéndose que los subsidios pagados a Persia representaban una carga tan pesada que Justino II prefirió afrontar la guerra para así

⁹⁵⁴ Acerca de la cláusula del tratado de paz de fines de 561 que establecía el pago de 30.000 sólidos anuales a Persia, *vid.* Menandro Protector: frag. 6.1, pp. 61-63.

⁹⁵⁵ En efecto, ese era el montante del tesoro patriarcal de Alejandría en 610, en los primeros años del patriarcado de Juan de Chipre o el Limosnero. *Vid.* Leoncio de Neápolis, *Vida de Juan de Chipre*: p. 517, en donde, al hacer su testamento, el santo testifica que cuando subió al trono patriarcal alejandrino, su sede contaba con un tesoro de 80 centenarios de oro, es decir, 8.000 libras de oro. En cuanto al sueldo del prefecto de África quedó recogido en las disposiciones del Código de Justiniano. *Vid.* al respecto GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R, *Las estructuras ideológicas...*, *op. cit.*, pp. 168-169.

poder librarse de ellos? Bien, se nos dirá: los 30.000 sólidos anuales que el imperio debía de entregar a Persia no representaban una carga agobiante, es cierto, pero ¿y el pago de los demás subsidios abonados por el imperio a los pueblos bárbaros del Danubio, de Oriente y del resto de los límites? ¿Acaso la suma de tantos subsidios no gravitaba sobre las cuentas del imperio de forma insostenible? Analicémoslo.

Además de con Persia, el imperio tuvo desacuerdos con los ávaros y con los sarracenos lakmidas por la cuestión del pago de los subsidios. ¿Qué suponían en 565 el pago de los subsidios debidos a ávaros y a lakmidas? Pues bien, por la paz de fines del 561 o inicios del 562, Justiniano estipuló pagar a los vasallos árabes de Persia, los lakmidas, un subsidio anual de 100 libras de oro⁹⁵⁶, el equivalente a 7.200 sólidos, cantidad similar –como acabamos de ver– a la que percibía el Prefecto de África y que apenas si alcanzaba para pagar el sueldo anual de 375 soldados de los ejércitos de campaña. No parece mucho, sobre todo si esas 100 libras suponían el cese de las incursiones de los lakmidas y demás sarracenos sometidos a Persia, cuyos estragos suponían para el imperio un quebranto muchas veces superior al pago de esas 100 libras de oro por año.

¿Y los ávaros? Ellos fueron los primeros en ser despedidos por Justino II quien se negó a pagarles los subsidios y regalos que Justiniano les venía entregando desde 558 y 562. ¿Qué suponían esos pagos y regalos para el imperio? Pues muy poco, una cifra tan despreciable que las fuentes, que recogen puntilliosamente los subsidios pagados por el imperio a persas, sarracenos y demás belicosos vecinos, no nos han proporcionado ese dato. De hecho, sólo mencionan los regalos que se les entregaban a los ávaros: triclinios chapados en oro, cinturones de oro, lujosos mantos y ropajes... A cambio de esas fruslerías y de una pequeña cantidad de oro amonedado, Justiniano logró que los ávaros lo librasen de los cutriguros, utriguros, onoguros, antas, sabiros, etc., pueblos que, antes de que los ávaros los aniquilaran o sometieran, acrobillaban al imperio con sus incursiones o cobraban de él subsidios.

No era pues mal negocio pagar a los ávaros. Justiniano sólo les entregó vistosos regalos, algunas libras de oro y la posibilidad de ocupar unas tierras en Panonia, las de los hérulos, que no controlaba directamente y que los ávaros debían de conquistar eliminando a los enemigos del imperio. ¿A cuántas libras de oro nos estamos refiriendo? Las fuentes –como se ha dicho ya– no precisan la cantidad, pero de la lectura atenta de Menandro, contemporáneo de los hechos y conocedor de los documentos oficiales, se puede al menos establecer una estimación que no debe de estar muy lejos de la realidad.

En efecto, Menandro nos cuenta cómo en 568, los ávaros, tras aniquilar a los gépidos en colaboración con los lombardos, cruzaron el Danubio y atacaron a los

⁹⁵⁶ Menandro Protector: frag. 6.1, pp. 69-71.

romanos en Sirmium en donde sufrieron una derrota estratégica, pues se mostraron incapaces tanto de aniquilar al ejército imperial, como de tomar la ciudad. El khagan estaba dispuesto a retirarse reconociendo su derrota, pero se hallaba en la difícil situación de salvar su prestigio, sin el cual sería abandonado por las tribus que comandaba. Para lavar su prestigio, el khagan se entrevistó con el jefe de las tropas de Justino II en Sirmium y le explicó, sin más, lo difícil de su situación y la urgente necesidad que tenía de recibir regalos y algo de oro de los romanos con los que presentarse ante sus guerreros y justificar su retirada sin menoscabar su prestigio y autoridad. Pues bien, el khagan sólo pedía a los romanos a cambio de su retirada y de la paz, una bandeja o gran plato de plata, un vestido lujoso y un pequeño *amontofo*, esto es, una pequeña cantidad de oro en calidad de subsidio. La magnitud del “pequeño *amontofo*” se nos evidencia en el siguiente pasaje de Menandro en el que un alto funcionario de la región balcánica se decide, tras el fracaso de las negociaciones en Sirmium y la reanudación de la guerra, a intentar apaciguar al khagan y lograr su retirada al otro lado del Danubio. Pues bien, este alto funcionario de la región, buen conocedor por tanto de la política seguida por el imperio con las tribus de la zona, consideró que bastarían 800 sólidos para que el khagan estuviese de nuevo dispuesto a retirarse de territorio romano. Evidentemente, teniendo en cuenta el escaso tiempo transcurrido entre la fracasada solicitud hecha por el khagan ávaro de que le entregasen una pequeña cantidad de oro, una bandeja de plata y un lujoso vestido, y el ofrecimiento al khagan de 800 sólidos por parte de un alto funcionario de la región balcánica, es lícito llegar a la conclusión de que los 800 sólidos de oro representaban la suma del “pequeño *amontofo*” solicitado por el khagan poco antes en Sirmium.

Ahora bien, si tenemos en cuenta el difícil momento en el que debió de hallarse el khagan ávaro ante sus guerreros y su petición, podemos concluir que los 800 sólidos que posiblemente formaban el “pequeño *amontofo*” que solicitó inútilmente, representaban una cantidad algo menor que aquella otra que recibiera del imperio en calidad de federado de éste, antes de la subida de Justino II. Pero tampoco demasiado inferior, pues el khagan, que en 568 se mostraba tan preocupado por salvaguardar su prestigio, no se habría podido presentar ante sus guerreros y las inquietas tribus con una cantidad de oro excesivamente inferior a la que poco antes habían estado recibiendo del imperio. Por tanto y como conclusión, los ávaros, antes de la subida al trono de Justino II, debieron de percibir una cantidad de oro superior a los 800 sólidos (que en 568-569 fueron suficientes para lograr su retirada) o una cantidad similar, como mucho, a aquella otra que, por los mismos años, percibían los árabes aliados de Persia, esto es, unas cien libras de oro (7.200 sólidos).

Es lógico que así fuera, pues los ávaros de 558-561, aquéllos con los que pactó Justiniano, estaban muy lejos de ser los terribles enemigos que llegaron a ser a partir de 573. En 558-561, los ávaros sólo eran unos fugitivos que buscaban un nuevo país y

unas nuevas alianzas que los pusieran a salvo de los turcos. Menandro, nuestro mejor y más seguro informante sobre los primeros años de los ávaros en Europa, nos dice que los ávaros hacían peticiones muy moderadas en sus tratos con Justiniano. Esta afirmación de Menandro casa perfectamente con el resto de datos que sobre esta cuestión pueden reunirse; también con la situación de extremada debilidad en la que los ávaros se hallaban al entrar en contacto con el imperio. Teofilacto, buen conocedor de los ávaros, señala esta situación de terrible debilidad de los ávaros a su llegada al escenario europeo y con ello nos confirma en nuestra deducción. Y es que esos ávaros, tomados en servicio por Justiniano como herramienta con la que acabar con las incursiones de cutriguros, utriguros, onoguros, antas, sabiros y demás pueblos que hostigaban sus fronteras danubianas, no podían aspirar más que a recibir unas vagas promesas sobre la entrega por parte del imperio de unas tierras que no dominaba y que tendrían que ser conquistadas por los ávaros con la espada; a algunos vistosos regalos que realzaran el abatido prestigio de los khaganes ávaros y a una pequeña cantidad de oro, tan pequeña que los historiadores bizantinos contemporáneos de los hechos ni tan siquiera se creyeron obligados a reseñar⁹⁵⁷. Así que tampoco el oro entregado a los ávaros debía de poner en graves aprietos al imperio.

30.000 sólidos a los persas, 100 libras o 7.200 sólidos a los sarracenos aliados de Persia, unos cuantos regalos y, como mucho, otras 100 libras de oro para los ávaros. En total poco más de 616 libras de oro al año, esto es, unos 44.352 sólidos. No parece una cantidad capaz de llevar a la ruina a un imperio como la Romanía. De hecho y como se ha demostrado repetidamente en las páginas anteriores, Justino gastó cantidades mucho mayores en cualquiera de sus pomposas celebraciones, construcciones o liberalidades.

Cierto es que, aunque las fuentes no nos transmiten los detalles ni los nombres, el imperio debía de pagar también subsidios o entregar “regalos” a otros pueblos. Pero dado que eran mucho menos importantes y peligrosos de lo que lo eran los persas, los ávaros o los sarracenos lakmidas, es de suponer que la cuantía de los mismos debía de ser mucho menos elevada que la entregada a persas, lakmidas y ávaros. Así que, en el peor de los casos, el total no doblaría la cantidad que el imperio entregaba a persas, ávaros y sarracenos, es decir, no pasaría, en ningún modo, de los 100.000 sólidos anuales. En cualquier caso, no parece una cantidad lo suficientemente pesada como para agobiar sobremanera a un imperio de las posibilidades económicas y financieras de la Romanía, ni como para que ese imperio, supuestamente agobiado por esos subsidios, contemplara con buenos ojos el desencadenamiento de una serie de guerras que le iban a costar millones de sólidos e innumerables quebrantos territoriales y humanos.

⁹⁵⁷ Los datos que hemos ofrecido en nuestra exposición pueden encontrarse en Menandro Protector: frag. 5.1, pp. 49-53; frag. 12.5, pp. 135-137; frag. 12.6, p. 139, y frag. 25.1, p. 217.

Pero es que, además y como golpe definitivo a la teoría tradicional de que el giro de la política exterior de la Romania efectuado por Justino II se justificaba por el agobio que para el imperio significaba el pago de los subsidios, ni ávaros, ni persas fueron a la guerra con la Romania por causa de que ésta se negara a pagarles lo estipulado en los tratados que años atrás firmaran con Justiniano. Ya lo hemos apuntado en las líneas anteriores, pero ahora volveremos sobre ello con mayor detenimiento.

Comenzando con los ávaros, éstos no se embarcaron en la guerra con la Romania a causa de que Justino no hiciera frente a los compromisos que Justiniano había contraído con ellos, sino por culpa de la agresiva política de Justino en el Danubio. De hecho –un dato incontestable que se suele pasar por alto– la negativa de Justino a renovar el *foedus* con los ávaros se produjo a fines de diciembre de 565, mientras que la guerra entre ávaros y romanos no estalló hasta la primavera de 568, casi tres años más tarde. No hay pues una relación inmediata causa-efecto entre ambos hechos. Los ávaros no atacaron de inmediato al imperio tras la negativa de Justino a renovar con ellos los tratados firmados por su tío, sino que permanecieron por dos años y medio al norte del Danubio sin atacar el limes romano.

La agresiva política desarrollada por Justino en la región danubiana llevó al imperio a romper la alianza con los lombardos y a fiarse de las promesas de los gépidos, los más inseguros y peligrosos aliados posibles. Fue esa torpe jugada diplomático-militar de Justino la que movió a lombardos y a ávaros a buscar una alianza contra los gépidos que triunfó y derivó –como ya demostramos– en un acuerdo para coordinar sus futuros e inmediatos ataques contra la Romania en Italia y el Danubio.

En 565, cuando los ávaros fueron despedidos por Justino II sin recibir nada, su khagan Baian permaneció dos años y medio sin llevar a cabo ninguna agresión directa contra el imperio. En esta fecha, tanto los ávaros como los romanos sabían que una guerra entre ambos sería en principio favorable a la Romania. Los ávaros, pese a sus recientes victorias sobre cutriguros, utriguros, onoguros, antas y sabiros, no eran aún en 565 la formidable potencia que llegaría a ser hacia 578, cuando lograron dominar a la mayor parte de los eslavos que habitaban entre Moravia y el bajo Danubio, y cuando su control sobre Panonia, Nórica y Dacia había quedado ya completamente consolidado. Por eso, cuando los ávaros fueron despedidos por el Imperio, se limitaron a retirarse a sus territorios y a buscar un nuevo aliado que les permitiera asegurar su reciente e inestable posición en el Danubio. Ese aliado necesario fueron los lombardos y la torpeza de Justino no radicó tanto en negarles unos subsidios que para el imperio nada suponían, como en obligarles a establecer dicha alianza.

Los ávaros necesitaban aliados urgentemente. No llevaban en el Danubio ni cuatro años y aún no habían tenido el tiempo suficiente como para digerir y ubicar en el interior de su naciente imperio los restos de los pueblos búlgaros y eslavos que

acababan de derrotar durante los años 558-562. No olvidemos que los ávaros habían llegado a las estepas europeas como refugiados, como los mermados restos de un gran imperio que los Tu-kiu habían aniquilado en 552. Cuando, en 556-557, emprendieron la última etapa de su fuga ante los Tu-kiu, que les llevaría desde las estepas orientales y meridionales del Mar de Aral, en el imperio efalita, hasta las del Kubán y el Terek, al norte del Cáucaso, no contaban sino con 20.000 guerreros⁹⁵⁸, una cifra en modo alguno temible y muy lejos de las hordas que su khagan Baian movilizó contra el imperio durante las guerras de fines del siglo VI e inicios del VII⁹⁵⁹.

Fue esa debilidad inicial y el temor de que los turcos retomaran su campaña de exterminio contra ellos –como sucedería en 576– lo que les llevó a buscar la alianza con la Romania y sólo cuando, tras sus iniciales victorias sobre los enemigos de Justiniano, comenzaron a incorporar a sus filas a los supervivientes de estos pueblos, como vasallos o súbditos, aumentó su poderío militar y su capacidad de ejercer presión sobre los romanos, hasta convertirse en un verdadero peligro para la supervivencia del imperio.

A fines del 565 ese proceso de aglutinación de los pueblos vencidos en el seno del Imperio ávaro, aún no había dado los resultados apetecidos para el khagan ávaro. Las pruebas incontestables de que así era nos las dan las fáciles victorias logradas por las armas romanas sobre los ávaros en 565 y 568, y la apurada situación en la que se vio el khagan tras su fracaso ante Sirmium de 568, cuando su mayor temor era ver cómo las tribus que comandaba le negaban su apoyo y se separaban de él.

Pero todo lo anterior vino más tarde. En 565 era la Romania quien detentaba la hegemonía en la región danubiana. La fácil victoria que Justiniano había logrado en los últimos días de su reinado sobre los ávaros y que obligó a éstos a mantenerse en paz al norte del Danubio y a respetar los tratados concertados anteriormente con ellos, estaba demasiado próxima en el tiempo y era un precedente demasiado tentador para Justino II quien deseaba ganar en popularidad a su rival en la carrera por el trono: Justino el general, el hijo de Germán. Como se recordará fue él quien, por orden de Justiniano, rechazó a los ávaros en el Danubio, momento en el que conoció la muerte del emperador y la subida al trono de su rival, Justino II. ¿Qué mejor forma podía haber para el nuevo augusto Justino II de oponerse a su rival en el trono que obligar a los ávaros a aceptar una guerra desventajosa para ellos o humillarlos por completo si se negaban? Esa y no otra es la explicación del brusco giro dado por Justino II a la política que Justiniano practicó en los últimos años de su reinado.

⁹⁵⁸ Menandro Protector [frag. 10, 1-3, pp. 115-117] transmite este precioso dato que le fue proporcionado a los romanos por los Tu-kiu. La cifra de 20.000 ávaros que según el jefe turco habían logrado huir hacia Occidente, representa sólo la de los guerreros, tal y como demostramos más adelante.

⁹⁵⁹ En 626, por ejemplo, el khagan ávaro reunió frente a los muros de Constantinopla a 80.000 guerreros. *Vid.* Jorge de Pisidia: IV, *Bellum Avaricum*: 215-225. Para todo lo relativo al sitio ávaro-persa de Constantinopla de 626 puede consultarse nuestro trabajo “Constantinopla ciudad sitiada A.D. 626”, en E. Motos y M. Morfakidis (eds.), *Constantinopla. 550 años desde su caída ...*, *op. cit.*, t. I, pp. 110-133.

Pero Justino II, alentado por el fácil triunfo ante los embajadores ávaros, orientó su política exterior a la búsqueda de la popularidad mediante la continua demostración de la superioridad romana. Esa agresiva política comenzó en el Danubio y no se detuvo con el “incidente ávaro” y ahí estuvo el primer error cometido por Justino. Si el emperador no hubiese atendido a los requerimientos de Cunimundo y se hubiese limitado a velar por el mantenimiento del equilibrio logrado por Justiniano al norte del Danubio, los lombardos no hubieran concertado una alianza con los ávaros, los cuales, humillados por el Augusto, necesitaban urgentemente reforzar su posición ante los pueblos por ellos sometidos. Los ávaros necesitaban un nuevo aliado y esa alianza la lograron gracias a Justino II quien, al decantarse por el gépido Cunimundo, se había enemistado con los lombardos de Alboino. La victoria también se la puso en bandeja el Augusto, pues al dejar abandonados a su suerte a los gépidos y contemplar con regocijo su destrucción por la reciente alianza ávaro-lombarda, posibilitó a los ávaros restaurar su mermado prestigio y acrecentar su poderío con los restos del pueblo gépido y con la inclusión en su imperio de las tierras de su destruido reino.

Fue Justino II quien humilló a los ávaros y quien después, inconscientemente y merced a su torpe política danubiana, los restauró en su poder y prestigio; fue él también quien, al enemistarse con los lombardos y sustituir al eficiente Narsés por el pusilánime Longino preparó a los lombardos el camino hacia Italia. Y es que el lombardo Alboino, conocedor de las posibilidades y debilidades de Italia gracias a los informes de los numerosos auxiliares lombardos que habían servido en ella contra los ostrogodos, decidió aprovechar el incremento de su poderío militar tras su victoria sobre los gépidos y la difícil situación militar generada en Italia por la destitución de Narsés, y conducir a su heterogénea horda de lombardos, gépidos, búlgaros, sármatas, sajones, panonios y demás restos de las migraciones y conquistas de los siglos V y VI, a afincarse en un nuevo reino conquistado por la espada entre las fértiles campiñas de la Italia del norte. Alboino se aseguró la retaguardia –ya lo vimos– mediante un nuevo tratado con los ávaros que cedía a éstos Panonia y Nórica, a cambio de que los ávaros lanzaran un ataque de distracción contra el limes danubiano.

Fue una jugada maestra de Alboino que Justino, ya enredado con la reanudación de las disputas con Persia, no pudo contrarrestar. Justino II se lanzó contra Persia con la misma motivación que antes le había impulsado a ir contra los ávaros: la búsqueda de prestigio y un sobreestimado cálculo de la superioridad romana. Al sopesar los acontecimientos de la última guerra contra Persia, la librada en Lázcica, el emperador llegó a la certera conclusión de que, al cabo, la Romania superaba a Persia en poderío militar. Sabía también que la tregua de 557 y el tratado de fines del 561 habían sido buscados por Persia y que evidenciaban su urgente necesidad de tener las manos libres en Asia central. También que Persia estaba teniendo ya problemas con los turcos en su frontera oriental y de todo ello debió de deducir que Persia, al igual que unos meses

antes los ávaros, cedería ante su presión. Y lo hizo, pues –como ya hemos visto– Cosroes I no aceptó en un principio el enfrentamiento que Justino le ofrecía: dio largas al embajador de Justino en los temas candentes, los subsidios a los lakmidas y la entrega de Suania, y se manifestó dispuesto a llegar a nuevos acuerdos.

Por eso Justino, cada vez más seguro, elevó la presión: desairó al embajador persa en Constantinopla, aceptó sin dudarle un instante la alianza contra Persia que le ofrecía el Yabgu de los turcos occidentales, alentó la sublevación de la Armenia persa y renovó y amplió la alianza con los axumitas de Abisinia con la intención de desalojar a los persas del Yemen. Por último, y como desafío final, se negó a pagar los 30.000 sólidos que los persas debían de recibir en 572-573, según el tratado de 561⁹⁶⁰.

Así que, tras intentar evitarla, Persia fue a la guerra tal y como quería Justino, aunque para ese entonces ya había pasado la gran oportunidad de Justino II: para 572-573 los lombardos acababan de tomar Verona y se habían consolidado en Italia del norte, mientras que los mauri y los visigodos amenazaban el poder romano en África y en Hispania. Por si todo lo anterior fuese poco, Persia estaba mejorando por momentos su situación estratégica: los turcos, alentados por su alianza con los romanos, se habían lanzado demasiado pronto al ataque; o por mejor decir, Justino no se lanzó a la guerra cuando debía y los dejó solos. Enfrentada sólo a los turcos, Persia tuvo tiempo de frenarlos en seco en su frontera nororiental y de volverse hacia su frontera romana antes de que los ejércitos de Justino tuviesen tiempo de dañarla seriamente. Y todo eso a la par que derrotaba, uno tras otro, los ejércitos axumitas enviados al Yemen.

De esta forma, en 572-573, Persia podía ya –al contrario que en 568– volverse contra la Romania. Justino le había proporcionado, de hecho, como hizo con los ávaros, la oportunidad para ello. Aunque en un principio había valorado adecuadamente la situación persa, Justino no había comprendido que, de consolidarse las conquistas persas en Bactriana y Yemen, éstas multiplicarían el potencial bélico y económico de su gran rival. De esta forma, el emperador dio tiempo a Cosroes I para asentar sus conquistas, ampliarlas y extenderlas, y para reubicar sus ejércitos desde su frontera nororiental, hasta su frontera romana.

Todo esto ha sido ignorado por la historiografía contemporánea que, aunque concedora de los acontecimientos, no ha establecido la adecuada relación temporal, política y militar de los mismos, ni su verdadera repercusión en los cambios sufridos en la correlación de fuerzas entre la Romania y Persia. Cuando en 572-573 comenzaron las hostilidades, la Persia que tenía frente a sí Justino II era muy superior que la que Justiniano combatiera en los años cincuenta del siglo VI.

Definitivamente, en contra de lo que se ha venido afirmando, no fue el agobio económico sino la cadena de torpezas y cálculos erróneos que acabamos de mostrar, la

⁹⁶⁰ Menandro Protector: frag. 16,1, pp. 153-154.

que llevó a Justino II a dar un giro tan repentino a la política de su difunto tío. Eso y la necesidad casi enfermiza de lograr un prestigio militar y popular que no tenía y del que había gozado hasta su muerte su odiado rival y pariente, el infortunado Justino, el hijo de Germán. Y es que Justino II, tan inestable –mentalmente hablando–, tan supeditado a los deseos de su esposa⁹⁶¹, tan dócil a los manejos de Calínico y Tiberio, debía de sentirse incómodo ante las glorias de su difunto tío y la fama militar del otro Justino.

Que pese a todo la Romania sobreviviera a la locura de Justino II, que terminara por vencer a Persia, hacer retroceder a los ávaros y frenar la avalancha eslava, sostenerse frente a los lombardos, domeñar a los mauri y controlar los embates visigodos, es la prueba más evidente que se pueda presentar de su fortaleza y poderío.

Pero todo eso vino después. En 572, pese a que había tenido que avenirse a llegar a un acuerdo con los ávaros y pese a sus sonadas derrotas ante mauri, visigodos y lombardos, Justino seguía pensando que podía derrotar a Persia. Desatadas las hostilidades, un ejército romano se lanzó sobre Arzanene, la provincia noroccidental de la Mesopotamia persa, y devastó el país logrando superar, con más facilidad de lo esperado, las posiciones y la resistencia persas.

Los persas se hallaban aún movilizando sus tropas desde su frontera nororiental hacia el nuevo frente mesopotámico. Esta realidad ha sido por completo ignorada hasta el presente, lo que ha hecho que los prolegómenos y primeros compases de la guerra romano-persa de 572-590, no hayan sido ni enfocados ni entendidos convenientemente. En efecto, en los primeros meses del 572, Cosroes y lo mejor de sus ejércitos se hallaban ocupados en la defensa de sus fronteras nororientales frente al inminente ataque turco. Éste se produjo, al cabo, sobre dos puntos distintos: el paso del Derbent, situado muy cerca de las costas suroccidentales del mar Caspio y defendido –como ya se vio– por grandes muros y fortalezas; y la muralla y fortificaciones de Gurgan, en el extremo suroriental del mar Caspio. De los dos ataques, el más formidable –según al-Tabari– fue el lanzado sobre el Derbent. Allí, 110.000 jinetes turcos se estrellaron inútilmente contra las formidables defensas persas defendidas por 5.000 savaran persas y por un número indeterminado de infantes⁹⁶².

⁹⁶¹ Un rápida nota biográfica de Sofía, en GARLAND, L., *Byzantine Empresses: Women and Power in Byzantium, A.D. 527-1204*. Nueva York, 1999, pp. 40-58 concretamente.

⁹⁶² Esta victoria de Cosroes I sobre los turcos no ha sido suficientemente valorada ni relacionada con lo sucedido entre romanos y persas durante los años 572-573. El decisivo encuentro tuvo lugar, según al-Tabari [vol. V, 896, p. 153], en la región del paso del Derbent, en el Cáucaso oriental, y los turcos fueron rechazados pese a constituir un ejército de 110.000 hombres. Según al-Tabari, Cosroes I contaba con 5.000 jinetes y con un número indeterminado de infantes para defender los muros y las fortalezas del Derbent. Al parecer, también fue rechazado otro ataque turco al otro lado del Caspio, sobre las fortificaciones de Gurgan. ¿Cuándo ocurrió esta batalla? Nadie ha dado una fecha precisa, que sepamos, pero la mayoría de los eruditos acepta que ocurrió a fines de la década del 560 o a inicios de la del 570. En nuestra opinión, debió de entablarse en los primeros meses del 572, pues poco antes, en 569, como cuenta Menandro Protector [frag. 10,3, pp. 119-123], el Yabgu Istemi había roto relaciones con Persia y tanteado sus fronteras con incursiones, a una de las cuales se disponía a ir cuando despidió al embajador de Justino II. Evidentemente, el soberano turco esperaba a que regresara su segunda embajada a Justino

Los persas pues, estaban muy ocupados en defenderse de los turcos como para atender convenientemente la inminente ofensiva romana. De ahí la escasa resistencia que presentaron ante este primer ataque romano y la facilidad de los primeros triunfos de los rebeldes armenios conducidos por Vardan el Rojo. Pero también de ahí que al año siguiente, Cosroes I, terminada la concentración de sus tropas en el frente mesopotámico, avanzara sobre la frontera romana con un ejército como nunca se había visto hasta entonces en las anteriores guerras romano-persas: 183.000 soldados persas, esto es, 23.000 savaran o jinetes pesadamente armados, 40.000 infantes profesionales y 120.000 paighan, es decir, campesinos pobremente armados y apresuradamente reclutados mediante levass forzosas. Ese era el número y composición del fenomenal ejército conducido por Cosroes I contra Dara, la ciudad-fortaleza romana clave en la defensa de su limes oriental⁹⁶³.

No sólo eso, derrotado un primer ejército persa en Armenia por los rebeldes, Cosroes pudo enviar un segundo ejército allí y de esa manera inmovilizar a los aliados armenios de Justino II. Además, un tercer cuerpo de ejército persa penetró en el valle del Orontes y devastó la fértil y rica región, y llegando hasta los arrabales de Antioquía y saqueando Heraclea de Siria y Apamea del Orontes. Los romanos, mientras tanto, se hallaban asediando Nísibe, la principal ciudad-fortaleza en el norte de Mesopotamia. Pero las noticias que llegaron sobre los progresos de los persas y la marcha de Cosroes hacia Nísibe desde Dara para socorrer a la primera, unidas a la deposición de su general por el emperador, causaron, primero el descontento, luego el desconcierto y por último el pánico. Un pánico que conllevó la dispersión inmediata del ejército romano que asediaba Nísibe antes de que Cosroes I se presentara allí con sus tropas.

Justino II debió de comprender entonces que había minusvalorado las fuerzas con que contaba Cosroes. En efecto –como vimos– los persas habían llevado a cabo un notable incremento de su potencial bélico precisamente en los años que median entre 557 y 573. De manera que la Persia que ahora se arrojaba sobre el limes romano, tras desembarazarse momentáneamente de los turcos, era mucho más poderosa que aquella otra que derrotara Justiniano en Lázica durante la anterior guerra romano-persa. Ante aquel formidable empuje, los romanos retrocedieron y al cabo, tras un duro asedio de

antes de lanzarse a una acción decisiva contra los persas, pues deseaba coordinar con los romanos su ataque. Es fácil suponer por esto, que no fue sino hasta 571 cuando el jefe turco contó con la seguridad de que Justino se preparaba, como él, para la guerra. A partir de ahí, tuvo que dedicar algún tiempo a reunir sus tropas y a trasladarlas hacia Gurgan y el Cáucaso oriental, operación que debió de llevarle varios meses. Por tanto, los ataques turcos señalados por al-Tabari no pudieron acontecer sino en los primeros meses del 572. Que los persas tuviesen entonces que concentrarse en rechazar a los turcos es lo que explica que no pudiesen terminar sus preparativos de guerra contra los romanos y que el primer ataque de éstos fuese fácil y efectivo. Evagrius apunta esto cuando dice [V, 8] que Marciano tuvo con los persas encuentros favorables antes de que éstos estuviesen listos para la guerra.

⁹⁶³ Los datos precisos sobre el número y clase de las tropas del ejército persa que atacó Dara han sido transmitidos por la llamada *Crónica de 1234* [66, 203.20-205.7] que contiene materiales procedentes de una crónica siríaca del siglo VII.

más de cinco meses de duración, Dara cayó en manos persas⁹⁶⁴. El triunfo de Cosroes I era su mayor victoria desde los ya lejanos días en que tomara Antioquía, allá por 541. Siria se abrió ante él y en Armenia la rebelión comenzaba a flaquear.

Para Justino, sin embargo, era un golpe tan grande y grave que su estabilidad mental, no demasiado sólida por cierto, se vino abajo⁹⁶⁵. El Augusto comenzó a tener ataques de cólera durante los cuales mordía, golpeaba y perseguía a parientes, servidores, dignatarios e incluso al Patriarca de la ciudad, el cual recibió del emperador tal puñetazo que sus ayudantes tuvieron que sacarlo inconsciente del palacio a donde había ido para intentar reconfortar a Justino con su bendición. Otras veces Justino era presa de ataques de pánico, lo que sucedía en cualquier momento, incluso en mitad de las audiencias y recepciones públicas. Durante esos ataques de pánico, el emperador se ponía a gritar y a llorar, y corría despavorido hasta su cama para meterse bajo ella y gemir como un niño asustado.

Para paliar estos desarreglos, la augusta Sofía y la corte dispusieron todo tipo de entretenimientos con la intención de tranquilizarlo y restituirle la alegría, la confianza y la moral. Uno de ellos consistía en subirlo a una especie de carro o columpio en donde el emperador era balanceado y conducido a toda velocidad por los corredores y salas del palacio empujado por varios y fuertes sirvientes. Al parecer, la sensación de velocidad – según cuenta su contemporáneo Juan de Éfeso – relajaba al soberano y lo hacía sonreír; otras veces se recurría a un órgano que era tocado día y noche junto a la habitación del emperador y allí donde éste se desplazara, pues el órgano en cuestión fue dotado de ruedas para tal fin, ya que se había observado que su música tranquilizaba al Augusto.

Pero, pese a todos esos entretenimientos, a todos los médicos y sacerdotes que trataron de sanar al Augusto, Justino seguía siendo presa de sus raptos de locura. Hasta tal punto fue así que, según nos relata la *Historia Nestoriana*, menos recatada que las fuentes bizantinas a la hora de retratarnos la locura de Justino II, la emperatriz y sus consejeros se vieron obligados a meterlo en una jaula dorada para impedir así que agrediera a los funcionarios, cortesanos y embajadores extranjeros, pues en no pocas ocasiones, el Augusto creía ser un perro y, poniéndose a ladrar, intentaba morder a los presentes. Cuando salía de esa jaula, un grupo de jóvenes seleccionados por su gran fuerza, dada la fortaleza de Justino II, tenían el encargo de reducirlo en cuanto se presentara una de sus violentas crisis. En una de ellas, el emperador mordió con tal

⁹⁶⁴ Evagrio Escolástico: V,10.

⁹⁶⁵ Según Teófanos [6065, 246], que sigue a Teofilacto, Justino II comenzó a perder el juicio en octubre de 572. Se trata de un error, porque el episodio descrito por Teófanos -una pelea entre Baduarius y Justino- sólo representa un simple ataque de ira y no evidencia indicio de locura en el Augusto; además, y más importante, porque Evagrio Escolástico [V,11], contemporáneo de los hechos, señala que fueron las noticias sobre la caída de Dara las que provocaron que Justino perdiera la razón. Este testimonio está corroborado por otro contemporáneo, Menandro Protector [18,1, p. 157], quien coloca igualmente la locura de Justino tras la caída de Dara, y presenta a Tiberio y a Sofía sin saber qué hacer ante la locura del

fuerza en la cabeza a dos de esos jóvenes que estuvieron a punto de morir. El más terrible temor se extendió por la ciudad, pues durante unos días corrió el rumor de que el Augusto había devorado a dos de sus criados⁹⁶⁶.

El imperio parecía sometido al castigo de Dios. Así lo creían los contemporáneos y no es de extrañar que así lo creyeran: su emperador estaba loco y el mundo entero parecía haberse puesto en marcha contra ellos. Los ávaros, concedores sin duda de las derrotas romanas frente a Persia, decidieron aprovecharse de ellas y cruzaron el Danubio saqueándolo todo a su paso. Tiberio corrió al limes danubiano a taponar la nueva brecha, pero, esta vez, las tropas romanas fueron derrotadas⁹⁶⁷.

En Italia, los lombardos seguían con sus avances, tras seis años de triunfos y devastaciones. Aunque Alboino había muerto en 572, víctima de una conjura organizada por su esposa Rosmunda, la infortunada hija del rey gético Cunimundo, los lombardos no se detuvieron por ello. Los hechos ocurrieron como sigue: Alboino había logrado tomar Pavía en el verano de 572 y con ello consolidar sus conquistas del norte de Italia. Tras este triunfo, se retiró a Verona, su capital, a descansar y planear sus siguientes pasos en la conquista de Italia. Pero Alboino abusó de la paciencia de su esposa. Así, durante una fiesta en palacio, Alboino decidió que, para volver a brindar por su reciente victoria en Pavía, no había mejor copa que aquella que años atrás mandara hacer con el cráneo de Cunimundo, el antiguo rey de los géticos y padre de su esposa Rosmunda. Alboino no se limitó a beber en la vaciada cabeza de su vilipendiado suegro sino que, como era su costumbre, obligó a beber también en ella a Rosmunda.

Aquello fue demasiado para la hija del rey Cunimundo y se puso de inmediato a planear el asesinato de Alboino. Tras hacerse con el apoyo de un importante noble lombardo y de varios guerreros de palacio, Rosmunda se acostó con su socio en la conjura. De este modo, tal y como creían los antiguos y paganos germanos, transmitía a aquel noble lombardo la fuerza y la autoridad de Alboino; de esta forma, una vez asesinado su odiado esposo, aquel hombre estaría legitimado para proclamarse rey y tomarla a ella como esposa.

El plan se llevó a cabo poco después y Alboino, sorprendido sin armas y sin guardias gracias a una hábil maniobra de Rosmunda, fue asesinado por un guerrero partidario de Rosmunda y de Helmici, el noble que se había conjurado con ella para tomar el poder. Este último, nada más haber sido asesinado Alboino, tomó la corona y se casó con Rosmunda. Pero otros duques lombardos se negaron a reconocer su autoridad y se rebelaron contra los asesinos de Alboino. Sin embargo, Rosmunda y su nuevo esposo lograron ponerse a salvo gracias a Longino, el ineficiente gobernador

Augusto y la sucesión de desastres que acosaban al imperio. Justino nunca había sido un hombre estable, pero en modo alguno parecía un loco antes del desencadenamiento de su extraña enfermedad mental.

⁹⁶⁶ Juan de Éfeso: III, 2-5; *Historia Nestoriana*: 97, XXXIII, pp. 189-190.

⁹⁶⁷ Teófanos: 6066, 247; Evagrio Escolástico: V, 11.

bizantino de Italia a quien entregaron el tesoro real de los lombardos, que tuvo que ser muy bien recibido, y a la hija del asesinado Alboino. Rosmunda y Helmici, los frustrados sucesores de Alboino, no tardarían mucho sin embargo en caer víctimas de nuevas conspiraciones, esta vez urdidas por Longino. Éste, una vez asesinado Helmici y muerta Rosmunda envió a Justino II el tesoro real lombardo y a la hija de Alboino⁹⁶⁸. No obstante, los romanos no extrajeron ningún beneficio de estos luctuosos acontecimientos. Longino no hizo nada para marchar contra los lombardos en mitad de semejante confusión, si bien es posible que no pudiera hacerlo, pues, para esa fecha, la guerra había estallado ya con Persia y el imperio no podía distraerse en Italia enviando a ella hombres y recursos.

En cualquier caso, los lombardos se recuperaron pronto de la conmoción y eligieron a un nuevo rey: Clepis. Éste reanudó los ataques contra las posiciones romanas y se mostró aún más implacable si cabe, con los antiguos miembros de la *nobilitas* italiana y del funcionariado imperial que caían en sus manos. La destrucción, el hambre y la peste siguieron asolando el norte de Italia y los lombardos lanzaron nuevas expediciones de saqueo más allá de los Apeninos.

Pero Clepis fue a su vez asesinado en 574 y, tras él y por diez años, los lombardos no eligieron a rey alguno, sino que se dividieron bajo la jefatura de más de 30 duques que se dedicaron a recorrer Italia saqueándola. Fue una suerte, no obstante, pues, al dividirse tanto, los lombardos fueron ya incapaces de continuar aumentando sus conquistas de forma significativa. Lo esencial de la Italia bizantina estaba a salvo y permitía establecer, si las tornas cambiaban, las bases para una futura contraofensiva romana⁹⁶⁹.

Mientras tanto, en África la situación distaba mucho de ser estable, aunque había mejorado un tanto desde las tres derrotas sufridas por las tropas del imperio en 569, 570 y 571. En Hispania, sin embargo, percatándose los visigodos de la solidez de las posiciones romanas en la península, optaron por dejarlas en paz y concentrarse en otros frentes. Así en 572, abandonando la guerra contra el imperio, Leovigildo se lanzó contra Corduba, ciudad que llevaba ya largo tiempo sublevada contra la autoridad de los reyes godos. Así que, por lo menos en este frente, el imperio pudo gozar de una tranquilidad que le iba a permitir en breve recuperar la mayor parte de las posiciones conquistadas por Leovigildo⁹⁷⁰.

Incluso en Egipto se registraron algunos ataques nómadas desde el sur y el oeste. No es pues de extrañar que ante semejantes ataques y ante la locura de su emperador,

⁹⁶⁸ Pablo Diácono: II, 28-30, pp. 267-275; RAVEGNANI, G., *I Bizantini in Italia...*, op. cit., p. 75. Sobre el ritual germánico por el cual un jefe lograba la realeza y la autoridad regia al mantener relaciones sexuales con la esposa del soberano *vid.* p. 229 de la Introducción al libro II de Pablo Diácono, en la traducción italiana de A. Zanella.

⁹⁶⁹ Pablo Diácono: II, 31-32, pp. 275-277; Gregorio de Tours: IV, 41; FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, op. cit., pp. 718-719; RAVEGNANI, G., *I Bizantini in Italia...*, op. cit., pp. 75-76.

los habitantes de la Romania se hallasen al borde del pánico y con la sensación de que Dios los estaba castigando. Por fortuna para ellos, Sofía, la ambiciosa esposa de Justino II, no había perdido la cabeza. Apoyándose en Tiberio, quien desde fines del 573 comenzaría a detentar el auténtico poder en el imperio, Sofía comprendió que había que lograr una tregua con Persia que le permitiera reorganizarse y solucionar el problema de la sucesión de Justino II. Abiertas las negociaciones con Persia, ésta se mostró de acuerdo en otorgar una tregua de un año a cambio de 45.000 sólidos, si bien la tregua no estaría vigente más que en Mesopotamia y Siria, dejando Armenia abierta a la continuación de las operaciones bélicas⁹⁷¹. Sofía y Tiberio aceptaron de inmediato el acuerdo y se pusieron a reordenar la complicada situación en la que se hallaba el imperio.

¿Por qué aceptó Cosroes I la tregua de fines del 573? Esta pregunta es vital si se quiere comprender realmente la situación, pero nadie –que yo sepa– se la ha hecho. Se da por sentado que 45.000 sólidos eran una razón lo suficientemente grande como para que Cosroes I dejara a un lado sus recientes victorias y no se lanzara sobre una Siria y una Mesopotamia romanas que permanecían abiertas ante los ejércitos persas tras la toma de Dara. Pero esta suma de dinero no fue, claro está, la causa principal en la favorable actitud de Cosroes ante las proposiciones de tregua (primero por un año y luego por tres) que le hicieran los romanos. Cosroes sabía –dice Menandro– que los romanos sólo querían ese intervalo de paz para rehacerse, reclutar nuevas fuerzas y trasladar otras hacia el frente oriental; como también sabía que sus ejércitos, saqueando Siria y Mesopotamia, podían aportarle mucho más que esos 45.000 sólidos. Pero Cosroes I necesitaba tiempo para reorganizar sus ejércitos y afrontar con éxito el resto de desafíos abiertos ante él por la política de alianzas puesta en marcha por el ahora enloquecido Justino II.

Nos referimos al Yemen y a los turcos. En efecto, como se recordará, Persia no sólo estaba en guerra con la Romania, sino también con los abisinios y los turcos. Estos últimos habían sido vencidos en 572, pero Cosroes I no podía seguir concentrando la práctica totalidad de su poder militar efectivo en la frontera sirio-mesopotámica dejando desguarnecidos sus límites orientales. De ahí que se mostrase dispuesto a concertar una tregua parcial que, reduciendo el frente romano a Armenia y sin abandonar por completo la guerra que tan favorable le estaba siendo, le permitiera reducir los escenarios de los combates y los efectivos necesarios para atenderlos. Si había paz en Siria y Mesopotamia Cosroes podría concentrarse en Armenia y golpear allí con fuerza; al mismo tiempo, enviar algunas tropas al Cáucaso, a Gurgan y al Oxus, para prevenir posibles ataques turcos. Pero no sólo a esos lugares, sino también al Yemen. Y es que

⁹⁷⁰ FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, op. cit., pp. 733-734.

⁹⁷¹ Menandro Protector: frag. 18, 1-4, pp. 157-161.

los abisinios, tal como acordaran con Justino II en 572, habían lanzado una fuerte contraofensiva en el Yemen, lo que obligó a Cosroes I a enviar allí más tropas⁹⁷².

Esas eran las verdaderas razones que movieron a Cosroes I a aceptar la tregua que se le ofrecía, las mismas que motivaron que, al año siguiente, en 574, no sólo se mostrara a renovar la, sino a ampliarla por cinco años. Tuvo que ser Tiberio, quien no necesitaba de tanto tiempo para reorganizar sus ejércitos y lanzarlos a la victoria, y no Cosroes, todavía enredado en Yemen y en su frontera oriental, quien se negó a firmar una renovación de la tregua por cinco años y quien insistió en que sólo fueran dos años los que estuviera vigente la nueva tregua. Al final, persas y romanos llegaron al acuerdo de que fueran tres años durante los cuales, a cambio de 30.000 sólidos por año, se mantuviera la paz en Siria y Mesopotamia⁹⁷³.

Poco antes de firmar esta nueva tregua con Persia, Tiberio (ahora Flavio Anicio Tiberio Constantino) fue adoptado por Justino II y proclamado César. Justino II llevó a cabo el acto anterior aprovechando un breve lapso de lucidez mental y bajo la presión de su esposa. Sofía esperaba –como refiere Juan de Éfeso– que Tiberio, una vez muerto Justino II, se divorciara de su esposa y la tomara a ella como nueva mujer, para que de esta guisa ella pudiese seguir cogobernando como Augusta⁹⁷⁴. Sin embargo, el joven Tiberio, nada más ser proclamado César el 7 de diciembre de 574, fue apartando a Sofía, gentilmente pero de forma efectiva, de los asuntos de gobierno.

El 7 de diciembre comenzaba pues el gobierno en solitario de Tiberio y con él se cerraba la negra etapa abierta por el régimen de Sofía y Justino II. Como para significar el venturoso cambio, la peste que azotaba Constantinopla desde hacía unas semanas, dejó ese mismo día de castigar a la capital.

La peste se detuvo, pero no Tiberio. En algún momento de finales del 574 firmó la paz con los ávaros previa entrega de 80.000 sólidos por año. Era mucho más, como vimos, de lo que jamás hubiese soñado el khagan Baian, quien no sólo estuvo dispuesto a dejar en paz a la Rumania sino también a facilitarle reclutas para sus ejércitos.

Fue un acierto por parte de Tiberio concertar la paz con los ávaros, pues Persia comenzaba a ver con malos ojos los primeros indicios de la reacción romana y se sintió tentada de aprovechar el desconcierto que todavía reinaba en Oriente para lanzar una fuerte ofensiva por Armenia que, recuérdese, no estaba amparada por la renovada tregua firmada a fines del 574. Cosroes I, al frente de un poderoso ejército persa dotado de amplias fuerzas de caballería pesada y de un cuerpo de elefantes de guerra, rebasó en primavera las posiciones romanas e inutilizó con su sorpresivo y rápido avance la fuerte

⁹⁷² Para estas nuevas luchas en Yemen contra los axumitas de Abisinia, *vid.* al-Tabari, V, 957-958, pp. 251-252.

⁹⁷³ Menandro Protector: frag 18, 4-5, pp. 161-163; Evagrio Escolástico: V.12.

⁹⁷⁴ Acerca de la intención de Sofía de que Tiberio, dejando a su legítima esposa, la tomara en matrimonio y reinara con ella, *vid.* Juan de Éfeso: III, 7-10. En cuanto a la proclamación de Tiberio como César, *vid.*

posición romana de Teodosiópolis, la ciudad clave en la defensa de la Armenia romana. El camino hacia Cesarea y con él la conquista de Capadocia y Ponto, quedaba abierto.

Nada parecía oponérsele y, no obstante, ya se estaban reuniendo nuevas tropas romanas para enfrentársele en las montañas de Capadocia y Ponto. Tiberio había aprovechado muy bien el año y medio de tregua logrado por sus embajadores:

1. En primer lugar, nombró a Justiniano, hijo de Germán (hermano de Justino, el antiguo rival al trono del ahora enloquecido Justino II) como *Magister militum per Orientem*. Al igual que su difunto hermano, Justiniano era un excelente general y gozaba de gran popularidad entre las filas del ejército, por lo que su nombramiento contó con el agrado de las tropas destacadas en el frente persa.
2. En segundo lugar, gracias a la reciente paz concertada con los ávaros, Tiberio pudo enviar desde el Danubio tropas de refresco al limes oriental.
3. En tercer lugar y esto fue lo más significativo, emprendió una masiva recluta de nuevas tropas. Miles de belicosos provinciales procedentes en su mayor parte de Panonia, Iliria, Tracia, Mesia e Isauria; multitud de guerreros germanos reclutados en las lejanas orillas del Rin, soldados godos, contingentes de eslavos, y numerosos jinetes ávaros y búlgaros fueron reclutados y enviados a reforzar los ejércitos orientales que ahora comandaba Justiniano. Tiberio –tal y como resalta Teofilacto– no tenía problemas para llevar a cabo estas levas masivas con rapidez, pues el oro abundaba. Y es que, como acabamos de ver una vez más, la crisis de la hacienda y la economía de la Romanía, tantas veces anunciada por nuestra moderna historiografía, seguía sin aparecer por ningún lado⁹⁷⁵.

De este modo, cuando Cosroes I se disponía a tomar Cesarea de Capadocia, se encontró con la desagradable sorpresa de que frente a sí tenía un formidable y bien comandado ejército, y no un país abierto a su conquista. Justiniano había logrado trasladar el grueso de sus ejércitos desde las riberas del Eúfrates hasta Capadocia,

Evagrio Escolástico: V, 13; Juan de Éfeso: III, 5, quien recoge el testamento político de Justino II. Consúltese también la *Historia Nestoriana*: 87, pp. 189-190, con la visión persa de este hecho.

⁹⁷⁵ Teofilacto Simocata [3.12.4] señala en su narración cómo la abundancia de oro de Tiberio facilitó el rápido reclutamiento de grandes fuerzas. Evagrio Escolástico [V.14] cita la procedencia de esos reclutas, su gran número y excelente disposición para el combate; también la rapidez de su reclutamiento y su rápido envío a Justiniano el general, quien ya disponía de ellas cuando detuvo a Cosroes, no lejos de Cesarea de Capadocia, a inicios del 576. Por lo demás, Juan de Éfeso [III.25-26] señala la presencia de soldados godos de fe arriana reclutados por Tiberio para luchar en Oriente contra Persia. Esta noticia debe de conectarse con la nueva política de Tiberio en Italia, hasta donde envió tropas de refresco al mando de Baduarius quien sustituiría al incapaz Longino y logró inicialmente una brillante victoria sobre los duques lombardos. Posiblemente los godos mencionados por Juan de Éfeso no serían sino guarniciones ostrogodas italianas que, ante la poca confianza que suscitaban en Tiberio, fueron reemplazadas por las

mientras que mucho más al este, en la Albania Caucásica y el Cáucaso oriental, otro ejército romano comandado por los generales Curs y Teo, permanecía victorioso e intacto, tras haber obligado a las tribus de la región aliadas de los persas a entregar rehenes a los romanos. De esta guisa, amenazaba la retaguardia de Cosroes quien, por otra parte, veía sus líneas de comunicación con Persia atacadas por los rebeldes armenios⁹⁷⁶.

Cosroes pensó en ese momento en ordenar la retirada de su ejército hacia Armenia y Arzanene, pero su Mobadh Mobadan, su sumo sacerdote del fuego, lo convenció para que prosiguiera con el avance. Intentó pues esquivar a los romanos que guardaban el camino de Cesarea de Capadocia y para ello dobló hacia Sebastea con la intención de tomar esta ciudad y penetrar en el valle del río Halys y en el Ponto. Mas de nuevo los romanos le cerraron los caminos y acosaron con tal habilidad sus líneas que le impidieron seguir avanzando. Cosroes no tuvo más remedio que retroceder apresuradamente hacia el Eúfrates, máxime cuando su ejército –según Juan de Éfeso– era sensiblemente menor que el comandado por Justiniano.

Pero Justiniano no le dio tregua y lo fue acosando y envolviendo hasta obligarlo, no lejos de Melitene, a detenerse y plantear batalla en condiciones desfavorables para el ejército persa.

II. LA REACCIÓN ROMANA Y LA DERROTA DE PERSIA. 576-590.

En los primeros días de 576, los ejércitos de la Romania y Persia, comandados respectivamente por el *Magister militum per Orientem* Justiniano y por el Shahansha Cosroes I, se hallaban desplegados frente a frente en la llanura que rodea a Melitene. La gran ciudad había sido ya saqueada por los persas y ahora éstos se veían obligados a detenerse por el ejército romano. Hasta entonces, Persia había logrado llevar a su campo la victoria y parecía imparable; si lograba una vez más el triunfo, lograría imponer su hegemonía a la Romania. La batalla de Melitene sería pues una batalla decisiva.

Fue también, según nos relatan Teofilacto Simocata y Sebeos, una dura batalla. Una larga línea de caballería fue desplegada por Cosroes I para intentar envolver al ejército rival. Pero Justiniano ordenó a sus tropas formar un denso y cerrado cuadro contra el que se estrelló la carga de la caballería persa. Antes de que ésta pudiese rehacerse o recibir el apoyo de su infantería, la caballería de Justiniano flanqueó una de

tropas de Baduarius y enviadas a Oriente, donde su posible traición en favor de los lombardos no era ya de temer.

⁹⁷⁶ Menandro Protector: frag 18,5-6, pp. 163-171.

las alas de la formación enemiga y envolvió al ejército persa. Fue el comienzo del pánico para las tropas de Cosroes que, en pleno desorden, huyeron hacia el Eúfrates. Miles de guerreros persas se ahogaron en las crecidas aguas del río y otros tantos más fueron acuchillados por los romanos mientras trataban de huir. El campamento persa y con él el tesoro real, la tienda del gran rey con su magnífico y lujoso mobiliario, parte del harén real, la propia *banbishnan banbishn*, la reina de las reinas, y hasta el sagrado altar del fuego que el rey portaba en sus desplazamientos, fueron capturados por Justiniano y sus hombres. El propio Cosroes sólo logró ponerse a salvo cruzando el río montado en uno de sus elefantes de guerra y rodeado por los restos de su caballería y elefantes⁹⁷⁷.

La derrota sufrida por Cosroes I fue tan traumática para él que emitió, al llegar a Persia, un edicto por el cual prohibía a los futuros reyes de Persia el ponerse al frente de sus ejércitos a no ser que los del enemigo estuviesen comandados por el propio Augusto de los romanos. La batalla de Melitene había sido pues la mayor victoria lograda por las armas romanas sobre Persia desde los días de Diocleciano y Galerio, y esto se pasa por alto y no se valora convenientemente.

Cosroes I sí lo valoró acertadamente, ya que ofreció la paz de inmediato a los romanos y, después de algunos tira y afloja, estuvo dispuesto a concertarla en los términos en que Tiberio exigía que fuese sellada: los persas no recibirían de la Romania ningún pago o subsidio a cambio de la paz y Persia permitiría a los armenios e iberos de su territorio emigrar libremente a territorio romano. Dara, a cambio de una cantidad de oro por determinar, volvería a manos romanas y la Romania, por su parte, evacuaría Perso-Armenia e Iberia⁹⁷⁸. Dicho de otro modo: Persia perdía lo poco que había extraído de la paz de 561, renunciaba a sus conquistas de 573, cedía Suania a los romanos y reconocía sus fronteras y área de influencia, y permitía a la Romania ejercer su tutela sobre los armenios e iberos del Cáucaso.

⁹⁷⁷ Acerca de la victoria de Justiniano sobre Cosroes en Melitene, *vid.* Evagrio: V. 14; Juan de Éfeso: VI. 8-10; Teofilacto Simocata: 3,14,1-11; Sebeos: 6-7; Juan de Biclario: año décimo de Justino, 140, 1, p. 86; *Historia Nestoriana*: 105, XXXVII, p. 197. Incluso en Occidente se guardó memoria de esta gran victoria, pues Pablo Diácono [III, 13] dice que el general Justiniano capturó en ella 20 elefantes y tantas riquezas como pudieran desearse. Michael Whitby escribió un excelente artículo en torno a esta batalla (“The persian king at war”, *The roman and byzantine army in the east*. Krakow, 1994, pp. 227-263), a pesar de que disintimos en no pocos puntos de sus conclusiones. Consúltense también: del mismo autor, *The emperor Maurice...*, *op. cit.*, pp. 264-267; GREATREX, G., *Roman Eastern Frontier...*, *op. cit.*, pp. 154-157. Hay que reseñar que Michael Whitby considera que la versión de Juan de Éfeso sobre la batalla de Melitene es más segura que la de Teofilacto Simocata, versión esta última que califica de “retórica”. Whitby parece olvidar que la versión de Teofilacto se encuentra apoyada por la de Sebeos, quien también resalta la dureza del combate y el férreo orden mostrado por las filas de combatientes. Por otro lado, la lectura atenta de Evagrio ofrece una versión de la batalla que complementa las de Teofilacto y Sebeos, y está más acorde con éstos que con la de Juan de Éfeso. Es pues indudable que la “retórica” de Teofilacto está más cerca de la realidad de los hechos que la narración de Juan de Éfeso y que, por lo tanto, Whitby erró en su juicio. *Vid.* WHITBY, M., *The History of Theophylact...*, *op. cit.*, p. 95, notas.

⁹⁷⁸ Menandro Protector: frag. 20,2. p. 183.

No es de extrañar que Cosroes estuviese, en el verano de 577, dispuesto a firmar la paz a cualquier precio y es de suponer que, viendo como iban las negociaciones y el abatimiento en que se hallaba el gran rey persa, la paz se hubiese firmado, al cabo, todavía con mejores condiciones para la Romania que las mencionadas arriba. Y es que, tras su victoria en Melitene, Justiniano no se había detenido sino que, tras acosar al huido Cosroes y a los restos de su ejército, penetró en Perso-Armenia y avanzó hasta Albania y Atropatene, llegando con sus hombres hasta las orillas del Caspio, cosa que no había vuelto a suceder desde los lejanos días de las campañas de Pompeyo y Trajano, más de seiscientos años atrás. Aún más, Justiniano tomó algunos barcos y saqueó las orillas meridionales del citado mar sembrando el terror entre los persas⁹⁷⁹.

Llevadas a cabo estas hazañas, Justiniano acampó en territorio enemigo y puso bajo dominio romano la mayor parte de la Perso-Armenia y Albania, así como Suania e Iberia. Tras el invierno, permaneció sobre el terreno y consolidó los progresos de la campaña anterior, con lo que es fácil comprender que Cosroes –como hemos visto más arriba– estuviese tan bien dispuesto a concertar la paz. Si los romanos se apropiaban de Iberia, Perso-Armenia y Albania, Persia quedaría de nuevo relegada a la condición de potencia de segundo orden y expuesta a ataques directos de los ejércitos romanos sobre su territorio propiamente dicho.

Pero esta halagüeña situación se torció para la Romania tan súbitamente como había surgido, pues Justiniano y sus hombres se habían granjeado la antipatía de muchos iberos y armenios por su afición al saqueo. Aprovechando el creciente descontento, un ejército persa penetró tras las líneas romanas y sorprendió a Justiniano y sus tropas a comienzos del otoño de 577. Los romanos fueron batidos y, aunque el ejército no fue destruido y Justiniano logró retirarse en orden y volver a plantear batalla a los persas con cierta ventaja, el daño ya estaba hecho⁹⁸⁰.

Cosroes había recuperado la confianza en sus ejércitos y rompió las negociaciones de paz nada más llegarle las noticias del triunfo persa sobre Justiniano. Un ataque persa fue lanzado sobre Osroene y aunque –como se ha apuntado– Justiniano logró detenerlo, la situación había cambiado drásticamente, pues los romanos habían perdido la iniciativa y el control sobre Perso-Armenia y el Cáucaso oriental. Justiniano murió en el invierno del 577 en extrañas circunstancias y Tiberio nombró como nuevo *Magister militum per Orientem* a un hombre de su círculo más íntimo: Mauricio, el futuro emperador⁹⁸¹.

No obstante, en 578 la situación no tenía ya la gravedad que había tenido en 573. A pesar de que en Italia la guerra se reavivara y aunque el conflicto con Persia no estaba

⁹⁷⁹ Evagrio Escolástico: V.14; Teofilacto Simocata: 3.15.1-2; Juan de Éfeso: VI.10.

⁹⁸⁰ Teofilacto Simocata: 3.15.8-9; Juan de Éfeso: VI.10; Sebeos: pp. 7-8; Menandro Protector: frag. 23.4, p. 201

⁹⁸¹ Juan de Éfeso: VI, 27.

en modo alguno cerrado, lo cierto es que la superioridad de la Romania sobre Persia en recursos militares y económicos se estaba imponiendo, lenta pero claramente. La guerra con Persia era lo esencial pues, repitámoslo, era en Oriente y no en el Danubio o en Italia, donde la Romania se jugaba su poderío y su futuro. Y era el caso que en Oriente, tras la victoria de Melitene y la triunfante expedición de Justiniano hasta el Caspio, y pese a la inesperada victoria persa del otoño de 577, las tornas habían girado a favor de la Romania. Persia había jugado con su habilidad para llevar a cabo un súbito agrupamiento de tropas sobre el limes romano, y con la sorpresa y el desconcierto que esa rápida concentración y su devastador empuje, había provocado sobre las filas romanas. Sin embargo, pasada la sorpresa y rehechas las defensas, la Romania había logrado poner en marcha con éxito, su mayor poderío económico y su mejor gestión de los recursos militares. En poco más de un año, Tiberio había logrado reclutar grandes contingentes de tropas de refresco y enviarlos al amenazado limes oriental, así como restablecer la situación con cierta ventaja para la Romania, pues la sublevación armenia contra Persia aún no se había extinguido y ésta ya no contaba con el factor sorpresa ni con la superioridad numérica para contrarrestar el poderío romano.

Además, Tiberio había logrado detener momentáneamente el avance lombardo en Italia, donde el incompetente Longino había sido sustituido por Baduarius, pariente de Justino II y excelente general que tan buena actuación tuviera en el Danubio durante los años 566-567. Tiberio no lo envió solo, sino que a sus órdenes puso un gran contingente de tropas de refresco, las primeras que llegaban a Italia desde 568. Con estas nuevas tropas y aprovechando la anarquía reinante entre los lombardos (que a la sazón seguían sin rey y divididos bajo el mando de unos 35 duques), Baduarius lanzó una ofensiva en Italia, a fines del 575 o a inicios del 576, y recuperó algunas posiciones⁹⁸².

Tiberio podía mostrarse satisfecho y confiado. En África, la situación se había estabilizado, pese a que Garmul seguía azotando de tanto en tanto los límites de Numidia y la Bizacene; la paz continuaba con los ávaros en el Danubio y en Hispania, los visigodos no inquietaban ya significativamente a la provincia romana del sureste hispano. Tenía, eso sí, dos tragos amargos que tomar: la ruptura de la alianza con los turcos occidentales y la derrota definitiva en el Yemen de sus aliados axumitas de Abisinia.

En efecto, Tiberio había tratado de poner de nuevo en marcha la alianza entre romanos y turcos contra Persia. Para ello les envió en 576, a un nuevo embajador, Valentino. Pero Istemi –Silzibulos– el soberano turco que había pactado la alianza con Justino II, había muerto poco antes de la llegada de los bizantinos y sus hijos se habían dividido el poder, si bien el mayor de ellos ejercía su suprema autoridad sobre los demás. En cualquier caso, los turcos no recibieron bien a Valentino. El hijo de

⁹⁸² RAVEGNANI, G., *I Bizantini in Italia...*, op. cit., pp. 76-77.

Silzíbulo que gobernaba sobre las tierras más al oeste del khanato de los turcos occidentales, acababa de derrotar a los alanos y a los onoguros, y de espantar hasta más allá del Don a los vasallos de los odiados ávaros. Gracias a estas actividades se había enterado y así se lo había hecho saber a su señor y hermano, el Yabgu supremo de los turcos, de que los romanos habían firmado una paz por separado con los ávaros. Por esta causa, los Tu-kiu se indispusieron contra los romanos y recibieron a Valentino con muy mal talante. Los Tu-kiu no podían comprender cómo los romanos –en teoría aliados suyos– habían llegado a un acuerdo de paz con los ávaros, sin tenerlos a ellos en cuenta y sin consultarles. Recuérdese, los turcos occidentales tenían una vieja y sangrienta enemistad con los ávaros y los consideraban como simples esclavos rebeldes a su autoridad. Este comportamiento agraviado del jefe de los Tu-kiu hacia los romanos y ante el embajador de Tiberio por causa de los ávaros, demuestra que los tratados a los que Justino II llegó con los turcos en 569 comprendían no sólo una alianza contra Persia, sino también contra los ávaros. Por eso ahora, los turcos se sentían traicionados por Tiberio y por eso lanzaron, en el verano del 576, un devastador ataque contra la ciudad bizantina de Bósforo, situada en la región donde confluyen el mar Negro y el Azov⁹⁸³.

Por lo demás, es indudable –en nuestra opinión– que las tribus turcas sometidas al jefe que se entrevistó con Valentino y que controlaban ya la región de la desembocadura del Volga y las estepas situadas sobre el Cáucaso oriental, iban a formar el núcleo de lo que, poco más tarde, sería el khanato jázaro. Esta ruptura de la “entente romano-turca” debió de restar fuerza a Tiberio, sobre todo porque mucho más al sur, en el Yemen, y tras violentos combates, los axumitas de Abisinia terminaron de ser vencidos por Cosroes I, lo que indudablemente permitía a Persia concentrarse en el frente romano.

Asumidos estos dos reveses, Tiberio se enfrentó a nuevas dificultades cuando, a fines del 576 o a inicios del 577, Baduarius sufrió una gran derrota ante los lombardos y perdió en Italia nuevos territorios. Poco después de esta gran derrota y quizás a resultas de las heridas sufridas en ella, Baduarius murió, dejando entonces campo libre a nuevas penetraciones de los lombardos hacia el sur⁹⁸⁴.

Tiberio no se dejó paralizar, sin embargo, por su momentánea mala fortuna y reaccionó en Italia con una hábil jugada que le permitía poner en apuros al avance lombardo a la par que no restaba soldados de los otros frentes abiertos. En efecto, tal y como se ha referido ya varias veces, Tiberio, tras la muerte de Justino II y tras ser proclamado Augusto, renunció al *aurum oblativum* que le ofrecían los senadores romanos y les encomendó que usaran las 3.000 libras de oro que le habían traído desde Italia, para intentar comprar a varios duques lombardos y volverlos así contra sus hermanos. De no ser esto posible, Tiberio sugería a los senadores italianos que

⁹⁸³ Menandro Protector: frag. 19, 1-2, pp. 171-179.

compraran el apoyo franco y que éstos lanzaran un ataque desde el noroeste contra los dominios lombardos.

El episodio demuestra dos cosas de suma importancia en las que ya hicimos hincapié con anterioridad: a) que el Augusto seguía atribuyendo a la *nobilitas* italiana un destacado papel en el desempeño de la política imperial en Italia, y b) que a Tiberio no le faltaba el oro.

De hecho, Tiberio llevó a cabo también, a la par que devolvía las 3.000 libras de oro a los senadores italianos, una fenomenal distribución de oro entre sus soldados, 9 sólidos por cabeza además de su sueldo habitual, y eso cuando, poco antes de convertirse en Augusto, había rebajado en una cuarta parte los impuestos a sus súbditos, abolido la tasa de 4 sólidos que se exigía de aquellos que desearan ser inscritos en las listas de beneficiarios de las entregas gratuitas de alimentos en la capital y acabado con varias tasas que gravaban a los comerciantes⁹⁸⁵.

El consejo dado por Tiberio a los nobles italianos de que emplearan las 3.000 libras que habían venido a entregarle como regalo por su ascenso al solio imperial, era particularmente acertado. Una alianza de la Romania con los francos, hasta hacía tan poco feroces enemigos suyos, era más que posible ahora porque los reiterados ataques lombardos contra las Galias estaban favoreciendo un rápido acercamiento entre francos y romanos que, primero Tiberio y después Mauricio, no tardarían en explotar. Antes, sin embargo era necesario impedir cualquier acercamiento posible entre lombardos y francos; de ahí que Tiberio maniobrara hábilmente para romper el acuerdo que, tras la derrota lombarda en Galia de 574, firmaron los reyes Childeberto de Austrasia y Gontrán de Borgoña con los duques lombardos. La diplomacia y el oro romanos, como veremos más adelante, lograron al fin romper la citada alianza⁹⁸⁶.

En verdad, Tiberio tenía aún mucho oro y por eso afrontaba sin temor la renovada guerra con Persia y también pudo reclutar nuevas tropas y enviarlas a África a inicios del 578. Pues aunque –como se apuntó– los mauri de Garmul no lograban desde hacía años victorias de relieve, desorganizaban la economía africana con sus constantes incursiones. Tiberio necesitaba que África volviera a bombear, sin trabas, los recursos que había aportado al imperio desde que Juan Troglita lograra pacificarla y hasta que

⁹⁸⁴ Juan de Biclario: año décimo de Justino, 140, 1, p. 86.

⁹⁸⁵ Juan de Éfeso [V, 6] cita la muerte de Justino durante el transcurso de una intervención quirúrgica que pretendía librarle de los atroces dolores que le causaban las piedras alojadas en su vejiga y riñones; también los beneficios y recortes fiscales otorgados por Tiberio a sus soldados y súbditos [III, 14; III, 11]. En total y sólo en el ejército, Tiberio repartió como *Augustaticum* entre sus soldados no menos de 2.250.000 sólidos; esto es, 75 veces la cantidad que Justiniano había pactado entregar a los persas en 561 y que, según Cameron, Fuentes Hinojo y otros muchos defensores del supuesto agobiante estado económico en que Justiniano dejó a su imperio, tanto pesaba sobre las finanzas imperiales.

⁹⁸⁶ Los ataques lombardos contra las Galias comenzaron en 569-571 y se repitieron constantemente. Los lombardos y sus aliados sajones atacaron varias veces Provenza, la región de Marsella, Saboya y Borgoña, pero en general fueron batidos por los francos. *Vid.* Gregorio de Tours: IV. 42, 44; Pablo Diácono: III, 1-10, pp. 283-297; PIRENNE, H., *Mahoma y Carlomagno...*, *op. cit.*, pp. 58-59.

Garmul había hecho rebrotar la guerra. Pues en un momento en que en Oriente la guerra recobraba bríos, los recursos africanos podían ser muy necesarios.

Por eso Tiberio envió allí como *magister militum* a Gennadio y como prefecto a Tomás, uno de los mentores del poeta Flavio Cresconio Coripo en la corte de Justino II, quien ya había desempeñado con éxito ese mismo cargo en África a fines del reinado de Justiniano y que, como nativo de África, conocía perfectamente los problemas y posibilidades de su prefectura.

Gennadio logró derrotar y dar muerte a Garmul, el soberano de los mauri a quien Juan de Bicláro llamaba “*fortissimum regem*”, y con su victoria, África recuperó la tranquilidad y la prosperidad. No sólo eso, Gennadio, tras su victoria sobre los moros de Garmul, extendió las fronteras de la diócesis africana a costa del reino romano-bereber de Altava que ahora, muerto Garmul, cedió a la presión romana. Estas nuevas conquistas romanas en África supusieron que la estrecha franja de territorios romanos que se extendía sobre las antiguas Cesariense y Sitifense, se ampliara considerablemente y que las comunicaciones con la Tingitana fueran más seguras⁹⁸⁷.

Tiberio pudo contemplar pues con esperanza la reanudación de la guerra con Persia y envió a ella a Mauricio, un hombre de 39 años que había comenzado su carrera como notario de Tiberio cuando éste no era sino *comes excubitorum*, y que, cuando Tiberio fue llamado al poder por Sofía en 573, ocupó el puesto de *comes excubitorum* que hasta ese momento había desempeñado su señor. Mauricio, fuera de este mando en la guardia de palacio, no contaba con experiencia militar alguna de relieve. Sin embargo se comportó magníficamente, pues se dejó guiar en un principio por la plana mayor de expertos militares que Tiberio le había asignado como *magister militum per Orientem*. Además, Mauricio se reveló pronto como un excelente organizador y en breve logró la maestría en su nuevo oficio de general.

En su marcha hacia Oriente desde la capital, Mauricio llevó a cabo levadas en su tierra natal, Capadocia, en Anzitene y Siria, reuniendo en total 15.000 nuevos reclutas. Tras esto Mauricio acampó en un lugar estratégico que le permitía acudir rápidamente tanto a la defensa de Armenia como a la de Mesopotamia y Siria, y dedicó el resto del invierno a mejorar la disciplina de sus soldados.

Los persas contemplaron estos movimientos con inquietud y decidieron golpear de inmediato y antes de que expirara formalmente la tregua de tres años que salvaguardaba la Mesopotamia romana y Siria de los ataques persas. Así, 40 días antes de que terminara la citada tregua, un ejército persa de más de 20.000 hombres penetró en territorio romano, y devastó los campos y aldeas cercanas a Constantina y Teodosiópolis, a la par que ocupaban la fortaleza de Tanurium y que otro ejército persa avanzaba desde Armenia y saqueaba las regiones de Amida y Martirópolis.

Mauricio reaccionó de inmediato. Flanqueando a los persas, avanzó decididamente hacia el interior de la Mesopotamia persa devastando la provincia persa de Arzanene y haciendo en ella 100.000 prisioneros entre la población del país, cristianos nestorianos en su inmensa mayoría, los cuales serían posteriormente enviados como colonos a Chipre. Mauricio penetró tan profunda y rápidamente en la Mesopotamia persa que – según refiere el contemporáneo Agatías– provocó el pánico y la desesperación en Cosroes I quien se hallaba en Corduene, en las montañas de Cardusia, inquietantemente cerca del victorioso avance del ejército de Mauricio. Cosroes se hallaba allí recuperándose de una dolencia y, al tener que huir precipitadamente, ésta se agravó y terminó por provocarle la muerte.

Pero mientras que esto ocurría, Mauricio cambió súbitamente la dirección de su ataque y marchó ahora sobre Nisibe, provocando, una vez más, el desconcierto entre los persas. Por último y a inicios del 579, Mauricio tomó Singara, una de las principales ciudades-fortaleza persas de la Mesopotamia persa.

Muerto Cosroes I, se pensó una vez más en la paz y en que ésta, merced a las grandes y recientes victorias logradas por Mauricio, fuera muy favorable a los romanos. De hecho, Cosroes había ya mostrado su disposición a la paz a fines del verano de 578 y esto hacía pensar a Tiberio que su sucesor en el trono persa no dudaría ya en firmar la paz. Pero el sucesor de Cosroes I, Hormizd IV (579-590), se negó a concertar la paz y reanudó la guerra.

Mauricio avanzó esta vez Eúfrates abajo junto con una flotilla y volvió a penetrar profundamente en territorio persa. Pero los persas respondieron dejando tras de ellos a Mauricio, penetrando en Osroene y devastándola a la par que amenazaban con ello las comunicaciones del general y su posible ruta de retirada. Ante esto el *Magister militum per Orientem* no tuvo más remedio que retroceder apresuradamente para defender su propio territorio. Una serie de combates en Armenia y varios encuentros entre los respectivos aliados árabes de ambas potencias, pusieron fin a esta nueva campaña⁹⁸⁸.

Así que, a inicios del 580 y pese al último contraataque persa sobre Osroene, estaba claro una vez más que la superioridad militar romana se estaba imponiendo frente a Persia. Estas victorias romanas y esta superioridad en el frente oriental, se dejaron sentir en el momento más oportuno posible para la Romanía, pues en el Danubio, los eslavos, azuzados por los ávaros, cruzaron el limes en 579 y saquearon los

⁹⁸⁷ Juan de Biclario: año segundo del emperador Tiberio, 165-170, 1, p. 87; VILLAVARDE VEGA, N., *La Tingitana en la antigüedad tardía (siglos III-VII)*. Madrid, 2001, p. 741.

⁹⁸⁸ Teófanos: 6073, 251; Teofilacto Simocata: III, 14-17; Juan de Éfeso: VI.14-18; Evagrio Escolástico: V, 20; Menandro Protector: 23, 1-12; Sebeos: pp. 9-11; Agatías: IV,29,7-10; *Crónica de 1234*: 73-74. También GREATREX, G., *Roman Eastern Frontier...*, *op. cit.*, pp. 160-162, quien ofrece la mejor reconstrucción de estas campañas; menos certero, en nuestra opinión, WHITBY, M., *The emperor Maurice...*, *op. cit.*, pp. 267-274, quien hace disminuir la cifra de prisioneros hechos por Mauricio en Arzanene desde 100.000 a 10.000, sin dar razones para ello. Esto está en contradicción con todas las fuentes que insisten en esa cifra de prisioneros y en su deportación a Chipre.

territorios romanos. Tiberio, haciendo uso de su prerrogativa sobre los federados ávaros, les solicitó que castigasen a los eslavos, pero los ávaros se comportaron de forma traicionera y, tras cruzar el Danubio con el pretexto de que marchaban a destruir a los invasores eslavos, se revolvieron contra la Romania y asaltaron sus territorios poniéndose a la cabeza de las hordas eslavas que se suponía que tenían que combatir.

En 580, los ejércitos del khagan ávaro Baian, más fuertes que nunca tras la ampliación de su dominio sobre nuevas hordas de eslavos, penetraron profundamente en Tracia y en Iliria, llegando en sus incursiones hasta Grecia. Los eslavos que acompañaban, o mejor dicho, eran empujados por los ávaros, no se asentaban aún –en contra de lo que muchos afirman– en el territorio romano, sino que se limitaban a devastarlo y a regresar a sus bases de partida al otro lado del Danubio; pero su frenesí destructor era tan terrible que la población romana de Tracia, Iliria y el norte de Grecia, sufrió como nunca antes lo había hecho bajo las incursiones bárbaras.

Sin embargo, la llave del limes danubiano era Sirmium y ésta fue hábilmente defendida por los romanos. Pero al cabo, en 581, la ciudad fue fuertemente cercada y privada de auxilio. Tiberio, demasiado ocupado todavía en Oriente, se veía imposibilitado de enviar las necesarias tropas a los Balcanes para restablecer la situación y tanteó con los ávaros la posibilidad de firmar una paz en base al incremento del subsidio que hasta ese entonces venía pagando al khagan ávaro. No sirvió de nada y, en último extremo, Tiberio se mostró dispuesto a entregar a los ávaros el Ilírico y Sirmium con la única condición de que éstos permitiesen retirarse a territorio romano a los habitantes de la gran ciudad balcánica. Tampoco sirvió de mucho esta oferta y los ávaros siguieron presionando sobre Sirmium hasta lograr apoderarse de ella en 582⁹⁸⁹.

Era una gran derrota para el Imperio y por primera vez se puso de manifiesto con meridiana claridad, que los ávaros no eran ya una potencia secundaria, sino un gran imperio capaz de socavar los cimientos de la Romania. Aquellos bárbaros derrotados treinta años atrás por los Tu-kiu en las estepas de Mongolia oriental, aquellos penosos supervivientes que se habían refugiado en 553-554 en el territorio de sus parientes y aliados eftalitas, y que por mor del renovado avance Tu-kiu y de la alianza de Persia con sus implacables enemigos habían huido, una vez más, hacia Occidente en 557 para buscar el amparo y el apoyo de Justiniano en 558, aquellos bárbaros que tan fácilmente habían sido manejados por la diplomacia y las armas de la Romania durante los años 558-571, mostraban ahora un poder y una ambición que nadie podía haber sospechado antes de 565 y que ahora, cuando la guerra contra Persia era tan favorable, cuando en Italia se había ralentizado el avance lombardo y en África la situación era tan propicia a los intereses romanos, desequilibraba la situación internacional y ponía a

⁹⁸⁹ Menandro Protector: frag. 21, p. 193; frag. 25, 1-2, p. 223 y frag. 27,1-3, pp. 239-241; Juan de Éfeso: VI.25 y VI, 30-32; Teófanos: 6091, 278. Véase también la cronología de los primeros ataques eslavos en OLAJOS, T., *Contribution à la chronologie...*, *op. cit.*

Constantinopla, por primera vez desde los tiempos de Atila, bajo la presión simultánea de dos grandes potencias: Persia y el nuevo khaganato ávaro. Así pues, los sucesos ocurridos en Asia Central entre 552 y 557, supusieron un factor decisivo en la historia de la Romania y con ella del mundo antiguo.

Pero Tiberio seguía volcándose en el frente persa, en la opinión acertada, por otra parte, de que una victoria definitiva sobre los persas o al menos una paz ventajosa con ellos, le permitiría volverse con seguridad y potencia irresistible hacia los Balcanes y recuperar allí el terreno que se estaba perdiendo ante ávaros y eslavos. Así, a comienzos del 580, se retomó la ofensiva contra Persia. Un ejército árabe aliado de los romanos derrotó a los aliados persas, los lakmidas, y Mauricio y sus generales penetraron con tremendo éxito hasta Media, saqueándolo todo a su paso⁹⁹⁰.

Los persas, sin embargo, lograron recuperar el control sobre la Albania Caucásica y este éxito parcial fue suficiente como para animar a Hormizd IV a desechar la nueva oferta de paz que le hacía Tiberio. Además, el rey persa había modificado la política religiosa seguida por el imperio hacia los cristianos, al igual que su padre en sus últimos años, y ahora los favorecía con el propósito de sustraer de la influencia romana a los cristianos de la Perso-Armenia, Albania e Iberia. Los magos persas y con ellos su cabeza visible, el Mobadh Mobadan, trataron de oponerse a esta política religiosa desplegada por Hormizd IV, pero el rey se mantuvo firme en ella. Según relata la *Historia Nestoriana*, Hormizd IV contestó así a los requerimientos del Mobadh Mmobadan mazdeísta:

“.. lo mismo que un trono de cuatro patas, no puede mantenerse en pie apoyándose sólo sobre sus dos patas delanteras, sino que también necesita apoyarse sobre las dos traseras para mantenerse firme, así también la religión de los magos no podrá sostenerse, si no hay otra religión que le sea opuesta. Ten pues cuidado, ten cuidado con contrariar las órdenes que di para la protección de los cristianos, para la conservación de sus leyes y para la práctica de sus usos, porque son fieles y obedientes⁹⁹¹.”

Por último, poco antes de la campaña de 581, Hormizd IV supo, como se demostró más tarde durante las nuevas negociaciones de paz de fines del 581, que los romanos tenían muchas dificultades para sostenerse en el Danubio frente a los embates

⁹⁹⁰ Juan de Éfeso: IV, 42; Teofilacto Simocata: 3,17, 3-4. SHAHID, I., *Byzantium and the Arabs in the Sixth Century, Part. I...*, op. cit., pp. 396-408.

⁹⁹¹ Este cambio de Hormizd IV en su política hacia los cristianos es señalado por la *Historia Nestoriana*: 103-104, XXXVII, pp. 195-196. Esta nueva política religiosa se enmarca en la tendencia mostrada ya por su padre, a fines de su reinado, de atraerse a los cristianos de la Perso-Armenia, Albania e Iberia con el fin de neutralizar la política romana en estos países. Sobre este cambio de actitud, Sebeos [p. 8] llega a afirmar que Cosroes I se bautizó antes de morir. También Juan de Éfeso [VI, 20-21] es favorable al rey persa y señala su buena disposición hacia los cristianos monofisitas, es decir, los armenios, albaneses, sirios jacobitas e iberos de su imperio que podían verse atraídos por la Romania. Por su parte, la *Historia Nestoriana* [105, p. 197] cuenta cómo la población de Antioquía de Cosroes (la ciudad mesopotámica construida por Cosroes I para alojar en ella a los miles de prisioneros traídos por él tras su conquista en 541) salió en procesión para rendir tributo al cadáver del viejo rey. Para todo lo referente al cristianismo en el Imperio Sasánida *vid.* la excepcional obra de WIGRAM, W.A., *An introduction to the history of the Assyrian church or the church of the sassanid persian empire 100-640 A.D.*, 1909 (www.sasanika.com).

de ávaros y eslavos, por lo que se suponía que no podrían seguir enviando refuerzos a los ejércitos de Mauricio en el limes oriental.

No obstante, la campaña de 581 se inició con un nuevo y atrevido ataque romano dirigido por Mauricio y al-Mundir, el soberano gasánida. Las tropas romanas y sus aliados árabes penetraron muy al interior de las posiciones persas y devastaron una gran porción de territorio llegando en su avance hasta más allá del Tigris. Pero los persas cortaron el puente que las tropas de Mauricio y al-Mundir habían usado para cruzar el río y aislaron a sus ejércitos que entonces se vieron en situación muy apurada para poder escapar y regresar a territorio romano.

Mientras que Mauricio y al-Mundir trataban de escapar de la encerrona persa, les llegaron noticias de que un ejército persa había atacado con éxito Edesa y Osroene. Mauricio logró al cabo escapar del acoso persa y regresar a sus bases de partida, lo que detuvo los ataques persas en Osroene, pero los persas no fueron derrotados y pudieron refugiarse en Nísibe acarreando con ellos un gran botín y miles de prisioneros. Así, 75.000 de ellos, procedentes la mayoría de Edesa, de los campos de Osroene, Calínico, Dara y Apamea, fueron llevados a presencia del Rey de reyes, el cual, tras entregar muchos de ellos a sus soldados como esclavos, mandó asentar al resto en la ciudad fundada por su padre en las orillas del Tigris: Antioquía de Cosroes.

En suma: la campaña había sido mucho más exitosa para Persia que para la Romanía. Además, Mauricio y al-Mundir desconfiaban el uno del otro, hasta el punto de que Mauricio, con el claro objetivo de justificar su derrota, acusó a al-Mundir de haberlo traicionado contando a los persas los planes que había hecho al comienzo de la fracasada campaña. Tiberio, agobiado por los fracasos de aquel año en Oriente y el Danubio, abrió de nuevo negociaciones de paz con Persia, pero ni ésta, ni la Romanía, estaban dispuestas a ceder demasiado en sus posiciones y las negociaciones se rompieron.

La campaña de 582 fue mucho más afortunada que la anterior para Tiberio. Al-Mundir, el soberano gasánida, deseoso quizás de sacudirse el baldón de traidor que Mauricio había arrojado sobre él, atacó a través del desierto y derrotó a los lakmidas, los aliados árabes de Persia, en una gran batalla; penetró, además, hasta la misma capital lakmida, Hira, tomándola y saqueándola.

Poco después, los persas lanzaron contra Osroene un nuevo ataque, pero esta vez Mauricio pudo detenerlos y obligarles a presentar batalla. Durante la misma (verano del 582), los persas sufrieron una gran derrota y su general murió en la lucha. Mauricio, triunfador, fue llamado por el Augusto a Constantinopla, donde en breve iba a recibir un gran premio a su eficiencia militar. Al-Mundir, por el contrario y pese a su brillante victoria sobre los lakmidas, fue retenido en Constantinopla y privado del poder, lo que

provocó el descontento y la división entre los gasánidas y el consiguiente estrago en el limes sirio-arábigo de la Romania, que vino aquí pues a cometer un craso error⁹⁹².

Mas, en suma, la guerra en Oriente volvía a encauzarse favorablemente para los intereses romanos y como además, se había logrado restaurar el completo dominio sobre África, Tiberio podía estar moderadamente satisfecho. Ya había pasado lo peor de la crisis que desencadenara Justino II y Tiberio había sabido dirigir adecuadamente la situación y encauzar la reacción romana. No sería él, sin embargo, quien rematase la faena y recogiera los frutos de dicha reacción, sino Mauricio, su antiguo secretario y ahora *magister militum per Orientem* y *comes excubitorum*.

En efecto, llegado a la capital en julio de 582, Mauricio se vio sorprendido poco después por la súbita enfermedad del Augusto Tiberio, producida por la ingesta de moras o bayas silvestres, al parecer. Tiberio, sintiéndose morir, solicitó a Sofía, la ambiciosa viuda de Justino II, consejo sobre quién debía de sucederle en el trono puesto que no tenía hijos varones. Sofía le aconsejó que el elegido fuese Mauricio, pues –según relata Gregorio de Tours, aunque su noticia es poco verosímil– Sofía quería casarse con él y volver al primer escenario de la política bizantina.

Sea como fuere, lo cierto es que Tiberio nombró César a Mauricio el 5 de agosto de 585 y luego, el 13 de agosto, lo mandó coronar Augusto en la Sala de los diecinueve lechos del palacio imperial imponiéndole antes, eso sí, el matrimonio con su hija Constantina. Al día siguiente, el Augusto Tiberio moría y Mauricio iniciaba su reinado.

Con anterioridad, el pueblo de la capital rindió un emocionado tributo al Augusto Tiberio durante las exequias fúnebres de éste. Terminadas las honras fúnebres, Mauricio celebró su boda con Constantina y un año más tarde tuvo de ella un heredero con lo que parecía abrirse una nueva dinastía⁹⁹³. Mauricio se iba a desenvolver en el trono con mucha habilidad y acierto, y supo conjugar perfectamente, como su antecesor Tiberio, el uso de la diplomacia con el de las armas. Tres frentes principales tenía ante sí: 1) la continuación de la guerra con Persia, 2) la cuestión de cómo hacer frente al victorioso avance de ávaros y eslavos en los Balcanes, y 3) el problema lombardo en Italia.

Para sustituirlo como *magister militum per Orientem* y hacerse así cargo de la continuación de la guerra contra Persia, Mauricio nombró a Juan Mistacon, general que llevó a cabo, a fines del verano e inicios del otoño del 582, una nueva campaña sobre Arzanene que, comenzada con éxito al principio, terminó en derrota. Al año siguiente, los ejércitos de Mauricio lograron tomar una importante fortaleza persa en la frontera y

⁹⁹² Teofilacto Simocata: 3.17.5-11 y 3.18.1-2; Juan de Éfeso: VI.16-20 y VI, 41-42; Evagrio Escolástico: V, 20; Menandro Protector: frag. 26,1-7, pp. 229-237; *Crónica del 819*: 10.13-14 (CHABOT, J.B., “Chronicon anonymum ad annum domini 819 pertinens”, *CSCO scriptores Syri*, 81, París, 1920, pp. 3-22); *Crónica de 1234*: 74, I; SHAHID, I., *Byzantium and the Arabs in the Sixth Century...*, op. cit., pp. 456-478.

de este modo, la guerra continuó sin decidirse claramente hacia ninguno de los dos bandos⁹⁹⁴. Mauricio, tras el fracaso de unas nuevas negociaciones de paz y deseoso de darle un giro definitivo a su situación militar en Oriente, un cambio favorable que le permitiera volverse hacia el Danubio e Italia, nombró como nuevo *magister per Orientem* a Filípico, un excelente general y hombre de su entera confianza, ya que era su cuñado.

Filípico lanzó una ofensiva en 584 que le llevó hasta el Tigris pero no logró nada tangible; mientras que Mauricio se apoderó torpemente de al-Numan, el hijo de al-Mundir, y acabó definitivamente con el reino gasánida, dividiendo su territorio entre numerosos príncipes locales, algunos de los cuales, por cierto, se pasaron a los persas. Este acto de Mauricio tendría unas consecuencias terribles en el futuro, pues –como se verá– el debilitamiento de los gasánidas y su división en pequeños principados, permitiría a los árabes de los califas Abu Bark y Omar desarbolar con cierta facilidad los límites surorientales del imperio. Frente a ellos, no tendrían un poderoso reino árabe que parara o ralentizara sus golpes iniciales, sino un conglomerado de principados locales fácilmente superables y dispuestos, en no pocos casos, a llegar a acuerdos con los invasores o a mantenerse al margen de sus luchas con el imperio⁹⁹⁵.

Pero todo eso quedaba muy lejos en 584. Para Mauricio, lo esencial estaba en la frontera mesopotámica y allí Filípico obtuvo al fin, la gran victoria que Mauricio había estado esperando desde su acceso al trono. En Solachon (586) el ejército persa fue casi aniquilado por Filípico; sólo su general, que tenía el título honorífico de *Cardarigan*, esto es, “Halcón Negro” (título que los historiadores bizantinos tomaron por su nombre), escapó de ser capturado. La victoria fue ganada por un ejército formado tanto por hombres procedentes del ejército de campaña, como por otros del ejército de la frontera. Tal fue el caso, por ejemplo, de los soldados de la *legio III Parthica* que fueron especialmente ensalzados por Filípico y por el historiador más sobresaliente de este periodo, Teofilacto Simocata, quien se basó en los informes que –como demostrara M. Whitby– procedían del padre del emperador Heraclio, el cual tuvo un papel muy destacado en la victoria de Solachon. Este hecho, la participación en primera línea y de forma relevante, de una unidad de las tropas de frontera (las mismas que, según los tendenciosos informes de Procopio y Agatías, ya no existían en 559), muestra no sólo la pervivencia de estas tropas, sino su gran calidad. Son asuntos de los que ya tratamos

⁹⁹³ Teofilacto Simocata: I, 1,1-6; Juan de Éfeso: V, 14; *Crónica Pascual*: 690; Evagrio Escolástico: V,22; Gregorio de Tours: VI,30; Teófanos: 6074, 252; WHITBY, M., *The emperor Maurice...*, *op. cit.*, pp. 222-242.

⁹⁹⁴ Teofilacto Simocata: 1,9-12.

⁹⁹⁵ Sobre las fallidas negociaciones de paz de 584, *vid.* Miguel el Sirio: vol. II, X, XIX, pp. 349-351; Juan de Éfeso: IV, 39. Con respecto a la definitiva disolución del reino gasánida y su fraccionamiento en numerosas jefaturas locales, *vid.* Miguel el Sirio: vol. II, X, XIX, pp. 349-351; *Crónica de 1234*: p. 113, y Evagrio Escolástico: VI.2.

ampliamente al ocuparnos del verdadero estado de los ejércitos de la Romania a la muerte de Justiniano⁹⁹⁶.

Tras la victoria de Solachon, Filípico enfermó y dejó la continuación de la campaña en manos de Heraclio el Viejo, padre del futuro emperador del mismo nombre. Heraclio condujo al ejército hasta el otro lado del Tigris y saqueó exitosamente las tierras de la Corduene y de Bet Arabaya, tras lo cual, volvió a cruzar el Tigris y regresó a sus bases de partida.

Todo parecía pues marchar de forma conveniente en Oriente. Mientras tanto, en Occidente, Mauricio no había permanecido inactivo. Bien al contrario, en Italia había llevado a cabo una importante acción: la creación del Exarcado. Se recordará que la tendencia general, manifestada claramente ya en la segunda parte del reinado de Justiniano, fue la de dar cada vez mayor participación, en los gastos derivados del ejército, a los fondos del tesoro privado del emperador. Se vio también cómo en Italia, tras la definitiva destrucción por Narsés del reino ostrogodo y tras sus victorias sobre alamanes y francos (552-554), una inmensa cantidad de bienes y tierras, casi una tercera parte de las tierras de pasto y cultivo, pasaron a formar parte de los dominios privados del emperador. Hicimos notar igualmente que Narsés llegó a Italia no sólo como general en jefe, sino también como *cubicularius* del emperador, esto es, como la persona que en última instancia controlaba los dominios privados del Augusto.

Desde esta perspectiva, era perfectamente lógico que, para hacer frente de forma efectiva a la guerra contra los lombardos, se recurriese a reunir en una sola mano los medios necesarios para poder llevarla a cabo; esto es, que la misma persona tuviera el control sobre las dos fuentes del oro que debía de emplearse para hacer frente a la defensa de Italia: las rentas de los dominios privados del emperador y los ingresos de los impuestos sobre la tierra percibidos por la prefectura. Por eso, el primer exarca de Italia no sería otro que Smaragdo, el *cubicularius* y *sacellarius* del emperador, un eunuco dotado de excelentes cualidades que reunió en su persona el poder que antaño detentaban por separado el *magister militum* y el Prefecto, junto con las atribuciones que ostentaba el *cubicularius* del emperador.

La reunión del poder civil y militar en una sola mano no era en modo alguno una novedad. Ya vimos cómo Justiniano inició esta tendencia en numerosas provincias orientales en las que el gobernador era al mismo tiempo el supremo jefe de la administración y del ejército. Tampoco en Italia era algo novedoso, pues Narsés tuvo, si no *de jure*, sí *de facto*, todo el poder en sus manos durante los años 552-566. Lo que sí era nuevo es que dicha tendencia se oficializara y tomara cuerpo en un nuevo título, el de *exarca*, dotado de claras atribuciones que otorgaban a su poseedor una amplia capacidad de maniobra e independencia. De hecho, el cargo de Prefecto no desapareció,

⁹⁹⁶ Teofilacto Simocata: II,2-7. Sobre la batalla de Solachon véase también HALDON, J., *The Byzantine*

pero sus titulares quedaban bajo el mando del exarca quien organizó la defensa del país creando varios ducados en los que asentó tropas bajo el mando de *magister militum*, es decir, duques que a menudo fueron antiguos duques lombardos pasados al imperio.

El nuevo exarca usó bien sus amplias atribuciones. Llegado a Italia en el otoño de 584, Smaragdo contaba ya con la alianza firmada el año anterior por el emperador con los francos. Se trataba de un acuerdo comprado mediante el pago de 50.000 sólidos, que movieron al rey Childeberto II a invadir el norte de Italia y a aplastar a varios duques lombardos. La situación de estos últimos se tornó tan apurada que los supervivientes decidieron, tras casi diez años de anarquía, elegir un nuevo rey que pudiera conducir adecuadamente su resistencia frente a los embates de romanos y francos. Fue así como Autario, el hijo de Clepis, llegó al trono lombardo.

No obstante, no todos los duques se le sometieron, por lo que Autario tuvo que suspender sus actividades contra el Imperio y enfrentarse a ellos en cruentos combates que le imposibilitaron atender a cualquier otro frente, lo que irremediamente le llevó a buscar una tregua con la Romania. De esta forma, el exarca Smaragdo obtuvo una tregua de tres años, sin coste para el erario, tiempo durante el cual fortaleció el ejército y la economía del país, a la par que ponía las bases económicas, administrativas y militares del exarcado italiano⁹⁹⁷.

Más al oeste, en Hispania, también aparecía la situación como favorable para el imperio. Leovigildo –como se recordará– había dejado en paz las posesiones bizantinas tras su toma de Asidona y se había concentrado en Corduba y la Orospeña, ciudad y región que escapaban al dominio godo desde hacía años. Leovigildo logró su propósito y también otros muchos triunfos, pero lo que no logró fue la paz familiar: en 579 su hijo Hermenegildo, nombrado por él gobernador en Hispalis, decidió seguir los pasos de Atanagildo y levantarse en armas contra el legítimo rey, su padre. Para ello, Hermenegildo necesitaba el apoyo de Tiberio, a la sazón el Augusto reinante cuando se estaban dando los primeros y exitosos pasos de su levantamiento. Con tal fin, el obispo Leandro marchó a Constantinopla y concertó, en la primavera del 582, un acuerdo con el imperio.

No sabemos exactamente qué ofrecía Hermenegildo, pero a la luz de lo que sucedió poco más tarde en la Península, es posible que ofreciera al imperio amplios beneficios. Fuera como fuese, lo cierto es que Leandro, tras entrar en contacto durante su estancia en Constantinopla con el futuro Papa Gregorio (a la sazón delegado papal en

Wars..., *op. cit.*, pp. 52-56

⁹⁹⁷ Acerca del establecimiento del exarcado en Italia, *vid.* BROWN, T. S., *Gentlemen and officers: imperial administration and aristocratic power in Byzantine Italy, A.D. 554-800*. Roma, 1984; WHITBY, M., *The emperor Maurice...*, *op. cit.*, p. 12; RAVEGNANI, G., *I Bizantini in Italia...*, *op. cit.*, pp. 81-85. Para la alianza con los francos contra los lombardos, GOFFART, W., “Byzantine Policy in the West under Tiberius II and Maurice: The Pretenders Hermenegild and Gundovald”, *Traditio*, 13 (1957), pp. 73-118; PIRENNE, H., *Mahoma y Carlomagno...*, *op. cit.*, p. 59; RAVEGNANI, G., *I Bizantini in Italia...*, *op. cit.*, pp. 85-88.

la capital del Imperio), regresó a Hispania vía Cartago Espartaria, ciudad en la que permaneció algún tiempo.

Para entonces la situación había cambiado mucho desde su partida. Leovigildo, tras asegurar su retaguardia frente a vascones y francos, había marchado contra Emérita Augusta en 582 y la había tomado, acabando así con el dominio de Hermenegildo en la Lusitania. Tras este primer triunfo, Leovigildo marchó hacia el sur y a comienzos del 584 sometió, tras un duro asedio, Hispalis, hasta ese entonces capital de su rebelde hijo. Éste logró huir con su familia y corte hacia Corduba. Hasta allí se desplazaron las tropas romanas para unírsele en la batalla que, en breve, se libraría contra Leovigildo. Pero entonces pasó algo extraño y no previsto, algo que no puede ser explicado fácilmente: las tropas imperiales llegaron a un acuerdo por separado con Leovigildo y se retiraron del campo de batalla, previa entrega por parte de Leovigildo de 30.000 sueldos. ¿De verdad se puede creer que el duque de Hispania iba a contradecir los deseos de su Augusto, el cual, meses atrás se suponía que había llegado a un pacto con Hermenegildo para prestarle ayuda? ¿Se puede sostener que ese mismo duque iba a llevar a cabo tal acto de insumisión al poder central a cambio sólo de 30.000 sueldos?

Existe algo que no cuadra en esta historia, algo que se escapa y no se nos ha contado. En mi opinión y a la luz de los hechos, el Imperio no creía mucho en las posibilidades de Hermenegildo y jugó a dos barajas. Nada tenía que perder con ello, pues ganara quien ganara, el imperio ganaba. ¿Cuánto? La paz en Hispania y la devolución de Asidona, Saguntia y otras plazas fuertes perdidas frente a Leovigildo. Ese debió de ser el precio de la extraña participación romana en este asunto, pues los 30.000 sueldos (cantidad que no habría bastado ni para completar los gastos militares de un año en la provincia bizantina) no podían por sí solos mover a una decisión como la de retirarse en el momento crítico del inminente enfrentamiento entre los dos rivales al trono de los godos. Podría explicarse así la vuelta a manos de la Romania, en un momento no precisado hasta ahora pero que debió ser anterior a 589, de Asidona, Saguntia y otras plazas fuertes antaño conquistadas por Leovigildo.

Si se analizan los hechos arriba reseñados no a la luz de la historia de Hispania, sino a la del Imperio, parece evidente que el episodio de Hermenegildo no fue sino uno más en la nueva línea adoptada por la política imperial en esos años; una nueva línea que trataba, como siempre, de dividir a los bárbaros en beneficio del imperio. En efecto, a la par que Leandro estaba en Constantinopla intentando lograr un acuerdo con Tiberio, éste enviaba a las Galias a un pretendiente al trono de Borgoña quien, provisto de oro bizantino, debía de destronar al rey legítimo y acabar así con su política pro-lombarda.

Pero en Hispania, Hermenegildo sólo podía ser útil al Imperio de una manera: neutralizando a su padre, Leovigildo, de manera que las fuerzas de éste no volvieran a lanzarse contra las posesiones imperiales en la península, sino que se desgastaran en una larga guerra civil. Si Hermenegildo triunfaba, el Imperio se cobraría muy cara su ayuda,

y si triunfaba Leovigildo éste quedaría tan debilitado por la lucha que no podría pensar ya sino en establecer una paz con el Imperio.

Pero las cosas no se desarrollaron así. La larga guerra civil que esperaban los romanos, se disipó tras la toma de Hispalis por Leovigildo. El duque de Cartago Espartaria comprendió entonces que Hermenegildo, derrotado y acorralado en Corduba, no era ya una pieza útil y, seguramente bien aleccionado por los informes del emperador Mauricio, decidió llegar a un acuerdo por separado con Leovigildo, quien ya se perfilaba como vencedor en la contienda. Este cambio de partido tuvo que ser rápido e inesperado. En primer lugar, porque fue decidido después de la llegada de las tropas imperiales a Córdoba, justo antes de la última refriega entre Leovigildo y Hermenegildo, y en segundo lugar, porque Hermenegildo confió hasta el último momento en sus aliados bizantinos, pues les entregó en custodia a su hijo y a su esposa.

El duque romano no tuvo inconveniente en traicionar la confianza de Hermenegildo, pues, como buen servidor del imperio que era, sólo importaba la seguridad de los territorios que el emperador había puesto bajo su mando y esa seguridad, tras los triunfos de Leovigildo sobre su hijo, se hallaba más garantizada si el rey visigodo devolvía Asidona al imperio que si no lo hacía: era la llave del control de los puertos hispanos que vigilaban la costa norte del Estrecho. A Leovigildo también le interesaba la paz con el imperio, incluso a costa de entregar oro y plazas importantes, pues esa paz no sólo le garantizaba el fin inmediato de la sublevación de su hijo y la paz interior de su reino, sino también la seguridad que necesitaba para tener las manos libres en el norte, en el territorio de los suevos, en donde se le ofrecían inmejorables posibilidades de acción.

Desde esta perspectiva, los 30.000 sueldos de oro que Leovigildo pagó a los bizantinos, sólo pueden visualizarse ya, bien como un añadido del verdadero pago, bien como el oro que los romanos exigieron para resarcirse de los gastos que “el asunto Hermenegildo” les había causado hasta ese momento. De la misma manera se entiende ahora mucho mejor por qué los bizantinos se negaron siempre a devolver a sus parientes francos a la esposa y al hijo del difunto Hermenegildo, pues esos rehenes eran ahora en sus manos, una garantía preciosa del buen comportamiento de Leovigildo con respecto al imperio. El rey visigodo debía de saber que, en cualquier momento, el imperio podía poner en la península a su nieto, y proveerlo de oro y soldados suficientes como para reclamar el trono por el que su padre murió⁹⁹⁸.

En cualquier caso, en Hispania la paz estaba asegurada. También en África la situación seguía siendo muy favorable al imperio, ya que Mauricio, en 586 y tras lograr

⁹⁹⁸ VALLEJO GIRVÉS, M., *Bizancio y la España Tardoantigua, (ss. V-VIII): Un capítulo de historia mediterránea*. Madrid, 1993, pp. 187-218; GARCÍA MORENO, L.A., “Las invasiones, la ocupación de la Península”, *op. cit.*, pp. 183-192; GOFFART, W., “Byzantine Policy...”, *op. cit.*; FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, *op. cit.*, pp. 749-767.

su gran victoria sobre Persia en Solachon, podía hallarse moderadamente satisfecho. Sólo desde el Danubio le llegaban malas noticias. En efecto, los ávaros, tras su toma de Sirmium y su último acuerdo con Tiberio, se creyeron autorizados tras la muerte de éste, a considerarse desligados de sus pactos con el Imperio y volvieron a invadirlo en 583 junto con hordas eslavas que penetraron muy profundamente en Grecia. Mauricio, a la sazón demasiado preocupado por Oriente como para enzarzarse en una guerra de grandes dimensiones en los Balcanes, se comprometió en 584 a incrementar los subsidios al khagan ávaro hasta los 100.000 sólidos anuales y éste se retiró temporalmente.

Sin embargo, en 586-587 cruzó de nuevo el limes, y tras devastar Moesia II y Scythia, penetró en Tracia y llegó ante Adrianópolis. Allí les hizo frente Droctulfo, un duque lombardo de origen suevo (recuérdese que un grupo de suevos se unió a Alboino en 568 para invadir Italia) al servicio del emperador que les infligió una severa derrota y los obligó a evacuar Tracia a toda prisa.

Los ávaros, pues, habían sido frenados, pese a sus incursiones devastadoras. Tampoco los eslavos, que en esta época se paseaban por los Balcanes, pudieron asentarse en el territorio imperial. Los eslavos se contentaban con el saqueo y sólo en forma de pequeños grupos aislados se instalaban en las zonas marginales de las provincias balcánicas. Bastaba que un ejército imperial se acercase a dichos enclaves o que las autoridades locales lograsen refuerzos, para que los eslavos volvieran a cruzar el Danubio. La hora de su colonización de los Balcanes aún no había llegado y tardaría casi treinta años en llegar.

Mientras tanto, frente a Adrianópolis y en 587, las armas del Imperio habían vuelto a refrenar a Baian, el incombustible khagan ávaro, y a devolverlo a una postura más coincidente con los verdaderos intereses del emperador⁹⁹⁹.

Éstos seguían centrados en Oriente. Detenidos los lombardos, impuesta la paz en África y sometido el reino beréber de Altava, aseguradas las posiciones del imperio en la península Ibérica, y repelidos los ávaros frente a Adrianópolis, Mauricio debió de afrontar la campaña contra los persas del 587 bajo los mejores auspicios. Filípico, su general en jefe en Oriente, seguía enfermo y tuvo que delegar el mando en sus generales subalternos, el más sobresaliente de los cuales, Heraclio el Viejo, llevó a cabo una afortunada incursión en territorio persa que terminó con la captura de una importante fortaleza. También la otra columna en la que Filípico había ordenado dividir su ejército, logró destacados éxitos y se apoderó de otras dos fortalezas persas. Así que, al llegar el invierno del 587, Filípico, enfermo pero victorioso, podía darse por satisfecho y pasó a invernar en Constantia¹⁰⁰⁰

⁹⁹⁹ Teofilacto Simocata: II,17, 10-12; Pablo Diácono: III.18-19, pp. 309-311; Juan de Éfeso: VI.24-25; VI, 30-33 y VI,45-49 (de estos últimos sólo se conservan los epígrafes).

¹⁰⁰⁰ Teofilacto Simocata: II.10-18.

Filípico podía estar satisfecho, pero no Mauricio, quien deseaba una victoria decisiva que obligara a Persia a firmar una paz favorable a la Romania. Así que, en los últimos días del 587 o en los primeros del 588, en pleno invierno, mandó a Filípico que se personase en la corte y allí le comunicó su destitución y su reemplazo por Prisco.

Prisco, que tan destacado papel iba a tener en la historia del imperio durante los siguientes 25 años, llegó a las bases del ejército de Oriente con la orden imperial de reducir el sueldo del ejército en una cuarta parte; esto es, bajar el sueldo de las tropas de campaña desde los 20 sólidos originales, hasta los 15. Ni que decir tiene que los soldados no gustaban de estos planes del emperador y se sublevaron contra sus órdenes negándose a acatar a Prisco como *magister militum*. Los persas, reanimados por estas noticias, lanzaron un ataque sobre las posiciones romanas, pero los soldados amotinados les hicieron frente, los derrotaron y penetraron en territorio enemigo saqueándolo.

Mientras tanto, Mauricio, alarmado por las proporciones del motín, envió de vuelta a Filípico restituido en su mando, aunque éste no logró calmar a los amotinados. Sólo en la primavera del 589, tras obtener del emperador la restitución de su sueldo, el perdón de sus cabecillas y el pago de los atrasos, los soldados volvieron a la obediencia¹⁰⁰¹.

¿Cómo explicar este extraño episodio? Habíamos dicho que, al subir Mauricio al trono, en agosto de 582, se encontró con que el Imperio no contaba con reservas en su tesoro¹⁰⁰². Eso no quiere decir que estuviese en bancarrota, ni mucho menos, sino que Mauricio, al contrario que Justino I, Justiniano, Justino II y Tiberio II, no contaba con reservas sino sólo ya con los aportes provenientes de los impuestos y demás tasas, y con las rentas de las propiedades imperiales¹⁰⁰³. Mauricio contaba con ingresos suficientes para hacer frente a sus gastos corrientes, pero el incremento del tributo a los ávaros y la continuación de sus campañas en Oriente y los Balcanes, debieron de ponerle en apuros. Las victorias de 586-587 sobre ávaros y persas debieron de hacerle pensar que era el momento, en mitad de la victoria y cuando en Italia, Hispania y África se mantenía la paz, de reducir sus gastos y aumentar así, de nuevo, el tesoro.

Pero se equivocaba. Los soldados de Oriente no podían entender que después de sus esfuerzos y victorias, el emperador les pagase con un recorte de su sueldo. Además, se podía constatar que la posición del Imperio había mejorado en los últimos años y por

¹⁰⁰¹ Teofilacto Simocata: 3.1.3-15, 3.2.1-11 y 3.3-4; Evagrio Escolástico: VI.4-5 y VI, 5-6.

¹⁰⁰² Juan de Éfeso: V.20; *Crónica de 1234*: pp. 111-112.

¹⁰⁰³ Juan de Éfeso [V.20] narra que Tiberio se encontró, a fines de 574, con las inmensas reservas acumuladas en secreto por Justino II, tantas que a decir del propio Tiberio, pudo literalmente regalar más de 75 talentos de oro; esto es, en las cuentas de Juan de Éfeso más de 750.000 sólidos. Además, como puntualiza el historiador, había que contar la plata y demás cosas de valor, tales como piedras preciosas, joyas, vajillas de oro y de plata, sedas, brocados, marfiles, etc., que, aún siendo muy prudentes, nos lleva a calcular el valor de ese fondo secreto de Justino en una cifra superior a 1.000.000 de sólidos. Aún después de gastar las reservas acumuladas por Justino, Tiberio contó todavía -como afirma Juan de Éfeso- con los fondos que quedaban del tesoro de Anastasio que debieron ser consumidos por Tiberio en torno a los años 578-582.

ello no encontraban razón alguna para la reducción de sus pagas. Tenían razón, pues mucho más tarde, en época de Heraclio, conscientes los soldados del trance tan apurado en el que se hallaba el Imperio, aceptaron sin excesivos problemas que su sueldo se recortase no ya en una cuarta parte, sino en la mitad.

Pero en 588 la Romania no se hallaba en bancarrota y el emperador renunció sólo temporalmente a sus deseos de reducción de los sueldos militares. Sorprendido por la virulencia del motín, Mauricio tuvo que doblegarse para acabar definitivamente con la eterna guerra con Persia. Sus planes tuvieron éxito, que se vio incrementado por la sublevación de Barahm Chobin contra su señor, el Shahansha Hormizd IV. Veámoslo.

En el verano de 589, Filípico fue reemplazado una vez más en el mando y sustituido por Comentiolo. Filípico, pese a terminar con el motín de los soldados, no había podido impedir que Martirópolis pasara a manos persas mediante la traición de un oficial romano; tampoco, pese a poner sitio de inmediato a la plaza, pudo recuperarla ni impedir que los persas la reforzaran. Comentiolo venía a enderezar pues la situación y a lanzar la gran ofensiva que el emperador deseaba y que Filípico, una vez más, se había mostrado incapaz de llevar a cabo.

Comentiolo reforzó el asedio de Martirópolis y, sin esperar a que esta ciudad cayese en sus manos, se lanzó sobre Beth Arabaye, en el Tigris, y rebasándola, derrotó por completo a un gran ejército persa. Una vez más destacó sobremanera Heraclio, el padre del futuro emperador del mismo nombre, cuya actuación fue decisiva para que los ejércitos de la Romania lograsen una decisiva y completa victoria¹⁰⁰⁴.

Mientras tanto, más al norte, los romanos lanzaban un ataque en Albania desde Iberia y sofocaban una sublevación en Armenia. Pero aunque tuvieron éxito en lo segundo, fracasaron en lo primero. Bahram Chobin, el héroe de tantos poemas persas y de tantas épicas novelas iraníes de los siglos VII al XI, logró rechazarlos. Había llegado a Albania desde el Oxus y Bactriana, donde el año anterior había aniquilado en una gran batalla a los turcos; tras esto, ocupó de nuevo la gran ciudad de Balj, Bactres, que los turcos acababan de conquistar a Persia. Llamado por Hormizd IV para frenar a los romanos, los rechazó en Albania y penetró en Suania con éxito, pero en el valle del Araxes sufrió una derrota y tuvo que retirarse hacia territorio persa.

El Rey de reyes Hormizd IV, que le guardaba resentimiento desde las victorias de Bahram sobre los turcos, se burló de él y lo amenazó con quitarle el mando y privarle de sus riquezas. Pero Barahm Chobin –recuérdese– era miembro de la poderosa familia de los Mihran de Rai y ésta, como el resto de la alta nobleza persa, estaba ya cansada del gobierno de Hormizd IV. El soberano sasánida no había parado de importunarlos y había llevado a cabo constantes purgas entre las filas de la nobleza, no sólo entre la alta nobleza, sino también entre los savaran y azadan. Esto, unido al eco de sus continuas

¹⁰⁰⁴ Teofilacto Simocata: 3,4-9 y 4,1-5; Evagrio Escolástico: VI, 15.

derrotas ante los romanos y al deterioro de las finanzas persas por la larga guerra, favoreció un clima de descontento general que Barahm Chobin supo aprovechar para rebelarse contra el Rey de reyes Hormizd IV.

Bahram marchó primero a Rai, la gran ciudad del norte del Irán que era cabecera de las posesiones de su familia, los Mihran. Allí reunió tropas y partidarios, y extendió su autoridad sobre todo el norte del Irán, incluyendo la Atropatene, el Tabaristán, Gurgan, el Daylam y el Gelum; después acuñó moneda como Shahansha del Irán y del no Irán y marchó sobre Ctesifonte.

En la corte de Hormizd IV se desataron los resentimientos acumulados durante años contra el rey por la nobleza, el ejército y el clero mazdeísta. Se recordaba ahora que por las venas del rey no corría sólo sangre aria, sino también turania, pues su madre era turca. También todas las ofensas, purgas y humillaciones inflingidas por el tiránico rey a nobles, oficiales del ejército y altos sacerdotes del fuego. Inmediatamente se liberó de prisión a los cuñados del rey y bajo su dirección, los nobles depusieron a Hormizd IV y elevaron al trono a su hijo, el popular y muy joven Cosroes II.

Hormizd IV fue cegado y más tarde asesinado, y se invitó a Barahm Chobin a deponer las armas y a beneficiarse de la generosidad del nuevo Rey de reyes. Pero Bahram, consciente de su fuerza (controlaba ya la mayor parte del ejército y contaba con el respaldo de sus antiguos enemigos, los turcos) se negó a aceptar al nuevo rey Cosroes II y redobló su marcha hacia Ctesifonte. No lejos de allí, el 28 de febrero del 590, en la orilla izquierda del río, a las afueras de la vieja Seleucia del Tigris, derrotó al ejército de Cosroes II y, tras cruzar el Tigris, tomó posesión de los palacios reales y de toda la capital persa.

Parecía pues que el Imperio sasánida llegaba a su fin y que una nueva dinastía, la de los Mihránidas, se alzaba con el poder y fundaba un nuevo imperio iranio. En cuanto al joven rey destronado Cosroes II, escapó acompañado por los hermanos de su madre, algunos nobles, y un puñado de guardias y soldados; marchó por el Asuristán (la Mesopotamia persa del norte) y llegó a Circesium a través de Nísibe, la principal fortaleza persa de la frontera. Desde Circesium envió cartas a Mauricio demandándole auxilio; esto es, el envío de oro y soldados con los que volverse contra el usurpador Bahram Chobin. Cosroes II ofrecía a cambio la paz eterna y la restitución de todas las ciudades y fortalezas romanas tomadas por los persas durante la guerra, la entrega de Nisibe, la más poderosa ciudad-fortaleza con la que contaba Persia en la región mesopotámica, así como la cesión de la mayor parte de la provincia de Arzanene. Cosroes también estaba dispuesto a ceder a Mauricio una parte considerable de la Perso-Armenia y ofrecía situarse además en condición de fiel aliado y vasallo del Augusto de los romanos y a darle numerosas garantías. Entre estas últimas se contaban la devolución con intereses del oro que le prestase Mauricio para recuperar su trono, la de resarcir al emperador por las bajas que pudieran sufrir sus soldados y entregar a éstos,

una vez retomado el trono persa, grandes cantidades de dinero y regalos; la de asumir cualquier otro gasto derivado de la intervención de Mauricio en la guerra civil persa y la del ofrecimiento al emperador de una gran cantidad de oro, joyas y objetos preciosos, como muestra de su agradecimiento por el asilo que le ofrecía y por la ayuda que de él esperaba recibir¹⁰⁰⁵.

Mauricio consideró esta petición un gran triunfo. Su mortal enemigo, la Persia Sasánida, se debatía en una guerra civil y uno de los contrincantes, el joven sasánida Cosroes II, le pedía protección a cambio de la paz y la entrega de numerosos territorios

¹⁰⁰⁵ Para las campañas de Barahm Chobin en Albania y Armenia, su sublevación y la huída de Cosroes II a territorio romano, *vid.* Teofilacto Simocata [3,6-8; 4,1-16 y 5,1-2], con un amplio compendio de los hechos, aunque a menudo se olvida de importantes detalles; Sebeos [pp. 10-16], quien nombra a Barahm Chobin como “Bahram Merhewandak” y señala como causa de su sublevación la envidia que Hormizd IV sentía por las victorias de Bahram en Oriente y su sospecha de que éste se había guardado para sí la mayor parte del botín hecho a los turcos. Véanse también Evagrio [VI, 16-17], la *Crónica de 1234* [pp. 114-116], que señala que Cosroes se situó como hijo y vasallo del emperador Mauricio a quien llamaba en sus misivas “padre y señor”; Masudi [II,212-219, pp. 237-240], quien recuerda las batallas con los romanos en Albania y Armenia, y aporta también un dato nuevo: la coincidencia en 589 de cuatro frentes abiertos para las armas persas, es decir, Mesopotamia, Armenia y el Cáucaso, la frontera del Oxus y una rebelión en Yemen; al-Tabari [V, 993-995, pp. 303-305], quien, como otros autores orientales, basa su versión en la crueldad de Hormizd IV, la sublevación de Bahram, la revolución palaciega, la derrota de Cosroes frente a Bahram y su huída a territorio romano, y el matrimonio de Cosroes II con María, hija de Mauricio. Este enlace no lo citan los autores griegos, pero sí los restantes cristianos (jacobitas, nestorianos y armenios), algunos de ellos contemporáneos de los hechos; todos ellos y los autores persoislámicos dan el mismo nombre a la hija de Mauricio: María. Pese a esta coincidencia y a que coinciden tanto Sebeos como el primer redactor de la *Historia Nestoriana* (contemporáneos de los hechos e independientes entre sí), se suele tachar este matrimonio de legendario, algo sobre lo que volveremos más adelante. También la *Crónica del Khuzistán* [15-17, p. 229] resalta la tiranía de Hormizd IV: *Hormizd reinó por doce años e impuso el yugo de la esclavitud a los nobles y a todo el mundo*, dice de forma elocuente. Esta crónica ofrece además la ruta de huída de Cosroes hacia territorio romano: de Ctesifonte a Peroz-Shapur y de ésta a Anata y Circesium. La *Historia Nestoriana* [XLII, 119-120, pp. 438-440 y XLIII, 123-124, pp. 443-444] en su segunda versión (cuyo autor, que escribía hacia 650, dice haber tomado de los anales reales de los reyes persas) resalta de nuevo que el origen de la sublevación de Barahm Chobin fue su temor ante el rencor y la codicia que en Hormizd IV se habían despertado contra él a raíz de sus victorias sobre los turcos. Un dato importante que señala es que el primer paso dado por Bahram en su rebelión fue el de ir a Rai (ciudad sede de su familia, los Mihran de Rai) y acuñar allí moneda con su nombre y efigie, como si ya fuera rey de reyes. En esta segunda versión se recalca también las purgas realizadas por Hormizd IV entre el ejército y la nobleza, y el descontento existente en el imperio con su gobierno despótico. Agapios [441-443, pp. 181-183] señala que Hormizd IV fue depuesto, cegado y muerto por una revuelta palaciega y que entonces estalló la guerra civil entre los partidarios de Cosroes II, el hijo de Hormizd IV y Bahram Chobin, a quien da el título persa de *Marzban*, esto es, gobernador militar de una región. Agapios aporta un detalle nuevo: que cuando la muerte de Hormizd IV, Bahram regresaba de aplastar una rebelión de los dailamitas; recoge además varias cartas cruzadas entre Mauricio y Cosroes que, sorprendentemente, mantienen muchos paralelismos con las recogidas por otras fuentes. También nos dice que Cosroes atravesó Mesopotamia disfrazado de mendigo y que, pasando por Nisibe, llegó a Edesa, ciudad en donde se presentó a las autoridades imperiales. Eutiquio [parte I, cap. XIII, 22-24, pp. 303-306] resalta el carácter violento de Hormizd IV y sus persecuciones contra la nobleza, y narra con tintes novelescos la huída de Cosroes II a territorio romano y su demanda de ayuda a Mauricio. Firdusi [VI, p. 507 a VII, p. 107], pese a lo semilegendario de muchos de sus pasajes, ofrece el relato más extenso y detallado de la sublevación de Bahram Chobin, su guerra contra Hormizd IV y Cosroes II, y la huída de éste a territorio romano. Estos detalles de Firdusi concuerdan y a menudo completan las tradiciones griegas, armenias, siriacas, persoislámicas y nestorianas. También resulta útil Miguel el Sirio [vol. II, X, cap. 23, p. 371] y no carece de provecho leer el pasaje que la *Narratio Rebus Armenie*: 93-9, dedica a estos eventos.

en Armenia y Mesopotamia, y la restitución de todas las posesiones romanas conquistadas por Persia durante la larga guerra que ahora llegaba a su fin.

Incluso de Occidente llegaban buenas noticias para Mauricio. En Italia, los lombardos, vueltos a la guerra tras finalizar la tregua de tres años e incluso antes de que ésta terminara, quizás a fines del 585, habían ya perdido Classis, el puerto de Rávena. Ahora, en la primavera de 590, acosados por el ejército imperial y por tres ejércitos francos, se retiraban entregando a la devastación la mayor parte de sus territorios, encerrándose en algunas ciudades fuertes y entregando al nuevo exarca romano (un brillante militar recién llegado desde el limes oriental), la posesión de Aitino, Módena, Mantua, Parma y otras importantes ciudades del valle del Po. La propia Milán estuvo a punto de ser recuperada y hasta ella debía de haber llegado una columna del ejército imperial, pero se retrasó y los francos levantaron su asedio. Más al este, también Verona estuvo a punto de caer en manos de los aliados. Precisamente era en esta última ciudad donde debía de darse otra conjunción entre francos y romanos con el propósito de aplastar, unidos, a los ya desarbolados lombardos. Pero los francos que agobiaban Verona decidieron pactar una tregua por separado con los lombardos y no esperar a la llegada de los romanos. Por último, ahitos de botín y sufriendo ya por el excesivo calor y la disentería, los francos evacuaron Italia a fines del verano del 590.

Así pues, sólo la falta de coordinación entre romanos y francos impidió que se consumara la total aniquilación de los lombardos, quienes, por otra parte, perdían a su rey Autario en septiembre de ese año de 590, siendo sustituido por Agilulfo, duque de Turín, elegido rey de los lombardos en octubre de ese mismo año¹⁰⁰⁶.

Más al sur, Gennadio, ahora exarca de Cartago, mantenía la seguridad de los territorios romanos y ampliaba la extensión de las tierras defendidas por su limes derrotando a las tribus *maurii* que osaban inquietarlo¹⁰⁰⁷. Y hacia el oeste más extremo del Mediterráneo, las posesiones del Imperio en el sureste hispano y el Estrecho de Gibraltar parecían más seguras que nunca.

¹⁰⁰⁶ Gregorio de Tours: X.3; Pablo Diácono: III, 31-35, pp. 327-337; RAVEGNANI, G., *I Bizantini in Italia...*, *op. cit.*, pp. 85-91.

¹⁰⁰⁷ SCHAFF, P., "Leo the Great, Gregory the Great", *Nicene and Post-Nicene Fathers series 2: The Seven Ecumenical Councils*. Edimburgo, 2005, vol. 12 (<http://www.ccel.org/ccel/schaff/npnf212.html>). Por la correspondencia del papa Gregorio Magno a Gennadio entre los años 590-591 [Gregorio Magno, *Cartas*, epístola LXI, pp. 501-502; LXXIV, pp. 505-506; LXXV, p. 506] sabemos que éste era exarca en Cartago en 590 (primera vez que aparece ese título), que tenía el tratamiento de "patricio", que gobernaba sobre toda África, sobre Cerdeña y Córcega, y que los duques que estaban bajo su mando recibían el título de *magister militum*. Vemos en ellas que Gennadio era un atento gobernante dispuesto a acabar con los abusos de sus subordinados, a mantener la paz social y religiosa, y a aumentar la prosperidad de su exarquía; también que lograba grandes victorias contra los *maurii*, que extendía las fronteras del territorio romano y que llevaba sus expediciones punitivas contra los moros hasta los límites del desierto. Todo esto (el buen gobierno de Gennadio y sus victorias sobre las tribus) es confirmado por Teofilacto Simocata [3, 4,8, y 6,6, 6-7], que nos completa y amplía las informaciones de Gregorio Magno. De manera que se puede establecer que esta nueva guerra *maurii*, durante la cual Gennadio extendió aún más las posesiones del Imperio en África, se extendió entre el 590 y el 594, y terminó con la victoria de la Romanía y la completa sumisión de las tribus.

Todo parecía pues, dispuesto para que Mauricio pasara a instaurar una nueva época de dominio romano sobre Oriente y el Mediterráneo.

III. LA NUEVA HEGEMONÍA ROMANA: RENOVACIÓN Y AMPLIACIÓN DEL SISTEMA JUSTINIANO. 590-602.

Cuando Cosroes II se refugió en Circesium y solicitó el auxilio del emperador Mauricio, sólo era un joven sasánida destronado que no contaba para volver con vida a Persia sino con la buena voluntad y el interés de Mauricio. Afortunadamente para el joven Cosroes II, los intereses de Mauricio eran grandes y pasaban por aceptar las tentadoras ofertas que el destronado Rey de reyes le hacía.

Esas ofertas han sido recogidas, con ligeras variaciones y complementándose entre sí, por numerosas fuentes, algunas de ellas, como la *Historia de Heraclio* del obispo Sebeos, o como las *Historias* de Teofilacto Simocata, prácticamente contemporáneas de los hechos. El joven sasánida ofrecía al emperador de los romanos la devolución de todas las ciudades y fortalezas tomadas por los persas durante la reciente guerra, la cesión de Nísibe (gran ciudad-fortaleza persa de la Mesopotamia noroccidental) y de la mayor parte de la provincia mesopotámica de la Arzanene; la entrega de la ciudad armenia de Dvin y de las regiones armenias situadas al oeste del lago Van y entorno al lago Seván, esto es, casi la mitad de la Perso-Armenia, así como la inmediata devolución de Suania y la anexión a la Romania de la mayor parte de la Iberia Caucásica.

Cosroes –ya lo dijimos– ofrecía también toda suerte de garantías, entre ellas la hacerse cargo de los gastos de guerra que la intervención en la guerra civil persa pudiera acarrearle al Imperio, la devolución con creces de los fondos que Mauricio prestara a Cosroes II para que éste pudiese acometer su empresa, y el reconocimiento por Persia de la superioridad de la Romania, cuyo emperador era ya para el Rey de reyes persa, su “padre y señor”¹⁰⁰⁸. Mauricio aceptó la propuesta, aunque antes tuvo que vencer la oposición de algunos de sus consejeros. Si la empresa triunfaba, la paz quedaría asegurada en Oriente y la Romania llevaría sus fronteras en Mesopotamia y Armenia hasta unos límites que no conocía desde la primera mitad del siglo IV. Más aún, la Romania lograría la hegemonía en el Oriente, dejando situada a la Persia sasánida como estado aliado y vasallo suyo. Ante semejante triunfo muy poco podían importar los pequeños retrocesos en Italia o en los Balcanes. Lo esencial en 590 –como lo había sido

¹⁰⁰⁸ Entre otros muchos testimonios, *vid.* Sebeos: pp. 15-16; Teofilacto Simocata: 4.2-16; *De Narratio rebus Armeniae*: pp. 93-96; Agapios: pp. 441-443; *Historia Nestoriana*: XLIII, 123-124, pp. 443-444, y Evagrio Escolástico: VI, 17.

siempre— eran el Oriente y África, los auténticos “motores de poder” de la Romanía, y tanto en uno como en otro el Imperio no sólo no retrocedía, sino que crecía y se consolidaba. Pero antes había que colocar al joven y destronado Cosroes II sobre el trono de oro, marfil y turquesas de la “gran puerta”, en Ctesifonte.

Mauricio se tomó su tiempo. En primer lugar evaluó convenientemente las posibilidades de Cosroes. Así, por ejemplo, sabemos que recibió también una propuesta del usurpador Barahm Chobin por la que éste le ofrecía, a cambio de no auxiliar a Cosroes II, la paz y la entrega de todos los territorios persas hasta el río Tigris, amén de la inmediata devolución de Dara y Martirópolis. Teofilacto, siempre dispuesto a presentar bajo el mejor ángulo posible al emperador Mauricio, nos cuenta cómo el Augusto, que ya había aceptado proteger al joven Cosroes II, desoyó sin más estas proposiciones; pero es mucho más probable que, en última instancia, Mauricio sólo se decantara por Cosroes II cuando éste logró atraerse la lealtad de varios contingentes de tropas persas situados en la región del Éufrates y de Armenia. A partir de ese momento, inicios del 591, las posibilidades del joven Cosroes II aumentaron mucho y Mauricio se dispuso a hacer efectiva su ayuda y con ello, a ponerse en posición de obtener todo lo que se le había ofrecido hasta ese entonces.

Así, en la primavera del 591, Mauricio envió a Oriente al ejército de campaña de Tracia, 20.000 hombres, y les sumó los 15.000 hombres del ejército de campaña de Armenia y otros 5.000 efectivos más procedentes de varios tagmas de élite de los *praesentalis* y de los regimientos de bucelarios señalados por el autor de la *Crónica de 1234*; también algunos contingentes de federados búlgaros cuya presencia en las operaciones nos ha sido atestiguada por Miguel el Sirio. En total eran 40.000 hombres. El número de estas tropas puestas en juego por Mauricio para reponer a Cosroes II en el trono de Persia no puede ser puesto en duda, ya que es confirmado tanto por la *Crónica de 1234*, como por Miguel el Sirio, Agapios, la *Historia Nestoriana* y, de forma indirecta, también por Teofilacto Simocata. Este último, señala que Cosroes llevaba consigo un ejército de 60.000 hombres al presentar batalla a Bahram Chobin, de los cuales 20.000 eran persas y el resto —esto es, 40.000— romanos¹⁰⁰⁹.

No puede dudarse pues de la cifra y con ella obtenemos un dato precioso del poderío militar de la Romanía en 590. Un imperio que en ese mismo año y peleando con fortuna en África e Italia contra *maurii* y lombardos, y tras casi 18 años de guerra contra Persia en Armenia, el Cáucaso, Siria y Mesopotamia, era todavía capaz y en pocos meses, de reunir 40.000 hombres y enviarlos al corazón de la Persia sasánida. La empresa de restauración de Cosroes II también nos da probada señal del potencial económico de la Romanía en estos tiempos, un potencial que los modernos historiadores no han sabido valorar adecuadamente. Y es que —en ello concuerdan todas las fuentes—

Mauricio no sólo envió 40.000 hombres a Cosroes II, sino también una inmensa suma de oro. ¿Cuánto? Nadie, hasta el presente, se ha preocupado de calcularlo y sin embargo las fuentes ofrecen el material necesario para hacerlo. Veámoslo.

Según Masudi, Mauricio prestó 2.000.000 de sólidos a Cosroes II para que recuperara el trono. Teofilacto Simocata, por su parte, no da una cifra concreta y se contenta con apuntar que fue una gran suma y que fue entregada a Cosroes II sólo cuando este firmó un documento por el cual se comprometía a devolverla aumentada significativamente. Esto último, que Cosroes II se obligaba no sólo a devolver la suma, sino a aumentarla de forma significativa, es corroborado por todas las fuentes. Agapios, por citar un ejemplo, llega a decir que Cosroes se comprometió a devolver el doble de la cantidad que le prestaba Mauricio. Pero además, contamos con otros testimonios mucho más explícitos y seguros, ya que, naciendo de fuentes distintas y cercanas a los hechos aquí estudiados, nos ofrecen cifras concretas y reveladoramente coincidentes entre sí. Nos referimos a la *Crónica* de Miguel el Sirio que, aunque escrita en el siglo XII, bebe directamente de obras escritas por historiadores tan cercanos a los hechos como lo son Santiago de Edesa o Dionisio de Tell Mare, y a la *Historia Nestoriana*, obra que, en su primera redacción, fue compuesta alrededor del año 650 por un alto dignatario de la iglesia nestoriana que había estado muy cerca del círculo de poder de la corte sasánida de tiempos de Cosroes II y de sus sucesores.

Pues bien, tanto Miguel el Sirio, como la *Historia Nestoriana*, nos ofrecen la misma cifra sobre el oro prestado por Mauricio a Cosroes II Parwez. Así, la *Historia Nestoriana*, tan próxima a los hechos y a la corte del gran rey Cosroes II Parwez, nos dice que Mauricio envió a Cosroes II 40 quintales de oro. Mientras que Miguel el Sirio, cuyas fuentes proceden del espacio oriental de la Romanía y están tan próximas a los hechos, dice que entregó 40 *xevrrvápade* de monedas de oro, es decir, justo el equivalente a 40 quintales de oro¹⁰¹⁰, exactamente lo mismo que nos decía la *Historia Nestoriana*.

Pero es que, además, Miguel el Sirio y la *Historia Nestoriana*, no están solos en este punto, pues la *Crónica de 1234* ofrece, con casi toda probabilidad, el mismo dato. En efecto, esta crónica dice que Mauricio prestó a Cosroes II Parwez 40 centenarios de oro. Ahora bien, si tenemos en cuenta que las fuentes de la *Crónica de 1234* y de Miguel el Sirio son las mismas para este periodo, es muy posible que en el original de la crónica no estuviera escrito “40 centenarios de oro”, sino, al igual que en Miguel el Sirio y la *Historia Nestoriana*, 40 *xevrrvápade* de oro, esto es, el equivalente a 40

¹⁰⁰⁹ *Crónica de 1234*: p. 116 de la trad. de A. Palmer; Miguel el Sirio: II, X, 23, pp. 371-372; Agapios: pp. 444-446; *Historia Nestoriana*: LVIII, 146, p. 466, y Teofilacto Simocata: 5.9.4

¹⁰¹⁰ El traductor al francés de la *Historia Nestoriana* traduce el término original por su equivalente moderno: quintales franceses.

quintales de oro. Sólo más tarde, cuando la mano del último redactor de la *Crónica de 1234*, allá por el siglo XIII, ultimó la postrera copia de la misma, aparecería el término 40 “centenarios de oro” que no sería pues sino un error del copista que no sabría, o no podría leer adecuadamente el viejo término siríaco de 40 *xevrrvápade* de oro.

Así pues, tres fuentes que, o bien son contemporáneas de los hechos, o bien se nutren de fuentes que lo fueron, nos ofrecen la misma cifra al respecto del oro enviado por Mauricio a Cosroes II en concepto de préstamo para recuperar su trono. Pero estrechemos aún más el círculo. Cuarenta quintales de oro representan el equivalente a unos 892.857 sólidos. Ahora bien, se recordará que todas las fuentes (persoislámicas, siríacas, nestorianas, armenias o griegas) insistían en que Cosroes tuvo que devolver la cantidad que le prestara Mauricio aumentándola significativamente. Pues bien, sólo al-Tabari y Masudi nos ofrecen datos concretos sobre a cuánto ascendió la cifra que Cosroes envió a Mauricio tras reconquistar su trono. Los datos de Masudi y al-Tabari son, en apariencia, divergentes entre sí. Pero si se analizan convenientemente se descubre que esa divergencia es más de detalle que de fondo y que además, sus datos confirman de forma indirecta, pero significativa, los ofrecidos anteriormente y de forma unánime por Miguel el Sirio, la *Historia Nestoriana* y la *Crónica de 1234*. Veámoslo.

Bien, comenzaremos por al-Tabari, el más certero y mejor informado de los historiadores persoislámicos que se ocuparon de reconstruir la historia de la Persia Sasánida. Al-Tabari nos dice que Cosroes II, una vez reinstalado en el trono, se dispuso de inmediato a saldar su deuda con el emperador Mauricio y que para hacerlo le envió 20.000.000 de dirhams de plata persa, lo que en moneda de oro romana equivalía a 1.354.166 sólidos, cifra que cuadra muy bien, teniendo en cuenta que en ella debía de figurar tanto el total de la cifra prestada por Mauricio (unos 892.857 sólidos), como el montante del incremento, los nutridos intereses –podríamos decir– que Cosroes II, tal y como subrayan todas las fuentes sin excepción, se comprometió a pagar a Mauricio no bien controlara de nuevo su imperio. Dicho de otro modo y a tenor de las cifras que pueden extraerse de al-Tabari y de la obra de Miguel el Sirio, de la *Historia Nestoriana* y de la *Crónica de 1234*, Cosroes II no sólo tuvo que devolver a Mauricio los 892.857 sólidos que éste le prestara, sino devolvérselos acompañados por el equivalente en plata de otros 461.309 sólidos.

Hemos dicho que el dato ofrecido por al-Tabari cuadra muy bien con los proporcionados por Miguel el Sirio, la *Historia Nestoriana* y la *Crónica de 1234*, y esto es así porque, necesariamente y para no entrar en contradicción con las demás fuentes, la cifra dada por al-Tabari debía de ser notablemente superior a la proporcionada por Miguel el Sirio y por los autores de la *Historia Nestoriana* y la *Crónica de 1234*; debía ser notablemente superior, pero no tanto como para triplicarla, cuadruplicarla o quintuplicarla. Por el contrario, al-Tabari nos está ofreciendo una cifra que supera en un

30% la que le prestara Mauricio. Es pues una cifra plausible y que cuadra muy bien con las insistentes y generales noticias ofrecidas por el resto de las fuentes del periodo que repiten, una y otra vez, que Cosroes II devolvió con creces el oro que le prestara Mauricio.

Pero ¿y Masudi? Se recordará sin duda que Masudi, mucho menos fiable que al-Tabari, nos contaba que Cosroes II envió a Mauricio un total de 2.000.000 de monedas de oro. La cifra es notablemente superior a la proporcionada por al-Tabari y dobla ampliamente la que, según los testimonios de Miguel el Sirio, la *Historia Nestoriana* y la *Crónica de 1234*, prestara Mauricio al joven Cosroes II. Pero es que la cifra dada por Masudi no recoge solamente la devolución del préstamo hecho por Mauricio a Cosroes II, ni el notable incremento que el soberano sasánida tuvo que añadir a la suma inicial en virtud de lo acordado con el emperador de los romanos, sino que también incluye el dinero y los costosos regalos repartidos por Cosroes II entre los soldados romanos que le repusieron en el trono, el oro que, según lo pactado con Mauricio y tal y como nos aclara Masudi, debía de pagar por cada soldado romano muerto o herido en combate, así como los espléndidos presentes enviados a Mauricio en agradecimiento por su ayuda.

En efecto, si se lee detenidamente a Masudi se comprenderá de inmediato que el gran enciclopedista musulmán incluye en su cifra el montante del oro y la plata que Cosroes II se había comprometido a pagar a Mauricio a cambio del préstamo recibido, el coste que para el joven Rey de reyes Cosroes II Parwez supuso las inmensas cantidades de dinero que, jubiloso y agradecido, repartió entre los miles de soldados romanos que le habían ayudado a reconquistar su trono. Más aún, Masudi también está incluyendo en su cifra los costosos regalos que Cosroes II distribuyó también entre las tropas de Mauricio, así como el valor de los lujosos presentes de agradecimiento que envió al emperador Mauricio. Masudi, incluso, nos da una idea de en qué consistían esos valiosos regalos dados por Cosroes II a Mauricio y a sus soldados:

“Parviz, por su parte, vuelto a su capital, distribuyó dinero, caballos y ricas vestiduras entre los soldados romanos para recompensarles por su ayuda.... A Mauricio y junto con el oro, le envió numerosos presentes, así como vajillas de gran valor hechas de oro y de plata.” (Masudi: II, 241: 223)

Dicho de otro modo: la diferencia entre las cifras ofrecidas por al-Tabari y Masudi, puede explicarse porque el primero se limitó a darnos la cifra del dinero que Cosroes tuvo que enviar a Mauricio como pago del préstamo que éste le hiciera, mientras que el segundo sumó a esa cifra el valor de los regalos, el oro y la plata, repartidos por Cosroes II a Mauricio y entre los soldados de éste.

Curiosamente o quizás no tanto, si se reparte la diferencia entre las cifras dadas por al-Tabari y Masudi entre los 40.000 soldados romanos que ayudaron a Cosroes II a recuperar su trono, el resultado es de algo menos de 9 sólidos por cabeza. Esto es, una cantidad muy similar a la que Tiberio II repartió en 578 entre sus soldados con motivo

de ocupar el trono de la Romania como Augusto. Quizás sea sólo una coincidencia, pero ¿qué mejor forma tenía Cosroes II de celebrar su nuevo ascenso al trono de Persia, que la de entregar a los soldados que lo habían permitido un donativo similar al que éstos hubiesen recibido de manos de un emperador romano que ascendiera al trono de la Romania? Además, el propio Masudi –y esto afirma nuestra suposición–, al recogernos las obligaciones que Cosroes contrajo con Mauricio a cambio de la ayuda de éste, se había comprometido a recompensar con un pago extra a los 40.000 soldados que le envió Mauricio.

Pero retomemos nuestro hilo principal e insistamos en que la cifra ofrecida conjuntamente por Miguel el Sirio, la *Historia Nestoriana* y la *Crónica de 1234*, no sólo es la única que obtiene tal respaldo de las fuentes, sino que es la única que puede relacionarse adecuadamente con las ofrecidas por al-Tabari y Masudi. Así que 892.857 sólidos es, con casi toda seguridad, la cifra prestada por Mauricio a Cosroes II. Era una cifra impresionante, pero no disparatada, pues equivalía al sueldo de un año (teniendo en cuenta los incrementos del sueldo de los oficiales) de 40.000 hombres de los ejércitos de campaña de la Romania; los mismos que, curiosamente envió Mauricio en auxilio de Cosroes II¹⁰¹¹

En cualquier caso, la cifra revela la solidez económica de la hacienda imperial. Tras ocho años de guerra en cuatro frentes distintos, Oriente, los Balcanes, Italia y África, y tras haberse encontrado el tesoro carente de reservas, Mauricio, no sólo había encontrado la forma de obtener suficiente oro como para ser capaz de vencer en Oriente, rechazar a los lombardos en Italia, someter a los mauri rebeldes y contener a los ávaros, sino también para poder llevar a cabo su propio plan de construcciones monumentales, entre las que se contaba la terminación de la gran iglesia de los Cuarenta Mártires y la transformación de su pueblo natal, Arabisos Tripotamos, en una auténtica gran ciudad dotada de hipódromo, baños, foros, mercados, instalaciones hidráulicas y demás aparato arquitectónico propio de las ciudades de la Romania; también como para, en el momento decisivo, en 591, enviar a 40.000 soldados de sus ejércitos de campaña a una gran expedición al interior de Persia y para prestar al depuesto Rey de reyes Cosroes II, la crecida suma de 892.857 sólidos. ¿Quién dijo que la Romania se hallaba al borde de la bancarrota a la muerte de Justiniano, en 565?

Pero volvamos a nuestro relato de los hechos. En la primavera de 591, Cosroes II reunió las tropas persas que le eran fieles, 20.000 hombres, con los 40.000 soldados que le enviaba el emperador Mauricio. Era una fuerza impresionante y con ella avanzó en busca de Bahram Chobin. Los 40.000 romanos tenían como jefe supremo a Narsés, quien ya se había destacado bajo el mando del general Comentiolo, mientras que el

mando supremo de los persas lo ostentaba el propio Cosroes II. El avance de la fuerza romano-persa fue facilitado por la conquista de la Atropatene por parte de los partidarios de Cosroes II. Bahram, dividido entre la necesidad de proteger Ctesifonte y la urgencia de recuperar Atropatene, no supo reaccionar a tiempo frente a los movimientos de sus enemigos y optó por marchar hacia la última ciudad cuando ya era tarde. Pero para entonces, las fuerzas de Narsés y Cosroes II habían ya contactado con sus aliados de Atropatene y allí, no lejos de la gran ciudad de Ganzak y del gran palacio y templo del fuego de los guerreros (el *Tebermais*, de los relatos de Jorge de Pisidia y de Teófanos), tuvo lugar el decisivo encuentro con las tropas de Bahram Chobin.

Éste había reunido a 40.000 hombres y un buen número de elefantes, y esperaba imponerse, pese a su inferioridad numérica. Iba a ser aquella una batalla decisiva y sólo por el número de combatientes que participaron en ella –100.000– debería de ser generalmente reconocida y valorada. Sin embargo, pocos historiadores contemporáneos la tienen en cuenta en sus narraciones y análisis.

El emperador Mauricio –recuérdese– había enviado con Cosroes a los ejércitos de Tracia y Armenia junto con algunos regimientos de bucelarios y federados procedentes del ejército “en presencia del emperador”, pero había dejado en reserva al ejército de campaña de Oriente. En efecto, dado que no se lo menciona, habrá que suponer que su misión era la de guarecer la Mesopotamia y la Siria romanas de cualquier sorpresa y servir de reserva estratégica de la que echar mano en caso de desastre.

Las tropas de Narsés, los soldados de los ejércitos de campaña de Tracia y Armenia, y los de los tagmas de bucelarios y federados búlgaros, rompieron la línea de las tropas de Bahram, quien en una típica formación persa, había dispuesto su ejército en tres líneas y situado en el centro de la primera a los elefantes de guerra. Rota su formación, los hombres de Bahram fueron envueltos y desechos por completo. Muchos *drafsh* de Bahram Chobin se pasaron a Cosroes II al ver la batalla perdida, mientras que el usurpador huyó hacia territorio turco. Llegado allí, los turcos no dudaron en asesinarlo y en enviar su cabeza a Cosroes II para congraciarse con él.

De esta forma, Cosroes II Parwez, el Victorioso, hacía su entrada triunfal en Ctesifonte algunos días después de la batalla, acompañado por los soldados romanos que le habían permitido reconquistar su trono¹⁰¹². Aunque Cosroes II había triunfado, el gran ganador de la jornada de Ganzak había sido Mauricio: suyos habían sido los

¹⁰¹¹ Teofilacto Simocata: 5,2,6; *Historia Nestoriana*: LVIII, 146, p. 466; Miguel el Sirio: II, X, 23, pp. 371-372; *Crónica de 1234*, p. 116 de la trad. inglesa de A. Palmer; Agapios: pp. 446-447; al-Tabari: V, 1000-1001, p. 314; Masudi: II, 220-223, pp. 239- 241.

¹⁰¹² Teofilacto Simocata: 5.2.7- 5.15; *Crónica del Khuzistán*: 15-17, p. 229; Evagrio Escolástico: VI, 17-21; Sebeos: pp. 15-16; Agapios: 446-447; *Historia Nestoriana*: XLIII, 123, p. 444 y LVIII, 146-147, pp. 466-467; *Crónica de 1234*: pp. 16-17; Miguel el Sirio: II, X.23, pp. 371-372; Masudi: II, 220-223, pp. 239-241; al- Tabari: V, 993-1000, pp. 303-314; Firdusi: VII, pp. 1-107; *De Narratio Rebus Armeniae*: 93-96.

soldados que habían decidido la batalla, suyo el oro que había financiado el regreso de Cosroes II a Persia y suyo también, en fin, el candidato que había triunfado.

Cosroes II también lo sabía y por eso no se demoró en devolver, crecidamente, los 892.857 sólidos prestados por su mentor, el emperador Mauricio. En total, Cosroes II envió a Mauricio –como hemos visto que recoge al-Tabari– 1.354.166 sólidos. Más aún, el soberano persa repartió oro y plata entre los soldados y oficiales romanos que le habían ayudado a reconquistar su trono y, agradecido hasta el servilismo, envió también a Mauricio valiosas vajillas de oro y plata, y otros muchos lujosos presentes. Es pues muy posible que Cosroes se gastara en total –como apunta Masudi– 2.000.000 de sólidos. Esta cantidad resultaría al sumar a los 1.354.166 sólidos enviados por Cosroes II en concepto de pago por el oro prestado, las cantidades entregadas como regalo a los soldados y oficiales romanos, junto al coste de muchos y valiosos presentes enviados al emperador Mauricio.

Pero además del oro, Cosroes II entregó de inmediato a la Romania los territorios que le había prometido en Armenia, Mesopotamia e Iberia, y reiteró al emperador Mauricio su eterna gratitud, su alianza inquebrantable y su posición subalterna con respecto a su “padre y señor”. Por último, el emperador persa se mostró –tras un breve periodo de desacuerdo con el patriarca nestoriano– dispuesto a mejorar la situación de los cristianos de su imperio y a favorecerlos como nunca antes se les había favorecido. Tanto que llegó a correr el rumor de que se había hecho cristiano¹⁰¹³.

Y es aquí donde llegamos al punto de la supuesta boda de Cosroes II con María, una hija de Mauricio. Ya dijimos que no todo en esta noticia, transmitida por todas las fuentes orientales (persoislámicas, nestorianas, sirias o armenias) es pura leyenda. Si se lee atentamente la *Historia Nestoriana*, se encontrará de inmediato la base histórica de la citada noticia. Esta fuente, en una de las menciones que hace de la esposa cristiana de Cosroes II, María, hija del emperador Mauricio, nos comenta que también recibía el nombre de Shirin¹⁰¹⁴. De todos es sabido que la reina de reinas Shirin, era la esposa principal y favorita de Cosroes II, y que ejerció una gran influencia política a lo largo de todo el reinado del gran rey persa y aún después de su muerte. Shirin fue también la gran protectora de los cristianos y Cosroes supo combinar muy bien su zoroastrismo con

¹⁰¹³ Este rumor fue tan popular que llegó hasta el lejano Occidente. Tiene su base en numerosas cuestiones: en la simpatía que Cosroes II manifestó durante todo su reinado hacia los cristianos de Oriente; la influencia que en su corte tuvo su esposa principal, la cristiana Shirin; en la gran cantidad de cristianos que ocuparon altos cargos en su corte y gobierno, junto con la devoción que el propio Cosroes sentía por un santo cristiano, San Sergio, a cuyo santuario envió costosas donaciones. Se sustenta además por una carta del Papa Gregorio Magno en la que se lamenta al obispo de Melitene, de que no hubiera logrado convertir al rey de reyes Cosroes II cuando se hallaba en su destierro romano. Sobre el envío al santuario de San Sergio de una preciosa cruz de oro, costosos ornatos y una crecida suma de plata, *vid.* Teofilacto Simocata: 5.13-1, y Evagrio Escolástico: VI.18-21. En cuanto a la preocupación que el papa Gregorio Magno sentía por la conversión de Cosroes II al cristianismo consúltese Gregorio Magno, *Cartas*: epístola LXVII, pp. 571-572.

¹⁰¹⁴ *Historia Nestoriana*: 146, p. 466.

el cristianismo de su esposa. Fue este prestigio de Shirin entre los cristianos del Oriente el que facilitó sobremanera la incorporación al Imperio Sasánida de las poblaciones de Siria, Egipto, la Armenia y la Mesopotamia romanas. Fue para esta reina para quien Cosroes II construyó el impresionante palacio de Kasr-i Shirin, una auténtica ciudad palaciega, y fue a ella a quien entregó, en un acto simbólico de genial propaganda político-religiosa, la Vera Cruz.

Ahora bien, sabemos que Cosroes no huyó solo a la Romania, sino que, junto a muchos nobles, cortesanos, servidores y guardias, estaban también sus esposas y entre ellas la gran Shirin, “la reina de las reinas de Persia”. Conocemos también –lo hemos repetido varias veces– que Cosroes, al verse en manos de Mauricio, se autoproclamó “hijo y servidor” del emperador Mauricio y que, aún después de verse repuesto en su trono, siguió tratando al emperador Mauricio como su “padre y señor”. ¿No es pues harto probable que si Cosroes se hacía llamar “hijo del emperador Mauricio”, su esposa principal, también refugiada bajo la protección de Mauricio, fuera igualmente llamada “hija del emperador Mauricio?”. Es muy probable, máxime cuando Shirin era cristiana, no era de estirpe irania y su regreso a Persia coincidió con la apertura por parte de su marido y bajo el nombre de su esposa, de una era de paz, prosperidad e influencia de los cristianos. Esa influencia iba a ser tan notable que el principal ministro de Cosroes II sería un cristiano, Yazden de Kalka, como también cristianos iban a ser sus médicos y astrólogos. Incluso en el interior de su palacio edificaría Cosroes II una iglesia.

Bajo esta perspectiva, la leyenda del matrimonio de la hija de Mauricio con Cosroes II cobraba vida, pues Shirin era, en cierto modo y al igual que su marido, la hija de Mauricio, y ese título puramente ceremonial –o si se quiere, diplomático– tuvo que ser escuchado durante casi doce años por todos los habitantes del Oriente persa y romano.

Una vez aclarado este tema, regresemos a los Balcanes. Mauricio había logrado la hegemonía en el Oriente y eso era mucho más de lo que habían podido lograr Anastasio, Justino I, Justiniano, Justino II o Tiberio II. Pero aún tenía otro gran frente abierto, los Balcanes, y una vez libre de los peligros que hasta ese momento había representado Persia, se volvió con todas sus fuerzas hacia él.

Como se recordará sin duda, la invasión ávara de 583 representó un duro golpe para los Balcanes bizantinos, sobre todo porque los ávaros empujaban con ellos grandes hordas de eslavos que penetraron hasta el mismo Peloponeso. Es a este periodo, 583-587, al que se debe la destrucción o el saqueo de numerosas ciudades de Iliria, Tracia, Macedonia, Dardania, Tesalia, Beocia, Ática y el Peloponeso. Otras, como en el caso famoso de Tesalónica, iniciaron en estas fechas un largo camino de asedios y ataques ávaro-eslavos que se iba a prolongar a lo largo de décadas enteras. Así, Tesalónica

sufriría en 586 (según otros 597), el primer cerco ávaro-eslavo¹⁰¹⁵. Sin embargo, las victorias logradas en 585-586 por Comentiolo frente a los eslavos permitieron a los romanos restablecer la situación y recuperar posiciones claves tales como Singidunum.

Pero, pese a todo, las bandas de ávaros y eslavos regresaban una y otra vez a saquear los territorios imperiales. Esas bandas de saqueadores solían actuar de forma combinada, aunque bajo dominio ávaro, en el Ilírico, es decir, en Dardania, Dalmacia, Macedonia y Grecia; mientras que en el bajo Danubio, en las Mesias y la Scythia, y en la Tracia, el papel preponderante en esas incursiones lo tenían bandas de eslavos (un término, por otra parte, muy general y poco preciso) independientes. Esta confusión de bandas merodeadoras, ávaras, ávaro-eslavas y eslavas, contribuyó bastante a que los historiadores y cronistas de la época tuviesen muchos problemas a la hora de saber si tal o cual región o ciudad había sufrido un ataque ávaro, eslavo o ávaro-eslavo.

El caso de los ataques contra Grecia y Macedonia durante los años 579-589, es bastante revelador, pues mientras algunos autores señalan a los ávaros como responsables de tales incursiones de saqueo, otros apuntan a los eslavos. La realidad es que fueron bandas de ávaros y eslavos, bajo la dirección o al menos por mediación del khagan ávaro, las que llevaron a cabo tales ataques contra Macedonia y Grecia. En el transcurso de estos ataques, los ávaros, engrosadas sus filas con eslavos, saquearon Corinto y otras muchas ciudades. Esta realidad, que el elemento principal y dirigente de estos ataques contra Grecia fueron los ávaros y no los eslavos, es desconocida por no pocos autores contemporáneos, por culpa de la confusión en las fuentes y sobre todo, por culpa de la *Crónica de Monemvasia*, un documento al que se ha dado más credibilidad de la que se debiera.

Mauricio, para reforzar la seguridad de la Tracia meridional, mandó excavar una gran zanja defensiva al norte de Adrianópolis y reforzarla con un *vallum*. Esta medida defensiva ha sido recogida por una única fuente, Miguel el Sirio¹⁰¹⁶, y muestra que Mauricio no se olvidaba del escenario balcánico ni en lo más recio de la guerra contra Persia (585-586). También muestra, una vez más, que el Imperio tenía oro en cantidad suficiente como para llevar a cabo costosas obras de defensa.

Pero Mauricio tenía que pagar parte de ese oro a los ávaros a los que, por el tratado de 584, había que entregarles 100.000 sólidos anuales que servían de poco, pues ni los ávaros se mostraban muy dispuestos a cumplir con lo pactado, ni podían impedir que los eslavos del bajo Danubio –que no les estaban sometidos– cruzasen el Danubio y devastasen las provincias balcánicas. Así, en 587, los ávaros volvieron a cruzar el Danubio y a devastar las Mesias, la Scythia y la Tracia. Pero esta vez su ataque –como

¹⁰¹⁵ FLORIN, C., *The Making of the Slavs. History and Archaeology of the Lower Danube Region c.500-700*. Cambridge, 2001, pp. 96-99. Sigue siendo de utilidad la lectura de LEMERLE, P., *Les plus anciens recueils .., op. cit.*, pp. 47-162.

¹⁰¹⁶ Miguel el Sirio: II, X, 21, p. 361

sin duda se recordará– fue frenado en seco por un ejército romano frente a Adrianópolis (587). Allí, tal y como se dijo, Juan Mystacon, *magister militum per Armeniam*, recién llegado desde su mando en Oriente para detener el avance ávaro hacia la capital, y el duque lombardo de origen suevo Droctulfo, llegado a los Balcanes desde Italia con un nutrido grupo de mercenarios lombardos, derrotaron cumplidamente a los ávaros y les obligaron a retroceder hasta su base de Sirmium, en el Danubio central. Para lograr este éxito, Mauricio había tenido que trasladar hombres desde el frente oriental y desde Italia, y reforzarlos con apresuradas levadas a cabo en Tracia que nos han sido recogidas por Miguel el Sirio¹⁰¹⁷.

Prosiguiendo con su ofensiva contra los ávaros, envió, en 588, Danubio arriba, a la flota imperial para que protegiese Singidunum, dificultara a ávaros y eslavos cruzar el Danubio y amenazara Sirmium. Los ávaros, amedrentados por el despliegue romano, aceptaron entablar negociaciones de paz. Durante las mismas, fue pagado el rescate de prisioneros romanos, pero los ávaros exigían un aumento de los subsidios a cambio de una paz en firme y Mauricio, reforzado por la victoria del año anterior y por su despliegue de tropas en los Balcanes, se negó a ello¹⁰¹⁸.

Mientras que se desarrollaban estas operaciones contra los ávaros, los eslavos seguían con sus correrías por los Balcanes pero, por muy dañinas que fueran y por mucho que la *Crónica de Monemvasia* insista en que los eslavos se posesionaron del Peloponeso en 588, no implicaban un verdadero control del territorio. De hecho, como ha sido probado recientemente, no hay ninguna prueba sólida (ni en las fuentes, ni en los yacimientos arqueológicos balcánicos) que permita hablar de una invasión y asentamiento eslavos en el sur del Danubio antes de 611, año a partir del cual y tras casi ocho años de paz absoluta en los Balcanes, ávaros y eslavos retomaron sus incursiones. Y esta vez sí y en el caso de los eslavos, terminaron por transformarse en un asentamiento masivo en los Balcanes de poblaciones procedentes del otro lado del Danubio. Un proceso que, iniciado en 611, no alcanzaría su clímax sino durante los años 615-655 y que, en el caso concreto del Peloponeso, sólo ocurrió en torno al año 620. Pero ya volveremos sobre esto con más detalle al ocuparnos de los primeros años de reinado de Heraclio¹⁰¹⁹.

¹⁰¹⁷ Miguel el Sirio: II, X, 21, p. 362.

¹⁰¹⁸ Teofilacto Simocata: VI.3-6.

¹⁰¹⁹ DUJCEV, I., *Cronaca di Monemvasia*. Palermo, 1976. Esta crónica afirma (p. 17), que ávaros y eslavos invadieron el Peloponeso en 588 y se instalaron en él haciendo huir a la población griega. Esta afirmación, que durante décadas trajo de cabeza a historiadores griegos y eslavos, es de todo punto errónea. Aunque es cierto que el Peloponeso sufrió una gran devastación en 588, sus responsables fueron los ávaros y no los eslavos; además, terminado el saqueo, los ávaros se replegaron al otro lado del Danubio. La escasa fiabilidad de esta crónica queda de manifiesto en múltiples detalles, por ejemplo, cuando dice que el obispo de Corinto tuvo que huir y refugiarse en Egina con los supervivientes de su ciudad abandonando su solar a los eslavos. Pues bien, en febrero de 591, el papa Gregorio escribía una carta al obispo de Corinto, Anastasio, sin que en ella se hiciera mención alguna a que este último no estuviese en su sede, o a que la hubiese perdido y se hallase en el destierro [Gregorio Magno, *Cartas*:

En 589, la preocupación principal del Imperio en los Balcanes no eran las pequeñas y anárquicas bandas de eslavos que, de tanto en tanto, cruzaban el bajo Danubio y se infiltraban, con mayor o menor éxito, hasta Tracia, sino los ávaros, o por mejor decir, las masas de guerreros de procedencia ávara, gépida, eslava y búlgara comandadas por el nuevo khagan, el hijo del viejo Baian. Los acontecimientos de los años 583-588, demostraban a las claras que el pago de subsidios no era una solución viable al problema planteado por los ávaros en los Balcanes. Sólo quedaba pues, tal y como ocurría en el caso de los eslavos del bajo Danubio, la solución militar.

La guerra civil persa y su feliz desenlace para el Imperio hicieron posible esa solución militar del problema ávaro-eslavo. En la primavera de 590, apenas recibidas las primeras informaciones sobre la guerra civil persa y las peticiones de auxilio de Cosroes II, Mauricio en persona encabezó una expedición por Tracia meridional con el fin de comprobar los daños causados en la región por las recientes incursiones de ávaros y eslavos. Esta expedición le llevó, al frente de un nutrido destacamento militar, hasta Anquialos, en las riberas del Mar Negro. Durante su ruta por Tracia, el emperador distribuyó mucha plata entre los campesinos y ciudadanos afectados por los ataques bárbaros y, tras comprobar el estado de las defensas y hacerse con algunos prisioneros eslavos, regresó a la capital.

Epístola XXVII, p. 481]; antes al contrario, el Papa solicita a Anastasio que facilite el paso de un comisionado suyo por el territorio de su diócesis de Corinto. Conclusión: apenas tres años después de la incursión ávara, el Peloponeso había vuelto a la normalidad, en vez de haber quedado anegado por las tribus eslavas, como afirma errónea e interesadamente la *Crónica de Monemvasia*. La obra de C. Florin ha sido concluyente en esta cuestión por el número de pruebas arqueológicas, históricas y lingüísticas que aporta. Demuestra que la identidad étnica de los eslavos no era una realidad preexistente a las invasiones de los siglos VI y VII, sino que se conformó durante las mismas. Dicho de otro modo: los eslavos de los Balcanes no existían como grupo de pueblos definido y dotado de una identidad étnica, cultural y lingüística homogéneas hasta finales del siglo VII. El nombre de “Sclavenos” no sería sino la denominación bajo la cual los historiadores bizantinos agruparon a un conjunto de pueblos muy diversos entre sí que habitaban, desde largo tiempo atrás en el bajo Danubio. El aumento de la presencia bizantina en esta zona durante el reinado de Justiniano y las largas guerras del periodo 570-602, fueron moldeando ese grupo de pueblos diversos que los bizantinos agrupaban bajo el término genérico de “eslavos”. Esos pueblos terminaron por conformar una identidad étnica, cultural y lingüística durante el periodo de invasión, conquista y colonización del territorio situado al sur del Danubio, que comenzaría en los inicios del reinado de Heraclio. El proceso de etnogénesis no concluiría antes del 700 y en él la lengua eslava, que había sido una suerte de lengua franca en el Imperio ávaro aunque no la lengua única, serviría de aglutinante final. Vid. FLORIN, C., *The Making of the Slavs...op. cit.*, pp. 95-226, 336-350 y en especial pp. 65-74, 95-99 y 335-349. Otro trabajo muy destacado es el de T. OLAJOS, *Contribution à la chronologie...*, *op. cit.*, pp. 506-515; también, aunque menos resolutivo, YANNOPOULOS, P., “Métropoles du Peloponnèse mésobyzantin: un souvenir des invasions avaro-slaves”. *Byzantion*, LXII (1993), pp. 389-400. Sobre la *Crónica de Monemvasia*, aunque discrepamos de su análisis en algunos puntos, es muy recomendable leer a TURLEJ, S., “The so-called Chronicle of Nonemvasia a Historical analysis”, *Byzantion*, LXVIII (1998), fasc. 2, pp. 148-156; WHITBY, M., *The emperor Maurice...*, *op. cit.*, pp. 125-126; LEMERLE, P., *Les plus anciens recueils...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 47-162. Sobre el verdadero ritmo y cronología de las invasiones de los eslavos al sur del Danubio y en Grecia pueden consultarse también nuestros trabajos: “Ecos eslavos en las crónicas orientales del siglo VII”, *X Encuentro Científico sobre Grecia / I Jornadas Bizantino-Eslavas y del Sureste Europeo: Fuentes para el Estudio de los eslavos*. Universidad de Granada, 2006 (en prensa); “Los eslavos y la guerra”, *XI Encuentro Científico sobre Grecia / II Jornadas Bizantino-Eslavas y del Sureste Europeo: Convergencias Balcánicas en la historia y la literatura*. Universidad de Granada, 2008 (en prensa).

Esta expedición de Mauricio está sumida en la más profunda confusión cronológica en las fuentes y en la mayor parte de la historiografía contemporánea. Esto se debe a que Teofilacto y Teófanos mezclan en su relato circunstancias y acontecimientos procedentes de otras dos expediciones de Mauricio por Tracia meridional acontecidas durante los años 596 y 598. Pero, mientras que en esos dos últimos casos, Mauricio pretendía salir al paso de una posible incursión ávara, en 590 su único propósito era comprobar de primera mano los daños causados por los ávaros y eslavos, inspeccionar las defensas, y aliviar y animar a la población de la sufrida Tracia¹⁰²⁰. A fines de este año, cuando ya la guerra civil persa había concluido felizmente para los romanos y el limes oriental estaba plenamente seguro, comenzaron a movilizarse tropas desde Siria, Mesopotamia y Armenia hacia Tracia.

En 592, el khagan ávaro, alarmado sin duda por las noticias que le llegaban sobre las grandes victorias obtenidas por la Romania en Persia y sabedor de que, terminada la guerra en Persia, la Romania lanzaría todo su poderío contra ellos, volvió a demandar la paz, si bien bajo el presupuesto de que el emperador aumentara los subsidios. Mauricio, ya tremendamente reforzado por su gran triunfo en Persia y por la paz lograda con ésta, se negó. Contaba ahora con muchas tropas de campaña, pues –como hemos apuntado– no bien terminaron las operaciones en Persia y Cosroes II fue reinstalado en el trono, Mauricio ordenó al ejército de Tracia (que había peleado en Persia por Cosroes II), así como a numerosos tagmas de los ejércitos de campaña en “presencia del emperador” y sobre todo de los de Oriente y Armenia, que se trasladaran a los Balcanes y se dispusieran a entrar en combate.

La fuerza así reunida tuvo que ser imponente, pues Mauricio, no sólo concentró en Tracia tropas provenientes de los ejércitos de campaña de los *praesentalis*, Oriente, Armenia y Tracia, sino que –aquí ha fallado una vez más la erudición moderna– también procedió a llevar a cabo grandes levadas entre la nobleza armenia y sus guerreros.

En efecto, Sebeos (fuente tan cercana en tiempo y espacio a los acontecimientos) dice que Mauricio procedió en el invierno de 591-592 a llevar a cabo una leva masiva entre los armenios con el propósito de enviarlos a los Balcanes en compañía de los ejércitos de campaña de Oriente y Armenia que ya se dirigían hacia el nuevo frente de guerra. Nos transmite también la cifra total de hombres de Armenia reclutados en esa leva masiva del 501: 30.000 hombres. Estos soldados, según se desprende del relato, iban a Tracia para no volver, pues Mauricio no sólo pretendía con esta masiva leva reforzar la defensa de Tracia y el Danubio, sino pacificar Armenia mediante el expediente de trasladar a muchos de sus nobles más levantiscos y guerreros, desde su

¹⁰²⁰ Teofilacto Simocata: 5.16-17; Teófanos: 6082-6083, 267-269. Acerca de la confusión cronológica que acompaña a esta expedición de Mauricio y a las particularidades que presenta la *Crónica* de Teófanos para el estudio de este periodo, *vid.* WHITBY, L.M., “Theophanes' Chronicle source for the reigns of Justin II, Tiberius and Maurice (A.D. 565-602)”, *Byzantion*, LIII fasc. 1 (1983), pp. 312-345.

país natal hasta la frontera danubiana en donde deberían de instalarse para que sus bríos bélicos fueran aprovechados por el imperio. Así que, esos 30.000 guerreros armenios no sólo iban a Tracia para luchar allí contra los eslavos y los ávaros por unas cuantas campañas y luego regresar a Armenia, sino que su leva era más bien concebida como una auténtica deportación. Dicho de otro modo, los 30.000 armenios reclutados por Mauricio en 591-592 iban a Tracia para instalarse en ella como soldados de frontera y guarnición.

En este detalle hay que detenerse y analizar este decisivo paso dado por Mauricio y que ha pasado tan inadvertido para los historiadores contemporáneos.

Ya hemos dicho que, en 591-592, Mauricio decidió volverse hacia los Balcanes y poner allí también orden y sosiego. Para lograrlo se necesitaban varias cosas: en primer lugar, vencer militarmente a los ávaros y con ellos a las bandas eslavas que los jinetes de la estepa empujaban delante de ellos; después, había que reforzar el tejido demográfico, defensivo y económico de las sufridas provincias ilíricas y tracias. Lo primero no era posible sin lo segundo y viceversa; era un problema de acuciante y complicada respuesta, pero Mauricio dio con la solución. Si en última instancia, Mauricio y el sistema justiniano fracasaron en la solución del problema ávaro-eslavo, no fue por errar en la respuesta, sino por el inesperado estallido de un descontento general que el emperador no supo calibrar.

En efecto, Mauricio, el gran reformador, acertó con la respuesta al problema ávaro-eslavo y en ella, su decisión de trasladar contingentes y población armenia a Tracia fue una pieza decisiva. Los armenios constituían por entonces la población más belicosa del imperio. Curtidos por más de trescientos años de guerras incesantes entre la Rumania y la Persia, guerras en las que eran, a menudo, un elemento indispensable en los ejércitos de ambas potencias, pulido su espíritu militar por una visión caballerisca y heroica de la guerra y de la vida, los armenios constituían también un problema para las grandes potencias, pues eran levantiscos y amantes del desorden. De ahí que Mauricio – como cuenta Sebeos – viera en la deportación de numerosos armenios a la frontera danubiana una buena solución para dos problemas: las invasiones ávaro-eslavas y la efervescencia armenia.

Esta forma de actuar, la de trasladar poblaciones, se repetiría muchas veces en el área balcánica durante los siglos siguientes y nunca ha sido suficientemente valorada por los eslavistas: ¿qué impacto cultural y demográfico tuvieron estas poblaciones asiáticas entre los eslavos?

La historia del bogomilismo es un buen ejemplo de ello, pero veamos otros casos. Tras estos intentos de Mauricio de reforzar el área balcánica con armenios, vinieron los asentamientos de chipriotas, sirios, isaurios y mardaítas del Líbano, en Tracia,

Macedonia y el Peloponeso, por obra de Justiniano II¹⁰²¹. Los mardaitas, en virtud de un acuerdo con el califa Abd al-Malik, fueron trasladados por completo a Panfilia, Nicópolis, Cefalonia y al Peloponeso; en este último lugar, seguían formando –incluso en el siglo X– un grupo bien diferenciado de sus vecinos griegos y eslavos¹⁰²². De hecho, esta política de asentamiento de estratiotas orientales en los Balcanes, unida a la de trasladar eslavos a Asia Menor para enfrentarlos a los árabes, fue responsable, en buena medida, del éxito defensivo bizantino frente a eslavos, búlgaros y árabes durante el siglo VIII. En el siglo IX, se continuó con esta política de deportaciones y traslados de población de unas fronteras a otras del imperio. El caso más conocido es el de los paulicianos armenios, sirios y kurdos de las regiones de Tefrike, Samosata, Zapeta y Melitene que, tras ser vencidos por Basilio I¹⁰²³, fueron trasladados a Tracia y Macedonia, donde constituirían el germen de bogomilitas balcánicos y cátaros franceses.

Pero volvamos a nuestros armenios. La historia de estos soldados y colonos armenios llevados a los Balcanes para detener la embestida ávara y las invasiones eslavas, fue recogida por completo por Sebeos, cuyo relato merece ser reproducido:

“Los enemigos que venían del lado de Tracia desolaban y arrasaban el imperio con sus innumerables ejércitos y, al emprender incesantes guerras, pretendían destruir la nación y el imperio romano para reinar ellos mismos, soberanamente en la residencia imperial.

El emperador de los griegos ordenó entonces a sus tropas de las provincias orientales que se reunieran puesto que estaban en paz y ya no tenía dificultades con el Imperio Persa respecto a Siria. Dio la orden de hacerles cruzar el mar y dirigirlos a Tracia para emplearlos contra el enemigo. También ordenó que se reuniera a toda la caballería armenia y al mismo tiempo a todos los nobles naxarars hábiles para la guerra y que manejaran bien la lanza en el combate. Además dio la orden de que se reclutara en Armenia un ejército numeroso, con soldados de buena voluntad y de estatura imponente, que se les organizara en cuerpos regulares, se les armara y se les hiciera pasar a Tracia para combatir al enemigo bajo las órdenes de Musel Mamikonien.

Éstos marcharon contra las naciones que ocupan las regiones occidentales, a orillas del gran río llamado Danubio. Se libró una batalla encarnizada en ese país y el ejército

¹⁰²¹ La noticia del traslado de los mardaitas es recogida por Teófanos [6178, 364] quien da la cifra de 12.000 mardaitas transplantados a Europa. Es casi seguro que se refería sólo a guerreros, por lo que a este número cabría añadir otro proporcionado de mujeres, niños, ancianos y no combatientes en general, de lo que obtendríamos una suma de 50.000 personas aproximadamente. El autor se queja de que este traslado de los mardaitas era funesto para el imperio, pues dejaba su frontera oriental abierta, pero aún siendo esto cierto, Teófanos no valora el bien que se obtuvo de su asentamiento frente a los eslavos. Este mismo cronista relata [6209, 392] que el emperador León III provenía de Germanicea de Siria y que había sido trasladado de su región natal junto a sus padres y asentado en Mesemvria, en la costa pónica de Tracia, en tiempos de Justiniano II, responsable también del traslado de los chipriotas a Cízico y Tracia, y de los eslavos a Bitinia y Asia.

¹⁰²² Todavía en el s. X, los mardaitas del Amanos y el Líbano trasladados a Panfilia, Peloponeso, Nicópolis y Cefalonia, eran claramente reconocibles; en el caso del Peloponeso, sus soldados temáticos sumaban 5.087 efectivos. *Vid.* OSTROGORSKY, G., *Historia del Estado Bizantino*, Madrid, 1983, pp. 142-143.

¹⁰²³ Al respecto, OSTROGORSKY, G., *Historia del Estado Bizantino...*, *op. cit.*, p. 170 y también HALDON, J., *Warfare, State and society...*, *op. cit.*, p. 85 y ss.

griego derrotó a las fuerzas del enemigo, las puso en fuga y las expulsó al otro lado del Danubio. Después de esta gran victoria, el ejército griego envió mensajeros para llevar a toda prisa la buena nueva al emperador y a toda la corte.

Después el ejército griego invadió el territorio enemigo, franqueó los desfiladeros y empezó a devastar todo el país” [Sebeos: pp. 34-35].

El relato es jugoso en verdad y no sólo nos ofrece un vivísimo fresco sobre las durísimas y cambiantes campañas que se desarrollaron en los Balcanes entre los años 592 y 599, sino que además –esto es lo verdaderamente relevante– nos proporciona una preciosa información sobre los planes de Mauricio para defender los Balcanes, y proceder a su recuperación demográfica y económica, una información que ha pasado inadvertida hasta el presente, que nosotros sepamos. Y es que, repitámoslo, Sebeos explica, en las líneas anteriores al texto que acabamos de reproducir, que la intención del emperador era la de que los armenios por él reclutados no volviesen a su país, sino que permanecieran para siempre en Tracia.

Aclarado este importante punto, volveremos sobre el relato de los acontecimientos donde lo dejamos.

En el año 592 se reanudó en toda su virulencia la guerra contra los ávaros y los eslavos¹⁰²⁴. Mauricio estaba ahora dispuesto por completo a acabar con aquella larga guerra e imponer en los Balcanes su autoridad, tal y como ya había impuesto su hegemonía en el Oriente. Por eso rechazó las peticiones que el khagan le hacía de que le aumentara el tributo y que a cambio obtuviese la paz. El khagan, indignado por el violento rechazo de su petición, cruzó el Danubio y puso sitio a Singidunum (Belgrado), pero no logró tomarla y tuvo que levantar el campo cuando supo del avance del general Prisco que marchaba apresuradamente a la cabeza de un ejército de socorro. Los ávaros tuvieron que retirarse a toda prisa hacia Sirmium, pues la flota imperial amenazaba la retaguardia ávara en el Danubio, a la par que Prisco avanzaba por tierra. De esta forma, el primer choque de la gran guerra ávaro-eslava de Mauricio era favorable a la Romania.

¹⁰²⁴ Las campañas lanzadas por el emperador Mauricio entre 592-593 y 602, así como la sublevación de Focas y los motines constantinopolitanos que prepararon la caída de Mauricio, pueden seguirse en Teofilacto Simocata: VI.16-VIII.7.8-11, pp.155-222. El relato de Teofilacto, basado posiblemente en los informes militares anuales sobre las campañas, en un trabajo contemporáneo y en informaciones orales de viejos testigos de los hechos (esto es muy posible), se ve interrumpido a menudo por las habituales dispersiones retóricas, pero exceptuando un largo paréntesis [VII,16] representa una narración fluida y detallada. Aunque la cronología de Teofilacto sea a menudo confusa y haya causado no pocos quebraderos de cabeza a los modernos historiadores, su obra es la fuente más extensa y segura con la que contamos, pudiendo ser complementada principalmente con informaciones procedentes de Miguel el Sirio, Sebeos, Juan de Antioquía y las cartas de Gregorio Magno. *Vid.* también FLORIN, C., *The Making of the Slavs...*, *op. cit.*, pp. 95-121, que es sin duda la reconstrucción moderna más segura de los eventos del periodo; WHITBY, M., *The emperor Maurice...*, *op. cit.*, pp. 138-184, que ha quedado desfasado en no pocos puntos; LEMERLE, P., *Les plus anciens recueils...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 47-162.

Pero los ávaros no se daban por vencidos. En Sirmium reunieron junto a ellos a grandes contingentes de eslavos y a su cabeza marcharon por la orilla derecha del Danubio devastando a su paso la Mesia II y alcanzando la costa del Mar Negro y la ciudad de Anauialus.

Prisco, sorprendido por el movimiento, marchó a toda prisa hacia la ciudad de Durostorum (la actual Silistria), desde donde detuvo la devastadora progresión del khagan de los ávaros. Frenada por la presencia del ejército de Prisco, la gran horda no podía proseguir hacia el sur ni tomar la ciudad. Como además, llegaban hasta ella noticias sobre el rápido avance de la flota imperial que pronto les impediría cruzar el Danubio y que cerraría por completo el cerco iniciado por Prisco, el khagan Baian se vio obligado a solicitar una tregua y a aceptar como compensación por su retirada una ridícula cantidad de oro con la que, como años atrás frente a Sirmium, salvar su honor ante los guerreros que lo habían seguido a aquella frustrada incursión.

Así que, por segunda vez en el mismo año, los ejércitos de la Romania ganaban la partida. El triunfo era lo suficientemente grande como para que el khagan dejara de incordiar por un tiempo y para que Mauricio se pudiese centrar en los eslavos del bajo Danubio que, de forma independiente a los ávaros, habían atacado territorio romano en los años precedentes. Así que el ejército romano pasó a la ofensiva en toda regla.

A fines de la primavera del 593, Prisco y su ejército pasaban el Danubio a la altura de Durostorum y atacaban en sus bases a los eslavos de los reyes Ardagasto y Musocio, quienes preparaban una incursión contra territorio romano. Los soldados de Prisco arrasaron con los enclaves eslavos, los hicieron huir a los pantanos, dieron muerte a millares de ellos y capturaron al rey Musocio, haciéndose además con un gran botín. Todavía por segunda vez en ese año de 593, pudo Prisco cruzar el Danubio y devastar territorio eslavo sembrando entre las tribus el terror y haciéndose con grandes botines.

Eran pues grandes victorias las que se habían obtenido en aquellos meses de primavera, verano y otoño del 593, y significaron un cambio de rumbo en las guerras balcánicas: por primera vez desde 530, eran los ejércitos romanos los que devastaban el territorio de sus enemigos y no éstos los que saqueaban el territorio romano.

Pero en este punto Mauricio cometió un grave error: se empeñó en que el ejército invernara sobre territorio enemigo, esto es, al norte del Danubio, con la excusa de ahorrar a los sufridos habitantes de las provincias danubianas el coste de alojar y alimentar al ejército. Era una locura, pues por muy precaria que fuera la situación de las provincias danubianas, obligar al ejército a permanecer en territorio enemigo y a invernar allí sobreviviendo sobre el país, no sólo era arriesgarse a que fuese destruido por una sorpresa enemiga, sino que era de todo punto imposible desde el punto de vista logístico.

Entonces, los soldados se negaron a obedecer la orden del emperador. Por segunda vez en su vida, Mauricio se vio ante una sublevación en toda regla de su ejército, y de

nuevo, el culpable era sólo él. Esta falta de tacto con el ejército, esta incapacidad para comprenderlo y saber adecuarlo a sus propósitos es todavía más señalada si se tiene en cuenta que Mauricio había contado con experiencia militar directa en el mando de grandes ejércitos. Quizás por ello, su falta de tacto y de habilidad en el trato con sus ejércitos sólo pueda explicarse recordando que, aunque es cierto que Mauricio se había desenvuelto de forma excelente como *magister militum per Orientem* durante los años 578-582, había contado durante esos años con el continuo consejo y apoyo de una excelente plana mayor de veteranos oficiales. Es pues muy posible que los triunfos de Mauricio tuvieran más que ver con la habilidad de este grupo de expertos militares puestos junto a él por el prudente Tiberio II, que con su propio genio militar.

Pero en cuanto llegó a emperador, Mauricio se mostró mucho menos dispuesto a seguir los consejos de los expertos militares que integraban su consejo militar de lo que lo había estado cuando sólo era un *magister militum* con escasa experiencia sobre el campo de batalla. Y es que, aunque se mostró relativamente fiel a un grupo de generales de gran prestigio (Filípico, Prisco, Juan Mistacon, Romano, Narsés, Heraclio el viejo, Comentiolo...), de los que una y otra vez echó mano, también es cierto que les retiró el mando a menudo y que, con demasiada frecuencia, se negó a seguir sus consejos.

Mauricio no era un hombre simpático para su pueblo o para sus soldados. Amante de la historia, de las artes y las ciencias, buen padre y excelente esposo, era también buen administrador y un laborioso emperador muy consciente de sus responsabilidades. Pero todas estas prendas las echaba por tierra al exhibir, sin pudor y ante sus súbditos, una tacañería casi enfermiza, un nepotismo exagerado que le llevaba a favorecer en extremo a su familia, enriqueciéndola sin medida y concediendo a sus parientes puestos en el senado, el gobierno o el ejército que no sabían desempeñar adecuadamente, junto a una testarudez y una soberbia dignas de mejor causa, que le llevaban de continuo a enfrentarse con el pueblo, la ortodoxia y el ejército.

Fueron al cabo su tacañería y tozudez las que lo movieron a dar aquella orden del invierno de 593: si los soldados invernan en la Mesia, en la Scythia o en la Tracia, el emperador tendría que renunciar a la mayor parte de los impuestos que esas provincias tenían que pagarle. Como estipulaba la ley que regía, desde marzo de 545, las entregas de alimentos y pertrechos al ejército por parte de los civiles, cualquier gasto que éstos tuviesen que hacer para alimentar o equipar a las tropas podían después deducirlo de sus impuestos. El procedimiento, que ya estudiamos, era como sigue: los obispos y las autoridades civiles eran las encargadas de recibir y ejecutar las demandas hechas previamente por los jefes militares de la fuerza que se acercaba a la ciudad, bien en ruta hacia su destino, bien con el propósito de invernar en ella. Los jefes militares debían de avisar con tiempo suficiente como para que el obispo o los funcionarios urbanos, pudieran reunir lo exigido. Cuando la unidad militar llegaba al cabo a la ciudad o a su territorio, un funcionario adscrito al ejército recibía los alimentos y bienes de manos de

los funcionarios civiles o del obispo y a cambio, con el acuerdo y supervisión de las autoridades de la ciudad y del *magister militum*, tribuno, *comes* o del oficial que fuese el jefe del contingente, extendía unos recibos o certificados que se entregaban a los poseedores o contribuyentes que habían entregado los bienes demandados por el ejército. Estos recibos eran posteriormente usados por los contribuyentes como descargo ante los cobradores habituales de impuestos, los cuales debían de restar de la *annona* y en su caso de cualquier otra carga fiscal, la cantidad que figuraba en el recibo en cuestión; en caso de que el recibo superara el importe total de los impuestos anuales que pagaba el poseedor del recibo en cuestión, éste recibía una exención fiscal por dos o más años, hasta cubrir la cantidad que figuraba en el recibo¹⁰²⁵.

La misma Novela de Justiniano, fechada en marzo de 545, especifica que las ciudades no podrían ser obligadas a entregar productos que no fueran comunes en su territorio, sino sólo aquellos que fueran abundantes; el resto debía ser provisto por las autoridades provinciales y si esto no era posible, por las autoridades centrales. Por lo tanto, tampoco lograban zafarse éstas por completo de tener que realizar gastos a la hora de asegurar la adecuada internada de sus ejércitos. Por último, la citada Novela nos informa sobre las condiciones bajo las que estaban obligados los ciudadanos a alojar a los soldados en sus propiedades. Y así y con el ánimo de evitar abusos por parte de los soldados, el edicto de marzo de 545 concretaba que los soldados no podrían exigir que se les acomodara en las dependencias usadas por la familia que los albergaba, sino que ocuparían aquellas que quedaran libres o disponibles.

Pero Mauricio tenía aún otra razón, además de la de no querer renunciar a los escasos impuestos que pudieran proporcionarle los habitantes de la Tracia, las Mesias, la Scythia o la Iliria, y era la de que el emperador estaba aún molesto por la sublevación de sus tropas en Oriente durante 588-589, y debió de concebir su orden de internar al norte del Danubio como una suerte de disciplina que administrar a sus levantiscos soldados. Afortunadamente para Mauricio, Prisco, el general que tan brillantes triunfos acababa de obtener, no le hizo el menor caso. Desoyendo las órdenes del Augusto, rebasó el Danubio e instaló a sus tropas en sus acuartelamientos de Durostorum, Novae, Nicópolis, Tomi y demás ciudades de la Mesia II, la Scythia y la Tracia. Sus soldados habían combatido muy bien y lo último que podían esperar de su emperador era un castigo tan terrible como el de internar al norte del Danubio en territorio de los salvajes eslavos, cuyas tierras además acababan de saquear y talar, por lo que difícilmente podían ahora sustentarse en ellas.

Mauricio, dispuesto a no dejar pasar aquel desafío a su imperial autoridad, retiró el mando a Prisco y lo envió de vuelta a Constantinopla, sustituyéndolo por su propio hermano, Pedro. A éste le había encargado además una misión que vuelve a mostrar la

¹⁰²⁵ *Cuerpo del derecho civil romano*: CXXIX, cap. I-III de Justiniano, p. 456.

extrema testarudez de Mauricio: Pedro debía de anunciar al ejército que su paga sería reducida y que a cambio recibirían de los talleres y arsenales imperiales las armas y equipos que se suponía que debían de costearse con la parte del sueldo que ahora se les quería retirar. Ya vimos, cuando estudiamos los sueldos de los soldados, que este acto de Mauricio acarreó una auténtica rebelión, pero una vez más, el emperador fue salvado por la sensatez de sus generales, en este caso de su hermano Pedro. Este logró calmar a los soldados concediéndoles una serie de beneficios que les hicieron olvidar la ingratitud y torcidos propósitos de su emperador. En concreto Pedro otorgó a los soldados pensiones para los veteranos, así como para aquellos que fuesen heridos en combate y quedaran incapacitados para el servicio de las armas. También las familias de los soldados muertos en batalla tendrían derecho a recibir una pensión a partir de ese momento. Además, Pedro aceptó que fuesen los hijos o parientes de los soldados los que tuviesen prioridad a la hora de cubrir las vacantes en el ejército imperial. Esto último prueba, sin lugar a dudas y como ya se dijo, cuán apreciada era la condición y paga de los soldados de este periodo.

Solventada así la potencial sublevación, Pedro se dispuso, en la primavera del 594, a retomar la ofensiva contra eslavos y ávaros, operaciones iniciadas esta vez en suelo de la Rumania. En Marcianópolis, uno de sus merarcas, Alejandro, quien dirigía la vanguardia del ejército de Pedro, cercó a una banda de 600 saqueadores eslavos que intentaban alcanzar el Danubio para cruzarlo hacia el norte y volver a sus hogares con el crecido botín que acababan de hacer en la Mesia II. Los eslavos, al verse cercados, pusieron en círculo las carretas en donde transportaban el botín e intentaron resistir, pero los soldados de Alejandro los aniquilaron por completo y recuperaron el botín y los prisioneros. A partir de ahí y para evitar nuevas algaradas eslavas, Pedro se puso a patrullar las orillas del Danubio con sus tropas, desde Durostorum hasta Aemus. Sin embargo, sus movimientos fueron observados por una avanzadilla de jinetes búlgaros al servicio del khagan ávaro que informó de inmediato a los eslavos de los movimientos de las tropas de Pedro. De inmediato los eslavos se dispusieron a tender una emboscada al ejército romano.

El jefe eslavo se llamaba Peiragastus y contaba con numerosos guerreros, pero Pedro supo envolver a las hordas eslavas, dando muerte a su jefe y a buen número de sus guerreros y poniendo al resto en fuga. Desgraciadamente, durante la persecución que siguió, los romanos se extraviaron y fueron a parar a unos parajes carentes de agua, por lo que tuvieron que dejar escapar a los eslavos que huían delante de ellos. Más tarde, en las orillas del río de Helibacia, Pedro tuvo que enfrentarse a una muchedumbre de eslavos y aunque se sostuvo en el campo de batalla, tuvo al cabo que retirarse y ponerse a la defensiva el resto de la campaña.

Así pues, la campaña de 594 había terminado sin lograr un solo avance y en cierta medida, si se la comparaba con la de 593, era un auténtico fracaso estratégico que

echaba por tierra las ventajas obtenidas por Prisco un año atrás. Por ello, Mauricio decidió retirar el mando a su hermano y sustituirlo, una vez más, por Prisco, quien retomó las riendas de los ejércitos del Danubio en 595. Prisco fue más afortunado que Pedro y pudo rechazar varios ataques ávaro-eslavos contra Dalmacia, causando a los bárbaros cuantiosas bajas y obligándolos a rebasar el Danubio.

Para 597 la situación seguía sin resolverse, pues aunque las armas romanas habían logrado restablecer el Danubio como frontera y rechazar los ataques más importantes contra Iliria, Dalmacia, las Mesias, Scythia o Tracia, no podían impedir las constantes incursiones de saqueadores eslavos y ávaros que, en pequeños grupos, cruzaban de continuo el limes y penetraban hasta muy al interior de las provincias danubianas¹⁰²⁶.

También el khagan, el señor de los ávaros y de numerosas bandas eslavas, búlgaras y gépidas, estaba harto de la larga guerra y por eso fue él quien se atrevió a lanzarse primero contra su enemigo en una gran ofensiva contra su territorio. En 598, avanzó al frente de un gigantesco ejército de ávaros, eslavos, gépidos y búlgaros, y cayó sobre la importante plaza danubiana de Tomi, no lejos de la desembocadura del Danubio. Sin embargo, Prisco pudo auxiliar a la ciudad y guarnecerla con su ejército, así que el khagan fracasó en su empeño de tomarla y tuvo que retirarse tras quedar sin víveres. De nuevo la flota imperial navegaba por el Danubio y cortaba las comunicaciones de los bárbaros con sus bases transdanubianas, mientras Comentiolo, el otro general romano que operaba ese año en los territorios danubianos, estaba maniobrando para contribuir al cerco de los ávaros.

Una vez más se mostraba que los ejércitos romanos estaban siendo superiores, en conjunto, a los del khagan ávaro. Este último veía cómo su prestigio, tras su nueva derrota ante los muros de Tomi, se hallaba amenazado: u ofrecía a sus seguidores ávaros, eslavos, gépidos y búlgaros una victoria o al menos una expedición de saqueo productiva, o perdería el control sobre ellos. Incluso era posible (no sería la primera vez que ocurriera en la historia de los ávaros) que éstos, descontentos ante las derrotas de su khagan, decidieran sustituirlo por uno de sus hijos o hermanos. Desesperado ante esta perspectiva y con el creciente riesgo de verse cercado por las maniobras de Prisco, Comentiolo y la flota imperial, el khagan se lanzó en un movimiento inesperado y arriesgado: una marcha forzada hacia Constantinopla.

La progresión ávara fue muy profunda y rápida, y amenazó con llegar hasta la misma Constantinopla. Comentiolo tuvo que marchar desde la Mesia, donde se hallaba, hacia el sur para intentar no quedarse aislado y auxiliar a la capital. El emperador, por su parte, para prevenir el inminente ataque ávaro contra la capital, se vio impelido a ponerse al mando de un pequeño ejército constituido por varios *bandon* de los

¹⁰²⁶ De hecho y como ha demostrado Fl. CURTA (*The Making of the Slavs...*, p. 40), la mayoría de las tribus eslavas que devastaban los territorios balcánicos no contaban en sus filas con más de 400 a 800 guerreros.

praesentalis y de las *Scholae palatinae*, así como de los excubidores y de las milicias de los demos. Con esta fuerza de combate tan apresuradamente reunida, Mauricio esperó la llegada del khagan al pie del muro de Anastasio, la llamada “muralla larga”.

Los ávaros llegaron, en efecto, pero fueron frenados y poco después comenzaron a caer por millares bajo los efectos de la peste que les fue contagiada desde Constantinopla. Varios hijos del khagan murieron en esos días de epidemia y en verdad parecía que los ávaros iban a ser consumidos por la peste. Más entonces, el emperador, presionado por la opinión pública constantinopolitana, atemorizada por la peste y por la presencia de los ávaros tan cerca de la ciudad, y no por su falta de información sobre lo que ocurría en el campo ávaro como se ha dicho, ofreció al desesperado khagan una salida honrosa que éste aceptó de inmediato: la paz.

Ésta, bajo el engañoso manto de aparecer como una victoria ávara, escondía realmente un gran triunfo romano: si bien es verdad que el khagan ávaro conseguía aumentar en 20.000 sólidos el montante de los subsidios que iba a percibir, a cambio tenía que reconocer la autoridad imperial sobre todos los territorios situados al sur del Danubio, quedando este río como frontera entre su Khaganato y el Imperio. Además y esto era una novedad que muestra la superioridad romana en el momento de firmar este tratado, el khagan se veía forzado a acceder a que los ejércitos romanos pudieran cruzar libremente el Danubio y a transitar por los territorios situados al norte del río sin que los ávaros los estorbasen y con el propósito de castigar a cuantos eslavos se atreviesen a incursionar en territorio imperial. Los ávaros estaban obligados, así mismo, a no ayudar a los eslavos atacados por las tropas romanas.

Era un buen tratado pero ¿por qué lo firmó Mauricio si tenía la intención de romperlo de inmediato? Lo explicaremos, pues –en nuestra opinión– no ha sido aclarado este punto de forma acertada: el tratado de 598 fue firmado porque Mauricio no tuvo más remedio que concertar una paz con el khagan ávaro, que se firmó haciendo constar en ella la superioridad romana que no había dejado de manifestarse desde 587. Y es que, pese al descontento popular, pese a que los ávaros se hallaban acampados a poca distancia de la capital, Mauricio tenía todas las cartas en sus manos, lo cual no ha sido advertido por nuestros historiadores.

En efecto, como ya vimos, en el campamento ávaro reinaba la peste y miles de guerreros caían abatidos. El khagan estaba al borde de la ruina, pues si se retiraba tras perder tantos hombres (incluso habían muerto varios de sus hijos) y sin haber logrado nada tangible excepto saquear algunos pueblos tracios, perdería por completo su prestigio y poder. En nuestra opinión, nunca estuvo el khagan ávaro tan cerca de la completa derrota como en aquel año de 598, pues, como ocurriría en 626, si se retiraba de los alrededores de Constantinopla sin conseguir nada, se daría la señal para la sublevación contra él de las tribus eslavas y búlgaras que le estaban sometidas. Y eso sería el fin de su imperio.

Mauricio hubiese preferido, sin duda, dejar a los ávaros frente a la muralla larga, pues sabía, como lo sabían sus generales y con toda seguridad también el khagan ávaro, que Constantinopla era invulnerable a un ataque por tierra si no se coordinaba con un ataque marítimo. Pero, al contrario que en 626, en 598 los ávaros no disponían de fuerza naval alguna y su propósito había sido tan sólo saquear y extorsionar al imperio.

Era un excelente tratado, insistimos en ello, pues reponía al Danubio como frontera norte del imperio y hacía a los ávaros reconocer la autoridad imperial hasta el punto de aceptar que su territorio fuera cruzado por los ejércitos romanos y que éstos pudiesen castigar, con las armas y llegado el caso, a los súbditos eslavos del khagan. Mauricio debería de haberse conformado con esta paz, no tan ventajosa como la obtenida con Persia, es cierto, pero lo suficientemente buena como para restablecer las fronteras y dar un respiro a los recursos militares, económicos y humanos de su imperio.

Pero, aunque sin duda era consciente de que el pueblo y los soldados estaban cansados de la larga guerra, Mauricio también era lo era de que los ávaros se hallaban al borde del colapso militar. Mauricio tenía razón pero no contaba con sus peores enemigos: su testarudez, su falta de empatía con sus soldados, su cada vez mayor aunque reciente impopularidad y su soberbia. Por eso, al poco de haberse retirado el khagan y sus ejércitos al otro lado del Danubio, Mauricio rompió el tratado¹⁰²⁷. Así, en 599, confiado en que dos o tres campañas más bastarían para liquidar a los ávaros y frenar a los eslavos, el emperador ordenó a sus ejércitos que atacaran las posiciones enemigas.

En 599, Prisco, en colaboración con Comentiolo, operó en la región de Singidunum y batió a los ávaros reconquistando Viminacium, que éstos habían ocupado en 583. Luego pasó el río Danubio y arremetió contra numerosos pueblos enemigos, asistido en todo momento por la flota, y de esta forma impidió que el khagan y sus ejércitos pudiesen cruzar el Danubio. Al cabo, Prisco derrotó cumplidamente a los ávaros y a su khagan junto al río, en la isla que quedaba frente a Viminacium y se abrió paso por territorio de los ávaros hasta llegar al río Tisza. La campaña terminó con una gran victoria romana y los ejércitos de Prisco pudieron invernar victoriosos en Singidunum, la actual Belgrado.

Más afortunada y gloriosa aún fue la siguiente campaña, la del año 600. Prisco se reunió con Comentiolo en Singidunum y avanzó hacia Viminacium, en donde cruzó el río Danubio. Luego, batiendo a cuantos enemigos se le oponían, Prisco avanzó devastándolo todo a su paso, hasta el río Tisza, el Tissus de los antiguos. Desde las orillas de este río, envió una vanguardia de 4.000 hombres que sorprendió a tres

¹⁰²⁷ Teofilacto Simocata: VII.15. 1-14 y VIII.1-4; MÜLLER, A., "Chronicles", en *Fragmenta historiarum graecum*. París, 1938, vol. 5; Juan de Antioquía: frag. 218, quien al narrarnos las negociaciones de paz con los ávaros, menciona que el futuro usurpador Focas participó en una misión enviada por los soldados a Mauricio durante estas negociaciones. Sería la primera noticia sobre la popularidad de Focas entre los soldados del Danubio.

campamentos enemigos en los que, aprovechando la sorpresa de su ataque nocturno y la borrachera de los bárbaros, hicieron 3.000 bajas al enemigo y tomaron varios miles de prisioneros.

La vanguardia de Prisco se retiró entonces al otro lado del Tisza y se reunió con el grueso del ejército. Justo a tiempo, el khagan, furioso por la incursión romana hasta el mismo centro de su territorio, se lanzó sobre los romanos con todo su ejército. Pero una vez más, Prisco lo derrotó por completo junto al río Tisza, aniquilando a numerosos enemigos y muriendo miles más aún al intentar huir a través del río y de los pantanos. Era, sin duda, la mayor victoria lograda por un ejército de la Romania en la región danubiana desde hacía siglos. Teofilacto, tomando las cifras del diario de campaña, detalla el número y procedencia de los enemigos hechos prisioneros: 3.000 ávaros, 6.200 guerreros de otros pueblos bárbaros y 8.000 eslavos. Prisco, victorioso, se retiró entonces con el propósito de enviar a la ciudad de Tomi los prisioneros para que fuesen vendidos y de invernar con sus tropas al sur del Danubio¹⁰²⁸.

Las grandes victorias de las campañas de los años 599 y 600 demuestran, una vez más, la gran superioridad que tenían las tropas romanas de este periodo sobre sus enemigos. Avanzando por un territorio cubierto de bosques y pantanos, un país sin caminos y que no había visto un ejército romano desde los días de Trajano, los soldados de Prisco derrotaron, una y otra vez, a las fuerzas del khagan y de las tribus eslavas, empujándolas hasta más allá del río Tisza. Era un gran triunfo, superior a cualquier otro logrado por tropas romanas en la región del Danubio y es harto revelador que no haya sido señalado por nuestra moderna historiografía. Este triunfo, como el logrado diez años atrás sobre la gran Persia sasánida, es una prueba del poderío militar y económico de un imperio que, según las tesis generalmente aceptadas, estaba en fase crítica desde antes de 565 y que, por lo tanto y para no romper el esquema historiográfico diseñado por los defensores de esta tesis, no debía de estar logrando desde 576, victoria tras victoria, sobre todos sus enemigos.

En el año 600, cuando Prisco y sus soldados marchaban por la antigua Dacia empujando a ávaros, gépidos y eslavos hasta más allá del río Tisza, la Romania había ya logrado –recuérdese– grandes victorias sobre Persia, para ese entonces fiel aliada y vasalla del imperio y gobernada por un rey que debía su trono a los romanos y que llamaba a su emperador “padre y señor”; mientras que en el oeste, los inquietos mauri hacía ya seis años que estaban por completo sometidos, y lombardos y visigodos llevaban más tiempo aún sin poder ampliar sus conquistas.

Todo parecía pues, a punto de consumarse en el año 600. Los ávaros se refugiaban tras las aguas del Tisza y una campaña más como aquella y serían destruidos; con esa destrucción se impondría, definitiva y completamente, y al igual que en el Oriente, la

¹⁰²⁸ Teofilacto Simocata: de VIII.1.9-11 a VIII.3.15.

nueva hegemonía romana. Pero entonces intervino Mauricio y con ese “buen juicio” en cuestiones militares que le venía caracterizando desde hacía algunos años, decidió que la gloria, tan al alcance de la mano en el otoño de 600, no debía de ser cobrada por Prisco, sino por su hermano Pedro¹⁰²⁹. Así que, el victorioso Prisco fue increíblemente apartado del mando y Pedro, un hombre prudente y un buen conocedor de los soldados, pero en modo alguno un general de la talla de Prisco, recibió la orden de volver a pasar el Danubio en 601 con el agravamiento de que, en vez de seguir presionando sobre los ávaros, como era el deseo de Prisco, tenía que concentrarse, por orden expresa del Augusto, en aniquilar a las tribus eslavas del bajo Danubio que operaban fuera del control ávaro.

Pedro se condujo bien. Llegado en otoño a Palastolon, en el bajo Danubio, detuvo varios ataques eslavos antes de tener que marchar a defender apresuradamente las llamadas “puertas de hierro”, una serie de fortificaciones extendidas sobre las cataratas y rápidos que el Danubio forma antes de encauzarse en su último y más bajo tramo. Los ávaros, aprovechando el respiro que el descuido estratégico de Mauricio les había dado al enviar a su hermano Pedro no contra ellos, hacia Sirmium y el valle del Tisza, sino contra los eslavos del bajo Danubio, pretendían forzar el paso del río y devastar la Dardania y la Macedonia. Pero Pedro supo detenerlos y, tras varios combates afortunados, obligarlos a retirarse y a permanecer al norte del río. Tras esta victoria, no decisiva, Pedro se dio por satisfecho y se retiró a Tracia para invernar.

La campaña del año 602 fue aún más afortunada para Pedro y sus tropas. Conocedor Mauricio de que el khagan planeaba otro intento contra los arrabales de Constantinopla, decidió adelantársele y ordenó a su hermano Pedro que cruzase el Danubio y atacara a los ávaros en su propio territorio. Pedro cumplió a la perfección la orden y, cruzando el río, derrotó en una gran batalla a los bárbaros. Pero al rebasar el río hacia territorio romano para poder así invernar, se topó con el orgullo de su imperial hermano¹⁰³⁰. Éste, crecido por los grandes triunfos logrados por sus ejércitos durante las recientes campañas de 599-602, no se le ocurrió mejor manera de recompensarlos que ordenándoles, una vez más, que cruzaran de nuevo el Danubio y se dispusieran a invernar sobre territorio enemigo.

Como consecuencia, estalló pues la rebelión. Aunque Pedro desaconsejaba esta orden dada por su hermano, Mauricio se negó a rectificar: los soldados debían de pasar

¹⁰²⁹ No encuentro otra razón lógica para explicar por qué un general tan victorioso y conocedor del terreno como era Prisco fue retirado del mando de las tropas en un momento en que los ávaros hubiesen sido derrotados por completo de haberse dado otra campaña como la del año anterior. Sólo el conocido interés de Mauricio en que las glorias del Imperio pasaran siempre por las manos de su familia puede explicar que fuera su hermano Pedro, buen general pero sin la habilidad y genio de Prisco, quien recibiera el encargo de “rematar la faena”. Además y esto fue lo decisivo, Mauricio estaba necesitado de lograr la mayor cota de popularidad posible, pues el pueblo se manifestaba ya abiertamente contra él, descontento por su política religiosa, por su avaricia y su soberbia.

¹⁰³⁰ Teofilacto Simocata: VIII.5.5-7, VIII.5.8-13 y VIII.6.2-10.

el invierno del 602-603 al norte del Danubio, para seguir así castigando sin pausa alguna al enemigo. Los soldados volvieron a negarse a acatar las órdenes de su señor y, tras fracasar en su intento de convencer a Pedro que aceptara ser nombrado emperador en lugar de su hermano¹⁰³¹, proclamaron exarca o jefe del ejército a un centurión, a un veterano de origen tracio llamado Focas, el cual venía desempeñando tareas de representación de la tropa al menos desde el 598. Focas era sólo un centurión casi analfabeto, un hecatontarca de 55 años de edad y a un paso del retiro, pero tenía lo que le faltaba a Mauricio en aquel momento: popularidad entre los soldados.

Pedro, el hermano de Mauricio, decidió ponerse a salvo y advertir a su hermano. Acompañado por la mayor parte de los oficiales, marchó a toda prisa a Constantinopla y llevó con él la noticia de la sublevación. Con el campo libre, Focas logró hacerse con el control del ejército y se puso al mando de sus tropas, y, marchando a toda prisa hacia la capital, se dispuso a deponer a Mauricio.

Mientras tanto, en Constantinopla la noticia de la sublevación no pudo ser guardada en secreto, tal y como deseaba Mauricio, y la agitación ciudadana fue en aumento. Mauricio no sólo contaba con la enemistad del demos Azul, sino que, recientemente y por mor de Constantino Lardis, su inteligente pero intrigante Prefecto del Pretorio, se había también ganado la hostilidad de su propio demos, el Verde. Pese a todo, Verdes y Azules se manifestaron dispuestos a mantenerse fieles al Augusto y enviaron a sus milicias a guarnecer las murallas de la ciudad. Teofilacto cita el número de integrantes de estas milicias urbanas: unos 1.500 de los Verdes y 800 de los Azules.

A continuación y para reforzar su decaída popularidad y asegurarse la fidelidad de los demos y en general del pueblo constantinopolitano, Mauricio procedió a repartir grandes cantidades de oro por toda la ciudad¹⁰³². Creyendo entonces que su posición se estaba fortaleciendo y que incluso podría mantenerse frente a los soldados si contaba con la fidelidad de las guardias y de los demos, Mauricio decidió enviar una delegación a los soldados sublevados, pero éstos se negaron a entablar negociaciones con él y exigieron que abandonara la púrpura y que ésta pasara, o bien a su hijo Teodosio, o bien al suegro de éste, Germán.

Mauricio estaba convencido de que la sublevación había sido un plan urdido por Germán para hacerse con el trono y mandó arrestarlo. Germán, un hombre extremadamente popular entre los ciudadanos de Constantinopla, corrió a refugiarse en Santa Sofía y, ante la noticia de que el emperador había ordenado a sus excubidores que violasen el lugar sagrado y apresasen a Germán, la furia popular estalló y los milicianos de los Verdes y Azules abandonaron la defensa de las murallas. El caos había estallado al fin en Constantinopla.

¹⁰³¹ Juan de Nikiu: CII-CIII.

¹⁰³² Juan de Nikiu: CII.

Mauricio quedó paralizado en Constantinopla ante las noticias que le llegaban de la ciudad y de la marcha del ejército del Danubio. La parálisis se transformó en miedo cuando se supo que Focas, al fin, había sido aclamado emperador y alzado sobre los escudos. Para entonces, el 21-22 de noviembre de 602, unos 20 días después de haberse desencadenado la crisis, Mauricio no contaba con ningún apoyo. Su popularidad, tan grande en otro tiempo, había desaparecido. Su falta de tacto en política religiosa (Mauricio se había mostrado muy comprensivo con los monofisitas) le había ganado la enemistad de la ortodoxia y del demos Azul. Ya en 598, el pueblo mostró al emperador su descontento: sufría la peste y los ávaros acampaban no muy lejos de las murallas de la ciudad, pero el emperador no se mostraba muy dispuesto a hacer la paz con el khagan ávaro. Entre 600 y 602 ese descontento popular fue en aumento hasta manifestarse de forma violenta durante el enlace matrimonial del hijo mayor y heredero del emperador, Teodosio. En esa ocasión, el pueblo arrojó piedras contra la comitiva imperial y aún contra el mismísimo emperador, del que además no tuvo empacho en burlarse cantándole canciones procaces y obscenas.

En esa ocasión, Mauricio había sabido aplastar al populacho, pues estaba seguro de que contaba con el apoyo del ejército. Pero ahora, en noviembre del 602, el ejército había proclamado un nuevo emperador y marchaba a la capital para acabar con él. Ni siquiera contaba con el apoyo del Senado, pues éste, agraviado por la política autoritaria del emperador y por el manifiesto nepotismo exhibido por éste durante todo su reinado, le volvía la espalda y se giraba hacia el nuevo y popular emperador que se anunciaba ya a las afueras de la ciudad.

Sólo, paralizado e incapaz de huir hacia Oriente, donde hubiese contado con el apoyo de los ejércitos de Oriente y Armenia, de buena parte de la población y del Rey de reyes Cosroes II Parwez, Mauricio se limitó a perder el tiempo en una Constantinopla en la que ya se había dado comienzo a la revolución. Los demos, como ya anunciamos, habían dejado definitivamente de lado a Mauricio y con esto murió la última oportunidad que le quedaba al emperador¹⁰³³.

¹⁰³³ Teofilacto: VIII.4.10-13 y VIII.5.1-4; Teófanos: 6094, 283-284; *Crónica Pascual*: 693. Las fechas dadas por estas tres fuentes discrepan entre sí y van desde el 600 al 602. Lo más probable es que el enlace se celebre en noviembre de 601; de hecho el descontento popular era ya manifiesto desde el 600. Para la revuelta de los Azules contra Mauricio al acercarse Focas a la capital *vid.* Teofilacto Simocata: p. 220; CAMERON, A., *Circus factions: Blues and Greens at Rome and Byzantium*. Oxford, 1976, p. 258 y ss.

IV. EL COLAPSO DEL SISTEMA JUSTINIANO Y EL ASCENSO DE LA PERSIA DE COSROES II PARWEZ. 602-622.

La noche del 22 de noviembre del año 602, el emperador Mauricio decidió embarcarse para pasar a Asia y levantar allí, con el apoyo de Persia, de los ejércitos de campaña de Oriente y Armenia, y de sus paisanos de Capadocia, un ejército con el que aplastar a los sublevados. Para llevar a cabo su propósito, Mauricio subió a un dromon junto con su esposa, su hijo mayor, Teodosio, y el resto de su familia. Llevaba consigo el tesoro y esperaba llegar en pocos días a Capadocia. Pero la fortuna le había vuelto la espalda, ya que una tempestad casi echó a pique su barco y, al alcanzar la costa, quedó postrado por un ataque de artritis que le costó la vida.

Mientras que la huida de Mauricio se veía detenida por el agravamiento de su artritis, en Constantinopla y tras un patético intento de Germán por hacerse con el trono, Focas fue invitado por los Verdes a tomar el poder en la ciudad. Ya vimos cómo al comienzo de la sublevación y en el Danubio, había sido levantado por sus soldados sobre los escudos y esto, claro está, era un signo inequívoco de que tanto el rebelde como sus hombres pretendían la púrpura. Sin embargo se mostraron cautos y declararon que, aunque Mauricio debía de abandonar el trono, éste podía pasar a su hijo Teodosio o, si lo rechazaba, a Germán.

En nuestra opinión, esto no era sino una treta de Focas y sus compañeros. La prueba la tenemos en que el día 23 de noviembre del año 602, Focas, alentado por el partido Verde, había llegado al palacio del Ebdomon, a las afueras de la ciudad y allí, al tener noticia de la fuga de Mauricio, se mostró dispuesto a tomar el trono. Pero antes necesitaba que el Senado lo consagrara emperador, trámite indispensable para que tuviera validez legal su proclamación como Augusto; lo era desde el año 450, cuando el viejo ritual de coronación sufrió algunos cambios.

Focas actuó con suprema habilidad, con el ejército y el demos Verde de su parte. Así que invitó al Senado y al Patriarca a que se reunieran con él en el Ebdomon, dándoles a entender que sería Germán el hombre propuesto para tomar la púrpura. Pero una vez llegados junto a Focas, los senadores se hallaron ante la conjunta presión que sobre ellos ejercieron los gritos y amenazas de los soldados de Focas y de los integrantes del demos de los Verdes. Así que no tuvieron más remedio que dejar de lado su inicial pretensión de que Germán ocupara el trono y doblegarse ante los deseos de la multitud que los rodeaba y que no paraba de aclamar a Focas como emperador. Focas, representando bien su papel de “desinteresado salvador del imperio”, protestó ante sus seguidores y declaró que, en su opinión, debía de ser Germán el nuevo Augusto; pero sus aleccionados soldados y seguidores verdes, protestaron y volvieron a aclamarlo como Augusto.

De inmediato se le alzó sobre el escudo, se levantaron los estandartes y se le revistió con la púrpura. A continuación, el Senado lo aclamó como Augusto con las saluciones rituales. Sólo el patriarca se atrevió a exigir algo durante la consagración como nuevo Augusto de Focas: antes de poner la *Stemma* o diadema imperial de perlas y piedras preciosas sobre la cabeza de Focas, éste tendría que hacer una confesión de fe ortodoxa y prometer velar por los intereses de la verdadera fe.

Focas no tenía ningún problema en actuar así pues, al fin y al cabo, al igual que la inmensa mayoría de sus hombres que como él procedían de las provincias balcánicas, era resueltamente ortodoxo. Más aún, Focas supo explotar la situación creada por la petición del Patriarca y declaró que deseaba ser coronado en el interior de una iglesia y en mitad de una ceremonia religiosa.

Todo esto, la declaración de fe antes de ser coronado y el serlo dentro de los muros de una iglesia, era algo nuevo y que iba a sentar una nueva tradición en la coronación de los emperadores de la Romania. Hasta aquel día, los Augustos no se habían visto sometidos a ningún ceremonial estrictamente religioso, aunque habían sido coronados por el Patriarca; su proclamación y coronación habían sido ceremonias militares y civiles. Pero ahora, tras la pública y previa declaración de fe, tras el juramento de velar por la fe ortodoxa y la consagración como Augusto, no en el foro de Constantino, ni en el Hipódromo, ni en un campamento militar o en el *Augusteum*, sino en el interior de una iglesia (en este caso, la de San Juan del Ebdomon), todo cambiaba y lo hacía para siempre¹⁰³⁴. El siguiente emperador, Heraclio, también sería consagrado y coronado emperador en una iglesia y mediante una ceremonia religiosa; tras él y casi sin excepción digna de ser reseñada, todos los *basileus* de los romeos hasta el mismo tiempo de la caída de Constantinopla en manos de los turcos.

Con Focas en el trono se iniciaba un nuevo gobierno basado en los soldados del ejército del Danubio y en el bajo pueblo constantinopolitano representado por el demos de los Verdes. Un nuevo régimen ferozmente enfrentado a la aristocracia senatorial constantinopolitana, a las aristocracias provinciales, al alto funcionariado y a una parte considerable de los viejos cuadros militares.

Tras pasar el sábado 24 de noviembre en el Ebdomon, Focas entró triunfalmente en Constantinopla el domingo 25 de noviembre, montado sobre una cuádriga tirada por cuatro caballos blancos y aclamado unánimemente por la multitud que se congregaba en las calles de la ciudad para ver al nuevo emperador. Focas hizo llover el oro sobre ella con una prodigalidad que escandalizó a Teofilacto Simocata.

Al día siguiente, 26 de noviembre, entregó el acostumbrado donativo a los soldados y celebró carreras de cuádrigas en el hipódromo. Su esposa Leoncia fue

coronada Augusta y todo parecía ir bien para Focas cuando un primer enfrentamiento entre Verdes y Azules le hizo recordar que Mauricio, aunque fugado de la ciudad, aún vivía y no renunciaba al trono. Focas decidió entonces capturar a Mauricio, para lo cual envió al día siguiente a Alejandro, un general que –como vimos– se había desenvuelto muy bien en el Danubio durante las campañas de Prisco contra ávaros y eslavos. Mauricio permanecía postrado en cama, aunque había enviado por adelantado a su hijo Teodosio y a Constantino Lardis, el odiado Prefecto del Pretorio, para que pidieran auxilio a Cosroes II. Pero Mauricio, siempre inestable a la hora de tomar decisiones arriesgadas, cambió de opinión y envió a Nicea un mensajero para interceptar la marcha de su hijo hacia Persia; éste interrumpió su viaje a Persia y se dispuso a regresar junto a su padre. Pero este incidente daría pábulo a toda suerte de historias sobre la llegada de Teodosio junto a Cosroes y sobre su proclamación como verdadero Augusto, historias a las que Cosroes II supo, como se verá de inmediato, sacar gran partido.

Mientras que Teodosio y Constantino Lardis regresaban junto a Mauricio, éste fue alcanzado en su refugio por Alejandro y los soldados de Focas. Conducido hasta las afueras de Calcedonia junto con su familia, Mauricio tuvo que ver cómo sus hijos varones eran degollados ante sus ojos, antes de acabar también con su vida. Su cabeza y la de sus hijos fueron llevadas a Constantinopla y expuestas allí a la curiosidad pública hasta que comenzaron a pudrirse. Mientras tanto, su esposa y sus hijas fueron confinadas en la casa de un lacayo de Focas. Así terminó, el 27 de noviembre del 602, el reinado de Mauricio, un emperador dotado de excelentes cualidades y que puso a la Romania a un paso de alcanzar una nueva hegemonía sobre el mundo antiguo.

También Teodosio y Constantino Lardis fueron apresados por Alejandro y asesinados. Pero Alejandro cometió el error de no llevar a Focas la cabeza de Teodosio y esto, unido a las anteriores noticias que corrían sobre que su padre lo había enviado a Persia, motivó que se extendieran por la ciudad y el imperio toda clase de historias sobre que Teodosio había alcanzado Persia y que en breve regresaría para reclamar el trono de su asesinado padre.

Alejandro pagó con su vida el error cometido y tras él fueron asesinados otros destacados personajes del régimen caído: Pedro, el hermano de Mauricio; Comentiolo, el viejo general que tan bien se había desempeñado en Oriente y el Danubio; los comandantes de los *praesentis*, de los excubitores y de las *Scholae palatinae*; Constantino Lardis, el prefecto del Pretorio, etc. Se iniciaba así un reinado de terror y crueldad que acabó con las iniciales simpatías que Focas había despertado al entrar en

¹⁰³⁴ Lo singular de la coronación de Focas fue percibido por el primer redactor de la *Historia Nestoriana* [LXXVIII. 198-199, pp. 518-519], un cristiano persa que escribía poco después del 650 y que consideró que los cambios en el ritual de coronación fueron una ofensa encubierta del Patriarca contra Focas.

Constantinopla¹⁰³⁵. La ejemplar muerte de Mauricio y de sus hijos, pronto tenidos por mártires, junto a la crueldad de Focas, levantaron una ola de indignación popular contra el nuevo régimen e imposibilitaron su consolidación. Curiosamente, Mauricio, tan odiado por todos en los últimos años de su vida, pudo alcanzar la fama eterna mediante su muerte. Fue tenido de inmediato por santo, y tanto los ortodoxos, que tanto lo condenaron en vida, como los monofisitas, lo elevaron a los altares y contrapusieron su piedad a la brutalidad y maldad de su asesino.

Desconfiado y violento, Focas se sentía amenazado por todos y nadie escapaba de su desconfianza y brutalidad. Éste, gustaba no sólo de la crueldad, sino también del vino y de las mujeres. A menudo violentaba a las esposas de los altos funcionarios y de los senadores, y en no pocas ocasiones pasaba días enteros ebrio. Las fuentes orientales, sin excepción, recogen el reinado de Focas como una época de terror y depravación, y como el acto inicial que dio paso a la última gran guerra romano-persa, la de 603-628. Repasemos, a continuación, estos pasajes:

Masudi, quien recoge aquí la tradición sasánida, nos dice al respecto de los citados acontecimientos:

“.. un patricio llamado Focas, secundado por algunos rebeldes, se rebeló contra Mauricio, buen padre y aliado de Cosroes Parwez; los rebeldes lo depusieron y sentaron en el trono a Focas. Concedor de esta usurpación e irritado por el homicidio de su buen padre, Cosroes Parwez envió un ejército para combatir a los romanos” [Masudi: II, 226, p. 242]

Agapios, quien recoge en su obra informaciones procedentes de crónicas e historias siríacas de los siglos VII y VIII, nos cuenta:

“Cosroes, a la noticia del homicidio de Mauricio, anuló el tratado concluido entre él y los griegos, rompió la paz que los unía y marchó sobre Dara” [Agapios: 448, 188].

La *Historia Nestoriana*, que en su primera redacción debió de ser escrita poco después del 650 por un eclesiástico persa, nos dice:

“La desgracia de Mauricio afligió mucho a Cosroes; lo lloró y llevó duelo por él. Después expuso a sus cortesanos y a otros grandes personajes lo agradecido que se sentía con Mauricio por los favores que de él había recibido, y les informó de que quería vengarlo....” [*Historia Nestoriana*: LXXIX, 199-200, pp. 519-520].

Por último, y para no extendernos más, citaremos aquí la versión ofrecida por Miguel el Sirio:

“Cosroes, rey de Persia, sabiendo que Mauricio y sus hijos habían sido asesinados por los romanos, fue preso de un gran dolor. Se vistió de negro y ordenó que todos sus nobles se vistiesen también de negro; y llevaron luto durante mucho tiempo. Cosroes, en lugar de proferir lamentos, contaba al pueblo persa la bondad de Mauricio para con él y para con

¹⁰³⁵ Sobre la toma del poder por Focas y los hechos que la rodearon *vid. Crónica Pascual*: 693-694; Teofilacto Simocata: VIII.10-12; Teófanos: 6094-6095, 287-291; Miguel el Sirio: II, X, XXIV, p. 375; Juan de Nikiu: CII, 9-12 y CIII, 4-8; Sebeos: pp. 55-56; Patriarca Niceforo: 1.

todo el reino persa. Pero después de meditar sobre la situación, Cosroes soñaba con apoderarse de todo el imperio de los romanos. Decía que debía de vengarse de los que habían atacado al emperador. Reunidos todos sus ejércitos, les dice: «nobles y generales de mi reino ¿quién de vosotros está dispuesto a cumplir mi voluntad, quien cumplirá la venganza que estoy dispuesto a ejercer contra el imperio de los romanos?». Entonces, Romizan, hombre valiente y ejercitado en la guerra, salió de entre las filas y se puso delante de ellas, juntó las manos y dijo al rey: «Estoy dispuesto a cumplir tu voluntad. Atacaré a los romanos y no tendré piedad ni de viejos ni de niños». El rey se regocijó y le dijo: “en lo sucesivo, tu nombre no será ya Romizan sino Sharbaraz”. Lo que significa “el jabalí salvaje”¹⁰³⁶.

Vemos aquí el origen de la guerra entre Persia y la Romania en el sentir de los pueblos del Oriente. La guerra que posibilitaría la unificación de Arabia por Mahoma y la posterior expansión de los agarenos sobre los territorios de los dos viejos imperios que por tantos siglos, habían dominado el Oriente y el Mediterráneo. Fue el inicio de esta guerra, el que dio importancia universal al reinado de Focas, del “tirano”, “de la fiera que gobernaba”, “del terrible venero de sangre”, como fue llamado por un contemporáneo¹⁰³⁷.

En efecto, cuando las noticias de estos acontecimientos llegaron al Oriente y a Persia, Cosroes se dispuso a vengar la muerte de su benefactor y de paso, recuperar para Persia lo que el tratado de paz de 591 le había obligado a entregar. Además Focas supo enredar aún más la situación, ya que no se le ocurrió mejor modo de aplacar a Cosroes II que enviarle como embajador al autor material del asesinato de Mauricio y sus hijos. Era una afrenta en toda regla y no creo que Focas ignorara que esa embajada era, en sí misma, una declaración de guerra, algo que nadie ha señalado. Mauricio no sólo había sido el protector de Cosroes II sino que gozaba de una gran fama entre los persas y los cristianos sometidos a Persia. El código de honor persa exigía de Cosroes II que vengara la muerte de su padre adoptivo: si Cosroes aceptaba la embajada estaría socavando la popularidad que, después de 591, había logrado obtener entre sus sávaran, su pueblo y los cristianos de Mesopotamia, Armenia y Persia.

Además, hacía ya tiempo que Cosroes II se venía sintiendo lo suficientemente fuerte como para desafiar a la Romania y recuperar lo que le había tenido que ceder en 591. El asesinato de Mauricio le daba esa oportunidad, máxime cuando sería además saludado por la opinión pública del Oriente, por cristianos y persas por igual, como un ejemplo de soberano piadoso y justo que se disponía a vengar la muerte de su benefactor. Por todo ello, Cosroes no dudó sobre lo que le convenía hacer. No bien

¹⁰³⁶ Todas las fuentes orientales coinciden en este punto: en que fue el asesinato de Mauricio el detonante de la gran guerra romano-persa. *Vid.* Miguel el Sirio: II, X, XXV, pp. 377-378; *Crónica de 1234*: p. 121; *Crónica del Khuzistán*: 20, 232; *Historia Nestoriana*: LXXIX, 199-200, pp. 519-520; Agapios: 449, 189; Sebeos: p. 55; Juan de Nikiu: CIII, 9; al-Tabari: V, 1002-1003, pp. 317-318; Masudi: vol. I, II, 226, p. 242; *Crónica del 640*: A. D. 914, p. 17; Teófanos: 6095, 291; *Crónica de Georgia*: 15.G 95.

¹⁰³⁷ Jorge de Pisidia, *In Heraclium ex Africa redeuntem*: 35-70.

llegó el embajador de Focas a la frontera persa, fue detenido y enviado a Ctesifonte, donde, tras sufrir todo tipo de torturas, vejaciones y privaciones, encontró la muerte.

La falsa historia de que Teodosio, el hijo y heredero de Mauricio, había logrado escapar del tirano y llegar hasta Edesa, puso otra poderosa arma en las manos del rey de reyes persa. Y es que a fines del 603 apareció en Edesa un joven que decía ser Teodosio, el hijo de Mauricio. Narsés, el gran general que en 591 había conducido al ejército romano que repuso a Cosroes en el trono de Persia, lo reconoció de inmediato y solicitó la ayuda de Cosroes II.

¿Quién era este Teodosio? Tendremos que detenernos en este punto, sometido a discusión, que conviene aclarar para obtener así la adecuada perspectiva desde la que analizar los comienzos de la gran guerra romano-persa.

Muchas fuentes orientales afirman que era el verdadero Teodosio, como es el caso de la *Historia Nestoriana* o de la *Crónica del Khuzistán*; otras, como Miguel el Sirio o Agapios, no lo mencionan siquiera y sólo dicen que Mauricio fue asesinado junto “con sus hijos”, dando a entender así que todos los hijos de Mauricio murieron con él. Sebeos, por su parte, se muestra tremendamente escéptico –lo que no ha sido señalado ni por A. Stratos, ni por ningún otro– con respecto a la historia de Teodosio y su llegada junto a Narsés y Cosroes II. Sebeos usa siempre expresiones como “supuesto hijo de Mauricio”, como podemos ver en el siguiente ejemplo:

“También envió al país de Armenia a Astat Yeztayar con un gran ejército, al que destinó al emperador Teodosio, supuesto hijo de Mauricio” [Sebeos: 61].

Esta actitud escéptica de Sebeos está presente desde el principio hasta el final de la historia de Teodosio. Así, al narrar la aparición de Teodosio junto a Narsés, a quien Sebeos llama “Nerses” (forma armenia del nombre), nos da a entender, sutilmente pero sin dejar lugar a dudas, que Teodosio no es sino un farsante usado por Narsés para consolidar su levantamiento contra Focas:

“Nerses, que había engalanado a un joven con ropas reales y le había puesto una corona en la cabeza, lo llevó ante el rey y le dijo: “Este es Teodosio, hijo del emperador Mauricio” [Sebeos: 57]

Es pues indudable que Sebeos no creía que el tal Teodosio fuera realmente el hijo y heredero de Mauricio. No obstante, los testimonios decisivos para resolver el problema los ofrecen Teofilacto Simocata, quien afirma que Teodosio fue muerto poco después que su padre por orden del tirano Focas y por mano de Alejandro; y la *Crónica Pascual*, que deja claro que Teodosio, el hijo de Mauricio, fue muerto junto con

Constantino Lardis. La narración hecha por el autor de la *Crónica Pascual* no deja lugar a dudas:

“Constantino Lardys, el anterior prefecto del pretorio, logoteta y curator del palacio de Hormisdas, y Teodosio el hijo de Mauricio, fueron asesinados en Diadromoi, cerca de Acritas” [*Crónica Pascual*: 694].

Esta precisión en el detalle, claro está, otorga a este relato una fuerza muy difícil de contrarrestar.

Ahora bien, anótese que tanto Teofilacto Simocata como el autor de la *Crónica Pascual* son contemporáneos de los hechos y que ambos escriben en Constantinopla, teniendo acceso, además, a testigos visuales y a documentación oficial. Son, por lo tanto, los autores más dignos de crédito. Así que, si sumamos los clarificadores relatos de Teofilacto y la *Crónica Pascual*, al escepticismo mostrado por Sebeos y a los más vagos pero no contradictorios relatos de Miguel el Sirio, la *Crónica del 640*, *Crónica de 1234* y Agapios, y los enfrentamos a los proporcionados por la *Historia Nestoriana*, al-Tabari y la *Crónica del Khuzistán*, vemos cómo las afirmaciones de estos tres últimos sobre que realmente Teodosio, el hijo de Mauricio, logró escapar de Focas y plantarse en Mesopotamia junto a Narsés y a Cosroes II, no soportan la confrontación y que sus relatos no recogen la verdad de los hechos.

Por otro lado, tanto Teófanos como Juan de Nikiu dicen lo mismo y, si recordamos en este punto que Mauricio tenía seis hijos varones, podríamos suponer que el sexto, quizás Teodosio, escapó y llegó junto a Cosroes tal y como aseveran la *Historia Nestoriana*, la *Crónica del Khuzistán* o al-Tabari. Pero no es así, ya que ni Teófanos, ni Juan de Nikiu contradicen realmente las informaciones de la *Crónica Pascual* y de Teofilacto Simocata. Recuérdese que estas dos fuentes y la última con más detalle, nos aclaraban que Teodosio no fue muerto junto con su padre y el resto de sus hermanos, sino que fue capturado algo más tarde cuando, junto con Constantino Lardis, regresaba desde Nicea para reunirse con Mauricio. Lo que Teófanos y Juan de Nikiu relatan es sólo la ejecución de Mauricio y sus cinco hijos pequeños, que tuvo lugar –como señalan todas las fuentes– junto a Calcedonia. Pero Teodosio no estaba allí, por eso Teófanos y Juan de Nikiu hablan de cinco hijos. Recordemos que el sexto, Teodosio, fue asesinado en Diadromoi, cerca de Acritas, en Bitinia, tal y como nos aclaró la *Crónica Pascual*, y por lo tanto no podía figurar en la cuenta de los hijos asesinados en Calcedonia junto con su padre, el emperador Mauricio.

De esto hay que concluir que los relatos ofrecidos por la *Crónica Pascual* y por Teofilacto Simocata, tan explícitos con respecto a la muerte de Teodosio, no sólo no entran en contradicción con los proporcionados por Miguel el Sirio, la *Crónica del 640*, la *Crónica de 1234*, Agapios, Teófanos, Juan de Nikiu y Sebeos, sino que, bien leídos y confrontados entre sí, se ven plenamente confirmados.

Sólo las fuentes procedentes del ámbito persa o sometidas a su influjo (la *Historia Nestoriana*, la *Crónica del Khuzistán* o al-Tabari) se oponen a ellos y está bien que así lo hagan pues ¿qué otra cosa podía esperarse de fuentes que bebieron de la propaganda difundida por todo Oriente por Cosroes y Narsés? A ambos les interesaba que se creyese que Teodosio estaba vivo y que estaba junto a ellos, puesto que de esta forma podían obtener –como de hecho obtuvieron– la rendición de las guarniciones romanas de la frontera, la desertión de tropas y la simpatía popular.

No se puede pues dudar que el hombre llegado a Edesa en los días finales del 603 era un impostor. Pero, a pesar de la solidez de los datos que acabamos de mostrar, A. Stratos, tras divagar mucho, quiso creer que el joven que Narsés reconoció en Edesa como Teodosio, el hijo de Mauricio, era en verdad el auténtico Teodosio¹⁰³⁸. Craso error –en nuestra modesta opinión– pues Stratos y sus seguidores no tienen en cuenta que las fuentes más cercanas en tiempo y espacio a los sucesos están plenamente de acuerdo en que Teodosio fue apresado y asesinado, y que sólo el error cometido por Alejandro de no llevar su cabeza a Constantinopla, unido al hecho por todos conocido de que Teodosio había sido enviado por su padre hacia Oriente para solicitar la ayuda de Cosroes, colocaron la base necesaria para que el rumor, la leyenda, corriera por todo el Oriente y pudiera ser convenientemente aprovechada por Narsés y Cosroes II.

Stratos ignoró también, al construir su tesis sobre Teodosio, que todas las obras que señalan la historia de que Teodosio pudo escapar de los asesinos de Focas y llegar junto a Cosroes II, son fuentes persas o sometidas a la influencia persa. Es decir, son fuentes cuyos iniciales informantes se vieron expuestos al influjo de la propaganda persa y a los rumores propagados por Narsés y por los demás enemigos de Focas.

Como ya hemos dicho, tanto a Cosroes como a Narsés les venía muy bien la existencia de un candidato al trono de la Romanía para oponerlo al usurpador Focas. Nada importaba entonces que ese candidato fuera un farsante, pues ya se le haría desaparecer en el momento apropiado. Y ese momento llegó cuando las tropas de Cosroes lograron desarbolar las defensas enemigas y penetrar en la Armenia y la Mesopotamia romanas. O dicho de modo más claro: el momento adecuado llegó cuando –como sugiere Miguel el Sirio– Cosroes se percató de que podía, no ya poner a un títere suyo en el trono de la Romanía, sino conquistar ésta por completo. Así fue cómo

¹⁰³⁸ *Crónica Pascual*: 694; Teofilacto Simocata: VIII.9.11-12, VIII.11.1-6 y VIII.12.1-8; Agapios: 448, 188; Miguel el Sirio: II,X. XXIV, p. 375; *Crónica de 1234*: p. 119; *Crónica del 640*: a.D. 914, p. 17; Sebeos: 55; 57; 61-62; Teófanes: 6095, 291; Juan de Nikiu: CIII,7; *Crónica del Khuzistán*: 20, 232; al-Tabari: 1001-1002, pp. 317-318; *Historia Nestoriana*: LXXIX, 199-200, pp. 519-520. En cuanto a la tesis de Stratos sobre la verosimilitud de la historia de Teodosio y su llegada junto a Cosroes II y Narsés, *vid.* STRATOS, A.N., *Byzantium...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 48-74, en especial pp. 52-59 y 74, en donde concluye que es muy posible que se salvara, que llegara junto a Cosroes y muriera a causa de la dureza de los años posteriores al asesinato de su familia.

desapareció el falso Teodosio, envenenado, según unos, y muerto por enfermedad, según otros¹⁰³⁹.

Hasta aquí nuestra argumentación, basada en los testimonios de la época, que demuestra que la tesis de Stratos de un Teodosio milagrosamente llegado junto a Cosroes y apoyado por éste para recuperar el trono de su padre, no puede, en modo alguno, sostenerse. Las fuentes no dejan lugar a dudas de que Teodosio fue atrapado por Alejandro en noviembre de 602. ¿Por qué Alejandro, el hombre que no titubeó en asesinar a Mauricio y a sus hijos, iba a dejar escapar al heredero de Mauricio? ¿Por qué se iba a jugar así su vida y su puesto en el nuevo régimen de Focas? Además, si fuera cierto que Teodosio escapó y marchó en busca de Cosroes ¿por qué tardó casi un año en ir de Bitinia a Edesa, cuando el trayecto podía cubrirse en pocas semanas? Son preguntas que no puede responder A. Stratos.

Concluimos pues esta cuestión diciendo que para Cosroes II, la muerte de Mauricio y el reconocimiento por Narsés de un supuesto Teodosio en Edesa, no fueron sino dos espléndidas oportunidades para sacudirse la hegemonía romana impuesta por Mauricio sobre el Oriente en 591 y para tratar de imponer, a continuación, no ya la hegemonía de Persia sobre el Oriente, sino su dominio directo sobre éste.

Cosroes debía de estar preparando su guerra contra la Romanía desde el mismo día en que recibió la noticia del asesinato de Mauricio y sus preparativos militares debían de estar concluidos cuando dio la orden de que se apresara al embajador de Focas. Es decir, mucho antes de que Narsés le informara de que tenía consigo a Teodosio, el supuesto hijo de Mauricio. De hecho, el emperador persa tenía ya a su ejército marchando hacia Dara cuando recibió esta noticia.

El ejército persa sufrió en principio un revés frente a Dara, donde fue derrotado por las tropas enviadas apresuradamente por Focas para reforzar la ciudad. Sin embargo, la llegada de refuerzos comandados por el propio Cosroes II, cambió drásticamente la situación en el frente. En efecto, las tropas de Focas fueron batidas en una reñida batalla que duró dos días y en la que el propio Cosroes II combatió en primera línea junto a su guardia, los *pushtighban*; uno de sus miembros, de nombre *Mushkan*, le salvó la vida – como relata la *Crónica del Khuzistán*– al cortar con la espada el lazo con el que un soldado romano le había derribado de su caballo. A continuación, Cosroes II emprendió el asedio de Dara, la gran ciudad-fortaleza de la Mesopotamia romana, un gran asedio

¹⁰³⁹ Por ejemplo, la *Historia Nestoriana* [LXXIX, 200, 520] afirma que fue envenenado.

que duraría nueve meses y que terminaría con la toma y saqueo de la ciudad por los persas en mayo-junio de 604¹⁰⁴⁰.

Pero Cosroes II no permaneció bajo los muros de Dara mucho tiempo pues, mientras que el asedio se estrechaba, recibió noticias de Narsés comunicándole que se hallaba cercado en Edesa por otro ejército enviado por Focas para aplastar su sublevación. También le informaba de que tenía consigo al joven Teodosio, hijo y heredero de Mauricio. Cosroes II no desaprovechó ni un momento la oportunidad que se le ofrecía. Llegado junto a Edesa con una parte de su ejército, derrotó a las fuerzas de Focas que cercaban la ciudad; penetró en ella y se unió a Narsés y al joven que decía ser el augusto Teodosio. Cosroes II lo reconoció de inmediato y, dejando tras de sí a Narsés para que continuara sus operaciones contra Focas, marchó a Ctesifonte junto con el falso Teodosio. Allí, en la capital persa, el candidato de Cosroes y Narsés al trono de la Romanía, fue coronado solemnemente por el Patriarca nestoriano de Seleucia del Tigris. Este hecho, que el joven que decía ser Teodosio, hijo de Mauricio, se dejara coronar por un patriarca nestoriano y bajo la tutela de Cosroes, muestra hasta qué punto el personaje en cuestión, no era sino un títere en manos del Rey de reyes persa. Esa coronación lo invalidaba, tanto a ojos de los ortodoxos, como de los monofisitas, a la par que lo subordinaba por entero a Persia¹⁰⁴¹.

No tardó mucho, el supuesto emperador Teodosio, en partir de nuevo hacia la guerra acompañado por un ejército persa. Mientras, en Edesa, las cosas se torcían para Narsés, ya que Focas, que no carecía de recursos ni de oro, había logrado enviar contra él a un nuevo ejército que lo estrechó tanto en Edesa que lo obligó a huir hacia Hierápolis. Allí las tropas de Focas lo cercaron de nuevo y Narsés fue tan poco sagaz como para confiar en la promesa que le hacía el emperador Focas, promesa que garantizaba su vida a cambio de su inmediata rendición. Llevado a Constantinopla, a presencia del augusto, nada más tener éste ante sí al derrotado Narsés, ordenó al punto que se le quemara vivo¹⁰⁴².

Para entonces, finales del 605 o inicios del 606, el imperio era ya un auténtico caos. Focas no cesaba ni en sus continuas purgas, ni en sus desacertadas políticas, creyendo ver conjuras y traiciones en todos los que le rodeaban. Fue así cómo Filípico, general vencedor en Solachon y esposo de Gordia (hermana del emperador Mauricio), fue obligado a separarse de su esposa y a profesar en un monasterio. Filípico tuvo suerte, salvó su vida gracias a la popularidad con que contaba entre los soldados.

¹⁰⁴⁰ Sobre estas luchas libradas frente a Dara, *vid.* la *Crónica del Khuzistán*: 20, p. 232; Sebeos: pp. 56-57, si bien es cierto que este último señala que el asedio duró año y medio, al contrario que el resto de los historiadores que le asignan nueve meses.

¹⁰⁴¹ *Crónica del Khuzistán*: 20, 232.

¹⁰⁴² Teófanos: 6096-6097, 292-293.

Además, trató de salvar su posición con halagos al nuevo emperador, pero éste no se fiaba de él y, como hemos dicho ya, lo encerró en un monasterio¹⁰⁴³.

Menos suerte que Filípico tuvieron otros muchos generales, funcionarios y cortesanos, hacia los que Focas no mostró respeto, ni piedad alguna. Cayeron así, en mitad de horrendas torturas, hombres como Elphidio quien, años atrás, bajo el reinado de Mauricio, había sido Pretor de Sicilia y embajador ante el khagan ávaro; también Germán, suegro del hijo mayor de Mauricio. Tampoco se salvaron de la represión la esposa de Mauricio, hija del augusto Tiberio, y sus hijas. Todas ellas, después de ser humilladas y maltratadas, fueron asesinadas.

El “terror” parecía haberse cebado especialmente –así lo indican las fuentes– en los oficiales y mandos del ejército¹⁰⁴⁴. La purga general y masiva llevada a cabo por Focas entre la oficialidad y los mandos militares era debida a la escasa confianza que tenía en ellos, ya que se habían formado durante el reinado de Mauricio. Esta represión entre la oficialidad explicaría en parte las dificultades militares que Heraclio tuvo en los primeros años de su reinado, causadas por la falta de dinero, pero también por la angustiosa carencia de oficiales y mandos bien formados; daría lugar además, al nacimiento de una de las obras tácticas más sobresalientes de la historia universal: el llamado *Strategikon* de Mauricio, cuyo fin era dotar de nuevo al desarbolado ejército de la Romania de una oficialidad, y de unos mandos capaces y formados. Pero ya volveremos sobre este tema con más detenimiento.

El desagrado general por el régimen de terror instaurado por Focas se tornó en agitación y violencia. Los Verdes se enfrentaron a los Azules en las calles de Constantinopla y Focas ordenó una brutal represión contra ellos. El jefe del demos de los Verdes fue quemado vivo y desde ese momento, fue ya imposible que sus integrantes aceptaran algún compromiso con el hombre que, por su mediación, había subido al trono. Focas perdía así uno de los dos pilares sobre los que se había alzado para alcanzar el trono, el apoyo del bajo pueblo constantinopolitano; el otro, los soldados, se tambaleaba bajo las violentas purgas llevadas a cabo entre sus filas y las incesantes derrotas frente a Persia.

¹⁰⁴³ Teófanos: 6098, 293-294; *Crónica Pascual*: 695; *Crónica de 1234*: p. 120, que recoge no sólo la caída de Filípico, sino también su intento de congraciarse con Focas mediante el halago.

¹⁰⁴⁴ Las evidencias son numerosísimas. Focas asesinó, nada más llegar al trono, a generales tan destacados como Comentiolo, Romano, Pedro, Alejandro, Jorge, etc., aunque la purga no quedó ahí. Por ejemplo, la *Crónica de 1234* señala [p. 126] las acciones de Focas contra el ejército como la causa fundamental del alzamiento en Cartago de Heraclio el Viejo y su hermano Gregorio: *Cuando vieron que el imperio romano estaba siendo atormentado no sólo por los desastres que causaban los persas sino también y sobre todo, por las acciones llevadas a cabo por Focas, y cuando oyeron hablar de los actos repugnantes y crímenes abominables de Focas contra el ejército, dos hombres pertenecientes a la aristocracia y que habían sido enviados a África, decidieron organizar una rebelión*. Esos “actos repugnantes” y esos “crímenes abominables” de Focas se refieren, claro está, a la purga masiva que llevó a cabo entre la oficialidad y los mandos formados en el reinado de Mauricio, que no le inspiraban confianza.

Para 606, Focas sólo tenía ya dos apoyos: el demos Azul y la Iglesia. Los primeros veían en Focas la oportunidad de elevarse sobre los Verdes y la segunda lo había acogido como un seguro apoyo contra el monofisismo. Por citar un célebre ejemplo de ello, el hombre santo más popular de aquel tiempo, Teodoro de Sykeon, había vaticinado la muerte de Mauricio a sus monjes y éstos se habían regocijado por ello. Más tarde, el gran santo se mostró siempre amable con los generales, funcionarios y familiares de Focas que pasaban cerca de su morada y siempre se mostró dispuesto a bendecirlos y ofrecerles su consejo. Tampoco tuvo mayor inconveniente Teodoro de Sykeon en reprender por su rebelión contra Focas al desgraciado Jorge, prefecto de Capadocia, que acertó a pasar, cargado de cadenas y camino del suplicio, junto al monasterio del santo. En otro episodio de la vida del santo vemos cómo Teodoro, pese a reprender a Focas por sus crímenes, no tiene inconveniente en acudir a palacio y sanarlo. Por último, al enterarse de la caída de Focas y de su muerte, Teodoro queda triste y meditabundo; al poco, su primera acción cerca del nuevo Augusto, Heraclio, es interceder por la vida de uno de los hombres de Focas. Sirvan pues estos ejemplos para mostrar que, pese a los improbables esfuerzos que haría el redactor de la *Vida de Teodoro de Sykeon* por eximir al santo de haber mantenido una relación demasiado estrecha con el tirano, quedan en ella y en otros muchos documentos, evidencias más que suficientes como para que podamos colegir que el régimen de Focas, por muy desagradable que a veces fuera, contó con la aprobación de Teodoro y en general, de la mayor parte de las cabezas visibles y directoras de la ortodoxia.

Por su parte, el papa Gregorio Magno había saludado su ascenso al trono y las estatuas e imágenes de Focas y de su esposa, la augusta Leoncia, fueron recibidas con gran pompa y deferencia en Roma por el Papa, el Senado y los prohombres del gobierno y la iglesia de Italia. Más tarde, el papa Bonifacio III recibiría de Focas la confirmación de que sólo a la iglesia de Roma correspondía la cabeza de la iglesia, anulando de esta manera la disposición de Mauricio que había concedido al patriarca de Constantinopla la designación de patriarca ecuménico¹⁰⁴⁵. Así que en Roma y hasta prácticamente su caída, Focas fue muy popular y una columna triunfal se elevó en su honor en el foro romano.

Pero era desde Constantinopla desde donde se gobernaba el imperio. En la capital, el odio de los Verdes hacia Focas y el terror que se había apoderado de la nobleza y de los oficiales y mandos del ejército, el miedo que cundía entre funcionarios y cortesanos, no cesaba de alumbrar conatos de rebelión y de conjuras contra el tirano.

Prisco, el gran general de las campañas balcánicas de Mauricio, se vio inmerso en el vendaval constantinopolitano. Era demasiado popular entre los soldados del Danubio

¹⁰⁴⁵ *Vida de Teodoro de Sykeon*: XXII, 119-133, pp. 99-110; XXVII, 152, p. 127. En cuanto a la excelente relación de Focas con el papado, *vid.* RAYMOND, D., *Liber Pontificalis/Book of Pontiffs*, Liverpool, 1989, 68: Pontificado de Bonifacio III, p. 62.

(que habían llevado al trono a Focas) como para ser asesinado o apartado de la vida pública, tal y como se había hecho con Filípico. Por eso, Focas decidió que lo más seguro era tenerlo junto a él, casarlo con su hija y nombrarle *comes excubitorum*, lo que, virtualmente, convertía a Prisco en sucesor de Focas. Así lo entendieron los demos y por eso, con ocasión de las celebraciones por la boda de Prisco, Verdes y Azules elevaron en el hipódromo unas estatuas de Prisco y de su joven esposa coronadas de laureles y colocadas junto a las de los augustos. Pero he aquí que Focas observó que los laureles que coronaban la estatua de Prisco eran verdes y hermosos, mientras que los que coronaban la suya propia, estaban secos y lucían sin brillo. Desconfiado como era, Focas tomó aquello como signo evidente de que Prisco y los demos tramaban su caída. Furioso, llamó de inmediato a su presencia a los jefes de los demos, así como a Prisco y a su joven esposa, su propia hija, y amenazó con darles muerte allí mismo en el hipódromo y ante la vista del pueblo. Mas los gritos y ruegos del pueblo, que veía cómo sus representantes iban a ser asesinados y los ruegos de la esposa de Focas, que contemplaba con terror cómo su hija y su yerno iban a caer víctimas de la locura y crueldad de su esposo, hicieron desistir de su inicial propósito al emperador.

Prisco fue repuesto en su posición y Focas le restituyó, aparentemente, su confianza. A partir de ese día, Prisco entró a formar parte de los círculos que tramaban la caída del emperador¹⁰⁴⁶.

Focas no paraba de hacer enemigos por todo el imperio. Deseoso de mantener el apoyo de la iglesia, cambió la política religiosa del imperio y presionó fuertemente sobre los monofisitas de Siria y Egipto. Éstos vieron cómo se les prohibía convocar asambleas y sínodos, y se les arrebatában varias iglesias. Las iniciales protestas y desobediencias, fueron castigadas con la espada y la tensión así generada derivó en sublevaciones y levantamientos populares que prendieron por toda Siria, Palestina y Egipto. En esos disturbios se mezclaban los dos demos, Verdes y Azules: los primeros, apoyando la rebeldía generalizada; los segundos, combatiendo por el emperador. Antioquía, Jerusalén, Apamea, Alejandría... se vieron sumidas en un mar de sangre.

A estas luchas religiosas y entre los demos, se sumaban también los judíos. No hay constancia cierta de que Focas iniciara contra ellos una política de conversión forzada o de hostigamiento, pero lo cierto es que, por toda Siria, Palestina y Capadocia, menudearon los alzamientos y disturbios protagonizados por los judíos. Lo más probable es que, alentados por las profecías mesiánicas que anunciaban una inminente liberación de su pueblo y una reconstrucción del templo en Jerusalén, las comunidades judías del Oriente trataran de aprovechar las victorias y avances persas para “preparar el camino” al Mesías. Según los textos apocalípticos que por entonces circulaban entre las comunidades judías, el verdadero Mesías sería precedido por un Mesías de la guerra que

¹⁰⁴⁶ Teófanos: 6099, 294-295.

podía ser un Mesías gentil y cuyo propósito no sería otro que el de liberar a Israel de la tiranía romana, como siglos atrás hizo Ciro liberando a Israel de la cautividad babilónica. Bajo esta influencia, no es extraño que los judíos vieran en Cosroes II Parwez a un nuevo Ciro y que, por lo tanto, se mostraran deseosos de auxiliar a los persas.

Pero mientras que los persas progresaban, los judíos se levantaban. En Antioquía su levantamiento fue tan fuerte y exitoso que se apoderaron de la ciudad y dieron muerte al patriarca de la misma. En Cesarea de Capadocia serían ellos los que guiarían a los persas y quienes les prestaran apoyo con las armas en la mano para asegurar sus posiciones de avance.

El autor de la llamada *Doctrina Jacobi nuper Baptizati* o *Didascalía de Jacob*, un judío que participó personalmente en esos levantamientos y que se convirtió al cristianismo ya en el reinado de Heraclio, nos ha dejado un vívido cuadro de lo caótico y sangriento de aquellos años. Sebeos, por su parte, escribiendo unos setenta años después de transcurridos estos acontecimientos, supo reflejar con maestría insuperable el clima de odio y caos que se abatió sobre el Oriente romano como consecuencia de la torpe política de Focas. Dice así:

“Entonces hubo un gran caos en el Imperio Romano, en la capital, en Alejandría de Egipto, en Jerusalén, en Antioquía.... Por todas partes las gentes cogían las armas para matarse entre ellos. El emperador Focas dio la orden de matar a todos los rebeldes que se negaban a reconocer su autoridad. Hubo numerosas masacres en la residencia imperial. Después, Focas envió a un hombre llamado Bonoso, con un ejército, contra las ciudades de Antioquía y de Jerusalén y contra otros lugares. Éste partió, castigó con la espada Antioquía y Jerusalén, y arruinó numerosas ciudades de la región. Fue entonces cuando se sublevó contra Focas el general Heraclio¹⁰⁴⁷.

Matanzas en Constantinopla, luchas religiosas y de partido, sublevaciones populares, levantamientos de judíos y colaboración de estos últimos con los persas, conjuras contra el emperador, alzamientos militares, purgas constantes entre la oficialidad y los funcionarios... y sobre todo esto, contribuyendo al caos en el que Focas había sumergido al imperio y tratando de sacar ventaja de él, Cosroes II y sus victoriosos ejércitos.

¹⁰⁴⁷ Sebeos: pp. 55-56. Un claro ejemplo de la fiebre apocalíptica y mesiánica que sufrió el pueblo judío en estos años lo tenemos en el llamado *Apocalipsis del Zorobabel*, documento escrito poco después de 640. *Vid.* ALBA CECILIA, A. “El Libro de Zorobabel”, *Sefarad*, 61 (2001), fasc.2, pp. 243-258. Noticias sobre levantamientos judíos y sobre la colaboración de éstos con los persas en estos años, pueden hallarse en: Miguel el Sirio: II, X. XXV, p. 379; Sebeos: p. 63; Agapios: 449, 189; Teófanes: 6101, 297. No obstante el documento más rico es el del converso Jacobo, quien participó personalmente en los hechos y escribió su obra en 634, *vid.* DAGRON, G. y V. DEROCHE, V., *Doctrina Jacobi...*, *op. cit.*, en especial 40, p. 128. Por último, en cuanto a los levantamientos judíos y a los escritos mesiánicos y apocalípticos de la literatura hebrea de estos años son imprescindibles el citado trabajo de G. Dagron y V. Deroche, *Doctrina Jacobi...*, especialmente pp. 17-78, con el estudio histórico y crítico; HOROWITZ, E., “The Vengeance of the Jews...”, *op. cit.*, vol. 4, n. 2.

Tras la toma de Dara y la invasión de Armenia, Cosroes II no había permanecido inactivo: ahora tenía en su mano un poderoso estado y un potente ejército. Una vez repuesto en el trono por Mauricio (591), se había aplicado de inmediato a reforzar su poder y con él, el de Persia. En primer lugar, Cosroes se había librado de sus tíos, los intrigantes Bindoes y Bestam, quienes lo habían elevado al trono asesinando a su padre, Hormisd IV. Pero Cosroes sabía que mientras que ellos vivieran, no estaría seguro en el trono, por lo que decidió librarse de la tutela de sus tíos y urdir su caída: primero envió a Bestam contra los turcos al frente de un ejército y de ese modo lo alejó de la corte y lo separó de su hermano. Solo ante el rey, Bindoes intentó seguir ejerciendo su influencia en el gobierno del imperio, pero Cosroes lo rechazó con cólera; Bindoes, sabedor de que por sí solo no contaba con apoyo suficiente como para enfrentarse al rey, huyó en busca de su hermano. Era lo que el rey esperaba. No bien llegó Bindoes a Atropatene (nuestro Azerbaiyán iraní), fue arrestado por el Marzban del lugar y enviado de regreso a la corte bajo acusación de alta traición. Bestam, que acababa de vencer a los turcos y que había llegado con ellos a un acuerdo, supo pronto de todo esto y entendió que su sobrino buscaba su perdición y la de su hermano. Así que Bestam marchó al frente de su ejército hacia Ctesifonte y alistó a numerosos turcos y a infantes dailamitas. Pero Cosroes había comprado ya al asesino de su tío: un oficial turco que contaba con la confianza de Bestam y que, cuando éste se hallaba ya muy cerca de Ctesifonte, lo mató y llevó su cabeza al rey. En cuanto a Bindoes, el superviviente de los dos hermanos, el rey mandó que le cortasen la pierna y el brazo derechos y que luego lo crucificasen. Por último la cabeza del tío de Cosroes fue cortada y colgada del cuello de su hijo, Shapur, primo de Cosroes, a quien se hizo pasear alrededor del palacio imperial montado sobre un camello y llevando sobre su pecho la cercenada cabeza de su padre¹⁰⁴⁸.

Libre de toda interferencia, Cosroes II supo atraerse el apoyo del ejército y se rodeó de un excelente cuadro de generales: Sharbaraz, Sain, Shahrplakan, Razates..., hombres todos ellos pertenecientes a la generación del joven Shahansha y que en su mayoría, le habían mostrado su fidelidad y maestría durante la guerra civil.

Conseguido el apoyo del ejército y colocados sus hombres más fieles en los escalones más altos del mismo, Cosroes II se blindó contra posibles y futuras rebeliones aumentando las tropas acantonadas junto a él, en Ctesifonte, y por lo tanto, directamente controladas por él. Fue así como los pushtighban, los guardias de palacio de los reyes persas, vieron aumentados sus efectivos desde los 1.000 hombres originales, hasta los 6.000. De esa forma, Cosroes contaba siempre con una potente fuerza de caballería de élite que le era fiel por completo y que, sumada a los cien arqueros de élite que protegían en todo momento al rey y a los tres gunds de caballería selecta, es decir, los 10.000 zhayedan o inmortales; los 10.000 cosrogetae y los 10.000 perozitae, que solían

¹⁰⁴⁸ *Crónica del Khuzistán*: 16-17, p. 230.

acantonarse en los alrededores de la capital persa, constituían un potente ejército de algo más de 36.000 guerreros escogidos, que disuadiría a cualquier general o noble ambicioso, de seguir los pasos de Bahram Chobin¹⁰⁴⁹. Este último, se recordará sin duda, pertenecía a la poderosa familia de los Mihran de Rai, una de las siete grandes familias de la Persia sasánida. Para cerrar viejas heridas y atraerse el apoyo de esta gran familia, que controlaba una parte considerable del norte del Irán, Cosroes II se casó con la hermana de su antiguo rival, Bahram Chobin. De esta manera, el joven rey cerró las últimas heridas de la guerra civil y consolidó su posición entre la nobleza persa.

Cosroes supo atraerse también el apoyo de los cristianos de su imperio. Su principal ministro y posiblemente el hombre más poderoso de Persia tras el rey, era Yazden de Kalka. Este cristiano se ocuparía de la administración del imperio y llevaría a cabo una hábil política que atrajo para el trono la simpatía de los cristianos de Oriente. No sólo de los nestorianos, pues Shirin (que al parecer había sido originalmente nestoriana) se acercó al monofisismo y protegió a los armenios y jacobitas sirios.

También los judíos fueron favorecidos por Cosroes. Además, su política de favor y tolerancia hacia cristianos y judíos supo conjugarla con el mantenimiento de buenas relaciones con la jerarquía mazdeísta de Persia. Cosroes, en efecto, podía favorecer a los cristianos y aún a los judíos, pero no olvidaba que su poder y su trono se alimentaban del zoroastrismo persa y por eso, en caso de conflicto entre cristianos y mazdeístas, no dudaba en decantarse por estos últimos. Sólo más tarde, cuando con la inclusión en el imperio de las poblaciones de Siria, Palestina y Egipto, el número de cristianos que gobernaba aumentó hasta constituir la mayoría de sus súbditos, cambió Cosroes por completo su política religiosa para poder así acercarse aún más a los cristianos y sobre todo a aquellos que, tras la conquista de Egipto, constituían el grueso de sus nuevos súbditos: los monofisitas.

Con el apoyo del ejército, reforzado en su trono por el aumento de su guardia y la eliminación de posibles rivales, cerradas las heridas de la guerra civil y siendo tremendamente popular entre los cristianos de su reino sin que esta popularidad le acarrearla la enemistad del sacerdocio mazdeísta, Cosroes podía iniciar su gran política expansiva.

Cosroes no se sentía cómodo en su papel de “hijo y servidor” del emperador Mauricio. Deseaba restaurar el poder de la Persia de Shapur I, pero sabía que ello sólo sería posible si dotaba a Persia de una base sólida desde la que poder enfrentarse a la Romanía. Supo ser, por tanto, paciente. Se aplicó a la mejora del ejército introduciendo cambios en él, como el de la generalización del uso del estribo entre la caballería pesada y la mejora de la armadura de jinetes y caballos. Reforzó también, en la línea de su abuelo, Cosroes I, la infantería pesada de sus ejércitos, y lo hizo con tal acierto que

¹⁰⁴⁹ FARROKH, K., *Sassanian Elite Cavalry...*, *op. cit.*, p. 6. Consúltense también las páginas que

llegaría a constituir el arma persa más combativa del ejército sasánida que se enfrentó a Heraclio en la batalla de Nínive (627). Cosroes, con casi toda seguridad, aumentó también el número de los efectivos del ejército permanente y perfeccionó el sistema de levadas forzosas para hacerlo más efectivo.

Pero estas mejoras exigían oro, o plata, en el caso de Persia, que Cosroes II supo encontrar. En la *Historia de los profetas y de los reyes* de al-Tabari, se recoge un curioso documento al que los historiadores contemporáneos no han sabido prestar atención. Dicho documento no es otro que el texto de un discurso que constituye lo que podríamos llamar “el testamento político de Cosroes II Parwez”. En efecto, al narrar al-Tabari los últimos días de Cosroes II y sus esfuerzos desesperados por sofocar los primeros conatos de rebelión interna que observaba en su corte y entre sus generales, recoge un discurso de Cosroes a sus nobles y dignatarios en el que repasa los logros económicos y militares de su reinado, y les recuerda que, aunque Heraclio haya triunfado en Nínive y destruido los palacios reales, nada podrá hacer contra las inmensas reservas de plata, oro y recursos militares atesoradas por Persia gracias a su hábil gobierno.

El citado discurso está tan plagado de datos, cifras y precisiones, y tan lleno de alusiones a hechos ciertos y comprobables, que es muy difícil no llegar a la conclusión de que al-Tabari lo copió para su monumental obra desde las páginas de un documento escrito en los días finales de Cosroes II o en los de sus inmediatos sucesores.

Pues bien, en ese discurso que pronunciara Cosroes II en enero o febrero de 628 y en el que repasaba su política económica y militar, se observa un continuo incremento de los ingresos que pasa a ser aún más acusado durante los años de la conquista persa del Oriente romano, alcanzando su cénit en 619-622, años en que, tras la conquista de Egipto, Persia alcanzó su máxima expansión territorial desde los días del viejo Imperio aqueménida.

Ahora bien, mientras que el aumento que se observa en los ingresos después de 609 puede ser explicado por la llegada al tesoro imperial de los botines procedentes del saqueo sistemático de los ejércitos persas en Siria, Palestina, Egipto y Asia Menor, el de los años precedentes a esa fecha sólo puede explicarse por una mejora del sistema fiscal y de la economía sasánida, por una elevación significativa de los impuestos, o bien, en fin, por una suma o combinación de las anteriores posibilidades. En nuestra opinión, fue precisamente esto último lo que sucedió. Tenemos pruebas de que, tanto el comercio, como la agricultura y el artesanado sasánidas alcanzaron su cima en los años iniciales del reinado de Cosroes II. Sabemos también que éste fundó varias ciudades, y muchos templos y palacios, lo que en la Persia sasánida implicaba la ampliación de los sistemas

dedicamos al estudio de los cuerpos de guardia y élite de la caballería sasánidas.

de regadío, de las tierras cultivables y de las plantaciones de árboles frutales. Es decir, ampliación de los recursos económicos y por ende, del tesoro imperial.

Hay pruebas también de que Cosroes dispuso de mucha plata antes de comenzar su guerra contra la Romanía. Ya vimos que no le costó mucho devolver el préstamo que le hiciera Mauricio y que premió espléndidamente a los soldados romanos que le apoyaron en su guerra contra Bahram Chobin. Pero es que además, Cosroes II pudo remozar y ampliar los palacios de Ctesifonte, convertir Dastargerd en una espléndida ciudad palaciega de verano, construirle a su esposa principal, Shirin, una ciudad palaciega digna de figurar entre las maravillas del mundo, y ampliar y renovar otros muchos palacios. A la par, esas construcciones estimulaban el desarrollo agrícola y artesanal de las zonas donde se asentaban y con ello generaban riqueza. El palacio de Shirin, Kasr-i Shirin, por ejemplo, trajo consigo la construcción de un gran acueducto e ingentes obras de ingeniería hidráulica que abastecieron de agua, no sólo al palacio en sí, sino también a su entorno.

Junto a todo esto: florecimiento del comercio, del artesanado y de la agricultura; edificación de ciudades, palacios y templos, y ampliación de los regadíos, existen también muchas noticias proporcionadas por fuentes muy diversas entre sí (persoislámicas, nestorianas, armenias, siríacas y bizantinas) que afirman que Cosroes II elevó significativamente la presión fiscal que se ejercía sobre campesinos, artesanos y comerciantes.

Así que podemos concluir que Cosroes II elevó los ingresos de su tesoro mediante múltiples y efectivos procedimientos, y que las noticias que nos ofrecen los diversos historiadores sobre que Cosroes II superó en riqueza, poderío y esplendor a todos los demás reyes sasánidas, son ciertas en esencia¹⁰⁵⁰.

¹⁰⁵⁰ El discurso de Cosroes II en el que repasa los logros de su política económica y exterior puede verse en al-Tabari: V, 1052-1059, pp. 389-395. Este autor señala la construcción de muchos templos por Cosroes II en el decimotercero año de su reinado (607 d.C.) [al-Tabari: V, 1041, p. 377], mientras que el *Sarestán i Eranshar* [19], documento redactado originalmente hacia 625, atribuye a Cosroes la fundación de cinco ciudades. Sobre la afirmación generalizada de que el reino de Cosroes II fue el más espléndido y rico de cuantos había habido, *vid.* Masudi: II, 229-232, pp. 242-244; Firdusi: VII, pp. 249-268. Son también muy numerosos los testimonios sobre la avaricia de Cosroes, como dice Eutiquio [I, XVI, 25, p. 306]: *se preocupó de amontonar riquezas como no lo había hecho ninguno de sus predecesores y evitando gastarlas..* Acerca de la riqueza del Imperio sasánida en este periodo poseemos además noticias de otros ámbitos, como las del viajero chino Si-Yu-Ki, quien, hacia 629, llegó a los límites orientales de Persia: *Este país tiene un perímetro de varias miríadas de li; su ciudad principal es Surasthána, ciudad que tiene un perímetro de 40 li; los valles son extensos y por lo tanto el clima varía mucho de un lugar a otro, pero en general es tibio. En este país trazan canales y llevan el agua hasta los campos para irrigarlos. Sus habitantes son ricos y prósperos. El país produce oro, plata, cristal de roca, cobre, singulares y hermosas perlas y otras variadas materias preciadas. Sus artesanos saben como tejer finas sedas adornadas con ricos brocados, alfombras de lana, etc. los habitantes de este país Poseen muchos caballos shen, (caballos de guerra) y camellos. Para comerciar se sirven de grandes monedas de plata. Por naturaleza son violentos e impulsivos y en su comportamiento no guardan ni decoro, ni justicia alguna. Su lengua y su escritura son distintas a las de los otros pueblos; no aman el conocimiento pero gustan de las demás artes. Se dice que en sus relaciones sexuales son muy promiscuos. Sus cadáveres son abandonados sobre lugares altos. Peinan sus cabellos alrededor de su cabeza y visten ropas de lana, de fieltro, de seda.... Cada familia está sujeta a un impuesto de cuatro monedas de plata por cada*

Con el tesoro fortalecido, el ejército mejorado y asegurado el orden interno de su reino, pudo Cosroes II mostrarse más agresivo con sus vecinos. Las fuentes recogen (embelleciendo los hechos con románticas historias) que obtuvo dos señaladas victorias sobre los turcos antes de emprender su guerra contra la Romanía: la lograda por su tío Bestan hacia 592 o 593, y la conseguida, quizás hacia 595, por un anónimo general del que sabemos que era miembro de la familia de los Mihran de Rai y a quien la tradición poética ha querido transformar en la hermana de Bahram Chobin. Y es que los turcos, animados por la guerra civil entablada entre los partidarios de Cosroes y los de Bahram Chobin, habían tratado de resarcirse de las humillantes derrotas que les inflingiera este último, en 588-589. No lo lograron y tuvieron que retroceder, una vez más, al otro lado del río Oxus y al norte de la muralla de Gurgan y de las puertas del Derbent¹⁰⁵¹.

También en el Yemen, la autoridad persa fue restablecida y ampliada aún más en Arabia. El reino lakmida, el poderoso reino árabe sometido a Persia y cuya capital era Hira, no lejos de la ribera occidental del Eúfrates, fue disuelto por Cosroes II y su *malik*, su rey, al-Numan III (580-602), destronado y muerto. Según cuentan las fuentes, al-Numan III se había ganado la enemistad de Cosroes II Parwez en los días en que éste huía hacia la Romanía buscando refugio allí contra Bahram Chobin. Parece ser que al-Numan reforzó la antipatía que el rey le tenía al negarle un caballo de excelente estampa que Cosroes deseaba y cuando también le negó la entrega de su hija como esposa¹⁰⁵². Era esta última una mujer de singular belleza y, como su padre, cristiana. Puede que todo esto sea cierto y así lo recogen la práctica totalidad de las fuentes, pero en nuestra opinión y teniendo en cuenta la fecha de la caída de al-Numan, el año 602, el factor determinante en la disolución del reino lakmida fue la desconfianza que Cosroes II sentía hacia un reino tan poderoso que, de iniciar él una gran guerra contra la Romanía, quedaría en su retaguardia y gobernado por un rey cristiano, al-Numan III, que ya le había dado muestras probadas de su animosidad¹⁰⁵³.

Cosroes II siguió aquí, en el tema de la disolución del reino lakmida, la política puesta ya en marcha por Mauricio con respecto a los árabes gasánidas, y que tan

hombre.... Consúltese BEAL, S., *Buddhist Records of The Western World: Translated From The Chinese of Hiuen Tsiang, Ad 629*. Londres, 2004, pp. 277-278. Por último, algunas noticias sobre la fuerte presión fiscal de Cosroes II en *Historia Nestoriana*: XCII, 231, 551.

¹⁰⁵¹ Las escasas informaciones de esta primera guerra turca de Cosroes (Firdusi, al-Tabari y Tahalibi) señalan, embellecidas por la tradición poética, que el general que derrotó a los turcos era, para sorpresa de Cosroes, la hermana de Barahm Chobin con quien, al punto, se casó el rey. Esta tradición esconde, con toda seguridad, la noticia ratificada por otras fuentes, de que Cosroes se reconcilió con los Mihran de Rai, uno de cuyos miembros tuvo que estar al frente del ejército que derrotó a los turcos [Firdusi: VII, pp. 190-220]; más seguras son las noticias de la *Crónica del Khuzistán* [20, p. 230] que señala una expedición del tío de Cosroes contra los turcos; dado que contó con el auxilio de jinetes turcos en su rebelión contra Cosroes y que no se dice que fuera derrotado, se puede colegir que obtuvo el éxito.

¹⁰⁵² *Crónica del Khuzistán*: 19-20, pp. 229-230.

¹⁰⁵³ La fuente más cercana a los hechos que recoge la caída de al-Numan III es la *Crónica del Khuzistán*, escrita por un dignatario eclesiástico nestoriano hacia el 650. Un ilustrativo cuadro de los monarcas lakmidas en al-Tabari: V, p. XVIII.

nefastos resultados traería para ambos imperios al quedarse éstos sin los efectivos colchones estratégicos que les proporcionaban sus reinos vasallos árabes frente a las tribus del desierto. Si el imperio de los árabes de Mahoma se hubiera topado en su expansión hacia el norte con las fronteras de dos reinos árabes tan poderosos como lo fueron, en la segunda mitad del siglo VI, los reinos de los gasánidas y los lakmidas, la conquista del Oriente por parte de Abu Bark y Omar no hubiera sido tan rápida, siendo incluso harto probable que hubiera fracasado. Tanto es así que hasta los sasánidas, al contemplar cuán violentos eran los primeros embates de los agarenos, se percataron de su error e intentaron restaurar el reino lakmida; así, en 633, un tal al-Mundhir, que tenía el sobrenombre de al-Gharur, fue nombrado rey de Hira, esto es, de los lakmidas. Fue inútil, pues al poco, en 635, los árabes del califa Abu Bark tomaron Hira por segunda vez y acabaron con este breve resurgir del reino lakmida. Pero en 602, cuando el reino lakmida fue disuelto por Cosroes II, su acción fue contemplada como un acierto; como la extensión del control directo de Persia sobre una amplia faja de territorios árabes que, de inmediato, comenzaron a rendir al Imperio sasánida pingües beneficios en concepto de impuestos para el tesoro y de contingentes auxiliares de caballería ligera para el ejército persa.

La actividad persa en Arabia no cesó con esta acción, sino que el control persa sobre Qatar, Bahrein y Omán, se vio consolidado y aún extendido, durante los primeros años del reinado de Cosroes II, prolongándose, incluso en forma de episódicos cobros de tributos, hasta la propia ciudad y oasis de Yatrib (la futura Medina) y quizás, hasta la propia Meca¹⁰⁵⁴.

Esta reafirmación de Persia en sus áreas de influencia y dominio, no quedó circunscrita a Arabia y al Océano Índico, un auténtico lago persa en estos años, sino que se manifestó también al norte del imperio. Allí, los principados vasallos del Daylam, el Gelum, Tabaristán y Gurgan, vieron aumentado y fortalecido el dominio que los sasánidas ejercían sobre ellos desde el siglo III. Algo más al oeste, Albania era prácticamente una provincia de Persia pues, aunque los príncipes y nobles locales seguían contando con mucho poder, un Marzban persa asentado en Partaw, la capital de la Albania Caucásica, ejercía su autoridad sobre todos ellos. Por último, Iberia, en gran parte cedida a la Romania en 591, fue rápidamente devuelta al dominio persa tras la muerte de Mauricio, de modo que su rey volvió a convertirse en un fiel vasallo del Shahansha del Eranshar¹⁰⁵⁵.

Tampoco la Romania se vio libre de los efectos de este fortalecimiento de la Persia de Cosroes II. Prudente al principio, conforme aumentaba su poder y consolidaba

¹⁰⁵⁴ No era la primera vez que el Imperio Persa extendía su autoridad hasta Yatrib (Medina) pues, hacia 325-326, Shapur II llegó hasta allí y sometió la región [al-Tabari: 839, p. 55]. Esta soberanía difusa de Persia sobre Medina y aún sobre la Meca continuó durante la segunda mitad del siglo VI y los primeros años del VII: al-Tabari: 1006, p. 325 y n. 64.

¹⁰⁵⁵ *Crónica de Georgia*: 15, G. 95-96.

su situación, Cosroes se iba mostrando cada vez más rebelde a la hegemonía que Mauricio le había impuesto. Para el año 600, con un Mauricio sometido al descontento militar y plenamente centrado en el Danubio, la presión persa era ya manifiesta y, de no haber mediado la deposición y asesinato de Mauricio, es innegable que Cosroes II hubiera terminado por atacar las fronteras del imperio de su “padre y señor,” el emperador Mauricio.

Pero las cosas discurrieron de forma aún más favorable para Cosroes II. El asesinato de Mauricio le proporcionó el perfecto *cassus bellis*, y el alzamiento de Narsés, la aparición del falso Teodosio y el caos en el que Focas sumió al Oriente bizantino con su espiral de represiones y asesinatos, de indiscriminadas purgas entre la nobleza y el ejército, de luchas religiosas, sublevaciones populares, combates entre los demos urbanos, levantamientos de judíos y guerras civiles, le permitieron expandir su imperio y sus aspiraciones hasta límites jamás alcanzados por un soberano sasánida.

Tras la toma de Dara en la primavera del 604 y las derrotas sufridas por los ejércitos romanos ante las tropas de Cosroes II, Persia pasó a concentrarse en la conquista de Armenia y en la definitiva voladura del poderoso limes sirio-mesopotámico que la Romania había ido tejiendo pacientemente desde la segunda mitad del siglo III frente a la Persia sasánida. Así, tras un asedio que duró dos años y medio, cayó Mardin (607), “esa roca inaccesible” en palabras de un cronista del periodo, y tras ella, sucesivamente, Martirópolis, Amida, Harrán, Hierápolis, Callínico, Arxamon, Circesium y demás ciudades y fortalezas de la Mesopotamia romana y de la línea del Eúfrates. Más al norte y a la par, los persas se apoderaron de toda Iberia y tomaron Dvin y Ani. Los intentos de reacción por parte de los generales de Focas y de los nobles armenios aliados de la Romania, lograron al principio éxitos como los de la batalla de Elevard, pero terminaron en sangrientas derrotas como las de la llanura de Sirak, o como la de Calkotn, y en nuevos progresos persas. Al cabo, en la batalla de Karin, el ejército de campaña de Armenia sufrió una derrota tan decisiva que lo puso fuera de combate durante cuatro años. Tras esta batalla y para 609, Armenia estaba casi por completo en poder persa y su principal ciudad, la capital de la Armenia romana, Teodosiópolis (la Karin de los armenios), cayó en poder del Spahbad persa Sain y con ella quedaron abiertos los caminos que desde ella llevaban a Capadocia y Ponto, esto es, al corazón de Asia Menor¹⁰⁵⁶.

Para ese año de 609, dos generales persas sobresalían ya con luz propia. El primero era Sharbaraz, el “Jabalí Salvaje”, que aparece también en las fuentes bajo los nombres de “Romiazan”, “Farrukan” y “Xorean”. Era el Spahbad del padhgos de Khvarvaran (esto es, el Occidente) bajo cuyo control habían estado todas las provincias

¹⁰⁵⁶ *Crónica del 640*: a.D 920 y a.D. 921, p. 17; Miguel el Sirio: II, X, XXV, p. 378; Sebeos: pp. 57-63; Agapios: 449, 189; *Crónica del Khuzistán*: 25, p. 234; *Crónica de 1234*: p. 122, quien llama a Mardin “esa roca inaccesible” y señala que su asedio duró dos años y medio.

del Arak, la tierra baja, así como las regiones de Hamadán e Ispahán. El segundo de ellos, Sain padhgostan, el Spahbad del padhgos de Abhakhtar, esto es, el Norte, que ejercía su dominio sobre todas las provincias norteñas del Imperio Persa, desde Gurgan, al sudeste del Mar Caspio, hasta Iberia. Nada parecía resistírseles y así, con la toma de Edesa (609), hasta ese momento inexpugnable, Sharbaraz completó la demolición de las defensas romanas en Mesopotamia y extendió el dominio persa sobre todas las tierras situadas al este del río Eúfrates; mientras que más al norte, Sain terminó la conquista de toda Armenia y, traspasando el Eúfrates, batió a los ejércitos de Focas penetrando en Capadocia y Ponto, y tomando, entre otras muchas ciudades, Cesarea, Natalia y Cneocesarea¹⁰⁵⁷.

¿Cómo respondió Focas ante estas demoledoras victorias persas que situaban a los sasánidas a un nivel no alcanzado desde los días de Shapur I y sus victorias sobre Valeriano? Pues, enredado en su política de represión generalizada, se olvidó de Persia y se concentró en aplastar las sublevaciones populares y judaicas en las ciudades de Siria, Palestina y Egipto, y en hacer frente al avance de otro rebelde a su autoridad: Heraclio el Viejo, exarca de Cartago y antiguo compañero de armas de Filípico en las guerras persas de Justino II, Tiberio y Mauricio. De este modo, en vez de destinar sus recursos militares a taponar la brecha abierta por Cosroes en las fronteras, envió a sus generales hacia las provincias orientales del imperio para aplastar cualquier oposición y frenar el avance de los partidarios de Heraclio el Viejo. Bonoso (el Bonos de Sebeos) llevó a cabo una brutal represión en Antioquía, y en toda Siria y Palestina, y luego pasó a Egipto para combatir a Nicetas, el sobrino de Heraclio el Viejo.

Así que, sin una oposición seria, los persas pasaron a Siria y se apoderaron de Zenobia, Samosata, Zapeta, Beroea, Alepo y Apamea, y consolidaron sus avances en Capadocia. Desde ella, a fines del 609, un ejército persa penetró tan al interior de Asia Menor que sus avanzadillas se plantaron ante Calcedonia, hazaña no lograda por un ejército iranio desde los días del último aqueménida.

Para finales del 610, estaba claro que Persia iba a conquistar Siria y que, si la situación no cambiaba bruscamente, ocuparía definitivamente Capadocia y la mayor parte de la Anatolia oriental. Pero las cosas no parecían cambiar en la Romania. Focas, tras aplastar una nueva conjura contra él en la capital, hubo de enfrentarse a un nuevo levantamiento popular protagonizado por los Verdes y en el que ardió buena parte del centro de Constantinopla. Para entonces, estaba ya claro que no le quedaba mucho tiempo como emperador y que la última sublevación, la de Heraclio el Viejo y su hijo, Heraclio el Joven, el futuro emperador, estaba destinada a triunfar.

Incluso en la capital, se había establecido contacto con los rebeldes africanos entre el círculo de poder cercano a Focas. Y el pueblo, que antaño lo acogiera tan unánime

¹⁰⁵⁷ Sebeos: pp. 63-64; *Crónica del 640*: a.D. 921, p. 17; *Crónica de 1234*: pp. 122-123; *Crónica del*

como emperador, se le mostraba levantisco ahora y presto a destronarle. El hambre, la gran enemiga de la popularidad de los augustos, se estaba cebando en la capital. Las cosechas del 608 y 609 habían sido paupérrimas e insuficientes. Además, el último invierno había sido tan crudo y frío que hasta el Bósforo y el Eúfrates se habían congelado y, como consecuencia del inusual frío, no sólo las cosechas de cereales, sino también las de olivares, viñedos y demás árboles frutales, se perdieron casi por completo¹⁰⁵⁸.

Sólo quedaba una salvación posible: el trigo procedente de Egipto y de África. Pero éste no podía llegar a Constantinopla, puesto que, al menos desde 606, el exarca Heraclio interrumpió los envíos a Constantinopla, y desde 609, las batallas libradas por el control de Egipto entre los generales de Focas y las fuerzas enviadas allí por Heraclio el Viejo, impedían la llegada de cualquier suministro desde Alejandría¹⁰⁵⁹. El hambre, pues, se apoderó de la capital y de la mayor parte de Asia Menor, Siria y Tracia, y con ello los restos de popularidad y apoyo que podían quedarle a Focas se evaporaron.

Sólo le quedaba el apoyo del ejército comandado por su sobrino Comentiolo y la esperanza de que sus tropas destacadas en Egipto se hicieran, al fin, con el control del país. Vanas esperanzas que se esfumaron ante la habilidad desplegada por Heraclio el Viejo y por sus más directos familiares. Pero ¿cómo y por qué había triunfado esta nueva rebelión contra Focas? Veámoslo.

Ya hemos demostrado cuán importante fue África para la Romanía reconstituida por Justiniano. Demostramos su importancia económica y demográfica mostrando que, a partir de 534 y sobre todo desde 548, cuando terminó la gran guerra mora, una considerable corriente de oro fluyó desde África hacia el tesoro privado del emperador y hacia las arcas imperiales. Incluso llegamos a hacer un cálculo que, prudente en extremo y basado en los datos de las fuentes, permitía estimar que más de 800.000 sólidos iban a parar cada año desde África a Constantinopla. Y esto, tras haber deducido del total inicial los gastos militares y administrativos que implicaban la defensa y gobierno de la inicialmente prefectura y más tarde, exarquía africana. Más de 800.000 sólidos, una cantidad que bastaba para sostener sobre las armas a 40.000 soldados de los ejércitos de campaña. Los mismos que, curiosamente, pudo llevar consigo Heraclio durante sus campañas contra Persia, durante unos años en los que, perdidas ya bajo los persas Egipto, Siria, Palestina, Mesopotamia, Armenia y una parte considerable de Asia

Khuzistán: 25, p. 234.

¹⁰⁵⁸ Teófanos: 6101, 297-298, que señala que el Bósforo se congeló; *Crónica del 640*: a.D. 920, p. 17, con la noticia de que ese año hubo mucha nieve y el río Eúfrates se congeló por completo; luego, durante seis días, grandes bloques de hielo bajaban por el río e impedían a los barcos cruzar a los viajeros de una orilla a otra. Nos dice también que el frío fue tan intenso que se perdieron las cosechas y se secaron los olivos y demás árboles frutales; Miguel el Sirio: II, X, XXV, p. 378, y otras muchas fuentes lo confirman.

¹⁰⁵⁹ No sólo las batallas, pues a Focas se le ocurrió apoderarse de la flota alejandrina amarrada en Constantinopla cuando le llegaron noticias de las simpatías de los alejandrinos por los Heraclios.

Menor, y con los Balcanes sumergidos casi por completo por la marea ávaro-eslava, los soldados del ejército de campaña de Heraclio sólo pudieron ser sostenidos merced al oro y a los recursos africanos. Este hecho, tan evidente como significativo, ha sido –como ya dijimos– ignorado por la historiografía moderna y ni siquiera W. Kaegi, el último biógrafo de Heraclio, se ha apercibido de ello.

Pues bien, fue ese mismo oro africano, esos mismos recursos económicos y militares, unidos a la relativa lejanía e independencia en que se hallaba el exarca africano, los que permitieron a la sublevación de éste afianzarse y, al cabo, triunfar.

Fue a fines del 607 o en los primeros días del 608, cuando se inició abiertamente el alzamiento. Decimos abiertamente, ya que, desde al menos 606 –si no antes– las relaciones entre el exarca de Cartago y el emperador Focas eran prácticamente nulas, negándose Heraclio el Viejo a enviar a Constantinopla las habituales remesas de trigo y aceite, y reteniendo para su tesoro los ingresos que debían de haber ido a parar al tesoro imperial. La posición de Heraclio el Viejo era extraordinariamente fuerte y segura. Apoyado por la nobleza local, con la que se había unido mediante el compromiso de su hijo y heredero, Heraclio, con una joven perteneciente a una de las más poderosas familias africanas, la de Rhogas (Rogatus), hijo de Afros¹⁰⁶⁰; contando con el apoyo de las tribus *maurii* y del ejército, sobre el que imperaba su voluntad y su prestigio de gran general, y a cuya cabeza había situado a los hombres de su familia. Contaba también Heraclio el Viejo con el apoyo de una gran flota, cuyos recursos provenían no sólo de los dromones de guerra que hacían servicio en Cartago y Septem, sino también de las numerosas naves comerciales que navegaban por todo el Mediterráneo llevando productos africanos y trayendo a Cartago y al resto de los puertos del exarcado, las mercancías procedentes de Galia, Hispania, Italia, Egipto y el Oriente.

Pertrechado así, Heraclio el Viejo podía encarar con posibilidades de éxito, un alzamiento contra Focas y un asalto al trono imperial. Y es que África había crecido mucho en los últimos años, pues desde que Juan Troglita había aplastado a los mauri y sobre todo, desde que Gennadio, el primer exarca, había sometido por completo el reino de Altava y extendido aún más los límites y seguridad de la exarquía, la paz y la prosperidad reinaban en ella¹⁰⁶¹, una paz que, sin interrupciones dignas de mención, reinaría hasta el mismo día en que los árabes se presentasen en ella.

¹⁰⁶⁰ Sobre Rhogas, hijo de Afros, *vid.* Teófanos: 6102, 298; KAEGI, W., *Heraclius...*, *op. cit.*, p. 36.

¹⁰⁶¹ El reino de Altava se extendía sobre una parte considerable de la Mauritania Tingitana y el interior de la Mauritania Cesariense, estando situada su capital, Altava, en el valle del río Muluya; esto es, en la antigua divisoria entre la Tingitana y la Cesariense. Este reino conformado por elementos romanos y *maurii*, acuñó moneda y se asomó al Mediterráneo con la categoría de potencia local. Su existencia duró prácticamente un siglo y su último rey, Garmul, fue derrotado y muerto en 578 o 579, por Gennadio, a la sazón *magister militum* de África. Tras la muerte de Garmul, la mayor parte del reino de Altava quedó bajo dominio romano, pero sus regiones más occidentales que se extendían al otro lado del Muluya, quedaron independientes: Gennadio, ya como exarca, las sometió durante los años 591-594. En nuestra opinión, fue contra esos moros supervivientes del viejo reino de Altava, contra quienes guerreó Gennadio y a quien, según Teofilacto Simocata y el Papa Gregorio Magno, venció por completo y sometió. Así que

Esa paz y esa prosperidad económica repercutieron en un fortalecimiento de la aristocracia africana, una de las pocas de todo el Mediterráneo en mantener el tradicional evergetismo de las antiguas nobilitas provinciales, y que supo enlazar sus intereses con los de los militares y funcionarios procedentes del Oriente y que, como la familia de Heraclio, no tenían mayor problema en enlazar con ella y asegurarse así su apoyo. De este modo y gracias a la empresa heracliana, África jugaría un papel decisivo y determinante en la marcha de los asuntos del Imperio y lo seguiría jugando –como ya se demostró– hasta los mismos días de la conquista árabe. Fueron tropas y naves africanas las que pusieron sobre el trono constantinopolitano a Heraclio el Joven y las que conquistaron Egipto para él; también las que formaron el núcleo inicial de su renovado ejército de campaña. Más tarde, cuando la ofensiva persa parecía imparable, Heraclio pensó en África, en Cartago, como centro de un nuevo imperio, como base a partir de la cual reorganizarse y reconquistar el Oriente a Persia. Esta idea muestra a las claras cuán importante era África en estos años. En fin, de África llegaron las tropas destinadas a parar la inminente invasión árabe de Egipto y ella sería también la base para un nuevo intento de alzamiento contra el poder central, el de Gregorio, exarca de Cartago y, posiblemente, miembro de la familia imperial¹⁰⁶². Por último, África sería la fuente de los recursos que, entre 656 y 662, permitieron al emperador Constancio II llevar a cabo con éxito el paso del viejo sistema militar, al de los ejércitos themáticos. Y es que, tan importante seguía siendo África en 662 para el Imperio, que el emperador concibió la idea de establecer allí su centro de operaciones y frenar desde ella el avance árabe por el Mediterráneo.

África era pues una pieza clave de la nueva Romania, una pieza que, al contrario que Italia, Hispania o las islas del occidente mediterráneo, era vital para la adecuada marcha económica y militar del imperio. Por eso, cuando Heraclio el Viejo se alzó en África, tras casi seis años de derrotas, levantamientos militares y populares, purgas incesantes y generalizadas entre el ejército y la aristocracia, luchas religiosas y sociales, la suerte de Focas quedó trazada.

Pese a todo, su caída no fue rápida. Heraclio el Viejo y su hijo fueron proclamados, posiblemente por el senado cartaginés, cónsules en 608. Que los dos Heraclios se arrogaran el título de cónsules era (teniendo en cuenta que ese título estaba reservado al emperador desde los días de Justiniano) signo inequívoco de que aspiraban a ocupar el solio imperial. No hay duda, pues la numismática nos ha proporcionado las

sería en 594 y no en 579, como se suele afirmar, cuando se completó la conquista del reino de Altava y cuando se logró en África la máxima extensión del poder imperial. *Vid.* VILLAVARDE VEGA, N., *La Tingitana...*, *op. cit.*, pp. 355-356.

¹⁰⁶² A propósito del alzamiento de Gregorio, exarca de Cartago, es imprescindible conocer el excelente trabajo de MODÉRAN, Y.: “Complexité et diversité des sources sur la conquête arabe de l’Afrique: Le dossier de l’exarque Grégoire”. *I Jornadas: La expansión del imperio árabe-islámico en el norte de África y occidente (siglos VII-VIII) según las fuentes no-islámicas*. Alcalá de Henares, 19-20 de diciembre 2008 (en prensa).

pruebas irrefutables de ello con una serie de sólidos áureos acuñados en las cecas de Cartago y Alejandría, en los que puede verse a los dos Heraclios, el Viejo y el Joven, representados con los atavíos consulares y con la inscripción de: *consul et dominus noster heraclius*¹⁰⁶³.

Así que, al menos desde 608, estaba claro que los dos Heraclios luchaban por el trono, pero sólo en octubre de 610 pudo instalarse Heraclio el Joven en Constantinopla. ¿Por qué tanto tiempo? Porque para que la sublevación tuviese éxito, tenía primero que conseguir el control de Egipto. En efecto, Egipto era la pieza clave en este juego; sin él en sus manos, el exarca de Cartago sólo podría contar con su flota para llegar hasta Constantinopla y el Oriente, y con sus propios recursos para enfrentarse a los de su enemigo. Más aún, si se dominaba Egipto, no sólo dispondría de sus ingentes recursos que junto con los de África constituían casi la mitad del total de la Romanía, sino que se lograría además acceder por tierra al Oriente y penetrar en Siria, donde las revueltas religiosas y populares socavaban ya el régimen de Focas y por donde, si fracasaba la vía marítima, se podría acceder al corazón del imperio. Además, si los Heraclios se lanzaban por mar contra Constantinopla y dejaban a sus espaldas un Egipto dominado por Focas, éste podría lanzar desde él, tal y como se había hecho en otras ocasiones, un ataque contra África y dejar sin base de poder a los heráclidas. Por último, ya lo hemos apuntado, el dominio sobre Egipto implicaba el dominio de la mayor parte de los cereales que alimentaban a la capital y una Constantinopla sin trigo, sin pan, era una ciudad favorable a un inmediato cambio de emperador.

Había pues que conquistar Egipto. Nicetas, sobrino de Heraclio el Viejo, fue el encargado de tan difícil empresa, ya que casi 2.500 kms separaban Cartago de Alejandría. Nicetas contaba además con pocas fuerzas. Por Juan de Nikiu sabemos que llevaba consigo 3.000 hombres procedentes de las fuerzas romanas destacadas en África y que a ellos sumaba un número indeterminado de guerreros mauri, pero que, al parecer, superaba ampliamente al de las tropas regulares. Es decir, que Nicetas debió de contar con unos 7.000 hombres para acometer la conquista de Cirenaica, la Pentápolis, la Marmáride y Egipto.

Contaba, eso sí, con el apoyo encubierto de no pocas autoridades de Egipto: Leontios, Prefecto de Mareotis, estaba presto a pasarse al bando de los rebeldes a cambio de una crecida suma y no bien se presentaran sus fuerzas en Mareotis; también Teodoro, hasta no hacía mucho Prefecto augustal en Alejandría, estaba de su parte y con él los hijos de Menas, el antiguo y popular gobernador de Alejandría. Nicetas, en fin, contaba también con que los demos de Alejandría y de todas las ciudades del delta, se pondrían de su parte en la lucha que se tendría que librar por posesionarse de Egipto.

¹⁰⁶³ GRIERSON, P., "The consular coinage of "Heraclius" and the revolt against Phocas of 608-610", *Numismatic Chronicle*, X (1950), pp. 71-93; KAEGI, W., *Heraclius...*, *op. cit.*, pp. 40-41, con una imagen de un sólido áureo de 608 en donde aparecen los dos Heraclios.

Focas, que sabía de los preparativos que Heraclio el Viejo estaba haciendo para conquistar Egipto, no permaneció inactivo. Bien al contrario, envió tropas de refuerzo a Alejandría y grandes sumas de oro, lujosos regalos para los dignatarios del lugar, un cargamento de leopardos y leones para los juegos que debían de celebrarse en su honor en Alejandría, junto a una remesa de grilletos e instrumentos de tortura, dispares disposiciones y mercancías destinadas todas ellas y por distintas razones, a estimular la fidelidad de soldados y civiles. A la par que hacía estos preparativos, Focas ordenó a Bonosos, el general que había sofocado cruelmente las revueltas de Antioquía, que marchara con sus tropas hacia Egipto y se asegurara que los rebeldes fuesen rechazados.

El emperador debió de hallarse satisfecho tras ordenar las anteriores disposiciones defensivas y contaba, además, con una última carta que podía reservar en caso de que todo se torciera y los rebeldes llegaran a Constantinopla: tenía en su poder, tras traerlas desde Capadocia, a Epifania, la esposa de Heraclio el Viejo, y a la prometida de su hijo, la africana Fabia. Estas importantes mujeres debían de haber sido retenidas en Oriente en los primeros días del reinado de Focas, o puede también que se hallasen en Capadocia, posible patria chica de Epifania, por razones particulares¹⁰⁶⁴. En cualquier caso, su presencia en Capadocia constituyó una gran oportunidad para Focas quien, al cabo y posiblemente en 608 y tras haberles impedido durante años reunirse en África con su esposo y su prometido, las hizo traer a Constantinopla y las encerró en el monasterio imperial del “Nuevo Arrepentimiento” donde quedaron a expensas de un hombre tan brutal e inestable como Focas. Esta cuestión, la de Fabia y Epifania en poder de Focas, excitó el interés de los posteriores historiadores y supuso, hasta el mismo día de la caída de Focas, una fuente de presión para los rebeldes.

Heraclio, por su parte, ordenó, posiblemente a mediados de marzo o inicios de abril del 609, que el ejército expedicionario africano emprendiera su marcha contra Egipto. Según nos dice Juan de Nikiu (testimonio inadvertido para la historiografía contemporánea, incluido Kaegi, el más reciente biógrafo del emperador Heraclio) Heraclio el Viejo tenía el propósito de reunirse en Pentápolis con sus tropas de tierra:

“Por ese mismo tiempo, Heraclio distribuyó mucho dinero entre los bárbaros de Tripolitania y Pentápolis, y de esta manera se aseguró su apoyo para la guerra que iba a sobrevenir. Después convocó al jefe de su ejército, que se llamaba Bonakis, al frente de 3.000 hombres y de muchos bárbaros, y lo envió a Pentápolis para que lo esperara allí”¹⁰⁶⁵.

¿Qué quiere decir esto? Que la flota africana iba a prestar apoyo y cobertura a las tropas de Nicetas que marchaban por tierra, y a asegurarles la posesión de la Pentápolis y, posiblemente, de la Marmáride y del propio Egipto. Y es que Nicetas, Bonakis y sus

¹⁰⁶⁴ Juan de Nikiu: CVI.1-6, confirmado por otras muchas fuentes, entre ellas: Teófanos: 6102, 298-299; Juan de Antioquía: frag 218-219; *Crónica Mozárabe del 741*: 6, p. 159. Consúltese también, KAEGI, W., *Heraclius...*, *op. cit.*, p. 36.

¹⁰⁶⁵ Juan de Nikiu: CVII.1-3.

hombres, necesitarían el apoyo de una flota que defendiera su flanco norte ante el posible ataque de otra flota procedente de Egipto y que, por encima de todo, les asegurara el reabastecimiento durante las duras jornadas a través de las desérticas Sirtes, proporcionándoles además la seguridad necesaria para completar sus levadas entre los mauri del lugar y para desembocar en Egipto sin haber sufrido demasiadas bajas.

Este apoyo desde el mar explicaría, no sólo la rapidez y desenvoltura con que Nicetas y Bonakis pudieron atravesar con su ejército los 2.500 kms que los separaban de Egipto, sino también la rápida sumisión de Tripolitania y Pentápolis, y sobre todo, el retraso que con respecto a esta expedición terrestre, sufrió la expedición marítima hacia Constantinopla liderada por Heraclio el Joven. En efecto, lo lógico hubiera sido, militarmente hablando, haber lanzado a la par la doble ofensiva, la terrestre y la marítima, pues de esta manera se hubiese obligado a Focas a dividir sus recursos y a no concentrarlos en Egipto. Pero no se hizo así pues, mientras que la expedición contra Egipto liderada por Nicetas partió a comienzos de la primavera del 609, la marítima, la que debía de conducir a Heraclio el Joven hasta Constantinopla, no partió, hasta la primavera de 610, todo un año más tarde.

¿Por qué este retraso? Juan de Nikiu nos da una respuesta clara y lógica que los historiadores no han sabido hallar hasta ahora: Heraclio el Joven no pudo partir a Constantinopla a la par que Nicetas partía hacia Egipto por tierra, porque las naves necesarias para llevarlo a él y a sus hombres hasta la capital del imperio, tenían que asegurar primero la marcha del ejército de tierra hasta la Pentápolis y después, asegurarse de la posesión de Alejandría. Sólo cuando Nicetas y Bonakis cruzaron las Sirtes y se posesionaron de la Pentápolis y la Marmáride, las últimas etapas de su larga marcha hacia Egipto, y sólo cuando Alejandría y su flota cayeron en manos de los rebeldes (lo que sucedió a inicios de septiembre del 609) regresaron los dromones africanos a Cartago, lo que no debió de suceder antes de finales de octubre del 609; es decir, con el final de la época propicia para la navegación en el Mediterráneo. Sólo entonces pudo prepararse la expedición marítima que debía de llevar al hijo del exarca de Cartago al solio imperial, en Constantinopla. Pero dado que esa expedición exigía de numerosos preparativos y que no podía hacerse a la mar hasta que se abriera la época propicia para la navegación, a mediados de marzo, y dado que Heraclio el Joven no podía lanzarse a la mar hasta tener noticia cierta de que Egipto estaba ya definitivamente en manos de su primo Nicetas (de otro modo, ante una eventual victoria del partido de Focas en Egipto, se dejaría a África expuesta al ataque egipcio), Heraclio el Joven, no pudo hacerse a la mar hasta la primavera del 610. Es decir, tras haberse abierto el mar a la navegación y tras recibir noticias de Nicetas de que Bonosos, el general de Focas en Egipto, estaba definitivamente derrotado y se disponía a embarcar, sin ejército, hacia Constantinopla.

Por otra parte, la presencia de Heraclio el Viejo en la Pentápolis, a donde llegaría, tal y como anuncia Juan de Nikiu, al frente de la flota, explicaría también las noticias de Sebeos, prácticamente un contemporáneo de los hechos, de que Heraclio el Viejo se hallaba en Egipto durante su rebelión contra Focas. Y así fue en verdad, pues Juan de Nikiu menciona más adelante que, tras reunirse en Pentápolis con la expedición terrestre, entró en Alejandría junto con Bonakis y Nicetas.

Pero volvamos al relato de los hechos. La expedición liderada por Nicetas y Bonakis, atravesó Tripolitania, Pentápolis y la Marmáride sin tener ningún tropiezo y añadiendo a sus filas los contingentes de las tribus mauri de Tripolitania y Pentápolis que el oro del exarca había comprado con antelación. Es pues muy posible que, al desembocar en la Marmáride y llegar cerca de Mareotis (nuestro Fayum), Nicetas y Bonakis contaran con unos 10.000 hombres en sus filas, de los que más de dos tercios serían guerreros mauri. Tras posesionarse de Mareotis, Bonakis y Nicetas derrotaron a las fuerzas destacadas por Focas para la defensa de Egipto en una batalla librada en las afueras de Alejandría. De inmediato se alzaron los alejandrinos y abrieron las puertas a Nicetas y a su general Bonakis. Mientras, según puede deducirse del relato de Juan de Nikiu, Heraclio el Viejo arribó a Alejandría. La flota alejandrina fue apresada y las guarniciones de Alejandría y Faros se unieron a los rebeldes.

Tras este rotundo triunfo, Nicetas envió a Bonakis con el grueso de los regulares y con algunas tropas mauri, a posesionarse del resto del delta. Mientras que en el sur de Egipto estaba operando ya Leontius llegando hasta Nubia, asegurando así el alto Egipto a los rebeldes.

Pero la jugada principal de tan arriesgada partida la llevaba a cabo Bonakis y sus hombres en el delta. La estación era propicia para llevar a cabo la empresa, pues el otoño y el invierno coinciden en Egipto con el descenso de las aguas del Nilo, facilitando de ese modo las operaciones militares y el cruce de los numerosos canales y brazos en los que se dividen sus aguas. Así que todo fue bien al principio y, exceptuando a algunas guarniciones aisladas que ofrecieron resistencia, el país se fue plegando, con general entusiasmo, a las tropas rebeldes.

Fue en ese momento, cuando el delta y todo el Egipto parecían por completo en manos de Nicetas y sus tropas, cuando Focas movió su segunda ficha: envió a Bonosos y su ejército desde Palestina, desde Cesarea Marítima, a donde acababan de llegar tras partir de Antioquía y atravesar toda Siria y Palestina. Bonosos desembarcó en el delta con sus tropas y logró aislar y derrotar al ejército de Bonakis. Prisionero de Bonosos tras el combate, Bonakis fue ejecutado y buena parte de las ciudades del delta se sometieron a Bonosos, entre ellas la estratégica Nikiu.

Era aquel, el de los días inmediatamente posteriores a la victoria de Bonosos sobre el ejército de Bonakis, un momento decisivo en la guerra por el control de Egipto. Según se deduce de la atenta lectura del pormenorizado relato que Juan de Nikiu nos

ofrece, Heraclio y su flota habían ya partido de Alejandría para volver hacia Cartago, por lo que ante las fuerzas de Bonosos sólo quedaban los hombres comandados por Nicetas, el sobrino del exarca de Cartago. Pero Bonosos, fiel a las costumbres del partido de Focas, se entretuvo en llevar a cabo una sangrienta represión entre las autoridades civiles, religiosas y militares del delta que se habían plegado hacía tan poco, al partido de los rebeldes. Así que Nicetas pudo concentrar su fuerza en Alejandría y preparar adecuadamente la defensa de ésta y de sus alrededores.

Bonosos, tras reunir una flotilla fluvial y hacerse con material de asedio, marchó hacia Alejandría con la intención de destruir a Nicetas y a sus hombres. Su plan era enviar a su flota fluvial por el gran canal que bordeaba las murallas orientales de Alejandría, mientras que él, con las tropas de tierra, se acercaría por el sur. Pero Nicetas fue mejor general que él. La flota de Bonosos fue incapaz de acercarse a las murallas de Alejandría debido a la eficacia de los disparos de las máquinas de guerra dispuestas por Nicetas en las murallas de la ciudad y en cuanto a Bonosos, que debía de haber convergido sobre Alejandría a la par que su flota, se vio frenado en su avance por la resistencia de dos posiciones fortificadas fieles a Nicetas.

Inflamado por esta victoria y animado por la profecía de un estilista egipcio que le predijo su victoria sobre Bonosos y la subida al trono de su primo Heraclio antes de que finalizara el año, Nicetas decidió salir de la protección de los muros de Alejandría y plantear batalla a campo abierto a las fuerzas de Bonosos.

Éste, al llegar al fin ante Alejandría, se encontró con que Nicetas, al frente de sus tropas regulares, le esperaba ante una de las puertas de la ciudad. Bonosos, cuyas tropas superaban en número a las de Nicetas, ordenó de inmediato el ataque. Craso error: las milicias de los demos de Alejandría y los demás habitantes de la ciudad, se hallaban sobre los muros y comenzaron a disparar las catapultas, onagros y escorpiones que Nicetas había colocado en aquel sector. La lluvia de proyectiles frenó en seco la carga de los hombres de Bonosos y el pánico cundió entre ellos cuando, de súbito y a una orden de Nicetas, sus tropas mauri se precipitaron sobre los soldados de Bonosos desde otra puerta de la ciudad. Por último, para completar la matanza, las tropas que estaban junto a Nicetas, inmóviles hasta ese momento, cargaron sobre sus enemigos. El ejército de Bonosos fue destruido casi por completo y miles de hombres murieron bajo el fuego de las máquinas de guerra, y las armas de los soldados y los mauri de Nicetas; miles más se ahogaron en los canales que entrecortaban los campos, y el resto, los escasos supervivientes, se dispusieron junto con Bonosos a abandonar Egipto. Al recibir estas noticias, los soldados de Bonosos que se hallaban junto a su flota fluvial decidieron pasarse a Nicetas y éste, tras tan rotunda victoria, se vio dueño de Egipto y pudo enviar a Heraclio, hombres y oro para su inmediata expedición contra Constantinopla.

No habían terminado aún, no obstante, las operaciones bélicas en Egipto. Bonosos, tenaz en la guerra, intentó sorprender a Nicetas y apoderarse de Mareotis. Pero

Nicetas contaba con el apoyo popular y tenía ahora una fuerte superioridad numérica frente a los hombres de Focas. Marchó pues contra Bonosos y éste tuvo que huir ante él. Pensó entonces Bonosos en enviar a Nicetas un asesino que debía de presentársele como legado suyo ante el jefe enemigo y asesinarle, pero la trama fue descubierta y abortada; Bonosos, vencido y sin recursos ya para seguir la lucha, pasó a Nakius y embarcó para Palestina. Sin embargo, su anterior paso por Palestina y Siria, tan pleno de matanzas, había soliviantado a los naturales del país y éstos, al verlo ahora casi sin tropas, lo atacaron y lo obligaron a embarcar de nuevo, esta vez hacia Constantinopla.

Así que, ahora de forma definitiva, en marzo de 610, Egipto estaba ya en manos de los dos Heraclios y con él, la victoria. Con los recursos de Egipto y África en su mano y tras haber destruido allí al grueso de las tropas partidarias de Focas, sólo quedaba ya posesionarse de Constantinopla y con ella del resto del imperio¹⁰⁶⁶.

Se ha discutido mucho sobre cuál fue la ruta seguida por la flota de Heraclio el Joven en su marcha hacia Constantinopla. Eran cuatro las rutas posibles para tal empresa:

1. la tradicional ruta sur que, costeando el litoral del África romana, Tripolitania y Pentápolis, llevaba a Egipto y desde allí, subiendo por la costa siria y bordeando la de Asia Menor, llevaba a los Dardanelos.
2. esta ruta sur tenía una variante que, una vez abordado Egipto, atravesaba el mar hacia Creta y desde allí, saltando de isla en isla, llevaba a Asia Menor y a los Dardanelos. Pero esta ruta no era adecuada para grandes flotas, pues éstas no solían apartarse mucho de la costa y en el caso de esta variante de la ruta sur, había que pasar de tres a cuatro días sin avistar tierra al saltar de Alejandría a Creta.
3. más fácil era la ruta norte que llevaba desde Cartago a Sicilia y desde ésta a Italia y Grecia, para luego desembocar en el Mar de Mármara costeando Tracia. Esta ruta tenía la ventaja de que la gran corriente norte del Mediterráneo fluye de oeste a este y, por lo tanto, las naves se ven impelidas, aún sin viento, hacia oriente, cosa que no ocurre con la ruta sur, la de la costa africana, en la que las corrientes marinas se oponen a los viajeros que navegan hacia oriente y favorecen a los que

¹⁰⁶⁶ Sobre el propósito de Heraclio el Viejo de reunirse en la Pentápolis con las tropas comandadas por Bonakis y Nicetas, y su más que posible presencia en Egipto, *vid.* Juan de Nikiu: CVII. 3, CVII.12 y CVII.20; Sebeos: pp. 56 y 64. A. J. BUTLER (*The Arab Conquest...*, pp. 4-5) creía que el Heraclio llegado a Pentápolis y citado por Juan de Nikiu era el Joven, el hijo del exarca; es un error, ya que contradice la clara afirmación de Sebeos sobre que el Heraclio presente en Egipto era el exarca de Cartago, es decir, Heraclio el Viejo. También la *Historia Nestoriana* (no usada por Butler, ni por Kaegi) apunta en la misma dirección, pues nombra a Heraclio el Viejo como jefe o señor de Egipto, lo que indica indudablemente que la relación de Egipto con uno de los Heraclios sólo puede ser establecida entre Heraclio el Viejo y Egipto. Además, las fuentes parecen señalar un regreso de este último a Cartago durante estos años y que sólo pudo ser desde Egipto y Pentápolis. Sobre los pormenores de esta campaña, *vid.* Juan de Nikiu: CVII, 1-49, CVIII.1-15 y CIX.1-17; BUTLER, A. J., *The Arab Conquest...*, *op. cit.*, pp. 8-32; KAEGI, W., *Heraclius ...*, *op. cit.*, pp. 43-45.

lo hacen hacia occidente. De ahí, que los antiguos marineros fenicios y tras ellos, griegos y romanos, tomaran por lo común la ruta sur para ir desde Egipto y Oriente hacia el Mediterráneo occidental, y la norte para ir desde este último hacia las costas orientales.

4. la ruta norte, al igual que la sur, tenía una variante: al llegar al Peloponeso podía optarse por saltar de isla en isla, abordando en las Cícladas y llegando por ellas hasta Rodas, Samos o la costa de Asia Menor y subiendo por ella, enfilarse el Helesponto.

W. Kaegi, tras explorar las posibilidades de tres de estas rutas (la cuarta no la menciona), así como los indicios y testimonios que nos han dejado las fuentes, ha apostado por la ruta norte, la tercera que hemos apuntado y que desde Cartago y con las corrientes marinas a favor, iba desde Cartago a Sicilia, desde ésta al sur de Italia y luego, tras atravesar el estrecho de Otranto, costeaba Grecia, Macedonia y Tracia, hasta llegar al Helesponto y al Mar de Mármara.

Estamos de acuerdo con él. En efecto, sólo hay dos datos que permiten orientarnos un tanto sobre esta debatida cuestión, a saber, un testimonio de Eutiquio de Alejandría que afirma que Heraclio pasó por Tesalónica en su navegación hacia Constantinopla y otro, recogido en Teófanos y en otras fuentes, que señala que Heraclio arribó, en la última etapa de su viaje, a la ciudad de Abydos, en el Helesponto. Pues bien, mientras que el primer testimonio no invalida al segundo (puesto que, tanto si se venía por la costa tracia, como si se subía al Helesponto por la costa de Asia Menor, era normal arribar a Abydos, un puerto donde las flotas solían esperar vientos favorables con los que afrontar la difícil navegación contra las fuertes corrientes que van desde el mar de Mármara hacia el Mediterráneo, y por lo tanto sigue siendo probable la ruta norte para la flota de Heraclio), la segunda opción, la que apuesta por una ruta desde Egipto, hace innecesaria y contraproducente la escala en Tesalónica¹⁰⁶⁷.

Hay además otras razones, apoyadas en la lógica y en el escenario histórico, que apuntan hacia la ruta norte. Italia, por ejemplo, había sido un fuerte baluarte para Focas. Como ya se ha visto, tanto el papado como la población del país, habían saludado con alegría la subida al trono de un emperador que, no sólo no había llevado a cabo tropelías en suelo italiano, sino que había favorecido en extremo a la iglesia local y a la ciudad de Roma. Así que, para Heraclio, dejar Sicilia e Italia a sus espaldas era peligroso; pues desde Sicilia o aún desde Roma, había menos de una semana de navegación y no era la primera vez que una rebelión en África era aplastada por la llegada a ella de un ejército procedente de los puertos de Italia o Sicilia.

¹⁰⁶⁷ Eutiquio: I, XVII, 30, p. 309; Teófanos: 6102, 298-299. Sobre las opiniones de Kaegi al respecto de la ruta seguida por la flota heracliana consúltese KAEGI, W., *Heraclius...*, *op. cit.*, pp. 45-49.

Heraclio, por lo tanto, tuvo que asegurarse el control de Italia y Sicilia, y quizás ello explique su tardanza de tantos meses en arribar a Constantinopla cuando, de haber seguido una navegación directa y sin más escalas que las necesarias para aprovisionarse, la navegación normal entre Cartago y Constantinopla no implicaba más de 30, o a lo sumo, 40 días de navegación para una flota del tamaño y disposición como las que tuvo que tener la de Heraclio. Tuvo que ser, en verdad, una gran flota la suya, no sólo porque tenía que transportar gran número de hombres y abastecimientos, sino porque había que contar con la posibilidad de una batalla naval contra la flota que pudiera reunir Focas.

¿Con cuántos hombres contaría Heraclio para su empresa? Es imposible saberlo con precisión, pero las fuentes sí permiten hacer un cálculo aproximado.

Recordemos que Nicetas y Bonakis habían llevado consigo a 3.000 hombres del ejército de campaña que operaba en África; también que éste contaba con un total de 15.000 efectivos. Nos quedan pues 12.000. Ahora bien, África no podía quedar sin protección y además Heraclio podía haber embarcado también parte de las tropas de frontera que, recordémoslo sumaban otros 12.000 hombres. No sólo eso, las fuentes afirman que Heraclio, al igual que antes su primo Nicetas, contó en su ejército con numerosas tropas auxiliares reclutadas entre los mauri.

Hemos igualmente de recordar que Heraclio no sólo tenía que asegurarse durante su ruta el control de Sicilia e Italia, sino también el de Grecia y además llegar a Constantinopla con fuerzas suficientes como para enfrentarse a las de Focas en una posible batalla. Ahora bien, si sumamos todas estas variantes y posibilidades: con cuántos hombres de guerra podía contar África tras la marcha de Nicetas y su ejército, la aportación al ejército de guerreros mauri, las necesidades que implicaba la defensa de África, y el control de Italia y Grecia, es posible colegir que, en el mejor de los casos, Heraclio marcharía a su conquista con no más de 10.000 hombres de los que quizás la mitad fuesen guerreros de las tribus mauri y el resto soldados del ejército de campaña y de las tropas de frontera. Era una fuerza relativamente pequeña, pero Heraclio, al igual que Nicetas en su empresa contra Egipto, esperaba recibir el apoyo de aliados secretos no bien arribara a Constantinopla.

La navegación fue feliz, o al menos eso apuntan las noticias de algunas fuentes que insisten en que Heraclio contó con vientos favorables durante su recorrido, y no parece que el control de Sicilia, Italia y Grecia implicara demasiados problemas. Es fácil deducir el porqué: en el caso italiano, por muy bien dispuesta que estuviese Italia hacia Focas, se hallaba demasiado agobiada por los ataques lombardos, incrementados aprovechando el descontrol en el que Focas había sumergido al imperio, como para oponer seria resistencia al nuevo poder que se alzaba en Cartago y que, al quedar uno de sus pilares, Heraclio el Viejo, en África, tan cerca de Italia, quizás atendiese mejor a sus

problemas que el lejano Focas que, al fin y al cabo, nada había hecho por auxiliar a Italia contra los ataques lombardos.

En cuanto a Grecia, Macedonia y Tracia, parece ser que allí Heraclio fue recibido con gran alegría. Eutiquio señala que en Tesalónica cargó numerosos abastecimientos destinados a acabar con el hambre de la población constantinopolitana y de paso, para atraerse y asegurarse su favor. Juan de Nikiu nos dice que Heraclio embarcó en los puertos e islas de su trayecto a numerosos partidarios de los Verdes con el objeto de reforzar su ejército con vistas al enfrentamiento con Focas. De esta manera, aunque Heraclio debió de partir de Cartago en la primavera del 610, sólo llegó a los Dardanelos en los últimos días de septiembre de ese año; es decir, tras unos seis meses de navegación. Así que es indudable que Heraclio tuvo que entretenerse mucho en sus escalas en Sicilia, Italia y Grecia.

Sea como fuere, a fines de septiembre del 610, Heraclio y su flota arribaron al puerto de Abydos, en donde –según Teófanos– Teodoro, el *comes* de la guarnición local, un *tagma* de 500 hombres (la unidad que habitualmente comandaba un *comes*), se pasó a su bando y le puso al corriente de lo que estaba pasando en Constantinopla y de los últimos movimientos de las fuerzas de Focas. Éste, prevenido ya del inminente ataque de los rebeldes y calculando mal la dirección de donde le vendría, había destacado al grueso de sus fuerzas en el muro de Anastasio, la muralla larga, lo que sugiere que Focas esperaba que Heraclio desembarcara en el Quersoneso tracio y marchara desde allí por tierra contra Constantinopla.

Pero se equivocó. Heraclio, tras recibir en Abydos al obispo de Cízico que le entregó una corona y a una delegación de notables y del partido Verde, levantó anclas el 1 de octubre y, tras hacer escalas en Heraclea y Selimvria, avistó el 3 de octubre las defensas occidentales de Constantinopla. Así que Heraclio llegó a Constantinopla por mar y no por tierra. Aquel movimiento, al parecer inesperado para Focas, cogió a éste y a sus fuerzas por sorpresa. Focas preparó su nueva defensa sin orden ni concierto, y ordenó a las tropas que tenía apostadas en la muralla larga que retrocedieran hacia la capital para intentar defenderla. Pero fue vano su intento. Heraclio y su flota eran más rápidos y contaban con el apoyo de los Verdes que, el 5 de octubre, le abrieron el puerto Sofiano y quemaron el de Cesáreo; y de numerosos aristócratas y funcionarios que, dando un golpe de mano, inmovilizaron a Focas y a sus tropas en la ciudad, y facilitaron así el desembarco de Heraclio y sus hombres. En efecto, Focio, Probo y Prisco, este último el yerno del emperador, sublevaron a los excubitores contra Focas y, usando a éstos y a sus bucelarios o milicias privadas, neutralizaron a los hombres de Focas, y capturaron y dieron muerte a Bonosos y a Leoncio, sus dos hombres fuertes en la ciudad.

El propio Focas, desesperado, trató de huir a Asia y llegar hasta Ancira para reunirse allí con el ejército de Comentiolo. En una nave mandó el tirano cargar el erario

imperial y, acorralado, optó al cabo por arrojarlo al mar. Con esta acción, Focas hundió también las posibilidades del nuevo régimen de contar con unas reservas monetarias que le permitieran solucionar rápidamente la caótica situación militar y económica a la que el tirano había llevado a la Romania. Hundida su nave y el tesoro del imperio, Focas huyó a la iglesia de San Gabriel y allí, al despuntar el nuevo día, cayó en manos de Focio, que tenía con Focas una cuenta personal pendiente. En efecto, Focas había violado a la esposa de Focio y ahora éste se tomaba venganza. Focio lo golpeó y arrastró y, tras desnudar al caído emperador y vestirlo con un chitón negro, el atuendo habitual con el que violadores y asesinos eran conducidos al cadalso, se lo llevó al puerto Sofiano en donde aguardaba un Heraclio triunfador.

Según se cuenta, Focas encaró a su rival y contestó altaneramente a la pregunta que éste le hizo: “¿Así miserable gobernaste el estado?” –le dijo Heraclio–, “¿tú lo gobernarás mejor?”, contestó el viejo centurión llegado a emperador¹⁰⁶⁸.

Heraclio ordenó a continuación que se le cortasen a Focas los genitales y el brazo derecho a la altura del hombro; después se le dio muerte, y su cabeza y mano fueron clavadas en lanzas y exhibidas ante la multitud que maldecía al tirano. Sus despojos fueron quemados en el Foro del Buey. Terminaba así el régimen de terror y anarquía impuesto por Focas, quien dejaba tras de sí un imperio al borde del colapso militar y sin reservas monetarias de las que echar mano¹⁰⁶⁹.

Ese mismo día, a la hora novena, Heraclio fue coronado emperador, según unos en Santa Sofía, según otros, en el oratorio imperial de San Esteban. Fabia su prometida, que ahora recibía el nombre griego de Eudocia, fue llevada al altar por su victorioso novio y coronada junto a él como Augusta de los romanos.

El seis de octubre del 610, Heraclio celebró carreras en el hipódromo y allí se consumó la caída del viejo régimen: la bandera del demos Azul, el que había apoyado a Focas hasta el final, fue quemada. Pero si los Verdes, que no sólo habían abierto los puertos a Heraclio, sino que también habían liberado a la madre y a la esposa de éste del encierro en donde Focas las tenía resguardadas para, en un último intento por detener a su rival, chantajear a Heraclio¹⁰⁷⁰, esperaban que Heraclio iniciara una era de revancha, se equivocaban. En efecto, Heraclio optó por la reconciliación. Gracias a la vida de Teodoro de Sykeon sabemos que perdonó a destacados partidarios de Focas y, tras la humillación en el hipódromo, el demos Azul no fue excesivamente molestado, aunque, eso sí, el demos Verde siguió conservando la predilección y deferencia del nuevo emperador.

¹⁰⁶⁸ Patriarca Nicéforo: cap. 1.

¹⁰⁶⁹ Teófanos: 6102, 298-299; Juan de Antioquía: frag 218-219; Juan de Nikiu: CIX, 25-29 y CX. 1-7; *Crónica Pascual*: 700-700; Patriarca Nicéforo: cap. 1; Jorge de Pisidia: *In Heraclium ex Africa redeuntem*.

¹⁰⁷⁰ Acerca de la liberación de Fabia y Epifania por los Verdes, *vid.* Juan de Antioquía: frag. 218-219.

Y es que Heraclio no podía perder su tiempo en revanchas o luchas de partido. En Oriente, los ejércitos de Cosroes proseguían su imparable avance hacia Cesarea de Capadocia y los arrabales de Antioquía. Más cerca aún de la capital estaba el ejército de Comentiolo, fiel a Focas, que acampaba en Ancira y amenazaba con continuar la guerra civil. Al norte, en el Danubio, ávaros y eslavos, hasta entonces tranquilos, sólo esperaban la noticia de la muerte de Focas para atravesar el río y desparramarse por los Balcanes. Y en Constantinopla, aunque Prisco hacía protestas de fidelidad, Heraclio sabía que, a la menor oportunidad que diera al viejo general, éste se alzaría contra él e intentaría tomar la corona¹⁰⁷¹.

Además, Heraclio tenía ante sí dos graves problemas de orden interno a los que no había tenido que enfrentarse ningún emperador desde hacía más de un siglo: un tesoro por completo vacío y sin posibilidades de ser restaurado con prontitud, y un ejército disminuido en sus efectivos, abatido en su moral, carente de recursos y falta de oficiales y mandos con adecuada preparación y formación.

El primer tema, la carencia de oro, era un grave y acuciante problema. En efecto, ya hemos visto que, tanto Justino I, como Justiniano I, Justino II y Tiberio, contaron con ingentes reservas áureas al asumir la púrpura. Vimos también que Mauricio se encontró el tesoro vacío de reservas, aunque supo restaurar con prontitud el erario imperial, ya que siempre contó con oro suficiente como para afrontar con éxito sus diversas guerras, celebrar espléndidos festejos, repartir oro a manos llenas cuando la situación política lo requería, construir numerosos edificios, etc.. Además, Mauricio dejó a su asesino, Focas, un tesoro bien surtido, como Juan de Nikiu, tan cercano a los hechos y tan bien informado, afirma¹⁰⁷².

No sólo él, también los hechos muestran que Focas dispuso de mucho oro y que pese al descontrol militar y social de su corto reinado, no careció de recursos monetarios. Unos recursos que, teniendo en cuenta el clima de anarquía que reinó, las sublevaciones militares y el avance persa, tuvo que provenir, en su mayor parte, de las reservas acumuladas por Mauricio. Ese y no otro fue el origen de las ingentes sumas que Focas gastó en sus seis años de reinado: se permitió una entrada triunfal en Constantinopla en la que arrojó tanto oro a los ciudadanos agolpados en la Messé para aclamarlo que llegó a escandalizar a los contemporáneos; dio continuas fiestas y espectáculos, hasta los días previos a su caída; repartió entre los soldados, al subir al trono, el habitual donativo militar que había sido fijado desde Tiberio II en 9 sólidos por cada hombre y que, dado que el ejército de fines de 602 aún no había iniciado su

¹⁰⁷¹ Las noticias ofrecidas por algunas fuentes de que Heraclio ofreció la corona a Prisco y que éste la rechazó, provienen de la propaganda imperial que siempre quiere que el príncipe se muestre modesto y rechace, en un principio, la corona que se le ofrece [Patriarca Nicéforo: cap. 2]. Heraclio había manifestado ya junto con su padre, al menos desde 608, que su fin era la corona y que ya se consideraba como *Dominus* de los romanos.

¹⁰⁷² Juan de Nikiu: CX. 4.

drástico declive, implicaba un dispendio enorme para el erario imperial que tuvo que pasar, ampliamente de los 2.000.000 de sólidos¹⁰⁷³. Tampoco le faltó el oro a Focas para celebrar su consulado de forma espléndida, ni para movilizar ejército tras ejército contra Persia y contra sus enemigos internos; para hacer frente a un crecido tributo al khagan ávaro, posiblemente 120.000 sólidos anuales, y, por fin, para donar mucho oro y plata a las iglesias de Constantinopla, de Roma y de otras partes del imperio. En fin, Focas levantó nuevas iglesias y llevó a cabo obras públicas tan señaladas como la construcción de una nueva y gran cisterna en Constantinopla. Por último, tampoco se privó de levantar en Constantinopla y aún en Roma, hermosos y caros monumentos, tales como grandes columnas compuestas y estatuas ecuestres¹⁰⁷⁴.

Frente a esta prodigalidad por parte de Focas, Heraclio sufrió graves problemas económicos durante gran parte de su reinado y sobre todo –esto es lo destacable– en sus inicios. De hecho es bastante llamativo que Heraclio no pudiera celebrar convenientemente su ascenso al consulado, lo que sí hicieron y de forma espléndida sus antecesores; tampoco pudo al parecer –pues ninguna fuente lo recoge– entregar el tradicional donativo a los soldados, ni llevar a cabo ningún plan de construcciones públicas.

Es harto curioso que los historiadores modernos no tengan en cuenta la razón inicial de esta penosa situación: Focas arrojó al mar los fondos del erario imperial; o dicho de otro modo, las reservas acumuladas por Mauricio a lo largo de veinte años de paciente y eficaz política económica, y de lo que hoy llamaríamos “equilibrio fiscal”. Así lo afirma Juan de Nikiu, del que no hay motivo para desconfiar y que debía de ser un niño cuando sucedieron los hechos que nos narra, que además parecen confirmados por otras fuentes¹⁰⁷⁵. Que este hecho tan fundamental haya merecido tan poca atención por parte de la historiografía contemporánea es muy significativo pues, al ignorarlo a la hora de llevar a cabo sus análisis, distorsiona por completo la historia de los primeros años de reinado del gran emperador.

En efecto, a la luz que sobre este tema arroja Juan de Nikiu, queda aclarada la escasa capacidad demostrada por Heraclio en sus primeros años para rehacerse y frenar el avance de persas y ávaros: sencillamente no contaba con el oro suficiente como para llevar a cabo las levadas necesarias para cubrir las bajas y para alinear a nuevos ejércitos.

¹⁰⁷³ En 642, el hijo de Heraclio, Heraclio nuevo-Constantino, repartió entre sus soldados al subir al trono y con objeto de asegurar para sus hijos la buena disposición del ejército, el donativo de 2.016.000 sólidos. Considerando que el número de hombres que integraban el ejército de la Romanía en 642 era sensiblemente menor que el del ejército dejado por Mauricio a Focas, es más que seguro que el tradicional donativo a los soldados tuvo que salir mucho más caro a Focas que a Constantino III. *Vid.* Teofilacto Simocata: VIII.10.8; Patriarca Nicéforo: cap. 29.

¹⁰⁷⁴ Para la entrada triunfal de Focas en Constantinopla y los grandes festejos en tal ocasión, *vid.* Teofilacto Simocata: VIII.10.8-9. Acerca de la construcción de una cisterna en Constantinopla y de una columna compuesta coronada por la escultura ecuestre de Focas, *vid.* *Crónica Pascual*: 695. Sobre los despilfarradores gastos de Focas en sus espectáculos en el Hipódromo, *vid.* Teófanos: 6095-6101.

¹⁰⁷⁵ Juan de Nikiu: CX. 4.

Ya vimos, al tratar de los inicios de la guerra romano-persa de 572-591, que la ofensiva persa lanzada por Cosroes I contra la Romania fue detenida en seco por las disposiciones de Tiberio, el cual llevó a cabo grandes levadas que reforzaron el ejército y que permitieron a éste contar con los recursos militares necesarios para detener al enemigo e iniciar la contraofensiva. Ahora bien, Tiberio contaba con mucho oro, como decía Teofilacto:

“distribuyó mucho oro y de esta forma hizo que sus corazones desearan enfrentarse al peligro y afrontar sin miedo la muerte.”¹⁰⁷⁶

Pero Heraclio no tenía oro que distribuir. Verdaderamente, tal y como dice Teófanos, Heraclio encontró que el estado estaba agotado¹⁰⁷⁷. Así que, al llegar al trono, tuvo que conformarse con mantener sobre las armas las tropas que le quedaban y olvidarse de reclutar nuevas fuerzas hasta que su situación económica lo permitiera.

El otro problema urgente que tenía que afrontar Heraclio era el de surtir de oficiales y generales adecuados a su debilitado ejército. Ya hemos mostrado cómo las incesantes y generalizadas purgas llevadas a cabo por Focas entre las filas del ejército habían llevado a éste a una terrible situación. En efecto, fuera del círculo de Heraclio y aparte de algunos viejos generales como Filípico, Bono y Prisco, la mayor parte de los excelentes cuadros militares formados durante las guerras de Tiberio y Mauricio habían desaparecido por mor de Focas. Narsés, Comentiolo, Jorge, Alejandro, Pedro y tantos otros buenos generales habían muerto bajo las manos del verdugo o de los asesinos del tirano. Otros, como Bonoso, Bonakis, Germán, Germanos, Teodoro, habían sucumbido en las batallas contra los persas o en las libradas durante la guerra civil.

La cosa no estaba mejor en el segundo escalón de mando, el formado por los oficiales, ni entre la tropa, en la cual faltaban veteranos que dieran solidez a las filas del ejército. Teófanos nos ilustra al respecto de esto y nos dice, ubicando su noticia en 611 (es decir, nada más subir al trono Heraclio) que, tras llevar a cabo una inspección general en el ejército, Heraclio sólo halló dos hombres que hubiesen estado en el servicio de las armas cuando Focas alcanzó el trono¹⁰⁷⁸. Puede que Teófanos exagere, es cierto, pero ilustra una realidad que también reflejan Miguel el Sirio, Jorge de Pisidia, Sebeos y la *Crónica de 1234*. Y así, por citar sólo un par de ejemplos, Miguel el Sirio dice que:

“hacía matar a los nobles y a gran número de gente, de modo que todos los hombres libres y capaces de dar guerra desaparecieron casi por completo”¹⁰⁷⁹.

¹⁰⁷⁶ Teofilacto Simocata: III.12.4.

¹⁰⁷⁷ Teófanos: 6103, 300.

¹⁰⁷⁸ Teófanos: 6103, 300

¹⁰⁷⁹ Miguel el Sirio: II, X. XXV, p. 378.

Y el autor de la *Crónica de 1234*, nos aclara que entre los motivos principales e iniciales del alzamiento en África de los dos Heraclios, estuvo el de la penosa situación a la que las purgas ordenadas por Focas habían llevado al ejército:

“cuando oyeron hablar de los actos repugnantes y crímenes abominables de Focas contra el ejército, dos hombres pertenecientes a la aristocracia y que habían sido enviados a África, decidieron organizar una rebelión.”¹⁰⁸⁰

Así que no hay duda de que el ejército se hallaba escaso de mandos y de soldados veteranos. Sin embargo, ante la perentoria necesidad que Heraclio tenía de surtirse de buenos generales y oficiales, encontró otra solución que dio magníficos frutos, a juzgar por sus resultados. Esa solución, ya apuntada a lo largo de este trabajo, fue la redacción y puesta en aplicación de un breve pero excelente manual táctico, cuyo propósito inicial era –como confiesa su autor– formar rápidamente a oficiales que carecían de la experiencia y de la formación necesarias para guiar tropas al combate. Nos referimos, claro está, al *Strategikon* de Mauricio.

Este manual táctico, posiblemente el más influyente de la historia universal tras el *De rei militari* de Flavio Renato Vegecio y el *De la guerra* de Von Clausewitz, ha sido generalmente fechado en los últimos años del reinado de Mauricio o en los primeros de Focas. Craso error, pues –como demostraremos– fue redactado entre 611 y 613 por Filípico, el viejo general, cuñado del emperador Mauricio y jefe y compañero de armas del padre del emperador Heraclio, a cuya instancia fue redactado.

Fueron los manuscritos procedentes de la triple línea de transmisión derivada del original de la primera mitad del siglo VII los que originaron que, desde el siglo XVII, se fechara y atribuyera erróneamente el manual táctico que hoy conocemos como *Strategikon del Pseudo Mauricio*. Dado que en unos aparecía reseñado el autor como Urbiquios y en otros como Mauricio, la datación era notoriamente distinta ya se aceptara una u otra autoría, pues Urbiquios fue un escritor y estratega aficionado que tuvo cierta relevancia en la corte de Anastasio I (491-518) y el segundo se relacionaba, de forma automática, con el emperador Mauricio (582-602). El embrollo se complicó cuando se hizo notar que uno de los manuscritos más antiguos, el llamado “ambrosiano”, no decía expresamente que la obra hubiera sido escrita por el emperador Mauricio sino: “Esta es la táctica de Mauricio, quien vivió en tiempos del emperador Mauricio”.

A comienzos del siglo XX, algunos investigadores intentaron aclarar la cuestión explicando que el encabezamiento del manuscrito ambrosiano había sido mal copiado del original, el cual debía decir: “Esta es la táctica de Mauricio, quien más tarde llegó a

¹⁰⁸⁰ *Crónica de 1234*: p. 126.

ser emperador”. Y que el problema de la atribución a Urbiquios dada por otros manuscritos se solucionaba del mismo modo; es decir, con la participación de un copista descuidado, y que donde ahora decía Urbikios antes debía de haber dicho Maurikios.

No era una hipótesis muy convincente, desde luego, así que los eruditos se apresuraron a reforzarla llevando a cabo un minucioso análisis interno del texto del *Strategikon*, buscando evidencias que permitieran aclarar la identidad del autor y fijar la época en la que se escribió. Los resultados fueron los siguientes: era un hombre culto que manejaba con facilidad el latín y el griego, pero cuya lengua habitual era la segunda. Tenía conocimiento práctico y directo de la guerra, no era un estratega de sillón, sino un veterano que había peleado en el frente persa y en el balcánico. Su propósito no era escribir una obra cargada de giros literarios, sino un manual práctico de utilización inmediata, destinado a oficiales noveles y con dificultades para entender el vocabulario latino. El autor conocía profundamente la vida cotidiana de los soldados: su vida en el campamento, sus fobias y sus filias, su entrenamiento y el uso de las armas individuales, tanto de la infantería, como de la caballería. Era, además, un gran amante de la historia antigua y en especial, un apasionado admirador de Aníbal y de Escipión el primer africano. Por último, el autor del *Strategikon* también era un devoto cristiano.

Un precipitado análisis de todo lo anterior parecía corroborar la teoría de que Mauricio era el verdadero autor, tal y como la tradición, por otra parte y desde muy antiguo, venía proclamando. En efecto, Mauricio, antes de hacerse emperador en 582 había tenido una carrera militar brillante y había peleado en el frente persa, aunque no en el balcánico. Mauricio era un apasionado de la historia, tanto que según cuenta un contemporáneo, pasaba las noches en vela leyendo obras históricas y alentaba a todo aquel que tuviera talento literario a escribir libros de historia. Sabemos, también, que Mauricio, durante su gobierno realizó diversas reformas militares, en especial en lo referente al mando superior, organización estratégica y optimización de recursos humanos y económicos¹⁰⁸¹, e intentó otras nuevas reformas sin lograrlo, como la modificación del pago en metálico de los soldados por otro combinado con entregas en especie. Por último, era un hombre extraordinariamente devoto y su lengua materna era el griego, aunque conocía el latín.

Por si todo lo anterior fuera poco, el texto mostraba que en el tiempo en que fue escrito, persas, ávaros, eslavos, lombardos y francos eran los mayores enemigos del imperio y, dado que los ávaros no constituyeron un verdadero problema hasta comienzos de la década del 570, que los lombardos no invadieron Italia hasta 568, que los eslavos no pasaron a convertirse en el peligro principal en el bajo y medio Danubio

¹⁰⁸¹ Por ejemplo, hacia el año 600 aparece el cargo de *logoteta*, con amplias atribuciones en la financiación de los gastos militares.

hasta la década de 580 y que los Antas¹⁰⁸², destruidos por los ávaros, desaparecieron aparentemente en 601-602, parecía más que evidente que el manual no pudiera ser escrito antes del 570 ni después del 628.

Ante tales evidencias, la hipótesis de Urbiquios se vino a bajo definitivamente y crecieron las posibilidades de que el emperador Mauricio fuera el probable autor del *Strategikon*¹⁰⁸³. De hecho, en el texto de la obra había aún más datos complementarios que apuntaban a su reinado, como era la cita de tres acontecimientos contemporáneos del autor que pueden datarse con relativa facilidad:

1) el asedio de una fortaleza persa que, por los incidentes que cuenta el autor y por la provincia donde la ubica (Arzanene), sólo puede ser el asedio de la ciudad de Akbas, que aconteció en 583, o el de la ciudad-fortaleza de Chlomarón, que transcurrió en 586¹⁰⁸⁴.

2) el envenenamiento de la cebada por parte de los persas con objeto de acabar con la caballería romana, lo que aconteció en 591, durante la campaña de Narsés y Cosroes II contra el usurpador Bahram Chobin¹⁰⁸⁵.

3) la mención de un ardid de los ávaros frente a Heraclea, que se solía situar en 592, pero que parece más probable ubicar en 598, y que algunos autores relacionan con el intento del khagan ávaro de capturar al emperador Heraclio junto a Heraclea en 619; Whitby prefiere datar el citado incidente en una acción mencionada por Teofilacto en 588¹⁰⁸⁶.

Conclusión inevitable de todo lo anterior: el autor del *Strategikon* escribió su obra entre 592 y 628, fecha esta última en que los persas dejaron de ser un problema inmediato y de primer orden para el imperio.

Con todo lo anterior, como hemos dicho, la mayoría de la comunidad investigadora de mediados del siglo XX, si no daba por evidente la autoría de Mauricio, la creía altamente posible. No duró mucho, ya que J. E. Wiita, en 1977, planteó otra atribución: Filípico, el famoso general y cuñado del emperador Mauricio, jefe y amigo

¹⁰⁸² Aparentemente, porque la última referencia a los antas aparece en el año 612 en la nomenclatura oficial de Heraclio, quien recibe el título de “anticos”, es decir, vencedor de los antas.

¹⁰⁸³ La discusión sobre la autoría y fecha del llamado *Strategikon* de Mauricio o del Pseudo Mauricio, puede verse, entre otros, en la introducción que hace G.T. Dennis a su edición del *Strategikon*, pp. VII-XXI; en especial, WHITBY, M., *The emperor Maurice...*, op. cit., p. 130 y ss.; WIITA, J. E., *The Ethnika in Byzantine Military Treatises*, Minnesota, 1977; PETERSEN, C., “The Strategikon. A Forgotten Military Classic”, *Military Review* (agosto 1992), pp. 70-79.

¹⁰⁸⁴ *Strategikon*: X, p. 106. Vid. el asedio de estas ciudades por los romanos en 583 y 586, respectivamente: Teofilacto Simocata: I.12.1 y ss; II.7.-6 y ss. ; también IV.2.1, con la toma de la ciudad de Akbas por Comentiolo en el invierno de 589. Además consúltese la nota 63, p. 37 de la traducción inglesa de Teofilacto, realizada por M. Whitby, y su trabajo *The emperor Maurice...*, op. cit., pp. 130-132.

¹⁰⁸⁵ *Strategikon*: IX, 4, p. 100, que es recogida y fechada por Juan de Nikiu [XCVI.17-19], quien erróneamente atribuye el envenenamiento de la cebada a Cosroes II y no a Bahram Chobin, y que transforma los caballos en perros y ganado.

¹⁰⁸⁶ *Strategikon*: IX. 2.11-14; WHITBY, M., *The emperor Maurice...*, op. cit., p. 131.

de Heraclio el Viejo y general del emperador Heraclio durante los años iniciales de su reinado¹⁰⁸⁷.

En efecto, con una brillante carrera militar a sus espaldas, Filípico era también un excelente candidato a ser el autor del *Strategikon*. Al igual que Mauricio, tenía experiencia práctica sobre los frentes persa y danubiano, cosa esta última que –como hemos visto– no pasaba con Mauricio. Filípico era también un hombre piadoso, tanto que una vez hecho monje, a Heraclio le costó convencerlo para que colgara el hábito monacal y vistiera de nuevo la cota de mallas y la coraza de general. Además, Filípico se manejaba perfectamente en latín, pero prefería el griego; era un apasionado de la historia y un devoto admirador de Aníbal y sobre todo de Escipión el primer africano.

A Mauricio le había surgido un duro contrincante, pero la mayoría de los estudiosos optaron por aceptar que el autor podía ser cualquiera de los dos o, incluso un tercero y que, en cualquier caso, bastaba con saber que había sido escrito entre 592 y 628.

Y aquí retomamos, por nuestra parte, esta discusión y ofrecemos los nuevos datos que hemos sacado a la luz, que no sólo permiten inclinar la balanza a favor de la autoría de Filípico, sino que además nos han permitido fechar con absoluta precisión el momento en que la obra fue escrita, delimitar su contexto histórico real y así poner bajo una nueva luz la verdadera intención con que fue redactada la obra.

El primero de estos nuevos datos surge de dar su verdadero valor a las palabras iniciales que el autor del *Strategikon* puso en el prólogo de su obra. Dicen así:

“El estado del ejército ha estado descuidado por tanto tiempo y ha caído tan totalmente en el olvido, por así decirlo, que aquellos que asumen el mando de tropas no comprenden incluso los temas más obvios y tropiezan con toda clase de apuros y problemas. Unas veces son los soldados los que son culpados por su falta de capacidad, otras veces se culpa a los generales por su inexperiencia. Hemos resuelto, por lo tanto, hacer algo al respecto, escribiendo sobre este tema, lo mejor que podemos, sucintamente y de manera sencilla, recurriendo a nuestra experiencia del servicio activo, teniendo siempre un ojo sobre los escritores antiguos y poniendo el otro, aún con más interés, al servicio público y haciéndolo con un lenguaje práctico más que con hermosas palabras. Al hacerlo así no hacemos intento de abrir nuevos caminos o de tratar de superar a los antiguos. Porque ellos, dirigían sus obras a hombres entendidos y experimentados, y se las arreglaban sin dificultad con temas no comprendidos por profanos, y pasaban de los temas básicos, de introducción, los cuales son particularmente necesarios en nuestros días. Nuestro criterio, es que ahora es esencial no pasar por alto las cosas más obvias, las cuales son fundamentales si uno quiere mandar soldados con éxito”¹⁰⁸⁸.

¿En qué momento exacto del periodo 592-628, aceptado por todos los investigadores como aquel en el que tuvo que escribirse forzosamente el manual de

¹⁰⁸⁷ WIITA, J. E., *The Ethnika...*, *op. cit.*

¹⁰⁸⁸ *Strategikon*: Introducción, p. 8.

estrategia, encajan mejor las palabras que acabamos de citar y que encabezan la obra en cuestión?

Como hemos visto en el texto anterior, el autor del *Strategikon* nos revela que el estado del ejército en los días en los que compone su tratado ha llegado a un punto lamentable. Un punto de incuria tal que los soldados, oficiales y mandos carecen de la más básica preparación y en el cual hasta los principios más elementales de la disciplina, la organización, el entrenamiento y la táctica deben de ser puestos de nuevo en el primer plano, pues no se han de dar ya por sabidos, como ocurría en los años anteriores, sino todo lo contrario. El autor muestra además que el lamentable estado del ejército se ha venido arrastrando durante años y que, en sus tiempos de servicio activo, la cosa era muy distinta; de ahí que su propia experiencia de las armas pueda servir para ilustrar a los nuevos oficiales y mandos. Alude también a desastres continuos en el campo de batalla, que son fruto de la inexperiencia e ineptitud de soldados y generales por igual y a los que se hace velada referencia al decir: “unas veces son los soldados los que son culpados por su falta de capacidad, otras veces se culpa a los generales por su inexperiencia”. ¿De qué se culpaba unas veces a los soldados y otras a los generales? Pues de las derrotas sufridas a manos de los enemigos del estado. Ahora bien, dado que el texto anterior debió de ser escrito entre 592 y 628 ¿dónde situarlo mejor?

No podemos situar el texto en el primer tramo del periodo en cuestión, entre 592 y 602, que corresponde a la segunda parte del reinado de Mauricio, ya que no se puede hablar entonces de abandono del ejército, de estado lamentable del mismo, o de falta de experiencia de soldados o generales. Bien al contrario, en 591, el ejército de Mauricio acababa de intervenir exitosamente en suelo persa, tanto que por primera vez en 250 años, la Romania ejercía sobre Oriente su hegemonía indiscutida. Así que, si por algo habían destacado los soldados y generales que se enfrentaron a Persia entre 572 y 591, había sido por su excelente preparación, capacidad y valentía.

Más aún, en 592, tras vencer a Persia y hacerse con el control de lo mejor de Armenia y la Mesopotamia superior, Mauricio trasvasó parte de sus tropas de campaña al Danubio, levantó levadas entre “los señores de la guerra” armenios e hizo frente al otro gran peligro militar de su tiempo: los ávaros y con ellos, a los eslavos. Para 598, habían limpiado de enemigos las provincias balcánicas de la Romania y empujado a eslavos y ávaros al otro lado del Danubio. En otras dos campañas sucesivas (599 y 600), cruzaron el Danubio y atacaron las bases enemigas con notable éxito, llegando en su victoriosa marcha hasta más allá del río Tisza, logro que no conseguía un ejército romano desde los días de Trajano. Incluso en las campañas de 601 y 602, los soldados de Mauricio pelearon con notable éxito contra ávaros y eslavos, tanto que en la segunda de ellas volvieron a cruzar victoriosamente el Danubio y a empujar muy al norte a los ávaros. De hecho, como se recordará, sólo la falta de tacto de Mauricio con sus soldados (se empeñó en modificar el sistema de pago de los soldados y dispuso que inviernaran en

territorio enemigo) provocó la revuelta de Focas que acabaría con el largo periodo de victorias.

El ejército de Mauricio era el culmen de un largo proceso que se extendió a lo largo del siglo VI, en una continua mejora del ejército, de su capacidad militar, su armamento, disciplina y eficacia, y esa tendencia, iniciada con Anastasio y acelerada con Justiniano, llegó a su cénit con Mauricio. Es durante el reinado de este emperador cuando se logró alcanzar el nivel máximo de operatividad de las tropas de la Romania del siglo VI, ya fueran éstas de campaña o de frontera. Con respecto a los oficiales y mandos, si Justiniano contó con el genio militar de un Narsés o de un Belisario y con generales excelentes como Juan Troglita, Salomón o Germán el Joven, a Tiberio y a Mauricio no les faltaron los buenos oficiales, ni los generales brillantes: el propio Filípico, Prisco, Romano, Narsés, Bonakis, Juan Mistacon, Heraclio el Viejo, Comentiolo, Justiniano el hijo de Germán, Gennadio o Pedro, el hermano de Mauricio.

Pero si definitivamente el cuadro dibujado en el *Strategikon* no casa bien con el que, a la luz de los hechos, se nos muestra en los años finales del reinado de Mauricio ¿a cuándo corresponde realmente? Es fácil responder a poco que uno medite sobre ello: cuando Focas se alzó con la púrpura, la espiral de continuas purgas en el ejército, las sucesivas derrotas ante los persas y las frecuentes guerras civiles y disturbios políticos, sociales y religiosos, desgastaron terriblemente los recursos militares del imperio a la vez que debilitó la disciplina y operatividad de lo que iba quedando de ellos. Por ejemplo, entre 603 y 613, no menos de diez ejércitos de la Romania fueron derrotados por los persas en Armenia, Mesopotamia, Siria, Cilicia y Capadocia. Las guerras civiles también actuaron y así Bonoso condujo a Egipto gran parte del ejército de campaña de Oriente para combatir a Nicetas y a Bonakis, siendo prácticamente aniquilado en la batalla de Alejandría (609).

Las guerras civiles y sociales debilitaron igualmente al ejército en otro sentido. Por el autor de la *Didascalía de Jacob*, participante directo en los hechos que narra, sabemos que el ejército, a la hora de reprimir las revueltas de los demos de los Verdes en las ciudades orientales, se mezclaba, sin orden ni concierto, con las milicias de los Azules. Todos sabemos cuánto se daña la disciplina de un ejército cuando sus soldados se entremezclan con milicianos y civiles operando con ellos sin distinción alguna.

Pero sin duda el daño mayor en cuestiones de moral y disciplina le fue inflingido al ejército de la Romania por las incesantes purgas que Focas llevó a cabo entre sus filas. Ya vimos cómo Miguel el Sirio, la *Crónica de 1234*, Teofilacto Simocata y Teófanos abundaban en informaciones sobre los nocivos efectos de esas purgas. Miguel el Sirio llega a afirmar con exageración que Focas había prácticamente eliminado a los hombres capaces de llevar armas y la *Crónica de 1234* asegura que una de las razones esenciales para el levantamiento de Heraclio el Viejo en Cartago era la de no poder soportar por más tiempo el lamentable estado al que las purgas ordenadas por Focas

habían conducido al ejército; por último, Teófanos nos indica cómo Heraclio, tras haber ordenado en 611 realizar una inspección general en el ejército para conocer su estado, tuvo conocimiento de que apenas si quedaban veteranos entre sus filas.

Unas purgas generalizadas e incesantes, una guerra exterior desastrosa y una serie casi ininterrumpida de guerras civiles y luchas religiosas, políticas y sociales: eso fue lo que vivió la Romania entre noviembre de 602 y octubre de 610. Teófanos resume así la calamitosa situación del ejército de la Romania en 611:

“El emperador Heraclio encontró que el estado romano se había agotado. Los ávaros devastaban Europa y los persas hollaban las provincias de Asia, capturaron sus ciudades y destruyeron en batalla al ejército romano.

Al examinar todos estos problemas Heraclio quedó desconcertado en cuanto a lo que él podía hacer, ya que cuando investigó al ejército para ver si hubiera algún superviviente entre los que habían hecho alguna campaña en los días anteriores a la rebelión de Focas, sólo halló dos entre todos los regimientos”¹⁰⁸⁹

El texto es harto revelador, pues muestra a qué grado de desarticulación del ejército se había llegado. Incide además en algo que es especialmente importante: la falta de hombres con experiencia de combate, y ¿no era eso precisamente a lo que el autor del *Strategikon*, con un deje de amargura, aludía? Efectivamente, se refería a la imperiosa necesidad de formar a hombres sin experiencia alguna, para los que, hasta lo más obvio y básico, era algo desconocido y novedoso. Más aún, señalaba además cómo las continuas derrotas ante los enemigos habían creado tal estado de abatimiento que, hora se culpaba de ellas a los bisoños y poco combativos soldados, hora a los inexpertos y escasamente formados generales y oficiales.

Así que sólo después de 610, consumados ya los daños provocados por las purgas, las derrotas frente a Persia y los efectos de las guerras civiles; pero antes de 622, cuando Heraclio, con un ejército renovado emprendió una victoriosa serie de campañas contra Persia, se puede hallar un contexto histórico que cuadre bien con el desastroso estado militar que el autor del *Strategikon* nos describe en su introducción.

Efectivamente, en los años 608-611, la disciplina y capacidad militar habían alcanzado su punto más bajo. Sebeos, contemporáneo de los hechos y el único que describe con detalle las derrotas sufridas por los ejércitos de Focas en Armenia, nos ilustra hasta qué punto había llegado la desorganización y la indisciplina del ejército. Así, describiendo la guerra en Armenia hacia 608-609 ofrece el siguiente cuadro:

“Pero, a partir del día siguiente, el ejército persa les atacó, cuando aún ninguno de ellos se había puesto su armadura ni ensillado su caballo. Y si alguno se armaba o ensillaba su caballo, los sirvientes de los jefes llegaban y les arrancaban la armadura, la tiraban al suelo y los maltrataban terriblemente. Al mismo tiempo, cortaban con su espada las cinchas de los caballos. Sin embargo, el ejército persa había venido a alinearse frente a los griegos, a poca distancia, en la zona de la llanura. Sus arqueros habían empezado a tirar y, vaciando sus aljabas sobre el enemigo, atravesaban con sus flechas hombres y caballos.

¹⁰⁸⁹ Teófanos: 6103, 300.

Estos últimos, atados a los comederos, a la entrada de las tiendas, se encabritaban y rompían sus ataduras, pisoteaban y aplastaban las tiendas y todo lo que se encontraba en el campamento. Los persas forzaron entonces las trincheras, penetraron en el campamento y empezó una horrible masacre. Pero los griegos, que se habían abierto un paso, unos a pie, otros montando a pelo sobre los caballos, salieron y emprendieron la huida”.¹⁰⁹⁰

El texto de Sebeos que acabamos de reproducir muestra, de forma realista y detallada, un ejército romano desarbolado en el que generales y oficiales son incapaces de formar a sus hombres a tiempo para la batalla; mandos que se dejan sorprender en el campamento, sin lograr imponer su voluntad a los soldados que no sólo se niegan a obedecerles, sino que se amotinan en mitad de un ataque enemigo. Si hay un momento apropiado para contextualizar adecuadamente la situación de decadencia militar a la que se refiere el *Strategikon* es pues la que va de 611 a 621.

Así que tampoco podemos encajar el cuadro descrito en los años que van de 622 a 628 cuando, tras denodados esfuerzos, Heraclio pudo restaurar la operatividad de la fuerza militar de la Romania y aniquilar casi por completo al ejército persa. Además, el ejército de Heraclio y el propio emperador siguieron a pie juntillas muchas de las recomendaciones dadas en el *Strategikon* hasta el punto que parece que el tratado haya sido hecho para rehabilitar y reconstruir en tiempos de Heraclio el ejército de los días de Tiberio y Mauricio. Citemos aquí sólo algunos ejemplos de ese uso por parte de Heraclio de formaciones y maniobras descritas y aconsejadas en las páginas del *Strategikon*.

En su campaña de 622, Heraclio siguió el consejo del tratado militar sobre la necesidad de emplear maniobras engañosas contra el ejército persa para romper su formación y tomarla de flanco, pues el autor del *Strategikon* desaconseja ataques frontales contra formaciones persas. Una de las maniobras aconsejadas era la de simular un ataque frontal y luego girar bruscamente. Pues bien, en la citada campaña de 622, Jorge de Pisidia narra cómo Heraclio fingió lanzar contra los persas un ataque frontal y cómo luego ordenó a sus hombres girar y tomar de flanco a los persas, los cuales, desorganizados por el inesperado ataque, fueron derrotados.

Otro ejemplo se refiere al consejo del manual táctico sobre la predilección de los persas por los terrenos escabrosos a la hora de plantear batalla a la defensiva, pues sabían aprovechar muy bien ese tipo de terreno para la defensa. En 622, Heraclio, al ver cómo Sharbaraz se mantenía con su ejército en las alturas y no se dejaba llevar al llano para pelear, lo provocó plantando su tienda ante sus ojos pero en la llanura. El ardiz tuvo efecto e hizo que los persas abandonaran su fuerte posición en los altos y bajaran hasta donde estaban los romeos quienes, tomándolos de flanco, los destrozaron. Lo

¹⁰⁹⁰ Sebeos: pp. 59-60.

curioso es que muchas de esas maniobras eran de nueva creación y fue Heraclio el primero en ponerlas en práctica y sorprender con ello a los ejércitos persas.

Esta similitud entre teoría y práctica militar en Heraclio ha sido señalada ya por otros investigadores, hasta el punto de que algunos apostaron por este emperador como verdadero autor del *Strategikon*. Pero Heraclio no cumplía con algunas de las condiciones exigidas: no poseía experiencia directa sobre el frente danubiano y lo que sabía sobre la guerra con los persas antes de 613, lo conocía a través de los informes de su padre, de Filípico y de otros generales del tiempo de Mauricio. Heraclio no cumplía con esas condiciones, pero todo apunta a que usó el *Strategikon*¹⁰⁹¹.

Así que Heraclio usó el *Strategikon* a partir de 622 –pero no antes– y además no hay base suficiente en su biografía como para pensar que él lo escribiera. Sin embargo el texto parece hecho a propósito para él y para su ejército. Y así es: el autor del *Strategikon* escribió su tratado, entre 611 y 613, tras la inspección militar general ordenada por Heraclio nada más subir al trono y cuando la situación del ejército había llegado a su punto más crítico y había que emprender una labor de reconstrucción en toda regla. Bastaba pues con dar un contexto temporal concreto al prólogo del *Strategikon* para delimitar el tiempo en que fue compuesto. De hecho, donde se halla lo novedoso del nuevo tratado es precisamente en la táctica, mucho más ágil y consciente de las fuerzas y debilidades propias y del enemigo, que la táctica romana precedente.

Pues bien, hemos comprobado que esa situación la evidencia con suma claridad las noticias transmitidas por las fuentes que narran los años finales de Focas y los primeros del reinado de Heraclio, y que sólo después 610, pero antes de 622, se alcanzó el punto más bajo del poderío militar.

Ahora bien, la última gran derrota de un ejército de la Romania se dio en 613; desde entonces, ésta permanecerá a la defensiva por casi ocho años. Esto indica que la Romania carecía de fuerza suficiente para pasar a la ofensiva o incluso para sostenerse frente a Persia en todos los frentes y que además, esos ejércitos se hallaban tan inmovilizados porque se estaban sometiendo a una reorganización en toda regla.

¿No sería también posible que el manual hubiese sido escrito en los años finales de Focas y no en los iniciales de Heraclio? Creemos que no, pues la desastrosa situación militar a la que alude el *Strategikon* no se gestó de forma súbita. La sublevación de Focas no aniquiló de improviso la eficacia militar, sino que sus ejércitos aguantaron bien la sucesión de revueltas populares y militares, purgas políticas y derrotas militares que caracterizaron los cinco primeros años de Focas en el poder. Fue sólo a partir de 608 cuando se alcanzó el punto crítico: la sublevación del Exarca de Cartago, Heraclio el Viejo, y de su hijo el joven Heraclio, con la consiguiente nueva

¹⁰⁹¹ Jorge de Pisidia, *Expeditio Persica*: II, 260-275 y III. 20.-255. Compárese con *Strategikon*: XI, 1, pp 114-115. Acerca de la posibilidad de que Heraclio escribiera el *Strategikon* y sobre su uso sólo a partir de 622 y no antes, *vid.* KAEGI, W., *Heraclius...*, *op. cit.*, pp. 117-118.

guerra civil y el recrudecimiento de las purgas militares entre un ejército tan azotado por sus enemigos, como por la desconfianza enfermiza de su emperador.

Cuando Heraclio se hizo con el poder, en octubre de 610, la situación militar del imperio era catastrófica: Armenia se hallaba virtualmente bajo control persa, también lo estaban la Mesopotamia romana y Capadocia, mientras que Cilicia, Galatia, Ponto y Siria se hallaban sometidas a incursiones persas a la par que a los sobresaltos de los estertores de la guerra civil y de los disturbios ciudadanos que, alentados por los partidos Verde y Azul, o provocados por el odio religioso, ensangrentaban las calles de las ciudades y paralizaban la administración provincial.

En 611, Heraclio se hallaba sin dinero, con pocas tropas y sin un control efectivo sobre las provincias más ricas de Asia. Esta mala situación empeoró aún más. En ese año de 611, los ávaros volvieron a cruzar el Danubio empujando a su paso a los eslavos. En poco tiempo, el ejército de campaña de Iliria desapareció por completo hasta tal punto que dejamos de tener noticias de él a partir de 615; mientras que el ejército de campaña de Tracia tuvo que retirarse al sur de Adrianópolis. Así que los Balcanes, que todavía en 575 seguían siendo la mayor fuente de reclutas para el ejército de la Rumania, quedaron casi por completo fuera del control del estado. Para esa fecha, ya se habían perdido Armenia, buena parte de Isauria, Lázica, Siria y apenas si se ejercía control efectivo alguno sobre Capadocia. En suma, el imperio había perdido el control de todas sus fuentes habituales de reclutas para el ejército, hecho significativo que ha pasado inadvertido hasta el presente.

Así que, en 611 Heraclio se veía en una situación desesperada, la misma que relata Teófanos en el texto tantas veces citado; la misma que muestra el autor del *Strategikon* y que el tratadista quería contribuir a cambiar y, la misma, curiosamente, que logró cambiar Heraclio aplicando principios y tácticas, tan parecidas a las recomendadas en el *Strategikon*, que es imposible no percatarse de la conexión existente entre este tratado y Heraclio. Esta situación, que sólo se dio entre 610 y 619, deja por completo fuera de lugar y sin argumentos la tesis de que el *Strategikon* se escribiera en los años finales de Mauricio y que este emperador tuviera algo que ver en su redacción.

¿Quién pudo escribirlo entonces? Pues Filípico, el único general (de los que tuvieron algún protagonismo entre 582 y 628) que cumplía todos los requisitos que el detallado análisis del *Strategikon* había revelado como propios del autor de la obra: ser un general con experiencia práctica de combate y mando sobre los frentes balcánico y persa, buena formación clásica, dominio de los tratados militares de la Antigüedad, buen conocedor del latín aunque de lengua materna griega, devoto seguidor de Aníbal y sobre todo de Escipión el Africano, etc. Además, se recordará que había tres menciones históricas de fines del siglo VI en el texto del *Strategikon* que permitían situar la fecha de su redacción con posterioridad a 592. Pues bien, Filípico no sólo fue contemporáneo de los tres acontecimientos antes citados, sino –esto es realmente revelador–

protagonista directo de dos de ellos. Fue Filípico quién mandaba el ejército de Oriente cuando se produjo el asedio de Akbas o el de Chlomaron fechados respectivamente en 583 y 586, y que son generalmente identificados con aquellos a los que alude el autor del *Strategikon* en su ejemplo de cómo un ejército sitiador no debe de ser sorprendido por la llegada de refuerzos enemigos a la ciudad sitiada.

Filípico cayó en desgracia, tras su vertiginoso ascenso como *comes excubitorum* y alcanzar a ser cuñado del emperador, y tras desempeñar con maestría la jefatura de los ejércitos de Oriente. Mauricio lo alejó del mando directo de los ejércitos y sólo de tanto en tanto, recurrió a él al tratar alguna cuestión militar. Pese a ello, Filípico conservó su prestigio entre el ejército que, ya lo vimos, le salvó la vida cuando Focas tomó el poder, aunque se viera confinado en un monasterio. Y allí estaba cuando Heraclio ascendió al trono.

Y ¿a quién mejor que al viejo jefe y compañero de armas de su padre podía el nuevo emperador encargar el proyecto de restauración militar que tan perentorio le era? En efecto, Filípico fue sacado del monasterio y repuesto en su puesto, ejerciendo tal ascendiente sobre Heraclio que éste le confió la dirección del ejército de Armenia. En 613 el general luchaba ya en Armenia y lo hizo siguiendo el precepto estratégico fundamental enseñado por Aníbal y Escipión el Africano: flanquear a la fuerza principal de tu enemigo, dejarla plantada tras de ti, inmovilizada en el saqueo de tu territorio, y marchar directamente contra su base para destruirla. En 613 Filípico dejó tras de sí al ejército persa de Sain y se adentró en territorio persa; lo mismo que haría Heraclio en 622, en 623-624 y en 627-628. Exactamente lo mismo que hizo Aníbal en 218 cuando, dejando tras de sí dos ejércitos romanos, penetró en Italia; y lo mismo que hizo Escipión al final de la gran guerra púnica, dejando a Aníbal plantado en Italia y atacando directamente Cartago. De este modo, Aníbal y Escipión el Africano, fueron ejemplos de Filípico y del autor del *Strategikon*, y también de Heraclio, al que Jorge de Pisidia, su poeta de corte y panegirista, daría el nombre de “Nuevo Escipión”¹⁰⁹².

No es la única evidencia, pues si repasamos los versos de Jorge de Pisidia que narran, como testigo presencial, el entrenamiento de los soldados de Heraclio en 622, comprobaremos que tanto el armamento como los ejercicios descritos por el poeta son los mismos que el autor del *Strategikon* aconseja en su manual. Más aún, si se sigue con detalle la campaña de 622, se verá que varias de las maniobras adoptadas por Heraclio en su lucha contra el ejército de Sharbaraz están descritas en el *Strategikon*.

Así que, si se sopesan todos los datos y razonamientos que hemos hecho hasta aquí y se suman al hecho incontestable de que Heraclio no conocía las tácticas aconsejadas en el *Strategikon* para luchar con los persas cuando se enfrentó a Sharbaraz en la batalla de Antioquía (613); se le añade la circunstancia de que Filípico estaba

¹⁰⁹² Jorge de Pisidia, *Heraclias*: I, 95-100.

demasiado ocupado a partir de 613 como para escribir nada y que murió, con casi toda seguridad, en 615 o poco después, sólo se puede llegar a una conclusión posible: el *Strategikon* sólo pudo escribirse después de la gran inspección general ordenada por Heraclio en 611 y con anterioridad a 614, y fue redactado para el ejército de Heraclio, no con la intención de crear un nuevo ejército, sino para restaurarlo al nivel que había tenido antes de 602 y dotarlo de nuevas tácticas de combate contra persas, eslavos y ávaros.

No hemos sido los primeros en apostar por Filípico como autor del *Strategikon*, pero sí hemos aportado nuevos datos que hacen que esa hipótesis se fortalezca hasta convertirse prácticamente en la única posible. En lo que sí hemos abierto camino por completo ha sido en el asunto de fijar con exactitud la verdadera fecha de redacción del *Strategikon* de Mauricio: 612-613, un manual táctico cuyo enunciado original debió de asemejarse a: “esta es la táctica de Filípico, quien vivió en tiempos del emperador Mauricio”. Hemos sido también capaces de señalar el verdadero y preciso propósito para el cual fue redactada la obra.

Bien, ya hemos sentado las bases de partida para la época inicial del reinado de Heraclio: un tesoro inexistente, unos recursos económicos menguados y un ejército disminuido y al borde del colapso. De paso, hemos aportado nuestra solución al viejo y triple problema de quién escribió el *Strategikon* de Mauricio, cuándo lo redactó y por qué motivo lo compuso. Así que es hora de volver a Heraclio.

Los primeros pasos de Heraclio estuvieron encaminados a destruir cualquier posibilidad de que estallara una nueva guerra civil. En efecto, Comentiolo, el hermano y general de Focas, permanecía en Ancira al frente de un ejército intacto y dispuesto a continuar la pelea pese a la muerte de Focas. A inicios de 611, Heraclio envió a Filípico a negociar la rendición de Comentiolo, pero éste se negó a cualquier acuerdo y, ya se disponía a ejecutar a Filípico, cuando un oficial armenio de su ejército acabó con su vida. Muerto Comentiolo, sus tropas se pasaron de inmediato al partido del nuevo emperador, que pudo así, más de tres años después de que su padre se alzara en Cartago, dar por concluida la guerra civil¹⁰⁹³.

Pero Comentiolo no era el único enemigo interno con que contaba el gobierno de Heraclio sino que había otro: Prisco. Había sido, en verdad, uno de los prohombres del régimen de Focas que había tramado junto a los Heraclios la caída del tirano. Se dice – ya hemos visto que con escaso fundamento– que Heraclio ofreció a Prisco la corona y

¹⁰⁹³ *Vida de Teodoro de Sykeon*: XXVII. 152, pp. 127-129.

que éste la rechazó. Aunque aparentemente el viejo general se había plegado a Heraclio, lo cierto es que, ni Prisco confiaba en Heraclio, ni éste en Prisco.

Pero Prisco era extremadamente poderoso y popular entre las filas del ejército, no sólo entre los soldados, sino también entre los generales. Contaba además con el apoyo de buena parte de la aristocracia constantinopolitana y, al contrario que Heraclio, conocía los entresijos de la vida en Constantinopla. Era pues peligroso pero, dado que no se le podía eliminar sin motivo, Heraclio optó por atraérselo e integrarlo en su círculo de gobierno. Así que nombró a Prisco *comes excubitorum*, un puesto que lo colocaba a un paso del trono. En efecto, tanto Justino I, como Tiberio y Mauricio, habían desempeñado ese cargo antes de ascender al solio imperial y dado que cuando Prisco recibió el nombramiento Heraclio no tenía herederos directos, Prisco estaba en excelente posición para subir al trono si a Heraclio le sorprendía la muerte.

Para mantener sujeto a Prisco y consolidar su posición en Constantinopla, Heraclio acudió a su familia y al antiguo círculo de amistades de su padre. Y así, Filípico, tan popular como Prisco pero completamente fiel a los heráclidas, fue sacado – como acabamos de ver– de su monasterio y nombrado *magister militum per Armeniam*. El hermano de Heraclio, Teodoro, fue nombrado, por su parte, curopalates, cargo que apareció en el reinado de Mauricio y que implicaba el control efectivo del palacio y de las fuerzas militares acantonadas en la capital. También Rhogas, el suegro del emperador, parece haber desempeñado algún papel en estos primeros años y es posible que fuera él quien estuviese al mando de las tropas de mauri y africanos que Heraclio tenía consigo en Constantinopla en 611. Por lo demás, Nicetas, el primo de Heraclio, tras derrotar en la primavera de 610 a las últimas fuerzas de Focas en Egipto, estaba ya haciéndose cargo del control de Palestina y Siria; más al oeste, desde Cartago, el padre y el tío del emperador, Heraclio el Viejo y Gregorio, controlaban las provincias occidentales del Imperio.

Pero la situación de Heraclio seguía siendo poco firme, sobre todo en la capital; de ahí que mantuviera junto a sí a sus tropas africanas y que se decidiera a alejar a Prisco de Constantinopla. Lo hizo mediante el inteligente expediente de nombrarlo *Magister militum per Orientem* y encargarle la destrucción del ejército persa que había quedado copado en Cesarea de Capadocia, tras su toma ese mismo año. Prisco, alejado con tales honores y muestras de confianza, no podía protestar y se enfrentaba a un destino incierto. Si Prisco era derrotado por los persas, Heraclio lo culparía y aprovecharía para deshacerse de él, mientras que si triunfaba, sólo estaría contribuyendo a consolidar al nuevo emperador.

Que Prisco desconfiaba de la situación y no jugaba limpio, nos lo muestran las fuentes del periodo cuando relatan su pasividad ante los persas, que prácticamente estaban derrotados y a los que sin embargo dejó escapar. Muestran también la preocupación de Heraclio por los movimientos de Prisco y sobre todo, inciden en el

desprecio que Prisco mostraba hacia Heraclio y en cómo desobedecía sus órdenes y sólo esperaba ocasión favorable para volverse contra él.

Pero Heraclio fue más listo. Partió del campamento de Prisco, a donde había ido para informarse sobre la situación de inmovilidad frente a los persas en la que el general había situado a su ejército, sin caer en la trampa que éste le tendió con sus continuas burlas y desobediencias. Una vez de regreso en la capital, Heraclio aireó la doblez de Prisco y su torcido comportamiento, para de esta forma socavar su popularidad y sus apoyos. La llegada a Constantinopla de nuevas tropas procedentes de Egipto, terminó de consolidar a Heraclio y lo animó a sentenciar al fin a Prisco. Y así, con la excusa de que Prisco debía de ir a la capital para participar allí en el consejo militar que trataría sobre los pormenores de la ofensiva que el emperador preparaba para 613, Prisco tuvo que abandonar su ejército. Lo hacía sin temer nada, pues Heraclio le había puesto un señuelo: el viejo general iba a ser el padrino de su hijo y heredero.

Ya en la capital, Prisco fue apartado de sus bucelarios y, en mitad de una celebración en palacio y cuando menos lo esperaba, el emperador lo acusó de traición. Heraclio lo humilló públicamente y lo golpeó con un pesado libro mientras que le gritaba: “si no has sido buen yerno ¿cómo vas a ser buen servidor?”¹⁰⁹⁴. Desposeído de todos sus cargos y posesiones, Prisco fue internado en un monasterio donde murió, pasado un año, olvidado por completo.

En 612, Heraclio estaba ya, al fin, plenamente consolidado en el trono. Su nuevo *comes excubitorum* era su primo Nicetas, quien había llegado desde Egipto hacía poco. Nicetas, siempre fiel y mano derecha de Heraclio, fue nombrado también César y gracias a una curación milagrosa efectuada por Teodoro de Sykeon, pudo reponerse de una grave enfermedad y regresar a Egipto y Oriente para hacerse cargo allí de la guerra contra Persia¹⁰⁹⁵.

Los heráclidas y su círculo controlaban ya por entero todos los resortes del poder. Pero en el exterior la situación no podía ser más crítica. En Oriente, Persia seguía progresando imparablemente. En 611, Antioquía fue conquistada, con lo que la tercera ciudad del Imperio romano pasaba a Cosroes II Parwez y éste se asomaba al Mediterráneo, cosa que no había hecho ningún rey persa desde el tiempo de Shapur I allá por los días en que, tras vencer a Valeriano, devastó Siria y Asia Menor. Más tarde también cayeron Apamea, Laodicea, Epifania y Émesa; más al norte, los persas prosiguieron con la consolidación de sus posiciones en Armenia y la Capadocia oriental.

Tampoco en el Danubio se podía hablar de otra cosa que no fuera de desastre sin paliativos. Al contrario de lo que se creyó largo tiempo y de lo que aún hoy muchos

¹⁰⁹⁴ *Vida de Teodoro de Sykeon*: XXVII, 153.B, pp. 129-130 y XXVII 154-155. C, pp. 130-131; Patriarca Nicéforo: cap. 2; *Crónica Pascual*: 713. La frase dirigida por Heraclio a Prisco hacía alusión a cómo este último traicionó a Focas, a pesar de estar casado con una hija suya, y ayudó a Heraclio a subir al trono.

¹⁰⁹⁵ *Vida de Teodoro de Sykeon*: XXVII, 154. C, pp. 130-131

creen, la gran invasión eslava de los Balcanes no comenzó con Tiberio y Mauricio, ni con la sublevación de Focas, sino con la caída de este último. Así es, recientemente plumas tan destacadas como las de W. Kaegi y J. Haldon han certificado esta realidad y Florin Curta, el mejor conocedor de la cuestión, ha aportado nuevos datos basados en la arqueología y en el pormenorizado estudio de las fuentes del periodo, que la confirman por completo¹⁰⁹⁶.

Y es que Focas, contra lo que se dice repetidamente, no se llevó consigo al ejército del Danubio dejando sin defensa las provincias balcánicas; bien al contrario, nada más tomar el poder, envió de vuelta a la frontera danubiana a la mayor parte de sus tropas. Así nos lo confirman Juan de Nikiu y Sebeos, dos contemporáneos de los hechos que señalan, a la par y desde puntos tan distintos como Egipto y Armenia, que Focas dio orden a sus tropas para que regresaran al limes danubiano¹⁰⁹⁷.

También lo confirma así la arqueología y los hallazgos de tesoros en la zona: no hay ninguna evidencia arqueológica para una invasión ávaro-eslava al sur del Danubio antes de 610. De hecho, muchos puntos de la frontera y no pocos del interior permanecieron intactos hasta bien entrada la segunda década del siglo VII; otros, sobre todo en el bajo Danubio, la costa del Mar Negro, Tracia y Dalmacia, se sostuvieron hasta finales del siglo VII. Así pues, la gran invasión ávaro-eslava, la que ahora dio comienzo al proceso de eslavización de los Balcanes, comenzó en 611.

En efecto, entre 611 y 617 las defensas de las provincias balcánicas de lengua latina: Dardania, las Mesias, Dalmacia, Panonia, así como la mayor parte de la Scythia y el norte de Tracia fuera de las viejas fundaciones griegas, quedaron superadas en su mayor parte por las correrías, devastaciones y asentamientos de eslavos y ávaros.

No poseemos fechas precisas, aunque muchos autores se atreven a proporcionarlas sin tener para ello argumento alguno. Lo cierto es que, entre 611 y 614, habían ya caído Sirmium y Viminacium, que habían sido recuperadas para el imperio en 599-600, gracias a las victoriosas campañas de Prisco, así como Singidunum y las fortalezas de las llamadas “puertas de hierro”. Algo más tarde, en una fecha que oscilaría entre 613, como muy pronto y 616, como muy tarde, caería Naisus. Más al oeste, sobre la costa dálmata y en 614, o como muy tarde en 615, Salona fue saqueada por los eslavos aunque no destruida por completo, pues la arqueología y el atento examen de los textos demuestran que siguió habitada durante toda la primera mitad del siglo VII y que después, bien entrada ya la segunda mitad, sus habitantes la desocuparon y pasaron a

¹⁰⁹⁶ HALDON, J.F., *Byzantium in the seventh...*, *op. cit.*, pp. 43-45; KAEGI, W., *Heraclius...*, *op. cit.*, p. 48 y 96; CURTA, FL., *The Making of the Slavs...*, *op. cit.*, pp. 106-110, 338 y ss; LEMERLE, P., *Les plus anciens recueils...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 179-194.

¹⁰⁹⁷ Juan de Nikiu [CIX.18] fija con claridad que la invasión eslava y ávara de los Balcanes sólo empezó a fines del 610 o a inicios del 611; Sebeos [p. 55] añade que, tras poner a Focas sobre el trono, los ejércitos del limes danubiano volvieron a la frontera a continuar la guerra contra los bárbaros. De hecho, la paz sólo se firmó en 604 y hasta ese momento la ventaja estuvo del lado romano.

instalarse en el antiguo palacio de Diocleciano que se convertiría en el núcleo de la actual Split¹⁰⁹⁸.

Poco después del ataque eslavo de Salona, posiblemente en 616, la ciudad de Epidamnus fue también saqueada y esta vez la devastación tuvo que ser mayor, pues los supervivientes huyeron hacia el norte y se instalaron en un nuevo punto de la costa dálmata al que darían el nombre de Ragusa (actual Dubrovnik), donde quedaron bajo la protección de la flota imperial y continuarían, por mucho tiempo, sujetos al gobierno de Constantinopla. También quedaron bajo poder romano y sin que los eslavos pudieran tomarlas otras ciudades de la costa dálmata como Lader (Zadar) y Traurium (Trogir), así como la mayoría de las islas de Dalmacia, desde el estrecho de Otranto al sur, hasta Istria al norte, la cual sufriría en 610-611 un fuerte ataque eslavo quedando a partir de ese momento fuera del control imperial. Igualmente sobre la línea de la costa adriática, aunque algo más al sur, Nicópolis, Dirraquio y las islas Jónicas, amén de otros puntos del litoral menos importantes, lograron escapar de la embestida eslava.

Al otro lado de los Balcanes, en las Mesias y las Tracias, fueron cayendo (en fechas por determinar pero entre 611 y 617) Bononia (Vidin), Nicópolis, Novae, Marcianópolis, Sérdica y Filipópolis. Sólo en el tramo del Danubio próximo a su desembocadura y en la costa del Mar Negro pudieron sostenerse los romanos. Durostolum, Constanza, Mesemvria, Develtos, Anquialos, Sozópolis y Tomi, pudieron sobrevivir a la avalancha ávaro-eslava y sostenerse hasta los días de la invasión búlgara de 678-679 y, en no pocos casos, aún más allá.

Desde Adrianópolis hacia el sur y hasta la muralla larga, quedó una zona bajo control efectivo del imperio, aunque estaba expuesta a constantes saqueos e incursiones por parte de los ávaros, quienes superaron también la muralla larga, a partir de 617 y llegaron en sus ataques hasta la costa del Mar de Mármara y los arrabales constantinopolitanos.

Tras la caída de las provincias danubianas e ilíricas le tocó el turno a Grecia. Macedonia, el Epiro, Tesalia... fueron cediendo ante la presión eslava que en no pocas ocasiones, desbordaba el continente griego y llegaba hasta las islas del Egeo, Creta, o incluso alcanzaba las costas minorasiáticas. Pero todo eso sucedió después de 620. Por ejemplo, Tesalónica –como demostraremos a continuación– sólo sufriría un nuevo asedio eslavo en la primavera del 623, fecha para la que según indica el redactor de los *Milagros de San Demetrio*, contemporáneo de los hechos, ya había eslavos asentados en los alrededores de la gran ciudad balcánica¹⁰⁹⁹.

Tradicionalmente se ha fechado este segundo asedio eslavo de Tesalónica entre 615 y 626, si bien es verdad que la mayoría de los historiadores apuesta por una fecha entre 615 y 617. Lemerle y Barisic, por ejemplo, lo fechan en 616. Más prudente es

¹⁰⁹⁸ CURTA, Fl., *The Making of the Slavs...*, op. cit., p. 110 y especialmente pp. 130-140.

Florin Curta, quien concluye que el segundo asedio tuvo lugar a fines de la primera década del reinado de Heraclio. Por último, A. Stratos, apuesta por la primavera de 624 como fecha más probable del asedio¹¹⁰⁰.

Ahora bien, fechar de forma precisa y acertada este asedio de Tesalónica es algo fundamental, pues contribuiría a cerrar el viejo debate de cuándo se produjo realmente el asiento de los eslavos en Grecia. El autor de los *Milagros de San Demetrio* nos proporciona un dato fundamental para esta cuestión al informarnos de que los guerreros eslavos que asediaban Tesalónica no eran simples bandas prestas a saquear y luego a retirarse con el botín hasta sus hogares, sino que esta vez habían traído a sus familias consigo y estaban dispuestos a instalarse sobre el solar de la ciudad una vez la tomaran. De hecho, y así lo señala el redactor de los *Milagros*, varias tribus eslavas de las que nos da sus nombres, llevaban ya algún tiempo asentadas en los alrededores de la gran ciudad balcánica. No sólo eso, ya que el autor también nos informa de que cuando los eslavos se presentaron ante los muros de su ciudad, cercándola por tierra y por mar, pues los eslavos –según aclara nuestro informante– poseían naves hechas con un tronco, los *monoxilos*, volvían de atacar otras muchas regiones, las cuales nos enumera con cuidado y precisión:

“Tesalia y las islas que la rodean y las de la Hélade, y también las islas Cícladas y toda Acaya y el Epiro y la mayor parte del Ilírico y parte de Asia”¹¹⁰¹

Dicho de otro modo, el autor de los *Milagros de San Demetrio* nos está informando de que, el año en que los eslavos asediaron por segunda vez su ciudad, diversas bandas eslavas, cargadas con sus familias, acababan de caer sobre el resto de Grecia, aventurándose hasta las Cícladas, y hasta las islas y costas de Asia Menor. De ahí la importancia de fechar correctamente este asedio eslavo de Tesalónica puesto que, en unión de otros testimonios que citaremos a continuación, nos proporcionaría la fecha a partir de la cual comenzó realmente el asentamiento de los eslavos en Grecia, cuestión esta tan debatida por eslavistas y bizantinistas. Y es que, como señala Florin Curta, el testimonio de los *Milagros de San Demetrio* es el primero que apunta, no ya a

¹⁰⁹⁹ *Milagros de San Demetrio*: vol. I, p. 169 y ss.

¹¹⁰⁰ LEMERLE, P., *Les plus anciens recueils...*, op. cit., vol. II, pp. 91-94; FUENTES HINOJO, P., *La península ibérica...*, op. cit., p. 839; Curta (*The Making of the Slavs...*, pp. 106-108) afirma que debió suceder en los primeros años de reinado de Heraclio, en torno al 620; A.N. Stratos (*Byzantium...*, I, pp. 180-182) llegó a sugerir como posible que la fecha del tercer asedio de Tesalónica fuese la de la primavera del 626, si bien el maestro reconocía que esta opinión no se sustentaba con firmeza. Dado que no hay duda de que el segundo asedio ocurrió dos años antes que el tercero, Stratos estaría aceptando el 624 como fecha del segundo asedio. Autores como Lemerle, intentaron buscar evidencias arqueológicas que apoyasen esta fecha, pero esas evidencias se fechan actualmente en la segunda década del s. VII y no en la primera.

¹¹⁰¹ MORFAKIDIS, M.; CASAS, M.: *Fuentes griegas sobre los eslavos. I. Expansión y establecimiento de los eslavos en la Península Balcánica*. Granada, 2009. Vid. p. 143, Colección II, milagro 1°.

eventuales incursiones de saqueo, sino a una instalación en toda regla de las tribus eslavas sobre territorio griego¹¹⁰².

Pero no acaba ahí la utilidad de fechar adecuadamente el segundo asedio de Tesalónica por los eslavos, pues recordemos ahora que para 616, ávaros y eslavos habían tomado ya Sirmium, Viminacium, Singidunum, Naisus y saqueado Salona y Epidaurus. Ahora bien, tradicionalmente la conquista y el saqueo de estas ciudades ha sido interpretado como prueba palmaria de que, para 616, los territorios de la antigua prefectura del Ilírico situados al norte y al oeste de Tesalónica se habían ya perdido para el Imperio. Pero he aquí que el texto de los *Milagros de San Demetrio* indica que, cuando los eslavos se disponían a asediar por segunda vez Tesalónica, habían saqueado previamente “la mayor parte del Ilírico”. Como el autor precisa por separado otros territorios como Epiro, Tesalia o Acaya, no puede referirse al decir “la mayor parte del Ilírico” más que a provincias como Dalmacia, Dardania o alguna otra situada al norte o al oeste de Tesalónica. Es decir, que si fechamos precisa y correctamente el segundo asedio eslavo a Tesalónica no sólo tendremos la fecha inicial y precisa en que comenzó el asiento de los eslavos en el interior de las tierras griegas, sino también conoceremos cuándo realmente se vino abajo la resistencia romana en el Ilírico y cuándo el dominio de la Romania en esta zona quedó relegado a algunos puntos aislados en las costas de Dalmacia. Así pues, comencemos.

De lo que ya sabemos, podemos colegir que los eslavos alcanzaron los alrededores de Tesalónica algunos años antes de que intentaran tomarla por segunda vez y pidiendo su concurso en la empresa al khagan de los ávaros. Lo conocemos porque, como ya vimos, el autor de los *Milagros*, testigo visual de los hechos que narra, dice que buena parte de los eslavos que trataban de tomar su ciudad vivían desde hacía poco en las cercanías de Tesalónica. Poco tiempo, es cierto, pero sí el suficiente como para no ser ya unos extraños para él.

Bien, este será nuestro punto de partida para establecer cuándo comenzó el asiento de los eslavos en territorio griego: dos o tres años antes de la fecha del segundo asedio de Tesalónica por los eslavos, éstos se hallaban ya asentados en las cercanías de la ciudad. Sólo nos falta, pues, fijar la fecha del asedio.

Una noticia proporcionada por una fuente contemporánea y a la que se ha dado hasta el presente poca importancia, nos dará la base para la respuesta y de paso será nuestra pequeña aportación al problema de la invasión eslava de los Balcanes y nos permitirá conectar el avance persa por Oriente, con el que ávaros y eslavos iniciaron

¹¹⁰² CURTA, FL., *The Making of the Slavs...*, *op. cit.*, pp. 106-108.

desde el norte. Esa fuente contemporánea, una de las mejor informadas del periodo de los reinados de Focas y Heraclio, es la crónica llamada del 640 por la fecha de su redacción aunque, por un error en su datación debido a una interpolación posterior en el texto, es más conocida como *Crónica del 724* o *Liber Califarum*. De hecho la *Crónica del 640* fue redactada en el monasterio de Qenneshre pocos meses antes de la muerte de Heraclio y por un presbítero llamado Tomás.

Pues bien, esto es lo que nos dice nuestro monje de Qenneshre, un gran centro espiritual y educativo jacobita del norte de Mesopotamia:

AG 934: los eslavos invadieron Creta y otras islas. Allí algunos hombres benditos de Qënneshrê fueron capturados y aproximadamente veinte de ellos fueron muertos [por los eslavos].

AG 934: los persas invadieron Rodas, hicieron al general que la defendía su prisionero y trasladaron a muchos cautivos hechos en la isla a Persia¹¹⁰³.

El texto no tiene desperdicio. En primer lugar, nos da información sobre los progresos eslavos y el ritmo de su penetración. Estos eslavos que atacaban en sus “monoxilos” las islas Cícladas y Creta¹¹⁰⁴ sólo podían provenir del Peloponeso, único punto del litoral balcánico lo suficientemente cercano a las islas como para permitirles acceder a ellas con sus rudimentarias embarcaciones. Podrá aducirse que los saqueadores eslavos a los que aquí se alude podían provenir del litoral septentrional de Tracia, o de Macedonia, incluso de Dalmacia o el norte de Epiro. Inútil argumentarlo, pues los “monoxilos” eslavos –las fuentes no dejan lugar a dudas– eran embarcaciones sólo útiles en la navegación costera o a lo sumo, para dar algunas bordadas por alta mar que no superaran en mucho las 100 millas marítimas. Eran embarcaciones de bajo calado, hechas sobre un único tronco, con capacidad para veinte o treinta guerreros e impulsadas por remos y a veces, no siempre, por una pequeña y primitiva vela. No podían embarcar grandes cantidades de víveres ni de agua potable y no navegaban por encima de los tres o cuatro nudos de velocidad. Con embarcaciones de ese tipo, los eslavos sólo podían llegar a Creta o a las Cícladas desde la costa ática o desde el Peloponeso y, dado que el Ática permaneció fuertemente en manos del Imperio, únicamente nos queda lugar para el Peloponeso.

Así pues, los eslavos poseían ya hacia la época señalada por la *Crónica del 640*, el año 934, sólidas bases costeras en el Peloponeso desde donde saqueaban Creta y otras islas. Esto último lo sabíamos, desde luego; lo novedoso está en la fecha: año 934. Ahora

¹¹⁰³ *Crónica 640*: A.D. 934, p. 18.

¹¹⁰⁴ Sobre los eslavos y su uso de los monoxilos, consúltese nuestro trabajo: SOTO CHICA, J., “Constantinopla...”, *op. cit.*, pp. 110-133. Una breve pero excelente descripción de los monoxilos eslavos se recoge en los *Milagros de San Demetrio* [pp. 169-170], cuyo autor, testigo visual, los describe como naves construidas con un solo tronco. La fuente más extensa y también la más polémica sobre la instalación de los eslavos en el Peloponeso es la *Crónica de Monemvasia*. DUJCEV, I., *Cronaca di Monemvasia*. Palermo, 1976.

bien, si procedían del Peloponeso quiere decir que poseían ya en este territorio bases estables, territorios amplios y seguros donde extraer madera, construir embarcaciones y equiparlas, y hasta donde llevar el botín y los esclavos tras sus rápidos ataques sobre Creta y las islas.

El texto sugiere pues, que la penetración eslava en el Peloponeso –cuestión tan debatida– era ya más que segura en 622-623; esa es la fecha resultante del traslado a nuestra era cristiana de la fecha ofrecida por la *Crónica del 640*: a. D. 934. Este documento sigue la era seleúcida (la comúnmente usada en su época por los autores sirios), que cuenta los años a partir de la entrada de Seleuco I en Babilonia, allá por el mes de octubre del 312 a.C. Así que, el a. D. 934 de la era seleúcida corresponde al año de la era cristiana que va de octubre de 622 a septiembre de 623.

Ahora bien, ¿qué nos señala esta *Crónica del 640*, un texto que como los *Milagros de San Demetrio*, está escrito por un contemporáneo de los hechos que narra? Pues que en el año que media entre octubre de 622 y septiembre de 623 los eslavos saquearon Creta y las islas Cícladas, puesto que no pueden ser más que estas últimas a las que se refiere el texto ya que son las únicas islas próximas a Creta y lo suficientemente importantes como para que su devastación por los merodeadores eslavos fuera reseñada. Es exactamente lo mismo que relata el autor de los *Milagros de San Demetrio*: que meses antes de que su ciudad se viera cercada por los eslavos, éstos habían saqueado Tesalia con sus islas, las islas de la Hélade, las Cícladas, toda la Acaya, Epiro, la mayor parte del Ilírico y Asia. Evidentemente el autor de los *Milagros*, con los eslavos rondando su ciudad, ponía mucho cuidado en enterarse bien de las acciones de las bandas eslavas que recorrían aquella parte del Imperio; por eso mismo, también sabía con precisión qué otras regiones de la Romania habían sufrido, precisamente en el año en que su ciudad se veía atacada por los eslavos, la devastación de éstos.

Pues bien, en los *Milagros de San Demetrio* y en la *Crónica del 640* tenemos dos relatos contemporáneos de los hechos que señalan una gran expedición eslava contra las tierras del Egeo; el segundo de esos testimonios nos da la fecha precisa del mismo, el a. D. 934, es decir, el año 622-623 de nuestra era cristiana. La realidad se impone: puesto que no existe ningún otro testimonio que proporcione una fecha anterior a la ofrecida por la *Crónica del 640* para un gran ataque eslavo contra las islas del Egeo, hay que deducir obligatoriamente que se trata del mismo ataque que, sin fechar con exactitud, señalaba el autor de los *Milagros*.

Pero para los que aún puedan dudar, aportaremos un tercer testimonio que mostrará más claramente, que estamos en lo cierto. Jorge de Pisidia, el gran poeta que glorificó las campañas de Heraclio, compuso una serie de poemas épicos que narraban las empresas de Heraclio contra los enemigos del imperio. Nos referimos a los poemas conocidos como *In Heraclium ex Africa redeuntem*, que celebra la llegada de Heraclio al trono tras rebelarse contra Focas; *Expeditio Persica*, compuesto en 623, que narra cómo Heraclio organizó la

gran contraofensiva contra los persas de 622 y cómo la ejecutó; *In Bonum patricium*, poema que ensalza la figura de Bono, uno de los hombres de confianza de Heraclio a quien éste había dejado en Constantinopla para que se ocupara del gobierno mientras que él combatía a los persas; *Bellum Avaricum*, que, escrito a fines del 626, narra el asedio de Constantinopla por las hordas ávaro-eslavas del khagan y por el ejército persa de Sharbaraz; *In restitutionem Sanctae Crucis*, magnífico poema en el que se celebra la reposición de la Vera Cruz en Jerusalén; y finalmente, el *Heraclias*, cuya segunda parte ha sobrevivido casi por completo pero fragmentariamente, mientras que de la tercera apenas si ha quedado algo, pese a los persistentes esfuerzos de Pertusi y de otros eruditos por negarlo y reconstruirlo a base de arracimar y ordenar versos sueltos, guiándose supuestamente por la *Crónica* de Teófanos, el cual usó los poemas de Jorge de Pisidia para redactar los años que en su obra ocupan las campañas de Heraclio.

Quiso Pertusi (aunque muchos investigadores se lo han discutido, entre ellos nosotros y Espejo Jáimez, autor de la traducción española de los poemas de Jorge de Pisidia y sin duda el español que mejor los conoce¹¹⁰⁵) que el *Heraclias* de Jorge de Pisidia fuera un gran poema épico, una obra de conjunto escrita poco después de abril de 628, cuando ya el poder persa estaba definitivamente abatido. Lo cierto es que la II acroatis del *Heraclias* (o mejor dicho, el poema que Pertusi colocó como segunda acroatis del *Heraclias*) sí puede ser fechado en 628, sin lugar a dudas, aunque puede también que se compusiera un poco antes, en 627. En cualquier caso, ni antes de 627, ni después de 628 y en esta última fecha hay acuerdo general entre los eruditos, la llamada II acroatis del *Heraclias* de Jorge de Pisidia fue compuesta para gloria del emperador Heraclio. Es decir, se trata de un texto contemporáneo de los hechos que narra, escrito por alguien muy próximo al emperador y al círculo de poder que éste había dejado en Constantinopla.

Nos hemos detenido tanto en esta cuestión porque será justo aquí donde se halle el tercer testimonio de un contemporáneo que certifica que el ataque eslavo contra Grecia y el Egeo mencionado por la *Crónica del 640* y los *Milagros de San Demetrio* sólo pudo ocurrir en 622-623. Así, en la II acroatis del *Heraclias* encontramos los siguientes versos:

“... he aquí que, fuera, los nimbos de Tracia levantaron contra nosotros el temporal de la guerra, y por una parte Caribdis, la Nodriz del escita, aparentemente acallada, preparaba la emboscada propia del salteador de caminos, y, por otra, los escitas, dejándose caer en manadas, como lobos que son, unían el vendaval del mar a la tormenta de tierra, y la corriente que procedía de ellos, contaminada de sangre, venía enrojecida a fuerza de violencia, y también entonces alcanzó a nuestros ojos la visión funesta, cara a cara, de la

¹¹⁰⁵ ESPEJO JÁIMEZ, G., *Estudio, traducción, anotaciones y comentarios de los "panegíricos épicos", obra poética de Jorge de Pisidia*. Trabajo de Investigación de D.E.A., Universidad de Granada, 2006. En la actualidad, G. Espejo se halla ultimando su Tesis doctoral sobre Jorge de Pisidia bajo la dirección del Dr. Moschos Morfakidis Filactós, que será editada por el *Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas* de Granada. Agradecemos desde estas líneas la facilidad que nos ha dado para su consulta y para reproducir su traducción –aún inédita– en nuestro trabajo.

Gorgona, que mostraba una hostilidad mayor que la de Perseo. Y el mundo todo queda a la vez contaminado.

Venías obligado a tomar el caudillaje en la contienda. Quizás otro, en medio de tan fuerte remolino, no habría sufrido fácilmente el tener que aguantar el timón; para ti, en cambio, supuso motivo de porfía, el aguantar, por todos, todo el peso que fueses capaz, y, dejando a un lado tus preocupaciones personales, hacías tuyas y propias las de todos.

Y queriendo en muchas ocasiones tensar el arco y arrojar a Caribdis contra la Gorgona la imagen que petrifica a quienes la miran, tuviste que, volviendo sobre tus pasos, contener el ansiado lanzamiento. Y así, cuando estabas a punto de lanzarle el dardo tiraban de ti en sentido opuesto los lobos amantes del zarpazo.

Mas poco tiempo después mostraste tu valor al fraguar contra ellos una única batalla de tres peligros a la vez. Y cuando sus espadas, que como espadas de fatalidad, estuvieron bien afiladas para lanzar ataques simultáneos contra nosotros, en poco tiempo fueron quebradas gracias a tus personales cuidados, y el invierno fue en adelante el que ejerció su poder, además de sobre las cosas, sobre el curso del tiempo. Fue en ese período, cuando la mayor duración de la noche hace que queden franqueadas las entradas a los desvelos, cuando te decantaste por la idea de cortar desde abajo, hasta donde fuese posible, las muchas circunstancias adversas provenientes de los extremos del Oriente.

Bien sabías que era Persia la fuente de nuestros males. Y para dar cuerpo a tu plan tramaste que te retirarías a los imperiales sitios cercanos a la capital, mas no pensando en ningún tipo de recreo -se trataba de lugares habituales para el recreo, sobre todo en la estación invernal- sino con la pretensión de que de ninguna manera los asuntos de los ciudadanos hubieran de entrecrujarse entre tus deliberaciones y, a su vez, para que las decisiones que se adoptasen sobre tus planes no llegasen a ser conocidas por los emponzoñadores espías”.¹¹⁰⁶

Dado que Jorge de Pisidia sólo usa el epíteto de “lobos” para referirse a los eslavos, a los que de forma más genérica llama “escitas”; que a los persas suele compararlos con la gorgona y que “la nodriza de los escitas” es el sobrenombre que el poeta suele darle al khagan ávaro, es indudable que, en el momento en que Heraclio se disponía a asestar un golpe contra Persia, la verdadera fuente de los males que aquejaban a la Romania, los lobos (es decir, los eslavos) atacaron por tierra y mar al Imperio junto con la “nodriza de los escitas”, es decir, con las hordas ávaro-eslavas del khagan Aganos. Dicho de otro modo, Heraclio tuvo que volver “sobre sus pasos”, regresar precipitadamente a su capital e interrumpir una proyectada campaña contra Persia por causa de un gran ataque que llegó desde el norte y en el que los eslavos participaron de forma sobresaliente atacando tanto lugares situados en el continente, como lugares situados en el mar. ¿A que nos recuerda esto? Pues al gran ataque eslavo que arrasó la mayor parte del Ilírico, Epiro, Acaya, Tesalia y sus islas, las islas de la Hélade, las Cícladas, las costas de Asia Menor y Creta, que recogen los *Milagros de San Demetrio* y la *Crónica del 640*, si bien esta última nos completaba la información al aclararnos que no sólo los eslavos, sino también los persas atacaban a la par que los primeros y en el mismo sitio: en el Egeo. Unas noticias que gracias a la *Crónica del 640*, podemos fechar en el año 934 de la era selúcida, es decir, entre octubre de 622 y septiembre de 623.

Ahora bien, para nosotros está claro que los versos de Pisidia arriba reproducidos nos están narrando las circunstancias vividas por Heraclio y su imperio durante los meses que van de octubre-noviembre de 622 a marzo-abril de 623. Y es que fue en la primera fecha citada (octubre-noviembre de 622) cuando Heraclio, que acababa de expulsar al ejército persa de Sharbaraz del Asia Menor y se disponía a consolidar su triunfo, permaneciendo sobre el nuevo frente bélico para continuar su ofensiva a la primavera siguiente hasta el corazón de Persia, se vio obligado a retroceder y a marchar a toda prisa a Constantinopla para hacerse cargo allí de una nueva emergencia: los ávaros habían roto traidoramente –como dice Pisidia– los acuerdos que hacía apenas dos años habían firmado con el emperador y, sin previo aviso, se lanzaron contra los arrabales de Constantinopla y trataron de sorprender, “como salteadores de caminos”, a los griegos.

Heraclio, que como dice Pisidia, tuvo que volver sobre sus pasos para llegar a tiempo a Constantinopla y frenar al khagan, pudo parar este triple golpe que las espadas de eslavos, ávaros y persas intentaron darle. Recordemos que, ese mismo año de 622-623 y según relata la *Crónica del 640*, una flota persa atacó Rodas, Samos y la costa de Asia Menor. Y eso justo a la par que los eslavos atacaban el Ilírico, toda Grecia, las islas del Egeo y las costas minorasiáticas, y se plantaban ante Tesalónica; justo a la par que el khagan ávaro atravesaba súbitamente Tracia y llegaba hasta las cercanías de Constantinopla. Ese es el triple ataque (no puede encontrarse otro) que Heraclio, según nos recuerda Pisidia, tuvo que neutralizar en aquel difícil año de 622-623.

Y efectivamente, los eslavos, pese a que pidieron auxilio al khagan ávaro, no lograrían tomar Tesalónica; el khagan, frustrado en su traidora sorpresa, tuvo que volver a firmar una tregua con el emperador, y los persas, tras devastar Rodas, Cos y Samos, tuvieron que retroceder a sus bases de partida y no lograron echar pie firme en las regiones por ellos atacadas.

¿Qué ocurre después? En la continuación de su poema, Pisidia nos dice que el emperador, tras conjurar los peligros que acechaban al Imperio, se retiró a las tranquilas residencias imperiales que se alzaban en los alrededores de Constantinopla, para preparar allí, lejos de interferencias y espías, su gran ofensiva contra Persia que esta vez sí, debía de llevarle hasta la mismísima Persia, “fuente real de los males del imperio”, en palabras de nuevo de nuestro genial poeta.

Es aquí, en este punto, donde se confunden muchos de los investigadores que leen este poema, puesto que interpretan que, en los versos precedentes, el poeta no ha hecho una descripción lineal y ordenada de los eventos, sino que se ha limitado a agruparlos de forma apresurada y comprimiendo en unos versos los acontecimientos de muchos

¹¹⁰⁶ Jorge de Pisidia, *Heraclias*: II 70-115.

años¹¹⁰⁷, los que irían de 616 a 622. Llegan así a la errónea conclusión de que la estancia de Heraclio en las residencias imperiales para preparar una futura gran campaña contra Persia, hay que referirla al invierno de 621-622, y no –como nosotros sostenemos– al invierno y los comienzos de la primavera de 622-623.

Es imposible que los citados versos sobre la estancia del emperador en los palacios cercanos de la capital puedan referirse al invierno del 621-622 y por tanto, tampoco es posible que los versos colocados por el poeta antes que éstos, se ocupen de sucesos anteriores a 622. Ya hemos mostrado que, si se leen detenidamente y se recuerdan las claves que los ordenan, los hechos narrados por Pisidia son fácilmente reconocibles, datables y que están en perfecta consonancia con lo que sabemos por otras fuentes contemporáneas de los hechos. Si como proponen esos eruditos, Jorge de Pisidia estuviese haciendo en sus versos una apresurada narración de los años 616-622, ¿por qué dice que Heraclio, cuando ya estaba a punto de “lanzar su dardo contra Persia”, tuvo que “volver sobre sus pasos”, es decir, retroceder hacia Constantinopla y retrasar así “el ansiado lanzamiento”, para enfrentarse a ávaros y eslavos? Ni en 616, ni en 617, 618, 619, 620 o 621, se dio el caso de que Heraclio, a punto de lanzar una ofensiva sobre territorio persa, se viese obligado a posponer esa ofensiva y hacerse cargo de un triple ataque de ávaros, eslavos y persas contra su territorio.

De hecho, lo que ocurrió tras el invierno de 621-622, aquel donde algunos quieren situar los versos de Pisidia, es que Heraclio, que no había abandonado en ningún momento su capital y que había pasado su tiempo discutiendo con sus consejeros y preparando a la población de Constantinopla para su marcha (no como dicen los versos de Pisidia, en soledad, lejos del ruido de la capital y enfrascado en el estudio de los mapas y de la estrategia). Luego, tras celebrar solemnemente la Pascua de abril de 622, pasó a Bitinia, donde el cinco de ese mes se presentó a sus tropas y las entrenó durante los meses de primavera y de comienzos del verano de 622. A continuación, Heraclio partió con su ejército, no contra Persia, sino contra Sharbaraz y su ejército que estaban

¹¹⁰⁷ Tal es el caso de Pertusi (*Poemi i Panegirici...*, p. 230), quien consideraba que en los primeros versos citados en nuestro texto, Pisidia agrupaba diversos ataques de eslavos, ávaros y persas sucedidos entre 616 y 626. Consideraba que Pisidia nos informaba de un intento de Heraclio de usar a los ávaros contra los persas y que ese intento se frustró en 616, cuando los eslavos atacaron a los ávaros y les impidieron pasar a Asia. Se trata de una mera especulación sin base alguna, puesto que las fuentes no hablan de ningún acuerdo con los ávaros antes de 620 y aún entonces, el acuerdo en cuestión no implicaba una ayuda ávara contra Persia, sino sólo su neutralidad en la guerra mantenida entre la Romanía y Persia. La alusión de Pertusi de que la pretendida alianza entre los ávaros y romanos contra Persia se vio frustrada por un repentino ataque eslavo contra los ávaros es igualmente insostenible; no existe ninguna noticia de un ataque eslavo contra los ávaros entre 610 y 626, y a lo largo de esos años, los eslavos aparecen siempre como aliados y vasallos del khagan. Se ve esto incluso en los versos de Pisidia, pues muestra un ataque simultáneo de eslavos, persas y ávaros, y no ataques disociados entre sí y en tiempos diferentes. Más aún, en esos versos no hay mención alguna de un ataque eslavo contra los ávaros, sino que los “lobos” (los eslavos) están provocando flujos de sangre entre los romanos, mientras que el khagan ávaro es llamado “nodriza de los escitas”; es decir, el khagan es concebido no como enemigo de los eslavos (que bajo el nombre de “escitas” son agrupados por Pisidia junto a los gépidos y los ávaros), sino como su tutor y madre.

inquietando Galatia, Capadocia, Ponto y Cilicia. Sólo tras derrotar a este general y obligarlo a retroceder, pudo pensar Heraclio en “tensar su arco” y “lanzar su dardo contra Persia”; es decir, sólo en octubre-noviembre de 622, con Sharbaraz derrotado y huyendo por las montañas del Tauro y de Armenia, y con Persia abierta ante él, pudo pensar Heraclio en una ofensiva contra Persia. Fue justo entonces cuando se produjo la traición ávara, el gran ataque eslavo y la expedición marítima persa contra Rodas y demás puntos del suroeste de Asia Menor.

Así que los versos de Pisidia no cuadran con los hechos anteriores a la primavera del 622, pero encajan perfectamente con los que nosotros les hemos fijado, con los que se sucedieron entre octubre-noviembre de 622 y la primavera de 623.

Mas aún, si tuviesen razón los que sostienen que los versos antes citados se refieren a hechos transcurridos entre 616 y el inicio de la primavera de 622, ¿qué debería de narrar Pisidia en los versos siguientes? Pues evidentemente lo que pasó a partir de abril de 622: el entrenamiento de los soldados por el propio emperador y su campaña de julio-noviembre de 622. Pero no es en modo alguno así, pues en los versos siguientes no se mencionan estos hechos, sino que se señalan los logros del emperador en su gran campaña contra Persia de 623-625, en riguroso y perfecto orden.

Se narra así, el cruce del Éufrates camino de Persia, la toma de la ciudad armenia de Dvin, la destrucción del “gran templo del fuego de los guerreros” y de los palacios de Cosroes II en Daratarsis (la “Tebermais” de Teófanos, el “Adharguschnasp” de los persas y el actual “Taq Sulaiman”), pues es a esta última a la que se está refiriendo Jorge de Pisidia y no, como algunos creen erróneamente, a Dastagerd, palacio de verano sin defensas dignas de ese nombre, situado en el sur de Persia. Tras la narración de su saqueo en agosto de 623, prosigue con la marcha emprendida por Heraclio en persecución de Cosroes II por las montañas de Persia, su precipitada retirada hacia el norte para no ser cercado por nuevos ejércitos persas; su liberación de los prisioneros persas, al llegar al río Curaxes; el agobio que le producía el que tres ejércitos persas siguieran sus pasos, en 624, y la célebre contienda en que, tras dirigirse a sus tropas con bíblicas palabras “si Dios quiere uno pondrá en fuga a diez mil”¹¹⁰⁸, venció a los tres ejércitos persas por separado y con pocos días de diferencia. En fin, todos los hechos y hazañas de Heraclio posteriores a la primavera de 623.

Por lo tanto, los versos de Jorge de Pisidia que aquí nos ocupan sólo pueden ubicarse entre fines de la campaña de julio-octubre de 622 e inicios de la gran campaña contra Persia comenzada en la primavera de 623. Lo que narra es un gran ataque eslavo por mar y tierra, una expedición persa, y un intento ávaro de traicionar y sorprender a Heraclio; precisamente lo mismo que nos decía la *Crónica del 640* y en el mismo

¹¹⁰⁸ La cita exacta del Deuteronomio [32,30] que parafrasea Heraclio es: *¿Cómo es que uno persigue a mil y dos ponen en fuga a diez mil? ¿No es porque su Roca los ha vendido, porque el señor los ha entregado?* Teófanos [6115, 311] lo recoge como sigue: *Si Dios quiere uno pondrá en fuga a miles.*

tiempo. Además, ¿cuál es la siguiente entrada de esta crónica para el año de 934 de la era seleúcida: la marcha de Heraclio en campaña contra Persia, la devastación del país enemigo y la captura de gran número de prisioneros¹¹⁰⁹, exactamente lo mismo que Pisidia en la continuación de su poema y tras los versos de los que nos hemos ocupado.

La concordancia es tan completa, que es imposible dudar de que ambas fuentes se ocupan de los mismos eventos, de los que también, en su parte eslava –podríamos decir– se ocupan los *Milagros de San Demetrio*: el gran ataque eslavo que, antes de detenerse ante los muros de Tesalónica, había arrasado por mar y tierra el Ilírico, Tesalia, las islas de la Grecia egea, las costas de Asia Menor occidental y el Peloponeso. Precisamente los mismos lugares y hechos a los que apuntan la *Crónica del 640* y los versos de Jorge de Pisidia y, por tanto, también la misma fecha: octubre de 622 a abril de 623.

Así que es esa la fecha en que se puede fechar el segundo asedio de Tesalónica narrado en los *Milagros de San Demetrio*: el comenzado tras el gran ataque eslavo señalado por los *Milagros* y la *Crónica del 640*, y corroborado además por Jorge de Pisidia, tres fuentes contemporáneas de los hechos situadas en distintos lugares. Es decir, el segundo asedio de Tesalónica no ocurrió como se solía decir –sin argumentos– en 615, 616, 617 o 624, sino en la primavera del 623. (v. *mapa 7*).

De este modo, no sólo queda resuelto el problema de cuándo sucedió realmente el segundo asedio de Tesalónica, sino que también queda fijada la fecha del tercero, pues el autor de los *Milagros* nos explica que ocurrió dos años después del segundo asedio, es decir, en la primavera de 625. Ahora bien, recordemos que en los *Milagros*, al narrar el segundo asedio eslavo de la ciudad, el autor señalaba entre los atacantes a varias tribus eslavas asentadas, si bien desde hacía poco, en las cercanías de Tesalónica; de hecho, esos eslavos llevaban instalados allí el suficiente tiempo como para que el autor conociera el nombre de varias de sus tribus: al menos, dos o tres años. Pero dado que hemos fechado (mediante el testimonio de tres fuentes contemporáneas de los hechos que narran) que el segundo asedio de Tesalónica sucedió realmente en la primavera del 623, se puede concluir, sin mucho margen de error, que los eslavos habían comenzado a asentarse en la Macedonia meridional, en los alrededores de Tesalónica, alrededor del año 620.

Esta fecha casa muy bien con lo que hoy sabemos sobre el proceso de llegada e instalación de los eslavos en los Balcanes, pues –como se recordará– no fue sino hasta 616-617 que los últimos grandes centros de la defensa romana al norte de Macedonia

¹¹⁰⁹ *Crónica del 640*: a.D. 934, pp. 18. El texto dice así: *a.D. 934. Ese año el rey Heraclio dejó su residencia y llevó un gran ejército contra Persia; devastó el país y se llevó a muchos cautivos*. Esta noticia cuadra perfectamente con la campaña de 623 en la que Heraclio devastó Dvin, Naxcawan, Ganzak y otras ciudades persas; destruyó el templo y palacio de Tebermais e hizo una gran multitud de prisioneros persas que, como señala Pisidia y corrobora Teófanos [6114,308], Heraclio liberó antes de cruzar el río Curaxes para disponerse a invernar al otro lado del mismo.

cedieron ante el avance eslavo. Así que lo lógico es que las bandas eslavas se tomaran su tiempo en consolidar sus nuevas conquistas y asentarse en ellas, antes de proseguir su expansión hacia el sur, hacia Grecia.

Pero he aquí que con esto resolvemos la debatida cuestión de cuándo comenzó realmente la instalación de los eslavos en Grecia: hacia 620. Para corroborar esta tesis, recordemos la noticia dada por la *Crónica del 640* que señalaba que de octubre de 622 a septiembre de 623, los eslavos alcanzaron Creta y las islas del Egeo en una de sus correrías piráticas. Pues bien, como ya mostramos, ese ataque eslavo sólo pudo partir del Peloponeso e indica que meses e incluso uno o dos años antes del ataque, los eslavos debían de poseer ya asentamientos en la costa del Peloponeso. Dicho de otro modo: para 621, un año más tarde, poco más o menos, de que las tribus eslavas citadas por el autor de la relación del segundo asedio de Tesalónica se asentaran en la Macedonia meridional, había ya eslavos en el Peloponeso. Este asentamiento no pudo darse antes, puesto que el proceso de invasión e instalación de los eslavos en el continente griego progresaba de norte a sur y ya hemos visto que no hay evidencias que señalen eslavos asentados en los alrededores de Tesalónica, en la Macedonia meridional, antes de 620.

Es por tanto evidente que el proceso de conquista e instalación de los eslavos en Grecia se puso en marcha alrededor de 620 y que progresó con suma rapidez, tanta que para 622-623 estaban instalados ya tan sólidamente en el Peloponeso como para lanzar desde él un ataque contra Creta, las islas del Egeo y las costas e islas del litoral minorasiático, en coordinación con los persas y a la par que el khagan ávaro, quien ejercía sobre esos eslavos una difusa hegemonía y que atacó, traicionera e inesperadamente, Tracia meridional y los alrededores de Constantinopla¹¹¹⁰.

Lo mismo se deduce del examen de la historia de las relaciones posteriores entre ávaros, eslavos y persas, y del hecho de que, tanto los *Milagros de San Demetrio*, como la *Crónica del 640*, señalen un mismo ámbito para los ataques sufridos por el imperio en aquel año 934 de la era seleúcida (622-623 d.C.): el Egeo y las costas e islas de Asia Menor. Pero mientras que el autor de los *Milagros*, situado en una ciudad balcánica y centrado en los movimientos de los eslavos, los enemigos inmediatos de su asediada ciudad, sólo menciona los ataques y movimientos de éstos, el de la *Crónica del 640*, situado en pleno corazón del nuevo imperio universal de Cosroes II Parwez, incluía también en esos ataques a los persas.

¹¹¹⁰ La relación entre los eslavos que se estaban asentando en Grecia y el khagan ávaro puede verse en la narración que se hace en los *Milagros de San Demetrio* sobre el segundo asedio eslavo de Tesalónica, cuando los eslavos solicitan al khagan su participación en la conquista de la ciudad [I, p. 169 y ss.]; más clara aún en el cerco de Constantinopla de 626, en donde los eslavos aparecen como vasallos del khagan. La soberanía del khagan ávaro sobre éstos era muy laxa: los eslavos le pagaban tributo y le enviaban guerreros si el khagan o sus guerreros se hallaban cerca, o si los habían sometido hacía poco tiempo a una razzia; otras veces, los eslavos pedían su ayuda al khagan, y otras en fin, se evadían por completo de su supuesta obligación de prestarle auxilio y tributo. Mas, en general, el khagan lograba hacer que los eslavos se sometieran a sus mandatos y peticiones.

Explicaremos ahora por qué y cómo se estaban produciendo aquellos extraños y devastadores ataques de persas y eslavos en el Egeo y sus tierras ribereñas.

Para 622, la situación militar del imperio, a punto de colapsarse desde 619, no le permitía defender ya con éxito ni tan siquiera sus provincias egeas, pues los eslavos no sólo dominaban las montañas y llanuras de los Balcanes y de la región danubiana, sino que completaban su conquista del Ilírico y habían iniciado su ocupación de la península Helénica, no sólo en el interior, sino también en numerosos puntos del litoral del Peloponeso. Por eso, el relato de Tomás el Presbítero (redactor de la *Crónica del 640*), tan cercano en tiempo y en conocimiento personal, nos es tan precioso.

Recordemos que los monjes jacobitas apresados y muertos por los eslavos procedían del mismo monasterio que nuestro autor, los conocía personalmente y tanto él como su monasterio recibirían un duro golpe al conocer la noticia. Por esa razón, nuestro cronista la recordaría bien, debió de ser significada en los anales de su monasterio y muchos de los supervivientes deberían estar aún vivos y en Qênneshrê, ante los ojos del cronista, cuando éste escribió su obra en 640, tan solo diecisiete años después de los sucesos.

Y en este punto, sí queremos aclarar por qué eslavos y persas estaban atacando al imperio a la par y en un mismo punto. ¿Qué hacían en Creta y las Cícladas unos misioneros, unos monjes jacobitas procedentes de una región que llevaba 13 años bajo control persa? La respuesta está en la segunda parte de la noticia, la que alude a los persas y a su ataque a Rodas, Samos y Cos. Sabido es que los persas (dueños de Siria, Palestina y Fenicia desde 611-614 y de Egipto desde 619) favorecieron a los cristianos monofisitas y nestorianos, y ello por dos motivos:

- a) las provincias más ricas y pobladas de su propio imperio, Mesopotamia, Perso-Armenia, Albania Caucásica, Kuzistán y la Atropatene, eran en buena medida cristianas; esto es, jacobitas y nestorianas.
- b) la conquista de la alta Mesopotamia, Siria, Egipto, Palestina y Fenicia convertían, de hecho, al imperio de Cosroes II en un imperio de mayoría cristiana.

En efecto, con la inclusión de estas regiones, es decir, de los siete millones de monofisitas egipcios y de los seis o siete de jacobitas sirios, de la alta Mesopotamia y de la Armenia romana, sumados a los cinco o seis millones de la Mesopotamia persa, a los dos o tres de la Perso-Armenia y la Albania caucásica, y a las minorías perso-cristianas de Atropatene y Kuzistán, Persia era una potencia cristiana en casi dos tercios de su población, una potencia cristiana. El hecho no ha sido nunca lo suficientemente meditado pero, entre 619-628, Persia fue de hecho una potencia cristiana y muchas de sus decisiones, posibilidades y debilidades en esta década crítica de la historia universal proceden de este hecho olvidado por la historiografía contemporánea.

Pero volvamos a los eslavos y a los desafortunados monjes del monasterio de Qêneshrê y contestemos a la pregunta ¿qué hacían estos monjes en Creta en 622-623? ¿Qué hacían en territorio romano y ortodoxo? Evidentemente llegaron allí con los mismos persas que saqueaban con éxito ese mismo año Rodas, Samos y Cos, los mismos que nos han dejado su testimonio arqueológico en Samos¹¹¹¹.

Los persas siempre favorecieron a estos cristianos heréticos en contraposición a los ortodoxos como una forma de debilitar el dominio del emperador de la Romanía, representante, a la sazón, de la ortodoxia. Tenemos numerosos ejemplos de ello en Siria y Egipto donde, tras una violenta irrupción inicial, el gobierno persa optó por apoyarse en las iglesias locales para consolidar su dominio. De hecho –esto es muy revelador– en 621, apenas un año antes de que nuestros monjes fueran muertos en Creta por los eslavos, Cosroes II había convocado un gran concilio ecuménico en Ctesifonte en el que el rey, tras presidir las sesiones del concilio e intervenir personalmente en ellas, había dictaminado que la razón en la larga disputa teológica sostenida por calcedonios, nestorianos y monofisitas, la tenían estos últimos. Pues bien, estos misioneros y monjes sirios llegados a Creta y a las islas egeas debían de tener el mismo propósito que la buena disposición mostrada por Cosroes hacia los monofisitas de Armenia, Siria y Egipto: debilitar el dominio imperial y preparar o consolidar el balbuceante dominio persa en la región.

La propia reina persa, la mítica Shirin, era una cristiana monofisita, es decir, jacobita. Nestoriana en un primer momento y procedente de una familia siriaca, según los más, y armenia, según los menos, Shirin se había pasado a la fe monofisita alrededor del 613¹¹¹². Además, en la propia corte persa había un potente partido cristiano liderado por el Gran Visir Yazden de Kalka, un nestoriano, y por el médico y consejero real Jonán de Edesa, un monofisita. Hasta el poderoso Spahbad del Occidente, el victorioso y poderoso general Sharbaraz jugaba ya con la idea (que llevaría a cabo en 629) de convertirse él o sus hijos, según conviniera, a la religión cristiana¹¹¹³.

Con todo lo anterior no es de extrañar que los monjes del monasterio de Qêneshrê, una de las puntas de lanza ideológica, cultural y misionera del monofisismo sirio, viajaran a Creta tutelados por la flota persa.

Pero la noticia de la *Crónica del 640* también nos informa sobre el apogeo del poderío persa, sobre sus actividades navales (no había navegado una flota persa por el Mediterráneo desde los días de Darío III Codománo, es decir, desde el 332 a.C.), sobre la desesperada posición del imperio y nos permite también aclarar cómo y con qué facilidad podían contactar los enemigos de la Romanía entre sí: persas, eslavos y ávaros.

¹¹¹¹ GREATREX, G., *Roman Eastern Frontier...*, op. cit., pp. 196-197.

¹¹¹² La única biografía contemporánea de la reina Shirin es la de BAUM, W., *Shirin: Christian, Queen, Myth of Love; a Woman of Late Antiquity: Historical Reality and Literary*. Piscataway, 2004.

¹¹¹³ MANGO, C., “Deux études sur Byzance et la Perse Sassanide, Héraclius, Sharbaraz et la vraie Croix”. *Travaux et mémoires*, 9 (1985), pp. 105-118.70.

En efecto, en nuestro trabajo “Constantinopla ciudad sitiada. a.D. 626”¹¹¹⁴ demostramos que no había duda alguna sobre la alianza entre ávaros y persas en 626 para tomar Constantinopla. La noticia proporcionada por la *Crónica del 640*, nos permite dilucidar cómo se establecían los contactos: por mar. En efecto, ambas potencias, el Imperio ávaro y Persia (recordemos que las tribus eslavas estaban sometidas, en mayor o menor medida, al poderío ávaro) se encontraban ya en el Egeo al menos desde 622-623. ¿Qué podía impedir a los enviados persas llegar hasta las bases eslavas del Peloponeso y desde allí acceder al litoral o al interior de Macedonia o Epiro? Nada. Y una vez allí y en cuatro o cinco semanas de viaje por territorio eslavo tributario del khagan ávaro, estarían en el campamento del khagan. En total y desde los puertos persas de Siria o Egipto no había más de cuarenta o cincuenta días de viaje hasta el campamento principal ávaro a orillas del Danubio.

Sabemos que en 626 los eslavos eran los encargados en Constantinopla y mediante sus monoxilos, de pasar las tropas persas de Sharbaraz desde el litoral asiático al europeo; ahora esta noticia nos permite colegir que las relaciones entre persas y eslavos, de una u otra forma, estaban ya presentes desde 622. Es harto posible –como hemos demostrado aquí– que la sincronización del ataque eslavo y persa al Egeo en 622-623 no fuera fruto de la casualidad, pues tras su exitosa campaña de 622, Heraclio tuvo que volver apresuradamente a Constantinopla por causa de los ávaros, quienes amenazaban con romper por completo el tratado de 621. Dado que los eslavos estaban, en mayor o menor medida, bajo el señorío ávaro y que ese mismo año se disponían a asediar Tesalónica en colaboración con los ávaros, ¿sería este ataque eslavo uno de los resultados de esa tensión? Es evidente que así fue, pues no encontramos otra explicación a estos hechos. ¿Cómo si no explicar la perfecta coordinación en su triple ataque, el que nos mencionaba el contemporáneo Jorge de Pisidia, de ávaros, eslavos y persas de 622-623? Sólo hay una explicación posible: ese ataque –no somos los únicos en creerlo– fue inducido directamente por los persas, quien para esta época habían establecido ya contactos con el imperio ávaro-eslavo del khagan Aganos.

No tenemos noticias bizantinas directas de todo esto pero, el silencio de estas fuentes sobre las actividades navales persas en este periodo es muy sospechoso y, dado que el avance persa en el Egeo no puede ser negado (está refrendado por las fuentes orientales y la arqueología), quizás se trate de un silencio destinado a no agravar más la situación de un imperio al borde del colapso en 622-623. Es pues evidente que persas y eslavos y, por mediación de éstos, los ávaros, ejercían cierto control sobre las aguas del Egeo meridional en 622-623 y que este dominio se mantuvo hasta el 626 al menos, facilitando mucho el intercambio de noticias y embajadas entre los aliados ávaro-eslavos y persas, y alentando la posibilidad de un gran ataque conjunto contra

¹¹¹⁴ SOTO CHICA, J., “Constantinopla...”, *op. cit.*, pp. 110-133.

Constantinopla que finalmente se produjo en 626. Queda así también aclarado el medio por el cual se concertaron los acuerdos ávaro-persas de 622 y de 626: a través de contactos efectuados por mar. Se nos muestra, por último, cuán efectivos y peligrosos podían ser los efectos de la alianza entre el khagan ávaro y el Shahansha persa.

La conjunta derrota del Imperio ávaro-eslavo del khagan Aganos y del Imperio Persa ante los muros de Constantinopla en 626 y la gran ofensiva de la Romanía contra Persia en 627-628 darían al traste para siempre con este desconocido capítulo de la historia eslava, persa y ávara: el de los contactos entre persas y el Imperio ávaro-eslavo.

Narrados los principales hechos que acontecieron en los Balcanes durante la gran invasión ávaro-eslava, solucionados los problemas de cuándo comenzaron realmente a asentarse los eslavos en Grecia, de cuándo se produjeron el segundo y el tercer asedio de Tesalónica, de cuándo quedó fuera de control romano definitivamente el Ilírico y de cómo se trababan las alianzas entre ávaros y persas, y qué papel jugaban en ellas los eslavos, hay que volver a Heraclio y sobre todo a Persia y al Oriente.

Habíamos dejado a Heraclio preparando su gran contraofensiva de 613. Por primera vez desde que ascendiera al trono, tenía las manos libres en el interior con la caída de Prisco y podía centrarse por completo en su principal enemigo externo: la Persia de Cosroes II. A pesar de que la situación económica del imperio seguía siendo desastrosa y su ejército no se había recuperado del anárquico gobierno de Focas, de las derrotas frente a Persia y de los desastres de la guerra civil, Heraclio decidió emprender una gran contraofensiva contra el hasta entonces imparable avance persa.

Para poder concentrar su escaso potencial contra Persia, tuvo que dejar a su suerte el Ilírico y Tracia, para que se defendieran de los ataques lanzados por ávaros y eslavos. Seguramente Heraclio pensaba que una vez detenida Persia y obligada a retroceder hacia Mesopotamia y Armenia, podría volverse contra los invasores eslavos y ávaros, y detener también su avance por territorio del Imperio. Y es que, como siempre, para el Imperio lo primordial era el Oriente.

Incluso para su vida privada aquel año de 613, fue un año crítico para Heraclio. El año anterior, en agosto de 612, había muerto Fabia, la emperatriz Eudocia, a la que el pueblo quería y veneraba como una santa. La emperatriz dejaba tras de ella a un hombre abatido y a dos niños pequeños, Epifania (a quien, sin embargo, solían llamar Eudocia) y a Heraclio-Nuevo Constantino. Ambos, apresuradamente y para asegurar la nueva dinastía, fueron coronados como augustos de los romanos. Para asegurar aún más la posición de su familia, Heraclio aprovechó la caída de Prisco para nombrar a su primo Nicetas, recién llegado desde Egipto, César y *comes excubitorum*. Con lo que ahora, el

círculo de poder creado en torno del emperador y formado por su hermano Teodoro, curopalates; el patricio Bono, *Magister militum praesentalis*; Filípico, *Magister militum per Armeniam*; Nicetas, César, *comes excubitorum* y jefe de los ejércitos de Egipto, Palestina y Siria meridional; y por Sergio, el nuevo Patriarca de Constantinopla, que mantenía con Heraclio relaciones muy estrechas, asegurándole así el apoyo de la iglesia, se reforzó hasta hacer imposible cualquier desafío al nuevo poder.

Así que Heraclio podía al fin marchar a la guerra. La situación era tan difícil y crítica, con los persas en Antioquía y asomándose al Mediterráneo, que fue el propio emperador quien se puso al frente del ejército.

El plan de Heraclio (posiblemente diseñado por Filípico) consistía en lanzar un doble ataque contra los persas: Filípico, con el ejército de campaña de Armenia, marcharía por Capadocia hacia Armenia y amenazaría directamente el territorio persa. Su objetivo no era tanto el derrotar al enemigo, como el de distraerlo y hacer que lo siguiera hacia el este para cortar su avance hacia Perso-Armenia. De esta manera, Filípico esperaba debilitar las fuerzas persas que se opondrían al segundo ejército romano comprometido en la gran contraofensiva (el dirigido por el emperador y su hermano Teodoro) y cuya misión sería la de caer sobre Antioquía, atravesando las puertas de Cilicia y las de Siria, convergiendo allí con las tropas que Nicetas traería desde Palestina y Siria meridional; de esta suerte, derrotar al ejército de Sharbaraz y recuperar Antioquía. De llevarse a cabo, esta victoria acabaría con la cuña que los persas habían introducido entre el Asia Menor y la Siria meridional, y los obligaría a retirarse al otro lado del Éufrates.

Era un buen plan, pero no salió bien. Heraclio partió de Constantinopla y, tras pasar por el retiro del gran santo de la época, Teodoro de Sykeon, avanzó hacia Siria. Por delante de él iba Filípico, quien había logrado esquivar al ejército persa de Sain y lo había dejado plantado tras de sí obligándolo a retroceder. Libre de Sain, Filípico pudo entrar en Armenia por el camino de Teodosiópolis y llegar hasta la región de Dvin y el monte Ararat. Filípico, por lo tanto, estaba manejándose muy bien en su parte de la campaña. Penetró aún más profundamente en Armenia y atrajo tras de sí a numerosas fuerzas persas a las que supo vencer sin trabar combate directo, a fuerza de marchas y contramarchas que agotaron a los ejércitos persas que pugnaban por cercarlo¹¹¹⁵.

Pero si en Armenia las cosas fueron bien, en Siria no pudieron ir peor. El ejército comandado por Heraclio y Teodoro, pudo contactar con Nicetas y sus tropas, pero bajo los mismos muros de Antioquía sufrieron una sangrienta derrota. Del relato de Sebeos, el único que poseemos de esta gran batalla (las fuentes griegas, prudentes, callan al respecto), se deduce que fue muy reñida y que, en el punto crítico del combate, las

¹¹¹⁵ La campaña de Filípico en Armenia es recogida por Sebeos: pp. 66-67.

tropas persas que comandaba Sharbaraz se vieron reforzadas por la llegada de nuevos contingentes persas que desbordaron a los romeos.

Acosados por los persas, Heraclio y sus hombres retrocedieron, en orden y sin dejar de luchar, lo que muestra que el ejército estaba ya recuperando su tradicional espíritu de combate y su disciplina, hacia las puertas sirias. Allí se volvieron y lograron derrotar a sus perseguidores, seguramente la vanguardia del ejército de Sharbaraz. No fue una victoria decisiva y el ejército romano estaba tan quebrantado que se retiró, apresuradamente y dejando a los persas la posesión de buena parte de Cilicia, hacia el interior de Asia Menor y de allí, a Constantinopla.

Gracias a Sebeos conocemos los pormenores de esta desafortunada campaña de Heraclio. Su texto, único testimonio de extensión al respecto de estos hechos, merece ser reproducido:

“En aquel tiempo, Heraclio hizo coronar a su hijo Constantino, lo confió al Senado, lo recomendó a los grandes de su palacio y le hizo sentarse en el trono de su imperio. En cuanto a él, tomó el título de jefe del ejército con su hermano Teodosio, (Teodoro) reunió numerosas tropas y pasó a Asorestán, en la región de Antioquía. Hubo entonces un gran combate en Asia y la sangre de los guerreros fue vertida torrencialmente bajo los muros de Antioquía. La lucha fue terrible y acompañada de una espantosa masacre y, por los dos lados, el cansancio hizo que el combate cesara. Pero los persas, al haberse reforzado, pusieron en fuga a los griegos, los persiguieron y consiguieron la victoria gracias a su bravura. Otro combate tuvo lugar cerca del desfiladero que da acceso a Cilicia. Los griegos vencieron en ordenada batalla a los persas que tenían ocho mil hombres armados. Pero ellos mismos tuvieron que retirarse y huir. Los persas se rehicieron, vinieron a apoderarse de la ciudad de Tarso y de todos los habitantes del distrito de Cilicia”.¹¹¹⁶

En esta gran derrota se consumieron las últimas reservas de Heraclio. Ciertamente que todavía estaban sobre el campo los ejércitos de Filípico y de Nicetas, y que a fines del 613 pudo Nicetas obtener en Emesa una pírrrica victoria sobre Sharbaraz, pero no hubo ya más contraofensivas romanas hasta la primavera del 622. Eso muestra claramente el penoso estado en el que se hallaban ya las finanzas y el ejército romano.

Sain volvió a Capadocia y Filípico, al cabo, tuvo que abandonar Armenia ante la presión de los ejércitos persas que lo asediaban. Sharbaraz, tras vencer a Heraclio y tomar Tarso, la principal ciudad romana en Cilicia, y una gran base militar y naval que se había tenido hasta entonces por inexpugnable, se volvió hacia el sur. Avanzó por el valle del Orontes y tomó Damasco, la segunda ciudad de Siria. Nicetas, con los restos de los ejércitos de Siria y Egipto, logró pararlo en Emesa, ya lo hemos visto, pero al año siguiente, 614, Sharbaraz penetró en Palestina y se acercó a Jerusalén.

Heraclio envió una embajada a Cosroes II Parwez solicitando la paz en las condiciones más favorables para Persia. Pero Cosroes, con toda Siria, Mesopotamia y Armenia en su poder, con los ejércitos de Sharbaraz y Sain victoriosos en su avance por

¹¹¹⁶ Sebeos: p. 67.

Palestina y Asia Menor, no necesitaba la paz. No quería ya, como al principio de la guerra, la devolución de lo cedido a Mauricio en 591, ni la entrega de algunas ciudades y fortalezas en Mesopotamia; tampoco le bastaban ya la posesión completa de Armenia, ni el pago de crecidos tributos. Ahora deseaba la conquista de todo el Oriente. Así que desoyó las propuestas de Heraclio y prosiguió la guerra¹¹¹⁷.

Todo parecía pues, torcerse para Heraclio. Sin dinero, sin reservas militares, con los persas dueños ya de toda Siria y Armenia, y a punto de conquistar Palestina; con los ávaros y eslavos avanzando por los Balcanes, con Italia reduciéndose ante los ataques lombardos y la lejana Hispania de nuevo intranquila por los progresos visigodos, no se podía imaginar situación más comprometida que la suya.

Tampoco iban bien las cosas en la vida personal de Heraclio. Ya vimos que, en agosto de 612, había quedado viudo. No duró mucho su viudez, pues su sobrina Martina, hija de María, la hermana favorita de Heraclio, atraía la atención del emperador. No hay acuerdo entre los estudiosos a propósito de cuándo tomó Heraclio como esposa a Martina, pero –en nuestra opinión– es absurdo no tener en consideración a Teófanos, único cronista que da una fecha viable para tal casamiento, que señala que Heraclio se casó con Martina en el año 6105, es decir entre septiembre de 613 y agosto de 614 d.C. Es pues muy posible, teniendo en cuenta que Heraclio estuvo en campaña hasta bien entrado el otoño de 613, que la boda se llevara a cabo en el invierno o a inicios de la primavera del 614.

Teófanos señala que Martina fue coronada Augusta en el Augusteum, de manos del Patriarca Sergio. Nicéforo cuenta, por su parte, que Sergio había tratado, con la ayuda de Teodoro, el hermano del emperador, de disuadir a éste de tal enlace. Y es que, tanto para el derecho de la época, como para la iglesia y el pueblo, el matrimonio de Heraclio con su sobrina Martina era un acto impúdico y ofensivo. Puede que Heraclio –recuérdese que su origen era armenio– no lo viera así, pues en Armenia esta clase de matrimonios no era rara. Pero sin duda no le pasó inadvertido que la inmensa mayoría de sus súbditos no compartían su “visión armenia de las cosas”. El odio del pueblo a Martina era tan grande que rayaba su imagen en las monedas en donde ésta aparecía. Sin embargo, Martina fue una buena esposa. Acompañó a su marido en no pocas campañas y le dio un gran número de hijos. Era una mujer inteligente y no era ajena en modo alguno al desempeño del poder¹¹¹⁸.

Nos hemos detenido un tanto en la relación mantenida entre Martina y Heraclio, porque Martina jugaría un papel decisivo en la historia de la Romania y porque su impopular matrimonio con su tío Heraclio iba a lastrar considerablemente a éste. Heraclio, hombre extremadamente religioso, vio en sus inesperadas derrotas ante los árabes la prueba del desagrado divino por su pecaminosa boda con Martina y esta

¹¹¹⁷ Teófanos: 6105, 301.

convicción pudo restarle vigor y capacidad a la hora de organizar la respuesta de la Romanía al nuevo enemigo que surgía desde el sur. Pero ya volveremos sobre esto a su debido tiempo, pues ahora hay que retomar nuestro relato de los hechos donde lo habíamos dejado.

A inicios del 614, Sharbaraz penetró en Palestina y Fenicia. Por todas partes estallaron revueltas judías: en Tiro, los habitantes de la ciudad tuvieron que armarse y defender las murallas frente a un ejército de judíos de los alrededores; en Jerusalén, hubo disturbios entre los demos de la ciudad y los judíos, muy numerosos en general en toda Palestina y Siria. Los judíos fueron derrotados y tuvieron que abandonar Jerusalén, tras lo cual corrieron a unirse al ejército de Sharbaraz que acudía a cercarla¹¹¹⁹.

Asediado por Sharbaraz y ante la posibilidad de verse cercado, Nicetas retrocedió hacia Cesarea Marítima y Egipto, dejando a Sharbaraz el campo libre para que se posesionara de toda Palestina. Para abril de 614, los persas ya habían expulsado a Nicetas de sus últimas posiciones en Palestina y acampaban en Cesarea. Nada impedía pues a Sharbaraz apoderarse de Jerusalén. La gran ciudad hizo el amago de rendirse, pero al cabo optó por la resistencia. Los delegados persas que Sharbaraz había enviado para que se hiciesen cargo del gobierno de la urbe fueron asesinados y los demos –como ya hemos mencionado– se volvieron contra los judíos y los expulsaron de la ciudad. Jerusalén pues desafiaba al “jabalí salvaje” de Cosroes, a Sharbaraz. Era tanta la fe que tenían todos, romanos y persas por igual, de que los ángeles defenderían la ciudad santa, que durante varios días los ejércitos de Sharbaraz no se atrevieron a iniciar su ataque. La única esperanza de Jerusalén, aunque muy débil, era la aislada guarnición de Jericó, pero ésta fue destruída por Sharbaraz, tras intentar una salida.

Animado éste por las visiones de los ermitaños cristianos que acompañaban a su ejército y que le habían anunciado que los ángeles abandonaban Jerusalén, ordenó a sus tropas comenzar el cerco de la ciudad. Sharbaraz había traído consigo un potente tren de sitio en el que no faltaban catapultas, ballistas, onagros y escorpiones. Poco antes, el patriarca de Jerusalén, Zacarías, había tratado de llegar a un nuevo acuerdo con los persas; pero éstos, que no se fiaban ya de los romanos y que se hallaban reforzados por las visiones de los ermitaños, hicieron inviables los postreros intentos del patriarca por salvar a su ciudad.

Y así, el 20 de mayo de 614, cuando ya el bombardeo de la ciudad por las máquinas de guerra persas arreciaba y causaba las primeras brechas en los muros, los judíos se unieron al ataque persa y la resistencia se quebró por completo. Antioco

¹¹¹⁸ Teófanos: 6105,301; Patriarca Nicéforo: cap. 11.

¹¹¹⁹ Sebeos: p. 68; Eutiquio: 308-309. Consúltese también HOROWITZ, E., “The Vengeance of the Jews Was...”, *op. cit.*; así como el excelente trabajo de DAGRON, G. y DEROCHÉ, V.: “Juifs et chrétiens dans L’Orient du VII siècle”. *Travaux et Memoires*, 11 (1991) pp. 17-46, que sirve de introducción histórica a su traducción al francés del texto de la *Didascalía de Jacob*.

Estrategos, testigo visual de los hechos, nos ha sabido recoger en su *De expugnatione jerosimitae* todo el horror que trajo consigo la caída de Jerusalén y de qué apocalíptica manera fue acogida, por todo el orbe romano y aún más allá, la caída de Jerusalén¹¹²⁰.

Todas las fuentes coinciden en que los judíos participaron activamente en la matanza y en los combates; no en vano y en un principio, también ellos veían la cuestión desde un punto de vista mesiánico y apocalíptico: un nuevo Ciro se había levantado en Persia contra la nueva Babilonia, la Romania, y ellos, el pueblo de Israel, tenían que preparar el camino al Mesías que, tras el nuevo Ciro, tras el Mesías de la guerra, tenía que reinar sobre Israel. De esa forma, con más o menos claridad –según el caso– anunciaban los hechos los textos apocalípticos judíos de la época.

Más de 50.000 personas murieron en la gran matanza y unos 35.000 jerosimitanos, con su patriarca a la cabeza, fueron obligados a emprender el camino hacia Ctesifonte, no sin antes sufrir la humillación de tener que abandonar su ciudad pasando por encima de una cruz que los persas habían tirado al suelo.

Sharbaraz, victorioso, se hizo con el control de toda Palestina hasta Egipto y pudo llevar en triunfo a su reina Shirin el *estauroteques* de la Vera Cruz. El adornado estuche de plata dorada y orlado con dos cruces enjovadas que guardaba el sagrado trozo de madera que, tres siglos atrás, había extraído Santa Elena del monte Calvario. El santo sepulcro, la iglesia de Getsemaní, y la mayoría de los grandes templos y santuarios de la ciudad santa, fueron destruidos. Sólo en Belén respetaron los persas la iglesia de la Natividad, pues –según se dice– al ver los mosaicos que a la puerta de la iglesia representaban a los Reyes magos, se abstuvieron de destruir el monumento, puesto que éstos iban vestidos con ropajes persas.

Nos hemos detenido tanto en el asedio y caída de Jerusalén porque fue un hecho decisivo para el mundo antiguo. En efecto, la conquista de Jerusalén por los persas era el más rudo golpe que la Romania podía encajar. Para un imperio que se había ligado tan íntimamente a una fe, como lo estaba la Romania al cristianismo, perder su corazón religioso y moral, constituía una catástrofe que nuestra mente moderna difícilmente puede calibrar. Era el comienzo de una era apocalíptica y así lo entendieron los contemporáneos¹¹²¹.

Mas no fue el final de la embestida persa pues, en 615, un ejército persa comandado por Sain penetró hasta Bitinia y llegó ante los muros de Calcedonia. Los

¹¹²⁰ Antioco Estrategos, *Expugnatione Jerosolimitae*: pp. 505-517; Sebeos: pp. 68-69; Eutiquio: p. 309; Teófanos: 6106, 301-302; Patriarca Nicéforo: cap. 12; *Crónica Pascual*: 704-705; Miguel el Sirio: II. XLI, p. 403; *Crónica del 640*: a.D. 925, p. 17; Agapios: 451, 101; *Crónica de 1234*: p. 128; *Crónica del Khuzistán*: 25, pp. 234-235.

¹¹²¹ Hay una auténtica explosión de literatura apocalíptica a partir de este acontecimiento, como, por ejemplo, los *Apocalipsis del Zorobabel*, *Apocalipsis del Pseudo Metodio* y *Apocalipsis del Edesano*, editados en A. PALMER, *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles...*, op. cit., pp. 222-51. Un excelente trabajo sobre el impacto de la caída de Jerusalén en la mente de los contemporáneos es el de VALLEJO, M., *Miedo bizantino...*, op. cit.

persas tenían ya Constantinopla a la vista, Cesarea de Capadocia estaba en sus manos y Ancira, en Galatia, era también una de sus bases en el interior de Asia Menor. Heraclio, desesperado, navegó hasta la orilla asiática para entrevistarse allí con el general persa y solicitarle de nuevo la paz. Sain se mostró comprensivo y envió una embajada a Cosroes para interrogarle sobre la cuestión de la paz que se le ofrecía. Pero el Rey de reyes persa, se negó, una vez más, a cualquier compromiso. Para él, Cosroes, “compañero del sol y de la luna, Dios inmortal entre los hombres mortales”, sólo había un acuerdo posible: la completa sumisión de Heraclio y su imperio. La guerra continuó pues¹¹²².

Ante el agobio económico, Heraclio intentó aportar una “cura de urgencia” a sus finanzas reduciendo el sueldo de sus soldados a la mitad. La situación del imperio era tan grave y tan de general conocimiento, que las tropas se avinieron sin problemas a aceptar esta drástica solución, al contrario de lo que sucediera en los días de Mauricio. Para completarla, Heraclio mandó acuñar una nueva moneda de plata, el hexagrama, destinada a sustituir al oro en el pago de las soldadas¹¹²³. También fueron tomadas otras medidas de ahorro como, por ejemplo, la abolición de las entregas gratuitas de alimentos para los ciudadanos de Constantinopla. Aunque conocemos algunos disturbios, el pueblo soportó bien la grave crisis y se puede decir que Heraclio mantuvo su inicial popularidad pese a estos recortes y a la falta de espectáculos en el hipódromo.

De hecho, Heraclio era un excelente propagandista. Sabía manejar los símbolos como nadie y rodearse de un aura mística y heroica que su amigo y poeta, Jorge de Pisidia, contribuiría a realzar y extender con sus brillantes poemas. Heraclio había llegado al trono bajo el manto de la Teotokos, pues había sido ese su estandarte al arribar en sus naves a Constantinopla, y bajo él se mantuvo. Mediante espectaculares ceremonias religiosas y gestos piadosos (como el de coronar la gran columna erigida por Focas, no con una estatua ecuestre suya, sino con una cruz), supo ganarse el afecto de un pueblo que, pese a los iniciales y largos años de derrotas y dificultades, siempre creyó que sólo Heraclio podía salvarlo.

Para 617 estaba claro ya que Persia no se avendría a ninguna paz por ventajosa que ésta se le ofreciera. A Heraclio sólo le quedaba una opción viable: neutralizar a los ávaros e intentar concentrar en un solo frente, el persa, sus escasos recursos. Estaba sólo en el trono, pues su padre, Heraclio el Viejo, había muerto en algún momento entre 613 y 615, pero contaba con una familia activa y poderosa. Gregorio, su tío, quedó a cargo del gobierno de África y de las dependencias de ésta. En Egipto, Nicetas mantenía el orden y lograba sujetar a Sharbaraz en el Sinaí. Teodoro, seguía siendo su curopalates y tras la caída de Filípico, quedó al mando de las tropas de éste. Bono, el patricio que años después defendería brillantemente la capital del ataque combinado de ávaros y

¹¹²² Sebeos [pp. 77-79] recoge estas negociaciones pero extravía la fecha y el nombre del general persa.

¹¹²³ Esta medida se llevó a cabo en 615; *Crónica Pascual*: 706; YANNOPOULOS, P., *L'Hexagramme, un monnayage byzantin en argent du VIIe siècle*. Lovaina, 1978. Numismatica Lovaniensia, 3.

persas, era su mano derecha en Constantinopla y el patriarca Sergio, pese al desacuerdo por su boda con Martina, le era absolutamente afecto. Pero aunque en el interior seguía estando seguro, cosa muy distinta era llegar a un acuerdo con el khagan de los ávaros.

Su nombre era Aganos, era el tercer khagan que reinaba sobre los ávaros desde que llegaron a Europa, e hijo menor del viejo Baian, el primer khagan de los ávaros europeos. Tras las grandes derrotas sufridas ante los ejércitos de Mauricio, los ávaros habían sabido aprovechar muy bien el respiro que les diera Focas y la debilidad de Heraclio, para incrementar significativamente su poder. En primer lugar, destruyeron por completo a sus viejos enemigos de las llanuras del Mar Negro occidental, los antas, pues la última vez que aparecen citados es en 612 y, a partir de ahí, se pierde su rastro por completo. Los ávaros sabedores de la debilidad de los turcos, envueltos en guerras civiles y derrotados por Cosroes, recuperaron el control sobre las estepas del Don y del Kubán, quedando todas las hordas búlgaras sujetas a ellos; mientras que por el oeste, su imperio alcanzó las fronteras de Italia y del reino franco. Pero su mayor expansión y la más provechosa, fue hacia el sur. Allí y desde 611, comenzaron a desbordar las defensas romanas, pugnando a la vez por extender su autoridad a las numerosas bandas de eslavos que cruzaban el Danubio para instalarse en los Balcanes.

Su dominio sobre estos eslavos, sobre las tribus eslavas asentadas en la futura gran Moravia y sobre aquellas otras que se fueron instalando desde los límites del Friul hasta el río Sava, fue siempre muy laxo; lo mismo ocurría con el control que el khagan ávaro ejercía sobre los búlgaros del Don y del Kubán, Pero aún así, el khagán podía estar satisfecho, pues, hacia 617, su poder, de modo más o menos firme, se extendía desde Baviera y los Alpes al oeste, hasta el Don y el Kubán por el este, y desde las tierras que veían nacer al Elba, al Oder y al Vístula, al norte, hasta Grecia y Adrianópolis por el sur. No había habido en las estepas y bosques de Europa oriental un imperio semejante desde los días de Atila y nunca lo volvería a haber.

Sin embargo, este imperio era de base nómada y guerrera, y necesitaba continuamente de nuevas victorias, conquistas y botín para poder sostenerse. Era un imperio basado en el prestigio personal y guerrero del khagan y éste no podía permitirse la paz. Así que Heraclio, que no podía permitirse la guerra, fracasó en sus iniciales intentos de conseguir una paz o al menos, una tregua, que le facilitara volverse contra Persia, sin el continuo temor de un ataque ávaro por la espalda. Era un problema casi irresoluble: el imperio necesitaba oro y soldados urgentemente, pero hacía falta tiempo y paz para conseguir el primero y sin el oro no había soldados.

Si el imperio sobrevivió en estos duros tiempos fue tan sólo gracias a África. Con Asia Menor sometida hasta las mismas puertas asiáticas de Constantinopla, al continuo saqueo de los ejércitos persas; con Mesopotamia, Siria, Palestina y Armenia ya por completo en manos persas, y la totalidad de los Balcanes sujetos, o bien al control ávaro-eslavo, o bien a sus devastaciones, sólo de África y de Egipto llegaban oro y

soldados. Sin embargo, Egipto no tardó mucho en caer en manos persas y entonces África quedó sola como único sostén económico del imperio, un hecho tan claro que sorprende que haya sido dejado de lado por los historiadores contemporáneos. No obstante, tuvo que ser un apoyo efectivo el que África proporcionara a Heraclio, puesto que, salvando el préstamo casi forzoso concedido por la iglesia poco antes de 622, Heraclio no contó con más apoyo durante casi siete años que el africano. África no sólo enviaba trigo y aceite, no sólo proporcionó oro a las arcas imperiales (más de 800.000 sólidos al año como ya mostramos), sino que también envió tropas.

La arqueología ha mostrado, no hace mucho, la realidad de esta faceta de la ayuda africana. En Constantinopla se halló un pequeño cementerio militar con tumbas de soldados africanos, de las que una de ellas conservaba una inscripción que identifica al soldado allí enterrado en 613 como procedente de África¹¹²⁴. Este testimonio epigráfico unido a las noticias de que Heraclio tenía consigo a muchos soldados africanos y mauri, y junto con los testimonios de los años que siguieron (un Heraclio que siempre se volvía a África en demanda de tropas para defender Egipto frente a los árabes), ilustran la importancia de África en este campo y en la supervivencia de la Romanía. Sólo esto, el hecho incontestable de que sin África, la Romanía hubiera perecido durante los críticos años que van de 619 a 628, bastaría para que su reconquista por Justiniano, tan criticada por tantos historiadores, quede plenamente justificada.

Pero pese a los recursos africanos y a que todavía poseía Egipto, Heraclio se hallaba en una posición casi insostenible en 617. Fue precisamente en este año cuando N.H. Baynes situó lo que se ha dado en llamar “el día de la sorpresa ávara¹¹²⁵”; es decir, el intento por parte del khagan ávaro Aganos de atrapar al emperador Heraclio. Analicemos y datemos correctamente esta “sorpresa ávara”.

Frente a la hipótesis de Baynes, otros historiadores han situado esta acción de los ávaros contra Heraclio y Constantinopla, no el día cinco de junio del 617, sino el cinco de junio de 623. Así lo hacen, por ejemplo, Michael y Marie Whitby, y E. W. Kaegi, por citar sólo algunos de sus más destacados defensores. Esta última hipótesis, la de situar la “sorpresa ávara” en junio de 623, es insostenible. Así lo demostró Baynes con abundancia de argumentos y pruebas, y así lo creen también historiadores tan prestigiosos como Haldon, Lemerle, Pertusi o Cameron. Situar la “sorpresa ávara” el día cinco de junio de 623 implica trastocar toda la cronología de las campañas de Heraclio contra Persia.

¹¹²⁴ ZUCKERMAN, C., “Epitaphe d'un soldat africain d'Heraclius servant dans une unité découverte à Constantinople”, *Antiquité Tardive*, 6 (1998), pp. 377-382.

¹¹²⁵ BAYNES, N.H., “The Date of the Avar Surprise”, *Byzantinische Zeitschrift*, 21 (1912), pp. 110-128.

En efecto, según la relación de Teófanos (que sigue a Jorge de Pisidia, poeta y amigo de Heraclio), Heraclio partió para la guerra el 25 de marzo de 623 y pasaría los inviernos de 623-624 y 624-625 en territorio enemigo, y el de 625-626 en Trebisonda. Estas noticias son corroboradas por Sebeos, Moisés Dasxuranci y la *Crónica del 640*, documentos que son contemporáneos de los hechos, o beben directamente de fuentes contemporáneas de los mismos. Por ejemplo, Sebeos narra que Heraclio partió contra Persia en el año 34 de Cosroes. Ahora bien, los persas contaban los años de reinado de sus reyes no desde el momento de su coronación, sino desde el año en curso en que ocurriera tal evento. Así, aunque Cosroes II fue coronado en febrero de 590, su primer año de reinado iba de junio de 589, cuando se iniciaba el nuevo año persa, hasta junio de 590, cuando el año se cerraba. Por lo tanto, el año 34 de Cosroes corresponde a 623-624 d.C., lo que confirma a Teófanos.

Lo mismo ocurre con Moisés Dasxuranci y con la *Crónica del 640* que, de forma clara y en concordancia con Teófanos y Jorge de Pisidia, dice que Heraclio dejó Constantinopla en la primavera de 623 para marchar contra Persia. Así que –como hiciera ya notar Baynes– cuatro fuentes (Teófanos, la *Crónica del 640*, Sebeos y Moisés Dasxuranci) señalaban que Heraclio partió para la guerra en la primavera del 623 y por lo tanto los defensores de la hipótesis de que Heraclio no fue contra Persia hasta 624 y que tienen como único apoyo a la *Crónica Pascual*, estaban equivocados. Baynes no se detuvo ahí, señaló que en los poemas de Jorge de Pisidia se decía claramente que el emperador pasó seis años en campaña contra Persia sin pisar Constantinopla y que sólo volvió a ésta al séptimo año. Es decir, que si Heraclio estuvo seis años en campaña sin volver a su capital es imposible que partiera de ella en 624, pues sabemos que estaba de vuelta en Constantinopla en 629. Por lo tanto, concluía Baynes, sólo pudo partir para la guerra en 623. Así que ya eran cinco fuentes las que se oponían al solitario testimonio de la *Crónica Pascual*.

Pero los defensores de la hipótesis del año 624 como año del comienzo de la gran campaña contra Persia, los que se empeñaban en situar la “sorpresa ávara” en 623, se negaban a aceptar lo evidente y, renovados en sus bríos por Marie y Michael Whitby, y reforzados por Kaegi, lograron que una buena parte de los bizantinistas apoyara su postura.

Esta hipótesis es de todo punto descabellada, pues sus defensores no niegan ninguno de los hechos, ni los recorridos que Heraclio y sus tropas emprendieron en sus guerras contra Persia, sino que se limitan a eliminar un año, el 623, y a agrupar los sucesos que Teófanos y los demás historiadores extienden entre la primavera del 623 y el otoño-invierno de 628. Así, Kaegi, el último biógrafo de Heraclio y fiel defensor de la hipótesis de 624 como año inicial de la gran campaña de Heraclio contra Persia, sitúa los acontecimientos del 623 en 624, los de este último en 625 y los de 625 y 626 los agrupa en 626. Ahora bien, basta con situar sobre un mapa el itinerario de Heraclio y

sus tropas durante estos años, y contar kilómetros y dificultades, para que uno se de cuenta de que a Heraclio y a sus tropas les fue materialmente imposible hacer lo que Kaegi pretende que hicieron; les falta un año para ello, el que Kaegi les sustrae. Además, todas las fuentes de la época, excepto la *Crónica Pascual*, señalan tres inviernos en suelo persa y uno en el Ponto, mientras que Kaegi y los Whitby, eliminan, sin más, uno de esos inviernos.

La escasa fuerza de su argumentación reside en la supuesta infalibilidad cronológica de la *Crónica Pascual*, fuente con una cronología tan infalible como para errar en todo un mes en la fecha de la toma de Jerusalén por los persas, posiblemente el hecho más sonoro de todo el siglo VII para un bizantino. De hecho –ya lo señaló Baynes en su tiempo– la cronología de la *Crónica Pascual* contiene otros muchos errores y no es en modo alguno tan exacta y detallada en su narración como se pretende. Por ejemplo, su anónimo autor se despreocupa por completo de las campañas del emperador Heraclio y sólo las retoma cuando están finalizando, en marzo-abril de 628.

Baynes (que dejó tan desautorizada la hipótesis que sitúa el día de la “sorpresa ávara” en junio de 623 que parece imposible que Marie y Michael Whitby se atreviesen a defenderla de nuevo) aportó aún otro testimonio: una obrita atribuida a Teodoro Synkelos, contemporáneo de los hechos, y cuyo examen permitía con claridad situar el día de la “sorpresa ávara” y el traslado de la túnica de la Virgen de las Blaquernas a Constantinopla (suceso que es el centro de la pequeña obra) antes de 620, esto es, antes del tratado firmado por Heraclio con los ávaros en ese año y que nos recoge Teófanos.

Eran ya seis fuentes, todas contemporáneas o basándose en obras contemporáneas de los hechos, las que contradecían a la *Crónica Pascual*. Además, Baynes, concienzudo como era, demostró que esta crónica estaba llena de lagunas y que el copista de la obra original rellenó esas lagunas a su buen parecer y trastocando, a menudo, no sólo el texto, sino su distribución cronológica.

Demasiados argumentos en contra y sin embargo aún hoy –como ya hemos dicho– historiadores como Marie y Michael Whitby, o Kaegi, sostienen la vieja tesis de Geeland, de que el día de la “sorpresa ávara” fue el día que marca la *Crónica Pascual*: el domingo cinco de junio de 623.

Baynes, en su genial trabajo sobre la “sorpresa ávara”, se empeñó, con razones poco sólidas, en mantener la fecha de cinco de junio domingo, aunque no el año de 623 dado por la *Crónica Pascual*, y puesto que la otra fuente que precisa una fecha, Teófanos, indicaba el año 619, que no cuadraba con un domingo cinco de junio (ya que en 619 el cinco de junio cayó en martes), llegó a la conclusión de que Teófanos también estaba equivocado y que la fecha correcta había que buscarla en el año 617, pues ese año, y al igual que en 623, el cinco de junio cayó en domingo.

En esto se equivocó el gran maestro. Averil Cameron lo puso de manifiesto en un brillante artículo publicado en 1979 que mostraba que la fecha correcta para la “sorpresa

ávarena” no era 617, como estableció Baynes y como sostuvieron y sostienen otros eminentes historiadores como Haldon, Pertusi o Lemerle; ni tampoco 623, sino 619, la fecha indicada por Teófanos y que también encaja, al contrario que las otras dos, en la correcta sucesión de los hechos. Cameron se apoyó para sostener su tesis en el estudio de la pequeña obrera atribuida a Teodoro Synkelos y que ya sirvió a Baynes para mostrar que la sorpresa ávara no pudo ser posterior a 620. Cameron demostró que la fecha correcta del traslado de la túnica de la Virgen a Constantinopla con el fin de ponerla a salvo de los ávaros que habían intentado sorprender a Heraclio, era la de 619 y no la de 617.

Esta es nuestra postura. La sorpresa ávara ocurrió en junio de 619: la fecha señalada por Teófanos y, de forma indirecta, por la obra de Teodoro Synkelos. De hecho es la única posible y para demostrarlo aportaremos nuevos argumentos que así lo certifican y que ayudan a consolidar la tesis de A. Cameron¹¹²⁶.

Se recordará que el khagan se negaba a llegar a ningún acuerdo con Heraclio. También cómo el khagan trató de apresar a traición a Heraclio justo cuando éste, atraído por las promesas de paz del khagan, salía de Constantinopla hacia Heraclea cargado con toda la pompa, y aparato imperial y teatral que pudiera subyugar al khagan. Éste, al saber que Heraclio se hallaba ya acampado en Selimvria, a más de 60 kms. de la capital, preparó su trampa distribuyendo a sus guerreros entre los bosques de las colinas próximas a Heraclea y a la muralla larga. Cuando Heraclio se acercaba, en vez de un khagan amable y dispuesto para la paz, se halló con un numeroso grupo de guerreros ávaros que le atacaban. Quitándose las vestiduras imperiales para no ser reconocido y con la diadema bajo el brazo, Heraclio huyó a caballo hacia Constantinopla. Llegado a ella, recogió las reliquias de las iglesias de los arrabales constantinopolitanos (entre ellas la túnica de la Virgen de las Blaquernas) y se refugió tras las murallas de la capital. Al poco llegaron los ávaros y, tras saquear los alrededores de la ciudad, se marcharon con la frustración en el rostro pero con un rico botín.

Bien, ese es el relato de los hechos, pero nadie se ha parado a pensar que la “sorpresa ávara” y la precipitada llegada de Heraclio a Constantinopla portando la túnica de la Virgen de las Blaquernas, no pudieron ocurrir –pese a lo que digan las fuentes y los historiadores– el mismo día.

¹¹²⁶ Al respecto de esta discusión *vid.* BAYNES, N.H., “The Date of the Avar Surprise”, *Byzantinische Zeitschrift*, 21 (1912), pp. 110-128; A. STRATOS, *Byzantium...*, *op. cit.*, vol. I, pp. 134-151; HALDON, J., *Byzantine Praetorians. An administrative, institutional and social survey of the Opsikion and Tagmata, c. 580 - 900*, Bon, 1984, pp. 169-171; HALDON, J.F., *Byzantium in the seventh...*, *op. cit.*, pp. 45; KAEGI, W., *Heraclius...*, *op. cit.*, pp. 118-119; LEMERLE, P., *Les plus anciens recueils...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 101-103; CAMERON, A., “The virgin's robe: an episode in the history of early seventh-century Constantinople”, *Byzantion*, 49 (1979), pp. 42-56. Sobre la posición de Marie y Michael Whitby *vid.* el apéndice IV de su traducción de la *Crónica Pascual*.

En efecto, Selimvria, donde estaba acampado Heraclio, se halla a más de 60 kms de Constantinopla y el lugar de la sorpresa ávara, situado entre Heraclea, la Muralla Larga y Selimvria, a casi 70 kms. Pues bien, Heraclio fue atacado a media mañana y por mucho que galopara ese día, no pudo cubrir los 70 kms que lo separaban de su capital en las horas que faltaban para que concluyera aquel funesto día. En el mejor de los casos, Heraclio llegaría al día siguiente y los ávaros, que se entretenían en saquearlo todo, debieron de tardar aún otro día más en llegar a la capital de la Romania.

¿Qué quiere decir esto? Que la fecha dada por la *Crónica Pascual* no tiene sentido y que agrupa bajo ella dos hechos separados entre sí por, al menos, uno o dos días. El cinco de junio de 623 (como dice la *Crónica Pascual*) o de 617 (como quiso Baynes) no pudo abarcar, en su limitado espacio de tiempo, al día de la “sorpresa ávara” y al saqueo de Blaquernas y los arrabales constantinopolitanos. Y puesto que la *Crónica Pascual* no hace distingos cronológicos y sitúa todos los acontecimientos en un solo día, ello indica que el cronista está cometiendo un error y agrupando las acciones de varios días en uno sólo que, con toda probabilidad, es más el fruto de una reconstrucción o de una conjetura que de un recuerdo vívido y claro. Así que, el principal argumento de los defensores de la *Crónica Pascual* como la fuente que da la verdadera fecha de la “sorpresa ávara” (es decir, el de que esta fuente es exacta y fruto de recuerdos precisos y fielmente anotados en su correcta cronología) se derrumba en este caso.

Más aún, Heraclio, despechado por la traición ávara, se puso a buscar una solución a sus problemas con el khagan. Quiere Teófanos que al año siguiente, 620, el khagan, tan contrario a la paz, se avergonzara de su mala acción y se aviniera a la paz. No es muy consistente esta explicación, ya que la verdadera respuesta al porqué al khagan le entró prisa para firmar la paz con Heraclio, nos la recoge Nicéforo.

En efecto, en ese mismo año de 619 (el que Cameron y nosotros mismos señalamos como la verdadera fecha en que tuvo lugar la sorpresa ávara), una delegación onogura –esto es, búlgara– llegó a Constantinopla. El hecho en sí es bien conocido, pero los historiadores de este período no han sabido relacionarlo con la política seguida por Heraclio hacia el khagan y sus traicioneros ávaros; sin embargo, están firmemente unidos. Aquí tenemos una nueva prueba de que la fecha de 619 es la única posible para ubicar correctamente el día de la “sorpresa ávara”. Veámoslo.

En 619, Heraclio encontró una solución al problema ávaro: si los ávaros amenazaban su retaguardia ¿por qué no amenazar la suya? Y es que aquel mismo año de 619, Heraclio invitó al khan de los onoguros (la horda búlgara más poderosa de las estepas del Mar Negro) a que le visitara en Constantinopla. Ese khan se llamaba Orjana y era vasallo del khagan ávaro. Que un vasallo del khagan ávaro se aviniera a llegar a un acuerdo con el emperador romano cuando su señor se hallaba en guerra con él era formalmente un desafío al poder del khagan. Orjana lo sabía, Heraclio lo sabía, el

khagan lo sabía, nuestros historiadores no. No han meditado sobre ello. Pero lo cierto es que Orjana fue con su hijo Kovrac a Constantinopla y que allí recibió el título de patricio del Imperio y fue apadrinado en su bautismo por Heraclio. Dicho en román paladín: Orjana dejó al khagan y se puso bajo la protección de su nuevo padre espiritual, Heraclio. Orjana se había aliado con Heraclio y ahora los ávaros tenían un grave problema en su retaguardia: los onoguros del khan Orjana.

Era una jugada maestra de la diplomacia heracliana, pues, de repente, al khagan le interesó la paz. ¿Qué importa que a Heraclio le costara 200.000 sólidos? ¿Qué importa que Orjana, sin el apoyo del emperador, se viera de nuevo obligado a someterse al khagan? Heraclio había logrado lo que buscaba: tener las manos libres contra Persia.

Ahora bien, no hay duda de que la llegada del khan Orjana a Constantinopla tuvo lugar en 619, ni de que la paz con los ávaros se firmó en 620. ¿No es entonces evidente que los tres hechos: la traición ávara, la respuesta que Heraclio dio a ésta aliándose con los búlgaros y el rápido interés del khagan por firmar una paz, están conectados?

Esa y no otra fue la correcta sucesión de los hechos. En 619, un khagan receloso de Heraclio le tiende una frustrada trampa; a los pocos meses, Orjana, khan de los búlgaros y vasallo del khagan de los ávaros, es invitado a Constantinopla por un Heraclio dispuesto a aliarse con el vasallo más poderoso del khagan traidor. Poco más tarde, a inicios del 620, el khagan ávaro, sabedor de la jugada de Heraclio y con los búlgaros de Orjana sublevados ya en su retaguardia, no tiene más remedio que firmar la paz con Heraclio. Fue así cómo se firmó la paz de 620 y con ella se produjo el inicio de lo que podemos llamar “la reacción heracliana”¹¹²⁷.

Pero volvamos ahora a recoger el hilo de nuestro relato. Habíamos dejado a Heraclio agobiado por el problema de cómo parar al khagan para así poder volverse contra el rey de Persia. Pues bien, Heraclio no hallaba respuesta para tal problema. Seguramente había ya ofrecido al khagan la reanudación de los subsidios que antaño pagara Mauricio, 100.000 sólidos, y hasta es posible que elevara aún más la suma, pues en 620 se avino a pagar al khagan 200.000 sólidos al año, pero el khagan no se avino a moderar sus arrebatos bélicos. Es por ello que creemos –en contra de lo que supuso Pertusi– que Heraclio, si alguna vez reinició antes de 620 el pago de un tributo al khagan, mantuviera el pago a lo largo de todos estos años. No tenía objeto alguno pagar al khagan si éste no cesaba en atacar al Imperio, pues el tributo se pagaba para que no lo hiciera.

¹¹²⁷ Acerca de “la sorpresa ávara” en las fuentes, la embajada onoguro-búlgara en Constantinopla y su alianza con Heraclio, y para la paz de 620 entre el imperio y el khagan ávaro, *vid.* Teófanos: 6106-6017, 301-302; Patriarca Nicéforo: cap. 9; *Crónica Pascual*: 713. Sobre la fecha de la alianza de Heraclio con el khan de los onoguros búlgaros, Orjana, *vid.* HALDON, J.F., *Byzantium in the seventh... , op. cit.*, p. 47.

En 617, los ávaros rondaban ya las murallas de Anastasio y de tanto en tanto, las cruzaban y se acercaban peligrosamente a Constantinopla. En Asia y en ese mismo año de 617, los persas se volvieron a plantar frente a Calcedonia y arrasaron sus arrabales. Y es que los persas, sólidamente instalados en Asia Menor en bases tan fuertes como Ancira, en Galatia, o Tarso en Cilicia, controlaban extensas zonas de la Anatolia central y oriental, y sometían al resto a continuas expediciones de saqueo que impedían el normal desarrollo de la vida económica del país. Es a estos años de terrible devastación –como ya mostramos y como demostró Clive Foss– a los que se debió la catastrófica situación económica, agrícola, demográfica y urbana en la que se sumergió el Asia Menor y no a la supuesta crisis económica y demográfica de los días de Justiniano.

A fines de 617 o a inicios de 618, Heraclio envió a su enemigo persa una nueva embajada. Cosroes II la rechazó y para mofarse de Heraclio le ofreció la paz sólo si se sometía y convertía al mazdeísmo. Fue en este crítico momento cuando Heraclio tomó una resolución aparentemente desesperada pero perfectamente lógica si se consideran bien los factores realmente relevantes en 618: abandonar Constantinopla y partir, con el tesoro imperial y con lo mejor del ejército, a Cartago¹¹²⁸. En efecto, ya lo hemos dicho, sólo el África, de donde había llegado bajo el manto de la Teotokos¹¹²⁹, le ofrecía refugio y consuelo a Heraclio. Así lo pensó el emperador y determinó retirarse a Cartago¹¹³⁰ para reordenar desde allí la lucha.

Fue un auténtico cataclismo para Constantinopla. Las vanguardias persas en Calcedonia, los embates ávaros en los arrabales de la ciudad, las drásticas reducciones de espectáculos y de entregas de alimentos: nada había mostrado a los ojos del pueblo constantinopolitano, de la corte y de la iglesia, lo desastroso y límite de la situación, como lo había hecho el inesperado anuncio de Heraclio de trasladarse a África.

La reacción del patriarca y el pueblo frenaron a Heraclio y le mostraron el valor de los actos simbólicos en la mente de sus súbditos. Heraclio no era lego a la hora de usar sus acciones en una dimensión simbólica y de efecto propagandístico. Se había limitado a seguir los esquemas ya ensayados por otros emperadores que siempre habían dado buen resultado y que habían ayudado a solventar los tradicionales problemas a los que desde tiempos de Constantino, se había tenido que enfrentar el imperio. Pero la nueva situación, la surgida de la conquista de Jerusalén, de la pérdida de Armenia, de Mesopotamia, de buena parte de Asia Menor y de Siria; del arrinconamiento romano en los Balcanes e Italia, no era nada tradicional.

Se imponía una reacción que, tanto por las circunstancias militares, como por las económicas y psicológicas, debía ser nueva, arriesgada y heroica. Heraclio supo entender esto, supo hacerlo y por eso fue no sólo un emperador, más o menos

¹¹²⁸ Patriarca Nicéforo: cap. 8.

¹¹²⁹ Teófanos: 6102, 29. Jorge de Pisidia, *In Heraclium ex Africa redeuntem*: 1-85.

¹¹³⁰ Patriarca Nicéforo: cap. 8.

afortunado sino un héroe. De hecho, durante mil años sería más celebrado por esta faceta de su vida que por las demás. Es a su estampa de héroe a la que debió su fama y a la que debemos los poemas, relatos, grabados, pinturas, etc. que de él nos han llegado y que se esparcen, como los huesos de un mítico gigante, desde las riberas del Oxus a las montañas de España y desde los bosques de Alemania a las cumbres del Cáucaso. Ningún otro personaje de la historia romana tuvo tal proyección y carga simbólica: sólo César y quizás Constantino tuvieron tal eco dentro y fuera del imperio y por tanto tiempo.

Heraclio, al contrario que Trajano, Teodosio I, Justiniano o Mauricio, permaneció en la memoria de los pueblos del Oriente (griegos, armenios, albaneses caucásicos, árabes, iberos del Cáucaso, persas y sirios) como un héroe rutilante; figura tocada por la mano de Dios para liberar al Oriente de las cadenas con que lo ceñía Cosroes. Fue esa faceta de Heraclio como héroe popular y literario, la de primer cruzado de la cristiandad, la que iba a jugar un papel decisivo en su reacción contra Persia. A partir de 622 –ya lo veremos– se iba a apartar por completo de los viejos modelos e iba a crear un nuevo orden, un nuevo tipo de emperador: el *basileus* cristiano.

Y es que Heraclio, sin dejar de querer ser equiparado con Escipión, Alejandro, Constantino o cualquier otro modelo imperial de los que hasta ese entonces se habían usado, se vio a sí mismo y así quiso que lo vieran también sus soldados y sus súbditos, como un nuevo David, un nuevo Moisés, un nuevo Noé o Daniel.

Si la reacción de la Iglesia y del pueblo constantinopolitano ante su decisión de partir a Cartago habían abierto los ojos de Heraclio de las posibilidades de una política de gestos simbólicos, la pérdida de Egipto y el intento ávaro de capturarlo¹¹³¹ lo harían en cuanto a comprender que, de producirse la reacción, debía basarse en la anulación temporal de al menos uno de los dos frentes en los que batallaba el imperio. Pero Cosroes era imposible de apaciguar, así que sólo quedaba la posibilidad de amansar a los ávaros, tarea harto difícil como ya vimos.

Pero hemos dicho que Egipto había caído en 619. A fines del 618, cuando Heraclio ya había desistido de mudarse a Cartago, Sharbaraz cruzó desde el Sinaí a Egipto al frente de un poderoso ejército. Tras asediar largamente Pelusio, los persas se dedicaron, al parecer, a tomar la Babilonia de Egipto y más tarde se presentaron ante Alejandría. La ciudad seguía siendo formidable, pues ya vimos que de un censo persa de la población masculina hecho poco después de su caída y del censo de judíos realizado por Amr en 642, se deduce claramente que sin llegar a los 500.000 o 600.000 habitantes que alcanzara en tiempos del principado, Alejandría seguía siendo aún una urbe muy poblada. De hecho y en base a los datos que proporcionan los citados censos, debía de tener una población que pasaba con amplitud de los 300.000 habitantes y se acercaba

¹¹³¹ Teófanos: 6110, 301-302; Patriarca Nicéforo: cap. 10.

bastante a los 400.000. Era también una ciudad muy fuerte, pues sus murallas eran poderosísimas y la rodeaban por completo. A esa defensa sumaba la de los canales del Nilo y la de su potentísimo tren de artillería, cuyos terribles efectos ya vimos en la batalla de Alejandría de 610, cuando Bonosos vio detenido en seco el ataque de su ejército por el nutrido fuego que hacían sobre sus tropas las máquinas de guerra alejandrinas.

La *Crónica del Khuzistán*, que nos ofrece un detallado relato sobre el asedio (el único que poseemos, junto con el de Severo de Hermópolis), señala esos tres elementos como causa del largo asedio y de la imposibilidad de las tropas persas para tomar Alejandría: las murallas que el autor de la crónica atribuye a la destreza de Aristóteles, las máquinas de guerra y los canales.

Sharbaraz probó a usar el terror y ordenó a sus hombres atacar una gran laura monacal que se alzaba no muy lejos de la ciudad. Severo de Hermópolis (que sigue aquí una crónica patriarcal de tiempos del patriarca Benjamín, es decir, de la segunda mitad del siglo VII) dice que miles de monjes fueron pasados a espada y que los persas se apoderaron de las ingentes riquezas de los monasterios allí enclavados.

La noticia de estos desmanes parece haber intimidado a los alejandrinos. En cualquier caso, en junio de 619, una traición abrió Alejandría al control persa. La cosa fue como sigue. En Alejandría había un estudiante árabe llegado desde Qatar (que era dependencia persa) a Alejandría para estudiar en ella filosofía. El estudiante se llamaba Pedro y era cristiano, y como todo el mundo en su tiempo, ya se fuese cristiano, judío o mazdeísta, estaba plenamente convencido de que vivía tiempos apocalípticos. Un día, mientras leía un libro sagrado de profecías, llegó a la idea de que su obligación era abrir Alejandría a los persas. Esto es lo que nos dice la *Crónica del Khuzistán*, escrita alrededor del año 650.

Lo cierto es que Pedro reveló a Sharbaraz un punto débil en la defensa de Alejandría, un pequeño canal sólo usado por los pescadores y que llevaba a la puerta occidental de la muralla marítima de la ciudad. Tras hacerse con un buen número de barcas de pesca, Sharbaraz embarcó en ellas con numerosos soldados escogidos y obligó a los pescadores a llevarlo hasta la citada puerta de Alejandría. Ocultos en las barcas, los persas pasaron inadvertidos para los guardias de la puerta y se pudieron acercar lo suficiente como para tomarla y abrirla así al resto del ejército. La ciudad fue sometida a una espantosa matanza. Persia, era dueña de Alejandría, de la llave de Egipto. Poco después, hacia 620, sus tropas llegaban a Asuán y comenzaban a llevar a cabo incursiones en Nubia y en Pentápolis.

Aquello parecía acabar con las escasas esperanzas que le quedaban a Heraclio, no sólo porque perdía Egipto, el granero de Constantinopla y la fuente de una cuarta parte de los recursos de la Romanía, sino porque ahora, a poco que los persas se centrasen en ello (parecía más que posible tras la expedición de Sharbaraz contra Pentápolis),

Cartago y África, su última reserva, podían caer también en cualquier momento bajo un ataque persa.

Por ello, a inicios de junio de 619 y como ya vimos, cuando todavía resistía Alejandría, Heraclio decidió aceptar una prometedora oferta del khagan ávaro y marchar, rodeado de un gran aparato y de gran cantidad de regalos para el khagan, hacia la Heraclea tracia. La tentadora oferta del khagan no era otra que la de entablar, al fin, negociaciones de paz. Y es que el khagan había estado aquella primavera saqueando los alrededores de la capital y cuando Heraclio, desesperado, le envió embajadores, los rechazó con la sorprendente respuesta de que estaba dispuesto a avenirse a la paz si podía negociar cara a cara con el emperador Heraclio.

Como hemos visto, Heraclio no se lo pensó y marchó confiado y sin mucha protección hacia Heraclea. Pero el khagan sólo quería tenderle una emboscada. El jefe bárbaro había ocultado a sus guerreros en las boscosas colinas de los alrededores y cuando el confiado emperador llegó con su cargamento de máscaras teatrales, artistas y actores, regalos y atavíos imperiales, la trampa se puso al descubierto y Heraclio, poniéndose bajo el brazo la diadema imperial y quitándose a toda prisa las vestiduras imperiales para no ser fácilmente reconocible por los ávaros, salió despedido, a uña de caballo y rodeado sólo por unos pocos guardias, hacia Constantinopla a donde llegó perseguido por los jinetes ávaros. Ya se vió que los arrabales constantinopolitanos sufrieron un duro saqueo. Pero también fue grande el daño sufrido por la majestad y la moral imperiales.

Todo parecía volverse contra Heraclio y para colmar aún más el vaso de su amargura, por aquellos mismos días le llegaron noticias procedentes de Italia en las que se le informaba de que el exarca Eleuterio se había alzado contra él y pretendía la corona imperial y eso pese a que su condición de eunuco le velaba oficialmente el camino al solio romano. Era esta una nueva prueba de la fuerte caída sufrida por el prestigio de Heraclio y aunque la sublevación de Eleuterio fue de inmediato abortada, el emperador tuvo que sentirse en aquel fatídico año de 619 al borde del colapso¹¹³². Jorge de Pisidia, amigo y confidente del emperador, dice que Heraclio le confesó que “había vivido en la indolencia”¹¹³³ y es indudable que la traición del khagan, su precipitada y poco garbosa huida y la noticia que debió llegarle al poco sobre la caída de Alejandría, debieron de sumirle en un estado de auténtica depresión.

Afortunadamente para la Romania, aquel estado no debió de durarle mucho, pues ese mismo año de 619 –como ya vimos– Heraclio encontró una solución al problema ávaro: amenazar la retaguardia del khagan aliándose a los onoguros del khan Orjana, el caudillo más importante de las hordas búlgaras que nomadeaban en las estepas del Don

¹¹³² RAVEGNANI, G., *I Bizantini...*, op. cit., p. 105.

¹¹³³ Jorge de Pisidia, *Expeditio Persica*: III,345-350.

y del Kubán. Tras esto y de inmediato, al khagan le interesó la paz que terminó por firmarse en 620.

Ahora que Heraclio tenía las manos libres en los Balcanes, podía llevar todo su potencial militar contra Persia; pero se había perdido Egipto y la paz con el khagan ávaro costaba mucho oro. África seguía enviando sus remesas de trigo y oro, pero eso no bastaba si se quería armar nuevos ejércitos y realizar una prolongada contraofensiva contra Persia. Se necesitaba un aporte de oro extra que sustituyera a Egipto y proporcionara el complemento necesario a los envíos africanos. Así que, en primer lugar, había que lograr dinero. Pero sólo la Iglesia, rica, opulenta e intocada en su caudal económico durante los trágicos años que van de 602 a 620, podía sostener la empresa del emperador.

El aviso efectista que Heraclio dio al anunciar su partida a Cartago le había mostrado el punto donde debía presionar y puesto de manifiesto ante el patriarcado de Constantinopla que su destino estaba completamente ligado al del imperio. Para reafirmar esta sensación, Heraclio comenzó a airear convenientemente las cartas que Cosroes le había enviado. Ciertamente es que en ellas, la sagrada figura del emperador quedaba hollada por el persa, pero si se dirigía convenientemente el discurso imperial tras la publicación de estas misivas, se mostraría a la Iglesia y al pueblo no sólo lo desesperado de la situación sino –esto era novedoso en la trayectoria de la guerra– la dimensión religiosa y apocalíptica de la misma.

Hemos conservado numerosos fragmentos de las cartas ofensivas que Cosroes dirigió a Heraclio cada vez que éste solicitó negociaciones de paz. Debieron de entresacarse los fragmentos más jugosos, pues se puede observar una cierta uniformidad de dirección propagandística en ellos¹¹³⁴. Que Heraclio era consciente del poder que proporcionaban estas misivas convenientemente usadas y de su difusión entre el ejército lo da el discurso que pronunció ante su ejército el 5 de abril de 622, justo antes de lanzar su primera ofensiva contra Persia¹¹³⁵. Basta comparar el texto de las cartas de Cosroes con el citado discurso para comprobar el lazo intelectual y propagandístico echado por el emperador sobre la iglesia y el pueblo del Imperio, un lazo firme y seguro por el cual los conduciría a la victoria.

En 621, Heraclio ordenó a las tropas destacadas en Tracia que cruzaran el Bósforo y se agruparan con los restos de los ejércitos orientales en Bitinia. Parece ser que se hicieron también nuevos reclutamientos en Pisidia, Licaonia, Isauria, Ponto, Paflagonia,

¹¹³⁴ Numerosos autores nos han preservado fragmentos de estas cartas y de la impresión que causaron en los contemporáneos. En ellas, Cosroes aparece sentado en el trono de su orgullo mientras que Heraclio es retratado como un paciente monarca que intenta evitar a toda costa la guerra y que sólo se ve obligado a aceptarla ante la prepotencia de Cosroes. No puede ser casual que tanto las fuentes bizantinas como las armenias, albanes-caucásicas, perso-islámicas, etc., citen el mismo modelo de comportamiento para Cosroes y Heraclio. *Vid.* Teófanos: 6105, 300; 6109, 301 y 6114, 306; Patriarca Nicéforo: cap. 7; Sebeos: pp. 79 y 64; Moisés Dasxurangi: 2,10 77.

¹¹³⁵ Jorge de Pisidia, *De expeditio*: II, 78-120.

y Capadocia. Para la primavera de 622, Heraclio estaba ya en disposición de unirse con sus tropas y prepararlas para el gran ataque. Era el momento propicio para ello, pues la Persia de Cosroes II había alcanzado ya su cénit y si se afirmaba en él sería imposible derrotarla.

En efecto, Cosroes II había alcanzado la cima en 622, el año en que su enemigo, Heraclio, iniciaba su ascensión hacia la victoria y la leyenda. En 619, con la conquista de Egipto, Cosroes II había completado su conquista del Oriente romano: desde Tarso, en Cilicia, hasta la Pentápolis, todo el borde oriental y meridional del Mediterráneo oriental le estaba sometido. Ese mismo año de 619, en la lejana Bactriana, no lejos del río Oxus, derrotaba a los turcos en una gran batalla y confirmaba su hegemonía sobre aquellas regiones del Asia central. Al sur, sobre el Índico, Persia seguía dominando por completo la situación, y al norte, en el Cáucaso, Armenia, Albania e Iberia, le estaban sometidas. Una interminable corriente de riquezas y deportados afluía a Persia. En los primeros años de la ofensiva persa se produjo un auténtico y sistemático expolio de la Romania, así lo expresan las cifras ofrecidas en el relato que al-Tabari recogió en su obra del testamento político de Cosroes II al que ya hemos aludido varias veces. Expolio económico y también demográfico, pues los habitantes de muchas regiones y ciudades de la Romania fueron deportados a Persia, bien a ciudades antiguas como Hamadán, la vieja Ecbatana, o hacia nuevas fundaciones. De este modo, los edesanos, los antioquenos, los habitantes armenios de Teodosiópolis, o los jerosimitanos supervivientes de la toma de su ciudad en 614, fueron a parar a Persia.

Pasados los furores de la conquista, Cosroes encontró pronto colaboradores más fuertes y seguros que los judíos: los monofisitas. Ya hemos visto que la reina Shirin se había pasado al monofisismo y que Jonán, jefe de los médicos de Cosroes y uno de sus más influyentes consejeros, había liderado esa corriente monofisita cercana a Cosroes.

En 621, Cosroes celebró un gran concilio en Ctesifonte al que acudieron obispos y patriarcas de todo su imperio, desde Egipto hasta Jorasán y desde Armenia hasta los lindes arábigos de Persia. Allí estaban, por ejemplo, el patriarca nestoriano de Seleucia, máximo dirigente de la iglesia nestoriana, y el prisionero patriarca de Jerusalén, Zacarías. Había también filósofos alejandrinos, obispos sirios, griegos y armenios, el Católico de Iberia y el de Albania, numerosos sacerdotes y monjes influyentes. Cosroes II quiso que este concilio fuera ecuménico y asumió conscientemente, no sólo el papel de árbitro del concilio de Ctesifonte, sino que se mostró como heredero y continuador de la legitimidad que emanaba de los emperadores romanos que habían presidido los primeros concilios universales. Tras examinar los textos de los anteriores concilios ecuménicos, Cosroes II dictaminó que la verdadera doctrina cristiana era la monofisita y que era ésta y no otra la que había refrendado Constantino en Nicea y Teodosio I en Constantinopla.

El texto de Sebeos, tan importante como inadvertido para la moderna investigación, pese a que el historiador armenio, contemporáneo de los hechos, es corroborado por otras fuentes como Miguel el Sirio, dice así:

“Después, Cosroes, hijo de Hormizd, después de la cautividad de Jerusalén, dio la orden a todos los obispos de la región de Oriente y de Asorestán de que se reunieran en la Puerta real y dijo: “Oigo que hay dos partidos entre los cristianos y que uno anatematiza al otro. ¿Qué juzgan que es justo? Ahora bien: que se reúnan todos en la Puerta real para que confirmen lo que es recto y lo que es falso. Todos los obispos y los sacerdotes y todos los fieles de esta región se reunieron y puso sobre ellos, como Ostikan a Smbat Bagratuni, apodado Cosroes Snum y al médico jefe de la corte. Estaban también allí, entre los cautivos, el patriarca Zacarías de Jerusalén y otro gran número de filósofos, que él -el rey- había hecho prisioneros en la ciudad de Alejandría. El rey Cosroes les dio la orden de examinar todo con toda justicia y de dar a conocer la verdad al rey. Todos se reunieron en el Dahlic real y se produjo mucho ruido, pues algunos eran de la fe ortodoxa, según el sello de los antiguos reyes. Otros, nestorianos. Además, toda clase de gente. El patriarca mismo avanzó y dijo: “Este hombre no será llamado Dios”. Y estas palabras se pusieron en conocimiento del rey. El rey respondió y dijo: ¿Por orden de quién ha venido a este lugar? Ahora bien, que sea golpeado con varas y que se vaya.” Además, dio la orden de que salieran del tribunal otras muchas sectas. Ordenó que se examinaran sólo [las doctrinas de] Nicea, Constantinopla, Éfeso y Calcedonia. Allí había dos obispos de Armenia, hombres fieles, que habían sido enviados para instruir al rey sobre la tiranía que pesaba sobre el país; Kumitas, obispo de los Mamikonianos y Mateo, obispo de los Amatunis. Ellos tenían consigo el escrito de San Gregorio. El rey dio la orden de preguntar: ¿Bajo el reinado de qué reyes tuvieron lugar esos concilios?” Ellos respondieron: “El concilio de Nicea se reunió bajo el reinado de Constantino. El de Constantinopla bajo el reinado de Teodosio el Grande. El de Éfeso bajo el reinado de Teodosio el menor. El de Calcedonia bajo el de Marciano”. El rey respondió y dijo: “Las órdenes de tres reyes parecen ser más verdaderas que las de uno solo”. Y el rey, al saber quién era Nestorio, de dónde era, en qué concilio [había tomado parte] y lo que había dicho, ordenó hacer salir de la sala a los nestorianos. Además, preguntó por el concilio de Calcedonia: “¿Quién eran los jefes?” Se le hizo saber y se le dijo que, en Nicea y en Constantinopla, eran los mismos reyes, Constantino y Teodosio el Grande. En Éfeso, era Cirilo, el obispo de Alejandría y, en Calcedonia, el obispo Teodoreto, que compartía las ideas de Nestorius.

Allí estaba el católico Eran, y otros obispos de Asorestán, de Arastán, de Xuzastán y de otros países. El rey Cosroes dio la orden de demoler todas sus iglesias y de pasarlos a todos por el filo de la espada si no se desviaban de su error y si no seguían el camino real... El partido de Calcedonia lo sostenían el católico de Georgia y Albania con muchos obispos de la región griega y jefes que habían venido al servicio del rey de Persia. Les hizo proponer la discusión. Pidió un informe de los dos partidos, sobre el concilio de Nicea, bajo el reinado de Constantino, sobre el de Constantinopla, bajo Teodosio el Grande, sobre el de Éfeso, bajo Teodosio el menor y sobre el de Calcedonia, bajo Marciano para examinarlo todo y profundizar sobre ello. Cuando conoció todo exactamente y se hubo hecho una idea verdadera, los interrogó y dijo: “Estos tres, ¿por qué no han dicho: dos naturalezas separadas, como éste? Es evidente que tenemos que dividirnos, nosotros mismos, en dos y decir que hay dos reyes y no uno. Pues, yo mismo, soy de dos naturalezas y de padre y de madre, y de alma y de cuerpo. Pero si la divinidad no está en todas partes o si no puede llegar a estarlo o hacer todo lo que quiera... ¿qué es la divinidad?”

Después dio la orden de interrogar a Zacarías, patriarca de Jerusalén y filósofo de Alejandría, con la promesa de decir la verdad bajo juramento. Respondieron y dijeron: “¿Si nos hubiéramos desviado de Dios, él mismo, no se habría desviado con cólera de

nosotros? Pero ahora, temerosos de Dios, diremos la verdad ante vosotros: la fe verdadera es la que se proclamó en Nicea, bajo el reinado del bienaventurado Constantino y la de Constantinopla y la de Éfeso están de acuerdo con ella. Y está de acuerdo con ella, la verdadera fe de los armenios. En cuanto a lo que se dijo en Calcedonia, eso no está de acuerdo con ella, como Vuestra Beneficencia sabe”. El rey ordenó que se buscara en el tesoro y se encontró la verdadera fe de Nicea, escrita y examinó la concordancia con la fe de los armenios, que estaba sellada con el anillo del rey Khavad y de su hijo Cosroes I. Sobre la que el rey Cosroes II dio la siguiente orden: “Que todos los cristianos que están bajo mi poder tengan la fe de los armenios. Y además, que los que tienen la misma fe de los armenios en las regiones de Asorestán, Kamyisov y el metropolitano y otros diez obispos, y la piadosa reina Shirin, y el bravo Smbat y el gran médico en jefe”. El rey Cosroes ordenó sellar un ejemplar de la confesión verdadera con su anillo y que la metieran en el tesoro real.”¹¹³⁶

Era un genial golpe de efecto y muestra la grandeza de este rey persa. Como ya se dijo, para 621 Cosroes II gobernaba un imperio que era sobre todo, un imperio cristiano y en el que los monofisitas: armenios, albaneses caucásicos, sirios y egipcios, constituían la mayoría de la población. Mediante la resolución del Concilio de Ctesifonte, Cosroes I, con su esposa monofisita junto a él, ponía de su lado a la mayor parte de la población de Egipto, Siria, Armenia y Albania, y eso a la par que presionaba a ortodoxos y nestorianos para que se sumasen a la nueva iglesia de su naciente imperio. Si Heraclio era el jefe de la ortodoxia, él, Cosroes, se colocaba en el papel de defensor del monofisismo. Quizás sea esta la causa de que, pasada la furia de la conquista, sirios y egipcios se encontrasen tan cómodos dentro del nuevo Imperio Persa.

En efecto, a lo largo de quince años de dominio sasánida, no hubo, ni en Siria, ni en Egipto, ningún movimiento popular contra los persas. Ni quiera tras la batalla de Nínive, cuando ya estaba claro que la victoria en la guerra se decantaba por la Romania; ni siquiera tras la muerte de Cosroes se levantaron los jacobitas sirios o los coptos egipcios contra la dominación persa.

El Concilio de Ctesifonte y la toma de partido de Cosroes II por el monofisismo, no quiere decir, desde luego, que abandonase su mazdeísmo. No lo necesitaba, pues con Shirin a su lado y rodeado de consejeros cristianos, Cosroes podía atender al otro flanco religioso de su nuevo imperio universal: el mazdeísta. Sabemos que Cosroes, no sólo no derogó las leyes de Cosroes I que prohibían a los arya persas hacerse cristianos bajo pena de muerte, sino que las reforzó y aplicó sin contemplaciones. Pero al mismo tiempo favoreció a los cristianos. El patriarca copto de Alejandría, Andrónico, volvió en 621, tras el triunfo monofisita en el Concilio de Ctesifonte, a su sede alejandrina, de la que había tenido que exiliarse años atrás. Y allí se hallaba todavía su sucesor, Benjamín, gobernando Egipto junto con el salar persa, cuando, en el verano de 629, volvieron los romanos, ante los cuales Benjamín tuvo de nuevo que partir al exilio para refugiarse en un escondite seguro entre los monjes.

¹¹³⁶ Sebeos: pp. 113-116.

En Jerusalén, la alegría judía por la conquista persa de la ciudad se apagó un tanto cuando su proyecto de nuevo templo fue abortado por Cosroes, quien aprobó e incluso favoreció la construcción de una nueva Iglesia del Santo Sepulcro. Pese a este cambio en la política persa, los judíos se mantuvieron fieles a los persas y dispuestos a continuar la lucha contra la Romanía aún cuando Persia dejara de hacerlo. Así, el último acto bélico de las campañas de Heraclio en Oriente fue la conquista de Edesa, ciudad en donde los judíos se hicieron fuertes y se negaron a rendir la ciudad a Teodoro, el hermano del emperador.

Cosroes dividió el gobierno de las nuevas provincias bajo la autoridad de marzban, transplantando el eficaz sistema de gobierno persa que coordinaba en una sola mano el control de las tropas y de la administración, a las antiguas provincias romanas de Siria, Palestina y Egipto. Vemos así, gracias a los papiros persas de este periodo, que Egipto fue bien gobernado: se hizo un censo de población, paso previo al establecimiento de la administración persa; se instalaron fuertes guarniciones persas en Alejandría, Asuán y Antinoe; los impuestos se cobraron regularmente y se incrementó la presión fiscal; la moneda de oro romana siguió siendo la moneda de referencia, pero se acuñó en Alejandría una nueva de cobre en la que Cosroes aparecía junto al sol y la luna, mientras que en el reverso figuraba una cruz.

Según nos dice Severo de Hermópolis –quien usó una crónica compuesta alrededor del 660– los persas construyeron un gran palacio circular en Alejandría, un centro de poder administrativo y militar desde el que controlaron Alejandría y Egipto. Según los papiros, los persas mantuvieron en sus puestos a la mayoría de los antiguos funcionarios civiles y no socavaron el poder de las élites locales. Se limitaron pues, a controlar militarmente el país y a ocupar los puestos más altos de la cadena de gobierno. Los papiros también muestran que los impuestos fueron elevados y que se cobraron de forma muy eficaz, tanto que las gentes del país se quejaban en su correspondencia privada de la imposibilidad de zafarse de los cobradores de impuestos.

Más al norte, en Palestina, en Cesarea marítima, los persas impusieron otro marzban y llevaron a cabo obras de mejora del puerto y de la ciudad. Otro marzban parece haber estado instalado en Escitópolis o quizás en Gerasa, y todo indica que el resto de Siria fue también dividido en estas nuevas demarcaciones administrativas persas en las que un marzban se asentaba junto con un cuerpo de tropas persas y se hacía cargo del gobierno del país y de la defensa del mismo¹¹³⁷.

¹¹³⁷ Pueden consultarse diversos papiros persas de este periodo en DARYAEE, T., *Middle Persian Papyri...*, *op. cit.*; FOSS, C., *The Persians in the Roman Near East...*, *op. cit.*, pp. 149-170; para la dominación sasánida en Egipto consúltese: SOTO CHICA, J., “Guerra, sociedad, economía y cultura en la Alejandría y en el Egipto disputados por bizantinos, persas y árabes. 602-642”. *I Jornadas la expansión del imperio árabe-islámico en el norte de África y occidente (siglos VII-VIII) según las fuentes no-islámicas*. Alcalá de Henares, 19-20 de diciembre 2008 (en prensa); COMPARETI, M., “The Sasanians in Africa”. *Transoxiana*, 4 (2002), pp. 1-6.

Por quince años toda Siria y Palestina estuvieron bajo dominio persa y no son pocos los historiadores que creen ver en la administración persa de estas regiones, tan parecida al posterior sistema árabe de los yunds, el modelo del cual lo tomaron los árabes. Otros investigadores creen que los romanos, al volver a dominar Siria y Egipto, vieron en el sistema persa de gobierno que había regido estos países el modelo para la futura organización temática. Lo cierto es que Persia estaba allí para quedarse y que, al contrario de lo que decía Baynes, no necesitaba de marineros sirios o egipcios para echarse a la mar.

Ya vimos que Persia contaba con su propia tradición naval y que ésta era mucho más poderosa y vasta que la romana. Tras hacerse con Tarso, Trípoli, Gaza y Alejandría, los grandes centros navales del Oriente, a Persia sólo le costó un par de años disponer de una potente flota de guerra en el Mediterráneo oriental. Vimos igualmente que en 622-623, esa flota era capaz de saquear Rodas, Cos y Samos, y de entrar en contacto con el khagan a través de sus súbditos eslavos (v. *mapa 8*). Que Heraclio no pudiera, entre 622 y 629, llevar a cabo ninguna empresa naval contra las posesiones persas de Siria, Palestina y Egipto, es la prueba más evidente de ese poderío persa en el Mediterráneo oriental. Es sorprendente que Heraclio no tratara de usar su flota para flanquear a los persas desembarcando tropas en Cilicia o Siria. Esta explicación, que tiene el apoyo de las fuentes, es la única viable al “silencio” de la flota romana durante estos años.

Ese dominio del mar también le dio otras agradables sorpresas a Cosroes II. Las fuentes persoislámicas recogen que, cuando los persas ya eran dueños de la costa siria, una gran flota romana cargada con un tesoro de enormes proporciones, fue llevada por la tempestad hasta las costas dominadas ya por Persia. Los persas, claro está, tomaron el tesoro y lo enviaron a su Shahansha. Esta noticia es subyugante y debe de ser relacionada no con Focas, como erróneamente dicen las fuentes persoislámicas, sino con Heraclio.

Nos explicaremos. Si esa flota cargada con un gran tesoro hubiese pertenecido a Focas es imposible que los persas la hubieran capturado en las costas de Siria cercanas a Antioquía, tal y como todas las fuentes persoislámicas coinciden en afirmar. Ello por la sencilla razón de que los persas no llegaron a la costa siria sino en 611, cuando ya Focas había muerto y Heraclio reinaba en Constantinopla. ¿De quién era entonces esa flota cargada con un tesoro imperial y que la tempestad empujó hasta la costa siria que ya dominaban los persas? De Heraclio. Recuérdese que la *Historia Breve* del Patriarca Nicéforo nos refiere cómo Heraclio, en 618, había concebido el proyecto de trasladarse a Cartago y proceder desde ella a reorganizar su imperio. Nicéforo aclara también que el emperador, como paso previo a su propia marcha de Constantinopla, ordenó cargar el tesoro en unas naves y mandarlo por delante hacia Cartago. Pero he aquí –nos dice– que

la tempestad estalla cuando las naves se hallaban en plena navegación y que éstas se van a pique hundiéndose con los tesoros que llevaban.

¿No es sugerente? Ambas tradiciones, la recogida por Nicéforo y la de las fuentes islámicas, como es el caso de al-Tabari o Masudi, hablan de un tesoro imperial cargado en una flota y sorprendido por una tempestad que se pierde para el emperador de los romanos. La única diferencia es que Nicéforo dice que el tesoro se perdió en la tempestad, y al-Tabari y los restantes historiadores islámicos que la flota, llevada por los tempestuosos vientos, acabó en Siria y que allí los persas, que ya controlaban el país, se hicieron con el tesoro.

La explicación es sencilla: se trata del mismo hecho. Es lógico que al principio llegasen noticias a Constantinopla de que la flota que había partido con el tesoro de Heraclio se había hundido en medio de una tempestad; pero no lo hizo, arribó a costas ya controladas por los persas. Con el tiempo es seguro que Heraclio tuvo que tener noticia cierta de que su flota y su tesoro no estaban en el fondo del mar, sino en manos persas, pero ¿de qué servía airearlo? Para Heraclio era mejor decir a todo el mundo que la fortuna había jugado en contra suya y que su oro estaba bajo el mar. Esa y no otra es la posible explicación del llamado “tesoro de los vientos”¹¹³⁸, un tesoro que Cosroes hizo contar aparte en sus minuciosas cuentas de 628.

Pero ¿qué importaba ya ese oro en 622? Nada. Ese año Persia se hallaba ya en su cénit y la Romania se disponía a iniciar una penosa *anábasis*, una penosa ascensión hacia la salvación. Heraclio tenía ahora el oro de la iglesia, los frutos del *Strategikon* ya podían recogerse, y un nuevo plantel de oficiales y generales nuevos (Teodoro, el hermano del emperador; Isacio, futuro exarca de Italia; Vahanes, que llegaría a ser jefe de los ejércitos de Oriente; Merses, Sergio y Jorge, futuro *magister militum per Armeniam*) estaba a su disposición. Sobre todo, merced a su paz con los ávaros, contaba con la posibilidad de concentrarse por entero en Persia.

V. LAS CAMPAÑAS DE HERACLIO Y EL NUEVO ORDEN HERACLIANO. 622-634.

En el invierno de 621, Heraclio logró los medios que necesitaba del patriarcado de Constantinopla, lo que, unido a la tregua con los ávaros, mejoraba notablemente su situación militar¹¹³⁹. Pero ahora necesitaba dotar a su ejército de un nuevo espíritu de combate, una nueva moral en la que apoyar una nueva disciplina. Para lograr estos

¹¹³⁸ Compárense el Patriarca Nicéforo [cap. 8] con al-Tabari [V, 1057, p. 394] y Masudi [II, 227-228, p. 242].

¹¹³⁹ Teófanos: 6113, 303-304.

elementos indispensables en todo ejército, Heraclio acudió de nuevo a su política heroica.

Había comprobado en 613 que aunque ponerse al frente de las tropas era algo relativamente efectista, no bastaba para lograr sus objetivos¹¹⁴⁰. El emperador marcharía al frente de los romanos, pero lo haría ahora como un soldado dotado de nuevos atributos y misiones, sujeto a los peligros e incomodidades inherentes a todo soldado de la Romanía; sería ahora, no el general de un ejército romano, sino un soldado sagrado. A partir de ese momento, luchar junto a Heraclio sería formar parte de un ejército sagrado, participar de unos acontecimientos emprendidos bajo el manto divino, y adornados de acciones heroicas.

Pisidia, Teófanos, Sebeos, Agapios, Moisés Daxurangi, Kiracos, Nicéforo y Tabari –por citar sólo unos cuantos– nos han conservado estos ecos heroicos y sagrados tan bien dirigidos por Heraclio. Cada uno de sus gestos, de sus pretendidos sueños¹¹⁴¹, sus armas, sus vestiduras, su caballo¹¹⁴², sus decisiones¹¹⁴³, incluso los contratiempos y dificultades de sus acciones serían aprovechados por Heraclio para darles dimensión heroica y sagrada¹¹⁴⁴. Viejas formas, palabras y gestos, para consumo de la corte, el senado, la nobleza y el alto funcionariado, matices cultos y antiguos, que sólo las pulidas mentes educadas en la cultura clásica de los antiguos podían apreciar: alusiones a Homero, Plutarco, Demóstenes, Apelles y Tolomeo, etc¹¹⁴⁵; comparaciones de Heraclio con Hércules, aprovechando la similitud del nombre y presentando sus

¹¹⁴⁰ Para una narración más detallada de esta acción de Heraclio junto a Antioquía que terminó en derrota *vid.* Sebeos: 67.

¹¹⁴¹ Al-Tabari: 1003.

¹¹⁴² Nunca, hasta este momento, se había dibujado con trazos tan épicos una cabalgadura imperial. Corzo, el caballo del emperador, participa del combate, se recuerdan sus heridas, sus arreos, su color. Los únicos precedentes, aunque no tan completos, los tenemos en los caballos de Cosroes I y de Belisario. No sorprende, si se tiene en cuenta el aire de los nuevos tiempos que soplaban sobre el viejo Oriente, que, Shabdiz, el caballo del gran rival de Heraclio, Cosroes II Parwez, fuera tratado de similar manera. *Vid.* Teófanos: 6118, 318.

¹¹⁴³ En este contexto hay que entender el uso que Heraclio hizo de la llamada adivinación bíblica. Usaba este método para asegurarse una vestidura sagrada en sus decisiones y para conseguir una total sumisión a las mismas por parte de sus soldados. *Vid.* Teófanos: 6114, 309.

¹¹⁴⁴ Por ejemplo, al sufrir sus tropas de gran calor en su travesía a Persia, en la primavera de 623, una súbita niebla húmeda vino a refrescarlas. El hecho tiene una fácil explicación, ya que en verano, las fuertes temperaturas que se dan en el cercano mar Caspio, provocan la formación de nubes muy cargadas de humedad que dejan todo impregnado de humedad, al ser arrastradas contra las cordilleras que se alzan al oeste del mar y antes de estallar en formidables tormentas. Pero Heraclio no perdió la oportunidad de mostrar a sus hombres el prodigio y relacionarlo con la protección que Dios mostraba ante sus acciones [Teófanos: 6114, 308]. Otro ejemplo lo da el relato de las burlas que los habitantes de Tiflis hicieron a Heraclio y cómo éste las transformó en una señal de victoria relacionada con una profecía bíblica. *Vid.* Kiracos de Gantzac, *Historia de los armenios*: 47, en BEDROSIAN, R., *Kirakos Ganjakets'i's or History of the Armenians*, Nueva York, 1986. <http://rbedrosian.com/hsrcces.html>. (Citado en adelante como Kiracos de Gantzac).

¹¹⁴⁵ Alusiones a Homero en Jorge de Pisidia, *Expeditio Persica*: I, 65-70; dirigiéndose a él y usando sus versos en *In restitutionem Sanctae Crucis*: 65-75; a Plutarco y a sus *Vidas paralelas* en *Heraclias*: I, 110-115; a Tolomeo en *De Expeditio Persica*: III, 360-365; a Demóstenes y Apelles en *Heraclias*: I 90 y ss.

campañas como nuevos y heroicos “trabajos”¹¹⁴⁶; comparaciones de Heraclio con Escipión¹¹⁴⁷, aprovechando en este caso su llegada desde África en salvación del Imperio; alusiones a Jasón, Ulises, Constantino y Alejandro¹¹⁴⁸, siempre en la misma línea de equiparar al emperador y sus hechos con los viejos héroes y sus actos.

Para los eclesiásticos, el pueblo y el ejército, Heraclio ofrecía otras posibilidades: Heraclio como nuevo David, nuevo Moisés, nuevo Daniel, nuevo Noé, o como compañero intemporal y simbólico de Santa Elena. Heraclio se investirá conscientemente de su nueva dimensión heroica y sagrada. A partir de 622, sus sueños son señales de Dios; sus decisiones están bajo la ley de Dios; bajo su palabra, una tormenta, una lluvia inesperada y refrescante, una palabra injuriosa del enemigo, una situación apurada e incluso desesperada, todo será aprovechado rápida y conscientemente vinculando al emperador con la historia sagrada, transformándolo a su vez en un soldado de Dios. Y esa sacralidad la extendía, por poderosa y efectiva dimanación, a todo su ejército, que será presentado como nuevo Israel cuyas campañas al servicio de Dios y el emperador, no son sino la simbólica representación de un nuevo éxodo o de una nueva “prueba purificadora” en espera de lograr de Dios la nueva tierra prometida, la nueva alianza, configuradas a su vez en la victoria, la paz, la restauración del Imperio, los lugares santos y la santa Cruz.

Cuando en abril de 622 Heraclio se presentó a sus tropas, lo hacía de una forma nueva y sorprendente para los soldados de la Romania. Heraclio se presentó ante ellos calzado con las botas negras y armado de pies a cabeza. Las botas negras eran el calzado tradicional del soldado romano desde los distantes días de la República romana. La bota negra era signo de degradación para cualquiera que se ufanara de una condición social o intelectual elevada; por el contrario, eran el orgullo del soldado raso, quien se vanagloriaba de ellas de la misma manera que lo hacía de comer sus tradicionales galletas de trigo. Por todo esto, cuando los hombres de Heraclio vieron a su emperador calzado con las botas negras y no con el habitual calzado imperial, las botas púrpuras, fue para ellos una auténtica revolución. Pero esto no fue todo, Heraclio, sabedor de que la disciplina, el valor, la moral y el espíritu de combate, no se restauran por sí solos o mediante simples gestos, inició una serie de constantes entrenamientos y trabajos: combates simulados, maniobras y formaciones tácticas, ejercicios de tiro con arco, de equitación, de esgrima. Todo esto en cantidad y ritmo tal como no habían conocido las armas romanas desde hacía décadas.

¹¹⁴⁶ Comparaciones con Hércules en Jorge de Pisidia, *De Expeditio Persica*: III, 350-355, donde se compara a Heraclio con un nuevo Hércules que derrota a la nueva Hidra, al dragón Cosroes. También en Jorge de Pisidia, *Bellum Avaricum*: 50-60; *Heraclias*: II, 20 25; y comparación entre los trabajos de Hércules y las campañas de Heraclio en *Heraclias*: I, 65-90.

¹¹⁴⁷ Comparación con Escipión, en Jorge de Pisidia, *Heraclias*: I, 95-100.

¹¹⁴⁸ Comparación con Alejandro, en Jorge de Pisidia, *Heraclias*: 110-115 y *De Expeditio Persica*: III, 50-55; con Ulises en *De Expeditio Persica*: III, 450-460; con Perseo en *Heraclias*: II, 15 20 y con Constantino en *In restitutionem Sanctae Crucis*: 60-65.

Trabajo en demasía, disciplina y privaciones son peligrosas medidas cuando se aplican sobre un ejército bisono, indisciplinado y sin moral, tal y como lo era el de Heraclio. Por algo parecido había sido destronado Mauricio veinte años antes. Para evitar esto, Heraclio contaba con dos elementos muy efectivos: paga buena y regular, y ejemplo personal. Ante los sorprendidos ojos de los soldados de la Romania, aquel emperador calzado con botas negras¹¹⁴⁹, se puso a participar de sus ejercicios, marchas, combates simulados, etc. Contemplar el sudor, la sangre y el agotamiento de una figura que durante siglos había sido distante, intocable, majestuosa y sagrada, fue para los soldados de Heraclio todo un choque moral, un ejemplo sagrado, una inyección de valor y espíritu de cuerpo.

En esos meses de primavera y verano de 622, se forjó en Bitinia el gran ejército de Heraclio; sin estos meses y sin la capacidad de Heraclio para subyugar a sus hombres no se comprenden las victorias de los siguientes años y sobre todo no se explican las portentosas marchas, las privaciones y la fidelidad de aquellos hombres en medio de situaciones desesperadas e imposibles, táctica y estratégicamente hablando.

Pisidia, tan poco e injustamente valorado por los modernos, ha sabido recoger magníficamente en su poema *Expeditio Persica* el ambiente del ejército en aquellos días decisivos de 622. Él acompañó al emperador y al ejército en esta primera campaña, y recogió sus impresiones y las directrices de la propaganda heroica imperial en un largo poema que declamó ante el emperador y la corte al año siguiente.

V.1. La campaña de 622 (v. mapa 9).

Cuando a finales del verano de 622 Heraclio consideró que su ejército estaba listo para la lucha, lo reunió ante sí y pronunció ante sus hombres un emotivo discurso en el que se presentaba y los presentaba, como un ejército sagrado, con una misión justa y sagrada. Para realzar el momento y enfervorizar aún más a sus hombres, el emperador se mostró ante ellos portando la “Imagen de Cristo no pintada por mano humana”, la “Cristopolia”, la “muy brillante”, la más sagrada de las reliquias fuera de la Vera Cruz¹¹⁵⁰. Tras mostrar a los soldados la justicia de su causa y lo sagrado de la guerra que emprendían, los condujo por las montañas del Ponto hacia las defensas que Sharbaraz había preparado en los montes para detener su avance. No lejos de las posiciones persas, la vanguardia de Heraclio capturó a un regimiento de exploradores sarracenos al servicio de Sharbaraz. El emperador estaba tan necesitado de hombres que de inmediato los liberó y los puso a su servicio. El gesto era inteligente, pues no sólo incrementaba su fuerza, sino que la dotaba de un aura de magnanimidad que pronto atraería a otros desertores persas.

¹¹⁴⁹ Jorge de Pisidia, *De Expeditio Persica*: I, 115-120.

¹¹⁵⁰ Jorge de Pisidia, *De Expeditio Persica*: I, 85-90

En septiembre, las tropas de Heraclio se encontraron al fin con las de Sharbaraz. Éste intentaba atacar la retaguardia de Heraclio manteniéndose en los montes, pero el emperador se adelantó mucho a los persas, en una marcha forzada y, dando un amplio giro y usando otros caminos, dio la vuelta situándose en la retaguardia de Sharbaraz. Éste, sorprendido por el movimiento enemigo, huyó a través de los montes y bajó hasta el anti Tauro. Sharbaraz permanecía en las alturas y no se atrevía a presentar batalla a los romanos en el llano. Pero al cabo, el emperador plantó su tienda entre las filas romanas y las persas, provocando a los últimos y consiguiendo que bajaran al llano. De inmediato, las tropas romanas con el emperador al frente, se lanzaron contra las líneas persas; pero antes de que se produjese el choque, Heraclio hizo girar a sus hombres y, tras atraer a los persas tras de ellos, volvió a girar y tomó de flanco a los persas. Fue una completa derrota persa, la primera gran victoria romana desde el inicio de la guerra en 603. Sharbaraz salvó a los restos de su ejército y, cruzando el Tauro, se refugió en Siria. Asia Menor estaba salvada.

Pero justo en ese momento –como ya vimos– le llegaron noticias a Heraclio de una expedición marítima persa contra Rodas y las islas de la costa de Asia Menor. Mas, ante todo, fue la noticia de que el khagan ávaro había roto los acuerdos del 620 y se disponía a atacar Constantinopla lo que le llevó a interrumpir la campaña y a regresar a toda prisa a Constantinopla. Conforme se acercaba a ella se le informó no sólo de que ávaros y persas le atacaban en su retaguardia, sino que también los eslavos se habían lanzado sobre el Ilírico, Grecia y las islas del Egeo. Era éste el triple ataque del que hablan los versos del *Heraclias* de Jorge de Pisidia.

Una vez en Constantinopla, en febrero de 623, Heraclio logró que el khagan se aviniera a volver a los términos pactados en 620, sorprendido por la rapidez con la que Heraclio había regresado.

V.2. La campaña de 623 (v. *mapa 10*).

Libre de nuevo para operar contra los persas, Heraclio dejó su capital el 25 de marzo de 623 y, tras celebrar la Pascua en Nicomedia, se reunió con su ejército y envió una carta a Cosroes conminándolo a firmar la paz. Evidentemente Cosroes se negó y Heraclio ordenó entonces la invasión de Armenia. Sus movimientos, muy rápidos para ser los de un ejército de 40.000 hombres cargados con un formidable tren de asedio, sorprendieron a los persas. Sharbaraz, que se hallaba en Nisibe, no pudo interceptarlo y quedó atrás.

Sin detenerse, Heraclio se presentó ante Teodosiópolis y la tomó al asalto. Luego subió hacia la región del lago Seván y tomó por asedio Dvin, la capital de la nueva Armenia persa. De inmediato, bajando por el valle del río Araxes y usando sus

formidables máquinas de guerra se apoderó de Naxcawan. Tras esto, avanzó hacia los montes que se alzan al norte del lago Urmia y logró cruzarlos a fines de julio o comienzos de agosto de ese año 623. Con ello, Heraclio entraba propiamente en Persia.

Durante su trayecto por las altas montañas del norte del Urmia, que superan los 3.000 m, Heraclio y sus hombres, agobiados por el calor del verano, asistieron a lo que para ellos fue un verdadero milagro: en lo más agobiante de la jornada, una nube cargada de humedad los envolvió y refrescó. Alentados por este milagro, los 40.000 hombres de Heraclio se precipitaron por las fértiles llanuras de la Media Atropatene. Teniendo noticias del rápido avance de Heraclio, Cosroes se había puesto al frente de su propio ejército y se hallaba acampado en la ciudad de Ganzak. Pero lo que no sabía Cosroes era que Heraclio se hallaba apenas a una jornada de esta ciudad. Así, cuando la vanguardia de Heraclio formada por exploradores sarracenos chocó con los primeros destacamentos de avanzada persa, Cosroes fue presa del pánico y no se atrevió a presentar batalla, sino que huyó hacia el sur por las montañas de Media.

Heraclio no se detuvo, tomó y saqueó Ganzak, y luego se dirigió contra el cercano Templo de fuego de los guerreros (actual Taq-Sulaiman), el lugar donde se guardaba uno de los grandes fuegos de Persia y donde se alzaba además uno de los palacios del Rey de reyes. Heraclio, usando sus máquinas de guerra, abrió brecha en la muralla que protegía el templo, dio muerte a los magos, derribó el altar del fuego y quemó el famoso trono de Cosroes, el “Taq i Takdes”.

Jerusalén estaba vengada, pero Heraclio tampoco se detuvo ahora, sino que se lanzó tras Cosroes. Éste huía hacia el sur, pero, al llegar a Dastargerd, Sain y su ejército llegaron hasta él. Así que Heraclio tenía ahora frente a él a un gran ejército persa, mientras que avanzaba por las montañas de Media; justo en ese momento le llegó noticia de que Sharbaraz se aproximaba también a toda prisa y pronto le cortaría la retirada. En las montañas, sin provisiones, emparedado entre dos ejércitos persas y con el invierno acercándose, Heraclio se hallaba en una difícil situación.

Pero el emperador no perdió los nervios. Interrumpiendo la persecución de Cosroes, bajó a la meseta irania y manteniendo los montes Zagros entre él y el ejército de Sharbaraz que se le acercaba, retrocedió rápidamente hacia el norte. Pronto dejó atrás a Sharbaraz y a Sain, y alcanzó las riberas del río Curaxes. Allí llevó a cabo otro gesto magnánimo e inteligente: liberó a los 50.000 prisioneros persas que había hecho a lo largo de la campaña. De esta manera conseguía dos objetivos: librarse de muchas bocas inútiles a las que no podría alimentar durante el invierno y, mediante el agradecimiento de los prisioneros liberados, granjearse entre los persas una fama de bondad y generosidad que contraponer a la conocida crueldad y avaricia de Cosroes¹¹⁵¹.

¹¹⁵¹ Teófanos: 6114,308-309.

Tras cruzar el Curaxes, Heraclio acampó con su ejército en los prados de Kalankatut, en un lugar que puede determinarse con exactitud por las informaciones del geógrafo musulmán Ibn Hauqal¹¹⁵² y de Moisés Daxurangi. El lugar es apropiado en extremo para que acampe un gran ejército como el de Heraclio, ya que la zona es muy abrigada, posee agua en abundancia y los pastos no faltan ni en invierno¹¹⁵³

V.3. La campaña de 624-625 (v. mapas 11, 12 y 13).

Cosroes estaba furioso, Heraclio había tomado cuatro grandes ciudades durante su campaña, incendiado el templo del fuego de los guerreros y Kasr-i Shirin, el palacio de su reina Shirin; había penetrado hasta el corazón de Persia y había podido zafarse de los ejércitos de Sharbaraz y de Sain. Si Heraclio no era derrotado de inmediato, su prestigio sufriría un tremendo golpe. Así que, a inicios del 624, envió al Spahbad Shahraplakan al frente de los gunds de los cosrogetae y de los perozitae (unidades de élite del ejército persa que sumaban 20.000 hombres) con la misión de sorprender a Heraclio en sus campamentos de invierno y destruirlo.

Pero Heraclio tuvo conocimiento de este movimiento y supo también que los ejércitos de Sain y Sharbaraz estaban al acecho. No le quedaba más alternativa que adentrarse en las montañas. Era una posición extremadamente difícil, pues Heraclio se encontraba a gran distancia de sus bases, rodeado de ejércitos persas, y, todo ello, marchando por un terreno que todavía hoy es uno de los más difíciles del mundo. Pero de nuevo volvió a sorprender a los persas. Cuando se aseguró que lo perseguían Shahraplakan y sus hombres, bajó súbitamente al llano y, cambiando de dirección, volvió a enfilar hacia Persia. Situado ahora en la montaña, Shahraplakan no podía bajar al llano pues estaba ya ocupado por Heraclio que poseía un ejército mucho más fuerte que el suyo; así que tuvo que continuar por la montaña agotando a sus hombres y a sus caballos. Por el contrario Heraclio marchaba saqueándolo todo a su paso, disfrutando de las cosechas y de los pastos primaverales, y reforzándose con los contingentes que las tribus cristianas del Cáucaso le habían proporcionado.

Sin embargo, el ejército de Sain se acercaba ya para cortarle el camino y Heraclio, de nuevo en peligro, tuvo que girar hacia el norte y, subiendo al Cáucaso, marchó a través de montañas que superaban los 4.000 m hacia el oeste. Sain y Shahraplakan le perseguían de cerca y le hostigaban de continuo. Esta marcha de Heraclio es una de las gestas militares más sobresalientes de la historia militar de la Antigüedad y merece estar a la altura del paso de los Alpes por Aníbal y del Indu-Khus por Alejandro.

¹¹⁵² KRAMERS, J.H.; WIET, G., *Ibn Hauqal, Configuration de la terre (Kitab surat Al-Ard)*. París, 1964 (2 vols.).

¹¹⁵³ Moisés Dasxurangi: II, pp. 80-81; Ibn Hauqal: vol. II, p. 343.

A través del Cáucaso, llegó a las estribaciones del actual monte Aragat y rodeándolo, alcanzó de nuevo al valle del lago Seván. Había dejado muy atrás a los persas, cuyos ejércitos se habían dispersado por su marcha a través de las montañas. Pero cuando se disponía a alcanzar el río Araxes, se encontró que Shahrplakan estaba de nuevo sobre él y que Sharbaraz bajaba por la ribera del río para cortarle el camino. Situado una vez más entre dos ejércitos persas, Heraclio vio cómo lo abandonaban sus aliados caucásicos y cómo las posibilidades de sufrir una gran derrota se incrementaban. No pudo impedir que Sharbaraz y Shahrplakan unieran sus fuerzas y, con ellos tras de él, recurrió a una estratagema: cruzando el río, cambió la dirección de su marcha enfilando de nuevo hacia Persia.

Sharbaraz y Shahrplakan marchaban a toda prisa para impedir que Heraclio volviera a invadir Persia, pero Heraclio y sus 40.000 hombres eran más rápidos. Fue en ese momento cuando a Heraclio le llegó la noticia de que un tercer ejército persa –el de Sain– marchaba contra él subiendo el río. Ahora tenía dos ejércitos persas tras de él y uno delante, y todo parecía perdido. Fue en ese momento cuando Heraclio pronunció las célebres y premonitorias palabras: “si Dios quiere, uno sólo pondrá en fuga a diez mil”. Su ejército, pese a las privaciones, continuos combates e inminente peligro, no había perdido la disciplina ni la fe en su jefe. Se veían a sí mismos como a un nuevo Israel, un ejército sagrado conducido por un nuevo David, el emperador.

Alentados por Heraclio, los soldados del ejército romano interrumpieron su avance y enfilaron hacia los dos ejércitos persas que los perseguían. Heraclio los esperó en un amplio prado, con los flancos protegidos por el río Araxes, a su derecha, y una colina muy boscosa, a su izquierda. Escondió parte de su caballería en los bosques de la colina y esperó la llegada de los generales persas. Cuando Shahrplakan y Sharbaraz se encontraron con Heraclio al frente de un ejército formado y esperándoles, se llevaron una gran sorpresa, pero como superaban ampliamente en número a los romanos formaron a sus dos ejércitos y se lanzaron contra el enemigo. En el momento más recio de la batalla, la caballería de Heraclio que permanecía escondida en la colina, bajó al llano y cargó contra el flanco derecho y la retaguardia persas. Los persas sufrieron una tremenda derrota: el ejército de Shahrplakan fue prácticamente destruido y él mismo sufrió heridas, y el de Sharbaraz quedó desecho y dispersado.

Aunque Heraclio había triunfado, no podía darse ni un respiro, pues el tercer ejército persa –el de Sain– estaba ya sobre él. Sin dar descanso a sus hombres, avanzó resueltamente contra el nuevo peligro y, pasando sin pausa de la marcha a la batalla (como hizo Alejandro en la batalla del río Hidaspes), arrolló a Sain y a sus tropas. Era un gran triunfo ya que, en apenas unos días, Heraclio había vencido a tres ejércitos persas, pero sus hombres estaban agotados. Al poco, Sharbaraz y Sain lograron reunir a sus ejércitos y conducirlos de nuevo unidos contra Heraclio. La situación del emperador era una vez más muy difícil, pues sus hombres habían marchado a través de centenares

de kilómetros atravesando montañas y ríos, ganado tres batallas y librado innumerables combates; por eso sus fuerzas se hallaban al límite y, con el invierno precipitándose sobre ellos, era fácil prever que esta vez serían derrotados.

Para evitarlo, Heraclio volvió a tomar una sorprendente decisión: con el invierno encima, abandonó el llano y se internó de nuevo en el Cáucaso. Sharbaraz y Sain lo perseguían de cerca. Con ellos detrás y en pleno invierno, Heraclio cruzó el curso alto del río Curaxes y se internó en las regiones situadas hoy en el punto donde convergen las fronteras de Azerbaiyán, Georgia y Daguestán. Era un lugar tan remoto, tan fuera de los dominios de Persia, que Sharbaraz y Sain dieron por concluida la persecución convencidos de que Heraclio y sus hombres perecerían en las montañas. Mientras que ellos –Sharbaraz y Sain– se dividieron y dispersaron a sus hombres por los cuarteles de invierno que había en Armenia.

Pero Heraclio, no bien tuvo noticias de que Sharbaraz y Sain se habían separado y se disponían a invernar, regresó hacia el sur. Atravesando de nuevo el río Curaxes y llegando hasta el Araxes, bajó por el valle del Araxeonis hasta el lago Van, el lugar escogido por Sharbaraz para invernar. Allí, en enero de 625 y en mitad de la noche, Heraclio cayó sobre Sharbaraz y su ejército. Los persas estaban por completo inermes ante su ataque, pues pensaban que Heraclio se hallaba a centenares de kilómetros al norte, en mitad del Cáucaso. Miles de guerreros persas fueron sorprendidos y murieron, mientras que Sharbaraz, dejando atrás su armadura dorada, su familia y su tesoro de guerra, logró escapar a caballo, semidesnudo y sin armas¹¹⁵⁴. Finalmente Heraclio se dispuso a invernar allí mismo junto a la orilla oriental del lago Van, al frente de un ejército agotado pero triunfador¹¹⁵⁵.

V.4. La campaña del año 625 (v. mapa 13).

En febrero de 625¹¹⁵⁶, el ejército del emperador Heraclio se hallaba acampado en algún punto del noreste de la alta meseta del lago Van. Como acabamos de ver, en los meses anteriores Heraclio y sus hombres habían llevado a cabo una frenética campaña en la que habían derrotado a tres ejércitos persas y recorrido centenares de kilómetros de montañas, mesetas y valles de Atropatene, Albania y Armenia¹¹⁵⁷. Además, no muchas semanas atrás, acababan de poner en fuga a su oponente habitual desde 622, el general Sharbaraz¹¹⁵⁸.

¹¹⁵⁴ Teófanos: 6115, 309-313; Moisés Daxurangi: II,10, p. 81; Sebeos: 80-82.

¹¹⁵⁵ El lago Van está situado en una meseta a más de 1600 m de altura, rodeado por completo por cordilleras que superan los 3000 y a veces los 4000 m. Se trata de una fortaleza natural y se entiende que Heraclio la eligiera como sede de su campamento.

¹¹⁵⁶ Teófanos: 6115, 312; KAEGI, W., *Heraclius...*, *op. cit.*, p. 140.

¹¹⁵⁷ Teófanos: 6115, 309 y ss; Sebeos: 80-83.

¹¹⁵⁸ Teófanos: 6115, 311-312; Sebeos: 81-82.

Ahora bien, pese a tan resonantes triunfos, la situación de Heraclio y de su imperio no era muy tranquilizadora. En efecto, mientras Persia conservara el potencial económico de las ricas provincias de Siria, Palestina y Egipto; los recursos en soldados de la meseta irania, Armenia y las lejanas fronteras árabes y bactrianas, podría reclutar ejército tras ejército y enviarlos a un tiempo contra Heraclio y las provincias anatólicas, las únicas que permanecían –saqueadas y desangradas– bajo el poder imperial en Oriente. El Imperio, por el contrario, con los Balcanes sumergidos por la marea eslava, y azotados por las campañas ávaras, con las provincias itálicas amenazadas por los lombardos y los enclaves hispanos esperando el último ataque visigodo, sólo podía contar con el consuelo del África.

Las atrevidas campañas de Heraclio habían conseguido llevar la guerra a las mismas tierras del reino sasánida y logrado detener el declive que el imperio había sufrido desde el asesinato de Mauricio. Pero en 625, junto al lago Van, Heraclio fue consciente de que la hora decisiva se acercaba. Como ya hemos visto, sus recursos no le permitían alargar indefinidamente la guerra y necesitaba con urgencia un vuelco definitivo de la contienda. Por otra parte, Cosroes observaba intranquilo la reacción bizantina, lo que le llevaba a buscar, a su vez, el fin brusco y victorioso de la larga guerra. Como Gibbon dijo con acertada frase: “ambos monarcas batalladores por el Imperio del Oriente, en vez de escaramuzas por los confines, asestaban desesperadamente sus embates al corazón de su contrario”¹¹⁵⁹.

Sin duda, fue la situación sin salida a la que se había llegado tras la campaña de 624, lo que motivó que, en los meses invernales de 625¹¹⁶⁰, cuando el ejército estaba acampado en el lago Van, Heraclio enviara una embajada al khan de los jázaros y que pusiera a su frente a uno de sus hombres de confianza, el patricio Andrés.

Es difícil reconstruir con exactitud los movimientos diplomáticos de Heraclio entre febrero de 625 y agosto de 626, pero un atento examen de Moisés Daxurangi y su puesta en correlación con la secuencia de los acontecimientos dada por Teófanos, Miguel el Sirio, Nicéforo y algunas noticias sueltas de Jorge el Monje, al-Tabari, Sebeos, Eutiquio de Alejandría, Agapios, la *Crónica de Khuzistán* y Kiracos de Gantzac, permite recrear con bastante aproximación el cuadro de los hechos.

Como hemos visto ya, ese mismo febrero de 625 Heraclio envió una embajada al khan jázaro a cargo del patricio Andrés¹¹⁶¹. Que Heraclio enviara a este patricio a tratar

¹¹⁵⁹ GIBBON, E., *Historia de la decadencia...*, *op. cit.*, IV, 46, p. 414 y ss.

¹¹⁶⁰ KAEGI, W., *Heraclius...*, *op. cit.*, p. 142.

¹¹⁶¹ W. Kaegi (*Heraclius*, p. 142) data esta embajada acertadamente en febrero de 625. Nosotros hemos llegado también a esta conclusión tras confrontar el relato de Moisés Daxurangi con los de Teófanos, Nicéforo, Kiracos de Gantzac y Eutiquio. No pueden entenderse los movimientos de Heraclio, Cosroes, del khan jázaro, ni del ávaro sin este orden cronológico previo. De ello resultaría que la primera embajada de Heraclio tuvo lugar en febrero de 625; la segunda, a fines del verano o comienzos del otoño de ese mismo año; y la tercera –la única que Daxurangi data con claridad– en agosto de 626.

con el soberano de la tribu de los jázaros¹¹⁶² (nuevo poder de las estepas del Don y del Volga) mientras aún estaba en su refugio del lago Van y en pleno invierno, con los pasos de las montañas armenias y del gran Cáucaso nevados, es una prueba indirecta de la necesidad urgente que tenía de que tan poderosa fuerza interviniera en la guerra romano-persa. Heraclio, abandonado por sus aliados abasgianos, lázicos e iberos estaba, más que nunca, necesitado de ayuda¹¹⁶³. Además, la llegada de refuerzos jázaros podía, al contrario de lo sucedido con las pequeñas tribus caucásicas, desnivelar a su favor la larga guerra¹¹⁶⁴

Los jázaros, una fracción de los Tu-kiu –los turcos occidentales– establecida no hacía mucho en las estepas entre el Don y el Volga, constituían un nuevo elemento que no había sido puesto a prueba aún en el “Gran juego”¹¹⁶⁵ mantenido por ambos imperios rivales, el romano y el iranio. De aliarse con Heraclio, los jázaros podían, por su poderío y situación geográfica, presionar sobre la frontera oriental de los ávaros y paralizar su ofensiva sobre los Balcanes; además, lo que era aún más importante, atacar directamente Persia y sus provincias septentrionales, proporcionando a un tiempo al Imperio una magnífica caballería pesada y de arqueros montados que desbordaría las reservas persas¹¹⁶⁶. Era pues imprescindible atraérselos y sellar una alianza que Cosroes, con superiores recursos y prestigio, no pudiera romper. La historia de cómo se fraguó esta alianza y de la formidable réplica diplomático-militar que le dio Cosroes, es una de las más apasionantes de la historia bizantina.

Pero volvamos con Heraclio a las orillas del lago Van, donde transcurrían sin prisas los días invernales de febrero de 625.

El plan de Heraclio debía ser esperar la llegada de su embajador en la meseta de Armenia y confiar que Andrés llegara, a inicios del verano, acompañado por miles de

¹¹⁶² El esfuerzo diplomático de Heraclio por atraerse a los jázaros, en Moisés Dasxurangi: 2, 12, p. 86 y ss.

¹¹⁶³ Teófanos: 6115, 310.

¹¹⁶⁴ Sobre la historia de los jázaros en este periodo, *vid.* CARILE, A., “Il Caucaso e l’Impero bizantino (secoli VI-XI)”, *Il Caucaso: cerniera fra cultura dal Mediterraneo alla Persia (secoli VI-XI)*. 43 *Settimana di Estudio del CISAM*, Spoleto, 1996, 9-83; ZUCKERMAN, K.A., “The Khazars and Byzantium”, *Proceedings of the International Colloquium on the Khazars*. Budapest, 2002; GOLDEN, P.B., “Khazar Studies”, *Bibliotheca Orientalis Hungarica*, 25/1 (1980), pp. 37-42, 51-59; *IBIDEM*, *An Introduction to the History of the Turkic Peoples. Ethnogenesis and State Formation in Medieval and Early Modern Eurasia and the Middle East*, Wiesbaden 1992, pp. 127-136, 235-237; HARMATTA, J., “The Struggle for the <Silk Route> between Iran, Byzantium and the Türk Empire from 560 to 630 A.D.”, en Csanád Bálint (ed.), *Kontakte zwischen Iran, Byzanz und der Steppe in 6.-7. Jh.* Budapest, 2000, pp. 249-252; KOESTLER, A., *The Thirteenth Tribe: The Khazar Empire and its Heritage*, Nueva York, 1976.

¹¹⁶⁵ Esta expresión, acuñada por Ruyard Kipling, ha sido de nuevo puesta de relieve acertadamente por A. Rashid (*Los Talibán, el Islam, el petróleo y el nuevo gran juego en Asia Central*, Barcelona, 2001) para significar el juego de poder que se ha establecido en Asia central desde finales de los 80. La expresión nos parece igualmente acertada para designar la gran pugna que la Rumania y el Irán mantuvieron de forma constante desde los reinados de Anastasio y Kavad I hasta su desenlace en los de Heraclio y Cosroes II.

jinetes jázaros. Que no tenía prisa lo podemos deducir por el comentario de Teófanos de que tras su triunfo sobre Sharbaraz, en enero de 625, Heraclio y sus tropas se disponían a “pasar tranquilamente el invierno”¹¹⁶⁷. Pero Heraclio, de súbito y sin aguardar a las noticias de Andrés y los jázaros, levantó el campamento el 1 de marzo, cuando ni el invierno había cesado, ni los pasos montañosos estaban libres de nieve para la marcha de un ejército.

¿Qué fue lo que obligó a Heraclio a levantar el campo tan súbitamente? Pues debió ser la inesperada y rápida recuperación de Sharbaraz. Un nuevo encuentro con las fuerzas disminuidas, y tan alejado de sus bases, podía resultar fatal para el ejército romano. Por otra parte, a Heraclio debía inquietarle que en aquella aislada posición, los movimientos de Cosroes y los sucesos de su capital le pasaran fatalmente desapercibidos. El emperador temía que en Constantinopla, la falta de noticias del ejército, motivara rumores que pudieran favorecer una posible usurpación¹¹⁶⁸.

Sea como fuere, el 1 de marzo, tras consultar a sus tropas sobre el camino a seguir¹¹⁶⁹, Heraclio tomó el difícil camino de Martirópolis y Amida¹¹⁷⁰. La rapidez de su marcha y el acoso de Sharbaraz¹¹⁷¹ muestran hasta qué punto la posición de Heraclio era comprometida y cuán necesitado estaba de volver a sus bases. En la región de Amida pudo Heraclio enviar cartas tranquilizadoras a su capital, pero como su enemigo no le daba descanso, el emperador se vio forzado a marchar a toda prisa hacia el Éufrates y a cruzarlo a fines de marzo¹¹⁷², engañando a Sharbaraz¹¹⁷³. Tras pasar por Samosata y siempre seguido de cerca por el persa, Heraclio subió a Germanicea y de allí, por el anti Tauro, desembocó en la llanura de Cilicia. Acampó en ella, evitando las ciudades de Adana y Tarso¹¹⁷⁴, con sus agotadas tropas, no lejos del puente sobre el río Saros¹¹⁷⁵. Esto debió de ser en torno al día 8 de abril¹¹⁷⁶. En aquellos verdes prados¹¹⁷⁷, el extenuado ejército imperial creyó disponer de un breve descanso. No fue así, pues a los pocos días Sharbaraz les atacó. La situación fue tan crítica y el ejército se hallaba tan debilitado, en

¹¹⁶⁶ Como así sucedió: los 40.000 guerreros proporcionados por los jázaros en 627 fueron decisivos en el desenlace de la contienda. *Vid.* Miguel El Sirio: II, XI, p. 409; Teófanos: 6116, 316.

¹¹⁶⁷ Teófanos: 6115, 312.

¹¹⁶⁸ Teófanos: 6115, 312. Podemos deducir esto por la prisa y necesidad que tenía Heraclio de tranquilizar a la capital.

¹¹⁶⁹ Teófanos: 6116, 313.

¹¹⁷⁰ Teófanos: 6116, 312.

¹¹⁷¹ KAEGI, W., *Heraclius...*, *op. cit.*, pp. 131-132.

¹¹⁷² Deducimos esta fecha de la información que da Teófanos [6116, 313], quien dice que Heraclio tardó siete días en cruzar las montañas, a lo que se suma el trayecto desde el río Yarnasu hasta el Éufrates. Teófanos señala asombrado que Heraclio lograra cruzar el Éufrates durante la crecida; de lo que debemos deducir que teniendo en cuenta la distancia y el dato de la crecida, la fecha del cruce sería a comienzos de la primavera.

¹¹⁷³ Teófanos: 6116, 313.

¹¹⁷⁴ Teófanos [6116, 313] anota que el emperador evitó Adana y acampó en sus alrededores. Tarso estaba bajo control persa desde el 613.

¹¹⁷⁵ Teófanos: 6116, 313.

¹¹⁷⁶ KAEGI, W., *Heraclius...*, *op. cit.*, p. 131; STRATOS, A.N., *Byzantium...*, *op. cit.*, I, pp. 170-171.

¹¹⁷⁷ Teófanos: 6116, 313.

contraposición con las victorias del año anterior, que sólo la intervención personal de Heraclio permitió escapar de la destrucción¹¹⁷⁸. Fue un duro combate, pues persas y romanos, se apresuraron a abandonar la región¹¹⁷⁹. Por las puertas de Cilicia y doblando al norte, Heraclio alcanzó finalmente Cesarea, tras su “larga marcha”, y desde allí, Sebastea y Trebisonda a mediados de mayo.

V.5. El asedio de Constantinopla, la alianza jázara y el cambio de fortuna en la gran guerra romano-persa. 625-626 (v. *mapas 13 y 14*).

Hemos visto cómo se produjo la retirada de Heraclio, con su precipitada y arriesgada marcha; es la mejor prueba de que las condiciones militares del ejército bizantino no estaban en su mejor momento. Intentemos recordar esto y sumémoslo a la inactividad de Heraclio durante el verano de 625, inactividad no conocida por el ejército y su emperador desde la campaña de 622. La conclusión lógica, es que, el poder militar del imperio se hallaba al límite de su capacidad y próximo a su derrumbe.

Cosroes debió advertirlo, pero también, sin duda, debía tener noticias de los esfuerzos diplomáticos de Heraclio para atraerse a los jázaros. En una guerra como aquélla, en la que los espías y los movimientos diplomáticos habían jugado papel tan importante¹¹⁸⁰, sería imposible pensar que Cosroes, cuya frontera norte casi tocaba la de los jázaros, no estuviera al corriente. Las noticias de las actividades del patricio Andrés ante los jázaros y la conciencia de que Heraclio podía alargar en su agonía, la guerra, impulsaron al Rey de Reyes a preparar un ataque devastador y definitivo.

Durante un año completo¹¹⁸¹ Cosroes se dedicó a preparar sus ejércitos, pues la forzada inactividad de Heraclio le daba tiempo para ello. El silencio de las fuentes sobre los movimientos persas desde la batalla del río Saros hasta la marcha de Sharbaraz y Sain hacia el oeste, muestran que Cosroes se tomó su tiempo para preparar bien el que debía de ser el golpe decisivo contra su enemigo. Preparación militar y diplomática, ¿qué mejor respuesta al “movimiento jázaro” que activar el “peligro ávaro”?

Como ya demostramos, persas y ávaros mantenían contactos diplomáticos desde por lo menos el 622. De hecho, en 622-623, persas y ávaros habían sido capaces de coordinar un ataque conjunto en los Balcanes y el Egeo, con el concurso de los vasallos eslavos del khagan. Vimos también que era precisamente a través del Egeo como llegaban los embajadores persas ante el khagan, y así debieron de hacerlo en la nueva ocasión que ahora se le presentaba a su Shahansha para recurrir al khagan de los ávaros. Los esfuerzos

¹¹⁷⁸ Teófanos: 6116, 314; STRATOS, A.N., *Byzantium...*, op. cit., p. 171 y ss.; KAEGI, W., *Heraclius...* pp. 131-132.

¹¹⁷⁹ Teófanos: 6116, 314.

¹¹⁸⁰ Pocas guerras de este periodo están tan llenas de engaños, maniobras diplomáticas y espionaje. Algunos ejemplos: Al-Tabari: V, 1004; Patriarca Nicéforo: cap. 13; Teófanos: 6095, 291 y 6118, 324; Jorge de Pisidia, *Expeditio Persica*: 2. 235; *Crónica Pascual*: 724.

¹¹⁸¹ Teófanos: 6117, 315.

diplomáticos de los persas debieron de producirse durante el verano y el otoño de 625 pues –como veremos– los ejércitos persas se pusieron en marcha en la primavera siguiente, con un objetivo final bien claro. Además, Heraclio conocía, al menos desde marzo de 626, que ávaros y persas planeaban un gran ataque contra Constantinopla¹¹⁸².

Pero en este punto hay que recordar al patricio Andrés y su embajada ante los jázaros. Y es que, a la par que en las orillas del Danubio se acordaba una alianza ávaro-persa, en las del Volga, Heraclio aspiraba a establecer su alianza con los jázaros. Habíamos dejado a Heraclio en Trebisonda, desde donde reanudó sus gestiones para conseguir la alianza jázara. Sin duda, su intento de febrero había obtenido nulos resultados, y es que el khan jázaro debía de tener serias dudas sobre la conveniencia de dicha alianza a la vista de la desesperada situación de Heraclio y aún más tras conocer su agitado periplo en retirada desde Armenia al Ponto. Aquel verano de 625 Cosroes era mucho mejor apuesta que Heraclio, y tanto el khan como Heraclio lo sabían.

Por eso Heraclio forzó las negociaciones y volvió a enviar a Andrés. Pese a todo, el patricio sólo logró el compromiso en otoño de que el khan atacaría al verano siguiente las provincias persas de Albania y Atropatene en una incursión de saqueo¹¹⁸³. El khan supo negociar y mostrar su poder tanto a Heraclio como a Cosroes: si el primero quería algo más sólido que aquella incursión, debería ofrecer más; en cuanto al segundo, comprendería la importancia del factor jázaro en la gran guerra y estaría dispuesto a ofrecer grandes recompensas al khan si se mantenía apartado del teatro de operaciones¹¹⁸⁴. El khan, mostrado el valor de los jázaros en aquella contienda universal, podía elevar su precio y decidir en el último momento qué bando le interesaba más, algo que tanto Heraclio como Cosroes entendieron perfectamente.

Cosroes envió una carta al khan que podemos fechar en julio de 626, pues por una parte, la incursión jázara se produjo entre mediados de mayo y finales de julio; por otra, Cosroes ya había enviado a Sharbaraz y a Sain a Asia Menor, pero desconocía que éste último había sido derrotado cerca de Colonea alrededor del 6 de julio, pues Cosroes amenaza en su carta explícitamente al khan jázaro con llamar a Sain y Sharbaraz del

¹¹⁸² De otro modo no se comprendería la actitud del patricio Atanasio ante las noticias del cambio de política imperial a su regreso a Constantinopla, tras su embajada ante el khagan ávaro. *Crónica Pascual*: 718-719. Tanto Kaegi (*Byzantium...*, p. 133) como Stratos (*Byzantium...*, p. 173 y ss.) son de la opinión de que la embajada de Atanasio fue enviada por Heraclio en marzo de 626; por el contrario, Barisic de forma errónea y sin atender a las fuentes, la sitúa inmediatamente después de la llegada del primer ejército ávaro frente a la murallas de Constantinopla en julio de 626.

¹¹⁸³ Que el ataque de los jázaros sobre Albania y Atropatene fue propiciado directamente por la actividad diplomática de Heraclio, queda demostrado por la carta que Cosroes envió al khan jázaro como respuesta del ataque, y en la que Cosroes cita a Heraclio como promotor de la incursión. *Vid.* Moisés Dasxurangi: II,11,83.

¹¹⁸⁴ Cosroes lo comprendió, como muestra claramente la carta citada en la nota anterior. En ella, además de denigrar a Heraclio como posible aliado, ofrece todo tipo de riquezas a los jázaros y los amenaza, si no se apartan de la alianza con Heraclio, con atacarlos en su propio país.

oeste y enviarlos contra los turcos jázaros¹¹⁸⁵. En esta carta de Cosroes –conservada por Moisés Daxurangi–, el “gran rey persa” señala a Heraclio como el promotor del ataque jázaro contra su reino, lo insulta e intenta que el khan vea la debilidad del emperador, al tiempo que le muestra su propia fuerza; tienta al jázaro con cuantiosos regalos y subsidios si se retira y rompe sus tratos con Heraclio, prometiéndole apoyo y nuevos subsidios si se alía con él, mientras que a un tiempo lo amenaza con una guerra de exterminio si no se pliega a sus demandas. La carta es una mina de información, y es extraño –en nuestra opinión– que los estudiosos no la hayan aprovechado más. Detengámonos un poco más en ella y saquemos algunas conclusiones.

En la carta, Cosroes ofrece al khan superar con creces lo que Heraclio le había ofrecido¹¹⁸⁶:

“Si el khan tuviera necesidad de oro, plata, piedras preciosas y tejidos de muselina o trajes de púrpura bordados con oro y con perlas, yo podría haberle dado dos veces más que él para satisfacer sus deseos”.¹¹⁸⁷

El khan sabía que Cosroes estaba en mejor situación económica que Heraclio y que podía verdaderamente doblar los regalos y subsidios prometidos o que pudiera prometer el emperador¹¹⁸⁸. Y es que Heraclio, agobiado con sus gastos militares, había tenido que recurrir, recordémoslo, a un préstamo eclesiástico para solventarlos, y carecía de los recursos de Siria, Palestina, Armenia y Egipto que ahora contribuían al erario persa; a la vez, veía limitados los de Asia Menor por las incursiones persas. Al mismo tiempo, las depredaciones de ávaros y eslavos en las provincias balcánicas, hacían imposible extraer cualquier recurso, por mínimo que fuera, y obligaban al emperador, para mantener limitados estos ataques y concentrar sus fuerzas contra Cosroes, a pagar 200.000 sólidos anuales al khagan ávaro, una sangría constante para sus ahora escasos recursos¹¹⁸⁹. En suma, como puede verse, lo económico no explicaría la elección definitiva del khan jázaro. Si este factor hubiera sido el decisivo, los jázaros hubieran aceptado la más cuantiosa y segura oferta persa, y se hubieran vuelto contra

¹¹⁸⁵ Moisés Dasxurangi: II,11,82-83.

¹¹⁸⁶ Además de esta esclarecedora carta y de la simple observación del panorama general de ambos imperios en esta época, consúltese el excelente artículo de MARSÁK, B., “Sasanian, Sogdian and nomadic Silverware”, en: Csanad Bálint, *Kontakte...*, *op. cit.*, pp. 165-178, en el que puede verse la repercusión de la plata sasánida entre los nómadas turcos y los recursos de este metal con los que contaban los iraníes para la financiación del estado. Sobre la trascendencia del factor económico en las relaciones entre Irán, Bizancio y los turcos, *vid.* HARMATTA, J., “The Struggle...”, *op. cit.*

¹¹⁸⁷ Moisés Dasxurangi: II,11,82.

¹¹⁸⁸ CARRIÉ, J.M., “L’État à la recherche...”, *op. cit.*, pp. 27-60.

¹¹⁸⁹ Patriarca Nicéforo: cap. 13.

Heraclio o al menos se hubieran mantenido neutrales¹¹⁹⁰. Pero no fue el factor económico el decisivo en esta pugna diplomática entre Cosroes y Heraclio, ¿cuál fue entonces? Volvamos a las fuentes.

Una posibilidad que debemos explorar es la del cálculo político-militar. ¿Qué campo ofrecía más garantías de triunfar y, por lo tanto, cuál podía hacer más provechosa la alianza en caso de victoria y menos temible el castigo en caso de derrota? Veamos la situación político-militar en abril de 626 desde un simple cálculo de posibilidades políticas y militares.

Cosroes había enviado dos ejércitos contra el Imperio, uno contra la capital y otro para inmovilizar y, si era posible, derrotar al ejército de Heraclio situado en el Ponto. Las tropas persas superaban ampliamente en número a las romanas y, exceptuando las últimas derrotas de 622-624, habían llevado siempre consigo la victoria desde 603. Además, las recientes derrotas no habían sido decisivas, pues Heraclio no había logrado penetrar en el corazón persa, ni romper el dominio iranio en Albania, Iberia o Armenia. Más bien al contrario, en 624 el emperador había sido abandonado por sus aliados iberos y abasgianos¹¹⁹¹, y había tenido que renunciar a sus escasas ventajas y logros obtenidos en estas regiones, y permanecer inactivo durante todo un año, con la consiguiente muestra de debilidad militar que ello suponía. Por último, el “gran rey persa” había logrado en el otoño de 625 un éxito diplomático notable que ponía al borde del colapso a la Romanía: una alianza con los ávaros para que éstos reanudaran su avance en los Balcanes y colaboraran con el ejército persa en un ataque definitivo contra Constantinopla.

De este modo, en 626, militar y políticamente, era mucho más segura la apuesta persa que la romana. No había sido pues el cálculo de las posibilidades político-militares lo que inclinó la balanza a favor de Heraclio; tampoco la promesa del botín, tal y como da a entender en un pasaje Moisés Daxurangí, ni —como hemos visto— los subsidios o regalos ofrecidos al khan, como apunta W. Kaegi. Heraclio tuvo que mejorar drásticamente su posición y ofrecer algo que tentara al khan de forma tan fuerte

¹¹⁹⁰ KAEGI (*Heraclius*, ..., *op. cit.* p. 143), que rechaza como invención de los cronistas el que la alianza con los jázaros se concertara finalmente por el ofrecimiento de la hija de Heraclio al khan, apuesta por el factor económico como el decisivo, basándose en dos pasajes de Dasxurangí [II,12,82 y II,12,86]. Pero se contradice a sí mismo cuando en la misma obra y con anterioridad al argumento antes expuesto, declara explícitamente que el imperio no se hallaba en disposición económica de reclutar nuevas fuerzas, ni de pagar los servicios militares de ningún aliado, y que ésta fue la causa principal para que se recurriera a la alianza jázara (*Heraclius*, p. 142). ¿Cómo puede explicarse entonces, que un imperio exhausto, incapaz de reclutar compañías mercenarias, pudiera superar el pujante poderío de Cosroes en una pugna económica por lograr el apoyo jázaro? Además, el pasaje de Dasxurangí al que se agarra Kaegi tan sólo habla de la satisfacción del khan ante el botín conseguido en sus correrías de 626. Utilizar este pasaje como prueba entraría en contradicción con la carta de Cosroes al khan, que el propio Dasxurangí recoge [II,11,82]. ¿Por qué el khan debía, entonces, combatir por unos recursos económicos que Cosroes le ofrecía de buen grado?

¹¹⁹¹ Teófanos: 6116, 313; Stratos (*Byzantium*..., 173 ss.) resalta los escasos logros alcanzados por Heraclio tras sus primeras campañas.

que olvidara las promesas de Cosroes de doblar la oferta del emperador, algo que le empujara a desafiar las amenazas del *megas basileus* de los persas. Ese “algo” lo recogen las fuentes bizantinas, armenias y sirias aunque algo embrolladamente.

Pero antes de analizar esta cuestión, hay que retomar los acontecimientos y llevarlos hasta el punto en donde se podrá entender el siguiente paso dado por Heraclio en su camino hacia la alianza jázara y hacia la victoria sobre Persia.

En la primavera de 626, las apuestas de ambos rivales comenzaron a hacerse visibles para su contrario. Desde Trebisonda Heraclio conoció con inquietud los informes que hablaban de una posible alianza entre ávaros y persas. Reaccionó inmediatamente enviando una embajada al mando del patricio Atanasio a la corte del khagan ávaro¹¹⁹², con el propósito de confirmar las noticias y de hacer todo lo posible por contentar al khagan y conseguir, de nuevo, una tregua en el oeste. Ya en 619¹¹⁹³, Atanasio había sido el encargado de las negociaciones con los ávaros y desde entonces se había convertido en el “experto en cuestiones ávaras” del emperador. Era pues, el hombre más indicado.

Ahora bien, Stratos y Kaegi –como ya hemos visto– sitúan acertadamente esta embajada a fines de marzo, o primeros de abril de 626¹¹⁹⁴; dado que la distancia entre Trebisonda y Constantinopla es de más de 975 kms, debemos llegar a la conclusión de que Heraclio comenzó a “sospechar algo” en los primeros días de marzo como muy tarde. Su primera intención, como dejan traslucir las protestas de Atanasio ante los otros dirigentes de la ciudad al regreso de su fracasada embajada¹¹⁹⁵, debió de ser plegarse a cualquier exigencia del bárbaro y detener así el inquietante ataque que le amenazaba desde el Danubio. Esto era lo que había hecho en 623 y, aparentemente, lo más sensato. Recordemos que Heraclio debía tener noticias, al menos desde finales del otoño del 625, de que la embajada del patricio Andrés ante los jázaros había tenido un éxito parcial y que, por tanto, a la primavera siguiente, los jázaros atacarían las provincias septentrionales de Persia. Tras largos meses de reparar sus fuerzas en las bases del Ponto y con el deseo de sellar, definitiva y personalmente, el ansiado acuerdo con los turcos jázaros, su plan debía de ser marchar hacia el este en primavera para unirse al ataque contra Cosroes.

¿Por qué entonces cambió súbitamente de estrategia? Que lo hizo es indiscutible, pues lo prueba el mismo pasaje antes aludido de la *Crónica Pascual* al relatarnos la extrañeza de Atanasio al regreso de su misión, ante el brusco cambio de dirección de las órdenes imperiales y ante la llegada de un ejército de refuerzo para afrontar el asedio

¹¹⁹² *Crónica Pascual*: 718-719.

¹¹⁹³ Patriarca Nicéforo: cap. 9.

¹¹⁹⁴ KAEGI, W., *Heraclius...*, *op. cit.* p. 133; STRATOS, A.N., *Byzantium...*, *op. cit.*, I, p. 173 y ss.

¹¹⁹⁵ *Crónica Pascual*: 718.

inminente de la ciudad. Es decir, que cuando Atanasio fue enviado Heraclio deseaba, a toda costa, evitar el enfrentamiento y poco después, estaba repentinamente presto a afrontarlo.

¿Qué había cambiado? Evidentemente le habían llegado nuevos datos después de enviar la embajada. Creemos que sólo una noticia pudo, en pura lógica, motivar la nueva decisión de Heraclio: la llegada, en los primeros días de abril, de informes sobre la marcha hacia Anatolia de dos grandes ejércitos persas. Al conocer esto, Heraclio tuvo la confirmación, antes de que Atanasio llegara ante el khagan, de que los rumores sobre el compromiso de colaboración entre persas y ávaros, y su apoyo mutuo ante los muros de Constantinopla eran ciertos. Su única duda, como ya señalara Stratos¹¹⁹⁶, era averiguar, cuál de los dos ejércitos marcharía contra su capital y cuál le atacaría a él.

Pero, le atacara quien le atacara, Heraclio tenía ya claro que no podría golpear ese verano en unión de los jázaros el territorio persa y esto, junto con la confirmación de la alianza ávaro-persa, lo dejaba ante el mayor dilema que hasta entonces afrontara: si marchaba hacia Constantinopla, no sólo quedaría bloqueado por el ataque conjunto de ávaros y persas, sino que tendría además que dejar completamente abiertas al avance persa las provincias anatólicas y abandonar lo poco que había conseguido desde 622. Además, su retirada hacia Constantinopla implicaba la total renuncia a la alianza jázara, pues el khan comprendería que Heraclio y su imperio no estaban en condiciones de ofrecer nada y, ni tan siquiera, de sobrevivir a medio plazo. Y aunque, con casi toda probabilidad, la combinación de su ejército con las grandes murallas de la capital y su total dominio del mar¹¹⁹⁷, le asegurarían un éxito en la defensa de la ciudad, esto no sería más que una victoria pírrica que precedería a su derrota definitiva.

La otra opción, quedarse al lado de su ejército en las regiones del Ponto era arriesgada, pero tenía algunas posibilidades. Por una parte, la ciudad imperial, una vez reforzadas sus defensas y aprovisionada adecuadamente, podía soportar por largo tiempo el asedio con el concurso de la flota. Un tiempo que le permitiría, en caso de victoria sobre el otro ejército persa, enviar socorro a Constantinopla y dejar abierta la puerta de la alianza con los jázaros. Y en ese caso ¿en qué situación quedaría Cosroes? Con un ejército derrotado y otro inútilmente acampado a la orilla del Bósforo, mientras los jázaros saqueaban su reino y Heraclio se encontraba libre para moverse en una u otra dirección según le conviniera. En suma, se produciría un vuelco de la situación. Eso en

¹¹⁹⁶ STRATOS, A.N., *Byzantium...*, *op. cit.*, I, p. 173 y ss.

¹¹⁹⁷ Como vimos y como certifiican las fuentes y la arqueología, Persia contaba con una flota en el Mediterráneo oriental y el Egeo desde 622. Que esa flota no acudiera al sitio de Constantinopla de 626 sólo puede explicarse llegando a la conclusión de que en algún momento entre 623 y 626 tuvo que quedar neutralizada por la flota romana. Ahora bien, la alianza ávaro-persa sólo podía ser efectiva si contaba con el dominio del Bósforo; pero como demostraron los hechos, en ausencia de las naves persas ¿qué podían los monoxilos eslavos de bajo bordo, sin vela, sin cubierta y con capacidad sólo para 30 hombres contra los “monstruosos” dromones imperiales de alto bordo, con sus dos o más cubiertas, sus velas y su tripulación de entre 200 y 300 hombres?

caso de victoria. Y aún en caso de derrota, a Heraclio le quedaría siempre, con el concurso de la flota, retirarse por Trebisonda o Sinope a su capital y organizar allí su última resistencia. Creemos que los hechos sustentan esta hipótesis y que era la única lógica en la situación de Heraclio y, por tanto, como veremos, la que adoptó.

Así que Heraclio se puso en movimiento. A mediados de abril¹¹⁹⁸, el emperador debía de saber ya que Sharbaraz marchaba por Cilicia y que su ejército era el más pequeño de los dos que le atacaban¹¹⁹⁹. Sharbaraz, marchando tan al sur¹²⁰⁰, estaba fuera de su alcance; pese a todo, a Heraclio debió de tranquilizarle la noticia de que el ejército persa destinado al sitio de su capital no era imponente. El ejército de Sain, el otro general persa, era el más potente y como marchaba hacia Melitene podía acceder a Anatolia por dos caminos¹²⁰¹. Sabiendo todo esto, Heraclio dividió en tres su ejército¹²⁰²: una parte fue enviada por mar, con casi toda seguridad¹²⁰³, a Constantinopla para reforzar la defensa y tranquilizar a los ciudadanos, mientras que el resto marcharía unida, en un primer momento, hasta Sebastea. Desde esa ventajosa posición¹²⁰⁴, se podía interceptar al ejército persa, tanto si marchaba por el camino del Ponto, como si lo hacía por el de Capadocia. Una vez aclarado esto, Teodoro, con el grueso de las fuerzas, correría a interceptar a los persas¹²⁰⁵, mientras que Heraclio quedaría retrasado con una pequeña retaguardia, lo que permitiría tanto auxiliar a su hermano en caso de derrota, como interceptar al ejército enemigo en caso de que éste cambiara bruscamente de dirección. Y

¹¹⁹⁸ A mediados de abril Heraclio se hallaba en Sebastea. *Vid.* STRATOS, A.N., *Byzantium...*, *op. cit.*, vol. I, p. 173 y ss.

¹¹⁹⁹ Teófanos: 6117. 315.

¹²⁰⁰ Hasta el presente, nadie ha aportado datos para reconstruir la ruta de Sharbaraz y nadie ha consultado a al-Tabari. Efectivamente, al-Tabari [V, 1003-1004] dice que Heraclio marchó por la ruta contraria a la de Sharbaraz. Sabemos que el emperador avanzó por la ruta del Ponto a Lázica y Armenia; la ruta contraria es pues la que accedía a Anatolia por Cilicia y el Tauro.

¹²⁰¹ Había tres rutas adecuadas para que un gran ejército entrara en Asia Menor. La ruta sur, tomada por Sharbaraz, permitía desde Germanicea (en el norte de Siria) acceder a Cilicia y a Galatia marchando a través del Tauro por las puertas de Siria y Cilicia. Melitene era la llave para los otros dos caminos: uno accedía al interior de Capadocia por Cneocesarea y Cesarea Masaza, mientras que el otro, subiendo por el valle del Éufrates, accedía al Ponto por Satalia y Colonea.

¹²⁰² Teófanos: 6117. 315.

¹²⁰³ Sabemos por la *Crónica Pascual* [718] que Heraclio había mandado 12.000 hombres a reforzar Constantinopla: por Eutiquio, que llevó unos 5.000 al Ponto, y que éstos se encontraban allí antes del 29 de junio. Teniendo en cuenta que Sharbaraz cerraba el camino de Bitinia, al hallarse acampado en Calcedonia desde mayo, la única posibilidad de llegar a Constantinopla sin lucha (las fuentes la hubieran recogido de haberse producido), es por mar; es lógico, la flota imperial lo dominaba por completo y para el emperador era más fácil mandar sus refuerzos con seguridad desde Trebisonda que enviarlos por tierra donde inevitablemente se verían interceptados por los persas.

¹²⁰⁴ Efectivamente Sebastea, la llave de Asia Menor, permitía a Heraclio marchar rápidamente para interceptar al ejército de Sain, ya marchara por Cesarea ya por Satalia; por eso se situó allí a fines de abril.

¹²⁰⁵ Teodoro debía de estar al mando de la porción mayor del ejército, pues su misión era derrotar al más potente de los ejércitos persas, el de Sain. Sabemos que el ejército de Heraclio contaba con 40.000 hombres sacados de los restos de los ejércitos de Armenia y Oriente, y de tropas del de Tracia, así como de los nuevos alistamientos hechos en Asia Menor en 621-622. Teniendo en cuenta esto y sabiendo por la *Crónica Pascual* que Heraclio envió 12.000 hombres a Constantinopla, y por Eutiquio que Heraclio quedó en reserva con 5.000 hombres, podemos colegir que el ejército con que contó su hermano Teodoro para enfrentarse a Sain debió de rondar los 20.000 efectivos.

en ese trance, estorbarlo y retrasarlo hasta que Teodoro rectificara su posición y viniera en su auxilio. En caso de desastre total, la posición elegida por el emperador, le permitiría, además, retirarse hacia el mar y desde allí a Constantinopla, posibilidad que Heraclio dejaba siempre abierta, adoptando aquella estrategia. Por último, si Teodoro tenía éxito, Heraclio lo enviaría a Bizancio¹²⁰⁶ y él –como los hechos mostraron– iría en busca de los jázaros en un intento final de renovar y ampliar el pacto con éstos¹²⁰⁷. Era un plan arriesgado pero con posibilidades de triunfo.

La larga disertación anterior era necesaria para mostrar todos los elementos que concursaron en la decisión de Heraclio de no acudir a defender personalmente Constantinopla. Esta hipótesis, es –a nuestro entender– la que obtiene un mejor respaldo de las fuentes y del transcurso de los acontecimientos posteriores, y la única que otorga una lógica militar a las acciones de Heraclio, Cosroes, el khagan ávaro y el khan jázaro.

En este punto tenemos que volver a Constantinopla. A finales de mayo¹²⁰⁸, los refuerzos de Heraclio, unos 12.000 hombres¹²⁰⁹, llegaron a la ciudad con órdenes detalladas del emperador¹²¹⁰. Había que remozar las murallas, construir máquinas de guerra que pudieran desplazarse rápidamente sobre la muralla; reunir grupos de arqueros, aprovisionar la ciudad, disponer los barcos de guerra de forma adecuada y construir una nueva muralla¹²¹¹. ¿A qué nueva muralla se referiría la carta del emperador recogida por Jorge de Pisidia?

¹²⁰⁶ Esto fue lo que efectivamente sucedió tal y como nos relata la *Crónica Pascual*: 726.

¹²⁰⁷ Eutiquio [18, 2, p. 320] cifra en 5.000 hombres la fuerza que quedó con Heraclio tras la triple división de su ejército aquel verano.

¹²⁰⁸ Heraclio estaba a finales de marzo en Trebisonda y a mediados o finales de abril en Sebastea. Tuvo pues que tomar la decisión de dividir su ejército y enviar una parte a Constantinopla como muy tarde sobre el 15 de abril. Teniendo en cuenta la necesidad de reunir las naves suficientes en Trebisonda, el embarque de las tropas, las escalas necesarias y el tiempo mínimo para recorrer los 970 km. que separan Trebisonda de Constantinopla, los refuerzos no pudieron llegar antes. Otro dato confirma nuestra hipótesis: cuando el patricio Atanasio fue enviado a fines de marzo a entrevistarse con el khagan ávaro, el ejército de refuerzo ni había llegado, ni se le esperaba; cuando regresó pocos días antes del 29 de junio, las tropas ya llevaban allí un tiempo. Por último las disposiciones contenidas en la carta que el emperador envió a Constantinopla con sus órdenes para afrontar el sitio y que ha sido recogida por Jorge de Pisidia [*Bellum Avaricum*, 265-285] sugieren que al menos debió de contarse con un mes de plazo entre la recepción de la carta y las tropas y la llegada de los ávaros.

¹²⁰⁹ La *Crónica Pascual* [718] recoge esta cifra que creemos acertada. Esta tropa, unida a la guarnición habitual de la ciudad y a las fuerzas proporcionadas por los demos y eventualmente la marina, era más que suficiente para defender Constantinopla. Tanto Barisic como Pertusi, siguiendo al pie de la letra la *Crónica Pascual*, se refieren sólo a la caballería pesada. Es un error, Heraclio como buen estratega no hubiera “desperdiciado” el grueso de su caballería acantonándola tras los muros de Constantinopla donde era perfectamente inútil. Lo lógico es que hubiera conservado al grueso de su caballería para interceptar y derrotar al gran ejército de Sain. La caballería era más útil en las llanuras de Capadocia que en las estrechas calles de Constantinopla. La *Crónica* debe de referirse al total del ejército enviado por Heraclio al auxilio de su capital.

¹²¹⁰ Jorge de Pisidia, *Bellum Avaricum*: 265-285.

¹²¹¹ Jorge de Pisidia, *Bellum Avaricum*: 270.

Ya Pernice apuntó a que este “nuevo muro” solo podía ser el “monoteichos” mandado construir por Heraclio y Pertusi sostuvo también esta solución¹²¹². Pero los argumentos contrarios eran, al menos, tan fuertes como los favorables, pues tanto la *Crónica Pascual* [726] como Nicéforo [cap. 18] situaban la construcción del “monoteichos” dentro de los acontecimientos del 627. Ahora bien, la propia *Crónica Pascual*, tal y como señaló Pertusi, dice que los armenios salieron del muro de las Blaquernas para atacar a los eslavos que intentaban alcanzar el Pórtico de San Nicolás, iglesia situada claramente a extramuros¹²¹³. Esto, unido a la carta de Jorge de Pisidia constituía la base de la argumentación de quienes defendían que el “monoteichos” se construyó en 626. Pero, junto a lo anterior, un atento examen de la propia *Crónica* y del *Bellum Avaricum* permite encontrar nuevos argumentos a favor de la vieja hipótesis que la hacen aún más viable.

En primer lugar, tanto el poema de Pisidia, como Teodoro Synkellos y la *Crónica* señalan las Blaquernas como un punto de fuerte lucha durante todo el sitio. Se señala, además, como un éxito de los sitiadores el que, tras largos combates, se apoderen de las Blaquernas¹²¹⁴, y una vez logrado esto, las fuentes advierten con preocupación que los ávaros se aprovechan de Blaquernas como de un punto fortificado¹²¹⁵ desde el que rechazar los contraataques de la guarnición y proseguir su penetración de las defensas de la ciudad. Todas estas noticias sólo pueden indicar que Blaquernas contaba con una muralla para su defensa en 626, posiblemente sin terminar y sin la solidez de los muros teodosianos, pues con toda probabilidad, la orden para su construcción no se dio hasta finales de mayo¹²⁰⁸. En tan breve tiempo, la defensa era necesariamente imperfecta, de ahí los duros combates para su sostenimiento y el éxito ávaro al apoderarse de las Blaquernas. En la batalla final, los armenios citados por la *Crónica* debieron de limpiar de enemigos el sector, en medio de la confusión de los atacantes. Una vez logrado este objetivo se precipitaron sobre los naufragos eslavos que buscaban la salvación en San Nicolás.

¿Es posible creer que, después del fuerte ataque sufrido por el sector de las Blaquernas en 619¹²¹⁶, Heraclio no intentara cubrirlo ante la inminencia del próximo embate? Lo detallado de la carta del emperador y lo prudente de sus disposiciones, sugieren que ese error de bulto no fue cometido y que, en pura lógica, el “monoteichos” tenía más razones para ser construido en 626 que para serlo en 627, y que lo que Nicéforo

¹²¹² Efectivamente tanto Pernice (*Il Imperatore Heraclio*, p, 141, nº. 1) como Pertusi (*Poemi i Panegirici*, p. 217) apuestan -creemos que acertadamente- en base a la carta recogida por Jorge de Pisidia, por la tesis de que el muro de Blaquernas fue construido inmediatamente antes del asedio ávaro-persa y no como señala Nicéforo [cap. 18] y la *Crónica Pascual: 726-727* en 627. Ante estos “formidables oponentes” la teoría de Pertusi y Pernice sustentada en Jorge de Pisidia era débil y vacilante. Nosotros aportaremos nuevos elementos que refuercen su teoría que, como veremos, se obtienen de una lectura más atenta del *Bellum Avaricum* de Pisidia y de la propia *Crónica Pascual*.

¹²¹³ *Crónica Pascual: 724*.

¹²¹⁴ Jorge de Pisidia: 405; *Crónica Pascual: 725*; Teodoro Synkellos: 312, 35.

¹²¹⁵ Jorge de Pisidia: 405.

¹²¹⁶ Patriarca Nicéforo: cap. 10; Teófanos: 6110. 301-302.

y la *Crónica Pascual* recogen en su enumeración de los hechos del 627 es la reconstrucción del muro, que como se ve en los acontecimientos del asedio, debió quedar considerablemente dañado.

Una vez establecido este punto, pasaremos a configurar rápidamente los hechos principales del sitio.

En los primeros días de junio de 626¹²¹⁷, un ejército persa llegó ante los muros de Calcedonia, hecho que no tenía nada de extraordinario, pues se había repetido en otras ocasiones anteriores¹²¹⁸. No obstante, el general Sharbaraz, que mandaba el ejército acampado en los arrabales de la ciudad, tenía órdenes muy concretas en esta ocasión: el saqueo y la devastación sistemática de las ricas tierras de la Bitinia occidental¹²¹⁹. Aldeas, arrabales, pequeñas ciudades, villas, monasterios e iglesias fueron incendiados y el tráfico por tierra con Asia quedó interrumpido. La gran ciudad de Constantinopla contemplaba inquieta los incendios desde la orilla europea del Bósforo tracio.

Ahora bien, recordemos que Sharbaraz había llegado allí a comienzos de junio y, por tanto, casi a la par que el destacamento de refuerzo enviado por Heraclio para la defensa de su capital. Así que, mientras que Sharbaraz llevaba a término su destrucción de la Bitinia occidental, en la ciudad, soldados, ciudadanos y marineros completaban diligentemente las instrucciones enviadas por el emperador¹²²⁰. Los muros fueron reafirmados y preparados, se construyeron máquinas de todo tipo, se prepararon arqueros, se aprovisionó la urbe, se concentró y armó la flota, y se construyó –tal y como hemos creído poder demostrar– el nuevo muro de Blaquernas. En estas tareas estaban cuando la vanguardia ávara se presentó desde el norte y completó por tierra el sitio. La fecha dada por la *Crónica Pascual*, el 29 de junio, nos obliga a detenernos.

La *Crónica Pascual* relata que ese día y desde la muralla larga, una vanguardia de 30.000 hombres se precipitó sobre los campos de Constantinopla¹²²¹. Ante este formidable ataque las patrullas de caballería bizantinas se retiraron ante los bárbaros, a la seguridad de las murallas. Ahora bien, reparemos en el número de los componentes de la vanguardia enemiga y en la fecha de su llegada.

Treinta mil guerreros son demasiados para constituir una vanguardia y pocos para acometer el asedio. Y además, ¿por qué llegaron casi un mes más tarde que Sharbaraz? Y sobre todo ¿por qué aparecieron todo un mes antes que el khagan y el grueso del ejército? Nadie, a excepción de Stratos se ha hecho –que sepamos– estas preguntas. Y, no obstante, nos parece que, de despejarse estas dudas, se explicarían muchas cuestiones relacionadas con el sitio. La respuesta de Stratos de que el khagan estaba sitiando

¹²¹⁷ *Crónica Pascual*: 716; Teodoro Synkellos: VII 32 (seguimos aquí la división otorgada al texto por MAKK, F., *Traduction et commentaire de l'homélie écrite probablement par Théodore le Syncelle sur le siège de Constantinople en 626*. Szeged, 1975).

¹²¹⁸ Patriarca Niceforo: cap. 7; Teófanos: 296 y ss. y 301.

¹²¹⁹ *Crónica Pascual*: 716-717; Teodoro Synkellos: VII 32-39.

¹²²⁰ Jorge de Pisidia: 290-295.

Tesalónica, es tan endeble que el propio gran maestro no dudaba en reconocerlo. Militarmente esa acción no tenía ningún sentido y ¿cómo podemos esperar que tras haber sido derrotado un mes antes en Tesalónica, el khagan marchara tranquilamente a Constantinopla? Además, como ya hemos creído demostrar, el segundo asedio de Tesalónica por los eslavos y los ávaros aconteció en 623 y el tercero en 625, por lo que es imposible situar al khagan ávaro ante los muros de la urbe macedonia en la primavera de 626. Así que, no se puede aceptar la hipótesis de Stratos, por lo que intentaremos dar otra.

Si tal y como suponemos, Sharbaraz había llegado puntual a su cita con los “hunos del oeste”, debió de extrañarle que los ávaros no se presentaran, transcurridas las semanas. Mientras tanto, el khagan preparaba su ejército en el norte: miles de jinetes e infantes ávaros armados pesadamente, búlgaros onoguros unidos a su horda tras escapar de los turcos occidentales, guerreros gépidos de estirpe germana sometidos por su padre en los días del comienzo del reinado de Baian. Y, sobre todo, decenas de miles de vasallos y aliados eslavos armados de forma ligera y trabajando sin descanso en la construcción de todo género de materiales destinados a la flota de monóxilos y la maquinaria necesaria para quebrar las murallas de Teodosio. El conglomerado de fuerzas que el khagan tenía que reunir, los ingentes materiales y las enormes cantidades de provisiones necesarias junto con la concentración de centenares de carretas y de miles de animales de tiro y carga, indispensables para mover aquella desmesurada columna de guerra, sobrepasaron, con toda seguridad, los cálculos del khagan. Sabemos que tenía prisa, pues precipitó su marcha y, como consecuencia, no reunió los víveres suficientes para el sitio¹²²². Se había comprometido a estar ante los muros de la capital del imperio en los primeros días de junio, pero la fecha pasaba y sus preparativos no terminaban. De ahí que –según creemos– se viera obligado a enviar por delante suya una copiosa fuerza para demostrar a su aliado oriental que su compromiso seguía en pie.

La misión de la vanguardia era, sin duda, tranquilizar a Sharbaraz y los movimientos de los jinetes ávaros nos confirman esta idea. La *Crónica* dice al respecto que, tras realizar las disposiciones indispensables, construir un campamento, verificar el cierre de caminos, impedir que los sitiados se aprovisionaran¹²²³, la primera preocupación del jefe de los ávaros fue hacerse visible a Sharbaraz. Mil guerreros de caballería pesada galoparon hasta *Sicae*, el punto más estrecho del Bósforo fuera del dominio de los muros de la ciudad y el más visible para los persas situados en la zona de Crisópolis. Por si la rutilante línea de guerreros poderosamente armados no fuera

¹²²¹ *Crónica Pascual*: 717.

¹²²² Esto es fácilmente comprobable por el desarrollo del sitio, ya que por dos veces reclamó el khagan víveres a los sitiados; el propio khagan dijo para justificar su retirada tras el fracaso del asedio: *no creáis que me retiro por miedo, sino porque escasean mis provisiones y no os he atacado en el momento oportuno. Me voy para prestar atención a suministros y regresaré destinado a haceros a vosotros lo que sea que me hayáis hecho a mí* [*Crónica Pascual*: 726].

suficientemente visible, los ávaros encendieron fuegos en su sector para que los persas y los habitantes de Constantinopla no tuvieran ninguna duda de sus intenciones. Como a una señal largamente esperada, los persas se formaron a su vez en la costa opuesta y, al igual que sus aliados, hicieron señales de humo.

Este sugerente relato extraído de la *Crónica Pascual* es para nosotros especialmente revelador¹²²⁴. Demuestra que ávaros y persas se sabían y esperaban en el Bósforo, y que los ávaros necesitaban dar a conocer a los persas que, aunque tarde, estaban dispuestos a cumplir su parte. Sólo una fuerza tan grande, superior a la guarnición con la que en aquel momento debía de contar la ciudad, podía asegurar que los bizantinos no la dispersarían y a la vez, que Sharbaraz no desconfiara de la lentitud del khagan. En cuanto al deseo de los ávaros de que sus señales a los persas no pasaran inadvertidas a los habitantes de la gran urbe, tenía como propósito intimidarlos dándoles la prueba palpable de la alianza explícita entre sus enemigos. Los bizantinos lo entendieron perfectamente y todas las fuentes definen, con mayor o menor claridad, el sitio como una operación conjunta de ávaros y persas.

Al poco de estos acontecimientos, el patricio Atanasio (que como vimos había partido para su misión a fines de marzo o comienzos de abril) regresaba a Constantinopla con las manos vacías. El khagan no quería ya, como en 619 o en 623, más oro¹²²⁵, sino la conquista de la ciudad y el dominio de sus habitantes¹²²⁶. La actitud de compromiso de Atanasio con el khagan, que había sido la “línea oficial” cuando lo enviaron a la corte ávara, era ahora inaceptable para los dirigentes de la ciudad¹²²⁷. La situación había girado completamente y Atanasio, tras comprobar personal y detalladamente la nueva política de Heraclio, fue enviado de nuevo al khagan pero con un mensaje menos flexible¹²²⁷.

Y es que por fin llegaba el khagan, un mes después que su vanguardia y con un tren de abastecimientos incompleto¹²²⁸. Pero el khagan no podía demorarse más, junio había pasado y julio se completaba y, de cierto, que Sharbaraz no podía esperarlo eternamente. Así que, el 29 de julio, la enorme columna de hombres, caballos y carros llegó ante la gran muralla de Constantinopla. Al día siguiente, el khagan hizo una

¹²²³ *Crónica Pascual*: 718.

¹²²⁴ *Crónica Pascual*: 718.

¹²²⁵ Este había sido el tono de la política imperial frente a los ávaros desde 602. Acerca de los ríos de oro vertidos sobre los ávaros por los emperadores y sobre sus extraños y lejanos caminos, *vid.* YING, Lin, “Western Turks and Byzantine gold coins found in China”, *Transoxiana*, 6 (julio 2003), http://www.transoxiana.org/0106/lin-ying_turks_solidus.html

¹²²⁶ Conviene centrar la atención sobre este punto. Son los cambios de intención del khagan sobre sus objetivos los que dan la clave de la alianza ávaro-persa. Sobre esta primera intención manifestada a Atanasio *vid.* *Crónica Pascual*: 719-720.

¹²²⁷ *Crónica Pascual*: 719. Es curioso cómo Barisic pasa por encima de estas importantísimas líneas de la *Crónica Pascual*. No sólo no sitúa correctamente en el tiempo la embajada de Atanasio sino que no le extraña las contrapuestas actitudes de Atanasio y de los magistrados de la ciudad, ni la incredulidad del embajador frente a las disposiciones de la ciudad. *Vid.* BARISIC, F., “Le siège de Constantinople par les Avars et les Slaves en 626”, *Byzantion*, 25 (1954), pp. 371-395.

¹²²⁸ *Crónica Pascual*: 719-720.

demostración de su poder¹²²⁹: miles de eslavos, búlgaros, gépidos y ávaros se agolparon frente a las murallas abarcando todo el perímetro de la urbe¹²³⁰. Los gritos de guerra, el relinchar de los caballos y el entrechocar de las armas de aquellos 80.000 bárbaros guerreros, aturdió a los espectadores, que perplejos, observaban desde las murallas¹²³¹. Ese día el khagan se contentó con el espectáculo dado por sus hombres, pero al día siguiente lanzó un ataque general. Una primera línea de infantería ligera eslava obligaba a los defensores a dispersarse por todo el perímetro de defensa, mientras que entre Pemton y Apollondriu, una masa más densa de atacantes y una segunda línea de ataque formada por infantería pesada, ponía a prueba los muros y a sus defensores¹²³². Por la tarde, los atacantes empujaron hacia las murallas máquinas de guerra¹²³³.

El 1 de agosto se desencadenó un ataque formidable. Los guerreros bárbaros asaltaron los muros y colocaron docenas de catapultas, onagros, escorpiones, balistas y manteletes frente a la muralla¹²³⁴, de forma suelta a los lados, para obligar a los defensores a dispersar sus máquinas de tiro e impedirles concentrar el fuego sobre el sector de San Romano hasta Apollondriu, donde se preparaba el ataque principal¹²³⁵. Allí el fuego ávaro era más recio y pretendía cubrir el avance de 12 grandes torres de asedio móviles¹²³⁶, tan altas como la muralla y cuyo propósito era inundarla de guerreros ávaros. Éstos lograron acercarlas hasta el mismo pie del muro poniendo en un grave peligro a la guarnición. Pero Bono, el *magister militum praesentalis*, conjuró el peligro acudiendo a los marineros de las naves de guerra¹²³⁷ y uno de ellos construyó una ingeniosa máquina con la que logró incendiar las torres atacantes¹²³⁸. Desde la muralla, Bono ofreció negociar, pero el khagan lo rechazó; al fin y al cabo, éste había logrado echar sus monoxilos junto al puente de San Calínico¹²³⁹. El punto estaba bien elegido, pues el escaso calado del golfo en ese punto, impedía que la temible flota bizantina frustrara la maniobra. Los navíos bizantinos respondieron situándose desde San Nicolás a San Conon, cerrando el paso a los eslavos¹²⁴⁰. Con este inquietante triunfo terminaba la jornada para los atacantes.

Mientras tanto, en la ciudad y, desde los primeros indicios del asedio, el patriarca Sergio levantaba el ánimo de los defensores y llevaba al éxtasis religioso a la población

¹²²⁹ Jorge Pisidia: 215-220; *Crónica Pascual*: 720.

¹²³⁰ Jorge de Pisidia: 65.

¹²³¹ Jorge de Pisidia: 305-310.

¹²³² *Crónica Pascual*: 720; Jorge de Pisidia: 220-225.

¹²³³ Teodoro Synkellos: XX, 126; *Crónica Pascual*: 720-721.

¹²³⁴ *Crónica Pascual*: 721.

¹²³⁵ *Crónica Pascual*: 721.

¹²³⁶ *Crónica Pascual*: 721.

¹²³⁷ *Crónica Pascual*: 721.

¹²³⁸ *Crónica Pascual*: 721.

¹²³⁹ *Crónica Pascual*: 721.

¹²⁴⁰ *Crónica Pascual*: 722.

mediante continuas procesiones, oraciones y ayunos¹²⁴¹. Deambulando de un lado a otro junto al magister Bono, convertía el asedio en un reflejo terrestre de la lucha de los poderes celestiales contra el mal y el pecado.

El día 2 y tras un ataque matutino, los bizantinos enviaron una embajada al khagan¹²⁴², sobre la que volveremos más tarde. Baste por ahora decir que la delegación romana se encontró, para su sorpresa, junto a los enviados persas y que fue tratada indecorosamente por el khagan ávaro, siendo despedida sin lograr nada.

Esa misma noche, los embajadores persas fueron interceptados y apresados por los bizantinos, en su camino de vuelta al campamento de Sharbaraz¹²⁴³. De los tres delegados iraníes, uno fue muerto en el acto y los otros dos fueron enviados a Sharbaraz y al khagan, al despuntar el alba, en condiciones terribles y portando mensajes sobre los que también nos detendremos después¹²⁴⁴. Al caer la tarde de ese día, los ávaros, transportando los monoxilos en carros de bueyes, lograron romper el bloqueo de la flota bizantina sobre el Cuerno de Oro y echar sus embarcaciones en Calae¹²⁴⁵, un punto del Bósforo que deja la costa asiática a menos de 3 kms de distancia.

Al poco, llegaron noticias a Constantinopla de que los eslavos intentaban cruzar el Estrecho para traer a los persas. Setenta naves bizantinas, con el viento en contra¹²⁴⁶, partieron a impedirlo. No sabemos con seguridad qué pasó, pues el documento más fiable, la *Crónica Pascual*, sufre aquí un lamentable corte en el texto y el resto de las fuentes bizantinas –como destacó Stratos– no logran cubrir el vacío¹²⁴⁷. Stratos, acudiendo a las crónicas orientales –creemos que con acierto– intenta suplir el vacío apuntando que, como cuenta Sebeos¹²⁴⁸, los persas consiguieron embarcar en la flota de monoxilos, una solución que además de reconciliar a las fuentes orientales con las bizantinas, entra dentro de la lógica de los hechos hasta entonces descritos. No se puede dudar que los monoxilos lograran alcanzar una costa situada a tan escasa distancia. La *Crónica* nos advierte que la flota romana tenía el viento en contra y esto parece anunciar, justo cuando el texto se interrumpe, que se va a dar paso a la justificación de su fracaso. Además –como dice Stratos– ¿cómo se puede sostener que los persas no hicieran ningún intento de participar directamente en los combates?. Por último, añadiremos a estos argumentos otro poco conocido y extraído de Miguel el Sirio quien, en un contexto en perfecta correlación con

¹²⁴¹ Jorge de Pisidia: 315-325.

¹²⁴² Jorge de Pisidia: 323-324; *Crónica Pascual*: 721. Fue en esta embajada en la que participó Teodoro Synkellos.

¹²⁴³ *Crónica Pascual*: 723; Jorge de Pisidia, *Bellum avaricum*: 355-365.

¹²⁴⁴ *Crónica Pascual*: 724.

¹²⁴⁵ *Crónica Pascual*: 724.

¹²⁴⁶ *Crónica Pascual*: 724.

¹²⁴⁷ STRATOS, A.N., *Byzantium...*, *op. cit.*, p. 188. Barisic pasa por encima de esta cuestión: “Le siège de Constantinople...”, *op. cit.*, p. 385.

¹²⁴⁸ Sebeos: 79. Seguimos aquí, como en toda nuestra tesis, la traducción de Sebeos llevada a cabo por F. Macler y no la más reciente, pero a nuestro juicio menos acertada: *The Armenian History Attributed to Sebeos*, R. W. THOMSON (*trad.*), J. HOWARD-JOHNSTON (*com.*), Liverpool, 1999.

las fuentes bizantinas hasta ese momento, afirma que los persas pasaron a Tracia¹²⁴⁹. Por lo tanto, como ya concluyó Stratos, sostendremos que los persas intentaron el cruce del Bósforo y que, como cuentan las fuentes orientales, la flota bizantina interceptó el regreso de los monoxilos eslavos cargados de infantería persa y los aniquiló¹²⁵⁰.

Pese a este fracaso, los aliados no desistieron de sus esfuerzos de coordinación pues los ávaros se esforzaron en restablecer inmediatamente las comunicaciones. Además, con la urgencia de quien dirige un ejército inestable y mal abastecido¹²⁵¹, el khagan aceleró el ritmo del ataque. Durante los siguientes días al desastre naval, los ávaros atacaron las murallas y prepararon las máquinas de guerra. El día 6 se lanzó un terrible ataque que, con el objeto de cansar a los defensores, se alargó todo el día y toda la noche¹²⁵². Durante el mismo, un cuerpo de caballería pesada ávara se hizo con el control de Blaquernas y se fortificó allí contra los intentos de contraataque bizantinos¹²⁵³. Al día siguiente, el khagan ordenó el ataque final tratando de conseguir que los romanos concentraran su atención en la muralla terrestre¹²⁵⁴, como ocurrió en el ataque del día 1 de agosto, y descuidaran el mar; entonces y a una señal convenida¹²⁵⁵, los eslavos con sus monoxilos repletos de infantes pesados búlgaros y gépidos, se lanzarían con sus barcas entrelazadas¹²⁵⁶, para cargar contra los dromones bizantinos. Una vez superado el bloqueo naval romano, los monoxilos se dirigirían a toda velocidad hacia el sector de Blaquernas con el objeto de sorprender a los defensores y escalar la muralla.

V. Grumel sugiere que la ciudad carecía de murallas en ese sector¹²⁵⁷, hipótesis que nos parece insostenible, pues la *Crónica Pascual* se opone a su afirmación.

¹²⁴⁹ Miguel el Sirio: II, XI, 3, 408.

¹²⁵⁰ Sebeos: 79.

¹²⁵¹ *Crónica Pascual*: 725. La prueba evidente de esto son las constantes peticiones de víveres por parte del khagan a la ciudad y las donaciones de alimentos que Bono ordenaba para intentar amansarle. Éste no podía eternizar el sitio, sino que por fuerza y dada su situación debía de tomar la ciudad al asalto, de ahí su precipitación.

¹²⁵² Jorge de Pisidia, *Bellum avaricum*: 390-408.

¹²⁵³ Jorge de Pisidia, *Bellum avaricum*: 405-406.

¹²⁵⁴ Jorge de Pisidia, *Bellum avaricum*: 419-439.

¹²⁵⁵ Patriarca Nicéforo: cap. 13.

¹²⁵⁶ Jorge de Pisidia, *Bellum avaricum*: 447.

¹²⁵⁷ GRUMEL, V., “La défense maritime de Constantinople du Côte de la corne d’or et le siège des avars”, *Byzantinoslavica*, 25 (1964), pp. 217-233. La tesis de este autor es insostenible y su recurso a Teodoro Synkellos y al discurso del patriarca San Germán es muy débil. La ciudad contaba con muralla marítima y a lo que se refieren ambos autores no es a la ausencia de esta muralla sino a su estado ruinoso. Los bizantinos no la habían reparado tras el gran terremoto, pues teniendo como tenían la única flota del Mediterráneo no esperaban un ataque marítimo. De ahí que el khagan viera en el ruinoso estado de estas defensas el punto débil de la ciudad. Grumel, al defender su hipótesis de que Constantinopla no contaba con muralla marítima antes del gran asedio árabe de 717-718, parece desconocer las informaciones de la *Crónica Pascual* y sobre todo el directo testimonio de Arculfo, quien visitó Constantinopla poco después de 670 y que dice expresamente que la gran urbe contaba con una muralla que la rodeaba por completo incluyendo su lado marítimo. “San Adomnan de Iona, La peregrinación a tierra santa del obispo Arculfo”, en MCPHERSON, J.R., “The Pilgrimage of Arculfus in the Holy Land about the year 680”, *Palestine Pilgrims’ Text Society*, Londres, 1895; <http://chass.colostate-pueblo.edu/history/seminar/seminar97.html>. Viaje de Arculfo: III, I.

Además, según la hipótesis de Grumel, Constantinopla careció de murallas marítimas hasta los días del segundo asedio árabe de la ciudad en 717-718, pero he aquí que gracias al relato del viaje de Arkulfo, quien visitó Constantinopla poco después del 670, sabemos que la gran ciudad estaba amurallada también por su lado marítimo. Grumel parece no haber leído o desconocer el relato de Arkulfo que invalida por completo sus suposiciones. El fracaso de la sorpresa del ataque eslavo por mar se debió a Bono que, gracias a sus excelentes espías, estaba bien informado de los planes del khagan y frustró su maniobra realizando señales falsas y atrayendo a la flota eslava a una trampa mortal¹²⁵⁸, perfectamente expuesta por el Patriarca Nicéforo y vivamente narrada por Jorge de Pisidia en su *Bellum Avaricum*. Fue un auténtico desastre para los bárbaros, pues miles de hombres de las tribus aliadas fueron cazados por los arqueros y lanceros romanos que, bien situados y resguardados tras las elevadas bordas de los dromones, disparaban sobre los ocupantes de los descubiertos monoxilos. Las fuertes quillas de los navíos bizantinos precedidas por acorazados espolones quebraban, sin dificultad, las débiles embarcaciones eslavas¹²⁵⁹. Aquí y allí, centenares de naufragos intentaban ocultarse o alcanzar la costa: muchos fueron muertos sobre las mismas aguas¹²⁶⁰, mientras que otros, engañados por un fuego encendido por los guardias armenios de la ciudad en el pórtico de San Nicolás, arribaron a aquel punto de la costa frente a Blaquernas siendo inmediatamente degollados¹²⁶¹.

La noticia de la matanza de la flota comenzó a correr a lo largo de la línea de ataque terrestre de los bárbaros sembrando el desánimo y la confusión. La visión de centenares de cabezas clavadas en lanzas sobre los muros de la ciudad, fue la confirmación inapelable del desastre¹²⁶². Por último, entre los guerreros eslavos se comenzó a contar que el khagan había ordenado dar muerte a sus compañeros supervivientes de la batalla marítima. El pánico se sumó entonces al odio y a la desesperación, y miles de ellos desertaron, aunque la caballería ávara intentó sin éxito retenerlos¹²⁶³. El khagan, en un ataque de nervios¹²⁶⁴, dio definitivamente por perdida la partida y ordenó la retirada.

Durante la noche, los ávaros desmontaron máquinas y campamento, prendiendo fuego a todo¹²⁶⁵. En la orilla asiática, Sharbaraz no sabía muy bien lo que ocurría y, entre la alegría y la frustración¹²⁶⁶, interpretó los incendios como una señal de que los ávaros habían logrado, sin su concurso, tomar la ciudad. La mañana debió de disipar estas conclusiones, pues el resto del ejército ávaro comenzó a retirarse; atrás quedaba una

¹²⁵⁸ Patriarca Nicéforo: cap. 13.

¹²⁵⁹ Jorge de Pisidia, *Bellum avaricum*: 461-475.

¹²⁶⁰ Patriarca Nicéforo: cap. 13; Jorge de Pisidia, *Bellum avaricum*: 461-475.

¹²⁶¹ *Crónica Pascual*: 725; Jorge de Pisidia, *Bellum avaricum*: 489-495.

¹²⁶² Teodoro Synkellos: 312, 7.

¹²⁶³ *Crónica Pascual*: 725; Teodoro Synkellos: 312, 11.

¹²⁶⁴ *Crónica Pascual*: 725.

¹²⁶⁵ *Crónica Pascual*: 725.

¹²⁶⁶ Teodoro Synkellos: XXXVII, 199.

columna encargada de cubrir la retirada y completar la destrucción de los arrabales de Constantinopla¹²⁶⁷. Al atardecer, el jefe de esta fuerza de retaguardia solicitó hablar con Bono y ofreció negociar en nombre de su señor. El *magister militum praesentalis*, consciente de su triunfo, se negó a ello y apuntando al Bósforo señaló al ejército de Teodoro que, al fin, acudía a la defensa de la capital del imperio. Bono, con la voz preñada de júbilo y amenaza, gritó al jefe bárbaro: “Mira, ahí viene el hermano de mi señor”¹²⁶⁸.

Y es que Teodoro había cumplido las expectativas de Heraclio. Lo habíamos dejado en Sebastea, junto a su hermano el emperador, intentando averiguar qué camino tomaría Sain. Cuando Heraclio comprobó esto, mandó a su hermano al frente del grueso del ejército a interceptar a Sain, mientras que él –como afirmamos antes– se mantuvo en retaguardia, además de ser lo más lógico, táctica y estratégicamente hablando. Si Heraclio hubiera acompañado a Teodoro, los cronistas bizantinos le hubieran atribuido la victoria a él y no a su hermano. En un punto intermedio entre Colonea y Satalia, en los primeros días de julio¹²⁶⁹, el ejército romano aplastó al persa¹²⁷⁰. La victoria de Heraclio dejaba todas las puertas de la guerra abiertas en su favor y ponía a su contrario en un grave aprieto¹²⁷¹, por eso se movió rápido para aprovechar la ocasión. Ordenó a Teodoro que, con parte de su ejército, embarcara a toda prisa en Trebisonda hacia Constantinopla¹²⁷². El emperador sabía que con un poco de suerte sus refuerzos y su indiscutible dominio naval mantendrían en pie su capital hasta que su hermano acudiera a romper el sitio.

Con esta convicción y aprovechando el vacío militar persa provocado por las incursiones jazaras, la derrota de Sain y la inmovilización de Sharbaraz a más de 1.000 kms de distancia en las orillas del Bósforo, Heraclio marchó sin peligro y con un reducido cuerpo de ejército hacia Fasis¹²⁷³. Lo hizo por tierra pues, sin duda la defensa de Constantinopla y el embarque del ejército de Teodoro habían consumido sus recursos navales.

¹²⁶⁷ *Crónica Pascual: 725-726.*

¹²⁶⁸ *Crónica Pascual: 726.*

¹²⁶⁹ Por las indicaciones de Teófanos sobre la ruta tomada por Sain y por el tiempo aproximado en el que se produjo la batalla se puede efectivamente localizar ésta entre Colonea y Satalia, tal y como lo hacen Kaegi y Stratos.

¹²⁷⁰ Teófanos: 6117, 315.

¹²⁷¹ Con su ejército principal derrotado, su país devastado por la incursión jázara de aquel verano y el ejército de Sharbaraz inútilmente acampado en el Bósforo, la situación de Cosroes había girado bruscamente.

¹²⁷² Teniendo en cuenta que Teodoro se presentó en Constantinopla el 8 de agosto, el tiempo necesario para comunicarse con el emperador, embarcar su ejército en Trebisonda y cubrir los 970 km. hasta la capital, este acontecimiento debió ocurrir en torno al 18 de julio, y la batalla en torno al 6 del mismo mes.

¹²⁷³ STRATOS, A. N., *Byzantium...*, *op. cit.*, I, p. 200. Teófanos: 315; Moisés Dasxurangi: II, 11, 82-83; Patriarca Nicéforo: cap. 12; Miguel el Sirio: II, XI, 3,408.

Es en este épico punto en donde habrá que retomar nuestra promesa de desenredar la madeja de la alianza de Heraclio con los jázaros que terminaría decantando la guerra a su favor. ¿Qué ofreció al khagan para terminar de decidirlo por la alianza romana y desechar la persa? Para responder a estas preguntas nos centraremos por un tiempo en la historia y resultados de la alianza jázara con Heraclio y luego, habiendo aclarado sus pormenores, volveremos al desenlace final de la gran pugna mantenida entre Heraclio y Cosroes II.

Hemos visto que, acompañado por un *meros* de su ejército de campaña, Heraclio había avanzado hacia el río Fasis. Llegó allí sin dificultades y a fines de agosto instaló su campamento en algún lugar del valle del río, en una excelente posición desde la que enviar al patricio Andrés al encuentro del ejército jázaro que marchaba desde la Albania Caucásica hacia las puertas Caspias para regresar a las estepas del Terek. Andrés los encontró a tiempo: llevaba consigo las noticias de la victoria de los ejércitos de Heraclio sobre los de Cosroes y el envío de un ejército de refresco a la capital imperial¹²⁷⁴. Aquello cambiaba la situación político-militar de la gran guerra romano-persa y hacía más segura la posición de Heraclio, revalorizándolo como posible aliado definitivo. Andrés portaba, además, la última oferta de Heraclio: para sellar la alianza el emperador ofrecía a su propia hija, la augusta Epifania, a la que todo el mundo llamaba Eudocia en recuerdo de su llorada madre¹²⁷⁵. El khan se convertiría así en miembro de la familia imperial con todas las ventajas y prestigio que ello acarrea, y Heraclio aportaría como dote de su hija (amén de cuantiosos regalos en joyas, vestidos y dinero) Albania, Iberia y parte de Armenia, y, de llegarse a una paz concertada con Persia, dejaría libres a los jázaros si desearan continuar sus ataques a la derrotada potencia y favorecería bajo mano sus movimientos, reconociendo los futuros logros turcos. Veamos cómo las fuentes evidencian esto y solventemos los problemas que ofrecen.

Nicéforo y Miguel el Sirio dan de forma clara la noticia de la alianza de Heraclio con los jázaros y señalan su importancia para el emperador, resaltando que fue el ofrecimiento de su hija Eudocia lo que selló, de forma definitiva, tan importante tratado. Por su parte, Kiracos de Gantzac¹²⁷⁶ y Jorge el Monje señalan también, aunque de forma menos extensa, el ofrecimiento de la hija de Heraclio al khan jázaro; Teófanos, Moisés Daxurangi, Eutiquio¹²⁷⁷ y al-Tabari mencionan la alianza y, en el caso de los dos primeros, señalan con insistencia lo fundamental que era para Heraclio y lo fatal que resultaba para Cosroes. Por último, Sebeos sólo hace vagas alusiones a la alianza romano-jázara y no le concede el valor que le dan el resto de las fuentes.

¹²⁷⁴ Moisés Daxurangi: II,12,87.

¹²⁷⁵ Miguel el Sirio: II, XI,III,409; Patriarca Nicéforo: cap. 13; Kiracos de Gantzac: 17-19; de forma menos clara, Jorge el Monje: 661.

¹²⁷⁶ Kiracos de Gantzac: 46-47; Jorge el Monje: 661.

¹²⁷⁷ Eutiquio: 18, 2, 320; Al-Tabari: V, 1005 y ss.

Analicemos ahora estos testimonios. Teófanos, que da el relato más amplio sobre los movimientos de Heraclio entre 622 y 628, informa extensamente sobre los meses que van de septiembre de 625 a agosto de 626 inclusive. Se ha achacado al cronista una falta de rigor a la hora de ordenar temporalmente los acontecimientos de su año 6117, el que aquí nos ocupa. Nosotros no lo creemos así, sino que, al contrario, si se confronta Teófanos con las fuentes bizantinas, armenias y siríacas, es sumamente fiel a la secuencia de los hechos. El error –en nuestra opinión– no lo comete el monje Teófanos, sino nuestros modernos analistas. Basta con analizar, punto por punto, el año 6117 y ponerlo en correspondencia con los datos ofrecidos por el resto de las fuentes.

El año 6117 comienza en la *Crónica* de Teófanos con la narración del reclutamiento masivo llevado a cabo por Cosroes durante el otoño de 625 y la preparación de los dos ejércitos, el de Sharbaraz y el de Sain, que iban a ser enviados contra Constantinopla y Heraclio, respectivamente. Estos acontecimientos están fechados perfectamente y sin discusión entre los investigadores en los meses que median entre septiembre y diciembre de 625; Teófanos, al situarlos al comienzo de su año, lo haría en septiembre-noviembre de 625, es decir, los sitúa perfectamente.

Teófanos cita la alianza ávaro-persa con posterioridad al reclutamiento de los nuevos ejércitos persas y al nombramiento de los generales. Ahora bien, tanto Adenarius como Grousset, Samu Szadeczky-Kaross y Stratos (por mencionar sólo alguno de los más sólidos estudiosos de las relaciones ávaro-persas)¹²⁷⁸ sitúan el pacto ávaro-persa, al igual que Teófanos, a fines del otoño de 625 o principios del invierno de 626, tal y como hemos expuesto con claridad en algunos de nuestros artículos. De otra forma no se explicaba que, como deja claro la *Crónica Pascual*¹²⁷⁹ y de forma más velada Jorge de Pisidia, Heraclio tuviera noticia cierta de esa alianza al menos desde comienzos de marzo de 626 y actuara en consecuencia, tal como demuestran sus movimientos posteriores; es decir, nuevo acierto cronológico de Teófanos.

¹²⁷⁸ AVENARIUS, A., *Die Awaren in Europa*. Bratislava, 1974, pp. 123-138; GROUSSET, R., *El Imperio...*, *op. cit.*, pp. 214-228; STRATOS, A.N., *Byzantium...*, *op. cit.*, p. 173 ss.

¹²⁷⁹ La *Crónica Pascual* [718] habla de una fracasada embajada del patricio Atanasio ante el khagan ávaro. Barisic, erróneamente, sitúa esta primera embajada de Atanasio a fines de junio de 626, y Stratos lo hace en marzo de ese año, pero sin dar razones. Nosotros la situamos en marzo de 626 (SOTO CHICA, J., “Los eslavos y la guerra”, *XI Encuentro Científico sobre Grecia. II Jornadas Bizantino-Eslavas y del sureste europeo: Convergencias Balcánicas en la historia y la literatura*. Universidad de Granada, 2008 (en prensa); “Constantinopla...”, *op. cit.*, pp. 110-133; “Una esposa para el Khan. Una jugada maestra de la diplomacia bizantina del siglo VII”. *Homenaje a la profesora Olga Omatos*, Vitoria, 2005, pp. 787-803). Basta para ello con leer atentamente el citado pasaje de la *Crónica Pascual*. Atanasio, al regresar de su fracasada embajada, tiene un altercado con los otros dignatarios de la ciudad que le recriminaban su servilismo, y éste les contesta: *Entonces Atanasio dijo que éstas habían sido las instrucciones recibidas por los más altos oficiales en los tiempos en los que había sido enviado a la embajada* [*Crónica Pascual*: 718]. Además, Atanasio no dio su brazo a torcer hasta que vio las pruebas evidentes de que la política del emperador había pasado de buscar el acuerdo a afrontar la guerra con los ávaros. Esa prueba evidente eran los 12.000 hombres enviados por Heraclio y que, según la *Crónica*, tuvieron que mostrar a Atanasio para que cambiara su postura. Ahora bien, estos hombres llegaron en mayo a la capital; por tanto,

A continuación, Teófanos da la noticia (corroborada por la *Crónica Pascual* y Jorge de Pisidia)¹²⁸⁰ de que dividió en tres sus fuerzas acantonadas junto a él en el Ponto: una parte fue enviada a Constantinopla para reforzar la defensa ante el inminente ataque ávaro-persa; otra quedó al mando de su hermano Teodoro, con la misión de interceptar al ejército de Sain; y la última, más pequeña, quedó junto a él en espera de los acontecimientos y dispuesta a marchar a Lázica si éstos eran favorables. Ahora bien –como vimos– por la cuidada cronología que la *Crónica Pascual* ofrece para este año, esta división tuvo que efectuarse a lo más tardar en abril, pues en mayo el ejército de refresco se hallaba en Constantinopla; el de Teodoro, en algún punto entre Colonea y Satalia, y el de Heraclio, en Sebastea. De nuevo Teófanos es corroborado en su cronología para este año. Aún más, Jorge de Pisidia [*Bellum Avaricum*, 265-285], al relatarnos los preparativos para la defensa de la capital, cita una carta enviada por Heraclio a la ciudad y detalla su contenido: dice que contenía órdenes concretas del emperador, tales como construir un nuevo muro, disponer barcos para la defensa y realizar en ellos las modificaciones necesarias para el próximo combate; construir y situar sobre la muralla todo tipo de máquinas de guerra y los proyectiles necesarios para su funcionamiento; reclutar y entrenar grupos de arqueros, clavar estacas en las trincheras, fosos y accesos a las murallas para estorbar el avance de la caballería ávara, etc. Todo lo anterior, evidentemente necesita de un tiempo para ser llevado a cabo y debe hacerse antes de la llegada del ejército contrario y antes de que éste inicie el asedio. Pues bien, los ávaros, una vanguardia de 30.000 hombres que inició inmediatamente el sitio, se presentaron, tal y como ya vimos y como detalla la *Crónica Pascual*, el 29 de junio¹²⁸¹. Cabe presuponer que la carta debió llegar al menos en mayo, pues Jorge de Pisidia especifica que las órdenes del emperador se cumplieron punto por punto. Además, justo antes de que Jorge narre el contenido de la carta, menciona que el emperador, sin tener en cuenta su propia seguridad, envió parte de las tropas a Constantinopla para su defensa. En suma, para que estas tropas y la carta de Heraclio llegaran antes de junio a la capital, la decisión de ponerlas en ruta debió de darse a fines de abril lo más tardar. Es decir, que Teófanos sigue acertando en su cronología, pues estos hechos aparecen inmediatamente a continuación de la puesta en marcha desde Mesopotamia y Siria de los ejércitos de Sharbaraz y Sain, lo que se produjo a comienzos o mediados de abril.

A continuación, quizás por exigencias de claridad en su relato, Teófanos comete una irregularidad cronológica, pues sitúa, antes de la victoria de Teodoro sobre Sain, la

Atanasio, para desconocer su llegada, tuvo que partir antes de esa fecha. Heraclio cambió su postura en abril cuando, al constatar el avance persa, dio por segura la alianza ávaro-persa.

¹²⁸⁰ *Crónica Pascual*: 718; Jorge de Pisidia, *Bellum Avaricum*: 265-285.

¹²⁸¹ *Crónica Pascual*: 717.

marcha de Heraclio a Lázica y un contacto previo con los jázaros en junio de 626. Aclarémoslo.

La derrota de Sain se produjo el 6 de julio aproximadamente (Moisés Daxurangi, Kiracos y Eutiquio afirman que Heraclio no llegó a Lázica hasta comienzos de agosto). Pues bien, ¿sería lógico pensar que el emperador avanzara despreocupadamente con sus cinco mil hombres hacia Lázica, sin conocer el resultado de la lucha que se avecinaba entre su hermano y Sain? Y ¿cómo imaginar a Heraclio en una posición más insegura que aquella que habría resultado de su establecimiento en Lázica, un país aislado y fluctuante entre la influencia romana y persa, en el caso de una derrota de su hermano en el Ponto? ¿Qué haría, aislado de su capital, hostigado por los montañeses, que se volverían hostiles en cuanto supieran de su complicada situación, y expuesto con cinco mil hombres al avance victorioso de Sain? Teófanos se equivoca, y lo que narra es la embajada de Andrés para interceptar a los jázaros, que, como sabemos sin género de dudas, se produjo a mediados de agosto y no en junio. Además, Teófanos comprime aquí dos hechos, la ya mencionada embajada de Andrés y la posterior negociación del emperador con el lugarteniente jázaro. ¿Cuál sería la razón? Evidentemente ésta es literaria: se trata de anticipar y dar sentido al extenso relato que *a posteriori* cierra en Teófanos el año 6117, en el que se narra el encuentro entre el emperador y los jázaros a fines de agosto de 626. El hecho de que Teófanos no mencione a Andrés ni sitúe su misión con propiedad en el tiempo, se debe –como en el resto de los cronistas bizantinos– a dar prioridad al emperador, significando que es él el promotor de las acciones vitales para la suerte del Imperio. Aclarado este punto, prosigamos

Teófanos continúa con la victoria de Teodoro, acontecida a comienzos de julio – como dijimos– y sitúa en agosto, de forma acertada, el asedio de Constantinopla y el encuentro de Heraclio con los jázaros. Lo primero ocurrió entre el 29 de julio y el 8 de agosto; lo segundo, en la segunda mitad de agosto. En nuestro cronista, el año se cierra con el triunfo de la Virgen y el Imperio en Constantinopla, como corresponde a un hecho tan importante para un monje bizantino, mientras que lo segundo antecede a lo anterior: un nuevo desorden cronológico provocado por necesidades literarias del escritor, necesidades de dramatismo narrativo.

Detengámonos en el encuentro. Teófanos mezcla aquí dos encuentros ligados entre sí pero separados en el tiempo: la llegada de Andrés con el enviado del khan dispuesto a sellar la alianza si las noticias del patricio eran ciertas y corroboradas por el propio emperador, y el encuentro bajo los muros de Tiflis de Heraclio y el khan con sus respectivos ejércitos a comienzos de la primavera de 627, primera muestra evidente de que la alianza se había cerrado y consolidado. Aclarado el orden cronológico de los

acontecimientos y corregido de esta manera el relato de Teófanos, centrémonos ahora en el encuentro. Teófanos lo describe así:

“La tercera división, él mismo la dirigió y la llevó a Lázica. En ese país debatió con los turcos del Este, quienes son llamados jázaros, y los llamó para formar una alianza”¹²⁸².

He aquí la narración cronológicamente extraviada y que precede literariamente al relato del encuentro propiamente hablando de Heraclio con los jázaros, al que antes aludimos. El relato en cuestión es el que sigue:

“Los jázaros se abrieron paso por las puertas Caspias e invadieron Persia, entrando a tierra de Adraiga bajo el mando del general Ziebel, que era segundo en el mando tras su khagan. En los lugares que ellos atravesaron, tomaron prisioneros a muchos persas y quemaron sus ciudades y aldeas. El emperador dejó Lázica para encontrarlo. Cuando Ziebel lo vio, corrió hacia él, se inclinó y se postró ante él. Los persas vieron esto desde la ciudad de Tiflis. Todos los turcos se postraron con la cara al suelo; mientras bajaban sus caras, aclamaban al emperador, un gesto de respeto y honor excepcional de su tribu. Sus jefes, subidos en piedras, se postraron de la misma manera. Ziebel presentó a su hijo mayor al emperador. El jázaro se complació de las palabras de Heraclio y se asombró de su apariencia y sabiduría. Ziebel reunió a 40.000 hombres escogidos, a quienes dio en alianza al emperador. Él mismo volvió a su país. Una vez que el emperador había recibido a los jázaros, marchó contra Cosroes”¹²⁸³.

Como hemos visto ya, pueden distinguirse dos relatos iniciales fundidos en el de Teófanos, al que se sumaría la velada alusión a la embajada previa de Andrés, que se distingue claramente al entroncar el inicio de este relato con la noticia anterior. Teófanos nos dice luego que acudió a la entrevista con el emperador, el segundo en poder en el khanato jázaro, Ziebel. Ahora bien, Moisés Daxurangi refiere que esta expedición fue dirigida por el propio khan, a quien acompañaba su hijo. El nombre que Moisés da al khan es Jebu Xakhan, es decir, Jebu, el señor de los khanes¹²⁸⁴. Jebu evidentemente es el Ziebel de Teófanos, y he aquí, junto a la mención del hijo del khan y la noticia de que el encuentro se verificó en Tiflis, lo que nos da las claves del relato. Veámoslo.

El encuentro de Tiflis está perfectamente situado en los primeros días de marzo de 627, tanto por Moisés Daxurangi como por Kiracos de Gantzac¹²⁸⁵. Moisés cuenta que ambos soberanos –Heraclio y Jebu Xakhan– permanecieron sitiando Tiflis hasta julio de 627 y que, ante la imposibilidad de quebrar sus defensas y de impedir que los refuerzos enviados por Cosroes penetraran en la ciudad, decidieron levantar el sitio y separarse, marchando Heraclio hacia el sur, en busca de su gran victoria de Nínive. Así pues, Teófanos sintetiza relatos distintos en uno solo. Además, al mezclar el nombre del khan

¹²⁸² Teófanos: 6117, 315.

¹²⁸³ Teófanos, 6117, 316.

¹²⁸⁴ Moisés Dasxurangi: II,11,83.

¹²⁸⁵ Moisés Dasxurangi: II,12,86-87; Kiracos de Gantzac: 46-47.

–Ziebel– (el Jebu Xakhan de Moisés) con la mención de que el jefe que ostentaba este nombre no era el khan sino su segundo y al mencionar al hijo de este dignatario, vuelve a confundir los dos relatos iniciales, pues Moisés también nos habla con mayor acierto de este dignatario, segundo en el mando, a quien da el nombre de Yaford Arkay Hiwisisoy, pero lo sitúa como el jefe que acompañó a Andrés cuando regresaba de su incursión tras su encuentro con el khan¹²⁸⁶. Este jefe jázaro tenía por misión –como cita Moisés– verificar las noticias que el patricio traía y, de ser ciertas, acordar las cláusulas del tratado y preparar los siguientes movimientos. Tal y como hemos dicho, estos movimientos eran acordar que a fines del invierno siguiente o principios de la primavera ambos soberanos se encontraran bajo los muros de Tiflis y dieran comienzo a su alianza contra Cosroes.¹²⁸⁷

Así pues, queda aclarado el hilo embrollado del relato de Teófanos. No obstante, consideramos muy útil contrastar a Teófanos no sólo con Moisés sino también con Miguel el Sirio y Nicéforo, ya que de este contraste surge la confirmación de nuestras hipótesis. El relato de Miguel el Sirio dice lo siguiente:

“Heraclio pidió a Khagan, rey de los jázaros, que le enviara 40.000 hombres para ir a hacer la guerra contra Cosroes, rey de los persas. Khagan respondió: «el ejército saldrá por las puertas Caspias y te encontrará donde quieras». A cambio Heraclio prometió dar a su hija Eudocia como mujer a Khagan”¹²⁸⁸.

Como vemos, es un breve pero esclarecedor resumen de los hechos. Miguel establece la necesidad de Heraclio de conseguir refuerzos y certifica la iniciativa diplomática del emperador para conseguirlos; resalta numéricamente la importancia de la alianza jázara y da una cifra verosímil que concreta lo anterior. Continúa con la aceptación por parte jázara del acuerdo e indica la ruta por la que los jázaros bajarían al encuentro del ejército imperial. Concluye resaltando la clave del tratado, el ofrecimiento en matrimonio al khan de la Augusta Eudocia.

Tres datos son vitales a la hora de concordar las narraciones de Miguel el Sirio, Teófanos y Moisés:

a) la cifra de guerreros que el khan aportó a la alianza con el emperador, que coincide plenamente con la dada por Teófanos.

b) la ruta seguida por el ejército del khan para encontrarse con Heraclio, pues coincide con los datos de Moisés y Teófanos. En efecto, había dos rutas de acceso para

¹²⁸⁶ Moisés Dasxurangi: II,12,87.

¹²⁸⁷ Esto era acertado desde el punto de vista estratégico, al ser Tiflis la gran fortaleza persa en la zona, y también simbólica y propagandísticamente. Como dice Teófanos [6117, 316], “a la vista de los persas”. Heraclio quería que Cosroes tuviera noticia directa de la magnitud del ejército romano-jázaro reunido contra él en los muros de Tiflis y de su éxito diplomático. Deseaba además, que los indecisos príncipes iberos, lázicos y albaneses tuvieran constancia, a su vez, de que él y no Cosroes era el nuevo dueño del Cáucaso, y el futuro y claro vencedor de la contienda. *Vid.* BEDROSIAN, R., *The Georgian Chronicle*. Nueva York, 1991.

que un ejército cruzase el Cáucaso en dirección norte-sur: la del paso occidental y la de las puertas Caspias, el actual paso del Derbent (por donde hoy transcurre la principal carretera de la región y un ferrocarril) situadas en el límite entre el Daguestán y el Azerbaiján actuales, en la vertiente del Cáucaso que se precipita sobre el Caspio. Los persas habían construido aquí poderosas fortificaciones, como relata Moisés¹²⁸⁹. Fue por este paso por donde los jazaros invadieron las provincias persas en 626 y de nuevo en 627 –como certifica Moisés– mientras que la ruta occidental fue usada en ambos casos como itinerario de regreso de los jazaros¹²⁹⁰.

Como puede verse, Miguel coincide aquí con las noticias de Moisés y Teófanos. Es probable que estos últimos y Miguel tuvieran acceso a fuentes comunes o de común origen para historiar estos años, pues las coincidencias entre ellos aparecen poco después en un fascinante relato que enredó a Cosroes en los hilos estratégicos y diplomáticos de Heraclio.

c) el tercer punto llamativo de Miguel el Sirio es el dato del ofrecimiento de la hija de Heraclio, Eudocia, al khan: “A cambio Heraclio prometió dar a su hija Eudocia como mujer a Khagan” –nos dice– explicitando que fue éste el toque decisivo en el acuerdo. Este relato casa perfectamente con el de Nicéforo, quien tiene la habilidad de resaltar lo decisivo y aderezarlo con una riqueza y frescura sin igual, fruto de la cuidada elección de los datos, y la viveza y el dramatismo de los mismos. Su *Historia Breve* se sale del estilo de la crónica, lo cual dificulta un tanto la reconstrucción de su cronología, pero, a cambio, nos ofrece los relatos más acertados a la hora de significar la verdadera dimensión de los acontecimientos, a un tiempo que se constituye –por su exquisita minuciosidad a la hora de construir su relato– en una mina de información. Nicéforo aporta el mejor y más detallado relato del encuentro, aunque, como Teófanos, sintetiza en uno solo los dos encuentros de Heraclio con los jazaros: el de agosto de 626 y el de marzo de 627.¹²⁹¹ Su relato es el siguiente:

“Desde allí envió regalos al soberano de los turcos, invitándolo a aliarse contra los persas; y aquél aceptó y se comprometió a aliarse. Satisfecho por el hecho, Heraclio avanzó hacia aquél, y él, cuando se informó de la presencia del emperador, salió a su encuentro con gran multitud de turcos y, bajando de su caballo, reverenció al emperador cayendo contra tierra; cosa que hizo también toda la multitud que estaba con él. El emperador, viendo el exagerado honor, le dijo que si era verdad su amistad, podría aproximarse a él también a caballo, mientras a la vez lo llamó hijo suyo, y éste besó al emperador. Aquél, tomando de su cabeza la corona, la colocó en la cabeza del turco y, en el banquete que se celebró, le regaló todos los utensilios usados en el banquete y, además, traje real y pendientes adornados con perlas. Así mismo, con pendientes parecidos adornaba con su propia mano

¹²⁸⁸ Miguel el Sirio: II, XI, III,409.

¹²⁸⁹ Moisés Dasxurangi: II, 12,87.

¹²⁹⁰ Moisés Dasxurangi: II, 12,88.

¹²⁹¹ Se ha discutido mucho sobre la importancia de la ayuda jázara en la victoria de Heraclio en 627-628, tratándola de menospreciar acudiendo a un testimonio de Teófanos [6118, 317]. Pero tanto Nicéforo como Miguel el Sirio y la mucho menos conocida *Crónica de Georgia*, especifican que los jazaros no sólo fueron decisivos, sino que invadieron Persia en 627 junto al ejército imperial.

a los dignatarios de éste. Seguidamente, temiendo que le pasase lo mismo que con el ávaro y para asegurar con mejor solidez el acuerdo, le mostró la imagen de su hija Eudocia y le dijo: <Nos unió Dios y te hizo hijo mío. He aquí a mi hija y augusta de los romanos. Si cooperas, pues, conmigo y ayudas contra los enemigos, te la doy por esposa>. Aquél, por la belleza de la imagen y de su adorno, se enamoró del rostro de la imagen y quiso la alianza aún más. Rápidamente pues, entregó al emperador un dignatario y multitud de turcos. Junto con éstos, invadió el país de los persas y destruía las ciudades y demolía los templos de adoración del fuego”.¹²⁹²

El relato es fascinante, ya que Nicéforo nos da en él claves vitales para comprender el proceso y los detalles protocolarios que lo configuraron. Contrastémoslo ahora con los anteriores.

Al igual que en Teófanés, en el relato de Nicéforo se observan claramente la conjunción y refundición de dos relatos iniciales que contaban, de forma más extensa y ordenada cronológicamente, la historia del acuerdo romano-jázaro. En la primera frase de Nicéforo puede verse la anticipación del encuentro surgida del resumen del relato de la embajada previa de Andrés; a continuación, Nicéforo se recrea en el episodio de la entrevista entre ambos soberanos. Ahora bien, como hemos visto al analizar la secuencia cronológica de los acontecimientos, este encuentro personal no se produjo hasta marzo de 627; así pues, Nicéforo vuelve a mezclar (como lo hiciera Teófanés, si bien eligiendo otros datos para su relato) el encuentro entre Yaford de Akar —el gran dignatario del khan y su segundo en el mando— y Heraclio, y la cita bajo los muros de Tiflis, concertada por este dignatario y el emperador, con el ejército jázaro y su khan al año siguiente.

Hay un dato que es muy interesante con respecto a lo anterior y que vuelve a poner en relación a Teófanés con Nicéforo. Ese punto de encuentro se da en la descripción del inicio de la entrevista entre el emperador y los jázaros. Ambos cronistas nos relatan cómo el jefe jázaro (un simple dignatario, en el relato de Teófanés, y el khan, en el de Nicéforo) se prosternaron ante el emperador y cómo, tras ellos, lo hizo la multitud que acompañaba a ambos. Ahora bien, ¿es verosímil que el soberano que se llamaba a sí mismo, en una carta escrita a Cosroes, “el rey del norte, el señor del mundo entero, su rey y el rey de reyes”, y que llamaba al gran rey persa “gobernador de Asorestán”, dándole adjetivos como “perro”¹²⁹³, se inclinara ante el *basileus*, el emperador de la Romanía? ¿Es posible que un hombre cuyo linaje entroncaba directamente con los grandes khanes de los turcos occidentales¹²⁹⁴ (los Tu-Kiu de las

¹²⁹² Patriarca Nicéforo: cap. 13.

¹²⁹³ Moisés Dasxurangi: II,12,87-88.

¹²⁹⁴ KAEGI, W. (*Heraclius*, p. 198), sin citar ninguna fuente y apoyándose en una obra contemporánea, defiende que los jázaros que aparecen en los relatos bizantinos, armenios y sirios son turcos Kok, una subdivisión de los turcos occidentales; en realidad, una de las tribus sometidas por los Tu-Kiu. Para Grousset, los jázaros eran una facción de los Tu-Kiu propiamente dichos. Con respecto a su aparición primera, Kaegi considera que los jázaros no aparecieron hasta 695, mientras que Grousset y otros estudiosos apuestan por finales del s. VI o comienzos del VII. Ahora bien, Moisés Dasxurangi [II,12,87-

fuentes chinas) a quienes Cosroes I comparó en poder y dignidad con el emperador romano y el emperador de China, se prestara a tal muestra de humillación ante otro soberano? ¿Se puede creer que un khan cuyo descendiente, setenta años más tarde, trataba de idiota a su yerno Justiniano II¹²⁹⁵ (el tataranieta de Heraclio), se degradara ante su pueblo de esa forma? No creemos que fuera así. Moisés Daxurangi, mucho más informado sobre los jázaros que Nicéforo y Teófanos, nos muestra a ambos soberanos, en su encuentro en Tiflis, departiendo amigablemente de igual a igual y dándose grandes pruebas de estima mutua, resaltando continuamente ante sus hombres su dignidad, hasta el punto de que ambos se empeñaron en un ataque sin sentido contra Tiflis, porque los habitantes de esta ciudad se mofaron de ellos ante el ejército, comprometiéndose mutuamente a vengar con la destrucción de la ciudad la ofensa recibida (destrucción que realizó el khan al año siguiente)¹²⁹⁶.

Lo que narran Teófanos y Nicéforo es el encuentro entre el dignatario del khan y Heraclio en agosto de 626. En este caso sí sería lo habitual en el protocolo seguido entre un dignatario que actuaba como embajador y el emperador. Teófanos respeta este punto y atribuye el gesto a Yaford de Akar, aunque da a éste el nombre del khan jázaro equivocadamente.¹²⁹⁷ Nicéforo, por su parte, lo atribuye al khan, pero esto no es sino un artificio para resaltar la posición de Heraclio ante el soberano bárbaro y ocultar así que, en esta ocasión, el emperador se veía forzado a tener que tratar con un delegado para acordar previamente unas condiciones antes de que el soberano turco se dignara a aparecer.

Pasemos ahora a la parte final del relato de Nicéforo que narra cómo el emperador dio todo tipo de regalos al khan y a sus jefes. Obsérvese que los regalos son los mismos que Moisés menciona en la carta de Cosroes a Jebu Xakhan, el khan jázaro: brocados y adornos con perlas. Heraclio le cedió también la vajilla de oro en la que comieron y, claro está, el plato fuerte, su hija. Aquí Nicéforo enlaza con Miguel el Sirio y Kiracos (todos mencionan a Eudocia), y Nicéforo resalta su condición aclarando que es Augusta de los romanos. En efecto, había sido coronada con toda pompa y magnificencia cuando

88] da una pista para aclarar definitivamente el problema pues, al relatar la respuesta de Cosroes al khan jázaro, dice: *vaya y diga a su rey, mi hermano Xak'an, que su casa ha sido honrada y respetada desde hace siglos por mis antepasados*. Como certifican las fuentes bizantinas y perso-islámicas, persas, bizantinos y turcos occidentales mantenían continuas relaciones diplomáticas desde mediados del s. VI. ¿Podemos creer que Cosroes se refería al soberano de los turcos Kok, una tribu vasalla de los turcos occidentales? Claro está que no, pues identifica a los turcos occidentales con los jázaros. Éstos no serían sino una fracción de los primeros, probablemente la que llegó a las estepas del Volga en 576 persiguiendo a los ávaros y para castigar a Tiberio II por la concertación de una paz por separado con éstos. Esta fracción de los tu-kiu debió de tomar el control del gran Kanato turco tras la aplastante derrota sufrida ante los persas por la fracción oriental de su pueblo en 619.

¹²⁹⁵ Teófanos: 6198, 375.

¹²⁹⁶ Moisés Daxurangi: II,11,85-86.

¹²⁹⁷ Sobre el nombre del khan jázaro, consúltese el interesante trabajo de BOMBACI, A., "Qui était Jebu Xak'an?", *Turcica*, 2 (1970), pp. 7-24.

apenas era un bebé¹²⁹⁸. Eudocia era hija de Flavia Fabia (llamada Eudocia en Oriente), la primera y recordada esposa de Heraclio. No era pues, una princesa cualquiera. Al casarse con ella, el khan podía, si las circunstancias derivaban en ello, aspirar él o sus futuros hijos, al trono Imperial. Nicéforo da otro detalle precioso: nos dice que el emperador, temiendo que le pasara como con el ávaro (en referencia a su amarga experiencia con éste último en 619 cuando a punto estuvo de ser capturado por los ávaros)¹²⁹⁹, ofreció su hija al khan y para excitarlo en este propósito le mostró la imagen de la joven Eudocia, a la sazón de dieciséis años. El khan, sobrecogido por la belleza de la joven y su magnificencia, deseó aún más el acuerdo, según nuestro historiador.

El relato nos es de doble utilidad, pues resalta que el acuerdo había sido realizado antes del encuentro entre ambos soberanos (de otra manera no se entiende que Heraclio portara con él un retrato tan reciente y apropiado de su hija) y subraya al tiempo la importancia de Eudocia como factor decisivo en este juego diplomático de poder. Algunos estudiosos han pretendido que Eudocia fue ofrecida no al khan, sino a su hijo, pero esto carece de base en las fuentes e iría en detrimento de la política de ambos soberanos. Ahora bien, ¿esto fue todo lo que Heraclio ofreció al khan para lograr este vital acuerdo? No lo creemos así y Moisés aporta una vez más la clave última.

Efectivamente, Daxurangi relata que el hijo del khan, al invadir de nuevo Albania y Persia en apoyo de Heraclio en agosto o septiembre de 627 (posiblemente con los 40.000 hombres ofrecidos por el khan de los que hablan Teófanos y Miguel el Sirio), se entrevistó con el Católicos de Albania, a cuyos archivos tuvo acceso Moisés. En esta entrevista, Salt, el hijo del khan, hace la siguiente aseveración:

“Atacaré las regiones alrededor de tu país y descansaré mi ejército dentro de sus fronteras. Como compensación para éste durante mi destructiva incursión, le reembolsaré el doble por la pérdida de cada hombre y cada bestia, ya que mi padre ha recibido estos tres reinos: el de los albaneses, el de Lpink y el de Colay como su patrimonio real para siempre”¹³⁰⁰.

¿De quién había recibido el khan los países mencionados y que se corresponden con la Albania Caucásica, Tiflis –es decir, la Iberia superior– y Colay, la gran fortaleza persa que defendía las puertas Caspías? Por estas regiones venían combatiendo romanos y persas de forma casi continua desde los tiempos de Anastasio I. Además, eran países cristianos, lo que reforzaba la pretensión romana de dominarlos. Evidentemente, Heraclio cedió sus derechos al khan; ahora, como anuncia el hijo de éste, “eran patrimonio de su padre”¹³⁰¹.

Ésta era la verdadera dote de Eudocia, algo que Cosroes nunca ofrecería al khan. Puede que Heraclio cediera también la Armenia persa, pues el khan envió a su hijo a

¹²⁹⁸ *Crónica Pascual*: año 611, 702; 612, 703; Teófanos: 6102, 299; 6104, 300.

¹²⁹⁹ Patriarca Nicéforo: cap. 10.

¹³⁰⁰ Moisés Dasxurangi: II, 14,100.

¹³⁰¹ Moisés Dasxurangi: II, 14,100.

invadir esta región en 630, lo que sólo podía hacerse con el consentimiento explícito u oculto de Heraclio. Esta referencia de Moisés a la invasión jázara de la Armenia persa en la primavera de 630 cierra nuestra digresión, pues nos da un testimonio que revaloriza enormemente a Nicéforo y da un nuevo peso a la tesis de que el ofrecimiento de Eudocia al khan no fue fruto de una invención literaria de los cronistas, sino que fue una pieza decisiva en la alianza que dio la victoria a Heraclio. Nos dice Moisés que, cuando el hijo del khan asolaba Armenia y había derrotado ya a los persas, recibió una carta de su padre. El relato es como sigue:

“Los jázaros avanzaron por los tres reinos de Armenia, Iberia y Albania, y, cuando se detuvieron allí, noticias terribles llegaron del león destructivo del norte, Jebu Xak'an, a su cachorro voraz Salt. «Los malvados han caído sobre mí», le dijo, «y nunca verás mi cara otra vez, ya que no consolidé mi posición, porque insolentemente me dispé sobre reinos insatisfechos. Mi orgullo ha hecho que yo caiga de mi alta posición. No dejes de destruir a estos malvados, pero procura escaparte de ellos. Ellos no saben de esta carta y no pueden darse prisa en actuar. Yo estoy perdido e indefenso como un niño»”.¹³⁰²

Esta esclarecedora carta pone de relieve una noticia dada por Nicéforo en la que se dice que Heraclio había enviado a su hija al país de los jázaros para que se casara con el khan según lo pactado, pero que, al recibir noticias de la muerte de éste, ordenó que Eudocia regresara antes de terminar su viaje¹³⁰³. Nicéforo sitúa este hecho inmediatamente después del relato de la batalla de Mutah, que ocurrió en septiembre de 629¹³⁰⁴; es decir, que Eudocia debió de partir a la primavera siguiente, pues, tanto si hacía el viaje por mar como por tierra, sólo sería seguro en primavera o verano. Daxurangí da como fecha para la expedición jázara antes mencionada el final de la primavera de 630, y la batalla entre Salt y el ejército persa se sitúa habitualmente en junio de 630. Así pues, ambos relatos, los únicos que nos dan la noticia de la muerte del khan, coinciden absolutamente en el tiempo.

Con esto se cierra nuestra historia. Heraclio consiguió su objetivo, pero perdió un aliado inestimable ante las futuras invasiones islámicas, pues los jázaros, tras el asesinato de su khan, se hundieron en un periodo de guerras civiles de más de 60 años. Hacia 695 se habían constituido de nuevo en un imperio unido y poderoso. Entonces Justiniano II, León III y Constantino V reactivaron la política de Heraclio¹³⁰⁵ y convirtieron a los jázaros, en un cuchillo en la garganta del califato árabe. La alianza jázara se convirtió una vez más en un factor decisivo para el imperio y lo siguió siendo hasta el siglo X.

¹³⁰² Moisés Dasxurangí: II, 16,106.

¹³⁰³ Patriarca Nicéforo: cap. 18.

¹³⁰⁴ Al-Tabari: VII.

¹³⁰⁵ Teófanos: 6195, 373; 6198, 375; 6220, 407; 6221, 407; 6222-6223, 409; 6224, 410.

Es en este punto, resuelta ya la cuestión de cómo y por qué se llevó a cabo la decisiva alianza de Heraclio con los jázaros, en donde retomaremos, una vez más, el hilo de nuestro relato de los hechos.

V.6. La campaña de 627-628 y la derrota de Persia (v. *mapa 15*).

En la primavera de 627, Heraclio, al frente de su gran ejército de campaña de 40.000 hombres, se acercó a Tiflis, la capital del reino de la Iberia Caucásica y centro de la resistencia persa en aquellas regiones. Una vez llegado a la ciudad, el emperador le puso cerco, reunidas sus tropas con las del khan de los jázaros. La toma de Tiflis era importante por tres razones:

- 1) porque Heraclio no podría marchar hacia el sur, hacia Mesopotamia, dejando tras de él un Cáucaso dominado por Persia. De seguir el Cáucaso en manos persas, éstos tendrían fácil acceso al Mar Negro y a Asia Menor, e impedirían que romanos y jázaros consolidaran e hicieran efectiva su alianza contra los persas.
- 2) la toma de Tiflis y su entrega a los jázaros, mostraría a éstos la buena disposición de Heraclio para cumplir su parte del tratado firmado con ellos en agosto de 626 y los animaría a proseguir la guerra contra Persia.
- 3) la toma de Tiflis, la capital de un reino vasallo y aliado de Persia, mostraría al resto de vasallos y aliados de Persia que ésta no podía ya protegerlos y que, por tanto, lo prudente era cambiar de partido.

Estas fueron las razones que movieron a Heraclio a penetrar en Iberia y asediar Tiflis, y fueron también esos motivos los que impulsaron a Cosroes II a hacer todo lo posible para que Tiflis no cayera en manos de los aliados. Así, no bien tuvo noticias de que Heraclio y los jázaros se dirigían contra Tiflis, envió a ella a Shahraplakan, que se había ya recuperado de sus antiguas heridas, al mando de una fuerza de 1.000 savaran sacados de entre las filas de la guardia de palacio, los pushtighban. Shahraplakan logró entrar en Tiflis justo antes de que ésta quedara cercada y con ello reforzó no sólo la guarnición que defendía la ciudad, sino la determinación de ésta a resistir.

Tiflis era una gran ciudad que Daxurangi (que sigue aquí una fuente escrita hacia el año 630) define como “la ciudad lujosa, próspera, famosa y comercial de Tiflis”. En verdad, Tiflis estaba situada en una importante encrucijada comercial en la que confluían los caminos que, desde Persia y pasando por Partaw, comunicaban con la ruta de la seda; los que venían del norte y llevaban a las estepas, y los del oeste que conducían hacia el Mar Negro y Constantinopla. No iba a ser fácil tomar Tiflis, pues la ciudad, situada junto al río Curaxes, poseía unas potentes murallas y estaba bien

guarnecida y abastecida de alimentos. Pero Heraclio y el khan disponían de unos 80.000 hombres y se dispusieron a intentar sacar el máximo partido a su superioridad numérica.

Así, en pocos días, los ingenieros romanos construyeron gran número de ballistas, catapultas y demás máquinas de guerra, y a continuación comenzó un sistemático bombardeo de las defensas de la ciudad. Pero las murallas aguantaban bien el castigo y los habitantes de la ciudad, dispuestos a resistir y confiados en la invulnerabilidad de sus defensas, reparaban por la noche lo que las máquinas de guerra dañaban o destruían por el día. Heraclio ordenó entonces a sus ingenieros que construyeran en el río Curaxes un gran dique y desviarán su corriente contra los muros de Tiflis. Las murallas, embestidas por la fuerte corriente del desviado río, sufrieron grandes daños, pero una vez más, los hombres de Tiflis lograron reparar las defensas de su ciudad y rechazar los ataques de romanos y jázaros.

Heraclio y el khan empezaban a impacientarse, pues la primavera había ya pasado y el verano amenazaba con terminar antes de que pudieran tomar Tiflis. Pero no podían levantar ya el asedio pues, si se retiraban, su prestigio quedaría dañado y Persia recuperaría la iniciativa¹³⁰⁶. La suerte de la guerra estaba aún indecisa. Sharbaraz había invernado no lejos de Calcedonia y en primavera recibió la orden de Cosroes II de que marchara al este y se enfrentara con Heraclio. Era la segunda vez que Cosroes le pedía a su gran general que hiciera aquello y sería la segunda vez que Sharbaraz desobedeciera las órdenes de Cosroes. ¿Por qué?

Las fuentes, con distintas versiones pero en una misma dirección, relatan que Cosroes y Sharbaraz se habían enemistado tras el fracaso de este último ante Constantinopla. Puede que Sharbaraz temiera –como afirman algunas fuentes– que su señor quisiera culparlo de las derrotas de 626 y a partir de ahí, arrebatárle el mando y la vida, lo que no sería la primera vez que algo así ocurriera en Persia. De hecho, otro grupo de fuentes menciona una orden de Cosroes a los subalternos de Sharbaraz para que éstos le dieran muerte. Según dicen esas fuentes, la carta de Cosroes con la sentencia de muerte de Sharbaraz fue interceptada por los romanos y éstos se la hicieron llegar al viejo general persa el cual, encolerizado por la actitud de su rey, ofreció su alianza a los romanos. Otra versión habla de que, tras interceptar las órdenes que Cosroes enviaba a Sharbaraz y en las que el rey persa mandaba a su general que regresara al este, Heraclio la cambió por otra carta, convenientemente falsificada, mediante la cual indispuso a Sharbaraz con su soberano. También al-Tabari (al igual que Teófanos, Nicéforo, Miguel el Sirio, Sebeos y tantas otras fuentes) habla de una carta y de que la recepción de esa carta por Sharbaraz –ya fuese ésta auténtica o falsa– fue causa de la enemistad entre Cosroes y Sharbaraz.

¹³⁰⁶ Moisés Dasxurangi: II, 11, 85-86; Kiracos de Gantzac: 51.

Lo cierto es que Sharbaraz no marchó contra Heraclio y los jázaros, inmovilizados ante los muros de Tiflis; ni acudió en auxilio de Persia, sino que, dejando atrás Anatolia, acampó en Siria y permaneció allí, inmóvil, hasta el final de la guerra¹³⁰⁷. Esto, la defección de Sharbaraz y sus ejércitos, fue causa principal de que Heraclio y el khan jázaro no sufrieran aquel verano una gran derrota y pudieran, al cabo, abandonar el asedio de Tiflis sin más derrota que la de su orgullo, y de que Heraclio pudiera marchar después, sin obstáculo alguno, contra el corazón económico de Persia: el Arak, esto es, la Mesopotamia.

La cosa sucedió así. En lo más recio del verano de 627, el khan de los jázaros y el emperador de los romanos comprendieron que no podrían tomar Tiflis en aquella campaña y que, de prolongarse el asedio, sus tropas perecerían de hambre y enfermedad, y la llegada del invierno los aislaría de sus respectivas bases. Así que, pese a las burlas de los habitantes de Tiflis, los dos soberanos levantaron el asedio.

Y aquí llegamos a un curioso problema histórico. Mientras que Teófanos y Moisés Daxurangi señalan que Heraclio, al abandonar el asedio de Tiflis, se separó de los jázaros y los dispensó de auxiliarle en la campaña contra Mesopotamia; otros autores, como Agapios y Miguel el Sirio, no dicen nada sobre dicha separación, y finalmente otras, como Nicéforo, afirman que Heraclio, no sólo no se separó de los jázaros, sino que invadió Persia junto con ellos. ¿Qué pasó realmente?

En primer lugar, examinemos las razones que nos dan las fuentes. Teófanos y Moisés Daxurangi se contradicen profundamente entre sí, ya que el primero señala que los jázaros marcharon con Heraclio y sólo lo abandonaron cuando arreció el invierno y las luchas con los persas, y da a entender que se trató de una defección y no de una separación acordada de antemano; Moisés Daxurangi (quien sostiene que los jázaros no acompañaron a Heraclio en su invasión de Persia de 627, sino que regresaron a su país, para volver al año siguiente para tomar Partaw y Tiflis) afirma que la idea de la separación la tuvo Heraclio y que ésta se produjo, no en suelo persa –como afirma Teófanos– sino junto a Tiflis. Según él, la razón era que los jázaros no estaban acostumbrados a luchar bajo los calores de Mesopotamia.

Estas razones no se sostienen. Los jázaros habitaban en una tierra, las estepas del Volga y de la Kalmukia, caracterizada por tener uno de los climas más extremos del planeta. En efecto, en invierno se sobrepasan con facilidad los -20° y con frecuencia se rebasan los -30° . En verano, por el contrario, no es raro pasar de los 30° y a menudo, sobre todo en julio, se alcanzan los 40° . ¿De verdad se puede creer que los jázaros, habituados a temperaturas invernales de más de -30° y a calores veraniegos superiores a 40° , se sintiesen cohibidos ante el invierno de Armenia y de Mesopotamia, o ante los

¹³⁰⁷ Teófanos: 6118, 324-325; Patriarca Nicéforo: cap. 12; Miguel el Sirio: II, XI, III, 409; Sebeos: 84-85; al-Tabari: V, 1004-1005, pp. 322-323; *Historia Nestoriana*: LXXXI, 221,541.

rigores de sus veranos? Por supuesto que no, y si los jázaros abandonaron a Heraclio tuvo que ser por otra razón.

Pero ¿lo abandonaron de verdad? Y de ser así ¿cuándo lo hicieron? Kaegi, el último biógrafo de Heraclio, ni se plantea esta cuestión y no obstante es vital si se quiere saber con qué fuerzas invadió realmente Persia Heraclio. Para contestar a esa pregunta lo primero es cuestionarse qué sentido tenía la alianza con los jázaros si éstos no le auxiliaban en su campaña contra el corazón de Persia. Evidentemente ninguna. Una alianza tan importante tenía que tener un sentido práctico y definido, que no podía ser otro que el de conseguir de los jázaros un gran número de jinetes con el que desbordar a los persas, cuyas fuerzas seguían siendo, pese a sus recientes derrotas, muy superiores a las de Heraclio.

No hay pues duda de que Nicéforo, que afirma que los jázaros invadieron Persia junto con Heraclio, dice la verdad. Entonces ¿nos mienten los demás? En modo alguno. Miguel el Sirio y Agapios sólo dicen que el khan jázaro envió a Heraclio 40.000 guerreros. Evidentemente, puesto que no se dice lo contrario, hay que suponer que esos 40.000 jázaros marcharon a Persia con Heraclio. Justo lo que dice Nicéforo que pasó. Tampoco Teófanos niega que los jázaros entraran en Persia; de hecho, sitúa su supuesto abandono del campo romano en pleno invierno, cuando la campaña se acercaba a su desenlace. Pero este cronista bebe de Jorge de Pisidia y la obligación del último era cantar la gloria de Heraclio, no la de los jázaros. Así que había que omitir la participación jázara y dejar la gloria de Nínive para Heraclio y los romanos. Por eso, es justo antes de Nínive cuando Teófanos sitúa la defeción de los jázaros.

Moisés Daxurangi es el único que sitúa la marcha de los jázaros justo tras el asedio de Tiflis y sin embargo –no ha sido señalado– el khan se separaba de Heraclio con la promesa de volver al año siguiente sobre Tiflis y terminar su conquista. ¿Cuándo volvió el khan y sus jázaros sobre la ciudad? Según Moisés, en la primavera de 629, casi dos años después del fracasado asedio de Tiflis. ¿Dónde pasó el khan jázaro el año y medio largo que transcurre entre el fin del asedio de Tiflis y su regreso a ella en la primavera de 629? ¿Acaso el khan no había dicho que caería sobre Tiflis a la campaña siguiente? ¿Qué pasó con los jázaros durante los meses que van de septiembre de 627, cuando se dio por perdido el asedio de Tiflis, y la primavera de 629? Pues, tal y como dicen Nicéforo y Teófanos estuvieron con Heraclio en Armenia y Mesopotamia. Quien dejó a Heraclio en septiembre de 627 fue el khan jázaro y con él una parte de su ejército, pero no todo, pues –como dicen Teófanos y Nicéforo, y apuntan con su silencio las restantes fuentes– el resto de los jázaros, los 40.000 guerreros prometidos por el khan, partieron junto con Heraclio y participaron en su gran campaña contra Persia.

Ello explicaría por qué el khan no pudo asediar de nuevo Tiflis hasta la primavera del 629: el grueso de sus guerreros estuvo junto a Heraclio hasta la primavera del 628 y no regresaron al país jázaro sino en el verano de ese mismo año, sin fuerza ni ánimo

suficientes, tras dos años de ininterrumpida campaña, como para ponerse de nuevo en camino. El khan tuvo, por tanto, que dejarles unos meses de descanso antes de marchar de nuevo a la guerra. Ello explicaría también la arrolladora marcha de Heraclio por Armenia y Mesopotamia, y explicaría además que Heraclio contara en Nínive con la superioridad numérica que apuntan que tuvo Agapios, al-Tabari, la *Crónica de Khuzistán* y la *Historia Nestoriana*. Y es que al-Tabari adjudica a Heraclio en la batalla de Nínive un total de 90.000 guerreros. ¿Cuántos tenía Heraclio consigo en 626? 40.000. ¿Cuántos le entregó el khan según todas las fuentes? 40.000. Es decir, la suma de 80.000 soldados y, dado que Heraclio enroló a su paso por Armenia a numerosos contingentes de tropas armenias y lázicas, el número de 90.000 hombres que le adjudica al-Tabari cuadra bastante bien con la realidad de los hechos y contribuye a consolidar éstos¹³⁰⁸.

Así que Heraclio, en septiembre de 627 y tras despedirse del khan llevando consigo a 40.000 jinetes jázaros, invadió Armenia en pleno otoño. Su ejército era tan grande y tan superior a las fuerzas persas que ocupaban el país que éstas no pudieron hacer otra cosa que dejarse arrollar. Así, tras tomar Shirak y barrer el valle del Araxes, Heraclio cruzó este río en Vardanakert. Luego dio un descanso a su ejército en aquellas fértiles regiones y envió exploradores por delante suya para que le trajesen noticias de los persas.

Cosroes II estaba, una vez más, desorientado por los movimientos de Heraclio. Esperaba que Heraclio, tras fracasar ante Tiflis, se marchara a sus cuarteles de invierno del Ponto. Pero, por el contrario, en mitad del invierno, Heraclio invadía Armenia y marchaba decididamente contra Mesopotamia. Cosroes no podía ya contar con Sharbaraz, con quien vimos que estaba enemistado, y en cuanto a Shahraplakan, éste y su ejército habían quedado libres tras el final del asedio a Tiflis, pero las tropas con las que contaba eran insuficientes para frenar el avance de Heraclio hacia el sur e incluso para incomodarle en sus movimientos. Así que Cosroes movilizó la totalidad de sus reservas y las puso al mando del Spahbad Razates.

¿Con cuántos hombres contaba Razates? Agapios afirma que en Nínive, una batalla extraordinariamente dura y reñida, el ejército de Razates tuvo 50.000 bajas. Dado que –según Teófanés– el ejército persa se mantuvo sobre el campo de batalla y lo abandonó en orden, y que continuó luchando en las siguientes semanas, frenando el avance de Heraclio junto a Ctesifonte, hay que suponer que superaría ampliamente los 50.000 hombres y que, con menores efectivos que el ejército romano, tuvo no obstante que disponer de un número de hombres suficientemente grande como para poner a los romanos y a los jázaros en dificultades. Así que es bastante probable que Razates

¹³⁰⁸ Teófanés: 6117, 317 y 6118,318; Patriarca Nicéforo: cap. 12; Miguel el Sirio: II, XI, III, 409; Moisés Dasxurangi: II, 11, p. 86; al-Tabari: V, 1004, p. 323; Agapios: 464, 204; *Historia Nestoriana*: LXXXI, 221-222, 541-542; *Crónica del Khuzistán*: p. 236.

dispusiera de entre 70.000 y 80.000 hombres, esto es, de una fuerza similar a la que, primero en Qadesiya y luego en Nehavend, hizo frente a los árabes que invadían Persia.

Razates y su ejército se presentaron tan súbitamente ante el ejército romano-jázaro que Heraclio estuvo a punto de ser sorprendido y derrotado. Con mucha dificultad logró, no obstante, reunir sus tropas y desorientó a los persas al marchar por el valle del Araxes en dirección al lago Urmia y los montes Zagros, en vez de hacerlo hacia el Araxeonis y Asia Menor que era lo que Razates esperaba que hiciera. Ante el peligro de que Heraclio volviera a invadir, como ya lo hiciera en 623, la Media Atropatene, Razates marchó tras él.

Heraclio, con los persas tras de él, devastó el país a su paso, quemando ciudades y pueblos, llevándose todo el forraje y los alimentos, y destruyendo el resto. De esta manera, Razates, que perseguía a Heraclio, se encontraba en dificultades para alimentar a sus guerreros y a sus caballos. Teófanos cuenta que Razates perdió muchos caballos en esta parte de la campaña y dice de él y de su ejército que “parecía un perro hambriento al que Heraclio apenas si dejaba alimento”, tomando la frase de los poemas de Pisidia. Durante esta marcha por el valle del Araxes, Heraclio tomó Naxcawan, se adentró en las tierras situadas junto al lago Urmia y, tras cruzar los montes Zagros, se internó en Atropatene.

Creyendo Razates que, como en 623, Heraclio se disponía a saquear la ciudad de Ganzak, se apresuró para reforzarla, pero Heraclio giró hacia el sur, hacia la cabecera del gran Zab, y acampó en los llamados campos de Khamanta, en donde dio un merecido descanso a sus tropas, a fines de noviembre. El primero de diciembre, de improviso una vez más, cruzó el gran Zab y descendió hasta las cercanías de Nínive. Razates, informado de este nuevo movimiento de Heraclio, abandonó Ganzak y lo siguió, cruzando a su vez el gran Zab unas tres millas al sur de donde lo había hecho el emperador.

Heraclio, mientras tanto, deseoso de saber qué pasaba con Razates, envió a uno de sus generales, el armenio y *magister militum per Orientem* Vahanes (Vahan, en armenio) a la cabeza de un destacamento de exploradores de caballería. Vahanes sorprendió a un *drafs* persa (regimiento de mil hombres) y lo desbarató, matando a su *drafsh-salar*, al que Teófanos otorga el título romano de *comes*, y a un gran número de sus guerreros, y capturando a 27 de ellos. Uno de esos prisioneros persas resultó ser un guardia personal de Razates y por él se informó de que éste se había adelantado a ellos y estaba cerca de Nínive, esperando la llegada de refuerzos, en concreto de 3.000 savaran extraídos de los cuerpos de guardia y élite que estaban junto al rey; es decir, de los zhayedan (los inmortales), los cosroegetae, los perozitae y de los pushtighban.

La noticia intranquilizó a Heraclio, pues si Razates contactaba con aquellos refuerzos de caballería, escasos pero de la mejor clase, crecería la posibilidad de ser derrotado por los persas. Era preciso pues dar la batalla antes de que Razates recibiera el

refuerzo de aquellos 3.000 jinetes de élite. Así que Heraclio levantó su campo y, poniendo a recaudo su tren de campaña y sus abastecimientos, avanzó en busca de un lugar adecuado para entablar la batalla.

Razates, bien informado por sus exploradores, supo de inmediato que Heraclio se había puesto en marcha y se dispuso a seguirlo. La táctica del persa se basaba en lastrar los movimientos de Heraclio y esperar la llegada de refuerzos con los que derrotarlo, una vez lograda la superioridad numérica. Razates no quería la batalla y sólo estaba dispuesto a entablarla si Heraclio amenazaba Ctesifonte o los palacios reales. Por lo tanto, se mantuvo cerca de Heraclio, pero sin atacar su retaguardia.

Así marcharon ambos ejércitos unos 25 km, cuando, en la mañana del sábado 12 de diciembre de 627, Heraclio encontró el campo de batalla que deseaba: una extensa llanura en la que poner de manifiesto su superioridad numérica sobre los persas. Se trataba de una gran llanura del tipo que el *Strategikon* aconsejaba para dar batalla a los persas: un espacio amplio para formar en orden cerrado a la infantería y maniobrar con la caballería; para permitir girar a grandes masas de hombres y caballos, y poder así tomar de flanco a los persas. Sabemos por Sebeos, contemporáneo de los hechos, que ese día había además niebla, un particular que favorecía aún más si cabe a Heraclio, pues, su ejército (que entonces debía superar ampliamente los 70.000 hombres) podía detenerse, formarse y esperar a los persas sin que éstos pudieran advertirlo, gracias a la niebla que cubría la llanura.

Así que Razates y sus 60.000 o 70.000 hombres, continuaron su marcha y se llevaron una gran sorpresa cuando, entre la niebla y formados para la batalla, se toparon con los *meros* del ejército de Heraclio. Razates no tuvo más remedio que aceptar la batalla y apresuradamente formó a sus *gunds* en tres grandes secciones apoyadas en las últimas estribaciones de un monte rodeado de colinas que se alzaba al oriente de la llanura, y esperó las maniobras de los romanos. La posición de Razates estaba bien escogida, pues la cercanía de las colinas le permitía contar con un refugio en caso de derrota y le aseguraba el acceso al agua; hizo lo que el autor del *Strategikon* señalaba que solían hacer los persas cuando se disponían a elegir terreno para dar una batalla.

Iba a dar comienzo una de las más señaladas y grandes batallas de la Antigüedad, la última entre persas y romanos tras cuatrocientos años de luchas por el control del Oriente.

El lugar de la misma ha podido ser fijado con exactitud mediante el cuidadoso análisis de las fuentes y la comparación de sus datos con el relieve de las tierras próximas al actual Mosul. Esa llanura perfecta no es otra que la de Karamlays, un inmenso llano capaz de albergar a los 150.000 hombres que iban a combatir aquel día sobre él. Dicha llanura está situada al este de las ruinas de la vieja Nínive y junto a ella se alza un monte escabroso y rodeado de boscosas colinas a donde –tras la batalla y según cuenta Teófanés– se retiraron los persas. Ese monte es el actual Jebel Ayn Al-

Safra, esto es, el monte de “la primavera amarilla”, y a sus pies corre el Cala Karamlays, un wadi muy caudaloso en invierno. La exactitud y minuciosidad en los detalles topográficos de este encuentro por parte de Teófanos sólo puede provenir de un despacho militar de batalla de Nínive que debió de quedar recogido, o bien en los versos perdidos del *Heraclias* de Jorge de Pisidia, o bien en algún otro documento de la época de Heraclio.

Cuando Heraclio terminó de disponer a sus tropas y vio entre la niebla cómo se formaban los persas, dio de inmediato la orden de cargar: era esto lo que aconsejaba el *Strategikon*, buscar el cuerpo a cuerpo con los persas antes de que éstos pudieran hacer efectiva la superioridad de sus arqueros. Fue así como Heraclio, que era según los versos de Pisidia “como una piedra magnética en mitad de la batalla” (da a entender que la guardia de Heraclio cerró filas en torno a su general y emperador) se lanzó contra el centro persa y desafió a Razates que aceptó el desafío.

Fue una dura batalla en la que Heraclio recibió una herida de lanza en los labios y su caballo fue herido en su flanco trasero y en la cabeza. Según las fuentes, Heraclio dio muerte a tres persas con sus propias manos, uno de los cuales era Razates. Rota la línea de caballería persa dibujada por el caído Razates, Heraclio condujo a sus jinetes contra la infantería persa que, aguantando bien, ofreció una dura resistencia. La batalla duró once horas y sólo la cercanía de la noche le puso término.

No se puede minimizar la importancia de esta batalla. Ciertamente es que los persas, situados tras las aguas del Cala Karamlays y apoyados en las colinas, no abandonaron el campo de batalla hasta la octava hora de la noche y pasaron el resto de la misma velando a sus muertos y vigilando a los romanos que, “a dos tiros de flecha” de ellos, es decir, a unos 500 m de las primeras filas persas, se ocupaban en abreviar sus caballos y saquear los cadáveres persas. Ciertamente es también que Heraclio no pudo tomar el tren de abastecimientos de los persas, ni aniquilarlos por completo, pero sí les causó un daño lo suficientemente grande como para que la iniciativa de la guerra definitivamente quedara en sus manos y como para que los persas no pudieran ya obligarlo a pensar en la retirada.

De hecho y según nos informa Teófanos, Heraclio tomó a los persas 28 *drafish* o estandartes y, dado que cada *drafish* era portado por un regimiento de 1.000 hombres y que el cronista precisa que esos 28 estandartes eran sólo los que habían quedado en manos romanas sin sufrir daño ni mengua y que otros muchos estandartes persas quedaron, rotos y abandonados, sobre el terreno de batalla, es bastante probable que la cifra de 50.000 bajas persas recogida por Agapios no sea disparatada. En cualquier caso, el ejército persa quedó muy menguado –en eso coinciden todas las fuentes– y perdió a su comandante y a los *spahbad* que mandaban cada una de las tres secciones en las que, al dar comienzo la batalla, había dividido su ejército Razates.

A la mañana siguiente, la del 13 de diciembre, Heraclio contempló el campo de batalla comprobando que los persas lo habían abandonado y que lo observaban encaramados en las colinas. El emperador reunió a su ejército y, seguro de su victoria final, lo alentó a marchar contra el propio Cosroes II, quien, según los informes de los espías, estaba en su palacio de Dastagerd. En aquel momento y al igual que durante el resto de sus campañas, Heraclio se mostraba a sus hombres como un rey sagrado, un nuevo David, un nuevo Moisés. Su religiosidad era tan extrema que el autor de la *Crónica del Khuzistán*, un cristiano persa que la redactó en torno al año 650 y que era ya un hombre maduro cuando la batalla de Nínive, creyó que Heraclio se había ordenado como sacerdote¹³⁰⁹.

Heraclio marchó de nuevo lentamente Zab arriba, buscando un paso para volver a cruzarlo. Los regimientos persas supervivientes de la batalla de Nínive, los seguían sin abandonar las colinas y el 21 de diciembre recibieron, al fin, los 3.000 savaran que Cosroes había prometido a Razates. Ese mismo día, Heraclio cruzó el Zab y enfiló hacia el Zab menor cuyas aguas quería cruzar para dirigirse a Dastagerd. Para evitar que los persas, apercibidos de su intención, cortasen los puentes del pequeño Zab, Heraclio envió delante de él al moirarca Jorge, al mando de una fuerza de 1.000 jinetes y con la misión de tomar los puentes antes de que los persas pudieran cortarlos. Jorge (quien años más tarde pelearía en Yarmuk como *Magister militum per Armeniam*) realizó la hazaña de recorrer en una sola noche 48 millas romanas, esto es, 72 kms y llegó muy rápidamente a los puentes del Zab menor. De hecho, los cuatro puentes que cruzaban el río estaban desguarnecidos y vigilados sólo por cuatro soldados en cada una de las cuatro torres vigía, que fueron capturados por los romanos. El 23 de diciembre llegó hasta ellos el emperador con el resto del ejército y se cruzó el Zab menor acampando en las posesiones que Yazden de Kalka, el ministro cristiano de Cosroes, poseía en esa región. Allí y con objeto de celebrar la Navidad, dio descanso a sus hombres y a sus caballos.

Cosroes, no bien le llegó la noticia del cruce del Zab menor por Heraclio, ordenó a los hombres del ejército que había mandado Razates, que cruzasen a su vez el Zab menor y bloquearan los caminos. Pero Heraclio no se detuvo, sino que avanzó hacia el este y, subiendo las primeras pendientes de los Zagros, se apoderó de un pequeño palacio real –un lugar que Teófanos llama Dezerida– que el emperador ordenó quemar tras saquearlo. Los persas, que no dejaban de seguirlo, lo adelantaron y se movieron

¹³⁰⁹ Teófanos: 6118, 317-321; Agapios: 464-465, 204-205; Sebeos: 83-84; Miguel el Sirio: II, XI, III, 409; Moisés Dasxurangi: II, 12, 88-89; al-Tabari: V, 1005-1006, pp. 322-324; *Crónica del Khuzistán*: p. 236; *Historia Nestoriana*: LXXXI, 221-222, 541-542; Patriarca Nicéforo: cap. 14; Jorge de Pisidia II: *Acroatis*, fragmentos; San Anastasio el Persa: II, 265-276; *Crónica Pascual*: 729-734; HALDON, J. *Byzantium...*, *op. cit.*, p. 246 y 253; KAEGI, W., *Heraclius...*, *op. cit.*, pp. 153-172; HOWARD-JOHNSTON, J., “Heraclius Persian Campaigns and the Revival of the East Roman Empire, 622-630”, *War in History*, 6 (1999), pp. 1-44.

hasta el río Tornac, acampando tras su puente en el pensamiento de defenderlo e impedir así a Heraclio proseguir su marcha.

Pero Heraclio avanzó hacia el río Tornac y en el camino tomó y saqueó el palacio que los cronistas llaman Rhousa o Rusa. Luego se acercó al puente sobre el Tornac dispuesto a tomarlo al asalto; pero no hizo falta, pues los persas levantaron el campo y huyeron. Sin oposición ya, Heraclio cruzó el río y avanzó hasta el palacio de Beklal en donde acampó y celebró carreras para que sus hombres pudieran celebrar las fiestas de la Natividad y sus recientes victorias. Así pasaban el tiempo cuando unos armenios, desertores del campo de Cosroes, le informaron de que el poderoso rey Parwez acampaba con sus elefantes de guerra y su ejército en un lugar próximo que se llamaba Barasroth. Se le informó también de que el lugar donde se hallaba Cosroes era prácticamente inaccesible, pues lo cruzaba un río rápido sobre el que se alzaba un pequeño puente y la localidad en donde el rey persa se hallaba –según decían los armenios– era de calles empinadas y estrechas, y rodeada de barrancos y torrentes.

Así que Heraclio permaneció en Beklal, en donde Cosroes tenía uno de sus paraísos de caza. Había allí y en un cercado –dice Teófanos– 300 antílopes y 100 onagros cebados que Heraclio dio a su ejército, al tiempo que los soldados se hicieron además con numerosos rebaños de ovejas, cerdos y ganado vacuno. En aquel lugar repleto de víveres pasó Heraclio el 1 de enero de 628. Fue allí también, en donde Heraclio supo, por unos pastores persas apresados por sus hombres, que el 23 de diciembre, un aterrorizado Cosroes había abandonado Dastagerd, dando permiso a sus soldados para que saquearan el gran palacio y cargando en sus elefantes el tesoro real. La retirada de Cosroes, según supo más tarde Heraclio, fue caótica y apresurada, y tras tres días de marchas forzadas desembocó en Seleucia del Tigris, la parte oriental de Ctesifonte.

¿Por qué esta reacción de Cosroes? Porque tras el cruce del Zab menor por Heraclio sabía que le era imposible defender Dastagerd y que su única posibilidad era llegar a Ctesifonte y esperar a que Heraclio la asediara. Pero Cosroes sabía también que su prestigio había decaído, y que se estaban ya tramando conjuras contra él y su impopular política de continuar la guerra; así que decidió congraciarse con los soldados de su ejército entregándoles los tesoros de Dastagerd. Esas y no otras fueron sus razones para actuar así.

Y eran buenas razones. La prueba está en que Heraclio, tras saquear y destruir Dastagerd, en donde recuperó 300 estandartes romanos y se hizo con un inmenso botín además de liberar a miles de prisioneros y esclavos de la Romania procedentes de Edesa, Alejandría y otras ciudades del Oriente romano, solicitó la paz a Cosroes. Heraclio sabía que con el rey persa parapetado tras los muros de Ctesifonte y provisto de abundantes provisiones de su tesoro y de soldados fieles, era imposible vencer. Un asedio de Ctesifonte era impensable: era una gran ciudad de 600.000 habitantes, sólidos

muros y estaba atravesada por el río Tigris. Se hallaba en mitad de Persia, a gran distancia de sus bases y allí, en mitad del territorio enemigo, era impensable cercar una gran ciudad como Ctesifonte. ¿Cómo abastecería a su ejército durante el sitio? ¿Cómo impediría que los ejércitos persas le cercaran a su vez o cortaran sus líneas de comunicación? ¿Cómo cercar por completo la capital persa sin dominar el Tigris que la atravesaba? Ante esta realidad, Heraclio pidió a Cosroes que considerara la posibilidad de llegar a una paz. Por eso y porque sabía que Cosroes rechazaría su oferta. Expliquémonos.

Heraclio contaba con un arma que, al cabo destruiría a su enemigo: el hábil manejo de la propaganda. Al ofrecer la paz a Cosroes en aquel momento, tan aparentemente desastroso para Persia y tras haber humillado al rey persa al destruir sus palacios, Heraclio mostraba a los persas su magnanimidad y buena fe. Si Cosroes rechazaba la paz que se le ofrecía no se presentaba como un rey generoso y noble, al contrario que su oponente, sino como un rey cruel y odioso que conducía su pueblo a un mar de sangre y se negaba a aceptar la paz que un enemigo tan grande pero tan generoso le ofrecía. Teófanos nos dice que fue en ese preciso momento, al rechazar la oferta de paz de Heraclio, cuando los nobles persas empezaron a apartarse del Rey de reyes y a tramar su caída junto con el ejército.

Heraclio, mientras tanto, aunque convencido de que no lograría tomar Ctesifonte, marchó contra ella para aumentar el pánico de los persas y su descontento contra Cosroes. El 7 de enero bajó de Dastagerd y el 10 llegó al río Narbas, situado a 18 kms de la capital persa y donde estaba el ejército de Cosroes. Éste había inflado sus filas enviándole todo su séquito armado, había reunido también 200 elefantes de guerra y ordenado cortar los puentes. Heraclio no podía pues seguir y se retiró al norte, devastando todo a su paso y saqueando campos, pueblos y ciudades.

Tras librar una pequeña escaramuza contra un *drafsh* persa, el ejército de Heraclio, exhausto pero imbatido, acampó en marzo en un lugar llamado Barzan. Los hombres de Heraclio llevaban un año peleando sin descanso y fue probablemente aquí, en Barzan, cuando los auxiliares jázaros dieron por terminado su concurso en aquella larga expedición y emprendieron el camino de regreso a sus hogares.

La situación de Heraclio seguía siendo difícil. Se hallaba ahora en un punto, Barzan, desde el que le era fácil enlazar con sus líneas de comunicación y no había ya riesgo alguno de quedar aislado o cercado. Al oeste de su posición, en Nisibe, estaba Sharbaraz al mando de un gran ejército persa, pero el general se mantenía al margen de la guerra, desde la primavera de 627, si no desde antes. Dominaba por completo, como un señor independiente, Siria, Palestina, Egipto y la mayor parte de la Mesopotamia superior y Cilicia. Sin embargo, no estaba dispuesto a entrar en campaña contra Heraclio, aunque algunos de sus *drafsh-salar*, como el batido en febrero por una

avanzadilla de Heraclio, no parecían dispuestos a obedecerle y desertaban de su campo para volver al del rey. Así que Heraclio podía estar tranquilo por ese lado.

Pero mientras que Cosroes permaneciera tras los muros de Ctesifonte, Heraclio no podría dar por ganada la guerra y, puesto que no podía tomar Ctesifonte, ni asediarla, ni impedir que Cosroes movilizara nuevos ejércitos, antes o después Heraclio y su ejército tendrían que salir de Persia y volver a Asia Menor. Si Heraclio se veía obligado, tras casi un año de campaña, a abandonar suelo persa sin lograr una victoria decisiva o una paz ventajosa, Cosroes no tardaría mucho en hacer renacer su prestigio y en eliminar al rebelde Sharbaraz; tras lo cual, de nuevo en posesión de todo el Oriente, se volvería contra Heraclio y terminaría por derrotarlo.

Pero Cosroes no recuperó su prestigio. La derrota persa de Nínive, el incendio de los palacios reales, su vergonzosa huida de Dastargerd, el pánico que cundió en Persia cuando se supo que Heraclio marchaba contra Ctesifonte, la antipatía que generó entre su pueblo la noticia de que Cosroes se negaba a aceptar la paz que Heraclio, una vez más, le ofrecía; en fin, la terrible marcha hacia el norte de Heraclio, devastándolo todo a su paso y quemando ciudades y pueblos, todos esos golpes a la moral de Persia habían terminado por hacer que la opinión del pueblo, del ejército y de la nobleza se pusiera en contra de Cosroes.

En la corte persa comenzaron a correr rumores de que el rey, enfermo, había dado en secreto la corona a uno de sus hijos menores y dejado de lado al presunto heredero, Khavad (el Siroes de las fuentes griegas). El rumor cobró fuerza e hizo que el joven Khavad se pusiera en contacto con Yazden de Kalka, el poderoso ministro cristiano de Cosroes cuyas fincas habían sido arruinadas por Heraclio, y con Sharbaraz. En cualquier caso, Khavad contó con la ayuda de los hijos de esos dos poderosos personajes. Auxiliado por ellos, se atrajo a la guardia y al ejército, abrió las prisiones, liberó a los prisioneros del rey y se apoderó de palacio. Antes de dar el golpe, Khavad, a lo que parece, se puso en contacto también con Heraclio. Su golpe de estado triunfó. Cosroes, tras tratar de escapar, fue apresado y sometido a todo tipo de vejaciones, hasta que el 28 de febrero de 628, 38 años después de que ascendiera al trono, Cosroes, “maldito por Dios” –en palabras de Sebeos–, fue ejecutado.

Recién instalado en el trono, Khavad II Siroes envió una carta a Heraclio que éste recibió el 23 de marzo, en la que se le informaba de todo lo sucedido y se le solicitaban el comienzo de negociaciones de paz. Khavad ofreció a Heraclio la inmediata liberación de los miles de súbditos de la Romania que habían sido deportados a Persia a lo largo de la guerra. Esta liberación fue efectiva y puede constatarse en una fuente no usada para este fin hasta el presente: la *Vida de Juan de Chipre*, escrita por Leoncio de Neápolis, y por la cual sabemos que, en 629, en Alejandría de Egipto se asistía al regreso de los deportados a Persia. Más aún, Khavad ofrecía la devolución de la Vera Cruz y la

restitución de las fronteras a su estado original, no el de 591, sino el de 561, cuando Justiniano logró un beneficioso punto de equilibrio con Persia. No era tan bueno como lo había sido en 591, es cierto, pero Heraclio podía darse por satisfecho y aceptó de inmediato. En abril se cerraron los últimos flecos de las negociaciones y un Heraclio triunfante emprendió su marcha hacia Constantinopla¹³¹⁰. Sin embargo, aún estaba Sharbaraz. En efecto, el viejo general controlaba Siria, Palestina y Egipto, y aunque Khavad II había dado orden de evacuar esas provincias en virtud del acuerdo logrado con Heraclio, Sharbaraz y su ejército permanecieron en ellas hasta julio de 629; de lo que se deduce que las órdenes de Khavad II no eran aceptadas por Sharbaraz. De hecho, Heraclio tuvo que firmar la verdadera paz, la definitiva, con Sharbaraz y no con el heredero de Khavad II.

Pero en abril de 628, cuando Heraclio marchó hacia el oeste, no pensaba en eso, sino en su triunfo. Contra toda esperanza había vencido y salvado a su imperio. Fue en ese momento triunfante cuando Heraclio dio una nueva prueba de su habilidad en manejar los símbolos, la propaganda política y religiosa. Fue en ese momento cuando Heraclio dio un paso más en su camino hacia su nuevo imperio sagrado en el que un *basileus* sagrado, un rey sagrado y guerrero, un nuevo David, un nuevo Moisés, un nuevo rey salvador, conduciría al nuevo Israel, a la nueva humanidad, a una nueva era. Veámoslo.

Como ya hemos repetido en varias ocasiones, parte del éxito de Heraclio como emperador y como héroe se basó en un excelente uso de la propaganda: se usaron todos los medios y se hizo de forma tan efectiva que Heraclio ganó lo que podemos llamar la batalla de la opinión pública internacional de la época. Ahora bien, esta propaganda se basaba en realidades consistentemente creadas por Heraclio y adecuadamente aireadas después por su poeta particular, Jorge de Pisidia y por los demás instrumentos de sus medios de difusión. Heraclio pues, está al mando de su política heroica. Ésta no fue una creación posterior y manipulada de unos hechos tergiversados, sino las réplicas necesarias para dar a conocer unos actos meditados y necesarios. Tomemos por ejemplo a Jorge de Pisidia.

En efecto, un atento estudio de la cronología nos permite comprobar que los hechos que canta este insigne e incomprensido poeta, lo son siempre *a posteriori* de unos acontecimientos que el emperador elegía a conciencia. Estos actos imperiales se expandían convenientemente por todo el Oriente, como puede verse en la literatura armenia, georgiana, albanesa-caucásica, persa, árabe, etc. que trata de estos años, porque estaban cargados de un simbolismo subyugante. Pues bien, el ejemplo más claro

¹³¹⁰ Teófanos: 6118, 320-327 y 6119, 328; Patriarca Nicéforo: cap. 15; Sebeos: 84-86; *Crónica del Khuzistán*: p. 236; *Historia Nestoriana*: LXXXVII, 221-222, 541-542; Miguel el Sirio: II, XI, III, 409-410; Agapios: 465, 205; Moisés Dasxurangi: II, 12, 88; *Crónica Pascual*: 727-736; *Vida de Juan de Chipre*: 442.

de lo que acabamos de decir ocurrió durante la marcha de Heraclio hacia Constantinopla y se concretó en el ascenso del monte Al-Judi por Heraclio, en mayo de 628.

El monte Al-Judi es una cima del actual Kurdistán iraquí y desde al menos el siglo I d.C. era considerado como el monte donde encalló, tras el Diluvio Universal, el arca de Noé. El monte Al-Judi era el Ararat reconocido por todos los pueblos del Oriente, ya fueran éstos judíos, nestorianos, monofisitas u ortodoxos y continuó siéndolo hasta el siglo XIV, cuando la tradición Armenia comenzó a apostar por el actual monte Ararat, que se yergue entre las fronteras de las actuales Armenia y Turquía; de hecho, la equiparación entre el monte del arca de Noé y el actual monte Ararat no se logró por completo hasta el siglo XVII¹³¹¹. Así pues, cuando Heraclio, tras sus grandes victorias del invierno de 627-628 y la petición de paz que le hizo Khavad II, se dirigió en triunfo desde Persia hacia su Imperio, no fue una casualidad que se empeñara en desviarse de su ruta para dirigirse al monte Al-Judi, como tampoco lo fue que acampara en sus laderas y se empeñara en ascender hasta la cima¹³¹², recuperar un trozo de madera de la supuesta arca y fundar un monasterio para custodiar la reliquia. Con estos gestos Heraclio pretendía mostrarse al mundo como nuevo Noé¹³¹³, como fundador de una nueva humanidad que, tras el diluvio de la gran guerra romano-persa, comenzaba una nueva y pacífica existencia. El acto de Heraclio retumbó en todo el Oriente, fue un éxito como acto propagandístico. Geógrafos islámicos, historiadores musulmanes, siríacos, armenios, judíos etc, lo recogerían una y otra vez, guardando memoria del acto del emperador hasta el siglo XIII.

Al año siguiente, Jorge de Pisidia cantaba la victoria del emperador y le daba el título de nuevo Noé¹³¹⁴. El poeta seguía pues a su señor, era el amplificador, elegante y épico de las acciones de su emperador y héroe. Heraclio concibe y actúa, mientras su poeta ensalza, adorna, difunde. Así, con todos sus actos y a través de todos los medios de difusión y propaganda, el emperador crea, consolida y esparce su nueva condición heroica. Fueron estos actos los que concedieron a Heraclio su aura heroica y mesiánica.

Tras pasar por Amida (cerca de la cual su ejército nos legó unas inscripciones que certifican que los viejos títulos militares seguían plenamente vigentes), Heraclio envió a su hermano Teodoro por delante de él y al frente de un fuerte contingente de tropas. Teodoro debía de ocupar Edesa y asegurar así, tras la ocupación de Amida, Martirópolis y Mardin, la línea de la Alta Mesopotamia romana. Pero Teodoro tuvo verdaderos problemas para ocupar Edesa, ya que, aunque los persas que la ocupaban estaban

¹³¹¹ Sobre esta cuestión, *vid.* EAMED, W. *Reasons why Mt. Cudi is the correct mountain of Noah*, 1996, <http://www.ancientworldfoundation.org/reasonsforcudi.htm>; CROUSE, B. *Noah's ark: its final berth*, 1992, <http://www.fni.com/cim/technicals/noah.txt>; FIEY, J., *Assyrie chrétienne*, Université de Joseph de Santo, Institut de Lettres Orientales. *Recherches*, 23. Beirut, 1965, pp. 749-754; KAEGI, W., *Heraclius....*, *op. cit.*, pp. 184-85.

¹³¹² Agapios: 464-65.

¹³¹³ Jorge de Pisidia, *Heraclias*: I, 80-90.

¹³¹⁴ Jorge de Pisidia, *Heraclias*: 85-90.

dispuestos a entregársela, los judíos de la ciudad y los que servían en las filas persas como auxiliares, se negaban a hacerlo. Tan fuerte fue su resistencia, que Teodoro se vio obligado a montar un asedio en toda regla y a llevar gran número de máquinas de guerra contra la fuerte ciudad.

Mientras que esto sucedía, Heraclio progresaba victoriosamente hacia Constantinopla. Pero esta procesión quedó truncada por las noticias que le llegaban de Edesa en donde su hermano, Teodoro, permanecía sin poder tomar la ciudad, ya avanzado el verano. Así que Heraclio se dispuso a marchar a Edesa. Llegó cuando ya su hermano se disponía a tomarla, pero para evitarse bajas, o bien para acrecentar su fama de magnánimo y piadoso, perdonó a los judíos permitiéndoles abandonar la ciudad y marchar a donde quisieran. Pues bien, los judíos –según cuenta Sebeos, contemporáneo de los hechos– marcharon hacia Arabia, hacia Medina y se unieron a un jefe árabe cuyo nombre era Mahoma y que estaba culminando la unificación de la península Arábiga. Pero ya volveremos sobre esto más tarde.

V.7. El triunfo de Heraclio.

Heraclio, reanudando su triunfal marcha, llegó a Constantinopla en diciembre de 628, tras casi seis años de haberla abandonado y seis terribles pero, al cabo, victoriosas campañas. Para dejar asentado su nuevo perfil de rey sagrado, Heraclio retrasó su entrada triunfal, y su primer acto en Constantinopla fue una espectacular procesión llevada a cabo en Santa Sofía. En esta deslumbrante acción de gracias celebrada el 1 de enero de 629, Heraclio tenía junto así a Yazden de Kalka, antiguo ministro cristiano de Cosroes II, quien debía de haber pasado a su servicio o que, con más probabilidad, era el representante de su nuevo señor, el Shahansha Khavad II.

Tras las celebraciones religiosas, llegaron las de la victoria. En los primeros días de enero de 629 y montado sobre una deslumbrante cuadriga dorada tirada por cuatro elefantes de guerra que habían sido capturados a los persas, Heraclio hizo su entrada triunfal en Constantinopla. Fue un triunfo en toda regla y en él Heraclio se permitió hacer todos aquellos gastos que no pudo hacer cuando accedió al trono en 610.

Ahora volvía a tener oro. El saqueo de Persia le permitió otorgar ricas donaciones a las iglesias y recompensarlas así por el préstamo forzoso que le habían tenido que hacer en 621. Fue en esos días de triunfo cuando a Heraclio le llegó la noticia de que Khavad II había muerto víctima de la enfermedad, según unos, o del veneno, según otros. Era un golpe para Heraclio y para Persia. Para Heraclio porque los acuerdos firmados con Khavad II en abril de 628 quedaban ahora en el aire y, dado que Sharbaraz aún permanecía ocupando Siria, Palestina y Egipto, y que Khavad II dejaba tras de él a un niño como sucesor, cualquier cosa podía suceder. Para Persia también era un fuerte

golpe, pues Khavad II había reinado poco más de diez meses (marzo de 628 a noviembre o diciembre de 628), pero se había grajeado la simpatía general.

En efecto, Khavad II, nada más subir al trono, aligeró notablemente los impuestos y promulgó que la disminución de los mismos se mantendría por tres años. Derogó también numerosas cargas creadas por Cosroes II y trató de llevar a cabo una política de concordia y restauración. Pero su muerte, dejando tras de sí un trono ocupado por un niño que pronto fue presa de una camarilla de nobles y generales, abría ante Persia y la Romania un futuro incierto.

Heraclio se volvió hacia el único hombre que podía asegurar la paz: Sharbaraz. En efecto, éste, inmune a las órdenes de Cosroes II y de Khavad II; insensible al tratado de paz de abril de 628, permanecía, al frente de un gran ejército persa, ocupando Siria, Palestina y Egipto. Sharbaraz era el último de los grandes generales persas, el más famoso y victorioso. Disponía de un ejército, de inmensas riquezas y de un fuerte partido en Persia. Si alguien podía controlar Persia y asegurar la paz era Sharbaraz. Además, a Heraclio, tras su triunfo y tras la muerte de Khavad II, se le evidenció que ahora, con un Imperio Persa gobernado por un niño y abierto a la inestabilidad, podía obtener mucho más de lo que había logrado en el tratado firmado con Khavad II.

Fue así como se puso en contacto con Sharbaraz y le ofreció a éste una alianza personal reforzada por el matrimonio de la hija de Sharbaraz, Niki, con uno de sus hijos habidos con Martina, Teodosio. Nicetas, el hijo de Sharbaraz, fue nombrado Patricio por el emperador y se prometió a Sharbaraz el concurso de tropas romanas en su conquista del trono de Persia. A cambio, Sharbaraz, una vez tomado el control de Persia, pagaría a Heraclio una fuerte indemnización de guerra y restauraría las fronteras de 591; es decir, volvería a entregar Nísibe y buena parte de la Sofene a la Romania, así como toda la Armenia persa al oeste del lago Van y la región de Dvin, y el control efectivo sobre Lázica y Suania.

Además y de inmediato, como prueba de buena voluntad, Sharbaraz comenzaría a evacuar Egipto, Palestina y Siria, y en cuanto tomara posesión de ella, devolvería la Vera Cruz a Heraclio. Era todo un triunfo para Heraclio, pues de hecho se restauraba la hegemonía de la Romania sobre Persia y se ampliaba. De nuevo un soberano persa iba a deber el trono al emperador de la Romania y de nuevo quedaría subordinado a éste. Para celebrar su entrevista en Arabisos Tripotamos, entrevista celebrada en julio de 629, Sharbaraz y Heraclio levantaron allí una iglesia y la llamaron “Irene”, de la paz¹³¹⁵. Así, aprovechando la anarquía en la que se precipitó de inmediato Persia, Sharbaraz cruzó el Eúfrates en octubre de 629 reforzado con tropas de Heraclio y, tras derrotar a sus rivales, tomó Ctesifonte. No cometió el error de tomar de inmediato el trono, sino que permaneció como primer hombre de Persia y *vuzurg-framadhar* del pequeño rey. Así

¹³¹⁵ Patriarca Nicéforo: cap. 17; *Crónica del 640*: a.D. 940, p. 13.

gobernó por tres meses, hasta que, en marzo de 630, asesinó al pequeño rey y se coronó Shahansha.

Antes, en enero de 630, había enviado la Vera Cruz a Heraclio. Éste la recibió en Hierapolis y la condujo en triunfo hacia Jerusalén. Era la consumación de una era y el comienzo de otra; así lo pensaban los contemporáneos de Heraclio. Al llegar a Émesa, Heraclio comenzó a marchar sobre un camino alfombrado por plantas aromáticas que el pueblo cortaba y esparcía a su paso. Delante de él marchaba la Vera Cruz y así, en triunfo y tras pasar por Galilea, entró en Jerusalén el 21 de marzo de 630¹³¹⁶. Heraclio estaba en la cima de su poder y de su gloria. Con Sharbaraz en el trono de Persia y firmemente unido a él, con las fronteras de 591 restauradas, con el mantenimiento de su antigua alianza con el khan de los jázaros (a quien, esa misma primavera, envió como esposa a su hija Epifania-Eudocia), Heraclio era el señor del Oriente. Era ya, oficialmente y desde 629, *basileus* de los romanos, un rey sagrado, un nuevo David.

Heraclio estaba dando comienzo a una nueva era. A occidente, en los Balcanes, el Imperio ávaro se hundía. Tras su derrota ante los muros de Constantinopla, todo el prestigio del khagan se evaporó. Así, en Moravia, Samo, primer rey de los eslavos, se alzaba contra él y entraba en contacto con Heraclio. En la región situada al sur del Danubio, serbios y croatas se asentaban, con el permiso del emperador y desafiando al khagan ávaro. Más al este, Kovrac, el sucesor del khan Orjana, se alzaba en 630 contra el khagan y lo derrotaba. Los ávaros sobrevivirían, es cierto, pero dejaron de constituir una amenaza para Bizancio y nunca volvieron a ser el formidable poder que fueron antes de 626¹³¹⁷.

De todas partes llegaban embajadas a Heraclio y desde la India a la Francia de Dagoberto, su influencia se hacía sentir. Todo parecía, pues, destinado para que se procediera a una restauración del dominio de la Romanía. Ya había acontecido en Oriente y seguro que el siguiente paso de Heraclio hubiera sido proceder a restaurar su frontera danubiana; así al menos se deduce de sus movimientos diplomáticos entre las tribus eslavas y los búlgaros del Mar Negro. Pero antes de que eso pudiera suceder, Heraclio cometió un error: se metió de lleno en la cuestión de la división de las iglesias.

Ya vimos cómo Cosroes, en 621, convocó un gran concilio en Ctesifonte y cómo en él habían triunfado los monofisitas. Heraclio no quería el triunfo de una iglesia sobre las otras, sino la búsqueda de un compromiso. Sabemos que lo intentó con los nestorianos, compromiso que fue frustrado en último extremo por las disputas internas de la iglesia nestoriana. Tras ese triunfo inicial, Heraclio se volvió hacia el monofisismo y comenzó a construir lo que terminaría por ser el monotelismo.

¹³¹⁶ Consúltense nuestro trabajo: SOTO CHICA, J., “La política heroica de Heraclio...”, *op. cit.*

¹³¹⁷ Al respecto, véase nuestro trabajo: SOTO CHICA, J., “Los eslavos y la guerra...”, *op. cit.*; CHALOUPECKY, V., “Considerations sur Samon, le premier roi des slaves”. *Byzantinoeslavica*, 11 (1950), pp. 223-239.

Iba a fracasar, pero ¿quién podía preverlo en 633? Nadie, pues Heraclio se hallaba en el cénit de su poder y de su gloria, y justo entonces, los árabes de Mahoma cayeron sobre su imperio (v. *mapa 16*).

CUARTA PARTE:
Y MIENTRAS TANTO EN ARABIA.... LOS ÁRABES DE
MAHOMA A LA CONQUISTA DEL MUNDO ANTIGUO. 634-642.

“Cuando el púlpito se levante frente al trono; cuando se proclamen por doquier los nombres de Abu Bark y Omar, nuestros largos trabajos serán vanos. Un hombre de baja cuna será el rey supremo. No será ya cuestión del trono, de la diadema y del imperio. Los astros darán todo a los árabes. El día sucederá al día y el declive de nuestra pujanza a nuestra elevación. Entre estos extranjeros una familia se vestirá de negro y adornará su cabeza con una tiara de satén.

No habrá ya nunca más trono ni coronas; nunca más botas doradas, ni brocados; tampoco diademas, ni banderas flotando sobre las cabezas. A los unos la fatiga, a los otros el goce. No nos preocuparemos más ni por la justicia, ni por la generosidad. Al favor de la noche, un enemigo vigilante invadirá nuestra casa. Un extranjero vendrá a ser el maestro de los días y de las noches. El se ceñirá el cinturón real y se colocará sobre la cabeza la corona. No se respetará ni la cuna, ni el valor, ni la lealtad. La falsedad y la mentira serán cosas honorables; los guerreros serán ya una fantasía; no habrá para los caballeros más que insultos y puyas; el entrenamiento para el combate caerá en descrédito. El buen nacimiento y la raza no servirán para nada; éste desplazará a aquél y aquél a éste.

No se distinguirán más las bendiciones de las blasfemias; el disimulo prevalecerá sobre la franqueza. Su rey tendrá un corazón de piedra; los hijos mentirán a su padre y el padre tendrá por embustero a su hijo. Un vil esclavo vendrá a ser el maestro.

Ni el nacimiento, ni el origen, ni la grandeza serán cosas de valor. El mundo no conocerá más la generosidad; la injusticia invadirá los corazones y la maldad se posará sobre los labios y se elevará una raza mezclada de iraníes, turcos y árabes”.

(Firdusi, *Libro de los reyes*: vol VII, pp. 354-355).

Versos del poeta perso-islámico Firdusi a propósito de las consecuencias que para el Eranshar iba a tener el advenimiento del poder de los árabes.

INTRODUCCIÓN

Bajo la expresión “los árabes de Mahoma” aparecen designados en la *Crónica del 640* los árabes que vencieron, el 4 de febrero del 634, al patricio Sergio en la batalla de Datin, a unos 18 km al sureste de Gaza¹³¹⁸. Al mismo tiempo, esto es, en 640, otra obra siríaca los llama “mahgraye” y dos años más tarde, un papiro egipcio escrito en griego, los designa como “magaritai”, denominaciones ambas que significan una misma cosa, los hijos de Agar, y que recuerdan –como acertadamente indicara Patricia Crone– al término árabe “muahjirun”¹³¹⁹.

El nombre de Mahoma aparece ya en los escasos fragmentos de la llamada *Crónica del 637* que han llegado hasta nosotros y lo hace en relación a las primeras correrías árabes por las regiones de Émesa y Damasco, a fines de 634 e inicios de 635¹³²⁰. Poco después del 680, el escritor armenio Sebeos define a Mahoma como un “thangar”, un vocablo armenio que deriva del arameo “taggar”, que daría origen a su vez al árabe “tajir”, es decir, literalmente y en los tres casos “vendedor o pequeño comerciante”, y le reconoce además el papel de conductor de los ismaelitas o –como los denomina otras veces– de los “hagarachs” (agarenos) y predicador entre ellos de una nueva fe que los ligaba estrechamente al apocalíptico y mesiánico judaísmo imperante en aquellos turbulentos años¹³²¹.

¿Quiénes eran estos árabes de Mahoma, estos agarenos, estos ismaelitas? Para los autores siríacos, como es el caso del anónimo redactor de la *Crónica de Khuzistán*, escrita hacia 650, o de Santiago de Edesa, quien escribe en 691, no hay duda de quienes

¹³¹⁸ Es la expresión usada por Tomás el Presbítero, que escribía seis años después de la batalla de Datin, para referirse a los árabes que derrotaron a los romanos a 12 millas al este de Gaza, el 4 de febrero de 634. Tanto en la traducción inglesa de esta crónica, que recibe también los nombres de *Crónica del 724* y *Liber Califarum* [*Crónica del 640*, pp. 18-19], como en la edición del texto original por E. W. Brooks y en la traducción latina efectuada por Chabot, se respeta la denominación que aparecía en el manuscrito original. Vid. *Chronicon Miscellaneum Ad annum Domini 724 and Pertinens*. Ed. E. W. Brooks, trad. J.B. Chabot, en CSCO, Sriptores Syri, ser. 3 vol. IV: *Chronica Minora*, 2, 4, 63-119. J.B. Chabot, primer traductor del texto desde el manuscrito original, traduce así al latín: *Anno 945º, ind. VIIª, mense Šebaṭ, die 4ª, feria Sexta, hora nona, fuit pugna Romanorum cum Arabibus Mohamedi in Palestina ad Orientem Gazae duodecim miliari: aufugerunt Romani et dereliquerunt Patricium filium Iardan1318, et hunc occiderunt Arabes. Ibi occisi sunt quasi *quadraginta milia rusticorum pauperum e Palaestina: christiani, iudaei et samaritani. Et vastaverunt Arabes Universam regionem.*

¹³¹⁹ CRONE, P., COOK, M., *Hagarism...*, op. cit., pp. 8-9.

¹³²⁰ *Crónica del 637*: p. 2, entrada 10; PALMER, A., “A record of the Arab conquest of Syria, AD 637”, en *The Seventh Century...*, op. cit., pp. 1-4.

¹³²¹ Vid. los siguientes pasajes de Sebeos: sobre el uso del término *thangar*, vendedor [p. 95]; en relación a Mahoma, los judíos y su marcha en común contra Palestina [pp. 95-98]; y para el uso del término *hagarachs*, es decir, agareno [p. 102].

son: son los *tayyaye*, esto es, los árabes. Y con ese mismo nombre, *tayyaye*, los denominan antes y después de que Mahoma hiciera su aparición¹³²².

Otro nombre de denominación étnica, el de *sarakenoi*, es el preferido por los autores griegos, melquitas y maronitas, y nos ofrece un mayor grado de precisión. Bajo el nombre de *sarakenoi* (sarracenos) se suele denominar a los árabes que habitan más allá de los límites de la Romanía. Es este el nombre que usa el autor de la llamada *Didascalia de Jacob*, redactada entre mayo de 634 y agosto de ese mismo año¹³²³. La *Didascalia de Jacob* es el texto más cercano a los acontecimientos de cuantos poseemos y cobró especial interés cuando se estableció su verdadera fecha de redacción en 634. Y es que, ante la imposibilidad de abordar el problema de la conquista árabe del antiguo Oriente y del surgimiento del Islam partiendo de las relaciones escritas por los musulmanes, tan tardías como inconsistentes, los estudiosos acometieron la labor de revisión de las fuentes contemporáneas de los hechos. Es una de las grandes paradojas de la historiografía contemporánea, la razón por la que durante décadas –incluso hoy en día– la historia de las conquistas árabes y del surgimiento del Islam ha sido abordada partiendo de las fuentes islámicas, escritas, en el mejor de los casos, 125 años después de que se produjeran los hechos que narran, al tiempo que se marginaba un nutrido y variado grupo de fuentes redactadas por testigos de los hechos.

Así se usan la obra de Ibn Ishaq's *Sirat Rasul Allah*, primer biógrafo de Mahoma (redactada 125 años después), o las de al-Baladhuri, al-Hakam o al-Tabari (escritas más de 250 años más tarde) que nos han transmitido las primeras obras históricas sobre las conquistas islámicas. Es a partir de testimonios tan tardíos como éstos y no de los de contemporáneos de los mismos como eran el armenio Sebeos, el copto Juan de Nikiu o el siríaco Tomás el Presbítero, en donde aposentaron sus obras los arabistas y demás historiadores del siglo XIX y de la mayor parte del XX.

Sólo desde finales de la década de los setenta del pasado siglo, comenzó a señalarse el tremendo error que esta actuación conllevaba y se comenzó a analizar los hechos y los procesos a ellos ligados a partir de los testimonios de los contemporáneos y

¹³²² La *Crónica del Khuzistán* está pendiente de su traducción completa a una lengua moderna. La primera edición de GUIDI, I. (*Un nuovo testo siríaco sulla storia de gli ultimi Sassanidi*. Leiden, 1891) sólo presenta su traducción al latín. Gran parte de esta crónica se puede encontrar fragmentariamente en traducción inglesa. Así, los años comprendidos entre 579 y 632 puede hallarse en GREATREX, G., *Roman Eastern Frontier and the Persian Wars: Part II, AD 363-630: A narrative sourcebook*. Florencia, 2002. Para la conquista islámica de Kuzistán, Fars, Siria y Egipto disponemos de la traducción llevada a cabo por ROBINSON, CH. F., “The conquest of Khuzistan...”, *op. cit.*, pp. 14-39. En cuanto al uso del término “Tayyaye” por Jacobo de Edesa en 691, *vid.* PALMER, A., “Fragment of the charts of James of Edessa, ad 691/2”, en *The Seventh Century...*, *op. cit.*, pp. 36-42, Jacobo de Edesa: p. 39, en donde se puede leer: *comienza el reino de los árabes a los que llamamos Tayyaye*.

no de aquellos muy posteriores a los hechos narrados. Nacieron así importantes trabajos como los de Patricia Crone, *Meccan trade and the rise of Islam; Slaves on horses. The Evolution of the Islamic Polity*, o como las que escribió en colaboración con otros eruditos como es el caso del sugerente *Hagarism, The making of the Islamic World*, junto con M. Cook, o *God's Caliph. Religious authority in the first centuries of Islam*, escrita con la participación de Martin Hinds. Por esta senda marcharían pronto otros autores tan destacados como R. Hoyland, autor de *Seeing Islam as others saw it*, o como el perseguido Ibn Warraq, autor, entre otras muchas obras, de *Origins of The Koran: Classic Essays on Islam's Holy Book*; como los trabajos de G.R. Hawting, *The idea of Idolatry and the Emergence of Islam* y *The first dynasty of Islam: the Umayyad caliphate*; Ch. F. Robinson, *Empire and elites alter the Muslim conquest: the transformation of northern Mesopotamia*; o finalmente, como el estudio del prudente A. Palmer en su *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*¹³²⁴.

Y no obstante y pese al progreso que las obras de estos autores han aportado a nuestro conocimiento de cómo surgió y triunfó el Islam, y de cómo y por qué se abalanzaron los árabes sobre el antiguo Oriente, la mayoría de arabistas y medievalistas que se acercan a esta decisiva época, se muestran renuentes y aún temerosos de insertar en sus investigaciones las conclusiones surgidas de esta nueva línea de investigación.

Y así, pese a que Patricia Crone demostró en 1987, sin lugar a dudas (aportando pruebas textuales de la época y de los historiadores islámicos, junto a datos arqueológicos)¹³²⁵ que la Meca no fue en modo alguno ese activo centro comercial que tradicionalmente han dibujado los arabistas, sino más bien una pequeña ciudad de la Arabia occidental que en nada se diferenciaba de otras muchas de su entorno, no hay biógrafo de Mahoma, por reciente que sea, que se resista a presentarnos la Meca como una rica y populosa ciudad comercial en la que una fuerte y próspera aristocracia de comerciantes, cuyos intereses se extendían por toda Arabia, Palestina, Siria y aún Egipto, estaba disolviendo los viejos lazos tribales y sociales, aumentando las diferencias entre ricos y pobres, introduciendo nuevos dioses y costumbres, y creando con todo ello el suelo apropiado para la predicación del Islam y de su futura expansión.

¿Qué importa que sepamos a ciencia cierta que nada de esto es cierto? ¿Qué importa que se haya demostrado que la aristocracia de la Meca no era en modo alguno esa agrupación de grandes comerciantes cuyos intereses y nombre eran respetados

¹³²³ Sobre el uso del término “sarracenos” por los autores maronitas, melquitas y griegos del siglo VII para denominar a los “agarenos” véanse, entre otros, *Crónica Maronítica*: p. 33, que está redactada poco después de 664, último año que recoge la obra; también la *Didascalía de Jacob*: p. 208.

¹³²⁴ CRONE, P., *Meccan trade and the rise of Islam*. Princeton, 1987; IBN WARRAQ, *Origins of The Koran: Classic Essays on Islam's Holy Book*. Nueva York, 1998; G. R. HAWTING, *The first dynasty of Islam: the Umayyad caliphate, AD 661-750*. Londres, 2000.

¹³²⁵ Los artículos corrientes del comercio entre La Meca y Siria a comienzos del siglo VII eran mantequilla, dátiles, miel, harina, camellos y telas, por tanto, muy lejos de ese gran comercio que se ha venido suponiendo. *Vid.* CRONE, P., *Meccan trade...*, *op. cit.*, pp. 103-104, 150, 231 y ss.

incluso por las autoridades romanas, sino sólo unos simples caravaneros que no podían distinguirse en nada de los comerciantes del resto de las ciudades y tribus de Arabia? En fin, ¿qué importa que se haya comprobado que en la Meca de Mahoma los lazos tribales, sociales y culturales estaban tan fuertes vigentes como en el resto de la Arabia de la época? La mayoría de los investigadores prefiere ignorar todo esto y seguir afirmando que el modelo que los árabes usaron para entablar relaciones con los pueblos sometidos a su imperio fue extraído del Corán, aunque sepan que los textos coránicos tal y como pueden ser reconocidos por los musulmanes, no fueron redactados antes del 700. Por poner algunos ejemplos concretos, Ishoyahb III, el patriarca nestoriano de Seleucia, no menciona para nada en su carta del 647 cuyo contenido se dedica a los conquistadores árabes que éstos posean un libro sagrado¹³²⁶. El hecho en sí, podría ser explicado como un olvido o una falta de información por parte de Ishoyahb III, si no fuera porque tampoco mencionan ese libro sagrado, ese Corán primigenio, ni Sebeos (que escribe poco después del 680), ni el autor de la *Didascalia de Jacob* (que escribe en 634), ni el redactor de la *Crónica Maronítica* (que escribía poco después del 664), ni Tomás el Presbítero (que lo hizo en 640), ni ningún otro historiador, cronista, eclesiástico, apologeta o incluso simple particular que nos dejara escrito algo sobre los árabes antes del 690; esto es, setenta años después de que supuestamente se comenzara la redacción del Corán. De hecho, todavía en 690, el polemista Juan Penkaye no hace ninguna mención en su obra al Corán o a cualquier otro libro sagrado de los árabes.

Y es que el primer testimonio de que los árabes que conquistaron el Oriente poseían un libro sagrado que los equiparaba, en cierto modo, con judíos y cristianos lo tenemos en la llamada Cúpula de la Roca. Se trata de una mezquita edificada por orden del califa Abd al-Malik en 691 y en donde aparecen grabados unos versos que podríamos catalogar como coránicos, si bien no coinciden con el texto canónico del Corán. Cuatro años más tarde, también bajo Abd al-Malik, se graban los primeros versos coránicos en las monedas, aunque tampoco existe, al igual que en el ejemplo anterior, una perfecta concordancia entre las frases que exhiben las monedas del califa y los versos del Corán canónico. De hecho, habrá que esperar al siglo VIII para ver cómo el Corán hace su aparición en las frecuentes controversias entabladas entre cristianos y musulmanes, y entre judíos y musulmanes¹³²⁷.

¹³²⁶ DUVAL, R., "Isho'yahb, Liber epistolarum", *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium, Scriptores Syri*. París, 1904, 11-12; MINGANA, A., "The transmisión of the Koran", en Ibn Warraq, *Origins of The Koran...*, *op. cit.*, pp. 104-111.

¹³²⁷ IBN WARRAQ, *Origins of The Koran...*, *op. cit.*, pp. 18-36. Una de las primeras polémicas donde aparece el Corán es la que mantuvo Juan Damasceno. *Vid.* LE COZ, J.R., *Jean Damascène. Écrits sur l'Islam*, París, 1992, col. *Sources chrétiennes*, 383.

Pero volvamos a nuestra pregunta inicial ¿Quiénes eran aquellos árabes que a comienzos del 634 estaban iniciando con éxito la conquista de la Palestina romana? La *Didascalía de Jacob*, obra escrita –como dijimos– pocos meses después de la batalla de Datin, dice que son sarracenos, árabes venidos de más allá de la frontera y que marchan bajo el mando de un profeta que muchos judíos identifican con aquel que ha de preceder al Mesías¹³²⁸. De la misma opinión es Sebeos, quien nos muestra a un Mahoma que, bajo el influjo de los judíos, conduce a los ismaelitas a Palestina y reclama la entrega de esta tierra, la tierra de Abraham, al que considera antepasado común de árabes y judíos¹³²⁹. Surge aquí pues, otra divergencia con las tardías fuentes islámicas, porque quieren éstas que Mahoma muera antes de la invasión árabe de Palestina, en concreto en 632, mientras que –como acabamos de ver– el autor de la *Didascalía de Jacob* (que escribe en 634) señala que a la cabeza de los sarracenos va su profeta y que muchos judíos iban a él, y Sebeos (que escribe poco después del 680) le da el nombre de Mahoma a ese profeta que invadió Palestina al frente de sus agarenos.

Pero no es nuestro propósito entrar aquí a fondo en estas cuestiones, sino sólo señalarlas. El objetivo de nuestro trabajo es otro y por tanto carecemos aquí del tiempo y del espacio necesario para entrar a fondo en ellas y sólo las tocaremos cuando la explicación de los hechos políticos que sacudieron al viejo Oriente entre 634 y 642, no pueda efectuarse sin su concurso.

En nuestra opinión y también en la de prestigiosos eruditos como T. R. Grayson o I. Shahid, son los árabes y no los musulmanes los que han jugado el papel principal e inductor en la conformación del nuevo poder¹³³⁰. Dicho de otro modo, no es el factor religioso, el Islam, que todavía no existía como fuerza singular e independiente, sino el factor étnico, la unión de las tribus árabes en una empresa común, el determinante en el proceso de la conquista del antiguo Oriente y en la conformación de un nuevo imperio: el califato. La idea, casi romántica, que explicaba la conquista del mundo por los árabes como fruto de su fervor religioso es hoy, a la luz de los últimos trabajos, insostenible.

¿Cómo fue posible que los árabes, sometidos durante todo el siglo VI al ascendiente político y económico que sobre ellos ejercían Persia y la Romania, fuesen capaces de sacudirse su control y lanzarse sobre ellas para conquistarlas en brevísimos años? Esa y no otra debe ser la primera pregunta que hay que abordar para entender qué pasó en el Oriente de los años 634-642 y para comprender cómo fue posible que el viejo mundo, aquel que renovaran Artashir y Constantino, y que parecían haber consolidado Justiniano y Cosroes, se derrumbara y diera paso a una nueva era: la Edad Media.

¹³²⁸ *Didascalía de Jacob*: p. 208.

¹³²⁹ Sebeos: pp. 95-98.

¹³³⁰ GRAYSON, T., “Arabic confluence from Constantine to Heraclius: the preparation for a 7th century religio-racial explosion”, 1999 (http://timothygrayson.com/recursive_content_ac.html). También las obras de I. SHAHID: *Byzantium and the Arabs in the Fourth Century*. Washington, 1984; *Byzantium and the Arabs in the Fifth Century*. Washington, 1989; *Byzantium and the Arabs in the Sixth Century...*, *op. cit.*

I. LOS ÁRABES Y LOS DOS IMPERIOS.

Los árabes habían venido jugando un papel subordinado a los grandes imperios desde hacía muchos siglos. Ese papel, como se ha venido viendo a lo largo de los anteriores capítulos, había implicado que para 575 la mayor parte de Arabia terminara por quedar sujeta, directamente o mediante tutelas más o menos efectivas, al control de los dos grandes imperios del mundo antiguo: la Persia sasánida y la Romanía.

En efecto, para 575, Persia dominaba la totalidad de los países y tribus árabes que se asomaban a las riberas del Eúfrates y a las costas del golfo Pérsico. Más al sur y al este, Omán y Yemen eran también dependencias de la Persia sasánida y la influencia de ésta se alargaba hasta el Hedjaz, el país donde se alzaban las ciudades de la Meca y Yatrib, la futura Medina. Por su parte, la Romanía ejercía su control sobre el reino árabe de los gasánidas que se extendía desde el Eúfrates medio, al norte, hasta el golfo de Ákaba y el Sinaí, al sur. Más allá de los límites de este poderoso estado vasallo, la Romanía ejercía también su influencia sobre varias tribus sarracenas cuyos territorios llegaban hasta las afueras norteñas de la Meca y de Yatrib. Era precisamente en el Hedjaz en donde se tocaban ambas áreas de influencia: la de Persia y la de la Romanía.

La influencia persa y romana no sólo era política, sino también religiosa, cultural y económica. Así, Persia influyó decisivamente en el desarrollo de los sistemas de irrigación árabes¹³³¹ y los posteriores eruditos islámicos señalaban su influencia incluso en el establecimiento de rituales religiosos islámicos tan esenciales como el que todo musulmán ha de cumplir en su peregrinación a la Meca: beber las aguas del Zamzam, el pozo que el abuelo de Mahoma redescubrió según la tradición islámica¹³³². Multitud de templos del fuego zoroástricos se alzaban en las tierras árabes del golfo Pérsico y aún del Yemen, y colonias de comerciantes persas se hallaban establecidas hasta muy al interior de la Península Arábiga. Los persas explotaban también minas de plata, canteras de mármol, minas de piedras preciosas, pesquerías de perlas y plantaciones de palmeras datileras, incienso y mirra. Además y sobre todo desde su conquista del Yemen (570), Persia controlaba por entero las rutas árabes del comercio con África, la India y Ceilán, amén de dominar también el flujo comercial interior de la Arabia meridional y

¹³³¹ BOSWORTH, C.E., "Some remarks...", *op. cit.*, pp. 78-85.

¹³³² Masudi [II, 148, p. 215] atribuye al ritual zoroástrico del *zamzama* el nombre del famoso pozo del Zamzam o Zemzem, el pozo de Ismael en la Meca, junto a la Kaaba, que fue redescubierto por Abd al-Muttalib, el abuelo de Mahoma. Para Masudi y otras autoridades islámicas, el pozo del zamzam era desde antiguo un lugar sagrado hasta el que peregrinaban los persas. Cuenta que fue precisamente Sasan, el fundador de la dinastía persa de los sasánidas, quien en su peregrinación a la Meca, oraba junto al pozo de zamzam murmurando sus oraciones, tal y como prescribe el rito zoroástrico del *zamzama*, de donde quedó el nombre del pozo. También atribuye a Sasan el tesoro que el abuelo de Mahoma, trescientos años más tarde, descubrió al reabrir el pozo y que fue la fuente del prestigio de la familia de Mahoma. *Vid.* GUILLAUME, A., *The life of Muhammad, of Ishaq*. Oxford, 2006, pp. 65-66 (citado en adelante como Ibn Ishaq). Para el ritual islámico del zamzam consúltese, entre otros muchos, PAYNE, R., *La espada del Islam*. Barcelona, 1977, pp. 19-22.

oriental¹³³³. De hecho, para un observador bien informado que contemplara la situación de Arabia hacia el año 600 y al que se le hubiese preguntado cuál era el inmediato destino de Arabia, la respuesta hubiese sido segura y rápida: convertirse por completo y en su mayor parte en una dependencia de la Persia sasánida. Sin embargo, en 642, tan sólo 42 años después de que Persia alcanzara el punto más alto en la extensión y solidez de su influencia sobre Arabia, los árabes la habían aniquilado y se aprestaban a completar su dominio sobre ella. ¿Qué había pasado en tan breve espacio de tiempo para que se tornara de tan radical manera la relación de poder entre Persia y los árabes?

La pregunta se hace tanto más apremiante cuando observamos un idéntico panorama al mirar hacia el otro gran imperio, la Romania, que hacia el año 600 trataba también de extender al máximo su influencia sobre los árabes. En 642, los árabes completan su conquista de Egipto con la toma de Alejandría. Con ello acaban con la unidad del Mediterráneo romano, a la par que abrían a su inmediata expansión los caminos del África romana, anunciando con ello el fin de la última gran provincia latina de la Romania, y la extensión de su poder hasta el Mediterráneo occidental y el suroeste de Europa.

¿Cómo ha sido posible todo esto? Y sobre todo ¿cómo ha sido posible en tan breve espacio de tiempo?

Conviene recordar que, en julio de 629, cuando Heraclio firmó con Sharbaraz el acuerdo de Arabisos Tripotamos y con ello restauró e incluso amplió la hegemonía de la Romania sobre el Oriente, los árabes seguían siendo para Persia y la Romania lo que siempre habían sido: los habitantes de un espacio amplio pero secundario, sobre el que ambos trataban de ejercer su hegemonía e influencia. En efecto, en julio de 629, los filarcas gasánidas seguían siendo vasallos de la Romania y las caravanas árabes seguían teniendo como destino preferencial ciudades romanas como Ayla, Bostra, Gaza o Damasco. Más al este, los lakmidas seguían sujetos a Persia y ésta continuaba ejerciendo su poder sobre Qatar, Bahrein y Yemen. Pues bien, sólo cuatro años más tarde, en 633, una Arabia independiente y unificada en su mayor parte bajo una sola mano, se lanza a la conquista de la Romania y de Persia, y en sólo nueve años de lucha se impone por completo a los dos imperios que la consideraban, sólo trece años antes, en 629, un territorio en donde ejercer su poder e influencia.

El hecho es tanto más singular cuando se compara este repentino estallido de poder de los árabes del siglo VII con el resto de su historia. No es que los árabes hubieran carecido de ocasiones en las que mostrar que podían llegar a constituir un centro de poder, pero entonces ese centro de poder árabe no había sido sino una pieza

¹³³³ MORONY, M., "The Late Sasanian Economic Impact on the Arabian Peninsula". *Nāme-ye Irān-e Bāstān*, 2/1 (2002), pp. 25-37; WILLIAMSON, A., *Persian Gulf Commerce in the Sassanian Period and the First Two Centuries of Islam, Bustan Chenassi wa Honar-e Iran* (Bastanshevassi o honar-e Iran), 9-10 (diciembre 1972), pp. 97-109

más sobre el tablero de las grandes potencias del mundo antiguo, la Romanía y Persia, y no una alternativa a ellas. A mediados del siglo III, Filipo el Árabe, mostró cuan alto podía llegar un árabe en el Imperio Romano y poco después, Odenato y sobre todo Zenobia, demostraron que los árabes podían construir en torno suyo grandes imperios y rivalizar en poder con Roma y Persia. Rivalizar, sí, pero no sustituirlas. Zenobia conquista Siria, Palestina, Egipto y gran parte de Asia Menor, pero la administración de su imperio, su ejército, su cultura, vida religiosa, arte, sociedad, etc. no son otra cosa que la continuación del viejo Oriente helenístico y romano, bajo la autoridad de una mano árabe. Zenobia, profundamente helenizada, tuvo como modelo a Cleopatra, como lengua de gobierno el griego, como ministros a pensadores y políticos griegos y como sede una ciudad, Palmira, que reproduce fielmente en su arquitectura y disposición el modelo romano-helenístico de ciudad, con sus baños, foros, basílicas, tiendas porticadas, anfiteatros, teatros, etc. Y es que, los reinos árabes anteriores al siglo VII, los de los nabateos de Petra, de la Osroene de Abgar, de Hatra, Palmira, Kinda, Gabita, Hira, etc., son sólo apéndices culturales, religiosos, económicos y políticos de Roma o del Irán. No hay nada original en ellos.

Los árabes no se hallan en modo alguno incómodos en esta situación y cuando deciden sublevarse contra sus patronos romanos y persas lo hacen buscando, no el destruirlos para reemplazarlos, sino con vistas a mejorar su posición en el mundo gobernado por persas y romanos.

Así, entre 370 y 374, la reina árabe de los Tanuhkid, Mavia, reina de la confederación árabe más importante del siglo IV, condujo a sus guerreros árabes a una serie ininterrumpida de victorias extendidas por los territorios orientales de la Romanía desde Egipto al sur, hasta Fenicia y los arrabales de Antioquía, al norte. Pero Mavia, pese a sus resonantes triunfos, no buscaba crear un nuevo imperio árabe gobernado por los Tanuhkid, sino tan sólo que el emperador Valente, su emperador, se retractara de su intención de imponer a los federados árabes un obispo arriano y que les reconociera el derecho a tener su propio obispo ortodoxo, el árabe Moisés, quien se había negado a recibir la ordenación episcopal de manos de un arriano y que ahora, triunfante gracias a Mavia, veía reconocidos por el mismo emperador, sus derechos e independencia religiosa. Una vez logrado esto, en 374, Mavia, la poderosa reina que había humillado a tantos generales romanos y mostrado las victoriosas banderas de sus ejércitos árabes desde Egipto al Eúfrates, volvió a la obediencia y a convertirse en una fiel aliada de la Romanía, siempre presta a proporcionarle guerreros y a recibir de ella oro¹³³⁴.

De hecho, en 378, los federados árabes serían decisivos a la hora de frenar a los godos victoriosos en Adrianópolis y su cristianismo ortodoxo que con tanto afán habían

¹³³⁴ Un análisis de la rebelión de Mavia en I. SHAHID, *Byzantium and the Arabs in the Fourth Century...*, *op. cit.*, p. 532 y ss; GRAYSON, T., "Arabic confluence from Constantine to Heraclius: the preparation for a 7th century religio-racial explosion", 1999 (http://timothygrayson.com/recursive_content_ac.html.)

defendido frente a Valente, no les impidió, siguiendo una vieja costumbre guerrera y pagana, beber la sangre de los aterrorizados godos que caían bajo sus golpes¹³³⁵. Los árabes de la frontera romana eran cristianos desde hacía mucho tiempo, y ya bajo Constantino el Grande, su cristianismo era una de sus señas de identidad. Y es que el primer estado cristiano, el de Osroene, allá por los años iniciales del siglo III, fue un estado árabe y árabe fue el primer rey cristiano, Abgar el Grande de Osroene, y árabe también el primer gran filósofo cristiano, Bardasanes de Edesa.

Pero junto con ese cristianismo que tras la conversión de Constantino sirvió para unirlos aún más estrechamente con Roma, los árabes mantenían su poderío militar, sus ansias de disfrutar del rico mundo cuyos límites protegían y su deseo de conseguir de ese mundo las mayores ventajas posibles. De este modo, en 383, los árabes sujetos a la hegemonía romana volvieron a alzarse contra la Romania, pero esta vez fueron fácilmente vencidos; en esta ocasión, el motivo de su descontento fue puramente económico: el deseo de elevar los subsidios que recibían del emperador.

Por último, en 498, Anastasio tuvo que hacer frente a una formidable embestida árabe. En este caso los gasánidas, encargados de defender los límites sirio-arábigos de la Romania, atacaron al imperio al ver cómo el emperador les reducía los pagos. Para elevar la presión que ejercieron sobre la Romania, llamaron en su auxilio a sus aliados, los árabes de Kinda. Era la primera vez que dos grandes confederaciones tribales, la de Gasan y la de Kinda, se unían contra un imperio y esa unión, de haber sido más coordinada y sostenida, podría haber sido una pieza clave en el devenir de la Romania del siglo VI, máxime cuando a los ataques de gasánidas y kindaritas, se unieron los de los árabes lakmidas. Pero la eventual conjunción de los ataques de estos tres grandes grupos tribales fue demasiado breve para lograr su objetivo¹³³⁶ y al cabo, los árabes de la frontera volvieron a estar sujetos a los intereses de los dos grandes imperios: el persa y el romano, que los usaban como guardianes de sus límites arábigos y como eventuales auxiliares contra su rival.

En el siglo VI, los árabes establecidos en los límites de los dos grandes imperios seguían siendo simples satélites políticos, culturales, religiosos y económicos de las dos grandes potencias. Así, cuando Justiniano decidió dotar a los gasánidas de mayor poder con el fin de enfrentarlos ventajosamente con los árabes lakmidas vasallos de Persia, los gasánidas no dudaron en agrupar sus tribus bajo la autoridad del jefe escogido por el emperador: Al-Arik, el famoso Aretas de los relatos procopianos¹³³⁷. Sería precisamente bajo este personaje que los árabes lograron alcanzar su mayor grado de poderío militar y cultural antes del siglo VII. En efecto, Aretas lograría no sólo vencer a los lakmidas, sus

¹³³⁵ Amiano Marcelino: 31.16.6.899.

¹³³⁶ GRAYSON, T., "Arabic confluence...", *op. cit.*

¹³³⁷ Procopio, *Guerra persa*: I, 17, 45-48, p. 112. Para un rápido esbozo de la historia de los gasánidas, kinda y lakmidas *vid.* SHAHÍD, I., "Kinda", *Encyclopaedia of Islam*, V, pp. 118-120; "Lakhmids", *Encyclopaedia of Islam*, V, pp. 118-120.

grandes rivales árabes, sino extender su influencia sobre una parte considerable de la Arabia septentrional y occidental, y ello al tiempo que bajo su dominio se desarrollaba la poesía y la literatura árabes, y la iglesia monofisita se consolidaba como la iglesia nacional de los árabes de la Romanía.

Los árabes habían abandonado la ortodoxia militante y aguerrida que les había llevado a enfrentarse en la segunda mitad del siglo IV con Juliano y con Valente, para girarse hacia el monofisismo. Fue un hecho decisivo en la historia de los primitivos árabes pues, con la adopción del monofisismo, los árabes gasánidas establecen con el Imperio una nueva faceta en sus relaciones. El monofisismo, al contrario que el arrianismo, no era algo pasajero ni limitado; más aún, no constituía simplemente una disidencia religiosa basada en tal o cual controversia dogmática, sino que culturalmente hablando y por primera vez desde los tiempos de Alejandro y sus sucesores, se conformó como una respuesta cultural y casi nacional –si se nos permite usar este presentismo– de los viejos pueblos del Oriente (semitas y egipcios básicamente) al helenismo.

En efecto, los monofisitas sirios (jacobitas) y egipcios (coptos), los monofisitas armenios o los árabes encuentran en su fe una expresión de su individualidad, de sus diferencias frente a lo romano, a lo helenístico. El copto, el siríaco, el árabe y el armenio, sustituyen al griego como lengua eclesiástica y muy pronto, a fines del siglo V, se traducen a estas lenguas no sólo textos religiosos, sino también científicos y filosóficos. El siguiente paso es puramente creativo: no sólo se traduce del griego a las lenguas orientales, sino que éstas hacen surgir su propia literatura, su propia ciencia. De este modo, los historiadores armenios, coptos y siríacos, escriben obras históricas que se apartan de la tradición grecorromana; se componen hagiografías, himnos, ensayos teológicos y poemas que no respetan los viejos modelos, y sus médicos, geógrafos y astrónomos (hombres tan relevantes como el médico Aecio de Amida, el geógrafo Ananias de Shirak o el astrónomo Severo Sebokht, por poner sólo tres ejemplos) unen a la tradición helenística los conocimientos de las antiguas tradiciones babilónicas y arameas.

El monofisismo fue algo más que una herejía religiosa, fue ante todo la base sobre la que los pueblos del Oriente, aquellos que sometieran griegos, romanos y persas, edificaron un nuevo camino de expresión de su conciencia, de su cultura, de su orgullo, y sobre todo de su independencia frente a lo grecorromano. A partir de Calcedonia, y esto es muy sobresaliente, los coptos, los jacobitas y los armenios, no hablarán ya del “Imperio de los romanos”, sino del “Reino de los griegos”. El término “romano” se reservará para el Imperio y para los emperadores anteriores a Calcedonia; con ello se quiere resaltar que la vieja unidad, el viejo sentimiento de pertenencia a una misma cosa, ya no existe, o por mejor decir, ya no quiere reconocerse.

Es esto, el carácter oriental y contestatario del monofisismo, lo que lo hace impermeable a todos los intentos –y fueron muchos– de los emperadores de Constantinopla por acercarse a él y cerrar así la “herida abierta en su costado oriental”. Fue también el monofisismo el que dotó a los árabes y en especial a los gasánidas (los árabes más poderosos del siglo VI) de la base a partir de la cual formarse una idea de unidad que superara la de la familia y la de la tribu.

En efecto, la estructura eclesiástica ofrecía a los gasánidas un punto de encuentro, una autoridad que superaba a aquella otra que surgía del estrecho marco de la tribu, de la familia, del clan. Los obispos ejercen su autoridad religiosa, social y política no sólo sobre su tribu, sino sobre muchas tribus; no están ligados al restringido campo de la solidaridad tribal, sino que se superponen a ella. Por eso, cuando en el siglo VI se sucedan los conflictos entre monofisitas y ortodoxos, los gasánidas árabes, una confederación tribal, encontrarán en la defensa de sus obispos, de su iglesia árabe monofisita, un nuevo punto de encuentro y de identidad que supera ampliamente el del simple marco político y el de las viejas fidelidades¹³³⁸. El reino gasánida es ya algo más que un simple apéndice de la defensa del limes sirio-arábigo, es una entidad dotada de su propia identidad étnica, lingüística, religiosa y cultural. Es por sí mismo algo que, sin salirse por completo de los límites de la Romania, se diferencia ya claramente de ésta, o por mejor decir, de los centros de poder e influencia en torno a los cuales aquélla se había venido sustentando desde hacía siglos.

Y sin embargo, en última instancia la Romania se impone. En efecto, Mauricio –ya lo vimos– nada más subir al trono elimina al reino gasánida y lo sustituye por un conglomerado de filarquías que, sin perder los puntos de enfrentamiento que el viejo reino gasánida había mantenido con la Romania, no podían ofrecer ya a ésta la protección y seguridad que el Imperio había venido recibiendo anteriormente.

Todo parece ir bien al principio y los árabes gasánidas (también otras muchas tribus) se mostrarán orgullosos de marchar bajo las banderas de Heraclio, o bajo las de su enemigo Cosroes II Parwez. Esto es así hasta el punto de que un poeta árabe preislámico cuyos versos son recogidos por al-Tabari, cantará las luchas entre Heraclio y Cosroes, mientras que los guerreros persas del tiempo de Cosroes serían llamados por los árabes “Banu al-Ahar” esto es, “los hombres libres”¹³³⁹. Pero cuando los ejércitos de los *sarakenoi*¹³⁴⁰, de los árabes de Mahoma se presenten en las provincias orientales

¹³³⁸ La importancia del monofisismo ha sido señalada ya por autores como la explosión árabe del siglo VII. SHAHID, I., *Byzantium and the Arabs in the sixth century...*, *op. cit.*

¹³³⁹ Al-Tabari: V. 956, p. 249.

¹³⁴⁰ Originariamente, en los siglos II y III el término “Sarakenoi”, sarracenos, designó a una tribu árabe del Sinaí; más tarde designa a los árabes en general y termina siendo usado en referencia a los árabes no sujetos al imperio de la Romania. La designación de “árabes”, es mucho más antigua y aparece por primera vez en el reinado del rey asirio Salmanasar III (858 a.C. a 824 a. C.), en el curso de la batalla de Qarqar (853 a.C.) que enfrentó al soberano asirio contra una coalición formada entre otros por Israel,

de la Romania, los árabes allí asentados disfrutarán ya de la suficiente conciencia supratribal, estarán ya tan conscientemente diferenciados del imperio al que durante tantos siglos habían servido y tan habituados a reconocer en un jefe religioso la fuente de un poder superior al del jefe tribal, que la mayoría de las tribus gasánidas y de sus filarcas no tendrán mayor inconveniente, tras la batalla de Yarmuk, en abandonar el servicio del emperador para pasar al del nuevo jefe religioso que llegaba desde el sur y al frente de sus compatriotas del desierto. Al fin y al cabo, su monofisismo los había habituado ya a reconocer en el liderazgo religioso una fuente de poder nacional separada y enfrentada a la que constituía el eje central del Imperio.

Así que, para el año 629, los árabes de la Romania (los que en virtud del edicto de Caracalla habían pasado a ser desde el siglo III *cives* romanos y los que, como *foederati*, habían formado parte de la defensa del imperio) se han constituido gracias a su adscripción al monofisismo en algo distinto y diferenciado de la Romania, algo que ve en ésta no sólo a un imperio de superior poder y cultura, sino también a un enemigo que intenta arrebatárles su autonomía y su identidad religiosa. Toda identidad nacional, es harto sabido, se genera en la oposición al otro y sólo con el monofisismo, los árabes de la frontera romana encuentran una base en torno a la cual superar la tribu y encontrar un punto de unión, de diferenciación, de colisión con el imperio y frente al estado cultural y religioso que éste representa.

Si los gasánidas y con ellos el resto de las tribus de las fronteras romanas y persas, hubieran permanecido en la ortodoxia surgida de Nicea y Calcedonia, se hubiesen integrado por completo. Dicho de otro modo, sin el monofisismo y su labor de separación, de construcción de una propia y diferenciada identidad étnica, cultural y religiosa, los árabes de Mahoma se hubiesen topado con una frontera hostil y no con unos gasánidas dispuestos a aceptar integrarse en la nueva entidad árabe que surgía del sur.

De igual modo y más al este y al sur, lakmidas y yemeníes construirán también su identidad nacional, por así decirlo, en torno al factor religioso. Los lakmidas, tras pasar por fases de paganismo y monofisismo, terminarían acercándose al nestorianismo y sería ese cristianismo nestoriano el que les separaría de Persia, tras el giro de Cosroes II hacia el monofisismo. Ésta había terminado por cometer el mismo error que la Romania y por la misma causa: eliminar el excesivo poder y la amenazante unidad de su reino vasallo árabe –en este caso el lakmida– y sustituirla por una mezcla confusa de principados locales y dominio directo. Persia creía ver en la consolidación de sus federados árabes una posible fuente de peligro y la conversión de éstos al nestorianismo (una iglesia cristiana con la que Cosroes II empezaba a chocar) aumentó su recelo. La altanera posición mantenida por al-Numan, el último rey lakmida, frente a Cosroes II

Damasco, Tiro y dos reinos o tribus árabes, una de las cuales tenía a su cabeza a un rey llamado *Gindibu*

Parwez con ocasión de la guerra civil que éste sostuvo contra Bahram Chobin, vino a aumentar ese recelo y en el año 600, Cosroes II asesinó al rey árabe y se hizo con el control directo de su reino.

Como se daba el caso de que en 570, Persia, en vez de restaurar a los hymyaritas del Yemen, como éstos pretendían, había implantado su propio dominio sobre este reino primero judío y luego cristiano, para el año 600, los tres grandes reinos árabes del siglo VI (gasánidas, lakmidas e hymyaritas del Yemen), aquellos en los que por primera vez se había generado una estructura supratribal organizada en torno a un hecho religioso y en los que se había desarrollado el primer florecimiento de la cultura árabe, habían simplemente desaparecido.

Sin embargo, los árabes habían comprendido cuál era el camino a seguir. Cuando al-Tabari redacta su monumental obra histórica, a fines del siglo IX e inicios del X, verá en esos tres estados árabes la fuente inicial del genio y de la identidad árabe. Una identidad que, tanto él como los restantes eruditos islámicos concebía como enfrentada, sometida y humillada a la voluntad de los dos grandes imperios que precedieron al Islam: Persia y la Romania¹³⁴¹. Pero también para los árabes del siglo VII estaba claro que eran ya algo más que un apéndice de persas y romanos, y que había llegado la hora de sacudirse definitivamente su yugo.

Bajo esta perspectiva, Mahoma es ante todo el continuador de la obra iniciada por los tres grandes reinos árabes del siglo VI. No sería sino el hombre que iba a coronar el lento camino iniciado por los árabes en el siglo III y que, como ya había quedado claro en el VI, debía de llevarles a conformarse como una entidad separada y enfrentada a aquellas otras que constituían Persia y la Romania. Es bajo esta luz, la de un jefe político y guerrero –más que bajo la de un profeta– como hay que valorar la obra llevada a cabo por Mahoma. Pues ¿acaso nos preocuparíamos de Mahoma y de la fe que predicó si los árabes no hubiesen conformado un nuevo imperio y conquistado el antiguo Oriente? ¿Qué importarían los árabes si no hubiesen olvidado momentáneamente sus diferencias tribales y se hubiesen precipitado sobre la Romania y el Eranshar para conquistarlos?

Lo esencial de esta historia, la de cómo los árabes se unieron bajo un solo mando y sometieron a su poder el mundo circundante, es ante todo una historia política y guerrera, y si se nos permite, puntual y episódica, que sólo puede entenderse poniendo el foco sobre lo inmediato; es decir, que en el año 600, tras la eliminación de los tres reinos árabes y el inicio de la gran guerra romano-persa de 603-628, la “Arabia

y la otra a una reina.

¹³⁴¹ Al-Tabari [V] recogerá con cuidado la historia y tradiciones de los gasánidas, lakmidas e hymyaritas del Yemen, y la pondrá en inmediata relación con la de romanos y persas.

disputada”¹³⁴² por romanos y persas en el siglo VI, se hallaba sumergida en un gran vacío de poder que Mahoma iba a llenar sin que ninguno de ellos, enfrascados en su tremenda lucha, le estorbaran lo más mínimo.

Esta es la otra clave que explica el proceso que aquí tratamos de aclarar: el surgimiento, primero, y el mantenimiento, después, de un gran vacío de poder en Arabia a lo largo de todo el primer tercio del siglo VII; lo cual, unido al otro punto abordado ya en nuestra exposición, es decir, la aparición entre los gasánidas, lakmidas e hymyaritas de poderosas creaciones estatales puramente árabes y cohesionadas en torno a una identidad religiosa que los diferenciaba y enfrentaba con las grandes potencias de su tiempo, explica el fuerte estallido árabe que abatió al Oriente antiguo y lo sustituyó por el Oriente medieval, el organizado no ya en torno a la Romania y al Eranshar, sino alrededor del Islam y de Bizancio.

En efecto, tras la sustitución de los reinos de gasánidas y lakmidas por débiles conglomerados en los que se amalgamaban jefaturas locales con dominio directo de los dos imperios, y al convertir al antiguo reino hymyarita del Yemen en una simple provincia persa, las dos grandes entidades imperiales del mundo antiguo parecían alcanzar el cénit de su influencia y poder sobre los árabes. Sin embargo, al comenzar su gran guerra, aquella que les haría fijar su atención por completo en su rival y a olvidarse durante 25 años de los asuntos de la Península Arábiga, el espejismo de su dominio sobre ésta se disipa por completo.

La *Historia Nestoriana*, obra siempre tan sorprendente como bien informada, lo expresa magníficamente y con ello nos presenta el verdadero cuadro que surge entre los árabes no bien Persia y la Romania se enzarzan en su gran disputa:

“Cuando Cosroes, mediante la astucia, hubo envenenado y matado a al-Numan, el hijo de a-Mundir, el rey de los árabes, todos los árabes que se encontraban en ambos imperios, en el de los persas y en el de los griegos, se rebelaron. Los árabes se dispersaron, cada uno de ellos actuaba según su voluntad y al margen del poder de Heraclio y de Cosroes. Los árabes hasta terminaron por volverse poderosos y no dejaron de turbar los países hasta la aparición del Legislador del Islam”¹³⁴³.

¿Qué tenemos reflejado en este texto del historiador nestoriano cuyo original fue redactado en base a un documento del siglo VII? Pues el escenario que acabamos de explicar: el de unos árabes que se han hecho poderosos, que han tomado conciencia de su poder, y que, al ver cómo sus primeras creaciones estatales son destruidas por los grandes imperios a cuya vera habían permanecido durante siglos, aprovechan el vacío de poder provocado por la gran guerra romano-persa de 603-628, para lanzarse sobre sus antiguos señores.

¹³⁴² La expresión “Arabia disputada” es, a nuestro entender, la que mejor cuadra a la Arabia del siglo VI en la que romanos y persas pugnaban por hacerse con el control de las rutas de comercio, de los espíritus, de los reinos y de la mayor cantidad posible de tribus y ciudades.

Si Mahoma no hubiese unificado a los árabes, otro lo hubiera hecho en su lugar. Son los árabes –repetámoslo– y no el Islam, quien se abalanzó sobre los dos grandes imperios de la Antigüedad. Son ellos los que los conquistan y sólo tras esa conquista, surge el Islam, que no es la causa, sino la consecuencia de ella. El factor religioso es un componente más, pero no el decisivo, en el proceso de construcción del poderío militar y político árabe, y será ese poderío el que domine el Oriente. Veamos una prueba de lo que decimos.

A la par que Mahoma predicaba su doctrina, al menos otros tres profetas árabes (Musaylima, en la región de Yamama; Aswad, en el Yemen, y la profetisa Sajah, entre los Banu Tamim y el resto de las tribus que se enfrentaron a los persas en Di Qar) predicaban sus propias doctrinas entre las tribus árabes y, lo que es más importante, conformaban sus estados en torno a otros centros árabes antes, a la par y después de que Mahoma fundara el suyo en torno a Medina.¹³⁴⁴ ¿Cómo lo estaban haciendo? De idéntica manera a como lo hacía Mahoma: sumando a su faceta religiosa, facetas políticas y guerreras. ¿En qué radicaba su éxito? En el mismo punto en que radicó el de Mahoma: en el éxito bélico; esto es, en ofrecer a sus seguidores botín y victoria. Era eso, en último extremo, lo que hacía que las tribus permanecieran fieles y se sumasen a esos cabecillas religiosos y guerreros. El factor religioso es el marco en el que se engloban las tribus, en el que éstas pueden superar sus diferencias, pero es la victoria en la guerra y el botín lo que hace estable esa unión, lo que la consolida.

Así, el profeta Musaylima, que gobernaba buena parte del norte de Arabia y que rivalizó con Mahoma y con el sucesor de éste, Abu Bark, en poder y en prestigio entre las tribus de Arabia (hasta el punto de llegar a dominar la mitad de Arabia hacia 628) era tan poderoso y atrayente para las tribus que todavía en 632, muerto ya Mahoma, era capaz de reunir bajo su mando a 60.000 guerreros¹³⁴⁵. En una fecha posterior a 610, esto es, por los mismos años en que, según la tradición islámica, Mahoma iniciaba su predicación y daba los primeros pasos para construir su imperio, uno de esos profetas árabes contemporáneos suyos, la profetisa Sajah, la dirigente cristiana de los Banu Tamim, reunió bajo su autoridad a los guerreros de todas las tribus que se habían enfrentado a los persas en la célebre jornada del “día de Di Qar”. Era una victoria que, según la tradición islámica, alabó el propio Mahoma¹³⁴⁶.

¹³⁴³ *Historia Nestoriana*: 540, 220.

¹³⁴⁴ Acerca de Aswad, Musaylima y Sajah, *vid.* Al-Tabari: X, 1910-1922, pp. 87-98 y 1930-1957, 105-134; Ibn Ishaq: pp. 212, 377, 636-638, 648-649, 686; MOHY-UD-DIN, A., *Abu Bakr*. Michigan, 1968, pp. 14-34; WATT, M., *Muhammad at Medina*. Karachi, 1956, pp. 128-142; CRONE, P., *Meccan trade...*, *op. cit.*, p. 248 y ss; PAYNE, R., *La espada...*, *op. cit.*, pp. 103-104. Sobre la profetisa Sajah y en general sobre el verdadero papel de las mujeres en la sociedad árabe preislámica y del primer Islam *vid.* AHMED, L., *Women and Gender in Islam. Historical roots of a modern debate*. Nueva Haven, 1992

¹³⁴⁵ Sobre el profeta Musaylima, *vid.* Ibn Ishaq: p. 648; CRONE, P., *Meccan trade...*, *op. cit.*, p. 248 y ss; PAYNE, R., *La espada...*, *op. cit.*, pp. 103-104.

¹³⁴⁶ RAMÍREZ DEL RÍO, J., *El libro de las batallas...*, *op. cit.*, pp. 117-126, “día de Di Qar”. La batalla de Di Qar fue cantada por los poetas árabes preislámicos y su tradición fue recogida más tarde, en época

Es decir, para Mahoma y para los árabes, en suma, lo esencial no era el triunfo de un profeta, de un jefe militar o federación tribal, o de una idea religiosa, sino de los árabes en cuanto hombres pertenecientes a una identidad étnica que ahora sí, a inicios del siglo VII, se conciben como algo distinto y enfrentado a Persia y a la Romania. Dicho de modo más claro: Mahoma sobresalió por encima de sus rivales, los otros profetas árabes del siglo VII (es decir, Musaylima, Aswad y Sajah) no porque proporcionara a sus árabes una doctrina religiosa más acorde con su carácter que la que aquéllos les ofrecían, sino porque les ofreció más botín, más victorias y más conquistas que cualquier otro jefe árabe del momento¹³⁴⁷.

Así, Mahoma venció en 628 a la profetisa o reina árabe Salma Ibn Malik, rebelada contra su dominio, que fue hecha prisionera y llevada ante él en Medina. Al hacerlo así, perdió todo el prestigio del que ésta gozaba (una mujer capaz de enfrentarse a Mahoma al frente de sus guerreros), quedando reducida a la condición de criada de Aixa, una de sus esposas. Y es que sólo el éxito y la continua victoria, permitía a aquellos profetas y líderes árabes del siglo VII mantener su prestigio y con él la confianza de las tribus y el poder que éstas les otorgaban.

Los sucesores de Mahoma, Abu Bark y Omar, lo entendieron a la perfección: enfrentados a la *rida*, la sublevación de las tribus tras la muerte de Mahoma, y a los renovados embates de los profetas rivales de Mahoma (en especial de Musaylima y de la profetisa Sajah, que unieron sus fuerzas mediante el sencillo expediente de casarse), comprendieron que sólo la perpetuación y expansión del ciclo de victorias, botín y conquista iniciado por Mahoma podía asegurar el Estado creado por éste.

Los árabes se lanzaron sobre el Oriente porque era allí, sobre el solar de Persia y la Romania, donde se hallaba ese botín y esas conquistas, y no porque desearan extender una doctrina religiosa o combatir a los infieles. Los árabes hubiesen intentado conquistar el Oriente de igual modo si, en vez de Mahoma y Abu Bark, hubiese triunfado Musaylima y hubiese sido este último profeta el encargado de llevarlos a la conquista de la Romania y del Eranshar. De hecho –como veremos– muchos de esos guerreros árabes que conquistaron el antiguo Oriente seguían siendo judíos, cristianos y

musulmana, en los famosos poemas conocidos como “Los días de los árabes o las batallas de los árabes”, uno de los cuales, el día de Di Qar, constituye el momento cúlmen de la obra. La mejor relación de la jornada de Di Qar es la de al-Tabari: V 1016-1040, pp. 338-374; también Masudi [II,228, p. 243] ofrece diferentes versiones sobre la fecha de la batalla. *Vid.* DONNER, F. McG, “Bakr B. Wa'il tribes and politics in northeastern Arabia on the eve of Islam”. *Studia Islamica*, 51 (1980), especialmente p. 30 y ss.

¹³⁴⁷ Entre 622 y 632, Mahoma lanzaría a sus seguidores a más de 20 grandes expediciones contra las tribus árabes que se le oponían y contra la frontera romana. En algunos momentos, como en 630-632, el ritmo de estas incursiones superó las cinco por año. Es una auténtica fiebre guerrera la que impone Mahoma a sus seguidores y dado que generalmente sus expediciones guerreras culminaban con notable éxito militar y con la obtención de un rico botín o un tributo, no es de extrañar que el formidable poderío militar generado por Mahoma en tan breves años atrajera a muchas tribus. Acerca de las guerras emprendidas por Mahoma entre 622 y 630, *vid.* por ejemplo, Ibn Ishaq: pp. 280-289, 289-314, 330-521, 540- 636; un resumen de ellas en Ibn Ishaq: pp. 659-660, y últimas guerras de Mahoma, 631-632, en Ibn Ishaq: pp. 660-678.

politeístas a la par que potenciales musulmanes. Es este sentido ecléctico y práctico de lo religioso, lo que posibilitó la rápida unión de los árabes paganos bajo las banderas de Mahoma y Abu Bark. Éstos servían a tal o cual Dios en función del poder que éste les otorgaba y si el Dios en cuestión no los hacía vencer, o no satisfacía sus necesidades, no tenían mayor inconveniente en dejarlo. Es famosa la historia de una familia árabe cuyo Dios tutelar era un ídolo hecho de dátiles y mantequilla. Atormentados por el hambre, los miembros de aquella tribu, los Banu Han, no tuvieron ningún problema en comerse a su Dios¹³⁴⁸.

No era el fervor religioso del Islam lo que impulsaba a los árabes a la conquista del Oriente, sino la conciencia de que ellos, los árabes, podían lograr con su fuerza el botín y la tierra de sus vecinos y enemigos. Recordemos que los árabes habían iniciado su conquista del Oriente aún antes de que Mahoma hiciera su aparición, como muestra el autor de la *Historia Nestoriana* y también otros muchos de la época. Juan Mosco, por ejemplo, nos ilustra sobre cómo a inicios del siglo VII, cuando Mahoma no era sino un simple camellero (justo en el momento en que el autor de la *Historia Nestoriana* señala cómo los árabes “turbaban” a los países vecinos), la frontera sirio-arábiga de la Romania estaba abierta por completo a las incursiones de los árabes del desierto¹³⁴⁹. Y no sólo a ellos, pues los gasánidas también turbaban las fronteras y provincias orientales de la Romania.

La conquista persa no hizo sino empeorar esta situación, de manera que el *limes* sirio-arábiga estuvo abierto a los incursores árabes casi treinta años. Cuando los árabes, ahora agrupados en su mayoría bajo el liderazgo de Mahoma, volvieron a avanzar sobre la Romania (629) y el Eranshar (633), no constituía para ellos una novedad el atacar aquellas tierras, ni el enfrentarse a las tropas de los viejos imperios, pues no hacían otra cosa que lo que venían haciendo desde el año 603-604. La novedad no estaba en los ataques, ni en la incapacidad romana o persa para defender sus límites arábigos, ni tampoco en que sirios, egipcios o nestorianos mesopotámicos recibieran a los invasores con los brazos abiertos, sino en que –como señala la *Historia Nestoriana*– los árabes

¹³⁴⁸ En la obra de Hisham Ibn al-Kalbi han quedado recogidos una multitud de dioses de este género con sus curiosas historias, *vid.* FARIS, N., A., *The Book of Idols, Being (Kitab Al-Asnam) by Hisham Ibn Al-Kalbi*. Princeton, 1952, *Princeton Oriental Series*, 14; CRONE, P., *Meccan trade...*, *op. cit.*, p. 238. El mejor estudio sobre el tema de la idolatría en la Arabia que vio surgir a Mahoma y su doctrina es el de: HAWTING, G.R., *The Idea of Idolatry and the Emergence of Islam: From Polemic to History*. Londres, 1999, pp. 20-45, 67-88, 111-129, 130-151, donde se recogen las influencias de la vieja religion politeísta en el desarrollo del Islam. El pragmatismo religioso de los beduinos, de los árabes nómadas, es proverbial y lo siguió siendo hasta inicios del siglo XX cuando el wahabismo y la sedentarización quebraron su forma de vida. Lawrence de Arabia, por ejemplo, cuenta que durante sus primeras incursiones contra el ferrocarril turco del Hedjaz tardó meses enteros en ver a sus beduinos rezar y en el siglo X, cuando Juan Curcuas y Nicéforo Focas comenzaron a dar probadas muestras con sus victoriosas campañas de que Bizancio era de nuevo una gran potencia y que impondría su hegemonía sobre Oriente, no fueron pocas las tribus árabes de la región del Eúfrates Alto y Medio, y de la Siria del norte que, abandonando su islamismo y convirtiéndose al cristianismo, se pasaron a las banderas bizantinas.

¹³⁴⁹ Juan Mosco: 21, 99, 133 y 155.

contaban ahora, por primera vez en su historia, con un legislador; esto es, con un jefe político y militar que superando los viejos lazos tribales, sumaba bajo sus banderas la mayor parte de las fuerzas de los árabes y los conducía contra los antiguos imperios.

El proceso fue rápido. En 604, los árabes del norte asaltan ya las fronteras de Persia y la Romanía. Enredadas en su guerra, éstas no pueden responder a esos ataques como venían haciéndolo desde el siglo III: lanzando expediciones de castigo o acudiendo al auxilio de estados-tapón árabes. Las fuerzas que podían lanzarse en esas expediciones de castigo, estaban ocupadas en luchar contra las del respectivo gran rival, mientras que los estados-tapón árabes, los gasánidas o los lakmidas... ya no existen.

Cada pequeña victoria mostraba a los árabes que ellos, por sí mismos y sin necesidad de recurrir al patronazgo de una de las dos potencias que los tutelaban, podían obtener el triunfo. Surgen entonces nuevos líderes como Mahoma, Musaylima, Aswad o la profetisa Sajah Ibn Aws, por citar sólo a los más destacados, que, siguiendo el camino marcado por los reinos árabes recientemente desaparecidos (gasánidas, lakmidas e hymyaritas) encuentran en el factor religioso la base sobre la que superar las diferencias que enfrentan a las tribus que comandan y estas tribus, a su vez, aceptan ese factor religioso como una herramienta útil en su marcha hacia el botín y la conquista.

Esto se puso de manifiesto poco después de 604, probablemente en 610 o según otros en 622 o 624. En Di Qar, no lejos de la frontera árabe de la Persia sasánida, varias tribus árabes, entre ellas, las de los Tamim y las de los Bark, unen sus fuerzas y derrotan a los persas. Al poco, esa unión puntual se consolida bajo la autoridad de uno de esos nuevos líderes, la cristiana profetisa Sajah, una excelente representante de esos jefes guerreros, religiosos y políticos árabes del primer tercio del siglo VII que tanto se parecen a los jueces del Antiguo Testamento¹³⁵⁰. Di qar será para los árabes lo que la victoria obtenida por Samo sobre Dagoberto fue para los eslavos: la prueba de que también ellos, hasta entonces simples vasallos de las grandes potencias o habitantes marginados de los bordes del mundo creado en torno a los antiguos imperios, podían constituirse en un poder diferenciado de éstos y presto a desafiarlos.

Persia, enredada por completo en su conquista del Oriente romano, no presta atención a la derrota de Di qar, para ella insignificante. Con ello olvida que el prestigio es la base fundamental de su poder en Arabia. Así, a la par que entre los árabes de la frontera persa, entre los Banu Tamim, los Banu Bark o entre las tribus de Yamama, así como entre los yemenitas y las tribus del Hadramauth surgen caudillos como los profetas Musaylima y Aswad, o como la mencionada profetisa Sajah, en el Hedjaz, otro profeta, Mahoma, comienza a unificar bajo su mando a las tribus del lugar.

¹³⁵⁰ Este parecido se advierte incluso en la literatura, la proximidad del *Libro de los Jueces* a los poemas épicos preislámicos y del primer Islam es asombrosa. *Vid.* al respecto, RAMÍREZ DEL RÍO, J., "El libro de las batallas...", *op. cit.*, Introducción, pp. XVIII-XIX, apartado 2.3. que lleva el significativo título de "Los días de los árabes" y el *Libro de los Jueces* del Antiguo Testamento.

¿Quién es ese Mahoma? Mahoma había nacido en la “Arabia disputada” de fines del siglo VI que hemos visto a tenor del estudio de la rivalidad romano-persa. En esa Arabia que, desde 570, cuando los persas conquistaron el Yemen a los axumitas (los aliados abisinios de la Romanía), parecía deslizarse hacia la completa hegemonía de la Persia sasánida.

En la biografía de Mahoma y en contra de lo que los arabistas que glosan su biografía nos dicen, hay muy pocas fechas seguras: las de su nacimiento y su partida a Yatrib, a Medina, que daría inicio a la Hégira, son las más firmes y conocidas.

En efecto, Mahoma nació en 570, el año del elefante. Y es que esta noticia, recogida por los primeros biógrafos de Mahoma, es corroborada por diversos testimonios epigráficos abisinios y por varias noticias persas. Fue en 569-570 cuando el virrey abisinio axumita del Yemen (el Abraja o Abraha de la tradición árabe y de los testimonios persas) marchó sobre la Meca al frente de un ejército en el que figuraban elefantes de guerra, y fue en ese mismo año cuando Mahoma vino al mundo¹³⁵¹. La otra fecha indiscutible de la biografía de Mahoma es la de su marcha a Medina, 622, pues por un testimonio contemporáneo de los hechos y fechado en 643, sabemos que, en efecto, los árabes que a la sazón estaban conquistando Persia, contaban los años desde 622, fecha en la que hacían comenzar su nueva era¹³⁵².

No tenemos mucho más que esto. Unas pocas fechas seguras y algunas noticias que, por ser referidas casi de idéntica manera por las fuentes contemporáneas de Mahoma y por los muy posteriores biógrafos e historiadores islámicos, parecen encerrar en su seno la verdad. Y así, el gran líder político y guerrero que iba a unificar bajo su mano gran parte de la Península arábiga¹³⁵³ y que puso fin a la dominación e influencia que Persia y la Romanía venían ejerciendo sobre los árabes desde hacía siglos, no parece haber sido sino un simple camellero, un *tajir*, un comerciante de segundo rango perteneciente a un clan menor de la tribu de Qurais, la dominante en la Meca desde mediados del siglo V.

Esas escasas concordancias entre las fuentes antiguas, redactadas en los años inmediatamente posteriores a la muerte de Mahoma, y las islámicas, que comenzaron a escribirse unos 125 años después de su muerte, señalan también que Mahoma comenzó su carrera como jefe árabe actuando como un profeta, como un predicador¹³⁵⁴. Pero

¹³⁵¹ Ibn Ishaq: pp. 20-28.

¹³⁵² CRONE, P.; COOK, M., *Hagarism...*, *op. cit.*, p. 7.

¹³⁵³ Sorprende comprobar que la península Arábiga supera holgadamente los 3.000.000 de km², un inmenso territorio que no ha sufrido demasiados cambios en relación a su clima, condiciones de vida y fauna, con respecto a los siglos VI y VII. Puede hallarse de todo ello un magnífico cuadro en DOUGHTY, C., *Arabia Deserta*. La Coruña, 2006.

¹³⁵⁴ La mejor biografía sobre Mahoma es la de: RODINSON, M., *Muhammand*. Nueva York, 2002. Es así mismo reseñable la obra de: WATT, M., *Muhammad at Mecca*. Karachi, 1956; más reciente es la de

¿qué predicaba? En mi opinión, las fuertes divergencias que muestran las fuentes contemporáneas de la época de Mahoma con las posteriores islámicas hacen extremadamente difícil, si no imposible, resolver esta cuestión. De este modo, las más cercanas a los hechos recalcan su subordinación casi completa al judaísmo mesiánico y apocalíptico que imperaba a inicios del siglo VII. El autor de la *Didascalía de Jacob*, que escribe en 634, escribe que los judíos de Palestina creían ver en el nuevo profeta árabe y en la doctrina que predicaba una realidad surgida del seno de Israel. Sebeos, escribiendo poco después del 680, sitúa a Mahoma como a un profeta árabe subyugado por completo a la influencia judía y que ve en la promesa de Dios a Abraham, a quien reconoce como antepasado de árabes y judíos, como la fuente esencial de su derecho sobre Palestina. De hecho, Sebeos pone a Mahoma al frente de una expedición contra Palestina en la que árabes y judíos marchan entremezclados a la guerra contra la Romanía.

Esta influencia judía se halla también presente en la tradición islámica y aún en el Corán. Y es lógico que así sea, pues ¿acaso no se recuerda que la mitad de las tribus que habitaban en Yatrib –la futura Medina– y que eligieron a Mahoma como su árbitro y líder, eran judías? De hecho, como se puede comprobar por la biografía que Ibn Ishaq's *Sirat Rasul Allah* (primer biógrafo de Mahoma y fuente principal para los biógrafos posteriores), los judíos de Medina y con ellos su nuevo líder, Mahoma, no vieron mayor dificultad en formar una *Umma*, una comunidad política y religiosa supratribal, con el resto de las tribus árabes de Yatrib, al parecer politeístas, y con los *ansar*, los compañeros mequinenses del profeta¹³⁵⁵.

Y es que, al igual que sucedió con las tribus árabes victoriosas en Di Qar hacia 610, que se habían unificado bajo una profetisa para enfrentarse mejor a los persas, los árabes de Yatrib buscaban en Mahoma ese factor de unidad y de superación de las rivalidades tribales que les permitiera acceder a las nuevas conquistas que abrían ante ellos la súbita desaparición de la influencia, y el poder sasánida y romano sobre Arabia.

BERKEY, J. P., *The Formation of Islam*. Nueva York, 2003, en especial pp. 39-50; 61-91, en las que se analizan distintos aspectos del naciente Islám.

¹³⁵⁵ Así se recoge en la famosa “Constitución de Medina”. Ibn Ishaq: pp. 231-235; las relaciones de Mahoma con los judíos han dejado honda y contradictoria huella en los historiadores, juristas y demás sabios islámicos posteriores a la consolidación del Islam. Una semblanza de dichas relaciones en LEWIS, B., *Los Judíos del Islam*. Madrid, 2002, pp. 11-61; ARAFAT, W., “New light on the story of Banu Qurayza and the Jews of Medina”, *Journal of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland*, 1976, pp. 100-107, trabajo en el que queda al descubierto, en base al atento estudio de los propios testimonios islámicos, que algunos hitos de esas relaciones primitivas entre los árabes judíos de Mahoma y este último, tales como la famosa matanza de todos los varones de una de las tres tribus judías de Medina, son falsos, puesto que aún en el siglo IX se podían hallar en la misma Medina a los descendientes de aquella tribu que seguían constituyendo un grupo influyente, tanto que su influencia se hizo visible en la formación de la primera biografía de Mahoma, la de Ibn Ishaq's *Sirat Rasul Allah*. Una visión por completo distinta de estas relaciones puede leerse en CRONE, P.; COOK, M., *Hagarism...*, *op. cit.*, pp. 7-8.

Lo determinante en 622, cuando Mahoma se hace con el germen de lo que iba a ser el gran Imperio árabe, no es que su nuevo líder predicara tal o cual doctrina religiosa, sino que ese nuevo líder fuera capaz de conducirlos al éxito bélico.

Mahoma lo hizo de forma rápida y espléndida. Para 628, Mahoma y con él las tribus de Yatrib (Medina) controlaban ya la práctica totalidad de la Arabia central y noroccidental. Para 629, el Profeta extendió su autoridad sobre la mayoría de las tribus del sur y en ese mismo año, los descendientes de los savaran persas del Yemen (es decir, la élite arabo-persa que controlaba el Yemen desde que Cosroes I lo sometiera a control persa en 570), desconcertados por el súbito derrumbe de la autoridad persa y ante el panorama de guerra civiles en el que se sumergía el imperio, se volvieron hacia Mahoma, en busca de aquello que ya no podía ofrecerles Persia: seguridad, riquezas y victorias. Esta adhesión de los savaran y de los yemeníes es un factor determinante en la posterior expansión árabe y ha pasado casi inadvertida para los arabistas. Con esos savaran persas y esos yemeníes acostumbrados a luchar como sus señores, tras casi 60 años de dominio persa, la tradición militar sasánida, tan determinante como ya vimos en el futuro arte de la guerra del mundo islámico, se integra en el seno del nuevo poder militar desarrollado por los árabes de Mahoma¹³⁵⁶

La tradición islámica señala que ese mismo año de 629, Mahoma envió diversas cartas: al *shahansha* de los persas, al *basileus* de los romanos, a los filarcas de los gasánidas, al jefe de los Banu Hanifa (tribu árabe cristiana monofisita, aliada de los persas), al Patriarca de Alejandría (de quien recibió como homenaje dos esclavas vírgenes, una de las cuales, María la Copta, le daría el único hijo varón que tendría en su vida, Ibrahim) y al resto de las grandes personalidades del viejo Oriente. Según esa misma tradición, Mahoma conminaba a aquellos poderosos señores a que se convirtieran¹³⁵⁷. Esto es un embellecimiento posterior, claro está, porque lo que las fuentes contemporáneas señalan es que esos primeros contactos de los árabes de Mahoma con el mundo de los grandes imperios se basaron en lo mismo en que se habían basado desde tiempo inmemorial, en la demanda de subsidios, oro y plata, a cambio de ocuparse de su seguridad o de respetarla.

Los testimonios de esto último son múltiples y diversos. La *Historia Nestoriana*, por ejemplo, recuerda que en los primeros días del 632, en vida de Mahoma, temerosos los cristianos nestorianos de las incursiones de los árabes de Mahoma y sabedores de

¹³⁵⁶ GUILLAUME, A., *The life of Muhammad...*, *op. cit.*, pp. 33-34; y pp. 642-644; al-Tabari: V, 1039-1041, 373-375 y VIII, 1578-1579, pp. 118-119, con el mejor y más claro relato de este hecho crucial que sitúa entre marzo de 628 y septiembre de 629.

¹³⁵⁷ Ibn Ishaq: pp. 652-678. La fecha de la emisión de estas cartas (que la mayoría de los investigadores, pero no nosotros, pone en duda) es bastante discutible, puesto que Ibn Ishaq parece situarla a fines del 631 o inicios del 632, aunque sin concretar fecha alguna en el texto que ha llegado hasta nosotros; mientras que al-Tabari [VIII, 1561-1579, pp. 100-119] la coloca poco después de febrero de 628 y antes de septiembre de 629, e indica que Ibn Ishaq la situaba entre la tregua de Mahoma con la Meca en 628 y la muerte del mensajero de Dios en 632.

que el poder persa no podría protegerles ya de ellas, enviaron plata a Mahoma para comprar la paz. La *Historia Nestoriana* recuerda incluso la suma de dinero que Mahoma recibía del Patriarca nestoriano de Seleucia a cambio de respetar las vidas y propiedades de los nestorianos sujetos a Persia: 1.000 dirhems de plata; además añade que, al saber Yezdiguerd III de este acuerdo hecho a sus espaldas, se enfureció mucho con el Patriarca nestoriano y lo acusó de fortalecer a sus enemigos árabes¹³⁵⁸.

Este sugestivo relato casa muy bien con las numerosas noticias recogidas por las fuentes bizantinas, siríacas y egipcias al respecto de que los árabes de Mahoma se hallaban satisfechos si recibían un pago en oro a cambio de respetar la paz de sus vecinos; también perfectamente con el posterior comportamiento de Abu Bark y Omar, los sucesores de Mahoma. En efecto, Amr, el general de Omar en la frontera egipcia, no tenía mayor inconveniente en mantener quietos a sus guerreros árabes a cambio de que el patriarca Ciro le pagara un crecido tributo¹³⁵⁹; de hecho, sólo invadió Egipto cuando el suministro de oro se interrumpió. Lo mismo ocurrió más al norte, en Osroene, con el duque de esta provincia, quien no tuvo mayor problema con los árabes tras pagarles 120.000 sólidos y sólo la insistencia de Heraclio en oponerse a semejante componenda, incitó a los árabes a invadir la región. Más tarde, en 647, los nobles del África romana no tendrían mayor problema en comprar la retirada de los árabes. Como en los casos anteriores, consiguieron su tranquilidad y el fin de los ataques árabes mediante el pago de una crecida suma.

Para Mahoma, al igual que para Omar y el resto de los caudillos árabes de este periodo, lo esencial era lograr botín y oro, y de esta forma mantener junto a ellos a las tribus que en otro caso se hubiesen dispersado. Su prestigio reside en la guerra y en la continua obtención de riqueza y victorias para las tribus que lo siguen. De ahí que, su primera empresa como profeta, como juez y caudillo de la primera Umma creada en Medina en 622, sea la de asaltar caravanas y presionar a las tribus vecinas para que, o bien se le sumaran, o bien le pagaran tributo¹³⁶⁰. Y Mahoma no tenía problemas en proporcionar ese botín y esas victorias a sus seguidores. De ahí que los yemeníes, un pueblo tan rico y dotado de tradición estatal, no pudieran resistir la tentación de unirse a él; de ahí que, no bien expiró Mahoma, las tribus, atraídas por su fama y poder, no vieran mayor inconveniente en recuperar su independencia o aún en pasarse a las banderas de otros profetas árabes del momento como Musaylima; en fin, de ahí también que no sólo las tribus judías, sino también las cristianas y politeístas, se acercaran a su esfera, sin sentirse cohibidas por las diferencias religiosas.

¹³⁵⁸ *Historia Nestoriana*: 299, 619-300, 620.

¹³⁵⁹ Patriarca Nicéforo: cap. 23.

¹³⁶⁰ La conquista de Arabia por Mahoma fue vista por los historiadores como la primera conquista de la Umma. *Vid.* al-Baladhuri: I, pp. 15-142.

En efecto, la *Historia Nestoriana* nos transmite otra noticia que ilustra a la perfección esta última faceta del proceso que acabamos de señalar. Esta noticia, que podemos fechar hacia 630, no es otra que la de la alianza con Mahoma de una tribu cristiana conducida por un jefe de origen gasánida. Dice así:

“Desde entonces Mahoma no fue ya personalmente a la guerra sino que enviaba a sus partidarios a ella. Los habitantes de Najran conducidos por Seyyid Ghassani, el cristiano, fueron a encontrarlo, aportándole sus presentes y su homenaje; se comprometieron en secundarlo, en prestarle ayuda y en combatir bajo sus banderas si así lo ordenaba. Aceptó sus presentes y les otorgó un pacto y un edicto”¹³⁶¹.

Un poco más adelante, completa la noticia y revela que, no sólo el príncipe cristiano de Najran y sus guerreros acudieron a ponerse bajo las órdenes de Mahoma, sino –esto es aún más revelador– también su obispo y demás jefes religiosos. El texto pone las siguientes palabras en boca de Mahoma:

“Vinieron a verme Seyyid Ghassani, Abdiso, Ibn Hejra, Abraham el monje, e Isa el obispo, acompañados por cuarenta jinetes de Najran y de otras gentes que profesan como ellos la religión cristiana en las regiones de Arabia y en las regiones extrañas. Les hice saber mi misión, y les llamé a ayudarme a reforzarla, a proclamarla, y a socorrerla. Y así como la causa de Dios les pareció evidente, no regresaron en absoluto sobre sus pasos, no me dieron la espalda, sino que se acercaron, quedaron, consintieron, socorrieron, confirmaron, hicieron generosas promesas...”¹³⁶²

El texto sustenta lo que hasta aquí hemos dicho: que para los árabes el aspecto esencial de Mahoma no es la proximidad religiosa, ni su capacidad para convertirlos a una nueva religión, sino su capacidad para agruparlos, por muy diversas que fueran sus sensibilidades religiosas, bajo sus banderas. A las tribus árabes, ya fueran éstas judías, cristianas o politeístas, Mahoma las atraía como jefe árabe exitoso y estaban dispuestas a entrar en su Umma sin necesidad de tener que abandonar su anterior condición religiosa, pues al fin y al cabo, la nueva doctrina predicada por Mahoma era tan

¹³⁶¹ *Historia Nestoriana*: 281, 601.

¹³⁶² *Historia Nestoriana*: 281, 601 y 285, 605. Las fuentes islámicas recogen un episodio de Mahoma con los árabes cristianos de Najran, pero omiten que éstos estuviesen prestos a luchar bajo las banderas de Mahoma sin haberse convertido antes, puesto que la tradición islámica quiere que los pactos con las comunidades del Libro incidan en que cristianos, judíos y zoroastrianos no puedan portar armas. Pero tanto los árabes cristianos como los árabes judíos pelearían en los ejércitos agarenos sin necesidad de ninguna conversión. Compárese con al-Baladhuri: I, pp. 98-105. Por ejemplo, Ibn Ishaq [pp. 270-276] data mal el hecho en cuestión, arrastrando con ello al resto de los biógrafos de Mahoma, antiguos y modernos. La *Historia Nestoriana* señala con claridad que Mahoma ya no participaba de la guerra cuando recibió la embajada de los árabes cristianos de Najran, sino que enviaba a ella a sus partidarios. La última expedición bélica de Mahoma fue contra la Meca en 630, cuando marchó al mando de 10.000 guerreros y en la que tomó el control de la ciudad, tras un pequeño combate que costó la vida a poco más de una decena de mequinenses. La fecha del tratado debería de situarse, por tanto, en 630, fecha en la que comenzaron innumerables tratados con las tribus árabes y expediciones militares contra las que no se avenían a ellos, en las que no participaba ya Mahoma personalmente. Es curioso que aunque el redactor de la *Historia Nestoriana* usó para los siglos VI y VII los materiales de una historia eclesiástica y profana de la segunda mitad del siglo VII y por tanto, muy cercana a los hechos que narra, se prefiera seguir la versión islámica del tratado con los cristianos de Najran, redactada un siglo más tarde que la que nos ofrece el autor de la *Historia Nestoriana*, y dar esta última por errónea o falsa.

sincrética, tan ecléctica y tan laxa, que todos podían sentirse a gusto dentro de la Umma construida por el nuevo profeta.

La creación de una identidad religiosa árabe exclusiva, rígida y diferenciadora vendría después, cuando dueños de un gran imperio y siendo en él una pequeña minoría, los árabes comprendieron que sólo sobrevivirían como casta privilegiada y directora si se mantenían netamente diferenciados de los pueblos sometidos. De ahí el interés de los primeros omeyas por impedir las conversiones de los no-árabes al Islam y también el creciente descontento que esta actitud generó entre los sometidos y su apoyo a los movimientos opositores a los Omeyas y al cabo, a los Abásidas¹³⁶³.

Pero en 630, cuando Mahoma atraía bajo su manto de triunfante jefe árabe a las tribus del Yemen y a los savaran allí establecidos, a los árabes cristianos de Najran y de otros puntos del norte, a los politeístas del centro de Arabia y a los árabes judíos de los Banu Kurayza, los Banu Nadir o los Banu Judam, todo eso quedaba aún muy lejos. Lo que entonces interesaba era la guerra como fuente de asentar la nueva identidad étnica surgida frente al poder persa y romano; la guerra como fuente de botín, conquista y prestigio con cuyo producto sostener a las tribus que se aglomeraban bajo el nuevo poder y lo expandían, la guerra como empresa común y propia de los árabes de Mahoma. Un poeta árabe del primer tercio del siglo VII lo expresó de esta forma:

“Los tiempos nos han alzado para ser más fuertes que los demás en la guerra, por lo tanto, los hombres no encuentran nada despreciable en nosotros y no hay en ningún lugar quien nos pueda apuntar con el dedo del desprecio”¹³⁶⁴

Así, ya en septiembre de 629, Mahoma, tal como nos dijera Sebeos, dirigió a los árabes contra Palestina. En efecto, fue Mahoma –aunque no dirigiera personalmente a los guerreros que participaron en la expedición– quien la orientó hacia Palestina. En septiembre de 629, esto es, cuando todavía no se había completado la unificación de Arabia y cuando todavía los profetas rivales de Mahoma, Musaylima y Sajah, seguían rivalizando con él por obtener el control de las tribus, 3.000 guerreros árabes de Mahoma partieron de Yatrib (Medina) y atacaron el tan recientemente restaurado limes arábigo de la Romania. Las fuerzas romanas, auxiliadas por los árabes gasánidas de la región, se enfrentaron a ellos en Muta, la primera gran batalla entre los árabes de Mahoma y los soldados de Heraclio. Fue un triunfo romano, pero mostró el camino por donde discurrirían los siguientes años¹³⁶⁵.

En 631, todavía en vida de Mahoma, los árabes rindieron Ayla, la principal ciudad del sur de la Arabia romana y con ello lograron perforar la frontera romana, abriendo

¹³⁶³ Esta opinión de que el Islam se conformó realmente en el periodo omeya y tras la conquista, siendo en última instancia el resultado de la interacción entre los árabes y los pueblos sometidos, es también la mantenida por G. R. HAWTING en la segunda edición de su conocida obra *The first dynasty of Islam...*, *op. cit.*, p. 2 y ss. de la introducción.

¹³⁶⁴ CRONE, P., *Meccan trade...*, *op. cit.*, p. 244.

¹³⁶⁵ Ibn Ishaq: pp. 531-540; al-Tabari: VIII, 1611-1618, pp. 152-160; Patriarca Nicéforo: cap. 18.

una cuña entre Egipto, y la Palestina y la Arabia romanas. El obispo de Ayla, un árabe monofisita, y los árabes que él representaba, no tuvo mayor problema en dejar el campo romano y pasar al nuevo poder árabe representado por Mahoma.

Al año siguiente, con Mahoma ya agonizando, un nuevo ejército se agrupaba en Medina para partir contra Siria. ¿Por qué Mahoma lanzaba a sus guerreros contra la Romanía cuando todavía no había sometido por completo a su poder Arabia y cuando aún su gran rival, el profeta Musaylima, seguía contando con amplio apoyo entre las tribus del noreste? Pues justamente para vencer a su rival. Para derrotarlo, Mahoma necesitaba superar a Musaylima en prestigio y riquezas, demostrando así a las tribus que él, Mahoma, de forma mucho más exitosa que el otro profeta, podía unirlos y conducirlos a la victoria, a la obtención de riquezas y tierras, de botín y fama. Fueron estas razzias contra las provincias romanas de Arabia, Siria y Palestina las que provocaron que no pocas de las tribus que hasta 628 habían seguido a Musaylima, comenzaran a pasarse al campo de Mahoma, y fue la muerte de éste y con ello la perspectiva de que esas expediciones de saqueo y conquista iban a quedar interrumpidas, lo que alentó a esas mismas tribus recién llegadas al campo de Mahoma, a volverse de nuevo con Musaylima.

Ésta fue la auténtica causa de que el sucesor de Mahoma, Abu Bark, a pesar de verse muy apurado ante la sublevación de las tribus, no sólo no interrumpiera los ataques contra la Romanía, dirigiendo a los guerreros que en ellos participaban contra los rebeldes, sino que los continuara. Abu Bark sabía, como Mahoma o como el profeta Musaylima, que sólo la rápida y continua obtención de victorias, botín y fama, garantizaba la fidelidad de las tribus. Fue también por la urgente necesidad de mostrar a las tribus que la desaparición de Mahoma no haría desaparecer las ventajas obtenidas hasta entonces por servir en los estandartes de Medina, por lo que Khalid, “la espada de Dios,” el general enviado por Abu Bark contra Musaylima, nada más derrotar a éste, condujo a sus hombres y a los guerreros del derrotado y muerto Musaylima, a una fructífera y común expedición contra Persia¹³⁶⁶. Evidentemente, Khalid y su jefe Abu Bark, esperaban que la expedición contra Persia limara las diferencias entre sus guerreros árabes y los que habían servido con Musaylima, y encontrarán en el botín y en la fama logradas en las tierras persas, motivos más que suficientes para permanecer unidos bajo la autoridad del sucesor de Mahoma que, con esta expedición y con la lanzada a la par contra la Romanía, mostraba a los árabes que él, Abu Bark, también era capaz de ofrecerles botín y conquistas.

Así que, transcurridos apenas unos meses de la muerte de Mahoma, si aceptamos la tradicional y poco segura fecha de su muerte, la totalidad de Arabia se hallaba reunida bajo el mando de su sucesor. Esto es, para el verano de 633, los árabes eran ya

¹³⁶⁶ Al-Tabari: XI, 2026-2075, pp.15-67; PAYNE, R., *La espada...*, *op. cit.*, pp. 103-104 y 107.

un poder autónomo y enfrentado a sus antiguos señores; un poder en ascenso que necesitaba de la guerra para sostenerse y ello en un momento en que Persia y la Romania, tras 25 años de guerra y sumidas en enfrentamientos civiles y religiosos, se hallaban en extremo debilitadas.

Esa fue la suerte de Mahoma, la de aparecer en el momento en que la Arabia sometida a la influencia romana y persa se vio olvidada por éstas y sumida en un gran vacío de poder, y la de dejar en vías de consumación su obra unificadora de los árabes y creadora de un nuevo Estado árabe en el momento en que Persia y la Romania se hallaban al borde del agotamiento militar y económico. Si Mahoma hubiese aparecido una generación antes de lo que lo hizo o una generación después, los árabes se habrían estrellado contra la Romania o contra Persia. Tras su muerte, era inevitable la colisión entre el imperio por él fundado y los viejos imperios del Oriente pues –como hemos señalado– sólo mediante la guerra o la amenaza de ella, podían los jefes árabes sucesores de Mahoma, los profetas Abu Bark y Omar, mantener unidas a las tribus y consolidar su poder.

Ante esto ¿qué importa que Mahoma predicara tal o cual variedad del judaísmo? ¿Qué importa que la primitiva religión de los árabes de Mahoma estuviese más o menos próxima al judaísmo, al samaritanismo, al zoroastrismo o al monofisismo¹³⁶⁷? Nada de esto importa sustancialmente, como tampoco otra serie de hechos semejantes: que las primeras mezquitas de los árabes de Mahoma se orientaran no hacia la Meca –según la tradición islámica– sino hacia Jerusalén, como demuestran las ruinas de dos mezquitas iraquíes y el decreto de un gobernador árabe de Egipto¹³⁶⁸; que el primer gobernador árabe de Jerusalén fuera un árabe judío, según cuenta el contemporáneo Sebeos¹³⁶⁹; que Moawiya, el primer califa omeya, fuera a Jerusalén en 659 a proclamarse Califa y que durante esa visita no orara en el templo que los agarenos tenían allí desde los días de Omar, sino que subiera en domingo al monte Gólgota y que rezara allí, así como en el

¹³⁶⁷ Acerca de las influencias judías, samaritanas, cristianas y zoroastrianas en el Corán y en general en el primitivo Islam, *vid.* CRONE, P.; COOK, M., *Hagarism...*, *op. cit.*, pp. 3-15, 16-34; IBN WARRAQ, *Origins of The Koran...*, *op. cit.*, pp. 165-293.

¹³⁶⁸ Ibn Ishaq [p. 289], primer biógrafo de Mahoma, señala el cambio de la orientación del muro de la Qibla en las mezquitas desde Jerusalén hacia La Meca poco antes de la batalla de Badr, lo que sucedió en 624. Pero como ya señalaran Crone y Cook (*Hagarism...*, pp. 23-25), si bien sin rematar su argumentación, hay suficientes testimonios arqueológicos e historiográficos como para afirmar que esa variación sólo se estableció tras la muerte de Omar en 644 y que no terminó de imponerse hasta fines del siglo VII.

¹³⁶⁹ Sebeos narra cómo cuando los ismaelitas dominaban ya Jerusalén, los judíos planearon levantar de nuevo el templo de Salomón; pero los ismaelitas se lo impidieron y decidieron erigir ellos mismos un templo sobre aquel lugar. Furiosos, los judíos tramaron un plan para enfrentar a los árabes con los cristianos de Jerusalén y para ello profanaron el templo de los ismaelitas y culparon de ello a los cristianos. Pero fueron sorprendidos por un notable de los ismaelitas que los vio salir del templo y que, al comenzar la ira de los ismaelitas contra los cristianos, a quienes creían culpables de la profanación de su templo, los calmó y mostró que los autores de la afrenta habían sido los judíos. Fue entonces cuando el príncipe de los ismaelitas ordenó dejar libres a los cristianos y volviéndose hacia los judíos (y aquí damos la palabra a Sebeos): *como su príncipe era de esos judíos, ordenó matar a seis hombres, los jefes del complot y permitió a los otros volver a casa* [Sebeos: p. 103]. El relato completo en Sebeos: 102-103

Huerto de Getsemaní y en la iglesia de Santa María que se alzaba en el valle de Josafat, y todo ello como parte de su ceremonia de proclamación como soberano, según nos revela una fuente escrita poco después de 664¹³⁷⁰; que un viajero galo que visitó Egipto, Palestina y Siria hacia 680 sólo viera oposición religiosa entre cristianos y judíos, a la par que nos presenta a los árabes como árbitros de los primeros pero no como detentadores de una doctrina extraña a las de aquéllos¹³⁷¹; que hasta comienzos del siglo VIII las monedas de plata puestas en circulación en Persia por los califas lucieran un altar del fuego¹³⁷², o que en Siria, Palestina y Egipto, y hasta 659 o 661, las monedas acuñadas por los califas árabes llevaran grabadas una cruz y que, cuando Moawiya decidió eliminarla de las nuevas monedas por él acuñadas, se encontrara con que nadie quería recibirlas o usarlas por carecer de dicho signo¹³⁷³. En fin, que una fuente bizantina afirme que Amr, el general árabe que sometió Egipto y que luego alzó al trono a Moawiya, estaba dispuesto a bautizarse a cambio de oro y de que Heraclio le otorgara la mano de una de sus hijas¹³⁷⁴; que poseamos dos testimonios (uno de ellos escrito poco después de 639) que señalan que algunos árabes de Mahoma seguían levantando templos en los que se albergaban ídolos paganos; que según nos relata el biógrafo de Mar Gabriel (abad del monasterio de Qartmin, 593-667), éste consiguió años antes de su muerte que el gobernador musulmán de su región lograra poner freno a las depredaciones de los árabes paganos que servían bajo sus banderas y que respetasen a los cristianos¹³⁷⁵ o que Eutiquio de Alejandría nos cuente que hacia 638-639, los árabes que estaban sometiendo el norte de Siria y la Mesopotamia romana erigían estatuas de su Califa (en este caso Omar), pese a que se supone que Mahoma había prohibido expresamente la idolatría y la representación de figuras de personas y aún de animales¹³⁷⁶. No importa nada o importa mucho, dependiendo de la formación del

¹³⁷⁰ *Crónica Maronítica o del 664 a. D. 971*: p. 31. La fecha dada por la crónica es el domingo 9 de junio de 659, lo que de nuevo contradice a las fuentes islámicas que señalan que Moawiya realizó su toma del poder en 661.

¹³⁷¹ Sobre la disputa entre judíos y cristianos por la posesión de una reliquia de Cristo que fue dirimida por Moawiya en Jerusalén, *vid.* Viaje de Arculfo: I, XI.

¹³⁷² Conservamos en nuestras manos dos de esas monedas arabo-persas, que sólo dejaron de acuñarse alrededor del 725.

¹³⁷³ La *Crónica Maronítica* [p. 32], escrita cinco o seis años después de este hecho, dice así: *también mandó acuñar plata y oro, pero no fue aceptado por ue no grabó ninguna cruz en él.*

¹³⁷⁴ Patriarca Nicéforo: cap. 23.

¹³⁷⁵ KENNEDY, H., *Las grandes conquistas árabes...*, *op. cit.*, p. 422

¹³⁷⁶ Acerca del templo que los agarenos poseían en Palestina y la existencia de ídolos en él, puede consultarse la llamada *Acta del martirio de los Sesenta Mártires de Gaza*, redactada inicialmente poco después de 639 y que ha llegado hasta nosotros en diversas copias griegas y latinas. Este documento señala con claridad meridiana la existencia de un templo de los árabes, situado en algún punto del sur de Palestina, en cuyo interior, y con el beneplácito de Amr, se erigían imágenes de diversos ídolos. Desconcertados por el hecho, la mayoría de los historiadores prefieren ver en él un simple error en la información de un documento contemporáneo de los hechos. Para probarlo, se basan en que el Corán prohíbe la erección de imágenes. WOODS, D., "The 60 martyrs of Gaza and the martyrdom of bishop Sophronius of Jerusalem", *ARAM Periodical*, 15 (2003), pp. 129-150, en concreto pp. 147-150; en cuanto a la erección de una gran estatua del califa Omar por los agarenos, y en concreto con el consentimiento explícito de su lugarteniente en Siria, Abu Ubayda, para señalar su frontera norte con los romanos, *vid.*

historiador que se enfrente a semejantes noticias. Pero en cualquier caso, lo que muestran este tipo de noticias es que los árabes que invadieron el viejo Oriente a partir de 633, no constituían en modo alguno un conjunto uniforme religiosamente hablando, lo que evidencia que el Islam no estaba ni formado, ni definido, ni generalmente aceptado por todos los árabes que participaron en la conquista.

Pero todas esas noticias, tan diversas como confusas, las encontramos a la par del hecho incontestable de que, en 633, apenas unos meses después de la muerte de Mahoma, los árabes habían dejado de ser un pueblo dominado y sometido a la influencia persa y romana, para constituirse en un poder que, rivalizando con el de los viejos imperios, se disponía ya a sustituirlos. La historia de cómo se produjo esa sustitución es la que a continuación analizaremos y para ello, a fin de no repetir lo que otros han dicho antes que nosotros, nos centraremos en aquellos puntos en los que aún hay discrepancias y debate abierto.

El primero de esos puntos es el constituido por el problema cronológico de cuándo comenzó realmente la conquista de Palestina por los árabes y con ello cuándo se inició la exitosa conquista árabe de la Romanía. Veámoslo.

II. EL DÍA DE AJNADAIN (634) Y LOS COMIENZOS DE LA CONQUISTA ÁRABE DE PALESTINA Y SIRIA.

El año 634 marcó un punto de inflexión en la historia del mundo antiguo, ya que ese año, de forma visible por primera vez, el viejo orden del Oriente antiguo se comenzó a hundir para dar paso al Oriente de Mahoma y de Constantino IV. Todo comenzó en Ajnadain, allí fue donde se inició el derrumbamiento de la obra de restauración realizada por Heraclio, todavía apuntalada de forma inestable. Si Khalid y Amr no hubieran derribado el primer puntal de esa obra ¿quién podría afirmar que se hubiera derrumbado de cualquier modo?¹³⁷⁷. El día de Ajnadain giró la fortuna y la historia cambió de nuevo de rumbo abriendo la senda definitiva del Islam. Pero ¿cuál fue ese día?

La fecha de Ajnadain, en efecto, sigue siendo motivo de discusión. León Caetani, en sus monumentales *Annali* fijó para todo un siglo la fecha de la batalla en el 28 de

Eutiquios: pp. 337-338, quien escribiendo en Alejandría en la primera mitad del siglo X y conociendo a musulmanes tan señalados como Masudi, conocía perfectamente el precepto islámico contra las representaciones de imágenes; pese a lo cual, recoge este curioso incidente de la primitiva historia de los árabes de Mahoma.

¹³⁷⁷ Puede leerse una interesante reflexión sobre el significado histórico de las campañas musulmanas en Siria en NICOLLE, D., *Yarmuk 636 AD*. Madrid, 1995, p. 7.

Jumada I, es decir, 30 de julio de 634, sábado¹³⁷⁸. Lo hizo siguiendo a al-Tabari, y a partir de ahí su autoridad logró que esta fecha se convirtiera en la más seguida hasta nuestros días. La *Enciclopedia del Islam*, por su parte, apuesta vagamente por una fecha indeterminada situada durante julio-agosto del año 13 de la hégira¹³⁷⁹; D. Nicolle fija la batalla en el día 30 de julio de 634¹³⁸⁰ y W. Kaegi, tras varias especulaciones, termina por sugerir que tuvo que ser durante Jumada I del 634, es decir, los días que median entre el 5 de julio y el 1 de agosto ambos inclusive¹³⁸¹. Stratos, por su parte se apoya en al-Baladhuri y al-Tabari para darnos las fechas de 21 de julio y 30 de julio¹³⁸². Y por último, el general pakistaní A.I. Akram afirma que la batalla fue el 30 de julio¹³⁸³.

Como puede verse por estos pocos ejemplos, el problema no está cerrado y, dada la variabilidad de las fechas propuestas, la cuestión tiene una importancia no sólo erudita, sino también práctica como esperamos poder demostrar a continuación.

Las fuentes principales para el estudio de la batalla de Ajnadain son las obras de al-Baladhuri, al-Tabari, al-Waqidi, Yakut, Ibn Jaldún, Ibn Saad Muhammad, al-Azri, Sebeos, Abul Feda, Teófanos, el patriarca Nicéforo, Miguel el Sirio, Eutiquios, la *Crónica 1234 a.d.*, la *Crónica del Khuzistán*, la *Crónica de Fredegario* y la *Crónica del 640*¹³⁸⁴, que arrojan datos de interés sobre los acontecimientos y personajes relacionados con la batalla y sus pormenores. Otras obras hacen menciones menores y carentes de valor, pues fueron tomadas a partir de las ya citadas. Todas estas obras nos dan un cuerpo de datos no demasiado extenso, pero sí lo suficientemente amplio para reconstruir con cierta exactitud la batalla. Así, se puede determinar exactamente el lugar del combate, la cuantía de los ejércitos, los comandantes y jefes de ambos contingentes, la táctica de la batalla, la cuantía de las bajas, la situación estratégica tras la batalla y la fecha exacta de ésta. Algunos de estos datos han sido ya reconstruidos con acierto por los eruditos, otros han quedado sin cerrar o se han considerado erróneamente y otros, en fin, han quedado desconocidos por falta de reflexión. Ordenemos en lo posible los acontecimientos de este significativo encuentro y solventaremos, definitivamente, los problemas aún abiertos, es decir, la fecha exacta de la batalla, la marcha de Khalid

¹³⁷⁸ CAETANI, L., *Annali del' Islam*. Milán, 1905-18 (reed. Roma, 1926), vol. II, año 13, p. 148.

¹³⁷⁹ *Enciclopedia del Islam*, "Ajnadayn". Edición en Cd-Rom, vol. 1, Koninklijke Brill NV, Leiden, The Netherland.

¹³⁸⁰ NICOLLE, D., *Yarmuk...*, *op. cit.*

¹³⁸¹ KAEGI, W. E., *Byzantium...*, *op. cit.*, p. 98 y ss.

¹³⁸² STRATOS, A. N., *Byzantium...*, *op. cit.*, II, p. 67 y ss.

¹³⁸³ AKRAM, A.I., *Sword of Allah*. Lahore, 1969.

¹³⁸⁴ Citaremos aquí sólo las fuentes que no han sido usadas hasta el presente: Al-Waqidi, *Kitab al-maghazi*. Marsden Jones (ed.). Oxford, 1966, 3 vols.; *Jacuts Geographisches Wörterbuch*, vol. 2, ed. Ferdinand Wüstenfeld, Leipzig: DMG, 1924, 6 vols.; MOINUL, Haq S., *Ibn Sad Muhammad, Kitab al-Tabaqat al-Kabir*. Nueva Delhi, 1990, 2 vols.; Abulfeda, *Géographie*. Edc. M. Reinaud, París, 1848, 2 vols.; DESVERGERS, N., *Abulfeda, Vie du Prophète Mohammed*. Agiers, 1950; *Muhammad b. Abdullah Abu Ismail al-Azdi al Basri, Tarikh futuh al-Sham*, edic. William Nassau Lees, Bibliotheca Indica, Calcuta, 1857.

desde Mesopotamia y la sucesión temporal de los acontecimientos. Comencemos por el primero de estos problemas y reconstruyamos después el cuadro completo del combate.

Ya hemos visto las fechas que habitualmente se han ido barajando, procedentes todas ellas básicamente de al-Baladhuri y al-Tabari. Ahora bien, ¿se ha aprovechado realmente la información de estos autores? Al-Baladhuri dice lo siguiente:

“esta batalla de Ajnadain ocurrió el lunes 12 días antes del final de Jumada I del año 13. Unos, sin embargo, dicen que fue dos días después del comienzo de Jumada II y otros dos días antes de su final¹³⁸⁵”.

Sin embargo, la mayoría de los estudiosos han partido de la fecha proporcionada por al-Tabari o bien de la primera de las opciones dadas por al-Baladhuri y no ha considerado las otras dos fechas proporcionadas por este último. Todos ellos se han topado con las dificultades que entraña cualquier cálculo de fechas basado en la transposición del calendario islámico al juliano y al gregoriano, amén de que a nadie, al parecer, le atrajo el dato con que al-Baladhuri encabeza su dictamen sobre la fecha de la batalla de Ajnadain. Sin embargo, es al-Baladhuri el único que ofrece datos seguros y ciertos a partir de los cuales datar la batalla, mientras que al-Tabari ofrece una versión más parca y confusa de la batalla, por lo que inspira menos confianza¹³⁸⁶.

No obstante, y sin que Caetani diera razones para ello, fue al-Tabari la versión que a partir del gran historiador italiano se ha seguido una y otra vez sin reflexión. ¿Por qué se prefiere su historia que es casi medio siglo posterior que la de al-Baladhuri, con informaciones menos abundantes y ciertas¹³⁸⁷? Volvamos pues a al-Baladhuri ya que el gran historiador musulmán reconoce que hay varias versiones sobre la fecha de la batalla y como puntilloso historiador las reseña todas. Ahora bien, recuerda un dato precioso: “Esta batalla de Ajnadain ocurrió el lunes”, nos dice al terminar su relato del encuentro y antes de ofrecernos las fechas otorgadas por la tradición.

El dato me parece crucial, aunque se podrá aducir que es un elemento poco seguro, ¿se puede tener un recuerdo tan preciso sobre un hecho tan sujeto a discusión por la tradición? ¿Era un elemento tan significativo como para ser recogido y atesorado? Evidentemente que sí. Ofreceré un ejemplo próximo temporal y geográficamente al aquí estudiado y establecido sin ningún género de dudas. El texto conocido como *Crónica del 640* o *Liber Calipharum*, nos recoge en su año 945, el siguiente acontecimiento:

¹³⁸⁵ Al-Baladhuri: I, 174-175; al-Tabari: XI, 2116, p. 128.

¹³⁸⁶ Al-Tabari da dos versiones de la batalla de Adjnadain: la primera más extensa en 2120 a 2129 y una segunda más resumida, que sirve de introducción a la conquista de Siria y a Yarmuk, en 2398 y ss. Una atenta lectura evidencia divergencias notables entre las dos versiones que han sido habitualmente olvidadas por la investigación moderna. Creemos que al-Tabari recogió dos tradiciones distintas sobre este acontecimiento, usando la que le parecía más cierta al comienzo y pasando a la segunda después.

¹³⁸⁷ Al-Baladhuri nació en Bagdad hacia 830 y murió en la misma ciudad en 892. Su obra fue escrita hacia 870; A-Tabari nació en Amul, Tabaristán (Mazanderán, en el norte del actual Irán, junto a la costa sur del mar Caspio) y murió en 923 en la ciudad de Bagdad. Su obra fue escrita entre 915-921.

“Anno 945º, ind. VIIª, mense Šebat, die 4ª, feria Sexta, hora nona, fuit pugna Romanorum cum Arabibus Mohamedi in Palestina ad Orientem Gazae duodecim miliaribus: aufugerunt Romani et dereliquerunt Patricium filium Iardan, et hunc occiderunt Arabes. Ibi occisi sunt quasi *quadraginta milia rusticorum pauperum e Palaestina: christiani, iudaei et samaritani. Et vastaverunt Arabes Universam regionem”.¹³⁸⁸”

La crónica se refiere a la batalla de Datin, tan íntimamente conectada –como veremos– con la de Ajnadain. La *Crónica* es exacta hasta el virtuosismo, pues al trasladar la fecha del viejo calendario al juliano y al gregoriano, nos da como resultado el 4 de febrero de 634, viernes, lo que coincide milimétricamente con el día propuesto por la crónica. Incluso la hora, la nona, se acomoda perfectamente con los pormenores que conocemos de la batalla de Datin. Si el cronista siríaco de la *Crónica del 640* conocía el día de la semana en que ocurrió la batalla de Datin ¿por qué no podría hacerlo al-Baladhuri con el de la jornada de Ajnadain? Y es, que además, una de las fechas propuestas por al-Baladhuri coincide –como vamos a demostrar– tan exactamente con la realidad como la *Crónica del 640* en su caso.

El cálculo o transposición de una fecha cualquiera del calendario islámico a nuestro sistema de cómputo temporal es una labor complicada. Hay que barajar datos astronómicos y geográficos, ajustes temporales de varios tipos tales como la variabilidad de la duración de meses y años o la fijación del comienzo del día, etc. Por todo ello, no es extraño que hasta hace poco los errores fueran frecuentes y difíciles de detectar, y que a menudo se intentara evitar el proceso de cálculo usando una y otra vez los magníficos calendarios proporcionados por León Caetani al comienzo de cada uno de los años de la Hégira. Estos calendarios son habitualmente acertados, pero entrañan un riesgo doble: en primer lugar, el historiador deja a un lado la obligación de realizar su propio cálculo y en segundo, se ve mediatizado por la opinión que sobre los hechos expresó Caetani. De ahí que el investigador no ponga nunca en duda ni los datos ni la opinión de éste, y prescinda tras la consulta de los *Annali*, tanto de ir directamente a las fuentes como de hacer su propia e individual reflexión sobre ésta.

He aludido antes a la enorme dificultad que entraña el cálculo y transposición de las fechas proporcionadas en las fuentes musulmanas y siríacas. Afortunadamente la ciencia de la informática acude en nuestra ayuda y nos permite hoy día un cálculo rápido y seguro, y una transposición inmediata a los calendarios más diversos.

Han sido varios los conversores temporales usados en este trabajo –tres informatizados y otro tradicional–, pues era necesario la corroboración absoluta de los resultados obtenidos por cada uno de ellos comparándolos entre sí¹³⁸⁹. Para más

¹³⁸⁸ *Chronicon Miscellaneum*: p. 114, Códice 147, 11-17. A. Palmer (*Crónica del 640*: pp. 18-19) ofrece una traducción inglesa que se ajusta a la perfección con la latina.

¹³⁸⁹ Los calendarios islámicos usados fueron: el proporcionado por el *Centro de Estudios Moriscos de Andalucía* (web: <http://www.alyamiah.com/cema/modules.php>), el de la web: <http://www.arab.it/>, y por

seguridad, los datos obtenidos por cada uno de ellos eran pasados a diversos calendarios y luego calculados de nuevo en sentido inverso. Realizados los cálculos con los procedimientos y seguridades referidos se obtuvieron los siguientes resultados:

-la primera fecha proporcionada por al-Baladhuri, es decir, 12 días antes del final de Jumada I (lo que correspondería al día 18, del mes de Jumada I, del año 13), trasladada al calendario gregoriano nos daría el 20 de julio de 634, miércoles.

-la otra fecha proporcionada por nuestro historiador es dos días después del comienzo de Jumada II que, trasladada al año gregoriano nos daría el 3 de agosto de 634, miércoles.

-por último, al-Baladhuri da como tercera posibilidad la de 2 días antes del final de Jumada II (que se corresponde con el 28 de Jumada II, del año 13, lunes), lo que en nuestro calendario actual nos da el 29 de agosto de 634, lunes. En el calendario habitualmente usado por los judíos de la época, esta última fecha de al-Baladhuri nos daría el 24 del mes de Av del año 5765, lunes, o en el caso de usar el año seleúcida aplicándole el mismo calendario –como hacían los cristianos del país– el año 945. Por último, en el calendario macedonio (todavía en boga en las antiguas fundaciones helénicas de la región sirio-palestina) el 29 de agosto de 634 se corresponde con el 10 del mes de Gorpiaios.

La fecha de 29 de agosto de 634, lunes, fue obtenida pues con los cuatro procedimientos que se repitieron hasta tres veces, y convertida y vuelta a trasponer del calendario islámico al gregoriano, hebreo-siríaco, etc. No hay pues duda: dos días antes del final de Jumada II, si se realiza bien el cálculo, es el 28 de Jumada II del año 13, lunes; o lo que es lo mismo, el 29 de agosto de 634, lunes.

Recordemos la cita de al-Baladhuri: “esta batalla de Ajnadain ocurrió el lunes, 12 días antes del final de Jumada I del año 13. Unos, sin embargo, dicen que fue dos días después del comienzo de Jumada II y otros, dos días antes de su final¹³⁹⁰”. Pues bien, sólo la tercera fecha coincide con el dato de que la batalla tuviera lugar en lunes. Por si esto fuera poco, los acontecimientos nos darán otras pruebas a favor de nuestra propuesta, pues, como veremos, la fecha 29 de agosto de 634, lunes, está mucho más acorde con los hechos que las propuestas hechas hasta el presente.

Como ya hemos dicho, Caetani decidió seguir a al-Tabari en lo relativo a la fecha del combate y lo hace sin argumentar. Al parecer, al leer a al-Baladhuri, su atención recayó sólo en la primera fecha proporcionada por éste, y al comprobar que el 20 de julio de 634 no se correspondía con un lunes, dejó en el olvido las otras dos fechas

último, el de Caetani (*Annali...*, p. 146). El calendario judío usado fue el programa Kaluach Hebrew/Civil Calendar Versión 0.94, disponible en <http://members.tripod.com/~Kaluach>. Para el calendario juliano y gregoriano se usó también la web: <http://www.alyamiah.com/cema/modules.php>.

¹³⁹⁰ Al-Baladhuri: I, 174.

propuestas por al-Baladhuri. Si hubiera continuado con el cálculo de las dos siguientes, hubiera visto que la tercera sí correspondía a un lunes y habría podido al menos reflexionar sobre dos posibilidades, la ofrecida por al-Tabari y la proporcionada por al-Baladhuri.

Tras él, sólo Stratos se atreve a desautorizarle eligiendo la fecha que al-Baladhuri presenta en primer lugar. Pero el maestro realiza mal el cálculo y obtiene como resultado el 21 de julio de 634, jueves¹³⁹¹ cuando si se realiza correctamente la fecha resultante es 20 de julio, miércoles, fecha que tampoco cuadra con el dato de que la batalla fue en lunes. No obstante, Stratos nos proporciona también –esta vez correctamente– la fecha basada en al-Tabari. Por su parte Kaegi, tras apostar en un principio por el 30 de julio, se da cuenta de que la fecha casa mal con la secuencia de los acontecimientos proporcionados por las fuentes y para no comprometerse, termina por concluir que la batalla tuvo lugar a lo largo de Jumada I¹³⁹². El gran historiador no ha calculado por sí mismo ninguna de las posibilidades, sino que se ha limitado a seguir a Caetani y a su propia lógica histórica. David Nicolle en su estudio sobre la conquista de Siria sigue igualmente a Caetani, pero no da razones ni reflexiona sobre las fuentes para argumentar su decisión¹³⁹³. La *Enciclopedia del Islam*, prudente en su artículo sobre Ajnadain, se limita a decir que la batalla tuvo lugar durante julio-agosto de 634. Y por último, el teniente general del ejército pakistaní Akram admite la fecha de al-Tabari, aunque ésta sea por completo imposible de aceptar en la secuencia temporal de acontecimientos que el propio autor admite¹³⁹⁴.

Ahora bien, la mayoría de los estudiosos contemporáneos llegan a al-Tabari tras pasar someramente por el texto de al-Baladhuri, calculando sólo y a menudo sin acierto, la primera fecha proporcionada por éste. De nuevo hay que preguntarse ¿por qué si se sigue preferentemente a al-Baladhuri para reconstruir los pormenores del combate y se le atribuye la mayor autoridad con respecto a las otras fuentes, no se le sigue en la

¹³⁹¹ STRATOS, A. N., *Byzantium...*, *op. cit.*, p. 67 y ss., dice: “There is also great difference of opinion concerning the date of the battle. Baladhuri records that it was given on a Monday, twelve days before the end of the month Jumadhah I, in the 13th year of the Hegira (21 July 634). But this date does not fall on a Monday. Hence Suyuti writes only Jumadhah I of the same year. Most Arab chroniclers, among them Tabari, accept the date of the 28th of Jumadhah I, a Saturday. Consequently, the majority of contemporary historians tend to accept July 30, 634 as the day, and this falls on a Saturday”. Es curioso anotar cómo Stratos, tras una larga disertación sobre el tema, está a punto de acertar con la clave, pero al igual que Caetani se detiene en la primera fecha de al-Baladhuri y no calcula las otras dos.

¹³⁹² KAEGI, W., *Byzantium and the early islamic...*, *op. cit.*, p. 67.

¹³⁹³ NICOLLE, D., *Yarmuk*, *op. cit.*, p. 91

¹³⁹⁴ Sirva esto como muestra de la escasa reflexión que se hace sobre las circunstancias geográficas y temporales en las que pretendemos que se desarrollen los acontecimientos históricos. A. I. Akram afirma (*Sword...*, p 1, cap. 29) que Khalid marchó de Bostra el 21 de julio y que llegó a Adjnadain el 24 de julio. Aún aceptando la improbable ruta por la que nuestro autor hace marchar a Khalid desde Bostra a Adjnadain, la distancia es de 190 kms. ¿Cómo es posible que Khalid, al que se habían unido las columnas de Yazid y Alzurabil con su cortejo de mujeres, niños, ganado y tiendas, cubrieran esta distancia en 3 días? Ello supondría 63 kms diarios, es decir, una media muy superior a la de una columna de caballería que marchara sin impedimenta y por una calzada militar.

cuestión de la fecha de la batalla, máxime cuando no se dan razones para ello? Además, la fecha de 30 de julio es insostenible a no ser que se haga un intento supremo para contrariar a las fuentes y ver en ellas errores que, como veremos, corresponden más al deseo de nuestros contemporáneos que a la realidad de los hechos. Veremos ahora esas razones surgidas de las fuentes que vienen en apoyo de nuestra propuesta para la batalla de Ajnadain, en 29 de agosto de 634, lunes.

Tal y como ya dijimos, si se parte de la fecha aquí propuesta, se encuentran otras corroboraciones en los hechos. Además, el historiador no se ve ya obligado a desautorizar, cuando no le parezcan convenientes para su trabajo, los hechos relatados en las fuentes y podrá también conciliar o al menos explicar con lógica, las desavenencias entre ellas. Expondré ahora esas razones para solventar definitivamente el problema.

Una de las cuestiones abiertas en torno a la batalla de Ajnadain, es la de la marcha de Khalid desde Kufa, en el sur de Mesopotamia, al campo de batalla de Ajnadain. La ruta de Khalid puede reconstruirse con cierta garantía e incluso pueden establecerse los pormenores de la expedición de la “Espada de Dios”; pero la fecha de salida y de llegada siguen en discusión. El problema se planteaba al intentar conciliar el dato de la salida de Khalid que proporciona al-Baladhuri, con su aparición en Palestina tras numerosos contratiempos y éxitos. Si se aceptaba la fecha de al-Baladhuri para la marcha de Khalid al inicio del mes de Rabí II del año 13, cabría situarla el 4 de junio de 634 o pocos días después¹³⁹⁵.

Ahora bien, la distancia entre Kufa y Ajnadain, si se sigue la ruta de Khalid, supera los 2.000 km, lo que significa que, aún en el improbable caso de que éste no se hubiera detenido ni un solo día en su marcha, habría tardado un mínimo de 40 días en superar ese tramo. Pero es que además, Khalid venció durante su épica marcha a varios contingentes arabo-bizantinos; sitió y tomó diversas ciudades fortificadas y llegó con tiempo suficiente a Ajnadain como para asumir el mando. Si se acepta el 30 de julio para la batalla –hasta el presente la fecha más seguida– la noticia de al-Baladhuri sobre la fecha de la partida de Khalid desde Kufa es por completo imposible de conciliar con los hechos. Pero si se establece –como creemos haber establecido– que Ajnadain tuvo lugar el 29 de agosto de 634, el dato de al-Baladhuri es posible. Veámoslo.

Aceptemos el dato de al-Baladhuri: Khalid partió el 4 de junio desde Kufa, en el sur del actual Irak, y marchó primero hacia el norte hasta las proximidades de Harran, lo que implica una distancia de unos 890 kms. La marcha fue rápida, pues llevaba con él un contingente reducido y escogido de tropas, probablemente de 700 a 1.000

¹³⁹⁵ Al-Baladhuri: II, p. 169; EutiQUIOS: 327-330; STRATOS, A. N., *Byzantium...*, *op. cit.*, p. 52.

hombres¹³⁹⁶ y empleó sólo 18 días, lo que se corresponde con la velocidad de marcha forzada de un ejército de caballería de la época¹³⁹⁷. Giró luego hacia el oeste y, tras varias vicisitudes, llegó frente a Palmira¹³⁹⁸, atravesando un total de 470 km de desierto¹³⁹⁹; allí, tras un combate afortunado, forzó la ciudad. Continuó después por territorio gasánida y, tras nuevos y afortunados combates, desembocó por la ruta del sur de Damasco en Bostra¹⁴⁰⁰, ciudad que la tradición afirma que tomó también¹⁴⁰¹; es decir, una ruta de unos 390 km. Si asignamos otros 20 días de marcha y concedemos a Khalid algún descanso y el tiempo mínimo necesario para reponerse de los combates y expugnar varias fortalezas (las fuentes señalan brevedad en los asedios), podemos otorgarle 50 días para el trayecto Harran-Bostra. Desde Bostra, por la ruta de Amman, Wadi Karak y Wadi Araba¹⁴⁰², Khalid llegó, por el sur del Mar Muerto, a las cercanías

¹³⁹⁶ Mucho se ha discutido sobre el número de hombres que llevó Khalid en su marcha, pues las fuentes dan desde 500 a 9.000. El general Akram acepta esta última cifra (*Sword...*, cap. 29, p. 2) y Stratos (p. 53), siguiendo a al-Baladhuri, apuesta por la mucho más probable de 800 hombres. Por nuestra parte, creemos que Khalid marchó con 1.000 hombres y nos basamos para ello en dos circunstancias: la primera, que teniendo en cuenta la rapidez que necesitaba Khalid y la ruta que debía seguir, su contingente no podía ser especialmente crecido; la segunda es que, según la división decimal del ejército musulmán introducida por Mahoma, la unidad básica de combate era de 1.000 hombres (el equivalente a uno de nuestros regimientos).

¹³⁹⁷ Los ejércitos árabes del primer periodo estaban formados básicamente por caballería semiligera e infantería montada en camellos o en menor medida, en mulas. La infantería montada fue la gran innovación estratégica y táctica islámica, pues permitía desplazarse a un ejército a gran velocidad. Su uso fue posible gracias a una innovación técnica, la llamada "silla de montar del norte de Arabia con almacén de lana". Ésta apareció en el siglo VI, pero logró su gran difusión con el Islam. *Vid.* KENNEDY, H., *The Armies of the Caliphs*. Londres, 2001, pp. 1-18; NICOLLE, D., *Yarmuk...*, *op. cit.*, p. 10; AKRAM, A.I., *Sword...*, *op. cit.*, cap. 29, pp. 1-2.

¹³⁹⁸ Al-Baladhuri: II, p. 171.

¹³⁹⁹ Habitualmente, al contemplar un mapa de los grandes espacios desérticos y esteparios de Oriente Medio se piensa en un mundo abierto por donde ejércitos y caravanas podían cruzar a placer, lo que en modo alguno se corresponde con la realidad. Existen grandes zonas de llanura formada por lava volcánica por completo intransitables, incluso para los camellos de los beduinos; están también los Erg, zonas de dunas, igualmente inviables y por supuesto la necesidad de abastecerse de agua. Por ello sólo los wadi y las zonas de Hammada, llanuras sembradas de arbustos y plantas espinosas, son realmente practicables para ejércitos y caravanas.

¹⁴⁰⁰ Al-Baladhuri: II, p. 171; *Crónica del Khuzistán*: ROBINSON, CH. F., "The conquest of Khuzistan: a historiographical reassessment". *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 67 (2004), pp. 14-39; *Eventus nonnulli ex Qlesastiqe*: p 31, línea 3-20; Miguel el Sirio: XI, cap. V, p 53.

¹⁴⁰¹ La ruta de Khalid que cita al-Baladhuri (parte II, p. 169 y ss.) es analizada tanto por Stratos (p. 52 y ss.) como por Kaegi (p. 83 y ss.) y D. Nicolle (*Yarmuk...*, p. 46 y ss.). Con respecto a la toma de Bostra por Khalid, Kaegi la pone en duda afirmando que este hecho ocurrió en 635 (p. 83 y ss.). Por nuestra parte, preferimos seguir a al-Baladhuri, la crónica *Eventus nonnulli ex Qlesastiqe*, Akram (*Sword...*, cap. 29, p. 2) y al sentido estratégico de la situación. Es imposible que Khalid dejara atrás puntos tan fuertes como Bostra o Areópolis, que hubieran convertido una posible derrota frente a Teodoro en Adjnadain en una trampa mortal para los musulmanes.

¹⁴⁰² Se ha optado por dos posibles vías de entrada de Khalid a Palestina desde Transjordania. A.I. AKRAM (*Sword...*, cap. 29, p. 2) y Gil MOSHE (*History of Palestine*. Cambridge, 1997, p. 41) apuestan por la opción de que Khalid pasó el Jordán. Esto no se apoya en ninguna fuente y es estratégicamente inviable. Los bizantinos tenían fortalezas que guardaban todos los pasos. El ejército de Teodoro se hallaría -según esta teoría- interpuesto entre los musulmanes reunidos en Adjnadain y la columna de Khalid. Por último, ¿cómo atravesaría Khalid una zona sembrada de ciudades fortificadas como Jerusalén sin alertar a los bizantinos? Todas las fuentes, tanto islámicas como orientales, señalan numerosos combates y asedios en la zona sureste del Mar Muerto relacionados con Khalid y su marcha. Por ello, tanto Nicolle como Stratos, Kaegi y nosotros mismos suponemos que Khalid pasó por el sur del Mar Muerto, zona ya

de Ajnadain, en total unos 280 km. Para este recorrido no debió de emplear más de 14 días, pues hay que tener en cuenta que durante el trayecto tomó Areópolis¹⁴⁰³.

Recapitulemos: si se aceptan estos datos de las fuentes, el cálculo medio de la velocidad de marcha de un ejército de la época y las vicisitudes de la marcha de Khalid, la fecha de al-Baladhuri es imposible de aceptar si se parte de la tradicional y errónea de 30 de julio para el encuentro de Ajnadain. Pero si se acepta nuestra teoría, que cuadra perfectamente con los datos de al-Baladhuri, es decir, si se acepta la fecha de 29 de agosto, no hay ya contradicción entre al-Baladhuri y la secuencia temporal de los acontecimientos. Si Khalid partió de Kufa, el 4 de junio, es factible e incluso probable que llegara a Palestina hacia el 25 de agosto, lo que le dejaba margen suficiente para tomar el mando y llevar a la victoria a los musulmanes el 29 de agosto. Esta súbita llegada de Khalid, que cuadra perfectamente con las fuentes árabes, explicaría la “sorpresa táctica” que sufrieron las tropas bizantinas y daría respuesta a las divergencias entre las distintas tradiciones que señalan ya a Khalid, ya a Amr al frente del contingente musulmán¹⁴⁰⁴. La inesperada llegada de Khalid con sus tropas escogidas y las columnas que operaban en Edom y Moab¹⁴⁰⁵, su rápida toma del mando y el súbito desplazamiento de Amr por su llegada, explicarían estas divergencias y harían posible que Amr fuera el caudillo que entabló escaramuzas y negociaciones con Teodoro días antes de la batalla y que, por tanto, fuera el jefe inicial como sostienen Eutiquio y otros; mientras que Khalid sería el jefe que dirigiera el combate decisivo, como sostiene al-Baladhuri y quienes le apoyan.

Queda pues demostrado que, si Khalid salió de Kufa el 4 de junio –como dicen las fuentes– era imposible de todo punto que se encontrara en Ajnadain el 30 del mismo mes. Y por lo mismo aparece como más probable nuestra tesis que sitúa la batalla el 29 de agosto. Ésta tiene dos virtudes: se apoya en al-Baladhuri, la fuente más segura, tanto para la salida de Khalid de Kufa como para la fecha de la batalla, y además no contradice la realidad geográfica y temporal en la que se desarrollan los acontecimientos referidos por las fuentes.

Pero aún hay más. Se ha querido desautorizar la fecha de partida de Khalid dada por al-Baladhuri, basándose en la mención que el propio relato de este historiador hace de un exitoso combate de Khalid contra árabes cristianos en la región próxima a Damasco, cuando se hallaba a mitad de su ruta¹⁴⁰⁶. Este combate, fechado por el propio

controlada casi en su totalidad por los musulmanes y en la que las columnas de al-Zurabil y Yazid venían operando sin oposición desde abril de 634. *Vid.* STRATOS, A.N., *Byzantium...*, *op. cit.*, p. 52 y ss.; KAEGI, W., *Byzantium...*, *op. cit.*, p. 66 y ss. y 88 y ss.; NICOLLE, D., *Yarmuk...*, *op. cit.*, pp. 48 y 55.

¹⁴⁰³ Al-Baladhuri: II, p. 173; Sebeos: p. 96; al-Tabari: 2108; KAEGI, W., *Byzantium...*, *op. cit.*, p. 83.

¹⁴⁰⁴ Eutiquios: 327-330; al-Baladhuri: II, p. 174 y ss.; al-Tabari: 2108 y ss. y 2398-2400; Eutiquio [1093] y al-Tabari [2398] citan como comandante de los musulmanes a Amr; al-Baladhuri y al-Tabari en su primera versión de la batalla [2108 y ss.], dan como jefe a Khalid.

¹⁴⁰⁵ Al-Baladhuri: II, p. 173 y ss.

¹⁴⁰⁶ Al-Baladhuri: II, pp. 167-169.

al-Baladhuri el día 24 de abril, sirvió de base a los investigadores modernos para desechar la noticia del cronista musulmán de que Khalid había salido de Kufa el 4 de junio. ¿Cómo era posible que Khalid venciera cerca de Damasco el 24 de abril, cuando salió de Kufa el 4 de junio según el propio al-Baladhuri? Evidentemente al-Baladhuri tuvo que cometer un error: o Khalid salió el 4 de junio y por lo tanto, el combate de abril no tenía cabida en la sucesión real de los hechos, o Khalid salió en marzo de Kufa y el cronista se equivocó al fechar su marcha. La mayoría de los eruditos aceptaron la hipótesis de Caetani, una vez más, sin reflexión independiente¹⁴⁰⁷. Sólo el maestro Stratos se atrevió a reflexionar acertadamente sobre el asunto, percatándose de que la victoria y saqueo del pueblo cercano a Damasco por Khalid en abril de 634, era una anticipación de lo que éste haría realmente en abril del año siguiente¹⁴⁰⁸.

Esta afirmación de Stratos, como cualquiera de las suyas, no era gratuita, ya que se basaba en la lógica militar. Y es que, como se pregunta ¿qué sentido tenía para Khalid atacar un poblado insignificante que debido a la proximidad de la numerosa guarnición de Damasco y al ejército de Teodoro, podía convertir el lugar en una trampa mortal? Ninguno y por eso, la noticia de al-Baladhuri debe ser colocada –como afirma Stratos– en abril de 635, cuando los musulmanes controlaban el territorio de Damasco sin oposición militar y comenzaban a presionar hacia el norte, hacia Émesa. Por este impecable razonamiento, Stratos admitía la fecha de 4 de junio proporcionada por al-Baladhuri. Pero nosotros estamos en condiciones de añadir algo más que viene a cerrar, de una vez por todas, este debate; algo que se apoya en las fuentes y en la sucesión de los acontecimientos reconocida y aceptada por todos los estudiosos¹⁴⁰⁹. Veámoslo.

Tanto las fuentes, como las reflexiones de los investigadores modernos, dibujan la siguiente sucesión de acontecimientos entre la batalla de Datin y la de Ajnadain. El 4 de febrero se dio la batalla de Datin. Después, intranquilizados los agarenos por las noticias de aproximación de un gran ejército bizantino, enviaron peticiones de refuerzos al califa. Éste envió hombres por la ruta de Medina a Siria y mandó a Khalid, situado en Iraq, que marchara a Palestina para reforzar y hacerse cargo de los ejércitos que ya operaban allí. El 30 de julio (según la errada fecha aceptada generalmente hasta el presente) tuvo lugar la batalla de Ajnadain. Bien, aceptemos este esquema de acontecimiento, porque es verdadero. La batalla de Datin fue el 4 de febrero, sobre esto no hay duda. Después los árabes de Mahoma permanecieron saqueando el país¹⁴¹⁰ hasta

¹⁴⁰⁷ L. CAETANI (*Annali...*, II, p. 147) sitúa sin apoyo documental la partida de Khalid de Kufa en enero de 634.

¹⁴⁰⁸ STRATOS, A.N., *Byzantium...*, *op. cit.*, pp. 52-53.

¹⁴⁰⁹ Por ejemplo, STRATOS, A.N., *Byzantium...*, *op. cit.*, p. 49 y ss.; KAEGI, W., *Byzantium...*, *op. cit.*, p. 67 y ss. y 88 y ss.; CAETANI, L., *Annali...*, *op. cit.*, II, pp. 146-149; NICOLLE, D., *Yarmuk...*, *op. cit.*, pp. 46-60.

¹⁴¹⁰ *Chronicon Miscellaneum*: p. 114, Códice 147, 11-17; Teófanos: 6125, 336-337.

tener conocimiento del avance de un ejército bizantino¹⁴¹¹. Ahora bien, ¿cuándo pudieron recibir los agarenos tan intranquilizadoras noticias?

Basta con disponer de un mapa y situar en él los datos de las fuentes para poder averiguarlo. Heraclio estaba en el mejor de los casos, como sabemos, en Damasco¹⁴¹², es decir, si el sistema de postas imperiales se conservaba después de las alteraciones de las guerras persas¹⁴¹³. Heraclio, separado de Datin por 350 km, si se recorren sobre las calzadas y caminos de la época, habría tardado al menos 6 días en recibir la noticia de la batalla de Datin. Se ha de suponer que el emperador tardaría algunos días en decidir qué hacer, enviar las órdenes pertinentes y preparar un plan general previo a la actuación del comandante del ejército, su hermano Teodoro¹⁴¹⁴. Éste no recibiría el mensaje al menos hasta dos semanas más tarde, pues al parecer se encontraba en Dara, y tardaría al menos 20 días en reunir a sus tropas. Sabemos por la *Crónica de 1234*, que pasó con el ejército por Antioquía, siendo con toda probabilidad esta ciudad el punto de reunión y salida de sus tropas¹⁴¹⁵. Teodoro marchó atravesando la ruta que llega a Pella por Apamea, Émesa y Damasco¹⁴¹⁶. Este trayecto cuenta con unos 460 km y es imposible que el ejército de Teodoro llegara a Pella antes del 2 de abril, en el mejor de los casos¹⁴¹⁷.

Ahora bien, sólo entonces pudieron los musulmanes tener noticias alarmantes y ciertas sobre los bizantinos, y éstas no llegarían a Amr y a Yazid antes de ocho días. Amr, Yazid y Zurabil tuvieron por su parte que deliberar y llegar a una conclusión antes de enviar a su emisario¹⁴¹⁸ que, tras atravesar algo más de 1.000 kms desde el suroeste de Palestina a Medina, no pudo llegar ante el califa antes de 20 días, como muy pronto. Esto nos sitúa a comienzos de mayo.

Por su parte Abu Bark, tras tomar una decisión que por compleja no pudo ser inmediata, envió cartas a Khalid que estaba en Kufa, es decir, a 1.360 kms de distancia de Medina. Si se sigue la ruta más viable para hombres que marcharan en camello, la ruta de Wadi Ar Rimah era la más usada en la época. Por tanto, no pudo recibir las órdenes del califa antes del 25 de mayo. Por último, en esta agotadora pero necesaria secuencia de los hechos, Khalid no pudo salir el mismo día que recibió la orden del califa, pues tenía que seleccionar a sus hombres, reunir camellos y caballos, juntar provisiones y dejar en orden el frente persa.

¹⁴¹¹ *Crónica de 1234*: pp. 147-148; al-Baladhuri: II, p. 166 y ss.; al-Tabari: 2398 y ss.; STRATOS, A.N., *Byzantium...*, op. cit., p. 49.

¹⁴¹² KAEGI, W., *Byzantium...*, op. cit., p. 46.

¹⁴¹³ NICOLLE, D., *Yarmuk...*, op. cit., pp. 8-9.

¹⁴¹⁴ Hoy día ya no hay discusión sobre quién comandaba las tropas bizantinas en Adjnadain. Todos los investigadores modernos aceptan sin discusión a Teodoro. Vid. STRATOS, A.N., *Byzantium...*, op. cit., p. 51.

¹⁴¹⁵ *Crónica de 1234*: pp. 147-148.

¹⁴¹⁶ Era la principal ruta militar. Además en Emesa y en Calcis había grandes contingentes de tropas que Teodoro debía recoger, y es también probable que quisiera entrevistarse primero con su hermano Heraclio, que había pasado de Damasco a Emesa.

¹⁴¹⁷ STRATOS, A.N., *Byzantium...*, op. cit., p. 51.

¿Qué resultado nos da todo esto? Que Khalid no pudo salir antes del 4 de junio. Por tanto, que la fecha dada por al-Baladhuri para el inicio de su marcha es completamente cierta y que la que daba sobre el combate en 24 de abril, tal y como sospechó Stratos, era una anticipación de lo que ocurriría al año siguiente. Y aún más, que es imposible que Khalid saliera de Kufa entre enero y abril, como tantas veces se ha dicho sin apoyo documental. Por último, si Khalid salió el 4 de junio –como hemos demostrado– es imposible que estuviera en Ajnadain el 30 de julio, por lo que nuestra fecha apoyada en al-Baladhuri es la única basada en la secuencia de los hechos que dan las fuentes, en la lógica militar y en la realidad geográfica y temporal. Así pues, nuestra fecha de Ajnadain el 29 de agosto encuentra apoyo también en la secuencia de los hechos y aún más, explica mejor los datos y divergencias de las fuentes.

Se nos dirá, sin embargo, que si la batalla de Ajnadain fue el 29 de agosto ¿cómo explicar que al-Baladhuri y otras fuentes islámicas la sitúen bajo el califato de Abu Bark que murió el 23 de agosto? La explicación es sencilla: basta con ponerse en el lugar de los victoriosos ismaelitas que a 1000 kms de Medina, no tenían forma de conocer la muerte del califa. Así que enviaron sus misivas de victoria a Abu Bark, a quien creían vivo. Sus emisarios conocieron su muerte al llegar en torno al 20 de septiembre a Medina. La confusión sería enorme pues ¿bajo qué califa habrían obtenido ellos la victoria? Esta pregunta generaría dos tradiciones recogidas en las fuentes: la principal otorgaría la victoria piadosamente al califa que había realizado todos los esfuerzos y preparativos; la segunda, de la que quedan restos en al-Tabari y Miguel el Sirio otorgaría la victoria al califato de Omar¹⁴¹⁹. La fecha propuesta por nosotros de nuevo viene a solucionar este problema.

Establecida por nosotros la fecha de la batalla de Ajnadain un 29 de agosto, pasaremos a dibujar brevemente el desarrollo completo del encuentro.

El cuadro de la batalla ha sido magníficamente presentado ya por D. Nicolle y los problemas fundamentales fueron ya resueltos por Miednikoff, Stratos y Kaegi. Seguiremos pues a los maestros e intervendremos sólo en las tres cuestiones que nuestra aportación ha resuelto, a saber: la fecha de la batalla, la exacta situación temporal y geográfica de la ruta de Khalid, y la correcta organización en el tiempo y en el espacio de los hechos que van de Datin a Ajnadain. Además resolveremos algunas cuestiones relacionadas con los pormenores citados y daremos, eso sí, una nueva visión táctica y estratégica de los hechos que aclarará problemas conceptuales y despejará algunas desavenencias surgidas de las aparentemente divergentes noticias dadas por las fuentes.

¹⁴¹⁸ Al-Baladhuri: II, p. 166; STRATOS, A.N., *Byzantium...*, *op. cit.*, p. 51.

¹⁴¹⁹ Al-Tabari: XI, 2126, p. 128; Miguel el Sirio: II, XI, p. 420.

El primer “tanteo militar” de los árabes de Mahoma sobre las provincias sirias de Bizancio tuvo lugar en septiembre de 629 y fue un fracaso total que sólo el genio religioso y político de Mahoma pudo transformar en un arma en sus manos. En la jornada de Muta, 3.000 agarenos fueron fácilmente vencidos por un contingente imperial formado casi en su totalidad por auxiliares gasánidas. Gracias a Khalid, la derrota de Muta no se transformó en desastre y recibió de Mahoma su sobrenombre de “Espada de Dios” el mismo día que se supo en Medina la noticia de la derrota¹⁴²⁰.

Pero los “árabes de Mahoma” (como son llamados por las crónicas orientales) no se detuvieron. En 630 y 631 atacaron de nuevo la frontera y en el último año, Mahoma perforó por primera vez el tejido defensivo del Imperio, al lograr que las autoridades religiosas y civiles de la ciudad de Ayla, no lejos de la actual Ákaba, se le rindieran¹⁴²¹. Ni siquiera la gran revuelta árabe contra las autoridades musulmanas a la muerte del Profeta logró detener la ofensiva. Cuando Mahoma agonizaba en Medina, un gran ejército se preparaba allí para partir contra Siria y lo hizo pese a que, acosada la ciudad por los ejércitos de los profetas rivales de Mahoma y su sucesor, lo aconsejable era no dispersar en expediciones lejanas los efectivos militares.

Esta empresa fracasó pero, a fines de 633, tres ejércitos ismaelitas penetraban la frontera bizantina. Cada columna contaba con 3.000 hombres (nótese que este número ya apareció en Muta) y cada una de ellas tenía un jefe (Zurabil, Yazid y Amr) y podía operar independiente o conjuntamente. Esta ductibilidad táctica de los agarenos fue decisiva. Otra característica de estas columnas era su capacidad para vivir a expensas del país: como los ejércitos napoleónicos, los ismaelitas “marchaban con su estómago”¹⁴²². Los tres ejércitos se movieron primero hacia el Wadi Araba y Gaza, ya que contaban en esta zona con el punto fuerte de Ayla y con la indiferencia o al menos, con la escasa hostilidad de las tribus árabes locales.

A mediados de enero, las depredaciones de los árabes de Mahoma llevaron al *dux* de Palestina Sergio a darles un escarmiento y a ahuyentarlos. Salió de su capital, Cesarea marítima, con un contingente pequeño, quizás unos 300 jinetes del ejército de campaña, y reunió numerosos contingentes samaritanos y árabes aliados en la región semidesértica de la antigua Edom. En total, no llevaría consigo en el momento del primer encuentro con los musulmanes más de 3.000 hombres. Sergio fue sorprendido cerca del Wadi Araba y vencido con facilidad por los musulmanes, pero logró retirarse con cierto orden hacia Gaza. Allí reunió nuevas tropas, algunas de ellas armenias o quizás persas (el propio Sergio era posiblemente nativo de Armenia)¹⁴²³.

¹⁴²⁰ Al-Tabari: 1611-1618; Patriarca Nicéforo: cap. 18.

¹⁴²¹ KAEGI, W., *Byzantium...*, *op. cit.*, p. 67.

¹⁴²² AKRAM, A.I., *Sword...*, *op. cit.*, cap. 29, pp. 1-2.

¹⁴²³ Eutiquio: 327-330; Patriarca Nicéforo: cap. 23.

El 4 de febrero, viernes, en torno a las 4 de la tarde, el ejército de Sergio fue de nuevo sorprendido y obligado a combatir en una situación catastrófica, casi anocheciendo y en un terreno en el que la superioridad numérica ismaelita se impondría con facilidad. No obstante, la batalla fue breve pero dura, el contingente imperial fue desecho por completo y Sergio encontró la muerte en la batalla. Los agarenos tuvieron serias bajas, pero habían logrado un triunfo no baladí en sus resultados estratégicos.

En efecto, los ismaelitas podían ahora moverse a placer por el pasillo abierto entre el golfo de Ákaba y el límite sur del Mar Muerto, por una parte, y el Mediterráneo y el Wadi Araba por otra: controlaban la entrada, la ciudad de Ayla, y lo mantenían abierto hasta Gaza. Al sur de Gaza y Jerusalén, la tierra estaba abierta a sus depredaciones y bajo su control táctico; de esto resultaba que Palestina y Siria quedaban aisladas de Egipto, por una parte, y que las dispersas guarniciones de Bostra, Areópolis y Filadelfia quedaban igualmente aisladas del sur de Palestina y de Egipto. Podían ahora los árabes de Mahoma hostigar a placer el centro de Palestina, las ciudades costeras y los grandes monasterios fortificados del Sinaí, además de abastecerse copiosamente, pasando al norte en dirección a la antigua Decápolis, y presionar sobre sus grandes ciudades fortificadas que defendían el acceso norte de Arabia a Damasco y la Siria Central.

No es pues de extrañar que Heraclio, a la sazón en Damasco, se sintiera por primera vez desde que se iniciaron los problemas con los árabes de Mahoma, seriamente alarmado. Esto hizo que enviara un ejército al mando de su propio hermano Teodoro a acabar con las ventajas obtenidas por los contingentes ismaelitas. Estos últimos eran incapaces de tomar las grandes ciudades costeras como Gaza o Cesarea, bien abastecidas desde el mar por la flota imperial, pero cortaban sus comunicaciones con Jerusalén y Egipto¹⁴²⁴. No obstante, la necesidad de vivir sobre el terreno y las alarmantes noticias que llegaban del noroeste, obligaron a separarse finalmente a los tres ejércitos islámicos. Amr permaneció en el suroeste de Palestina manteniendo la presión sobre la costa y Jerusalén; Yazid y al-Zurabil se desplazaron a Transjordania para abastecerse en este país de “pan llevar”, y presionar a las dispersas y asustadas guarniciones de sus ciudades; también para intentar dificultar y dividir los futuros movimientos y decisiones de Teodoro.

Esta separación debió ocurrir a primeros de abril (aunque es posible que al-Zurabil se hubiera puesto en marcha incluso antes) y se realizó con posterioridad a la petición de refuerzos a Abu Bark. Dicha petición –como hemos visto– tuvo lugar alrededor del 10 de abril y fue motivada por las noticias de que un gran ejército bizantino acababa de llegar a Pella, al mando de Teodoro, con la misión de ahuyentar y, a ser posible, aplastar a los musulmanes.

¹⁴²⁴ Sobre la importancia estratégica de Cesarea Marítima *vid.* NICOLLE, D., *Yarmuk...*, *op. cit.*, p. 8.

Abu Bark, por su parte, no pudo recibir las noticias del norte antes de finales de abril o, con más seguridad, de principios de mayo. Tenía serios problemas para abastecer, reforzar y mantener los frentes abiertos por el que pronto se podría llamar con cierta propiedad “Islam”, ya que aún no se había establecido el efectivo sistema de pago y recluta de hombres y caballos que Omar había de imponer poco más tarde. Abu Bark tenía que mantener contingentes suficientes en Arabia como para garantizar que las tribus, recientemente sometidas y castigadas tras las guerras *Riddah* de 632-633, no volvieran a levantarse y además, sostener dos frentes tan complicados como alejados entre sí como eran los escenarios bélicos de Mesopotamia y Siria. El problema era prácticamente irresoluble y Abu Bark se decidió a actuar con audacia, tomando una decisión estratégicamente sorprendente, genial y desesperada.

En mayo envió emisarios a Khalid, quien estaba azotando el suroeste del Imperio Sasánida con bastante éxito. Debía de abandonar el frente persa y trasladarse al sirio con rapidez suficiente como para sorprender a los romanos y conducir a los dispersados agarenos a la victoria, y para que su ausencia de Mesopotamia no se transformara en una ventaja para los persas.

Khalid recibió la carta del califa a fines de Ravi I y al comenzar Ravi II, el 4 de junio partía con su millar de hombres hacia el norte por una ruta ya vista con anterioridad. Las tribus a las que se enfrentó y las guarniciones que sobrepasó eran reducidas: los filarcas gasánidas no mandaban más de 1.000 hombres y las guarniciones de Bostra, Palmira o Areópolis no pasaban de 500¹⁴²⁵. De ahí que no deba de extrañarnos que los mil hombres que aproximadamente llevaba Khalid consigo bastaran para su empresa. Al fin y al cabo, entre las tropas imperiales y sus aliados árabes, la confusión, la falta de pago de las soldadas, el aislamiento y la comunidad de lengua y costumbres con los atacantes debía de facilitar las cosas a Khalid y a sus veteranos de las guerras *Riddah* y las campañas persas.

Cuando Khalid llegó a Transjordania se encontró allí con malas noticias: Teodoro ya estaba en Palestina. Éste había formado su ejército en Siria del norte y lo había completado en Siria central y Palestina. Tras concentrar sus hombres en Pella, se vio obligado a cruzar el Jordán. La estrategia de Amr había surtido efecto, pues su presión sobre Jerusalén y las ciudades de la costa¹⁴²⁶, obligó a Teodoro a abandonar su plan de cerco de la totalidad de las columnas ismaelitas y a concentrarse primero en la destrucción de las tropas de Amr.

Así pues, Teodoro marchó primero a Jerusalén, donde la llegada de su ejército tranquilizó a la población refugiada allí y al alterado Sofronio. Traía consigo quizás

¹⁴²⁵ D. Nicolle (*Yarmuk...*, p. 32) hace incluso una estimación menor que la nuestra.

¹⁴²⁶ Las fuentes árabes sostienen que Amr atacó las ciudades de la costa en esta época. Sólo su presión sobre estas ciudades explica que Teodoro cruzara el Jordán en dirección a Jerusalén y a la costa. Stratos (*Byzantium...*, p. 51) admite no encontrar una razón sólida para este movimiento de Teodoro. Es así porque no valoró estratégicamente las acciones de Amr y su lógica repercusión en Teodoro.

unos 10.000 hombres y les añadió contingentes samaritanos, pero se vio en la obligación de dejar bien guarnecida la Ciudad Santa y de reforzar sus líneas de suministro y comunicación. Así que, en el mejor de los casos, debió de avanzar hacia la costa con unos 12.000 hombres. Teodoro se proponía restablecer primero las comunicaciones con Areópolis, Ascalón y Gaza, y con ellas los caminos hacia Egipto. Luego se proponía aislar y aplastar a los contingentes de los árabes de Mahoma. Esto es lo que indican sus maniobras y decisiones, y lo que el manual básico de los generales bizantinos recomendaba.

Teodoro no era un oficial inexperto. Más bien al contrario, era lo mejor que Heraclio podía poner en juego y la decisión imperial de enviarlo a él es una prueba de su creciente preocupación por los movimientos musulmanes. Teodoro había sido el salvador del Imperio en 626, cuando con unos 23.000 hombres había vencido cerca de Colonea al gran ejército persa de “las lanzas doradas”¹⁴²⁷, un ejército en el que se integraba la élite militar sasánida, formado por 50.000 hombres y comandado por el experimentado general Sain. Luego marchó hacia Trebisonda, embarcó a parte de sus hombres y llegó a tiempo a Constantinopla mientras los ávaros y persas sitiaban la capital. No se conformó con esto y persiguió a los ávaros hasta empujarlos hacia el Danubio; retrocedió luego y se reunió con su hermano en el Ponto, al final del otoño, para comenzar al año siguiente la campaña decisiva contra Cosroes. Así pues, Teodoro era un digno rival de Khalid y no el insensato general que algunos autores contemporáneos nos presentan.

Por su parte Amr no había permanecido inactivo. Su presión sobre Gaza y Cesarea no había dado respiro a los *rum* y, cuando se enteró de la llegada de Teodoro, actuó con sabiduría y aplomo tácticos. Mantuvo una ligera presión sobre Gaza y Areópolis de manera que sus guarniciones no pudieran maniobrar de acuerdo con Teodoro. Esta acción actuaría además sobre Teodoro como un perfecto cebo táctico, ya que se vería impelido a abandonar apresuradamente los muros de Jerusalén y a marchar por la vía que comunicaba esta ciudad con Cesarea, dejando su flanco expuesto.

En cuanto Amr tuvo noticia de la marcha de Teodoro, se plantó junto a él en un punto intermedio de su ruta, a unos 37 kms de Jerusalén. El contingente agareno era lo suficientemente importante para no poder ser dejado atrás; si Teodoro lo hacía, Amr cortaría sus comunicaciones con Jerusalén situándose tras él y lo dejaría encerrado entre las columnas ismaelitas que bloqueaban las ciudades costeras y su propio contingente.

Teodoro se dio cuenta inmediatamente de la jugada de Amr y se detuvo en su marcha hacia la costa, construyó un campamento fortificado (como exigía el manual militar romano) y se preparó para aislar y aplastar a su vez a Amr. Prudentemente y de

¹⁴²⁷ Teófanos: 315, 6117.

acuerdo con la tradición militar bizantina¹⁴²⁸, comenzó por intentar debilitar con negociaciones al enemigo: ofertas de pago, condiciones honorables para que éste se retirara, intento de compra de los jefes o de siembra de rivalidades entre ellos, eran las formas habituales y Teodoro las ensayó todas¹⁴²⁹. Hay que preguntarse aquí si esta rigidez en los planteamientos tácticos de Teodoro, responsable en último extremo del desastre, no le venía impuesta por su difícil situación en la corte¹⁴³⁰. Enemigo de la archipoderosa emperatriz Martina, Teodoro no podía permitirse, no ya la derrota, sino tan siquiera un solo motivo de reprobación que diera pie a sus enemigos de la corte a atacarle.

No obstante, ni Amr, ni Khalid eran hombres a los que pudiera combatirse con la vista puesta en el manual y se lo demostraron a los bizantinos en Ajnadain y Yarmuk. Lejos de debilitar al enemigo, la posición de Teodoro se deterioró por momentos. Cada día nuevos refuerzos procedentes de las columnas árabes de Yazid y Zurabil reforzaban la posición de Amr. Se entablaron escaramuzas y Teodoro, obligado por los resultados desfavorables de éstas, tuvo que abandonar su primera y fuerte posición, y atrincherarse en otra mucho más inestable.

Los esfuerzos de Teodoro por asesinar a Amr, como última acción posible, fracasaron y no había pues más remedio que afrontar la batalla¹⁴³¹. Al fin y al cabo, Teodoro tenía un contingente tan numeroso o más que el de Amr y el campo enemigo no estaba unificado en su jefatura, pues aunque Amr había actuado hasta entonces como jefe, su autoridad no era ni segura, ni indiscutible. Fue entonces cuando apareció Khalid. Éste llegó con sus veteranos y el resto de las tropas de Zurabil y Yazid que operaban en Transjordania. Lo hizo hacia el 25 de agosto y fue una auténtica sorpresa táctica para Teodoro.

La posición de éste se había modificado por completo, ya que con la llegada de Khalid sus ventajas se esfumaban. El campo enemigo se hallaba ahora unificado bajo un sólo mando con capacidad, prestigio y experiencia suficientes como para desafiarle. El número de hombres del ejército enemigo era ahora más elevado que el suyo, ya que los árabes de Mahoma con sus tres ejércitos unificados, la columna de Khalid y los escasos, pero constantes refuerzos enviados por el califa, debían de contar con unos 20.000 hombres frente a los 10.000 de Teodoro¹⁴³². Éste se veía en otra dificultad táctica añadida: su cambio de posición le era ahora fatal, pues en el contrafuerte en forma de

¹⁴²⁸ *Strategikon*: pp. 52-57.

¹⁴²⁹ Al-Waqidi: pp. 35-36.

¹⁴³⁰ Patriarca Nicéforo: cap. 20.

¹⁴³¹ Al-Waqidi: p. 42.

¹⁴³² A.N. Stratos (*Byzantium...*, p. 51) estima en 10.000 el número de bizantinos y de 15.000 a 18.000 el de los contingentes musulmanes; A.I. Akram (*Sword...*, cap. 29, p. 3) calcula en 90.000 el número de romanos y en 30.000 el de los musulmanes; Caetani (*Annali...*, p. 148 y ss.) da 9.000 para los romanos y 24.000 para los musulmanes; D. Nicolle (*Yarmuk...*, p. 46) da con más sensatez la cifra de 10.000

meseta en el que se vería obligado a luchar con sus regimientos, los tagmas de caballería pesada, no podrían maniobrar con facilidad, pues dos wadis y varios barrancos menores les impedirían desplegarse para flanquear las alas enemigas o cargar para hundir el centro rival¹⁴³³. Para los agarenos era muy distinto, ya que su ejército formado por caballería ligera o pertrechada sólo con livianas cotas de malla, y por infantería ligera, no tendría mayor problema en infiltrarse por los wadis y barrancos, y hostigar desde ellos a las unidades bizantinas¹⁴³⁴.

El desastre se precipitó el 29 de agosto de 634, alrededor del mediodía. Las unidades de Khalid establecieron combates aislados con los bizantinos impidiéndoles actuar conjuntamente. Teodoro intentó empujar el centro de la línea sarracena para quebrarlo y estuvo a punto de conseguirlo y triunfar así, pero la intervención personal de Khalid al frente de sus veteranos salvó la situación: la línea árabe se mantuvo y empujó la cuña bizantina hasta convertirla a su vez en una línea combada que terminó por quebrarse a su vez¹⁴³⁵. A la caída de la tarde, Teodoro dio la partida por perdida y se retiró a Jerusalén. Palestina y Transjordania quedaban abiertas a los árabes de Mahoma, y los caminos de Siria y Egipto yacían despejados y exánimes ante ellos. Era un día decisivo, el día 29 de agosto de 634, el día de Ajnadain. Tras esta batalla los árabes no tuvieron ya duda sobre cuál era el camino a seguir, ni bajo las banderas de qué profeta militar.

Apuntábamos con anterioridad que tanto Abu Bark, personaje sobre el que la tradición islámica ha tejido un manto de leyendas sin pies ni cabeza¹⁴³⁶, como Omar, el verdadero “gran hombre” de esta historia de la conquista del viejo Oriente y la fundación de un nuevo imperio medieval, el del Califato, tuvieron esta categoría.

En efecto, si se detiene uno en los pormenores de sus biografías, se advierte en seguida que, por llenas de leyendas piadosas que estén, esconden en su interior el recuerdo de una realidad personal, de unas vivencias en las que brillan las aptitudes y modos del profeta, tal y como éste venía siendo entendido por los árabes, por los judíos y en general por todos los pueblos del Oriente. Esas “virtudes y modos de profeta” se hallan presentes en Abu Bark y en Omar, pero no en sus sucesores. Así, por ejemplo, se resalta su pobreza, generosidad, justicia, perseverancia y piadosa confianza; pero también su don para la profecía, su autoridad moral indiscutible, su magnetismo

musulmanes y un número parejo a los bizantinos; al-Baladhuri (parte II, p. 174) da 100.000 hombres para los romanos y el resto de las fuentes son tan desmesuradas como él.

¹⁴³³ El lugar de Ajnadain forma una pequeña meseta que sirve de estribo entre la llanura costera de Palestina y las montañas de Judea. En esta meseta surcada por dos pequeños wadi, no podrían desplegarse, en el mejor de los casos, más de 30.000 hombres.

¹⁴³⁴ Sobre el armamento y composición de los ejércitos bizantino y musulmán de esta época consúltese NICOLLE, D., *Yarmuk...*, *op. cit.*, pp. 22-44.

¹⁴³⁵ AKRAM, A.I., *Sword...*, *op. cit.*, cap. 29, p. 5 y ss.

¹⁴³⁶ La mejor biografía moderna sobre Abu Bark es la de: MOHY-UD-DIN, A., *Abu Bakr...*, *op. cit.*, que recoge no pocas de estas piadosas leyendas.

personal... Ni Otman, ni Alí, fuera del chiísmo, ni Moawiya serán dotados de tales virtudes por la tradición islámica; sus biografías no esconden sus defectos y aparecen ante nuestros ojos como reyes y no como profetas. El amor por la riqueza, la cólera, el uso de la astucia y el engaño, la vanidad, el gusto por el lujo, la duda, el miedo... todo eso puede encontrarse en las biografías de Otman, Alí y Moawiya, pero no en las de Abu Bark y Omar, cuyas figuras se nos aparecen envueltas en ropajes de heroica espiritualidad.

Más aún y para centrarnos en Omar, el caso más destacado ¿cómo entró Omar en Jerusalén, la verdadera ciudad santa de los agarenos en esta primera fase de su historia? Como un profeta bíblico, montado sobre un camello blanco y vestido con una raída y mugrienta piel de camello. Así pues, Omar, entra en Jerusalén vestido con el tradicional atuendo de los hombres santos, con su piel de camello como un nuevo Juan el Bautista.

El impacto de esta profética entrada de Omar en Jerusalén es todavía mayor si se la compara con la que Mahoma hizo en la Meca ocho años atrás. En efecto, Mahoma entró en la Meca tras atemorizarla con sus 10.000 guerreros y librar un pequeño combate junto a la puerta sur de la ciudad que costó la vida a 13 mequenses; asegurada la ciudad por sus guerreros, entró en ella revestido con una deslumbrante túnica blanca y un soberbio manto del mismo color. Montaba un camello de raza, blanco y de porte altivo; su espada bífida, aquella que cobrara en la batalla de Bard, colgaba a su costado y en las manos llevaba un labrado bastón, símbolo de su autoridad. Tras entrar en el santuario de la ciudad y rendir tributo a la piedra negra, ordenó que todos los dioses e imágenes del lugar, entre las que se contaban varios retratos de la Virgen y de Jesús, fueran destruidos. Su entrada es pues la de un conquistador. Omar, por el contrario, con sus desarmadas manos, su sucia piel de camello ciñéndole el cuerpo, su actitud humilde, su cercanía a Sofronio, el patriarca de la ciudad, su deseo de orar en la sagrada Sion, su exquisito respeto hacia el Santo Sepulcro..., todo ello, en fin, nos revela no a un conquistador, sino a un profeta.

Y así, Omar, visitando el Santo Sepulcro, sintió deseos de orar y pidió a Sofronio que le indicara dónde podría hacerlo, a lo que éste respondió que lo hiciera allí mismo, en la iglesia del Santo Sepulcro, el lugar más santo de la cristiandad. Omar, con cierto pesar, se niega y explica al sorprendido patriarca Sofronio que si rezaba allí y lo advertían sus fervientes seguidores, no bien faltara él, recordarían aquello y querrían arrebatarse el lugar a los cristianos para elevar sobre aquel sitio un templo que mantuviera su recuerdo. Por eso, Omar, prudente, sale del templo y ora en el atrio del mismo. Y en efecto, sobre el lugar en que Omar se postró para orar se levantó y se levanta todavía hoy, una mezquita¹⁴³⁷.

¹⁴³⁷ El relato de la entrada de Omar en Jerusalén nos lo proporcionan varias fuentes entre ellas Teófanos: 6127, 315-317; Miguel el Sirio: II, XI, 7, 425-426. El relato inicial sobre la entrada de Mahoma en la Meca puede verse en Ibn Ishaq: 544 y ss. Esta personalidad profética, o por mejor decir, mesiánica de

La tradición judía sobre el respeto de Omar por Jerusalén apunta también en la misma dirección y refuerza este carácter profético, o si se quiere, mesiánico de Omar. Al respecto es ilustrativo el siguiente pasaje de Los secretos de Rabí Simón bar Yohai:

“El segundo rey de Ismael amará a Israel. Restaurará sus heridas y las heridas del Templo, rozará el monte Moria, lo nivelará y construirá una mezquita allí sobre la roca del Templo”¹⁴³⁸.

Por lo demás, esta faceta profética y mesiánica en un califa no debe de extrañarnos pues se pueden hallar varios ejemplos a lo largo de la historia islámica posterior a Omar. En 744, por ejemplo, el pretendiente al trono del califato, el omeya Yazid, hijo de Al-Walid I, entró en Damasco a lomos de un asno entre las aclamaciones de la multitud, dando a entender con ello, en el sentir de los contemporáneos y de los modernos investigadores, su carácter mesiánico y, por lo tanto, su mayor y mejor derecho al califato¹⁴³⁹.

Es también a Omar al que se le atribuyen las primeras instituciones militares, fiscales y de gobierno del naciente imperio y es él quien inicia la construcción del nuevo templo en Jerusalén. También bajo su califato, un contemporáneo de Omar, el armenio Sebeos, hace figurar la fascinante historia que muestra a unos agarenos hasta entonces unidos a los judíos y que ahora, enfrentándose a éstos y acercándose a los cristianos, comenzaban a alejarse de su influencia.

Todo esto no son más que indicios, de acuerdo, pero se recordará aquí que otra obra contemporánea de los hechos, la *Didascalia de Jacob*, escrita en abril-agosto de 634, dice de forma explícita y clara que los sarracenos que habían vencido el 4 de febrero de 634 a los romanos en la batalla de Datin y que estaban conquistando Palestina, tenían a su cabeza a un profeta. Este profeta era visto por muchos judíos como el Mesías que prometían sus profecías, otros creían que sólo era aquel que debía de preceder al verdadero Mesías, mientras que un tercer grupo lo identificaba desde el principio como a un falso profeta¹⁴⁴⁰. Así que, una de dos: o se acepta que Mahoma estaba vivo en el verano de 634 y con ello se violenta la tradicional cronología, o se

Omar fue ya apuntada, aunque con otros argumentos por Crone y Cook (*Hagarism...*, pp. 4-6, en especial p. 5) quienes señalaban aspectos como el sobrenombre mesiánico que le fue originalmente otorgado a Omar, *thcfaruq*, un término arameo con el que fue aclamado en Siria. Dos descripciones modernas de las entradas de Omar y Mahoma en Jerusalén y la Meca, en PAYNE, R., *La espada...*, *op. cit.*, pp. 65-66; RUNCIMAN, S., *Historia de las Cruzadas*. Madrid, 1997, vol. I, pp. 19-20; BUSSE, H., “Omar's image as the conqueror of Jerusalem”, *Jerusalem Studies in Arabic and Islam*, 8 (1986), pp. 149-168; BUSSE, H., “Omar b. al-Khattab in Jerusalem”. *Jerusalem Studies in Arabic and Islam*, 5 (1984), pp. 73-119.

¹⁴³⁸ KENNEDY, H., *Las grandes conquistas árabes...*, *op. cit.*, p. 429.

¹⁴³⁹ HAWTING, G.R., *The first dynasty of Islam...*, *op. cit.*, p. 93.

¹⁴⁴⁰ *Didascalia de Jacob*: pp. 209-210. Este pasaje ha sido fuente de gran debate y a menudo, de confusión. El traductor fecha mal la batalla de Datin adelantándola a fines del 633 y cree ver en la mención del profeta una alusión a Mahoma que él considera prudentemente literaria. No son pocos los investigadores que disienten de esta prudente interpretación. Véase notas al pie de la página señalada, en especial nota 117.

acepta nuestra tesis, esto es, que los dos primeros sucesores de Mahoma, Abu Bark y Omar, se vieron y fueron vistos como profetas, y no sólo como simples sucesores de un último y perfecto profeta, Mahoma.

Ya hemos señalado cómo Patricia Crone sugirió que Omar era realmente el verdadero hombre clave en el proceso y llegó incluso a afirmar que fue Omar y no Mahoma el que fue tenido por Mesías; también que Mahoma, cuya figura sería luego agrandada por la tradición, se vio a sí mismo más como un anunciador de un Mesías que como al último y más grande profeta. Nosotros no llegamos a tanto, pero reconocemos que teniendo en cuenta la historia árabe de los inicios del siglo VII, tan plagada de profetas como Mahoma, Musaylima, Aswad o Sajah, lo lógico sería pensar que Abu Bark y Omar, al mostrarse como profetas, no hacían sino continuar aquel marcado camino y comportarse como sus seguidores esperaban que lo hicieran: no como simples jefes o reyes, sino como caudillos dotados del carisma de los profetas. Más tarde, cuando a la muerte de Omar los árabes se hallaban ya dueños de un vasto imperio, las cosas cambiaron.

En cualquier caso, lo que nunca se le podrá negar a Omar es su condición de verdadero conquistador del Oriente y creador del califato. Será bajo su mando cuando los árabes den el gran paso en su ascenso hacia la construcción de un Estado imperial y serán sus banderas –no las de Mahoma o Abu Bark– las que se levantarán sobre las ruinas de Persia y de la Romanía. Y lo hicieron con una rapidez contundente. ¿Cómo fue esto posible? La poderosa Persia Sasánida tardó 16 años (603-619) en domeñar Siria, Palestina y Egipto, pero a Omar le bastaron ocho años. Heraclio, tras seis victoriosas campañas y auxiliado por los jazaros y por las desavenencias surgidas entre los persas, apenas si logró otra cosa que una paz favorable. Omar, también en ocho años y a la par que sus ejércitos conquistaban el Oriente romano, aniquiló a Persia y se apoderó de su capital, de sus tesoros, y hasta de las hijas y esposas de Cosroes II Parwez. ¿Cómo explicar esta muestra de poderío?

Para poder hacerlo hay que comenzar por narrar la conquista en sí misma y luego abordaremos el estudio de las posibles explicaciones de tan fulminante conquista: la explicación militar, con sus múltiples aristas y conexiones; la explicación religiosa y la explicación social y económica.

III. LAS BATALLAS DE PELLA, ESCITÓPOLIS Y MARJ AL-ZAFRA, Y LA PRIMERA CONQUISTA DE DAMASCO (635).

Como ya hemos visto, la batalla de Ajnadain supuso un duro golpe para la defensa de la Palestina y de la Arabia romanas, amén de implicar un grave e inmediato peligro para la seguridad de Egipto y Siria. No obstante, la situación no parecía aún alarmante

para Heraclio y sus generales. En efecto, si nos ponemos en el punto de vista de los romeos, los “árabes de Mahoma”, no parecían representar mayor peligro en 634 que el que habían representado en el pasado otros grupos árabes. Se podía esperar que obtuvieran una victoria o que saquearan una provincia, pero, en último caso, terminarían por ser derrotados por los ejércitos del imperio, o bien se llegaría con ellos a un acuerdo económico que los transformara en federados del Imperio.

El primer paso dado por los agarenos que habían vencido al ejército de Teodoro en Ajnadain el 29 de agosto del 634, parecía indicar que las cosas iban a discurrir ciertamente por ese tradicional camino. Según recoge el libro IV de la *Crónica de Fredegario* (escrito unos 20 años después de los hechos aquí tratados), el primer acto que los árabes de Mahoma llevaron a cabo tras su flamante victoria fue el de ofrecer a Heraclio la devolución del botín y de los prisioneros a cambio de una crecida suma¹⁴⁴¹. Dicho de otro modo, los árabes de Mahoma parecían dispuestos, como habían hecho en otras ocasiones los árabes, a llegar a un acuerdo económico con el Imperio. Ante este gesto, Heraclio reaccionó como habían reaccionado siempre los emperadores de la Romania ante semejante tesitura: endureciendo su postura para así llegar al mejor acuerdo posible. Sabedor de que los agarenos, pese a su reciente victoria, no podrían forzar ninguna de las grandes ciudades de Palestina y de que el tiempo jugaba a su favor, Heraclio ordenó a sus tropas que se mantuvieran a la defensiva y dejaran el campo a los agarenos manteniéndose a resguardo y esperando mejor ocasión¹⁴⁴². Las tropas romanas que habían sobrevivido a la jornada de Ajnadain, se retiraron pues a Escitópolis, rica ciudad situada en la margen occidental del Jordán, no lejos de las riberas meridionales del Mar de Galilea. Era un buen lugar, ya que, desde Escitópolis, los hombres de Heraclio podían controlar el paso del Jordán y taponar los caminos que desde Palestina llevaban a Fenicia y a la cabecera del valle del Orontes, a la par que acudir rápidamente a sostener Jerusalén si fuera atacada, o ir en auxilio de la rica Decápolis o de las ciudades de la costa.

Mientras tanto, viendo los ismaelitas que el emperador rechazaba su primera tentativa de negociación y con ello de obtener una buena cantidad de oro, elevaron la presión para que sus rivales comprendieran que lo más beneficioso para todos era llegar a un acuerdo.

La historiografía tradicional que ha llegado hasta nosotros no se ha percatado de la trascendencia de estos primeros movimientos efectuados por árabes y romanos, que muestran que, en un primer momento, los árabes de Mahoma y los romeos se comportaron como tradicionalmente venían haciéndolo desde hacía siglos. No había todavía, en septiembre de 634, nada revolucionario en sus acciones que pudiera hacer

¹⁴⁴¹ *Crónica de Fredegario*: lib. IV, p. 54.

¹⁴⁴² Sebeos: pp. 96-97.

pensar a los dos contendientes que la historia de sus relaciones iba a cambiar drásticamente.

Así, tras el encuentro en Ajnadain y tal y como nos recuerda Tomás el Presbítero (que escribía la llamada *Crónica del 640* sólo seis años después de esta batalla), los árabes, tras su triunfo, se desparramaron por Palestina y devastaron el país a placer, dando muerte indiscriminadamente a 40.000 cristianos, judíos y samaritanos¹⁴⁴³, matanza sobre la que volveremos a su debido tiempo.

Estas depredaciones y matanzas indiscriminadas perpetradas por los hombres del califa Omar son también referidas por otras fuentes contemporáneas de los hechos:

- una homilía del Patriarca Sofronio de Jerusalén que refiere, en diciembre de 634, cómo los árabes devastaban de tal forma los campos y aislaban entre sí a las ciudades que le era imposible acudir a Belén (a poco más de 20 kms del viejo Jerusalén) para celebrar allí la Natividad de Cristo¹⁴⁴⁴.
- la *Crónica de 1234*, otra fuente contemporánea cuya parte inicial se compuso a fines del siglo VII o a inicios del VIII, pinta un idéntico panorama y sostiene por completo los informes de la *Crónica del 640*¹⁴⁴⁵.
- este panorama está también confirmado por una entrada de la *Crónica del 637*, escrita por un monje sirio sólo tres años después de los hechos y que refiere cómo a fines del 634 los agarenos devastaron el sur de Galilea y los pueblos situados al oeste de Jerusalén, dando muerte a miles de campesinos y tomando a muchos miles más como prisioneros¹⁴⁴⁶.

Los árabes de Mahoma se dedicaron a devastar el país, mientras que las fuerzas de campaña del ejército de la Romanía desplegadas en Palestina permanecían a la defensiva en Escitópolis. De hecho, las columnas agarenas parece que se volvieron a dispersar para cubrir mejor el territorio y llegar así en sus algaradas no sólo al sur y al centro de Palestina, sino también a Galilea, al Sinaí y a la región de la Decápolis.

En efecto, es en estas fechas cuando se verifican los primeros asaltos a los monasterios del Sinaí, no sólo actos de saqueo, sino también de terror, tales como matanzas masivas de monjes e incluso profanación de iglesias y objetos sagrados. Precisamente otra fuente contemporánea, una especie de calendario donde un monje del

¹⁴⁴³ *Crónica del 640*: a.D. 945, pp. 18-19. A. Palmer, sin dar ninguna razón, corrige el texto original y en donde dice “40.000”, él escribe “4.000” (*vid.* la edición del texto original y de la traducción latina del mismo dada por Guidi que hemos citado repetidamente). En nuestra opinión y si no se dan argumentos para ello, es un error dividir por diez la cifra que ofrece una fuente tan cercana a los hechos como ésta, máxime cuando otra fuente siríaca, la *Crónica de 1234*, viene a confirmar a la *Crónica del 640* y da la misma cifra que ella.

¹⁴⁴⁴ HOYLAND, R.G., *Seeng Islam...*, *op. cit.*, p. 70

¹⁴⁴⁵ *Crónica de 1234*: pp. 146-148.

¹⁴⁴⁶ *Crónica de 637*: 10-11, p. 2.

Sinaí apuntó los hechos más sobresalientes de cada año, señala este clima de terror que impusieron los árabes de Mahoma. Por último, otros dos autores de la época, Sofronio de Jerusalén, dando término a la obra *El prado* de su maestro Juan Mosco, y Máximo el Confesor en una de sus cartas, refieren también las devastaciones de los sarracenos¹⁴⁴⁷. Por tanto, es muy difícil dudar de la verosimilitud del cuadro presentado por tantas y tan diversas fuentes contemporáneas de los hechos.

A fines del 634, los agarenos comprendieron que los romanos no estaban dispuestos, pese a sus continuas devastaciones, a llegar a ningún acuerdo con ellos, por lo que era preciso elevar aún más la presión. Con tal objetivo, comenzaron a reunirse en Galilea y a acosar a las tropas de Heraclio asentadas en Escitópolis. Éstas, para asegurar aún mejor su fuerte posición defensiva, reforzaron la guarnición de Pella, en la Decápolis y al otro lado del Jordán, lo que obligó a los árabes a dividir sus esfuerzos y a enviar una nueva columna por el sector oriental del valle del Jordán.

El jefe árabe supremo era ahora, por decisión explícita del califa Omar, Abu Ubaida, un hombre falto de habilidades militares pero de su entera confianza y que parece haber delegado en sus subordinados el desempeño efectivo del mando. Khalid, el vencedor de Ajnadain junto a Amr, parece haber quedado relegado al mando de una pequeña vanguardia, mientras que Zurabil y Yazid (hermano mayor del futuro califa Moawiya, que acompañaba a su hermano Yazid en esta expedición) se ocuparon del mando directo y efectivo de las dos columnas árabes, la del este y la del oeste, que debían de batir a los romanos.

A fines de diciembre, los sarracenos controlaban ya toda la meseta transjordana y hostigaban seriamente a las fuerzas de Heraclio atrincheradas en Escitópolis y Pella, aunque se veían impotentes ante las defensas de estas ciudades. Heraclio parece haber aprovechado estos meses para intentar organizar una línea de defensa más sólida a través de las alturas del Golán y del Aurán, que limitara las correrías de los saqueadores árabes a los montes de Palestina y a la Arabia romana.

Pero todo se precipitó en enero de 635. Las fuerzas de Heraclio en la zona, comandadas, al parecer, por su sacellario (si damos crédito a los informes islámicos de los siglos IX y X), decidieron adoptar una postura más ofensiva y estorbar los movimientos de sus enemigos mediante la destrucción de los canales y acequias que irrigaban aquella fértil parte del valle del Jordán, con el propósito de inundar las zonas bajas y convertirlas en un lodazal.

Esta acción puso en peligro la ofensiva agarena, pues no sólo limitaba sus movimientos, sino que otorgaba mayor libertad a las fuerzas romanas instaladas en

¹⁴⁴⁷ Juan Mosco [p. 46]: Sofronio, llegado a Ascalón, en la primavera de 634, con el cuerpo de su maestro y deseando darle sepultura en el Sinaí -como Juan había indicado- se ve imposibilitado de hacerlo, pues los sarracenos, que acababan de derrotar a los romanos en Datin y Ajnadain, se lo impedían al tener cortados todos los caminos que comunicaban el Sinaí y Egipto con Palestina, y al estar devastando los monasterios del Sinaí con sus incursiones; HOYLAND, R.G., *Seeng Islam...*, *op. cit.*, pp. 76-77.

Escitópolis y en Pella, a ambos lados del Jordán. Aprovechando esta ventaja, el jefe romano llevó a cabo una salida de Escitópolis para tomar por la espalda a los árabes que se hallaban instalados al otro lado del Jordán, frente a Pella, aplastándolos así entre sus fuerzas y las de la guarnición de la ciudad asediada. Todo fue bien al principio y los soldados de la Romania atravesaron sin dificultad la zona pantanosa y el Jordán, pero advertido su movimiento por los ismaelitas comandados por Zurabil, fueron interceptados en las cercanías de Pella, antes de que pudieran enlazar con la guarnición de esta ciudad. Muerto su comandante, el referido Sacellario, en los primeros compases de aquel encuentro, los soldados comenzaron a replegarse hacia Escitópolis en buen orden, pero la noche, los pantanos y lo crecido del río Jordán dificultaron la operación de repliegue. Zurabil, aprovechando el cada vez mayor desorden de los romeos, ordenó un ataque general que terminó por convertir aquella jornada del 635 en una nueva gran derrota romana. Poco después, ya en febrero de 635, la guarnición de Pella se rindió obteniendo a cambio magníficas condiciones. En cuanto al resto de las tropas de campaña destacadas en la zona, aquellas que habían vuelto a refugiarse en Escitópolis, fueron desechas tras intentar una nueva y desesperada salida.

El otro gran punto fortificado de Galilea, la ciudad de Tiberiades o Tiberias, fue también tomada por Zurabil y con esto, para marzo de 635, se completaba el control de los agarenos sobre Galilea, el Aurán, la Decápolis, Samaria, la meseta de Balka (la fértil meseta transjordana), la Arabia romana, y los campos y montes de Palestina. Al sur de Fenicia y de las alturas del Golán, sólo Areópolis, Cesarea Marítima, Gaza y otras ciudades de la costa, además de la aislada Jerusalén, seguían estando bajo el control de la Romania. Esta situación era una novedad, pues demostraba a los árabes de Mahoma que sus triunfos de Datin y Ajnadain no habían sido hechos aislados y que se podía obtener mucho más del saqueo y del dominio de aquellas ricas provincias que de los eventuales pagos que el emperador pudiera hacerles a cambio de la paz.

Heraclio, por su parte, intentó detenerlos instalando un punto fortificado en los alrededores de las tierras en donde se verificaría el desastre de Yarmuk, pero Zurabil se lo impidió reuniendo a las dispersas columnas árabes que cayeron sobre los romanos antes de que éstos pudieran consolidar sus nuevas posiciones y derrotándolos en la llamada batalla de Marj al-Zafra, esto es, de “la pradera dorada”. En esta batalla se distinguió la esposa de uno de los jefes agarenos que dirigieron el ataque y que acababa de casarse aquel mismo día. Esta mujer árabe participó directamente en el combate y volveremos más tarde sobre este hecho, puesto que arroja cierta luz sobre algunos aspectos de la conquista árabe del Oriente que han quedado relegados al olvido.

La batalla de Marj al-Zafra, abrió Siria propiamente hablando a las columnas del califa Omar. La *Crónica del 637* menciona que los sarracenos llegaron en sus ataques hasta Émesa, en el Orontes, y que la ciudad llegó a un acuerdo con los invasores, ante la posibilidad de caer bajo su ataque y desesperando de recibir ayuda de las tropas

imperiales. Más al sur, en Damasco, se estableció un nuevo punto de resistencia. Allí, la crecida guarnición de la gran ciudad y la llegada a ella de los restos de las tropas romanas derrotadas en la batalla de Marj al-Zafra, impidieron a los agarenos rendir la ciudad y obligó a éstos a establecer un asedio en toda regla de la urbe siria.

Los agarenos, inmovilizados por el asedio de Damasco, tuvieron también que atender a su frente norte desde donde amenazaba una posible contraofensiva romana. Desde Émesa, una columna de caballería intentó penetrar en Damasco para reforzarla pero, interceptada por los ismaelitas en un paso de montaña –el paso del águila–, fue rechazada. Cerró así definitivamente el cerco de Damasco por los agarenos.

Este asedio, sobre el que las fuentes islámicas han tejido un tupido manto de contradictorias leyendas, es tan confuso si se intenta reconstruir sólo con el auxilio de los historiadores y geógrafos musulmanes, que el tiempo que duró el asedio varía, según esas fuentes, entre 4 y 14 meses y que, según a qué erudito islámico hagamos caso, la ciudad se rindió a los jefes musulmanes o fue tomada al asalto por Khalid ibn Walid.

Afortunadamente contamos con una fuente siríaca contemporánea de los hechos, la *Crónica del 637*, escrita menos de dos años después de los hechos aquí tratados, por la que podemos establecer que el asedio se inició en mayo de 635 y terminó en agosto de ese mismo año. De lo que no estamos seguros es de si Damasco se rindió o fue tomada, pues los relatos musulmanes no se ponen de acuerdo sobre ello; incluso a veces, en un acto de suprema manipulación historiográfica tendente a poner de acuerdo sus divergentes tradiciones orales, optan por mezclar las dos tradiciones: la que quiere que Khalid, la Espada del Islam, tomara la ciudad al asalto y gritando ¡Dios es grande! y la que quiere que la ciudad se rindiera tras negociar la concesión de un tratado.

De este modo, se nos cuenta que mientras que Khalid tomaba al asalto la ciudad penetrando en ella desde la puerta sur, el resto de los contingentes musulmanes entraban en ella por la puerta occidental y tras haber llegado a un acuerdo con los damascenos que les garantizaba sus vidas, propiedades y fe. Según esta versión, las dos fuerzas musulmanas se encontraron en el gran mercado cubierto de Damasco y allí discutieron sobre si el asalto llevado a cabo por Khalid y sus hombres había sido hecho antes o después del pacto y, por tanto, si había que considerar a Damasco ciudad conquistada a la fuerza y sometida al saqueo de los vencedores, o ciudad rendida por un pacto y, por lo tanto, a salvo de violencia alguna. Dado que la ciudad no parece haber sufrido daño y teniendo en cuenta la buena disposición de los damascenos para volver a rendirse a los agarenos al año siguiente, esta segunda parte de la historia parece la más probable.

Tras su victoriosa ocupación de Damasco, los agarenos volvieron a dividir sus fuerzas: Yazid y su hermano Moawiya permanecerían a cargo de Damasco, mientras que otra columna cruzó las montañas y ocupó Heliópolis (actual Baalbek) y luego remontó el Orontes y entró en Émesa en noviembre de 635. Émesa (actual Homs) era el centro estratégico para la defensa de la Siria central y, aunque la ciudad ya había

pactado anteriormente con los árabes de Mahoma y comprado su retirada, ahora fue efectivamente ocupada. Tras ella cayeron Hama y Maarat, y el avance agareno sólo se detuvo ante la fuerte Calcis, en donde se hallaba una poderosa guarnición y había un potente asiento de tropas *limitanei*, y ante la proximidad de Heraclio al frente de numerosas tropas, que ya se hallaba en Antioquía.

La toma de Damasco fue un auténtico aldabonazo para Heraclio y su imperio, y una fuente de seguridad para los árabes de Omar. Los romeos comprendieron definitivamente que aquello era ya tan serio y vital como lo había sido, 25 años atrás, la conquista persa y que, por lo tanto, era necesario reunir un gran ejército de campaña y poner fin al peligro lo antes posible; los ismaelitas, por su parte, atisbaron claramente que su triunfo podía ser mucho más grande y más completo de lo que jamás se hubiesen atrevido a soñar. Así pues, ambos contendientes se dispusieron a reforzarse para el que debía de ser un encuentro decisivo.

IV. LA BATALLA DE YARMUK (636) Y LA CULMINACIÓN DE LA CONQUISTA DE SIRIA Y PALESTINA.

En efecto, Omar envió nuevas columnas a Siria y Heraclio, ahora en Antioquía, se dispuso a organizar una contraofensiva en toda regla. Para ello reforzó la defensa de las ciudades costeras de Palestina que aún seguían bajo su mano, mediante el envío a la región de la flota, y comenzó a reunir un gran ejército. Para este fin, convocó a la mayor parte del ejército de campaña de Oriente y a buena parte de las unidades que militaban en el de Armenia, y les sumó contingentes de tropas fronterizas procedentes del valle del Orontes y del norte de Siria, así como numerosas fuerzas proporcionadas por los gasánidas. Éstos, en efecto, se mantenían opuestos a los agarenos y habían combatido contra ellos en las batallas de Muta (629), en los combates que entrañó la marcha de Khalid desde Palmira a Bostra (verano del 634), en la batalla de Marj al-Zafra (abril del 635) y durante las operaciones del primer asedio de Damasco (mayo-agosto 635), manteniéndose firmes sobre sus territorios del Golán, al sur de Damasco, donde se hallaba su capital, Gabita, y desde donde hostigaban a los ismaelitas. De esta forma pudo Heraclio reunir una fuerza que las fuentes estiman entre 40.000 y 200.000 hombres y que, dada la procedencia de los contingentes y los datos de las fuentes más cercanas a los hechos, nosotros estimamos en unos 40.000 hombres. Es incluso posible que la cifra dada por la fuente más próxima a los acontecimientos, la *Crónica del 637*, tenga razón al adjudicar a dichas tropas el número de 50.000 hombres, lo que venía a representar un tercio del total de las fuerzas con que podía contar entonces Heraclio. Esto es, Heraclio iba a jugárselo todo en un gran enfrentamiento.

Frente a aquel formidable ejército, los jefes árabes reunidos en Damasco y cuyas vanguardias subían ya por el valle del Orontes, contaban con unos 25.000 guerreros extraídos en su mayor parte de las tribus del Hedjaz, de Nalj, Omán, Bahrein, Yamama y del Yemen. Muchas de esas tribus, la mayoría de las procedentes del Yemen, de Yamama, así como los Banu Judam, Banu Qurayza, Banu Qainuka, los Khaibar, los Fadak y otras tribus del norte de Arabia, habían sido judías o cristianas, al menos hasta 633 y posiblemente todavía en 635. Otras, como las tribus de la Meca y de Arabia central, sólo se habían sometido a Mahoma y a su doctrina en 630. No era pues, una fuerza de hombres especialmente cohesionada o reunida en torno a una fe asentada. Tampoco había unidad de mando en el campo agareno. Omar, receloso de Khalid, prefería dividir el mando de las tropas entre varios caudillos y otorgar el supremo al fiel pero poco aguerrido y experimentado, Abu Ubaida.

El gran ejército reunido por Heraclio partió, posiblemente de Antioquía, a fines de abril o primeros de mayo del 636 y barrió ante sí el valle del Orontes, obteniendo sobre los agarenos una destacada victoria cerca de Emesa, ciudad que regresó entonces al completo control imperial y en donde debieron de reasentarse tropas de frontera como defensa, pues contingentes de Émesa participarían en la batalla de Yarmuk un año después. Los agarenos, desbordados por la superioridad de las tropas de Heraclio, evacuaron Damasco y ésta fue recuperada a inicios de junio por las tropas de la Romania. La primera fase de la contraofensiva diseñada por Heraclio había tenido, pues, un éxito rotundo.

Pero en Damasco comenzaron las dificultades. El prefecto de la ciudad, el árabe Manssur, monofisita y hostil al antiguo jefe militar de la ciudad, Tomás, recibió muy mal la liberación de su ciudad por las tropas del imperio. Manssur le dijo a Vahhanes, el general en jefe del ejército, que la ciudad no se hallaba en disposición de hacerse cargo de la instalación y avituallamiento del ejército y que, por tanto, éste debía de continuar su marcha hacia el sur y alejarse de Damasco. Puede que Manssur tuviese razón y que Damasco, tras el duro asedio que acababa de sufrir y la estancia en ella del ejército ismaelita, estuviese agotada. Pero, dado que las fuentes resaltan la hostilidad de los damascenos hacia las tropas del emperador, parece más probable apostar porque Manssur, árabe y monofisita, no veía con malos ojos a los agarenos y que muchos damascenos (entre los que se hallaba el abuelo del futuro gran teólogo Juan Damasceno) se hallaban de acuerdo con él.

En cualquier caso, Vahanes y con él sus subcomandantes, Teodoro Triturios, *Magister militum* del ejército de campaña de Oriente, Jorge (el “Gargis” de los relatos árabes) *Magister militum per Armeniam* y como Vahanes, un curtido veterano de las guerras persas; Jabala al-Ghassani, príncipe de los árabes gasánidas de Gabita y Nicetas, el bautizado hijo del difunto Shahansha Sharbaraz y que desde la muerte de su padre, en junio del 630, estaba al frente de un contingente de mercenarios persas y de tropas

romanas puestas bajo su mando por el emperador Heraclio, pariente suyo desde julio de 629, decidieron marchar hacia el Golán, hacia las cercanías de Gabita e instalar allí un campamento fortificado.

Era una sabia decisión, pues la región del Golán era la llave de Siria y de Palestina. Además el país contaba con buenos pastos, agua abundante y grandes cantidades de campos de trigo así como de caza, por lo que proveer al abastecimiento del ejército sería mucho más fácil que en la agotada región de Damasco. Además aquella región controlaba las viejas vías militares que desde Damasco llevaban a Galilea y Jerusalén, así como hacia Heliópolis y las ciudades costeras del sur de Fenicia y del litoral palestino. Aún más, Gabita, el Golán, era el centro de los árabes gasánidas y éstos –como hemos visto– se habían mostrado fieles auxiliares del Imperio, habiéndose mantenido en guerra contra los agarenos desde que éstos aparecieran en los límites orientales de la Romanía, allá por septiembre de 629. La concentración en territorio gasánida de un ejército romano tan poderoso, no sólo alentaría la resistencia de los árabes fieles al Imperio, sino que les permitiría contar con una fuerte base de prestigio frente a las demás tribus árabes para intentar atraérselas al campo imperial. Por eso, la primera acción del gran ejército romano fue la de presionar a los árabes de Mahoma para que evacuaran Gabita (la Gabyya árabe) que hacía poco habían ocupado los ismaelitas. De este modo, en julio de 636, una vanguardia de jinetes gasánidas, apoyada por el resto del ejército, batió a una tropa de jinetes agarenos no lejos de Gabita y recuperó esta importante posición. Pero lo que en principio era una buena base de partida y reunión, se terminó por convertir en una trampa mortal.

En efecto, en vez de aprovechar aquel triunfo parcial pero significativo, para empujar a los árabes hacia el sur, hacia Decápolis, Galilea, hacia el este o hacia el desierto sirio, Vahanes permaneció a la defensiva durante todo un mes y se dedicó a consolidar su ya de por sí fuerte posición con la construcción de un muro defensivo que uniera los escarpados cauces entre los que había levantado sus campamentos. Fue un error, pues Khalid Ibn Walid, quien había logrado, al parecer, que Abu Ubaida, oficialmente el jefe del ejército, le cediera el mando efectivo sobre éste, aprovechó el respiro para reordenar a sus tropas y reunir refuerzos.

En este punto fue decisiva la habilidad de Khalid al atraerse a los Banu Nadir, una tribu árabe que permanecía aún fiel al judaísmo en el verano de 636. Esta tribu árabe se hallaba en aquella región desde que Mahoma la expulsara de sus tierras del Hedjaz en 625, instalándose entonces en los distritos de Nawa y Dará, al este de Gabita. Pues bien, Khalid logró que se le sumaran estos árabes judíos que ni siquiera se habían plegado ante Mahoma. La causa de este brusco giro en la actitud de esta tribu hay que buscarla probablemente en el edicto de Heraclio de 630 en el que ordenaba el bautismo forzoso de los judíos; tras esta orden, los Banu Nadir, tan fervientemente judíos, encontraron más motivos para odiar a los romanos que para enfrentarse a los agarenos sobre los que

ahora imperaba un nuevo profeta, el califa Omar, un hombre que ya recibía el título mesiánico de *Thcfaruq*.

En cualquier caso, los Banu Nadir no eran los únicos árabes judíos que militaban entre las tropas de Khalid, pues también se encontraban muchos guerreros de los Banu Judam y de otros grupos de árabes judíos. Esto debió de facilitar, sin duda, la decisión de los Banu Nadir de unirse a los agarenos y enfrentarse contra sus vecinos gasánidas, que también los habían acogido cuando once años atrás y tras su desencuentro con Mahoma, buscaron refugio en sus estepas del norte. Nada parece indicar que los Banu Nadir tuvieran que convertirse a la doctrina antaño predicada por Mahoma y las noticias que al respecto pueden hallarse entre los autores musulmanes son poco creíbles. Los árabes de Mahoma no se hallaban en disposición de poner condiciones, sino de aceptarlas y, por lo tanto, es poco plausible que los Banu Nadir, tan fieles a su judaísmo como opuestos a Mahoma, se amoldaran ahora, cuando tan apurados se veían Khalid y el resto de los generales de Omar y cuando tan necesitados estaban de sus guerreros, a dejarse imponer un credo que atentara contra sus sentimientos religiosos.

El papel jugado por los árabes judíos en la conquista de Siria fue, por lo tanto, vital y decisivo, y se ve confirmado por las noticias que las fuentes contemporáneas de los hechos –entre ellas Sebeos– nos ofrecen de continuo, afirmando que los judíos formaban entre las filas de los agarenos y combatían junto a ellos. En nuestra opinión, esos judíos que luchaban junto a los árabes de Mahoma eran, en su mayor parte, los guerreros de las tribus árabes judías del norte del Hedjaz: los Banu Nadir, los Banu Judam, los Banu Qurayza, los Banu Qainuka, los Khaibar, los Fadak, etc. Las tribus judías más poderosas del norte del Hedjaz, no sólo proporcionaron guerreros para la conquista de Siria, sino que también eran las mejor armadas de Arabia, las únicas que – como se comprueba en los relatos de la conquista de Arabia– poseían cotas de malla, armaduras, yelmos, espadas y máquinas de guerra de calidad similar a las de los hombres que militaban en los ejércitos de la Romania. Sólo esas tribus judías y los yemeníes descendientes de los savaran persas, poseían los recursos bélicos necesarios para lidiar con los soldados de Heraclio; de ahí que no deba de extrañarnos que fueran decisivos en la conquista de Palestina, Siria y Egipto.

Pero volvamos a Gabyya, la Gabita de las fuentes bizantinas. A fines de julio estaba claro que los árabes de Mahoma, ahora comandados por Khalid y reforzados por la continua entrada de refuerzos llegados desde el sur y por la reciente alianza con los Banu Nadir, no iban a ceder terreno. Vahanes, el general en jefe del gran ejército lanzado por Heraclio contra los ismaelitas, había logrado un triunfo significativo al controlar Gabyya pero, acosado por la necesidad de asegurar sus comunicaciones con Damasco e impedir la infiltración de partidas agarenas entre sus líneas, había tenido que extender mucho su despliegue y dividir sus fuerzas entre tres grandes campamentos:

1. el primero y principal, servía de asiento a las tropas del ejército de campaña de Armenia y a algunos tagmas de tropas de frontera, y se hallaba junto a la actual Yakusa, a unos 20 kms al sur de Gabiyya. Constituía el ala derecha del ejército, controlando la sección meridional de la vía romana que desde Damasco llevaba a Galilea y a Jerusalén.

2. el segundo, estaba al norte de Gabiyya, en una posición llamada Jiliq (actual Kiswe), y en él se hallaba Teodoro Triturios (a quien muchas fuentes confunden con Teodoro, el hermano de Heraclio), que era el comandante del ejército de campaña de Oriente.

3. el tercero y último, en el centro, se hallaba en Babyya y en ella el grueso de las tropas de los árabes gasánidas comandadas por Jabal al-Ghassani, los regimientos romano-persas mandados por Nicetas (el hijo de Sharbaraz) y algunas unidades de auxiliares armenios junto al general en jefe Vahanes.

De norte a sur había pues, una línea de despliegue de casi 25 kms y eso era demasiado expuesto. En efecto, tanto las comunicaciones entre los tres campamentos, como la recepción de abastecimientos comenzaron a hacerse cada vez más difíciles.

Khalid, Abu Ubaida, Yazid y el resto de los comandantes de Omar comenzaron a aprovechar las oportunidades que les brindaba la extensa línea en la que se habían desplegado los romanos. Así, desde sus dos campamentos (uno situado al norte, frente al ala izquierda bizantina, y el otro al sur, frente al ala derecha) comenzaron a lanzar ataques continuos en los que pequeñas unidades de caballería de entre 36 a 40 hombres, los *kardus*¹⁴⁴⁸, jugaban un papel determinante al obligar a los bizantinos a enfrentarse a numerosos ataques, rápidos y dispersos, a lo largo de todo su extenso frente.

El 19 de agosto, Khalid Ibn Walid lanzó un ataque de hostigamiento general que obligó a Vahanes, el general en jefe, a responder mediante un avance general de sus tropas. El ala izquierda, la situada más al norte, avanzó resueltamente y empujó a las pequeñas partidas agarenas que se le oponían hasta más allá del Wadi al-Ruqhad, punto a partir del cual se incrementó la resistencia de los sarracenos. No obstante, Teodoro Triturios, el *magister militum per Orientem*, continuó con su avance y llegó frente al campamento norte de los árabes de Mahoma, en torno al cual se desencadenó un feroz combate en el que los romanos parecían llevar ventaja.

En efecto, los *sarakenoi* comenzaron a ceder, desbordados por el formidable empuje romano, y la victoria parecía pues cercana. Pero mientras que se libraba un duro encuentro por tomar el campamento sarraceno, Khalid Ibn Walid había logrado ocultar numerosos contingentes de infantería ligera entre los barrancos del Wadi al-Ruqhad y el

¹⁴⁴⁸ Estas unidades de caballería, los *kardus*, fueron al parecer inventadas para la ocasión por Khalid Ibn Walidy y son sospechosamente similares en número y propósito al viejo *drungo* romano; esto es, un escuadrón de caballería formado por 34 jinetes. Probablemente el *drungo* sirviera de modelo al *kardus* de Khalid.

Wadi al-Allan, así como entre los espesos matorrales y bosquecillos que se extendían por las colinas y quebradas que cruzaban todo el lugar; al mismo tiempo, la caballería de Khalid se estaba congregando y atraía tras de ella a la caballería de Teodoro Triturios separándola cada vez más de los *tagmas* de infantería que hasta ese momento habían combatido en combinación con ella.

Aprovechando la brecha que ahora se abría entre caballería e infantería del ala izquierda romana, los sarracenos, ocultos hasta ese momento en los barrancos y matorrales, se echaron sobre la espalda y el flanco derecho de los hombres de Teodoro Triturios. Fue el comienzo de la debacle pues, sorprendidos y atacados por la espalda y por su flanco, los infantes del ala izquierda vieron como los árabes que hasta ese momento habían ido replegándose ante su avance volvían ahora sobre sus pasos y cargaban sobre ellos. Golpeados por tres frentes y separados de su caballería que, comprendiendo la trampa, trataba inútilmente de volver a sus filas y formar una sola línea de combate con su infantería, cundió el pánico y la infantería rompió su formación huyendo hacia el puente del Wadi al-Ruqhad.

Pero Khalid había logrado ya que sus hombres lo tomaran. Los romanos estaban pues encerrados entre el Wadi al-Ruqhad, el Wadi al-Allan y el río Yarmuk. Su suerte estaba echada y no hubo ya resistencia organizada en el ala izquierda. Teodoro Triturios fue muerto y con él miles de sus hombres que caían abatidos por los agarenos o al tratar de huir por los barrancos. Los ismaelitas no daban cuartel, pues se había dado orden de no hacer prisioneros; así que la matanza fue horrible y sólo algunos centenares de soldados lograron alcanzar la carretera de Damasco, huyendo hacia el norte, perseguidos por grupos de jinetes sarracenos hasta las mismas puertas de la ciudad.

Mientras tanto, en el centro, Vahanes y los gasánidas no sabían nada de la catastrófica situación del ala izquierda y sólo cuando vieron cómo desde su flanco izquierdo, que se suponía cubierto por el avance de Teodoro Triturios y sus hombres, se les echaban encima contingentes sarracenos, se percataron de que algo terrible estaba pasando. No hubo opción para el contraataque, pues una parte considerable de los contingentes gasánidas decidieron pasarse al otro bando en el que, claro está, fueron recibidos con los brazos abiertos y sin necesidad de ninguna confesión de fe. El pánico cundió entonces también en el centro, máxime cuando los escasos contingentes gasánidas que no se habían pasado a los agarenos comenzaron a huir del campo, acción que fue imitada pronto por varios *tagmas* de fuerzas armenias auxiliares. Nada podía ya hacerse por mantener el centro y el campamento romano en Gabyya, como ocurriera con el del ala izquierda, fue tomado por los hombres de Khalid. Sin embargo, aún permanecía intacta el ala derecha romana, la comandada por Jorge, *magister militum per Armeniam*.

En efecto, Jorge, siguiendo las órdenes de su comandante en jefe, Vahanes, había iniciado su avance el día 19 al caer la tarde y lo había hecho con notable éxito. Parece

ser (o eso se infiere de las descripciones que han llegado hasta nosotros) que los hombres de Jorge marcharon en orden cerrado y con perfecta disciplina, escudo contra escudo o como dicen los escritores islámicos, “encadenados entre sí”. Su empuje debía de ser formidable, pues no sólo obligaron a retroceder a los árabes que tenían en frente, sino que los empujaron hasta su campamento y comenzaron a tomarlo. Fue entonces cuando le llegaron noticias a Jorge de que el centro y el ala izquierda romanas se habían hundido. Sorprendido por estas noticias, Jorge fue capaz de controlar a sus hombres, al parecer, y hacerlos retroceder con cierto orden hacia su base de partida: el campamento fortificado de Yakusa.

Pero cuando los soldados del ejército de campaña de Armenia llegaron a Yakusa se encontraron con que la caballería de Khalid ya se había apoderado del campamento. Con la noche sobre ellos y aislados de las posibles rutas de salida, la situación de aquellos hombres era desesperada: los wadis al-Ruqhad y al-Allan junto a la ocupada Jabyya les cerraban los caminos de huida hacia el norte y el oeste; el cauce del Yarmuk y los hombres de Khalid, que habían ocupado Yakusa, les cortaban la retirada hacia el sur, y los árabes del ala derecha agarena cerraban los caminos que podían llevarles hacia el este. Era una ratonera.

Al amanecer del día 20, los guerreros agarenos comenzaron a cerrar sus filas sobre los soldados de Jorge y comenzó la matanza. Agobiados por los embates de una tormenta de arena, por la imposibilidad de cruzar los barrancos de los wadis y por los múltiples ataques sarracenos, los hombres de Jorge que hasta ese momento habían mantenido el orden de sus filas y la disciplina, comenzaron a dispersarse y a quedar aislados en pequeñas unidades. El resto, el grueso de la fuerza, permaneció junto a sus oficiales quienes, creyendo en la posibilidad de una rendición y velando por la vida de sus hombres, les ordenaron que dejaran las armas sobre el suelo y se sentaran en él para esperar a ser hechos prisioneros por los árabes. Pero éstos no querían prisioneros y allí donde hallaban un grupo de soldados sentados, desarmados y con las manos alzadas, les daban muerte de inmediato.

Fue una gran catástrofe militar digna de equipararse con Adrianópolis. De hecho, Yarmuk fue el Adrianópolis del último ejército romano. Aunque no se pueden dar cifras concretas y seguras, todo parece indicar que 2/3 de la fuerza romana original, una fuerza superior a los 40.000 hombres y que quizás rondara los 50.000, fue aniquilada o desertó. Miguel el Sirio, recogiendo informaciones de los siglos VII y VIII, habla de 40.000 muertos en el ejército romano y la cifra, pese a las objeciones de algunos investigadores, no tiene visos de ser exagerada, sobre todo si tenemos en cuenta las características de la batalla y la orden que tenían los agarenos de no hacer prisioneros. Unos cuarenta años más tarde, un contemporáneo de los hechos, Anastasio del Sinaí, estaba seguro de que Yarmuk supuso el fin de la fuerza militar romana efectiva en Oriente y el último intento

de contener y rechazar a los sarracenos, y lo expresaba así: “la primera y espantosa e incurable caída del ejército romano”¹⁴⁴⁹

Así pues, Heraclio había jugado fuerte y había perdido¹⁴⁵⁰. Y es que la derrota en Yarmuk había sido extraordinariamente costosa y dejaba desfondados a los dos ejércitos de campaña –de Oriente y de Armenia– que debían de haberse ocupado de detener a los agarenos. Es cierto que ambos ejércitos sobrevivieron y que, ya asentados en Anatolia y a partir de 659, serían la base para la instauración de los *themas* de los armeníacos y de los anatólicos. Pero también es evidente que no volvieron a tener ningún papel activo ni relevante en la defensa frente a la expansión árabe hasta esa época, 20 años después de Yarmuk. De esto se infiere que debieron quedar tan dañados que su recuperación operativa real y efectiva fue lenta y costosa.

En efecto, y esto ha pasado inadvertido para muchos investigadores modernos, cuando los árabes invadan Egipto en 639, tres años después de Yarmuk, no serán ni el ejército de Oriente, ni el de Armenia, sino el lejano ejército de campaña de Tracia el que acuda en auxilio de Egipto, prueba evidente de que los dos primeros aún no se habían recuperado del desastre. La propia política de Heraclio tras esta derrota, con su orden de evacuación de Siria y su nueva estrategia de mantenerse a la defensiva, refuerzan nuestra suposición y evidencian la magnitud del desastre sufrido por los ejércitos de la Romanía en el río Yarmuk.

Pero ya volveremos sobre eso más tarde pues, después de haber visto cómo los ataques agarenos habían arrollado a los ejércitos de Heraclio, hay que preguntarse qué estaba pasando en Persia mientras tanto.

V. LOS PRIMEROS ATAQUES ÁRABES CONTRA PERSIA Y LA BATALLA DEL PUENTE (634).

Habíamos dejado a Persia en el momento en que Sharbaraz, tras la paz de Arabisos Tripotamos (629) y con el apoyo de Heraclio, se disponía a evacuar

¹⁴⁴⁹ HOYLAND, R.G., *Seeing Islam...*, *op. cit.*, p. 102.

¹⁴⁵⁰ Acerca de las operaciones bélicas desarrolladas entre Ajnadain y Yarmuk, *vid. Crónica de 637*: pp. 2-3; *Crónica de 1234*: p. 149; Sebeos: pp. 96-97; Miguel el Sirio: II, XI, VI, pp. 420-421; Agapios: 194, 451; *Crónica del Khuzistán*: p. 39; Teófanos: 6126, 337-339; Patriarca Nicéforo: cap. 20; *Crónica de Fredegario*: IV, p. 55; *Crónica Mozárabe del 741*: 15-16, pp. 60-61; al-Baladhuri: I, pp. 176-212; al-Tabari: XI, 2090-2120, pp. 88-128 y 2144-2160, pp. 157-172; HOYLAND, R.G., *Seeing Islam...*, *op. cit.*, pp. 92-102; STRATOS, A.N., *Byzantium...*, *op. cit.*, vol. II, pp. 54-84; KAEGI, W. E., *Byzantium...*, *op. cit.*, pp. 112-146; HALDON, J., *The Byzantine Wars...*, *op. cit.*, pp. 56-65; NICOLLE, D., *Yarmuk...*, *op. cit.*, pp. 52-95; KENNEDY, H., *Las grandes conquistas árabes...*, *op. cit.*, pp. 84-93; WEIR, W., *50 batallas...*, *op. cit.*, pp. 177-181; PAYNE, R., *La espada...*, *op. cit.*, p. 109. En cuanto a la expulsión de los Banu Nadir por Mahoma, *vid. Ibn Ishaq*: pp. 437-444; Al-Waqidi: 463-475. Acerca de las luchas de Mahoma contra los Banu Judam, Banu Fadak, Banu Qainuka, Banu Qurayza, los Khaibar y demás tribus árabes judías del

definitivamente Siria, Palestina y Egipto, para marchar a Persia e imponer allí su voluntad. Había firmado con Heraclio una alianza que colocaba a Persia bajo la hegemonía romana, pero además un auténtico pacto de familia mediante el matrimonio de su hija Niki, con un hijo de Heraclio, Teodosio, y la elevación a la condición de Patricio de su hijo Nicetas, el virtual sucesor de Sharbaraz.

La evacuación de Egipto, Siria y Palestina fue necesariamente lenta, pues había guarniciones persas en lugares tan alejados como Asuán y Antinoe. Teniendo en cuenta que el acuerdo se firmó en julio de 629 y que Sharbaraz no podía arriesgarse a entrar en Persia hasta haber completado la reunión de sus ejércitos, es poco probable que pasara la frontera antes de septiembre de 629. Parece ser que la evacuación de las tropas persas y su sustitución por las romanas fue efectiva y completa, puesto que, en septiembre de 629 y en un lugar tan alejado como Muta, en la frontera de la Arabia romana, se hallaban ya tropas romanas y se había restablecido la defensa del limes de forma tan efectiva como para derrotar a los árabes de Mahoma en su primera incursión contra la frontera romana. Esto evidencia que no hubo ni caos, ni desamparo en las fronteras orientales de la Romania, y que la marcha de los persas y la restauración de las guarniciones romanas fueron mucho más ordenadas de lo que a primera vista pudiera creerse.

En septiembre de 629, Sharbaraz entró en Persia acompañado de tropas romanas y, tras librar varios combates contra los generales y nobles que ejercían la regencia en Persia, se apoderó de Ctesifonte en noviembre de 629 y se convirtió en el verdadero amo del imperio, si bien el Shahansha, el pequeño hijo del difunto Kavad II, muerto en octubre de 628, siguió reinando.

Una de las primeras acciones de Sharbaraz fue la de enviar la Vera Cruz de vuelta a la Romania y es posible que también se ocupara de pagar la indemnización que había prometido a Heraclio al firmar con él el tratado de Arabisos Tripotamos. Así mismo, despidió a las tropas romanas que Heraclio le había proporcionado, pues ya se hallaba seguro en su nueva posición. Para marzo de 630, cuando Heraclio reponía la Vera Cruz en Jerusalén, Sharbaraz se hallaba tan sólidamente instalado en Ctesifonte y controlaba tan bien los resortes del poder, que decidió pasar a la segunda fase de su proyecto de asalto al trono y eliminar al niño que lo ocupaba. Éste fue asesinado y el viejo general Sharbaraz, “el jabalí salvaje”, se coronó Shahansha del Eranshar. Su ascenso fue saludado con alegría por Heraclio, pues consumaba el acuerdo firmado en Arabisos Tripotamos y auguraba el establecimiento entre ambas potencias de unas estrechas relaciones en las que la Romania ejercería el papel predominante¹⁴⁵¹.

norte de Arabia, y para el estudio de los recursos bélicos de estas tribus, *vid.* Ibn Ishaq: pp. 362-363, 662-664, 461-481, 510-523; consúltese también NICOLLE, D., *Yarmuk.*, *op. cit.*, pp. 40-41 y 62.

¹⁴⁵¹ *Crónica del Khuzistán*: pp. 236-237; *Historia Nestoriana*: 235, 555-237, 557; *Crónica del 640*: a.D. 940, p. 13; Patriarca Nicéforo: cap. 16-17; al-Tabari: V, 1062-1063, pp. 400-403; MANGO, C., “Deux

Pero había un cabo suelto: los jázaros. En efecto, ya vimos que para lograr su alianza, Heraclio no sólo había prometido a su hija en matrimonio con el khan de los jázaros, sino la entrega a éstos de una serie de territorios en el Cáucaso que, real y efectivamente, no le pertenecían a él, sino a Persia. Heraclio, tras Arabisos Tripotamos, debió darse cuenta de la contradicción que implicaban sus alianzas con jázaros y persas, y de que, en última instancia, sus aliados chocarían entre sí. Heraclio debió darse cuenta de ello con satisfacción pues, en última instancia, la guerra entre jázaros y persas no haría sino fortalecer su propia posición y debilitar la de aquellos, asegurando aún más la hegemonía romana que él, el nuevo David, aspiraba a instaurar.

En efecto, persas y jázaros se enfrentaron en guerra. En la primavera de 630, probablemente en mayo, un ejército persa, un *gunds* de 10.000 hombres en el que militaban muchos auxiliares árabes, fue aniquilado por una gran vanguardia jázara que había penetrado en la Albania caucásica tomando y saqueando Partaw, la capital y centro del poderío persa en la región, y en la Perso-Armenia. Sin embargo, el avance jázaro fue detenido, pero no por las armas persas, sino por la noticia de que una guerra civil había estallado en su propio país y de que el khan se hallaba a punto de ser asesinado por los rebeldes.

Estas noticias nos son proporcionadas por la *Historia de los albaneses del Cáucaso* de Moisés Dasxuranci y fueron tomadas, a su vez, de una obra escrita poco después de 630. Sin embargo, han pasado casi inadvertidas para los historiadores modernos, a pesar de que su trascendencia fue universal y ello por dos razones: la primera es que la muerte finalmente del khan jázaro quebró la alianza jázaro-romana y con ello Heraclio se vio privado de una de sus mejores cartas en la política internacional del momento. La subsiguiente guerra civil que estalló entre los jázaros los dejó durante décadas al margen y sólo a partir de 695 reaparecerían como gran potencia. Teniendo en cuenta el gran papel que posteriormente y ya en el siglo VIII, los jázaros jugaron en el freno de la expansión islámica y su fuerte alianza con Bizancio contra el califato, es fácil deducir cuán importante hubiese sido para Heraclio y sus inmediatos sucesores haber contado con tales aliados en los decisivos años que mediaron entre 634 y 642. Conocedor de estos hechos, Heraclio ordenó a la comitiva que conducía a su hija Epifania (o Eudocia) hacia la corte del khan, que interrumpiera el viaje y regresara. Era la confirmación de que ya no se podía contar con los jázaros.

La otra razón por la que la guerra jázaro-persa de 630 tuvo trascendencia universal fue la de que la derrota sufrida por el ejército persa ante los jázaros en mayo de 630, significó el comienzo del fin para Sharbaraz. En efecto, había sido Sharbaraz quien había enviado a aquel *gund* de 10.000 hombres a Armenia y había sido uno de sus generales de confianza quien lo condujo hacia la aniquilación. Su derrota privó a

études sur Byzance et la Perse Sassanide, Héraclius, Sharbaraz et la vraie Croix”. *Travaux et mémoires*, 9

Sharbaraz de su mejor baza política: su aura de general invencible. No bien llegó la noticia a Persia, se organizó una conjura nobiliaria contra él y en junio de ese mismo año fue asesinado, un año después de la firma del acuerdo con Heraclio de Arabisios Tripotamos que le propició el trono de Ctesifonte.

Heraclio perdió a la par a sus dos aliados más importantes: el khan jázaro y el Shahansha persa Sharbaraz. Con ello se perdía no sólo cualquier posibilidad de auxilio o coordinación efectiva entre las viejas potencias frente al empuje de los árabes, sino también la estabilidad y la seguridad. Heraclio no podía ya fiarse tanto de Persia y por lo tanto, no podía concentrarse por completo en el problema árabe. Tampoco podía ya delegar en los jázaros su política frente a los ávaros, sino que tenía que retomarla de nuevo como uno de sus asuntos prioritarios. Y así, durante la decisiva década del 630, tuvo que desviar no pocas de sus energías hacia los Balcanes para socavar el poderío ávaro y controlar a búlgaros y eslavos que surgían como nuevas potencias locales a tener en cuenta.

Para Persia el asesinato de Sharbaraz fue el inicio de una época de fuerte inestabilidad que empeoró las heridas de la gran guerra romano-persa de 603-628.

En efecto, Nicetas, el hijo de Sharbaraz, huyó hacia la Romania (recuérdese que pelearía bajo los estandartes de Heraclio en la batalla de Yarmuk), pero tras él dejaba una despiadada lucha por el trono del Eranshar. Más de media docena de efimeros reyes y pretendientes al trono se sucedieron en el espacio de pocos meses, llevando al país a la anarquía más completa, y desorganizando aún más su economía y su ejército. Por último, Boran, la formidable hija de Cosroes II Parwez, se hizo con el trono y gozó de una cierta estabilidad. Fue una buena reina y bajo su fuerte y –dicen– hermosa mano se llegó a derrotar a los incursores árabes y a restaurar el dominio sasánida sobre la Albania Caucásica, la Perso-Armenia y otras regiones y principados díscolos o sometidos a los ataques de los bárbaros. Pero el reinado de Boran fue también breve y en los días finales de 631 o en los iniciales de 632 fue sustituida por su hermana Azarmeduhk, quien tampoco duró mucho en el trono. Pareció entonces abrirse de nuevo un periodo de inestabilidad que la subida al trono de Yezdiguerd III, en ese mismo año 632, pareció alejar¹⁴⁵².

Yezdiguerd III, nieto de Cosroes II Parwez, era poco más que un niño cuando subió al trono con el concurso de los nobles de la provincia de Fars (la Persia propiamente hablando) y del Spahbad Rustam. Al parecer tenía 16 años, aunque otras fuentes le adjudican 18. En cualquier caso era muy joven. Había sobrevivido a la tormenta de conjuras y guerras civiles que había sufrido su imperio entre la muerte de Kavad II y su

(1985), pp. 105-118; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, op. cit., pp. 497-499.

¹⁴⁵² Moisés Dasxuranci : II, 16, pp. 104-106; Patriarca Nicéforo: cap. 18; *Crónica del Khuzistán*: p. 237; *Historia Nestoriana*: 237, 557-238, 558; al-Tabari: V, 1065-1067, pp. 406-408; CHRISTENSEN, A., *L'Iran...*, op. cit., pp. 498-499.

propio ascenso al solio imperial. Ni la nobleza sasánida, ni el ambicioso Sharbaraz, ni la portentosa y ambiciosa Shirin, habían juzgado necesario asesinarle y eso sólo puede explicarse por su juventud.

En cualquier caso, la situación del imperio no era buena. La arqueología ha demostrado que el ejército de Heraclio causó grandes daños en las infraestructuras hidráulicas, en las ciudades y en los campos de Mesopotamia, motor esta última del Imperio¹⁴⁵³. Además, tanto Kavad II como Boran habían llevado a cabo una política de rebaja general de impuestos lo que, unido al pago por Sharbaraz de una crecida suma a Heraclio en concepto de indemnización, debió de dejar exhaustas las arcas del tesoro.

También había sufrido mucho el ejército. Ya vimos cómo en 626, Cosroes II se vio obligado a decretar el reclutamiento de artesanos, comerciantes y servidores, quienes siempre habían quedado exentos de cualquier leva militar, lo que era indicio cierto de que el Eranshar se hallaba al borde de exprimir sus últimos recursos militares. Las grandes derrotas de 626-628, la derrota frente a los jázaros en 630 y la secuencia rápida, pero sangrienta, de varias guerras civiles libradas entre 628 y 632, tuvo que mermar aún más los recursos militares del Imperio.

Estaba además la cuestión del prestigio. La gran derrota sufrida frente a la Romania y la continua sucesión en el trono de efímeros reyes, socavó el prestigio de los sasánidas y elevó el poder de los príncipes y reyes locales, así como el descontento de los campesinos que comenzaron a volverse hacia movimientos apocalípticos y a mostrarse levantiscos. Sin embargo, este sombrío panorama no era mortal. Yezdigüerd III, pese a su juventud, dio pruebas más que sobradas de que él, con un poco de tiempo, podía restablecer la situación. Pero no tuvo tiempo.

Ya desde 630, los Banu Shayban, una poderosa tribu árabe que habitaba en la frontera arabo-persa al oeste de Hira, la antigua capital de los lakmidas, había dado muestras de actividad bélica atacando de continuo los poblados persas cercanos al Éufrates. Los Banu Shayban eran una de las tribus sujetas a la profetisa Sajah y buena parte de sus miembros y la práctica totalidad de sus nobles, eran cristianos. Uno de esos nobles – aunque de segunda categoría– era Mutahna Arita. Este jefe guerrero había encontrado en las algaradas contra Persia una fórmula de elevarse dentro de la nobleza de su poderosa tribu y bajo su mando se recrudecieron los ataques de los árabes del desierto contra la frontera. Esos ataques mostraron a las autoridades persas cuán grande había sido su error de destruir el reino lakmida y señalaron a los árabes de Mahoma el camino a seguir en Persia.

¹⁴⁵³ La gravedad de los daños provocados por las expediciones de Heraclio en la economía persa y en su prestigio y la importancia de todo esto en el posterior e inmediato triunfo árabe ha sido mostrada por J. M. FIEY en un magnífico trabajo: “The last Byzantine campaign in to Persia and its influence on the attitude of the local populations towards the Muslim conquerors 7-16 H / 628-36 A.D.”, en *Proceedings of the Second Symposium on the History of Bilad al-Sham during the early Islamic period up to 40 AH /640 A.D.* Ammán, 1987, pp. 96-103; también KENNEDY, H., *Las grandes conquistas árabes...*, op. cit., p. 114.

En efecto, ya vimos cómo a la muerte de Mahoma, la profetisa Sajah y su esposo, el profeta Musaylima, lanzaron una gran ofensiva contra los árabes de Mahoma para destruir el poder de éstos y acabar con el sucesor de Mahoma, Abu Bark. Los Banu Shayban, como seguidores de la profetisa Sajah, participaron en esta guerra; en consecuencia, tras la definitiva derrota de Sajah y Musaylima, se vieron expuestos a las expediciones de castigo lanzadas por Khalid, la espada de Dios, contra las tribus árabes que se seguían oponiendo a la voluntad del califa Abu Bark.

Fue en ese momento crítico para la particular historia de los Banu Shayban cuando entró en escena Mutahnna Arita. En efecto, mientras que los nobles de su tribu reunían a sus guerreros y se oponían a las huestes de Khalid, Mutahnna Arita ofreció al enemigo de su pueblo una alianza. Khalid la aceptó y Mutahnna pasó de ser un fiel seguidor de la profetisa cristiana Sajah, a convertirse en un ferviente seguidor de la doctrina predicada por el difunto Mahoma y el califa Abu Bark. Divididos entre sí, los Banu Shayban fueron derrotados por Khalid y para consolidar su entrada en el imperio de Abu Bark, se sumaron a Khalid y a los guerreros de otras tribus de la Arabia noroccidental como los Banu Tamim o los árabes de Yamama, tan recientemente sometidos como ellos a la autoridad de los árabes de Mahoma, en una expedición contra la frontera persa.

Nos hallamos en junio de 633, esto es, en un momento en que las guerras *Riddah* aún no habían terminado y en el que, por tanto, aún no se había consumado la unificación de Arabia. Tampoco habían partido todavía las columnas que, en febrero de 634, derrotarían al patricio Sergio en la batalla de Datin; por lo que el ataque contra Persia precedió en el tiempo al gran ataque contra la Rumania. Khalid se lanzó pues, contra los puestos de la frontera persa y los arrolló. Pronto se acercó a Hira, capital de los lakmidas y que desde el asesinato de su último rey, al-Numan III, era la sede del gobierno de un Mazban persa que regía los destinos de la frontera árabe del Eranshar.

Las excavaciones efectuadas en Hira en 1932, revelaron que la ciudad debió de contar con unos 30.000 habitantes, y que era rica y bien asentada entre palmerales y campos irrigados gracias a un canal que llevaba hasta ella las aguas del Éufrates. Hira poseía dos hermosas basílicas cristianas nestorianas y algunos monasterios de cierta fama. Su obispo era un poderoso jerarca de la iglesia nestoriana persa y su nobleza árabe vivía en lujosos palacios que las excavaciones pusieron a la vista de los sorprendidos arqueólogos que no esperaban encontrar allí, en la estepa iraquí, tal despliegue de riqueza y gusto artístico.

Pero estas excavaciones pusieron al descubierto otra faceta menos tranquilizadora de la vieja Hira: la ciudad carecía de murallas. Así que, cuando Khalid y sus guerreros llegaron hasta ella tras haber arrollado los puestos sasánidas de la frontera, a los habitantes de Hira, árabes nestorianos en su inmensa mayoría, no les quedó otra salida que ofrecer a Khalid y a sus guerreros el pago de una fuerte suma a cambio de la paz, de su seguridad y del respeto de sus iglesias. Exhultantes tras este fácil y provechoso triunfo, los hombres de Khalid continuaron con su rápido y victorioso avance.

Khalid, con esa eficiencia militar que le caracterizaba, no penetró hacia el interior de Mesopotamia, sino que continuó con el desmantelamiento de la frontera. Para tal fin continuó hacia el norte de Hira, hacia Anbar, otra ciudad persa situada al borde del desierto y en donde se hallaba una fuerte guarnición además de una nutrida comunidad de árabes cristianos. Anbar fue tomada al asalto y en ella Khalid hizo gran botín y buen número de esclavos, la mayoría de ellos árabes cristianos del lugar. Tras esta nueva victoria, giró hacia el oeste, hacia el oasis fortificado de Ayn Tamr, en donde arrolló a los persas y a sus auxiliares árabes y en donde de nuevo hizo gran botín y buen número de esclavos. Fue precisamente en estas algaradas de Khalid en donde fue hecho cautivo Nusayr, un árabe cristiano nestoriano, cuyo hijo, Musa Ibn Nusayr, sería el futuro conquistador de España.

Tras esta victoriosa marcha, Khalid volvió a cambiar de dirección y giró hacia el este. Se hallaba saqueando los alrededores de la futura Kufa cuando –como vimos al tratar de la batalla de Ajnadain– recibió la orden de Abu Bark de que debía trasladarse a toda prisa a Palestina. La marcha de Khalid dejó el mando de las huestes ismaelitas en manos de Mutahnna, el traidor jefe de segundo rango de los Banu Shayban, que, al contar con pocos hombres y no tener en modo alguno el prestigio y la habilidad de Khalid, tuvo que conformarse con hostigar la frontera y mantener sujetas a las tribus árabes cristianas de la región que Khalid había sometido.

Esta incursión de Khalid debió de alertar mucho a las autoridades sasánidas y Yezdiguerd III reaccionó enviando grandes refuerzos a la zona puesta en peligro por el desmantelamiento de las defensas de la frontera. Parece ser que las fuerzas persas de refresco se alinearon a lo largo de la ribera occidental del Éufrates y que su llegada impidió a los sarracenos de Mutahnna lograr nada positivo.

En cualquier caso, cuando Omar subió al trono de Medina, a fines de agosto de 634, decidió tomar cartas en el asunto y, tras reclutar con grandes trabajos (nadie quería ir a combatir a los persas, dicen las fuentes islámicas de los siglos IX y X) un ejército de unos 5.000 guerreros de entre las tribus de la región de Medina, muchos de ellos antiguos judíos, lo envió hacia el Arak persa bajo el mando supremo de Abu Ubayd, quien debía hacerse cargo de los hombres mandados por Mutahnna. Abu Ubayd llegó a la frontera persa a fines del 634 y, tras reunirse allí con los árabes del lugar (en su mayoría tribus cristianas o tribus que hasta hacía menos de un año eran fieles seguidoras de la profetisa Sajah y del profeta Musaylima) logró reunir bajo su estandarte a unos 10.000 hombres. Con ellos avanzó hacia el Eúfrates buscando el enfrentamiento con los sasánidas.

El ejército persa se hallaba situado no lejos de Hira, cuyo control probablemente acababa de recuperar, y al ver cómo se acercaban los guerreros del califa Omar, se alineó tras de un profundo canal de irrigación. Estaba al mando del Spahbad Rustam, el general de confianza de Yezdiguerd III, que llevaba con él el estandarte real, el *drafsh-e-Kaviani*, auténtico símbolo de la autoridad real y más aún, de la propia Persia. Era una

auténtica reliquia para los savaran persas y sólo abandonaba la residencia real cuando el Rey de reyes iba personalmente a la guerra o cuando el soberano lo entregaba a uno de sus generales como acicate en una empresa especialmente importante o expuesta. Así que la aparición del *drafsh-e-Kaviani* en el ejército persa comandado por Rustam muestra, sin ningún género de duda, que los persas se estaban tomando muy en serio a los árabes de Mahoma. También lo muestra así la composición del ejército de Rustam, quien contaba no sólo con un fuerte contingente de caballería pesada o savaran, sino también de arqueros de línea y de infantería pesada. Llevaba consigo, además, un fuerte grupo de elefantes de guerra que resultarían decisivos en la inmediata lucha.

Abu Ubayd ordenó a sus hombres que avanzaran contra los persas. Éstos esperaban el choque y no se movieron, pues tenían ante sí un ancho canal de riego cruzado sólo por un puente de madera y confiaban en su mayor poderío. Abu Ubayd interpretó mal la inmovilidad de las tropas persas, creyendo que se debía al miedo y no a una táctica militar para encerrar a los árabes entre sus líneas y el ancho canal, así que se precipitó hacia ellos y hacia la muerte.

Los arqueros persas comenzaron a lanzar andanadas de flechas que segaron las filas de los jinetes árabes, y les obligaron a suspender su carga y a desmontar. Conducidos por su jefe, los árabes se lanzaron a pie contra la inmóvil línea persa sólo para ver cómo Rustam, el Spahbad persa, daba orden a sus elefantes de guerra de avanzar y aplastarlos. El pánico cundió entre los sarracenos y para intentar aliviarlo, Abu Ubayd se lanzó el solo contra uno de los formidables paquidermos y –como cuenta al-Baladhuri– logró darle un tajo en la trompa, pero nada más, otro elefante se le echó encima y lo aplastó hasta reducirlo a una pulpa sanguinolenta¹⁴⁵⁴.

Fue el principio del desastre para los árabes de Omar, pues Rustam ordenó a sus hombres que cargaran y dio comienzo una gran matanza. Aplastados por los elefantes y por los arqueros y savaran persas, los árabes comenzaron a huir hacia el puente. Fue entonces cuando uno de sus guerreros, adelantándose a los fugitivos, cortó el puente y les arengó infructuosamente para que volvieran y continuaran la lucha. Sólo unos pocos centenares de hombres, entre los que se hallaba Mutahnna, lograron escapar. Había sido una derrota en toda regla y los persas de Rustam recuperaron el terreno perdido desde que Khalid se apoderara de Hira en junio de 633¹⁴⁵⁵.

La muerte de Mutahnna, gravemente herido en la Batalla del Puente (como fue conocida por los historiadores musulmanes), dejó a los árabes de Omar sin un jefe digno de tal nombre en la frontera persa. Además, Omar se hallaba en grandes dificultades para afrontar las necesidades que planteaban la guerra contra la Rumania y la paralela contra Persia. Dado que, tras Ajnadain, Pella y Escitópolis, era Siria la que tenía la prioridad, los recursos humanos del Imperio árabe se estaban dirigiendo hacia ella, por

¹⁴⁵⁴ Al-Baladhuri: I, pp.403-404.

lo que la derrota de la Batalla del Puente, con sus crecidos costes en vidas, privaba casi por completo al frente persa de recursos humanos.

Sin embargo, a inicios de 635, Omar se percató de que, si dejaba la derrota del puente sin vengar, su prestigio como jefe guerrero y profeta sería cuestionado por las tribus del noroeste, precisamente las que más fieles se habían mostrado a la profetisa Sajah y a su esposo, el profeta Musaylima, los mayores adversarios de Mahoma y de Abu Bark. Si eso ocurría, las tribus árabes del noroeste y del Golfo Pérsico, tan recientemente sometidas a la autoridad del nuevo imperio (en el verano de 633), no tardarían en sublevarse y en proclamar un nuevo profeta o en regresar a la tutela de Persia que ahora, tras la demostración de su poderío militar en la Batalla del Puente, volvía a ser vista por los árabes como una potencia formidable.

Que Omar temía que las tribus árabes del noroeste, muchas de ellas cristianas o influenciadas por el zoroastrismo persa, terminaran por desertar de su campo se evidencia claramente en la resolución que tomó a inicios del 635: enviar un nuevo ejército a Mesopotamia que vengara la derrota del puente y eso en un momento en que las noticias sobre la reunión de un gran ejército romano por Heraclio hacían temer una fuerte contraofensiva en Siria. Además y para terminar de mostrarnos lo poco que se fiaba Omar de las tribus del noroeste y del Golfo Pérsico, los guerreros necesarios para conformar el nuevo ejército árabe, no fueron extraídos del lugar más lógico, es decir, de las tribus vecinas a la frontera persa (las del noroeste de Arabia y del Golfo Pérsico), sino de la lejana frontera del Hedjaz con el Yemen.

En efecto, Omar no se fiaba de las tribus árabes cristianas de la frontera persa; esto es, de las tribus que habían proporcionado la mayoría de los efectivos que habían luchado en la Batalla del Puente y cuyos guerreros –como lo evidencia un pasaje de al-Baladhuri– seguían siendo en buena parte cristianos¹⁴⁵⁶. Por eso acudió en busca de guerreros a la región montañosa que se alza en los lindes del Yemen con la Arabia central. Las tribus que habitaban aquí habían sido politeístas, en su mayor parte, aunque había también algunas que eran cristianas e incluso algunos clanes judíos. Pero al contrario que las tribus del Yemen propiamente hablando, las de estas montañas habían permanecido fieles al nuevo poder de Medina, tras someterse a Mahoma en 630. Omar puso a la cabeza de este ejército a Yarir Ibn Abd Allah, jefe guerrero que había destacado en las recientes guerras *Riddah* y que vino a reforzar el frente persa cuando éste se hallaba ya en estado de completo letargo. Algunas fuentes sostienen que Yarir tomó el poder en vida de Mutahhna y recogen varias leyendas sobre el recelo que se tenían ambos líderes guerreros; pero lo más probable es que Mutahhna estuviera ya

¹⁴⁵⁵ Al-Baladhuri: I, pp. 269-300, 387-404; al-Tabari: XI, 2175-2182, pp. 188-195.

¹⁴⁵⁶ Una prueba evidente de que una parte de los guerreros de estas tribus seguían siendo cristianos la tenemos en el poeta Abu-Zubaid, quien participó en la batalla y del cual al-Baladhuri [I, p. 404] nos dice expresamente que era cristiano.

muerto cuando Yarir se hizo con el control de las operaciones. Estas leyendas debieron de tener como objetivo el dotar a la historiografía islámica de una excusa que explique la completa incapacidad de Yarir y sus hombres para penetrar la frontera persa.

En efecto, los persas de Rustam se mantenían firmes y rechazaban todos los ataques. Habían comprendido su error de haber eliminado el reino vasallo de los lakmidas árabes y restauraron en el trono de Hira a un descendiente de al-Numan III. Yazdiguerd III, el joven rey sasánida, estaba resultando ser un excelente rey y su poder se extendía de nuevo en todas direcciones, por lo que el ejército de Rustam se vio continuamente fortalecido con grandes contingentes de tropas auxiliares proporcionadas por los príncipes armenios, por el príncipe de Albania, Juanser; por los jefes dailamitas, y los señores y reyes del Gelum y del Tabaristán, tropas que acudieron a reforzar la frontera sur del Éufrates.

Así que Omar no tuvo más remedio que volver a enviar refuerzos y a un nuevo jefe, Sad ibn Abi Wakqas, para que diera un nuevo giro a las operaciones y lograra de una vez por todas, perforar las defensas persas.

VI. LA BATALLA DE QADESIYA (636) Y EL PROGRESO DE LA CONQUISTA ÁRABE DE MESOPOTAMIA.

Los historiadores musulmanes se han encargado de arrojar sobre la batalla de Qadesiya un grueso manto de leyendas, tan legendario que apenas si se pueden extraer algunos datos ciertos de esta batalla. Afortunadamente, disponemos de los relatos de dos historiadores armenios, Sebeos y Moisés Dasxuranci; de algunas noticias dadas por los siriacos, entre ellos Miguel el Sirio, la *Crónica de 1234*, Dionisio de Tell Mare y Agapios, así como de varios informes sueltos ofrecidos por la *Historia Nestoriana* y la *Crónica del Khuzistán*, que permiten recomponer algo de tan decisiva batalla.

El primer problema con el que nos enfrentamos es el de la fecha de la batalla. En efecto, las fuentes islámicas ofrecen un amplio abanico de fechas posibles que van desde el 6 de enero de 635 al 23 de enero de 638. No obstante, de un atento estudio de Moisés Dasxuranci, que aprovechó para esta parte de su historia un relato compuesto en 685 por alguien próximo al príncipe Juanser (quien participó personalmente en la batalla de Qadesiya), es posible establecer la fecha de la batalla en el mes de Mehekan, el día de Navidad, esto es, el 6 de enero de 636 según nuestro calendario. La misma fuente añade que el príncipe Juanser permaneció peleando por Persia otras siete campañas, hasta la batalla de Nehavend (mayo de 642), dato que casa muy bien con la fecha de 6 de enero de 636. Si bien, entre el 6 de enero de 636 y mayo de 642 no van siete años completos (sólo algo menos de seis años y medio), si se cuentan campañas en vez de años, el número de éstas es de siete, tal y como afirma la fuente de Moisés Dasxuranci,

tan próxima en tiempo a los acontecimientos y tan cercana a uno de sus más relevantes actores que –en nuestra opinión– sería una locura no tenerla en cuenta.

Además, la *Historia de los albaneses del Cáucaso* relata cómo antes de Qadesiya, Juanser y las tropas persas obtuvieron una señalada victoria sobre los árabes, los “hijos de Agar”, como los llama el anónimo informante de Moisés Dasxuranci. Esa victoria sólo puede ser la de la Batalla del Puente que tuvo lugar, como hemos visto, a fines del 634. Por tanto, la Batalla de Qadesiya no pudo ser en enero de 635, afirmación que concuerda con al-Baladhuri cuando sostiene que entre la batalla del Puente y la de Qadesiya pasó todo un año. Esto hace imposible la postura de aquellos investigadores que siguen apostando por enero de 635 para la batalla de Qadesiya.

Además, las fuentes más próximas a los hechos relatan que el asedio de Ctesifonte (acontecido tras la batalla de Qadesiya) duró 18 meses, y puesto que tras él se dieron tres grandes batallas, la última de las cuales tuvo lugar en Nehavend en mayo del 642, trasladar la fecha de Qadesiya al 23 de enero de 638 es, a nuestro entender, insostenible. Así que la fecha dada por Moisés Dasxuranci nos parece no sólo posible, sino la única digna de crédito. Ya tenemos la fecha: 6 de enero de 636. Ahora habrá que dilucidar el problema de los efectivos.

En efecto, quieren las fuentes islámicas (al-Baladhuri y al-Tabari básicamente) que el ejército árabe fuera extremadamente pequeño: de 6.000 a 12.000 hombres, y esto, claro está, a la par que el ejército persa era inconmensurablemente grande, sobrepasando en algunas noticias los 200.000 hombres. Para resaltar aún más el contraste entre ambos grupos, los historiadores musulmanes relatan un sin fin de fantásticas historias en las que los guerreros árabes, vistiendo raídas túnicas y mugrientos mantos de piel de camello, con sus cabezas cubiertas con arcos de camello, sus espadas envainadas en fundas de tela agujereada y las hojas de sus lanzas sujetas por tendones y portadas junto con escudos de piel de vaca sin curtir, se medían en encuentros orales y embajadas con los persas, a quienes presentan cubiertos de hierro y adornados con perlas, oro y plata, costosas sedas y espléndidos brocados. Los guerreros árabes, piadosos hasta el extremo, se miden en estas embajadas previas a la batalla con los jefes persas que –como no podía ser de otro modo– se muestran temerosos y asombrados ante la pobreza, virtud y valor de los guerreros de Allah.

Rustam, por ejemplo, el general en jefe de los persas, sabe ya por su afición a la astrología (curiosamente la misma que tenía Heraclio) que su derrota es cierta; también Heraclio, según los árabes, supo por las estrellas que todo estaba perdido. Más aún, Rustam, valiente y prudente adversario, trata de convencer al rey persa de que rehuya el encuentro con los árabes. Y una vez más, curiosamente el paralelo con Heraclio es completo, pues los autores musulmanes cuentan que el prudente Heraclio ordenó a sus generales rehuir el encuentro con los árabes. Ni Rustam, ni Heraclio, claro está, logran su propósito y se ven forzados a una guerra que ambos saben perdida de antemano

gracias a las estrellas, y en la que ambos conocen –según las fuentes islámicas– que los árabes están asistidos por Dios en su empresa y que, por lo tanto, nada es posible ya hacer contra ellos.

Como se ve, se trata de puras construcciones literarias pues en las historias islámicas, estos temas se repiten continuamente: las ciudades son tomadas de idéntica manera, ya estén situadas en Persia o en España; de idéntica manera son derrotados los ejércitos y siempre son pequeños los ejércitos árabes y descomunales los de sus enemigos ya sean romanos, persas o visigodos.

La realidad fue distinta y afortunadamente para el caso de la Romanía y Persia contamos con otras fuentes. Así, si los autores islámicos hablan de unos 12.000 guerreros árabes en la batalla de Qadesiya, Moisés Dasxuranci (que toma sus datos de la referida fuente del entorno de Juanser, participante en la batalla) cuenta a 10.000 jinetes, cifra de hombres de la unidad que menciona el historiador albanés, y 20.000 infantes entre las huestes de los hijos de Agar: es decir, 30.000 guerreros, número mucho más acorde con la realidad de los hechos que el proporcionado por las fuentes islámicas.

Esos 30.000 guerreros agarenos no eran en modo alguno simples pastores, como nos quieren hacer creer las fuentes islámicas, sino guerreros armados con espadas rectas, anchas y de doble filo, forjadas con duro acero abisinio o romano; largos arcos de 2 m de longitud capaces de perforar una cota de malla con sus flechas; cotas de malla y armaduras de láminas de cuero endurecido, yelmos segmentados o cónicos de hierro y largas lanzas de ancha hoja de doble filo. La arqueología y el cuidadoso estudio de las fuentes ha permitido que la verdadera panoplia de los guerreros agarenos se muestre ante nosotros y acabe con la romántica idealización creada por los relatos islámicos y continuada por no pocos historiadores contemporáneos hasta nuestros días.

Pero si los agarenos eran 30.000 ¿cuántos eran los persas? Tenemos dos fuentes contemporáneas de los hechos: Sebeos y la *Historia de los albaneses del Cáucaso*. Sebeos evalúa el ejército sasánida que combatió en Qadesiya en 80.000 hombres, entre los que se incluían contingentes armenios y albaneses. También Moisés (cuya fuente original escribe en 685) nos informa sobre la participación de esos contingentes armenios y albaneses en la gran batalla, pero nos da otra cifra para el total del ejército persa: 30.000 jinetes y 20.000 infantes.

Ahora bien, ya vimos al estudiar el ejército sasánida que los infantes ligeros persas, los paighan (campesinos reclutados mediante levas forzosas), deficientemente armados y sin paga alguna, eran tan pobremente estimados que las fuentes de la época, ya fueran griegas, persas, armenias o siríacas, suelen ignorarlos por completo y aplicarles los epítetos de servidores o de campesinos. Así que puede ser –es bastante probable en nuestra opinión– que la diferencia entre las cifras dadas por Sebeos y Moisés sea más aparente que real y que mientras que Sebeos ofrece el total incluyendo

en él a los mal armados paighan, la fuente de Moisés no los tenga en cuenta y sólo recuerde el número de los jinetes y de la infantería de línea.

Además, muchas fuentes –no sólo las islámicas– apuntan a que los persas eran muy superiores en número a los árabes en Qadesiya y, puesto que éstos tenían 30.000 hombres, que los persas llegaran a contar con 80.000 no parece disparatado. En cualquier caso, su número pasó de 50.000 y por lo tanto, en contra de lo que han sugerido algunos autores modernos, Qadesiya fue una gran batalla. Con respecto al lugar del encuentro no hay duda, pues Qadesiya está en el límite mismo entre las tierras cultivadas y el desierto, y a la altura del antiguo distrito sasánida de Bi Kawat, junto al lago del Eúfrates.

Rustam tenía consigo el *Drafsh-e-Kaviani*, el formidable estandarte real persa de 40 m de largo y 6 m de ancho, confeccionado en pieles de leones sobre las que los distintos Shahanshas, desde Artashir I, habían ido cosiendo esmeraldas, rubíes, zafiros, perlas, ópalos, granates y toda suerte de piedras preciosas sujetas al estandarte con hilos de oro y plata. Numerosos miembros de las seis grandes familias del Eranshar, así como príncipes y reyes vasallos procedentes de las cuatro esquinas del imperio estaban también con él. Sebeos y Moisés recogen el nombre y los contingentes de los príncipes armenios y albaneses:

-Musel, príncipe de la casa de Mamikonien, seguido por 3.000 caballeros armenios armados al estilo de los savaran persas y por un número no precisado de infantes.

-Gregorio, señor de Siunie y a la sazón gobernador de la Armenia persa, quien llegó seguido de 1.000 caballeros.

-Juanser, el príncipe albanés, al frente de un nutrido grupo de jinetes e infantes que puede evaluarse en unos 5.000 guerreros.

Por tanto, Yezdiguerd III y al igual que Heraclio en Yarmuk, estaba arriesgando buena parte de su imperio en un solo encuentro. Rustam pensaba repetir su estrategia en la Batalla del Puente, esto es, atraer a una batalla total y frontal a los árabes en un lugar en donde el terreno favoreciera el despliegue de su caballería y de sus elefantes de guerra, y permitiera a la vez el aprovechamiento de sus arqueros. Con respecto a estos últimos, las fuentes islámicas han tejido otra leyenda que ha influido notablemente en nuestros modernos historiadores.

Según refieren al-Baladhuri y al-Tabari, los arqueros persas fueron impotentes a la hora de detener a los musulmanes, pues sus flechas se enredaban inofensivamente en las amplias ropas que cubrían a los guerreros del califa Omar. Esto no puede sostenerse, por varias razones:

a) en primer lugar, porque si por algo se caracterizaban los arqueros sasánidas era por su destreza y la potencia de sus disparos. En efecto, ya vimos que pruebas recientes realizadas con el arco centroasiático compuesto –el mismo que usaban los sasánidas– demuestran que esa formidable arma era capaz de arrojar flechas a más de 500 m de distancia y que a 175 m su eficacia era sencillamente letal. A 175 m de distancia, las flechas lanzadas por los arcos sasánidas atravesaban cualquier cota de malla o escudo, y a esa misma distancia el disparo de los arqueros persas era ya bastante atinado. Así que, ¿en virtud de qué prodigio unas flechas que podían atravesar una cota de mallas o un escudo a 175 m de distancia no iban a poder hacer lo mismo con unos simples ropajes de lana o piel de camello?

b) en segundo lugar, los árabes del siglo VII iban realmente vestidos y armados como aparecen en los bajorrelieves, tallas y textiles coptos de los siglos VII y VIII. En esas representaciones, los árabes visten pantalones anchos, fuertes botas, túnicas cortas, cota de malla a veces reforzada por una coraza de cuero endurecido, yelmo segmentado o cónico, y un manto corto.

c) en tercer lugar, ¿por qué si los arqueros persas fueron tan efectivos en la Batalla del Puente –como reconocen los propios historiadores islámicos– iban a dejar de serlo en la de Qadesiya?

Así que, la visión de una batalla ganada gracias a la invulnerabilidad de los guerreros árabes ante las flechas sasánidas y a la pericia de los propios arqueros, no es sino una de las múltiples leyendas tejidas por la historiografía islámica para realzar los hechos de una conquista efectuada 250 años antes de que al-Baladhuri, o al-Tabari la cantaran en sus textos. Si se estudian adecuadamente en las fuentes las noticias dadas por los armenios, los albaneses, nestorianos y siriacos, y se confrontan con las ofrecidas por la tradición islámica, se pueden asentar algunas líneas generales que iluminan, si quiera someramente, esta decisiva batalla.

Rustam, en efecto, quería repetir su victoriosa táctica de la Batalla del Puente. Por eso, tal y como dicen Sebeos y Moisés Dasxuranci, atrajo a los árabes hasta la gran y despejada llanura de Qadesiya. Pero había una notable diferencia con la Batalla del Puente pues, al contrario que en aquélla, los persas no tenían delante de sí una corriente de agua, sino que ésta estaba detrás de ellos. Esta diferencia resultó ser decisiva. El deseo de aprovechar al máximo su superioridad numérica, su caballería y sus elefantes, habían llevado a Rustam a no interponer entre su ejército y el árabe ningún obstáculo, pero dejar el Eúfrates tras de él era una imprudencia notable. Si la batalla era desfavorable, los persas no podrían retroceder en orden y el río se convertiría en una trampa para ellos. Pero Rustam estaba seguro de la victoria y en el río sólo vio una eficaz defensa para su retaguardia y sus flancos.

Todo fue bien al principio y Moisés Dasxuranci nos informa de que los hijos de Agar hicieron marchar a su infantería en perfecto orden cerrado; las propias fuentes islámicas relatan que la batalla fue básicamente un combate de infantería. La embestida de la infantería agarena fue frenada en seco y, tras un duro encontronazo, comenzaron a retroceder. Fue en ese momento decisivo cuando los árabes, bien por una táctica previamente establecida, bien por casualidad, iniciaron un precipitado repliegue que la aparición en escena de los elefantes de guerra persas transformó en desbandada. Ante esto, Rustam lanzó a su caballería tras los árabes y su infantería siguió a los paquidermos en el ataque contra la línea agarena.

Los árabes retrocedían cada vez más internándose en la estepa y los persas los perseguían cada vez más desorganizados. Rustam intentó frenar el empuje de sus soldados y hacerlos volver hacia su inicial línea de batalla, pero fue inútil. De súbito, la caballería árabe se volvió y arrolló a los dispersos grupos de persas que la perseguían. La infantería árabe –infantería montada, recuérdese– se agrupó entonces con suma rapidez y volvió a avanzar en orden cerrado frente a unos persas que habían perdido cualquier atisbo de orden y formación. Fue el comienzo del fin para Rustam y sus hombres. Aprovechando el desconcierto generado en el ejército persa por la súbita maniobra llevada a cabo por la infantería montada agarena y por su caballería, así como por la locura que se había apoderado de sus elefantes de guerra, los jinetes árabes cargaron sobre las desorganizadas filas sasánidas y las empujaron contra el río.

Allí cundía el desorden más absoluto, los soldados persas trataban de cruzar el río, pero como no había pasos suficientes para su tremenda masa, muchos de ellos se arrojaban al ancho Éufrates. Algunos savaran, capitaneados por Rustam y junto con los caballeros armenios y albaneses, se congregaron en torno al estandarte real, el *Drafsh-e-Kaviani*, y ofrecieron junto a él una reñida resistencia. Gregorio y Musel, los príncipes armenios, murieron allí junto a sus hijos y sobrinos; Juanser, el príncipe de la Albania Caucásica, recibió tres heridas graves antes de verse obligado a saltar al Éufrates y cruzarlo a nado. Rustam, el Spahbad, recibió tal cantidad de heridas que su cuerpo era por completo irreconocible.

La batalla degeneró en una matanza, sin sus jefes y acorralados contra el río, los persas fueron cayendo bajo las armas agarenas o pereciendo en las aguas del río. Sólo unos pocos miles lograron atravesar el Éufrates y algunos contingentes de infantería regular, comprendiendo que era imposible la huida, cerraron filas y se dispusieron a morir luchando. Tal fue el caso de 4.000 infantes pesados dailamitas que pelearon durante toda la jornada y, al llegar la noche, decidieron parlamentar con los agarenos: si se avenían a pagarles la soldada que les pagaba el Rey de reyes, estaban dispuestos a pasarse a sus filas. Los árabes los recibieron con los brazos abiertos y pronto a aquellos dailamitas se vinieron a sumar contingentes de savaran persas (los "asawira" de las fuentes árabes) que vinieron a reforzar sus cuadros. Tal fue el caso de 300 savaran

persas, jinetes pesados que se pasaron a los árabes poco después de Qadesiya y llegando hasta ellos desde lo que luego serían las tierras de Basora. Su ejemplo fue pronto seguido por otros y esto fue decisivo, pues –como ya vimos– los recursos humanos con que contaba Omar para llevar a cabo la conquista eran limitados.

Ni los dailamitas pasados a los árabes en Qadesiya, ni los savaran llegados hasta ellos desde Basora tuvieron necesidad de convertirse a ninguna religión para luchar en las filas agarenas. El propio al-Baladhuri ofrece sobre este hecho dos versiones: la primera sólo nos habla de que los dailamitas se pasaron al bando árabe cuando los jefes del ejército sarraceno convinieron en pagarles la soldada que hasta entonces habían recibido de Persia; la segunda, resalta continuamente la conversión de los dailamitas al Islam, una conversión que no aparecía por ningún lado en la primera y más extensa versión. De hecho, hoy es bien sabido que los persas que se pasaron a las filas árabes o que aceptaron su dominio, no tuvieron ni que desarmarse, ni que convertirse para luchar en las filas agarenas. Sólo a fines del siglo VII se inició la conversión en masa de la nobleza guerrera de Persia y se puede afirmar sin lugar a equívoco alguno que tras Qadesiya, la conquista de la Persia sasánida fue una acción conjunta de árabes y persas rebeldes a la autoridad imperial¹⁴⁵⁷.

Sabemos que los dailamitas se sublevaron pronto contra la soberanía sasánida y que en Hamadán, en Media, estalló una revuelta militar dirigida por dos generales y en cuyo sofocamiento participó Juanser. Las propias fuentes islámicas nos recogen multitud de casos de grandes nobles y altos funcionarios persas que, rebeldes ante la autoridad del Shahansha y deseosos de salvaguardar sus privilegios ante los nuevos conquistadores, ofrecían a los árabes su completa colaboración.

La batalla de Qadesiya no quebró la resistencia persa y esto es una nueva prueba de la fortaleza del imperio. Los árabes, tras su victoria, cruzaron el Eúfrates y avanzaron hacia el Tigris y la capital persa. La sumisión de varios Deqan locales y la pasividad con que les recibió el campesinado del país, cristianos nestorianos de lengua aramea, permitió su rápido avance y un cierto respeto hacia la población local que tan cumplidamente se les rendía.

Sin embargo, el ejército sasánida continuaba su resistencia. Las fuentes recogen numerosos combates contra los persas en el recorrido seguido por las huestes agarenas entre Qadesiya y Ctesifonte. En uno de esos combates, el del León, aparece un grupo de guerreros persas juramentados para luchar hasta la muerte, los famosos *pesmergas*, y

¹⁴⁵⁷ Al-Tabari: XII, 2236-2480; al-Baladhuri: I, 405-416; Miguel el Sirio: vol. II, XI, VI, 421-422; *Crónica del Khuzistán*: pp. 16-17; Sebeos: 98-99; Moisés Dasxuranci: 109-112; *Historia Nestoriana*: 307-308, 627-628; CAETANI, L., *Annali...*, op. cit., III, pp. 629-713; KENNEDY, H., *Las grandes conquistas árabes...*, op. cit., pp. 122-132; KENNEDY, *The Armies of the Caliphs...*, op. cit., pp. 1-17; NICOLLE, D., *Yarmuk...*, op. cit., pp. 32-42; WEIR, W., *50 batallas...*, op. cit., pp. 384-387; GÓMEZ, H., “Sarracenos I”, *Tagmata*, 2005, <http://tagmata.atspace.org/Tagmata.html>.

dado que esta tradición tenía hondas raíces –como vimos– en la tradición guerrera de los iraníes, no hay por qué dudar de este relato en cuestión.

Al cabo, tras arrollar a los destacamentos persas que les salían al paso, los hombres de Omar se enfrentaron a los persas en otra batalla campal de grandes proporciones, la de Babil, de nuevo cubierta con el manto de múltiples leyendas y sobre la que sólo se puede deducir que fue un completo triunfo árabe y que se libró entre los montículos de ruinas de la vieja y abandonada Babilonia.

Se produjo entonces la división del ejército sasánida: un grupo de tropas, entre las que estaban los albaneses de Juanser, retrocedió hacia Ctesifonte; otro grupo, comandado por el Spahbad Fayzuran, se retiró hacia el Zagros y comenzó a formar allí un nuevo ejército a resguardo del Tigris y de los montes; por último, un tercer grupo con el Spahbad Hormizdan a su cabeza, marchó hacia el sur, hacia la populosa Kuzistán y se atrincheró en sus fuertes ciudades, en especial en la formidable Tustar.

Evidentemente el objetivo persa era crear una nueva línea de defensa en el Tigris y proceder a su sostenimiento mientras que se llevaban a cabo nuevos reclutamientos y preparativos bélicos en el Irán propiamente hablando. El Eranshar, por tanto, no daba la partida por perdida, pero los agarenos tampoco.

VII. LA CAÍDA DE CTESIFONTE, LA BATALLA DE JALULA, LA CONSUMACIÓN DE LA CONQUISTA ÁRABE DE MESOPOTAMIA Y LA EXTENSIÓN DE SU DOMINIO AL KUZISTÁN.

Tras vencer a las últimas guarniciones persas que se les oponían en su marcha, los árabes se plantaron ante Ctesifonte a comienzos de la primavera del 636, justo en el momento en que en Siria, tan lejos de allí, los hombres de Heraclio estaban llevando a cabo una victoriosa contraofensiva contra los agarenos. Ctesifonte era un gigantesco conjunto de ciudades agrupadas en torno al Tigris y ceñidas por una muralla circular de ladrillos y una serie de grandes terraplenes. Los palacios del rey estaban al otro lado del Tigris, en la ribera oriental, y las dos partes de Ctesifonte, la occidental y la oriental, se comunicaban entre sí por dos puentes, uno de los cuales ya vimos que fue construido por Shapur III.

Yezdiguerd III esperaba detener frente a Ctesifonte al ejército árabe, recordando lo que hizo Cosroes II con el ejército de Heraclio. Atravesada por el ancho Tigris, la ciudad era virtualmente inexpugnable ante el ejército árabe, pues éste, sin el control del río, no podía completar el cerco, sino sólo atacar la parte occidental de la ciudad, la menos importante. Así que, al resguardo de Ctesifonte y del río Tigris, los persas podían darse un respiro y reorganizar sus ejércitos.

La defensa del Tigris y de la gran capital fue muy efectiva. Gracias a Moisés Dasxuranci sabemos que Juanser y sus caballeros albaneses participaron en dicha empresa y que los agarenos resultaron batidos en varios combates cuando trataban de cruzar el río, cosa que las fuentes islámicas callan.

Al cabo, los árabes comenzaron a construir máquinas de asedio y para ello contaron con auxilio persa. En efecto, un alto funcionario persa, Shirzad, se había pasado a ellos tras Qadesiya y fue él quien asumió los trabajos necesarios para dotar al ejército agareno de la necesaria maquinaria bélica para tomar Ctesifonte. Algunos investigadores modernos como Hugh Kennedy, creen que esto es una invención de las fuentes islámicas y para sustentar su tesis arguyen que no se tiene ninguna otra mención de uso de máquinas de guerra por los árabes en este primer periodo de la conquista. Hugh Kennedy no las encuentra, pero existen. En efecto, sabemos que en Damasco los árabes comandados por Khalid, en la primavera-verano del 635, usaron una especie de catapulta, y en la propia Arabia, una de las tribus judías del norte del Hedjaz sometida por Mahoma disponía de una de tales máquinas¹⁴⁵⁸. Así que los árabes no eran legos en la materia y mucho menos si un funcionario persa les auxiliaba en la empresa.

En cualquier caso, el asedio de Ctesifonte, con máquinas o sin ellas, se prolongó por muchos meses. Algunas fuentes hablan de un año, otras de catorce meses y otras, en fin, de dieciocho, referencia esta última que parece ser la más segura. No obstante y una vez más, las fuentes islámicas se oponen a las contemporáneas, pues mientras que éstas hablan de un largo asedio, aquéllas lo presentan como un asedio fácil de practicar y rápidamente triunfante.

Parece ser que el sector occidental de la ciudad cayó primero en manos árabes y que, pese a que los autores islámicos quieren que de inmediato se cruzara el Tigris, la resistencia se alargó bastante en la zona oriental de la ciudad, la parte más rica y donde se hallaban los palacios reales. Mas, al cabo, los árabes cruzaron el Tigris y tomaron por completo la ciudad, lo que debió suceder hacia agosto-septiembre de 637. Fue un duro golpe para Yezdiguerd III, el joven rey sasánida que tuvo que huir junto con su corte hacia Huluan, una de sus residencias en las montañas del Zagros.

Era el mayor éxito logrado por un ejército de los hijos de Agar desde que Mahoma y Abu Bark los habían reunido bajo sus banderas. Un gran botín cayó en manos de los guerreros de Omar y entre sus tesoros sobresalía la gran alfombra que revestía el suelo del salón del trono real, la mítica *Bahari Kistrá*, la "primavera de Cosroes" de los poemas persas; una formidable alfombra de más de 30 m de largo sobre la que, a base de hilos de oro y de engarzar en ella perlas, rubíes, esmeraldas, zafiros, granates, amatistas y demás piedras preciosas, representaba unos fantásticos jardines primaverales. Aquella maravilla del arte sasánida fue enviada a Medina en donde Omar mandó dividirla y

¹⁴⁵⁸ NICOLLE, D., *Yarmuk...*, *op. cit.*, pp. 38-39.

repartir sus trozos entre diversos jefes. Se cuenta que uno de los afortunados vendió su pedazo por 20.000 dirhems de plata¹⁴⁵⁹.

Pero la guerra continuaba. Yezdiguerd III había reunido un gran ejército en Jalula, una fuerte posición en las primeras estribaciones del Zagros, y lo había dejado tras de él vigilando el camino real que llevaba desde el Arak (actual Irak) hasta la meseta irania. Más al sur, en Kuzistán, el general Hormizdan había organizado una fuerte resistencia y frenado el avance de otro ejército árabe dedicado a la conquista del sur de Irak.

En 640 o en 641, según otros, los árabes lograron derrotar a los persas. Una vez más, fue una batalla de infantería en la que parecen que destacaron los infantes dailamitas que se habían pasado a los agarenos tras la batalla de Qadesiya. Ahora, todo el país hasta el Zagros estaba en manos árabes: Mosul, al norte y el Kuzistán, al sur, eran los nuevos límites y pronto serían rebasados. En efecto, por el norte las vanguardias árabes del Irak confluían en su avance con las procedentes de la Mesopotamia romana y siria, y pronto se mezclarían con ellas en atrevidos ataques contra los armenios. Por el sur, progresaba lentamente la conquista de Kuzistán. Era un rico país famoso por sus ciudades, Tustar, Gun de Shapur, Susa y Abas; por sus ricos campos irrigados en los que florecían los cultivos de arroz, azúcar, lino y frutales; por su industria textil, y su rica y populosa población en buena parte cristiana.

La resistencia se congregó en las ciudades. Susa fue tomada con cierta rapidez, quizás en 640, y en ella los árabes encontraron un ataúd de plata en cuyo interior hallaron un cuerpo momificado. Lo tomaron por el del profeta Daniel y comenzaron a rendirle culto hasta el día de hoy. Habrá que preguntarse aquí por qué aquellos supuestos devotos musulmanes –según las fuentes islámicas y la mayoría de los historiadores modernos– se apresuraron a rendir culto a un profeta, Daniel, que era ya honrado tanto por judíos como por cristianos, pero que no aparece en el Corán. No se puede dudar que así lo hicieran y ello no sólo porque aún hoy, en el Irán de la revolución islámica, se siga rindiendo culto al cuerpo del profeta Daniel hallado en Susa, sino porque una fuente de la época, la *Crónica del Khuzistán*, escrita hacia 650, corrobora los relatos islámicos, si bien el autor cristiano de esta crónica desconfía de esta reliquia y señala que, o bien era el cuerpo del profeta Daniel, como los árabes creían, o bien era el del rey Darío. Pero todo parece apuntar a que las gentes de Susa daban por cierto que aquel ataúd de plata contenía los restos de Daniel, pues también Sebeos, otro contemporáneo de los hechos, señala la reliquia en cuestión.

Tras la toma de Susa llegó la de Gun de Shapur y para 641 sólo resistía Tustar, la fuerte ciudad rodeada de profundos canales y de altas murallas; lo hizo por dos años y parece ser que su toma, ya en 642, costó muchas vidas a los árabes. De hecho, sólo

¹⁴⁵⁹ Al-Baladhuri: I, 417-420; al-Tabari: XIII, 2497-2498, pp. 79-80; *Historia Nestoriana*: 328, 628; Moisés Dasxuranci: 112; KENNEDY, H., *Las grandes conquistas árabes...*, op. cit., p. 134; NICOLLE, D., *Yarmuk...*, op. cit., p. 38.

lograron tomarla gracias a la traición de un árabe de Qatar que residía en la ciudad persa. Entraron en ella al asalto y dieron muerte al obispo cristiano de la ciudad y a muchos de sus diáconos y sacerdotes, así como a buena parte de la población. Hormizdan, el valeroso general persa que la había defendido por dos años, fue hecho prisionero y si hemos de dar crédito a los relatos islámicos, su vida fue perdonada por Omar y se convirtió al Islam.

Así pues, para 642, Mesopotamia y Kuzistán (los auténticos motores económicos de Persia) estaban sometidas al completo dominio de los agarenos y sus vanguardias ya hollaban los fértiles campos del Azerbaiján persa, la Media Atropatene de los antiguos. Y sin embargo, Persia aún resistía¹⁴⁶⁰.

VIII. DESTRUCCIÓN DE CESAREA MARÍTIMA, LA EXTENSIÓN DEL DOMINIO ÁRABE HASTA ARMENIA Y LA NUEVA ESTRATEGIA HERACLIANA.

También lo hacía la Romania, a la que habíamos dejado tras la batalla de Yarmuk. Después de esta victoria, Khalid había retomado Damasco, que se rindió sin lucha, y subido por el valle del Orontes. Miguel el Sirio (que sigue aquí fuentes de los siglos VII y VIII) cuenta que el avance árabe fue terrible y que los hombres de Khalid dieron muerte a miles de campesinos y ciudadanos de las tierras del valle del Orontes. Heraclio, ya enfermo, optó por evacuar Siria y abandonó Antioquía. Esperaba crear una nueva línea de defensa en las estribaciones del Tauro, en Armenia y la alta Mesopotamia, y parece ser que lo consiguió en parte.

En cualquier caso, se retiró a Constantinopla, atormentado por su extraña enfermedad¹⁴⁶¹. En efecto, si el primer embate de ésta se supera, la rabia provoca una monstruosa hinchazón de los tejidos, una fobia al agua, una continua necesidad de orinar, episodios de locura mezclados con otros de lucidez y tremendos dolores. Todos estos síntomas parecen darse en la enfermedad de Heraclio tal y como se recoge en la *Historia Breve* del Patriarca Nicéforo. Además, a Heraclio parece que le atormentaba su cada vez mayor convicción de que la ruina de su obra tras sus grandes triunfos, tras haberse visto como un nuevo Noé, nuevo Moisés, nuevo David... era un castigo divino por su matrimonio con su sobrina Martina. En cualquier caso, pese a su enfermedad y agotamiento moral, el viejo emperador no dio la partida por perdida y siguió organizando, desde Constantinopla, la defensa de su Imperio.

¹⁴⁶⁰ Moisés Dasxuranci: pp. 112-113; *Crónica del Khuzistán*: pp. 23-39; al-Tabari: XIII, 2543-2568, pp. 123-149; al-Baladhuri: I, pp. 420-448; Sebeos: pp. 29-30.

¹⁴⁶¹ Los síntomas de la enfermedad de Heraclio, tal como se expresan las fuentes, fueron expuestos por nosotros ante la veterana mirada del Dr. Francisco Emilio García Rodríguez, quien nos precisó que recuerdan a las secuelas que la rabia deja en una persona que tras padecerla, ha sobrevivido a ella.

Las numerosas noticias que nos transmiten las fuentes evidencian un cambio de política frente a los agarenos. Éstos, tras tomar Antioquía y Calcis, y llegar junto al Eúfrates superior, vieron detenido su avance por el norte y Heraclio dio orden a sus gobernadores y generales de que evitaran cualquier choque con los invasores y permanecieran a la defensiva. En caso de necesidad, se autorizaba a los gobernadores provinciales a pagar tributo a los agarenos, algo que las fuentes griegas han intentado mantener oculto. Lo importante en la nueva política puesta en marcha por Heraclio era obtener tiempo y con él, oro y soldados. Heraclio sabía que si lograba sostenerse en Egipto y el Tauro, los recursos de Egipto y de África, los verdaderos motores del imperio, posibilitarían la financiación necesaria para reclutar nuevos ejércitos y pensar en una futura reconquista de Siria. Mientras que eso llegaba, sólo cabía aguantar y detener a los agarenos mediante combates en las fortalezas y pasos del Tauro, con las murallas de las ciudades de la costa o las nuevas defensas apresuradamente construidas en Egipto, o bien con oro o una combinación de todo lo anterior.

De este modo, Gaza, en la costa Palestina, aguantó un duro asedio hasta 639, fecha en que fue tomada y parte de sus defensores, los 60 soldados de dos tagmas fronterizos en lucha contra los agarenos desde 633, si no antes, y que se habían ido replegando hacia Gaza para continuar allí su resistencia, fueron hechos prisioneros y asesinados tras negarse a aceptar la fe de los agarenos.

También sobre la costa palestina pero más al norte, Cesarea Marítima, la capital de Palestina, sede de una rica población helénica y de una famosa biblioteca, aguantó hasta 641, fecha en la que fue tomada al asalto por el joven general Moawiya, que inició su fama y su posterior camino al califato con este triunfo. Miles de habitantes de Cesarea Marítima fueron esclavizados y llevados hacia Medina en donde pronto cobraron fama por sus habilidades como artesanos, escribas, médicos y demás oficios útiles a un naciente imperio. Muchos investigadores ven en estos esclavos griegos procedentes de Cesarea el inicio de la penetración de la cultura helénica en el mundo árabe; nosotros no llegamos a tanto, pero sin duda su impacto en Arabia tuvo que ser notable.

Tras Cesarea cayeron Trípoli, en la costa fenicia, que se convirtió en una formidable base naval de los agarenos, y Laodicea, que fue tomada gracias a un ardid de los ismaelitas. Incluso Arvad, situada en una isla junto al continente, fue tomada y con ello se completó el dominio de la costa sirio-palestina hacia 642.

En el interior, Jerusalén cayó en las primeras semanas del 638. Antes de hacerlo y tal y como nos informa Sebeos, se envió desde ella hacia Cesarea la Vera Cruz y otras reliquias de la pasión de Cristo que de esta forma llegaron a Constantinopla. Evidentemente, Heraclio no quería que la Vera Cruz cayera en manos de los agarenos y con ello se repitiera la experiencia persa de 614.

Como ya vimos, Jerusalén, prácticamente aislada desde la batalla de Yarmuk si no fuera por sus intermitentes contactos con Gaza y Cesarea, en la costa, terminó por

rendirse y logró de Omar un trato respetuoso. Gracias a Sebeos y a un relato relacionado con Sofronio de Jerusalén, sabemos que los agarenos comenzaron de inmediato la construcción de un templo propio sobre el viejo templo salomónico de Jerusalén; esto es, sobre el monte Moira donde según la tradición bíblica, Abraham, padre de judíos y agarenos, había ido a sacrificar a su hijo Isaac por mandato de Dios. Allí estaba también la roca sobre la que Jacob descansó su cabeza y desde donde vio cómo una escalera llevaba hasta el cielo y servía de camino a los ángeles del señor. Precisamente allí se alza hoy también la roca desde la que, según la tradición islámica, Mahoma apoyó su pie para ser llevado a los cielos por los ángeles durante su místico viaje a Jerusalén. En cualquier caso, el templo levantado por los agarenos no era nada impresionante en un principio, ya que Arculfo, que lo visitó hacia 670, tuvo de él una pobre impresión. Unos años más tarde, sin embargo, el califa Abd al-Malik, en pugna por el califato con Ibn al-Zubair, quien dominaba en Arabia, edificó la gran y soberbia mezquita que hoy se alza allí, en un intento, en opinión de numerosos eruditos modernos, de crear un gran centro de peregrinación centrado en Jerusalén que relegara por completo la Kaaba de la Meca, la cual, por cierto, no tuvo empacho en quemar en 683, como tampoco lo tuvo en saquear Medina¹⁴⁶².

La resistencia sólo continuó en las montañas, en el Líbano, el Amanos, el monte Carmelo y el Hermón, pero no dependía ya de Heraclio, sino de la iniciativa de los belicosos mardaitas. Estos montañeses cristianos mantuvieron en jaque a los agarenos hasta el reinado de Justiniano II quien, en acuerdo con Abd al-Malik, los trasladó a diversos puntos de su imperio como estratigotas. Pero lo fundamental, como ya dijimos, era Egipto que constituía, junto con África, el granero del imperio. Heraclio sabía que si conservaba Egipto, conservaría la posibilidad de reconquistar algún día Jerusalén y toda Siria. Por tanto, procedamos a continuación al análisis de las construcciones defensivas en Egipto y a la nueva política defensiva de Heraclio, a las que antes aludimos.

IX. LA DEFENSA DE EGIPTO Y SU CONQUISTA POR LOS ÁRABES.

Gracias a una fuente contemporánea de los hechos, la *Crónica del Khuzistán*, escrita hacia 650, sabemos que Ciro, patriarca y gobernador de Egipto, construyó unos formidables muros y defensas a lo largo de la ribera occidental del delta del Nilo. Esta noticia, que ha pasado inadvertida para los modernos eruditos, se ve confirmada por Eutiquio de Alejandría, quien nos dice que todavía eran visibles en su época unos formidables muros y defensas que corrían a lo largo de los límites occidentales del Delta. Eutiquio atribuye tales defensas a Cleopatra, construidas para hacer frente a Augusto.

¹⁴⁶² HAWTING, G.R., *The first dynasty of Islam...*, *op. cit.*, p. 6 de la Introducción y pp. 38,48-49.

Ahora bien, ninguna fuente clásica hace referencia a la construcción por Cleopatra de tales defensas frente a Augusto, que además hubieran sido perfectamente inútiles, pues el ataque de Augusto se esperaba por el norte, desde el mar y no por Siria. Nos parece pues evidente que se trata de las defensas que el autor de la *Crónica del Khuzistán* (escrita sólo ocho años después de la conquista de Egipto) menciona que construyó Ciro para detener a los agarenos, a los “hijos de Agar”, como dice el cronista nestoriano.

Según relata también la *Crónica del Khuzistán*, esas defensas fueron efectivas e impidieron a los árabes penetrar en Egipto durante años. En cualquier caso, Ciro, el patriarca ortodoxo de Alejandría, no lo fió todo a esas defensas, sino que ofreció un pacto a Amr, a la sazón jefe de los árabes de Mahoma que operaban en Palestina y que, tras Ajnadain, pugnaba por apoderarse de Gaza, Cesarea, Jerusalén y otras ciudades que escapaban aún a su control. Parece ser que ese pacto, pese al deliberado intento de las fuentes bizantinas por exonerar a Heraclio, contó con el apoyo de este último. Así al menos parecen evidenciarlo fuentes como Severo de Hermópolis, Dionisio de Tell Mare y Miguel el Sirio que, debidamente confrontadas con los informes bizantinos, muestran que Heraclio estuvo conforme con el pago de un subsidio anual a Amr y a sus guerreros, a cambio de la paz para Egipto. Severo de Hermópolis va más allá y afirma que Heraclio fue el autor personal de la orden y que el oro destinado a los agarenos se extrajo de un impuesto creado para tal fin. Era lógico que Heraclio actuara así, pues como ya hemos visto, su política frente a los árabes después de Yarmuk era la de mantenerse a la defensiva y lograr tiempo con el que volver a llenar sus arcas y las filas de sus ejércitos.

Heraclio, de hecho y pese a su enfermedad, no paraba de reforzar Egipto, pues era la llave que sostenía a la Romanía y abría ante ella la posibilidad de rehacer la situación. Y así, gracias a Juan de Nikiu, el patriarca Nicéforo y a Máximo el Confesor, sabemos que Heraclio no paró de enviar refuerzos a Egipto durante el periodo que duró la tregua con Amr. Pagando a Amr, Heraclio sólo buscaba evidentemente tiempo para reforzar su posición en Egipto.

De este modo, el duque de la Cirenaica Juan (el Juan de Barca de las fuentes), marchó con sus tropas hasta el Fayum y el delta del Nilo, y ello a la par que Heraclio ordenaba al duque de Numidia que enviara también sus tropas a Egipto. La negativa de este último, que conocemos por una carta de Máximo el Confesor, es desconcertante y muestra que Heraclio estaba perdiendo, si no el control, sí su ascendiente sobre África. En efecto, la nobleza africana, que tantos recursos había depositado durante la aventura heracliana y cuando las guerras persas, veía ahora, tras la derrota imperial en Yarmuk y con los agarenos en las puertas de Egipto, que se le exigía un nuevo esfuerzo. La entrega de refuerzos significaba desguarnecer aún más sus defensas y exponer más sus propiedades e intereses ante posibles acometidas de los mauri y ante posibles futuros peligros. No obstante y en último extremo, la voluntad de Heraclio se impuso y fuerzas del duque de Numidia acudieron, en 638, a reforzar la defensa de Egipto.

Pero al contrario que en otros frentes, en Egipto el enemigo estaba dentro. En efecto y esto ha pasado inadvertido para nuestros eruditos, de un atento examen de las dos fuentes coptas principales, Juan de Nikiu (que escribe entre 660 y 690, pero, en nuestra opinión, más cerca de la primera fecha) y Severo de Hermópolis (que escribe en el siglo IX pero en base a una crónica patriarcal redactada poco después de la muerte del Patriarca Benjamín, esto es, hacia 660), y de la confrontación de sus informaciones con los datos de Miguel el Sirio, Santiago de Edesa, Dionisio de Tell Mare y la *Crónica del Khuzistán*, se extrae que fue el patriarca Benjamín, jefe de la iglesia copta, el verdadero desencadenante y aún árbitro de la conquista árabe de Egipto. Expliquémonos.

Cuando las últimas tropas persas abandonaron Egipto, probablemente en agosto de 629, dejaban tras de sí un país que, como muestran los papiros persas y las noticias dadas por Severo de Hermópolis, gobernaron con mano de hierro, pero en el que, tras el concilio de Ctesifonte en el que Cosroes II se decantó por apoyar a los monofisitas, si no antes, contaron con el apoyo de la iglesia copta.

En efecto, el patriarca copto de Alejandría no tuvo ningún problema durante la ocupación persa en residir en su sede, Alejandría, y en administrar libremente los cuantiosos recursos de su iglesia y los que dejó tras de sí Juan el Limosnero, patriarca ortodoxo de Alejandría que abandonó su sede en 619. Para la iglesia copta, el dominio persa fue, por tanto, una época afortunada y de paz pues, por primera vez en su historia, tenía el control casi absoluto del cristianismo egipcio.

La evacuación de las tropas persas supuso el fin de esa venturosa situación. A fines del 629 llegó Ciro, el nuevo patriarca ortodoxo, quien obligó a Benjamín a huir de su sede y a refugiarse en los monasterios coptos. Ciro se hizo de nuevo con el control de las grandes propiedades del patriarcado y pronto se ocupó también de intentar imponer en Egipto la nueva política religiosa diseñada por Heraclio. Ya vimos que esta nueva política entrañaba un acercamiento, primero al nestorianismo (cuyo triunfo sólo fue truncado por la derrota del patriarca nestoriano de Seleucia ante sus rivales) y luego hacia el monofisismo.

Ni que decir tiene que los intentos de Heraclio para lograr este último fin fueron un completo fracaso. No obstante, en Egipto y gracias a un atento examen de las obras de Severo de Hermópolis y de Juan de Nikiu, se vislumbra que la política heracliana dio pie a la acción de tres partidos enfrentados entre sí:

- a)- el de los ortodoxos y coptos dispuestos a aceptar la solución imperial, que parece haber logrado cierta supremacía en Alejandría y en la región más norteña del Delta en ciudades como Nikiu.
- b)- el de los ortodoxos contrarios al acuerdo, que tenía su asiento entre los habitantes de los pueblos y ciudades costeras del Delta.
- c)- el mayoritario, formado por los coptos fieles a Benjamín que se negaban a aceptar cualquier compromiso.

El segundo partido, el de los ortodoxos renuentes al acuerdo, no ofrecía mayor problema pues, en última instancia, eran fieles al emperador y lo fueron por mucho tiempo¹⁴⁶³. El tercer partido, el de los coptos que seguían a Benjamín, contemplaba horrorizado el regreso de los romanos, viéndose relegado ahora a los infortunios de la persecución, al tiempo que entre sus filas comenzaban las deserciones. Así, por Severo de Hermópolis sabemos que al menos dos obispos coptos se plegaron a Ciro, el patriarca ortodoxo, y aceptaron la propuesta de acuerdo religioso planteada por Heraclio. Esto, claro está, no hizo sino desesperar aún más a Benjamín y a los suyos.

Y es aquí cuando entran en escena los agarenos. En 639, Heraclio consideró que ya podía retomar su política ofensiva hacia los agarenos. En efecto, las fortificaciones, la llegada de refuerzos desde Cirenaica y Numidia, y el envío a Egipto de un ejército de campaña, el de Tracia, convertían a Egipto en inexpugnable. Por eso, cuando los enviados de Amr llegaron a por el oro del correspondiente pago anual, se encontraron con que no era Ciro el que los recibía, sino un general que le negaba el pago.

Las fuentes siríacas, confirmadas por Severo de Hermópolis, nos hacen saber que Amr, concedor del poderío reunido por Heraclio en Egipto, dio la partida por perdida y simplemente pensó en olvidarse de él. Pero en ese momento, como cuenta Severo (recordemos que sigue una crónica patriarcal escrita en el círculo del patriarca Benjamín hacia 660), recibió una embajada de Benjamín en la que éste le ofrecía su apoyo explícito si entraba en Egipto con sus guerreros.

¿En qué consistía ese apoyo directo por parte copta? Juan de Nikiu, quien prudentemente elude a Benjamín en su narración, nos lo muestra. En efecto, Juan de Nikiu, un muchacho tan sólo cuando se produjo la conquista, no se recata en este punto y nos proporciona numerosas noticias en las que vemos a los coptos pelear junto a los agarenos contra las tropas imperiales y contra los egipcios que se mantenían fieles al emperador. Son tantas las noticias que nos da en este sentido y están tan confirmadas por Severo de Hermópolis y en menor medida, por las fuentes siríacas, que es imposible dudar de estos hechos. Lo que nos muestra Juan de Nikiu es un auténtico cuadro de guerra civil en la que uno de los dos partidos en lucha apoyaba al emperador y el otro tenía como valedor a Amr y a sus guerreros. Las conquistas de Babilonia de Egipto y de Antinoe abrieron por completo el país a los agarenos. A partir de este punto, no sólo los coptos sino también numerosas autoridades civiles se pasaron a las filas de Amr proporcionándole los medios

¹⁴⁶³ Tanto que en 718, durante el segundo asedio de Constantinopla, los marineros egipcios que militaban en la flota califal procedentes de los pueblos y ciudades de la costa del Delta y que seguían siendo cristianos ortodoxos, se pasaron a las filas del emperador León III al grito de ¡viva el basileus! Gracias a Dionisio de Tell Mare y a Miguel el Sirio conocemos que, incluso en el siglo VIII, los habitantes de los pueblos costeros del delta seguían siendo ortodoxos y que eran profundamente odiados por los coptos. Al respecto *vid.* SOTO CHICA, J.: “Egipto y los egipcios en la segunda fase de la expansión islámica 642-718”. *II Jornadas: La expansión del Imperio árabe-islámico en el norte de África y Occidente (siglos VII-VIII) según las fuentes no-islámicas*. Granada, 26-27 de octubre 2009 (en prensa).

necesarios para la construcción de puentes, los abastecimientos y la administración de los impuestos. El propio Amr no tuvo ningún problema en nombrar como gobernadores a estos cristianos, ni en contar entre sus filas con numerosos contingentes coptos. Naturalmente, todo esto permanece por completo oculto en las fuentes islámicas que recuerdan, sin embargo, el apoyo de un alto dignatario eclesiástico que no es otro sino Benjamín.

La derrota del ejército de campaña de Tracia, el único por completo operativo tras Yarmuk, inclinó definitivamente la balanza a favor de los agarenos. La caída de Alejandría, confusa en extremo, parece ser debida a un pacto. Pero tanto Juan de Nikiu como Severo de Hermópolis, Dionisio de Tell Mare y Miguel el Sirio aluden a una traición del tratado por parte de Amr, y Severo de Hermópolis y los sirios recuerdan matanzas e incendios llevadas a cabo por los árabes y sus aliados coptos en los barrios de la gran ciudad. Fue en este punto cuando se produjo la traición del duque Sanusio, un monofisita que se unió a Amr cuando cayó Alejandría y cuyas tropas coptas participarían, en unión a las de Amr, en la conquista de Cirenaica, cuestión ésta que también olvidan las fuentes musulmanas¹⁴⁶⁴. Igualmente, serían los marineros egipcios (siendo aún cristianos y como fuerza casi independiente) los que participarían junto a Moawiya en la primera expedición contra Chipre, en la que, según Miguel el Sirio, fueron los egipcios los que tuvieron el papel preponderante. Benjamín pudo al fin volver a Alejandría, en la que gobernó con la plena colaboración de Amr. Así pues, la conquista de Egipto no fue tanto el resultado de una conquista árabe como del triunfo de una guerra civil del partido copto, del que los árabes, en última instancia, resultaron beneficiarios; es decir, fue más fruto de las circunstancias que de su propio poderío.

Llegados a este punto hay que preguntarse ¿por qué el contemporáneo Juan de Nikiu no se recata en mostrar a los coptos luchando junto a los árabes y enfrentándose a los romanos y a sus partidarios egipcios, e intenta dejar de lado, en lo posible, la participación del patriarca Benjamín, mientras que Severo de Hermópolis, que se basa en una fuente próxima a Benjamín parece interesado, por el contrario, en resaltar la actuación de éste a favor de los agarenos?

¹⁴⁶⁴ *Crónica del Khuzistán*: 39; Eutiquio: I, 1, VIII, 148; Miguel el Sirio:II, XI, 424-425; Agapios: 471-472; Severo de Hermópolis: 2, 14, 492-494; Patriarca Nicéforo: cap. 23 y 26; Teófanos: 6125, 338, 6128, 340 y 6130, 340; Juan de Nikiu: CXI, 5-13; HOYLAND, R.G., *Seeing Islam...*, *op. cit.*, pp. 76-78; Severo de Hermópolis: 2,14, 492-500; Santiago de Edesa: 39. Sobre coptos luchando junto a árabes *vid.*: Juan de Nikiu: CXIV,1 y CXV, 9-11. Para el reconocimiento explícito de Juan de Nikiu de que los egipcios se dividieron en dos partidos, peleando uno junto a los árabes y otro junto a los romanos, *vid.* Juan de Nikiu: CXIX, 1-2, CXIX-CXXI. Acerca de la toma de Alejandría por Amr y la frustración sufrida por los coptos ante la violación de los acuerdos por Amr: Agapios: 471-479; Dionisio de Tell Mare: 118; Miguel el Sirio: II, 9, 3, 411; II, 11, 4, 413; II, 11, 7, 424-425; II, 11, 9, 432-433. Para un estudio más detallado de los hechos arriba expuestos *vid.* SOTO CHICA, J., "Guerra, sociedad, economía y cultura...", *op. cit.*; SOTO CHICA, J., "Egipto y los egipcios...", *op. cit.*

La respuesta nos parece evidente. Juan de Nikiu escribe en un Egipto en el que las heridas de la guerra civil y la conquista agarena seguían abiertas. Su propia ciudad, Nikiu, fue pasada a cuchillo por los agarenos y sus aliados coptos. En semejantes circunstancias, recordar a sus fieles la participación directa del patriarca Benjamín en dichos hechos era cuando menos poco prudente. En época de Juan de Nikiu, los árabes siguen siendo una minoría y nada en el país parece haber cambiado: la administración sigue dirigida por los antiguos funcionarios, su lengua es la griega y la lengua popular es la copta. Los agarenos son odiados y Juan de Nikiu maldice a Mahoma repitiendo cómo Amr traicionó los tratados, duplicó y triplicó los impuestos, perseguía a las gentes hasta obligarlas a ocultarse en los pantanos y cometía toda clase de excesos. Recordar que ese Amr y esos agarenos habían sido los aliados de Benjamín y que habían llegado a Egipto gracias a éste, no era recomendable. Por el contrario, Severo de Hermópolis escribe en el siglo IX, en un momento en que Egipto está cambiando, el árabe se impone al copto y los musulmanes comienzan a ser ya tan numerosos como los propios coptos. Es el momento pues de recordar a todos y en especial a los conquistadores que su dominio de Egipto sólo se logró gracias al auxilio del patriarca Benjamín y de los coptos. Se trata pues de reivindicar una posición en el momento en que tanto la iglesia copta como sus fieles, están siendo relegados a un segundo plano; de ahí el interés de Severo de Hermópolis de reivindicar el papel de Benjamín en la conquista¹⁴⁶⁵.

X. EL FIN DE LA ANTIGUA ROMANIA, LA BATALLA DE NEHAVEND (642) Y EL HUNDIMIENTO DE LA ANTIGUA PERSIA, Y LA CONSOLIDACIÓN DEL NUEVO IMPERIO ÁRABE.

La caída de Alejandría y la conquista de Egipto significaron el fin de la Romania tal y como ésta fue entendida desde el siglo IV, ya que, sin las riquezas de Egipto, cualquier recuperación militar parece imposible. Los caminos de África están abiertos y con ello queda sentenciada el África latina, la última gran provincia latina del Imperio y su último soporte económico. El Mediterráneo no es ya un lago romano, y Alejandría y Trípoli se constituyen en la base del nuevo poderío naval árabe. Como para simbolizar el cambio, Amr, por orden expresa de Omar, vuelve a excavar el canal más oriental del Nilo que lo comunicaba con el Mar Rojo. Por ese canal fluirán el trigo y las riquezas de Egipto hacia Medina (*v. mapa 17*).

Mucho más al este, en el borde occidental de la meseta irania, el último gran ejército sasánida es derrotado en Nehavend (mayo de 642). En el encuentro, 60.000 guerreros persas –según Sebeos– son aniquilados y con la derrota cesa cualquier resistencia de la

¹⁴⁶⁵ SOTO CHICA, J., “Guerra, sociedad, economía y cultura...”, *op. cit.*; *idem*, “Egipto y los egipcios...”, *op. cit.*

monarquía sasánida al avance árabe. Ciertamente es que en Fars y en Kerman, la resistencia de las ciudades y de la nobleza local se prolonga hasta el 650, que el último rey sasánida – Yezdiguerd– muere en 651, que el Zumbil (esto es, el príncipe de la región oriental de Sacestán y de las tierras del río Helmans) se sostendrá frente a los árabes hasta bien entrado el siglo VIII, y que en Gelum, Daylam, Tabaristán y Gorgan, los príncipes locales mantendrán su independencia hasta la mitad del siglo VIII. También que por dos veces, desde China y la India, los sasánidas intentarían volver al trono del Eranshar y ciertamente es, en fin, que la nobleza militar persa no comenzará a convertirse al Islam de forma masiva sino a fines del siglo VII. Pero tras Nehavend, no existe ya el Eranshar. La saga de los imperios iraníes abierta por el Imperio medo de Cixares, 1200 años atrás, y continuada por aqueménidas, arsácidas y sasánidas, ha quedado definitivamente cerrada. El mundo pues ha cambiado. Si, en 630, con Heraclio reponiendo la Vera Cruz en Jerusalén y con Sharbaraz en el trono de Ctesifonte, parecía que el viejo mundo iba de nuevo a renovarse, en 642 ese mundo ya no existe. ¿Cómo ha sido eso posible? ¿Por qué triunfaron los hijos de Agar?

Los propios hechos que hemos glosado en estas últimas páginas, nos dan la respuesta. En efecto, tal y como hemos visto ya, es por completo imposible hablar de Islam (o por lo menos de Islam en el sentido que esta palabra cobraría a partir del siglo VIII y hasta nuestros días) antes de finales del siglo VII. De hecho, todo parece apuntar a que fue bajo Moawiya y sobre todo bajo Abd al-Malik cuando el Islam comenzó a asentarse y a conformarse definitivamente; aunque también parece evidente que fue en los últimos años de Omar cuando el proceso comenzó a desarrollarse en el sentido adecuado¹⁴⁶⁶. En efecto, es en los últimos años de Omar cuando –como ya vimos– se produce el distanciamiento con los judíos que recoge Sebeos en su obra y del que también hay rastros en la propia tradición islámica, pues ¿qué califa fue quien, contraviniendo una decisión explícita de Mahoma, expulsó a los árabes judíos de Khaibar y de otras tribus de Arabia? Más aún, ese distanciamiento también se dio hacia el cristianismo, pues es también con Omar cuando se procede a expulsar de Arabia a los árabes cristianos de Najran y de otras tribus que habían sido fieles aliados de Mahoma y que ahora, bajo el gobierno de Omar, se veían deportados hacia Siria y Mesopotamia. Este distanciamiento continúa aún después de Omar, quien –por cierto– es asesinado en 644 por un esclavo árabe cristiano. Y así, en 660 se producen matanzas de árabes cristianos y, bajo el reinado de Abd al-Malik, toda una tribu de árabes cristianos del Sinaí es exterminada. Es como si los árabes de Omar, de Moawiya y de Abd al-Malik, trataran de depurarse y con ello de diferenciarse del resto de las comunidades religiosas de su imperio. Recuérdese también que es bajo Omar cuando se llevan a cabo importantes reformas jurídicas, administrativas, militares y religiosas que iban a dotar al futuro Imperio islámico de sus bases de poder.

¹⁴⁶⁶ HAWTING, G.R., *The first dynasty of Islam, op. cit.*, pp. 2-7.

Es pues, con Omar con quien se inicia la andadura hacia el Imperio islámico, que sólo concluirá a fines del siglo VII y que ha dejado numerosos rastros en las fuentes. De este modo, las propias fuentes islámicas reconocen que el Corán no estaba ni mucho menos concluido cuando Mahoma murió y que Abu Bark tuvo muchos problemas a la hora de iniciar su definitiva redacción; que Aixa, Fátima y no pocos compañeros de Mahoma denunciaron, una y otra vez, que la compilación del Corán no se estaba haciendo de forma ortodoxa, ni exacta, etc. De hecho, como reconoce la tradición islámica, hacia 650, ya bajo Otmán, la tarea no estaba concluida y existían hasta tres versiones distintas entre sí circulando entre los fieles.

Todo esto muestra que, en contra de la opinión de algunos arabistas, el Islam distaba mucho de ser algo homogéneo y conformado cuando se produjo la expansión, y que no pudo ser, por lo tanto, un factor en la explicación de la conquista. Además, creemos haber demostrado en las páginas anteriores que la conquista no sólo fue hecha por las tribus que habían seguido las enseñanzas de Mahoma, Abu Bark u Omar, sino también por otras que, como los Banu Nadir en 636, seguían siendo judías, cristianas o incluso politeístas, o al menos, fuertemente influidas aún por el politeísmo. Y así, como ya vimos, la victoria en la batalla del Yarmuk –la decisiva en la conquista de Siria– fue lograda en no poca medida por los árabes judíos de los Banu Nadir que, en el momento crítico, decidieron luchar bajo las banderas de Khalid y eso que se habían enfrentado violentamente a Mahoma, once años atrás, y habían sido castigados con su expulsión del país. También en Yarmuk fue decisiva la defección de muchos guerreros de los gasánidas, árabes cristianos monofisitas, por lo que puede decirse que fueron los árabes judíos y los árabes cristianos, los que jugaron el papel decisivo en la conquista de Siria.

Yarmuk no es el único ejemplo de esto, es decir, de la falta de homogeneidad religiosa de los invasores árabes. Ya vimos la existencia de multitud de relatos que nos presentan unos “hijos de Agar” que aparecen alternativamente como judíos, cristianos o incluso como politeístas. Y esta variación de posibilidades religiosas sólo puede explicarse porque, al contrario de lo que sostienen los historiadores islámicos y los modernos investigadores, los árabes que participaron en la conquista del Mundo Antiguo marchaban bajo las banderas de un único señor terrenal, pero albergaban en sus corazones identidades religiosas muy diferentes.

Y es lógico que así sea, pues ¿de verdad se puede sostener que las tribus judías, cristianas y politeístas vencidas en la *Riddah* en el verano de 633 y lanzadas de inmediato a la conquista de Persia y la Rumania, podían constituir un conjunto homogéneo dotado de una identidad religiosa conformada y exclusiva? En modo alguno. Los “hijos de Agar” oscilaban –según la tribu y a menudo según el individuo– entre el judaísmo, el cristianismo, la nueva doctrina propagada por Mahoma y sus seguidores e, incluso, el politeísmo. De ahí que, tras Ajnadain, no tuvieran inconveniente en matar con idéntica

saña a miles de campesinos cristianos, judíos y samaritanos. Si como han afirmado algunos investigadores, los agarenos eran judíos árabes más o menos ortodoxos ¿cómo explicar estas matanzas de judíos? Si eran samaritanos ¿cómo explicar las matanzas de samaritanos? Sólo de una manera. Tanto en Ajnadain, como en Yarmuk, Qadesiya o cualquier otra batalla de la primera fase de la conquista, participaron árabes que eran judíos, samaritanos, cristianos, politeístas, musulmanes en potencia y quizás, todo eso a la vez.

Esto explicaría diversos hechos y actitudes mostradas en las páginas anteriores y que, recogidos en las fuentes que contemplaron la conquista, nos muestran a los árabes que conquistaron el antiguo Oriente en actitudes religiosas contrarias por completo a lo que a partir del siglo VIII se entendió como Islam; sin embargo y de forma sugerente, están muy cercanas al judaísmo, al cristianismo, al samaritanismo o aún al politeísmo arábigo.

Todo ello no constituye sino evidencias de un Islam sin conformar y de un eclecticismo, de una pluralidad y sincretismo religioso, en el que distintas sensibilidades religiosas e intereses pugaban por imponer su hegemonía. Sólo la necesidad de definirse, de separarse de los sometidos y conservarse como casta dirigente, llevaría a los árabes a separarse por completo o casi, del judaísmo, del cristianismo y del samaritanismo, cerrando definitivamente el proceso de creación de una propia identidad religiosa. De ahí que, una vez decidido este camino, se esforzaran por eliminar a los grupos árabes que se empeñaban en mostrarse fieles a su primitivo judaísmo o cristianismo. En cualquier caso, lo que aquí importa es que, dado que el Islam no se conformó ni definió antes del 642, no pudo jugar ningún papel determinante en la conquista. Así que el factor religioso no puede ser tenido en cuenta.

Tampoco la tesis que explica la conquista como el aprovechamiento por los árabes de una exacerbación de los conflictos económicos o sociales puede mantenerse. Los árabes, ya lo vimos, no rebajaron los impuestos; en Egipto y según el testimonio de un contemporáneo, los triplicaron y cargaron de impuestos de tal manera al país que las gentes huían a los pantanos. Lo mismo se deduce del llamado “pacto de Damasco” en donde sólo se aprecia una continuación –en el mejor de los casos– del modelo fiscal romano. En cuanto a Persia, al-Baladhuri no se recata al decirnos que los árabes no sólo continuaron con el viejo modelo de impuestos sino que incluso tenían el mayor interés en apropiarse de las listas y los censos del país para ver así facilitada su tarea.

La tesis de la liberación de los colonos es así mismo insostenible. Los papiros egipcios de la segunda mitad del siglo VII y del VIII demuestran que los árabes mantuvieron intacto el viejo sistema social y económico, y que estaban muy interesados en que los colonos siguieran atados a la tierra y sujetos a sus señores. Además, si algo está claro en los textos contemporáneos es que no se evidencia por ningún lado malestar social y que la base de los conflictos que sacudieron al Oriente en el primer tercio del siglo VII

no fue ni social, ni económica, sino religiosa y política. El antagonismo fundamental en Siria, Palestina o Egipto no era entre ricos y pobres, entre siervos y libres, sino entre judíos y cristianos, o entre monofisitas y ortodoxos.

Ahora bien, si no hubo reducción de impuestos, ni beneficios económicos, ni una abolición del viejo orden social, ¿por qué triunfaron los árabes, por qué fueron tan bien recibidos? No lo fueron, en modo alguno. Ya hemos visto que las fuentes contemporáneas de los hechos no hablan de un recibimiento confiado y consentido de los árabes por parte de la población civil, como se empeñan en hacernos creer los arabistas, muchos bizantinistas y no pocos historiadores del mundo antiguo, sino que fueron vistos como un castigo divino y como una fuente inagotable de horrores y matanzas. En efecto, la conquista fue extremadamente violenta, como narran las fuentes escritas por aquellos que la vieron con sus propios ojos. Los campos fueron arrasados en Palestina, norte de Siria, Chipre, Mesopotamia y Egipto, y muchas ciudades como Cesarea Marítima, Gaza, Ctesifonte, Susa, Tustar, Cirene, Barca, Antioquía, Laodicea, etc., fueron sometidas a devastación, o simplemente destruidas; tal fue el caso, por ejemplo, de Cesarea Marítima. Los monasterios del Sinaí, de Mardin, de Palestina, la Arabia romana, Siria del norte, etc... fueron saqueados y muchos de sus monjes asesinados. Miles de esclavos marcharon desde Palestina, Siria o Mesopotamia hacia Medina y el resto de Arabia. Precisamente sería uno de los nietos de esos esclavos, Ibn Ishaq, el que se convertiría en el primer biógrafo de Mahoma y el hijo de otro, Musa, llevaría a cabo la conquista de España.

Si por algo se caracterizó la conquista fue, como toda conquista, por su brutalidad. Fue sólo cuando quedó claro que la Romanía ya no volvería nunca, cuando se cambió la actitud frente a los árabes que son presentados en las primeras obras siríacas como terribles conquistadores, mientras que en aquellas que comenzaron a escribirse en las postrimerías del VII son ya representados como amables señores. No sólo los sirios, también muchos judíos y samaritanos lucharon en las filas romanas contra los árabes. Y así por una fuente siríaca sabemos que en Datin y en Ajnadain había muchos soldados samaritanos, y por Juan de Nikiu que no fueron pocos los egipcios, coptos, monotelitas y ortodoxos por igual, que se enfrentaron con las armas en la mano a los invasores.

No, la conquista fue conquista y por lo tanto violenta. La vieja tesis de que los pueblos de Siria, Egipto y Mesopotamia recibieron con los brazos unánimemente abiertos a los árabes es, simplemente, más la expresión de un deseo que de una realidad.

¿Por qué entonces triunfaron los agarenos? Triunfaron porque derrotaron militarmente a sus enemigos. Esto, tan sencillo como evidente ha tardado siglos en imponerse en la historiografía que se ocupa de la caída de la Romanía occidental. Sólo recientemente y gracias a trabajos tan señalados como los de Arther Ferril, Peter Heather o Ward Perkins, se ha ido imponiendo la realidad de que, en última instancia, la caída de la Romanía occidental fue el fruto de un fracaso militar.

Creemos que lo mismo puede decirse de la caída de la Romania Oriental y del Eranshar. En efecto, ambos imperios habían visto cómo la gran guerra romano-persa del 603-628 había llevado sus recursos militares al borde del agotamiento. Treadgold, por ejemplo, ha estimado que Heraclio no contó ya sino con un ejército de poco más de 109.000 hombres, es decir, bastante menos de la mitad del que dejara tras de sí Justiniano en 565¹⁴⁶⁷. Lo mismo puede decirse de la Persia sasánida. Los hechos muestran, además, que los ejércitos de ambas potencias seguían siendo eficientes y disciplinados, pero que carecían de reservas con las que completar las filas de sus ejércitos cuando éstos eran destruidos. Los romanos pelearon bien en Datin, Ajnadain, Yarmuk, etc. y supieron retroceder en orden; los sasánidas, por su parte, opusieron una feroz resistencia tras Qadesiya y se enfrentaron a los árabes en seis grandes batallas antes de quedar desarbolados. Pero pese a esto, Persia y la Romania tenían un punto débil: estaban agotadas. O dicho de otro modo, no contaban con reservas humanas ni económicas a las que acudir, pues las habían agotado por completo a lo largo de los 25 años de lucha (603-628). Fue una conquista que, en palabras de un erudito moderno, puede definirse como la agónica lucha de “dos por su supervivencia,¹⁴⁶⁸”; la pérdida de Egipto, Kuzistán y Mesopotamia, los motores económicos y demográficos de ambos imperios, fue la puntilla para ellos.

¿Pero y los árabes? ¿Acaso contaban ellos con más reservas que los romanos o los persas? No, contaban con muchas menos que ellos. Pero en el momento decisivo, tras Qadesiya, en el caso persa, y durante la conquista de Egipto, en el caso romano, recibieron el auxilio de numerosos elementos militares, aristocráticos, civiles y administrativos del corazón de los viejos imperios. Fue la toma de partido por los árabes hecha por Benjamín y sus coptos en Egipto y la efectuada por las élites sirias tras Yarmuk en Siria, así como la llegada a las filas agarenas de contingentes persas y dailamitas que, sin necesidad de conversión alguna, se pasaron a los árabes y lucharon por ellos, lo que inclinó la balanza. Fue la infantería dailamita, por ejemplo, la que triunfó en Jalula de los persas y no los árabes, como fueron los coptos y no los guerreros de Amr los que, en última instancia, conquistaron Egipto. Así de sencillo: los árabes sumaban, los persas y los romanos veían restados sus recursos y efectivos. De hecho, a inicios del siglo VIII, la mayoría de los ejércitos musulmanes que se hallaban implicados en España, en Transoxiana, en la India, en el Cáucaso o en Asia Menor, estaban formados en su mayor parte no por guerreros árabes, sino por bereberes, persas, dailamitas, sirios, egipcios, etc. El proceso comenzó de inmediato, pues –como ya hemos visto– soldados y marineros coptos participaron ya sin

¹⁴⁶⁷ TREADGOLD, W., *Byzantium and Its Army...*, *op. cit.* pp. 146-147.

¹⁴⁶⁸ TREADGOLD, W., "Two Fights for Survival: 610-668," *A History of the Byzantine State and Society*, en pp. 287-322 Stanford, 1997.

convertirse al Islam en la conquista de Cirenaica de 643, en la primera embestida contra Chipre o en los asaltos contra Constantinopla, y esto es sólo un ejemplo entre muchos¹⁴⁶⁹.

Además, ni Persia ni la Romania supieron dotar a sus tropas de mando adecuado. Yezdiguerd III, temeroso de una nobleza que se había manifestado tan levantisca, recelaba de sus generales y Heraclio, viejo y enfermo, no sólo no tomó el mando, como había hecho en la guerra persa, sino que lo dividió entre generales hasta extremos inoperantes. Por último, en el momento decisivo, en 641-642, tanto en la Romania como en el Eranshar estallaron rebeliones y luchas por el trono. Y así, el levantamiento de dos generales persas en Hamadán contra Yezdiguerd III y la actitud desafiante y levantisca de muchos príncipes y reyes locales a su autoridad; en cuanto a la Romania, conocida es de sobra la paralizante lucha por el poder que se desencadenó tras la muerte de Heraclio.

Por otra parte, ya hemos visto que los árabes no son los guerreros escasamente armados de las fuentes musulmanas, sino guerreros armados al modo de sus vecinos y que además incorporaban nuevas tácticas al escenario bélico como fue su uso de la infantería montada. No desconocían tampoco el estilo de lucha de sus rivales, sino que buena parte de sus soldados se habían educado, militarmente hablando, en las tradiciones militares de persas y romanos. Precisamente serían esos guerreros, los procedentes de las tribus cristianas del norte que poco antes habían sido aliadas de Persia y la Romania, y los yemeníes descendientes de los savaran persas o formados en sus filas, los que jugaron el papel decisivo en las primeras fases de la conquista.

Puede pues afirmarse que sin el concurso de Persia y la Romania, sin su lucha por extender su hegemonía sobre la Arabia del siglo VI, sin su última y gran guerra por el control del Oriente y el consiguiente vacío de poder que ésta provocó en la Arabia del primer tercio del siglo VII, los árabes jamás hubiesen estado en condiciones de unificarse bajo unos mismos estandartes, ni de llevarlos al triunfo sobre sus antiguos señores.

Romanos y persas simplemente perdieron su oportunidad y los árabes la aprovecharon por completo. Habían conquistado un mundo y lo conservaron bien. Su administración, su sistema militar, fiscal y monetario, el arte, etc, son una copia de los del Eranshar y la Romania. Las élites locales se ponen a su servicio¹⁴⁷⁰, y el persa y el griego serán los idiomas de su administración hasta la década del 690; son persas, griegos, sirios y arameos de Mesopotamia los que controlan sus oficinas. En Egipto, por ejemplo, el gobernador árabe de la Tebaida seguirá siendo llamado *dux* de la Tebaida hasta fines del siglo VII. Ese fue el otro gran acierto de los ismaelitas, el de no tratar de erradicar o sustituir el viejo orden, las viejas formas y maneras, sino ponerlas a su servicio. Tras la conquista militar nada cambia o por mejor decir, nada parece haber cambiado.

¹⁴⁶⁹ SOTO CHICA, J., "Egipto y los egipcios...", *op. cit.*

¹⁴⁷⁰ ROBINSON, CH.F., *Empire and elites after the Muslim conquest: the transformation of northern Mesopotamia*. Oxford, 2000.

Pero bajo esa apariencia, ya no hay Romania ni Eranshar, sino Islam. Nuevas rutas de comercio, nuevas ciudades, un nuevo arte y una nueva religión se están gestando. Todo parece seguir igual y sin embargo nunca volverá ya a ser lo que fue. La Edad Media ha nacido, al fin, en Oriente.

CONCLUSIONES FINALES.

A lo largo de las páginas que hemos dejado atrás, se han ido extrayendo una serie de conclusiones merced a un cambio de enfoque en el estudio de la época aquí tratada, a la aportación de nuevas pruebas y evidencias, y a la clarificación y aprovechamiento de otras que, sin ser nuevas, o no eran tenidas en cuenta, o no eran contextualizadas correctamente. A continuación, expondremos dichas conclusiones de forma sucinta y ordenada.

En la **primera parte** de nuestra tesis, llegamos a la importante conclusión de que Justiniano no dejó tras de sí un imperio agotado, sino un estado fortalecido y renovado en su aparato militar, en sus recursos económicos y humanos, en su dimensión cultural y en su proyección ideológica. La reconquista del Occidente no supuso un abandono de los intereses orientales del Imperio, ya que fueron siempre y en todo momento, los prioritarios para Justiniano.

De hecho, la reconquista de África, lejos de agotar a la Romania, la dotó de nuevas bases de poder y de recursos económicos que serían decisivos en su posterior supervivencia frente a la conquista persa del Oriente (603-621) y que posibilitaron, además, la inmediata reacción de Heraclio y, ya en el reinado de Constante II, la reorganización del Imperio bajo el sistema themático. Así pues, Justiniano, al reconquistar África, no sólo no agotó a la Romania, sino que la dotó de los recursos necesarios y decisivos para su posterior supervivencia. Además, devolvió al Mediterráneo su tradicional unidad y restituyó a la Romania su carácter universal y bilingüe. La reconquista de Italia, aun siendo mucho más costosa y menos provechosa que la de África, tampoco desangró al imperio.

Las reconquistas de África e Italia supusieron un fuerte incremento de los ingresos y propiedades de la *domus divina* y del tesoro privado del emperador, lo que favoreció que los gastos militares fueran asumidos, progresivamente y en cada vez mayor parte por el tesoro privado del Augusto.

Existen suficientes datos en las fuentes como para proceder a un cálculo estimativo de la población, de los ingresos y de los gastos del imperio hacia 565. Dicho cálculo muestra que en los días de la muerte de Justiniano, éste había logrado cubrir los gastos derivados de la reconquista del Occidente y de las guerras persas, de la renovación de las estructuras administrativas y militares, así como de la política de prestigio y edificaciones, y ello al tiempo que lograba también encajar el golpe que supuso la epidemia de peste bubónica. De hecho, Justiniano, tras superar la grave crisis de los años 542-557, logró dejar tras de sí un tesoro saneado en el que todavía figuraban los restos del gran tesoro amasado por Anastasio cincuenta años atrás.

No existe ninguna base firme que permita sustentar la vieja tesis de que la Romania se vio sumergida a lo largo de toda la segunda mitad del siglo VI en una espiral continua y progresiva de depauperación económica y demográfica. Bien al contrario, las fuentes muestran un ejército bien pagado y entrenado, un comercio pujante y en expansión, una economía agrícola y en crecimiento en Asia Menor, África, Egipto, la mayor parte de Siria, el sur de Italia y en el Egeo; es decir, en todos los centros relevantes y vitales de la Romania.

Los 45 años que siguieron a la muerte de Justiniano confirman todo lo anterior. Ni Justino II, ni Tiberio II, ni Mauricio, ni aún Focas, carecieron de oro. Bien al contrario, estos augustos llevaron a cabo costosas edificaciones, bajaron los impuestos y eliminaron tasas fiscales, entregaron al ejército y al pueblo cuantiosos donativos, afrontaron y casi siempre ganaron largas y costosas guerras en las que nunca faltó el oro necesario para sostener a los ejércitos y proceder a nuevos reclutamientos; celebraron costosos triunfos, espectáculos, consulados y coronaciones, etc. En suma, un estudio detallado de las fuentes de la época muestra que la salud financiera y económica de la Romania a fines del siglo VI y en los primeros años del VII era fuerte y no daba señales de haber quedado dañada por la *recuperatio* justiniana como tantas veces, injustamente, se ha afirmado.

Un análisis pormenorizado de la política exterior de Justiniano y de sus tratados con Persia muestra, sin ningún género de dudas, que Justiniano, lejos de verse superado por Persia, logró llegar con ésta a un equilibrio favorable, y que su política de pago de subsidios a Persia, lejos de convertirse en un fracaso y en una carga insostenible para la Romania –como afirman la mayoría de los historiadores contemporáneos– supuso un rotundo éxito que redujo notablemente los gastos militares en el limes oriental y colocó al Rey de reyes de Persia en una posición subordinada con respecto a la del emperador de los romanos. Así mismo, un estudio detallado de la política balcánica de Justiniano muestra que la situación de la frontera danubiana, lejos de deteriorarse conforme avanzaba su reinado, mejoró considerablemente y acabó siendo mucho más estable y firme de lo que lo había sido cuando subió al trono.

El ejército dejado por Justiniano tras de sí era mucho más formidable que aquel que encontrara al ascender al solio imperial en 527. Lejos de agotar, desarbolar o reducir significativamente el número de efectivos del ejército o su capacidad militar, Justiniano lo fortaleció y mejoró. En ese ejército y al menos hasta 642, se conservó la vieja división entre tropas de campaña y tropas de frontera. Estas últimas no sólo no desaparecieron, tal y como a menudo se ha sostenido, sino que vieron mejorada su capacidad de lucha, armamento y disciplina.

Así mismo, bajo Justiniano se llevó a cabo una restauración de la importancia y operatividad de la infantería pesada y se dotó al ejército de una mejor capacidad

operativa, a la par que se mejoraba su despliegue táctico y estratégico, su financiación, su equipo, abastecimiento y bases de reclutamiento. Junto a esta renovación de la máquina militar del Imperio, el ejército justiniano conservó buena parte de las tradiciones, símbolos, tácticas, estructuras de mando y organización, etc., del ejército tardorromano. Dichos elementos de permanencia pervivieron sin cambios reseñables hasta, por lo menos, 642. Además, las fuentes de la época ofrecen suficientes testimonios como para proceder a un cálculo preciso del verdadero número de efectivos con el que contó el ejército de Justiniano y sus inmediatos sucesores. Un ejército en el que, tal y como hemos demostrado, militaban 150.000 soldados en los ejércitos de campaña y 100.000 en las unidades fronterizas. También se puede establecer, con esa misma precisión, su sueldo, armamento, despliegue y organización.

La unidad cultural de la Romania, entendiéndola conforme se había manifestado a partir del siglo IV d.C., permanecía vigente y aún ampliada a fines del siglo VI y hasta el mismo día de la conquista árabe. El bilingüismo, esto es, el uso por parte del aparato estatal y de las élites del Imperio del latín y del griego, siguió manifestándose hasta bien entrado el siglo VII en ámbitos tan diversos como el cultural, el administrativo, el militar, el cortesano, el religioso, etc. De hecho, la mayor parte de los miembros de la élite gobernante y cultural de la Romania de fines del siglo VI e inicios del VII seguían conociendo tanto el griego como el latín.

Así mismo, la actividad de las escuelas de la Romania, en especial las de Atenas, Alejandría, Constantinopla, Roma, etc., no sólo no terminó en época de Justiniano sino que siguió siendo pujante hasta bien entrado el siglo VII. De hecho y en contra de lo que se cree habitualmente, la enseñanza en Atenas de la filosofía y demás ciencias clásicas prosiguió hasta, por lo menos, la segunda mitad del siglo VII; mientras que en Alejandría, la escuela mantuvo su prestigio y su actividad hasta el mismo día de la conquista árabe. Por lo demás, no sólo las grandes escuelas, sino también las pequeñas dedicadas a la formación básica, sostenidas por los municipios siguieron funcionando en todo el Imperio hasta el mismo instante en que acontecieron las invasiones y conquistas de persas y agarenos.

Además, en modo alguno se puede hablar de una “helenización” del África romana a partir de su reconquista. Bien al contrario, la importancia e influencia del elemento latino en el Imperio se vio reforzada por la *recuperatio* justiniana. Del mismo modo, es absurdo visualizar las relaciones entre el África latina reconquistada y el Oriente griego como aquellas que mantiene una región conquistada y colonizada con una potencia extranjera. De hecho, las élites occidentales, no sólo no desaparecieron por mor de los efectos de la reconquista justiniana, sino que continuaron siendo un factor determinante en la vida económica, política y cultural del Imperio, llegando a constituirse –como sucedió con las élites africanas a comienzos del siglo VII– en un

poder decisivo en la lucha por el trono y en el sostenimiento de la Romania frente a la Persia de Cosroes II.

Tampoco puede advertirse en el Oriente romano de fines del siglo VI e inicios del VII, signos determinantes o concluyentes de que se hubiera iniciado una etapa de decadencia y parálisis urbana. Bien al contrario, las ciudades de Asia Menor, Egipto, Siria y aún de África, muestran una pujanza y una vitalidad económica, cultural, social y demográfica, notable y alejada de cualquier cuadro o hipótesis de decadencia. De hecho, los primeros indicios de decadencia de las ciudades del Oriente romano sólo aparecerán con las invasiones y conquistas persas de los años 610-628.

En la **segunda parte** de nuestra tesis, dedicada al estudio de la Persia sasánida, llegamos a las siguientes conclusiones. La civilización irania estuvo dotada desde sus inicios de unos rasgos singulares, propios y permanentes que se perpetuaron en el tiempo y que impregnaron por completo las sucesivas creaciones imperiales de los pueblos y dinastías irania: medos, aqueménidas, arsácidas y sasánidas. Dichos elementos propios pervivieron, en buena medida, bajo dominio islámico y favorecieron no sólo la pervivencia de lo iranio dentro de lo islámico, sino que dotaron al Islam de una parte considerable de sus elementos culturales, artísticos, políticos, económicos, ideológicos, religiosos y militares. Así que se puede decir, sin riesgo a errar, que la conquista árabe del Imperio sasánida no arabizó Persia, sino que Persia iraníizó a los árabes y, en esa iraníización del imperio árabe, se proveyó al futuro Islam de los siglos VIII al XIII de no pocos de sus mejores elementos y cualidades.

La historia del antiguo Irán es ante todo la historia de su contacto, rivalidad y enfrentamiento con la otra gran civilización antigua: la grecorromana. De este modo, no puede entenderse la historia de la civilización irania sin su continua rivalidad con la grecorromana, rivalidad que modeló no pocos de los elementos culturales, religiosos, económicos, políticos, militares e ideológicos de ambas civilizaciones. De hecho, la Persia sasánida surgió como un fruto más de esa vieja rivalidad entre grecorromanos e iranos por el dominio sobre el Oriente. Ahora bien, la Persia sasánida vio mediatizada su rivalidad con la Romania por sus fracasos o éxitos frente a los pueblos centroasiáticos. Por lo tanto, no se puede entender la historia de las relaciones entre la Persia sasánida y la Romania sin tener en cuenta los acontecimientos de Asia central.

Por lo demás, ambos imperios –Persia y la Romania– sufrieron crisis paralelas en el siglo V y ambos las superaron a inicios del VI, siendo este último siglo un tiempo de afirmamiento y expansión para ambas potencias. El Oriente de la segunda mitad del siglo VI, lejos de ser un periodo de decadencia que preparaba el camino a la futura expansión islámica –así se nos ha venido presentando con harta frecuencia– fue una época de afirmación y pujanza de los dos grandes imperios y civilizaciones de la

Antigüedad: la Romania y el Eranshar. Es de hecho, de esa respectiva y mutua afirmación y expansión de donde surgieron los factores desencadenantes de una renovada y cada vez más enconada rivalidad entre ambas potencias por el control del Oriente y por el logro de la hegemonía universal. El imperio árabe de Mahoma, la unificación de Arabia por Abu Bark y los triunfos de la primera expansión árabe serían consecuencias directas de esa “última y gran controversia” sostenida entre la Romania y el Eranshar.

La difícil situación en la que desde fines del siglo V había quedado la Persia sasánida frente a los hunos eftalitas fue una de las causas del aumento de su agresividad frente a la Romania. Persia buscaba en la Romania el oro que a ella le demandaban los eftalitas. Esa situación cambió cuando, a mediados del siglo VI, la hegemonía eftalita sobre el Asia central occidental se vio amenazada por la destrucción de sus aliados y parientes, los Juan-juan, por los Tu-kiu, los turcos. La alianza de estos últimos con la Persia de Cosroes I en 557, tuvo grandes consecuencias para el equilibrio de los pueblos y potencias de Eurasia. En primer lugar, la alianza con los turcos y las necesidades militares que planteaba a Persia dicha alianza obligaron a esta última a firmar una paz desventajosa con la Romania por la que Persia renunciaba a Lázica y con ella a una salida al mar por occidente; en segundo lugar, la destrucción del Imperio eftalita y directamente ligado a ella, la migración de los ávaros (una fracción superviviente de los Juan-juan refugiados entre los eftalitas, hacia Europa oriental y como consecuencia directa y futura de ésta, las invasiones ávaro-eslavas de los Balcanes y la instalación de los eslavos en la península Balcánica a comienzos del siglo VII; y en tercer lugar, la súbita expansión persa por Asia central y el noroeste de la India, expansión que, claro está, aumentó considerablemente los recursos económicos, demográficos y militares del Eranshar, dotándole de la fuerza necesaria para, ahora sí, plantearle a la Romania una última y decisiva lucha por el dominio del Oriente.

La Persia de Cosroes I se vio sometida a una serie de grandes reformas militares, sociales y económicas, administrativas y fiscales, religiosas e ideológicas que le proporcionaron la base para su renovación y futura expansión por Asia central, el Océano Índico, la península Arábiga y el Cáucaso. De hecho, tras su reconquista de las tierras del Asia central occidental (557-562), Cosroes I condujo a Persia a una gran expansión por el Océano Índico y la Arabia meridional. En este último caso, Persia entró en conflicto directo con la Abisinia axumita, aliada de la Romania, y con ello se asentó uno de los pilares de la nueva rivalidad romano-persa.

Las fuentes ofrecen los suficientes testimonios y datos como para proceder a un cálculo estimativo de los recursos militares, económicos y demográficos del Imperio sasánida a fines del siglo VI e inicios del VII. Se puede establecer con toda claridad el número de los efectivos del ejército sasánida de fines del siglo VI, así como la clase,

armamento y organización de sus tropas. También puede establecerse su sueldo y cadena de mando, y con ello se obtiene un cuadro completo del potencial militar de la Persia sasánida de fines del siglo VI e inicios del VII, así como del coste que representaba su sostenimiento. De esta manera, se obtienen los datos necesarios para proceder a una comparación real y efectiva del poderío militar y económico de ambas potencias a fines del siglo VI.

Al contrario que el ejército de la Romania, por completo profesionalizado, en el ejército sasánida de tiempos de Cosroes I y sus sucesores convivían tres tipos de tropas provenientes de tres tipos de ejército: a) contingentes de tropas profesionales, entre las que destacaban los *savaran*, la caballería pesada sasánida; los arqueros de línea y la infantería pesada; b) contingentes de tropas feudales proporcionados por los reyes, príncipes y señores vasallos del Rey de reyes; y c) contingentes de tropas de leva forzosa y de escasa calidad, los *paighan* o infantería ligera. El ejército sasánida era, hacia 580, ligeramente superior en número al de la Romania, pero esta última superaba a Persia por la mayor calidad de sus tropas y su mayor capacidad de movilizar reservas. Todo ello otorgaba a la Romania una ligera superioridad militar sobre el Eranshar.

El sistema administrativo y fiscal puesto en marcha por Cosroes I era mucho menos costoso y más efectivo que el de la Romania; de ahí que el tesoro persa contara con casi idénticos recursos que el de la Romania. Ahora bien, mientras que la Persia sasánida había alcanzado el límite de su capacidad fiscal, la Romania contaba, gracias a su mayor población y a su territorio más rico, con unas reservas más amplias que movilizar si se planteaba la necesidad. La Persia sasánida contaba con una población total similar a la mitad de la de la Romania.

La **tercera parte** de nuestro trabajo se dedica al estudio de los hechos acontecidos entre 565 y 634. Hemos podido concluir que Justiniano dejó tras de sí no sólo un imperio, sino también un sistema de poder y relaciones internacionales en el sentido “bismarckiano” del término. En efecto, Justiniano había logrado restaurar el dominio de la Romania sobre el Mediterráneo mediante la reconquista de África, Italia, Dalmacia, el sureste hispano y las islas del Mediterráneo occidental; pero también había logrado, mediante diversos tratados y alianzas, restaurar la influencia romana sobre los estados bárbaros de Occidente que, de un modo u otro, voluntaria o involuntariamente, como aliados o enemigos, volvían a orbitar política, económica y culturalmente, alrededor del Imperio. A la par y en el este, la Persia sasánida había terminado por aceptar, tras la tregua de 557 y la paz de 561, las fronteras y zonas de influencia de la Romania, lo que permitió a Justiniano alcanzar la tan ansiada seguridad en su limes oriental, asegurarse cierta superioridad político-militar frente a Persia dentro del nuevo

equilibrio de poder establecido entre ambas potencias y consolidar su ascendiente sobre el Cáucaso y Arabia. Incluso en los Balcanes, las alianzas establecidas con lombardos y ávaros, unidas a las últimas victorias logradas sobre los cutriguros, habían conseguido la restauración del limes danubiano y alcanzar una fuerte posición hegemónica sobre los tres pueblos bárbaros que pugnaban por el dominio de las tierras situadas al norte de la frontera danubiana: lombardos, gépidos y ávaros.

Este sistema de alianzas y relaciones internacionales, al que hemos dado en llamar “sistema justiniano”, fue destruido no por sus debilidades o contradicciones internas, sino por el brusco cambio impuesto a la política de la Romania por Justino II. Dicho giro político fue impulsado por la perentoria necesidad que el nuevo augusto tenía de lograr el prestigio militar y popular necesario para consolidarse en el trono y para hacer olvidar al pueblo y al ejército la predilección que éstos sentían por su antiguo rival, el otro Justino, el hijo de Germán, asesinado en 566 por orden del augusto. Se puede constatar que Justino II apoyó su cambio de política en una falsa estimación del potencial militar de la Romania y de los recursos militares y económicos del Eranshar.

Por el contrario y en contra de lo que hasta el presente se ha venido sosteniendo, no se puede defender que el cambio que en política exterior dio Justino II nada más subir al solio imperial fuera un cambio obligado por las supuestas penurias financieras del Imperio o por el supuestamente excesivo peso que para el tesoro suponían los subsidios pagados por la Romania a persas, ávaros, lakmidas y demás pueblos vecinos. Bien al contrario, si se estudian los datos de las fuentes se puede llevar a cabo un cálculo del montante total de dichos subsidios y comprobar que no suponían un lastre para las finanzas del Imperio, sino más bien al contrario. Las fuentes de la época ofrecen tal cantidad de datos sobre la pujanza económica y financiera del Imperio en los años finales del siglo VI que es imposible pensar en un agotamiento económico.

Por lo demás, la nueva política de Justino II, prepotente y agresiva frente a sus vecinos, obligó a ávaros y persas a retroceder ante las pretensiones del nuevo augusto; pese a lo cual, éste siguió buscando el enfrentamiento y la guerra contra ambas potencias. Del mismo modo, fue la nueva política danubiana puesta en marcha por Justino II la que provocó el abandono de la alianza con lombardos y ávaros, el posterior acercamiento entre sí de éstos, la destrucción del reino gépido y consecuentemente, la ruptura de los equilibrios logrados por Justiniano en la región balcánica y el fortalecimiento de ávaros y lombardos, ahora enemigos de la Romania; provocó además, la invasión de Italia por los lombardos que dejaría a los ávaros como única potencia al norte del Danubio y abriría la puerta a estos últimos para extender su dominio sobre los eslavos. El establecimiento por Justino II de alianzas con los turcos occidentales y con los abisinios de Axum buscaba el aislamiento de Persia y la quiebra del dominio de ésta sobre las grandes rutas de comercio con Oriente. Dicha política de

aislamiento de Persia obligó al cabo a ésta a aceptar la guerra que Justino II le había venido ofreciendo desde los primeros días de su reinado.

La capacidad de resistencia y reacción mostrada por la Romania tras la destrucción del sistema justiniano llevada a cabo por la torpe política de Justino II y por la apertura de cinco frentes bélicos a un mismo tiempo (Persia, el Danubio, Italia, África e Hispania), es una prueba contundente de la fortaleza económica y militar de la Romania dejada por Justiniano y de la viabilidad de su sistema. De hecho y para 575, la reacción protagonizada por el entonces César Tiberio estaba ya reconduciendo la catastrófica situación y tornándola favorable para los intereses de la Romania. Este giro positivo dado por Tiberio II a la situación exterior del Imperio descansó en la fortaleza fiscal y económica de la Romania, la cual permitió llevar a cabo no sólo nuevos y masivos reclutamientos, sino aumentar los ingresos de los soldados y disminuir considerablemente la presión fiscal sobre los contribuyentes.

Así mismo, Mauricio, pese a sus dificultades financieras iniciales, pudo hallar el oro suficiente como para terminar victoriosamente la guerra contra Persia, obligar a ávaros y eslavos a recruzar el Danubio, completar la sumisión de los mauri, frenar a lombardos y visigodos, prestar cuantiosas sumas a Cosroes II, atender a un ambicioso plan de edificaciones suntuarias y fortificaciones, celebrar costosos triunfos y ceremonias y volver a llenar el tesoro. Todo lo cual vuelve a demostrar la fortaleza económica y financiera del Imperio. Por lo demás y atendiendo ahora a una cuestión de detalle que permite resaltar de nuevo la solidez económica y financiera de la Romania de fines del siglo VI, las fuentes ofrecen datos suficientes para calcular el montante del oro que Mauricio prestó a Cosroes II en su lucha por el trono y para conocer a cuánto ascendió el pago que Cosroes II hizo a la Romania por el préstamo recibido. Se obtienen así dos datos preciosos para estimar la fortaleza económica y financiera de ambas potencias en 590.

El triunfo sobre Persia y la instauración en Oriente de una paz y una hegemonía incontestables, permitieron a Mauricio desencadenar dos grandes ofensivas en los Balcanes e Italia y llevar los límites de la prefectura africana a límites no conocidos desde los días que precedieron a la invasión vándala. De hecho, la serie de contraofensivas lanzadas por Mauricio en los Balcanes, no sólo obligaron a ávaros y eslavos a rebasar el Danubio, sino que restauraron efectivamente el limes danubiano y estuvieron a punto de aniquilar a los ávaros. A la par, pero en Italia, sólo la falta de coordinación entre francos y romanos impidió la aniquilación de los lombardos y la reconquista completa de Italia por Mauricio.

Por lo demás, la causa inmediata y directa de la sublevación de Focas y del repentino e inesperado fracaso de la política hegemónica puesta en marcha por Mauricio, hay que buscarla en la serie de errores cometidos por el Augusto entre 600 y 602, errores propiciados por su falta de realismo militar, su acusado nepotismo, su

excesivo orgullo y su tacañería. No obstante, la sublevación de Focas no supuso el desmantelamiento del limes danubiano. Bien al contrario, ávaros y eslavos permanecieron al norte del Danubio hasta 610 y no iniciaron sus grandes y definitivas invasiones hasta los días iniciales del reinado de Heraclio. Las causas de la crisis económica y militar que llevaron al Imperio al límite del colapso hay que buscarlas en la política represiva puesta en marcha por Focas, en sus constantes purgas militares, en su incuria administrativa, en las guerras civiles desencadenadas en la Romania por su gobierno y en su fracaso ante Persia. De hecho, el desencadenamiento de la última gran guerra romano-persa de 603-628, tuvo su causa directa e inmediata en el triunfo de la sublevación de Focas. Así mismo, la política de Focas desencadenó una serie de conflictos sociales y religiosos que prepararon el camino a la conquista persa.

La sublevación de Heraclio el Viejo se inició en 608 y desde un primer momento se concibió como la elevación de dos nuevos augustos legítimos –Heraclio el Viejo y Heraclio el Joven– contra un usurpador. Dicha sublevación fue motivada por las purgas de Focas contra la nobleza y el ejército. El punto clave en el desenlace de la nueva guerra civil iniciada por el levantamiento de los dos Heraclios en África fue la conquista de Egipto. Por ello, tanto Focas como los Heraclios destinaron a Egipto sus mayores y mejores recursos militares. Sólo cuando se tuvo la certeza de que Egipto estaba definitivamente en manos del partido heracliario partió la flota de Heraclio hacia Constantinopla. La ruta de esta flota puede ser establecida mediante el análisis de las noticias dadas por las fuentes y su confrontación con las proporcionadas por la geografía mediterránea. La toma de Constantinopla por Heraclio el Joven coincidió con la pérdida de las reservas contenidas en el tesoro imperial y ello motivó que Heraclio se hallara sin fondos al subir al trono. Es pues y justo en este momento, finales del 610, cuando se inicia la verdadera crisis económica y financiera de la Romania y no a finales del reinado de Justiniano.

Así mismo, la guerra civil y la incapacidad de Focas por atender al limes oriental llevaron a la desintegración paulatina de los ejércitos orientales y a la conquista persa de Armenia, la Mesopotamia romana, y buena parte de Siria y Capadocia. Por el contrario, la invasión ávaro-eslava no puede ser achacada a Focas, sino que progresó rápidamente hacia el sur debido a la imperiosa necesidad que tenía Heraclio de atender prioritariamente a la defensa de las provincias orientales. De hecho, la situación de completo caos económico y militar en la que Heraclio halló el Imperio a su subida al trono, motivó el completo fracaso de sus primeros intentos de reacción y llevaron al Imperio a un punto de la completa aniquilación.

Con respecto al manual táctico del *Strategikon* (cuya autoría, propósito inmediato y fecha exacta de redacción se han discutido hasta el presente), hemos demostrado, con profusión de argumentos de las fuentes de la época, que fue escrito en 612-613 por Filípico, general de Mauricio y Heraclio, para afrontar la situación de colapso militar

que hallara Heraclio al subir al trono y para devolver al ejército de la Romania las cualidades de que éste había disfrutado antes de la sublevación de Focas, así como para hacer frente al derrumbe de los límites orientales y danubianos.

En referencia al segundo asedio eslavo de Tesalónica (datado hasta el presente por la historiografía contemporánea con imprecisión entre 613 y 626) hemos concluido que ha de fecharse con exactitud en 622 y que fue una de las consecuencias directas de la primera alianza ávaro-persa. El establecimiento de la fecha real de este segundo asedio eslavo de Tesalónica en 622 permite igualmente fijar la fecha del tercero en 624. Un atento examen y una confrontación de las fuentes de la época no deja lugar a dudas sobre la existencia en 622 de una alianza ávaro-persa contra la Romania. Y es que la conquista de Alejandría por los persas (619) supuso el inicio de una fuerte actividad naval persa en el Mediterráneo que fue la base para el establecimiento de la citada alianza ávaro-persa. En cuanto a la instalación de los eslavos en el Peloponeso, cuestión tan debatida, puede fijarse con toda seguridad en torno a 620-622.

Tras la pérdida de Palestina, Siria, Mesopotamia, la mayor parte de Italia y de los Balcanes y de Egipto, sólo los recursos africanos pueden explicar la resistencia de la Romania y su exitosa contraofensiva.

El dominio del Oriente romano por parte de Cosroes II llevó a la Persia sasánida a convertirse en un imperio universal, en el que el fuerte peso demográfico de los cristianos llevó a Cosroes a un brusco cambio de su política religiosa. Dicho cambio se basó en un acercamiento al monofisismo que quedó confirmado en el Concilio Ecuménico de Ctesifonte y que llevó a que coptos, jacobitas, albaneses y la mayor parte de los armenios, se hallasen extremadamente cómodos dentro de la nueva monarquía persa. Además, este dominio persa sobre el Oriente romano se vio acompañado, primero por un fuerte quebranto económico y demográfico en la Mesopotamia romana, la Siria del norte, Palestina y Asia Menor, y luego por el traslado a Siria, Palestina, Egipto y Mesopotamia del modelo militar, fiscal y administrativo sasánida, todo lo cual influiría posterior y decisivamente en la conquista árabe.

En Egipto, el dominio y el acercamiento de Persia a los monofisitas supusieron el regreso del patriarca copto a Alejandría y su completo dominio del cristianismo egipcio y de los recursos de la Iglesia egipcia. Este precedente, sería causa directa del posterior apoyo del patriarcado copto a los árabes en los que se vio a unos posibles sustitutos de los persas.

Para hacer frente a los persas con efectividad, Heraclio se veía impelido a buscar una tregua con los ávaros y a abandonar a su suerte los Balcanes. Dicha tregua sólo pudo establecerse mediante la presión ejercida por la diplomacia de Heraclio sobre la retaguardia ávara gracias al acercamiento a los búlgaros. Una posibilidad estratégica que obligó al khagan ávaro a aceptar las –por otra parte– ventajosas condiciones que le ofrecía Heraclio.

Por otra parte, Heraclio usó su posible traslado a África y con ello el de la capital del Imperio a Cartago, como palanca de presión sobre la Iglesia y el pueblo constantinopolitanos. Mediante dicha presión, les obligó a renunciar a privilegios y a facilitarle los recursos necesarios para las reformas militares y los gastos bélicos, que le posibilitaran hacer frente con ciertas garantías de éxito a la contraofensiva contra Persia. Así mismo, la idea de Heraclio de trasladar la capital del Imperio a Cartago y de hacer de África el nuevo centro de poder de la Romanía, no sólo muestra su apurada situación, sino también la importancia del África latina a inicios del siglo VII. Entrando nuevamente en una cuestión de detalle, podemos concluir que el famoso “tesoro de los vientos” apresado por los persas en las costas de Siria no es otro que aquel que Heraclio mandó trasladar a África y que, según las fuentes griegas, se perdió en el mar.

Para 621, la tregua con los ávaros, la conclusión de las reformas militares puestas en marcha sobre la base del *Strategikón*, la continuidad de las remesas africanas y los caudales provenientes del patriarcado constantinopolitano, posibilitaban la puesta en marcha de una contraofensiva contra Persia. Para propiciar un clima favorable a dicha empresa, Heraclio puso en marcha y de forma consciente una política de propaganda religiosa y política tendente a dotarlo de un aura mística y heroica, y a provocar el entusiasmo bélico de sus súbditos y soldados. Dicha política heroica tendría como consecuencia la formulación de un nuevo orden y una nueva ideología del poder, así como el nacimiento de una épica heracliana cuyos ecos y creaciones se manifestarían en numerosas obras artísticas y literarias occidentales, persoislámicas, armenias, etc.. Heraclio, por mor de esta política heroica, sería visualizado como el último emperador romano, el último héroe de la Antigüedad clásica, y el prototipo del cruzado y del caballero cristiano. Tanto Heraclio como Cosroes II se vieron a sí mismos como figuras mesiánicas y de idéntica manera fueron contemplados por buena parte de sus contemporáneos que visualizaban su época desde una dimensión apocalíptica que impregnaba por igual a judíos, cristianos y zoroastrianos, y que influyó notablemente en la génesis del futuro Islam.

El año 623 como fecha de la segunda campaña de Heraclio contra los persas es el correcto y, por consiguiente, la cronología que actualmente siguen buena parte de los historiadores de la época heracliana es por completo errónea. De igual modo, es necesario llevar a cabo serias modificaciones en la concepción geográfica y estratégica de las campañas de Heraclio contra Persia. Dichas campañas supusieron no sólo la quiebra del poderío de Cosroes II, sino también el inicio de una grave crisis militar, política y económica en el Imperio Sasánida que facilitaría enormemente la inmediata conquista del Islam. La larga guerra contra Persia agotó económica y militarmente a la Romanía por lo que, al iniciarse de inmediato las invasiones árabes, se encontró con que no disponía de reservas para hacerles frente.

Por lo demás, el momento decisivo en la gran guerra romano-persa de 603-628 fue el asedio de Constantinopla por los aliados ávaro-persas. Hay suficientes testimonios en las fuentes como para certificar que dicha alianza existió, para esclarecer sus términos y propósitos, y para establecer el momento exacto de su concertación. Así mismo, se pueden seguir en detalle los acontecimientos del asedio y afirmar sin lugar a dudas –en contradicción con buena parte de los estudiosos actuales– que la muralla marítima de Constantinopla ya era una realidad en 626 y que el muro de las Blaquernas fue construido por orden de Heraclio en ese mismo año con el propósito de reforzar la defensa de la ciudad. Con esto queda cerrado el viejo y largo debate sobre la existencia o no de murallas marítimas antes de 718 y sobre cuándo se construyó exactamente la muralla de Blaquernas.

El triunfo de Heraclio se debió, en no poca medida, a su alianza con los jázaros. Dicha alianza se basó en la concertación del matrimonio de la hija de Heraclio, la Augusta Epifania, con el khan jázaro, así como en la entrega por parte de Heraclio de una serie de territorios en el Cáucaso oriental y Armenia.

La paz con Persia no supuso la inmediata evacuación de Siria, Palestina y Egipto por parte de las tropas persas, sino que ésta sólo se produjo en julio-octubre de 629 y gracias a la alianza establecida por Heraclio con el general persa Sharbaraz. Dicha alianza, de haberse consolidado, hubiese supuesto el establecimiento de un nuevo orden en Oriente en el que la nueva Romania heracliiana hubiese obtenido una vez más la hegemonía sobre Persia. Sin embargo, la súbita e inesperada muerte de Sharbaraz y del khan jázaro en 630 dejó a Heraclio sin aliados. Este hecho se constituyó en decisivo en el momento de las invasiones árabes, puesto que Persia y la Romania las afrontaron de forma independiente entre sí y Heraclio no pudo contar –como en el caso de la guerra persa– con la ayuda jázara.

Por último, en la **cuarta parte** de nuestro trabajo, la dedicada al estudio del surgimiento y ascenso de un Imperio árabe que daría pie a su vez y tras su consolidación, al nacimiento del Islam, hemos llegado a las siguientes conclusiones. Hacia el año 600, la Arabia oriental, meridional y central se hallaba casi por completo bajo la esfera de la influencia persa. Esta influencia y dominio se manifestaban en todos los órdenes: económico, cultural, político y religioso. De hecho, la historia de los árabes y de sus relaciones con las dos grandes potencias había sido la historia de unos pueblos que orbitaban, cada vez y en mayor grado, alrededor de los dos grandes imperios.

La eliminación de sus reinos vasallos árabes, gasánidas y lakmidas, por parte de ambos imperios y la conquista persa del otro gran reino árabe del siglo VI, el himyarita del Yemen (570), sumada al enfrascamiento de las dos potencias en los avatares de su última gran contienda (603-628), provocaron un súbito y gran vacío de poder en la

Arabia de inicios del siglo VII. Dicho vacío de poder tuvo dos consecuencias inmediatas: la aparición en Arabia de una serie de profetas guerreros que trataban de rellenar ese vacío de poder mediante la unificación bajo sus estandartes de la mayor cantidad posible de tribus; y el desmoronamiento de la defensa efectiva de los límites árabigos de la Romanía y del Eranshar. Ambos procesos provocaron, al converger entre sí, un significativo aumento de las incursiones árabes contra las provincias fronterizas de Persia y la Romanía, así como una toma de conciencia supratribal y panárabe que favoreció en sumo grado la posterior unificación de Arabia bajo Abu Bark.

Mahoma fue uno de esos profetas guerreros que usaban su carisma religioso como una palanca que permitía a las tribus superar sus viejos antagonismos y coaligarse para llevar a cabo grandes empresas. No obstante, el poder de los profetas guerreros de la Arabia de inicios del siglo VII tenía su base fundamental en la continua obtención de prestigio y botín mediante la realización de expediciones bélicas.

En el estado actual de nuestros conocimientos, no puede defenderse con rigor histórico, que el Islam –en el sentido que el término cobró posteriormente– estuviese plenamente conformado y asentado antes de 642. De hecho, todo parece apuntar que fue tras la conquista del Oriente cuando los árabes terminaron por definir y configurar su propia identidad religiosa. En contra de lo que erróneamente se suele afirmar, Mahoma no unificó la Península Arábiga y a su muerte existían dos grandes poderes árabes creados al amparo de dos profetas guerreros rivales: Mahoma y Musaylima. Además, ambos poderes estaban tentando ya las fronteras de los dos grandes imperios, Persia y la Romanía, y ambos se asentaban sobre dos principios básicos: la superación de las rivalidades tribales mediante la aceptación del carisma profético de su líder, y la continua obtención de victorias y botín bajo la jefatura de dicho líder. La derrota del profeta Musaylima y de su esposa, la profetisa Sajah, por Abu Bark (633), determinó la definitiva y verdadera unificación de Arabia y con ello el paso esencial y primordial hacia las grandes conquistas árabes y hacia el surgimiento del Islam.

Tanto Abu Bark, como Omar –esto es, los dos sucesores inmediatos de Mahoma– estuvieron dotados de rasgos proféticos similares a aquellos que pueden observarse en Mahoma, Musaylima y el resto de los profetas guerreros de la Arabia del primer tercio del siglo VII. Sin embargo, no ocurre lo mismo con Otman, Alí, Moawiya y el resto de los califas del primer período.

Como ya se ha afirmado, fue Abu Bark el verdadero unificador de Arabia y su inmediata invasión de Persia y la Romanía no fue sino la continuación a mayor escala de un proceso iniciado, como ya vimos, a inicios del siglo VII. Abu Bark sólo podía mantener unificadas a las tribus si les seguía proporcionando victoria, prestigio y botín. La conquista del Oriente por los árabes no fue sino la consecuencia inevitable de la dinámica puesta en marcha en Arabia por la aparición en ella del gran vacío de poder y por el surgimiento de los profetas guerreros que trataban de aprovecharlo.

Las tribus cristianas y judías fueron las decisivas en la primera fase de la conquista del Oriente. Así mismo, jugaron un gran papel en ella los descendientes de los sasaníes persas otrora asentados en el Yemen por Cosroes I. De hecho, las noticias de las fuentes primarias apuntan decididamente a que muchas de las tribus que participaron en la conquista del Oriente mantenían su propia identidad religiosa. Esto es, que seguían siendo en todo o en buena parte, cristianas, judías e incluso y en no poca medida, politeístas. Y no sólo las tribus, también algunos de los dirigentes árabes de la primera fase de la conquista aparecen dibujados por los relatos contemporáneos como judíos o como miembros de otras religiones. El sincretismo y la diversidad religiosa parecen pues haber sido la característica inicial y esencial de los árabes que llevaron a cabo la primera fase de la conquista del Oriente. Por el contrario, la política religiosa puesta en marcha por Heraclio en 629 fue un factor decisivo en la explicación de la conquista árabe.

Por lo demás y en contra de lo que se suele creer, podemos concluir que los límites sirio-árabes fueron restablecidos por Heraclio en 629 y en un primer momento aguantaron bien los primeros embates árabes. Persia, por su parte, tras el asesinato de Sharbaraz (630) entró en un rápido proceso de descomposición del poder central, de pérdida de prestigio de la dinastía reinante, y de anarquía política y militar. La subida al trono de Yezdiguerd III (632) comenzó a poner freno a dicho proceso, pero la invasión agarena impidió a Persia consolidar su recuperación.

Ni las defensas persas, ni las romanas estaban diseñadas para hacer frente a un ataque a gran escala desde Arabia, circunstancia ésta que sería decisiva para el éxito de las invasiones árabes de Persia y la Rumania. La fecha correcta de la batalla de Qadesiya es el 6 de enero de 636, fecha obtenida gracias a documentos de la época; por tanto, se pone fin, a nuestro entender, al debate sobre la verdadera datación de esta importante batalla. Igualmente, la fecha correcta para la batalla de Ajnadain es la de 29 de agosto de 634, con lo que también queda aclarada por nuestra parte esta importante cuestión cronológica que altera significativamente la cronología de las primeras invasiones árabes.

Los agarenos no fueron acogidos, en modo alguno, como libertadores por las poblaciones del Oriente; por el contrario, su conquista fue extremadamente violenta.

Tras Yarmuk, Heraclio dio vía libre a las iniciativas de los gobernadores de Mesopotamia y Egipto para que sostuviesen sus provincias frente a los árabes como creyesen oportuno, una disposición que se tomó tras proceder a evacuar Siria mediante una maniobra de tierra quemada. En 636, Heraclio dio paso a una política defensiva que buscaba ganar el tiempo necesario para reorganizar las defensas y la movilización de nuevas reservas. En Egipto, la libertad de acción otorgada por Heraclio a sus gobernadores fue usada para construir unas defensas frente a los árabes y para impedir

su entrada mediante el pago de un tributo que contó con la aprobación del emperador. Por lo demás y en última instancia, la invasión árabe de Egipto se desencadenó por causa de la política religiosa de Heraclio y se concretó en el apoyo abierto y militar del patriarca Benjamín y sus coptos, a Amr y sus árabes. De hecho, el triunfo de Amr en Egipto se produjo en el contexto de una guerra civil entre egipcios en la que una parte, Benjamín y sus coptos, tomaba partido por los árabes, y otra, los ortodoxos y los coptos que habían aceptado la solución religiosa planteada por Heraclio, apoyó a los romanos.

La pérdida definitiva de Egipto (642) supuso la consolidación del nuevo Imperio árabe, la apertura de África y el Mediterráneo a su expansión, y el quebranto definitivo de las estructuras económicas y militares de la vieja Romanía. Tanto en la conquista de Egipto como en la de la Mesopotamia persa, focos esenciales de los poderes romano y persa, fue decisivo el paso a los árabes de contingentes militares autóctonos y de funcionarios persas y romanos.

Así pues, las fuerzas decisivas para la conquista de Egipto y Mesopotamia, no fueron las árabes, sino las proporcionadas por coptos y renegados persas. La derrota de Nehavend (642) supuso el fin efectivo del Imperio Persa y la apertura de Asia a la expansión árabe. Por lo tanto, el año 642 vio el derrumbe de los dos pilares fundamentales sobre los que se había sostenido el Mundo Antiguo: la unidad mediterránea y la rivalidad secular mantenida en Oriente por grecorromanos e iraníes. Nacía pues, en Oriente, una nueva edad: la Edad Media.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

I. FUENTES:

Abu Ubayd Al-Bakri, *Kitab al-masalik wal-mamalik*:

- DUCENE, J.C., “La description géographique de la Palestine dans le Kitab al-masalik wa-l-mamalik d’Abu Ubayd Al-Bakri (m. 487/1094)”. *Journal of Near Eastern Studies*, 62 (2003), pp. 181-191.
- DE SLANE, G., “Al-Bakri, Description de l’Afrique septentrionale (1068)”. *Journal Asiatique*, 1858-1859, Argel, 1913.

Abulfeda:

Geografía:

- REINAUD, M., *Abulfeda, Géographie*. París, 1848 (2 vols.).

Vida del Profeta Mahoma:

- DESVERGERS, N., *Abulfeda, Vie du Prophète Mohammed*. Agiers, 1950.

Actas de Concilios:

- PERCIVA, H.R., “The Seven Ecumenical Councils of the Undivided Church”. *Nicene and Post-Nicene Fathers*, 2nd Series, Edimburgo, 1899, vol. XIV.

Agapios de Menbidj o de Hierápolis, *Kitab al-Unvan o Libro de los títulos*:

- VASILIEV, A., “Kitab Al-Unvan, Historie Universelle écrite par Agapius de Menbidj. Seconde partie”, *Patrologia Orientalis*. Turnhout, 1971, t. VIII, fasc. 3.

Agatías, *Historias*:

- DE GRUYTER, W., *Agathias. The Histories*. Nueva York, 1975.
- ORTEGA VILLARO, B., *Historias*. Madrid, 2008

Al-Baladhuri, *Kitab Futuh Al-Buldan*:

- MURGOTTEN, F. C., *The origins of the Islamic State, Al-Baladhuri (Kitab Futuh Al-Buldan)*. Nueva York, 1969 (2 vols.).

Al-Tabari, *Tarij al-Rusul wa al-Muluk o Historia de los profetas y los reyes*:

- BOSWORTH, C.E., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1999, vol. V.
- MONTGOMERY, W.; MCDONALD, M.V., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1987, vol. VI.
- MONTGOMERY, W.; MCDONALD, M.V., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1987, vol. VII.
- FISHBEIN, M., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1997, vol. VIII.

- POONAWALW, I. K., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1990, vol. IX.
- YAHYA BLANKINSHIP, K., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1993, vol. XI.
- FRIEDMANN, Y., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1991, vol. XII.
- JUYNBOLL, G., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1989, vol. XIII.
- SMITH, G. R., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1994, vol. XIV.
- HUMPHREYS, R. S., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1987, vol. XV.
- BROCKETT, A., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1996, vol. XVI.
- HAWTING, G.R., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1996, vol. XVII.
- HOWARD, K.A., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1991, vol. XIX.
- HAWTING, G.R., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1989, vol. XX.
- FISHBEIN, M., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1990, vol. XXI.
- ROWSON, E. K., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1987, vol. XXII.
- HIDS, M., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1990, vol. XXIII.
- POWERS, D.S., *History of al-Tabari*. Nueva York, 1989, vol. XXIV.

Al-Tahalibi, *Libro de los reyes de los persas*:

- ZOTENBERG, H., *Abd Al-Malik Ibn Muhammad (Abu Mansür), Histoire des rois des Perses. Texte arabe*. París, 1900.

Al-Waqidi, *Kitab al-maghazi o Libro de los Jueces*:

- MARSDEN, J., *Al Waqidi, Kitab al-maghazi*, 3 vols. Oxford, 1966 (3 vols.).

Al-Azdi al Basri, *Tarikh futuh al-Sham o La conquista de las tierras*:

- NASSAU, L., W., *Muhammad b. Abdullah Abu Ismail al-Azdi al Basri, Tarikh futuh al-Sham*. Calcuta, 1857.

Amiano Marcelino, *Historia*:

- HARTO TRUJILLO, M.L., *Amiano Marcelino, Historia*, Madrid, 2002.

Ananias de Shirak:

Autobiografía:

- CONYBEARE, F. C., “Ananias of Shirak, Autobiography”. *Byzantinische Zeitschrift*, 6 (1897), pp. 572-574.

Sobre la Pascua:

- CONYBEARE, F. C., “Ananias of Shirak, On Easter”. *Byzantinische Zeitschrift*, 6 (1897), pp. 574-584.

Anastasio del Sinaí:

Cartas, sermones, tratados y discursos:

- HOYLAND, R., “Anastasio del Sinaí”, *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997, pp. 92-102.

Los textos griegos de los Santos padres del Sinaí:

–NAU, F., “Le texte grec des recits du moine Anastase sur les saints peres du Sinai”. *Oriens Christianus*, 2 (1902), pp. 58-89.

Anastasio el Bibliotecario, *Liber Pontificalis*:

–RAYMOND, D., *Liber Pontificalis/Book of Pontiffs*. Liverpool, 1989.

Antiocho Estrategos, *De la toma de Jerusalén*:

–CONYBEARE, F.C., “Antiochus Strategos, the Capture of Jerusalem by the Persians in 614 AD”. *English Historical Review*, 25 (1910), pp. 502-517.

***Apocalipsis del pseudo Metodio*:**

–PALMER, A., “Extract from apocalyptic of Ps.-Methodius”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 222-242.

***Apocalipsis judío de época omeya*:**

–LEVI, I., “Une apocalypse judeoárabe”. *Revue des études juives*, 67 (1914), pp. 178-179.

–HOYLAND, R.G., “Jewish Apocalypse on the Umayyads”. *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997, pp. 317-319.

Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno*:

–GUZMÁN GUERRA, A., *Arriano, Anábasis de Alejandro Magno, libros I-III*, Madrid, 2001.

–GUZMÁN GUERRA, A., *Arriano, Anábasis de Alejandro Magno, libros IV-VIII*. Madrid, 2001.

Aurelio Víctor, *Libro de los Césares*:

–FALQUE, E., *Aurelio Víctor, Libro de los Césares*. Madrid, 1999.

***Avesta y textos mazdeístas*:**

–BERGUA, J.B., *El Avesta (Textos del Mazdeísmo)*. Madrid, 1992.

***Bundahishn (fragmento)*:**

–HOYLAND, R.G., “Bundahishn”. *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997, p. 324.

Calendario palestino-georgiano del Sinaí:

–GARITTE, G., “Le Calendrier Palestino-Georgien du Sinaiticus 34 (X^e siècle)”, *Subsidia Hagiographica*, 30, Bruselas, 1958.

***Código marítimo rodio*:**

–SHUBERNER, W., *The Rhodian sea-law*. Aalen, 1976.

***Código Teodosiano*:**

–<http://www.thelatinlibrary.com>.

Comes Marcelino, *Cronicón*:

–MOMMSEN, Th., *Chronica Minora* II, 1894.

–<http://www.thelatinlibrary.com>

Constantino Porfirogénito:

–PERTUSI, A., “De thematibus Constantino Porfirogenito”, *Studi e testi*, 160. Ciudad del Vaticano, 1952.

–HALDON, J.F., *Constantine Porphyrogenitus, Three Treatises on imperial military expeditions*. Viena, 1990.

–HENKINS, R.J.H., *De administrando Imperio, Constantine Porphyrogenitus*. Washington, 1967, vol. I.

–NIEBUHRIUS, B. G., “Constantini Porphyrogeniti imperatoris, De Ceremonias Aulae Byzantinae”. Bon, 1829, lib. II, *Graece et latine*, vol. 3, pp. 627-631.

Coripo:

–RAMÍREZ TIRADO, A. *Juanide, Panegírico de Justino II*, Madrid, 1997.

Cornelio Nepote, *Vidas*:

–RAMÓN PALERM, V., *Cornelio Nepote, Vidas*. Madrid, 2002.

Cosmas Indicopleustes, *Topografía cristiana*:

–MCCRINDLE, J.W., *The Christian Topography of Cosmas, an Egyptian Monk* Londres, 1897.

***Crónica de Georgia*:**

–BEDROSIAN, R., *The Georgian Chronicle*. Nueva York, 1991.

–<http://rbedrosian.com/hsrces.html>

***Crónica de los desastres o del 716*:**

–PALMER, A., “A chronicle of disasters dated AD 716”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 45-48.

***Crónica de Monemvasia*:**

–DUJCEV, I., *Cronaca di Monemvasia*. Palermo, 1976.

***Crónica de Zuqnin*:**

–PALMER, A., “Extract from the Chronicle of Zuqnin, AD 775”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 53-70.

***Crónica del 1234*:**

–PALMER, A., “Extract from the chronicle of 1234”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 111-221.

Crónica del 637:

–PALMER, A., “A record of the Arab conquest of Syria, AD 637”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 1-4.

Crónicas de 819 y Crónica de 846 (fragmentos):

–PALMER, A., “Extracts from two chronicles up to AD 819/846”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 75-85.

Crónica del Khuzistán:

–GUIDI, I., *Un nuovo testo siríaco sulla storia de gli ultimi Sassanidi*. Leiden, 1891.

–GREATREX, G., *Roman Eastern Frontier and the Persian Wars: Part II, AD 363-630: A narrative sourcebook*. Florencia, 2002, pp. 229-237.

–ROBINSON, CH.F., “The conquest of Khuzistan: a historiographical reassessment”. *Bulletin of the School of Oriental and African Studies*, 67 (2004), pp. 14-39.

Crónica Maronítica:

–PALMER, A., “Extract from the Maronite Chronicle (AD 664+)”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 29-35.

Crónica melquita o del 642:

–PALMER, A., “Extract from the Melkite Chronicle (AD 642+)”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 25-28.

Crónica Mozárabe de 741 o Crónica mozárabe árabe-bizantina de 741:

–BLANCO SILVA, R., “Una crónica Mozárabe a la que se ha dado en llamar Árabe-Bizantina de 741. Un comentario y una traducción”. *Revista de Filología*, 17 (1999), pp. 153-167.

Crónica Pascual:

–WHITBY, M.; WHITBY, M., *Chronicon Paschale. 284-628 aD*. Liverpool, 1989.

Cuerpo del Derecho Civil Romano: Novelas, edictos y constituciones de los emperadores Justino II, Tiberio II y León III:

–OSENBRÜGGEN, E., *Cuerpo del derecho civil romano*. Barcelona, 1898, t. I-VI.

–WATSON, A., *The Digest of Justinian*. Filadelfia, 1998 (<http://www.thelatinlibrary.com>)

Darío I Aquemenes y Shapur I. Inscripciones de Beistún y de Naqsh-i-Rustam:

–BENGTSON, H., *Griegos y Persas*. Madrid, 1978, p. 16.

–NELSON, R., *The History of Ancient Iran*. Munich, 1984, pp. 363-368.

Didascalía de Jacob o Doctrina Jacobi nuper Baptizati :

–DAGRON, G.; DEROCHE, V., “Doctrina Jacobi nuper Baptizati in, juifs et chrétiens dans l’Orient du VII siècle”. *Travaux et Mémoires*, 11 (1991), pp. 17-248.

Diodoro de Sicilia, *Biblioteca Histórica*:

–PARREU ALASÁ, F., *Biblioteca Histórica, libros I-III*. Madrid, 2001.

Dion Casio, *Historia Romana*:

–PLÁCIDO SUÁREZ, D., *Dion Casio, Historia Romana, libros I-XXXV, fragmentos*. Madrid, 2004.

–CANDAU MORÓN, J.M., *Dion Casio, Historia Romana, libros XXXVI-XLV*. Madrid, 2004.

Dionisio Areopagita, *Tratados*:

–PARKER, J., *Dionysius the Areopagite, Works*. Londres, 1897.
http://www.tertullian.org/fathers/areopagite_00_eintro.htm

Dionisio de Tell Mare, *Crónica secular*:

–PALMER, A., “Dionysius of Tel-Mahre, Secular History, introduction, concordance of contents”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 85-105.

Efraín, *Historia*:

–LAMESIDES, O., *Ephraem Aenii, Historia crónica*. Atenas, 1990.

***El Apocalipsis de Zorobabel o Libro de Zorobabel*:**

–ALBA CECILIA, A., “El Libro de Zorobabel”. *Sefarad*, 61 fasc.2 (2001), pp. 243-258.

***El apocalipsis edesano*:**

–PALMER, A., “The Edessene Apocalyptic Fragment”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 243-250.

***El Corán*:**

–VERNET, J., *El Corán*. Madrid, 1996.

Elías de Nisibi, *Cronografía*:

–DELAPORTE, L.J., *Le chronographie d’Elie Bar-Sinaye, métropolitain de Nisibe*, París, 1910.

Esteban de Alejandría, *Obras y tratados*:

–PAPATHANASSIOU, M., “Stephanus of Alexandria: Pharmaceutical notions and cosmology in his alchemical work”. *Ambix*, 37 (1990-1991), pp. 121-133.

–PAPATHANASSIOU, M., “Stephanus of Alexandria: On the structure and date of his alchemical work”. *Medicina nei Secoli*, 8, 2, (1996), pp. 247-266.

Estrabón, *Geografía*:

–GARCÍA RAMÓN, J.L., *Estrabón, Geografía, libros I-II*. Madrid, 1991.

–MEANA, M. J., *Estrabón, Geografía, libros III-IV*. Madrid, 1992.

Eugipios, *Vida de San Severino*:

–ROBINSON, G.W., *Eugippius, The Life of St. Severinus*. Cambridge, 1914.
<http://www.tertullian.org/fathers/>

Eusebio de Cesarea, *Vida de Constantino*:

–GURRUCHAGA, M., *Eusebio de Cesarea, Vida de Constantino*. Madrid, 1994.

Evagrio Escolástico, *Historia eclesiástica*:

–FESTUGIÈRE, A.J., “Évagre, *Historie Ecclésiastique*”. *Byzantion*, 45.2 (1975), pp. 187-488.

Firdusi, *Libro de los reyes*:

–MOHL, J., *Ferdawsi, Le Livre des Rois par Abou'lkasim Firdousi*, vol. V-VII. París, 1878.

Fredegario, *Crónica*:

–WALLACE-HADRILL, J.M., *The fourth book of the Chronicle of Fredegar*. Londres, 1960.

Ghazar P'arpec'i's, *Historia de los Armenios*:

–BEDROSIAN, R., *Ghazar P'arpec'i's, History of the Armenians*. Nueva York, 1985.
<http://rbedrosian.com/hsrces.html>

Ghewond, *Historia de los Armenios*:

–BEDROSIAN, R., *Ghewond's History*, Nueva Jersey, 1991.
<http://rbedrosian.com/hsrces.html>

Gildas, *Sobre la ruina de Britania*:

–WINTERBOTTOM, M., *Gildas, The Ruin of Britain*. Londres, 2002.

Gregorio Abu'l Faraj o Bar Hebraeus, *Cronografía*:

–BUDGE, E.A.W., *The Chronography of Gregory Abu'l Faraj, The Son of Aaron, The Hebrew Physician Commonly Known as Bar Hebraeus Being the First Part of His Political History of the World*. Londres, 1932.

Gregorio de Tours, *Historia de los francos*:

–HALSALL, P., *Gregory of Tours (539-594): History of the Franks: Books I-X*, Nueva York. <http://www.fordham.edu/halsall/basis/gregory-hist.html>

Gregorio Magno, *Cartas*:

–SCHAFF, P., “Leo the Great, Gregory the Great” en *Nicene and Post-Nicene Fathers*. Edimburgo, 2005, series 2, vol. 12.

<http://www.ccel.org/ccel/schaff/npnf212.html>

Guillermo de Tiro, *Historia de Ultramar*:

–*Historia rerum in partibus transmarinis gestarum*,
<http://www.fordham.edu/halsall/basis/GuillaumeTyr1.html>.

Herodiano, *Historia del Imperio Romano después de Marco Aurelio*:

–TORRES ESBARRANCH, J. J., *Herodiano, Historia del Imperio Romano, después de Marco Aurelio*. Madrid, 1985.

Herodoto, *Historia*:

–SCHRADER, C., *Herodoto, Historia, libro VII*. Madrid, 2000.

Hisam Ibn al-Kalbi. Muhammad Ibn Al-Saib Al-Kalbi. *Kitab Al-Asnam o Libro de los Ídolos*:

–AMIN FARIS, N., *The Book of Idols, Being (Kitab Al-Asnam) by Hisham Ibn Al-Kalbi*. Princeton, 1952.

***Historia de Vardan*:**

–THOMSON, R.W., *Elishē, History of Vardan and the Armenian War*. Cambridge, 1982.

***Historia Nestoriana o Crónica de Seert*:**

–SCHER, A., “Historie Nestorienne (Chronique de Seert, seconde partie (I))”. *Patrologia Orientalis*. Turnhout, 1971, t. VIII, fasc. 2.

Hiuen Tsiang, *Viajes*:

–BEAL, S., *Buddhist Records of The Western World: Translated From The Chinese of Hiuen Tsiang, Ad 629*. Londres, 2004.

Homero, *La Iliada*:

–ARMIÑO, M., *Homero, Iliada*. Madrid, 1997.

***Homilía de los Santos Niños de Babilonia*:**

–HOYLAND, R.G., “Fragmento: Homily on the Child Saints of Babylon”. *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997, p. 120.

Hudud al-Alam, *Las regiones del mundo*:

–MINORSKY, V., *Hudud al-Alam The Regions of the World. A Persian Geography 372 AH-982 AD*. Oxford, 1937.

Ibn Abd Rabbihi, *Libro de las batallas de los árabes*:

–RAMÍREZ DEL RÍO, J., *El libro de las batallas de los árabes, Ibn Abd Rabbihi*. Madrid, 2002.

Ibn Al-Hakam, *Futuh Mirs o Historia de la conquista de Egipto y del norte de África y España*:

–BELTRÁN, V., “Conquista del norte de África y España”. Valencia, 1966, *Textos medievales*, 17.

Ibn Al-Faqih Al-Hamadani, *Kitab al-Buldan o Libro de los países:*

–MASSE, H., *Abrege du Livre des Pays, Ibn Al-Hamadani*. Damasco, 1973.

Ibn Hauqal, *Kitab surat Al-Ard o Configuración de la tierra:*

–KRAMERS, J.H.; WIET, G., *Ibn Hauqal, Configuration de la terre (Kitab surat Al-Ard)*. París, 1964 (2 vols.).

Ibn Ishaqs Sirat Rasul Allah, *Vida de Mahoma:*

–GUILLAUME, A., *The life of Muhammad, of Ishaqs*. Oxford, 2006.

Ibn Jaldún, *Al-Muqaddimah o Introducción a la historia:*

–TRABULSE, E., *Ibn Jaldún, Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)*. México D.F., 1997.

Ibn Sa'd, *Kitab al-Tabagat al-kabir:*

–MOINUL, H., S., *Ibn Sad Muhammad, Kitab al-Tabaqat al-Kabir*. Nueva Delhi, 1990 (2 vols.).

Inscripciones de Ehresh:

–PALMER, A., “Inscriptions of Ehresh, late eighth century”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 71-74.

Inscripciones sasánidas de Paiculi:

–HUMBACH, H.; SKJÆRVØ, PR. O., *The Sassanian Inscription of Paikul.*, Munich, 1983.

Jenofonte:

–BACH PELLICER, R., *Jenofonte, Anábasis*. Madrid, 2001.

–VEGAS SANSALVADOR, A., *Jenofonte, Ciropedia*, Madrid, 1987.

Jordanes, *Origen y gestas de los godos:*

–SÁNCHEZ MARTÍN, J.M., *Jordanes. Origen y gestas de los godos*. Madrid, 2001.

Jorge de Chipre, *Synekdemos de Hierocles u Opúsculo geográfico:*

–HONIGMANN, E., *Le Synekdemos D'Hiérocles, et L'opuscule Géographique de Georges de Chypre*. Bruselas, 1930.

Jorge de Pisidia, *Poemas y panegíricos:*

–PERTUSI, A. *Poemi i Panegirici Epici. Giorgio di Pisidia*. Ettal, 1959.

–ESPEJO JÁIMEZ, G., *Estudio, traducción, anotaciones y comentarios de los “panegíricos épicos”, obra poética de Jorge de Pisidia*. Universidad de Granada, Trabajo de Investigación de DEA. 2006.

Jorge de Reshaina, *Fragmentos:*

–HOYLAND, R.G., “Fragmento: George of Resh'aina”. *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997, pp. 139-142.

Jorge de Sykeon, *Vida de Teodoro de Sykeon*:

–FESTUGIÈRE, A. J., *Vie Théodore de Sykeon*. Bruselas, 1970, vol. II.

Jorge el Monje, *Crónica*:

–DE BOOR, C., *Georgius Monachus, Chronicon*, II vol., Stuttgart, 1978.

Josué el Estilita, *Crónica*:

–WRIGHT, W., *Joshua the Stylite, Chronicle composed in Syria in AD 507*. Cambridge, 1882.

Juan Malalas, *Crónica*:

–JEFFREYS, E., *The Chronicle of John Malalas*. Sidney, 1986.

Juan Damasceno, *Apología y escritos sobre el Islam*:

–LE COZ, R., *Jean Damascène. Écrits sur l'Islam*. París, 1992.

Juan de Antioquía, *Fragmentos*:

–MÜLLER, A., “Chronicles”, en *Fragmenta historiarum graecum*. París, 1938, vol. 5.

Juan de Biclara, *Crónica*:

–CAMPOS, J., *Juan de Biclara, Obispo de Gerona: su vida y su obra: introducción, texto crítico y comentarios*. Madrid, 1960;

–FERNÁNDEZ JIMÉNEZ, F.M., “El Cronicón de Juan de Biclara. La crónica del rey Leovigildo y del III Concilio de Toledo”. *Toletana: cuestiones de teología e historia*, 16 (2007), pp. 29-66.

Juan de Éfeso, *Historia Eclesiástica*:

–PAYNESMITH, R., *John of Ephesus, The third part of the Ecclesiastical History of John of Ephesus*. Oxford, 1860.

–http://www.tertullian.org/fathers/index.htm#John_of_Ephesus.

Juan de Nikiu, *Crónica universal*:

–CHARLES, R.H., *The chronicle of John, Bishop of Nikiu*. Londres, 1916.

Juan Filoponos:

–FURLEY, D.; WILBERG, C., *Philoponus, Corollaries on Place and Void with Simplicius, Against Philoponus on the Eternity of the World*. Londres, 1991.

–WILBERG, C., *John Philoponus Criticism of Aristotle's Theory of Aether*. Berlín 1988.

–WILBERG, C., “Impetus Theory and the Hermeneutics of Science in Simplicius and Philoponus”. *Hyperboreus*, 5 (1999), pp. 107-124.

–“John Philoponus, On the astrolabe”, en R. Pearse (ed), *Early Church Fathers*: www.tertullian.org/fathers/

Juan Lydo, *De los magistrados*:

–BANDY, A.C., *On Powers, Ioannes Lydus*. Filadelfia, 1983.

Juan Mamikonion, *Historia de Taron*:

–BEDROSIAN, R., *John Mamikonean's History of Taron*. Nueva York, 1985.
<http://rbedrosian.com/hsrces.html>

Juan Mosco, *El prado espiritual*:

–SIMÓN PALMER, J., “El prado espiritual, Juan Mosco”, en *Historias bizantinas de locura y santidad*. Madrid, 1999, pp. 43-232.

Juan Penkaye, *Fragmento*:

–HOYLAND, R.G., “George of Resh'aina”. *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997, pp. 194-195.

Juan Zonaras, *Epítome Histórico*:

–GRIGORIADIS, J., *Epítome Histórico*. Atenas, 1995-1999.

Juliano el Apóstata, *Obras, cartas y fragmentos*:

–GARCÍA BLANCO, J., *Juliano el Apóstata, Contra los galileos. Cartas y fragmentos. Testimonios. Leyes*. Madrid, 2001.

Kiracos de Gantzac, *Historia de los armenios*:

–BEDROSIAN, R., *Kirakos Ganjakets'i's or History of the Armenians*. Nueva York, 1986. <http://rbedrosian.com/hsrces.html>.

La carta de Tansar:

–BOYCE, M., *The Letter of Tansar*. Roma, 1968.

La narratio de rebus Armeniae:

–GARITTE, G., “La narratio de rebus Armeniae”, *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium, Subsidia*, 4. Lovaina, 1952.

Leoncio de Neápolis:

Vida de Simeón el Loco:

–SIMÓN PALMER, J., “Vida de Simeón el Loco, Leoncio de Neápolis”. *Historias bizantinas de locura y santidad*. Madrid, 1999, pp. 233-296.

Vida del patriarca de Alejandría Juan de Chipre:

–FESTUGIÈRE, A.J., *Leontios de Neapolis, Vie de Syméon le Fou et Vie de Jean de Chypre*. París, 1974.

Los milagros de San Demetrio:

–LEMERLE, P., *Les plus anciens recueils des Miracles de Saint Démétrius*. Vol. I, Texto, París 1979; vol. II. Comentarios, París 1981.

–MORFAKIDIS FILACTOS, M.; CASAS OLEA, M., *Fuentes griegas sobre los eslavos. I. Expansión y establecimiento de los eslavos en la Península Balcánica*. Granada, 2009. Biblioteca de Textos bizantinos, 5.

Libro 130 del Pien-I-Tien:

–STANISLAS J., “Documents historiques sur les tou-kioüe (turcs). Une édition électronique réalisée à partir du texte du livre 130 du PIEN-I-TIEN”. *Le Journal Asiatique*, série 6, t. 4 (julio-diciembre 1864), pp. 200-241, 391 ss., 453-476, París, 1864.

Libro del Denkard:

–AMOUZGAR J.; TAFAZZOLI, A.: *Le cinquième livre du Denkard*. París, 2000. *Cahiers de Studia Iranica*, 23.

Lista de los califas compuesta en 705:

–PALMER, A., “A list of caliphs, composed after AD 705”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 43-44.

Lista de los califas de los árabes compuesta en 724:

–PALMER, A., “A list of caliphs from the Arabic (AD 724+)”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 49-50.

Los capítulos de Rabbí Elizer:

–PÉREZ FERNÁNDEZ, M., *Los capítulos de Rabbí Elizer*. Valencia, 1984.

Los sesenta mártires de Gaza y el martirio del patriarca Sofronio de Jerusalén:

–WOODS, D., “The 60 martyrs of gaza and the martyrdom of bishop Sophronius of Jerusalem”. *ARAM Periodical*, 15 (2003), pp.129-150.

Masudi, *Los prados de Oro*:

–MEYNARD, B. *Les Prairies d’or*. París, 1962, vol. 5.

Máximo el Confesor, *Cartas*:

–PONSOYE, E., *Lettres, Maxime le Confesseur*. París, 1998.

Menandro Protector:

–BOCKLEY, C., *The history of Menander the Guardsman*. Liverpool, 1985.

Miguel el Sirio, *Crónica universal*:

–CHABOT, J.B., *Chroniques de Michel Le Syrien Patriarche Jacobite d’Antioche*. Bruselas, 1963, t. II (libr. IX-XI).

Moisés Dasxuranci, *Historia de los Albaneses del Cáucaso*:

–DOWSETT, C.J.F., *The History of Caucasian Albanians by Movses Dasxuranci*. Londres 1961.

Nicéforo Focas, *Sobre las escaramuzas en la guerra:*

–DENNIS, G.T., *Three Byzantine Military Treatises*. Washington, 1985.

Nicéforo Uranos, *Sobre los campamentos:*

–DENNIS, G.T., *Three Byzantine Military Treatises*. Washington, 1985.

Nizam al-Mulk, *Siyasat-nama o Libro del gobierno:*

–DARKE, H., *The Book of Government or Rules for Kings: The Siyar al Muluk or Siyasat-nama of Nizam al-Mulk*. Richmond, 2001.

Nomos Georgikos:

–ASHBURNER, W., “The farmer’s law”. *Journal of Hellenic Studies*, 32 (1912), pp. 87-95.

Notitia dignitatum – pars orientalis:

– <http://www.thelatinlibrary.com/notitia.html>

Orosio, *Historias:*

–SÁNCHEZ SALOR, E., *Orosio, Historias*. Madrid, 1982.

Pablo Diácono, *Historia de los Lombardos:*

–ZANELLA, A., *Storia dei longobardi, Paolo Diácono*. Milán, 2000.

Papiros coptos y griegos de Egipto:

–HOYLAND, R.G., “A Coptic Papyrus”. *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997, p. 171.

–BUTLER, A.J., *The Arab conquest of Egypt and the last thirty years of the roman dominion*. p. lxxviii, <http://CopticChurch.net>, Nueva York 1998.

Papiros persas de Egipto:

–MENASCE, J., “Recherches de papyrologie pehlevie”. *Journal Asiatique*, 1953, pp. 185 ss.

–DARYAEE, T., *Middle Persian Papyri from the Sasanian Occupation of Egypt in the Seventh Century CE (I)*, California State University, Fullerton.
<http://www.sasanika.com/>

Patriarca Eutiquio, *Anales:*

–PIRONE, B., *Gli Annali, Eutichio patriarca di Alessandria*. El Cairo, 1987.

Patriarca Isho’Yahb de Adiabene, *Cartas:*

–DUVAL, R. “Isho’yahb, Liber epistolarum”. *Corpus Scriptorum Christianorum Orientalium, Scriptores Syri*, 11-12, París, 1904.

Patriarca Nicéforo, *Historia Breve:*

–MANGO, C., *Nikephoros. Short History*. Washington, 1990.

–MOTOS GUIRAO, E., *Nicéforo, Historia Breve*. Granada, 2009 (en prensa).

Patriarca Sofronio:

Anacreónica:

–GIGNTE, M., *Sophronii Anacreontica*. Roma, 1957.

Epístola sinódica:

–HOYLAND, R.G., “Sophronius, Patriarch of Jerusalem, Synod Epistle”. *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997, pp. 69-70.

Paulo Silenciaro:

–EGEA, J.M., *Paulo Silenciaro. Un Poeta de la corte de Justiniano*. Granada, 2007.

P'awstos Buzandac'i's, *Historia de los Armenios:*

–BEDROSIAN, R., *P'awstos Buzandac'i's History of Armenians*. Nueva York, 1985.
<http://rbedrosian.com/hsrcees.html>

Peregrinación de Willibaldo a Tierra Santa (fragmento):

–HOYLAND, R.G., “Willibald and others Pilgrims”. *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997, pp. 223-226.

Periplo del mar Eritreo:

–SCHOFF, W.H., *The Periplus of the Erythraean Sea: Travel and Trade in the Indian Ocean by a Merchant of the First Century*. Londres, 1912.

Plinio el Viejo, *Historia Natural:*

–DEL BARRIO SANZ, E., *Historia Natural, Libros VII-XI*. Madrid, 2003.

Plutarco, *Vidas paralelas:*

–RANZ ROMANILLOS, A., *Vidas paralelas de Plutarco*. Madrid, 1821-1830.

–HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, D., *Vidas Paralelas, Lisarso-Lisa; Cimon-Luculo; Nicias-Craso*. Madrid, 2007, t. V.

Polibio, *Historias:*

–BALASCH RECORT, G., *Polibio, Historias*, Madrid, 2000.

Procopio de Cesarea:

–LETHABV, W., *Procopius, De Aedificiis*. Nueva York, 1894.

–SIGNES CODOÑER, J., *Procopio, Historia secreta*. Madrid, 2000.

–GARCÍA ROMERO, F.A., *Procopio, Historia de las guerras, libros I-II, Guerra persa*. Madrid, 2000.

–GARCÍA ROMERO, F.A., *Procopio, Historia de las guerras, libros III-IV, Guerra Vándala*. Madrid, 2000.

–GARCÍA ROMERO, F.A., *Procopio, Historia de las guerras, libros V-VI, Guerra Gótica*. Madrid, 2006.

–GARCÍA ROMERO, F.A., *Procopio, Historia de las guerras, libros VII-VIII, Guerra Gótica*. Madrid, 2007.

Profecía de Rustom (fragmento):

–HOYLAND, R.G., “The prophecy of Rostam”, *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997, p. 324.

Quinto Curcio, *Historia de Alejandro Magno*:

–PEJENAUTE RUBIO, F., *Quinto Curcio, Historia de Alejandro Magno*. Madrid, 2001.

Rabbi Simón ben Yohai (fragmento):

–HOYLAND, R.G., “The secrets of Rabbi Simon ben Yohai”, *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997, pp. 308-312.

San Adomnan de Iona, *La peregrinación a Tierra Santa del obispo Arculfo*:

–MCPHERSON, J.R., “The Pilgrimage of Arculfus in the Holy Land about the year 680”, *Palestine Pilgrims’ Text Society*. Londres, 1895.
<http://chass.colostate-pueblo.edu/history/seminar/seminar97.html>.

San Isidoro de Sevilla:

–DÍAZ DÍAZ, M., C., *San Isidoro de Sevilla, Etimologías*. Madrid, 2000.

Santiago de Edesa, *Fragments de sus cuadros cronológicos*:

–PALMER, A., “Fragment of the charts of James of Edessa, ad 691/2”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 36-42.

Sarestán i Eranshar-las ciudades del Eranshar:

–*Sarestán i Eranshar*; <http://www.humanities.uci.edu/sasanika/Library.html>.

Sebeos, *Historia de Heraclio*:

–MACLER, F. *Histoire D’Heraclius par le évêque Sebeos*. París, 1995.

Severo de Hermópolis o Severo de Al-Ashmunein, *Historia de los patriarcas de la Iglesia copta de Alejandría*:

–EVETTS, B., “Severus of Al’Ashmunein (Hermopolis), History of the Patriarchs of the Coptic church of Alexandria”, *Patrologia Orientalis*, 1 (1904), pp. 105-211 y 383-518.

Severo de Sebokht, *De las constelaciones*:

–NAU, F., “Severus Sebokht, On the Constellations”. *Revue de l’Orient Chrétien*, París, 1929, pp. 327-338.

Severo de Sebokht, *Descripción del Astrolabio*:

–GUNTHER, R.T., “Severus Sebokht, Description of the Astrolabe”, in *Astrolabes of the World*. Oxford, 1932, pp. 82-103.

Shapur I, *Res Gestae Divi Saporis*:

–NELSON FRYE, R., “Res Gestae Divi Saporis”. *The History of Ancient Iran*. Munich, 1984, pp. 371-373.

Símaco:

–VALDÉS GALLEGO, A., *Símaco, Informes y discursos*. Madrid, 2003, *Informe* 13, 2, p. 69,

Sinesio de Cirene, *Cartas*:

–GARCÍA ROMERO, F. A., *Sinesio de Cirene, Cartas*. Madrid, 1995.

***Strategikon del Pseudo Mauricio*:**

–DENNIS, G.T., *Maurice’s Strategikon*. Filadelfia, 1984.

***Synaxarium Etíope*:**

–WALLIS BUDGE, E.A., *The book of the Saints of the Ethiopian Church: a Translation of the Ethiopic Synaxarium*. Cambridge, 1928 (4 vols.).

T’ung Tien. Fragmento:

–HOYLAND, R.G., “T’ung Tien”, *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997, pp. 244-249.

Tácito, *Anales*:

–MORALEJO, J.L., *Tácito, Anales, libros XI-XVI*, Madrid, 1986.

–MORALEJO, J.L., *Tácito, Anales, libros I-VI*, Madrid, 1991.

Teodoro el Recluta:

–“The reign of Constantine V in The Miracles of St Theodore the Recruit (*BHG* 1764)”, *Revue des Études Byzantines*, 46 (1988), pp. 191-210.

Teodoro Synkellos, *Homilías*:

–MAKK, F., *Traduction et commentaire de l’homélie écrite probablement par Théodore le Syncelle sur le siege de Constantinople en 626*. Szeged, 1975.

Teodoto de Amida (fragmentos):

–HOYLAND, R.G., “Theodotus of Amida”, *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997, pp. 139-142.

Teófanos, *Crónica*:

–MANGO, C., *The Chronicle of Theofanes the Confessor*. Oxford, 1997.

Teofilacto de Simocata, *Historias*:

–WHITBY, M., *The History of Theophylact Simocatta*, Oxford, 1986.

Textos nubios y abisinios:

–WALLIS BUDGE, E.A., *A History of Ethiopia, Nubia and Abyssinia*. Oosterhout, 1966, vol. I.

Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación*:

–VILLAR VIDAL, J., *Historia de Roma desde su fundación*. Madrid, 1990.

Tomás Artsrunik, *Historia de la casa de Artsrunik*:

–THOMSON, R.W, *History of the House of the Artsrunik by Thomas Artsruni*. Detroit, 1985.

Tomás de Marga, *Libro de los gobernantes*:

–WALLIS BUDGE, E. A., *The Book of Governors*. Londres, 1893.

Tomás el Presbítero, *Crónica del 640*:

–PALMER, A., “Extract from a chronicle composed about AD 640”, en *The Seventh Century in the West-Syrian Chronicles*. Liverpool, 1993, pp. 5-35.

–*Chronicon Miscellaneum Ad annum Domini 724 and Pertinens*. Ed E. W. Brooks, trad. J.-B. Chabot, en *CSCO sriptores Syri*, ser. 3, vol. IV: *Chronica Minora*, 2, 4, pp. 63-119.

Vegecio, *Compendio de técnica militar*:

–PANIAGUA AGUILAR, D., *Vegecio, Compendio de técnica militar*. Madrid, 2006.

Vida, actas y milagros de San Anastasio el Persa:

–FLUSIN, B., *Saint Anastase le Perse*. París, 1992.

Zacarías de Melitene, *Crónica*:

–HAMILTON, F. J. *Zachariah of Mitylene, Syriac Chronicle*. Londres, 1899.

Zósimo, *Nueva historia*:

–CANDAU MORÓN, J. M., *Zósimo, Nueva Historia*. Madrid, 1992.

II. ESTUDIOS:

ABBAGNANO, N.: *Historia de la Filosofía*. Barcelona, 1994, vol. I.

AGUADO BLÁZQUEZ, F.: *El África bizantina: reconquista y ocaso*. 2005. <http://www.imperio bizantino.com>

AHMED, L.: *Women and Gender in Islam. Historical roots of a modern debate*. Nueva Haven, 1992.

- AKRAM, A.I.: *Sword of Allah*. Lahore, 1969.
- ARAFAT, W.: "New light on the story of Banu Qurayza and the Jews of Medina". *Journal of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland*, 1976, pp. 100-107.
- ARCE, J.: *Bajo el palio del gran rey, Historias del Viejo Mundo*. Madrid, 1994.
- Armenia un caso de transmutación y supervivencia en especial*. (<http://www.imperiobizantino.com>).
- ARTEAGA, A.: *Tejidos hispano musulmanes. Estudio técnico y analítico*. Madrid, Ministerio de Cultura, 2008.
- AVENARIUS, A.: *Die Awaren in Europa*. Bratislava, 1974.
- BACON, E.: "Un puente entre dos mundos. Nuevos conocimientos acerca del primitivo Afganistán". *Historia de las Civilizaciones, Civilizaciones Extinguidas*. Barcelona, 1992, pp. 251-278.
- BALLESTEROS PASTOR, L.: *Mitrídates VI Eupátor. Crisis de la República Romana. Mundo Helenístico*. Granada, 1996.
- BANCALARI MOLINA, A.: "Relación entre la *constitutio* antoniniana y la *imitatio alexandri* de Caracalla", *Revista de Estudios Historico-jurídicos*, 22 (Valparaíso, 2000), pp. 159-168.
- BARISIC, F.: "Le siège de Constantinople par les Avars et les Slaves en 626". *Byzantion*, XXIV(1954), pp. 371-395.
- BARKER, J.: *Justinian and the Later Roman Empire*. Wisconsin, 1966.
- BARNISH, S.J.B.: "Transformation and Survival in the Western Senatorial Aristocracy, C. A.D. 400-700". *Papers of the British School in Rome*, LVI (1988), pp. 120-155.
- BAUM, W.: *Shirin: Christian, Queen, Myth of Love; a Woman of Late Antiquity: Historical Reality and Literary*. Piscataway, 2004.
- BEESTON, A.F.L.: "Notes on The Mureighan Inscription". *Bulletin of The School of Oriental and African Studies*, 16 (1954), pp. 389-392.
- BENGTSON, H.: *Griegos y Persas*. Madrid, 1978.
- BERARDINO, A.: *Diccionario patrístico y de la antigüedad cristiana*. Salamanca, 1991.
- BERKEY, J. P.: *The Formation of Islam*. Nueva York, 2003.
- BIDEZ, J.; CUMONT, F.: *Les mages hellénisés. Zoroastre, Ostanès et Hystaspe d'après la tradition grecque*. París, Société d'Édition "Les Belles Lettres", 1938 (2 vols).
- BIVAR, A.D.H.: "The Stirrup and its origins". *Oriental Art*, 1 (1965), pp. 61-65.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J.M.:

-1982. "El mosaico de Dulcitus (Villa El Ramalete), Navarra, y las copas sasánidas", en M.A. Ladero (ed.), *Estudios en memoria del prof. D. Salvador de Moxó*. Madrid, 1982, vol. I. (*Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes).

-2001. *Últimas aportaciones a Mauritania Tingitana en el Bajo Imperio*. <http://www.cervantesvirtual.com/FichaObra.html?Ref=13987&portal=33>

BOIS, G.: *La revolución del año mil*. Barcelona, 2001.

BOMBACI, A. : "Qui était Jebu Xak'an?", *Turcica*, 2 (1970), pp. 7-24.

BONNASSIE, P.: *Del esclavismo al feudalismo en Europa occidental*. Barcelona, 2001.

BOSWORTH, C. E.: "Some remarks on the terminology of irrigation practices and hydraulic constructions in the eastern Arab and Iranian worlds in the third-fifth centuries". *The Arabs, Byzantium and Iran. Studies in Early Islamic History and Culture*. Variorum Collected Studies Series CS225. Aldershot-Burlington, 2002, pp. 78-85.

BOULNOIS, L.: *La ruta de la seda*. Barcelona, 1967.

BROSIUS, M.: "The Persian Empire from Cyrus II to Artaxerxes I". *Association of Classical Teachers (LACT)*, 16 (Londres 2000).

BROSSARD, M.: *Historia Marítima del mundo*. Madrid, 2000.

BROWN, P., *The World of Late Antiquity: from Marcus Aurelius to Muhammad*, Londres, 1971 (trad. española: *El mundo de la Antigüedad Tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*. Madrid, 1989).

BROWN, T.S.: *Gentlemen and officers: imperial administration and aristocratic power in Byzantine Italy, A.D. 554-800*. Roma, 1984.

BROWNING, R.: *Justinian and Theodora*. Londres, 1971.

BURY, J.B.: *A History of the Later Roman Empire from Arcadius to Irene*. Cambridge, 1889.

BUSSE, H.:

-1984. "Omar b. al-Khattab in Jerusalem". *Jerusalem. Studies in Arabic and Islam*, 5 (1984), pp. 73-119.

-1986. "Omar's image as the conqueror of Jerusalem". *Jerusalem. Studies in Arabic and Islam*, 8 (1986), pp. 149-168.

BUTLER, A.J.: *The Arab conquest of Egypt and the last thirty years of the roman dominion*. Nueva York, 1978 (<http://CopticChurch.net>).

CAETANI, L.: *Annali del' Islam*. Milán, 1905-18 (reed. Roma, 1926).

CABRERA, E., *Historia de Bizancio*. Barcelona, 1998.

CABRERA, E.; SEGURA, C., *Historia de la Edad Media. Bizancio. El Islam*. Madrid, 1987.

CAMERON, A.:

–1976. *Circus factions: Blues and Greens at Rome and Byzantium*. Oxford, 1976.

–1979. “The Virgin's Robe: an Episode in the History of Early Seventh-Century Constantinople”. *Byzantion*, 49 (1979), pp. 42-56.

–1993. “The Byzantine reconquest of North Africa and the Impact of Greek Culture”. *Graeco-Arabica*, 5 (1993), pp. 153-164.

–1994 (ed): *The byzantine and early Islamic near east*. Nueva Jersey, 1994, vol. II. *Land use and settlement patterns*.

–1995 (ed): *The byzantine and early Islamic near east*. Nueva Jersey, 1995, vol. III. *States, Resources and Armies*.

–1998. *El mundo mediterráneo en la Antigüedad Tardía (395-600)*. Barcelona, 1998.

CANAU MORÓN, J.: *Zósimo, Nueva Historia*. Madrid, 1992.

CAÑAS NAVARRO, P.: “Aspectos jurídico-censales en el ejército romano”. *Revista de historia militar*, 90 (2000) (<http://www.ejercito.mde.es/ihycm/revista/90/index.html>.)

CARILE, A.: “Il Caucaso e l'Impero bizantino (secoli VI-XI)”, *Il Caucaso: cerniera fra cultura dal Mediterraneo alla Persia (secoli VI-XI)*. 43 *Settimana di Estudio del CISAM* (20-26 abril, 1995). Spoleto, 1996, pp. 9-83.

CARRIE, J.M.: “L'État à la recherche de nouveaux modes de financement des armées (Rome et Byzance, IV^e-VIII^e siècles)”. *The byzantine and early Islamic near east*. Vol. III: *States, Resources and Armies*, Nueva Jersey, 1995, pp. 27-59.

CELIA SASTRE, B.: “¿Qué legión IV reclutó Alejandro Severo?”. *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie II, Historia Antigua, t. 11 (1998), pp. 261-269.

CHALOUPECKY, V.: “Considerations sur Samon, le premier roi des slaves”. *Byzantinoeslavica*, 11 (1950), pp. 223-239.

CHAVANNES, E.: *Documents sur les tou-kiue (turcs) occidentaux*. París, 1903.

CHRISTENSEN, A.:

–1925. *Le règne du roi Kawadh et le communisme Mazdakite*. Copenhague, 1925.

–1944. *L'Iran sous les Sassanides*. Copenhague, 1944.

CHRISTIDES, V.:

–2000. *Byzantine Libya and the March of the Arabs towards the West of North Africa*. British Archaeological Reports Series, 851. Oxford, 2000.

–2002. “Arab-Byzantine struggle in the sea: naval tactics (7th-11th centuries A.D.): theory and practice”, en Y. Al-Hijji; V. Christides (eds.), *Aspects of Arab Seafaring. An attempt to fill the gap of maritime history*. Atenas, 2002, pp. 87-106.

- CLAUSEWITZ, K.: *De la guerra*. Madrid, 1992.
- COMPARETI, M.: "The Sasanians in Africa". *Transoxiana*, 4 (2002), pp. 1-6.
- COURTOIS, C.: *Los vándalos y África*. Madrid, 1955.
- CRONE, P.:
 –1980. *Slaves on Horses. The Evolution of the Islamic Polity*. Cambridge, 1980
 –1987. *Meccan Trade and the Rise of Islam*. Princeton, 1987.
 –1991. "Kavad's heresy and Mazdak's revolt". *Iran*, 29 (1991), pp. 21-42.
- CRONE, P.; COOK, M.: *Hagarism, The making of the Islamic World*. Londres, 1977.
- CRONE, P.; HINDS, M., *God's Caliph. Religious authority in the first centuries of Islam*. Cambridge, 1986.
- CROUSE, B: *Noah's ark: its final berth*. 1992 (<http://www.fni.com/cim/technicals/noah.txt>)
- CURTA, F.: "Quaestura iustiniani exercitus: The evidence of seals". *Acta Byzantina Fennica, New Series*, 1 (2002), pp. 9-26.
- DARYAEE, T.:
 –2002. "History, epic, and numismatics: on the title of Yazdgerd I (rāmšahr)". *American Journal of Numismatics*, 14 (2002), pp. 89-95.
 –2008. "The Political History of Eransahr (224-651 CE)". *Sasanika*, 2 (2008), www.sasanika.com.
 –s/a. Middle Persian Papyri from the Sasanian Occupation of Egypt in the Seventh Century CE (I), California State University, Fullerton.
<http://www.sasanika.com/>
- DEL FRANCIA BAROCAS, L.: "La seta in Egitto. Tessuti con rappresentazioni di figure umane", en M.T. Lucidi (ed.), *La seta e la sua via*. Roma, 1994, pp. 83-87.
- DEXTER, A.R., JONES-BLEY, K.: *The Kurgan Culture and the Indo-Europeanization of Europe: Selected Articles From 1952 to 1993*. Washington, Institute for the Study of Man, 1997.
- DIEHL, C.: *Grandeza y Servidumbre de Bizancio*. Madrid, 1963.
- DOBROVITS, M.: "They called themselves Avar. Considering the pseudo-Avar question in the work of Theophylaktos", *Transoxiana*, octubre 2003 (<http://www.transoxiana.org/Eran/Articles/dobrovits.html>)
- DOLS, M.W.: "The origins of the Islamic hospital: myth and reality". *Bulletin on History Medicine*, 61 (1987), pp. 367-90.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.: "Colonos y soldados en el Oriente Helenístico". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II, H. Antigua*, 7 (1994), pp. 453-478.

- DONNER, F.Mcg: "Bakr B. Wa'il tribes and politics in northeastern Arabia on the eve of Islam". *Studia islamica*, 51 (1980), pp. 5-38.
- DOUGHTY, C.: *Arabia Deserta*. La Coruña, 2006.
- DUCHESNE-GUILLEMIN, J.: "L'art et religion sous les sassanides", en *La Persia nel Medioevo*. Roma, 1971, pp. 377-388.
- DUNCAN-JONES, R., SWAIN, S. y EDWARDS, M. (eds.): *Approaching Late Antiquity: The Transformation from Early to Late Empire*. Oxford, 2004, pp. 20-52.
- DURLIAT, J.: *Les dedicaces d'ouvrages de défense dans l'Afrique Byzantin*. Roma, 1981.
- DZIELSKA, M.: *Hipatia de Alejandría*. Madrid, 2004.
- EAMED, W.: *Reasons Why Mt. Cudi Is The Correct Mountain of Noah*, 1996.
<http://www.ancientworldfoundation.org/reasonsforcudi.htm>.
- ELGOOD, C.: *A medical history of Persia*. Cambridge, 1951.
- EMBREE, A., WILHELM, F.: *India, Historia del subcontinente desde las culturas del Indo hasta el comienzo del dominio inglés*. Madrid, 1981.
- FARROKH K.: *Sassanian Elite Cavalry AD 224-642*. Nueva York, 2005.
- FERNÁNDEZ, G.:
- 1983. "Justiniano y la clausura de la Escuela de Atenas". *Erytheia*, 11.2 (1983), pp. 24-30.
 - 1987. "El rey persa Khusrö I Anösharvän y la filosofía ateniense ante la crisis del año 529 d.C.: un nuevo episodio de la penetración de la cultura griega en Irán". *Gerion*, 1987, pp. 171-182.
 - 1987. "La escuela filosófica de Alejandría ante la crisis del año 529". *Erytheia*, 8.2 (1987), pp. 203-207.
 - 2007. "La cristianización de la filosofía antigua en Atenas y Alejandría". *Arbil, Anotaciones de Pensamiento y Crítica*, 112 (2007).
- FERRIL, A.: *La caída del Imperio Romano*. Madrid, 1989.
- FIEY, J.M.:
- 1965. *Assyrie chrétienne*. Recherches publiées sous la direction de l'Institut de Lettres Orientales de Beyrouth, t. 23, (1965).
 - 1987. "The last Byzantine campaign in to Persia and its influence on the attitude of the local populations towards the Muslim conquerors 7-16 H/628-36 AD". *Proceedings of the Second Symposium on the History of Bilad al-Sham during the Early Islamic period up to 40 AH/640 AD*. Ammán, Bakhit, 1987, pp. 96-103.
- FINLAY, G.: *Greece under the Romans*. Londres, 1844.

- FIORANI-PIACENTINI, V.: "Merchants-merchandises and Military Power in the Persian Gulf", *Atti dell'Accademia Nazionale dei Lincei*, Serie IX, vol. III, fasc. 2, Roma, 1992.
- FLORIN, C.: *The Making of the Slavs. History and Archaeology of the Lower Danube Region c. 500-700*. Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- FOSS, C.:
- 1975. "The Persians in Asia Minor and the End of Antiquity". *English Historical Review*, 90 (1975), pp. 721-747
 - 1979. *Ephesus after Antiquity: A Late Antique. Byzantine and Turkish City*. Cambridge, 1979.
 - 1995. "The Near Eastern Countryside in Late Antiquity. A Review Article", en *The Roman and Byzantine Near East: Some Recent Archaeological Research. Journal of Roman Archaeology, Supplementary Series*, 14 (Ann Arbor 1995), pp. 213-234.
 - 2003. "The Persians in the Roman Near East (602-630 AD)". *Journal of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland*. Series 3, vol. 13, 2 (2003), pp. 149-170.
- FOURACRE, P. (ed): *The New Cambridge Medieval History*. Cambridge, Cambridge University Press, 2005. Vol. I: c.500-c.700.
- FUENTES HINOJO, P.: *La península Ibérica y el Mediterráneo en el tránsito del mundo antiguo al medieval (siglos V-VII)*. Madrid, 1995.
- FURLEY, C.W.: *Philoponus, Corollaries on Place and Void with Simplicius, Against Philoponus on the Eternity of the World*. Londres, 1991
- GREATREX, G.; LIEU, S.N.C. (eds.): *Roman Eastern Frontier and the Persian Wars. II. AD 363-630: A Narrative Sourcebook*, Londres- Nueva York, 2002.
- GAGE, J.: *La Montée des Sassanides*. París, 1964, col. Le Mémorial des Siècles.
- GARCÍA MORENO, L.A.:
- 1973. "Organización militar de Bizancio en la Península Ibérica (siglos VI-VII d.C.)". *Hispania*, 33 (1973), pp. 5-22.
 - 1976. "Comes/comites Thesaurorum y la organización de las *Sacrae Largitiones* en el Bajo Imperio". *Cuadernos de Filología Clásica*, 11 (1976), pp. 469-480.
 - 1988. "Ceuta y el Estrecho de Gibraltar durante la Antigüedad Tardía (siglos V-VIII)". Congreso Internacional "El Estrecho de Gibraltar" (Ceuta, 1987), Madrid, 1988, I, pp. 1095-1114.
 - 1990. "El Fin del Mundo Antiguo: no sólo una cuestión de fechas". *Pautas para una nueva asignatura: Civilización clásica*. Alcalá de Henares, 1990, pp. 195-203.
 - 1991. "Las invasiones, la ocupación de la Península". *Historia de España de Menéndez Pidal*, Madrid, 1991, III-1, pp. 61-282.

–1992. “El Particularismo egipcio bizantino (siglos V-VII). Las Vísperas de la conquista islámica”, en *Aegyptiaca Complutensia. De Narmer a Ciro (3150 a.-642 d.C.)*. Alcalá de Henares, 1992, pp. 155-160.

–1993. “La talasocracia protobizantina en el Occidente Mediterráneo”, en P. Badenas; J.M. Egea (eds.), *Oriente y Occidente en la Edad Media. Influjos bizantinos en la Cultura occidental* (anejos de Veleia, serie minor 2), Vitoria, 1993, pp. 95-105.

GARLAND, L.: *Byzantine Empresses: Women and Power in Byzantium, A.D. 527-1204*. Nueva York, 1999.

GEIJER, A.: “A Silk from Antinoe and Sasanian Textile Art”. *Orientalia Suecana*, XII (1963), pp. 2-36.

GERSHEVITCH, I.: “The Median and Achaemenian Periods”. *The Cambridge History of Iran*. Cambridge, 1985, vol. II.

GIBBON, E.: *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*. Madrid, 1984.

GIL, M.: *History of Palestine*. Cambridge, 1997.

GIL EGEA, M^a E., *África en tiempos de los vándalos. Continuidad y mutación de las estructuras sociopolíticas romanas*. Alcalá de Henares, 1998.

GNOLI, G.: “Politica religiosa e concezione della regalita sotto i sassanidi”, en *Persia nel Medioevo*. Roma, 1971, pp. 225-253.

GOBLOT, H.: “Dans l’ancien Iran, les techniques de l’eau et la grande histoire”, *Annales: économies, sociétés, civilisations*, 18 (1962), pp. 499-520.

GOFFART, W.:

–1957. “Byzantine Policy in the West under Tiberius II and Maurice: The Pretenders Hermenegild and Gundovald”, *Traditio*, 13 (1957), pp. 73-118.

–1987. *Barbarians and Romans A.D. 418-584*. Princeton, 1987.

GOLDEN, P. B.:

–1980. *Khazar Studies. An Historio-Philological Inquiry into the Origins of the Khazars*. Budapest, 1980.

–1992. *An Introduction to the History of the Turkic Peoples. Ethnogenesis and State Formation in Medieval and Early Modern Eurasia and the Middle East*. Wiesbaden 1992.

GOLDSWORTHY, A.:

–2006. *Grandes generales del ejército romano*. Barcelona, 2006.

–2009. *La caída del Imperio Romano. El ocaso de Occidente*. Barcelona, 2009.

GÓMEZ DE LIAÑO, I.: *Hipatia*. Madrid, 2008.

GÓMEZ, H.:

–2004. “Dromones, los señores del mar”. *Tagmata*, 2004 (<http://tagmata.atspace.org/Tagmata.html>).

–2005. “Sarracenos I”, *Tagmata*, 2005 (<http://tagmata.atspace.org/Tagmata.html>).

GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, R.: *Las estructuras ideológicas del emperador Justiniano en el Codex Iustinianus*. Murcia, 1990 (www.interclassica.um.es).

GRAYSON, T.: *Arabic confluence from Constantine to Heraclius: the preparation for a 7th century religio-racial explosion*. 1999 (http://timothygrayson.com/recursive_content_ac.html).

GRIERSON, P.: “The consular coinage of "Heraclius" and the revolt against Phocas of 608-610”. *Numismatic Chronicle*, X (1950), pp. 71-93.

GRIGNASCHI, M.: “La riforma tributaria di Hosro I e il feudalesimo sassanide”. *Persia nel Medioevo*, Roma, 1971, pp. 87-131.

GRIMAL, P.: *El Helenismo y el auge de Roma: el mundo mediterráneo en la Edad Antigua*. Madrid, 1990.

GROUSSET, R.: *El imperio de las estepas*. Madrid, 1991.

GUERY, R. ; MORRISSON, C. ; SLIM, H.: *Recherches archéologiques Franco-tunésiennes à Rougga. III. Le Trésor de monnaies d'or byzantines*. Roma, École Française de Rome, 1982.

GUILLOU, A.: *Régionalisme et indépendance dans l'empire byzantin au VII siècle: L'exemple de l'exarchat et de la Pentapole d'Italie*. Roma, Instituto Storico Italiano per il Medio Evo, 1969.

GUTAS D.: *Greek Thought, Arab Culture: The Graeco-Arabic Translation Movement in Baghdad and Early 'Abbasid Society (2nd-4th/8th-10th centuries)*. Florida, Arabic Thought & Culture, 1998.

GUNTHER, R.T., *The Astrolabes of the World*. Oxford, 1932.

GYSELEN, R. : “Lorsque l'archéologie rencontre la tradition littéraire: les titres militaires des spâhbed de l'empire sassanide”. *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*. Paris, 2002, pp. 447-458.

GRUMEL, V. : “La défense maritime de Constantinople du Côte de la Corne d'Or et le siège des avars”. *Byzantinoslavica*, 25 (1964), pp. 217-233.

HALDON, J.:

–1970. “Solenaarion-The Byzantine Crossbow”. *Historical Journal of University of Birmingham*, 12 (1970), pp. 155-157.

–1979. *Recruitment and Conscription in the Byzantine Army c. 550-950. A Study on the Origins of the Stratiotika Ktemata*. Viena, 1979.

- 1984. *Byzantine Praetorians. An administrative, institutional and social survey of the Opsikion and Tagmata, c. 580 – 900*. Bon, 1984.
- 1995. “Seventh-Century Continuities: the Ajnad and the <Thematic Myth>”, en Cameron, A. (ed), *The byzantine and early Islamic near east*. Vol. III, pp. 379-423.
- 1997. *Byzantium in the Seventh Century*. Cambridge, 1997.
- 1999. *Warfare, State and Society in the Byzantine World, 565-1204*. Londres, 1999.
- 2001. *The Byzantine Wars: Battles and Campaigns of the Byzantine Era*. Gloucestershire, 2001.

HAMBLY, G.: *Asia Central*. Madrid, 1985.

HAMMOND, N.: *El genio de Alejandro Magno*. Barcelona, 2004.

HARL, K.W.: *Coinage in Roman Economy, 300 B.C.-700 A.D.* Baltimore, 1996.

HARMANSAH, O.: *Limestone Hills of North Syria in Late Antiquity: Problems of Rural Decline*. Pensilvania, 1995.

HARMATTA, J.:

- 1974. “The Struggle for the Possession of South Arabia between Aksum and the Sasanians”. *Quarto Congresso Internazionale di Studi Etiopici* (Roma, 1974), I, pp. 95-100.
- 2000. “The Struggle for the "Silk Route" between Iran, Byzantium and the Türk Empire from 560 to 630 A.D”, en Cs. Bálint (ed.), *Kontakte zwischen Iran, Byzanz und der Steppe in 6-7. Jh.* Budapest, 2000, pp. 249-252.

HAWTING, G.R:

- 1999. *The Idea of Idolatry and the Emergence of Islam: From Polemic to History*. Londres, 1999.
- 2000. *The first dynasty of Islam: the Umayyad caliphate, AD 661-750*. Londres, 2000.

HAYES, J.W. : *Pottery of the 6th and 7 Centuries. De L'Époque de Justinien et les problèmes des VI^e et VII^e siècles*. Ciudad del Vaticano, 1998.

HEATHER, P.: *La caída del Imperio Romano*. Barcelona, 2006.

HERRMANN, A.: *History and Commercial Atlas of China*. Harvard, 1935.

HERRMAN, P.: *Historia de los descubrimientos geográficos. América, África y el Pacífico*. Barcelona, 1967.

HEWSEN, R.: “On the Chronology of Movses Dasxuranci”. *Bulletin of School of Oriental and African Studies*, 27 (1964), pp. 151-53.

HICKS, J.:

–1994. *Orígenes del Hombre*. Barcelona, 1994, vol. 35: *Los Persas (I)*.

–1994. *Orígenes del Hombre*. Barcelona, 1994, vol. 36: *Los Persas (II)*.

–1996. *Orígenes del Hombre*. Barcelona, 1996, vol. 70: *El resurgimiento de Irán (II)*.

HOROWITZ, E.: “The Vengeance of the Jews Was Stronger Than Their Avarice: Modern Historians and the Persian Conquest of Jerusalem in 614”. *Jewish Social Studies*, 4.2. (1998), pp. 1-37.

HOWARD-JOHNSTON, J.:

–1995. “The Two Great Powers in Late Antiquity: a Comparison”, en Cameron, A. (ed), *The byzantine and early Islamic near east*. Nueva Jersey, 1995, vol. III: *States, resources and armies*, pp. 157-226.

–1999. “Heraclius Persian Campaigns and the Revival of the East Roman Empire, 622-630”. *War in History*, 6(1999), pp. 1-44.

–2003. “Armenian Historian of Heraclius. An examination of the ans, sources and working-methods of Sebeos an Movses Daskhurants”, en G.J. Reinink; B.H. Stolte (eds.), *The Reign of Heraclius (610-641): Crisis and Confrontation*. Leuven, 2002, pp. 41-62.

HOYLAND, R. G.:

–1997. *Seeing Islam as others saw it*. Nueva Jersey, 1997.

–2001. *Arabia and the Arabs: From the Bronze Age to the Coming of Islam*. Routledge, 2001

HOLLAND, T.: *Fuego Persa, El primer imperio mundial y la batalla por Occidente*. Barcelona, 2007

HUMPHREY J. (ed.): *Excavations at Carthage conducted by the University of Michigan VII*. An Arbor, 1982.

HUYSE, P.: “La revendication de territoires achéménides par les Sassanides: une réalité historique ?”, en: Philip Huyse (ed.), *Iran. Questions et Connaissances. Actes du IVe congrès européen des études iraniennes, organisé par la Societas Iranologica Europaea*. París, 2002, vol. I: La période ancienne, pp. 297-311.

IBN WARRAQ: *Origins of The Koran: Classic Essays on Islam's Holy Book*. Nueva York, 1998.

INOSTRANTSEV, C.A.: “Sasanian Military Theory”, en *Journal of the Cama Oriental Institute*, 7 (1926), pp. 7 y ss.

ISAAC, B.: “The Army in the Late Roman East: the Persian Wars and the Defence of the Byzantine Provinces”, en Cameron, A. (ed), *The byzantine and early Islamic near east*, Vol III, pp. 125-155.

JONES, A. M.: *The Later Roman Empire 284-602*. Oxford, 1964.

- KAEGI, W.E.:
- 1981. *Byzantine Military Unrest 471-843*. Amsterdam 1981.
 - 1995. *Byzantium and the Early Islamic Conquests*. Cambridge, 1995.
 - 2003. *Heraclius Emperor of Byzantium*. Cambridge, 2003.
- KAPLAN, M.: *El cercano oriente medieval*. Madrid, 1988.
- KARASULAS, A.: *Mounted Archers of the Steppe. 600 BC-AD 1300*. Oxford, 2003.
- KAZANAKI-LAPPA, M.: “Medieval Athens”, en A.E. Laiou (ed.), *The Economic History of Byzantium: From the Seventh through the Fifteenth Century*. Washington, 2002. (www.doaks.org/etexts.html)
- KELLER, W.: *Y la Biblia tenía razón*. Barcelona, 1991.
- KENNEDY, H.:
- 2001. *The Armies of the Caliphs*. Londres, 2001.
 - 2007. *Las grandes conquistas árabes*. Barcelona, 2007.
- KIRWAN, L.P.: “El enigma del grupo X”, en *Historia de las civilizaciones, Civilizaciones extinguidas*. Barcelona, 1992, pp. 55-78.
- KISTER, M. J.: “The Campaign of Hulubān. A New Light on the Expedition of Abraha”. *Le Muséon*, LXXVIII (1965), pp. 425-436.
- KOESTLER, A.: *The Thirteenth Tribe: The Khazar Empire and its Heritage*. Nueva York, 1976.
- KOVALIOV, S.I.: *Historia de Roma*. Madrid, 1989.
- KRAMERS, J.: “The Military Colonisation of the Caucasus and Armenia under the Sassanians”. *Bulletin of the School of Oriental Studies*, 8 (1935-7), pp. 613-18.
- LAIYOU, A.E.
- (ed.): *The Economic History of Byzantium: From the Seventh through the Fifteenth Century*. Washington, 2002 (www.doaks.org/etexts.html).
 - “The Agrarian Economy, Thirteenth-Fifteenth Centuries”, en A.E. Laiou (ed.), *The Economic History of Byzantium: From the Seventh through the Fifteenth Century*. Washington, 2002, pp. 312-375 (www.doaks.org/etexts.html)
- LE GALL, J.; GLAY, M.: *El imperio romano, El alto imperio, desde la batalla de Actium hasta la muerte de Severo Alejandro (31 a.C.-235 d.C.)*. Madrid, 1995.
- LEFORT, J.:
- “The Rural Economy, Seventh-Twelfth Centuries”, en A.E. Laiou (ed.), *The Economic History of Byzantium: From the Seventh through the Fifteenth Century*. Washington, 2002, pp. 231-310. (www.doaks.org/etexts.html)
- LONDON, J.E.: *Soldados y Fantasmas*. Barcelona, 2006.

- LEPPIN, H.: *Teodosio*. Barcelona, 2008.
- LEWIS, B.: *Los judíos del Islam*. Madrid, 2002.
- LIEBESCHUETZ, J.:
- 1986. "Generals, Federates and Bucellarii in Roman Armies around AD 400", en P. Freeman (ed), *The defence of the Roman and Byzantine East*, Oxford, 1986, pp. 468-470.
 - 2001. *Decline and Fall of the Roman*. Oxford, 2001.
- LOUVI-KIZI, A.: "Thebes", en A.E. Laiou (ed.), *The Economic History of Byzantium: From the Seventh through the Fifteenth Century*. Washington, 2002 (www.doaks.org/etexts.html).
- LOZANO, A.: "La presencia griega en el Medio Oriente: sus consecuencias políticas y culturales", *Historia: Questões & Debates*, 41 (2004), pp. 11-44.
- MAIER, G. F.: *Las transformaciones del mundo mediterráneo*. Madrid, 1985.
- MANGO C. :
- 1985. "Deux études sur Byzance et la Perse Sassanide, Héraclius, Sharbaraz et la vraie Croix". *Travaux et Mémoires*, 9 (1985), pp. 105-118.
 - 1991. "Inscriptions de la Mésopotamie du Nord". *Travaux et Mémoires*, 11 (1991), pp. 465-471
- MARSAK, B.: "Sasanian, Sogdian and nomadic Silverware", en Csanád Bálint (ed.), *Kontakte zwischen Iran, Byzanz und der Steppe in 6.-7. Jh*. Budapest, 2000.
- MCEVEDY, C.; JONES, R.: *Atlas of world population history*. Harmondsworth, 1978.
- METCALF, M.: "The Slavonic threat to Greece circa 580: some evidence from Athens". *Hesperia*, 31 (1962), pp. 134-141.
- MILA, F.: *El Imperio Romano y sus pueblos limítrofes: el mundo Mediterráneo en la Edad Antigua*. Madrid, 2000.
- MINORSKY, V. : "La domination des Dailamites". París, 1932, *Publications de la Société des Études iraniennes et le l'Art persan*, n° 3.
- MODERAN, Y. :
- 2003. *Les maures et L'Afrique romaine (IV-VII siècle)*. Roma, 2003.
 - (en prensa) "Complejité et diversité des sources sur la conquête arabe de l'Afrique: Le dossier de l'exarque Grégoire". *I Jornadas la expansión del imperio árabe-islámico en el norte de África y Occidente (siglos VII-VIII) según las fuentes no-islámicas*. Alcalá de Henares, 19-20 de diciembre, 2008.
- MOHY-UD-DIN, A.: *Abu Bakr*. Michigan, 1968.
- MONTESQUIEU, C.: *Grandeza y decadencia de los romanos*. Madrid, 1930.

- MORONY, M.: "The Late Sasanian Economic Impact on the Arabian Peninsula". *Nāme-ye Irān-e Bāstān*, 2/1 (2002), pp. 25-37.
- MORRISON C.: "Les Monnaies byzantines". *Archaeonautica*, 3 (1981), pp. 35-52.
- MUSSET, L.: *Las invasiones. Las oleadas germánicas*. Barcelona, 1982.
- NELSON, R.:
 –1971. "History and Sasanian inscriptions", en *Persia nel Medioevo*, Roma, 1971, pp. 215-223.
 –1984. *The History of Ancient Iran*. Munich, 1984, pp. 363-368.
- NICOLLE, D.:
 –1995. *Yarmuk 636 a. C.* Madrid, 1995.
 –2005. *Romano-Byzantine Armies 4th-9th Centuries (Men-at-Arms)*. Nueva York, 2005.
- OIKONOMIDES, N., "The Role of the Byzantine State in the Economy", en A.E. Laiou (ed.), *The Economic History of Byzantium: From the Seventh through the Fifteenth Century*. Washington, 2002, pp. 995-996. (www.doaks.org/etexts.html).
- OLAJOS T.: "Contribution á la chronologie des premiéres installations des Slaves dans l'Empire Byzantin". *Byzantion*, 55 (1985), pp. 506-515.
- OMAN, C.: *The Art of War in the Middle Ages*. Nueva York, Ithaca, 1953.
- ORTEGA ANDRADE, F.: *Edificios más notables de la Arquitectura Sasánida*. (<http://www.historiadelaconstruccionarquitectonica.com>)
- OSTROGORSKY, G.: *Historia del Estado Bizantino*. Madrid, 1983.
- PAPATHANASSIOU, M.:
 –1996. "Stephanus of Alexandria: On the structure and date of his alchemical work". *Medicina nei Secoli*, 8, 2 (1996), pp. 247-266.
 –1990-1991. "Stephanus of Alexandria: Pharmaceutical notions and cosmology in his alchemical work". *Ambix*, 37 (1990-91), pp. 121-133.
- PATLAGEAN, E.: *Historia de Bizancio*. Barcelona, 2001.
- PAYNE, R.: *La espada del Islam*. Barcelona, 1977.
- PELLIOT, P.: *L'origine de T'ou-kiue, nom chinois des Turcs*. T'oung-pao, 1915.
- PETERSEN, C.: "The Strategikon. A Forgotten Military Classic". *Military Review*, (agosto 1992), pp. 70-79.
- PHILLIPS, E.D.: "Antiguos pueblos de las montañas. Las culturas desaparecidas de Luristán, Manía y Urartu", en *Historia de las Civilizaciones Extinguidas*. Barcelona, 1992, pp. 221-250.

- PIGANIOL A.: *L'Empire Chrétien (325-395)*. París, 1972.
- PIJOAN, J.: *Arte Islamico*. Madrid, 1999, col. Summa Artis, vol. XII, pp. 21-26.
- PINGREE, D.: "Astronomy and Astrology in India and Iran". *Isis*, 54.2 (junio, 1963), pp. 229-246.
- PIRENNE, J.:
 –1968. *Historia Universal, La era de los imperios*. Barcelona, 1968, vol. 2.
 –2002. *Historia del Antiguo Egipto*. Barcelona, 2002, vol. II.
- PIRENNE, H.: *Mahoma y Carlomagno*. Madrid, 1997.
- PIRONE, B.: *Eutychios. Gli annali*. El Cairo, 1987.
- PRINGUE, D.: *The defense of Byzantine Africa from Justinian to the Arab Conquest*. Oxford, 1981 (2 vols.).
- RASHID, A.: *Los Talibán, el Islam, el petróleo y el nuevo gran juego en Asia Central*. Barcelona, 2001.
- REMONDON, R.: *La crisis del Imperio romano de Marco Aurelio a Anastasio*. Barcelona, 1973.
- ROBINSON, CH.F.: *Empire and elites alter the Muslim conquest: the transformation of northern Mesopotamia*. Oxford, 2000.
- RODINSON, M.: *Muhammad*. Nueva York, 2002.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, J.: *Historia de las legiones romanas*. Madrid, 2003, vol. II.
- ROSTOVZEV, M., *Roma: de los orígenes a la última crisis*. Buenos Aires, 1968.
- RUBIN Z.: "The Reforms of Khusro Anushirwan", en Cameron, A. (ed.), *The byzantine and early Islamic Near East*, 1995, vol. III, pp. 227-297.
- RUNCIMAN, S.: *Historia de las Cruzadas*. Madrid, 1997, vol. I.
- SÁNCHEZ SALOR, E.: *Orosio, Historias*. Madrid, 1982.
- SANDERS, G.: "Corinth", en A.E. Laiou (ed.), *The Economic History of Byzantium: From the Seventh through the Fifteenth Century*. Washington, 2002. (www.doaks.org/etexts.html).
- SANTAMARÍA DEL RIO, S.: *La Ciudad de Dios*. Madrid, 1988.
- SANTIAGO SIMÓN, E. de.: *Las Claves del Mundo Islámico 622-1945*. Barcelona, 1991.
- SARTRE, M.: *El Oriente romano*. Madrid, 1994.
- SHAHBAZI, A.: "Byzantine-Iranian Relations". *Encyclopaedia Iranica*. Nueva York, 1990, vol. IV, pp. 588-599.

SHAHID, I.:

- 1972. "The Iranian factor in Byzantium during the reign of Heraclius". *Dumbarton Oaks Papers*, 26 (1972), pp. 293-320.
- 1984. *Byzantium and the Arabs in the Fourth Century*. Washington, 1984.
- 1986. "Lakhmids". *Encyclopaedia of Islam*. Leiden, 1986, vol. V, pp. 118-120.
- 1986. "Kinda". *Encyclopaedia of Islam*. Leiden, 1986, vol. V, pp. 118-120.
- 1989. *Byzantium and the Arabs in the Fifth Century*. Washington, 1989.
- 1995. *Byzantium and the Arabs in the Sixth Century*. Washington, 1995, vol. I: Part.1. Political and military history.

SHERWOOD, T.: "The Origins of Greek Alchemy". *Ambix*, I (mayo 1937), pp. 30-47.

SMITH, R.R.R.: "Late Antique Portraits in a Public Context: Honorific Statuary at Aphrodisias in Caria, A.D. 300-600". *Journal of Roman Studies*, 89 (1999), pp. 155-189.

SOTO CHICA, J.:

- 2005. "Una esposa para el Khan. Una jugada maestra de la diplomacia bizantina del siglo VII". *Homenaje a la profesora Olga Omatos*, Vitoria, 2005, pp. 787-803.
- 2005. "La política heroica de Heraclio. Un puente entre el héroe grecorromano y el caballero cristiano", en Alonso, J.; Omatos, O. (eds.), *Cultura neogriega. Tradición y modernidad*. Vitoria, 2005, pp. 671-684.
- 2006. "Constantinopla ciudad sitiada A.D. 626", en E. Motos; M. Morfakidis (eds.), *Constantinopla. 550 años desde su caída*. Granada, 2006, vol. I, pp. 110-133.
- (en prensa). "Ecos eslavos en las crónicas orientales del siglo VII". *X Encuentro Científico sobre Grecia. I Jornadas Bizantino-Eslavas y del Sureste europeo: Fuentes para el Estudio de los eslavos*. Universidad de Granada. 2006.
- (en prensa). "Guerra, sociedad, economía y cultura en la Alejandría y en el Egipto disputados por bizantinos, persas y árabes. 602-642". *I Jornadas, La expansión del imperio árabe-islámico en el norte de África y Occidente (siglos VII-VIII) según las fuentes no islámicas*. Alcalá de Henares, 19-20 de diciembre 2008.
- (en prensa). "Los eslavos y la guerra". *XI Encuentro Científico sobre Grecia. II Jornadas Bizantino-Eslavas y del Sureste europeo: Convergencias Balcánicas en la historia y la literatura*. Universidad de Granada, 2008.
- (en prensa). "Egipto y los egipcios en la segunda fase de la expansión islámica 642-718". *II Jornadas, La expansión del imperio árabe-islámico en el norte de África y Occidente (siglos VII-VIII) según las fuentes no islámicas*. Granada, 26-27 de octubre 2009.
- (en prensa). "El día de Agnadain y los comienzos de la conquista árabe en Palestina". *Collectanea christiana orientalia*, 7 (2010).

SOTOMAYOR, M.; FERNÁNDEZ UBIÑA, J.: *Historia del cristianismo*. Granada, 2003, vol. I: El mundo antiguo.

- STANISLAS, J.: “Documents historiques sur les tou-kioue (turcs). Une édition électronique réalisée à partir du texte du livre 130 du Pien-I-Tien. Traduction et annotations”. *Journal Asiatique*, serie 6, t. 4 (julio-diciembre 1864), pp. 200-241, 391 ss., 453-476 (<http://classiques.uqac.ca>)
- STRATOS, A.N.:
 –*Byzantium in the Seventh Century*. Vol. I. 602-634, Amsterdam, 1968; vol. II. 634-641, Amsterdam, 1972.
- TAFAZZOLI, A: *Sasanian Society*. Nueva York, 2000, I. Warriors; II. Scribes; III. Dehkans.
- TAMPOE, M.: *Tracing the Silk Road of the Sea: Ceramic and Other Evidence from the Partner Ports of the Western Indian Ocean, Sri Lanka and the Silk Road of the Sea*. Colombo, 1990.
- TCHALENKO, G. : *Villages antiques de la Syrie du Nord. Le massif du Bélus à l'époque romaine*. Paris, 1953-1958 (3 vols.).
- TEALL, J.: “The Barbarians in the Justinian Army”. *Speculum*, 40 (1965), pp. 294-322.
- THUNBERG, L.: *Man and the Cosmos: The Vision of St. Maximos the Confessor*. Crestwood, Nueva York, 1985.
- TOUBERT, P., “Byzantium and the Mediterranean Agrarian Civilization”, en A.E. Laiou (ed.), *The Economic History of Byzantium: From the Seventh through the Fifteenth Century*. Washington, 2002, pp. 378-391. (www.doaks.org/etexts.html).
- TOUMANOFF, C.: “The Heraclids and the Arsacids”. *REArm*, n.s. 19 (1985), pp. 431-434.
- TREADGOLD, W.:
 –1995. *Byzantium and Its Army 284-1081*. Stanford, 1995.
 –1997. “Two Fights for Survival: 610-668”. *A History of the Byzantine State and Society*. Stanford, 1997, pp. 287-322.
- TRILLING, J.: *The Roman Heritage. Textiles from Egypt and the Eastern Mediterranean 300 to 600 A.D.* Washington, 1982.
- TURLEJ, S.: “The so-called Chronicle of Nonemvasia a Historical analysis”. *Byzantion*, LXVIII.2 (1998), pp. 148-156.
- UNVALA, J.M.: *The Pahlavi Text <King qusrav and his Boy>*. Paris, 1921.
- VALLEJO GIRVÉS, M.:
 –*Bizancio y la España Tardoantigua, (ss. V-VIII): Un capítulo de historia mediterránea*. Madrid, 1993.
 –s/a. *Miedo bizantino: las conquistas de Jerusalén y la llegada del Islam*. (http://www.margaritavallejo.com/publicaciones_antiguedadtardia.htm)

– “Sobre la Península Ibérica y el Mediterráneo bizantino: efecto de la rebelión de Heraclio en la contingencia visigodo-bizantina (a. 602-610)”, en J. González (ed), *Actas del III Congreso Andaluz de Estudios Clásicos: El mundo mediterráneo (siglos III-VII)*. Sevilla, 1999, pp. 489-499.

VASILIEV, A.: *Historia del Imperio Bizantino*. Barcelona, 1945.

VERNET GINÉS, J.: *Mahoma*. Madrid, 2006.

VERRYCKEN, K.: “Philoponus' Interpretation of Plato's Cosmogony”. *Documenti e Studi sulla Tradizione Filosofica Medievale*, 8 (1997), pp. 269-318.

VERRYCKEN, K.: “The development of Philoponus' thought and its chronology”. *Aristotle Transformed*, Londres, 1990, pp. 233-274.

VICENTE ESPINOSA, J.M.: *La locura por causa de Cristo. Análisis comparativo entre Simeón de Emesa “El Loco” y Diógenes de Sinope “El Perro”*. Alcalá de Henares, 2005.

VILLAR, F.: *Los indoeuropeos y los orígenes de Europa*. Madrid, 1996.

VILLAVERDE VEGA, N.: *La Tingitana en la antigüedad tardía (siglos III-VII)*. Madrid, 2001, pp. 355-356.

VON SCHÖNBORN, CH.: *Sophrone de Jérusalem*. París, 1972.

WALMSLEY, A.: “Production, Exchange and Regional Trade in the Islamic East Mediterranean: old structures, new systems”, en Hansen, I. L.; Wickham, Ch. (eds.), *The Long Eighth Century*. Leiden, 2000, pp. 265-343.

WALTER, A.: *Creation and human freedom in Maximus The Confessor*. Roma, 2000.

WARD-PERKINS, B.:

–“Specialized Production and Exchange”, en A. Cameron, B. Ward-Perkins y M. Whitby (eds.), *Cambridge Ancient History*. Cambridge, 2000, vol. XIV: Late Antiquity: Empire and Successors, A.D. 425-600, pp. 346-391.

–*La caída de Roma y el fin de la civilización*. Madrid, 2007.

WATT, M.:

–1956. *Muhammad at Medina*. Karachi, 1956.

–1956. *Muhammad at Mecca*. Karachi, 1956.

WEIR, W.: *50 batallas que cambiaron el mundo*. Barcelona, 2007.

WEISS, G.: *Quellenkunde zur Geschichte von Byzanz (324-1453)*. Wiesbaden, 1982.

WHITBY, M.:

–1983. “Theophanes' Chronicle source for the reigns of Justin II, Tiberius and Maurice (A.D. 565-602)”, *Byzantion*, LIII.1 (1983), pp. 312-345.

- 1988. *The Emperor Maurice and his Historian: Theophylact Simocatta on Persian and Balkan Warfare*. Oxford, 1988.
- 1995. “Recruitment in Roman Armies from Justinian to Heraclius (ca. 565-615)”, en *The Byzantine and Early Islamic Near East Nueva Jersey*, 1995, vol. III: States, Resources and Armies, pp. 61-124.
- WHITEHOUSE D.: *Sasanian Maritime Activity, The Indian Ocean in Antiquity*. Nueva York, 1996.
- WHITEHOUSE, D.; WILLIAMSON, A.: “Sasanian Maritime Trade”. *Iran*, 11 (1973), pp. 29-49.
- WHITTOW, M.:
- 1996. *The Making of Orthodox Byzantium 600-1025*. Basingstoke, 1996.
- 2001. “Recent Research on the Late-Antique City in Asia Minor; The Second Half of the Sixth Century Revisited”, en L. Lavan (ed.), *Recent Research in Late Antique Urbanism*. Portsmouth, 2001, pp. 137-153.
- WIGRAM, W. A.: *An introduction to the history of the Assyrian church or the church of the sassanid persian empire 100-640 A.D.* 1909 (www.sasanika.com).
- WIITA, J. E.: *The Ethnika in Byzantine Military Treatises*. Minnesota, 1977.
- WILDBERG, C.:
- 1988. *John Philoponus' Criticism of Aristotle's Theory of Aether*. Berlín 1988.
- 1999. “Impetus Theory and the Hermeneutics of Science in Simplicius and Philoponus”. *Hyperboreus*, 5 (1999), pp. 107-124.
- WILLIAMSON, A.: “Persian Gulf Commerce in the Sassanian Period and the First Two Centuries of Islam”. *Bustan Chenassi wa honar-e Iran* (Bastanshevassi o honar-e Iran), 9-10 (diciembre 1972), pp. 97-109.
- YANNOPOULOS P. :
- 1978. *L'Hexagramme, un monnayage byzantin en argent du VIIe siècle*. Lovaina, 1978. Numismatica Lovaniensia, 3.
- 1993. “Métropoles du Peloponnèse mésobyzantin: un souvenir des invasions avaro-slaves”. *Byzantion*, LXII (1993), pp. 389-400.
- YARSHATER, E.: “The Seleucid, Parthian and Sassanid Periods”. *The Cambridge History of Iran*, Cambridge, 1983, vol. 3 (2).
- YING, L.: “Western Turks and Byzantine gold coins found in China”. *Transoxiana*, 6 (julio 2003), http://www.transoxiana.org/0106/lin-ying_turks_solidus.html.
- YOUNG, G.: *Rome's Eastern Trade: International Commerce and Imperial Policy, 31 BC-AD 305*. Routledge, 2001.

ZUCKERMAN, C. :

–“Épitaphe d'un soldat africain d'Heraclius servant dans une unité découverte à Constantinople”. *Antiquité Tardive*, 6 (1998), pp. 377-382.

–“The Khazars and Byzantium. The First Encounter”, dans P. B. Golden, H. Ben-Shammai, A. Roná-Tas, éd., *The World of the Khazars. New Perspectives. Selected Papers from the Jerusalem 1999 International Khazar Colloquium* (Handbook of Oriental Studies. Section 8 Uralic & Central Asian Studies, 17). Leiden-Boston 2007, p. 399-432.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	5
INTRODUCCIÓN.....	9
1. Consideraciones previas.....	9
2. Una discusión historiográfica abierta.....	11
3. Nuestra propuesta al debate anterior.....	18
4. Objeto y enfoque de nuestra investigación	24
5. Metodología.....	29

PRIMERA PARTE: LAS FUENTES HISTÓRICAS

I. PRESENTACIÓN GENERAL	35
II. REPERTORIO SEGÚN SU ÁMBITO CULTURAL:	
II.1. fuentes greco-latinas.....	48
II.2. fuentes romano-bizantinas.....	49
II.3. fuentes sirio-mesopotámicas.....	51
II.4. fuentes armenio-caucásicas.....	52
II.5. fuentes egipcias	52
II.6. fuentes persas.....	52
II.7. arabo-preislámicas e islámicas.....	53
II.8. fuentes occidentales.....	54
II.9. fuentes judías, chinas y abisinias.....	54

SEGUNDA PARTE: LA ROMANIA Y PERSIA A LA MUERTE DE JUSTINIANO

INTRODUCCIÓN.....	59
I. LA <i>RECUPERATIO</i> Y LA ROMANIA HACIA 565. UN BALANCE GENERAL:	
I.1. La situación militar en 565: ¿agotó militarmente a la Romania la reconquista del Occidente mediterráneo?.....	64
I.2. Estudio del ejército de Justiniano y sus sucesores.....	74
I.2.1. Efectivos del ejército de Justiniano.....	76
I.2.2. Clases y calidad de las tropas hacia el 565. Mejoras de Justiniano en este sentido.....	93

I.2.3. Organización, despliegue y divisiones tácticas.....	99
I.2.4. La organización táctica del ejército de Justiniano y sus sucesores entre 534-636. Elementos de permanencia y de renovación en las unidades tácticas de combate.....	109
I.2.5. Empleos y clases de soldados.....	116
I.2.6. Armamento, uniformes y equipos. Los estandartes.....	119
I.2.7. Disciplina, moral y entrenamiento.....	129
I.2.8. La flota de Justiniano y sus sucesores.....	135
I.2.9. El ejército, los recursos de la Romania y la <i>Recuperatio imperii</i>	143
a. Reclutamiento, censo militar y forma de financiación y pago de las unidades.....	143
b. El sueldo de los soldados de la Romania en tiempos de Justi- niano y sus sucesores.....	151
c. El peso del gasto militar sobre los recursos y las finanzas del imperio.....	156
d. Ejército, gastos y demografía. La población del imperio hacia 565 y su relación con el sostenimiento del ejército.....	164
e. El coste de la <i>Recuperatio</i>	178
f. El verdadero balance de la <i>Recuperatio</i>	207
Conclusiones.....	210
I.3. <i>Recuperatio</i> , cultura y sociedad (554-654).....	210
I.3.1. Introducción.....	210
I.3.2. La bicefalia lingüística y la unidad evolutiva de la civilización grecorromana (siglos IV al VII).....	214
I.3.3. ¿Reconquista o colonización?	231
I.3.4. El supuesto rápido declive del pensamiento y la filosofía greco- romanas y de las ciencias helenísticas: la pervivencia y pujanza de las grandes escuelas mediterráneas (siglos VI y VII).....	238
I.3.5. La vitalidad cultural de la Romania post-justiniana (554-654).....	254
I.3.6. Influencia cultural de la Romania en su mundo circundante.....	258
I.3.7. Actividad de las escuelas y métodos pedagógicos.....	259
I.3.8. Las bibliotecas.....	261
I.3.9. Sociedad y vida urbana.....	262
II. LA PERSIA SASÁNIDA: EL OTRO EJE DEL MUNDO ANTIGUO.....	279
II.1. Historia de Persia. Orígenes y permanencia del Irán.....	282

II.1.1. Los antecedentes históricos. De los orígenes al surgimiento de los sasánidas.....	286
a. Los orígenes del mundo iranio y la creación del Imperio Medo.....	287
b. Los Aqueménidas y el primer Imperio Universal.....	289
c. La conquista griega y la reacción de los partos arsácidas.....	301
d. La larga disputa de Roma y Partia por Oriente.....	305
II.1.2. La Persia sasánida. Desde los días de la sublevación de Artashir hasta la subida al trono de Cosroes I. 208-531.....	318
II.1.3. El reinado de Cosroes I Anusirwan (531-579) hasta 565.....	384
II.1.4. La Persia de Cosroes I, el ascenso de los Tu-Kiu, la migración de los ávaros hacia Europa, la ruína de los Eftalitas y los orígenes de la primera crisis del sistema justiniano. 552-565.....	405
II.1.5. La Persia de Cosroes I Anusirwan hacia 565.....	423
II.2. El ejército sasánida durante los últimos años del reinado de Cosroes I y durante los de sus sucesores (565-642).....	424
3.1. Los efectivos del ejército sasánida. 565-642.....	424
3.2. Organización y despliegue del ejército sasánida a fines del siglo VI	442
3.3. Armamento, equipo, entrenamiento, técnicas y tácticas de combate.....	450
3.4. El coste del sostenimiento del ejército sasánida.....	462
II.3. Los recursos de un imperio: demografía y economía de la Persia Sasánida.....	469
II.4. La cultura persa a fines del siglo VI e inicios del VII.....	481
 III. DOS IMPERIOS FRENTE A FRENTE. COMPARACIÓN DE LOS RECURSOS MILITARES, HUMANOS Y ECONÓMICOS DE LA PERSIA SASÁNIDA Y DE LA ROMANIA.....	 484

TERCERA PARTE:

LOS HECHOS Y SUS PROBLEMAS: DE LA CRISIS DEL SISTEMA JUSTINIANO A LA HEGEMONÍA SASÁNIDA Y AL NUEVO ORDEN HERACLIANO (565-634)

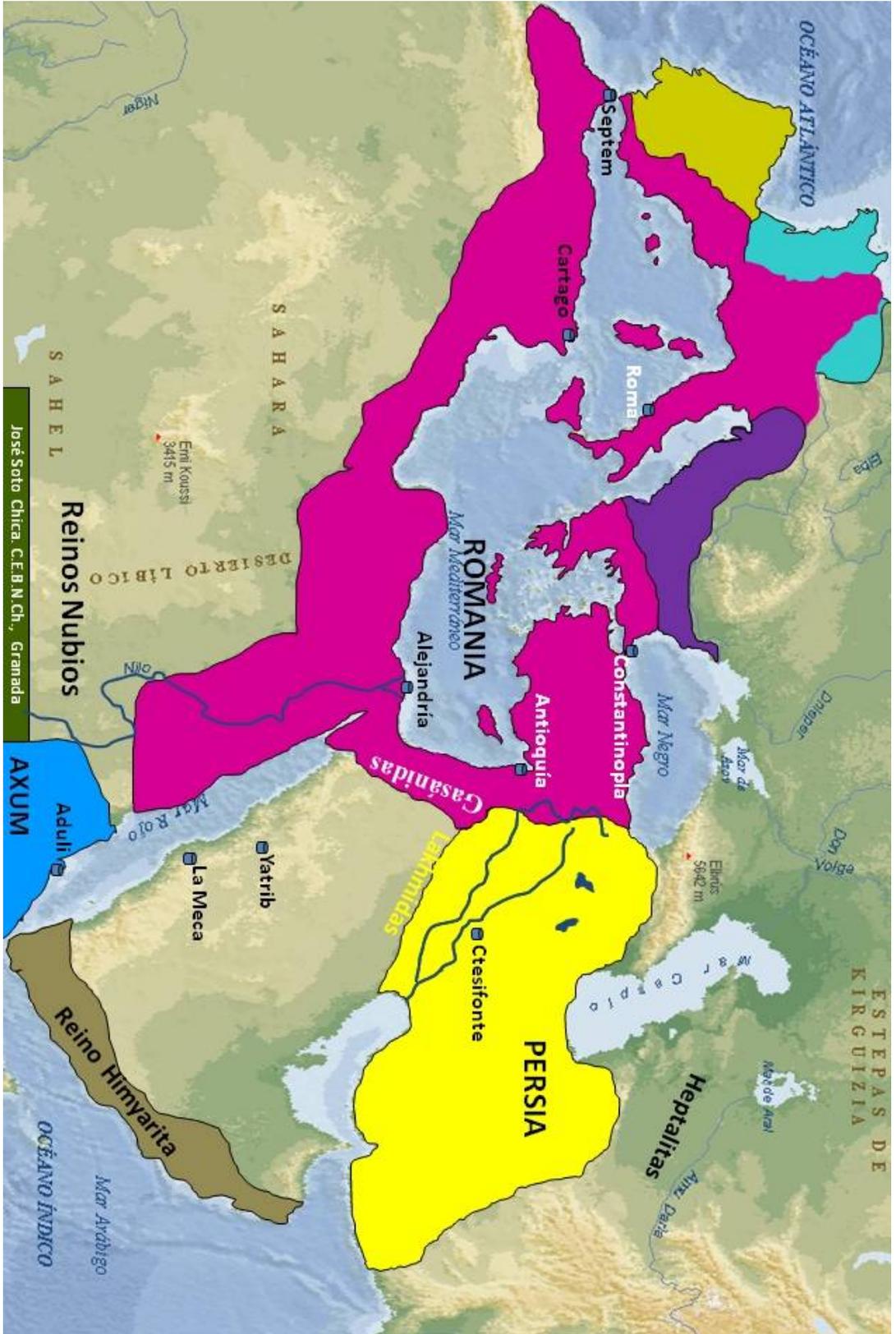
INTRODUCCIÓN.....	495
I. JUSTINO II Y LA CRISIS DEL SISTEMA JUSTINIANO (565-575).....	497
II. LA REACCIÓN ROMANA Y LA DERROTA DE PERSIA (576-590).....	540

III. LA NUEVA HEGEMONÍA ROMANA: RENOVACIÓN Y AMPLIACIÓN DEL SISTEMA JUSTINIANO (590-602).....	563
IV. EL COLAPSO DEL SISTEMA JUSTINIANO Y EL ASCENSO DE LA PERSIA DE COSROES II PARWEZ (602-622).....	590
V. LAS CAMPAÑAS DE HERACLIO Y EL NUEVO ORDEN HERACLIANO (622-633).....	682
V.1. La campaña de 622.....	685
V.2. La campaña de 623.....	686
V.3. La campaña de 624-625.....	688
V.4. La campaña de 625.....	690
V.5. El asedio de Constantinopla, la alianza jázara y el cambio de fortuna en la gran guerra romano-persa. 625-626.....	694
V.6. La campaña de 627-628 y la derrota de Persia.....	722
V.7. El triunfo de Heraclio.....	736

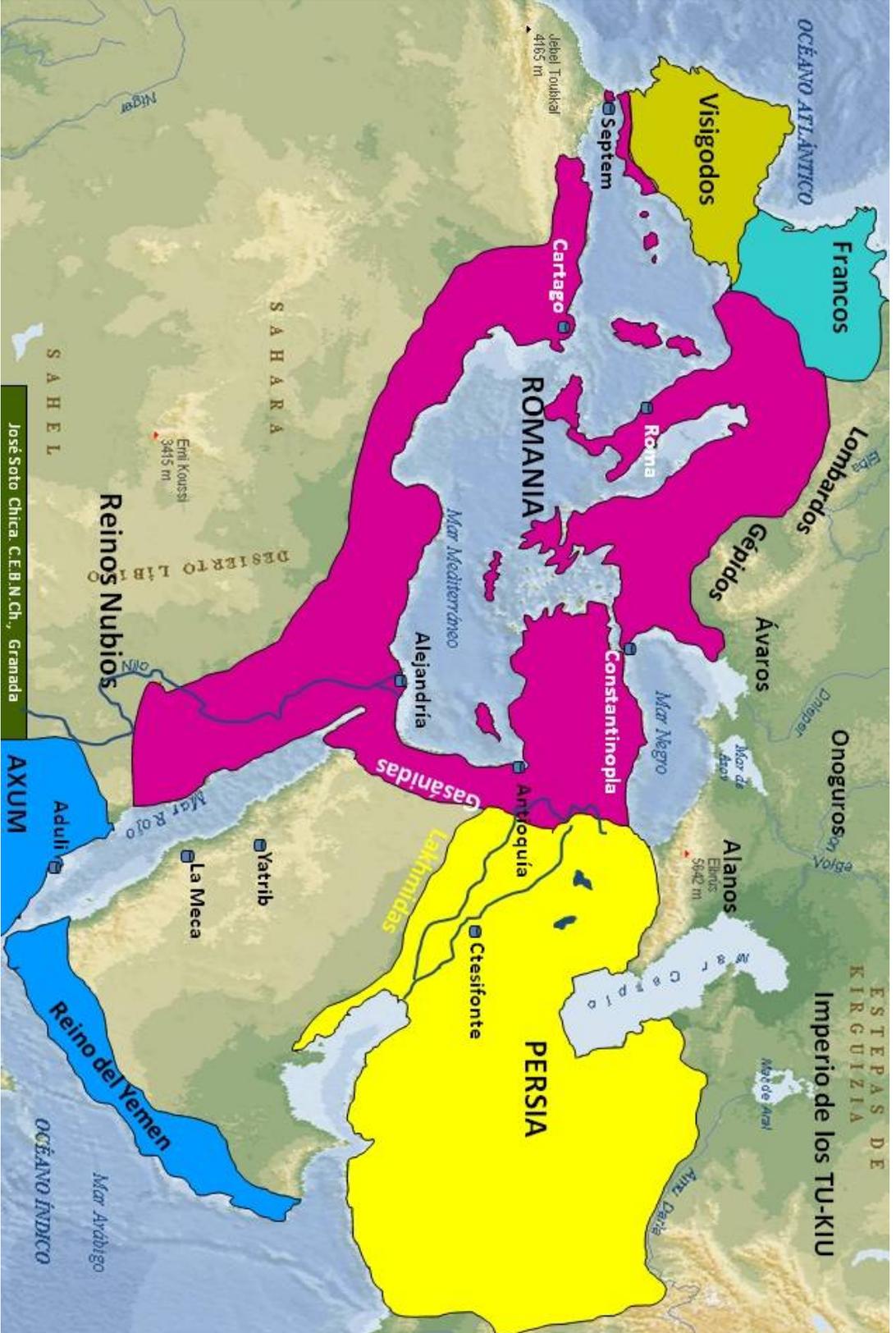
CUARTA PARTE:
LOS ÁRABES DE MAHOMA A LA CONQUISTA
DEL MUNDO ANTIGUO. 634-642.

INTRODUCCIÓN	745
I. LOS ÁRABES Y LOS DOS IMPERIOS.....	750
II. EL DÍA DE AJNADAIN Y LOS COMIENZOS DE LA CONQUISTA ÁRABE DE PALESTINA Y SIRIA.....	772
III. LAS BATALLAS DE PELLA, ESCITÓPOLIS Y MARJ AL-ZAFRA Y LA PRIMERA CONQUISTA DE DAMASCO (635).....	792
IV. LA BATALLA DE YARMUK (636) Y LA CULMINACIÓN DE LA CONQUISTA DE SIRIA Y PALESTINA.....	798
V. LOS PRIMEROS ATAQUES ÁRABES CONTRA PERSIA Y LA BATALLA DEL PUENTE (634).....	805
VI. LA BATALLA DE QADESIYA (636) Y EL PROGRESO DE LA CONQUISTA ÁRABE DE MESOPOTAMIA.....	814
VII. LA CAÍDA DE CTESIFONTE, LA BATALLA DE JALULA, LA CONSUMACIÓN DE LA CONQUISTA ÁRABE DE MESOPOTAMIA Y LA EXTENSIÓN DE SU DOMINIO AL KHUXISTÁN.....	821
VIII. DESTRUCCIÓN DE CESAREA MARÍTIMA, LA EXTENSIÓN DEL DOMINIO ÁRABE HASTA ARMENIA Y LA NUEVA ESTRATEGIA HERACLIANA.....	824
IX. LA DEFENSA DE EGIPTO Y SU CONQUISTA POR LOS ÁRABES.....	826

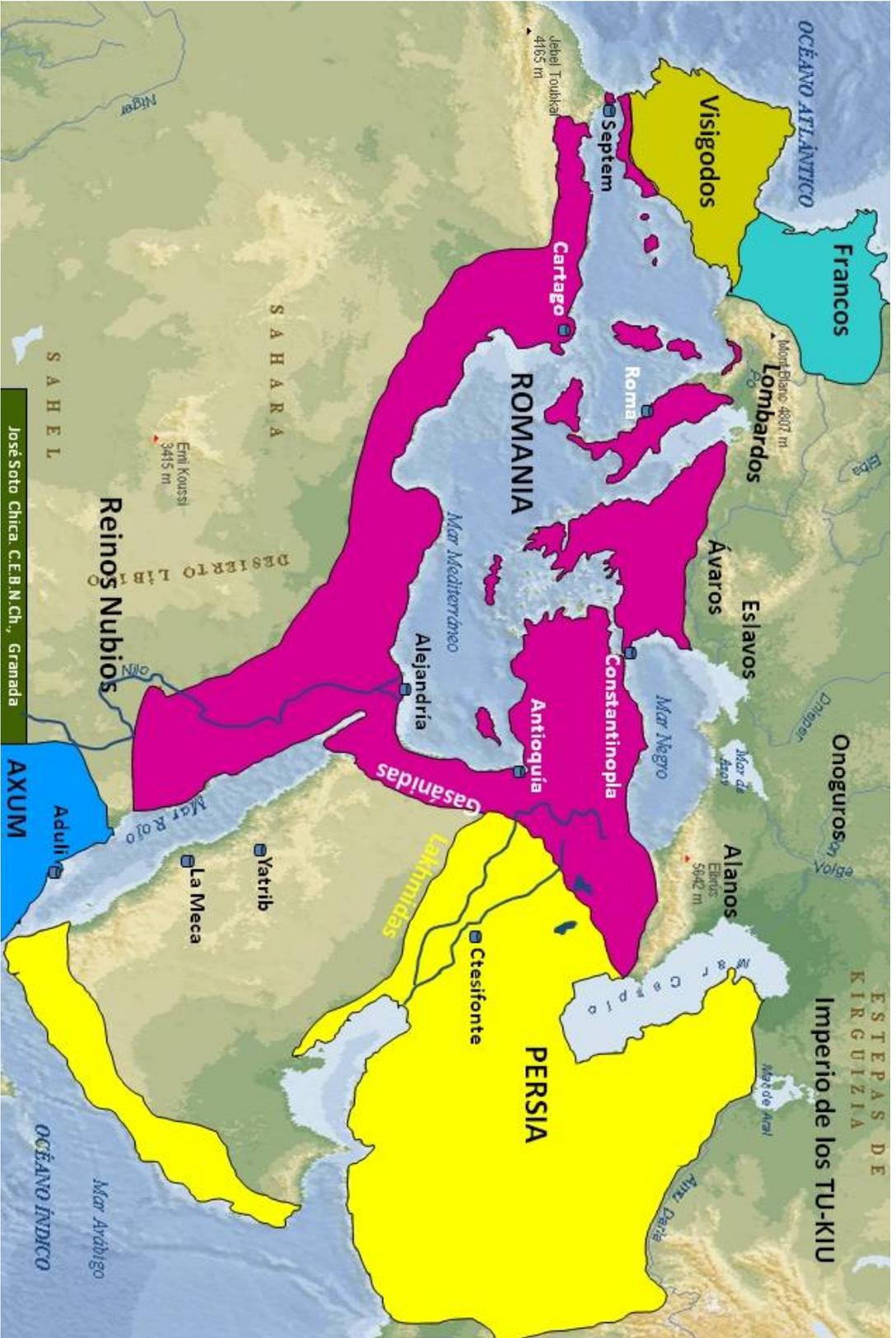
X. EL FIN DE LA ANTIGUA ROMANIA, LA BATALLA DE NEHAVEND (642) Y EL HUNDIMIENTO DE LA ANTIGUA PERSIA Y LA CONSOLIDACIÓN DEL NUEVO IMPERIO ÁRABE.....	831
CONCLUSIONES FINALES.....	839
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA:	
I. Fuentes.....	855
II. Estudios.....	871
ÍNDICE.....	891
APÉNDICE: MAPAS.....	896
1. Extensión <i>de facto</i> de los imperios romano y sasánida en marzo de 429.	
2. El mundo antiguo en 527.	
3. El mundo antiguo en 565.	
4. El mundo antiguo en 602.	
5. El comercio oriental de Alejandría hacia el año 600.	
6. El comercio occidental de Alejandría hacia el año 600.	
7. Invasiones ávaro-eslavas, 611-626.	
8. El mundo antiguo en 622.	
9. Campaña de Heraclio de 622.	
10. Campaña de Heraclio de 623.	
11. Primera parte de la campaña de Heraclio de 624.	
12. Segunda parte de la campaña de Heraclio de 624.	
13. Campaña de Heraclio de 625-626.	
14. Asedio a Constantinopla de 626.	
15. Campaña de Heraclio de 627-628.	
16. El mundo antiguo en 633.	
17. El mundo antiguo en 642.	



1. Extensión de facto de los imperios romano y sasánida en marzo de 429



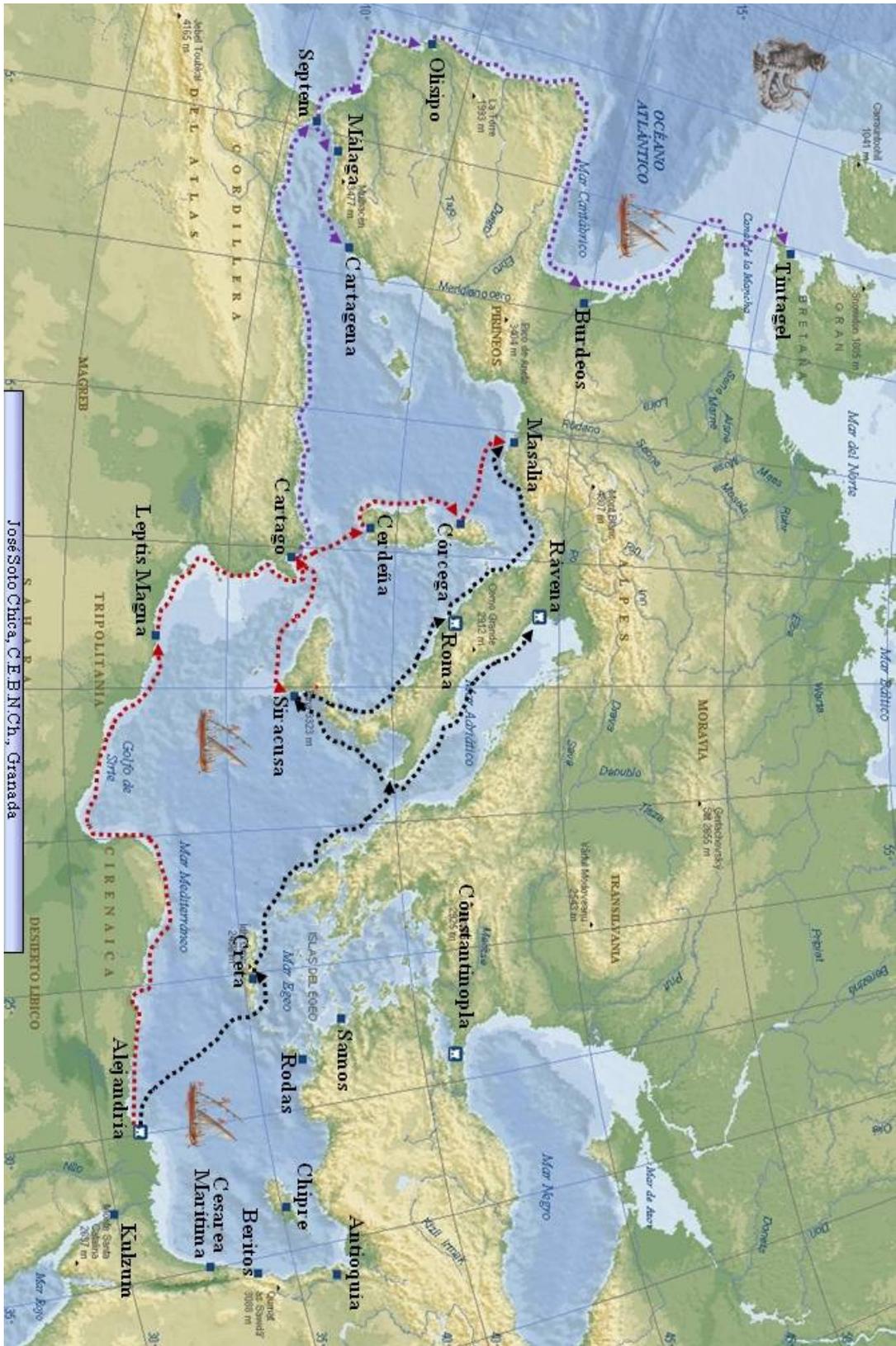
3. El mundo antiguo en 565



4. El mundo antiguo en 602



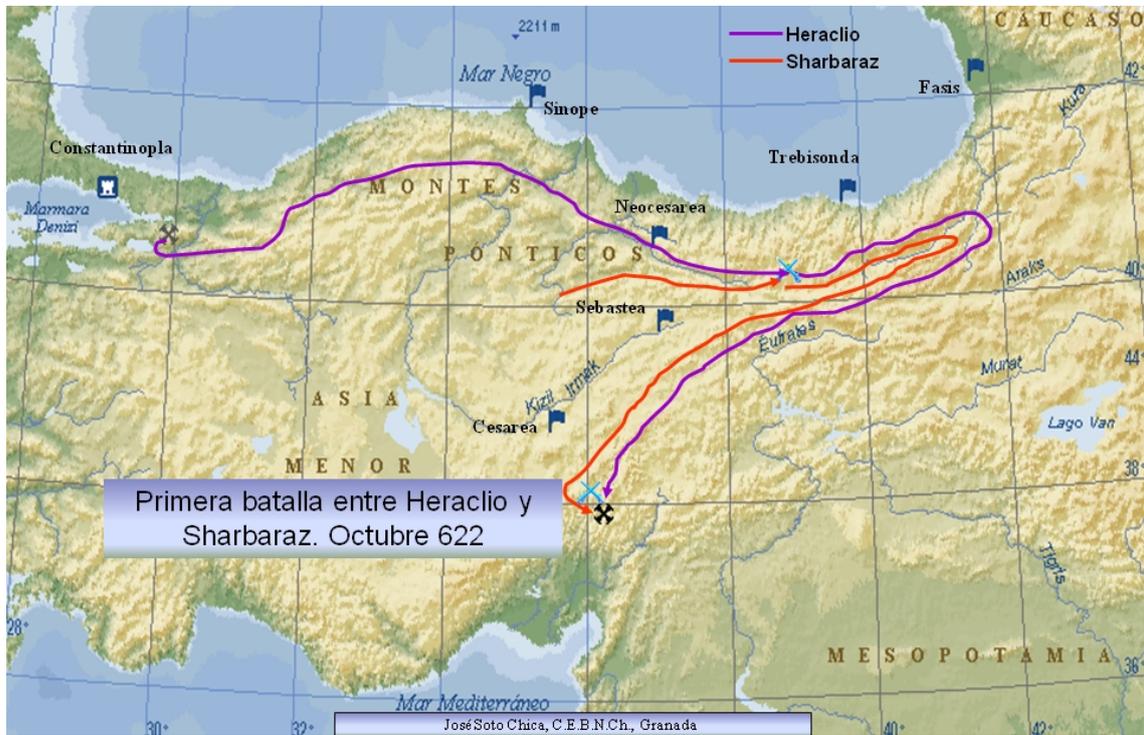
5. El comercio oriental de Alejandria hacia el año 600



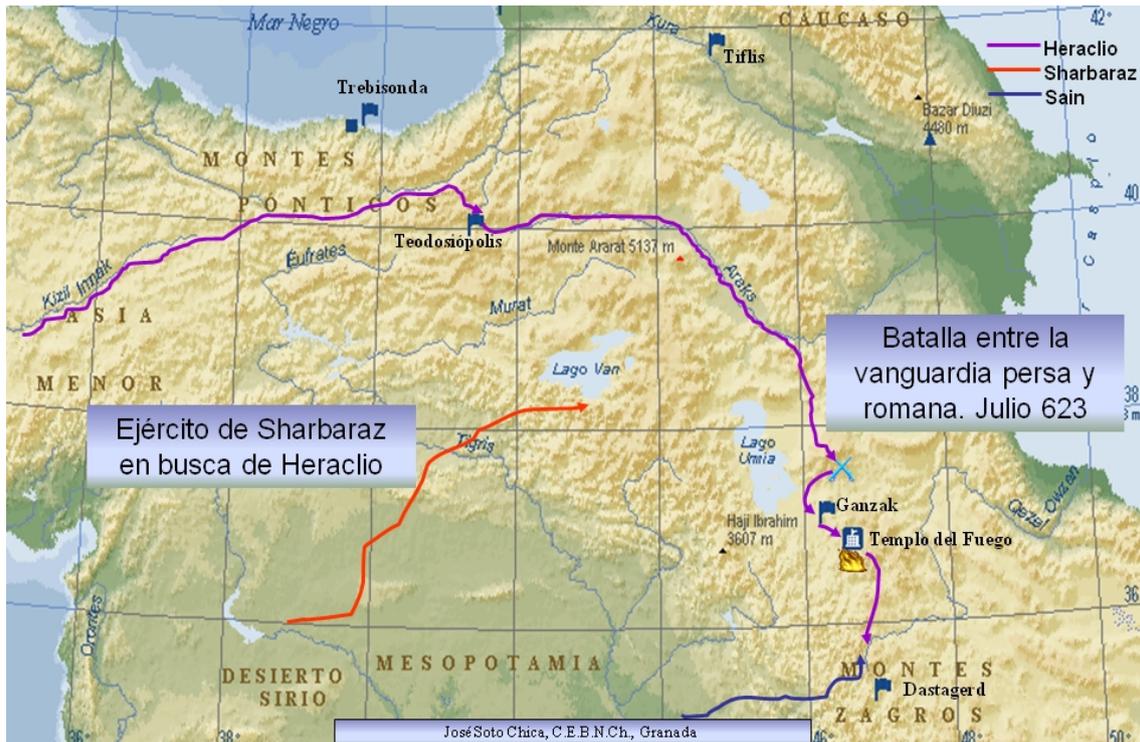
6. El comercio occidental de Alejandría hacia el año 600



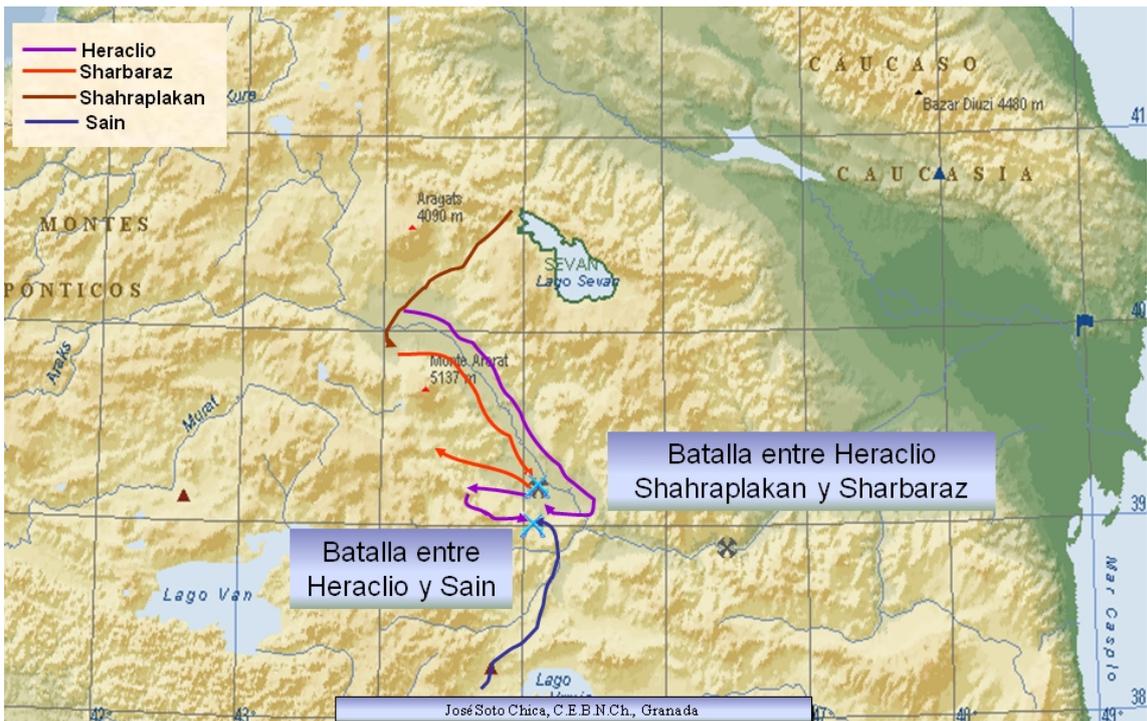
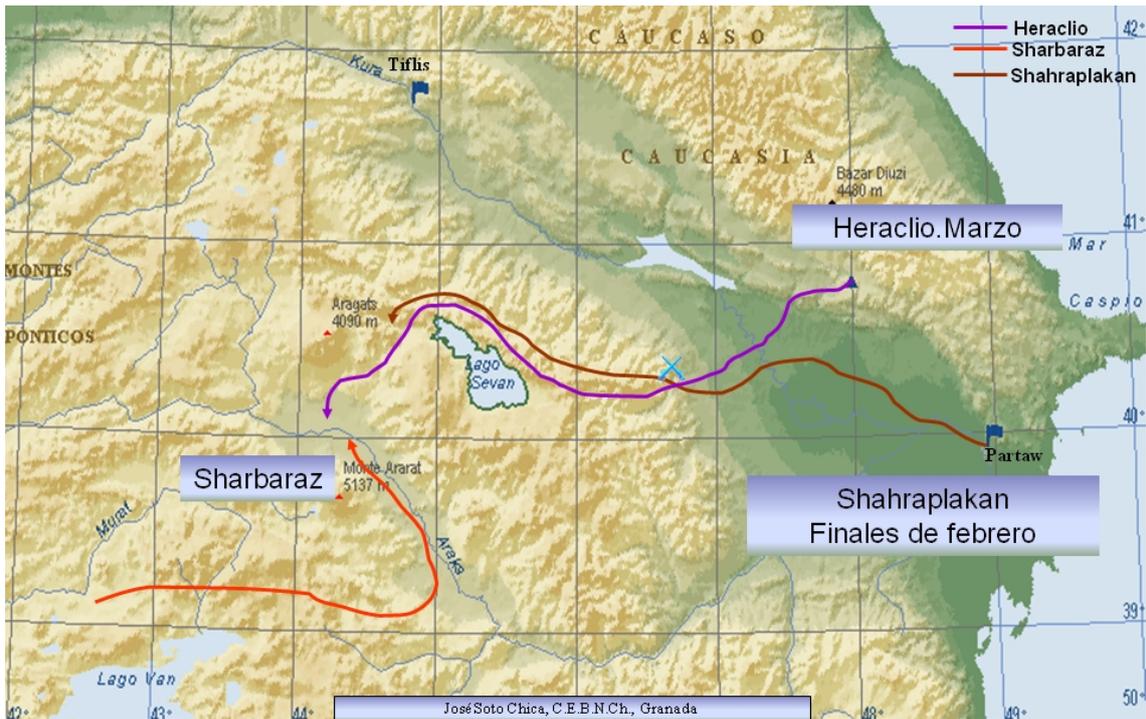
7. Invasiones ávaro-eslavas, 611-626



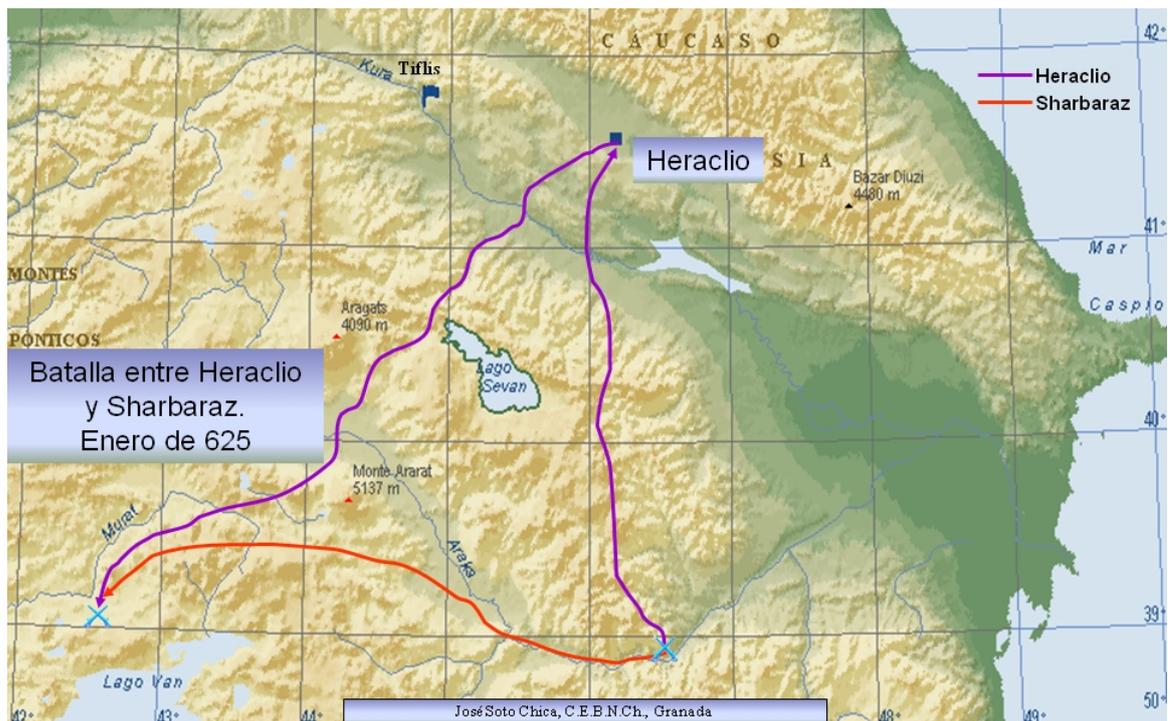
9. Campaña de Heraclio, 622



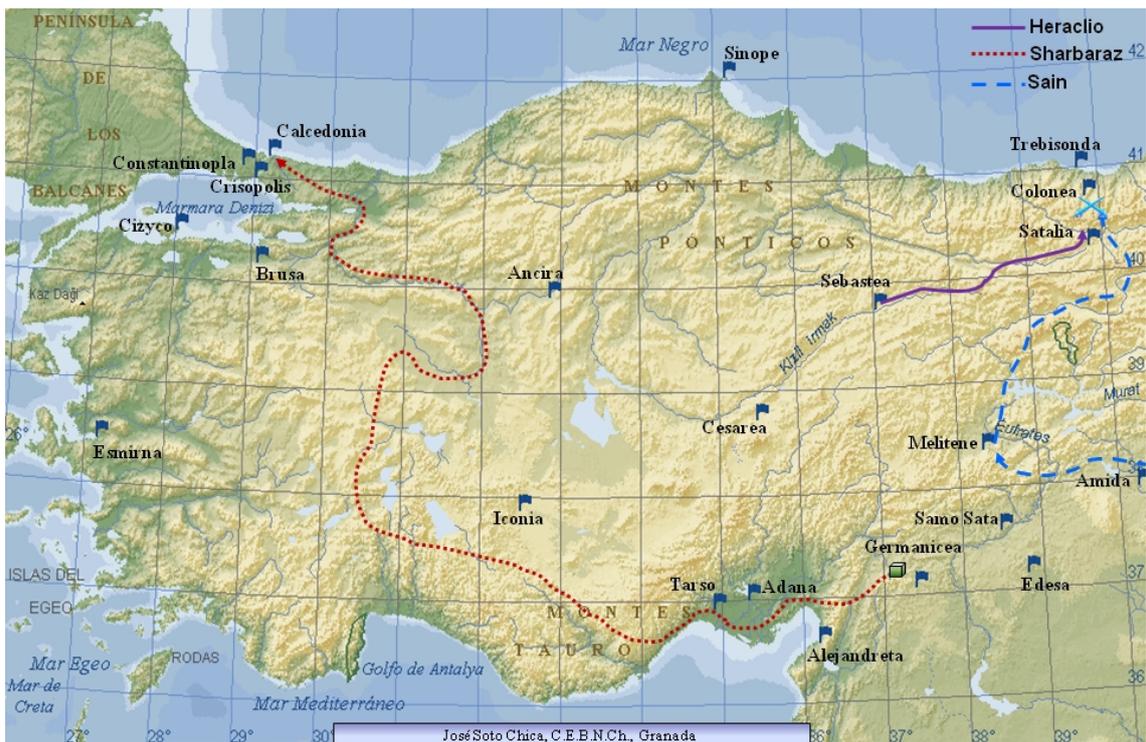
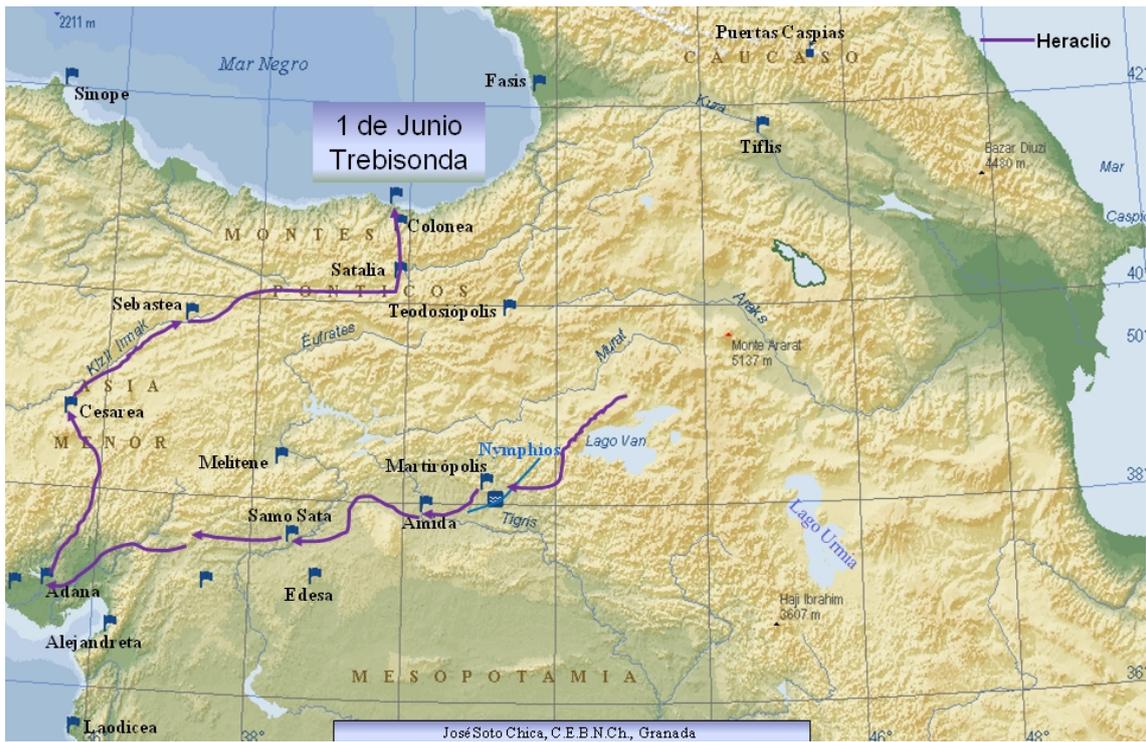
10. Campaña de Heraclio, 623



11. Primera parte de la campaña de Heraclio, 624



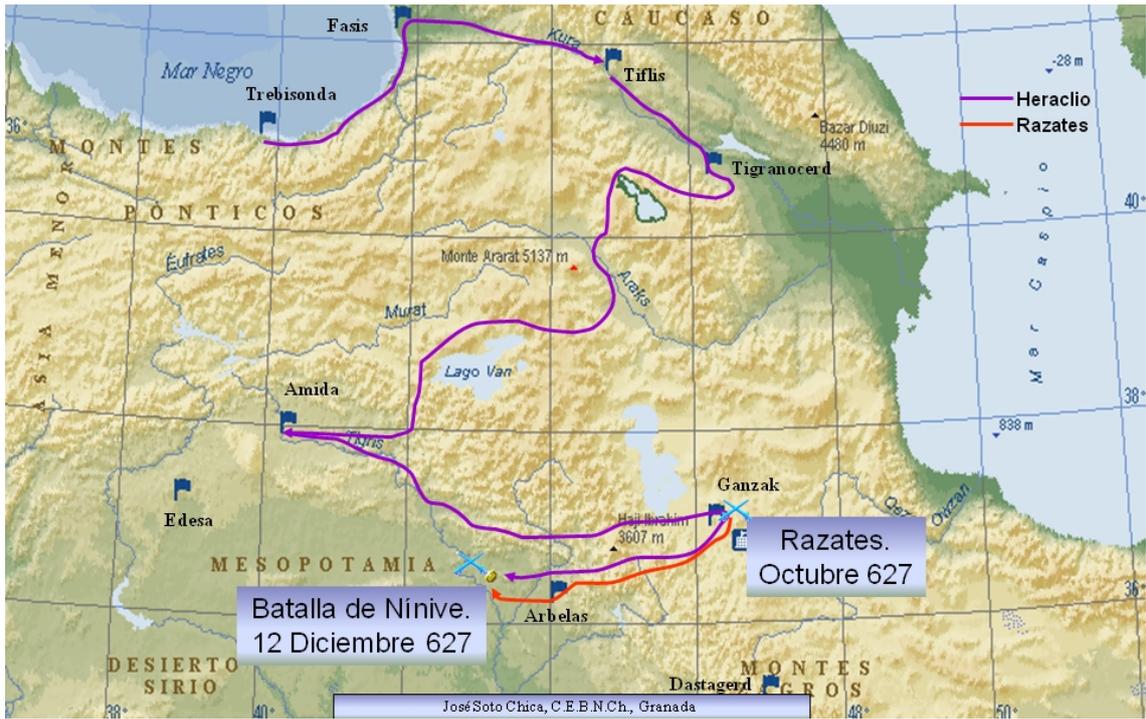
12. Segunda parte de la campaña de Heraclio, 624



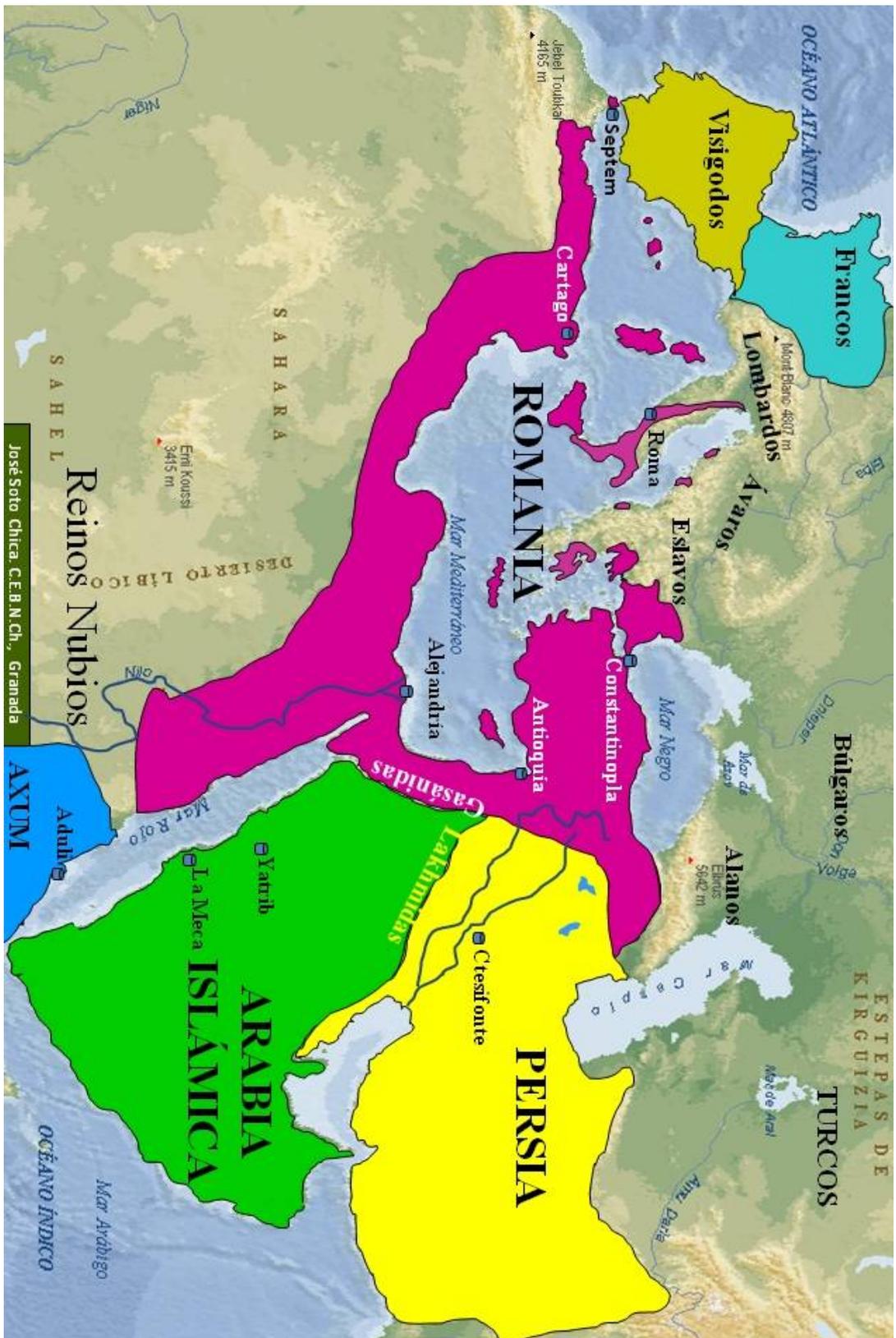
13. Campaña de Heraclio, 625-626



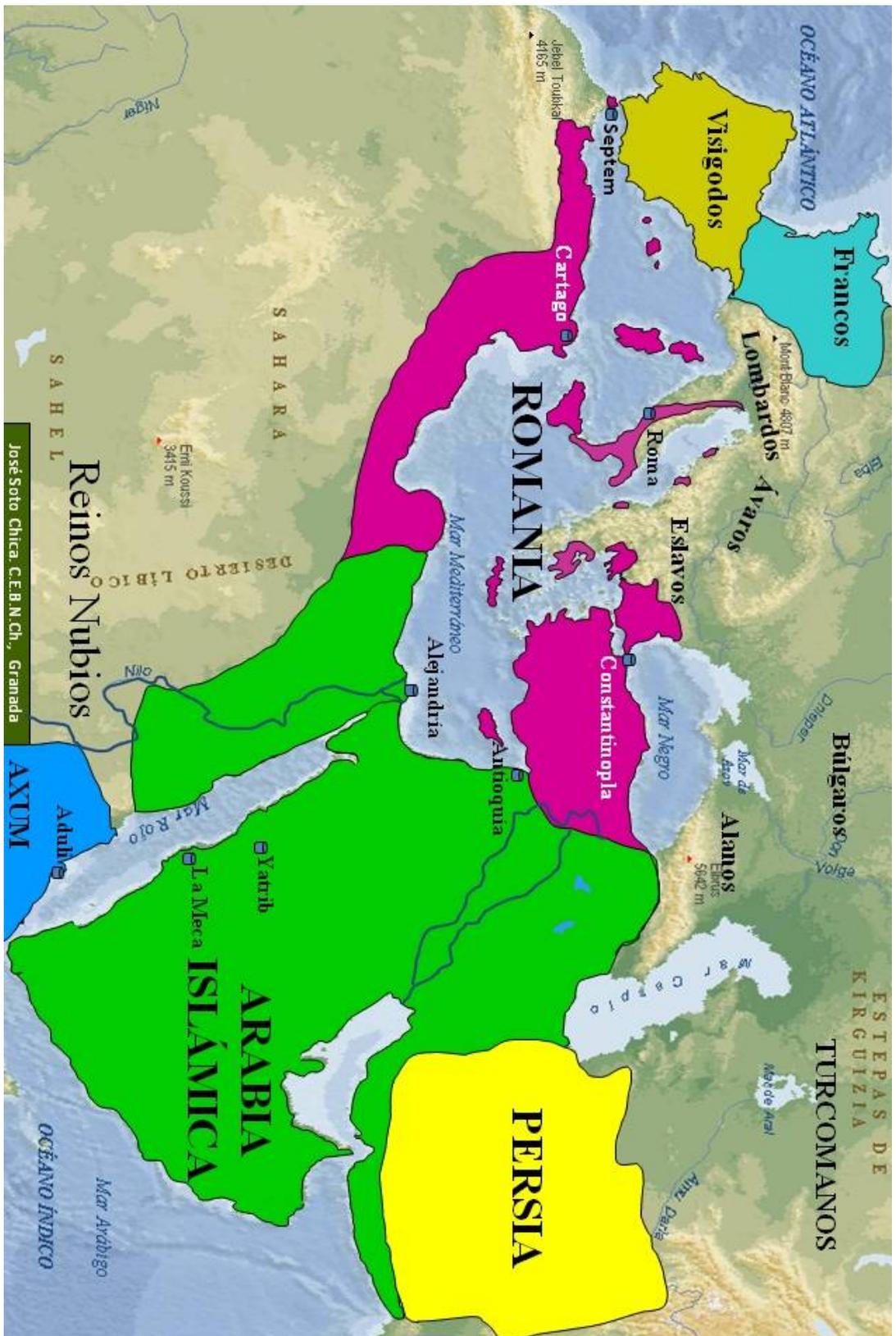
14. Asedio a Constantinopla de 626



15. Campaña de Heraclio, 627-628



16. El mundo antiguo en 633



José Soto Chica, C.E.B.N.Ch., Granada

17. El mundo antiguo en 642